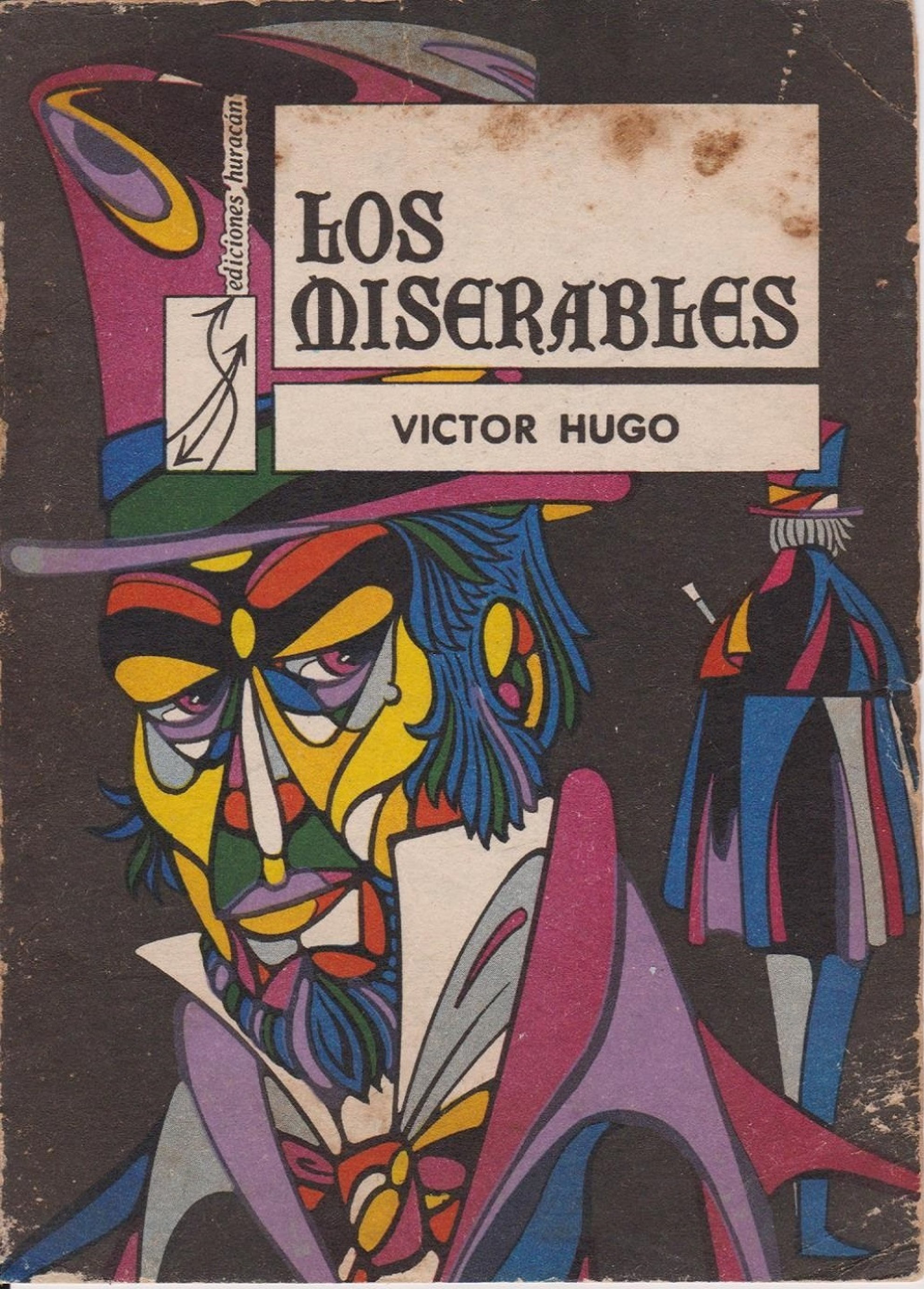

ediciones huracán
LOS MISERABLES
VICTOR HUGO

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

edicions huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

FANTINE

INSTITUTO DEL LIBRO. LA HABANA, 1970

Título del original francés:
Les miserables

Traducción: Aurora Alemany

Edición: Marietta Suárez

Cubierta: Del Toro

Ediciones Huracán, Instituto del Libro, calle 19 No. 1002,
Vedado, La Habana, Cuba.

Introducción

Los miserables tiene una larga historia, que nos lleva casi a los principios de la carrera de su autor. Si bien nos resulta imposible precisar la fecha de su concepción, aunque sabemos que ya en 1828 o en 1829, Víctor Hugo recogió datos e informaciones sobre monseñor de Miollis y su familia. Entonces ya poseía el tema inicial de su novela: un presidiario liberado, y acogido por un santo obispo. Fue sin duda más tarde cuando imaginó la metamorfosis del presidiario en industrial, quien sin duda aún no tenía nombre propio. De 1829 a 1830, el novelista se documentó sobre los abalorios negros que en Montreuil-sur-Mer, serán la base de la fortuna del señor Madeleine.

El 31 de marzo de 1832, el bosquejo estaba ya bastante precisado, aunque todavía carecía de título.

La redacción del libro no se inició hasta trece años más tarde; podría creerse que durante este tiempo, el autor había abandonado su proyecto. Nada de esto. En el mes de diciembre del mismo año de 1832, un corresponsal anónimo le envió un sumario, cuyos elementos aparecen en el capítulo II, del libro II, de la primera parte.

Entretanto su amor por el teatro y la poesía absorben en los años siguientes toda la actividad del autor. En enero de 1841, sin haber escrito una sola línea de su novela, el autor tenía ya en la cabeza tres de los protagonistas, y en sus carpetas, las notas suficientes como para formar una intriga.

En abril de 1845, Víctor Hugo fue nombrado par de Francia. Hasta 1851 Víctor Hugo será oficialmente parlamentario: primer par de Francia, luego, tras la revolución de febrero, diputado de París en las asambleas de la segunda república. Entretanto, no abandonó la literatura.

En noviembre de 1845, seis meses después de haber sido nombrado par, empezó la redacción de la novela cuya idea germinaba desde hacía veinte años, durante los cuales se había documentado ampliamente, y que por el momento titula *Jean Tréjean*.

Trascurrirán cerca de dieciséis años, antes de que en junio de 1861, en Mont-Saint-Jean, cerca de Waterloo, Hugo escriba la última línea de su voluminoso manuscrito, que con el tiempo se convirtió en *Las miserias*, y luego en *Los miserables*.

Estaba el trabajo bastante adelantado, cuando en febrero de 1848, Hugo se detiene. En adelante se verá arrebatado por el torbellino de la política; primero como alcalde del distrito VIII, y luego, de junio de 1848 a diciembre de 1851, como diputado de París. En 1860, reanuda la narración en el mismo punto en que la interrumpió en febrero de 1848.

De nuevo y durante varios años, la gran novela queda abandonada. La única señal de interés que demuestra su autor, durante su estancia en Jersey, es el anuncio de la próxima publicación de *Los miserables*, en febrero de 1854.

Después de doce años de interrupción casi total el autor, en Guerseney, al coger nuevamente el manuscrito de *Las miserias*, experimenta la necesidad muy comprensible de leerlo íntegramente. Esta lectura le ocupó de abril a mayo de 1860 y suscitó un cierto número de observaciones marginales.

Inmediatamente precisó de siete meses y medio —hasta diciembre de 1860— para «penetrar de meditación y de luz, la obra entera». De esta fecha, proceden sin duda la mayor parte de las correcciones sobre las partes ya escritas, y un determinado número de adiciones.

El 30 de diciembre, llegaba por fin al principio del libro XV, de la cuarta parte, allí donde el par de Francia se había detenido en 1848. Todo el final de la novela, comprendiendo este libro XV y la quinta parte íntegra, fue redactado en seis meses, desde el 30 de diciembre de 1860 al 30 de junio de 1861, primero en Guerseney, y luego en Bélgica. El trabajo de este medio año, no se limitó a esto: en particular todo el libro primero de la segunda parte, «Waterloo», fue preparado en los mismos lugares que describe, en Mont-Saint-Jean.

Después de algunas semanas de descanso, empezó el 16 de setiembre de 1861 la revisión definitiva, que junto con la corrección de las pruebas, le ocupó hasta junio de 1862.

La publicación de la novela, se verificó en 1862, en tres etapas: «Fantine», apareció el 3 de abril, «Cosette y Marius», el 15 de mayo, «El idilio de la calle Plumet», y «La epopeya de la calle Saint-Denis», y «Jean Valjean», el 30 de junio.

Aparte de algunas páginas que escribió en 1851, Víctor Hugo escribió su novela en dos períodos, separados por un intervalo de doce años: 1845-1848, y 1860-1862. Lógicamente, conviene reservar el título de *Miserias*, al texto

anterior a 1854 —fecha en que el autor adoptó el título definitivo— o sea, esencialmente al texto que existía en la fecha del 21 de febrero de 1848. Aquel mismo día, Víctor Hugo escribió un capítulo, el primero del libro XV, de la cuarta parte. *Las miserias,* es, pues, una novela inacabada.

Ciertamente interesa confrontar el texto definitivo, con la versión inacabada de 1845-1848. Con la escritura, el pensamiento y las ideas del novelista han sufrido en doce años trasformaciones significativas. Entre *Las miserias,* y *Los miserables,* está la adhesión a la república, el exilio, y la crisis mística de Jersey.

Víctor Hugo, dividió y subdividió su obra en partes, libros y capítulos. El novelista repartió su materia en cinco partes, de las cuales la más larga es la cuarta, y la más corta la tercera. El manuscrito y las notas de trabajo de Víctor Hugo, traicionan la preocupación constante por mantener la coherencia de una cronología muy compleja, justificar la aparición de un personaje, a veces secundaria, y preparar, a menudo desde mucho antes, cualquier escena decisiva.

Desde que empezó la redacción del texto decisivo, de *Las miserias,* Víctor Hugo concibió una acción compleja. El novelista se encontró en presencia de cinco historias, que era preciso seguir, sin olvidar a los personajes secundarios, que son algo más que simples comparsas. Por otra parte, debía poner como decorado de fondo, una pintura de la sociedad, cuyas estructuras, prejuicios, instituciones y cambios de 1815 a 1833, implicaban el comportamiento de sus personajes.

Cada una de las tres primeras partes de la obra, lleva el nombre de uno de sus héroes: «Fantine», «Cosette», «Marius»; y también la última: «Jean Valjean». El título distinto, y la parte que tiene más extensión —«El idilio

de la calle Plumet», y «La epopeya de la calle Saint-Denis»—, atraen la atención sobre estos libros, en los que se cruzan todos los destinos de los que en las primeras partes nos han hecho seguir la curva. Y si el nombre de «Jean Valjean» domina al final de la novela, es que efectivamente se trata del protagonista, del único que posee el secreto de las intrigas precedentes.

«Fantine», «Cosette» y «Marius», relatan los caminos de los principales personajes, hacia la barricada de la calle Chanvrerie, donde se encontrarán todos, visible e invisiblemente reunidos, el 5 y 6 de junio de 1832. Cada una de las partes se inicia con un capítulo, que introduce y prepara la acción. «Un justo», nos obligará a admitir la actitud del obispo en presencia de Jean Valjean. «Waterloo», lo hemos visto, es un preliminar un poco extenso; pero que introduce a Thénardier y al coronel Pontmercy, y anuncia desde lejos, los entusiasmos napoleónicos de Marius. París estudiado en su átomo, deja prever el heroísmo, y explica la miseria de Gavroche. Y, por fin, el retrato de Lüis Felipe, y las reflexiones sobre su régimen, plantean el decorado político ante el cual se representará el drama de la barricada. «Patron-Minette», sitúa a Thénardier en los confines de la miseria y del crimen. Y el 5 de junio de 1832, expone las justificaciones del desorden, diferenciando el motín de la insurrección. Y en la última parte, «Las entrañas de Leviatán», ofrecen sin duda un pretexto a la descripción y la elocuencia, y completa el cuadro de París, que es uno de los héroes de *Los miserables.*

Entre los fragmentos de exposición, Víctor Hugo introduce la acción propiamente dicha. Pero se detiene a intervalos bastante regulares, para señalar las etapas de otra acción, la que se verifica en las almas. Una serie de capítulos, describen la novela de la conciencia de Jean

Valjean, la evolución política de Marius, el despertar sentimental de Cosette, las pehplejidades de Javert. Cada uno de estos seres, interpreta un papel en el mundo, mientras simboliza una de las aspiraciones de la humanidad, la aspiración a Dios por medio del sacrificio, a la justicia social por la generosidad, a la dicha por el amor, al orden, por el culto ciego al deber de estado. Su drama tiene dos caras. Los capítulos de acción relatan lo que puede verse exteriormente del drama, mientras que las inmersiones en las conciencias, nos hacen vislumbrar las repercusiones del drama visible en la intimidad de cada ser.

Víctor Hugo, tenía que salvaguardar la coherencia de fechas. Al principio de cada una de las tres primeras partes, la acción se sitúa en una fecha anterior al final de la parte precedente: «Fantine», nos lleva desde octubre de 1815, a fines del invierno de 1823. «Cosette», del 18 de junio de 1815, a mediados de marzo de 1824. «Marius», desde el imperio, hasta febrero de 1832. Se trata de seguir los distintos caminos por donde los personajes principales se dirigen hacia la barricada, lugar de confrontación, en donde se revelarán a sí mismos y a los demás. A partir de la cuarta parte, salvo un último retorno hacia atrás, al libro III («La casa de la calle Plumet»), que describe la vida de Jean Valjean y de Cosette al salir del convento, hasta 1832, el relato se desarrolla en su orden cronológico: todos los héroes se han reunido, y en adelante pueden seguirse sus destinos simultáneamente.

Los miserables

«Mientras, a consecuencia de las leyes y de las costumbres, exista una condenación social, creando artificialmente infiernos en plena civilización, y complicando con una humana fatalidad el destino, que es divino; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por las tinieblas; mientras en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos, y bajo un punto de vista más dilatado aún, mientras haya ignorancia y miseria sobre la tierra, los libros de igual naturaleza que el presente podrán no ser útiles.»

Hauteville-House, 1º de enero, 1862

V. H.

Libro primero

Un justo

I

Monseñor Myriel

En 1815, monseñor Charles-François-Bienvenu Myriel era obispo de Digne. Era un anciano de cerca de setenta y cinco años y ocupaba la sede de Digne desde 1806[1].

Aunque este detalle no interesa en manera alguna al fondo mismo de lo que vamos a referir, quizás no será inútil, aunque no sea más que para ser exactos en todo, indicar aquí los rumores y las habladurías que habían circulado acerca de su persona, en el momento en que llegó a la diócesis. Verdadero o falso, lo que de los hombres se dice ocupa en su vida, y sobre todo en su destino tanto lugar, como lo que hacen. Monseñor Myriel era hijo de un consejero del departamento de Aix; nobleza de toga. Decíase de él, que su padre, reservándole para

1 Desde 1828-1829 Víctor Hugo había tomado notas sobre la familia de Miollis y, en particular, sobre el general que fue gobernador de Roma en tiempo del imperio, así como sobre su hermano, el barón Charles-François-Bienvenu de Miollis, obispo de Digne de 1806 a 1818, en el cual se reconoce a monseñor Myriel. Todos los detalles dados a continuación —hijo de un consejero del parlamento, hermano de un general y de un prefecto, párroco de Brignolles— están tomados de la biografía de monseñor de Miollis.

heredar su puesto, lo había casado muy pronto, a los dieciocho o veinte años, siguiendo una costumbre muy extendida entre las familias parlamentarias. Charles Myriel, no obstante este matrimonio, había —decíase— dado mucho que hablar. Era de buena presencia, aunque de estatura pequeña, elegante, gracioso, inteligente; toda la primera parte de su vida había sido dada al mundo y a las galanterías.

Sobrevino la revolución, precipitáronse los sucesos; las familias parlamentarias, diezmadas, perseguidas, acosadas, se dispersaron, y el señor Charles Myriel, en los primeros días de la revolución, emigró a Italia. Su mujer murió allí de una enfermedad del pecho, de la que estaba atacada hacía largo tiempo. No tenían hijos. ¿Qué pasó, después, en el destino del señor Myriel? El hundimiento de la antigua sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, más espantosos aún quizá para los emigrados, que los veían de lejos con el aumento que les prestaba el terror, ¿hicieron germinar tal vez en su alma ideas de renuncia y de soledad? En medio de las distracciones y de los afectos que ocupaban su vida, ¿fue súbitamente herido por uno de estos golpes misteriosos y terribles que algunas veces llegan a derribar, lacerándole el corazón, al hombre a quien las catástrofes públicas no conmoverían, si lo hiriesen en su existencia o en su hacienda? Nadie hubiera podido decirlo; sólo se sabía que, a su vuelta de Italia, era sacerdote.

En 1804, el señor Myriel era cura párroco de B. (Brignolles). Era ya anciano y vivía en un absoluto retiro.

Hacia la época de la coronación, un pequeño asunto de su parroquia, no se sabe a punto fijo cuál, lo llevó a París. Entre otras personas poderosas, fue a solicitar

amparo para sus feligreses al cardenal Fesch [1]. Un día en que el emperador fue a visitar a su tío, el digno párroco, que esperaba en la antecámara, se halló al paso de su majestad. Napoleón, viéndose observado con cierta curiosidad por aquel anciano, se volvió y preguntó bruscamente:

—¿Quién es este buen hombre que me mira?

—Señor —dijo el señor Myriel—, vos miráis a un buen hombre, y yo miro a un gran hombre. Cada uno de nosotros puede dar su provecho.

Aquella misma noche, el emperador preguntó al cardenal el nombre de aquel cura y, algún tiempo después, el señor Myriel quedó sorprendido al enterarse de que había sido nombrado obispo de Digne.

¿Qué había de verdad, por lo demás, en las habladurías que se hacían sobre la primera parte de la vida de monseñor Myriel? Nadie lo sabía. Pocas familias habían conocido a la de Myriel, antes de la revolución.

Monseñor Myriel debía sufrir la suerte de todos los recién llegados a una pequeña ciudad, donde hay muchas bocas que hablan, y muy pocas cabezas que piensan. Debía sufrirla, aunque fuera obispo, y precisamente porque era obispo. Pero, después de todo, las habladurías, en las que se mezclaba su nombre, no eran más que habladurías, ruido, frases, palabras; menos aún que palabras, «palabrerías», como se dice en el enérgico lenguaje del mediodía.

Sea como quiera, tras nueve años de episcopado y de residencia en Digne, todas estas murmuraciones, temas

1 Joseph Fesch (1763-1839), tío materno de Napoleón, era en 1804 arzobispo de Lyon y embajador en Francia cerca de la Santa Sede.

de conversación que ocupan en los primeros momentos a las pequeñas ciudades y a las gentes pequeñas, había caído en un profundo olvido. Nadie se hubiera atrevido a hablar de ellas, nadie hubiera osado ni siquiera recordarlas.

Monseñor Myriel había llegado a Digne acompañado de una solterona, la señorita Baptistine, que era su hermana y contaba diez años menos que él.

Por toda servidumbre, tenían una criada de la misma edad que la señorita Baptistine, llamada la señora Magloire, la cual, tras haber sido la sirvienta del señor cura párroco, tomaba ahora el doble título de doncella de la señorita y ama de llaves de monseñor.

La señorita Baptistine era una persona alta, pálida, delgada, dulce; realizaba el ideal de lo que expresa la palabra «respetable»; pues parece ser necesario que una mujer haya sido madre, para ser «venerable». Nunca había sido bonita; su vida, que no había sido más que una serie ininterrumpida de buenas obras, había acabado por extender sobre su persona una especie de blancura y de claridad; y, al envejecer, había adquirido lo que podría llamarse la belleza de la bondad. Lo que en su juventud había sido flacura, en su madurez se había convertido en trasparencia; esta diafanidad dejaba ver al ángel. Era más bien un alma que una virgen. Su persona parecía hecha de sombra; apenas tenía bastante cuerpo para que en él hubiera un sexo; un poco de materia que contenía un resplandor; unos grandes ojos, siempre bajos; un pretexto para que un alma permaneciese en la tierra.

La señora Maglorie era una viejecilla blanca, gorda, repleta, afanosa, siempre sofocada; primero a causa de su actividad, luego a causa de su asma.

A su llegada, instalaron a monseñor Myriel en su palacio episcopal, con los honores dispuestos por los decretos imperiales, que clasifican al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita, y él, por su parte, hizo la primera al general y al prefecto.

Terminada la instalación, la población esperó ver a su obispo ponerse a trabajar.

II

El señor Myriel se convierte en monseñor Bienvenu

El palacio episcopal de Digne estaba contiguo al hospital. Era un edificio amplio y hermoso, construido en piedra, a principios del siglo anterior, por monseñor Henri Puget [1], doctor en teología de la facultad de París y abad de Simore, el cual había sido obispo de Digne en 1712. Este palacio era una verdadera morada señorial. Todo en él respiraba aire de grandeza: las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor, muy ancho, con galerías de arcos, según la antigua costumbre florentina, los jardines plantados de magníficos árboles. En el comedor, una larga y soberbia galería del piso bajo, que se abría sobre los jardines, monseñor Henri Puget había dado un banquete de ceremonia, el 29 de julio de 1714, a los monseñores Charles Brulart de Genlis, arzobispo-príncipe de Embrun, Antoine de Mesgringny, capuchino, obispo de Grasse, Philippe de

[1] Henri Puget (hacia 1657-1728), abad de Simore, en Gascuña, desde 1694; fue obispo de Digne desde 1708 hasta su muerte.

Vendôme[1], gran prior de Francia, abad de San Honorato de Lerins, François de Berton de Grillon, obispo-barón de Vence, César de Sabran de Forcalquier, obispo-señor de Glandève, y Jean Soanen, sacerdote del oratorio, predicador ordinario del rey, obispo-señor de Senez. Los retratos de estos siete reverendos personajes decoraban esta sala, y aquella fecha memorable, 29 de julio de 1714, estaba grabada en letras de oro, sobre una mesa de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de un solo piso, con un pequeño jardín.

Tres días después de su llegada, el obispo visitó el hospital. Una vez terminada la visita, rogó al director que tuviera a bien ir a verlo a su palacio.

—Señor director del hospital —le dijo—, ¿cuántos enfermos tenéis en este momento?

—Veintiséis, monseñor.

—Son los que había contado —dijo el obispo.

—Las camas —replicó el director—, están muy próximas unas a otras.

—Lo había notado.

—Las salas, más que esto, son verdaderas celdas, donde el aire se renueva difícilmente.

—Eso me ha parecido.

—Y, luego, cuando penetra un rayo de sol en el jardín, éste es muy pequeño para los convalecientes.

—Eso me he figurado.

—En tiempo de epidemia, este año hemos tenido el tifus y hace dos años tuvimos una fiebre miliar, se juntan hasta cien enfermos a veces, y no sabemos qué hacer.

1 Philippe de Vendôme (1655-1727), bisnieto de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrées, uno de los huéspedes del círculo libertino de Temple.

—Esa idea se me había ocurrido ya.

—¡Qué queréis, monseñor! —dijo el director—, hay que resignarse.

Esta conversación tenía lugar en la galería-comedor de la planta baja.

El obispo guardó silencio por un instante; luego, se volvió bruscamente hacia el director del hospital.

—¿Cuántas camas creéis que cabrían en este comedor?

—¡En el comedor de monseñor! —exclamó el director, estupefacto.

El obispo recorría la sala con la vista, y parecía que su mirada tomaba medidas y hacía cálculos.

—¡Bien cabrían veinte camas! —dijo, como hablando consigo mismo; luego, levantando la voz, añadió—: Mirad, señor director del hospital, voy a deciros algo. Aquí, evidentemente, hay un error. En el hospital son veintiséis personas entre cinco o seis pequeñas habitaciones. Nosotros somos aquí tres, y tenemos sitio para sesenta. Hay un error, lo repito. Vos tenéis mi casa, y yo la vuestra. Devolvedme la mía. Aquí estoy en vuestra casa.

Al día siguiente, los veintiséis pobres enfermos estaban instalados en el palacio del obispo, y éste en el hospital.

Monseñor Myriel no tenía bienes, al quedar su familia arruinada por la revolución. Su hermana recibía una renta vitalicia de quinientos francos que, en el presbiterado, bastaban para sus gastos personales. Monseñor Myriel recibía del estado, como obispo, una asignación de quince mil francos. El mismo día en que se instaló en el hospital, monseñor Myriel determinó, de una vez por todas, el empleo de esta suma del modo que consta en una nota escrita de su puño y letra, que trascribimos aquí:

Nota para arreglar las cuentas de mi casa:

Para el pequeño seminario	1 500	francos
Congregación de la misión	100	»
Para los lazaristas de Montdidier	100	»
Seminario de misiones extranjeras en París	200	»
Congregación del Espíritu Santo	150	»
Establecimientos religiosos de Tierra Santa	100	»
Sociedades de caridad maternal	300	»
Ídem para la de Arlés	50	»
Obra para la mejora de las prisiones ..	400	»
Obra para el alivio y rescate de los presos	500	»
Para liberar a los padres de familia, presos por deudas	1 000	»
Suplemento a la asignación de los maestros de las escuelas pobres de la diócesis	2 000	»
Pósito de los Altos Alpes	100	»
Congregación de damas de Digne, de Manosque y de Sisteron, para enseñanza gratuita a niñas indigentes	1 500	»
Para los pobres	6 000	»
Mis gastos personales	1 000	»
Total:	15 000	francos

Durante todo el tiempo que ocupó la sede de Digne, monseñor Myriel no cambió en nada este arreglo. Llamaba a esto, como se ha visto, tener arreglados los gastos de la casa.

Este arreglo fue aceptado con absoluta sumisión por la señorita Baptistine. Para aquella santa mujer, mon-

señor de Digne era, a la vez, su hermano y su obispo; su amigo, según la naturaleza, y su superior, según la iglesia. Lo amaba y lo veneraba a la vez, sencillamente. Cuando él hablaba, ella se inclinaba; cuando obraba, se adhería a sus obras. Sólo la criada, la señora Magloire, murmuró un poco. El obispo, hemos podido observarlo, no se había reservado más que mil francos que, unidos a la pensión de la señorita Baptistine, sumaban mil quinientos francos por año. Con estos mil quinientos francos vivían aquellas dos mujeres y aquel anciano.

Y cuando un párroco de aldea venía a Digne, el obispo encontraba todavía medio de obsequiarlo, gracias a la severa economía de la señora Magloire y la inteligente administración de la señorita Baptistine.

Un día —hacía cerca de tres meses que se hallaba en Digne—, el obispo dijo:

—¡Con todo esto, no ando muy holgado!

—¡Ya lo creo! —exclamó la señora Magloire—; como que monseñor ni siquiera ha reclamado la renta que el departamento le debe para sus gastos de carruaje en la ciudad, y de visitas en la diócesis. Ésa era la costumbre de los obispos, en otros tiempos.

—¡Vaya! Tiene usted razón, señora Magloire.

Presentó su reclamación.

Algún tiempo después, el consejo general, tomando en consideración su demanda, le votó una suma anual de tres mil francos, con el siguiente epígrafe: «Asignación a monseñor el obispo, para gastos de carruaje, de correo y gastos de visitas pastorales.»

Aquello hizo gritar bastante a la burguesía local y, con este motivo, un senador del imperio, antiguo miembro del consejo de los quinientos, favorable al 18 de bru-

mario, y agraciado, cerca de la ciudad de Digne, con una magnífica senaduría, escribió al ministro de cultos, M. Bigot de Préameneu [1], una nota irritada y confidencial, de la cual extraemos estas líneas auténticas:

«¿Gastos de carruajes? ¿Para qué, en una población de menos de cuatro mil habitantes? ¿Gastos de correo y viajes? ¿Qué falta hacen estos viajes? ¿Ni cómo correr la posta, en este país montañoso? No hay carreteras y no se puede andar más que a caballo. El puente que hay sobre el Durance, en Château-Arnoux, apenas puede sostener las carretas de bueyes. Todos estos curas son lo mismo: avarientos y ambiciosos. Éste, al llegar, hizo el papel de buen apóstol. Ahora hace como los otros: necesita carruaje y silla de posta. Ya quiere lujo, como los antiguos obispos. ¡Oh, qué tropa! Señor conde, las cosas no marcharán bien, hasta que el emperador nos haya librado de las sotanas. ¡Abajo el papa! (Los asuntos con Roma estaban, entonces, algo embrollados.) En cuanto a mí, yo estoy siempre por sólo el César, etc.»

Aquello, por el contrario, regocijó a la señora Magloire.

—Bien —dijo a la señorita Baptistine—. Monseñor ha comenzado por los demás, pero ha sido preciso que acabara por sí mismo. Ya tiene arregladas todas sus obras de caridad, y estos tres mil francos, serán para nosotros. ¡Por fin!

Aquella misma noche, el obispo escribió y entregó a su hermana una nota concebida de la siguiente forma:

1 Félix Bigot de Préameneu (1747-1825), uno de los autores del *Código civil*, ministro de cultos en tiempo del imperio.

Gastos de carruaje y viajes:

Para dar caldo de carne a los enfermos del hospital	1 500 francos
Para la sociedad de caridad maternal de Aix	250 »
Para la sociedad de caridad maternal de Drauguignan	250 »
Para los niños expósitos	500 »
Para los huérfanos	500 »
Total:	3 000 francos

Tal era el presupuesto de monseñor Myriel.

En cuanto a los derechos episcopales, dispensa de amonestaciones, predicaciones, bendiciones de iglesias o de capillas, matrimonios, etc., el obispo cobraba a los ricos con tanto rigor como presteza tenía en darlo a los pobres.

Al cabo de poco tiempo afluyeron las ofrendas de dinero. Los que tenían y los que no tenían, llamaban a la puerta de monseñor Myriel, unos yendo a buscar la limosna y otros yendo a depositarla. En menos de un año, el obispo se convirtió en el tesorero de todos los beneficios y el cajero de todas las estrecheces. Por sus manos pasaban considerables sumas; pero nada hizo que cambiara su género de vida, ni añadiera la menor cosa superflua a lo que le era necesario.

Lejos de esto. Como siempre hay abajo más miseria que fraternidad arriba, todo estaba, por así decirlo, dado antes de ser recibido; era como agua arrojada sobre una tierra seca; por más que recibía dinero, nunca lo tenía; entonces se despojaba de lo suyo.

Al ser costumbre que los obispos anunciaran sus nombres de bautismo, encabezando sus escritos y sus cartas pastorales, los pobres del país habían elegido, con una especie de instinto afectuoso, entre los nombres del obispo, aquel que les ofrecía un significado, y no lo llamaban por otro nombre que por el de monseñor Bienvenu. Haremos como ellos, en adelante, y lo llamaremos del mismo modo cuando sea ocasión. Por lo demás, al obispo le agrada esta apelación.

—Me gusta este nombre —decía—. Bienvenu suaviza lo de monseñor.

No pretendemos que el retrato que trazamos aquí sea verosímil; nos limitamos a decir que es parecido.

III

A buen obispo, mal obispado

No porque el obispo hubiera convertido su carruaje en limosnas, dejaba de hacer sus visitas pastorales, y es un poco fatigosa, la diócesis de Digne. Hay muy pocas llanuras, muchas montañas, y carece casi de carreteras, como antes ya se ha visto. La diócesis comprende treinta y dos parroquias, cuarenta y una vicarías, y doscientas ochenta feligresías. Visitar todo esto es tarea ardua; pero el señor obispo llegaba para todo. Iba a pie, cuando tenía que ir a las inmediaciones; en tartana, cuando iba a la llanura; en jamuga, cuando iba a la montaña. Las dos mujeres lo acompañaban siempre, salvo cuando el trayecto era demasiado penoso para ellas; entonces iba solo.

Un día llegó a Senez[1], que es una antigua ciudad episcopal, montado sobre un asno. Su bolsa, harto flaca en aquel momento, no le permitía otra montura. El alcalde de la población salió a recibirlo a la puerta del obispado y mirólo con ojos escandalizados, mientras bajaba del asno. Algunas personas se reían en derredor.

[1] Senez (Bajos Alpes), obispado hasta 1790.

—Señor alcalde —dijo el obispo—, y señores regidores, bien sé lo que os escandaliza; creéis que es demasiado orgullo en un pobre sacerdote, el subir a una montura que fue la de Jesucristo. Lo he hecho por necesidad, os lo aseguro; no por vanidad.

En sus viajes era indulgente y piadoso, y predicaba menos que conversaba. No ponía virtud alguna sobre una bandeja inaccesible. Nunca iba a buscar muy lejos sus argumentos. A los habitantes de un país les citaba el ejemplo del país vecino.

En los parajes donde eran poco caritativos para con los pobres, decía:

—Ved a los de Briaçon. Han concedido a los pobres, a las viudas y a los huérfanos, el derecho de hacer segar sus campos tres días antes que los de los demás. Les reconstruyen gratuitamente sus casas cuando están en ruinas. Es un país bendecido por Dios. Durante todo un siglo de cien años, no ha habido allí un solo asesinato.

En los pueblos cuyos habitantes eran perezosos, decía:

—Ved a los de Embrun. Si, en tiempo de la cosecha, un padre de familia tiene a sus hijos en el ejército y a sus hijas sirviendo en la ciudad, y está enfermo o impedido, el párroco lo recomienda desde el púlpito; y el domingo, después de la misa, todos los habitantes de la aldea, hombres, mujeres y niños, van al campo del pobre, para hacerle su siega y llevarle paja y grano a su granero.

A las familias divididas por asunto de dinero y herencia, les decía:

—Ved a los montañeses de Devolny, país tan agreste, que en él no se oye al ruiseñor más que una vez cada cincuenta años. Pues bien, cuando muere el padre de una familia, los hombres se marchan a buscar fortuna y dejan los bienes a las muchachas, a fin de que puedan encontrar marido.

En las comarcas donde reinaba la manía de los litigios, y donde los granjeros se arruinaban gastando papel timbrado, decía:

—Ved esta buena gente del valle de Queyras. Son tres mil almas; ¡Dios mío!, es como una pequeña república. Allí no se conocen ni el juez, ni el alguacil. El alcalde lo hace todo. Reparte los impuestos, tasa la cuota de cada uno en conciencia, juzga gratis las querellas, comparte los patrimonios sin honorarios, dicta sentencias sin costas; y lo obedecen, porque es un hombre justo entre los hombres sencillos.

En las aldeas donde no encontraba maestro de escuela, citaba también el ejemplo de los de Queyras:

—¿Sabéis lo que hacen? —decía—. Como un pequeño lugar de doce o quince hogares no puede alimentar a un maestro, tienen maestros de escuela pagados por todo el valle, los cuales recorren las aldeas, pasando ocho días en ésta, diez en aquélla y enseñando así. Estos maestros van a las ferias, yo los he visto. Se les reconoce por las plumas de escribir que llevan en sus sombreros. Los que enseñan sólo a leer, llevan una pluma; los que enseñan la lectura, la escritura, y el cálculo, llevan dos plumas; los que enseñan la lectura, la escritura, el cálculo y el latín, llevan tres plumas. Éstos son grandes sabios. ¡Pero qué vergüenza ser ignorantes! Imitad a las gentes de Queyras.

Hablaba así, grave y paternalmente, a falta de ejemplos, inventaba las parábolas; iba derecho al fin propuesto, con pocas frases y muchas imágenes, que era la elocuencia misma de Jesucristo, convencida y convincente.

IV

Las obras parecidas a las palabras

Su conversación era afable y alegre; acomodábase a la inteligencia de las dos ancianas, que pasaban la vida a su lado, cuando reía, era su risa la de un escolar.

La señora Magloire, lo llamaba siempre «vuestra grandeza». Un día, se levantó de su sillón y fue a la biblioteca a buscar un libro. Estaba en uno de los estantes de arriba. Puesto que el obispo era de corta estatura, no pudo alcanzarlo.

—Señora Magloire —dijo—, traedme una silla, porque mi «grandeza» no alcanza a ese estante.

Una de sus parientas lejanas, la condesa de Lo, dejaba raramente escapar la ocasión de numerar en su presencia lo que ella llamaba «las esperanzas» de sus tres hijos. Tenía varios ascendientes muy ancianos y próximos a la muerte, de los cuales, naturalmente, sus hijos eran los herederos. El más joven de los tres debía recoger de una tía más de cien mil libras de rentas; el segundo había de heredar el título de duque de tu tío; el mayor tenía que suceder a su abuelo en la dignidad de senador. El obispo escuchaba habitualmente en silencio estos ino-

centes y disculpables desahogos maternos. Una vez, sin embargo, se quedó más meditabundo que de costumbre, mientras la señora de Lo renovaba los pormenores de todas estas sucesiones y de todas estas «esperanzas». Se interrumpió, con cierta impaciencia:

—¡Dios mío, primo! ¿En qué estáis pensando?

—Pienso —contestó el obispo—, en una máxima singular, que es, creo de san Agustín: «Poned vuestra esperanza en aquel a quien nadie sucede».

En otra ocasión, al recibir la esquela de defunción de un gentilhombre del país, donde se expresaban en una larga página, además de las dignidades del difunto, todas las calificaciones feudales y nobiliarias de todos sus parientes:

—¡Qué buenas espaldas tiene la muerte! —exclamó—. ¡Qué admirable carga de títulos le hacen llevar alegremente, y cuánto talento es menester que tengan los hombres, para emplear así la tumba en la vanidad!

A veces empleaba una sátira suave, que envolvía casi siempre un sentido serio. Durante una cuaresma, llegó a Digne un joven vicario y predicó en la catedral. Fue bastante elocuente. El tema de su sermón era la caridad. Invitó a los ricos a socorrer a los indigentes con el fin de evitar el infierno, al que pintó lo más espantoso que pudo, y ganar el paraíso, que bosquejó adorable y encantador. En el auditorio había un rico comerciante retirado, un poco usurero, llamado Geborand, el cual había ganado medio millón, fabricando gruesos paños, sargas y bayetas. El señor Geborand no había dado en su vida una limosna a un desgraciado. Desde este sermón, observaron que todos los domingos daba un cuarto a las viejas mendigas del pórtico de la catedral. Eran seis las que debían repartirse la caridad del mercader. Un día, el obispo lo vio mientras hacía su caridad y dijo a su hermana, con una sonrisa:

—Ahí tienes al señor Geborand, que compra un cuarto de paraíso.

Cuando se trataba de la caridad, no retrocedía ni aun ante una negativa, y solía encontrar palabras que hacían reflexionar. Una vez, pedía para los pobres en una tertulia de la ciudad; hallábase allí el marqués de Champtercier, viejo, rico y avaro, el cual había encontrado el medio de ser a la vez ultrarrealista y ultravolteriano; es ésta una variedad que ha existido. El obispo se acercó a él y le tocó el brazo:

—Señor marqués, es preciso que me deis algo.

El marqués se volvió y respondió secamente:

—Monseñor, yo tengo mis pobres.

—Dádmelos —replicó el obispo.

Un día, en la catedral, predicó este sermón:

«Queridos hermanos míos; mis buenos amigos; hay en Francia un millón trescientas veinte mil casas de aldeanos que no tienen más que tres aberturas; un millón ochocientas diecisiete mil que tienen dos aberturas, una puerta y una ventana, y trescientas cuarenta y seis mil cabañas, que no tienen más que una abertura, la puerta. Esto, a consecuencia de un impuesto que se llama de puertas y ventanas. ¡Poned allí familias pobres, ancianos, niños, y veréis cuántas fiebres y enfermedades! ¡Ay! Dios dio el aire a los hombres, y la ley se lo vende. No acuso a la ley, pero bendigo a Dios. En el Isère, en el Var, en los dos Alpes, Altos y Bajos, los campesinos no tienen ni carretillas, y han de trasportar los abonos a cuestas; carecen de velas y para alumbrarse queman teas resinosas y cabos de cuerda impregnados en alquitrán. Así pasa en todo el país alto del Delfinado. Amasan pan para seis meses y lo cuecen con boñiga seca de vaca. En invierno, rompen este pan a golpes de hacha, y lo sumergen en

agua durante veinticuatro horas, para poder comerlo. ¡Hermanos míos, tened piedad, ved cuánto padecen en derredor vuestro!»

Habiendo nacido en Provenza, se había familiarizado fácilmente con todos los dialectos del mediodía, hablándolos sin dificultad. Aquello agradaba al pueblo, y no había contribuido poco a darle acceso a las voluntades. Hallábase en la cabaña o en la montaña, como si estuviera en su propia casa. Sabía decir las cosas más grandes, en los más vulgares idiomas. Hablando en todas las lenguas, se introducía en todas las almas.

Por lo demás, era siempre el mismo para las gentes de mundo que para la gente del pueblo.

No condenaba a nadie apresuradamente y sin tener en cuenta las circunstancias. Decía:

—Veamos el camino por donde ha pasado la falta.

Siendo un expecador, como se calificaba a sí mismo sonriendo, no tenía ninguna de las asperezas del rigorismo y profesaba muy alto, sin preocuparse del fruncimiento del ceño de los virtuosos intratables, una doctrina que podría resumirse en estas palabras:

«El hombre lleva la carne sobre sí, que es a la vez su fardo y su tentación. La arrastra, y cede a ella.

»Debe vigilarla, contenerla, reprimirla, y no obedecerla más que en última instancia. En esta obediencia puede existir aún la falta; pero la falta así cometida es venial. Es una caída, pero una caída sobre las rodillas, que puede terminar en una oración.

»Ser santo, es una excepción; ser justo, es la regla. Errad, desfalleced, pecad; pero sed justos.

»Cuantos menos pecados posibles, es la ley del hombre. La ausencia total de pecado, es el sueño del ángel. Todo lo que es terrestre está sometido al pecado. El pecado es una gravitación.»

Cuando veía que ciertas personas gritaban fuerte y se indignaban pronto:

—¡Oh, oh! —decía sonriendo—, parece que este es un gran crimen que todo el mundo comete. Véase cómo las hipocresías, asustadas, se apresuran a protestar y a ponerse a cubierto.

Era indulgente para con las mujeres y los pobres, sobre los que reçae el peso de la sociedad humana. Decía:

—Los pecados de las mujeres, de los niños, de los servidores, de los débiles, de los indigentes, de los ignorantes, son los pecados de los maridos, de los padres, de los dueños, de los fuertes, de los ricos, de los sabios.

Decía también:

—A los ignorantes, enseñadles cuanto podáis; la sociedad es culpable, por no darles instrucción gratis; ella es responsable de la oscuridad que produce. Si un alma sumida en sombras comete un pecado, el culpable no es el que peca, sino el que no disipa las tinieblas.

Como se ve, tenía un modo extraño y peculiar de juzgar la cosas. Sospecho que lo había tomado del Evangelio.

Un día, oyó relatar en un salón, un proceso criminal que se instruía y que iba a sentenciarse. Un hombre miserable, por amor a una mujer y al hijo que de ella tenía, y falto de todo recurso, había acuñado moneda falsa. En aquella época, se castigaba aún este delito con pena de muerte. La mujer había sido presa, al poner en circulación la primera pieza falsa fabricada por el hombre. La tenían presa, pero carecían de pruebas contra ella. Sólo ella podía declarar contra su amante y perderlo, confesando. Negó. Insistieron. Se obstinó en negar. En esto, el procurador del rey tuvo una idea: suponer la infidelidad del amante. Lo consiguió, con fragmentos de cartas sabiamente combinados, persuadiendo a la desgra-

ciada mujer de que tenía una rival y de que aquel hombre la engañaba. Entonces, exasperada por los celos, denunció al amante, lo confesó todo y todo lo probó. El hombre estaba perdido. Próximamente iba a ser juzgado en Aix, junto con su cómplice. Relataban el hecho, y todos se maravillaban ante la habilidad del magistrado. Al poner en juego los celos, había hecho brotar la verdad por medio de la cólera, y había hecho justicia con la venganza. El obispo escuchaba todo aquello en silencio. Cuando hubo terminado el relato, preguntó:

—¿Dónde juzgarán a este hombre y a esta mujer?

—En el tribunal de la audiencia —le respondieron.

Y él replicó:

—¿Y dónde juzgarán al procurador del rey?

En Digne sucedió una trágica aventura. Un hombre fue condenado a muerte por asesinato. Era un desgraciado, no completamente ignorante, no del todo falto de instrucción, que había sido titiritero en las fiestas, y memorialista. El proceso dio mucho que hablar a la ciudad. La víspera del día fijado para la ejecución del condenado, el capellán de la prisión cayó enfermo. Precisábase un sacerdote para que asistiera al reo en los últimos momentos. Fueron a buscar al párroco, y parece ser que se negó, diciendo:

—Eso no me concierne. Nada tengo que ver con esta tarea, ni con este saltimbanqui; también yo estoy enfermo; además, no es ése mi lugar.

Llevaron esta respuesta al obispo, el cual dijo:

—El señor párroco tiene razón; no es su lugar, es el mío.

Se dirigió inmediatamente a la cárcel y bajó al calabozo del saltimbanqui. Lo llamó por su nombre, le tomó la mano, y le habló. Pasó todo el día y toda la noche a su lado, olvidando el alimento y el sueño, rogando a Dios por

el alma del condenado, y rogando al reo por la suya propia. Le dijo las mejores verdades, que son las más sencillas. Fue padre, hermano, amigo. Obispo, sólo para bendecir. Le enseñó todo, tranquilizándolo. Aquel hombre iba a morir desesperado. La muerte era para él como un abismo. En pie, y estremecido en el umbral lúgubre de la tumba, retrocedía horrorizado. No era lo bastante ignorante para ser totalmente indiferente. Su condena, sacudida profunda, había en cierto modo roto acá y allá, en torno suyo, este cercado que nos separa del misterio de las cosas, al que llamamos vida. Miraba sin cesar fuera de este mundo, por aquellas brechas fatales, y no veía más que tinieblas. El obispo le hizo ver una luz.

A la mañana siguiente, cuando fueron a buscar al condenado, el obispo estaba allí. Lo siguió, y se presentó a los ojos de la multitud con su traje morado y con su cruz episcopal al cuello, al lado de aquel miserable amarrado y sujeto por cuerdas.

Subió con él a la carreta, y con él también subió al cadalso. El condenado, taciturno y abatido la víspera, estaba radiante. Sentía que su alma se había reconciliado, y esperaba en Dios. El obispo lo abrazó y, en el momento en que la cuchilla iba a caer, le dijo:

—Aquel a quien el hombre mata, Dios lo resucita. Aquel a quien los hermanos repelen, encuentra al Padre. Orad, creed, entrad en la vida, el Padre está allí.

Cuando bajó del cadalso, había algo en su mirada que hizo que el pueblo le abriese camino. No sabían qué era más admirable en él, si su palidez o su serenidad. Al volver a aquel humilde alojamiento, que él llamaba sonriendo su «palacio», dijo a su hermana:

—Acabo de oficiar de pontifical.

Como las cosas más sublimes, son, por lo general, las menos comprendidas, no faltó gente que, comentando la

conducta del obispo, dijera que aquello era afectación. Pero sólo fue una palabra de salón. El pueblo, que no supone malicia en las acciones santas, quedó enternecido y admirado.

En cuanto al obispo, la vista de la guillotina fue para él un golpe terrible, del cual tardó mucho tiempo en recobrarse.

En efecto, el patibulo, cuando está ante nuestros ojos levantado, en pie, tiene algo que alucina. Es posible tener una cierta indiferencia ante la pena de muerte, no pronunciarse, no decir ni que sí ni que no, mientras no se ha visto una guillotina con los ojos; pero si se llega a encontrar una, la sacudida es violenta; hay que decidirse y tomar partido. Unos admiran, como De Maistre[1], y otros execran, como Beccaria[2]. La guillotina es la concreción de la ley; se llama «vindicta»; no es neutral, y no os permite que lo seais tampoco. Quien llega a divisarla se estremece con el más misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales alzan sus interrogantes en torno a esta cuchilla.

El cadalso es una visión. El cadalso no es un tablado, el cadalso no es una máquina, el cadalso no es un mecanismo inerte hecho de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que es una especie de ser, que tiene no sé qué sombría iniciativa. Se diría que estos andamios ven, que esta máquina oye, que este mecanismo comprende, que este hierro, esta madera y estas cuerdas tienen voluntad. En la horrible meditación en que aquella visión sume al alma, el cadalso aparece terrible, mezclándose con lo

[1] En las veladas de San Petersburgo, en particular en la primera conferencia y la extraña meditación sobre la función divina del verdugo.

[2] César de Beccaria (1738-1794), criminalista italiano, cuyo *Tratado de los delitos y de las penas* tuvo resonancia europea.

que hace. El cadalso es el cómplice del verdugo; devora, come carne, bebe sangre. El cadalso es una especie de monstruo fabricado por el juez y el carpintero; un espectro que parece vivir, con una especie de vida espantosa hecha con todas las muertes que ha dado.

La impresión fue, pues, horrible. Al día siguiente de la ejecución, y durante varios días después, el obispo pareció abatido. La serenidad casi violenta del momento fúnebre había desaparecido: el fantasma de la justicia social lo obsesionaba. Él, que de ordinario recababa en todas sus acciones una satisfacción tan pura, parecía como si se acusara de ésta. A veces, hablaba consigo mismo y murmuraba, a media voz, lúgubres monólogos. Véase uno que su hermana oyó y recogió una noche:

—No creía que esto fuera tan monstruoso. Es una equivocación de la ley humana. La muerte pertenece sólo a Dios. ¿Con qué derecho los hombres tocan esa cosa desconocida?

Con el tiempo estas impresiones se atenuaron y probablemente se borraron. Sin embargo, observóse que, desde aquel instante, el obispo evitaba pasar por la plaza de las ejecuciones.

A cualquier hora se podía llamar a monseñor Myriel a la cabecera de los enfermos y de los moribundos. No ignoraba que aquel era su mayor deber y su mayor tarea. Las familias de viudas y huérfanos no tenían necesidad de llamarlo; iba él mismo. Sabía sentarse y permanecer callado largas horas al lado del hombre que había perdido a la mujer que amaba, al lado de la madre que había perdido a su hijo. Así como sabía el momento de callar, sabía también el instante en que debía hablar. ¡Oh, admirable consolador! No trataba de borrar el dolor con el

olvido, sino de engrandecerlo y dignificarlo con la esperanza. Decía:

—Tened cuidado con la manera con que dignificáis a los muertos. No penséis en lo que se pudre. Mirad fijamente. Descubriréis la luz viva de vuestro muerto bienamado en el fondo del cielo.

Sabía que la fe es sana. Trataba de aconsejar y calmar al hombre desesperado, indicándole con el dedo al hombre resignado; y de trasformar el dolor que mira a una fosa, mostrándole el dolor que mira a una estrella.

V

De cómo monseñor Bienvenu hacía durar demasiado tiempo sus sotanas

La vida interior de monseñor Myriel estaba llena de los mismos pensamientos que su vida pública. Para quien hubiera podido verla de cerca, era un espectáculo grave y sublime aquella pobreza voluntaria en la cual vivía monseñor Myriel, el obispo de Digne.

Como todos los ancianos, y la mayor parte de los pensadores, dormía poco. Su corto sueño era profundo. Por la mañana, se recogía durante una hora y luego decía la misa, bien en la catedral, bien en su oratorio. Una vez terminada la misa, se desayunaba con un pan de centeno, mojado con leche de sus vacas. Después, trabajaba.

Un obispo es un hombre muy ocupado; es preciso que reciba todos los días al secretario del obispado, que de ordinario es un canónigo, y casi todos los días a sus grandes vicarios[1]. Tenía congregaciones que inspeccionar, pri-

[1] Hoy día se llaman, generalmente, vicarios generales. El vicario general asiste al obispo en la administración de su diócesis.

vilegios que conceder, toda una biblioteca eclesiástica que examinar, libros de misa, catecismos diocesanos, libros de horas, etc., pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, párrocos y alcaldes a quienes poner de acuerdo, la correspondencia clerical, la correspondencia administrativa; por una parte, el estado; por otra, la santa sede; en fin, mil asuntos.

El tiempo que le dejaban libre estas mil ocupaciones, sus oficios y su breviario, lo daba primero a los necesitados, a los enfermos y a los afligidos; el tiempo que le dejaban libre los afligidos, los enfermos y los necesitados, lo daba al trabajo. Tan pronto cavaba la tierra en su jardín, como leía y escribía. Tenía una sola palabra para estas dos clases de trabajo; llamaba a aquello «jardinear». «El espíritu es un jardín», decía.

Hacia el mediodía, comía. La comida semejaba al desayuno.

Hacia las dos, cuando el tiempo era bueno, salía y se paseaba a pie por el campo o en la ciudad, entrando frecuentemente en las casas pobres. Veíasele caminar solo, ensimismado, con los ojos bajos, apoyado en su largo bastón, vestido con su traje morado, bien entretelado y caliente, calzado con medias moradas y gruesos zapatos, y tocado con un sombrero plano, que dejaba caer por sus tres puntas, tres borlas de oro de gruesos canelones.

Dondequiera que aparecía, había fiesta. Hubiera dicho que su paso esparcía luz y animación. Los niños y los ancianos salían al umbral de las puertas para ver al obispo, como para buscar el sol. Él bendecía y lo bendecían. Mostraban la casa del obispo a aquel que necesitara algo.

Deteníase acá y allá, hablaba a los chicos y a las niñas, y sonreía a las madres. Visitaba a los pobres, mientras tenía dinero; cuando se le terminaba, visitaba a los ricos.

Como hacía durar sus sotanas mucho tiempo, y no quería que nadie lo notase, nunca se presentaba en público sino con su traje de obispo; lo cual, en verano, resultaba un poco molesto.

Por la noche, a las ocho y media, cenaba con su hermana, y la señora Magloire, en pie detrás de ellos, les servía la mesa. Nada tan frugal como aquella comida. Sin embargo, si el obispo había invitado a cenar a alguno de sus párrocos, la señora Magloire aprovechaba la ocasión para servir a monseñor algún excelente pescado de los lagos, o alguna fina caza de la montaña. Todo párroco era un pretexto para una buena cena; el obispo dejaba hacer. Fuera de estos casos, su ordinario se componía de algunas legumbres cocidas y de sopa de aceite. Así se decía en la ciudad: «Cuando el obispo no tiene mesa de párroco, tiene mesa de trapense.»

Después de la cena, charlaba durante media hora con la señorita Baptistine y la señora Magloire; luego, volvía a su habitación y escribía de nuevo, bien en algunas hojas sueltas, bien en el margen de algún libro in folio. Era literato y aun un poco erudito. Dejó cinco o seis manuscritos bastante curiosos; entre otros, una disertación sobre el versículo del *Génesis:* «Al principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.»[1] Confrontólo con tres textos: la versión árabe que dice: «Los vientos de Dios soplaban»; Flavio Josefo[2], que dijo: «Un viento de lo alto se precipita sobre la tierra»; y, por fin, la paráfrasis caldea de

1 *Génesis,* 1, 2.

2 Flavio Josefo (37-95), historiador judío, autor de las *Antigüedades judaicas,* donde cuenta la historia de su pueblo desde la creación del mundo. La cita de Víctor Hugo está tomada de este libro, I, 27.

Onkelos [1], que expresa: «Un viento, procedente de Dios, soplaba sobre la superficie de las aguas.» En otra disertación, examinan las obras teológicas de Hugo [2], obispo de Ptolemais, bisabuelo del que escribe este libro, y establece que hay que atribuir a este obispo los diversos opúsculos publicados, en el siglo pasado, bajo el seudónimo de Barleycourt.

A veces, en medio de una lectura, cualquiera que fuera el libro que tuviera entre las manos, caía de repente en una meditación profunda, de la que no salía más que para escribir algunas líneas en las mismas páginas del volumen. A menudo estas líneas no tienen relación alguna con el libro que las contiene. Tenemos a la vista una nota escrita por él en una de las márgenes de un «in quarto», titulado: «Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton, Cornwallis y los almirantes de la estación de América.» En Versalles, librería de Poinzot, y en París, librería Pissot, muelle de los Agustinos.

Véase esta nota:

«¡Oh, vos!, ¿quién sois?

»La *Sabiduría* os llama Todopoderoso; los *Macabeos* os llaman Creador; la *Epístola a los Efesios* os llama Libertad; *Baruch* os llama Inmensidad; los *Salmos* os llaman Sabiduría y Verdad; *Juan* os llama Luz; los *Reyes* os llaman Señor; el *Éxodo* os llama Providencia, el *Levítico*, Santidad; *Esdras*, Justicia; la creación os llama

[1] Onkelos, célebre rabino, autor de una paráfrasis —llamada caldaica— del Pentateuco.

[2] Ptolemais, nombre antiguo de varias ciudades, entre otras, Saint Jean d'Acre. Charles Louis Hugo (1667-1739), obispo *in partibus* de Ptolemais, historiador de Lorena, no era el bisabuelo de Víctor Hugo, aunque este último lo haya pretendido desde 1831.

Dios; el hombre os llama Padre; pero Salomón os llama Misericordia, y éste es el más hermoso de todos los nombres.» [1]

Hacia las nueve de la noche, las dos mujeres se retiraban y subían a sus habitaciones del primer piso, dejándolo solo, hasta el día siguiente, en el piso bajo.

Es necesario, aquí, que demos una idea exacta del alojamiento de monseñor, el obispo de Digne.

1 (*II Mac.*, I, 24) «Señor, Señor, Dios, creador de todas las cosas...»

Salmos, XIX, 8: «...Él dio la sabiduría a los sencillos»

CXIX, 160: «... el resumen de Tu palabra es la verdad.»

San Juan, I, 4: «... y la luz brilló en tinieblas.»

I Reyes, VIII 53: «... oh, Señor Yahveh...»

Levítico, XI, 45: «... vosotros seréis santos, pues Yo soy Santo.»

I Esdras, IX, 15: «Yahveh, Dios de Israel, sois justo...»

Sabiduría IX, 1: «Dios de los padres, Señor de misericordia...»

Víctor Hugo no tenía estos versículos en el espíritu cuando compuso la nota del obispo. Los citamos únicamente a título de referencia. Por otra parte, debemos señalar que ninguna de estas denominaciones de Dios son el monopolio de ninguno de los autores citados. Los *macabeos* no son los únicos que llaman a Dios «creador», ni Salomón el único que alaba su «misericordia».

VI

Por quién hacía guardar su casa

Ya hemos dicho que la casa que habitaba se componía de una planta baja y un solo piso; tres piezas en la planta baja, y otras tres en el primer piso; encima había un desván. Detrás de la casa había un jardín de un cuarto de acre. Las dos mujeres ocupaban el primer piso. El obispo se alojaba en la planta baja. La primera habitación, que daba a la calle, le servía de comedor; la segunda, de habitación; y la tercera, de oratorio. No era posible salir del oratorio sin pasar por la habitación, ni salir de la habitación sin pasar por el comedor. En el oratorio, al fondo, había una alcoba cerrada, con una cama para cuando iba algún huésped. Monseñor, el obispo, solía ofrecer esta cama a los párrocos de aldea, cuyos asuntos o necesidades de su parroquia los llevaban a Digne.

La farmacia del hospital, pequeño edificio añadido a la casa y tomado del jardín, había sido trasformado en cocina y en despensa.

Había además, en el jardín, un establo que era la antigua cocina del hospicio y donde el obispo tenía dos

vacas. Cualquiera que fuera la cantidad de leche que éstas dieran, enviaba la mitad invariablemente a los enfermos del hospital. «Pago mi diezmo», decía.

Su alcoba era bastante grande y bastante difícil de caldear en la estación fría. Como en Digne la leña estaba muy cara, se le había ocurrido hacer en el establo de las vacas, una separación cerrada con tablas. Allí era donde pasaba las veladas, en la época de los grandes fríos y, por supuesto, lo llamaba su salón de invierno.

En este salón de invierno, como en el comedor, no había otros muebles que una mesa de madera blanca y cuatro sillas de paja. El comedor estaba, además, adornado con un viejo aparador pintado de color rosa al óleo. Otro aparador semejante a éste, revestido convenientemente con manteles blancos y falsos encajes, servía de altar en su oratorio.

Los penitentes ricos y las mujeres devotas de Digne habían abierto frecuentemente, entre sí, suscripciones para costear un altar nuevo para el oratorio de monseñor; pero éste, cada vez que había tomado el dinero necesario para la obra, lo había dado a los pobres.

—El altar más hermoso —decía—, es el alma de un infeliz consolado en su infortunio, y que da gracias a Dios.

Había en su oratorio dos reclinatorios de paja, y en la alcoba un sillón de brazos, también de paja. Cuando, por casualidad, recibía la visita de ocho o diez personas a la vez, el prefecto, el general, y la plana mayor de la guarnición, o algunos discípulos del seminario, era menester ir a buscar al establo las sillas del salón de invierno, al oratorio los reclinatorios, y el sillón a la alcoba; de este modo se podían reunir hasta once asientos para las visitas. A cada una de éstas que llegaba, se desmueblaba una pieza.

En ocasiones, sucedía que las visitas eran doce. Entonces el obispo disimulaba la dificultad de su situación, manteniéndose en pie delante de la chimenea, si era en invierno, o paseando por el jardín, si era verano.

Había también una silla en la alcoba cerrada; pero, además de faltarle casi todo el asiento, sólo tenía tres pies, lo cual le impedía servir como no fuese apoyada contra la pared. La señorita Baptistine tenía también, en su habitación, una gran butaca de las llamadas «bergère», cuya madera había estado dorada en otro tiempo y que estaba forrada de tela pekin, floreada; mas había sido necesario subirla al primer piso por el balcón, ya que la escalera era demasiado estrecha, teniéndose que prescindir de ella en casos de apuro.

La ambición de la señorita Baptistine hubiera sido poder comprar una sillería de salón, de terciopelo de Utrech amarillo, con flores, y un canapé de caoba, con forma de cuello de cisne. Pero esto hubiera costado por lo menos quinientos francos y, habiendo visto que no llegaba a economizar, para este objeto, sino unos cuarenta y dos francos y medio en cinco años, había terminado por renunciar a este deseo. ¿Quién es el que consigue realizar su ideal?

Es imposible figurarse nada más sencillo que el dormitorio del obispo. Una puerta-ventana que daba al jardín; enfrente, la cama, una cama como las del hospital, con colcha de sarga verde; en la sombra que proyectaba la cama, detrás de una cortina, los utensilios de tocador, revelando todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo; dos puertas, una cerca de la chimenea, que daba paso al oratorio; otra, cerca de la biblioteca, que daba al comedor. La biblioteca era un armario grande con puerta vidriera, lleno de libros; la chimenea era de madera, pero pintada imitando mármol; habitual-

mente sin fuego, en ella se veían un par de morillos de hierro, adornados con dos vasos con guirnaldas y canelones en otro tiempo plateados, lo cual era un lujo episcopal; encima de la chimenea, un crucifijo de cobre, que en su tiempo había estado plateado como los morillos, estaba clavado sobre terciopelo negro algo raído, y enmarcado en un cuadro de madera que había sido dorada; cerca de la puerta-ventana había una gran mesa, con un tintero, cargada de una masa confusa de papeles y diversos libros. Delante de la mesa, el sillón de paja; delante de la cama un reclinatorio tomado de la capilla u oratorio del obispo.

Dos retratos, en marcos ovalados, estaban colgados de la pared, a ambos lados de la cama. Pequeñas inscripciones doradas, sobre el fondo oscuro del lienzo, al lado de las figuras, indicaban que los retratos representaban: el uno, el abad de Chaliot, obispo de Saint-Claude, y el otro, al abad Tourteau, vicario general de Adge, abad de Grand-Champs, de la orden del Cister, diócesis de Chartres. Al suceder el obispo, en este cuarto, a los enfermos del hospital, había hallado allí aquellos dos retratos y los había dejado donde estaban. Eran sacerdotes, y probablemente donadores, dos motivos para que él los respetase.

Todo lo que se sabía de aquellos dos personajes, era que habían sido nombrados por el rey, el uno para un obispado y el otro para un beneficio, en el mismo día, esto es, el 27 de abril de 1785. Habiendo descolgado los cuadros la señora Magloire, para quitarles el polvo, el obispo había hallado esta particularidad, escrita con una tinta blanquecina en un pequeño pedazo de papel, amarillo ya por el tiempo, pegado con cuatro obleas detrás del retrato del abad de Grand-Champs.

Cubría la ventana una antigua cortina de una tela gruesa de lana, que había llegado a ser tan vieja que, para evitar el gasto de una nueva, la señora Magloire tuvo que hacerle una gran costura en medio, en forma de cruz. El obispo lo hacía notar con frecuencia, diciendo que sentaba muy bien aquella cruz en la cortina.

Todos los cuartos de la casa, lo mismo del piso bajo que del principal, sin excepción, estaban blanqueados con cal, a la manera y modo de cuartel u hospital.

Sin embargo, en los últimos años, la señora Magloire halló, como más adelante se verá, bajo el enlucido, pinturas que adornaban la habitación de la señorita Baptistine.

Antes de ser hospital, aquella casa había sido locutorio del pueblo. De ahí provenía aquel adorno. Los cuartos estaban enlosados con baldosas encarnadas que se aljofifaban todas las semanas, y delante de todas las camas había una esterilla de junco. Por lo demás, la casa, cuidada por dos mujeres, respiraba una exquisita limpieza, de un extremo al otro. Era el único lujo que el obispo se permitía. De él decía:

—Esto no les quita nada a los pobres.

Es preciso confesar, sin embargo, que le quedaban, de lo que en otro tiempo había poseído, seis cubiertos de plata y un cucharón que la señora Magloire miraba con cierta satisfacción, todos los días, relucir espléndidamente sobre el blanco mantel de gruesa tela. Y como procuramos pintar al obispo de Digne tal cual era, debemos añadir que más de una vez le había sucedido decir:

—Renunciaría difícilmente a comer con cubiertos que no fuesen de plata.

A estas alhajas deben añadirse dos grandes candelabros de plata maciza, que era herencia de una tía segunda. Aquellos candelabros sostenían dos velas y, de ordi-

nario, figuraban sobre la chimenea del obispo. Cuando había invitados a cenar, la señora Magloire encendía las dos velas y ponía los dos candelabros en la mesa.

A la cabecera de la cama, en el mismo cuarto del obispo, había un pequeño cajón, en el que la señora Magloire guardaba, todas las noches, los seis cubiertos de plata y el cucharón. Debemos añadir que nunca quitaba la llave.

El jardín, ya un poco estropeado por las construcciones bastante feas de las que hemos hablado, se componía de cuatro senderos en cruz, que partían de un pozo situado en el centro; otro sendero le daba la vuelta por completo, y se prolongaba a lo largo de la blanca pared que le servía de cercado. Estos senderos dejaban entre sí cuatro o cinco cuadros separados por una hilera de césped. En tres de ellos, la señora Magloire cultivaba legumbres; en el cuarto, el obispo había sembrado flores; aquí y allá crecían algunos árboles frutales.

Una vez, la señora Magloire dijo a monseñor, con cierta dulce malicia:

—Monseñor, vos que sacáis partido de todo, tenéis ahí un cuadro de tierra inútil. Más valdría que produjera frutos y no flores.

—Señora Magloire —respondió el obispo—, os engañáis; lo bello vale tanto como lo útil. —Y añadió, después de una pausa—: Tal vez más.

Aquel cuadro, compuesto de tres o cuatro platabandas, ocupaba al obispo casi tanto como sus libros. Pasaba allí gustosamente una o dos horas podando, cavando, abriendo aquí y allá agujeros en la tierra y poniendo semillas en ellos. No era tan hostil a los insectos como lo hubiera deseado un jardinero. Por lo demás, no tenía pretensión alguna de botánico. Desconocía los grupos y el solidismo; no trataba, en manera alguna, de decidir

entre Tournefort y el método rural; no tomaba partido ni por los utrículos contra los cotiledones, ni por Jussieu contra Linné[1]. No estudiaba las plantas, le gustaban las flores. Respetaba mucho a los sabios; respetaba aún más a los ignorantes; y, sin faltar a ninguno de estos dos respetos, regaba sus platabandas todas las noches de verano, con una regadera de hojalata pintada de verde.

No había en la casa una puerta siquiera que cerrase con llave. La del comedor que, como ya hemos dicho, daba a la plaza de la catedral, había estado en otro tiempo pertrechada por cerraduras y cerrojos, como la de una cárcel. El obispo hizo quitar aquellos hierros, y la puerta, así de día como de noche, sólo quedaba cerrada con un simple picaporte. El primer recién llegado, fuera la hora que quisiera, no tenía que hacer más que levantarlo y entrar. Al principio, las dos mujeres se habían asustado bastante al ver que la puerta no quedaba nunca cerrada; pero el obispo les dijo:

—Si queréis, poned cerrojos a las puertas de vuestras habitaciones.

Y al fin acabaron por participar de la confianza de monseñor, o aparentar al menos que la tenían. Sólo a la señora Magloire le asaltaban, de cuando en cuando, ciertos temores. Por lo que hace al obispo, puede verse su pensamiento explicado en estas tres líneas, escritas por él al margen de una *Biblia:* «La diferencia entre la puerta del médico y la del sacerdote, es que la puerta del médico no debe estar nunca cerrada, y la del sacerdote debe estar siempre abierta.»

En otro libro, titulado *Filosofía de la ciencia médica,* había escrito esta otra nota: «¿Acaso no soy yo médico

1 Joseph Pitton de Tournefort (1656-1708), Bernard de Jussieu (1699–1777) y Charles de Linné (1707-1778) fueron tres ilustres botánicos.

como ellos? También yo tengo mis enfermos; en primer lugar, todos los suyos, que ellos llaman pacientes, luego los míos, que yo llamo desgraciados.»

En otra parte había escrito: «No preguntéis su nombre a quien os pide asilo. Precisamente, quien más necesidad tiene de asilo es el que más dificultad tiene en decir su nombre.»

Sucedió que a un digno párroco, no sé si fue el de Couloubroux o el de Pompierry, se le ocurrió preguntarle un día, probablemente a instancias de la señora Magloire, si estaba seguro de no cometer una imprudencia, hasta cierto punto, dejando día y noche su puerta abierta a disposición del primero que quisiera entrar; y si, en fin, no temía que le sucediera una desgracia en una casa tan mal guardada.

El obispo lo tocó en el hombro con blandura y gravedad, y le dijo: «*Nisi Dominus custodierit domun, invanum vigilant qui custodiunt eam.*»[1] Luego habló de otra cosa.

Solía decir, con cierta frecuencia: «Hay el valor del sacerdote, como existe el valor del coronel de dragones Solamente que el nuestro debe ser pacífico.»

[1] «Si el Señor no guarda la casa, en vano velan los que la guardan.» Los dos primeros versículos del salmo CXXVII (Vulg. CXXVI): «Nisi Dominus, aedificaverit domun, in vanum laboraverunt qui aedificat eam. Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.»

Citación muy conveniente en boca de un obispo, que cada martes lee este texto en las vísperas.

VII

Cravatte

Aquí tuvo lugar un hecho, que no debemos omitir, porque es de los que mejor dan a conocer la clase de hombre que era monseñor el obispo de Digne.

Después de la destrucción de la banda de Gaspar Bès, que había infestado las gargantas de Ollioules, uno de sus tenientes, llamado Cravatte, se refugió en la montaña. Ocultóse algún tiempo con sus bandidos, resto de la tropa de Gaspar Bès en el condado de Niza; después pasó al Piamonte y luego volvió de pronto a reaparecer en Francia, por el lado de Barcelonnette. Vióselo primero en Jauziers, y posteriormente en Tuiles. Ocultóse entonces en las cavernas de Joug de l'Aigle, y de allí, descendiendo hacia las cabañas y aldeas por los barrancos de Ubaye y del Ubayette, llegó hasta Embrun, donde penetró una noche en la catedral y robó en la sacristía. Sus latrocinios desolaban al país. Lanzóse en su persecución la gendarmería, pero en vano; se escapaba siempre y algunas veces resistía a viva fuerza. Era un miserable muy audaz. En medio del temor que suscitaba, llegó el

obispo, que iba de visita al Chastelar. El alcalde salió a recibirlo y le suplicó que se volviese; Cravatte era dueño de la montaña hasta Arche, y aún más allá; había peligro en andar por allí aun con escolta; era exponer tontamente a tres o cuatro gendarmes.

—Siendo así —dijo el obispo—, iré sin escolta.

—¡Pensáis en eso, monseñor! —exclamó el alcalde.

—Y tanto; no deseo que venga conmigo ningún gendarme; además, pienso marchar dentro de una hora.

—¡Marchar!

—Naturalmente.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—Monseñor, no haréis lo que decís.

—Hay allí, en las montañas, una pequeña feligresía —replicó el obispo—, no mayor que la palma de la mano, la cual no he visitado hace ya tres años. Son grandes amigos míos, aquellos buenos y honrados pastores; de cada treinta cabras que guardan, una es suya; hacen unos cordones muy bonitos, con lanas de muy diversos colores, y tocan los aires de sus montañas en unos pequeños pitos de seis agujeros. Necesitan que, de cuando en cuando, se les hable del buen Dios. ¿Qué dirían de un obispo que tuviese miedo? ¿Qué dirían de mí, si no fuese por allá?

—Pero, monseñor, ¿y los ladrones?

—¡Vaya! —dijo el obispo—. Ahora caigo. Tenéis razón; puedo encontrarlos, y ellos también deben necesitar que se les hable de Dios.

—¡Monseñor! ¡Esta gente es una banda! ¡Es un rebaño de lobos!

—Señor alcalde, precisamente de este rebaño es de quien quizá Jesucristo me ha hecho pastor. ¿Quién sabe cuáles son los caminos de la providencia?

—Monseñor, os robarán.

—Nada tengo.

—Os matarán.

—¿A un pobre sacerdote que pasa la vida mascullando sus rezos? ¡Bah! ¿Para qué?

—¡Ah, Dios mío! ¡Si llegáis a encontrarlos!

—Les pediré una limosna para mis pobres.

—¡No vayáis, monseñor, en nombre del cielo! ¡Exponéis vuestra vida!

—Señor alcalde —dijo el obispo—, ¿no es más que eso? No estoy en este mundo para guardar mi vida, sino para guardar las almas.

Fue preciso acceder a su voluntad. Partió, acompañado únicamente de un niño que se ofreció para servirle de guía. Su obstinación dio mucho que hablar al país y causó no poco temor.

No quiso llevar consigo ni a su hermana ni a la señora Magloire. Atravesó la montaña en una mula, sin encontrar a nadie, y llegó sano y salvo al territorio de sus «buenos amigos» los pastores. Permaneció allí quince días, predicando, administrando, enseñando y moralizando. Cuando se aproximó el día de su marcha, resolvió cantar pontificalmente un Te Deum. Habló de ello al párroco, pero, ¿cómo hacerlo, careciendo de ornamentos episcopales? No podían poner a su disposición más que una mala sacristía de aldea, y algunas viejas casullas de damasco, muy usadas y adornadas con falsos galones.

—¡Bah! —dijo el obispo—. Señor párroco, anunciad desde el púlpito nuestro Te Deum. Ya se arreglará.

Buscaron en las iglesias de los alrededores. Todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias, reunidas, no hubieran bastado para vestir convenientemente a un chantre de una catedral.

Hallábanse sin saber cómo salir del paso, cuando dos hombres desconocidos, montados en sendos caballos, llevaron y dejaron en casa del párroco un cajón para el obispo. Abrieron el cajón; contenía una capa de tisú de oro, una mitra adornada de diamantes, una cruz arzobispal, un magnífico báculo, y todas las vestiduras pontificales robadas un mes antes en la iglesia de Nuestra Señora del Embrun. En la caja había una nota en la cual estaban escritas estas palabras: «Cravatte a monseñor Bienvenu.»

—¡Cuando yo decía que todo se arreglaría! —dijo el obispo. Luego, sonriendo, añadió—: A quien se contenta con la sobrepelliz de un cura, Dios le envía una capa arzobispal.

—Monseñor —murmuró el párroco, moviendo la cabeza y sonriendo—, ¿Dios o el diablo?

El obispo miró fijamente al párroco y repuso, con autoridad:

—Dios.

Cuando volvió al Chastelar, en todo lo largo de la carretera salía la gente a verlo, por curiosidad. En el presbiterio de Chastelar encontró a la señorita Baptistine y a la señora Magloire, que lo esperaban, y el obispo dijo a su hermana:

—Bien, ¿tenía o no razón? El pobre sacerdote fue a ver a los pobres montañeses con las manos vacías, y regresa con las manos llenas. Marché, llevando sólo mi esperanza puesta en Dios; y vuelvo trayendo el tesoro de una catedral.

Por la noche, antes de acostarse, volvió a decir:

—No temamos nunca a los ladrones ni a los asesinos; éstos son los peligros exteriores, los pequeños peligros. Temámonos a nosotros mismos. Los prejuicios: éstos son los ladrones; los vicios: éstos son los asesinos. Los gran-

des peligros están dentro de nosotros. ¡Qué importa lo que amenaza nuestra cabeza o nuestra bolsa! Pensemos sólo en lo que amenaza nuestra alma. —Luego, volviéndose hacia su hermana, añadió—: Hermana mía, nunca, por parte del sacerdote, debe tomarse precaución alguna contra el prójimo. Lo que el prójimo hace, Dios lo permite. Limitémonos a rogar a Dios, cuando creamos que nos amenaza un peligro. Oremos, no por nosotros, sino para que nuestro hermano no caiga en falta por causa nuestra.

Fuera de esto, eran muy raros los acontecimientos en su existencia. Referimos lo que sabemos; pero, de ordinario, pasaba la vida haciendo las mismas cosas, en los mismos momentos. Un mes de un año suyo, se parecía a una hora de uno de sus días.

Respecto a lo que fue el tesoro de la catedral de Embrun, se nos causaría algún embarazo interrogándonos sobre él. Componíase de muy buenas cosas, muy tentadoras y muy buenas de emplear en provecho de los desgraciados. Robadas, ya lo habían sido. La mitad, pues, de la aventura estaba cumplida. Sólo faltaba hacer cambiar la dirección al robo y encaminarlo hacia el lado de los pobres. Nada, por lo demás, podemos afirmar respecto a este asunto. Solamente añadiremos que, entre los papeles del obispo, se halló una nota bastante oscura que acaso se refiera a este asunto, y que estaba concebida en estos términos: «La cuestión está en saber si esto debe volver a la catedral o al hospital.»

VIII

Filosofía después de beber

El senador, de quien más arriba hemos hablado, era un hombre entendido, que había hecho su carrera por un camino derecho, desatento por completo a todos estos obstáculos que dificultan o embarazan, y que se llaman conciencia, fe jurada, justicia y deber; había marchado directo a su objeto, sin separarse una sola vez de la línea de su avance y de su interés. Era un antiguo procurador, blando por sus triunfos, no mal hombre del todo, que hacía cuantos pequeños favores podía a sus hijos, a sus yernos, a su padres, y aun a sus amigos; habiendo aprovechado el lado bueno de la vida, las buenas ocasiones, las buenas utilidades, parecíale estúpido todo lo demás. Tenía ingenio, y era suficientemente instruido para creerse discípulo de Epicuro, no siendo en realidad más que un producto de Pigault-Lebrun[1]. Se reía, buena y agradablemente, de las cosas infinitas y eternas, y de las «sali-

[1] Guillaume-Charles-Antonie Pigault de l'Epinoy (1753-1835). llamado *Pigault-Lebrun*, novelista y dramaturgo, autor del *Citador;* mediocre escritor volteriano.

das del buen obispo». A veces, con cierta amable autoridad, reíanse ante el mismo monseñor Myriel, que lo escuchaba.

No sé en qué ceremonia semioficial, el conde (el senador de quien hablamos) y monseñor Myriel comieron juntos en casa del prefecto. A los postres, el senador, un tanto alegre, aunque siempre digno, exclamó:

—¡Pardiez! Señor obispo, hablemos. Rara vez se ven un senador y un obispo, sin mirarse de reojo. Somos dos augures. Voy a haceros una confesión. Yo tengo mi propia filosofía.

—Y hacéis bien —respondió el obispo—, filosofar o acostarse, todo es lo mismo. Vos descansáis en lecho de púrpura, señor senador.

El senador, alentado, continuó:

—Seamos buenos muchachos.

—O buenos diablos —repuso el obispo.

—Os declaro —añadió el senador—, que el marqués de Argens, Pyrrhon, Hobbes y M. Naigeon[1] no son unos bergantes. Tengo en mi biblioteca a todos estos filósofos, encuadernados con canto dorado...

—Como vos mismo, señor conde —interrumpió el obispo.

El senador prosiguió:

—Odio a Diderot; es un ideólogo, un declamador y un revolucionario; en el fondo, creyente en Dios y más mojigato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham[2] e

[1] El marqués de Argens (1704-1771), autor escéptico de las *Cartas judías, chinas y cabalísticas;* Jacques-André Naigeon (1738-1810), editor de Diderot y del barón de Holbach; dos autores de segundo orden, a quienes Víctor Hugo se complace en unir, en la estima del senador, a los grandes nombres de Hobbes y de Pyrrhon.

[2] En el *Diccionario filosófico,* en particular, donde se burla del esfuerzo de Needham (1713-1781), para conciliar la teoría de la generación espontánea y la creencia de un Dios creador.

hizo mal, pues las anguilas de Needham prueban que Dios es inútil. Una gota de vinagre en una cucharada de masa de harina suple el «fiat lux». Suponed que la gota es más grande y la cucharada mucho más grande también, y tendréis el mundo. El hombre es la anguila; y entonces, ¿para qué el Padre eterno? Señor obispo, la hipótesis de Jehová me fatiga. No sirve más que para producir personas flacas que piensan hueco. ¡Abajo este gran todo, que me fastidia! ¡Viva cero que me deja tranquilo! De vos a mí, y para decirlo todo y para confesarme a mi pastor, como conviene, os confieso que no soy tonto. No estoy loco con vuestro Jesucristo, que predica por todas partes la renuncia y el sacrificio. Consejo de avaro a desarrapados. ¡Renuncia!, ¿por qué? ¡Sacrificio!, ¿para qué? Nunca he visto que un lobo se inmole por la felicidad de otro lobo. Permanezcamos, pues, dentro del orden de la naturaleza. Estamos en la cumbre; tengamos, pues una filosofía superior. ¿De qué sirve estar en la cumbre, si no se ve más allá de la nariz de los demás? Vivamos alegremente. La vida es todo. Que el hombre tenga un porvenir en otra parte, allá arriba, allá abajo, donde quiera, yo no creo una sola palabra de esto. ¡Ah!, me recomiendan la renuncia y el sacrificio, y, por tanto, debo tener mucho cuidado con todo lo que hago; es preciso que me rompa la cabeza sobre el bien y sobre el mal; sobre lo justo y lo injusto; sobre el fas y sobre el nefás. ¿Por qué? Porque tendré que dar cuenta de mis acciones. ¿Cuándo? Después de mi muerte. ¡Que hermoso sueño! Después de muerto, que me pinchen las ratas. Haced que una mano de sombra coja un puñado de cenizas. Digamos la verdad, nosotros que somos los iniciados, que hemos levantado el velo de Isis; no existe ni el bien ni el mal; no existe más que vegetación. Busquemos la realidad; profundicemos, penetremos en el fondo de la

cuestión, ¡qué diablos! Es necesario husmear la verdad, penetrar bajo tierra y apoderarse de ella. Y cuando la tengáis, entonces sí que seréis fuertes y os reiréis de todo. Yo soy cuadrado por la base, señor obispo. La inmortalidad del alma es una ridícula paradoja. ¡Oh, promesa encantadora! Fiaos de ella. Vaya billete de banco que tiene Adán. Si es alma, será ángel, tendrá alas azules en los omoplatos. Argüidme, pues: ¿no es Tertuliano[1] quien dice que los bienaventurados irán de un astro a otro? Bueno: con lo cual quiere decir que los bienaventurados serán las langostas de las estrellas. ¡Y después verán a Dios! Ta, ta, ta. No son mala cosa todos esos paraísos. Dios es un patarata monstruo. Yo no diré esto en el *Monitor*, ¡pardiez!, pero lo cuchicheo con los amigos: «Inter pocula.»[2] Sacrificar la tierra al paraíso es lo mismo que dejar la presa por la sombra, lo cierto por lo dudoso. ¡Ser burlado por lo infinito! ¡Ca! ¡No soy tan bestia! Soy nada. Me llamó el señor conde Nada, senador. ¿Era antes de mi nacimiento? No. ¿Seré después de mi muerte? No. ¿Qué soy, pues? Un poco de polvo unido y formando un organismo. ¿Qué tengo que hacer en la tierra? La elección es mía: padecer o gozar. ¿Adónde me conduciría el padecimiento? A la nada, pero habré padecido. ¿Adónde me conduciría el goce? A la nada, pero habré gozado. Mi elección está hecha. Es necesario comer o ser comido. ¡Comamos! Más vale ser el diente que la yerba; tal es mi sabiduría. Después de esto ande cada cual como le plazca; el sepulturero allí; el panteón

1 Tertuliano (150 a 160-222 ?), cuando evoca en la apologética la resurrección de los cuerpos y la felicidad de los elegidos (*Apol.*, XLVIII), no dice nada semejante. El senador, quizá, confunde el texto cristiano con el sueño de Escipión, referido por Cicerón (*De republica*, 1. VI).

2 Palabra por palabra: «en medio de las copas», es decir, «bebiendo».

para nosotros; todo cae en la gran fosa. Fin, *finis*, liquidación total; éste es el sitio donde todo acaba. La muerte está muerta, creedme. Si hay alguien que tenga algo que decirme sobre esto, desde ahora me río de él. Cuentos de chicos; el coco para los niños; Jehová para los hombres. No, nuestro mañana es la noche. Detrás de la tumba no hay más que nadas iguales. Hayáis sido Sardanápalo o san Vicente de Paúl, lo mismo da. Esto es lo cierto. Vivid, pues; sobre todo, ¡vivid! En verdad os digo, señor obispo; yo tengo mi filosofía y mis filósofos. No me dejo engatusar por todos esos consejos. Por lo demás, a los que van con las piernas al aire, a la canalla, a los miserables, les hace falta algo. Engullan, pues, las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraíso, las estrellas. Que masquen eso; que lo coman con su pan seco. Quien no tiene nada, tiene al buen Dios. Es lo menos que puede tener. Yo no me opondré a ello; pero guardo para mí al señor Naigeon. El buen Dios es bueno para el pueblo.

—¡Esto se llama hablar! —exclamó el obispo—. ¡Qué maravilloso es ese materialismo! ¡Ah!, no todo el que quiere lo tiene. Cuando se posee, no es uno juguete de nadie. No se deja uno desterrar bestialmente, como Catón [1], ni lapidar, como Saint-Étienne [2], ni quemar vivo como Jeanne D'Arc. Los que han conseguido procurarse ese materialismo admirable, tienen la alegría de sentirse irresponsables y de pensar que pueden devorarlo todo sin inquietud: los cargos, las sinecuras, las dignidades, el poder bien o mal adquirido, las palinodias lucrativas, las traiciones útiles, las sabrosas capitulaciones de

1 Catón de Utica (95-46 a. de J.C.).

2 Saint-Étienne el primer mártir cristiano (*Actos*, VII, VIII, 1-2), lapidado en Jerusalén, en presencia de Saulo de Tarso.

conciencia, y que bajarán a la tumba hecha ya la digestión. ¡Qué cosa tan agradable! No digo esto por vos, señor senador; sin embargo, me es imposible no felicitaros. Vosotros los grandes señores, tenéis, como habéis dicho, una filosofía particular, especial, para vuestro uso exclusivo, exquisita, refinada, accesible solamente a los ricos, buena cualquiera que sea la salsa con la que se la sirva, y admirablemente sazonada de los placeres de la vida. Esta filosofía está sacada de las profundidades, y desenterrada por rebuscadores experimentados y especiales. Pero sois príncipes amables y no halláis del todo mal que la creencia en Dios sea la filosofía del pueblo; sobre poco más o menos como el pato con castañas es el pavo trufado del pobre.

IX

El hermano descrito por la hermana

Para dar una idea del gobierno casero particular del obispo de Digne y de la manera cómo aquellas santas mujeres subordinaban sus acciones, sus pensamientos y hasta sus instintos de mujeres fácilmente asustadizas, a las costumbres y hábitos del obispo, sin que éste tuviera ni aun que tomarse el trabajo de hablar para expresar su deseo, nada mejor podemos hacer, para esto, que trascribir aquí una carta de la señorita Baptistine a la señora vizcondesa de Boischevron, su amiga de la infancia. Esta carta obra en nuestro poder y dice así:

Digne, 16 de diciembre de 18...

«Mi buena señora: No pasa un día sin que hablemos de vos. Es por lo regular nuestra costumbre y existe ahora, además, una razón para ello. Figuraos que al lavar y desempolvar los techos y paredes de nuestras habitaciones, la señora Magloire ha hecho varios descubrimientos; en el momento presente, nuestros dos cuartos, que estaban empapelados con viejo papel blanqueado con

cal, no serían impropios de un castillo semejante al vuestro. La señora Magloire ha desgarrado y arrancado todo el papel. Debajo había otras cosas. Mi salón, en el que no hay muebles y que nos sirve para tender la ropa de la colada, tiene quince pies de alto y dieciocho de ancho; su techo pintado antiguamente con dorados y a bovedilla como en vuestra casa, estaba cubierto con una tela del tiempo en que fue hospital. En fin, tiene ensambladuras del tiempo de nuestros abuelos. Pero es mi gabinete el que tiene que ver. La señora Magloire ha descubierto, a lo menos debajo de diez papeles pegados unos encima de otros, pinturas que, sin ser buenas, son, al menos, soportables; unas representan a Telémaco siendo armado caballero por Minerva; otras, al mismo en un jardín, cuyo nombre no puedo recordar; en fin, donde las damas romanas iban una sola noche. ¿Qué podré deciros? Hay romanos, romanas (aquí una palabra ininteligible), y todo su séquito. La señora Magloire ha puesto en claro todo esto, y este verano va a reparar algunas pequeñas averías, y a barnizarlo todo de nuevo, con lo cual quedará mi cuarto hecho un verdadero museo.

»En un rincón del desván ha encontrado también dos consolas de madera, moda antigua. Nos pedían dos luises y seis francos por volverlas a dorar; pero vale más y es mejor dar esto a los pobres; aparte de que son muy feas y de que yo preferiría una mesa redonda de caoba.

»Soy tan feliz como siempre. ¡Mi hermano es tan bueno! Todo cuanto tiene lo da a los pobres y a los enfermos. Vivimos un poco estrechos; el país es muy malo en invierno, y es menester hacer algo por los que nada tienen. Nosotros estamos casi bien abrigadas y bien alumbradas; ya veis que no es poca cosa.

»Mi hermano tiene sus costumbres propias y peculiares. Cuando habla, dice que un obispo tiene que ser así.

Figuraos que nunca se cierra la puerta de la casa. Entra quien quiere, y enseguida está en la habitación de mi hermano. Nada teme, ni aun por la noche. Es su valor particular, como él dice.

»No quiere que teman por él, ni que tampoco tema la señora Magloire. Se expone a toda clase de peligros y no quiere siquiera que aparentemos que nos damos cuenta de ello. Es preciso saber comprenderlo.

»Sale lloviendo, marcha por en medio del agua, viaja en invierno. No tiene miedo, durante la noche, de los caminos sospechosos, ni de los malos encuentros.

»El año pasado se marchó solo a un país de ladrones. No quiso llevarnos consigo. Permaneció quince días ausente. A su regreso, nada le había pasado; se lo creía muerto, pero gozaba de buena salud y decía: "¡Ved como no me han robado!" Y abrió una maleta llena de todas las joyas de la catedral de Embrun, que los ladrones le habían restituido.

»Esta vez, al volver no pude por menos que reñirle un poco, teniendo cuidado de hacerlo cuando el coche hacía mucho ruido, para que nadie nos oyera.

»En los primeros tiempos, yo me decía: no hay peligro que lo detenga, es terrible. Ahora, he terminado por acostumbrarme. Hago señas a la señora Magloire, para que no lo contraríe. Él se arriesga como quiere. Yo me llevo a la señora Magloire, me encierro en mi habitación, rezo por él, y me duermo. Estoy tranquila, porque sé muy bien que si sucediera una desgracia, ésta sería mi fin. Me iría al cielo con mi buen hermano y mi obispo. La señora Magloire ha tenido más dificultades que yo para acostumbrarse a lo que ella llama sus imprudencias. Pero ahora ya está hecha a ellas. Oramos las dos juntas, las dos juntas tenemos miedo, y juntas nos dormimos. El diablo entraría en la casa y no hallaría quien lo mo-

lestase. Después de todo, ¿qué es lo que podemos temer en esta casa? Hay siempre con nosotros alguien que es más fuerte que él. El diablo podrá pasar por ella, pero Dios la habita.

»Esto me basta. Mi hermano ya no tiene necesidad de decirme ni una palabra, ahora. Lo comprendo sin que me hable, y nos abandonamos a la providencia.

»Ved cómo hay que ser, con un hombre que tiene grandeza de espíritu.

»He preguntado a mi hermano las noticias que me pedís sobre la familia de Faux. Ya sabéis que él lo sabe todo, y tiene sus recuerdos, porque es siempre buen realista. Los de Faux pertenecen a una antigua familia normanda de la nobleza de Caen. Hace quinientos años que hubo un Raúl de Faux, un Jean de Faux y un Thomas de Faux, que eran nobles, y uno de ellos señor de Rochefort. El último fue Guy-Étienne-Alexandre, y era maestro de campo y alguna cosa más en los caballos ligeros de Bretaña. Su hija María Luisa casó con Adrien-Charles de Gramont, hijo del duque de Gramont, par de Francia, coronel de las guardias francesas y lugarteniente general de los ejércitos. Se escribe Faux, Fauq y Faouq.

»Buena señora, recomendadme a vuestro santo pariente, el cardenal, para que me tenga presente en sus oraciones. En cuanto a vuestra querida Silvanie, ha hecho bien en no tomar los cortos momentos que pasa junto a vos, para escribirme. Ella está bien, trabaja según su deseo, y me quiere como siempre. Esto es todo lo que yo quiero. Me envía un recuerdo de vos, y me felicito por ello. Mi salud no es muy mala y, sin embargo enflaquezco cada día más. Adiós, me falta ya el papel, y me obliga a dejaros. Mil cosas a todos.

»Baptistine.»

«P. D. Vuestra cuñada está aún aquí con su familia. Vuestro sobrinito es encantador. ¡Pronto tendrá cinco años! Ayer vio pasar un caballo, al que habían puesto rodilleras, y él decía: "¿Qué es lo que tiene en las rodillas?" ¡Qué guapo es este niño! Su hermano corre por la habitación, arrastrando una escoba vieja, como si fuera un carro, y grita: "¡Hala!" »

Como se ve, por esta carta, estas dos mujeres sabían acomodarse a la manera de ser del obispo, con este genio particular de la mujer que comprende al hombre mejor que el hombre se comprende a sí mismo. El obispo de Digne, bajo aquel aire dulce y cándido que nunca se desmentía, hacía a veces grandes cosas, atrevidas y magníficas, sin aparentar que sabía lo que hacía. Ellas temblaban, pero lo dejaban obrar. Algunas veces, la señora Magloire probaba a aventurar alguna resistencia anticipada; pero nunca mientras ni después del hecho. Nunca se le distraía, ni con una señal, ni con ninguna acción. En ciertos momentos, sin que hubiera necesidad de decirlo, cuando él ni aun tal vez tenía conciencia de sí mismo, tan perfecta era su sencillez, ellas presentían vagamente que obraba como obispo; entonces, ellas eran sólo dos sombras en la casa. Lo servían pasivamente y si, para obedecerlo, era menester desaparecer, desaparecían. Con una admirable delicadeza de instinto, sabían que ciertos cuidados pueden estorbar. Así, aun creyéndolo en peligro, comprendían, no digo su pensamiento, sino su naturaleza, hasta el punto de no velar por él. Lo confiaban a Dios.

Además, Baptistine decía, como acabamos de leer, que el fin de su hermano, sería también el suyo. La señora Magloire no lo decía, pero lo sabía.

X

El obispo en presencia de una luz desconocida

En una época un poco posterior a la fecha de la carta citada en las páginas precedentes, hizo una cosa que, según voz pública de la ciudad, había sido aún más arriesgada que su paseo a través de las montañas de los bandidos.

Había cerca de Digne, en el campo, un hombre que vivía solitario. Este hombre, digamos de corrido la palabra temible, era un antiguo convencional. Se llamaba G.

Hablábase del convencional G., en el mundillo de Digne, con una especie de horror. ¡Un convencional! ¿Os podéis figurar esto? Eso existía en el tiempo en que todo el mundo se tuteaba, y en que se decía: ciudadano. Aquel hombre era poco más o menos un monstruo. No había votado la muerte del rey, pero casi lo había hecho. Era un casi regicida. Había sido terrible. ¿Cómo, a la vuelta de los príncipes legítimos, no se había llevado a aquel hombre ante un tribunal prebostal? No se le hubiera cortado la cabeza, es cierto; es menester usar de la clemencia, bueno; pero, cuando menos, un destierro perpetuo. ¡Un ejemplo, vaya!, etcétera, etcétera. Era un ateo

de antaño, como toda la gente de entonces. Habladurías de gansos acerca del buitre.

¿Era, en realidad, un buitre, G.? Sí, se lo juzgaba por lo que había de huraño en su soledad. Al no haber votado la muerte del rey, no había sido comprendido en los decretos de destierro, y había podido permanecer en Francia [1].

Habitaba a tres cuartos de hora de la ciudad, lejos de toda vivienda, separado de todo camino, en no sé qué retiro perdido en un valle semisalvaje. Tenía allí, decían, una especie de campo y un agujero, una madriguera. Ni un vecino, ni siquiera transeúntes. Desde que vivía en aquel valle, el sendero que conducía hasta allí, había desaparecido bajo la hierba. Se hablaba de aquel lugar como de la casa del verdugo.

Sin embargo, el obispo pensaba y, de cuando en cuando, mirando al horizonte hacia el lugar en que un grupo de árboles señalaba el valle del anciano convencional, decía: «Allí hay un alma que está sola.»

Y en el fondo de su pensamiento, añadía: «Yo debía hacerle una visita.»

Pero, confesémoslo: esta idea, a primera vista muy natural, se le presentaba, después de un momento de reflexión, como extraña, imposible y casi repugnante. Pues, en el fondo, compartía la impresión general, y el convencional le inspiraba, sin que él se diera cuenta clara, este sentimiento que es como la frontera del odio, y que expresa tan bien la palabra repulsión.

Sin embargo, ¿la sarna del cordero, debe alejar al pastor? No. ¡Pero, qué cordero!

El buen obispo estaba perplejo; algunas veces se encaminaba hacia aquel lado, pero luego retrocedía.

1 La ley de noviembre de 1815 había condenado al destierro a los antiguos convencionales regicidas, es decir, a aquellos que habían votado la muerte de Luis XVI, en enero de 1793.

Por fin, un día esparcióse por la ciudad el rumor de que una especie de pastorcillo, que servía al convencional G. en su vivienda, había ido a buscar un médico; que el viejo malvado se moría; que la parálisis se había apoderado de él, y que no pasaría de aquella noche. «¡Gracias a Dios!», añadían algunos.

El obispo tomó su báculo, se puso su balandrán, a causa de estar su sotana un tanto raída, como ya hemos dicho, y también a causa del viento de la noche, que no tardaría en soplar, y partió.

El sol declinaba y rozaba casi el horizonte, cuando el obispo llegó al lugar excomulgado. Reconoció, en un latir un tanto más apresurado del corazón, que se hallaba cerca del cubil de la fiera. Saltó un foso, franqueó un seto, subió una escalera, entró en un cercado, dio algunos pasos atrevidamente y, de repente, en el fondo de un erial, tras una maleza, divisó la caverna.

Era una cabaña baja, pobre, pequeña y limpia, con un emparrado en la fachada.

Delante de la puerta, en un viejo sillón de ruedas, sillón de aldeano, había un hombre de cabellos blancos, que sonreía mirando al sol.

Cerca del anciano sentado, hallábase en pie un muchachito, el pastorcillo. Tendía al anciano una vasija con leche.

Mientras el obispo miraba al anciano, éste alzó la voz:

—Gracias —dijo—, nada necesito ya. —Y su sonrisa se separó del sol, para fijarse en el niño.

El obispo avanzó. Al ruido que hizo al andar, el anciano sentado volvió la cabeza y su rostro expresó toda la sorpresa que se puede sentir tras una larga vida.

—Desde que vivo aquí, es ésta la primera vez que alguien entra en mi casa. ¿Quién sois, señor?

El obispo respondió:

—Me llamo Bienvenu Myriel.

—¡Bienvenu Myriel! He oído pronunciar este nombre. ¿Seréis vos a quien el pueblo llama monseñor Myriel?

—Yo soy.

El anciano continuó con una semisonrisa:

—En este caso, sois mi obispo.

—Un poco.

—Entrad, señor.

El convencional tendió la mano al obispo, pero éste no la tomó y limitóse a decir:

—Celebro mucho de ver que me había engañado. En verdad, no parece que estéis enfermo.

—Señor —replicó el anciano—, voy a curarme por completo —hizo una pausa y añadió—: Moriré dentro de tres horas.

Luego, continuó:

—Soy un poco médico y sé como se acerca la última hora. Ayer sólo tenía los pies fríos; hoy el frío alcanza hasta las rodillas; ahora lo siento que sube hasta la cintura; cuando llegue al corazón, me acabaré. El sol es hermoso, ¿verdad? He hecho que me traigan aquí, para dirigir una postrer mirada sobre las cosas. Podéis hablarme, esto no me fatiga. Habéis hecho bien en venir a mirar a un hombre que va a morir. Es bueno que en este momento tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera querido llegar hasta el alba. Pero sé que me quedan apenas tres horas. Será de noche. Y en verdad, ¡qué importa! Acabar es una cosa sencilla. No se necesita la mañana para esto. Sea; moriré de noche.

El anciano volvióse hacia el pastor.

—Ve a acostarte. Has velado la otra noche. Estás cansado.

El niño entró en la cabaña.

El anciano lo siguió con la mirada y añadió, como hablando para sí mismo:

—Mientras él duerme, yo moriré. Los dos sueños pueden hacer buena vecindad.

El obispo no estaba conmovido, como parece que debiera estarlo. No creía sentir a Dios, en aquella manera de morir. Lo diremos todo, porque las pequeñas contradicciones de los grandes corazones, deben ser puestas de manifiesto como las demás; él, que en ocasiones tan de veras se reía de su grandeza, se hallaba un poco sorprendido de no ser llamado monseñor, y estaba casi tentado de replicar: ciudadano. Asaltóle un capricho de grosera familiaridad, bastante común en los médicos y en los sacerdotes, pero que en él no era habitual. Después de todo, aquel hombre, aquel convencional, aquel representante del pueblo, había sido un poderoso en la tierra; por primera vez en su vida, acaso, el obispo se sintió con humor de ser severo.

El convencional, sin embargo, lo consideraba con modesta cordialidad, en la cual hubiérase podido discernir la humildad que tan bien sienta cuando se está cerca de convertirse en polvo.

El obispo, por su parte, aunque se guardaba ordinariamente de la curiosidad, la cual, según él, era muy próxima a la ofensa, no podía menos de examinar al convencional con una atención que, no teniendo origen en la simpatía, probablemente le hubiera reprochado su conciencia respecto de cualquier otro hombre. Un convencional causábale, en cierto modo, el efecto de un hombre fuera de la ley, incluso fuera de la ley de la caridad.

G., tranquilo, con la cabeza derecha y la voz vibrante, era uno de estos grandes octogenarios que son la sor-

presa del fisiólogo. La revolución ha contado muchos de estos hombres proporcionados a su época. En aquel anciano, adivinábase el hombre de prueba. Tan cercano a su fin, había conservado todos los movimientos y ademanes de una perfecta salud. Había en su golpe de vista claro, en su acento firme, en su robusto movimiento de hombros, con qué desconcertar a la muerte. Azrael, el ángel mahometano del sepulcro, hubiérase vuelto atrás y creído que se equivocaba de puerta. G. parecía morir porque quería. Había libertad en su agonía. Únicamente las piernas estaban inmóviles. Las tinieblas lo sujetaban por allí. Los pies estaban muertos y fríos, y la cabeza vivía con toda la potencia de la vida; y aparecía en plena lucidez. G., en aquel grave momento, se parecía al rey del cuento oriental, de carne en la parte superior, de mármol en la inferior.

Había allí una piedra. El obispo sentóse en ella. El exordio fue exabrupto.

—Os felicito —dijo, en tono de represión—. Pues, al cabo, no votasteis la muerte del rey.

El convencional no pareció notar el amargo sentido oculto en las palabras «al cabo»; pero la sonrisa se había borrado de su rostro.

—No me felicitéis demasiado pronto, señor; he votado el fin del tirano.

Era el acento austero, en presencia del acento severo.

—¿Qué queréis decir? —repuso el obispo.

—Quiero decir que el hombre tiene un tirano: la ignorancia. Yo he votado el fin de este tirano, que ha engendrado la falsa autoridad, en lugar de la autoridad que se apoya en lo verdadero. El hombre no debe ser gobernado más que por la ciencia.

—Y por la conciencia —añadió el obispo.

—Es lo mismo. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros mismos.

Monseñor Bienvenu escuchaba, un poco sorprendido, aquel lenguaje nuevo para él.

El convencional prosiguió:

—En cuanto a Luis XVI, yo dije no. No me creo con derecho para matar a un hombre; pero me siento con el deber de exterminar el mal. He votado el fin del tirano. Es decir, el fin de la prostitución de la mujer, el fin de la esclavitud del hombre, el fin de la ignorancia del niño [1]. Al votar por la república, voté todo esto. ¡He votado la fraternidad, la concordia, la aurora. He ayudado a la caída de los prejuicios y de los errores. El hundimiento de los unos y los otros, produce la luz. Hemos hecho caer el viejo mundo; y el viejo mundo, vaso de miserias, al volcarse sobre el género humano, se ha convertido en una urna de alegría!

—De alegría no pura —dijo el obispo.

—Podríais decir, de alegría turbada; y hoy, después de este fatal retroceso a lo pasado, que se llama 1814, alegría desvanecida. ¡Ay! La obra ha sido incompleta, convengo en ello; hemos demolido el antiguo régimen de los hechos; no hemos podido suprimirlo completamente en las ideas. No basta con destruir los abusos; hay que modificar las costumbres. El molino ya no está, pero el viento continúa soplando.

—Habéis demolido. Demoler puede resultar útil; pero yo desconfío de una demolición con la cual está mezclada la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo, y la cólera del derecho es un elemento de progreso. De todos

[1] La declaración análoga de Hugo, al encabezar *Los miserables*.

modos, y dígase lo que se quiera, la revolución francesa es el paso más grande dado por el género humano, desde el advenimiento de Cristo. Progreso incompleto, sea, pero sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales. Ha dulcificado los ánimos; ha calmado, tranquilizado, ilustrado; ha hecho correr sobre la tierra torrentes de civilización. Ha sido buena. La revolución francesa es la consagración de la humanidad.

El obispo no pudo menos de murmurar:

—¿Sí? ¡93!

El convencional se enderezó en su asiento, con una solemnidad casi lúgubre, y, con tanto vigor cuanto un moribundo puede tener, exclamó:

—¡Ah! ¡También usted! ¡93! Esperaba esta palabra. Una nube se ha formado durante mil quinientos años. Al cabo de quince siglos, ha estallado la tormenta. Vos procesáis al rayo.

El obispo sintió, sin confesarlo tal vez, que algo en él había sido herido. Sin embargo, presentó buen continente. Respondió:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote habla en nombre de la piedad, que no es otra cosa que una justicia más elevada. Un rayo no debe nunca engañarse.

Y añadió, mirando fijamente al convencional:

—¿Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo.

—¿Luis XVII? Veamos. ¿Por quién lloráis? ¿Por el niño inocente? Entonces, bien, yo lloro con vos. ¿Es por el niño real? Os pido que reflexionéis. Para mí, el hermano de Cartouche[1], niño inocente, colgado de los soba-

[1] Luis-Dominique Bourguignon, llamado Cartouche, nacido en 1693, fue apaleado vivo en la plaza de Grève, en 1721.

cos en la plaza de Grève, hasta que el suplicio le produjera la muerte, por el solo crimen de ser hermano de Cartouche, no es menos digno de compasión que el nieto de Luis XV, niño inocente, martirizado en la torre del Temple, por el solo crimen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor —dijo el obispo—, no me gusta la proximidad entre ciertos nombres.

—¿Cartouche? ¿Luis XV? ¿Por cuál de los dos clamáis?

Hubo un momento de silencio. El obispo se arrepentía casi de haber ido y, sin embargo, sentíase vaga y extrañamente conmovido.

El convencional continuó:

—¡Ah, señor obispo! No os gusta la aspereza de la verdad. Cristo la amaba. Tomaba un látigo y limpiaba el templo. Su látigo, lleno de relámpagos, era un rudo declarador de verdades. Cuando él exclamaba: «Sinite párvulos»[1], no distinguía entre los niños. No se hubiera incomodado al acercarse el niño de Barrabás, al niño de Herodes. Señor, la inocencia tiene su corona en sí misma. La inocencia nada gana con ser alteza. Tan augusta es desarrapada como flordelisada.

—Es verdad —dijo el obispo, en voz baja.

—Insisto —continuó el convencional G.—. Me habéis nombrado a Luis XVII. Entendámonos. Lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños; lo mismo por los de arriba que por los de abajo. Convenido. Pero, entonces, ya os lo he dicho, es preciso remontarnos más arriba del 93; y nuestras lágrimas deben comenzar antes de Luis XVII. Lloraré con vos por

[1] Principio de la frase de Cristo: «Sinite parvulos ad me venire.» «Dejad que los niños vengan a mí.» (*Marcos*, X, 14).

los hijos de todos los reyes, con tal de que vos lloréis conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Lloro por todos —dijo el obispo.

—¡Por igual! —exclamó G.—. Y si la balanza debe inclinarse, que sea del lado del pueblo. Hace más tiempo que sufre.

Hubo un nuevo silencio. Fue el convencional quien lo rompió. Se levantó, apoyándose sobre un codo, cogió, entre el pulgar y el índice replegado, un poco de su mejilla, como se hace maquinalmente cuando se interroga y se juzga, e interpeló al obispo con una mirada llena de todas las energías de la agonía. Fue casi una explosión.

—Sí, señor, hace mucho tiempo que el pueblo sufre. Y luego, no es sólo esto: ¿a qué venís a preguntarme y a hablarme de Luis XVII? Yo no os conozco. Desde que estoy en este país, he vivido en este retiro, sin salir nunca de aquí y sin ver a nadie más que a este niño que me sirve. Vuestro nombre, es verdad, ha llegado hasta mí confusamente y, debo decirlo, no mal pronunciado; pero esto nada significa; ¡las gentes hábiles tienen tantas maneras de hacerse lugar entre el bueno del pueblo! A propósito, no he oído el ruido de vuestro carruaje, sin duda lo habréis dejado detrás del seto, allá abajo, en el empalme del camino. No os conocía, repito. Me habéis dicho que sois el obispo, pero esto no me informa en absoluto sobre vuestra personalidad moral. En suma, os repito mi pregunta: ¿Quién sois? Sois un obispo, es decir, un príncipe de la iglesia, uno de estos hombres dorados, blasonados, ricos, que tienen gruesas prebendas —el obispo de Digne, quince mil francos fijos, diez mil francos eventuales; en total, veinticinco mil francos—, que tienen buena mesa, que tienen libreas. Que comen pollo los viernes, que se pavonean, con lacayos delante y lacayos detrás, en berlina de gala, que tienen palacios, y que andan

en carroza en nombre de Jesucristo, ¡que andaba con los pies desnudos! Vos sois un prelado; rentas, palacios, lacayos, caballos, buena mesa, todas las sensualidades de la vida; tenéis esto como los demás y, como los demás, gozáis de ello; está bien, pero todo esto dice demasiado, o no lo bastante; esto no me ilustra sobre vuestro valor intrínseco y esencial, sobre vos, que venís con la pretensión probable de traerme la sabiduría. ¿A quién es a quien hablo? ¿Quién sois vos?

El obispo bajó la cabeza y repuso:

—«Vermis sum.»[1]

—¡Un gusano en carroza! —murmuró el convencional.

Tocábale a éste el turno de ser altivo, y al obispo de mostrarse humilde.

El obispo repuso, con dulzura:

—Sea, señor. Pero explicadme cómo mi carruaje, que está a dos pasos detrás de los árboles, cómo mi buena mesa y los pollos que como los viernes, cómo mis veinticinco mil francos de renta, cómo mis palacios y mis lacayos, prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber, y que el 93 no fue inexorable.

El convencional se pasó la mano por la frente, como para apartar una nube.

—Antes de contestaros —dijo—, os ruego que me perdonéis. Acabo de cometer una falta, señor. Estáis en mi casa, sois mi huésped. Os debo cortesía. Discutís mis ideas y yo debo limitarme a rebatir vuestros razonamientos. Vuestras riquezas y vuestros goces son ventajas que tengo sobre vos en el debate, pero no sería de buen gusto servirme de ellas. Os prometo no volver a usar de ellas.

[1] «Yo soy un gusano.» (*Salmos*, XXII, 7): «Ego autem sum vermis, et non homo.»

—Y yo os lo agradezco —dijo el obispo.

G. replicó:

—Volvamos a la explicación que vos me pedíais. ¿Dónde estábamos? ¿Qué me decíais? ¿Que el 93 fue inexorable?

—Inexorable, sí —afirmó el obispo— ¿Qué pensáis de Marat, batiendo palmas a la guillotina?

—Qué pensáis vos de Bossuet, cantando el Te Deum sobre las dragonadas? [1]

La respuesta era dura, pero alcanzaba su objeto con la rigidez de una punta de acero. El obispo se estremeció; no se le ocurrió contestación alguna, pero lo asustaba aquel modo de nombrar a Bossuet. Los mejores espíritus tienen sus fetiches, y, a veces, se sienten vagamente maltrechos de las faltas de respeto de la lógica.

El convencional empezaba a jadear; el asma de la agonía, que se mezcla con los últimos alientos, le entrecortaba la voz; sin embargo, tenía aún una perfecta lucidez de inteligencia en sus ojos. Continuó:

—Digamos aún algunas palabras. Fuera de la revolución, que, tomada en conjunto, es una inmensa afirmación humana, el 93 ¡ay!, es una réplica. Vos lo encontráis inexorable, mas ¿y toda monarquía, señor? Carrier es un bandido; pero, ¿qué nombre dais a Montrevel? Fouquier-Tinville es un bribón, pero ¿qué opináis de Lamoignon-Bâville? Maillard es terrible, pero ¿y Saulx Tavannes? El padre Duchêne es feroz, pero ¿qué epíteto concederíais al padre Letellier? Jourdan–Coupe–Tête es un monstruo, pero no tanto como el marqués de Lou-

1 Alusión a la actitud de Bossuet, tras la revocación del edicto de Nantes (1685). Se llamó «dragonadas» a las operaciones de apostolado brutal, en países protestantes, donde los dragones jugaron un papel famoso.

vois[1]. Señor, compadezco a María-Antonieta, archiduquesa y reina, pero compadezco también a aquella pobre mujer hugonote que, en 1685, en tiempo de Luis el Grande, señor, fue atada a un poste, desnuda hasta la cintura, y su hijo mantenido a cierta distancia; el pecho de la madre se llenaba de leche y su corazón de angustia, mientras el niño hambriento y pálido, agonizaba y gritaba. Y el verdugo decía a aquella mujer, madre y nodriza: ¡Abjura!, dándole a elegir entre la muerte de su hijo y la muerte de su conciencia. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo, aplicado a una madre? Señor, recordad esto: la revolución francesa ha tenido sus razones. Su cólera será absuelta por el porvenir. Su resultado es el mundo mejor. De sus más terribles golpes brota una caricia para el género humano. Abreviaré. Concluiré; tengo demasiado buen juego. Además, me muero.

Y cesando de mirar al obispo, el convencional acabó su pensamiento con estas palabras tranquilas:

—Sí, las brutalidades del progreso se llaman brutalidades. Cuando han concluido, se reconoce esto: que el género humano ha sido maltratado, pero ha marchado.

[1] Jean-Baptiste Carrier (1756-1794), convencional, célebre por las sumersiones que ordenó en Nantes, mientras fue representante de la misión. El marqués de Montrevel (1636-1716), perseguidor del protestantismo del Languedoc. Fouquier-Tinville (1746-1795), acusador público en el tribunal revolucionario de París. Nicolás Lamoinon de Bâville (1648-1724), otro perseguidor de los hugonotes del Languedoc. François-Stanislas Maillard (1763-1794), famoso setembrista. Gaspard de Saulx, mariscal de Tavannes (1509-1573), uno de los instigadores de la noche de san Bartolomé. El padre Duchêne, título del periódico publicado por Hebert (1757-1794), uno de los «entusiastas». El padre Michel Letellier (1648-1719), jesuita, confesor de Luis XIV y adversario encarnizado de Port-Royal. Jourdan-Coupe-Tête, sobrenombre de Mathieu Jouve (1749-1794), célebre como autor de la matanza de la Glacière (Aviñón, octubre de 1791). El marqués de Louvois, ministro de Luis XIV, que ordenó el incendio del Palatinado, cuyos recuerdos habían impresionado vivamente a Víctor Hugo. (*El Rhin*, carta XXVII.)

El convencional ni siquiera sospechaba que acababa de tomar por asalto, uno tras otro, todos los atrincheramientos interiores del obispo. Sin embargo, quedaba uno; y de este atrincheramiento, supremo recurso de la resistencia de monseñor Bienvenu, brotaron estas frases en las que apareció toda la rudeza del principio de la conversación:

—El progreso debe creer en Dios. El bien no puede tener un servidor impío. Es mal conductor del género humano el que es ateo.

El viejo representante del pueblo no respondió. Fue sacudido por un temblor. Miró al cielo, y una lágrima germinó lentamente en aquella mirada. Cuando el párpado estuvo lleno, la lágrima resbaló a lo largo de su lívida mejilla, y el moribundo dijo, casi tartamudeando, bajo y como hablando consigo mismo, con la mirada perdida en las profundidades:

—¡Oh, tú! ¡Oh, ideal! ¡Tú sólo existes!

El obispo sintió una conmoción inexplicable.

Tras un silencio, el anciano levantó un dedo hacia el cielo y dijo:

—El infinito existe. Está allí. Si el infinito no tuviera un yo, el yo sería su límite; no sería infinito; en otros términos, no existiría. Pero existe; luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo había pronunciado aquellas palabras últimas en voz alta y con el estremecimiento del extasis como si viese a alguien. Cuando hubo terminado de hablar, sus ojos se cerraron. El esfuerzo lo había agotado. Era evidente que acababa de vivir, en un minuto, las pocas horas que le quedaban. Lo que acababa de decir lo había aproximado a la muerte. El instante supremo llegaba.

El obispo lo comprendió; el tiempo apremiaba; había ido allí como sacerdote; de la extremada frialdad, había pasado por grados a una extremada emoción; contempló aquellos ojos cerrados, tomó aquella mano vieja y helada, y se inclinó hacia el moribundo:

—Esta hora es la de Dios. ¿No creéis que sería una pena que nos hubiéramos encontrado en vano?

El convencional volvió a abrir los ojos. Una gravedad, en la que había algo de sombra, se pintó en su semblante.

—Señor obispo —dijo con una lentitud que acaso provenía de la dignidad de alma, más que del desfallecimiento de las fuerzas—, he pasado mi vida en la meditación, el estudio y la contemplación. Tenía sesenta años, cuando mi país me llamó y me ordenó que me mezclara en sus asuntos. Obedecí. Había abusos, los combatí; había tiranías, las destruí; había derechos y principios yo los proclamé y los confesé. El territorio estaba invadido, yo lo defendí; Francia estaba amenazada, le ofrecí mi pecho. No era rico, soy pobre. He sido uno de los dueños del estado; las cajas del banco estaban llenas de plata y oro, hasta tal punto que fue necesario apuntalar las paredes, casi próximas a hundirse con el peso de los metales preciosos; y, entretanto, yo comía en la calle del Árbol Seco, por veintidós sueldos el cubierto. He socorrido a los oprimidos, he aliviado a los que padecían. He desgarrado la sábana del altar, pero ha sido para vendar las heridas de la patria. He sostenido siempre la marcha progresiva del género humano hacia la luz, y he resistido algunas veces los progresos crueles. En ocasiones, he protegido a mis propios adversarios, vuestros amigos. Hay en Peteghem, en Flandes, en el sitio mismo en que los reyes merovingios

tenían su palacio de verano, un convento de urbanistas [1], la abadía de Santa Clara en Beaulieu, al cual salvé en 1793. He cumplido con mi deber, según mis fuerzas, y he hecho el bien que he podido. A pesar de esto, he sido llevado y traído, perseguido y calumniado, ridiculizado, escarnecido, maldito y proscripto. Ya, desde hace muchos años, con mis cabellos blancos, siento que muchas personas creen tener sobre mí el derecho de despreciarme; para la pobre turba ignorante, mi cara es la de un condenado, y acepto, sin por ello odiar a nadie, el aislamiento del odio. Ahora tengo ochenta años; voy a morir. ¿Qué venís a pedirme?

—Vuestra bendición —dijo el obispo.

Y arrodillóse.

Cuando el obispo levantó la cabeza, el rostro del convencional había tomado un aspecto augusto. Acababa de expirar.

El obispo regresó a su casa, profundamente absorto, no se sabe en qué pensamiento. Pasó toda la noche en oración. A la mañana siguiente, algunos curiosos trataron de hablarle del convencional G. Él se limitó a señalar el cielo. A partir de aquel instante, redobló su ternura y fraternidad para con los pobres y los que padecen.

Cualquier alusión a «aquel viejo malvado de G.» lo hacía caer en una profunda y singular meditación. Nadie podría decir que el paso de aquel espíritu ante el suyo, y el reflejo de aquella gran conciencia sobre la suya, no había influido algo en su proximidad a la perfección.

Aquella «visita pastoral», fue, naturalmente, una ocasión de murmuraciones en las pequeñas charlas locales:

1 Se llama urbanistas a las clarisas, que adoptaron la regla mitigada del papa Urbano IV (1263). Santa Clara había fundado las clarisas en 1212.

«¿Es acaso el lugar de un obispo, la cabecera de semejante moribundo? Evidentemente, allí no se podía esperar conversión alguna. Todos estos revolucionarios son relapsos. Entonces, ¿por qué ir allí? ¿Qué tenía que hacer? Preciso es que tuviera gran curiosidad de ver cómo se lo llevaba el diablo.»

Un día, una viuda de la variedad impertinente que se cree espiritual, le dirigió aquella frase:

—Monseñor, la gente se pregunta cuándo tendrá vuestra grandeza el bonete rojo.

—¡Oh! ¡Oh! He aquí un color mayor —respondió el obispo—. Felizmente, los que lo desprecian en un bonete, lo veneran en un sombrero.

XI

Una restricción

Estarían muy cerca de engañarse quien concluyera de aquí que monseñor Bienvenu era un «obispo filósofo», o un «cura patriotero». Su encuentro, lo que casi pudiera llamarse su conjunción con el convencional G., le causó una especie de admiración que lo hizo más humilde todavía. Esto es todo.

Aunque monseñor Bienvenu no había sido nunca, ni mucho menos, un hombre político, tal vez sea esta la ocasión de indicar, muy brevemente, cuál fue su actitud en los acontecimientos de entonces, suponiendo que monseñor Bienvenu pensara alguna vez en tener una actitud.

Remontémonos, pues, a algunos años atrás.

Algún tiempo después de la elevación del señor Myriel al episcopado, el emperador lo había hecho barón del imperio, al mismo tiempo que a muchos otros obispos. El arresto del papa tuvo lugar, como es sabido, en la noche del 5 al 6 de julio de 1809; en esta ocasión, monseñor Myriel fue llamado por Napoleón al sínodo de los obispos de Francia y de Italia, convocado en París. Este

sínodo se celebró en Notre-Dame, reuniéndose por primera vez el 15 de junio de 1811, bajo la presidencia del cardenal Fesch [1]. Monseñor Myriel fue uno de los noventa y cinco obispos que acudieron. Pero asistió solamente a una sesión y a tres o cuatro conferencias particulares. Obispo de una diócesis montañesa, viviendo tan cerca de la naturaleza, en la rusticidad y en la desnudez, parecía como que aportaba, entre aquellos eminentes personajes ideas que cambiaban la temperatura de la asamblea. Regresó muy pronto a Digne.

Le preguntaron sobre aquella súbita vuelta, y él respondió:

—Los molestaba. Entrábales por mí el aire de fuera, y les causaba el efecto de una puerta abierta.

En otra ocasión, dijo:

—¿Qué queréis? Aquellos monseñores son príncipes. Yo no soy más que un pobre obispo plebeyo.

El hecho es que los había disgustado. Entre otras cosas extrañas, se le había escapado decir, una noche en que se encontraba en casa de uno de sus colegas más calificados:

—¡Qué hermosos relojes! ¡Qué hermosas alfombras! ¡Qué lujosas libreas! Todo esto debe resultar muy importuno. ¡Oh! No quisiera tener todas estas cosas superfluas, que me gritaran sin cesar al oído: ¡Hay personas que tienen hambre! ¡Hay personas que tienen frío! ¡Hay pobres! ¡Hay pobres!

Digámoslo, de paso: no sería un odio inteligente, el odio al lujo; porque implicaría el odio a las artes. Sin embargo, entre las gentes de iglesia, fuera de la representación y de las ceremonias, el lujo es una falta. Parece revelar actitudes muy poco caritativas. Un obispo

[1] El «concilio de occidente», como decía Napoleón, fue abierto el 17 de junio de 1811, bajo la presidencia del cardenal Fesch.

opulento es un contrasentido. El obispo debe mantenerse cerca de los pobres. ¿Puede alguien estar rozando sin cesar, noche y día, todas las miserias, todos los infortunios y las indigencias, sin llevar sobre sí mismo un poco de esta santa miseria, como el polvo del trabajo? ¿Os figuráis a un hombre que esté cerca del brasero y no sienta calor? ¿Hay un obrero que trabaje sin descanso en la fragua, y que no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor, ni una gota de ceniza en el rostro? La primera prueba de caridad en el obispo, es la pobreza.

Esto era, sin duda, lo que pensaba el obispo de Digne.

No por esto debe creerse que compartía, sobre ciertos puntos delicados, lo que podríamos llamar «las ideas del siglo». Mezclábase múy poco en las disputas teológicas del momento, y se callaba sobre las cuestiones en que estaban comprometidas la iglesia y el estado; pero, si lo hubiera apremiado, parécenos que más bien se le hubiera hallado ultramontano que galicano. Como hacemos un retrato, y nada queremos ocultar, nos vemos obligados a decir que fue glacial para Napoleón cuando declinó. A partir de 1813, se adhirió o aplaudió todas las manifestaciones hostiles. Se negó a verlo a su regreso de la isla de Elba, y se abstuvo de ordenar, en su diócesis, las oraciones públicas [1] por el emperador, durante los cien días.

Además de su hermana, la señorita Baptistine, tenía dos hermanos: uno era general y el otro prefecto. Le escribía a ambos bastante a menudo. Durante algún tiempo, fue riguroso con el primero, porque estando encargado de un mando en Provenza, en la época del desembarco de Cannes, el general se había puesto a la cabeza de mil doscientos hombres y había perseguido al empe-

[1] Rasgo tomado de la biografía de monseñor Miollis.

rador como si quisiera dejarlo escapar [1]. Su correspondencia fue siempre más afectuosa para el otro hermano, el antiguo prefecto, hombre valiente y digno, que vivía retirado en París, en la calle Casette.

Monseñor Bienvenu tuvo, pues, también su hora de espíritu partido, su hora de amarguras, su nube. La sombra de las pasiones del momento se proyectó sobre aquella alma grande y afable, ocupada únicamente con las cosas eternas. En verdad, semejante hombre hubiera merecido no tener opiniones políticas. No hay que interpretar mal nuestro pensamiento; no confundamos lo que se llama «opiniones políticas», con la gran aspiración al progreso, con la sublime fe patriótica, democrática y humana que, en nuestros días, debe ser el fondo mismo de toda inteligencia generosa. Sin profundizar en las cuestiones que sólo tocan indirectamente al asunto de este libro, diremos simplemente esto: Hubiera sido hermoso que monseñor Bienvenu no hubiera sido realista y que su mirada no se hubiera apartado, en ningún instante, de esta contemplación serena en que se ven irradiar distintamente, por encima del vaivén tempestuoso de las cosas humanas, estas tres puras luces: La verdad, la justicia, la caridad.

Aun conviniendo en que Dios no había creado a monseñor Bienvenu para cargos políticos, hubiéramos comprendido y admirado en él la protesta en nombre del derecho y de la libertad; la oposición altiva, la resistencia peligrosa y justa a Napoleón omnipotente. Pero lo que nos gusta respecto a los que suben, nos disgusta respecto a los que bajan. No nos gusta el combate más que cuando existe peligro en él; y, en todos los casos, los combatientes de la primera hora son los únicos que tienen el

[1] El general Miollis dirigía un cuerpo de mil doscientos hombres en su desembarco del golfo Juan.

derecho a ser los exterminadores de la última. Quien no ha sido obstinado acusador durante la prosperidad, debe callarse ante el derrumbamiento. El denunciador del éxito es el único legítimo justiciero de la caída. Por lo que a nosotros toca, cuando la providencia se mezcla en el asunto y hiere, nosotros la dejamos hacer. Los sucesos de 1812 comienzan a desarmarnos. En 1813, la cobarde ruptura del silencio de aquel cuerpo legislativo taciturno, envalentonado por las catástrofes, debía indignar, y era una falta el aplaudirlo. En 1814, ante aquellos mariscales que hacían traición, ante este senado que pasaba de un fango a otro, insultando después de haber divinizado; ante aquella idolatría que volvía la espalda y escupía al ídolo, era un deber volver la cabeza. En 1815, cuando en el aire se cernían los supremos desastres, cuando Francia se estremecía ante su siniestro porvenir, cuando se podía distinguir vagamente a Waterloo abierto ante Napoleón, las doloridas aclamaciones del ejército y del pueblo al condenado del destino, nada tenían de risibles y, prescindiendo del déspota, un corazón como el del obispo de Digne, no hubiera debido desconocer lo que había de augusto y conmovedor en el estrecho abrazo de una gran nación y de un gran hombre, al borde del abismo.

Fuera de esto, era y fue en todo, justo y verdadero, equitativo, inteligente, humilde y digno, benéfico y benévolo, que es también una especie de beneficencia. Era un sacerdote, un sabio, y un hombre. Incluso, hay que decirlo, aun esta opinión política que acabamos de reprocharle y que estamos dispuestos a juzgar casi siempre con severidad, era tolerante y fácil, tal vez más que los mismos que lo censuramos.

El portero de la casa ayuntamiento había sido colocado en aquel puesto por el emperador. Era un viejo suboficial de la vieja guardia, legionario de Austerlitz,

bonapartista como el águila. Aquel pobre diablo, dejaba escapar, a cada momento y sin reflexión, palabras que las leyes de entonces calificaban de dichos sediciosos [1]. Desde que el perfil imperial había desaparecido de la legión de honor, nunca se vestía con arreglo a las ordenanzas, como decía, con el fin de no verse forzado a ponerse su cruz. Había quitado, por sí mismo, devotamente, la efigie imperial de la cruz que Napoleón le había dado; lo cual había hecho un agujero en la condecoración, que no quiso tapar con nada.

Antes morir —decía—, que llevar sobre mi viejo corazón los «tres sapos». Burlábase en voz alta de Luis XVIII. «¡Viejo gotoso con calzones de inglés! —decía—. ¡Váyase a Prusia con su escorzonera!» Considerábase feliz por poder reunir, en una misma imprecación las dos cosas que más detestaba: Prusia e Inglaterra. Por fin, tanto hizo, que perdió su empleo. Quedóse sin pan, en medio de la calle, con su mujer y sus hijos. El obispo lo llamó, lo reprendió con dulzura, y lo nombró portero de la catedral.

Monseñor Myriel era, en la diócesis, el verdadero pastor, el amigo de todos.

En nueve años, a fuerza de santas oraciones y de dulces modales, monseñor Bienvenu había llenado la ciudad de Digne de una especie de veneración tierna y filial. Su conducta, respecto a Napoleón, había sido aceptada y como tácitamente perdonada por el pueblo, bueno y y débil rebaño, que adoraba a su emperador, pero que amaba a su obispo.

[1] Alusión a la ley del 9 de noviembre de 1815, votada por la cámara, «introuvable».

XII

Soledad de monseñor Bienvenu

Hay casi siempre alrededor de un obispo una turba de pequeños clérigos, como alrededor de un general una bandada de jóvenes oficiales. Éstos son los que el sencillo y bueno san Francisco de Sales llama, en alguna parte, «los curas boquirrubios». Toda carrera tiene sus aspirantes que, naturalmente, forman el séquito de los que han llegado a término. No hay poder que no tenga su comitiva; no hay fortuna que no tenga su corte. Los buscadores del porvenir hormiguean alrededor del presente espléndido. Toda metrópoli tiene su estado mayor; todo obispo un poco influyente tiene cerca de sí una patrulla de querubines seminaristas que hacen la ronda y conservan el orden en el palacio episcopal, y que montan la guardia alrededor de la sonrisa de monseñor. Agradar a un obispo es poner el pie en el estribo para un subdiaconado. Es menester andar el camino; el apostolado no desdeña las canongías.

Así como en otros ramos hay cargos pingües, en la iglesia hay buenas mitras. Éstas las desempeñan obis-

pos que están bien con la corte; ricos, con rentas, hábiles, aceptados por el mundo, que sin duda saben orar, pero que también saben solicitar; poco escrupulosos de que toda una diócesis haga antesala a su persona; lazos de unión entre la sacristía y la diplomacia; más bien clérigos que sacerdotes. ¡Feliz el que a ellos se aproxima! Como son gentes de crédito, hacen llover en torno suyo, sobre los servidores solícitos y los favoritos, y sobre toda esta juventud que sabe agradar, los buenos curatos, las prebendas, los archidiaconados, las capellanías y canongías, mientras llegan las dignidades episcopales. Al avanzar ellos mismos, hacen progresar a sus satélites; es todo un sistema solar en marcha. Su esplendor irradia sobre su séquito. Su prosperidad se distribuye en buenas promociones. Cuanto mayor es la diócesis del patrono, mayor es el curato del favorito. Además, Roma está allí. Un obispo que sabe llegar a arzobispo, un arzobispo que sabe llegar a cardenal, os lleva como conclavistas; entráis en la rota; tenéis el palio[1]; y os veis hecho auditor, camarero, monseñor; y de la ilustrísima a la eminencia hay sólo un paso, y entre la eminencia y la santidad, no hay más que el humo de un escrutinio[2]. Cualquier bonete puede soñar con la tiara; el sacerdote es, en nuestros días, el único hombre que puede llegar a ser rey. ¡Y qué rey! ¡El rey supremo! Así, ¡qué semillero de aspirantes en un seminario! ¡Qué de niños de coro rubi-

[1] Conclavista: secretario de un miembro del cónclave, asamblea de los cardenales que eligen el papa.

Rota: Tribunal de la santa sede, compuesto por doce cardenales.

Palio: banda de lana blanca con una cruz negra, insignia de los arzobispos. Es inverosímil llevarla antes de entrar en la rota.

[2] Alusión al humo que sale por la chimenea donde se queman los votos de los cardenales.

cundos, qué de jóvenes presbíteros llevan en la cabeza el cántaro de la lechera! ¡Qué fácilmente la ambición se oculta bajo el nombre de vocación, de buena fe tal vez y engañándose a sí misma, cándida como es!

Monseñor Bienvenu, humilde, pobre, singular, no se contaba entre las buenas mitras. Esto resultaba visible por la ausencia de jóvenes sacerdotes a su alrededor. Ya se ha visto que en París «no había caído bien». Ni un solo porvenir pensaba en apoyarse sobre aquel anciano solitario. Ni una sola ambición en flor cometía la locura de cobijarse bajo su sombra. Sus canónigos y sus vicarios eran buenos y viejos como él, como él también un poco plebeyos, encerrados con él en aquella diócesis sin salida al cardenalato, y que se parecían a su obispo con la diferencia de que ellos eran finitos y él estaba acabado. Se comprendía tan perfectamente la imposibilidad de medrar cerca de monseñor Bienvenu, que apenas salían del seminario los jóvenes ordenados por él, se hacían recomendar a los arzobispos de Aix o de Auch, y se marchaban a escape; porque, al cabo, no es necesario repetirlo, todo el mundo quiere que le den la mano. Un santo que vive en un exceso de abnegación es una vecindad peligrosa; podría muy bien comunicar, por contagio, una pobreza incurable, la anquilosis de las articulaciones útiles para el avance y, en suma, más desprendimiento del que se desea tener; por esto se huye de esta virtud sarnosa. De ahí el aislamiento de monseñor Bienvenu. Vivimos en una sociedad sombría. Tener éxito; ésta es la enseñanza que, gota a gota, cae de la corrupción a plomo sobre nosotros.

Dicho sea de paso, el éxito es una cosa bastante fea. Su falso parecido con el mérito engaña a los hombres. Para la multitud, el triunfo tiene casi el mismo rostro que la supremacía. El éxito, este equívoco del talento,

tiene una víctima a quien engaña: la historia. Juvenal y Tácito son los únicos que de él murmuran. En nuestros días, ha entrado de sirviente en casa del éxito una filosofía casi oficial, que lleva la librea de su amo y hace oficios de lacayo en la antecámara. Tened éxito: tal es la teoría. Prosperidad supone capacidad. Ganad a la lotería, y sois un hombre hábil. Quien triunfa es venerado. Naced de pie, todo consiste en esto. Tened suerte y tendréis el resto; sed felices y os creerán grandes. Aparte de cinco o seis excepciones inmensas, que son la luz de un siglo, la admiración contemporánea no es sino miopía. Se toma lo dorado por oro. No importa ser advenedizo, si llega el primero a su objeto. El vulgo es un viejo Narciso que se adora a sí mismo, y que aplaude todo lo vulgar. Esta facultad enorme, por la cual un hombre es Moisés, Esquilo, Dante, Miguel Ángel o Napoleón, la multitud la concede por unanimidad y por aclamación a quien alcanza su fin, sea quien fuere. Que un notario se trasforme en diputado; que un falso Corneille haga el *Tiridate*[1]; que un eunuco llegue a poseer un harén; que un militar adocenado gane por casualidad la batalla decisiva de una época; que un boticario invente las suelas de cartón para el ejército del Sambre-et-Meuse y acumule, con el cartón vendido por cuero, una fortuna de cuatrocientos mil francos; que un buhonero se case con la usura, y tenga de ella por hijo siete u ocho millones, de los cuales él es el padre y ella la madre; que un predicador llegue, con su gangueo, a ser obispo; que un intendente de buena casa, al salir del servicio sea tan rico que se le haga ministro de ha-

[1] *Tiridate*, tragedia de Campistrón, representada en 1691. Víctor Hugo siempre persiguió con sus burlas a este «falso Corneille».

(*Comtemplaciones, 1, I*), respuesta a un acta de acusación: «Sobre el Racine muerto, pulula Campistrón.»

cienda; no importa: los hombres llaman genio a esto, lo mismo que llaman belleza a la figura de Mosqueton,[1] y majestad a la tiesura de Claudio. Confunden con las constelaciones del abismo las huellas estrelladas que dejan en el cieno blando de un lodazal las patas de los gansos.

[1] Mousqueton, criado de Porthos, en *Los tres mosqueteros.*

XIII

Lo que creía

Desde el punto de vista de la ortodoxia, no tenemos por qué sondear al obispo de Digne. Ante un alma semejante, sólo sentimos respeto. La conciencia del justo debe ser creída sobre su palabra. Además, dadas ciertas naturalezas, admitimos posible el desarrollo de todas las bellezas de la virtud humana en una creencia distinta de la nuestra.

¿Qué pensaba de este dogma o de aquel misterio? Estos secretos del fuero interior, sólo son conocidos de la tumba, donde las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros, es de que jamás las dificultades de la fe se resolvían por él con hipocresía. En el diamante no es posible podredumbre alguna. Creía tanto como podía. «Credo in Patrem», exclamaba a menudo. Hallaba, además, en las buenas obras, esta cantidad de satisfacción que basta a la conciencia y que os dice por lo bajo: ¡Tú estás con Dios!

Lo que sí debemos observar es que, fuera, y por decirlo así, más allá de su fe, el obispo tenía un exceso de

amor. Por esto «quia multum amavit»[1] es por lo que lo juzgaban vulnerable los «hombrès serios», las «personas razonables», y la «gente sensata»; locuciones favoritas de nuestro triste mundo, donde el egoísmo recibe el santo y seña del pedantismo.

¿Qué era este exceso de amor? Era una benevolencia tranquila, serena, que pasando más allá de los hombres, como señalamos, en ocasiones se hacía extensiva a las cosas. Vivía sin desdén. Era indulgente para lo creado por Dios. Cualquier hombre, aun el mejor, tiene en sí cierta dureza irreflexiva, que reserva siempre para el animal. El obispo de Digne carecía de esta dureza, común, sin embargo, a muchos sacerdotes. No llegaba hasta el respeto del *brahman* a los seres vivientes, pero parecía haber matado esta frase del Eclesiastés: «¿Sabes dónde va el alma de los animales?»[2] La fealdad del aspecto, las deformaciones del instinto no lo turbaban ni lo indignaban. Antes bien, lo conmovían y casi lo enternecían. Parecía como si quisiera investigar, más allá de la vida aparente, la causa, la explicación o la excusa. Parecía, en ciertos momentos, pedir a Dios conmutaciones. Examinaba sin cólera, y con la mirada del lingüista que descifra un palimpsesto, la cantidad de caos que existe todavía en la naturaleza. En estas meditaciones dejaba a veces escapar palabras extrañas. Una mañana, estaba en el jardín; se creía solo, pero su hermana andaba tras él, sin que él la viese; de repente, se detuvo y

[1] «... porque ha amado mucho», fin de una parábola de Cristo, sobre la pecadora arrepentida: «... sus numerosos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho». (*Lucas*, VII, 47).

[2] Eclesiastés, III, 21: «Quién sabe si el alma de los hombres sube arriba y el alma del animal baja hacia la tierra.»

miró algo en el suelo: era una araña enorme, negra, velluda, horrible. Su hermana lo oyó decir:

—¡Pobre animal, la culpa no la tiene él!

¿Por qué ocultar estas niñerías, casi divinas, de la bondad? Puerilidades, sí; pero estas puerilidades sublimes han sido las de san Francisco de Asís y las de Marco Aurelio. Un día se causó una pequeña dislocación, por no haber querido aplastar una hormiga.

Así vivía aquel hombre justo. A veces se dormía en su jardín, y entonces nada había más venerable que su semblante.

Monseñor Bienvenu había sido antiguamente, a juzgar por lo que se contaba de su juventud y de su virilidad, un hombre apasionado y quizá violento. Su mansedumbre universal, más que un instinto natural, era el resultado de una gran convicción, filtrada en su corazón a través de la vida, y que había caído lentamente en él, pensamiento a pensamiento; pues en su carácter, como en una roca, puede haber agujeros causados por gotas de agua. Estas cavidades son imborrables; estas formaciones son indestructibles.

En 1815, creemos haberlo dicho ya, contaba setenta y cinco años, si bien no aparentaba más que sesenta. No era alto; tenía cierta obesidad y, para combatirla, daba largos paseos a pie; su paso era firme, y su cuerpo estaba ligeramente encorvado, detalle del cual nada pretendemos deducir; Gregorio XVI, a los ochenta años, se mantenía derecho y sonriente, lo cual no le impedía ser un mal obispo. Monseñor Bienvenu tenía lo que el pueblo llama «una hermosa cabeza», pero era tan amable que hacía olvidar su hermosura.

Cuando hablaba con esa alegría infantil, que era una de sus gracias y de la cual hemos hablado ya, causaba cierto placer estar a su lado, y parecía que emanaba ale-

gría de toda su persona. Su tez, de buen color y fresca; sus dientes, perfectamente blancos, que había conservado intactos y que su risa dejaba ver, le conferían este aire abierto y franco que hace decir de un hombre: «Es un buen muchacho.» Éste era, si se recuerda, el efecto que había causado en Napoleón. De pronto, y para el que lo veía por vez primera, no era más que un buen hombre, en efecto. Pero si se permanecía a su lado durante algunas horas, y a poco que se lo viera pensativo, el buen muchacho se trasformaba poco a poco, y tomaba no sé qué de imponente; su frente ancha y seria, augusta por sus cabellos blancos, cobraba mayor majestad por la meditación; la majestad se desprendía de esta bondad, sin que la bondad cesara de irradiar, experimentábase algo de la emoción que causaría ver a un ángel sonriente, abriendo lentamente las alas, sin cesar de sonreír. El respeto, un respeto inexplicable, penetraba por grados y subía hasta el corazón de todo el que se acercaba a él, comprendiendo que tenía frente a sí, a una de estas almas fuertes, probadas e indulgentes, en las que el pensamiento es tan grande que no puede ser más dulce.

Como se ha visto, la oración, la celebración de los oficios religiosos, la limosna, el consuelo a los afligidos, el cultivo de un pedazo de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitalidad, la renuncia, la confianza, el estudio, el trabajo, llenaban cada una de las jornadas de su vida. Llenaban es la palabra justa, y ciertamente cada uno de los días del obispo estaban llenos, hasta los bordes, de buenos pensamientos, de buenas palabras y de buenas acciones. Sin embargo, no era completo si el tiempo frío o lluvioso le impedía ir a pasear de noche, cuando las dos mujeres se habían retirado ya, una hora o dos en su jardín, antes de dormirse. Parecía que fuera para él como una especie de rito, prepararse al sueño por la medita-

ción, en presencia del gran espectáculo del cielo nocturno. Algunas veces, incluso a una hora avanzada de la noche, si las dos mujeres no dormían, lo oían andar lentamente por los senderos. Estaba allí, solo consigo mismo, recogido, apacible, adorando, comparando la serenidad de su corazón con la serenidad del éter, conmovido en las tinieblas por los esplendores visibles de las constelaciones y los esplendores invisibles de Dios, abriendo su alma a los pensamientos que brotan de lo desconocido. En aquellos momentos, ofreciendo su corazón, en la hora en que las flores nocturnas ofrecen su perfume, encendido como una lámpara en medio de la noche estrellada, esparciéndose en éxtasis en medio de la irradiación universal de la creación, él mismo no hubiera sido capaz de decir lo que pasaba en su espíritu. Sentía algo que se lanzaba fuera de él, y algo también que descendía en él. Misteriosas relaciones entre los abismos del alma y los abismos del universo.

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios; en la eternidad futura, extraño misterio; en la eternidad pasada, misterio más extraño aún; en todos los infinitos que se hundían ante sus ojos en todos los sentidos; y, sin tratar de comprender lo incomprensible, lo miraba. No estudiaba a Dios; se deslumbraba. Consideraba aquellos magníficos encuentros de los átomos que dan los aspectos a la materia, revelan sus fuerzas evidenciándolas, crean las individualidades en la unidad, las proporciones en la extensión, lo innumerable en el infinito, y que, por la luz producen la belleza. Estos encuentros se hacen y deshacen sin cesar; de ahí la vida y la muerte.

Sentábase sobre un banco de madera adosado a una parra decrépita, y miraba a los astros a través de las siluetas descarnadas y raquíticas de los árboles frutales.

Aquel pedazo de tierra, plantado tan pobremente, tan lleno de casuchas, le era tan querido y le bastaba.

¿Qué más necesitaba aquel anciano, que compartía los ocios de su vida, en la que había tan poco lugar para este ocio, entre cuidar su jardín de día, y la contemplación de noche? ¿Aquel estrecho cercado, que tenía por bóveda los cielos, no era bastante para poder adorar a Dios, ya en sus obras más hermosas, ya en las cosas más sublimes? ¿Qué más podía desear? Un pequeño jardín para pasearse y la inmensidad para soñar. A sus pies, lo que podía cultivar y recoger; sobre su cabeza, lo que podía estudiar y meditar, algunas flores sobre la tierra y todas las estrellas en el cielo.

XIV

Lo que pensaba

Una última palabra.

Como los pormenores de esta clase, particularmente en el momento en que nos hallamos, y para emplear una expresión actualmente de moda, podrían dar al obispo de Digne una cierta fisonomía «panteísta», y hacer creer, ya en su contra, ya a su favor, que profesaba una de estas filosofías personales, propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los espíritus solitarios, y en ellos se arraigan, se desarrollan y crecen hasta remplazar las religiones, debemos decir, e insistimos en ello, que ninguno de cuantos han conocido a monseñor Bienvenu se ha creído autorizado para pensar nada semejante de él. Lo que en el hombre resplandecía era el corazón; su sabiduría estaba hecha de la luz que venía de él.

Ningún sistema y muchas obras. Las especulaciones abstractas acababan por producir vértigos; y nada indica que aventurara su espíritu en las apocalipsis. El apóstol puede ser osado, pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulos de sondear dema-

siado el fondo de ciertos problemas, reservados en algún modo a los grandes espíritus pensadores. A las puertas del misterio hay cierto horror sagrado; aquellos oscuros caminos estaban allí abiertos, pero alguna cosa os grita, pasajeros de la vida, para que no entréis allí. ¡Desgraciados aquellos que por ellos penetran! Los genios, en las inauditas profundidades de la abstracción y de la especulación pura, situados, por así decirlo, por encima de los dogmas, proponen sus ideas a Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusión. Su adoración interroga. Ésta es la religión directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para quien trata de probar sus escarpados senderos.

La meditación humana no tiene límites. A su costa y riesgo, analiza y profundiza su propio deslumbramiento. Casi podría decirse que, por una especie de redacción espléndida, deslumbra con él a la naturaleza. El misterioso mundo que nos rodea devuelve lo que recibe, y es probable que los contempladores sean contemplados. Sea como fuere, hay sobre la tierra hombres —¿son hombres?— que perciben distintamente, al extremo de los horizontes de la meditación, de las alturas de lo absoluto, que tienen la terrible visión de la montaña infinita. Monseñor Bienvenu no era de estos hombres; monseñor Bienvenu no era un genio. Hubiera tenido, en tal caso, estas sublimes concepciones, desde donde algunos, muy grandes, como Pascal y Swedenborg, han caído en la demencia. Es verdad que estos poderosos sueños tienen su utilidad moral, y que por estas arduas rutas se acercan a la perfección ideal. Él prefería la travesía que abrevia: el Evangelio.

No trataba de hacer en su casulla los pliegues del manto de Elías, no proyectaba ningún rayo de porvenir sobre los vaivenes tenebrosos de los acontecimientos, no

trataba de condensar en llama la luz de las cosas, nada tenía de profeta y nada de mago. Aquella alma humilde amaba, esto es todo.

Que dilatase la oración hasta una aspiración sobrehumana, es probable; pero nunca se ora demasiado, ni tampoco demasiado se ama. Y si fuera una herejía orar, aun más allá de los textos, santa Teresa y san Jerónimo serían herejes.

Inclinábase hacia lo que gime y lo que expía. El universo le parecía como una inmensa enfermedad; sentía su fiebre en todas partes, auscultaba en todas partes el padecimiento y, sin tratar de adivinar el enigma, procuraba vendar y curar la llaga. El tremendo aspecto de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento; no se ocupaba sino en buscar, para sí mismo y para los demás, la mejor manera de compadecer y aliviar. Cuanto existe, era para aquel bueno y raro sacerdote un motivo permanente que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan en la extracción del oro; él trabajaba en la extracción de la piedad. La miseria universal era su mina; el dolor, esparcido por todas partes, era para él siempre ocasión de bondad. «Amaos los unos a los otros»; en esta máxima lo encerraba todo, nada más deseaba, y era ésta toda su doctrina.

Un día, aquel hombre que se creía «filósofo», aquel senador que ya hemos nombrado, dijo al obispo:

—Mirad el espectáculo que ofrece el mundo; guerra de todos contra todos; el más fuerte es el de más talento. Vuestro «amaos los unos a los otros» es una tontería.

—Pues bien —respondió monseñor Bienvenu, sin disputar—, si esto es una tontería, el alma debe encerrarse en ella, como la perla dentro de la concha de la ostra.

Y en ella se encerraba y de ella vivía, y con ella se satisfacía absolutamente, dejando a un lado las cuestiones prodigiosas que atraen y que espantan, las perspectivas insondables de la abstracción, los precipicios de la metafísica, todas estas profundidades, convergentes para el apóstol hacia Dios, para el ateo hacia la nada: el destino, el bien y el mal, la guerra del ser contra el ser, el sonambulismo pensativo del animal, la trasformación por la muerte, la recapitulación de existencias que contiene la tumba, el injerto incomprensible de los amores sucesivos en el yo persistente, la esencia, la sustancia, el *nihil* y el *ens*[1], en el alma, la naturaleza, la libertad, la necesidad; problemas pavorosos, precipicios siniestros a los cuales se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu malo; formidables abismos que Lucrecio, Manou[2], san Pablo y Dante, contemplaban con esa mirada fulgurante que parece, al mirar fijamente el infinito, que hace brotar en él las estrellas.

Monseñor Bienvenu era, simplemente, un hombre que observaba desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas y sin perturbar su propio espíritu, y que tenía en el alma el grave respeto a la sombra.

1 La nada y el ser.

2 Autor de uno de los libros sagrados del brahmanismo: *Las leyes de Manou.*

Libro segundo

La caída

I

La noche de un día de marcha

En los primeros días del mes de octubre de 1815[1], una hora antes de la puesta del sol, un hombre, que viajaba a pie, entró en la pequeña ciudad de Digne.

Los pocos habitantes que, en aquel momento se hallaban en sus ventanas o en el umbral de sus casas, miraban a aquel viajero con una especie de inquietud. Era difícil encontrar a un transeúnte de aspecto más miserable. Era un hombre de estátura mediana, rechoncho y robusto, en la fuerza de la edad. Podía tener cuarenta y seis o cuarenta y ocho años. Un casquete con visera de cuero, calado hasta los ojos, escondía en parte su rostro quemado por el sol y el aire, y chorreando sudor. Su camisa, de gruesa tela amarilla, abrochada al cuello con

1 Esta aparición de Jean Valjean en Digne, recuerda la del forzado Pierre Maurin, que llegó a casa de monseñor de Miollis una noche de octubre de 1806, y que el obispo recomendó a su hermano el general. Sobre las analogías entre el modelo y el personaje imaginario —condena por robo de un pan, los siete niños de su hermana, su redención por el obispo— así como sobre las diferencias. (E.I.N., II, 596-602.)

una pequeña áncora de plata, dejaba ver su velludo pecho; llevaba una corbata retorcida como una cuerda; un pantalón de cutí azul, usado y roto, blanco en una rodilla y agujereado en la otra; una vieja blusa gris hecha jirones, remendada en una de las mangas con un pedazo de tela verde cosido con bramante; un morral de soldado a la espalda, bien repleto, bien cerrado y nuevo; en la mano, un enorme palo nudoso; los pies, sin medias, calzados con gruesos zapatos claveteados; la cabeza rapada y la barba larga.

El sudor, el calor, el viaje a pie, el polvo, añadían un no sé qué de sórdido a aquel conjunto derrotado.

Sus cabellos estaban cortados al rape y, sin embargo, erizados, porque comenzaban a crecer un poco, y parecía que no habían sido cortados desde hacía algún tiempo.

Nadie lo conocía. Evidentemente, no era más que un transeúnte. ¿De dónde venía? Del mediodía. De la orilla del mar, quizá. Hacía su entrada en Digne por la misma calle que, siete meses antes, había visto pasar a Napoleón, yendo de Cannes a París. Aquel hombre debía de haber caminado todo el día, pues parecía muy fatigado. Unas mujeres del antiguo arrabal, que está en la parte baja de la ciudad, lo habían visto detenerse junto a los árboles del boulevard Gassendi y beber en la fuente que hay en el extremo del paseo. Mucha debía ser su sed, porque algunos chicos, que lo seguían, vieron que se detenía y bebía una vez más, doscientos pasos más lejos, en la fuente de la plaza del Mercado.

Al llegar a la esquina de la calle Poichevert giró hacia la izquierda y dirigióse al ayuntamiento. Entró en él, y salió un cuarto de hora más tarde. Un gendarme estaba sentado en el banco de piedra donde el general Drouot subióse el 4 de marzo, para leer a la multitud afanada de los habitantes de Digne la proclamación del

golfo Juan. El hombre sacóse su casquete y saludó militarmente al gendarme.

El gendarme, sin responder a su saludo, lo miró con atención, lo siguió durante algún tiempo con la vista y luego entró en el ayuntamiento.

Existía entonces en Digne una buena posada, con la insignia de «La Cruz de Colbas». Aquella posada tenía por dueño a un tal Jacquin Labarre, hombre considerado en la ciudad por su parentesco con otro Labarre, que tenía en Grenoble la posada de «Los Tres Delfines», y que había servido en los guías. Cuando el desembarco del emperador, habían corrido muchos rumores por el país entero sobre aquella posada de «Los Tres Delfines». Contábase que el general Bertrand, disfrazado de carretero, había hecho frecuentes viajes en el mes de enero, y había distribuido cruces de honor y puñados de napoleones a los soldados y burgueses. La realidad es que el emperador, al entrar en Grenoble, se había negado a instalarse en el hotel de la prefectura; había agradecido al alcalde, diciendo: «Voy a casa de un hombre a quien conozco», y se había dirigido a «Los Tres Delfines». La gloria de este Labarre de «Los Tres Delfines» se reflejaba, a veinticinco leguas de distancia, sobre el Labarre de «La Cruz de Colbas». Decíase de él, en la ciudad: «Es el primo del de Grenoble.»

El hombre se dirigió hacia aquella posada, que era la mejor del país. Entró en la cocina, la cual se abría sobre la calle. Todos los fogones estaban encendidos; un gran fuego ardía alegremente en la chimenea. El posadero, que era al mismo tiempo el jefe de cocina, iba del hogar a las cacerolas, muy ocupado, vigilando una excelente cena destinada a unos carreteros a quienes se oía reír y hablar ruidosamente en la estancia inmediata. Quienquiera que haya viajado, sabrá que nadie come mejor

que los carreteros. Una liebre bien gorda, flanqueada por perdices blancas y gallinas, daba vueltas en el asador; en los hornillos, cocían dos gruesas carpas del lago de Lauzet, y una trucha del lago de Alloz.[1]

El posadero, al oír abrirse la puerta y entrar un recién llegado, dijo, sin levantar la mirada de los hornillos:

—¿Qué queréis?

—Comer y dormir —respondió el hombre.

—Nada más fácil —replicó el posadero. Seguidamente, volvió la cabeza, abarcó con una mirada todo el conjunto del viajero, y añadió—: Pagando, por supuesto.

El hombre sacó una gran bolsa de cuero, del bolsillo de su camisa y respondió:

—Tengo dinero.

—En este caso al momento estoy son vos —asintió el posadero.

El hombre volvió a meter la bolsa en el bolsillo, descargóse del morral, lo dejó en el suelo, cerca de la puerta, y, conservando su bastón, fue a sentarse en un escabel bajo, cerca del fuego. Digne está en la montaña. Las noches de octubre son frías.

Sin embargo, mientras iba y venía, el posadero consideraba al viajero.

—¿Se come pronto? —preguntó el hombre.

—Enseguida —respondió el posadero.

Mientras el recién llegado se calentaba, vuelto de espaldas, el digno posadero Jacquin Labarre, sacó un lápiz de su bolsillo y rasgó un pedazo de un viejo periódico que había sobre una mesa pequeña, cerca de la ventana. Escribió una o dos líneas en el margen blanco, lo dobló sin cerrarlo, y entregó aquel papel a un muchacho que parecía servirle a la vez de lacayo y de pinche. El posa-

[1] Lauzet, Alloz: pueblos de los Bajos Alpes.

dero dijo una palabra al oído del chico, y éste partió corriendo en dirección al ayuntamiento.

El viajero nada de esto había visto.

Preguntó, una vez más:

—¿Se come pronto?

—Enseguida —repitió el posadero.

El niño regresó. Traía un papel. El posadero lo desdobló apresuradamente, como quien está esperando una contestación. Pareció leer atentamente; luego, movió la cabeza y quedóse pensativo. Por fin, dio un paso hacia el viajero, que parecía sumido en reflexiones no muy agradables ni tranquilas.

—Señor, no puedo recibiros —díjole.

El hombre se incorporó a medias sobre su asiento.

—¡Cómo! ¿Tenéis miedo de que no pague? ¿Queréis que os pague por adelantado? Os digo que tengo dinero.

—No se trata de esto.

—¿Pues de qué?

—Tenéis dinero...

—Os he dicho que sí.

—Y yo no tengo habitación que daros.

—Dejadme un sitio en la cuadra —dijo el hombre.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Los caballos ocupan todo el sitio.

—Pues bien —insistió el hombre—, habrá un rincón en el granero, y no faltará un poco de paja. Lo arreglaremos después de la cena.

—No puedo daros de cenar.

Esta declaración, hecha en un tono mesurado, pero firme, pareció grave al forastero. Se levantó.

—¡Bah! Estoy muriendo de hambre. He andado desde la salida del sol. He hecho doce leguas. Pago y quiero comer.

—Nada tengo que daros —dijo el posadero.

El hombre estalló en carcajadas y, volviéndose hacia el hogar y los fogones, preguntó:

—¡Nada! ¿Y todo esto?

—Todo esto está ya comprometido.

—¿Por quién?

—Por los carreteros.

—¿Cuántos son?

—Doce.

—Aquí hay comida para veinte.

—Ellos lo han encargado todo y, además, han pagado por adelantado.

El hombre volvió a sentarse y dijo, sin alzar la voz:

—Estoy en la posada, tengo hambre y me quedo.

El posadero se inclinó hacia su oído y le dijo, con un tono que lo hizo estremecer.

—Marchaos.

El viajero estaba en aquel momento encorvado y empujaba algunas brasas con la contera de su garrote. Volvióse bruscamente y, como abriera la boca para replicar, el posadero lo miró fijamente y añadió, en voz baja:

—Mirad, basta ya de conversación. ¿Queréis que os diga vuestro nombre? Os llamáis Jean Valjean. Ahora, ¿queréis que os diga quién sois? Al veros entrar he sospechado algo; he enviado a preguntar al ayuntamiento y ved lo que me han contestado. ¿Sabéis leer?

Al decir estas palabras, tendió al extranjero, desdoblado, el papel que acababa de ir desde la posada al ayuntamiento y del ayuntamiento a la posada. El hombre le lanzó una mirada. El posadero añadió, después de una pausa:

—Tengo por costumbre ser cortés con todo el mundo. Marchaos.

El hombre bajó la cabeza, recogió el morral que había dejado en el suelo, y se marchó.

Tomó la calle principal. Caminaba recto, al azar pegado casi a las paredes de las casas, como un hombre humillado y triste. No se volvió ni una sola vez. Si se hubiera vuelto, hubiera visto al posadero de «La Cruz de Colbas» en el umbral de su puerta, rodeado por todos los viajeros de su posada y por todos los transeúntes, hablando con viveza y señalándolo con el dedo. En las miradas de desconfianza y de espanto del grupo, habría adivinado que, antes de mucho, su llegada constituiría el acontecimiento de aquel día en la ciudad.

No vio nada de todo esto. Las personas agobiadas no miran tras de sí. No saben que la mala suerte los persigue.

Caminó así algún tiempo, andando a la ventura, por calles que no conocía, olvidando el cansancio, como sucede cuando el ánimo está triste. De pronto, sintióse aguijoneado por el hambre. Se acercaba la noche. Miró en derredor suyo, para ver si descubría algún sitio donde recogerse.

La posada se había cerrado para él; buscaba algún humilde figón, algún pobre cuchitril.

Precisamente, ardía una luz al extremo de una calle; una rama de pino, colgada de una horquilla de hierro, se destacaba sobre el cielo blanquecino del crepúsculo. Se dirigió hacia él.

Era en efecto un figón, el figón de la calle Chauffaut.

El viajero se detuvo un instante y miró, a través del cristal, el interior de la planta baja del figón, iluminado por una lamparita colocada sobre una mesa, y por

el gran fuego de la chimenea. Algunos hombres bebían. El tabernero se calentaba.

La llama hacía cocer el contenido de una marmita de hierro, colgada de una cadena en medio del hogar.

Entrábase en el figón, que como ya hemos dicho era una especie de posada, con dos puertas. La una daba a la calle; la otra, a un pequeño corral lleno de estiércol. El viajero no se atrevió a entrar por la puerta de la calle. Se deslizó en el corral, deteniéndose un instante; después, levantó tímidamente el picaporte y empujó la puerta.

—¿Quién va? —preguntó el amo.

—Alguien que quisiera cenar y dormir.

—Aquí pueden hacerse las dos cosas.

Entró. Todos cuantos estaban bebiendo se volvieron. La lámpara lo iluminaba por un lado, el fuego por el otro. Examináronlo algún tiempo, mientras se despojaba de su morral.

El posadero le dijo:

—Aquí tenéis fuego. La cena cuece en la marmita. Venid a calentaros, camarada.

Fue a sentarse cerca del atrio. Extendió hacia el fuego sus pies doloridos por la fatiga; un agradable olor escapábase de la marmita. Todo lo que de su rostro podía distinguirse, bajo la visera de su casquete, tomó una vaga apariencia de bienestar, mezclado a éste otro aspecto tan punzante que da el hábito del sufrimiento.

Su semblante era firme, enérgico y triste. Era extraña por demás la composición de aquella fisonomía; comenzaba mostrándose humilde, y acababa por parecer severa. Los ojos le brillaban bajo las cejas, como el fuego bajo la maleza.

Sin embargo, uno de los hombres sentados junto a la mesa del figón, era un pescadero que, antes de ir allí, había estado a dejar su caballo en la posada de Labarre. La casualidad había hecho que aquella misma mañana hubiera encontrado a aquel forastero de mal aspecto, andando entre Bras d'Asse y... (he olvidado el nombre. Creo que debe ser Escoublon) [1]. Al encontrarlo, el viajero, que parecía ya muy fatigado, le había pedido que le permitiera subirse a la grupa; a lo cual el pescadero había respondido redoblando el paso de su cabalgadura. Aquel pescadero formaba parte, media hora antes, del grupo que rodeaba a Jacquin Labarre, y él mismo había contado el desagradable encuentro de aquella mañana a las gentes de «La Cruz de Colbas». Desde su sitio, hizo al dueño del figón una seña imperceptible. Éste se acercó a él. Cambiaron algunas palabras en voz baja. El hombre había vuelto a sumirse en sus reflexiones.

El dueño del figón se acercó a la chimenea, colocó bruscamente la mano sobre el hombro del viajero, y le dijo:

—Vas a largarte de aquí.

El viajero se volvió y contestó con dulzura:

—¡Ah! ¿Sabéis ya...?

—Sí.

—¿Que no me han admitido en la posada?

—Y que no te admito en ésta.

—¿Pero, adónde queréis que vaya?

—A cualquier otra parte.

El hombre cogió su garrote y su morral, y salió.

Al salir, algunos chiquillos que lo habían seguido desde «La Cruz de Colbas», y que parecían esperarlo, le arrojaron algunas piedras. Volvió sobre sus pasos, colé-

1 Bras d'Asse: pueblo de los Bajos Alpes. Escoublon: parece un nombre imaginario.

rico, y los amenazó con el palo; los chiquillos se dispersaron, como una bandada de pájaros.

Pasó por delante de la cárcel. En la puerta colgaba una cadena de hierro unida a una campana. Llamó.

Abrióse un postigo.

—Señor carcelero —dijo, sacándose respetuosamente su casquete—, ¿queréis abrirme y darme alojamiento por esta noche?

Una voz repuso:

—Una cárcel no es una posada. Haced que os prendan y se os abrirá.

El postigo cerróse de nuevo.

Entró en una callejuela, en la que había muchos jardines. Algunos estaban cerrados únicamente por un seto, lo cual alegraba la calle. Entre estos jardines de setos, vio una casa de un solo piso, cuya ventana aparecía iluminada. Miró a través del cristal, como lo había hecho en la taberna. Era una habitación grande, enjalbegada, y había en ella una cama, con una colcha de indiana estampada, y una cuna en un rincón; junto a la pared, estaban adosadas algunas sillas, y un fusil de dos cañones colgaba de un clavo. En el centro de la habitación, veíase una mesa dispuesta para comer. Una lámpara de cobre iluminaba el mantel de gruesa tela blanca, un vaso de estaño brillante como la plata y lleno de vino, y una sopera oscura humeante. A la mesa estaba sentado un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía alegre y franca, que hacía brincar un niño sobre sus rodillas. Cerca de él, una mujer joven daba el pecho a otro niño. El padre reía, el niño reía, la madre sonreía.

El forastero permaneció pensativo, por un instante, ante aquel espectáculo tierno y tranquilizador. ¿Qué pasó en su ánimo? Únicamente él hubiera podido decirlo. Es probable que pensara que aquella casa alegre sería tam-

bién hospitalaria, y que allí donde encontraba tanta felicidad, encontraría también un poco de piedad.

Golpeó débilmente, con la mano, uno de los vidrios de la ventana.

No lo oyeron.

Dio un segundo golpe.

Oyó a la mujer que decía al marido:

—Escucha, me parece que llaman.

—No —repuso el marido.

Llamó por tercera vez.

El marido se levantó, tomó la lámpara y abrió la puerta.

Era un hombre de alta estatura, medio campesino y medio artesano. Llevaba un amplio delantal de cuero, que le subía hasta su hombro izquierdo; en la parte del pecho, convertida en una especie de gran bolsa, llevaba un martillo, un pañuelo encarnado, un frasco con pólvora y varios otros objetos. Inclinaba la cabeza hacia atrás; su camisa abierta mostraba un cuello de toro, blanco y desnudo. Tenía espesas cejas, enormes patillas negras; sus ojos relucían a flor de cara y la parte inferior del rostro semejaba el de un perro de presa; sobre todo ello, resplandecía este aire de estar en su casa, que es una cosa inexplicable.

—Señor —dijo el viajero—, perdón. ¿Podríais darme, pagando, por supuesto, un plato de sopa y un rincón en ese cobertizo del jardín, para pasar la noche? ¿Decid, podríais dármelo? ¿Pagando?

—¿Quién sois? —preguntó el dueño de la casa.

El hombre contestó:

—Vengo de Puy-Moisson[1]. He andado durante todo el día. He hecho doce leguas. ¿Podríais darme lo que os pido, pagando?

[1] Pueblo de los Bajos Alpes.

—No me negaría a alojar a cualquier persona de bien que pagase. Pero, ¿por qué no habéis ido a la posada?

—No había lugar ya en ella.

—¡Bah! No es posible. No es día de feria ni de mercado. ¿Habéis estado en casa de Labarre?

—Sí.

—¿Y bien?

El viajero respondió, con visible embarazo:

—No sé por qué, pero no me han recibido.

—¿Por qué no habéis ido al figón de la calle Chaffaut?

La turbación del forastero crecía por momentos.

—Tampoco me han querido recibir —balbuceó.

El rostro del artesano tomó una viva expresión de desconfianza; miró al viajero de pies a cabeza y, de pronto, exclamó con una especie de estremecimiento:

—¡Ah! ¿Seríais vos el hombre...?

Dirigió una nueva mirada al forastero, dio tres pasos atrás, dejó el velón sobre la mesa, y descolgó la escopeta.

Al oír las palabras del aldeano: «¿Seríais vos el hombre...?», la mujer se había levantado, había tomado a los dos niños en brazos, y se había refugiado precipitadamente detrás de su marido, mirando al forastero con terror, desnuda la garganta, los ojos despavoridos, y murmurando en voz baja:

—*Tso-maraude* [1].

Todo esto pasó en menos tiempo del que se tarda en imaginarlo. Después de haber examinado algunos instantes al hombre, como se examina una víbora, el dueño de la casa acercóse a la puerta y dijo, con imperioso acento:

—Vete.

—Por piedad —insistió el hombre—, un vaso de agua.

[1] Dialecto de los Alpes Franceses: *Chat de maraude*. (N. del A.)

—Un tiro, es lo que te daré —dijo el aldeano.

Seguidamente, cerró la puerta con violencia y el hombre lo oyó correr dos grandes cerrojos. Un momento después, se cerraron los postigos de la ventana y, desde fuera, oyóse el ruido de una barra de hierro.

Continuaba anocheciendo. El viento frío de los Alpes soplaba con fuerza. A la luz del expirante día, el viajero descubrió, en uno de los jardines que daban a la calle, una especie de choza que le pareció construida con trozos de césped. Franqueó resueltamente una valla de madera y hallóse en el jardín. Acercóse a la choza; tenía ésta por puerta una estrecha abertura muy baja y se parecía a estas construcciones que los picapedreros levantaban al borde de las carreteras. Pensó que, efectivamente, sería aquélla alguna choza de peones camineros. Sentía frío y hambre, pero quería, al menos, encontrar un abrigo contra el frío. Generalmente, esta clase de alojamientos no están habitados por la noche. Se tendió boca abajo y logró penetrar en la choza. Estaba caliente y encontró, además, un buen lecho de paja. Permaneció un instante tendido en aquella cama, sin poder hacer ningún movimiento; tal era su cansancio. Luego, como notase que el morral lo incomodaba y que, además, podía servirle de excelente almohada, púsose a desatar una de las correas. En aquel momento dejóse oír un terrible gruñido. Levantó los ojos. La cabeza de un enorme dogo se dibujaba en la abertura de la choza.

El sitio donde estaba era una perrera.

El viajero era vigoroso y temible; armóse de su bastón, hizo de su morral una especie de escudo, y salió de la perrera como pudo, no sin agrandar los desgarrones de su vestido.

Salió también del jardín, pero andando hacia atrás; viéndose obligado, para retener al perro a distancia, a

recurrir a ese manejo del palo que los maestros de esgrima llaman el *molinete*.

Cuando, no sin trabajo, hubo franqueado de nuevo la barrera y se encontró en la calle, solo, sin comida, sin techo, sin abrigo, arrojado hasta de aquella cama de paja y de aquella zahurda miserable, dejóse caer, más bien que sentóse, sobre una piedra y parece que alguien que pasaba, oyóle decir:

—¡Soy menos que un perro!

A poco, se levantó y púsose de nuevo a andar. Salió de la ciudad, esperando hallar un árbol o algún muelo de heno, en los campos, que le diera abrigo.

Marchó así durante algún tiempo, con la cabeza baja. Cuando se creyó lejos de toda habitación humana, alzó los ojos y miró en derredor. Estaba en el campo; ante él había una de estas colinas bajas, cubiertas de rastrojos que, después de la siega, parecen cabezas esquiladas.

El horizonte estaba negro, no sólo por efecto de la oscuridad, sino porque lo empañaban nubes muy bajas, que parecían apoyarse en la colina y que subían cubriendo todo el cielo. Sin embargo, como la luna iba a salir y flotaba aún en el cenit un resto de claridad crepuscular, aquellas nubes formaban, en lo alto del cielo, una especie de bóveda blancuzca, desde la cual caía sobre la tierra un cierto resplandor.

La tierra estaba, pues, más iluminada que el cielo, lo cual es de un efecto particularmente siniestro; y la colina, de pobres y mezquinos contornos, dibujábase vaga y descolorida sobre el tenebroso horizonte. Todo aquel conjunto resultaba lúgubre. Nada había en el campo y en la colina, más que un árbol deforme, cuyas ramas se retorcían gimiendo a pocos pasos del viajero.

Aquel hombre estaba muy distante de tener esos hábitos delicados de la inteligencia y del espíritu, que nos

hacen sensibles al aspecto misterioso de las cosas; sin embargo, había en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura y en aquel árbol, algo tan profundamente desconsolador que, después de un momento de inmovilidad y de meditación, el viajero se volvió atrás bruscamente. Hay instantes en que hasta la naturaleza parece hostil.

Volvió sobre sus pasos. Las puertas de Digne estaban cerradas. Digne, que sostuvo sitios durante la guerra de religión, estaba todavía, en 1815, rodeada de viejas murallas flanqueadas de torres cuadradas que después han sido demolidas. Pasó por una brecha y entró de nuevo en la población.

Debían ser como las ocho de la noche. Puesto que no conocía las calles, empezó su paseo a la ventura.

Andando así, pasó ante la prefectura y, luego, ante el seminario. Al llegar a la plaza de la catedral, enseñó el puño a la iglesia en señal de amenaza.

En una esquina de aquella plaza había una imprenta. Fue allí donde se imprimieron por primera vez las proclamas del emperador y de la guardia imperial al ejército, traídas de la isla de Elba y dictadas por el mismo Napoleón.

Destrozado por el cansancio y no esperando ya nada, se echó sobre el banco de piedra que estaba a la puerta de aquella imprenta.

Una anciana salía de la iglesia en aquel momento. Vio a aquel hombre tendido en la sombra.

—¿Qué hacéis aquí, buen amigo? —le preguntó.

Respondió él, con voz colérica y dura:

—Ya lo véis buena mujer, me acuesto.

La buena mujer, bien digna de este nombre, por cierto, era la señora marquesa de R.

—¿Sobre este banco? —repuso.

—Durante diecinueve años he tenido un colchón de madera; ahora tengo un colchón de piedra.

—¿Habéis sido soldado?

—Sí, buena mujer. Soldado.

—¿Por qué no vais a la posada?

—Porque no tengo dinero.

—¡Lástima! —dijo la marquesa de R.—. No llevo en mi bolsa más que cuatro sueldos.

—Dádmelos, de todos modos.

El viajero tomó los cuatro sueldos. La marquesa de R. continuó:

—No podéis alojaros en una posada con tan poco. ¿Habéis probado, sin embargo? Es imposible que paséis así la noche. Tendréis, sin duda, frío y hambre. Bien pudieran haberos recibido, por caridad.

—He llamado a todas las puertas.

—¿Y qué?

—De todas me han arrojado.

La «buena mujer», tocó el hombro al viajero y le señaló, al otro extremo de la plaza, una puerta pequeña al lado del palacio arzobispal.

—¿Habéis llamado —repitió— a todas las puertas?

—Sí.

—¿Habéis llamado a aquélla?

—No.

—Pues llamad a ella.

II

La prudencia aconseja a la sabiduría

Aquella noche, el obispo de Digne, después de dar su paseo por la ciudad, se había quedado encerrado en su habitación, hasta bastante tarde. Ocupábase en escribir una gran obra sobre los *Deberes*[1], la cual, desgraciadamente, ha quedado incompleta. Seleccionaba cuidadosamente cuanto los padres y doctores han dicho sobre esta materia grave. Su libro estaba dividido en dos partes: primero, los deberes de todos; luego, los deberes de cada uno, según la clase a que pertenece.

Los deberes de todos son los grandes deberes. Hay cuatro. San Mateo los señala: deberes para con Dios (*San Mat.*, VI); deberes para consigo mismo (*Mat.* V, 29, 30); deberes para con el prójimo (*Mat.*, VI, 12); deberes para con las criaturas (*Mat.*, VI, 20, 25). Para los demás deberes, el obispo había hallado indicaciones en otras partes; a los soberanos y los súbditos, en la *Epís-*

1 *Romanos:* XII, 1-7; *Pedro,* II, 13 y III 7; *Efesios,* V, 21 y VI, 9; *Hebreos,* XII, 14 y XIII, 17; *I Corintios,* VII, 25-35.

tola a los Romanos; a los magistrados, las esposas, las madres y los jóvenes, por san Pedro; a los maridos, los padres, los hijos y los servidores, en la *Epístola a los Efesios;* de los fieles, en la *Epístola a los Hebreos;* de las doncellas, en la *Epístola a los Corintios* [1]. De todas estas prescripciones, iba haciendo laboriosamente un conjunto que quería presentar a las almas.

Trabajaba todavía a las ocho, escribiendo bastante incómodamente en pequeñas cuartillas de papel, con un gran libro abierto sobre sus rodillas, cuando entró la señora Magloire, según su costumbre, para tomar la plata del cajón colocado junto a la cama. Un momento después, el obispo, comprendiendo que la mesa estaría puesta y que su hermana tal vez lo estaría esperando, cerró su libro, se levantó de su mesa, y entró en el comedor.

El comedor era una habitación oblonga con chimenea, una puerta que daba a la calle (como ya hemos dicho) y una ventana que daba al jardín.

La señora Magloire, en efecto, acababa de poner la mesa.

Mientras andaba ocupada en ello, charlaba con la señorita Baptistine.

Había una lámpara sobre la mesa; ésta estaba cerca de la chimenea, en la cual ardía un buen fuego.

Fácil es imaginarse a aquellas dos mujeres, que habían pasado ya de los sesenta años: la señora Magloire, pequeña, gruesa, vivaracha; la señorita Baptistine, afable, delgada, un poco más alta que su hermano, vestida con un traje de seda color ala de mosca, color de moda en 1806, que compró entonces en París y que aún le du-

[1] Sobre la acogida del obispo a Jean Valjean (E.I.N., II, 597-599), donde se verá la similitud de comportamiento de monseñor de Miollis y de monseñor Bienvenu.

raba. Las locuciones vulgares tienen el mérito de expresar, con una sola palabra, una idea que no bastaría explicar acaso una página. Así, valiéndose de una de estas locuciones, diremos que la señora Magloire tenía aire de «aldeana», y de una «dama» la señorita Baptistine. La señora Magloire usaba una cofia blanca encañonada, una gargantilla de oro al cuello, única alhaja de mujer que había en la casa, un chal muy blanco que salía de un vestido de sayal negro con mangas anchas y cortas, un delantal de algodón a cuadros rojos y verdes, anudado a la cintura con una cinta verde, y un pechero sujeto con alfileres en los hombros; en los pies, gruesos zapatos y medias amarillas, como las que usan las mujeres de Marsella. El traje de la señorita Baptistine estaba cortado según los patrones de moda en el año 1806: talle corto, saya sin vuelo, mangas con hombreras y botones. Ocupaba sus cabellos grises bajo una peluca rizada llamada *a lo niño*. La señora Magloire tenía el aire inteligente, vivo y bonachón; los dos ángulos de su boca levantados desigualmente, y el labio superior más grueso que el labio inferior, le daban un no sé qué de áspero e imperioso. Cuando monseñor callaba, ella hablaba resueltamente, con una mezcla de respeto y libertad; pero, cuando monseñor hablaba, obedecía pasivamente como la señorita Baptistine, la cual no hablaba, limitándose a obedecer y complacer. Aun siendo joven, nunca fue bonita. Tenía grandes ojos azules un poco saltones, y la nariz larga y punta roma; pero todo su rostro, toda su persona, lo dijimos al empezar, respiraban una inefable bondad. Siempre había parecido como predestinada a la mansedumbre; pero la fe, la caridad y la esperanza, estas tres virtudes que infunden dulce calor en el alma, habían elevado poco a poco aquella mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza había hecho de ella sólo un cordero; la religión hizo de ella un ángel.

¡Pobre y santa mujer! ¡Dulce porvenir desvanecido! La señorita Baptistine ha referido tantas veces, después, lo que aquella noche pasó en el palacio del obispo, que muchas personas que viven todavía, recuerdan los más pequeños pormenores.

En el momento en que el obispo entró en el comedor, la señora Magloire hablaba con singular viveza. Conversaba con la señorita Baptistine de un asunto que le era familiar, y al cual el obispo estaba acostumbrado. Tratábase del picaporte de la puerta principal.

Parece ser que, mientras iba a hacer algunas compras para la cena, había oído referir ciertas cosas en distintos sitios. Hablábase de un vagabundo de mala facha; decíase que había llegado un hombre sospechoso, el cual debía estar en alguna parte de la ciudad, y que podía suceder que llegasen a tener algún mal encuentro quienes aquella noche olvidaran recogerse temprano. Añadíase que la policía estaba muy mal organizada, en atención a ciertas rivalidades que mediaban entre el prefecto y el alcalde, los cuales trataban de hacerse daño mutuamente, dejando que se verificasen los acontecimientos que debieran evitar; y que a las personas prudentes tocaba vigilar lo que la policía descuidaba, guardándose bien, y teniendo buen cuidado en echar los cerrojos y cerrar y atrancar bien las puertas.

La señora Magloire recalcó esta última frase; pero el obispo acababa de salir de su cuarto, donde hacía bastante frío, y, habiéndose sentado junto a la chimenea, se calentaba y acaso pensaba en cosa muy distinta. No paró, pues, atención en ninguna de las palabras que la señora Magloire había pronunciado. Ésta volvió a repetirlas. Entonces, la señorita Baptistine, queriendo satisfacer a la señora Magloire, sin contrariar a su hermano, se aventuró a decir tímidamente:

—Hermano mío, ¿oyes lo que dice la señora Magloire?

—He oído vagamente algo —respondió el obispo.

Después, volviéndose a medias en su silla hacia la anciana, poniendo ambas manos sobre sus rodillas y levantando su rostro cordial y franco, iluminado por el resplandor del fuego, añadió:

—Veamos. ¿Qué sucede? ¿Nos hallamos, pues, ante un grave peligro?

Entonces, la señora Magloire comenzó de nuevo su historia, exagerándola un poco sin advertirlo. Decíase que un gitano, un desarrapado, una especie de mendigo peligroso, se hallaba en la ciudad. Se había presentado buscando alojamiento en casa de Jacquin Labarre, quien no lo quiso recibir. Lo habían visto llegar por el boulevard Gassendi y vagar por las calles al oscurecer. Era un hombre con un morral y unas cuerdas, de una facha terrible.

—¿De veras? —preguntó el obispo.

Este consentimiento en interrogarla, alentó a la señora Magloire; aquello parecía indicar que el obispo no estaba lejos de alarmarse; prosiguió, con acento triunfante:

—Sí, monseñor. Es así. Esta noche ocurrirá alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Con esto de que la policía está tan mal organizada (repetición inútil). ¡Vivir en un país montañoso como éste, y no tener ni faroles en las calles, por la noche! Se sale y, a lo mejor... Yo decía, monseñor, y también la señorita opina como yo...

—Yo —interrumpió la hermana— no digo nada. Lo que mi hermano hace, bien hecho está.

La señora Magloire continuó, como si no hubiera habido interrupción:

—Decíamos que la casa no está del todo segura; que si monseñor lo permite, voy a avisar a Paulin Musebois para que venga a poner los antiguos cerrojos en la puerta: están ahí, de modo que es cosa de un minuto. Y digo que hacen falta cerrojos, aunque no sea sino por esta noche, monseñor; porque yo digo que una puerta que se abre desde fuera, con sólo levantar el picaporte por el primero que llegue, es una cosa terrible. Luego, como monseñor tiene siempre la costumbre de decir que entren, y, además, como a medianoche, ¡válgame el cielo!, no hace falta pedir permiso...

En aquel momento, se oyó llamar a la puerta, con alguna violencia.

—¡Adelante! —dijo el obispo.

III

Heroísmo de la obediencia pasiva

La puerta se abrió.

Se abrió violentamente, de par en par, como si alguien la empujara con energía y resolución.

Un hombre entró.

A este hombre lo conocemos ya. Es el viajero que hemos visto vagar hace poco, buscando asilo.

Entró, dio un paso y se detuvo, dejando la puerta abierta tras él. Llevaba su morral a la espalda, su palo en la mano, y en los ojos una expresión ruda, audaz, cansada y violenta. El fuego de la chimenea lo iluminaba. Estaba espantoso. Era una siniestra aparición.

La señora Magloire no tuvo siquiera fuerzas para lanzar un grito. Se estremeció y quedó muda e inmóvil.

La señorita Baptistine se volvió, vio al hombre que entraba y medio se incorporó de miedo; luego, volviendo poco a poco la cabeza hacia la chimenea, se puso a mirar a su hermano y su rostro adquirió de nuevo un aspecto de profunda calma y serenidad.

El obispo fijaba en el hombre una mirada tranquila.

Al abrir los labios, sin duda para preguntar al recién llegado lo que deseaba, el hombre apoyó sus dos manos

a la vez sobre su garrote, paseó su mirada por el anciano y las dos mujeres y, sin esperar a que el obispo hablara, dijo en voz alta:

—Me llamo Jean Valjean. Soy presidiario. He pasado diecinueve años en la cárcel. Estoy libre desde hace cuatro días y me dirijo a Pontarlier, que es mi destino. Hace cuatro días que estoy en marcha desde Tolón. Hoy he hecho doce leguas a pie. Esta noche, al llegar a este país, he entrado en una posada y me han despedido a causa de mi pasaporte amarillo, que había presentado a la alcaldía. Era preciso que así lo hiciese. He estado en otra posada, y me han dicho: ¡vete! Lo mismo en la una que en la otra. Nadie quiere saber nada de mí. He estado en la prisión y el carcelero no me ha abierto. He estado en la guarida de un perro. Este perro me ha mordido y me ha arrojado de allí, como si él mismo hubiera sido un hombre. Hubiérase dicho que sabía quién era yo. Me he ido al campo, para dormir al raso; pero ni aún esto me ha sido posible. He creído que iba a llover y que no habría un buen Dios que impidiera la lluvia, y he vuelto a la ciudad, para buscar en ella el quicio de una puerta. Allí, en la plaza, iba a echarme sobre una piedra, cuando una buena mujer me ha señalado vuestra casa y me ha dicho: Llamad ahí. He llamado. ¿Qué casa es ésta? ¿Una posada? Tengo dinero, producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en la cárcel, con mi trabajo de diecinueve años. Pagaré, ¿qué me importa? Tengo dinero. Estoy muy cansado; he andado doce leguas a pie y tengo hambre. ¿Queréis que me quede?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, poned un cubierto más.

El hombre dio tres pasos y se acercó al velón que estaba sobre la mesa.

—Mirad —dijo, como si no hubiera comprendido—. No es eso. ¿Habéis oído lo que he dicho? Soy un presidiario, un forzado. Vengo de las galeras. —Y de un bolsillo sacó una gran hoja de papel amarillo que desplegó—. Ved mi pasaporte. Amarillo, como veis. Esto sirve para que me echen de todas partes adonde voy. ¿Queréis leer? Yo sé leer; he aprendido en presidio. Hay una escuela para los que quieren. Mirad, ved lo que han escrito en este pasaporte: «Jean Valjean, presidiario liberado, natural de...», esto no hace al caso... «Ha estado diecinueve años en presidio. Cinco años por robo con fractura. Catorce años por haber intentado evadirse cuatro veces. Este hombre es muy peligroso.» Ya lo veis. Todo el mundo me arroja lejos de sí. ¿Queréis vos recibirme? ¿Es ésta una posada? ¿Queréis darme cena y cama?, ¿tenéis un establo?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, pondréis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado de qué naturaleza era la obediencia de las dos mujeres.

La señora Magloire salió para ejecutar las órdenes.

El obispo se volvió hacia el hombre:

—Señor, sentaos y calentaos. Cenaremos dentro de un instante, y os harán la cama mientras cenáis.

El hombre comprendió al fin. La expresión de su rostro hasta entonces sombría y fría, cambióse en estupefacción, duda, alegría extraordinaria. Comenzó a balbucear como un loco:

—¿De verdad? ¿Qué? ¡Me recibís! ¡No me arrojáis! ¡Un forzado! ¡Me llamáis señor! ¡No me tuteáis! ¡No me decís, vete perro, como me dicen siempre! Yo creía que también de aquí ibais a arrojarme. Por esto dije enseguida quién soy. ¡Oh! ¡Gracias a la buena mujer que me ha mostrado esta casa! ¡Voy a cenar! ¡Una cama! ¡Una

cama con colchón y sábanas! ¡Como todo el mundo! ¡Hace diecinueve años que no me he acostado en una cama! ¡De veras, no queréis que me vaya! ¡Sois gentes muy dignas! Además, tengo dinero. Pagaré bien. Perdón, señor posadero, ¿cómo os llamáis? Pagaré todo lo que queráis. Sois un excelente hombre. Sois posadero, ¿verdad?

—Soy —dijo el obispo— un sacerdote que vive aquí.

—¡Un sacerdote! —continuó el hombre—. ¡Oh, un buen sacerdote! Entonces, ¿no me pedís dinero? Sois el párroco, ¿verdad? ¿El párroco de esta gran iglesia? ¡Vaya, es verdad! ¡Qué estúpido soy! ¡No había visto vuestro solideo!

Mientras hablaba, había dejado su morral y su garrote en un rincón; luego, había guardado su pasaporte en el bolsillo y se había sentado. La señorita Baptistine lo miraba con dulzura. Él continuó:

—Sois humano, señor párroco. No sentís desprecio. Es bueno, para un sacerdote. Entonces, ¿no tenéis necesidad de que os pague?

—No —dijo el obispo—. Guardad vuestro dinero. ¿Cuánto tenéis? ¿Me habéis dicho ciento nueve francos?

— Y quince sueldos —añadió el hombre.

—Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo habéis tardado en ganar esto?

—Diecinueve años.

—¡Diecinueve años!

El obispo suspiró profundamente.

El hombre prosiguió:

—Todavía tengo todo mi dinero. En cuatro días, no he gastado más que veinticinco sueldos que gané ayudando a descargar unos carros en Grasse. Puesto que sois sacerdote, voy a deciros que en presidio teníamos un capellán. Y un día vi a un obispo. A un monseñor, como

lo llaman. Era el obispo de la Majore, en Marsella. Es el cura que está por encima de los curas. Vos ya lo sabéis, perdonadme, hablo mal; ¡pero está tan lejos de mí! ¡Ya comprendéis lo que somos nosotros! Dijo la misa en medio de la prisión, sobre un altar, y sobre la cabeza tenía una cosa puntiaguda de oro. Al mediodía, aquello brillaba. Estábamos en fila, por los tres lados. Con los cañones y las mechas encendidas, en frente de nosotros. No lo veíamos bien. Habló, pero estaba demasiado lejos y no lo oímos bien. Ved aquí lo que es un obispo.

Mientras hablaba, el obispo había ido a cerrar la puerta, que había quedado abierta.

La señora Magloire volvió. Traía un cubierto, que puso sobre la mesa.

—Señora Magloire —dijo el obispo—, poned este cubierto lo más cerca posible de la lumbre. —Y, volviéndose hacia su huésped—: El viento de la noche es muy crudo en los Alpes. ¿Tenéis frío, señor?

Cada vez que pronunciaba la palabra señor, con su voz dulcemente grave, se iluminaba la fisonomía del hombre. Llamar señor a un presidiario, es dar un vaso de agua a un náufrago de la *Medusa*. La ignominia tiene sed de consideración.

—Mal alumbra esta luz —dijo el obispo.

La señora Magloire comprendió y fue a buscar, a la chimenea de la habitación de monseñor, los dos candelabros de plata que puso, encendidos, sobre la mesa.

—Señor cura —dijo el hombre—, sois bueno. No me despreciáis. Me recibís en vuestra casa. Encendéis bujías para mí. Sin embargo, no os he ocultado de dónde vengo y que soy un hombre miserable.

El obispo, sentado cerca de él, le tocó dulcemente la mano.

—No hacía falta que me dijerais quién sois. Ésta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esta puerta no pregunta, al que entra, si tiene un nombre, sino si tiene un dolor. Sufrís; tenéis hambre y sed; sed bienvenido. Y no me deis las gracias, no me digáis que os recibo en mi casa. Aquí no está en su casa más que el que necesita un asilo. Así debo decíroslo a vos, que pasáis por aquí; estáis en vuestra casa, más que yo en la mía. Todo lo que hay aquí es vuestro. ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? Además, antes de que me lo dijerais, teneis un nombre que yo ya sabía.

El hombre abrió sus ojos, asombrado.

—¿De veras? ¿Sabíais cómo me llamo?

—Sí —repuso el obispo—, os llamáis mi hermano.

—¡Ah, señor cura! —exclamó el hombre—. Tenía hambre, al entrar aquí; pero, sois tan bueno, que ahora ya no sé lo que tengo; el hambre se me ha pasado.

El obispo lo miró y le dijo:

—¿Habéis sufrido mucho?

—¡Oh! La casaca roja, la bala en el pie, una tarima para dormir, el calor, el frío, el trabajo, la chusma de forzados, los golpes. La doble cadena por nada. El calabozo por una simple palabra. Y aún enfermo en la cama, la cadena. ¡Los perros, los perros son más felices! ¡Diecinueve años! Tengo cuarenta y seis, y un pasaporte amarillo. Aquí está todo.

—Sí, salís de un lugar de tristeza. Escuchad: habrá más alegría en el cielo por las lágrimas de un pecador arrepentido, que por la blanca vestidura de cien justos. Si salís de ese lugar doloroso con propósitos de odio y de cólera contra los hombres, sois digno de piedad; si salís con propósitos de indulgencia, de dulzura y de paz, valéis más que ninguno de nosotros.

Mientras tanto, la señora Magloire había servido la cena. Una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; un poco de tocino; un pedazo de carne de carnero; unos higos, un queso fresco y un gran pan de centeno. A la comida ordinaria del obispo, había añadido una botella de vino añejo de Mauves.[1]

El rostro del obispo adquirió, de repente, esa expresión de alegría propia de las naturalezas hospitalarias.

—¡A la mesa! —dijo con viveza.

Como tenía por costumbre, cuando algún forastero cenaba con él, hizo sentar al hombre a su derecha. La señorita Baptistine, apacible y con naturalidad, ocupó su asiento a la izquierda.

El obispo dijo el *benedicite* y, luego, sirvió él mismo la sopa, según su costumbre. El hombre empezó a comer ávidamente.

De repente, el obispo exclamó:

—Me parece que en esta mesa falta algo.

La señora Magloire, en efecto, no había puesto más que los tres cubiertos absolutamente necesarios. Pero era costumbre de la casa, cuando el obispo tenía algún invitado a cenar, poner en la mesa los seis cubiertos de plata; inocente ostentación. Esta graciosa apariencia de lujo, era una especie de niñería, llena de encanto en aquella casa tranquila y severa que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magloire comprendió la observación, salió sin pronunciar una palabra y, un momento después, los tres cubiertos reclamados por el obispo brillaban sobre el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los comensales.

1 Mauves, en Vivarais, cerca del Ermitage.

IV

Pormenores sobre las queserías de Pontarlier

Ahora, para dar una idea de lo que pasó en aquella mesa, no podremos hacer nada mejor que trascribir aquí un pasaje de una carta de la señorita Baptistine a la señora de Boischevron, en la cual se refiere, con minuciosa sencillez, a la conversación entre el obispo y el forzado:

«...Ese hombre no prestaba ninguna atención a nadie. Comía con una voracidad de hambriento. Sin embargo, después de la sopa, dijo:

»—Señor cura del buen Dios, todo esto es demasiado bueno para mí, pero debo deciros que los carreteros que no me han permitido comer con ellos, comen mejor que vos.

»Aquí, entre nosotras, esta observación me pareció un poco extraña. Mi hermano respondió:

»—Están más fatigados que yo.

»—No —continuó el hombre—, tienen más dinero. Vos sois pobre. Ya lo veo. Quizá ni aun sois párroco. ¿Sois párroco, siquiera? ¡Ah!, por ejemplo, si el buen Dios fuera justo, bien mereceríais ser párroco.

»—El buen Dios es más que justo —dijo mi hermano. Un momento después, añadió—: ¿Vais a Pontarlier, señor Jean Valjean?

»—Con itinerario obligado.

»Creo que esto fue lo que contestó. Después, continuó:

»—Es preciso que me ponga en camino mañana, al despuntar el día. Es duro viajar. Si las noches son frías, los días son calurosos.

»—Vais —dijo mi hermano— a un buen país. En tiempo de la revolución, quedó arruinada mi familia y yo me refugié en el Franco-Condado, donde viví algún tiempo con el trabajo de mis manos. Tenía buena voluntad y encontré en qué ocuparme. No tuve que hacer más que escoger; hay almacenes de papel, de curtidos, de esencias, de aceites, fábricas de relojerías, fábricas de acero y de cobre y, al menos veinte fábricas de hierro, de las cuales cuatro están en Lods, Châtillon, Audincourt y Beure... [1].

»Creo no engañarme y que son éstos los nombres que mi hermano citó; luego, se interrumpió y me dirigió la palabra:

»—Querida hermana mía, ¿no tenemos parientes en esta región?

Yo respondí:

»—Teníamos, entre otros, al señor Lucenet, que era capitán de puertas en Pontarlier, bajo el antiguo régimen.

»—Sí —continuó mi hermano—, pero en el 93 no había parientes, ni tenía uno más que sus brazos; y yo trabajé. Hay en el país de Pontarlier, adonde váis, señor Valjean, una industria patriarcal y hermosa, hermana mía. Son las queserías, que llaman allí fruterías.

1 Comunas de Dubs.

»Entonces, mi hermano, mientras comía aquel hombre, le explicó detenidamente lo que son las queserías de Pontarlier. Las hay de dos clases: las *grandes granjas*, que pertenecen a los ricos y tienen cuarenta o cincuenta vacas, las cuales producen de siete a ocho mil quesos en verano; y las *queserías de asociación*, que son las de los pobres, es decir, las de los campesinos de la montaña, que reúnen sus vacas y se reparten los productos. Toman a su servicio a un quesero, al que llaman el *grurin*, el cual recibe la leche de los asociados tres veces al día y marca las cantidades en una tabla duplicada; a fines de abril empieza el trabajo en las queserías, y hacia mediados de junio los queseros llevan sus vacas a la montaña.

»El hombre se reanimaba, comiendo. Mi hermano lo hacía beber de este buen vino de Mauves, del cual él mismo no bebe, porque dice que es un vino caro. Mi hermano le explicaba todos estos detalles, con esta sencilla alegría que ya conocéis, entremezclando sus palabras con graciosos gestos dirigidos a mí. Insistió mucho en la buena posición del *grurin*, como si hubiera deseado que aquel hombre comprendiera, sin aconsejárselo directamente, que tal oficio sería un asilo para él. Una cosa me sorprendió. Este hombre era lo que os he dicho. ¡Pues bien!, mi hermano, ni durante toda la cena, ni en el resto de la noche, si se exceptúan algunas palabras sobre Jesús que pronunció a su entrada, no dijo una palabra que recordara a aquel hombre quién era, ni que le diera a conocer lo que era mi hermano. Y ésta, era sin embargo, una ocasión para dirigirle un sermón. Cualquiera hubiera creído que, teniendo al lado a este desgraciado, era el caso de dar alimento a su alma, al mismo tiempo que a su cuerpo, y de hacerle algún reproche sazonado de moral y de consejo, o bien de manifestarle un poco de conmiseración, exhortándolo a que obrara mejor en el por-

venir. Mi hermano ni siquiera le preguntó de qué país era, ni su historia. Pues en su historia estaba su culpa y mi hermano parecía evitar todo lo que pudiera recordárselo. Hasta el punto de que, en un momento en que hablaba de los montañeses de Pontarlier, "que tienen un suave trabajo cerca del cielo", y que, añadió, "son felices porque son inocentes", se detuvo de repente, temiendo que hubiese en estas palabras, que se les escapaban, algo que pudiera ofender al huésped. A fuerza de reflexionar, creo haber comprendido lo que pasaba en el corazón de mi hermano. Pensaba, sin duda, que aquel hombre que se llamaba Jean Valjean, tenía tan presente su miseria en el espíritu, que lo mejor era distraerlo y hacerlo creer, aunque fuera sólo por un momento, que era una persona como otra cualquiera y que, para él, todo aquello no era sino lo que sucedía ordinariamente. En efecto, ¿no es esto comprender bien la caridad? ¿No hay, buena amiga, algo verdaderamente evangélico en esta delicadeza, que prescinde del sermón, de la moral y de las alusiones? La piedad más grande, ¿no consiste, cuando un hombre tiene un punto dolorido, en no tocar este punto? Me ha parecido que éste era el pensamiento íntimo de mi hermano. En todo caso, lo que puedo decir es que, si efectivamente obró así, no lo dio a conocer ni aun a mí misma; estuvo lo mismo que todas las noches, y cenó con este Jean Valjean con la misma naturalidad, con la misma fisonomía con que hubiera cenado con el señor Gédéon Le Prévost, o con el señor cura de la parroquia.

«Hacia el final de la cena, cuando estábamos comiendo los higos, llamaron a la puerta. Era la tía Gerbaud, con su pequeño en brazos. Mi hermano besó al niño en la frente y me pidió quince sueldos que tenía yo allí, para darlos a la tía Gerbaud. El hombre no prestó gran

atención a esto. No hablaba ya y parecía fatigado. Una vez que la tía Gerbaud hubo salido, mi hermano dio las gracias, luego se volvió hacia aquel hombre, y le dijo: "Debéis tener necesidad de descanso." La señora Magloire retiró rápidamente los servicios. Yo comprendí que era preciso retirarnos, para dejar dormir a aquel viajero, y ambas subimos a nuestro cuarto. Pero, poco después, envié a la señora Magloire para que pusiera en la cama de aquel hombre una piel de corzo de la Selva Negra, que está en mi habitación. Las noches son glaciales y esta piel calienta. Es una pena que ya esté vieja; todo el pelo se le cae. Mi hermano la compró cuando estuvo en Alemania, en Tottlingen, cerca de las fuentes del Danubio, al mismo tiempo que el cuchillito con mango de marfil que yo uso en la mesa.

»La señora Magloire, volvió enseguida; hicimos nuestras plegarias al buen Dios en el salón donde se cuelga la ropa blanca, y luego nos retiramos cada una a nuestro cuarto, sin hablar una palabra.»

V

Tranquilidad

Después de haber dado las buenas noches a su hermana, monseñor Bienvenu cogió de la mesa uno de los dos candelabros de plata, dio el otro a su huésped y le dijo:

—Señor, voy a mostraros vuestra habitación.

El hombre lo siguió.

Como se ha podido observar, en lo que ha sido dicho antes, la habitación estaba distribuida de tal manera que, para pasar al oratorio donde estaba la alcoba, era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban esta habitación, la señora Magloire cerraba el armario de la plata, que estaba a la cabecera de la cama. Éste era el último cuidado que tenía cada noche, antes de acostarse.

El obispo instaló a su huésped en la alcoba. Una cama blanca y limpia lo esperaba. El hombre dejó el candelabro sobre una mesita.

—Vaya —dijo el obispo—, que paséis buena noche. Mañana por la mañana, antes de partir, beberéis una taza de leche de nuestras vacas, bien caliente.

—Gracias, señor cura —respondió el hombre.

Apenas hubo pronunciado estas palabras llenas de paz, cuando súbitamente, sin transición alguna, hizo un movimiento extraño que hubiera helado de terror a las dos santas mujeres, si hubiesen sido testigos del mismo. Incluso hoy, nos resulta difícil explicar la causa que lo impulsaba en aquel momento. ¿Quería hacer una advertencia, o lanzar una amenaza? ¿Obedecía, simplemente a una especie de impulso instintivo y oscuro para sí mismo? Se volvió bruscamente hacia el anciano, cruzó los brazos y, fijando sobre su huésped una mirada salvaje, exclamó con voz ronca:

—¡Ah! Decididamente, me alojáis en vuestra casa y tan cerca de vos. —Se interrumpió y añadió, con una risa en la que había algo de mostruoso—: ¿Habéis reflexionado bien? ¿Quién os dice que no soy un asesino?

El obispo levantó la mirada hacia el techo y dijo:

—Eso es cuenta de Dios.

Después, con toda gravedad y moviendo los labios como alguien que reza o habla para sí mismo, levantó dos dedos de su mano derecha y bendijo al hombre que ni aun dobló la cabeza; y, sin volver la vista atrás, ní mirar tras de sí, entró en su habitación.

Cuando la alcoba está habitada, una gran cortina de sarga corría de un lado al otro del oratorio y ocultaba el altar. El obispo se arrodilló, al pasar delante de la cortina, e hizo una breve oración.

Un momento después, estaba en el jardín, paseando, meditando, contemplando, con el alma y el pensamiento entero en estas grandes cosas misteriosas que Dios muestra por la noche a los ojos que permanecen abiertos.

En cuanto al hombre, estaba realmente tan fatigado, que ni siquiera se aprovechó de aquellas blancas sábanas. Había soplado sobre la vela con la nariz, como acostumbran los forzados, y se había dejado caer vestido en la cama, donde se quedó enseguida profundamente dormido.

Era media noche cuando el obispo volvía del jardín a su habitación.

Algunos minutos después, todos dormían en la pequeña casa.

VI

Jean Valjean

Hacia la mitad de la medianoche, Jean Valjean se despertó.

Jean Valjean era de una pobre familia de aldeanos de la Brie. En su infancia no había aprendido a leer. Cuando fue hombre tomó el oficio de podador en Faverolles [1]. Su madre se llamaba Jeanne Mathieu, y su padre Jean Valjean, o Vlajean, mote y contracción, probablemente, de *voilá Jean* (ahí está Jean).

Jean Valjean tenía el carácter pensativo, sin ser triste, lo cual es propio de las naturalezas afectuosas. En resumidas cuentas, era una cosa algo adormecida y bastante insignificante, en apariencia al menos, este Jean Valjean. De muy corta edad, había perdido a su padre y a su madre. Ésta había muerto de una fiebre láctea mal cuidada. Su padre, podador como él, se había matado al caer de un árbol. A Jean Valjean le había quedado solamente una hermana mayor que él, viuda, con siete hijos, entre

[1] Faverolles (Aisne, cantón de Villers-Cotterets), no pertenecía a Brie, sino al Soissonais.

varones y hembras. Esta hermana había criado a Jean Valjean y, mientras vivió su marido, alojó y alimentó a su hermano. El marido murió. El mayor de sus hijos tenía ocho años y el menor uno. Jean Valjean acababa de cumplir veinticinco años. Remplazó al padre y sostuvo a su vez, a la hermana que lo había criado. Hizo aquello sencillamente, como un deber, y aun con cierta rudeza de su parte. Su juventud se gastaba, pues, en un trabajo duro y mal pagado. Nunca le habían conocido «novia» en el país. No había tenido tiempo para enamorarse.

Por la noche, regresaba cansado y tomaba su sopa sin decir una palabra. Su hermana, la tía Jeanne, mientras él comía, le tomaba con frecuencia de su escudilla lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para darlo a alguno de sus hijos; él, sin dejar de comer, inclinado sobre la mesa, con la cabeza casi metida en la sopa y sus largos cabellos cayendo alrededor de la escudilla, ocultando sus ojos, parecía no ver nada y dejábala hacer. Había en Faverolles, no lejos de la cabaña de los Valjean, al otro lado de la callejuela, una lechera llamada Marie-Claude; los niños Valjean, casi siempre hambrientos, iban muchas veces a pedir prestado a Marie-Claude, en nombre de su madre, una pinta de leche que bebían detrás de una enramada, o en cualquier rincón de un portal, arrancándose unos a otros el vaso con tanto apresuramiento, que las niñas pequeñas lo derramaban sobre su delantal y su cuello. Si la madre hubiera sabido este hurtillo, habría corregido severamente a los delincuentes. Jean Valjean, brusco y gruñón, pagaba, sin que Jeanne lo supiera, la pinta de leche a Marie-Claude, y los niños no eran castigados.

En la estación de la poda, ganaba veinticuatro sueldos por día, y luego se empleaba como segador, como peón

de albañil, como mozo de bueyes o como jornalero. Hacía todo lo que podía. Su hermana, por su parte, trabajaba también; pero, ¿qué podía hacerse con siete niños? Era un triste grupo, al que la miseria envolvía y estrechaba poco a poco. Sucedió que un invierno fue muy crudo. Jean no encontró trabajo. La familia no tuvo pan. Ni un bocado de pan, y siete niños.

Un domingo por la noche, Maubert Isabeau, panadero en la plaza de la iglesia, en Faverolles, se disponía a acostarse cuando oyó un golpe violento en la vidriera enrejada de la puerta de su tienda.

Llegó a tiempo para ver un brazo pasar a través del agujero hecho de un puñetazo en uno de los vidrios. El brazo cogió un pan y se retiró. Isabeau salió apresuradamente; el ladrón huyó a todo correr; Isabeau corrió tras él y lo detuvo. El ladrón había soltado el pan, pero tenía aún el brazo ensangrentado. Era Jean Valjean.

Esto pasó en 1795. Jean Valjean fue llevado ante los tribunales del tiempo, acusado de «robo con fractura, de noche y en una casa habitada». Tenía un fusil del que se servía como el mejor tirador del mundo; era un poco aficionado a la caza furtiva; esto lo perjudicó. Existe un prejuicio legítimo contra los cazadores furtivos. El cazador furtivo, lo mismo que el contrabandista, anda muy cerca del salteador. Sin embargo, digámoslo de paso, hay un abismo entre ambos y el miserable asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en el bosque; el contrabandista vive en las montañas o cerca del mar. Las ciudades hacen hombres feroces, porque hacen hombres corrompidos. La montaña, el mar, el bosque, hacen hombres salvajes. Desarrollan el lado feroz, pero a menudo lo hacen sin destruir el lado humano.

Jean Valjean fue declarado culpable. Los términos del código eran formales. En nuestra civilización hay

momentos terribles; son aquellos en que la ley pronuncia una condena. ¡Instante fúnebre, aquel en que la sociedad se aleja y consuma el irreparable abandono de un ser pensador! Jean Valjean fue condenado a cinco años de galeras.

El 22 de abril de 1796, se celebró en París la victoria de Montenotte, ganada por el general en jefe de los ejércitos de Italia, a quien el mensaje del directorio a los quinientos, el 2 de floreal del IV, llama Buona-Parte; aquel mismo día se remachó una cadena en Bicêtre. Jean Valjean formaba parte de esta cadena. Un antiguo portero de la cárcel, que tiene hoy cerca de noventa años, recuerda aún perfectamente a este desgraciado, cuya cadena se remachó en la extremidad del cuarto cordón, en el ángulo norte del patio. Estaba sentado en el suelo, como todos los demás. Parecía no comprender nada de su situación, sino que era horrible. Es probable que descubriese, a través de las vagas ideas de un hombre ignorante, que había en su pena algo excesivo. Mientras que, a grandes martillazos, remachaban detrás de él el perno de su argolla, lloraba; las lágrimas lo ahogaban, le impedían hablar y, solamente de vez en cuando, exclamaba: «Yo era podador en Faverolles.» Luego, sollozando, alzaba su mano derecha y la bajaba gradualmente siete veces, como si tocase sucesivamente siete cabezas a desigual altura; por este gesto, se adivinaba que lo que había hecho, fuese lo que fuese, había sido para alimentar y vestir a siete pequeñas criaturas.

Partió para Tolón. Llegó allí, después de un viaje de veintisiete días en una carreta, con la cadena al cuello. En Tolón fue revestido de la casaca roja. Todo se borró de lo que había sido su vida, incluso su nombre; ya no fue más Jean Valjean; fue el número 24601. ¿Qué fue de su hermana? ¿Qué fue de los siete niños? ¿Quién se

ocupó de aquello? ¿Qué es del puñado de hojas del joven árbol serrado por su pie?

La historia es siempre la misma. Estos pobres seres vivientes, estas criaturas de Dios, sin apoyo desde entonces, sin guía, sin asilo, marcharon a merced del azar, ¿quién sabe adónde?, cada uno por su lado, quizá sumergiéndose poco a poco en esta fría bruma en la que se sepultan los destinos solitarios, tenebrosas tinieblas en las que desaparecen sucesivamente tantas cabezas infortunadas, en la sombría marcha del género humano. Abandonaron aquel país. El campanario de lo que había sido su pueblo, los olvidó; el límite de lo que había sido su campo, los olvidó; después de algunos años de permanencia en la prisión, Jean Valjean mismo los olvidó. En aquel corazón, donde había existido una herida, había una cicatriz. Aquello fue todo. Apenas, durante todo el tiempo que pasó en Tolón, oyó hablar una sola vez de su hermana. Era, creo, hacia el final del cuarto año de su cautividad. No sé por qué conducto, recibió las noticias. Alguien, que los había conocido en su país, había visto a su hermana. Estaba en París. Vivía en una pobre calle, cerca de San Sulpicio, en la calle del Gindre [1]. No tenía consigo más que a un niño, el último. ¿Dónde estaban los otros seis? Quizá ni siquiera ella misma lo sabía. Todas las mañanas iba a una imprenta de la calle de Sabot, Nº 3, donde era plegadora y encuadernadora. Era preciso estar allí a las seis de la mañana, mucho antes de ser de día en invierno. En la misma casa de la imprenta había una escuela, a la cual llevaba a su hijo, que tenía siete años. Pero, como ella entraba en la imprenta a las seis, y la escuela no abría hasta las siete, el niño tenía que esperar una hora en el patio, hasta que se

1 Rue du Gindre, entre la calle del Vieux-Colombier y la de Mezières. Hoy, calle Madame.

abriese; en invierno, una hora de noche y al descubierto. No querían que el niño entrara en la imprenta, porque molestaba, según decían. Los obreros veían a esta criatura, al pasar por la mañana, sentado en el suelo, cayéndose de sueño y, muchas veces, dormido en la oscuridad, acurrucado sobre su cestito. Los días de lluvia, una viejecita, la portera, tenía piedad de él; lo recogía en su covacha, donde no había más que una pobre cama, una rueca y dos taburetes; el pobrecillo se dormía allí, en un rincón, arrimándose al gato para sentir menos frío. A las siete se abría la escuela y entraba. Esto fue lo que le dijeron a Jean Valjean. Ocupó su ánimo esta noticia un día, es decir, un momento, un relámpago, como una ventana abierta bruscamente en el destino de los seres que había amado. Después se cerró la ventana; no se volvió a hablar más, y todo se acabó. Nada más supo de ellos; no los volvió a ver; jamás los encontró; ni tampoco los encontraremos en la continuación de esta dolorosa historia.

Hacia el final de este cuarto año, le llegó su turno para la evasión. Sus compañeros lo ayudaron, como suele hacerse en aquella triste mansión. Se evadió. Erró durante dos días en libertad por el campo; si es ser libre estar perseguido; volver la cabeza a cada instante; estremecerse al menor ruido; tener miedo de todo, del techo que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del día porque se ve, de la noche porque no se ve, del camino, del sendero, de los árboles, del sueño. En la noche del segundo día fue hecho preso de nuevo. No había comido ni dormido desde hacía treinta y seis horas. El tribunal marítimo lo condenó, por aquel delito, a un recargo de tres años, con lo cual eran ocho los de pena. Al sexto año, le llegó de nuevo el turno de evadirse; aprovechó

de él, pero no pudo consumar su huida. Había faltado a la lista. Disparóse el cañonazo y, por la noche, la ronda lo encontró escondido bajo la quilla de un barco en construcción; hizo resistencia a los guardias que lo prendieron: evasión y rebelión. Este hecho, previsto por el código especial, fue castigado con un recargo de cinco años, de los cuales dos bajo doble cadena. Trece años. Al décimo, le llegó otra vez su turno y lo aprovechó, pero no salió mejor librado. Tres años más, por aquella nueva tentativa. Dieciséis años. Finalmente, en el año decimotercero, según creo, intentó de nuevo su evasión y fue cogido cuatro horas más tarde. Tres años más, por estas cuatro horas. Diecinueve años. En octubre de 1815, fue liberado; había entrado en presidio en 1796, por haber roto un vidrio y haber robado un pan.

Hagamos aquí un corto paréntesis. Es la segunda vez que el autor de este libro, en sus estudios sobre la cuestión penal y sobre la condena por la ley, encuentra el robo de un pan como punto de partida del desastre de un destino. Claude Gueux[1] había robado un pan; Jean Valjean había robado un pan. Una estadística inglesa demuestra que, en Londres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre.

Jean Valjean había entrado en el presidio sollozando y temblando; salió de él impasible. Había entrado desesperado; salió de él sombrío.

¿Qué había pasado en su alma?

[1] Héroe del relato del mismo nombre, publicado por Víctor Hugo, en 1834.

VII

La interioridad de la desesperación

Tratemos de explicarlo.

Es preciso que la sociedad se fije en estas cosas, puesto que es ella quien las hace.

Como ya hemos dicho, Jean Valjean era un ignorante; pero no era un imbécil. La luz natural ardía en su interior. La desgracia, que tiene también su luz, aumentó la poca claridad que había en aquel espíritu. Bajo la influencia de los golpes, de la cadena del calabozo, de la fatiga, bajo el ardiente sol del presidio, en el lecho de tablas de los presidiarios, se replegó en su conciencia y reflexionó.

Se constituyó en tribunal.

Empezó a juzgarse a sí mismo.

Reconoció que no era un inocente castigado injustamente. Se confesó que había cometido una acción vituperable; que quizá no le hubiera sido negado el pan, si lo hubiera pedido; que, en cualquier caso, hubiera sido mejor esperar para conseguir piedad o trabajo; que no

es una razón que no tenga réplica el decir: ¿se puede esperar, cuando se tiene hambre? Que es muy raro el caso de un hombre que muera literalmente de hambre; también que, afortunadamente o desgraciadamente, el hombre está hecho de tal forma que puede sufrir mucho y por mucho tiempo, moral y físicamente, sin morir; que le era preciso haber tenido paciencia; que hubiera sido mejor, incluso para aquellos pobres niños; que era un acto de locura para él, desgraciado hombre vil, coger violentamente a la sociedad entera por el cuello y figurarse que se puede salir de la miseria por medio del robo; que, en todo caso, era una mala puerta para salir de la miseria, aquella a través de la cual se entra en la infamia; y, en fin, que se había equivocado.

Luego, se preguntó:

Si era él el único que había obrado mal en su fatal asunto; si, en principio, no era una cosa grave que él, trabajador, careciese de trabajo; que él laborioso, careciese de pan. Si, además, cometida y confesada la falta, el castigo no había sido feroz y extremado; si no había más abuso por parte de la ley en la pena, que por parte del culpable en la culpa; si no había un exceso de peso en uno de los platillos de la balanza, en el de la expiación. Si el recargo de la pena no llegaba a borrar el delito mismo, produciendo este resultado: cambiar por completo la situación, remplazar la culpa del delincuente por la culpa de la represión, trasformar al culpable en víctima y al deudor en acreedor, y poner definitivamente al derecho de la parte de aquel que lo había violado. Si esta pena, complicada con recargos sucesivos por las tentativas de evasión, no acababa por ser una especie de atentado del fuerte contra el débil, un crimen de la sociedad sobre el individuo, un crimen que se cometía todos los días, un crimen que duraba diecinueve años.

Se preguntó si la sociedad humana podía tener el derecho de hacer sufrir igualmente a sus miembros, en un caso su imprevisión irracional, y en otro su previsión despiadada, y apoderarse para siempre de un pobre hombre entre un defecto y un exceso: defecto de trabajo y exceso de castigo. Si no era exorbitante que la sociedad tratara así precisamente a sus miembros peor dotados en el reparto que hace el azar y, por consiguiente, los más dignos de consideración.

Presentadas y resueltas estas cuestiones, juzgó a la sociedad y la condenó.

La condenó a su odio.

La hizo responsable de la suerte que él sufría, y se dijo que no vacilaría en pedirle cuentas algún día. Se declaró a sí mismo que no había equilibrio entre el mal que había causado y el que había recibido; concluyó, al fin, que su castigo no era precisamente una injusticia, pero era seguramente una iniquidad.

La cólera puede ser loca y absurda; el hombre puede irritarse injustamente; no se indigna más que cuando, en el fondo, tiene razón por algún lado. Jean Valjean se sentía indignado.

Además, la sociedad humana no le había hecho sino daño. No había visto de ella más que esta fisonomía iracunda que se llama injusticia, y que muestra a aquellos a quienes golpea. Los hombres no lo habían tocado más que para maltratarlo. Todo contacto que con ellos había tenido había sido una herida. Nunca. desde su infancia, exceptuando a su madre y a su hermana, había encontrado una palabra amiga, una mirada benévola. De sufrimiento en sufrimiento, llegó poco a poco a esta convicción de que la vida era una guerra y de que, en esta guerra, él era el vencido. No tenía otras armas que su

odio. Resolvió aguzarlo en el presidio y llevarlo consigo a su salida.

Había en Tolón una escuela para los presidiarios, dirigida por los hermanos ignorantinos[1], en la cual se enseñaba lo más preciso a los desgraciados que tenían, por su parte, buena voluntad. Fue a la escuela, a los cuarenta años, y aprendió a leer, a escribir y a contar. Sintió que fortificar su inteligencia era fortificar su odio. En algunos casos la instrucción y la luz, pueden servir de auxiliares al mal.

Es triste tener que decirlo, después de haber juzgado a la sociedad, que había hecho su desgracia, juzgó a la providencia, que había hecho la sociedad.

También la condenó.

Así, durante diecinueve años de tortura y de esclavitud, aquella alma se elevó y decayó al mismo tiempo. Entraron en ella la luz por un lado y las tinieblas por otro.

Jean Valjean no era, como se ha visto, de naturaleza malvada. Aún era bueno cuando entró en el presidio. Allí condenó a la sociedad y sintió que se iba volviendo malo; allí condenó a la providencia y sintió que iba volviéndose impío.

Aquí es difícil pasar adelante, sin meditar un instante.

¿Puede trasformarse la naturaleza humana completamente? ¿El hombre, creado bueno por Dios, puede ser hecho malo por el hombre? ¿Puede el alma ser rehecha enteramente por el destino, y volverse mala si es malo el destino? ¿Puede el corazón hacerse deforme y contraer dolencias incurables, bajo la presión de una desgracia desproporcionada, como la columna vertebral bajo una

[1] Sobrenombre de los hermanos de las escuelas cristianas.

bóveda demasiado baja? ¿No hay en cualquier alma humana, no había en la de Jean Valjean en particular, una chispa primitiva, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien pueda desarrollar, fortalecer, purificar y hacer brillar esplendorosamente, y que el mal nunca pueda apagar?

Todas éstas son preguntas graves y oscuras, a la última de las cuales todo fisiólogo hubiera probablemente respondido «no», y sin dudar, si hubiese visto en Tolón a Jean Valjean, en las horas de descanso, que eran las de meditación, sentado, con los brazos cruzados, apoyado en algún cabrestante, con el extremo de su cadena metida en el bolsillo para impedir que arrastrase, a este presidiario triste, serio, pensativo, silencioso, paria de las leyes, que miraba al hombre con cólera, condenado por la civilización, que miraba al cielo con severidad.

Ciertamente, y no tratamos de disimularlo, el fisiólogo observador habría visto allí una miseria irremediable, habría compadecido tal vez a este enfermo del mal causado por la ley, pero no habría tratado siquiera de curarlo; habría apartado la mirada de las cavernas que hubiese llegado a entrever en aquella alma; y como Dante en las puertas del infierno, habría borrado de esta existencia la palabra que el dedo de Dios ha escrito en la frente de todo hombre: *¡Esperanza!*

Este estado de su alma, que hemos tratado de analizar, ¿era tan claro para Jean Valjean como nosotros procuramos presentarlo a los que nos leen? ¿Veía distintamente Jean Valjean, a medida que se formaban, y aun después de su formación, todos los elementos de que se componía su miseria moral? ¿Se había explicado claramente este hombre, rudo e ignorante, la sucesión de ideas por medio de la cual, escalón por escalón, había subido y bajado hasta los lúgubres espacios, que eran,

desde hacía tantos años, el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenía conciencia de todo lo que había pasado en él y de todas las emociones que experimentaba? Esto es lo que nosotros no nos atrevemos a decir; es incluso lo que no creemos. Había demasiada ignorancia en Jean Valjean para que, incluso después de tantas desgracias, no quedase mucha vaguedad en su espíritu. A veces, ni aun sabía exactamente lo que por él pasaba. Jean Valjean estaba en las tinieblas; sufría en las tinieblas; odiaba en las tinieblas; hubiérase podido decir que odiaba todo lo que pudiera tener delante. Vivía habitualmente en esta sombra, tanteando como un ciego y como un soñador. Únicamente, a intervalos, recibía súbitamente, de sí mismo o del exterior, un impulso de cólera, un aumento del sufrimiento, un pálido relámpago que iluminaba totalmente su alma, y presentaba bruscamente a su alrededor, y entre los resplandores de una luz horrible, los negros precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Pero pasaba el relámpago, venía la noche, y ¿dónde estaba él? Ya no lo sabía.

La consecuencia inmediata de las penas de esta naturaleza, en las cuales domina lo implacable, es decir, lo que embrutece, es trasformar poco a poco, con una especie de trasfiguración estúpida, a un hombre en una bestia salvaje. Las tentativas de evasión de Jean Valjean, sucesivas y obstinadas, bastarían para probar esta extraña influencia de la ley penal sobre el alma humana. Jean Valjean habría renovado estas tentativas, tan inútiles y tan temerarias, cuantas veces se hubiese presentado la ocasión, sin pensar por un instante en el resultado, ni en las experiencias adquiridas. Se escapaba impetuosamente, como el lobo que encuentra abierta la jaula. El instinto le decía: ¡escapa! La razón le hubiera dicho:

¡espera! Pero, ante una tentación tan violenta, había desaparecido el razonamiento; no quedaba más que el instinto. Únicamente obraba la bestia. Cuando lo apresaban de nuevo, las nuevas severidades que le infligían no servían más que para aumentar su irritación.

Un detalle que no debemos omitir, es que estaba dotado de una fuerza física, a que no llegaba, ni con mucho, ninguno de sus compañeros de presidio. En el trabajo para tirar de un cable, para girar una cabria, Jean Valjean valía por cuatro hombres. Levantaba y sostenía enormes pesos sobre su espalda y remplazaba, en algunas ocasiones, al instrumento llamado *gato,* que antiguamente se llamaba *orgullo (orgueil),* de donde ha tomado su nombre, dicho sea de paso, la calle de Montorgueil, cerca del mercado de París. Sus compañeros lo habían apellidado *Jean-el-Gato.* Una vez que se estaba reparando el balcón del ayuntamiento de Tolón, una de las admirables cariátides de Puget, que sostienen este balcón, se separó y estuvo a punto de caer. Jean Valjean, que se encontraba allí, sostuvo la cariátides con los hombros y dio tiempo para que llegaran los obreros.

Su agilidad era aún mayor que su vigor. Algunos forzados, fraguadores perpetuos de evasiones, concluyen por hacer de la fuerza y la destreza combinadas, una verdadera ciencia: la ciencia de los músculos. Toda una estática misteriosa se practica cotidianamente entre los prisioneros, estos eternos envidiosos de las moscas y de los pájaros. Subir por una vertical, y encontrar puntos de apoyo donde no había apenas un saliente, era un juego para Jean Valjean. Dado un ángulo de un muro, con la tensión de la espalda y de los jarretes, con los codos y los talones encajados en las asperezas de la piedra, se izaba mágicamente a un tercer piso. Algunas veces, subía de este modo hasta el tejado de la prisión.

Hablaba poco. No reía nunca. Era necesaria una emoción extrema para arrancarle, una o dos veces al año, esa lúgubre risa del forzado, que es como un eco de risa del demonio. Parecía ocupado siempre en mirar continuamente algo terrible.

Estaba siempre absorto, en efecto.

A través de las percepciones defectuosas de una naturaleza incompleta y de una inteligencia oprimida, sentía confusamente que algo monstruoso se cernía sobre él. En esta penumbra oscura y tenebrosa en que se arrastraba, cada vez que volvía la cabeza y trataba de elevar sus miradas veía, con miedo y furor al mismo tiempo, sobreponerse, subir y desaparecer en alturas escarpadas una especie de montón confuso y repugnante de cosas, de leyes y de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos no podía descubrir, cuya masa lo asustaba, y que no era más que esta prodigiosa pirámide que llamamos civilización. Distinguía aquí y allá en esta confusión movediza y deformada, ya a su lado, ya lejos en llanuras inaccesibles, algún grupo, algún detalle vivamente iluminado; aquí el cabo con su vara, aquí el gendarme con su sable, allá el arbozispo con su mitra; en lo más alto, como una especie de sol, el emperador coronado y deslumbrante. Le parecía que estos resplandores lejanos, lejos de disipar su noche la hacían más fúnebre y más negra. Todo esto, leyes, prejuicios, hechos, hombres, cosas, iba y venía por encima de él, según el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime a la civilización, pasando sobre él y aplastándolo con no sé qué de apacible en la crueldad y de inexorable en la indiferencia. Almas caídas al fondo del infortunio posible, desgraciados hombres perdidos en lo más bajo de aquellos limbos adonde nadie dirige una mirada, los reprobados por la ley sienten gravitar sobre su cabeza el peso

de esta sociedad humana, tan formidable para el que está fuera, tan terrible para el que está debajo.

En esta situación, Jean Valjean meditaba y ¿cuál podía ser la naturaleza de su meditación?

Si el grano de mijo colocado bajo la rueda de molino pudiese pensar, pensaría indudablemente lo mismo que Jean Valjean.

Todas estas cosas, realidades llenas de espectros, fantasmagorías llenas de realidades, habían terminado por crear en él un estado interior indescriptible.

Con frecuencia, en medio de su trabajo en la prisión, se detenía. Se ponía a pensar. Su razón, a la vez más madura y más turbada que en otro tiempo, se rebelaba. Todo lo que le había sucedido le parecía absurdo; todo lo que lo rodeaba le parecía imposible. Se decía: es un sueño. Miraba al cómitre, de pie a pocos pasos de él; le parecía un fantasma; de repente, el fantasma le daba un bastonazo.

La naturaleza visible apenas existía para él. Casi sería verdad, decir que no había para Jean Valjean ni sol, ni hermosos días de verano, ni cielo radiante, ni frescas auroras de abril. No sé qué día de lumbrera alumbraba su alma habitualmente.

Para resumir, finalmente, lo que puede ser resumido y traducido en resultados positivos de todo lo que acabamos de indicar, nos limitaremos a constatar que, en diecinueve años, Jean Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el temible presidiario de Tolón, había llegado a ser capaz, gracias a la formación que le había dado el presidio, de dos clases de malas acciones: primeramente, de una mala acción rápida, irreflexiva, llena de aturdimiento, toda instinto, especie de represalia por el daño sufrido; seguramente, de una mala acción grave, seria, debatida en conciencia y meditada con las ideas falsas

que puede dar una desgracia semejante. Sus premeditaciones pasaban por tres fases sucesivas que las naturalezas de un cierto temple pueden recorrer: razonamiento, voluntad, obstinación. Tenía por móviles, la indignación habitual, la amargura del alma, el profundo sentimiento de las iniquidades sufridas, la reacción, incluso contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hay. El punto de partida, como el punto de llegada de todos sus pensamientos, era el odio a la ley humana; este odio que, si no es detenido en su desarrollo por algún incidente providencial, llega a ser, al cabo de cierto tiempo, el odio a la sociedad, luego el odio al género humano, después el odio a la creación, y se traduce por un vago e incesante y brutal deseo de hacer daño no importa a quién, a un ser vivo cualquiera. Como se ve, no era sin razón que el pasaporte especial calificaba a Jean Valjean de «hombre muy peligroso».

De año en año, esta alma se había secado cada vez más, lenta, pero fatalmente. A corazón seco, ojos secos. A su salida del presidio, hacía diecinueve años que no había derramado ni una sola lágrima.

VIII

La ola y la sombra

¡Un hombre al mar!

¡Qué importa! El navío no se detiene por esto. El viento sopla; la sombría nave tiene un camino trazado, que debe recorrer necesariamente. Y pasa.

El hombre desaparece, luego reaparece, se sumerge y sale de nuevo a la superficie, llama, extiende los brazos, no lo oyen; el navío, estremeciéndose bajo el huracán, continúa sus maniobras, los marineros y los pasajeros no ven al hombre sumergido; su miserable cabeza no es más que un punto en la enormidad de las olas.

Lanza gritos desesperados en las profundidades. ¡Qué espectro esta vela que se aleja! La mira, la contempla frenéticamente. Pero la vela se aleja, decrece, desaparece. Allí estaba él hacía un momento, formaba parte de la tripulación, iba y venía sobre el puente con los demás, tenía su parte de respiración y de sol, era un ser vivo. Ahora, ¿qué ha sucedido? Resbaló; cayó. Todo ha terminado.

Se encuentra sumergido en la monstruosidad de las aguas. Bajo sus pies no hay más que olas que huyen y se desploman. Las olas rotas y rasgadas por el viento, lo rodean espantosamente; los vaivenes del abismo lo arrastran; los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza; una turba de olas escupe sobre él; confusas cavernas amenazan devorarlo; cada vez que se hunde entrevé precipicios llenos de oscuridad; terribles vegetaciones desconocidas lo sujetan, le atan los pies; lo atraen; siente que se convierte en abismo, que forma parte de la espuma, que las olas se lo lanzan de una a otra; bebe toda su amargura; el océano traidor se encarniza con él para ahogarlo; la inmensidad juega con su agonía. Parece que toda el agua se haya convertido en odio.

Pero lucha, sin embargo; trata de defenderse, trata de sostenerse, hace esfuerzos, nada. Él, esta pobre fuerza agotada ya, que combate contra lo inagotable.

¿Dónde está el navío? Allá, a lo lejos. Apenas visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas soplan; las espumas lo cubren. Levanta la mirada, y no ve más que la lividez de las nubes. Asiste, agonizando, a la inmensa demencia del mar. La locura de las olas es su suplicio. Oye ruidos extraños al hombre, que parecen venir de más allá de la tierra; de un lugar desconocido y horrible.

Hay pájaros en las nubes, lo mismo que hay ángeles por encima de las miserias humanas; pero, ¿qué pueden hacer por él? Ellos vuelan, cantan y se ciernen en los aires, y él agoniza.

Se siente sepultado a la vez entre los infinitos, el océano y el cielo; uno en su tumba, el otro en su mortaja.

La noche desciende; hace ya horas que nada; sus fuerzas se agotan; aquel navío, aquella cosa lejana donde había hombres, ha desaparecido. Se encuentra solo

en el formidable antro crespuscular, se sumerge, se estira, se retuerce, siente debajo de sí los vagos monstruos de lo invisible; grita.

Ya no hay hombres. ¿Dónde está Dios?

¡Llama! ¡Alguien! ¡Alguien! Llama sin cesar.

Nada en el horizonte. Nada en el cielo.

Implora al espacio, a la ola, a las algas, al escollo; todo ensordece. Suplica a la tempestad, la tempestad, imperturbable, no obedece más que al infinito.

A su alrededor, la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso e inconciente, el repliegue indefinido de las aguas feroces. Dentro de sí, el horror y la fatiga. Debajo de él, el abismo sin un punto de apoyo. Sueña en las aventuras tenebrosas del cadáver en medio de la sombra ilimitada. El frío sin fondo lo paraliza. Sus manos se crispan, se cierran y apresan la nada. Vientos, nubarrones, torbellinos, estrellas inútiles. ¿Qué hacer? El desesperado se abandona; quien está cansado, toma el partido de morir, se deja llevar, se entrega a su suerte, y rueda para siempre en las lúgubres profundidades del abismo.

¡Oh, destino implacable de las sociedades humanas! ¡Pérdidas de hombres y de almas en vuestro camino! ¡Océano en el que cae todo lo que la ley deja caer! ¡Desaparición siniestra del socorro! ¡Oh, muerte moral!

El mar es la inexorable noche social donde la penalidad arroja a sus condenados. El mar es la miseria inmensa.

El alma, naufragando en este abismo, puede convertirse en un cadáver. ¿Quién la resucitará?

IX

Nuevos agravios

Cuando llegó la hora de la salida del presidio, cuando Jean Valjean oyó resonar en sus oídos estas palabras èxtrañas: «¡Eres libre!», el momento fue inverosímil e inaudito; un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los vivos, penetró súbitamente en él. Pero aquel rayo no tardó en palidecer. Jean Valjean se había deslumbrado con la idea de la libertad. Había creído en una vida nueva. Vio enseguida lo que era una libertad con pasaporte amarillo.

Alrededor de esto, ¡cuántas amarguras lo esperaban! Había calculado que su masita, durante su estancia en presidio, se habría elevado a ciento sesenta y un francos. Pero justo es añadir que había olvidado, en sus cálculos, el reposo forzado de los domingos y días de fiesta que, en diecinueve años, hacían una disminución de veinticuatro francos, aproximadamente. Además, esta masita había sido reducida, por diversas retenciones locales, a la suma de ciento nueve francos y quince sueldos, que le habían sido entregados a la salida.

Pero él no comprendía esto, y se creía perjudicado. Digamos la palabra, robado.

Al día siguiente de su libertad, en Grasse, vio, delante de la puerta de una destilería de flores de naranjo, algunos hombres que descargaban unos fardos. Ofreció sus servicios. El trabajo apremiaba y fue aceptado. Puso manos a la obra. Era inteligente, robusto y ágil; trabajaba perfectamente; el amo parecía estar contento. Mientras trabajaba, pasó un gendarme, lo observó y le pidió sus papeles. Fue preciso mostrar el pasaporte amarillo. Hecho esto, Jean Valjean continuó su trabajo. Un poco antes, había preguntado a un compañero cuánto ganaba diariamente en aquel trabajo; le habían respondido: «treinta sueldos». Llegó la tarde y, como debía partir al día siguiente, se presentó al dueño de la destilería y le rogó que le pagase. El dueño no profirió palabra y le entregó veinticinco sueldos. Reclamó y le respondieron: «Bastante es esto para ti.» Insistió. El amo lo miró fijamente, y le dijo: «¡Cuidado con la cantera!» [1].

También allí se creyó robado.

La sociedad, el estado, disminuyéndole su masita, le había robado en grande. Ahora le tocaba al individuo, que lo robara en pequeño.

La liberación, no es la libertad. Se sale de la cárcel, pero no de la condena.

Esto era lo que le había sucedido en Grasse.

Ya hemos visto de qué modo lo acogieron en Digne.

[1] La prisión. (N. del A.)

X

El hombre desvelado

Daban, pues, las dos, en el reloj de la catedral, cuando Jean Valjean se despertó.

Lo que lo despertó fue que el lecho era demasiado bueno. Iban a cumplirse veinte años en que no se había acostado en una cama y, aunque no se hubiese desnudado, la sensación era demasiado nueva para no turbar su sueño.

Había dormido más de cuatro horas. Su fatiga había desaparecido. Estaba acostumbrado a no dedicar muchas horas al reposo.

Abrió los ojos, y miró un momento en la oscuridad a su alrededor; luego, volvió a cerrarlos para dormirse de nuevo.

Cuando durante la jornada muchas situaciones diversas han agitado el ánimo, cuando muchas cosas preocupan el espíritu, el hombre se duerme; pero, una vez despierto, no vuelve a dormirse. El sueño viene con más facilidad que vuelve. Esto es lo que le sucedió a Jean Valjean. No pudo volver a dormirse y se puso a pensar.

Se encontraba en uno de estos momentos en que todas las ideas que tiene el espíritu quedan turbadas. Tenía una especie de oscuro vaivén en el cerebro. Sus recuerdos anteriores y sus recuerdos inmediatos flotaban revueltos en su cabeza y se cruzaban confusamente, perdiendo sus formas, creciéndose desmesuradamente, luego desapareciendo de repente como en un agua fangosa y agitada. Muchos pensamientos lo acosaban, pero había uno que lo perseguía continuamente y expulsaba a los demás. Vamos a manifestar enseguida este pensamiento: «Había reparado en los seis cubiertos de plata y el cucharón que la señora Magloire había colocado en la mesa.»

Estos seis cubiertos de plata lo perseguían, lo obsesionaban. Estaban allí. A pocos pasos. En el instante en que había atravesado la habitación de al lado, para llegar a la suya, la anciana sirvienta los estaba colocando en un cajoncito, a la cabecera de la cama. Se había fijado muy bien en aquel cajoncito. A la derecha, entrando por el comedor. Eran macizos. Y de plata antigua. Junto con el cucharón, valdrían lo menos doscientos francos. El doble de lo que había ganado en diecinueve años. Verdad es que hubiera ganado más, si la «administración», no le hubiese «robado».

Su espíritu osciló, durante una hora entera, en fluctuaciones en las que había alguna lucha. Dieron las tres. Abrió los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, extendió el brazo, y buscó a tientas el morral que había dejado en un rincón de la alcoba; luego, dejó caer sus piernas, puso los pies en el suelo, y casi sin saber cómo, se encontró sentado en la cama.

Quedó durante algún tiempo pensativo en aquella actitud, que hubiera parecido siniestra a todo el que lo hubiera observado así en aquella oscuridad, único despierto en la casa dormida. De repente se quitó los zapa-

tos y los dejó suavemente en la estera, cerca de la cama; luego, recobró su postura de meditación y quedóse inmóvil.

En medio de aquella horrible meditación, las ideas que hemos dicho asaltaban sin descanso su cerebro, entraban, salían, volvían a entrar formando una especie de peso sobre él; y, luego, pensaba también, sin saber por qué y con esta obstinación maquinal propia del delirio, en un forzado llamado Brevet, al que había conocido en el presidio, y cuyo pantalón estaba sujeto solamente por un tirante de algodón hecho a punto de aguja. El dibujo a cuadros de aquel tirante se le presentaba sin cesar en la mente.

Seguía en esta situación, y hubiese permanecido en ella hasta la llegada del día, si el reloj no hubiese dado una campanada —el cuarto o la media—. Pareció que aquella campanada le hubiera dicho: ¡Vamos!

Se puso en pie, dudó aún un momento y escuchó; todo estaba en silencio en la casa; entonces, se dirigió a cortos pasos y directamente hacia la ventana, guiado por la luz que penetraba por entre las rendijas. La noche no era muy oscura; había luna llena, sobre la cual pasaban gruesas nubes impulsadas por el viento. Aquello producía, en el exterior, alternativas de luz y de sombra, eclipses, luego claridades, y, por, dentro, una especie de crepúsculo. Aquel crepúsculo, suficiente para servir de guía, intermitente a causa de las nubes, se asemejaba a los tintes lívidos que penetran por el respiradero de una nueva cueva, sobre el cual van y vienen los transeúntes. Cuando llegó a la ventana, Jean Valjean la examinó. No tenía reja, daba al jardín y no estaba cerrada, según la costumbre del país, más que con un pestillo. La abrió, pero el aire frío y penetrante que entró bruscamente en la alcoba, lo obligó a cerrarla inmediatamente. Miró al jardín, con esa mirada

atenta que estudia más que mira. El jardín estaba cercado con una pared blanca bastante baja, fácil de escalar. Al fondo, más allá, distinguió las copas de unos árboles, igualmente espaciados, lo que indicaba que aquel muro separaba el jardín de alguna avenida, o de una callejuela arbolada.

Después de haber echado esta mirada, y con el ademán de un hombre resuelto, volvió cerca de la cama, tomó su morral, lo abrió, lo registró, sacó de él algo que dejó sobre el lecho, puso sus zapatos en uno de sus bolsillos, cerró el saco y se lo echó a la espalda; se cubrió con la gorra, bajando la visera hasta los ojos, buscó a tientas su palo y fue a dejarlo en el ángulo de la ventana; después, volvió a la cama y cogió resueltamente el objeto que había dejado allí. Parecía una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo en una de sus extremidades.

En las tinieblas, hubiera resultado difícil distinguir para qué servía aquel pedazo de hierro. ¿Era quizá una palanca? ¿Era una maza?

Visto a la luz, hubiera podido distinguirse que no era más que una punterola de mina. Los presidiarios la empleaban algunas veces para extraer piedras de las colinas que rodean Tolón, y no es, por lo tanto, extraño que tuvieran a su disposición útiles de minería. Las punterolas de los mineros son de hierro macizo, terminadas en su extremo inferior por una punta, por medio de la cual se las hunde en la roca.

Tomó la punterola en la mano derecha y, conteniendo el aliento y andando en silencio, se dirigió hacia la puerta de la habitación contigua, en la que se hallaba el obispo, como ya sabemos. Al llegar a esta puerta, la encontró entornada. El obispo no la había cerrado.

XI

Lo que hace

Jean Valjean escuchó. No se oía ruido alguno.

Empujó la puerta.

La empujó con un solo dedo, ligeramente, con la suavidad furtiva e inquieta de un gato que quiere entrar.

La puerta cedió bajo la presión e hizo un movimiento imperceptible y silencioso que ensanchó un poco la abertura.

Esperó un momento, luego empujó la puerta por segunda vez, con mayor atrevimiento.

La puerta cedió en silencio. La abertura era suficientemente grande, ahora, como para permitirle pasar. Pero había cerca de la puerta una mesita que formaba con ella un ángulo, impidiendo la entrada.

Jean Valjean reconoció la dificultad. Era absolutamente preciso ensanchar la abertura.

Se decidió y la empujó por tercera vez, con más energía que las anteriores. Esta vez un gozne mal untado de aceite, dejó oír de repente en aquella oscuridad, un crujido ronco y prolongado.

Jean Valjean se estremeció. El ruido de aquel gozne resonó en sus oídos como un eco formidable y vibrante, como el clarín del juicio final.

En el terror fantástico del primer momento, casi se figuró que aquel gozne se animaba y recibía una vida terrible, y que ladraba como un perro para advertir a todo el mundo y despertar a los que dormían.

Se detuvo, temblando, azorado, y cayó, por así decirlo, desde la punta del pie hasta el talón. Oía latir sus arterias en sus sienes, como dos martillos de fragua, y le pareció que el aliento salía de su pecho con el ruido del viento que sale de una caverna. Le parecía imposible que el horrible clamor de aquel gozne irritado no hubiera estremecido a la casa entera, como la sacudida de un temblor de tierra; la puerta, empujada por él, había dado la voz de alarma, y había llamado; el anciano iba a levantarse, las dos mujeres gritarían, recibirían auxilio y, antes de un cuarto de hora, el pueblo entero estaría en movimiento y la gendarmería en pie. Por un momento, se creyó perdido.

Permaneció inmóvil donde estaba, petrificado como la estatua de sal, sin atreverse a hacer movimiento alguno.

Trascurrieron algunos minutos. La puerta se había abierto de par en par. Se aventuró a mirar la habitación. Nada se había movido. Aguzó el oído. Nada se movía en la casa. El ruido del gozne mohoso no había despertado a nadie.

Aquel primer peligro había pasado, pero Jean Valjean, se hallaba sobrecogido. Sin embargo, no retrocedió. Incluso cuando se creyó perdido, tampoco retrocedió. Sólo pensó en acabar cuanto antes. Dio un paso y entró en la habitación.

Aquella habitación se hallaba sumida en una calma absoluta. Aquí y allá, distinguíanse formas confusas y

vagas que, a la luz, eran papeles esparcidos sobre una mesa, libros abiertos, volúmenes apilados sobre un taburete, un sillón con ropas, un reclinatorio; pero que, a aquella hora, no eran más que rincones tenebrosos y espacios blanquecinos. Jean Valjean avanzó con precaución, evitando tropezar con los muebles. Al fondo de la habitación oía la respiración pausada y tranquila del obispo dormido.

Se detuvo de repente. Estaba cerca de la cama. Había llegado antes de lo que suponía.

La naturaleza mezcla algunas veces sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones, con una especie de propósito sombrío e inteligente, como si quisiera hacernos reflexionar. Desde hacía cerca de media hora, una gran nube cubría el cielo. En el momento en que Jean Valjean se detuvo frente a la cama, la nube se abrió, como si hubiera estado esperando aquel instante, y un rayo de luna, atravesando la larga ventana, fue a iluminar súbitamente el rostro pálido del obispo. Dormía apaciblemente. Estaba medio vestido, a causa de las noches frías en los Bajos Alpes, con un traje de lana oscura que le cubría los brazos hasta las muñecas. Su cabeza estaba vuelta sobre la almohada, en la abandonada actitud del reposo; dejaba colgar, fuera del lecho, su mano adornada con el anillo pastoral, y de la que habían brotado tantas buenas obras y santas acciones. Todo su rostro estaba iluminado con una vaga expresión de satisfacción, de esperanza, de beatitud. Era más que una sonrisa y casi un resplandor. Sobre su frente tenía la inexpresable reverberación de una luz que no se veía. El alma de los justos durante el sueño, contempla un cielo misterioso.

Un reflejo del cielo se extendía sobre el rostro del obispo.

Era, al mismo tiempo, una trasparencia luminosa, pues este cielo estaba en su interior. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino a sobreponerse, por decirlo así, a esta claridad interior, el obispo dormido apareció como en una gloria; pero quedó, no obstante, velado por una inefable media luz. Aquella luna en el cielo, aquella naturaleza adormecida, aquel jardín sin un estremecimiento, aquella casa tan tranquila, la hora, el momento, el silencio, añadían un no sé qué de solemne e indecible al venerable reposo de aquel santo, y rodeaban con una especie de aureola majestuosa y serena los cabellos blancos y los ojos cerrados, este rostro donde todo era esperanza y donde todo era confianza, esta cabeza de anciano y este sueño de niño.

Había casi divinidad en aquel hombre tán augusto sin él saberlo.

Jean Valjean estaba en la sombra, con su punterola de hierro en la mano, en pie, inmóvil, azorado ante aquel anciano resplandeciente. Jamás había visto nada semejante. Esta confianza lo asustaba. El mundo moral, no puede presentar espectáculo más grande: una conciencia turbada e inquieta, próxima a cometer una mala acción, y contemplando el sueño de un justo.

Este sueño, en aquel aislamiento, y con un vecino como él, tenía algo de sublime, que él sentía vaga, pero imperiosamente.

Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento por aquel hombre; ni aun él mismo lo sabía. Para tratar de expresarlo, es preciso combinar mentalmente lo más violento con lo más suave. En su mismo rostro, no era posible distinguir nada con certeza. Era una especie de asombro esquivo. Contemplaba aquella escena. Esto era todo. ¿Pero, cuál era su pensamiento?

Hubiera sido imposible adivinarlo. Lo que era evidente, es que estaba conmovido y trastornado. ¿Pero de qué naturaleza era esta emoción?

Su mirada no se apartaba del anciano. La única cosa que se desprendía claramente de su actitud y de su fisonomía, era una extraña indecisión. Hubiérase dicho que dudaba entre los dos abismos, aquel en que estaba la perdición, y aquel otro en que estaba la salvación. Parecía dispuesto a romper aquel cráneo o a besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes, su brazo izquierdo se levantó hacia su frente y se sacó la gorra; luego, su brazo cayó con la misma lentitud y Jean Valjean volvió a su contemplación, con la gorra en su mano izquierda, la barra en la derecha, y sus cabellos erizados sobre su tenebrosa frente.

El obispo continuaba durmiendo en una paz profunda, bajo aquella temible mirada.

Un reflejo de luna hacía visible, confusamente, encima de la chimenea, el crucifijo que parecía abrir los brazos a ambos, con una bendición para uno y un perdón para otro.

De repente, Jean Valjean volvió a ponerse la gorra, pasó rápidamente a lo largo de la cama, sin mirar al obispo, dirigiéndose directamente al cajón que estaba cerca de la cabecera; levantó la punterola de hierro, como para forzar la cerradura; la llave estaba allí; lo abrió; lo primero que apareció bajo sus ojos fue el cesto de la plata; lo cogió, atravesó la habitación a grandes pasos, sin precaución y sin ocuparse del ruido, llegó a la puerta, volvió a entrar en el oratorio, abrió la ventana, cogió el bastón, saltó, guardó la plata en su morral, arrojó el cesto, franqueó el jardín, saltó por encima del muro como un tigre, y huyó.

XII

El obispo trabaja

Al día siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenu se paseaba por su jardín. La señora Magloire acudió a su lado trastornada.

—¡Monseñor, monseñor! —exclamó—. ¿Sabe vuestra grandeza dónde está el cesto de la plata?

—Sí —contestó el obispo.

—¡Bendito sea Dios! —dijo ella— No sabía dónde estaba.

El obispo acababa de recoger el cesto en uno de los parterres. Lo mostró a la señora Magloire.

—Aquí está.

—Sí —dijo ella—, ¡pero vacío! ¿Y la plata?

—¡Ah! —dijo el obispo— ¿Es la plata lo que buscáis? No sé dónde está.

—¡Gran Dios! ¡La han robado! El hombre de anoche la ha robado.

En un abrir y cerrar de ojos, con toda la viveza que podía, la señora Magloire corrió al oratorio, entró en la

alcoba y volvió al lado del obispo. Éste se había inclinado y examinaba, suspirando, una planta de coclearia de Guillons, que el cesto había roto al ser arrojado al parterre. Un grito de la señora Magloire lo hizo levantarse.

—¡Monseñor, el hombre ha huido! ¡Ha robado la plata!

Al hacer esta exclamación, sus miradas se fijaron en un ángulo del jardín, en el que se veían huellas del escalamiento. El tejadillo de la pared estaba roto.

—¡Mirad! Por ahí se ha ido. Ha salido a la calle Cochefilet. ¡Ah, qué abominación! ¡Nos ha robado nuestra plata!

El obispo permaneció un instante silencioso y, luego, levantó la vista y dijo a la señora Magloire con dulzura:

—¿Es que era nuestra, esta plata?

La señora Magloire se quedó suspensa. Hubo un silencio y, luego, el obispo continuó:

—Señora Magloire, yo retenía injustamente esta plata, desde hacía mucho tiempo. Pertenecía a los pobres. ¿Quién es este hombre? Un pobre, evidentemente.

—¡Ay, Jesús! —exclamó la señora Magloire—. No lo digo por mí ni por la señorita. Nos es lo mismo. Lo digo por monseñor. ¿Con qué va a comer, ahora, monseñor?

El obispo la miró con asombro.

—¿Pues no hay cubiertos de estaño?

La señora Magloire se encogió de hombros.

—El estaño huele mal.

—De hierro, entonces.

—El hierro sabe mal —dijo la señora Magloire, con un gesto expresivo.

—Pues bien —dijo el obispo—, cubiertos de madera.

Algunos instantes más tarde, almorzaba en la misma mesa en la que Jean Valjean se había sentado la noche

anterior. Mientras almorzaba, monseñor Bienvenu hacía notar alegremente a su hermana, que permanecía callada, y a la señora Magloire, que murmuraba sordamente, que no había necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque fuesen de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

—¡También es idea! —monologaba la señora Magloire, yendo y viniendo—. ¡Recibir a un hombre así y darle cama a su lado! ¡Aún estamos de enhorabuena, que no haya hecho más que robar! ¡Ah, Dios mío! ¡Tiemblo cuando lo pienso!

Cuando el hermano y la hermana iban a levantarse de la mesa, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el obispo.

La puerta se abrió. Un grupo extraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres traían a otro sujeto por el cuello. Los tres hombres eran gendarmes; el otro era Jean Valjean.

Un cabo de gendarmes, que parecía dirigir el grupo, se hallaba también cerca de la puerta. Entró y se dirigió al obispo, haciendo el saludo militar.

—Monseñor. . . —dijo.

Al oír esta palabra, Jean Valjean, que estaba silencioso y parecía abatido, levantó estupefacto la cabeza.

—¡Monseñor! —murmuró—. ¿No es el párroco. . .?

—¡Silencio! —ordenó un gendarme—. Es monseñor el obispo.

Mientras tanto, monseñor Bienvenu se había aproximado tan precipitadamente como su avanzada edad se lo permitía.

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó, mirando a Jean Valjean—. Me alegro de veros. Os había dado también los candelabros, que son de plata como los demás, y os po-

drían muy bien valer doscientos francos. ¿Por qué no os lo habéis llevado con los cubiertos?

Jean Valjean abrió los ojos y miró al venerable obispo, con una expresión que no podría describir ninguna lengua humana.

—Monseñor —dijo el cabo de gendarmes—, ¿era, pues, verdad lo que este hombre decía? Lo hemos encontrado, como si fuese huyendo, y lo hemos detenido hasta ver. Tenía estos cubiertos.

—¿Y os ha dicho —interrumpió, sonriendo, el obispo—, que se los había dado un buen hombre, un sacerdote anciano, en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y lo habéis traído aquí. Eso no está bien.

—Así, pues —continuó el cabo—, ¿podemos dejarlo libre?

—Sin duda —respondió el obispo.

Los gendarmes soltaron a Jean Valjean, que retrocedió.

—¿Es verdad que me dejáis libre? —inquirió con voz casi inarticulada, como si hablara en sueños.

—Sí, te soltamos, ¿no lo oyes? —dijo un gendarme.

—Amigo mío —continuó el obispo—, antes de marcharos, tomad vuestros candelabros. Llevadlos.

Se dirigió hacia la chimenea, tomó los dos candelabros de plata y los entregó a Jean Valjean. Las dos mujeres lo miraban sin decir palabra, sin hacer un gesto, sin dirigir una mirada que pudiera distraer al obispo.

Jean Valjean, temblando de pies a cabeza, tomó los dos candelabros maquinalmente, con aire distraído.

—Ahora —dijo el obispo—, id en paz. A propósito, cuando volváis, amigo mío, es inútil que paséis por el jardín. Podéis entrar y salir siempre por la puerta de la calle. Está cerrada con un picaporte, noche y día.

Luego, volviéndose hacia los gendarmes, les dijo:

—Señores, podéis retiraros.

Los gendarmes se alejaron.

Jean Valjean estaba como un hombre que va a desmayarse.

El obispo se aproximó a él y le dijo, en voz baja:

—No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado.

Jean Valjean, que no recordaba haber prometido nada, quedó suspenso. El obispo había subrayado estas palabras al pronunciarlas.

Continuó el obispo, con cierta solemnidad:

—Jean Valjean, hermano mío, ya no pertenecéis al mal sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios.

XIII

Petit-Gervais

Jean Valjean salió de la ciudad como huido. Se puso a andar precipitadamente por los campos, tomando los caminos y los senderos que se le presentaban, sin darse cuenta de que a cada instante volvía sobre sus pasos. Erró así durante toda la mañana, sin haber comido nada y sin tener hambre. Una multitud de nuevas sensaciones lo oprimían. Sentía una especie de cólera; no sabía contra quién. No hubiera podido decir si se sentía conmovido o humillado. Sentía por momentos un estremecimiento extraño, y lo combatía, oponiéndole el endurecimiento de sus veinte años. Esta situación lo fatigaba. Veía, con inquietud, que se debilitaba en su interior la horrible calma que la injusticia de su desgracia le había dado. En algún instante, hubiera preferido estar en la prisión con los gendarmes, y que las cosas no hubieran ocurrido de aquel modo; no tendría tanta intranquilidad. Aunque la estación estuviese bastante avanzada, había aún en las enramadas algunas flores tardías, cuyo olor, que percibía en su camino, le traía a la memoria recuerdos de su in-

fancia. Estos recuerdos le eran insoportables, tanto tiempo hacía que no lo habían impresionado.

Multitud de pensamientos inexpresables lo persiguieron durante todo el día.

Cuando el sol declinaba ya hacia el horizonte, alargando en el suelo la sombra de la menor piedrecilla, Jean Valjean se sentó detrás de un matorral, en una gran llanura rojiza, absolutamente desierta. En el horizonte, sólo se descubrían los Alpes. Ni siquiera el campanario de algún pueblecito lejano. Jean Valjean estaría a unas tres leguas de Digne. Un sendero, que cortaba la llanura, pasaba a algunos pasos del matorral.

En medio de esta meditación, que no hubiera contribuido poco a hacer más temerosos sus harapos para todo aquel que lo hubiese encontrado, oyó un alegre ruido.

Volvió la cabeza y vio venir por el sendero a un pequeño saboyano, de unos diez años, que venía cantando, con su gaita al lado y una caja con una marmota a la espalda; uno de estos niños dulces y alegres, que van de país en país, enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Mientras cantaba, el muchacho interrumpía de vez en cuando su marcha y jugaba a la taba con algunas monedas que llevaba en la mano, probablemente toda su fortuna. Entre aquellas monedas había una pieza de cuarenta sueldos.

El niño se detuvo al lado del matorral, sin ver a Jean Valjean, y tiró a lo alto las monedas que hasta entonces había cogido con bastante habilidad en el dorso de la mano.

Esta vez, la moneda de cuarenta sueldos se le escapó y fue rodando por la yerba, hasta donde estaba Jean Valjean.

Éste puso el pie encima.

Pero el niño había seguido la moneda con la vista y lo había observado.

No se sorprendió y fue derecho hacia el hombre.

Era un lugar completamente solitario. En todo lo que la mirada podía abarcar, no había nadie en la llanura ni en el sendero. No se oían más que las débiles piadas de una nube de pájaros que cruzaba el cielo a gran altura. El niño volvía la espalda al sol, que ponía hebras de oro en sus cabellos, y que teñía con una claridad sangrienta el rostro salvaje de Jean Valjean.

—Señor —dijo el pequeño saboyano, con esta confianza de la infancia, que se compone de ignorancia y de inocencia—, ¡mi moneda!

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jean Valjean.

—Petit-Gervais, señor.

—Márchate —dijo Jean Valjean.

—Señor —insistió el niño—, devolvedme mi moneda.

Jean Valjean bajó la cabeza y no respondió.

El niño volvió a decir:

—¡Mi moneda, señor!

La mirada de Jean Valjean permaneció fija en el suelo.

—¡Mi moneda! —gritó el niño—. ¡Mi moneda de plata! ¡Mi dinero!

Parecía que Jean Valjean no oyera nada. El niño lo cogió del cuello de la blusa y lo sacudió. Al mismo tiempo, hacía esfuerzos para apartar el grueso zapato claveteado, colocado sobre su tesoro.

—¡Quiero mi moneda! ¡Mi moneda de cuarenta sueldos!

El niño lloraba. La cabeza de Jean Valjean se alzó. Seguía sentado. Sus ojos estaban turbios. Miró al niño

con asombro y, luego, extendió la mano hacia su bastón, gritando con una voz terrible:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, señor —repuso el niño—. ¡Yo! ¡Petit-Gervais! ¡Yo! ¡Devolvedme mis cuarenta sueldos, por favor! ¡Alzad el pie!

Después, irritado ya, y casi en tono amenazador, a pesar de su niñez, gritó:

—¿Pero vais a quitar el pie? ¡Vamos, levantad el pie!

—¡Ah! ¿Con que estás ahí todavía? —dijo Jean Valjean. Y, poniéndose bruscamente en pie, sin descubrir por ello la moneda, añadió—: ¿Quieres largarte?

El niño lo miró aterrorizado; tembló de pies a cabeza, y, después de algunos segundos de estupor, echó a correr con todas sus fuerzas, sin atreverse a volver la cabeza ni lanzar un grito.

No obstante, a alguna distancia, la fatiga lo obligó a detenerse, y Jean Valjean, en medio de su meditación, lo oyó sollozar.

Al cabo de unos instantes, el niño había desaparecido.

El sol se había puesto ya.

Las sombras crecían alrededor de Jean Valjean. No había comido nada en todo el día; es probable que tuviera fiebre.

Se había quedado de pie y no había cambiado de actitud, desde que el niño había huido. Su respiración levantaba su pecho a intervalos largos y regulares. Su mirada, clavada a diez o doce pasos delante de él, parecía examinar con profunda atención un pedazo de loza azul, caído en la yerba. De repente, se estremeció; sintió ya el frío de la noche.

Se caló la gorra hasta la frente, trató maquinalmente de abotonar su blusa, dio un paso, y se agachó para recoger del suelo su bastón.

En este momento, descubrió la moneda de cuarenta sueldos que su pie había hundido a medias en la tierra, y que brillaba entre los guijarros.

Sintió una conmoción galvánica. «¿Qué es esto?», se dijo entre dientes. Retrocedió tres pasos; luego, se detuvo sin poder apartar su mirada de aquel punto que su pie había pisoteado un momento antes, como si aquello que brillaba allí, en la oscuridad, hubiera sido un ojo abierto fijo sobre él.

Al cabo de unos minutos, se lanzó convulsivamente sobre la moneda de plata, la cogió y, levantándose se puso a mirar a lo lejos, sobre la llanura, dirigiendo sus ojos a todo el horizonte, en pie y temblando como una bestia feroz asustada, que busca un asilo.

No vio nada. La noche cerraba, la llanura estaba fría, e iba formándose una bruma violada en la claridad crepuscular.

Dijo: ¡Ah!, y se puso a andar rápidamente en una dirección determinada, hacia el lugar por donde el niño había desaparecido. Al cabo de un centenar de pasos se detuvo, miró y no vio nada.

Entonces gritó con todas sus fuerzas:

—¡Gervais! ¡Petit-Gervais!

Se calló y esperó.

Nada respondió.

El campo estaba desierto y triste. Estaba rodeado de espacio. A su alrededor, no había más que una sombra en la que se perdía su mirada, y un silencio en el que se perdía su voz.

Soplaba un viento glacial que daba a los objetos una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudían sus ramas descarnadas con una furia increíble. Hubiérase dicho que amenazaban y perseguían a alguien.

Volvió a andar y luego se puso a correr; de vez en cuando se detenía y gritaba en aquella soledad, con una voz formidable y desolada:

—¡Gervais! ¡Petit-Gervais!

Si el muchacho hubiera oído estas voces, habría tenido miedo y se habría guardado bien de mostrarse. Pero, sin duda estaba ya muy lejos.

Encontró a un sacerdote que iba a caballo. Se acercó a él y le preguntó:

—Señor cura, ¿habéis visto pasar a un niño?

—No —respondió el sacerdote.

—¡Un niño llamado Petit-Gervais!

—No he visto a nadie.

Sacó dos piezas de cinco francos de su morral, y las entregó al sacerdote.

—Señor cura, tomad, para vuestros pobres. Señor cura, es un niño de unos diez años, con una marmota, creo, y una gaita. Iba caminando. Es uno de estos saboyanos, ya sabéis...

—No lo he visto.

—¡Gervais! ¿No hay ningún pueblo por aquí? ¿Podríais decirme?

—Si es como decís, debe ser un niño forastero, de estos que pasan y nadie los conoce.

Jean Valjean tomó violentamente otras dos monedas de cinco francos, que entregó al sacerdote.

—Para vuestros pobres —dijo.

Luego, añadió, con azoramiento.

—Señor cura, mandad que me prendan, soy un ladrón.

El sacerdote picó espuelas y huyó atemorizado.

Jean Valjean echó a correr en la misma dirección que había tomado primeramente.

Siguió así un camino, al azar, mirando, llamando, gritando, pero no volvió a encontrar a nadie. En dos o tres ocasiones, corrió por la llanura hacia algo que le hizo el efecto de un ser echado o acurrucado; no eran más que arbustos o rocas a flor de tierra. Finalmente, en un lugar en donde se cruzaban tres senderos, se detuvo. La luna había salido. Paseó su mirada a lo lejos, y gritó por última vez:

—¡Gervais! ¡Gervais! ¡Petit-Gervais!

Su grito se extinguió en la bruma, sin despertar ni un eco siquiera. Murmuró aún: «¡Petit-Gervais!», pero con voz débil y casi inarticulada. Fue aquel su último esfuerzo; sus piernas se doblaron bruscamente, como si un poder invisible lo oprimiese, de repente, con el peso de su mala conciencia; cayó desfallecido sobre una piedra, con las manos en la cabeza y la cara entre las rodillas, y gritó: «¡Soy un miserable!»

Su corazón estalló, y rompió a llorar. Era la primera vez que lloraba, después de diecinueve años.

Cuando Jean Valjean salió de casa del obispo, ya se ha visto, estaba ausente de todo lo que había sido su pensamiento hasta entonces. No podía darse cuenta de lo que pasaba por él. Quería resistir a la acción angélica, a las dulces palabras del anciano. «Me habéis prometido convertiros en un hombre honesto. Yo compro vuestra alma. Yo la libero del espíritu de perversidad, y la consagro a Dios.» Estas frases se presentaban en su memoria sin cesar. A esta indulgencia celeste, oponía el orgullo que, en nosotros, es como la fortaleza del mal. Sentía indistintamente que el perdón de aquel sacerdote era el mayor asalto y el ataque más formidable que hasta entonces lo hubiera sacudido; que su endurecimiento sería definitivo, si podía resistir a esta clemencia; que si cedía, sería preciso renunciar a este odio del cual las acciones

de los demás hombres habían llenado su alma durante tantos años, y en el que hallaba un placer; que esta vez era preciso vencer o ser vencido, y que la lucha, una lucha colosal y decisiva, se había entablado entre su maldad y la bondad de aquel hombre.

En presencia de todas estas meditaciones, caminaba como un hombre ebrio. Pero, mientras caminaba así, con los ojos extraviados, ¿tenía una clara percepción de lo que podría resultar de su aventura en Digne? ¿Oía todos los zumbidos misteriosos que advierten o importunan al espíritu, en ciertos momentos de la vida? ¿Le decía una voz al oído que acababa de atravesar la hora solemne de su destino, ya que no había término medio para él, que si desde entonces no era el mejor de los hombres sería el peor de ellos, que era preciso, por así decirlo, que ahora se elevara a mayor altura que el obispo o descendiese más abajo que el presidiario, que si quería ser bueno era preciso que se convirtiera en ángel, que si quería ser malo era preciso convertirse en un monstruo?

Y aquí debemos volver a hacernos las preguntas que ya nos hicimos en otra ocasión. ¿Tenía en su inteligencia alguna sombra confusa de lo que pasaba por ella? Ciertamente, la desgracia, ya lo hemos dicho, hace la educación de la inteligencia; sin embargo, es dudoso que Jean Valjean se hallara en estado de comprender todo lo que vamos explicando. Si se le ocurrían estas ideas, las vislumbraba, más bien que percibirlas claramente, y sólo servían para causarle una turbación insoportable y casi dolorosa. Al salir de aquella cosa informe y negra, que se llama el presidio, el obispo le había hecho daño en el alma, del mismo modo que una viva claridad le hubiera hecho daño en los ojos al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible que en adelante se le ofrecía, pura y radiante, lo llenaba de temblores y de ansiedad. Ver-

daderamente, no sabía qué era de sí mismo. Como un mochuelo que viera bruscamente la salida del sol, el presidiario había sido deslumbrado y como cegado por la virtud.

Lo cierto, lo que él no dudaba, es que ya no era el mismo hombre, que todo había cambiado en él, y que no estaba ya en sus manos poder evitar que el obispo le hubiese hablado y lo hubiese conmovido.

En esta situación de espíritu, había encontrado al pequeño Gervais y le había robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? Seguramente no hubiera podido explicarlo. ¿Era aquella acción un último efecto y como un supremo esfuerzo de los malos pensamientos que había traído consigo desde el presidio, un resto de impulso, un resultado de lo que se llama en estática, la *fuerza adquirida?* Era esto y también quizás menos que esto. Digámoslo claramente, no era él quien había robado; no era el hombre, era la bestia que, por costumbre, por instinto, había colocado estúpidamente el pie sobre aquel dinero, mientras la inteligencia se debatía en medio de tantas obsesiones nuevas e inauditas. Cuando la inteligencia se despertó y vio esta acción del bruto, Jean Valjean retrocedió con angustia y lanzó un grito de terror.

Era que, fenómeno extraño y que no era posible más que en la situación en que él se hallaba, al robar el dinero de aquel niño había hecho una cosa de la cual no era ya capaz.

Sea como fuere, esta última mala acción tuvo sobre él un efecto decisivo; atravesó bruscamente el caos que tenía en la inteligencia, y lo disipó, dejando a un lado los espesores oscuros y al otro la luz, y obró sobre su alma, en el estado en que se hallaba, igual que ciertos reactivos químicos actúan sobre una mezcla turbia, precipitando un elemento y clarificando el otro.

Ante todo, antes de examinarse y de reflexionar, alocado, como alguien que trata de salvarse, trató de encontrar al niño para devolverle su dinero; luego, cuando se dio cuenta de que aquello era imposible, se detuvo desesperado. En el momento en que exclamó: «¡Soy un miserable!», acababa de darse cuenta de cómo era. Estaba ya, en aquel instante, a tal punto separado de sí mismo, que le parecía que no era más que un fantasma, y que tenía delante de sí, en carne y hueso, con el bastón en la mano, la blusa sobre su piel, y el saco lleno de objetos robados sobre la espalda, con su rostro resuelto y taciturno, y su pensamiento lleno de proyectos abominables, al repugnante presidiario Jean Valjean.

El exceso del infortunio, según hemos hecho notar, lo había hecho visionario, en cierto modo. Aquello fue, pues, como una visión. Vio realmente a este Jean Valjean, su siniestra fisonomía delante de él. Estuvo casi a punto de preguntarse quién era aquel hombre, y le tuvo horror.

Su cerebro se hallaba en uno de esos instantes violentos, y, sin embargo, terriblemente tranquilos, en los que la meditación es tan profunda que absorbe la realidad. No se ven ya los objetos que se tiene delante, y se ven, fuera de sí mismo, las imágenes que existen en el espíritu.

Se contempló, pues, por decirlo así, cara a cara y, al mismo tiempo, a través de esta alucinación, veía en una profundidad misteriosa una especie de luz que tomó en principio por una antorcha. Examinando con más atención aquella luz encendida en su conciencia, reconoció que tenía forma humana y que aquella antorcha era el obispo.

Su conciencia comparó sucesivamente a estos dos hombres colocados enfrente de ella, el obispo y Jean Valjean. No había sido necesario más que el primero, para

vencer al segundo. Por uno de estos efectos singulares que son propios de esta clase de éxtasis, a medida que se prolonga la ilusión crecía el obispo y resplandecía más a sus ojos, mientras que Jean Valjean se empequeñecía y se borraba. Después de algunos instantes, sólo quedó de él una sombra. De repente, desapareció. Sólo había quedado el obispo.

Llenaba toda el alma de aquel miserable, con un resplandor magnífico.

Jean Valjean lloró durante largo rato. Lloró lágrimas ardientes, lloró sollozando, lloró con la debilidad de una mujer, con más temor que un niño.

Mientras lloraba, se iba haciendo poco a poco la luz en su cerebro, una luz extraordinaria, una luz maravillosa y terrible a la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su endurecimiento interior, su libertad halagada con tantos planes de venganza, lo que le había sucedido en casa del obispo, la última cosa que había hecho, aquel robo de cuarenta sueldos a un niño, crimen tanto más cobarde y tanto más monstruoso, cuanto que llegaba después del perdón del obispo, todo ello se le presentó claramente, pero con una claridad que jamás había visto hasta entonces. Contempló su vida, y le pareció horrible; su alma, y le pareció terrible. Y, sin embargo, sobre su vida y sobre su alma se extendía una suave claridad. Parecíale que descubría a Satanás, con la luz del paraíso.

¿Cuántas horas estuvo llorando así? ¿Qué hizo después de haber llorado? Nunca se supo. Solamente parece averiguado que, aquella misma noche, el cochero que hacía el viaje a Grenoble en aquella época, y que llegaba a Digne hacia las tres de la madrugada, vio, al atravesar la calle donde vivía el obispo, a un hombre en actitud de orar, de rodillas sobre el empedrado, en la sombra, delante de la puerta de monseñor Bienvenu.

Libro tercero

En el año 1817

I

El año 1817[1]

1817 es el año que Luis XVIII, con cierto aplomo real, que no estaba exento de orgullo, calificó como el vigésimo segundo de su reinado. Era también el año en que el señor Bruguière de Sorsum era célebre[2]. Todas las peluquerías, esperando los polvos y el retorno del ave real, estaban pintadas de azul y flordelisadas. Era el tiempo inocente en que el conde de Lynch se sentaba todos los días, como mayordomo de fábrica, en el banco de Saint-Germain-des-Prés, vestido de par de Francia, con su cordón rojo, y su larga nariz, y aquella majestad de perfil, peculiar al que ha hecho una acción brillante.

1 El lector curioso puede acudir al libro de E. Biré, *El año 1817* (París, Champion, 1895). donde la crítica ha verificado y corregido los hechos referidos por Víctor Hugo en este capítulo.

2 El barón Bruguière de Sorsum (1773-1823), si bien fue célebre por sus traducciones de Shakespeare (1826), no había traducido, antes de 1817, más que un poema coronado por el instituto y una traducción del sánscrito.

La acción brillante del señor Lynch fue haber entregado la ciudad, siendo alcalde de Burdeos, el 12 de marzo de 1814, demasiado pronto al duque de Angulema [1]. Esta acción lo hizo par. En 1817, la moda sepultaba a los niños de cuatro a seis años bajo grandes gorras de tafilete, con orejeras algo semejantes a las mitras de los esquimales. El ejército francés estaba vestido de blanco, a la austríaca; los regimientos se llamaban legiones; y, en vez de número, llevaban el nombre de los departamentos. Napoleón estaba en Santa Elena y, como Inglaterra le negaba el paño verde, se veía obligado a volver del revés su ropa vieja. En 1817, Pellegrini cantaba y la señorita Bigottini bailaba; Potier reinaba; Odry no existía aún [2]. Madame Saqui sucedía a Forioso [3]. Había aún prusianos en Francia. El señor Dedalot era un personaje [4]. La legitimidad acababa de afirmarse cortando la mano, y después la cabeza, a Pleignier, a Carbonneau y Tolleron [5]. El príncipe de Talleyrand, gran chambelán, y el abad Louis, mi-

[1] El conde Jean-Baptiste Lynch (1749-1835) había, efectivamente, acogido en Burdeos, el 12 de marzo de 1814, al duque de Angulema. Bonapartista el año precedente, había agradecido a «los ingleses, los españoles y los portugueses», el haberse reunido en el mediodía de Francia.

[2] Pellegrini cantaba, pero en Nápoles (debutó en París en 1819). La Bigottini bailaba en la Ópera. Potier, autor del Teatro de las Variedades, donde representaba con Odry.

[3] La señorita Saqui, célebre bailarina de cuerda, directora en época de la restauración, del Teatro Acróbata. Forioso, bailarín de cuerda, se había retirado en 1814.

[4] Charles-Francois-Louis Dedalot (1772-1842) había publicado, en 1814. *De la constitución y de las leyes fundamentales de la monarquía francesa*. Redactor en el periódico de los debates, entró en la cámara en 1820.

[5] Pleignier, Carbonneau y Tolleron, condenados a este suplicio en 1816 (suplicio de los parricidas), por crimen de lesa majestad. Miembros de una sociedad secreta, habían sido acusados de haber querido volar las Tullerías.

nistro designado de finanzas [1], se miraban y se reían con la risa de dos augures; los dos habían celebrado, el 14 de julio de 1790, la misa de la federación en el Campo de Marte; Talleyrand la había oficiado como obispo, Louis lo había ayudado como diácono.

En 1817, en la arboleda del mismo Campo de Marte, se veían gruesos cilindros de madera yaciendo bajo la lluvia, pudriéndose en la hierba, pintados en azul, con restos de águilas y de abejas que habían sido doradas. Eran las columnas que, dos años antes, habían sostenido el solio del emperador en el Campo de Mayo. Estaban ennegrecidas por el fuego de los austríacos, acampados cerca de Gros-Caillou. Dos o tres de estas columnas habían desaparecido en las hogueras de estos campamentos y habían servido para calentar las anchas manos de los *Kaiserlicks*. El Campo de Mayo había tenido de notable, que se había celebrado en el mes de julio y en el Campo de Marte [2]. En este año de 1817, dos cosas eran populares: el *Voltaire-Touquet*, y la «tabaquera de la carta» [3]. La emoción parisiense más reciente era el crimen de Dautun, que había arrojado la cabeza de su hermano al estanque del Mercado de las Flores [4]. El ministerio de marina empezaba a inquietarse por no tener noticias de la desgraciada fragata *Méduse*, que debía cubrir de vergüen-

1 Talleyrand había sido nombrado gran chambelán, en 1815. después de la segunda restauración. Louis, ministro de finanzas en 1814, debía volver a serlo en 1818. Existe pues error al querer hacer de él, en 1817, un «ministro designado».

2 El Campo de Mayo, el 1º de junio de 1815, había sido una gran manifestación militar y cívica de los cien días.

3 El *Voltaire-Touquet:* edición de las obras escogidas de Voltaire, publicadas por el coronel Touquet, pero en 1821. El mismo coronel puso en venta, en 1820, unas «tabaqueras constitucionales», donde estaba grabado el texto de la carta.

4 Charles Dautun había asesinado a su hermano, en 1814.

za a Chaumareix, y de gloria a Géricault[1]. El coronel Selves hacía su viaje a Egipto, para convertirse en Solimán Pachá[2] El palacio de las Thermes, en la calle de la Harpe, servía de tienda a un tonelero. Aún se veía en la plataforma de la torre octógona del palacio de Cluny, el cajón de madera que había servido de observatorio a Messiér[3], astrónomo de la marina en tiempos de Luis XVI. La duquesa de Duras leía a tres o cuatro amigos, en su gabinete amueblado al estilo del siglo x y cubierto de satén azul celeste, *Ourika* inédita[4]. Se borraban las «N» en el Louvre. El puente de Austerlitz abdicaba y se titulaba ahora puente del Jardín del Rey, doble enigma que ocultaba a la vez el puente de Austerlitz y el jardín Botánico[5]. Luis XVIII, pensativo, señalando con la uña en Horacio los héroes que se hacen emperadores y los zapateros que se hacen delfines, tenía dos preocupaciones: Napoleón y Mathurin Bruneau[6]. La academia fran-

[1] El naufragio de la *Méduse*, se remontaba al 2 de julio de 1816. Chaumareix, el capitán, fue uno de los primeros en salvarse. El cuadro de Géricault fue expuesto en 1819.

[2] El coronel de Selves, antiguo oficial del imperio, se había quedado en Egipto en 1816. Se convirtió en musulmán, general, y, en efecto, se le llamaba Solimán Pachá.

[3] El palacio de las Thermes había sido vendido, en parte, en 1807, así como el hotel Cluny. El conjunto había sido alquilado al editor Moutard, que instaló allí sus prensas. Messier, astrónomo de la marina (1730-1817).

[4] La duquesa de Duras, amiga de Chateaubriand, publicó *Ourika*, en 1824. Daba brillantes veladas, que frecuentaban sabios, como Cuvier y Arago; escritores, como Chateaubriand y Fontanes, y profesores, como Villemain.

[5] Los cambios de nombre del puente de Austerlitz y del jardín botánico se remontaban a 1815.

[6] Mathurin Bruneau, zapatero de uno de los falsos Luis XVII que se manifestaron cuando la restauración. Tuvo algún éxito, cerca de los realistas normandos.

cosa proponía, como tema de premio: «La felicidad que procura el estudio»[1]. El señor Bellart era oficialmente elocuente. A su sombra germinaba el futuro abogado general De Broë, prometido a los sarcasmos de Paul-Louis Courier[2]. Había un falso Chateaubriand, llamado Marchangy, esperando que hubiese un falso Marchangy, llamado D'Arlincourt[3]. *Claire d'Albe y Malek-Adel,* eran obras maestras[4]; y madame Cottin era considerada como el primer escritor de la época. El instituto dejaba borrar de su lista al académico Napoleón Bonaparte. Una orden real erigía a Angulema en escuela de marina, pues siendo el duque de Angulema gran almirante[5], era evidente que la ciudad de Angulema tenía, de derecho, todas las cualidades de un puerto de mar, sin lo cual el principio monárquico hubiera empezado a desquiciarse. En el consejo

1 Víctor Hugo había obtenido una mención en este concurso. Su poema «Felicidad que procura el estudio, en todas las situaciones de la vida», ha sido recogido, entre las obras de la primera juventud, en *Víctor Hugo, relatado por un testigo de su vida.*

2 Bellart, procurador general en París, bajo la restauración. Jacques Nicolás de Broë (1790-1840) era, en 1817, sustituto del tribunal de primera instancia del Sena. Nombrado, en 1818, sustituto de la corte real, pronunció, en 1821, una requisitoria contra P. L. Courier, perseguido por su «Simple discurso en ocasión de una suscripción para la adquisición de Chambord». Fue nombrado abogado general, en 1822.

3 Marchangy, autor de la *Galia poética* (1813) y de la *Historia de Francia, considerada en sus relaciones con la poesía, la elocuencia y las bellas artes* (1815). Prevot d'Alincourt, poeta y novelista bastante mediocre.

4 *Claire d'Albe* (1799), novela de madame Cottin (1770-1807). «Malek-Adel» no es una obra maestra, sino el nombre de un personaje de *Mathilde,* o *Memorias sacadas de la historia de las cruzadas.*

5 Angulema fue, en efecto, en tiempo de la restauración, la sede de una escuela de marina, que fue trasferida a Brest en 1830. El duque de Angulema había sido nombrado gran almirante de Francia, el 15 de mayo de 1814.

de ministros se debatía si se debían tolerar las viñetas, representando juegos gimnásticos, que adornaban los carteles de Franconi y que agolpaban a los pilluelos en las calles. El señor Paër, autor del *Agnese*, buen hombre da cara cuadrada con una verruga en la mejilla, dirigía los pequeños conciertos íntimos de la marquesa de Sassenaye, en la calle de la *Ville-l'Évêque* [1]. Todas las jovencitas cantaban *L'Ermite de Saint-Avelle*, letra de Edmond Géraud, *Le Nain Jaune*, se trasformaba en *Miroir* [2]. El café Lemblin defendía al emperador, contra el café Valois [3] que defendía a los Borbones. Acababan de casar al duque de Berry con una princesa de Sicilia; y Louvel le seguía ya los pasos [4]. Hacía un año que había muerto madame de Staël [5]. Los guardias de Corps silbaban a la señorita Mars [6]. Los grandes periódicos eran muy pequeños. La forma era reducida, pero la libertad era grande [7] *Le Constitutionnel*, era constitucional. *La Minerve* llama-

[1] Fernand Paër (1771-1839), autor de óperas cómicas, maestro de música de la casa de la duquesa de Berry, en la cual el marqués de Sassenaye era secretario.

[2] «L'Ermite de Saint-Avelle», romance de Edmond Géraud, que inspiró dos piezas de teatro del mismo título.
Le Nain Jaune cesó de aparecer en 1815 y el *Miroir* empezó a aparecer en 1821.

[3] Dos cafés del Palacio Real responden a las características dadas por Víctor Hugo.

[4] La «princesa de Sicilia» era Marie-Caroline de Nápoles (1798-1870). Se había casado con el duque de Berry, en 1816. Louvel asesinó al duque, el 13 de febrero de 1820.

[5] Madame de Staël murió el 14 de julio de 1817.

[6] Mademoiselle Mars había sido despreciada públicamente, el 10 de julio 1815, a causa de su bonapartismo durante los cien días.

[7] Bajo reserva de la «autorización previa», exigida por la ley de febrero de 1817.

ba a Chateubriand, Chateubriant[1]. Esta «t» hacía reír mucho a los burgueses, a expensas del gran escritor. En los diarios vendidos, escribían periodistas prostituidos que insultaban a los proscritos de 1815: David no tenía talento, ni Arnaudt ingenio, ni Carnot probidad; Soult no había ganado ninguna batalla[2]; es verdad que Napoleón no tenía genio. Nadie ignora que es bastante raro que las cartas dirigidas por correo a un desterrado lleguen a su destino, porque la policía convierte su interpretación en un religioso deber. El hecho no es nuevo; Descartes, en su destierro[3], se quejaba de lo mismo. David escribió, en un periódico belga, lamentándose de no recibir las cartas que le escribían, lo cual pareció gracioso a los periódicos realistas que, con este motivo, se burlaban del proscrito. Decir: *los regicidas*, o decir: *los votantes;* decir *los enemigos*, o decir: *los aliados;* decir: *Napoleón*, o decir *Bonaparte;* eran cosas que separaban a dos hombres más que un abismo. Todas las gentes de buen sentido convenían en que Luis XVIII, llamado «el inmortal autor de la carta», había cerrado para siempre la era de las revoluciones.

En el terraplén del Puente Nuevo se esculpía la palabra *Redivivus* sobre el pedestal que esperaba la estatua de Enrique IV. El señor Pieté abría, en la calle Thérèse,

1 *La Minerve*, empezó a aparecer en 1818, pero es exacto que escribía Chateaubriant.

2 David había sido encarcelado, en 1816, como regicida, al haber firmado el acta adicional, en 1815.

Arnault, dramaturgo oficial del imperio, vio silbado su *Germanicus*, el 22 de marzo de 1817.

Carnot, ministro de interior, durante los cien días, había sido proscrito al retorno de los Borbones y debía morir en el exilio, en Magdeburgo.

Soult, en 1817 también estaba exilado. Debía regresar a Francia en 1819.

3 Descartes no estuvo desterrado, sino que vivió veinte años en Holanda, en un exilio voluntario.

número 4, su conciliábulo [1] para consolidar la monarquía. Los jefes de derechas decían, en las coyunturas graves: «Es preciso escribir a Bacot.» [2] Canuel, O'Mahony y De Chappedelaine esbrozaban, no sin aprobación del hermano de Luis XVIII, lo que más tarde debía ser «la conspiración de Bord de l'Eau». [3] L'Epingle Noire [4] conspiraba por su parte. Delaverderie se unía a Trogoff[5]. Dominaba Decazes[6], liberal hasta cierto punto. Chateaubriand, en pie todas las mañanas ante su ventana del número 27 de la calle Saint-Dominique, con pantalones con pies y zapatillas, sus cabellos grises tocados con madrás, los ojos fijos en un espejo, y un estuche completo de cirujano dentista abierto frente a sí, se limpiaba los dientes, que eran encantadores, dictando al mismo tiempo variantes de *La monarquía, según la carta,* al señor Pilorge su secretario[7]. La crítica autorizada prefería La

[1] Jean-Pierre Pieté (1726-1848) diputado por la Sarthe, en casa de quien se reunían, desde noviembre de 1815, los diputados de derechas. «La reunión Pieté», que ha evocado Chateaubriand (*Memorias de ultratumba* XXV, 8), agrupaba a unas doscientas personas.

[2] El barón Bacot era un diputado «ultra».

[3] Canuel, Chappedelaine y otros oficiales ultrarrealistas estuvieron mezclados, efectivamente —pero en 1818—, en la conspiración «du bord de l'Eau», así llamada porque los conjurados se reunieron en la terraza de las Tullerías, a lo largo del Sena. La conspiración tenía puestas sus esperanzas en el conde de Artois. O'Mahony no parece que estuviera mezclado.

[4] «L'Epingle Noire», sociedad secreta bonapartista, perseguida en 1817.

[5] Delaverderie y Trogoff conspiraron pero en 1819.

[6] El duque Decazes era ministro de la policía desde 1815, pero, en 1817, el presidente del consejo era el duque de Richelieu. Decazes no dominó, verdaderamente, hasta a partir de la constitución del ministerio Desolles (diciembre de 1818).

[7] *La monarquía, según la carta* fue publicada en 1816. Hyacinte Pilorge (1775-1861) era secretario de Chateaubriand desde 1816.

fon a Talma. El señor de Féletz firmaba A; H. Hoffmann, firmaba Z[1]. Charles Nodier escribía *Thérèse Aubert*[2]. Habíase abolido el divorcio[3]. Los liceos se llamaban colegios. Los colegiales, con la flor de lis en el cuello, se peleaban a propósito del rey de Roma. La contrapolicía de palacio denunciaba a su alteza real, la hermana del rey, el retrato, expuesto en todas partes, del duque de Orleáns, que tenía mejor semblante en uniforme de coronel general de húsares, que el duque de Berry en uniforme de coronel general de dragones; grave inconveniente. La ciudad de París restauraba, a su costa, los dorados de la cúpula de los Inválidos. Los hombres serios se preguntaban qué haría en tal o cual ocasión, el señor de Trinquelague[4]; el señor Clausel de Montals se separaba, en algunos puntos, del señor Clausel de Coussergues[5]; el señor de Salaberry no estaba contento[6]. El cómico Picard, que pertenecía a la academia, a la que no había podido entrar el cómico Molière, hacía representar *Les deux Philibert* en el «Odeón»[7], en cuyo frontis, a pesar de haberse

1 El señor de Féletz firmaba A. pero, en 1817, Hoffmann signaba H. Más tarde firmó Z, entre otros artículos, sobre las odas de Víctor Hugo. De ahí la confusión.

2 *Thérèse Aubert* apareció en 1819.

3 Desde 1816.

4 El señor de Trinquelague, candidato de derechas, a la presidencia de la cámara, en 1816 y 1817.

5 El abate Clausel de Montals era el hermano del diputado de derechas Clausel de Coussergues, quien, aprobado por Víctor Hugo en el conservatorio literario, se señalara por la violencia de sus ataques contra Decazes, después de la muerte del duque de Berry.

6 El señor de Salaberry diputado de extrema derecha, «no estaba contento», en 1817, pues la cámara escondida había sido disuelta el año anterior, medida que había señalado la ruptura del rey y los ultras.

7 *Les deux Philibert* había sido representada en 1816, en el «Odeón».

arrancado las letras, se leía claramente: «Teatro de la Emperatriz». Todo el mundo tomaba partido en favor o en contra de Cugnet de Montarlot [1]. Fabvier era faccioso [2]; Bavoux era revolucionario [3]. El librero Pélicier publicaba una edición de Voltaire [4], bajo este título: *Obras de Voltaire*, de la academia francesa. «Esto atraerá a los compradores», decía este editor ingenuamente. La opinión general era de que el señor Charles Loyson sería el genio del siglo; la envidia empezaba a morderlo, signo de gloria; y sobre él, se hacían estos versos:

Aun cuando Loyson vuela, se ve que tiene patas [5].

El cardenal Fesch se negaba a dimitir, y monseñor de Pins, arzobispo de Amasie, administraba la diócesis de Lyon [6]. La querella del valle de Dappes [7] empezaba

[1] Cugnet de Montarlot, conspirador, miembro de la sociedad secreta «El león dormido».

[2] El coronel Fabvier, condenado en 1819, por su defensa del general Canuel, participó en la conspiración de Trogoff y Delaverderie.

[3] Nicolás Bavoux, encargado de curso de la facultad de derecho de París, destituido, en 1819, a causa de su enseñanza poco conformista.

[4] No se conoce edición Pélicier de Voltaire.

[5] Charles Loyson (1791-1820) había tenido un accésit en el concurso de poesía, en el cual había participado Víctor Hugo. Este poeta, que hacía concebir grandes esperanzas, pero murió joven. (León Seché Lamartine, de 1916 a 1830, pp. 289-347.) Víctor Hugo caricaturiza aquí un verso de Lémièrre:

«Incluso cuando el pájaro anda, se nota que tiene alas.»

[6] Después de la caída de Napoleón, el cardenal Fesch se había establecido en Roma, como varios miembros de la familia Bonaparte, y se había negado a dimitir de su dignidad de arzobispo de Lyon. La diócesis fue gobernada, hasta la muerte del cardenal, por un simple administrador: monseñor De Pins lo era en 1817.

[7] Esta querella duraba desde 1815, donde el congreso de Viena había decidido el retorno de este valle del Jura a Suiza. Debía prolongarse hasta el tratado de Berna (1863), que repartió el valle entre los dos países.

entre Suiza y Francia, por una memoria del capitán Dufour, luego general. Saint-Simon, ignorado [1], meditaba sobre su sublime doctrina. En la academia de ciencias había un Fourier célebre que la posteridad ha olvidado; y en una buhardilla, un Fourier oscuro, de quien se acordará el porvenir [2]. Lord Byron empezaba a sonar [3]; una nota del poema de Millevoye lo anunciaba en Francia en estos términos: «un tal lord Baron». David d'Angers se ensayaba en dar forma al mármol [4]. El abate Caron hablaba con elogio, en un pequeño comité de seminaristas, en el callejón de Feuillantines, de un sacerdote desconocido llamado Félicité Robert, que más tarde fue llamado Lamennais [5]. En el Sena, humeaba y se movía, con el ruido de un perro que nada, una cosa que iba y venía, bajo las ventanas de las Tullerías, desde el Puente Real hasta el puente Luis XV; era un aparato mecánico que

1 Saint-Simon era casi desconocido. Sin embargo, en 1817 había publicado ya varias obras e hizo aparecer una revista, *L'Industrie*. Más tarde, propugnó su doctrina políticosocial denominada «sansimonismo».

2 El barón Fourier (1768-1830) fue elegido en la academia de ciencias, en 1817. Charles Fourier (1772-1837), teórico de «la unidad universal», es, evidentemente, el «Fourier oscuro que el porvenir recordará».

3 En 1817, Byron era ya conocido en Francia por los comentarios del *Mercurio Extranjero* y del *Espectador Literario*, así como por algunas traducciones parciales. Pero «la invasión» byroniana empezó un poco más tarde.

4 David d'Angers expuso, en el Salón de 1817, una estatua del Grand Condé. Tenía entonces veintiocho años y era la primera ocasión que tuvo el gran público para apreciar su arte. Pero David no era un principiante en el sentido preciso del término.

5 El abate Caron (1760-1825) había encontrado a Lamennais en Inglaterra, durante los cien días. Éste no era por completo desconocido, pero el libro que debía darle la gloria, *El ensayo sobre la indiferencia*, no apareció hasta diciembre de 1817.

no valía gran cosa, una especie de juguete, un sueño de un inventor visionario, una utopía: un barco de vapor[1]. Los parisienses contemplaban aquella inutilidad con indiferencia. El señor de Vaublanc, reformador del instituto por golpe de estado, mandamiento y hornada, autor distinguido de varios académicos, después de haberlos hecho, no conseguía llegar a serlo[2].

El barrio de Saint-Germain y el pabellón Marsan deseaban por prefecto de policía al señor Delaveau, a causa de su devoción[3]. Dupuytren y Récamier disputaban en el anfiteatro de la escuela de medicina, y se amenazaban con el puño a propósito de la divinidad de Jesucristo[4]. Cuvier, con un ojo en el *Génesis* y otro en la naturaleza, se esforzaba en complacer a la reacción hipócrita, poniendo a los fósiles de acuerdo con los textos sagrados y haciendo adular a Moisés por los mastodontes. El señor François de Neufchâteau, loable cultivador de la memoria de Parmentier, hacía mil esfuerzos para que la patata se pronunciase *parmentiére*, y no lo conseguía[5]. El abad Grégoire, antiguo obispo, antiguo convencional, antiguo senador, había pasado, en la polémica

[1] El 20 de agosto de 1816, el marqués de Jouffroy d'Abbans había lanzado al Sena, en Bercy, un barco de vapor.

[2] El conde De Vaublanc (1756-1845) había depurado la academia francesa, en marzo de 1816, cuando era ministro del interior.

[3] El pabellón Marsan: residencia del conde de Artois. Guy de Laveau (o Delaveau) llegó a ser prefecto de policía en 1821.

[4] Récamier y Dupuytren, ambos grandes cirujanos, pertenecían a la misma generación; si Dupuytren era vitalista, Récamier no tenía nada de doctriniano. Hugo los confunde aquí, quizá, con Broussais cuyas doctrinas materialistas hicieron escándalo en la misma época.

[5] François de Neufchâteau (1750-1928), hombre político poeta, agrónomo y miembro de la academia francesa. En 1817 celebró, en verso, el talento de Víctor Hugo, en ocasión del concurso del que se ha hablado en la nota 5 de la p. 206.

realista, al estado de «infame Grégoire»[1]. Esta locución que acabamos de emplear: pasar al estado de, era denunciada como neologismo por el señor Royer-Collard. Aún podía distinguirse por su blancura, sobre el tercer arco del puente de Iéna, la piedra nueva con la cual, dos años antes, habían cubierto la boca de la mina practicada por Blücher para hacer saltar el puente. La justicia citaba al banquillo a un hombre que, viendo entrar al conde de Artois en Notre-Dame, había exclamado en voz alta: «¡Sapristi!, echo de menos el tiempo en que veía a Bonaparte y a Talma entrar del brazo en Bal-Sauvage.» Palabras sediciosas: seis meses de prisión. Los traidores se presentaban al descubierto; hombres que se habían pasado al enemigo la víspera de una batalla, no ocultaban la recompensa, e iban públicamente, en pleno sol, con todo el cinismo de las riquezas y las dignidades; los desertores a Ligny y de Quatre-Bras, en la ostentación de su infamia pagada, manifestaban, al desnudo, su adhesión monárquica, olvidando lo que se escribe en Inglaterra, en las paredes interiores de los lavabos públicos: *Please, adjust your dress before leaving*[2].

Esto es, en confuso revoltillo, lo que sobrenada promiscuamente del año 1817, olvidado ya hoy. La historia desprecia casi todas estas particularidades, y no puede hacer otra cosa; el infinito la invadiría. Sin embargo, estos detalles que se llaman pequeños —no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetación—, son útiles. La figura de los siglos, se compone de la fisonomía de los años.

En este año 1817, cuatro jóvenes parisientes representaron una «buena farsa».

1 Grégoire, antiguo obispo constitucional, estaba bastante borrado en 1817. Su elección en la cámara, en 1819 suscitó la indignación de los realistas, entre ellos el mismo Hugo.

2 «Rogamos ajusten sus vestidos antes de salir.»

II

Doble quatuor

Estos parisienses eran uno de Toulouse, el otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban; pero eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisiense, estudiar en París, es nacer en París.

Estos jóvenes eran insignificantes; todo el mundo conoce su tipo; cuatro imágenes del primero que llegó; ni buenos ni malos, ni sabios ni ignorantes, ni genios ni imbéciles; ramas de este abril encantador que se llama veinte años. Eran cuatro Oscares cualesquiera, pues en aquella época no existían aún los Arthurs. «Quemad en honor suyo los perfumes de Arabia», exclamaba la novela. «Oscar adelanta, Oscar, voy a verlo.» [1] Se salía de Ossian [2], la elegancia era escandinava y caledoniana, el

[1] Canción anónima, que mezclaba curiosamente el nombre escandinavo de Oscar con evocaciones orientales.

[2] «Se salía de Ossian», afirmación válida si se admite, con P. van Tiegen (*Ossian, en Francia*), que el apogeo de Ossian toca a su fin en 1815. Pero su declive no empezó realmente hasta veinte años más tarde.

estilo inglés puro no debía prevalecer hasta más tarde, y el primero de los Arthurs, Wellington, acababa apenas de ganar la batalla de Waterloo.

Estos Oscares se llamaban uno, Félix Tholomyès, de Toulouse; otro, Listolier, de Cahors; Fameuil, de Limoges el tercero; y Blachevelle, de Montauban, el último. Naturalmente, cada uno tenía su amante. Blachevelle amaba a Favourite, llamada así porque había ido a Inglaterra; Listolier adoraba a Dahlia, que había tomado por nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba a Zéphine, abreviatura de Josephine; Tholomyès tenía a Fantine, llamada la rubia, a causa de sus cabellos color de sol.

Favourite, Dahlia, Zéphine y Fantine eran cuatro encantadoras jóvenes, perfumadas y radiantes, un poco obreras aún, porque no habían abandonado enteramente la aguja, distraídas por los amorcillos, pero conservando sobre el rostro un resto de serenidad del trabajo, y, en el alma, esta flor de honestidad que sobrevive en la mujer a su primera caída. Había una de las cuatro a la que llamaban la joven, porque era la menor, y una a la que llamaban la vieja. La vieja tenía veintitrés años. Y, para no callar nada, diremos que las tres primeras eran más experimentadas, más despreocupadas y más amigas del ruido de la vida que Fantine, la rubia, que aún vivía su primera ilusión.

Dahlia, Zéphine y, sobre todo, Favourite, no hubieran podido decir lo mismo. Había ya más de un episodio en su novela, apenas empezaba, y el enamorado, que se llamaba Adolphe en el primer capítulo, se convertía en Alphonse en el segundo, y en Gustave en el tercero. Pobreza y coquetería son dos consejeras fatales; una amenaza, la otra halaga; y las hermosas jóvenes del pueblo tienen ambas consejeras, que les cuchichean al oído, cada

una por su lado. Estas almas mal guardadas escuchan. De ahí provienen los tropiezos que dan y las piedras que se les arrojan. Se las oprime con el esplendor de todo lo que es inmaculado e inaccesible. ¡Ay, si la Jungfrau tuviera hambre![1]

Favourite tenía por admiradoras a Zéphine y a Dahlia, a causa de haber estado en Inglaterra. Había tenido muy pronto casa propia. Su padre era un viejo profesor de matemáticas, brutal y fanfarrón. No estaba casado, y vivía a salto de mata, a pesar de su edad. Cuando el profesor era joven, había visto un día engancharse el vestido de una doncella de servicio; se había enamorado de este accidente. De él resultó Favourite. Ésta encontraba de vez en cuando a su padre, que la saludaba. Una mañana, una mujer de edad y de aspecto beato, entró en su casa y le dijo:

—¿No me conocéis señorita?

—No —contestó Favourite.

—Soy tu madre.

Seguidamente, había abierto el aparador; bebió y comió, hizo llevar un colchón que tenía y se instaló allí. Esta madre, gruñona y devota, no hablaba nunca a Favourite, permanecía durante horas sin decir una palabra, desayunaba, comía y cenaba como cuatro, y bajaba a hacer la visita al portero, donde pasaba el rato hablando mal de su hija.

Lo que había arrastrado a Dahlia hacia Listolier, hacia otros tal vez, hacia la ociosidad, era el tener unas bonitas uñas rosadas. ¿Cómo habían de trabajar aquellas uñas? La que quiere permanecer virtuosa, no debe tener piedad de sus manos. En cuanto a Zéphine,

1 Hugo tiene predilección por la Jungfrau, como símbolo de toda pureza. Más adelante, en este libro, Marius y Cosette se comparan a «dos cisnes que se encuentran en el Jungfrau».

había conquistado Fameuil por su manera graciosa y acariciadora de decir: «Sí, señor.»

Los jóvenes eran camaradas, las jóvenes eran amigas. Esta clase de amores lleva siempre consigo esta clase de amistades.

Filosofía y prudencia son dos cosas distintas; y lo prueba el que, prescindiendo de estas particularidades irregulares, Favourite, Zéphine y Dahlia eran filósofas, y Fantine era prudente.

¿Prudente?, se dirá. ¿Y Tholomyès? Salomón respondería que el amor forma parte de la prudencia. Nosotros nos limitaremos a decir que el amor de Fantine era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Ella era la única de las cuatro a quien no había tuteado más que un hombre.

Fantine era uno de estos seres que surgen del fondo del pueblo. Salida de las más insondables espesuras de la sombra social, tenía en la frente la señal de lo anónimo y lo desconocido. Había nacido en Montreuil-sur-Mer. ¿De qué padres? ¿Quién podría decirlo? Nunca se le había conocido ni padre ni madre. Se llamaba Fantine. ¿Por qué Fantine? Nunca se le había conocido otro nombre. En tiempos de su nacimiento reinaba el directorio. No tenía apellido, carecía de familia; no tenía nombre de pila, la iglesia no existía entonces. Se llamó como quiso el primer transeúnte que la encontró, siendo muy pequeña, yendo con los pies descalzos por la calle. Recibió un nombre, lo mismo que recibía en su frente el agua de las nubes cuando llovía. Se la llamó la pequeña Fantine. Nadie sabía nada más. Así había llegado a la vida, esta criatura humana. A los diez años, Fantine dejó la ciudad y se puso a servir en las granjas de los alrededores. A los quince años, llegó a París a «buscar fortuna». Fantine era hermosa y permaneció pura todo el tiempo

que pudo. Era una bonita rubia con bellos dientes. Tenía oro y perlas por dote, pero su oro estaba sobre su cabeza y sus perlas en su boca.

Trabajó para vivir; luego, siempre para vivir, pues el corazón también tiene hambre, amó.

Amó a Tholomyès.

Amorío para él, pasión para ella. Las calles del Barrio Latino, que hormigueaban de estudiantes y damiselas, contemplaron el principio de este sueño. Fantine, en estos dédalos de la colina del Panteón, donde se enlazan y desenlazan tantas aventuras, había huido mucho tiempo de Tholomyès, pero de modo que siempre lo encontraba. Hay un modo de evitar, que se parece a la búsqueda. En una palabra, la égloga tuvo *él*.

Blanchevelle, Listolier y Fameuil formaban una especie de grupo, del cual Tholomyès era la cabeza. Era él quien tenía ingenio.

Tholomyès era el clásico estudiante veterano; era rico; tenía cuatro mil francos de renta; cuatro mil francos de renta, escándalo de esplendidez en la montaña de Sainte-Geneviève, Tholomyés era un vividor de treinta años, mal conservado. Tenía ya arrugas, y había perdido los dientes; y le principiaba una calvicie, de la que él mismo decía, sin tristeza: «entradas a los treinta, rodilla a los cuarenta». Digería mediocremente, y tenía un ojo lacrimoso. Pero, a medida que su juventud se extinguía, se rejuvenecía su buen humor; remplazaba sus dientes con grandes gesticulaciones, sus cabellos con su alegría, su salud con su ironía, y su ojo que lloraba, reía sin cesar. Estaba aniquilado, pero cubierto de flores. Su juventud, liando el petate antes de tiempo, se retiraba en buen orden, riendo y llena de entusiasmo. Había escrito una obra que le había sido rechazada en el Vaudeville, y, de vez en cuando, componía algunos versos. Además, dudaba

de todo, lo que es una gran fuerza a los ojos de los débiles. Así, pues, al ser irónico y calvo, era el jefe. *Iron* es una palabra inglesa que significa hierro. ¿Vendrá de ahí la palabra ironía?

Un día, Tholomyès llamó aparte a los otros tres, hizo un gesto de oráculo y les dijo:

—Pronto hará un año que Fantine, Dahlia, Zéphine y Favourite nos piden una sorpresa. Se la hemos prometido solemnemente y nos están hablando siempre de ella, a mí sobre todo. Lo mismo que en Nápoles las viejas dicen a san Jenaro: *Faccia gialluta, fa o miracolo.* ¡Cara amarilla, haz el milagro!», nuestras bellas me dicen sin cesar: «Thomomyès, ¿cuándo nos darás a conocer tu sorpresa?» Al mismo tiempo, nuestros padres nos escriben. Nos vemos apremiados por los dos lados. Creo que ha llegado el momento. Hablemos.

En esto, Tholomyès bajó la voz y articuló misteriosamente algunas palabras tan alegres que de las cuatro bocas salió a la vez una entusiasta carcajada, al mismo tiempo que Blachevelle exclamaba:

—¡Es una gran idea!

Hallaron al paso un cafetucho lleno de humo y entraron, perdiéndose en la sombra el resto de su conversación.

El resultado de aquellas tinieblas, fue una deslumbrante partida de campo, que tuvo lugar el domingo siguiente, invitando los cuatro estudiantes a las cuatro muchachas.

III

Cuatro a cuatro

Hoy en día es muy difícil imaginar lo que era, hace cuarenta y cinco años, una partida de campo. París no tiene ya los mismos alrededores; la cara de lo que podría llamarse la vida circumparisiense, ha cambiado completamente desde hace medio siglo: donde estaba el carro, se halla hoy el vagón; donde estaba el patache, está hoy el barco de vapor; y hoy se dice Fécamp, como entonces se decía Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad que tiene por arrabales toda Francia.

Las cuatro parejas llevaron a cabo, concienzudamente, todas las locuras campestres entonces posibles. Principiaban las vacaciones y era un claro y ardiente día de verano. La víspera, Favourite, la única que sabía escribir, había escrito a Tholomyès lo siguiente: «Salir en hora buena, para salir enhorabuena.» Es por lo que se levantaron a las cinco de la mañana. Luego, se dirigieron a Saint-Cloud, en el faetón, se detuvieron ante la cascada seca y exclamaron «¡Qué hermosa debe ser, cuando tiene agua!» Almorzaron en la «Tête-Noire», donde

aún no se conocía a Castaing, jugaron una partida a la sortija en las arboledas del estanque grande, subieron a la linterna de Diógenes; jugaron almendrados en la ruleta del puente de Sèvres; hicieron ramilletes en Puteaux; compraron silbatos en Neuilly, comieron en todas partes pastelillos de manzanas; fueron perfectamente felices.

Las jóvenes triscaban y charlaban como cotorras escapadas. Aquello era un delirio. A veces, daban golpecitos con la mano a los jóvenes. ¡Embriaguez matinal de la vida! ¡Edad adorable! El ala de las libélulas tiembla. ¡Oh, quienquiera que seáis![1] ¿Os acordáis? ¿Habéis ido alguna vez por la maleza, separando las ramas para que pasase una linda cabeza que venía detrás de vosotros? ¿Os habéis deslizado alguna vez por una cuestecilla mojada por la lluvia, con una mujer amada que os retiene por la mano y exclama: ¡Ay, mis borceguíes nuevos! ¡Cómo se han puesto!

Digamos prontamente que faltó la encantadora contrariedad de un chaparrón; aunque Favourite había dicho, al salir, con acento sentencioso y maternal:

—Los caracoles pasean por los senderos. Signo de lluvia, hijos míos.

Las cuatro eran locamente hermosas. Un viejo poeta clásico, entonces muy renombrado, un hombre que tenía una Eléonore, el caballero de Labouïsse[2], errando aquel día bajo los castaños de Saint-Cloud, los vio pasar hacia las diez de la mañana; exclamó: «Hay una más», acor-

[1] *Hojas de otoño*, XXIII: «¡Oh, quienquiera que seáis...!»; pero sobre todo, *Las canciones de las calles y de los bosques*, donde Victor Hugo en la misma época de *Los Miserables*, gusta encontrar estos temas en los paseos de los alrededores de París.

[2] Labouïsse, poeta elegíaco de los *Amores* (1806-1817).

dándose de las Tres Gracias. Favourite, la amiga de Blachevelle, la que tenía veintitrés años, la vieja, corría bajo las grandes ramas verdes, saltaba las caceras, atravesaba alocadamente los matorrales, y presidía aquella alegría con el entusiasmo de una diosa de la selva. Zéphine y Dahlia, que el azar había hecho hermosas de tal manera que se hacían valer más acercándose, y se completaban, por decirlo así, no se separaban, por instinto de coquetería más bien que por amistad, y, apoyadas una en otra, tomaban actitudes inglesas. Los primeros *keepsakes*[1] acababan de aparecer; apuntaban la melancolía en las mujeres, como más tarde surgió el byronismo en los hombres, y los cabellos del bello sexo empezaban a caer lánguidamente. Zéphine y Dahlia iban peinadas con tirabuzones. Listolier y Fameuil, enzarzados en una discusión sobre sus profesores, explicaban a Fantine la diferencia que había entre el señor Delvincourt, y el señor Blondeau[2].

Blachevelle parecía haber sido creado expresamente para llevar en el brazo los domingos, el chal de tres colores con cenefa de Favourite.

Tholomyès seguía dominando el grupo. Era muy alegre, pero dejaba conocer su deseo de mando; en su jovialidad había algo de dictadura; la prenda principal de su traje era un pantalón patas de elefante, de mahon, con trabillas de cobre; en la mano llevaba un poderoso junco de Indias de doscientos francos y, como todo se lo permitía, una cosa extraña llamada cigarro, en la boca. No habiendo nada sagrado para él, fumaba.

[1] Los primeros «keepsakers» aparecieron en 1823.

[2] Étienne-Claude Devincourt (1762–1831), jurisconsulto realista, profesor y decano de la facultad de derecho de París. Jean Baptiste Blondeau (1784-1854), profesor de derecho romano en la misma facultad.

—¡Este Tholomyès es admirable! —decían los demás con veneración— ¡Qué pantalones! ¡Qué energía!

En cuanto a Fantine, era la alegría misma. Sus dientes espléndidos habían, evidentemente, recibido de Dios una función: reír. Llevaba en la mano, más que en la cabeza, su sombrerito de paja cosida, con grandes cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, propensos a flotar y a desanudarse fácilmente, siendo preciso componerlos a cada momento, parecían hechos para representar la fuga de Galatea entre los sauces. Sus labios rosados charlaban encantadoramente. Los extremos de su boca, voluptuosamente levantados como en los antiguos mascarones de Erigona[1], parecían animar a los atrevidos; pero sus largas pestañas, llenas de sombra, se bajaban discretamente contra este murmullo de la parte inferior del rostro, como para imponerle silencio. Todo su tocado tenía un no sé qué encantador y flotante. Llevaba un vestido de barés color malva, pequeños zapatos-coturnos color canela, con cintas que subían trazando X por su blanquísima media, y una especie de *spencer* en muselina, invención marsellesa, cuyo nombre, canesú, corrupción de la palabra *quince août* (quince de agosto), pronunciada en la Cannebière, significaba buen tiempo, calor y mediodía. Las otras tres, menos tímidas, como ya hemos dicho, iban descotadas, lo que en verano, bajo los sombreros cubiertos de flores, tiene mucha gracia y gran atractivo; pero, al lado de estos vestidos audazmente ceñidos, el canesú de la rubia Fantine, con sus trasparencias, sus indiscreciones y sus reticencias, escondiendo y mostrando a la vez, parecía una invención provocativa de la decencia. La famosa corte de amor, presidida por la vizcondesa de Cette de ojos verde mar, hubiera dado

1 Erigona, amante de Baco, quien, para conquistarla, tomó forma de un racimo de uvas.

probablemente el premio a la coquetería a este canesú, que se presentaba en nombre de la castidad. Lo más ingenuo es algunas veces lo más sabio. Esto llega a suceder.

Deslumbrante de frente, delicada de perfil, los ojos azul oscuro, los párpados gruesos, los pies bien formados y pequeños, las muñecas y los tobillos admirablemente torneados, el cutis blanco, dejando ver aquí y allá las ramificaciones azuladas de las venas, la mejilla pueril y fresca, el cuello robusto de las Junos eginéticas, la nuca fuerte y flexible, los hombres modelados como por Coustou, tenían en su centro una voluptuosa hendidura, visible a través de la muselina; una alegría ribeteada de ensueño; escultural y exquisita; así era Fantine; y bajo aquellos arambeles, se adivinaba una estatua, y en esta estatua un alma.

Fantine era hermosa sin saberlo. Los pensadores, sacerdotes misteriosos de la belleza, que confrontan silenciosamente todo hasta la perfección, hubieran descubierto en aquella obrera, a través de la trasparencia y la gracia parisiense, la antigua eufonía sagrada. Aquella hija de la noche tenía raza. Era hermosa bajo ambos aspectos: el estilo y el ritmo. El estilo es la forma del ideal, el ritmo lo es del movimiento.

Hemos dicho que Fantine era la alegría; Fantine era también el pudor.

Para un observador que la hubiera estudiado atentamente, lo que se desprendía de ella, a través de aquella embriaguez de la edad, de la estación y del amor, era una expresión invencible de pudor y de modestia. Estaba siempre un poco asombrada. Este asombro casto, es el matiz que separa a Siquis de Venus. Fantine tenía los largos dedos, finos y blancos, de la vestal que remueve las cenizas del fuego sagrado con una aguja de oro. Aunque nada había negado a Tholomyès,

como se verá más tarde, su rostro, en reposo, era soberanamente virginal; una especie de grave dignidad y casi austera lo invadía repentinamente en algunos momentos, y nada tan singular y desconcertante como ver aparecer en él la alegría, para desvanecerse rápidamente y sucederla el recogimiento, sin transición. Esta súbita gravedad, a veces acentuada severamente, parecía el desdén de una diosa. Su frente, su nariz y su barbilla, ofrecían este equilibrio de línea, muy distinto de la proporción, del cual resulta la armonía del rostro; en el intervalo tan característico que separaba la base de la nariz del labio superior, tenía este pliegue imperceptible y encantador, signo misterioso de la castidad, que hizo a Barbarroja enamorarse de una Diana encontrada en las excavaciones de Iconia:

El amor es una falta; sea. Fatine era la inocencia flotando sobre la falta.

IV

Tholomyès está tan alegre que canta una canción española

Aquel día parecía una aurora continua. Toda la naturaleza parecía de fiesta y manifestaba su alegría. Los parterres de Saint-Cloud perfumaban el aire; el soplo del Sena movía vagamente las hojas; las ramas gesticulaban al viento; las abejas saqueaban los jazmines; toda una bohemia de mariposas se posaba en las hojas de los tréboles y las balluecas; el augusto parque del rey de Francia estaba ocupado por una multitud de vagabundos, por los pájaros.

Las cuatro alegres parejas, mezcladas con el sol, con los campos, con las flores y con los árboles, resplandecían.

En aquella felicidad común, hablando, cantando, corriendo, danzando, cazando mariposas, cogiendo campanillas, mojando sus medias en las altas hierbas, frescas, locas, pero sin malicia, todas recibían, aquí y allá, los besos de todos, excepto Fantine, que permanecía encerrada en su vaga resistencia soñadora y arisca, pero que amaba.

—Tú —le decía Favourite—, tienes siempre un aire displicente.

Ahí está el placer. El paso de felices parejas es un profundo llamamiento a la vida y a la naturaleza, y hace brotar de todas partes el amor y la luz. Hubo un hada que hizo las praderas y los árboles expresamente para los amantes. De ahí que exista este eterno «hacer novillos» los amantes, que se repite sin cesar y que durará mientras existan el campo y los estudiantes. De ahí la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el duque y par y el último jornalero, los cortesanos y los villanos, como se decía en otro tiempo, son súbditos de esta nada. Todos ríen, todos se buscan, y hay en el aire una claridad de apoteósis, ¡qué trasfiguración, la del amor! Los pasantes de notario son dioses. Y los gritos, las persecuciones por la hierba, los talles cogidos al vuelo, esos guirigays juveniles que son melodías, esas adoraciones que se descubren en el modo de pronunciar una sílaba, estas cerezas arrancadas de una boca a otra, todo esto flamea y penetra en glorias celestiales. Las muchachas bonitas hacen un dulce despilfarro de sí mismas. Se llega a creer que no concluirá nunca. Los filósofos, los poetas, los pintores consideran estos éxtasis, y no saben qué hacer de ellos, ¡tanto los deslumbran! «¡La partida hacia Cythère!», exclamó Watteau[1]; Lancret, el pintor de la plebe, contempla a sus modelos perdidos en el azul; Diderot tiende los brazos a estos amorcillos, y De Urfé inmiscuye druidas con ellos.

1 Alusión a la célebre tela de Watteau, «El embarque para *Cythère*.» El nombre de Diderot puede sorprender, pero, aun en 1877, Hugo lo colocará en el grupo de idilios, de la *Leyenda de los siglos*. Honoré de Urfé mezcla, en efecto, los druidas a los amores de sus héroes.

Después del almuerzo, las cuatro parejas fueron a ver, en lo que entonces se llamaba el Jardín del Rey, una planta nueva traída de la India, cuyo nombre no recordamos en este momento, y que, en aquella época atraía a todo París a Saint-Cloud; era un encantador y caprichoso arbolito de un tallo, cuyas innumerables ramas, delgadas como hilos, enmarañadas y sin hojas, estaban cubiertas de miles de rositas blancas; lo cual daba a la planta el aspecto de una cabellera sembrada de flores. Siempre había una multitud que la admiraba.

Después de visto el arbusto, dijo Tholomyès:

—¡Os ofrezco unos asnos! —Y, hecho el trato con un burrero, volvieron por Vanves e Issy. En Issy tuvieron un incidente.

El parque Patrimonio Nacional, propiedad en aquella época del asentista Bourguin, estaba casualmente abierto de par en par. Los jóvenes franquearon la verja, visitaron al maniquí anacoreta en su gruta, experimentaron los misteriosos efectos del famoso gabinete de los espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro millonario, o de Turcaret convertido en Priapo. Sacudieron fuertemente el columpio sujeto a los dos castaños, tan comentados por el abate de Bernis[1]. Mientras columpiaban a las jóvenes una tras otra, lo que producía, entre risas universales, revuelos en los pliegues de las sayas, que Greuze hubiera deseado contemplar, el joven de Toulouse, Tholomyès, es algo español, puesto que Toulouse es prima de Tolosa, cantaba en tono melancólico una antigua canción gallega, probablemente inspirada por alguna her-

[1] Es el antiguo parque del castillo de Conti. Bernis, poeta galante, diplomático, arzobispo y cardenal (1715-1794).

mosa joven lanzada a todo volar sobre un columpio entre dos árboles:

Soy de Badajoz.
Amor me llama.
Toda mi alma
Es en mis ojos
Porque enseñas
A tus piernas[1]

Unicamente Fantine se negó a columpiarse.

—No me gusta que se tengan estas maneras —murmuró bastante agriamente, Favourite.

Dejaron después los asnos y encontraron una nueva diversión: pasaron el Sena en barco y, desde Passy, fueron andando hasta la barrera de l'Étoile. Estaban en pie, según hemos dicho, desde las cinco de la mañana; pero, ¡bah!, «nadie se cansa en domingo —decía Favourite—; en domingo no trabaja la fatiga». A las tres, las cuatro parejas, ahitas de placer, descendían por las montañas rusas, edificio singular que ocupaban entonces las cimas de Beaujon[2], y cuya línea serpentina se descubría por encima de los árboles de los Campos Elíseos.

De cuando en cuando, Favourite exclamaba:

—¿Y la sorpresa? Quiero la sorpresa.

—Paciencia —respondía Tholomyès.

[1] En español en el original.

[2] El jardín Beaujon ocupaba el emplazamiento de la Folie-Beaujon. Se inauguraron las montañas rusas el 8 de julio de 1817.

V

En casa de Bombarda

Cansados ya de las montañas rusas, habían pensado en comer y, radiantes los ocho, aunque algo fatigados, se dejaron caer en la hostería de Bombarda, sucursal que había establecido en los Campos Elíseos aquel famoso hostelero Bombarde, cuya enseña se veía entonces en la calle Rivoli, al lado del pasaje Delorme [1].

Una habitación grande, pero fea, con alcoba y cama en el fondo (tuvieron que aceptar este rincón, por estar la hostería llena el domingo); dos ventanas, desde las que se podía contemplar, a través de los olmos, el muelle y el río; un magnífico sol de agosto, entrando de refilón por las ventanas; dos mesas; encima de una de ellas, una montaña de ramilletes mezclados con sombreros de hombre y de mujer; en la otra, las cuatro parejas sentadas alrededor de un montón de platos, bandejas, vasos y bo-

[1] El pasaje Delorme unía la calle Rivoli a la calle Saint-Honoré, entre las calles de l'Echelle y de las Pyramides.

tellas; jarros de cerveza y de vino; poco orden en la mesa, y algún desorden debajo.

Los pies bajo la mesa, sin reposo
armaban un estrépido espantoso.

dijo Molière [1].

He aquí, pues, dónde estaba hacia las cuatro y media de la tarde, la fiesta campestre que había empezado a las cinco de la mañana. El sol declinaba y el apetito se apagaba.

Los Campos Elíseos, llenos de sol y de gente no eran más que luz y polvo, dos cosas de las que se compone la gloria. Los caballos de Marly, estos mármoles que relinchaban, hacían cabriolas en una nube de oro. Las carrozas iban y venían. Un escuadrón de magníficos guardias de Corps, con el clarín a la cabeza, descendía por la avenida de Neuilly; la bandera blanca, vagamente rosada por el sol poniente, flotaba en la cúpula de las Tullerías. La plaza de la Concordia, que entonces era llamada de Luis XV, rebosaba de paseantes satisfechos. Muchos llevaban la flor de lis de plata supendida de la cinta blanca que, en 1817, no había aún desaparecido de las botonaduras. En varios puntos, en medio de los paseantes que formaban círculo y aplaudían, corros de niñas lanzaban al viento una popular canción borbónica, entonces, célebre, destinada a anatematizar los cien días y que tenía por estribillo:

Devolvednos a nuestro padre el de Gante.
Devolvednos a nuestro padre.

Gran número de habitantes de los arrabales, endomingados, incluso a veces flordelisados como los de la ciudad,

1 Citación inexacta de Molière:
«... hacéis, bajo la mesa,
un ruido, de tric-trac de pies, insoportable.»

en el gran cuadro y en el cuadro Marigny, jugaban a la sortija y daban vueltas en los caballos de madera; otros bebían; algunos, aprendices de impresor, llevaban gorros de papel; se oían sus risas. Todos estaban radiantes. Era un tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista; era la época en que un informe privado y especial del prefecto de policía Anglès [1], al rey, acerca de los arrabales de París, terminaba con estas líneas: «Bien considerado todo, señor, no hay nada que temer de esta gente. Son todos indiferentes e indolentes como gatos. El pueblo bajo de las provincias es inquieto; pero el de París no lo es. Son todos unos hombrecillos, señor. Sería preciso poner dos de ellos, uno sobre otro, para hacer uno de vuestros granaderos. No hay temor, por parte del populacho de la capital. Es muy notable que incluso la estatura haya decrecido en los últimos cincuenta años; la gente de los arrabales de París es más baja que antes de la revolución. No es peligrosa, en absoluto. En suma, es una buena canalla.»

Los prefectos de policía no creían posible que un gato pueda convertirse en león; éste es, sin embargo, el milagro del pueblo de París, El gato, por otra parte, tan despreciado del conde de Anglès, era muy estimado en las repúblicas antiguas; a sus ojos, encarnaba la libertad, y así, para hacer juego con la Minerva áptera de Pireo, había en la plaza pública de Corinto el coloso de bronce de un gato. La ingenua policía de la restauración veía demasiado «bueno» al pueblo de París. No era, sin embargo, tan «buena canalla» como se creía. El parisiense es al francés, lo que el ateniense es al griego; nadie duerme mejor que él, nadie mejor que él tiene aspecto

[1] Jules Anglés (1778 - 1828), prefecto de policía de 1815 a 1821.

olvidadizo; pero no hay que fiarse; es propicio a toda suerte de dejadez, pero, cuando tiene enfrente a la gloria, es admirable en su furia. Dadle una pica y tendréis el 10 de agosto; dadle un fusil y tendréis Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleón y el recurso de Dantón. ¿Se trata de la patria?, se enrola; ¿se trata de la libertad?, levanta barricadas. ¡Cuidado!, sus cabellos encolerizados son épicos; su blusa de tela se convierte en una clámide. Mucho cuidado. De la primera calle Greneta que encuentre [1], hará unas horcas caudinas. Si suena la hora este arrabalero crecerá, este hombre tan pequeño se levantará y mirará de un modo terrible, y su aliento será una tempestad; de su pecho cenceño saldrá suficiente viento para desbaratar los pliegues de los Alpes. Es gracias al arrabalero de París que la revolución, unida al ejército, conquista Europa. Canta: éste es su placer. Dadle una canción proporcionada a su naturaleza, ¡y ya veréis! Cuando no tiene más canción que la *Carmagnole*, no hace más que derribar a Luis XVI; hacedlo cantar la *Marsellesa* y libertará al mundo.

Después de escribir esta nota al margen del informe de Anglès, volvamos a nuestras cuatro parejas. La comida, como hemos dicho, finalizaba.

1 Alusión al levantamiento dirigido por Barbés y Blanqui, en 1839, y que fue reprimido en esta calle.

VI

Capítulo de adoración

Propósitos de sobremesa y propósitos de amor; tan difíciles de coger unos como otros; los propósitos de amor son nubes, los propósitos de sobremesa, son humo.

Fameuil y Dahlia murmuraban una canción; Tholomyès bebía; Zéphine reía; Fantine sonreía. Listolier soplaba en una trompeta de madera, comprada en Saint-Cloud. Favourite contemplaba tiernamente a Blachevelle y decía:

—Blachevelle, te adoro.

Esto indujo a Blachevelle a formular una pregunta:

—¿Qué es lo que harías, Favourite, si dejara de amarte?

—¡Yo! —exclamó Favourite—. ¡Ah! No digas esto, ni aun en broma. Si dejaras de amarme, saltaría sobre ti, te arañaría, te lastimaría [1] te daría un baño y te haría prender.

[1] En el original «grafigner», palabra desconocida en el diccionario de la academia francesa. Empleado también por Zola, significa «égratigner» (arañar).

Blachevelle sonrió, con la fatuidad voluptuosa de un hombre halagado en su amor propio. Favourite continuó:

—Sí, ¡llamaría a la guardia! ¡Ah! ¡Me disgustaría mucho, desde luego! ¡Canalla!

Blachevelle, extasiado, se recostó en la silla y cerró orgullosamente los ojos.

Dahlia, sin dejar de comer, dijo en voz baja a Favourite, en medio de la algarabía:

—¿Tanto idolatras a tu Blachevelle?

—¡Yo!, lo detesto —respondió Favourite, en el mismo tono y volviendo a coger su tenedor—. Es avaro. El que me gusta es el pequeñito de enfrente de mi casa. Está muy bien ese hombre, ¿lo conoces? Tiene aspecto de ser actor. Me gustan los actores. En cuanto entra en su casa, su madre dice: «¡Ah, Dios mío, ya perdí la tranquilidad! Ahora va a gritar. ¿Pero, no ves que tus chillidos me rompen la cabeza?» Porque, en cuanto llega a su casa, en el desván, en las buhardillas, a dondequiera que puede subir, allí se encarama y empieza a declamar y a cantar; ¿qué sé yo? Pero tan fuerte, que se le oye desde una legua. Gana ya veinte sueldos por día, en casa de un abogado copiando sofismas. Es hijo de un antiguo sochantre de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. ¡Ah!, está muy bien. Me idolatra, hasta un punto de que el otro día, al verme hacer un poco de pasta de harina para unas empanadas, me dijo: «Señorita, haga usted buñuelos con sus guantes y soy capaz de comérmelos.» No hay como los artistas, para decir tales cosas. ¡Ah!, está muy bien. Creo que voy a enloquecer por este muchacho. Sin embargo, digo a Blachevelle que lo adoro. ¡Cómo miento! ¿Eh? ¡Cómo miento!

Favourite hizo una pausa y continuó:

—Dahlia, ¿lo creerás?, estoy triste. Todo el verano ha estado lloviendo; el viento me encoleriza, me irrita los nervios; Blachevelle es muy roñoso; apenas hay guisantes en el mercado; no sé qué comer: tengo *spleen,* como dicen los ingleses, ¡está tan cara la manteca!, y luego, ya ves; es un horror esto: ¡comer en un cuarto donde hay una cama! Esto me hace aborrecer la vida.

VII

Prudencia de Tholomyès

Sin embargo, mientras algunos cantaban, otros charlaban tumultuosamente, y todos lo hacían al mismo tiempo; Tholomyès intervino:

—No hablemos más al azar, ni demasiado de prisa —exclamó—. Meditemos, si queremos deslumbrar. Demasiada improvisación, vacía tontamente la imaginación. Cerveza que fluye no hace espuma. Señores, no se apresuren. Mezclemos la majestad con la francachela. Comamos con recogimiento; banqueteemos lentamente. No tenemos prisa alguna. Ved la primavera; si se adelanta, todo arde, es decir, se hiela. El exceso de celo pierde a los melocotoneros y albaricoqueros. El exceso de celo, mata la gracia y la alegría de los festines. ¡Nada de celo, señores! Grimod de la Reynière, es de la misma opinión que Talleyrand [1].

[1] Grimod de la Reynière, gastrónomo, autor de *El almanaque de los glotones* (1803). «No tengáis celo», decía Talleyrand a un joven diplomático. De ahí el parangón establecido por Hugo.

Una sorda rebelión, agitó al grupo.

—Tholomyès, déjanos en paz —dijo Blachevelle.

—¡Abajo el tirano! —dijo Fameuil.

—*Bombarda, Bombance y Bamboche* [1] —gritó Listolier.

—El domingo existe —replicó Fameuil.

—Somos sobrios —añadió Listolier.

—Tholomyès —dijo Blachevelle—, contempla mi calma.

—Tú eres el marqués de ese título —respondió Tholomyès.

Este mediocre juego de palabras, hizo el efecto de una piedra arrojada a un charco. El marqués de Montcalm era un realista entonces célebre [2]. Todas las ranas se callaron.

—Amigos —continuó Tholomyès, con el acento de un hombre que recobra el imperio—, reponeos. No hay que coger con tanto estupor este equívoco caído del cielo. Todo lo que cae de este modo no es necesariamente digno de entusiasmo y de respeto. El equívoco es el excremento del talento que vuela; el excremento cae en cualquier parte; y el talento, después de su necia postura, se remonta y se pierde en el azul del cielo. Una mancha blanquecina que se aplasta sobre una roca, no impide al cóndor que siga planeando. ¡Lejos de mí la idea de insultar al equívoco! Lo honro en la proporción de sus méritos; nada más. Todo lo que hay de más augusto, más sublime y más encantador en la humanidad, y quizás fuera de ella, se ha entretenido en hacer juegos de palabras. Jesucristo hizo uno acerca de san Pedro; Moisés,

[1] Juego de palabras que, traducido, diría: bombarda, gaudeamus y abotargamiento.

[2] El equívoco consiste en que «mi calma» (en francés: «mon calme»), se pronuncia como «Montcalm».

acerca de Isaac; Esquilo, acerca de Polinice; Cleopatra, acerca de Octavio[1]. Y observad que este equívoco de Cleopatra precedió la batalla de Actium, y que sin él nadie se acordaría de la ciudad de Toryne, nombre griego que significa cucharón. Concedido esto, vuelvo a mi exhortación. Repito, hermanos míos, nada de celo, nada de barullo, nada de excesos, ni aun de chistes, juegos de palabras y demás. Escuchadme, yo tengo la prudencia de Anfiaraos [2] y la calvicie de César. Es preciso un límite hasta en los jeroglíficos. *Est modus in rebus* [3]. Es preciso un límite aun en las comidas. Señoras mías, os gustan con exceso las tortas de manzana, no abuséis. Aun en esto de las tortas debe haber arte y buen sentido. La glotonería castiga al glotón. Gula castiga a Gulax[4]. La

1 Por sus equívocos, v.:
Mateo, XVI, 18: «Y yo te digo que tú eres Pedro. y sobre esta piedra edificaré mi iglesia...»
Génesis, XVII, 17: «Abraham cayó de bruces en el suelo y rió diciendo para sí. «Te nacerá un hijo.» Y Sara, una mujer de ochenta y dos años, podrá dar a luz?"»
Ibid., XVII, 19 «Dios dijo: Sí, Sara, tu mujer, te dará un hijo; le pondrá por nombre Isaac...» (Isaac, en hebreo, significa «ha reído» y también «se ha reído».)
Se sabe que la tradición atribuye el *Génesis* a Moisés.
Esquilo, *Los siete contra Tebas*, v, 830. Juego de palabras sobre el nombre de Tolomyés, que significa: muy bravo.
Plutarco, *Vida de Antonio*, LXVIII, donde Cleopatra, dirigiéndose a Antonio, juega con la palabra «Toryne», que significa «coger maderos».

2 Anfiaraos. Famoso mago de la mitología griega, natural de Argos. Había predicho a Adrasto, su cuñado, el fracaso de la expedición de «los siete príncipes», contra Tebas. Se le erigió un templo, célebre por los oráculos que explotaban sus sacerdotes.

3 Horacio, Sátira, I, 106: «Hay una medida para todos.» Aquí hace otro juego de vocablos, entre la palabra francesa «rebus» (jeroglífico) y la latina «rebus» (cosas).

4 Gula: la boca, la glotonería. Gulax es un barbarismo de Tholomeyès y puede ser que también de Víctor Hugo.

indigestión está encargada, por Dios, de moralizar los estómagos. Y recordad esto: cada una de nuestras pasiones, incluso el amor, tiene un estómago que es menester no llenar demasiado. En todo es preciso escribir a tiempo la palabra *finis;* cuando urja, es necesario contenerse, echar el cerrojo al apetito; llevar a la prevención la fantasía, y encerrarse uno mismo en el cuerpo de guardia. El hombre sabio es aquel que, en un momento dado, sabe contenerse. Confiad en mí. Porque yo he estudiado un poco de leyes, según dicen mis exámenes; porque yo sé la diferencia que hay entre la cuestión promovida y la cuestión pendiente; porque he sostenido en latín una tesis sobre la manera con que se daba tormento en Roma en tiempo en que Munatius Demens era cuestor del parricidio[1]; porque, por lo que parece, voy a ser doctor, no se origina de ello necesariamente que yo sea un imbécil. Os recomiendo moderación en los deseos. Tan cierto como que me llamo Félix Tholomyès, que hablo en razón. Dichoso aquel que, cuando la hora suena, toma un partido heroico y abdica como Sila, o como Orígenes[2].

Favourite escuchaba con profunda atención.

—¡Félix! —dijo—. ¡Qué bonita palabra! Me gusta este nombre. Es en latín. Quiere decir Próspero.

Tholomyès, prosiguió:

—Quirites, gentlemen, caballeros, mis amigos. ¿Queréis no sentir ningún aguijón, olvidaros del lecho nupcial y desafiar al amor? Nada tan sencillo. Ved la receta: limonada, mucho ejercicio, trabajo forzoso, derrengaos, arrastrad piedras, no durmáis, velad, tomad gran cantidad

1 Los encuestadores del parricidio («quaestores parricidii») juzgaban en Roma, en los orígenes de la república, en papel de jueces de instrucción, en los asuntos de homicidio.

2 Sila dejó el poder. Orígenes pasaba por haber abdicado la virilidad.

de bebidas nitrosas y de tisanas de ninfeas, saboread las emulsiones de dormideras y agnocastos, sazonad todo esto con una dieta severa, reventad de hambre, añadid baños fríos, cinturones de yerbas, la aplicación de una plancha de plomo, lociones con el licor de Saturno y los fomentos con oxicrato.

—Prefiero una mujer —dijo Listolier.

—¡La mujer! —repitió Tholomyès—. Desconfiad de ella. ¡Desgraciado el que se entrega al corazón variable de una mujer! La mujer es pérfida y tortuosa. Detesta a la serpiente por celos del oficio; la serpiente es para la mujer, lo que la tienda de enfrente para el tendero.

—¡Tholomyès —gritó Blachevelle—, estás borracho!

—¡Pardiez! —exclamó Tholomyès.

—Pues, ponte alegre —continuó Blachevelle.

—Consiento en ello —repuso Tholomyès.

Y, llenando su vaso, se levantó:

—¡Gloria al vino! *Nunc te, Bacche, canam!* [1] Perdón, señoritas, esto es español. Y la prueba, señoras, vedla aquí: tal pueblo, tal tonel. La arroba de Castilla contiene dieciséis litros, el cántaro de Alicante doce, el almud de las Canarias, veinticinco, el cuartán de las Baleares, veintiséis, la bota del bar Pedro, treinta. Viva el zar, que era grande, y viva su bota que era mayor aún. Señoras, un consejo de amigo: tomad a un vecino por otro, si os parece bien. Lo propio del amor es el error. La enamorada no está hecha para acurrucarse como una criada inglesa que cría callo en las rodillas. No está hecha para esto: ¡la dulce enamorada debe errar alegremente! Se ha dicho: el error es humano; y yo digo: el error está enamorado. Señoras, yo os idolatro a todas. Oh, Zéphine, oh, Josephine, figura por demás estrujada, serías encantadora, si no

1 «Ahora es a ti, Baco, a quien cantaré». (Virgilio *Geórgicas*. II. 2.)

os viera de perfil. Tenéis el aspecto de un rostro muy bonito, sobre el cual se han sentado por equivocación. En cuanto a Favourite, ¡oh, ninfas, oh, musas! Un día que Blachevelle atravesaba el arroyo de la calle Guérin-Boisseau, vio a una hermosa muchacha con medias blancas y muy estiradas que enseñaba las piernas. Este prólogo le agradó y Blachevelle amó. La que amó era Favourite. ¡Oh, Favourite, tienes unos labios jónicos! Había un pintor griego llamado Euphorión [1], al que habían puesto el sobrenombre de pintor de los labios. Solamente este griego hubiera sido digno de pintar tu boca. ¡Escucha! Antes que tú, no hubo criatura digna de este nombre. Estás hecha para recibir la manzana, como Venus, o para comerla, como Eva. La belleza empieza en ti, Acabo de hablar de Eva, eres tú quien la ha creado. Mereces la patente invención de la mujer hermosa. ¡Oh!, Favourite, dejo de tutearos, porque paso de la poesía a la prosa. Hablabais de mi nombre hace poco. Esto me ha enternecido; pero seamos lo que seamos, desconfiemos de nuestros nombres. Pueden engañarse. Yo me llamo Félix, y no soy feliz. Las palabras son engañadoras. No aceptemos ciegamente las indicaciones que nos dan. Sería un error escribir a Lieja para tener tapones, y a Pau para tener guantes [2]. Miss Dahlia, en vuestro lugar yo me llamaría Rosa. Es preciso que la flor huela bien, y que la mujer tenga ingenio. No digo nada de Fantine, es una soñadora, una visionaria, una pensadora, una sensitiva; es un fantasma con cuerpo de ninfa y el pudor de una

1 Euphorion, nombre de varios poetas griegos. Tholomyès —o quizá Víctor Hugo— lo confunden, sin duda, aquí con el de Eupronios, pintor de cerámicas de finales del siglo VI a. de J. C.

2 Otro juego de vocablos. En francés, la palabra «Liège» puede significar Lieja (ciudad belga) o también corcho; y «Pau» puede tomarse por Pau (ciudad de Francia) o por piel.

monja, que se extravía en la vida de *griseta,* pero que se refugia en las ilusiones y que canta, y que ruega, y que mira al cielo sin saber lo que ve ni lo que hace, y que, con la vista en la inmensidad, vaga por un jardín donde hay más pájaros que existir puedan. ¡Oh!, Fantine, sepa bien esto: yo, Tholomyès, soy una ilusión; ¡pero no me oye!, la rubia hija de las quimeras. Por lo demás, todo en ella es frescor y suavidad, juventud, dulce claridad matinal. ¡Oh!, Fantine, muchacha digna de llamaros margarita o perla, sois una mujer del más bello Oriente. Señoras, un segundo consejo: no os caséis; el matrimonio es un injerto; coge bien o mal; huid de este riesgo. ¡Pero, bah!, ¿qué estoy diciendo? Mis palabras se pierden. Las mujeres, en cuanto a matrimonio, son incurables; y todo lo que podamos decir, nosotros los sabios, no impedirá en absoluto que las chalequeras y ribeteadoras, sigan soñando en maridos ricos y llenos de diamantes. En fin, sea; pero, hermosas, recordad esto: coméis demasiado azúcar. ¡Oh!, sexo roedor, ¡tus lindos pequeños y blancos dientes adoran el azúcar! Ahora bien, escuchadme, el azúcar es una sal. Toda sal es secante. La más secante de todas las sales es el azúcar. Absorbe, a través de las venas, los líquidos de la sangre; de ahí la coagulación y luego la solidificación de la sangre; de ahí la tuberculosis en los pulmones; de ahí la muerte. Por esto es por lo que la diabetes confina con la tisis. Así pues, ¡no comáis azúcar y viviréis! Me vuelvo hacia los hombres. Señores, haced conquistas. Robaos los unos a los otros, sin remordimientos, vuestras bienamadas. Cambiad de pareja. En amor no existen los amigos. Dondequiera que haya una mujer bonita, están rotas las hostilidades. ¡Sin cuartel, guerra de exterminio! Una hermosa mujer es un *casus belli;* una hermosa mujer es un flagrante delito. Todas las invasiones de la historia están determinadas por zagalejos. La

mujer es el derecho del hombre. Rómulo raptó a las Sabinas; Guillermo[1] raptó a las sajonas; César raptó a las romanas. El hombre que no es amado, planea como un buitre sobre las amantes del prójimo; y en cuanto a mí, a todos estos infortunados que están viudos, lanzo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: «Soldados, carecéis de todo. El enemigo lo tiene.»

Tholomyès se interrumpió.

—Respira, Tholomyès —dijo Blachevelle.

Al mismo tiempo, Blachevelle, acompañado por Listolier y Fameuil, entonó con un tono lastimero, una de estas canciones de taller, compuesta de las primeras palabras que a la imaginación se ocurren, medio rimadas, medio sin rimar, vacías de sentido como el gesto del árbol y el ruido del viento, que nacen del vapor de las pipas y se disipan y vuelan con él.

No era un cántico hecho para calmar la improvisación del Tholomyès; vació su vaso, volvió a llenarlo, y empezó de nuevo.

—¡Abajo la sabiduría! Olvidad todo cuanto he dicho. No seamos falsos pudorosos, ni prudentes, ni prohombres. ¡Brindo a la alegría! Alegrémonos. Completemos nuestro curso de derecho con la locura y la comida. Indigestión y *Digesto*[2]. ¡Que Justiniano sea el macho, y que Francachela sea la hembra! ¡Alegría en los abismos! ¡Vive, oh creación! ¡El mundo es un gran diamante! Soy feliz. Los pájaros son asombrosos. ¡Qué fiesta en todas partes! El ruiseñor es un Elleviou gratis[3]. Verano, yo te saludo.

1 Guillermo el Conquistador.

2 *Digesto*, código publicado bajo Justiniano, de donde se desprende la frase que sigue.

3 François Elleviou (1769-1842) célebre cantante de ópera cómica, que tenía grandes pretensiones en materia de originalidad.

¡Oh, Luxemburgo, oh Geórgicas de la calle Madame y de la Alameda del Observatorio! ¡Oh estudiantes meditabundos! ¡Oh, encantadoras niñeras, que mientras cuidáis los niños os divertís en bosquejar otros! Las pampas de América me agradarían, si no tuviera a mi disposición las bóvedas del Odeón. Mi alma vuela hacia las selvas vírgenes y hacia las sabanas. Todo es hermoso. Las moscas zumban en torno a los rayos del sol. De un estornudo del sol, ha nacido el colibrí. ¡Abrázame, Fantine!

Se equivocó y abrazó a Favourite.

VIII

Muerte de un caballo

—Se come mejor en casa de Edon[1], que en casa de Bombarda —exclamó Zéphine.

—Yo prefiero Bombarda a Edon —declaró Blachevelle—. Hay más lujo. Es más asiático. Ved, si no, la habitación de abajo. Hay espejos en las paredes[2].

—Yo los prefiero en mi plato —dijo Favourite.

Blachevelle insistió:

—Mirad los cuchillos. Los mangos son de plata en casa de Bombarda, y de hueso en casa de Edon. Ahora bien, la plata es más preciosa que el hueso.

—Excepto para los que tienen un mentón de plata —observó Tholomyès.

[1] El restaurante Edon, calle de l'Ancienne Comédie. (*Víctor Hugo relatado por un testigo de su vida,* XXX), Penas en el Edon.

[2] En francés, espejo y sorbete, se designan con la misma palabra: «glace». De ahí el equívoco intraducible que hay entre esta frase y la réplica que sigue.

En este momento miraba la cúpula de los Inválidos, visible desde las ventanas de Bombarda.

Hubo una pausa.

—Tholomyès —gritó Fameuil—, hace poco, Listolier y yo teníamos una discusión.

—Una discusión es buena —respondió Tholomyès—, una querella es mejor.

Discutíamos sobre filosofía.

—¿Y bien?

—¿A quién prefieres tú, a Descartes o a Spinosa?

—A Désaugiers[1] —respondió Tholomyés. Dictada esta sentencia, bebió y continuó—: Consiento en vivir. No todo ha concluido en la tierra, puesto que todavía se puede disparatar. Doy por ello gracias a los dioses inmortales. Se miente, pero se ríe. Se afirma, pero se duda. Lo inesperado brota del silogismo. Es hermoso. Hay también, aquí abajo, seres humanos que saben alegremente abrir y cerrar la caja de sorpresas de la paradoja. Esto que bebéis tan tranquilamente, señoras, es vino de Madeira, sabedlo, de la cosecha del *Coural das Freiras,* que se halla a trescientas diecisiete toesas sobre el nivel del mar. ¡Atención al beber! ¡Trescientas diecisiete toesas! ¡Y el señor Bombarde, el magnífico fondista, os da estas trescientas diecisiete toesas por cuatro francos cincuenta céntimos!

Fameuil interrumpió de nuevo:

—Tholomyès, tus opiniones son ley. ¿Cuál es tu autor favorito?

—Ber...

—¿Quin?

—No, Choux.

[1] Marc-Antoine Désaugiers (1772-1827), poeta y autor de numerosos «vaudevilles» y canciones eróticas, que tuvieron resonante éxito. Se le llamaba «el Anacreonte francés».

Y Tholomyès, prosiguió:

—¡Honor a Bombarda! ¡Igualaría a Munophis de Elephanta, si pudiera cogerme una almeja, y a Thygelion de Queronea, si pudiera traerme una hetaira! Pues, ¡oh!, señoras mías, ha habido Bombardas en Grecia y en Egipto. Es Apuleyo [1] quien nos lo dice. ¡Ay!, siempre las mismas cosas y nada nuevo. ¡Nada inédito en la creación del creador! *Nihil sub sole novum* [2], dijo Salomón; *amor omnibus idem* [3], dijo Virgilio; y Carabina se embarca con Carabin en la goleta de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la escuadra de Samos. Una última palabra. ¿Sabéis lo que era Aspasia, señoras? Aunque vivió en un tiempo en que las mujeres todavía no tenían alma, era un alma; un alma de color de rosa y púrpura, más abrasada que el fuego, más fresca que la aurora. Aspasia era una criatura en la que se tocaban los dos extremos de la mujer; era la prostituta diosa. Sócrates, y además Manón Lescaut, Aspasia fue creada para el caso de que a Prometeo le hiciese falta un crisol.

Una vez lanzado, Tholomyès difícilmente se hubiera detenido, de no haber sido que un caballo cayó en la calle, en aquel preciso instante. Al choque, paráronse la carreta que aquél arrastraba y el orador. Era el animal una yegua vieja y flaca, digna del matadero, que arrastraba una carreta muy pesada. Al llegar frente a la casa de Bombarda, el animal, agotadas las fuerzas, se había negado a dar un paso más. Este incidente había atraído

1 Munophis de Elephanta y Thygelion de Queronea: estos nombres parecen imaginarios. Pero es cierto que la novela de Apuleyo, *El asno de oro*, aporta gran número de notas sobre la gastronomía antigua.

2 «No hay nada nuevo bajo el sol.» (*Eclesiastés*, I, 9).

3 «El amor es igual para todos.» (Virgilio, *Geórgicas*, III, 244.)

a la multitud. Apenas el carretero indignado, había tenido tiempo de pronunciar con la conveniente energía la palabra sacramental: ¡arre!, apoyada por un implacable latigazo, el matalón cayó para no levantarse más. Al rumor de la gente, los alegres oyentes de Tholomyès volvieron la cabeza, y Tholomyès aprovechóse de la ocasión, para terminar su discurso con esta melancólica estrofa:

Eran en este mundo, en que carros y carrozas
tienen el mismo destino.
Fue rocín, y ha vivido, lo que todo caballo
El espacio de un «arre» [1]

—Pobre caballo —suspiró Fantine.

Y Dahlia exclamó:

—¡He aquí a Fantine, que se compadece de los caballos! ¡Es menester ser tonta de remate, para esto!

En aquel momento, Favourite, cruzando los brazos y echando la cabeza hacia atrás, miró resueltamente a Tholomyès y dijo:

—Pero, ¿y la sorpresa?

—Justamente ha llegado el momento —respondió Tholomyès—. Señores, ha sonado la hora de sorprender a estas damas. Señoras, esperadnos un momento.

—La sorpresa empieza por un beso —dijo Blachevelle.

—En la frente —añadió Tholomyès.

Cada uno depositó gravemente un beso en la frente de su amante; luego, los cuatro en fila se dirigieron hacia la puerta, con el dedo puesto sobre la boca.

Favourite batió palmas, al verlos salir.

—Es divertido —dijo.

—No tardéis mucho —murmuró Fantine—. Os esperamos.

[1] Parodia de la famosa estrofa, de Malherbe, *Consuelo al señor de Périer*.

IX

Alegre fin de la alegría

Cuando las jóvenes quedaron solas, se acodaron dos a dos en cada ventana, charlando, inclinando su cabeza, y hablándose de una ventana a otra.

Vieron a los jóvenes salir de la taberna de Bombarda, cogidos del brazo. Se volvieron, hiciéronles varias señas riendo, y desapareciendo en aquella polvorienta muchedumbre que invade semanalmente los Campos Elíseos.

—¡No tardéis mucho! —gritó Fantine.

—¿Qué nos traerán? —dijo Zéphine.

—Seguro que será algo bonito —dijo Dahlia.

—Yo —continuó diciendo Favourite— quiero que sea de oro.

Muy pronto se distrajeron con el movimiento del agua, que distinguían a través de las ramas de los árboles, y que las divertía mucho. Era la hora de salida de los correos y diligencias. Casi todas las mensajerías del mediodía y del oeste pasaban entonces por los Campos Elíseos. La mayoría de ellas seguían el muelle y salían

por la barrera de Passy. De minuto en minuto, algún gran carruaje pintado de amarillo y negro, pesadamente cargado, con ruidoso atelaje disforme a fuerza de baúles, bacas y maletas, lleno de cabezas que enseguida desaparecían, pulverizando el empedrado, cruzaba a través de la multitud, haciendo saltar chispas como una fragua, con el polvo por humo y cierto aire de furia. Aquel estrépito alegraba a las muchachas. Favourite exclamó:

—¡Qué tumulto! Parece que arrastran montañas de cadenas.

Sucedió que uno de estos carruajes, que se distinguía con cierta dificultad a través de los olmos, se detuvo un instante y luego partió al galope. Aquello sorprendió a Fantine.

—Es particular —dijo—; yo creía que la diligencia no se detenía nunca.

Favourite se encogió de hombros.

—Esta Fantine es sorprendente. Y voy a mirarla, por curiosidad. Las cosas más sencillas la deslumbran. Una suposición: yo soy un viajero y digo a la diligencia: voy delante; subiré cuando paséis por el muelle. La diligencia llega, me ve, se detiene y subo. Esto sucede todos los días. Tú no conoces la vida, querida.

Pasó algún tiempo. De pronto, Favourite hizo un movimiento como quien se despierta.

—Bien —dijo—, ¿y la sorpresa?

—Es verdad —repuso Dahlia—, ¿y la famosa sorpresa?

—¡Cuánto tardan! —dijo Fantine.

Cuando Fantine acababa más bien de suspirar que de decir esto, entró el camarero que les había servido la comida. En la mano llevaba algo que parecía una carta.

—¿Qué es esto? —preguntó Favourite.

El camarero respondió:

—Es un papel que estos señores han dejado abajo para estas damas.

—¿Por qué no lo habéis traído antes?

—Porque estos señores —continuó el camarero —mandaron que no se os entregara hasta pasada una hora.

Favourite arrancó el papel de manos del camarero. En efecto, era una carta.

—¡Vaya! —dijo—. No hay dirección. Pero ved lo que tiene escrito encima:

ESTA ES LA SORPRESA

Rompió vivamente el sobre, lo abrió y leyó (sabía leer):

«Oh, amadas nuestras!

»Sabed que tenemos padres. Vosotras no entenderéis muy bien qué es esto de padres. Así se llaman el padre y la madre en el código civil, pueril y honrado. Pues bien, estos padres lloran; estos ancianos nos reclaman; estos buenos hombres y estas buenas mujeres nos llaman hijos pródigos, desean nuestro regreso, y nos ofrecen hacer sacrificios. Somos virtuosos y los obedeceremos. A la hora en que leais esto, cinco fogosos caballos nos arrastran hacia nuestros papás y nuestras mamás. Levantamos el campo, como dice Bossuet. Partimos; hemos partido. Huimos en brazos de Lafitte y en alas de Caillard[1]. La diligencia de Toulouse nos arranca del borde del abismo y el abismo sois vosotras, ¡oh nuestras hermosas amantes! Regresamos a la sociedad, al deber y al orden, al gran trote, a razón de tres leguas por hora. Conviene a la patria que seamos, como todo

1 Perífrasis para designar las diligencias de «Laffitte, Caillard y Cía.».

el mundo, prefectos, padres de familia, guardias campestres y consejeros de estado. Veneradnos; nos sacrificamos. Lloradnos rápidamente y remplazadnos de prisa. Si esta carta os destroza el corazón, haced lo propio con ella. Adiós.

»Durante cerca de dos años os hemos hecho dichosas. No nos guardéis, pues, rencor.

»Firmado: *Blachevelle.*
Fameuil.
Listolier.
Félix Tholomyés.

»POST SCRIPTUM. La comida está pagada.»

Las cuatro jóvenes se miraron.

Favourite fue la primera en romper el silencio.

—¡Bien! —exclamó—. De todos modos es una buena broma.

—Es muy graciosa —dijo Zéphine.

—Debe ser Blachevelle quien ha tenido esta idea —continuó Favourite—. Esto hace que lo vuelva a querer. Tan pronto ido, tan pronto amado. Ésta es la historia.

—No —repuso Dahlia—, es una idea de Tholomyès. Se conoce a la legua.

—En este caso —continuó Favourite—, ¡muera Blachevelle y viva Tholomyès!

—¡Viva Tholomeyès! —gritaron Dahlia y Zéphine.

Y rompieron a reír.

Fantine rió, como los demás.

Una hora más tarde, cuando estuvo ya en su habitación, lloró. Era, ya lo hemos dicho, su primer amor; se había entregado sin reserva a Tholomyès, como a un marido, ¡y la pobre joven tenía un hijo!

Libro cuarto

Confiar es, a veces, entregar

I

Una madre que encuentra a otra

En el primer cuarto de este siglo, había en Montfermeil[1], cerca de París, una especie de figón que ya no existe. Este figón estaba a cargo de unas personas llamadas Thénardier, marido y mujer. Estaba situado en el callejón del Boulanger. Encima de la puerta veíase una tabla clavada en la pared. Sobre esta tabla había pintado algo que, en cierto modo, se asemejaba a un hombre que llevase a cuestas a otro hombre, el cual llevaba charreteras doradas de general, y grandes estrellas plateadas; unas manchas rojas querían figurar sangre; el resto del cuadro era todo humo, y probablemente representaba una batalla. Debajo se leía esta inscripción: «Mesón del sargento de Waterloo.»

Nada más frecuente que ver un chirrión o una carreta a la puerta de un albergue. Sin embargo, el vehículo o,

1 Tal como sugiere J. B. Barrère (*Hugo, el hombre y la obra*, p. 179), la elección de esta localidad ha podido ser inspirada a Víctor Hugo por la novela de Paul de Kock, *El cementerio de Montfermeil*.

mejor dicho, el fragmento de vehículo que obstruía la calle, delante del figón del sargento de Waterloo, una tarde de primavera de 1818, hubiera ciertamente llamado, por su masa, la atención de cualquier pintor que hubiera pasado por allí.

Era el avantrén, de uno de estos carretones que se usan en los países de bosques y que sirven para acarrear los maderos y los troncos de árboles. Componíase de un eje macizo de hierro, con un pivote, en el cual encajaba una pesada lanza, y que estaba sostenido por dos ruedas desmesuradas. Todo este conjunto era amazacotado, aplastante y deforme, como hubiera podido serlo el afuste de un cañón gigante. Los caminos habían dado a las ruedas, a las llantas, a los cubos, al eje y a la lanza de aquel armatoste, una capa de lodo, sucio, estucado, amarillento, muy parecido al que de buena voluntad se emplea para adornar las catedrales. La madera desaparecía bajo el barro y el hierro bajo el moho. Debajo del eje colgaba una gruesa cadena, digna de un Goliat forzado. Aquella cadena hacía pensar, no en las vigas a cuyo trasporte estaba destinada, sino en los mastodontes y mamuts que hubieran podido arrastrarla; tenía cierto aspecto de objeto de presidio, pero de presidio ciclópeo y sobrehumano, y parecía como separada de algún monstruo. Homero hubiese amarrado con ella a Polifemo, y Shakespeare a Calibán.

¿Por qué aquel desmesurado avantrén de carromato ocupaba aquel sitio en la calle? Primero, para obstruir la calle; luego, para acabar de enmohecerse. En el viejo orden social, hay también una multitud de instituciones que se encuentran del mismo modo en pleno aire, y que tampoco tienen otras razones para estar allí.

El centro de la cadena colgaba del eje bastante cerca del suelo, y en su curvatura, como sobre la cuerda de un

columpio, estaban sentadas y agrupadas aquella tarde, en una exquisita unión, dos tiernas niñas, la una de unos dos años y medio y la otra de dieciocho meses; la más pequeña en brazos de la mayor. Un pañuelo sabiamente anudado, impedía que se cayesen. Una madre había visto aquella espantosa cadena, y había dicho: ¡Tomad! He aquí un buen entretenimiento para mis niñas.

Las dos pequeñas, por lo demás, graciosamente ataviadas, hasta con cierta afectación, resplandecían, por decirlo así; eran como dos rosas entre el hierro viejo; sus ojos eran un triunfo, sus frescas mejillas sonreían. Una de las niñas era trigueña, la otra era morena. Sus inocentes rostros eran dos asombros encantadores; un zarzal florido que había cerca de allí, enviaba a los transeúntes perfumes que parecían proceder de ellas; la de dieciocho meses enseñaba su lindo vientre desnudo, con la casta indecencia de la infancia. Por encima y alrededor de aquellas cabezas delicadas, sumidas en la felicidad e inundadas de luz, el gigantesco avantrén, negro por el moho, casi terrible, todo lleno de nudos y de ángulos terribles, se redondeaba como la boca de una caverna. A pocos pasos, recostada sobre el umbral del albergue, la madre, mujer de poco agradable aspecto, pero conmovedora en aquel instante, balanceaba a las dos niñas por medio de una larga cuerda, protegiéndolas con su mirada, temerosa de un accidente, con esta expresión animal y celeste propia de la maternidad. A cada vaivén, los horribles anillos despedían un estridente sonido que parecía un grito de cólera; las niñas se extasiaban; el sol poniente participaba en aquella alegría, y nada tan hermoso como aquel capricho del azar, que había hecho de una cadena de titanes, un columpio de querubines.

Al mismo tiempo que mecía a sus hijas, la madre canturreaba, en voz de falsete, una canción entonces célebre:

Preciso es, decía un guerrero... [1]

Su canción y la contemplación de sus hijas, le impedían oír y ver lo que pasaba en la calle.

Sin embargo, alguien se había acercado a ella, cuando empezaba la primera estrofa de la canción, y, de repente, oyó una voz que decía muy cerca de su oído:

—Tenéis dos hermosas niñas, señora.

A la bella y tierna Imogina...

—repuso la madre, continuando su romanza; luego, volvió la cabeza.

Una mujer estaba frente a ella, a pocos pasos. Esta mujer llevaba también a una niña en los brazos.

Además, llevaba un abultado saco de noche, que parecía muy pesado.

La niña de aquella mujer era uno de los seres más divinos que puedan verse. Era una niña de dos o tres años. Por la coquetería de su adorno, hubiera podido competir con las otras niñas; llevaba una capotica de lienzo fino, cintas en la chambra, y puntillas en la gorrita. El pliegue de su falda levantada dejaba ver su muslo blanco, apretado y firme. Era admirablemente sonrosada y bien hecha. La hermosa pequeña inspiraba deseos de morder en las manzanas de sus mejillas. Nada podía

[1] Este verso se encuentra en la primera estrofa de un romance de estilo trovador, *Imogina y Alonzo:*

Preciso es, decía un guerrero
A la bella y tierna Imogina.
Preciso es, soy caballero
Y parto hacia Palestina.

decirse de sus ojos, sino que debían ser muy grandes y que tenían magníficas pestañas. Estaba dormida.

Dormía con este sueño de absoluta confianza, propia de su edad. Los brazos de las madres están hechos de ternura; los niños se duermen en ellos profundamente.

En cuanto a la madre, su aspecto era pobre y triste. Tenía el porte de una obrera que tiende a convertirse en aldeana. Era joven. ¿Era hermosa? Quizá; pero con aquel porte no lo parecía. Sus cabellos, de los que se escapaba un mechón rubio, parecían muy espesos, pero se ocultaban severamente debajo de una toca de beata, fea, apretada, estrecha y anudada debajo de la barbilla. La risa muestra los dientes hermosos, cuando se tienen; pero aquella mujer no reía. Sus ojos no parecían estar secos desde hacía mucho tiempo. Estaba pálida; tenía el aspecto cansado y algo enfermizo; miraba a su hija, dormida en sus brazos, con este aire particular de una madre que ha criado a su hijo. Un ancho pañuelo azul, parecido a los que usan los inválidos, doblado en forma de pañoleta, ocultaba pesadamente su talle. Tenía las manos bronceadas y salpicadas de manchas rojizas, el índice endurecido y agrietado por la aguja, un mantón negro de lana tosca, y gruesos zapatos. Era Fantine.

Era Fantine. Se la reconocía con dificultad. Sin embargo, examinándola con atención, se descubría siempre su hermosura. Un pliegue triste, que parecía un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. En cuanto a su traje, aquel traje aéreo de muselina y de música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se había desvanecido como la hermosa escarcha que se finge diamantes a la luz del sol, pero que al deshacerse, deja enteramente negra la rama en que se posaba.

Habían trascurrido diez meses, desde la famosa «sorpresa».

¿Qué había sucedido durante aquellos diez meses? Fácil es adivinarlo.

Después del abandono, la miseria; Fantine había perdido inmediatamente de vista a Favourite, Zéphine y Dahlia; el lazo, una vez roto por el lado de los hombres, se había deshecho por el de las mujeres; quince días después, si se les hubiera dicho que eran amigas, se hubieran asombrado mucho; aquello no tenía razón de ser. Fantine había quedado sola. Habiéndola abandonado el padre de su hija —¡ay!, estas rupturas son irrevocables— se encontró absolutamente aislada, con el hábito del trabajo de menos y la afición al placer de más. Arrastrada, por sus relaciones con Tholomyès, a desdeñar el oficio que sabía, había descuidado sus medios de trabajo y todas las puertas llegaron a cerrársele. No le quedó ningún recurso. Fantine apenas sabía leer y no sabía escribir; únicamente le habían enseñado, en su infancia, a escribir su nombre; había hecho escribir, por un memorialista, una carta para Tholomyès, después otra, y luego una tercera. Tholomyès no había contestado a ninguna. Un día, Fantine oyó decir a unas comadres, mirando a su hija:

—¿Por ventura se toman en serio estos niños? ¡El que los engendra se encoge de hombros!

Entonces pensó que Tholomyès se encogería de hombros también, cuando oyera hablar de su hija, y que no tomaría en serio a aquel ser inocente; y su corazón se puso sombrío para todo cuanto se relacionara con aquel hombre. Pero ¿qué partido tomar? Ya no sabía a quién acudir. Había cometido una falta, pero el fondo de su naturaleza, según puede recordarse, era pudor y virtud. Sintió confusamente que estaba en vísperas de caer en el abatimiento y de resbalar hasta el abismo. Era preciso tener valor; lo tuvo, y se irguió de nuevo. Se le

ocurrió la idea de regresar a su pueblo natal, a Montreuil-sur-Mer. Allí quizás alguien la conocería y le daría trabajo. Sí; pero sería preciso esconder su falta. Y entreveía confusamente la necesidad posible de una separación más dolorosa aún que la primera. Su corazón se sintió oprimido, pero tomó su resolución. Fantine tenía, como se verá, el feroz valor de la vida.

Valientemente, había renunciado ya a las galas; se había vestido de percal y puesto sus sedas, sus vestidos, sus cintas y sus puntillas en su hija, única vanidad que le quedaba; bien santa, por cierto. Vendió todo lo que tenía, lo cual le produjo doscientos francos; una vez pagadas sus pequeñas deudas, no le quedaron más que unos ochenta francos. A los veintidós años, en una hermosa mañana de primavera, abandonó París, llevando a su hija sobre su espalda. Cualquiera que las hubiese visto pasar a las dos, hubiera sentido piedad de ellas. Aquella mujer no tenía en el mundo nada más que esta niña, y esta niña no tenía en el mundo más que a esta mujer. Fantine había criado a su hija; aquello le había fatigado el pecho, por lo cual tosía un poco.

No volveremos a tener ocasión de hablar del señor Félix Tholomyès. Limitémonos a decir que veinte años más tarde, en tiempos del rey Luis-Felipe, era un robusto abogado de provincias, influyente y rico, elector prudente y jurado severísimo; siempre hombre alegre.

Hacia la mitad del día, después de haber caminado de cuando en cuando, para descansar un poco, mediante tres o cuatro sueldos por legua, en lo que entonces se llamaban pequeños coches de los alrededores de París, Fantine se encontró en Montfermeil, en la callejuela del Boulanger.

Al pasar por delante de la hostería Thénardier, las dos niñas, tan contentas de su columpio monstruoso, habían

sido para ella una especie de deslumbramiento, y se detuvo ante aquella visión de alegría.

Existen hechizos. Aquellas dos niñas fueron uno de ellos para aquella mujer.

Contemplábalas, conmovida. La presencia de los ángeles es un asunto del paraíso. Creyó ver, por encima de aquella hostoría, el misterioso AQUÍ de la Providencia. ¡Aquellas dos pequeñas parecían tan felices! Las contemplaba, las admiraba tan enternecida que, al tomar la madre aliento entre dos versos de su canción, no pudo por menos que decirle las palabras que se acaban de leer:

—Tenéis dos hermosas niñas, señora.

Las criaturas más feroces se sienten desarmadas, cuando se acaricia a sus hijos. La madre levantó la cabeza y dio las gracias e hizo sentar a la transeúnte en el banco junto a la puerta, estándolo ella sobre el umbral. Las dos mujeres charlaron.

—Me llamo la señora Thénardier —dijo la madre de las dos pequeñas—. Tenemos esta hostería.

Después, siempre con su canción, añadió entre dientes:

Preciso es, yo soy caballero
Y parto hacia Palestina.

Era la señora Thénardier, una mujer colorada, robusta, angulosa; el tipo de la mujer-soldado en toda su decadencia. Y, cosa extraña, con un aire sentimental, que debía a sus lecturas novelescas. Era una carantoña hombruna. Las antiguas novelas que se han incrustado en la imaginación de las bodegoneras, producen este efecto. Eran joven aún; apenas tendría treinta años. Si esta mujer, que estaba acurrucada, se hubiese mantenido derecha, acaso su alta estatura y su aspecto de coloso ambulante, propio de las ferias, habrían asustado a la viajera,

turbado su confianza, y desvanecido todo lo que tenemos que referir. Una persona que está sentada en lugar de estar de pie, aun a esto se atiene el destino.

La viajera contó su historia, un poco modificada.

Que era obrera; que su marido había muerto, que careciendo de trabajo en París, iba a buscarlo fuera, a su país; que había dejado París aquella misma mañana, a pie; que, como llevaba a su hija, se sentía cansada y, habiendo encontrado el coche de Villemomble, había subido a él, que de Villemomble a Montfermeil había venido a pie; que la niña había andado un poco, pero no mucho, pero era tan pequeñita que había tenido que cogerla en brazos, y que la joya se había dormido.

Y, al decir estas palabras, dio a su hija un apasionado beso que la despertó. La niña abrió los ojos, unos grandes ojos azules como los de su madre, y miró, ¿qué? Nada, todo, con este aire serio y algunas veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia ante nuestros crepúsculos de virtudes. Se diría que se sienten ángeles y nos saben humanos. Luego, la niña se puso a reír y, aunque la madre trató de detenerla, saltó al suelo con la indomable energía de un pequeño ser que quiere correr. De repente, descubrió a las otras dos sobre el columpio, se detuvo súbitamente, y sacó la lengua en señal de admiración.

La tía Thénardier desató a sus hijas, las hizo bajar del columpio, y dijo:

—Jugad las tres juntas.

Estas edades se familiarizan prontamente y, al cabo de un minuto, las pequeñas Thénardier jugaban con la recién llegada, haciendo agujeros en el suelo, placer inmenso.

La recién llegada era muy alegre; la bondad de la madre se halla escrita en la alegría del crío; había cogido

un palito de madera, que le servía de pala, y cavaba enérgicamente una fosa grande como para una mosca. Lo que hace un enterrador viene a ser una cosa de risa, hecho por un niño.

Las dos mujeres seguían charlando.

—¿Cómo se llama vuestra pequeña?

—Cosette.

Léase Euphrasie, no Cosette. La pequeña se llamaba Euphrasie. Pero de Euphrasie, la madre había hecho Cosette, con este dulce instinto de las madres y del pueblo, que cambia Josefa en Pepita, y Françoise en Sillette. Es éste un género de derivados que confunde y desconcierta toda la ciencia de los etimologistas. Hemos conocido a una abuela que, del nombre de Théodore, llegó a formar el de Gnon.

—¿Qué edad tiene?

—Va para tres años.

—Lo mismo que mi niña mayor.

Mientras tanto, las tres criaturas se habían agrupado, en una actitud de profunda ansiedad y de beatitud; habíase verificado un acontecimiento; un gran gusano acababa de salir de la tierra, y estaban en éxtasis.

Sus frentes radiantes se tocaban; parecían tres cabezas en una aureola.

—¡Lo que son los niños —exclamó la tía Thénardier—, cualquiera que las viera, diría que son tres hermanas!

Esta palabra fue la chispa que probablemente estaba esperando la otra madre. Cogió la mano de la Thénardier, miró fijamente a ésta y le dijo:

—¿Queréis tenerme a mi niña?

La Thénardier tuvo uno de estos movimientos de sorpresa, que no son ni el asentimiento ni la negativa.

La madre de Cosette prosiguió:

—Mirad, yo no puedo llevarme a mi hija a mi país. El trabajo no lo permite. Con una criatura no hay donde colocarse. ¡Son tan ridículos en mi país! El buen Dios es quien me ha hecho pasar por vuestra hostería. Cuando he visto a vuestras niñas, tan bonitas, tan limpias y tan contentas, he quedado admirada. Me he dicho a mí misma: esta es una buena madre. Sí, podrían ser tres hermanas. Además, yo no tardaré mucho en volver. ¿Queréis guardarme a mi niña?

—Veremos —dijo la Thénardier.

—Pagaré seis francos al mes.

Entonces, una voz de hombre gritó, desde el interior del figón:

—No puede ser menos de siete francos. Y con seis meses pagados por adelantado.

—Seis veces siete, cuarenta y dos —añadió la Thénardier.

—Los daré —respondió la madre.

—Y, además, quince francos para los primeros gastos —añadió la voz de hombre.

—Total, cincuenta y siete francos —dijo la señora Thénardier. Y, a través de estas cifras, canturreaba vagamente:

Preciso es, decía un guerrero...

—Los daré —dijo la madre—, tengo ochenta francos. Yendo a pie, me quedaré con qué llegar a mi tierra. Allí ganaré dinero y, tan pronto como logre reunir un poco, volveré a buscar a mi amor.

La voz de hombre, repuso:

—¿Y la niña, tiene equipo?

—Es mi marido —aclaró la Thénardier.

—¡Vaya si tiene equipo, mi pobre tesoro! Ya he conocido que era vuestro marido. ¡Y un hermoso equipo!, un equipo desmedido. Todo por docenas: y trajes de seda, como una dama. Ahí lo tengo, en mi saco de noche.

—Tendrá que dejárselo —continuó la voz del hombre.

—¡Claro que lo dejaré! —dijo la madre—. ¡Sería gracioso que dejase a mi hija desnuda!

Entonces apareció el rostro del amo.

—Está bien —dijo.

El trato quedó cerrado. La madre pasó la noche en la hostería, entregó el dinero y dejó a su hija; ató de nuevo su saco de noche, desprovisto ya del equipo, y partió a la mañana siguiente, calculando regresar pronto. Se disponen tranquilamente estas separaciones, pero causan desesperación.

Una vecina de los Thénardier encontró a esta madre, cuando se marchaba, y volvió diciendo:

—Acabo de ver a una mujer que va llorando por la calle, y destroza el corazón.

Cuando la madre de Cosette hubo marchado, el hombre dijo a la mujer:

—Con esto satisfaré mi pagaré de ciento diez francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta francos. ¿Sabes que, de lo contrario, hubiese tenido aquí al escribano con un protesto? Has armado una buena ratonera, con tus hijas.

—Sin sospecharlo siquiera —dijo la mujer.

II

Primer esbozo de dos figuras ambiguas

Bien pobre era el ratón cogido; pero el gato se alegra aun por el ratón más flaco.

¿Quiénes eran los Thénardier?

Digámoslo en una palabra, ahora. Más tarde completaremos el croquis.

Estos seres pertenecían a esta clase bastarda compuesta de gentes groseras que se han elevado, y de gentes inteligentes que han decaído, que está entre la clase llamada media y la llamada inferior, y que combina algunos de los defectos de la segunda con casi todos los vicios de la primera, sin tener el generoso impulso del obrero, ni el honesto orden del burgués.

Eran de estas naturalezas enanas que, si por azar las caldea un fuego sombrío, llegan con facilidad a hacerse monstruosas. En la mujer había el fondo de un bruto, y en el hombre la estofa de un bribón. Ambos eran, en el

más alto grado, capaces de cierta especie de repugnante progreso, que se hace en el sentido del mal. Existen almas como el cangrejo, que retroceden continuamente hacia las tinieblas, retrogradan más que adelantan en la vida, empleando su experiencia en aumentar su deformidad, impregnándose cada vez más de una negrura creciente. Aquel hombre y aquella mujer eran de esta clase de almas.

Thénardier, particularmente, era repugnante para el fisonomista. A ciertos hombres, no hay más que mirarlos para desconfiar de ellos, porque se les ve tenebrosos por sus dos lados. Son inquietos por detrás y amenazadores por delante. Hay en ellos algo de lo desconocido. No se puede responder de lo que han hecho ni de lo que harán. La sombra que tienen en la mirada los denuncia. Con oírlos pronunciar una palabra, o con verlos hacer un gesto, se entreven sombríos secretos en su pasado y sombríos misterios en su porvenir.

El tal Thénardier, a creer lo que decía, había sido soldado; sargento, según afirmaba; probablemente, había hecho la campaña de 1815, e incluso se había comportado bastante valientemente, según parece. Después veremos lo que en esto había de cierto. La enseña de su figón era una alusión a uno de sus hechos de armas. La había pintado él mismo, porque sabía hacer un poco de todo; por supuesto mal.

Era la época en que la antigua novela clásica, que después de haber sido Celia, no era más que Lodoiska[1], siempre noble, pero cada vez más vulgar, habiendo caído de la señorita Scudéri y madame de Barthélémy-Hadot[2],

1 *Lodoiska*, título de dos óperas representadas en 1791 una con música de Cherubini y otra de Kreuzer. Pero Hugo piensa más bien aquí en la heroína de Faublas (1787-1790).

2 Madame Barthélémy-Hadot (1763-1821), era el autor de numerosas novelas históricas.

y de madame de Lafayette a madame Bournon-Malarme[1], incendiaba el alma amante de las porteras de París, y tal vez arrastraba algún tanto los arrabales. La Thénardier era justo lo suficientemente inteligente, como para leer tal especie de libros. Se alimentaba de ellos. Ahogaba en ellos el poco seso que tenía. Aquello le había dado, mientras fue joven, e incluso un poco más tarde, una especie de aire pensativo respecto a su marido, pícaro de cierta profundidad, rufián letrado, menos en gramática, grosero y fino al mismo tiempo, pero que, en punto a sentimentalismo, leía a Pigaut-Lebrun[2], y para «todo lo que toca al sexo», como decía en su jerga, era un alcaraván perfecto y sin mezcla. Su mujer tenía como doce o quince años menos que él. Más tarde, cuando los cabellos novelescamente llorones comenzaron a blanquear, cuando la Megera se desprendió de la Pamela, la Thénardier no fue más que una gruesa y mala mujer que había saboreado estúpidas novelas. Pero no se leen necedades impunemente, y de aquella lectura resultó que su hija mayor se llamó Éponine. En cuanto a la menor, la pobre niña estuvo a punto de llamarse Gulnare; aunque gracias a no sé qué feliz diversión producida por una novela de Ducray-Duminil[3], no llegó a llamarse más que Azelma.

Por lo demás, dicho sea de paso, todo no es ridículo y superficial en esta curiosa época a la cual aludimos

1 Charlotte de Bournon-Malarme (1753-1830) publicó una treintena de novelas en las que los héroes, en un cuadro inglés, parecen condenados a ir por parejas (*Charles y Arthur*, *Los dos tuertos*, *Los dos jefes de bandidos*, *Dos familias de Norvich*, etc.).

2 Sobre Pigault-Lebrun (n. I, p. 40).

3 Ducray-Duminil (1761-1819), novelista, autor de *Víctor o el niño del bosque* (reimpreso treinta y siete veces durante el siglo XIX). Como lo demuestra G. Venzac (*Los orígenes religiosos de Víctor Hugo*, pp. 172-174), las lecturas de la Thénardier eran las del autor en la misma época.

aquí, y a la que podríamos llamar la anarquía de los nombres de pila. Al lado del elemento novelesco, que acabamos de indicar, se halla el síntoma social. No es nada raro, hoy, que un zagal boyero se llame Arthur, Alfred o Alphonse, y que un vizconde —si aún existen vizcondes— se llame Thomas, Pierre o Jacques. Esta dislocación, que pone el nombre «elegante» al plebeyo, y el nombre campesino al aristócrata, no es otra cosa que un remolino de igualdad. La irresistible penetración del soplo nuevo se ve en esto, como en todo. Bajo esta discordancia aparente, hay una cosa grande y profunda: la revolución francesa.

III

La Alondra

No basta con ser malo para prosperar. El bodegón iba mal.

Gracias a los cincuenta y siete francos de la viajera, la Thénardier pudo evitar un protesto y hacer honor a su firma. Al mes siguiente, volvieron a tener necesidad de dinero, y la mujer llevó a París y empeñó en el monte de piedad el equipo de Cosette, en la cantidad de sesenta francos. Cuando hubieron gastado aquella cantidad, los Thénardier se acostumbraron a no ver en la niña más que a una criatura que tenían en su casa por caridad, tratándola como a tal. Como ya no tenía equipo propio, la vistieron con las viejas sayas, y las camisas desechas de sus hijas; es decir, con harapos. La alimentaban con las sobras de los demás; esto es, un poco mejor que al perro y un poco peor que al gato. En efecto, el perro y el gato eran sus habituales comensales; Cosette comía con ellos bajo la mesa, en una escudilla de madera igual a la suya.

La madre, que se había establecido, como se verá más tarde, en Montreuil-sur-Mer, escribía o, mejor dicho, hacía escribir todos los meses, con el fin de tener noticias de su hija. Los Thénardier respondían invariablemente: «Cosette está a las mil maravillas.»

Trascurridos los seis primeros meses, la madre remitió siete francos para el sétimo mes, y continuó, con bastante exactitud, haciendo sus envíos de mes en mes. Aún no había concluido el año, cuando Thénardier dijo:

—¡Vaya un gran favor que nos hace! ¿Qué quiere que hagamos con siete francos?

Y escribió, para exigir doce francos. La madre, a quien convencieron de que su hija era feliz y «que se criaba bien», se sometió y envió los doce francos.

Ciertas naturalezas no pueden amar por un lado, sin odiar por otro. La tía Thénardier amaba apasionadamente a sus dos hijas, lo que hizo que detestara a la forastera. Es triste pensar que el amor de una madre puede tener algún lado malo. El poco lugar que Cosette ocupaba en su casa, le parecía que lo usurpaba a los suyos, y que aquella pequeña disminuía el aire que sus hijas respiraban. Aquella mujer, como muchas mujeres de su clase, tenía una cantidad de caricias y una cantidad de golpes e injurias para prodigar cada día. Si no hubiera tenido a Cosette, ciertamente que sus hijas, aunque idolatradas, lo hubieran recibido todo; pero la forastera les hizo el favor de atraer los golpes para sí. A sus hijas no les tocaron más que las caricias. Cosette no hacía un movimiento, sin que cayese sobre su cabeza una granizada de castigos violentos e inmerecidos. ¡Dulce y débil ser, que nada debía comprender de este mundo ni de Dios, sin cesar castigada, reñida, maltratada, golpeada, y que veía a su lado a dos pequeñas criaturas como ella, que vivían como en un rayo de aurora!

La Thénardier era mala para Cosette, y Éponine y Azelma lo fueron también. Los niños, en esta edad, no son más que ejemplares de su madre. El formato es más pequeño, esto es todo.

Trascurrió un año, y luego otro.

En el pueblo decían:

—Estos Thénardier son buena gente. No son ricos, y educan a una pobre niña que dejaron abandonada en su casa.

Creían que Cosette había sido olvidada por su madre.

Mientras tanto, Thénardier, habiéndose enterado, por no se sabe qué oscuros caminos, que la niña era probablemente bastarda, y que su madre no podía confesarlo, exigió quince francos al mes, diciendo que «la criatura» crecía y «comía», y amenazaba con devolvérsela.

«¡Que no me fastidie! —exclamaba—. Porque le arrojo su rapaza en medio de sus tapujos. Necesito un aumento.»

La madre pagó los quince francos.

De año en año, la niña crecía, y su miseria también.

Mientras Cosette fue pequeñita, fue la lleva golpes de las otras dos niñas; pero, desde que empezó a desarrollarse un poco, es decir, aun antes de cumplir los cinco años, se convirtió en la criada de la casa.

A los cinco años, se dirá, esto es inverosímil. Pero, ¡ay!, es cierto. El sufrimiento social, empieza a cualquier edad. ¿No hemos visto, hace poco, el proceso de un tal Dumolart, huérfano convertido en bandido que, desde la edad de cinco años, dicen los documentos oficiales, encontrándose solo en el mundo, «trabajaba para vivir y robaba»?

Obligaron a Cosette a hacer los recados, a barrer las habitaciones, el patio, la calle, a fregar la vajilla, y hasta a llevar fardos. Los Thénardier se creyeron tanto más

autorizados para proceder de este modo, cuanto que la madre de la niña, que estaba todavía en Montreuil-sur-Mer, empezó a pagar mal, dejando pasar algunos meses al descubierto.

Si aquella madre hubiese vuelto a Montfermeil al cabo de estos tres años, no hubiera conocido a su hija. Cosette, tan bonita y tan fresca cuando llegó a aquella casa, estaba entonces flaca y pálida. Tenía, además, cierto aire de desconfianza. «¡Cazurra!», decían los Thénardier.

La injusticia la había hecho arisca, y la miseria la había formado fea. No le quedaban más que sus hermosos ojos que causaban lástima, porque, siendo muy grandes, parecía que en ellos se veía mayor cantidad de tristeza.

Lástima daba ver, en invierno, a aquella pobre niña, que no tenía aún seis años, tiritando bajo los viejos harapos de percal agujereados, barrer la calle antes de que apuntara el día, con una enorme escoba en sus pequeñas manos amoratadas, y una lágrima en sus grandes ojos.

En el lugar la llamaban la Alondra. El pueblo, que gusta de las imágenes, se complacía en dar este nombre a aquel pequeño ser, no mayor que un pájaro, que temblaba, se asustaba y tiritaba, despierto el primero cada mañana en la casa y en la aldea, siempre en la calle y en los campos antes del alba.

Sólo que la pobre Alondra no cantaba nunca.

Libro quinto

El descenso

I

Historia de un progreso en los abalorios negros

¿Qué era, dónde estaba, qué hacía mientras tanto esta madre que, al decir de las gentes de Montfermeil, parecía haber abandonado a su hija?

Después de haber dejado a su pequeña Cosette con los Thénardier, había continuado su camino y había llegado a Montreuil-sur-Mer.

Recordemos que era en 1818.

Hacía unos diez años que Fantine había abandonado su provincia. Montreuil-sur-Mer había cambiado de aspecto. Mientras Fantine descendía lentamente de miseria en miseria, su villa natal había prosperado.

Hacía como dos años, aproximadamente, que se había realizado en ella uno de estos hechos industriales que son los grandes acontecimientos de los pequeños países [1].

[1] Una nota señalada por el E.I.N. prueba que, desde 1829-1830, Hugo se documentó sobre la industria del azabache. Se encontrará el texto, en el libro de Edmond Benoit-Levy, *Los miserables de Víctor Hugo*, p. 75.

Este detalle importa y creemos útil desarrollarlo; casi diríamos subrayarlo.

De tiempo inmemorial, Montreuil-sur-Mer tenía por industria especial, la imitación del azabache inglés y de las cuentas de vidrio negras de Alemania. Esta industria no había hecho más que vegetar, a causa de la carestía de las materias primas, que redundaba en perjuicio de la mano de obra. En el momento en que Fantine llegó a Montreuil-sur-Mer, habíase operado una trasformación inaudita en la producción de «artículos negros». Hacia el final de 1815, un hombre, un desconocido, había ido a establecerse en la ciudad y había tenido la idea de sustituir, en esta fabricación, la goma laca por la resina, y para los brazaletes en particular, los coladeros de chapa simplemente unida por coladeros de chapa soldada. Aquel pequeño cambio había sido una revolución.

Tan pequeño cambio, efectivamente, había reducido prodigiosamente el precio de la materia prima, lo cual había permitido, primeramente, elevar el precio de la mano de obra, beneficio para la región; en segundo lugar, mejorar la fabricación, beneficio para el comprador; en tercer lugar, vender más barato, triplicando la ganancia, beneficio para el fabricante.

De modo que, con una sola idea se obtenían tres resultados.

En menos de tres años, el autor de este procedimiento se había hecho rico, lo cual está muy bien, y todo lo había enriquecido a su alrededor, lo cual es mejor. Era forastero en el departamento. De su origen nada se sabía; de sus principios, poca cosa.

Se sabía que había llegado a la ciudad con muy poco dinero, todo lo más algunos centenares de francos.

De tan pequeño capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecundada por el orden y el pensamiento, había sacado su fortuna y la de toda la comarca.

A su llegada a Montreuil-sur-Mer, no tenía más que las ropas, el aspecto y el lenguaje de un obrero.

Parece ser que la misma tarde en que hacía su entrada en Montreuil-sur-Mer, a la caída de una tarde de diciembre, con el morral a la espalda y el bastón de espino en la mano, acababa de estallar un violento incendio en la casa municipal. Aquel hombre se había arrojado al fuego y había salvado, con peligro de su vida, a dos niños, que después resultaron ser los hijos del capitán de la gendarmería; esto hizo que no se pensase en pedirle el pasaporte. Desde entonces se supo su nombre. Se llamaba el «tío Madeleine».

II

Madeleine

Era un hombre de unos cincuenta años, que tenía un aire preocupado y que era bueno. Esto es todo lo que de él podía decirse.

Gracias a los rápidos progresos de esta industria, que él había restaurado tan admirablemente, Montreuil-sur-Mer se había convertido en un considerable centro de negocios. España, que consumía mucho azabache, encargaba cada año pedidos inmensos. Montreuil-sur-Mer, por su comercio, casi hacía competencia a Londres y Berlín. Los beneficios del tío Madeleine eran tales que, al segundo año, pudo ya edificar una gran fábrica, en la cual había dos vastos talleres, uno para los hombres y otro para las mujeres. Quien tuviese hambre, podía presentarse allí y estar seguro de obtener pan y trabajo. El tío Madeleine pedía buena voluntad a los hombres, costumbres puras a las mujeres, y probidad a todos. Había dividido los talleres con el fin de separar los sexos, y que las muchachas y las mujeres pudieran mantenerse prudentes. Sobre este punto era inflexible. Era el único en

el que mostraba cierta intolerancia. Y su severidad estaba tanto más fundada, cuanto que Montreuil-sur-Mer, era una ciudad de guarnición y las ocasiones de corrupción abundaban. Por lo demás, su llegada había sido un beneficio y su presencia era una providencia. Antes de la llegada del tío Madeleine, todo languidecía en el país. Ahora, todo vivía con la vida sana del trabajo. Una fuerte circulación reanimaba todo y penetraba en todas partes. La holganza y la miseria eran desconocidas. No había bolsillo tan escaso que no tuviese un poco de dinero; ni vivienda tan pobre que no tuviese un poco de alegría.

El tío Madeleine empleaba a todo el mundo. No exigía más que una cosa: ¡Ser hombre honrado! ¡Ser mujer honrada!

Según hemos dicho, en medio de aquella actividad de la cual él era la causa y el eje, el tío Madeleine hacía su fortuna; pero, cosa no poco singular en un hombre dedicado tan sólo al comercio, no mostraba que fuera aquel su principal cuidado. Parecía que pensaba mucho en los demás, y poco en sí mismo. En 1820, se le conocía una suma de seiscientos treinta mil francos, colocada a su nombre en casa de Laffitte; pero antes de ahorrar estos seiscientos mil francos, había gastado más de un millón, para el pueblo y para los pobres.

El hospital estaba mal dotado; había costeado diez camas. Montreuil-sur-Mer estaba dividido en ciudad alta y ciudad baja. La baja, donde él vivía, no tenía más que una escuela, mala casucha que se caía a pedazos; él construyó dos escuelas, una para niños y otra para niñas. Pagaba de su bolsillo a los dos maestros una gratificación doble del mezquino sueldo oficial y, habiéndose admirado algunos de esto, les respondió: «Los dos primeros funcionarios del estado son la nodriza y el maestro de escuela.» Había creado a sus expensas una sala de asilo,

cosa entonces casi desconocida en Francia, y una caja de socorro para los obreros ancianos e inválidos. Como su fábrica era un centro, un nuevo barrio, en el que habitaban un buen número de familias indigentes, había surgido rápidamente a su alrededor; en él había establecido una farmacia gratuita.

En los primeros tiempos, cuando lo vieron empezar, las buenas almas decían: es un atrevido que quiere enriquecerse. Cuando lo vieron enriquecer al país, antes que enriquecerse a sí mismo, las mismas buenas almas dijeron: es un ambicioso. Aquello parecía tanto más probable, cuanto que aquel hombre era religioso, y aún practicaba la devoción en cierta medida, cosa muy bien vista en aquella época. Todos los domingos, regularmente, iba a oír misa rezada. El diputado del distrito, que por todas partes olfateaba competencias, no tardó en inquietarse por aquella religión. Este diputado, que había sido miembro del cuerpo legislativo del imperio, compartía las ideas religiosas de un padre del oratorio, conocido con el nombre de Fouché, duque de Otrante, de quien era protegido y amigo. A puerta cerrada, se reía quedamente de Dios. Pero, cuando vio al rico fabricante Madeleine ir a la misa rezada de las siete, vislumbró un posible candidato y resolvió superarlo; tomó un confesor jesuita, y fue a misa mayor y a vísperas. La ambición en aquel tiempo era, en la acepción directa de la palabra, una carrera al campanario. Los pobres se aprovecharon también de aquel terror, tanto como el buen Dios, pues el honorable diputado fundó dos camas en el hospital, con lo cual se juntaron doce.

Sin embargo, en 1819, una mañana corrió la voz por el lugar, de que, a propuesta del prefecto y en consideración a los servicios prestados al país, el tío Madeleine iba a ser nombrado, por el rey, alcalde de Montreuil-sur-Mer.

Los que habían declarado «ambicioso» al recién llegado, aprovecharon con satisfacción la oportunidad que todos los hombres esperan para exclamar: «¡Vaya! ¿No es lo que habíamos dicho?» Esta exclamación se repitió por todo Montreuil-sur-Mer. El rumor era fundado. Algunos días después, apareció el nombramiento en el *Monitor*. Al día siguiente, el tío Madeleine renunció.

En este mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento inventado por Madeleine figuraron en la exposición de la industria [1]; a informe del jurado, el rey nombró al inventor caballero de la Legión de Honor. Nuevo rumor en la pequeña ciudad. «¡Vaya! ¡Es la cruz lo que quería!» El tío Madeleine renunció a la cruz.

Decididamente, aquel hombre era un enigma. Las buenas almas salieron del paso diciendo: «Después de todo, no es más que un aventurero.»

Como hemos visto, la comarca le debía mucho; los pobres se lo debían todo; era tan inútil que no se podía menos que llegar a estimarlo, y tan afable que no se podía menos que llegar a amarlo; sus trabajadores, en particular, lo adoraban, y él admitía esta adoración con una especie de gravedad melancólica. Cuando fue considerado rico, «las personas de la buena sociedad», lo saludaron y en la ciudad se le llamó el señor Madeleine; sus trabajadores y los niños continuaron llamándolo tío Madeleine, y era lo que más le hacía sonreír. A medida que iba subiendo, las invitaciones llovían sobre él. «La sociedad» lo reclamaba. Los pequeños salones encopetados de Montreuil-sur-Mer que, por supuesto, durante los primeros tiempos estuvieron cerrados para el artesano, se abrieron

1 La primera de las tres exposiciones nacionales de productos de la industria, organizada en París por la restauración. Hubo 1 662 expositores.

de par en par al millonario. Se le hicieron mil invitaciones. A todas se negó.

Esta vez, aún, las buenas almas no tuvieron obstáculo en exclamar: «Es un hombre ignorante y de baja condición. No se sabe de dónde ha salido. No sabría comportarse entre personas de mundo. Ni aún está probado que sepa leer.»

Cuando se le vio ganar dinero, se dijo: es un negociante. Cuando se le vio renunciar a los honores, se dijo: es un aventurero. Cuando se le vio renunciar al mundo, se dijo: es un bruto.

En 1820, cinco años después de su llegada a Montreuil-sur-Mer, los servicios que había prestado al país eran tan notables, y tan unánime fue el voto de toda la comarca, que el rey lo nombró nuevamente alcalde de la ciudad. Renunció una vez más, pero el prefecto no admitió su renuncia; rogáronle los notables, suplicóle el pueblo en plena calle, y la insistencia fue tan viva que al fin tuvo que aceptar. Observóse que lo que más pareció determinarlo fue un apóstrofe casi irritado de una vieja mujer del pueblo, que le gritó en el umbral de su puerta: «Un buen alcalde es útil. ¿Quién retrocede cuando puede hacer el bien?»

Fue la tercera fase de su ascensión. El tío Madeleine se había convertido en el señor Madeleine, y el señor Madeleine se convirtió en el señor alcalde.

III

Sumas depositadas en la casa Laffitte

Por lo demás, continuó viviendo tan sencillamente como el primer día. Tenía los cabellos grises, la mirada seria, la tez tostada de un obrero, el rostro pensativo de un filósofo. Llevaba habitualmente un sombrero de anchos bordes, y un amplio gabán de paño grueso, abotonado hasta la barbilla. Cumplía con sus funciones de alcalde, pero, fuera de ellas, vivía solitario. Hablaba a poca gente. Se sustraía a los cumplidos, saludaba de paso, se esquivaba pronto, sonreía para ahorrarse el hablar, y daba para ahorrarse el sonreír. Las mujeres decían de él: «¡Qué buen oso!» Su distracción era pasear por el campo.

Comía siempre solo, con un libro abierto ante él, el cual leía. Tenía una pequeña y escogida biblioteca. Le gustaban los libros; los libros son unos amigos fríos y seguros. A medida que, con la riqueza, adquiría el desahogo de trabajo, parecía que aprovechábase de él para cultivar su espíritu. Desde que estaba en Montreuil-sur-Mer, se observaba que, de año en año, su lenguaje se hacía más cortés, más escogido y más suave.

Frecuentemente, llevaba consigo un fusil en sus paseos, pero rara vez se servía de él. Cuando así sucedía,

por casualidad, tenía un tiro tan infalible que espantaba. Nunca mataba a un animal inofensivo. Nunca tiraba a un pajarillo.

Aunque ya no era joven, decíase de él que tenía una fuerza prodigiosa. Ofrecía echar una mano a quien lo necesitaba; levantaba un caballo, empujaba una rueda tollada, detenía por los cuernos a un toro escapado. Llevaba los bolsillos siempre llenos de monedas al salir, y vacíos al regresar. Cuando pasaba por alguna aldea, los chiquillos desarrapados corrían alegremente detrás de él, y lo rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que había debido vivir en otro tiempo la vida del campo, porque tenía toda suerte de secretos útiles que enseñaba a los campesinos. Los enseñaba a destruir la cizaña de los trigos, rociando los graneros e inundando las hendiduras del suelo con una disolución de sal común, y a ahuyentar el gorgojo, suspendiendo en todas partes, en las paredes y techos, en los pajares y en las casas, romero en flor. Tenía «recetas» para extirpar la neguilla de un campo, y también el tizón, la algarroba silvestre, la cola de zorro, y demás plantas parásitas que consumen el trigo. Defendía una conejera contra los ratones, solamente con el olor de un pequeño cerdo de Barbarie que ponía en ella.

Un día, viendo a la gente del país muy ocupada en arrancar ortigas miró aquel montón de plantas desarraigadas y ya secas, y dijo:

—Están muertas. Sin embargo, serían buenas si se supieran utilizar. Cuando la ortiga es nueva, su hoja es una excelente legumbre; cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga sería tan buena como la tela de cáñamo. Picada, la ortiga es buena para las aves; molida, es buena para los animales de cuernos. La semilla de la ortiga, mezclada con

el forraje, da lustre al pelo de los animales: su raíz, mezclada con sal, produce un hermoso color amarillo. Por lo demás, es un excelente heno que se puede segar dos veces. ¿Y, qué necesita la ortiga? Poca tierra, ningún cuidado, ni cultivo alguno. Únicamente la semilla se cae, conforme va madurando, y es difícil de recoger, pero no más. Con poco trabajo, la ortiga sería útil; se la desprecia, y es dañina. Entonces se la mata. ¡Cuántos hombres se asemejan a la ortiga! —Tras un silencio añadió—: Amigos míos, recordad esto: no hay ni malas hierbas, ni malos hombres. No hay más que malos cultivadores.

Los niños lo amaban, además, porque sabía hacer lindos juguetes con paja y nueces de coco.

Cuando veía la puerta de una iglesia con crespones negros, entraba; buscaba un entierro, como otros buscan un bautismo. La viudez y la desgracia del prójimo lo atraían, debido a su gran bondad; se mezclaba con los amigos afligidos, con las familias enlutadas, con los sacerdotes gimiendo alrededor de un féretro. Parecía que daba gustoso por texto a sus pensamientos, aquellas salmodias fúnebres, llenas de la visión de otro mundo. Con la mirada elevada al cielo, escuchaba, con una especie de aspiración hacia todos los misterios del infinito, aquellas voces tristes que cantaban al borde del abismo oscuro de la muerte.

Ejecutaba multitud de buenas acciones, escondiéndose como si fueran malas. Penetraba a escondidas por las tardes en las casas, y subía furtivamente las escaleras. Un pobre diablo, al volver a su cuchitril, encontraba que su puerta había sido abierta, y algunas veces incluso forzada, en su ausencia. El pobre hombre exclamaba: «¡Algún malhechor habrá entrado aquí!» Entraba, y lo primero que veía era una moneda de oro olvidada sobre un

mueble. «El malhechor» que había entrado era el tío Madeleine.

Era afable y triste. El pueblo, decía: «He aquí un hombre rico que no tiene el aire envanecido. He aquí un hombre feliz que no tiene aire de contento.»

Algunos pretendían que era un personaje misterioso, y afirmaban que jamás entraba nadie en su habitación, la cual era una verdadera celda de anacoreta, amueblada con relojes de arena alados y adornados con tibias en cruz y calaveras. Repetíase tanto esto, que algunas jóvenes elegantes y maliciosas de Montreuil-sur-Mer, fueron un día a su casa y le pidieron:

—Señor alcalde, mostradnos vuestra habitación. Dicen que es una gruta.

Sonrió y las introdujo inmediatamente en aquella gruta. Quedaron castigadas por su curiosidad. Era una habitación adornada sencillamente con muebles de caoba bastante feos, como todos los muebles de este género, y tapizada con papel de doce sueldos. Nada pudo chocarles allí, como no fuesen dos candelabros de forma antigua que estabàn sobre la chimenea, y que parecían ser de plata, «porque estaban contrastados». Observación llena del ingenio de las pequeñas ciudades.

No por ello se dejó de decir que nadie penetraba en su habitación, y que ésta era una caverna de ermitaño, un cubil, un agujero, un sepulcro.

Murmurábase, también, que poseía sumas «inmensas», colocadas en casa de Laffitte, con la particularidad de que estaban siempre a su disposición inmediata, de tal suerte, añadían, que el señor Madeleine podría llegar una mañana a casa de Laffitte, firmar un recibo, y llevarse sus dos o tres millones en diez minutos. En la realidad, estos «dos o tres millones» se reducían, como hemos dicho, a seiscientos treinta o cuarenta mil francos.

IV

El señor Madeleine de luto

A principios de 1821, los periódicos anunciaron la muerte de monseñor Myriel, obispo de Digne, apellidado «monseñor Bienvenu», y fallecido en olor de santidad a la edad de ochenta y dos años.

El obispo de Digne, para añadir aquí un detalle que los periódicos omitieron, estaba, cuando murió, ciego desde hacía muchos años, y contento de hallarse ciego porque su hermana estaba a su lado.

Digámoslo de paso; ser ciego y ser amado es, en efecto, en este mundo en que nada hay completo, una de las formas más extrañamente perfectas de la felicidad. Tener continuamente a vuestro lado a una mujer, una hija, una hermana, un ser encantador que está ahí porque tenéis necesidad de ella y porque ella no puede pasar sin vosotros, saberse indispensable a quien no es necesario, poder medir incesantemente su afecto con la cantidad de presencia que nos da, y decirse: puesto que me consagra todo su tiempo, es que tengo todo su corazón; ver el pensamiento, a falta de la fisonomía, constatar la fidelidad de un ser en el eclipse del mundo, percibir el crujido de

un vestido como un ruido de alas, oír y venir, salir, entrar, hablar, cantar, y pensar que uno es el centro de estos pasos, de esta palabra, de este canto, manifestar a cada minuto su propia atracción, sentirse tanto más poderoso cuanto más impedido, llegar a ser en la oscuridad, y por la oscuridad, el astro alrededor del cual gravita este ángel, pocas felicidades igualan a ésta. La suprema dicha de la vida, es la convicción de que se es amado; amado por sí mismo, digamos mejor, amado a pesar de sí mismo; esta convicción, la tiene el ciego. En esta desgracia, ser servido es ser acariciado. ¿Le falta algo? No. Tener amor no es perder la luz. ¡Y qué amor! Un amor enteramente formado de virtud. No hay ceguera donde hay certidumbre. El alma busca a tientas el alma y la encuentra. Y esta alma encontrada y probada es una mujer. Una mano os sostiene, es la suya; una boca roza vuestra frente, es su boca: oís una respiración cerca de vostros, es la suya. Poseerlo todo de ella, desde su culto hasta su piedad, no ser abandonado jamás, tener esta dulce debilidad que os socorre, apoyarse sobre esta caña inquebrantable, tocar con su mano la providencia, y poder tomarla en los brazos, como un Dios palpable, ¡qué arrobamiento! El corazón, esta celeste flor oscura, cae en una expansión misteriosa. No se cambiaría esta sombra por toda la claridad. El alma ángel está allí, sin cesar, si se aleja, es para regresar, se borra como el sueño, y reaparece como la realidad. Se siente su calor que se acerca, hela aquí. Hay en ella una efusión de serenidad, de alegría, de éxtasis; es un rayo de luz en la noche. Y mil pequeños cuidados. Naderías que son enormes en este vacío. Los más inefables acentos femeninos empleados para arrullaros, y supliendo por vosotros al universo desvanecido. Se es acariciado por el alma. No se ve nada, pero se siente la adoración. Es un paraíso en tinieblas.

Desde aquel paraíso, monseñor Bienvenu había pasado al otro.

El anuncio de su muerte fue reproducido por el periódico local de Montreuil-sur-Mer. El señor Madeleine apareció, al día siguiente, vestido de negro, con gasa en su sombrero.

Observóse su luto en el pueblo, y se comentó. Aquello dio una luz sobre el origen del señor Madeleine. Concluyeron en que tenía algún parentesco con el venerable obispo. «Lleva luto por el obispo de Digne», decían en los salones; aquello realzó mucho al señor Madeleine y le dio súbitamente cierta consideración entre la gente noble de Montreuil-sur-Mer. El microscópico arrabal de Saint-Germain de la localidad decidió hacer cesar la cuarentena del señor Madeleine, probable pariente de un obispo. El señor Madeleine se dio cuenta del avance obtenido, porque aumentaron las reverencias que le hacían las señoras viejas y las sonrisas que le dirigían las jóvenes.

Una tarde, cierta decana de aquel pequeño gran mundo, curiosa por derecho de ancianidad, se aventuró a preguntarle:

—¿Era, acaso, el señor alcalde, primo del difunto obispo de Digne?

Él dijo:

—No, señora.

—Pues —repuso la viuda—, ¿no lleváis luto por él?

—Es que, en mi juventud, fui lacayo de su familia —respondió.

Observaron otra cosa común; que cada vez que pasaba por la ciudad un pequeño saboyano recorriendo la región en busca de chimeneas que limpiar, el señor alcalde lo hacía llamar, le preguntaba su nombre, y le daba dinero. Los pequeños saboyanos se lo decían unos a otros, y por allí pasaban muchos.

V

Vagos relámpagos en el horizonte

Poco a poco y con el tiempo, fueron disipándose todas las oposiciones. Habíase propalado en un principio contra el señor Madeleine, por esta ley que sufren los que se elevan, injurias y calumnias que después no fueron sino murmuraciones, luego malicias, y que, por último, desvaneciéronse del todo; el respeto llegó a ser cumplido, unánime, cordial, y hubo un momento, en 1821, en que estas palabras: «el señor alcalde», fueron pronunciadas en Montreuil-sur-Mer, casi con el mismo acento que las de «el señor obispo» eran pronunciadas en Digne, en 1815. Desde diez leguas a la redonda, iban a consultar al señor Madeleine. Terminaba con las diferencias, suspendía los pleitos, y reconciliaba a los enemigos. Todos lo tomaban por juez de sus derechos. Parecía como que tenía por alma el libro de la ley natural. Aquello fue como un contagio de veneración que, en seis o siete años y de más en más, se extendió por todo el país.

Sólo un hombre, en la población y en el distrito, se libró absolutamente de aquel contagio e, hiciese lo que

hiciese el tío Madeleine, permanecía rebelde, como si una especie de instinto incorruptible e imperturbable, lo desvelase e inquietase. Diríase, en efecto, que existe en ciertos hombres un verdadero instinto bestial, puro e íntegro como todo instinto, que crea las simpatías y las antipatías, que separa fatalmente una naturaleza de otra naturaleza, que no vacila, que no se turba, que se calla y no se desmiente nunca, claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario a todos los consejos de la inteligencia y a todos los disolventes de la razón, y que, cualquiera que sea la manera en que se formen los destinos, advierte secretamente al hombre-perro de la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro de la presencia del hombre-león.

A menudo, cuando el señor Madeleine pasaba por una calle, tranquilo, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecía que un hombre de alta estatura, vestido con un gabán color gris hierro, armado con un grueso bastón y tocado con un sombrero calado, se volvía bruscamente detrás de él y lo seguía con los ojos hasta que desaparecía, cruzando los brazos, moviendo levemente la cabeza y levantando los labios hasta la nariz, especie de gesto significativo que podría traducirse por: «¿Pero, quién es este hombre? Estoy seguro de haberlo visto en alguna parte. De todos modos, a mí no me engaña.»

Este personaje grave, de una gravedad casi amenazadora, era de los que, por rápidamente que se les vea, llaman la atención del observador.

Llamábase Javert y era policía.

Desempeñaba, en Montreuil-sur-Mer, el cargo penoso, pero útil, de inspector. No había visto los principios de Madeleine. Javert debía el cargo que ocupaba a la protección del señor Chabouillet, el secretario del ministro de estado conde de Anglès, entonces prefecto de policía

en París. Cuando Javert llegó a Montreuil-sur-Mer, la fortuna del gran fabricante estaba ya hecha, y el tío Madeleine era ya el señor Madeleine.

Algunos oficiales de policía tienen una fisonomía particular, que se complica con un aspecto de bajeza mezclado con cierto aire de autoridad; Javert tenía esta fisonomía, menos la bajeza.

Tenemos la convicción de que si las almas fueran visibles a los ojos, se vería distintamente esta cosa extraña de que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde a alguna de las especies de la creación animal; y podría entonces conocerse fácilmente esta verdad, apenas entrevista por el pensador, que, desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales están en el hombre, y que cada uno de ellos está en un hombre: Algunas veces, incluso muchos de ellos a la vez.

Los animales no son sino las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes ante nuestros ojos, los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los muestra para hacernos reflexionar que, como los animales no son más que sombras, Dios no los ha hecho educables en el sentido completo de la palabra, ¿para qué? Por el contrario, teniendo nuestras almas un fin que les es propio, y siendo realidades, les ha dado Dios inteligencia, es decir, que las ha hecho susceptibles de educación. La educación social bien entendida, puede sacar siempre de un alma, cualquiera que sea, toda la utilidad que contenga.

Sea esto dicho, bien entendido, desde el punto de vista concreto de la vida terrestre aparente, y sin prejuzgar la cuestión profunda de la personalidad anterior y ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza en modo alguno al pensador, a negar el yo latente. Una vez hecha esta reserva, continuemos.

Ahora, si por un momento se admite con nosotros que en todo hombre hay una de las especies animales de la creación, nos será fácil decir lo que era el inspector de policía Javert.

Los campesinos asturianos están convencidos de que en cada camada de loba nace un perro, al cual mata su madre, porque si no, tan pronto como llegara a hacerse mayor, devoraría a los otros pequeños.

Dótese de un rostro humano a este perro, hijo de una loba, y tendremos a Javert.

Javert había nacido en una prisión, de una echadora de cartas cuyo marido estaba en las galeras. Cuando hubo crecido, pensó que se hallaba fuera de la sociedad, y desesperó de poder entrar nunca en ella. Observó que la sociedad mantiene irremisiblemente fuera de ella a dos clases de hombres, los que la atacan y los que la guardan; no tenía elección sino entre una de estas dos clases; al mismo tiempo, sentía dentro de sí cierto fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, complicado con un odio indecible hacia esta raza de bohemios de que descendía. Entró en la policía.

Prosperó. A los cuarenta años era inspector.

En su juventud, había estado empleado en los presidios del mediodía.

Antes de pasar adelante, entendámonos sobre esta palabra rostro humano, que antes hemos aplicado a Javert.

El rostro humano de Javert consistía en una nariz chata, con dos profundas ventanas hacia las cuales subían, campeando en sus dos carrillos, dos enormes patillas. Impresionaba desagradablemente la primera vez que se veían estas dos selvas y estas dos cavernas. Cuando Javert sonreía, lo cual era raro y terrible, sus delgados labios se separaban y dejaban ver no solamente sus dientes, sino también sus encías,, y alrededor de su nariz, se for-

maba un pliegue abultado y salvaje, como el hocico de una fiera. Javert serio, era un dogo; cuando reía, era un tigre. Por lo demás, poco cráneo, mucha mandíbula, los cabellos escondiendo la frente y cayendo sobre las cejas, entre los dos ojos, un frunce central permanente, como una estrella de cólera, la mirada sombría, la boca recogida y temible, el aire del mando feroz.

Este hombre estaba compuesto de dos sentimientos muy simples y relativamente muy buenos, pero que hacía casi malos a fuerza de exagerarlos: el respeto a la autoridad, el odio a la rebelión; y a sus ojos, el robo, el asesinato, todos los crímenes, no eran más que formas de rebelión. Envolvía en una especie de fe ciega y profunda, todo lo que tiene una función en el estado, desde el primer ministro hasta el guardia campestre. Cubría de desprecio, de aversión y de asco todo lo que había franqueado una sola vez el umbral legal del mal. Era absoluto y no admitía excepciones. Por una parte, decía: «El funcionario no puede engañarse; el magistrado no se equivoca nunca.» Por otra parte decía: «Éstos están irremediablemente perdidos. Nada bueno puede salir de ellos.» Compartía plenamente la opinión de los espíritus extremos, que atribuyen a la ley humana el poder de hacer, o, si se quiere, de descubrir diablos, y que ponen una Estigia en lo más bajo de la sociedad. Era estoico, serio, austero, soñador triste; humilde y altivo, como los fanáticos. Su mirada era una barrena; era fría y atravesada. Toda su vida se compendiaba en estas dos palabras: ver y vigilar. Había introducido la línea recta en lo más tortuoso que hay en el mundo; tenía conciencia de su utilidad, la religión de sus funciones, y era espía como se es sacerdote. ¡Desgraciado el que caía en sus manos! Hubiera detenido a su padre al escaparse del presidio, y denunciado a su madre al huir de la prisión. Lo hubiera

hecho con esta especie de satisfacción interior que da la virtud. Añadamos a esto, que llevaba una vida de privaciones, de aislamiento, de abnegación, de castidad; jamás una distracción. Era el deber implacable, la policía comprendida como los espartanos comprendían a Esparta, una vigilancia inexorable, una honestidad feroz, un espía marmóreo, Bruto injerto en Vidocq[1].

Toda la persona de Javert expresaba al hombre que espía y que se oculta. La escuela mística de Joseph de Maistre que, en aquella época, sazonaba con una alta cosmogonía los periódicos llamados ultras, hubiera dicho indudablemente que Javert era un símbolo. No se divisaba su frente, que desaparecía bajo su sombrero; no se divisaban sus ojos, que se perdían bajo las cejas; no se divisaba su mentón, que se introducía en la corbata; no se divisaban sus manos, que se quedaban en las mangas, no se divisaba su bastón, que llevaba bajo su gabán. Pero, cuando llegaba la ocasión, veíase de pronto salir de aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada funesta, un mentón amenanazador, unas manos enormes, y un garrote monstruoso.

En sus momentos de ocio, que eran poco frecuentes, aunque odiaba los libros, leía; lo cual hacía que no fuera completamente iletrado. Aquello se reconocía en cierto énfasis que había en su palabra.

No tenía vicio alguno, lo hemos dicho ya. Cuando estaba contento de sí mismo, se concedía un polvo de tabaco. Tal era el lazo que lo unía a la humanidad.

Se comprenderá sin dificultad que Javert era el espanto de toda esta clase que la estadística anual del ministerio de justicia designa bajo la casilla de «Personas sin oficio conocido». El nombre de Javert los ponía

[1] Vidocq, cuya carrera extraordinaria (conocida por sus *Memorias*) había impresionado fuertemente a los contemporáneos e inspiró a Balzac su *Vautrin*.

en fuga con sólo ser pronunciado; la aparición del rostro de Javert los petrificaba.

Tal era este hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre fijo sobre el señor Madeleine. Ojo lleno de sospechas y de conjeturas. El señor Madeleine, llegó al fin a advertirlo, pero pareció que aquello era insignificante para él. No hizo ni una sola pregunta a Javert, ni lo buscaba, ni lo evitaba, soportaba, sin aparentar enterarse, aquella mirada incómoda y casi pesada. Trataba a Javert como a todo el mundo, con bondad y soltura.

Por algunas palabras sueltas, escapadas a Javert, se adivinaba que había buscado secretamente, con esta curiosidad propia de la raza y en donde entra tanto instinto como voluntad, todas las huellas y antecedentes que el tío Madeleine hubiera podido dejar lejos. Parecía saber, y a veces decía, con palabras embozadas, que alguien había tomado informes determinados en cierta región, sobre cierta familia que había desaparecido. Una vez le aconteció decir, hablando consigo mismo: «Creo que lo he cogido.» Luego, se quedó pensativo durante tres días, sin pronunciar palabra. Parecía que el hilo que había creído coger, se había roto.

Por lo demás, y éste es el correctivo necesario al sentido demasiado absoluto que algunas palabras pudiesen presentar, nada puede haber verdaderamente infalible en una criatura humana, y es propio del instinto precisamente, el ser confundido, descaminado, desorientado. Sin esto, sería superior a la inteligencia, y la bestia poseería mejor luz que el hombre.

Javert estaba evidentemente desconcertado, en algún modo, por el aspecto natural y la tranquilidad de Madeleine.

No obstante, un día su extraña manera de ser pareció impresionar a Madeleine. Veamos en qué ocasión.

VI

El tío Fauchelevent

El señor Madeleine pasaba una mañana por una callejuela sin empedrar de Montreuil-sur-Mer. Oyó un ruido y vio un grupo a poca distancia. Se acercó. Un viejo, llamado el tío Fauchelevent acababa de caer bajo su carreta, cuyo caballo se había abatido.

Este Fauchelevent era uno de los raros enemigos que aún tenía el señor Madeleine en aquella época. Cuando Madeleine llegó a la ciudad, Fauchelevent, antiguo tabelión, campesino casi letrado, tenía un comercio que empezaba a decaer. Fauchelevent había visto cómo aquel sencillo obrero se enriquecía, mientras él, dueño, se arruinaba. Aquello lo había llenado de envidia, y había hecho cuanto había podido en toda ocasión, para perjudicar a Madeleine. Luego, había llegado a la ruina y, viejo, no quedándole más que un carro y un caballo, y estando además sin familia y sin hijos, habíase hecho carrero para poder vivir.

El caballo tenía rotas las dos patas, y no se podía levantar. El anciano estaba apresado entre las ruedas. La caída había sido tan desgraciada, que todo el peso del

carruaje, que iba muy cargado, gravitaba sobre su pecho. El tío Fauchelevent arrojaba lastimeros ayes. Habían tratado de sacarlo de allí, pero en vano. Un esfuerzo desordenado, una ayuda mal entendida, una sacudida en falso, podía acabar con él. Era imposible liberarlo de otro modo que no fuera levantando el carruaje por debajo. Javert, que había llegado en el momento del accidente, había enviado a buscar un cabrestante.

Llegó el señor Madeleine. Se apartaron con respeto.

—¡Socorro! —gritaba el viejo Fauchelevent—. ¿No habrá alguien tan bueno que quiera salvar a este viejo?

El señor Madeleine se volvió hacia los asistentes:

—¿No hay un cabrestante?

—Han ido a buscar uno —respondió un campesino.

—¿Cuánto tiempo tardarán en traerlo?

—Han ido lo más cerca, a Flachot, donde hay un herrador, pero, es igual, aún tardarán un buen cuarto de hora.

—¡Un cuarto de hora! —exclamó Madeleine.

Había llovido la víspera, el suelo estaba húmedo y la carreta se hundía en la tierra a cada instante y comprimía cada vez más el pecho del viejo carretero. Era evidente que antes de cinco minutos tendría las costillas rotas.

—Es imposible esperar un cuarto de hora —dijo Madeleine a los campesinos que miraban.

—No hay más remedio.

—Pero entonces no será ya tiempo. ¿No véis que la carreta se hunde?

—¡Gran Dios!

—Escuchad —continuó Madeleine—, hay aún bastante sitio debajo de la carreta, para que un hombre se deslice y la levante con su espalda. Bastará medio mi-

nuto para que se saque a este hombre. ¿Hay alguien que tenga riñones y corazón? ¡Hay cinco luises de oro a ganar!

En el grupo nadie se movió.

—Diez luises —dijo Madeleine.

Los asistentes bajaron los ojos. Uno de ellos murmuró:

—Muy fuerte habría de ser. Y, además, se corre el peligro de quedar aplastado.

—¡Vamos! —dijo nuevamente Madeleine—. ¡Veinte luises!

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta —dijo una voz.

El señor Madeleine se volvió y reconoció a Javert. No lo había visto, al llegar.

Javert continuó:

—Es forzoso. Sería preciso ser un hombre terrible, para hacer la proeza de levantar una carreta como ésta, con la espalda.

Luego, mirando fijamente al señor Madeleine, prosiguió: recalcando cada una de las palabras que pronunciaba:

—Señor Madeleine, no he conocido más que a un hombre, capaz de hacer lo que pedís.

Madeleine se estremeció.

Javert añadió, con aire de indiferencia, pero sin apartar los ojos de Madeleine.

—Era un forzado.

—¡Ah! —dijo Madeleine.

—Del presidio de Tolón.

Madeleine se puso pálido.

No obstante, la carreta continuaba hundiéndose lentamente. El tío Fauchelevent gritaba y aullaba:

—¡Me ahogo! ¡Se me rompen las costillas! ¡Un cabrestante! ¡Cualquier cosa! ¡Ah!

Madeleine miró a su alrededor:

—¿No hay nadie que quiera ganarse veinte luises y salvar la vida a este pobre viejo?

Ninguno de los asistentes se movió. Javert, continuó:

—No he conocido más que a un hombre que pudiera remplazar a una cabria. Era un forzado.

—¡Ah!, que me aplasta —gritó el viejo.

Madeleine levantó la cabeza, encontró la mirada de halcón de Javert fija aún sobre él, miró a los aldeanos y sonrió tristemente. Luego, sin pronunciar una palabra, cayó de rodillas y, antes de que la multitud hubiera lanzado un grito, estaba debajo de la carreta.

Hubo un momento pavoroso de expectación y de silencio.

Vieron a Madeleine pegado a la tierra bajo aquel peso espantoso, tratando dos veces, en vano, de acercar sus codos a sus rodillas. Le gritaban:

—¡Tío Madeleine, retiraos de aquí!

El mismo tío Fauchelevent le dijo:

—¡Señor Madeleine, idos! ¡Es preciso que muera, ya lo véis! ¡Dejadme! ¡Vais a ser aplastado vos también!

Madeleine no respondió.

Los asistentes jadeaban. Las ruedas habían continuado hundiéndose y era ya casi imposible que Madeleine saliese de debajo del carro.

De pronto, vieron conmoverse la enorme masa, la carreta se levantaba lentamente y las ruedas salieron casi de los surcos. Oyeron una voz ahogada que gritaba:

—¡Pronto, ayudad!

Era Madeleine que acababa de hacer el último esfuerzo.

Todos se precipitaron. La abnegación de uno solo, había dado la fuerza y el valor a veinte. La carreta fue levantada por veinte brazos. El viejo Fauchelevent estaba salvado.

Madeleine se levantó. Estaba lívido, aunque chorreando sudor. Sus ropas estaban destrozadas y cubiertas de barro. Todos lloraban. El anciano le besaba las rodillas y lo llamaba el buen Dios. Él tenía sobre el rostro una extraña expresión de sufrimiento feliz y celeste, y fijaba su mirada tranquila sobre Javert, quien seguía mirándolo.

VII

Fauchelevent se hace jardinero en París

Fauchelevent se había dislocado la rótula en su caída. El tío Madeleine lo hizo trasportar a una enfermería que había establecido para los obreros, en el mismo edificio de su fábrica, y que estaba atendida por dos hermanas de la caridad. Al día siguiente, el viejo encontró un billete de mil francos sobre la mesita de noche, con una nota escrita por el tío Madeleine: «Os compro vuestra carreta y vuestro caballo.» La carreta estaba rota y el caballo muerto. Fauchelevent se curó, pero su rodilla quedó anquilosada. El señor Madeleine, con la recomendación de las hermanas y del párroco, hizo colocar al buen hombre, como jardinero, en un convento de mujeres del barrio de Saint-Antoine, en París.

Algún tiempo después, el señor Madeleine fue nombrado alcalde. La primera vez que Javert vio al señor Madeleine revestido con la banda que le daba completa autoridad en la población, experimentó esta especie de estremecimiento que sentiría un mastín que olfatease un lobo bajo los vestidos de su amo. A partir de aquel mo-

mento, lo evitó todo cuanto pudo. Cuando las necesidades del servicio lo exigían imperiosamente, y no podía menos que encontrarse con el señor alcalde, le hablaba con un respeto profundo.

La prosperidad creada por el tío Madeleine en Montreuil-sur-Mer, tenía, además de los signos visibles, de los que ya hemos hablado, otro síntoma que, aun no siendo visible, no era menos significativo. Síntoma que no engaña nunca. Cuando la población sufre, cuando falta el trabajo, cuando el comercio es nulo, el contribuyente se resiste al impuesto por penuria, agota y deja pasar los plazos, y el estado gasta mucho dinero en apremios y reintegros. Cuando el trabajo abunda, cuando el país es feliz y rico, el impuesto se paga cómodamente, y le cuesta poco al estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible, los gastos de percepción del impuesto. En siete años los gastos de percepción del impuesto se habían reducido las tres cuartas partes, en el distrito de Montreuil-sur-Mer, lo cual era causa de que se citase frecuentemente este distrito, entre todos, por el señor De Villèle, entonces ministro de finanzas [1].

Tal era la situación del país, cuando a él regresó Fantine. Nadie se acordaba ya de ella, pero afortunadamente la puerta de la fábrica del señor Madeleine era como un rostro amigo. Allí se presentó y fue admitida en el taller de mujeres. El oficio era completamente nuevo para Fantine y no podía ser muy experta en él; por lo tanto, sacaba poca cosa como producto de su jornal, pero al fin aquello bastaba, el problema estaba resuelto y ganaba su vida.

1 Villéle era ministro de finanzas desde el 16 de diciembre de 1821.

VIII

La señora Victurnien gasta treinta y cinco francos en favor de la moral

Cuando Fantine vio que vivía, tuvo un momento de júbilo. ¡Vivir honradamente de su trabajo, qué favor del cielo! Recobró verdaderamente el gusto al trabajo. Se compró un espejo, se alegró de ver en él su juventud, sus hermosos cabellos y sus bonitos dientes, olvidó muchas cosas, no pensó ya más que en su Cosette y en el porvenir posible, y fue casi feliz. Alquiló una pequeña habitación y la amuebló a crédito sobre su trabajo futuro; resto de sus hábitos de desorden.

No pudiendo decir que estaba casada, se guardó mucho, como ya lo hemos dejado entrever, de hablar de su hijita.

En un principio, como se ha visto, pagaba a los Thénardier con puntualidad. Como no sabía más que firmar, para escribirles se veía obligada a valerse de un amanuense.

Escribía con frecuencia. Esto fue observado. Empezóse a murmurar, en el taller de mujeres, que Fantine «escribía cartas» y que tenía «ciertas maneras».

Nadie mejor para espiar las acciones de los demás, que aquellos a quienes nada puedan importarle: ¿Por qué este señor no viene sino al oscurecer?; ¿por qué este otro no cuelga la llave, en su respectivo clavo de la portería, el jueves?; ¿por qué va siempre por calles extraviadas?; ¿por qué la señora desciende siempre del coche de alquiler antes de llegar a la casa?; ¿por qué envía a buscar un cuadernillo de papel de cartas, cuando tiene llena la papelera?, etc., etc. Existen seres que, por saber el secreto de tales enigmas, que le son por lo demás perfectamente indiferentes, gastan más dinero, prodigan más tiempo, y se toman más trabajo, de lo que sería necesario para ejecutar diez buenas acciones; y lo hacen gratuitamente, por placer, sin que su curiosidad reciba más recompensa que la propia curiosidad. Seguirán a éste o aquél durante días enteros, emplearán largas horas haciendo centinela en las esquinas, bajo los portales, de noche, con frío y con lluvia, corromperán a criados, emborracharán a cocheros y a lacayos, comprarán a la doncella, sobornarán a un portero... ¿Para qué? Para nada. Por encarnizamiento de ver, de saber y de penetrar en vidas ajenas. Pura comezón de murmurar. Y, a menudo, estos secretos conocidos, publicados estos misterios, descubiertos estos enigmas a la luz del día, producen catástrofes, duelos, quiebras, ruinas de familias, existencias amargadas, con gran gozo de aquellos que lo han «descubierto todo», sin interés, por puro instinto. Cosa triste, en verdad.

Ciertas personas son malas únicamente por necesidad de hablar. Su conversación, charla en el salón, habladuría en la antecámara, es como estas chimeneas, que consumen rápidamente la leña; necesitan mucho combustible, y el combustible es el prójimo.

Observaron, pues, a Fantine.

Más de una tenía envidia de sus cabellos rubios y de sus blancos dientes.

Advirtióse que, en el taller, entre las demás, se volvía frecuentemente para enjugar una lágrima. Eran los momentos en que pensaba en su hija; quizá también en el hombre que había amado.

Es algo doloroso, el romper los sombríos lazos del pasado.

Observóse que escribía, al menos, dos veces al mes, siempre a la misma dirección, y que franqueaba las cartas. Consiguieron procurarse la dirección: «Al señor Thénardier, mesonero, en Montfermeil.» Hicieron hablar, en la taberna, al amanuense, viejo que no podía llenar su estómago de vino tinto, sin vaciar su bolsillo de secretos. En una palabra, supieron que Fantine tenía un hijo. Debía ser «una especie de mujerzuela». Hubo una comadre que hizo el viaje a Montfermeil, habló con los Thénardier, y dijo a su vuelta:

—Mis treinta y cinco francos me ha costado, pero lo sé todo. ¡He visto a la niña!

La comadre que hizo aquello era una gorgona llamada señora Victurnien, guardiana y portera de la virtud de todo el mundo. La señora Victurnien tenía cincuenta y seis años y forraba la máscara de la fealdad con la máscara de la vejez. Voz encabritada y espíritu capricante. Aquella mujer había sido joven, cosa sorprendente. En su juventud, en pleno 93, se casó con un monje escapado del claustro, con gorro colorado, y que pasó de los bernardinos[1] a los jacobinos. Era flaca, seca, áspera, puntiaguda, espinosa, casi ponzoñosa; siempre acordándose de

1 En el siglo XVIII se bromeaba sobre el relajamiento de las costumbres de los bernardinos. V., al principio de *El sobrino de Rameau*: «Al mes siguiente, estaba gordo y repleto, como si no hubiera dejado la mesa de un financiero o hubiera estado encerrado en un convento de bernardinos.»

su fraile, del que había enviudado, y que la había domado y plegado mucho. Era una ortiga en que se advertía el roce del hábito frailuno. En la restauración se hizo devota, pero tan enérgicamente, que los clérigos le perdonaron su boda con el fraile. Poseía un pequeño patrimonio, que había legado ruidosamente a una comunidad religiosa. Estaba muy bien vista en el obispado de Arras. Esta tal señora Victurnien fue, pues, a Montfermeil y volvió diciendo:

—¡He visto a la niña!

Tantos pasos requirieron su tiempo. Fantine llevaba ya un año en la fábrica, cuando una mañana la encargada del obrador le entregó, de parte del señor alcalde, cincuenta francos, diciéndole que ella no formaba ya parte del taller, e invitándola, de parte del señor alcalde, a que abandonara el país.

Esto ocurrió precisamente el mismo mes en que los Thénardier, después de haber pedido doce francos en lugar de seis, le exigían quince francos en lugar de doce.

Fantine quedó aterrada. No podía irse de la región, debía el alquiler y los muebles. Cincuenta francos no bastaban para liquidar aquella deuda. Balbució algunas palabras de súplica. La encargada le dió a entender que tenía que salir inmediatamente del obrador. Por otra parte, Fantine no era más que una trabajadora mediocre. Oprimida por la vergüenza, más que por la desesperación, abandonó el taller y volvió a su habitación. ¡Su falta era, pues, conocida por todos!

No se sentía con fuerzas para decir una palabra. Le aconsejaron que fuera a visitar al señor alcalde; no se atrevió. El señor alcalde le daba cincuenta francos porque era bueno, y la arrojaba de allí porque era justo. Se sometió, pues, a este decreto.

IX

Triunfo de la señora Victurnien

La viuda del monje sirvió, pues, para algo.

En cuanto al señor Madeleine, nada había sabido de todo aquello. Son estas combinaciones de acontecimientos de los cuales la vida está llena. El señor Madeleine tenía por costumbre no entrar casi nunca en el obrador de mujeres. Había puesto a la cabeza de aquel obrador a una soltera vieja que le había proporcionado el cura, y tenía plena confianza en esta encargada, persona realmente respetable, firme, recta, íntegra, llena de la caridad que consiste en dar, pero que no poseía en el mismo grado la caridad que consiste en comprender y perdonar. El señor Madeleine se descargaba de todo en ella. Los mejores hombres se ven a menudo forzados a delegar su autoridad. En el uso de esta autoridad, y con la convicción de que obraba bien, la encargada instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó a Fantine.

En cuanto a los cincuenta francos, los había dado de una suma que el señor Madeleine le confiaba para limosnas y socorros a las obreras, y de la que no rendía cuentas.

Fantine se ofreció como criada en la localidad; fue de casa en casa. Nadie quiso saber nada de ella. No había podido dejar la ciudad. El prendero que le había vendido los muebles, ¡qué muebles!, le dijo: «Si os marcháis, os haré detener como ladrona.» El propietario a quien debía su alquiler, le había dicho: «Sois joven y bonita, podéis pagar.» Ella repartió los cincuenta francos entre el propietario y el prendero, devolvió a éste las tres cuartas partes de su mobiliario, quedándose únicamente con lo necesario, y se encontró sin trabajo, sin profesión, sin tener más que su cama, y debiendo todavía cien francos.

Se puso a coser gruesas camisas para los soldados de la guarnición, y ganaba doce sueldos por día. Su hija le costaba diez. Fue en aquel momento, cuando empezó a pagar mal a los Thénardier.

No obstante, una anciana que le encendía su vela cuando volvía de noche, le enseñó el arte de vivir en la miseria. Detrás de vivir con poco, hay el vivir con nada. Son dos habitaciones, la primera oscura, la segunda tenebrosa.

Fantine aprendió cómo se priva uno completamente del fuego en el invierno, cómo se renuncia al pájaro que comía un cuarto de sueldo de alpiste cada dos días, cómo se hace de la saya una manta, y de la manta una saya, cómo se ahorra la vela, comiendo la cena a la luz de la ventana de enfrente. Nadie conoce todo el partido que ciertos seres débiles, que han envejecido en la miseria y en la honradez, saben sacar de un sueldo. Llega esto hasta a ser un arte. Fantine adquirió este sublime arte y recobró algo de valor.

En aquella época, decía a una vecina:

—¡Bah!, me digo yo; no durmiendo más que cinco horas y trabajando todas las demás en la costura, siempre llegaré a ganar casi para pan. Además, cuando se está triste

se come menos. De modo que, con los sufrimientos, las inquietudes, un poco de pan por una parte, y los pesares por otra, entre todo me alimentaré.

En su angustia, tener a su pequeña hijita hubiese sido una extraña felicidad. Pensó en ir a buscarla, ¿pero para qué?, ¿para hacerla partícipe de su desnudez? Además, debía a los Thénardier, ¿cómo pagar? Y el viaje, ¿cómo costearlo?

La vieja que le había dado lo que podríamos llamar lecciones de vida indigente, era una santa mujer llamada Marguerite, devota con verdadera devoción, pobre y caritativa para con los pobres, y aun para con los ricos; sabiendo escribir lo suficiente para firmar «Margeritte», y creyendo en Dios; lo cual constituye la ciencia.

Hay muchas de estas virtudes aquí abajo; un día estarán en lo alto. Esta vida tiene un mañana.

En los primeros tiempos, Fantine estaba tan avergonzada, que no se atrevía a salir.

Cuando iba por la calle, comprendía que se volvían detrás de ella y la señalaban con el dedo; todo el mundo la miraba, y nadie la saludaba; el desprecio áspero y frío de los transeúntes le penetraba en la carne y en el alma como un cierzo helado.

En las pequeñas ciudades, parece que una desgraciada se halle desnuda bajo el sarcasmo y la curiosidad de todos. En París, al menos, nadie nos conoce, y esta oscuridad es como un vestido. ¡Oh, cuánto hubiera deseado volver a París! Imposible.

Fue preciso acostumbrarse a la desconsideración, como se había acostumbrado a la indigencia. Poco a poco, fue tomando una resolución. Después de dos o tres meses, sacudióse la vergüenza y empezó a salir, como si nada hubiera ocurrido. «Todo me es igual», se dijo. Fue y vino,

con la cabeza levantada y una sonrisa amarga, y sintió que se iba haciendo descarada.

La señora Victurnien, la veía pasar algunas veces ante su ventana, observaba la miseria de «aquella criatura», gracias a ella puesta «en su lugar», y se felicitaba. Los malos tienen una felicidad amarga.

El exceso de trabajo fatigaba a Fantine y le aumentó la pequeña tos seca que la aquejaba. Decía algunas veces a su vecina Marguerite:

—Tocad, veréis qué calientes tengo las manos.

No obstante, por la mañana, cuando peinaba con un peine viejo y roto sus hermosos cabellos que relumbraban como la seda floja, tenía sus minutos de feliz coquetería.

X

Continuación del triunfo

Fantine fue despedida hacia fines de invierno; pasó el verano, pero el invierno volvió. Días cortos, menos trabajo. En invierno no hay calor, no hay luz, no hay mediodía, la tarde se une con la mañana, todo es bruma, crepúsculo, la ventana es gris, no se ve claro. El cielo es un tragaluz; todo el día una cueva. El sol tiene el aspecto de un pobre. ¡Terrible estación! El invierno cambia en piedra el agua del cielo y el corazón del hombre. Sus acreedores la acosaban.

Fantine ganaba muy poco. Sus deudas habían aumentado. Los Thénardier, mal pagados, le escribían a cada instante cartas cuyo contenido la desolaba, y cuyo porte la arruinaba. Un día le escribieron que su pequeña Cosette estaba enteramente desnuda, con el frío que hacía, y que tenía necesidad de una saya de lana, y que era preciso que su madre enviara, al menos, diez francos para ello. Recibió la carta y la estrujó entre sus manos todo el día. Por la noche, entró en casa de un peluquero que habitaba en el extremo de la calle, y deshizo su peinado.

Sus admirables cabellos rubios le cayeron hasta las caderas.

—¡Qué hermosos cabellos! —exclamó el barbero.

—¿Cuánto me daríais por ellos? —dijo ella.

—Diez francos.

—Cortadlos.

Compró una falda de punto y la envió a los Thénardier.

Aquella falda puso furiosos a los Thénardier. Era el dinero lo que ellos querían. Dieron la falda a Éponine. La pobre Alondra continuó temblando.

Fantine pensó: «Mi niña ya no tiene frío. La he vestido con mis cabellos.» Se ponía pequeños gorros redondos que escondían su cabeza rapada y con los cuales estaba aún bonita.

Una lucubración tenebrosa verificábase en el corazón de Fantine. Cuando vio que ya no podía peinarse, empezó a odiar a todo lo que la rodeaba. Había participado durante mucho tiempo en la veneración de todos por el tío Madeleine; no obstante, a fuerza de repetirse que era él quien la había echado, y que era él la causa de su desgracia, acabó por odiarlo también. Cuando pasaba por delante de la fábrica, en las horas en que los obreros estaban en la puerta, afectaba reír y cantar.

Una vieja obrera, que la vio una vez cantar y reír de aquel modo, dijo:

—He ahí a una joven que acabará mal.

Tomó un amante, el primero que se le presentó, un hombre a quien no amaba, por despecho, con rabia en el corazón. Era un miserable, una especie de músico mendigo, un ocioso indigente, que le pegaba, y que la dejó como ella lo había tomado: con repugnancia.

Fantine adoraba a su hija.

Cuanto más descendía, cuanto más todo se iba haciendo sombrío a su alrededor, más irradiaba en el fondo de su alma aquel dulce angelito. Decía:

—Cuando sea rica, tendré a mi Cosette conmigo.

Y se reía. La tos no la abandonaba, y sentía sudores en la espalda.

Un día, recibió de los Thénardier una carta concebida en estos términos:

«Cosette está enferma de una enfermedad que hay en el pueblo. Tiene lo que llaman una fiebre miliar [1]. Son precisas medicinas muy caras. Esto nos arruina y ya no podemos pagar. Si no nos enviáis cuarenta francos, antes de ocho días, la pequeña morirá.»

Echóse a reír a carcajadas y dijo a su anciana vecina:

—¡Vaya! ¡Están buenos! ¡Cuarenta francos! ¡Nada más que esto! ¡Esto son dos napoleones! ¿De dónde quieren que los saque? ¡Qué estúpidos son estos aldeanos!

No obstante se dirigió a la escalera, cerca de una ventanilla, y leyó de nuevo la carta.

Luego, bajó la escalera, y salió corriendo y saltando, riendo aún.

Alguien la encontró y le dijo:

—¿Qué os pasa, que estáis tan alegre?

Ella respondió:

—Una gran tontería, que acaban de escribirme unos aldeanos. Me piden cuarenta francos. ¡Lugareños, al fin!

Cuando cruzaba la plaza, vio a un grupo de gente, que rodeaba un coche de forma extraña, sobre el cual, en pie, peroraba un hombre vestido de rojo. Era un charlatán, dentista ambulante, que ofrecía al público dentaduras completas, opiatas, polvos y elíxires.

[1] La fiebre miliar suele acompañar a unas erupciones de vejiguillas del tamaño de granos de mijo; era una enfermedad frecuente en la campiña francesa, en aquella época.

Fantine se mezcló en el grupo y se puso a reír, como todos los demás, de aquella arenga en la que había argot para la canalla y jerga para la gente fina. El charlatán vio aquella hermosa muchacha que reía y exclamó de repente:

—Tenéis bonitos dientes, joven risueña. Si queréis venderme los incisivos, os daré, por cada uno de ellos, un napoleón de oro.

—¿Qué son los incisivos? —preguntó Fantine.

—Los incisivos —repuso el profesor dentista—, son los dientes de delante, los dos de arriba.

—¡Qué horror! —exclamó Fantine.

—¡Dos napoleones! —gruñó una vieja desdentada, que estaba allí—. ¡Vaya una mujer feliz!

Fantine huyó y se tapó las orejas para no oír la voz ronca de aquel hombre que le gritaba:

—¡Reflexionad, hermosa! ¡Dos napoleones son algo! Si el corazón os lo aconseja, id a verme, esta tarde, a la posada de la «Cubierta de plata»; allí me encontraréis.

Fantine regresó a su casa; iba indignada y contó el caso a su buena vecina Marguerite:

—¿Comprendéis esto?, ¿no es un hombre abominable?, ¿cómo se deja que esta gente ande por el pueblo? ¡Arrancarme mis dientes de delante! ¡Esto sería horrible! Los cabellos vuelven a crecer, pero, ¡los dientes! ¡Ah, monstruo! ¡Antes preferiría arrojarme, desde un quinto piso, de cabeza a la calle! Me ha dicho que estaría esta tarde en la «Cubierta de plata».

—¿Y cuánto te ofrecía? —preguntó Marguerite.

—Dos napoleones.

—Esto son cuarenta francos.

—Sí —asintió Fantine—, son cuarenta francos.

Quedó pensativa y se puso a su labor. Al cabo de un cuarto de hora, abandonó su costura y volvió a releer la carta de los Thénardier en la escalera.

Al volver, dijo a Marguerite, que trabajaba cerca de ella:

—¿Qué es esto de una fiebre miliar? ¿Lo sabéis?

—Sí —repuso la vieja—, es una enfermedad.

—¿Y se necesitan muchas medicinas?

—¡Oh!, medicinas terribles.

—¿Y en qué consiste?

—Es una enfermedad como otras.

—¿Ataca a los niños?

—Sí, especialmente a los niños.

—¿Y mueren muchos?

—Muchos —afirmó Marguerite.

Fantine salió y fue a leer una vez más la carta.

Por la tarde, bajó y la vieron dirigirse hacia la calle de París, donde se hallan las posadas.

A la mañana siguiente, como Marguerite entrase en la habitación de Fantine antes del amanecer, pues trabajaban siempre juntas y, de este modo, no encendían más que una vela para las dos, encontró a Fantine sentada en la cama, pálida, helada. No se había acostado. Su gorro le había caído sobre las rodillas. La vela había ardido toda la noche y estaba casi enteramente consumida.

Marguerite se detuvo en el umbral, petrificada por tan enorme desorden, y exclamó:

—¡Señor, la vela se ha consumido toda! ¿Qué ocurre?

Después miró a Fantine, que volvía hacia ella su cabeza sin cabellos.

Fantine, desde la víspera, había envejecido diez años.

—¡Jesús! —exclamó Marguerite—. ¿Qué tenéis, Fantine?

—No tengo nada —respondió Fantine—, al contrario. Mi niña no morirá de esta terrible enfermedad, por falta de socorro. Estoy contenta.

Al hablar así, mostraba a la vieja dos napoleones de oro, que brillaban sobre la mesa.

—¡Jesús, Dios mío! —dijo Marguerite—. ¡Pero, si esto es una fortuna! ¿De dónde habéis sacado estos luises de oro?

—Los he ganado —respondió Fantine.

Al mismo tiempo, sonrió. La vela alumbraba su rostro. Era una sonrisa sangrienta. Una saliva rojiza surcaba las comisuras de los labios, y en la boca tenía un agujero negro.

Los dos dientes habían sido arrancados.

Envió los cuarenta francos a Montfermeil.

Pero aquello había sido un ardid de los Thénardier, para sacar el dinero. Cosette no estaba enferma.

Fantine arrojó su espejo por la ventana. Desde hacía mucho tiempo, había abandonado su celda del segundo piso, por un tabuco cerrado con un picaporte, debajo del tejado; una de estas buhardillas en que el techo forma ángulo con el suelo, y en que a cada instante tropieza la cabeza. La pobre no podía ir al fondo de su habitación, como al fondo de su destino, sino encorvándose más y más. Ya no tenía cama, le quedaba sólo un pingo al que llamaba cobertor, un colchón en el suelo y una silla desvencijada. Un pequeño rosal, que tenía, se había secado, olvidado en un rincón. En el otro rincón se veía una lata de manteca, que servía para poner agua, que se helaba en invierno, y en la cual quedaban marcados, por círculos de hielo, los diferentes niveles del líquido. Había perdido la vergüenza, y perdió la coquetería. Último indicio, salía con gorros sucios. Ya por falta de tiempo, ya por indiferencia, no recosía su ropa. A medida que se rompían los

talones, iba metiendo las medias en los zapatos. Ello se descubría por ciertos pliegues perpendiculares. Remendaba su corpiño viejo y gastado, con pedazos de tela de algodón, que se desgarraban al menor movimiento. Las personas a quienes debía le hacían «escenas», y no le dejaban reposo alguno. Las encontraba en la calle y las volvía a encontrar en la escalera. Pasaba noches enteras llorando y pensando; tenía los ojos muy brillantes y sentía un dolor fijo en el hombro, hacia lo alto del omoplato izquierdo. Tosía mucho. Odiaba profundamente al tío Madeleine, y no se quejaba. Cosía diecisiete horas diarias; pero una contratista del trabajo de las cárceles, que hacía trabajar más barato a las presas, hizo de pronto bajar los precios, con lo cual se redujo a nueve sueldos el jornal de las trabajadoras libres. ¡Diecisiete horas de trabajo, y nueve sueldos diarios! Sus acreedores eran más implacables que nunca. El prendero, que había recuperado casi todos los muebles, le decía sin cesar:

—¿Cuándo pagarás, pícara?

¿Qué más quería ella, buen Dios? Se sentía acorralada y se iba desarrollando en ella algo de fiera. Por aquel entonces, los Thénardier le escribieron, diciendo, que, decididamente, habían esperado con demasiada bondad, pero que eran precisos cien francos inmediatamente; de lo contrario, pondrían en la calle a la pequeña Cosette, aún convaleciente de su grave enfermedad, con frío, por los caminos, y que fuese de ella lo que pudiese, y que reventaría, si tal era su deseo.

«¡Cien francos!», pensó Fantine. Pero, ¿dónde hay una ocupación en que ganar cien sueldos diarios?

—¡Vaya! —se dijo—. Venderemos el resto.

La infortunada se hizo mujer pública.

XI

Christus nos liberavit[1]

¿Qué es esta historia de Fantine? Es la sociedad comprando una esclava.

¿A quién? A la miseria.

Al hambre, al frío, al aislamiento, al abandono, a la desnudez. ¡Pacto doloroso! Un alma por un pedazo de pan. La miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Jesucristo gobierna nuestra civilización, pero no la penetra todavía. Se dice que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea. Es un error. Existe aún, pero no pesa más que sobre la mujer, y se llama prostitución.

Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la belleza, sobre la maternidad. Ésta no es una de las menores vergüenzas del hombre.

1 «Cristo nos ha libertado» (San Pablo, *Gal.* V. 1). Desde 1823, Víctor Hugo daba este epígrafe a «La libertad» (*Odas*, II, 6). Utilizada frecuentemente esta cita, tomada de Lamennais.

Al punto a que hemos llegado de este doloroso drama, nada queda ya a Fantine, de lo que era en otro tiempo. Se ha convertido en mármol al hacerse lodo. Quien la toca siente frío. Pasa, o soporta, y os ignora; es la figura deshonrada y severa. La vida y el orden social le han dicho su última palabra. Le ha acontecido todo lo que podía acontecerle. Lo ha sentido todo, soportado todo, experimentado todo, sufrido todo, perdido todo, llorado todo. Se ha resignado, con esta resignación que se parece a la indiferencia, como la muerte se parece al sueño. Ya no evita nada. Ya no teme a nada. ¡Que caiga sobre ella todo el nubarrón, y que pase sobre ella todo el océano! ¡Qué le importa! Es una esponja empapada.

Al menos, esto cree ella. Pero es un error creer que la suerte se agota, y que se toca el fondo de ninguna situación, cualquiera que ésta sea.

¡Ah!, ¿qué son estos destinos así lanzados confusamente?, ¿adónde van?, ¿por qué son así?

El que esto sabe, ve en toda oscuridad.

Está solo: se llama Dios.

XII

Los ocios del señor Bamatabois

Hay en todas las poblaciones pequeñas, y en particular había en Montreuil-sur-Mer, una clase de jóvenes que consumen quinientas libras de renta en provincias, con el mismo aire con que sus iguales devoran en París doscientos mil francos por año. Son seres de la gran especie ambigua; impotentes, parásitos, nulos, que tienen un poco de tierra, un poco de tontería, un poco de ingenio, que serían rústicos en un salón y se creen caballeros en una taberna, que dicen: mis prados, mis bosques, mis colonos, que silban a las actrices de teatro para probar que son personas de gusto, que se querellan con los oficiales de la guarnición para probar que son gentes de guerra, que cazan, fuman, bostezan, huelen a tabaco, juegan al billar, contemplan a los viajeros descender de la diligencia, viven en el café, cenan en la posada, tienen un perro que come los huesos debajo de la mesa y una amante que pone los platos encima; que escatiman un sueldo, exageran las modas, admiran la tragedia, desprecian a las mujeres, gastan las botas viejas, copian a Londres a través de París

y a París a través de Pont-à-Musson, envejecen, no trabajan, no sirven para nada y tampoco dañan gran cosa.

El señor Félix Tholomyès, si se hubiese quedado en provincias y no hubiera visto nunca a París, habría sido uno de estos hombres.

Si fuesen más ricos, se diría de ellos: son elegantes; si fuesen más pobres, se diría: son holgazanes. Son únicamente desocupados. Entre estos desocupados, los hay fastidiosos, fastidiados, extravagantes y, unos pocos, algo chuscos.

Por aquel tiempo, un elegante se componía de un gran cuello, una gran corbata, un reloj con dijes, tres chalecos sobrepuestos, de colores distintos, el azul y el rojo interiores, un frac de color de aceituna, de talle corto y cola de bacalao, con doble hilera de botones de plata juntos unos a otros y subiendo hasta el hombro, y con un pantalón color de aceituna más claro, adornado en sus dos costuras por un número de bandas indeterminado, pero siempre impar, variando de uno a once, límite que nunca era franqueado. Añadid a esto, unos zapatos-botas con pequeñas herraduras en el talón, un sombrero de copa alta y de alas estrechas, unos cabellos formando tupé, un enorme bastón, una conversación realzada por los retruécanos de Potier. Sobre todo, espuelas y bigotes. En aquella época, los bigotes querían decir burgués, y las espuelas querían decir peatón.

El elegante de provincia llevaba las espuelas más largas y los bigotes más pronunciados.

Era el tiempo de la lucha de las repúblicas de América meridional contra el rey de España, de Bolívar contra Morillo[1]. Los sombreros de alas estrechas eran realistas,

[1] Bolívar (1783-1830), libertador de Venezuela, de Colombia y de Bolivia. Morillo, general español que luchó contra Bolívar hasta 1820, en que fue llamado a España.

y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de alas anchas, que se llamaban bolívares.

Ocho o diez meses después de lo que hemos referido en las páginas precedentes en los primeros días de enero de 1823, una tarde que había nevado, uno de estos elegantes, uno de estos despreocupados, uno de «buenas ideas», pues llevaba un morillo, cálidamente embozado en una de estas amplias capas que completaban en los tiempos fríos el traje de moda, se divertía en hostigar a una mujer que pasaba, en traje de baile, muy escotada y con flores en la cabeza, por delante de la puerta del café de los oficiales. Este elegante fumaba, pues ello estaba decididamente de moda.

Cada vez que aquella mujer pasaba por delante de él, le arrojaba con una bocanada de humo de su cigarro, algún apóstrofe que él creía ingenioso y alegre, como: «¡Qué fea eres!» «¡Escóndete!» «¡No tienes dientes», etc. Este señor se llamada señor Bamatabois. La mujer, triste espectro disfrazado que iba y venía sobre la nieve, no le respondía, ni siquiera lo miraba, y no por esto recorría con menos regularidad su paseo, que la llevaba cada cinco minutos bajo el sarcasmo, como el soldado condenado que va y vuelve bajo los vergajos. El poco efecto que causaba picó sin duda al ocioso que, aprovechando un momento en que ella se volvía, se fue detrás de ella, a paso de lobo, y, ahogando la risa, se bajó, cogió un puñado de nieve y se lo hundió bruscamente en la espalda, entre los hombros desnudos. La joven dio un rugido, se volvió, saltó como una pantera, y se arrojó sobre el hombre clavándose las uñas en el rostro, con las más espantosas palabras que pueden oírse en un cuerpo de guardia. Aquellas injurias, vomitadas con una voz enronquecida por el aguardiente, salían asquerosamente de la boca de

una mujer a la cual le faltaban, en efecto, los dos dientes delanteros. Era Fantine.

Al ruido que esto produjo, los oficiales salieron en tropel del café, los transeúntes se agruparon, y se formó un gran corro alegre, silbando y aplaudiendo alrededor de aquel torbellino compuesto de dos seres en los cuales apenas se podía reconocer a un hombre y a una mujer, el hombre debatiéndose con el sombrero en el suelo, y la mujer golpeando con pies y puños, despeinada, rugiendo, sin dientes y sin cabellos, lívida de cólera, horrible.

De repente, un hombre de alta estatura salió vivamente de la multitud, agarró a la mujer por el corpiño de satén, cubierto de barro, y le dijo:

—¡Sígueme!

La mujer levantó la cabeza; su voz furiosa se apagó súbitamente. Sus ojos estaban vidriosos; de lívida, se había puesto pálida y temblaba con un estremecimiento de terror. Había reconocido a Javert.

El elegante había aprovechado la ocasión para escapar[1].

[1] Todo este episodio está inspirado en un recuerdo personal de Víctor Hugo. (*Cosas vistas*, 1841. Origen de Fantine).

XIII

Solución de algunas cuestiones de policía municipal

Javert apartó a los concurrentes, deshizo el corro y echó a andar, a grandes pasos, hacia la oficina de policía, que estaba al extremo de la plaza, arrastrando a la miserable tras de sí. Ella se dejó llevar maquinalmente. Ni él ni ella decían una sola palabra. La nube de espectadores, en el paroxismo de la alegría, los seguía con sus pupilas. La suprema miseria es siempre ocasión de obscenidades.

Al llegar a la oficina de policía, que era una sala baja, caldeada por una estufa y custodiada por un guardia, con una puerta vidriera enrejada que daba a la calle, Javert abrió la puerta, entró con Fantine y cerró la puerta tras él, con gran descontento de los curiosos, que se empinaron sobre la punta de los pies y alargando el cuello por la vidriera del cuerpo de guardia, tratando de ver. La curiosidad es una glotonería. Ver es devorar.

Al entrar, la Fantine fue a caer en un rincón, inmóvil y muda, acurrucada como una perra que tiene miedo.

El sargento de guardia trajo una vela encendida y la dejó sobre una mesa. Javert se sentó y de su bolsillo sacó una hoja de papel timbrado, y se puso a escribir.

Esta clase de mujeres están enteramente abandonadas por nuestras leyes a la discreción de la policía. Hace de ellas lo que quiere, las castiga como le parece, y confisca, según su talante, estas dos tristes cosas que se llaman su industria y su libertad. Javert estaba impasible; su rostro serio no traicionaba emoción alguna. No obstante, estaba grave y profundamente preocupado. Era aquél uno de estos momentos en que ejercía sin sujeción de nadie, pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa, su temible poder discrecional. En aquel instante comprendía que su cargo de jefe de policía era un tribunal. Juzgaba y además condenaba. Llamaba en su auxilio a cuantas ideas tenía en su espíritu para el buen desempeño de la gran cosa que estaba haciendo. Cuanto más examinaba el hecho de aquella mujer, más indignado se sentía. Era evidente que acababa de ver cometer un crimen. Acababa de ver, allá en la calle, la sociedad, representada por un propietario-elector, insultada y atacada por una criatura excluida de todo derecho. Una prostituta había atentado contra un ciudadano. Él, Javert, lo había visto. Escribía en silencio.

Cuando hubo terminado, firmó, dobló el papel, y dijo al sargento de guardia, al entregárselo:

—Tomad tres hombres y conducid a esta mujer a la cárcel. —Luego, volviéndose hacia Fantine—: Ya tienes para seis meses.

La desgraciada se estremeció.

—¡Seis meses! ¡Seis meses de prisión! —exclamó—. ¡Seis meses ganando siete sueldos diarios! ¿Qué será de mi Cosette? ¡Mi hija! ¡Mi hija! Debo aún más de cien francos a los Thénardier, señor inspector, ¿no lo sabéis?

Se arrastró por las baldosas mojadas por las botas fangosas de todos aquellos hombres, sin levantarse, uniendo las manos y dando grandes pasos de rodillas.

—Señor Javert —dijo—, os pido gracia. Os aseguro que yo no he tenido la culpa. ¡Si hubiérais visto el principio! Os juro por Dios que yo no he tenido la culpa. Es el señor, a quien no conozco, quien me ha echado nieve en la espalda. ¿Es que tiene derecho a echarme nieve en la espalda, cuando yo pasaba tranquilamente, sin hacer daño a nadie? Por esto me exalté. Estoy algo enferma, ¡miradlo! Y, además, ya hacía un rato que me estaba insultando: «¡Eres fea! ¡no tienes dientes!» Ya sé yo que no tengo dientes. Yo no hacía nada; me decía a mí misma: «Es un caballero que se divierte.» Fui prudente con él, no le hablé. Fue entonces, cuando me echó la nieve en la espalda. ¡Señor Javert, mi buen señor inspector! ¿Es que no hay nadie que lo haya visto, para poderos decir que es verdad? Quizá he hecho mal, enfadándome. Ya sabéis, en el primer instante nadie es dueño de sí. Hay prontos. ¡Además, es cruel sentir sobre sí una cosa tan fría, cuando menos se espera! He hecho mal estropeando el sombrero de aquel caballero. ¿Por qué se ha marchado? Le pediría perdón. ¡Oh, Dios mío!, no me importa tener que pedirle perdón. Dispensadme por esta vez, señor Javert. Mirad, no sabéis esto, en las prisiones se ganan sólo siete sueldos. esto no es culpa del gobierno, pero no se gana más que esto; y figuraos que yo tengo que pagar cien francos, pues de otro modo echarán a la pequeña. ¡Oh, Dios mío! Yo no puedo tenerla conmigo. ¡Es vergonzoso lo que yo hago! ¡Oh, mi Cosette, mi angelito de la buena Virgen! ¿Qué será de ella? Mirad, los Thénardier, los posaderos, los campesinos, no entienden de razones. Necesitan dinero. ¡No me metáis en la cárcel! Mirad, tengo una niña, a quien pondrían en medio del

camino, a la ventura, en pleno invierno; hay que tener piedad de estas criaturas, mi buen señor Javert. Si fuera mayor, podría ganarse la vida, pero no es posible a esta edad. En el fondo no soy una mala mujer. No es la cobardía ni el vicio, los que han hecho de mí lo que veis. Si bebo aguardiente, es por miseria. No me gusta, pero me aturde. Cuando era más feliz, si se hubieran examinado mis armarios, se hubiera visto que yo no era una mujer coqueta y desorientada. Yo tenía ropa blanca, mucha ropa blanca. ¡Tened piedad de mí, señor Javert!

Ella hablaba así, arrodillada, sacudida por los sollozos, cegada por las lágrimas, desnuda la garganta, retorciéndose las manos, tosiendo con una tos seca, balbuceando en voz baja, con la voz de la agonía. El gran dolor es un rayo divino y terrible que trasfigura a los miserables. En aquel momento, la Fantine había vuelto a ser hermosa. En ciertos instantes, se detenía y besaba tiernamente el bajo del levitón del polizonte. Hubiera enternecido un corazón de granito, pero no se estremece un corazón de madera.

—¡Vamos! —dijo Javert—. Ya te he escuchado. ¿Has acabado ya? ¡Ahora vete! Ya tienes para seis meses; ni el Padre eterno en persona, podría hacer nada en esto.

Cuando oyó estas palabras solemnes: «Ni el Padre eterno en persona, podría hacer nada», comprendió que la sentencia se había dictado. Cayó abatida, murmurando:

—¡Perdón!

Javert volvió la espalda.

Los guardias la cogieron por el brazo.

Algunos minutos antes, había entrado en la sala un hombre, sin que reparasen en él. Había cerrado la puerta y se había aproximado, al oír las súplicas desesperadas de la Fantine.

En el momento en que los guardias echaron mano a la desgraciada, que no quería levantarse, dio un paso, salió de la sombra, y dijo:

—¡Un momento, por favor!

Javert levantó los ojos y reconoció al señor Madeleine. Se quitó el sombrero y, saludando con cierta especie de torpeza y enfado, dijo:

—Perdón, señor alcalde...

Aquellas palabras, «señor alcalde», produjeron en Fantine un efecto extraño. Se levantó rápidamente, como un espectro que surge de la tierra, rechazó a los guardias con los dos brazos, se dirigió al señor Madeleine, antes de que pudieran contenerla, y, mirándolo fijamente, con gesto extraviado, exclamó:

—¡Ah! ¡Eres tú el señor alcalde!

Luego, estalló en carcajadas y lo escupió en el rostro.

El señor Madeleine se limpió la cara y dijo:

—Inspector Javert, poned a esta mujer en libertad.

Javert creyó que iba a volverse loco. Experimentaba, en aquel instante, una después de otra y casi mezcladas, las emociones más fuertes que había sentido en su vida. Ver a una mujer pública escupir al rostro de un alcalde, esto era algo tan monstruoso que, en sus suposiciones más terribles, hubiera considerado un sacrilegio creer en su posibilidad. Por otro lado, en el fondo de su pensamiento, hacía una comparación horrible entre lo que era aquella mujer y lo que podía ser aquel alcalde, y entonces entreveía con horror que nada había de extraño en aquel prodigioso atentado. Pero, cuando vio a aquel alcalde, a aquel magistrado, limpiarse tranquilamente el rostro, y decir: «Poned en libertad a esta mujer», sintió como un deslumbramiento de estupor; le faltaron el pensamiento y la palabra; su asombro había pasado los límites de lo posible. Quedó mudo.

Las palabras del alcalde no habían causado menor efecto en la Fantine. Levantó su brazo desnudo y se asió a la llave de la estufa, como una persona que vacila. Miró vagamente a su alrededor, y se puso a hablar en voz baja, como si hablara para sí misma:

—¡En libertad! ¡Que me dejen marchar! ¡Que no vaya a la cárcel por seis meses! ¿Quién ha dicho esto? No es posible que alguien haya dicho esto. He oído mal. ¡No será el monstruo del alcalde! ¿Es usted, mi buen señor Javert, quien ha dicho que me pongan en libertad? ¡Oh! ¡Yo os contaré y me dejaréis marchar! Este monstruo de alcalde, este pícaro viejo es la causa de todo. ¡Figuraos, señor Javert, que me ha despedido a causa de las habladurías de una porción de pícaras que hay en el taller! ¡Si esto no es horroroso! ¡Despedir a una pobre muchacha que cumple honestamente con su deber en el trabajo! Entonces no pude ganar lo suficiente, y de ahí provino mi desgracia. Es necesaria una reforma, que estos señores de la policía podrían hacer; y es impedir a los contratistas de las cárceles que causen perjuicio a las trabajadoras pobres. Voy a explicaros esto. Ganáis, por ejemplo, doce sueldos con las camisas; y baja el precio a nueve sueldos; ya no es posible vivir. Entonces, es preciso ir adonde se pueda. Yo tenía mi pequeña Cosette y me he visto obligada a hacerme una mala mujer. Ahora comprenderéis cómo tiene la culpa de todo el pícaro alcalde. Yo he pisoteado el sombrero de aquel caballero, frente al café de los oficiales, pero antes él me había echado a perder un vestido con la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda para salir por la noche. Ya veis que yo no he hecho daño intencionalmente, de verdad, señor Javert, y por todas partes veo mujeres mucho peores que yo y que son mucho más felices. Oh, señor Javert, vos sois quien

habéis dicho que me pongan en libertad, ¿no es cierto? Informaos, hablad a mi casero, ahora pago mi alquiler y os dirá que soy honrada. ¡Ah! Dios mío, os pido perdón; sin darme cuenta, he tocado la llave de la estufa y ha salido el humo.

El señor Madeleine escuchaba con atención profunda. Mientras ella hablaba, había buscado en el bolsillo de su chaleco, había sacado su bolso y lo había abierto. Estaba vacío. Lo había guardado de nuevo en el bolsillo. Dijo a la Fantine:

—¿Cuánto habéis dicho que debéis?

La Fantine, que sólo miraba a Javert, se volvió hacia él y dijo:

—¿Te hablo yo a ti? —Luego, dirigiéndose a los guardias—: ¿Habéis visto cómo le he escupido a la cara? ¡Ah!, bribón de alcalde, vienes aquí para meterme miedo, pero yo no tengo miedo de ti. Tengo miedo del señor Javert. ¡Tengo miedo de mi buen señor Javert!

Y mientras así hablaba, se volvió hacia el inspector:

—Es preciso, señor inspector, ser justo. Yo comprendo que vois sois justo, señor inspector. De hecho, todo es muy sencillo; un hombre que juega a echar un poco de nieve en la espalda de una mujer, esto hace reír a los oficiales, que tienen ganas de broma, y allí estamos nosotras que sólo servimos para que estos señores se diviertan. Os presentáis, tenéis que restablecer el orden, os traéis a la mujer que ha faltado; pero luego, al reflexionar, como sois bueno, decís que me pongan en libertad; es por la pequeña, porque seis meses de cárcel me impedirían alimentar a mi niña. Solamente decís: «¡No reincidas, bribona!» ¡Oh!, no reincidiré, señor Javert; aunque hagan conmigo todo lo que quieran; yo no me moveré. Hoy he gritado, porque me hicieron daño; me sorprendió la frialdad de la nieve y, como os he dicho,

yo no estoy muy bien, toso, tengo en el estómago como una bola que me quema: el médico me dice que me cuide. Tened, tocad, dadme vuestra mano, no tengáis miedo, es aquí.

Ya no lloraba, su voz era acariciadora, apoyaba en su garganta, blanca y delicada, la gruesa mano ruda de Javert, y lo miraba sonriendo.

De repente, arregló el desorden de sus vestidos, dejó caer los pliegues de su traje que, al arrastrarse, se habían levantado casi hasta la altura de las rodillas, y se dirigió hacia la puerta, diciendo a media voz a los guardias, con un amistoso signo de cabeza:

—Vamos, muchachos, el inspector ha dicho que me soltéis, y me voy.

Puso la mano en el picaporte. Un paso más y estaba en la calle.

Javert, hasta aquel momento, había permanecido en pie, inmóvil, con la mirada fija en el suelo, colocado en medio de esta escena como una estatua fuera de lugar, que espera que la pongan en alguna parte.

El ruido que hizo el picaporte lo hizo despertar. Levantó la cabeza, con una expresión de soberana autoridad, expresión siempre tanto más pavorosa, cuanto más baja es la autoridad, feroz en la bestia salvaje, atroz en el hombre que no es nada.

—¡Sargento —gritó—, no veis que esta pícara se va! ¿Quién os ha dicho que la dejéis marchar?

—Yo —dijo Madeleine.

La Fantine, al oír la voz de Javert, había temblado y soltado el picaporte, como un ladrón sorprendido suelta el objeto robado. Al oír la voz de Madeleine, se volvió y, sin pronunciar una palabra, sin respirar siquiera, su mirada pasó de Madeleine a Javert y de Javert a Madeleine, según hablaba uno u otro.

Evidentemente era preciso que Javert estuviese, como suele decirse, «fuera de juicio», para que se atreviera a apostrofar al sargento como lo había hecho, después de la invitación del alcalde para poner a Fantine en libertad. ¿Había olvidado que estaba delante del alcalde? ¿Había concluido por decirse a sí mismo, que una «autoridad» era imposible que hubiese dado semejante orden, y que ciertamente el señor alcalde había dicho, sin querer, una cosa por otra? ¿O bien, después de haber oído tantas cosas incomprensibles en dos horas, se decía que debía tomar una resolución suprema, que el pequeño debía hacerse grande, el polizonte trasformarse en magistrado, el hombre de policía convertirse en hombre de justicia, y que, en aquella situación extrema, el orden, la ley y la moral, el gobierno y la sociedad entera se personificaban en él, Javert?

Sea lo que fuere, cuando el señor Madeleine pronunció este «yo», se vio al inspector de policía volverse hacia el señor alcalde, pálido, frío, con los labios lívidos, la mirada desesperada, todo el cuerpo agitado por un temblor imperceptible, y, cosa inaudita, decirle con la vista baja, pero firme:

—Señor alcalde, esto no puede ser.

—¿Cómo? —dijo el señor Madeleine.

—Esta desgraciada ha insultado a un ciudadano.

—Inspector Javert —continuó diciendo el señor Madeleine, con un acento conciliador y tranquilo—, escuchad. Sois un hombre honesto y no tengo inconveniente en explicarme con vos. Vais a oír la verdad. Pasaba yo por la plaza, cuando traíais a esta mujer; había aún algunos grupos, me he informado y lo he sabido todo; el ciudadano es el que ha faltado, y quien hubiera debido ser detenido.

Javert respondió:

—Esta miserable acaba de insultaros, señor alcalde.

—Bien; esto es cuestión mía —dijo el señor Madeleine—. Mi injuria me pertenece, creo yo. Puedo hacer de ella lo que me plazca.

—Perdonad, señor alcalde. Su injuria no os pertenece a vos, sino a la justicia.

—Inspector Javert —replicó el señor Madeleine—, la primera justicia es la conciencia. He oído a esta mujer. Sé lo que hago.

—Y yo, señor alcalde, no comprendo lo que estoy viendo.

—Entonces, contentaos con obedecer.

—Obedezco a mi deber. Mi deber quiere que esta mujer sea condenada a seis meses de cárcel.

El señor Madeleine repuso con dulzura:

—Escuchad esto. No estará en la cárcel ni un solo día.

Al oír estas palabras decisivas, Javert osó mirar fijamente al alcalde, y le dijo, con un sonido de voz siempre profundamente respetuoso:

—Siento muchísimo tener que oponerme al señor alcalde, es la primera vez en mi vida, pero él se dignará permitirme hacerle observar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Quedo, puesto que el señor alcalde lo quiere, dentro del hecho del ciudadano. Yo lo presencié. Esta mujer se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector [1] y propietario de esta hermosa casa con balcón que hace esquina a la explanada, con tres pisos, y toda ella de piedra labrada. Porque..., en fin, ¡hay cosas en este mundo! Pero, sea lo que sea, señor alcalde, éste es un hecho de policía, sucedido en la calle,

[1] En tiempos de la restauración, el sufragio era censual. Ser elector era, pues, indicio de dignidad social.

que me corresponde; y por lo tanto retengo a la Fantine.

Entonces, el señor Madeleine se cruzó de brazos y dijo, con una voz severa que nadie en la ciudad había oído aún:

—El hecho de que habláis, es un hecho de policía municipal. En los términos de los artículos nueve, once, quince y setenta, yo soy el juez. Ordeno que esta mujer sea puesta en libertad.

Javert quiso intentar un último esfuerzo:

—Pero, señor alcalde...

—Os recuerdo, a vos, el artículo ochenta y uno de la ley del 13 de diciembre de 1799, sobre la detención arbitraria.

—Señor alcalde, permitid...

—Ni una palabra más.

—No obstante...

—Salid —ordenó el señor Madeleine.

Javert recibió el golpe en pie, de frente, en medio del pecho, como un soldado ruso. Saludó profundamente al señor alcalde y salió.

Fantine se separó un poco de la puerta y lo vio, con estupor, pasar a su lado.

No obstante, también ella era presa de una extraña emoción. Se acababa de ver, en cierta manera, disputada entre dos potencias opuestas. Había visto luchar ante sus ojos a dos hombres, teniendo en sus manos su libertad, su vida, su alma, su hija; uno de estos hombres la arrastraba hacia la sombra, el otro hacia la luz. En esta lucha, entrevista a través de las grandes dimensiones que le prestaba el temor, estos dos hombres se le presentaban como dos gigantes; uno hablaba como su demonio,

el otro como su buen ángel. El ángel había vencido al demonio y, cosa que la hacía temblar de pies a cabeza, este ángel, este libertador, era precisamente el hombre a quien ella aborrecía, este alcalde que ella había considerado durante tanto tiempo como autor de todos sus males, ¡este Madeleine!, y en el momento mismo en que ella acababa de insultarlo de modo terrible, ¡la salvaba! ¿Se habría equivocado? ¿Debía cambiar todos sus sentimientos...? No lo sabía, temblaba. Escuchaba aturdida, miraba atónita, y, a cada palabra que decía el señor Madeleine, sentía deshacerse en su interior las horribles tinieblas del odio, y nacer en su corazón algo consolador, inefable, algo que era la alegría, la confianza y el amor.

Cuando Javert hubo salido, el señor Madeleine se volvió hacia ella, y le dijo con una voz lenta, hablando con trabajo, como un hombre grave que no quiere llorar:

—Os he oído. No sabía nada de lo que habéis dicho. Creo que es verdad, y siento que es verdad. Ignoraba incluso que hubiérais abandonado mis talleres. ¿Por qué no os dirigisteis a mí? Pero yo pagaré ahora vuestras deudas, haré venir a vuestra hija, o que vayáis a buscarla. Viviréis aquí, en París, o en donde queráis. Yo me encargo de vuestra hija y de vos. No trabajaréis más, si no queréis. Os daré todo el dinero que sea preciso. Volveréis a ser honrada, volviendo a ser feliz. E incluso, escuchad, os lo declaro desde ahora, si todo es como decís, y no lo dudo, no habéis dejado nunca de ser virtuosa y santa a los ojos de Dios. ¡Oh, pobre mujer!

Aquello era mucho más de lo que la pobre Fantine podía soportar. ¡Tener a Cosette! ¡Salir de esta vida infame! ¡Vivir libre, rica, honesta y feliz con Cosette! ¡Ver bruscamente desplegarse, en medio de su miseria, todas estas realidades del paraíso! Miró estúpidamente al hom-

bre que le hablaba y no pudo más que lanzar dos o tres sollozos:

—¡Oh, oh, oh!

Dobláronse sus piernas, se puso de rodillas ante el señor Madeleine y, sin que pudiese impedirlo, sintió que él le cogía la mano y posaba en ella los labios.

Luego, Fantine se desmayó.

Libro sexto

Javert

I

Principio del reposo

El señor Madeleine hizo trasportar a Fantine a la enfermería que tenía en su propia casa. La confió a las hermanas, que la acostaron. Había aparecido una fiebre ardiente. Pasó parte de la noche delirando y hablando en voz alta. No obstante, por fin se durmió.

Al día siguiente, al mediodía, Fantine se despertó, oyó una respiración cerca de su cama, separó las cortinas, y vio al señor Madeleine en pie y mirando algo por encima de su cabeza. Aquella mirada estaba llena de piedad y de angustia y suplicaba. Ella siguió su dirección, y vio que se dirigía a un crucifijo clavado en el muro.

El señor Madeleine estaba ahora trasfigurado a los ojos de Fantine. Le parecía rodeado de luz. Estaba absorto en una especie de oración. Ella lo contempló largo tiempo, sin atreverse a interrumpirlo. Por fin, le dijo tímidamente:

—¿Qué hacéis aquí?

El señor Madeleine estaba en aquel lugar desde hacía una hora. Esperaba que Fantine se despertase. Le cogió la mano, tomó el pulso y respondió:

—¿Cómo estáis?

—Bien, he dormido —dijo—, creo que estoy mejor. No será nada.

Él respondió, entonces, a la primera pregunta que ella le había formulado al principio, como si la acabase de oír:

—Oraba al mártir que está allá arriba.

Y añadió, en su pensamiento: «Por la mártir que está aquí abajo.»

El señor Madeleine había pasado la noche y la mañana informándose. Ahora lo sabía todo. Conocía, en todos sus dolorosos pormenores, la historia de Fantine. Continuó:

—Habéis sufrido mucho, pobre madre. ¡Oh!, no os quejéis; ahora tenéis la dote de los elegidos. De este modo es cómo los hombres hacen ángeles. No es por su culpa; no saben obrar de otro modo. Ya veis, el infierno del que salís, es la primera forma del cielo. Era preciso empezar por allí.

Suspiró profundamente; pero ella le sonreía con aquella sublime sonrisa que mostraba la falta de los dos dientes.

Javert había escrito aquella misma noche una carta. La entregó él mismo, por la mañana, en la oficina de correos de Montreuil-sur-Mer. Era para París, y en el sobre decía: «Al señor Chabouillet, secretario del señor prefecto de policía.» Como la noticia de la cuestión del cuerpo de guardia había corrido por la población, la mujer encargada de la estafeta, y otras personas que vieron la carta antes de salir y que conocieron la letra de Javert en el sobre, creyeron que enviaba su dimisión.

Madeleine se apresuró a escribir a los Thénardier. Fantine les debía ciento veinte francos. Él les envió trescientos, diciéndoles que se cobraran de aquella cantidad y que enviaran inmediatamente a la niña a Montreuil-sur-Mer, en donde su madre enferma la reclamaba.

Aquello deslumbró a Thénardier.

—¡Diablos! —dijo a su mujer—. No soltemos a la chiquilla. Este pajarillo se va a convertir en una vaca de leche. Lo adivino. Algún inocente se habrá enamoriscado de la madre.

Contestó enviando una cuenta de quinientos y pico de francos, muy bien hecha. En aquella cuenta figuraban, por más de trescientos francos, dos documentos incontestables, uno de un médico y otro del boticario, los cuales habían cuidado y medicado, en dos largas enfermedades, a Éponine y Azelma. Cosette, como hemos dicho, no había estado enferma. Todo se redujo a una pequeña sustitución de nombres. Thénardier puso al pie de la cuenta: «Recibido a cuenta, trescientos francos.»

El señor Madeleine envió inmediatamente trescientos francos más y escribió: «Apresúrense a enviar a Cosette.»

—¡Por Cristo! —dijo Thénardier—. No soltemos a la chiquilla.

No obstante, Fantine no se restablecía. Seguía en la enfermería.

Las hermanas, al principio, habían recibido y cuidado a «aquella mujer» con repugnancia. Quien haya visto los bajorrelieves de Reims, se acordará de la expresión con que sacan el labio inferior las vírgenes prudentes, al contemplar a las vírgenes fatuas. Este antiguo

desprecio de las vestales por las ambubayas[1], es uno de los más profundos instintos de la dignidad femenina. Las hermanas, lo habían experimentado, con el redoblamiento que le añade la religión. Pero, en pocos días, Fantine las había desarmado. Tenía toda suerte de palabras humildes y dulces, y la madre que había en ella, enternecía. Un día, las hermanas le oyeron decir a través de la fiebre:

—He sido una pecadora; pero, cuando tenga a mi hija cerca de mí, querrá decir que Dios me ha perdonado. Mientras he sido mala, no he querido tener a Cosette a mi lado, no hubiera podido soportar sus ojos sorprendidos y tristes. No obstante, era por ella, por quien yo obraba mal, y por lo cual Dios me perdona. Sentiré la bendición de Dios, cuando Cosette esté aquí. La miraré, y me hará bien contemplar a esta inocente. Ella no sabe nada de nada. Es un ángel; ya veis, hermanas. A esta edad, las alas aún no han caído.

El señor Madeleine iba a verla dos veces diarias y, cada vez, ella le preguntaba:

—¿Veré pronto a mi Cosette?

Él le respondía:

—Quizá mañana por la mañana. Espero que llegue de un momento a otro.

Y el rostro pálido de la madre brillaba por un instante.

—¡Oh —decía—, qué feliz voy a ser!

Acabamos de decir que no se restablecía. Al contrario, su estado parecía agravarse de semana en semana.

1 Ambubayas: del latín «ambulaiae», flautistas, cortesanas. Hugo, quizá recuerda aquí el principio de una sátira de Horacio (I, 2, i) «Ambubaiarum collegia...»

La nieve que le habían puesto al desnudo, entre los omoplatos, había determinado una supresión súbita de la traspiración y, consecuentemente, se había manifestado violentamente la enfermedad que estaba latente desde hacía tantos años. Principiábase, entonces, a seguir en las enfermedades del pecho, el tratamiento de Laënnec[1]. El médico auscultó a Fantine y movió tristemente la cabeza.

El señor Madeleine preguntó al doctor:

—¿Y qué?

—¿No tiene un hijo a quien desea ver? —respondió el médico.

—Sí.

—Pues haced que venga pronto.

El señor Madeleine tuvo un estremecimiento.

Fantine le preguntó:

—¿Qué ha dicho el médico?

—Dice que hay que traer pronto a vuestra hija; que esto os devolverá la salud.

—¡Oh —dijo ella—, tiene razón! ¡Pero, qué hacen estos Thénardier que no me envían a mi Cosette! ¡Oh, ella va a venir! ¡Por fin veré la felicidad a mi lado!

No obstante, los Thénardier no «soltaron a la niña» y daban para ello mil razones. Cosette estaba delicada para ponerse en camino en invierno; y, además, tenía una porción de pequeñas deudas de alimentos y otras cosas de primera necesidad, cuyas facturas estaban reuniendo, etcétera, etcétera.

—Enviaré a alguien a buscar a Cosette —dijo el tío Madeleine—. Si es preciso, iré yo mismo.

1 Fue Laënnec (1781-1826) quien descubrió el método de auscultación, para el diagnóstico de las enfermedades pulmonares.

Y escribió, dictándole Fantine, esta carta que le hizo firmar:

«Señor Thénardier:

»Entregaréis a Cosette al dador.
»Se os pagarán todas las pequeñas deudas.
»Tengo el honor de saludaros con consideración,

»Fantine.»

Mientras tanto, sucedió un grave incidente. En vano cortamos y labramos lo mejor posible el bloque misterioso de que está hecha nuestra vida; la vena negra del destino reaparecerá siempre en él.

II

De cómo Jean puede convertirse en Champ

Una mañana, el señor Madeleine estaba en su despacho, ocupado en arreglar, con tiempo, algunos asuntos urgentes de la alcaldía, para el caso de que decidiese hacer el viaje a Montfermeil, cuando fueron a decirle que el inspector de policía, Javert, deseaba hablarle. Al oír pronunciar aquel nombre, el señor Madeleine no pudo evitar una impresión desagradable. Desde la aventura de la oficina de policía, Javert lo había evitado más que nunca, y el señor Madeleine no había vuelto a verlo.

—Háganlo pasar —dijo.

Javert entró.

El señor Madeleine permaneció sentado cerca de la chimenea, con una pluma en la mano y la vista sobre un legajo que estaba ojeando y anotando, y que contenía procesos verbales de varias contravenciones a la inspección de caminos. No se movió, cuando entró Javert. No podía menos que pensar en la pobre Fantine y le pareció que debía mostrarse glacial con el inspector.

Javert saludó respetuosamente al alcalde. Éste le volvía la espalda y, sin mirarlo, continuaba leyendo su legajo.

Javert dio dos o tres pasos en el gabinete y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisonomista familiarizado con el carácter de Javert, que hubiera estudiado durante largo tiempo a aquel salvaje al servicio de la civilización, aquella extraña combinación de romano, de espartano, de fraile y de cabo, aquel espía incapaz de una mentira, aquel polizonte virgen, un fisonomista que hubiera sabido su secreta y antigua aversión por el señor Madeleine, su conflicto con el alcalde con motivo de Fantine, y que hubiese observado a Javert en aquel instante, se hubiera preguntado: ¿Qué ha pasado? Era evidente, para quien conociera aquella conciencia recta, clara, sincera, proba, austera y feroz, que Javert acababa de experimentar una gran conmoción interior. Javert no tenía nada en el alma que no estuviera pintado en su rostro. Estaba sujeto, como las personas violentas, a bruscas variaciones. Nunca su fisonomía había sido tan extraña y tan inesperada. Al entrar, se había inclinado ante el señor Madeleine, con una mirada en la que no había ni rencor, ni cólera, ni desconfianza; se había detenido a algunos pasos, detrás del sillón del alcalde; y ahora estaba en pie, en una actitud casi disciplinaria, con la rudeza fría y sencilla de un hombre que no conoce la dulzura y que siempre ha sido paciente; esperaba sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, con una verdadera humildad y una resignación tranquila, a que el señor alcalde se volviera; sereno, grave, con el sombrero en la mano, los ojos bajos, con una expresión que era un término medio entre el soldado delante de un oficial y el culpable delante de un juez. Todos los sentimientos, todos los recuerdos que

hubiera podido creerse que tenía, habían desaparecido. En su rostro, impenetrable y uniforme como el granito, sólo se descubría una lúgubre tristeza. Su actitud respiraba humildad y firmeza, y algo así como una opresión sufrida con valor.

Por fin, Madeleine dejó la pluma, y se volvió un poco:

—¿Y bien? ¿Qué es esto? ¿Qué hay, Javert?

Javert permaneció un instante silencioso, como si estuviera absorto; después, levantó la voz con una especie de triste solemnidad, que no excluía la sencillez:

—Hay, señor alcalde, que se ha cometido un delito.

—¿Cuál?

—Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto a un magistrado de la forma más grave. Vengo, cumpliendo mi deber, a ponerlo en vuestro conocimiento.

—¿Quién es el agente? —preguntó el señor Madeleine.

—Yo —respondió Javert.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y quién es el magistrado agraviado por el agente?

—Vos, señor alcalde.

El señor Madeleine se enderezó en su sillón. Javert continuó con gravedad y siempre con los ojos bajos:

—Señor alcalde, vengo a pediros que propongáis a la autoridad mi destitución.

El señor Madeleine, estupefacto, abrió la boca. Javert lo interrumpió:

—Diréis que yo puedo presentar mi dimisión, pero no es suficiente. Dar su dimisión es un hecho honroso. He faltado, merezco un castigo y debo ser destituido.

Después de una pausa, añadió:

—Señor alcalde, el otro día fuisteis muy severo conmigo, injustamente. Sedlo hoy justamente.

—Pero ¿por qué? —exclamó el señor Madeleine—. ¿Qué galimatías es ésta? ¿Qué queréis decir? ¿Dónde hay un acto culpable cometido por vos contra mí? ¿Qué es lo que me habéis hecho? ¿Qué falta habéis cometido respecto a mí? Os acusáis, queréis ser remplazado...

—Destituido —rectificó Javert.

—Destituido, sea. Está bien. Pero no lo entiendo.

—Vais a comprenderlo, señor alcalde.

Javert suspiró profundamente, y continuó con la misma gravedad y tristeza:

—Señor alcalde, hace seis semanas y a consecuencia de la cuestión que tuvimos por aquella joven, estaba furioso y os denuncié.

—¡Denunciado!

—A la prefectura de policía de París.

El señor Madeleine, que no reía mucho más a menudo que Javert, se echó a reír.

—¿Como alcalde que ha usurpado las atribuciones de la policía?

—Como antiguo presidiario —respondió Javert.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no había levantado los ojos, continuó:

—Así lo creía. Hacía algún tiempo que tenía esta idea. Vuestra semejanza, las indagaciones que habéis practicado en Faverolles, vuestra fuerza, la aventura del viejo Fauchelevent, vuestra pericia en el tiro, vuestra pierna que arrastra un poco..., ¿qué sé yo?, ¡estupideces!, pero, en fin, os tomé por un tal Jean Valjean.

—¿Un qué, decís...? ¿Qué nombre?

—Jean Valjean. Un presidiario a quien yo había visto hace veinte años, cuando era ayudante de guardachusma

en Tolón. Al salir del presidio, este Jean Valjean robó, según parece, a un obispo; luego, cometió otro robo, a mano armada y en despoblado, contra un pobre saboyano. Desde hace ocho años, se ha ocultado no sé cómo, y se le perseguía. Yo me había figurado... En fin, lo he hecho. La cólera me impulsó y os denuncié a la prefectura.

El señor Madeleine, que había vuelto a coger el legajo hacía algunos instantes, continuó, con un acento de perfecta indiferencia:

—¿Y qué os han respondido?

—Que estaba loco.

—¿Y vos qué decís?

—Que tienen razón.

—¡Bueno es que lo reconozcáis!

—No había más remedio, porque el verdadero Jean Valjean ha sido encontrado.

La hoja de papel que sostenía el señor Madeleine, se le escapó de las manos, levantó la cabeza y miró fijamente a Javert, diciendo, con un acento inexpresivo:

—¡Ah!

Javert prosiguió:

—Voy a referiros lo que ha pasado, señor alcalde. Parece ser que había, en las cercanías de Ailly-le-Haut-Clocher, un hombre a quien llamaban el tío Champmathieu. Era muy miserable. Nadie le prestaba atención. Nadie sabe cómo vive esta gente. Últimamente, este otoño, el tío Champmathieu fue detenido por el robo de manzanas de sidra, cometido en..., ¡en fin, no importa! El hecho es que hubo robo, con el escalamiento de una pared y rotura de algunas ramas de árbol. Fue detenido cuando tenía aún las ramas del manzano en las manos, y lo llevaron a la cárcel. Hasta aquí no había más que un asunto correccional; pero ahora veréis lo que hay

de providencial en esto. Hallándose la prisión en mal estado, el juez dispuso que Champmathieu fuese trasladado a la cárcel departamental de Arras[1]. En esta cárcel había un presidiario llamado Brevet, que estaba preso no sé por qué razón, y que desempeñaba el cargo de guardián del calabozo, porque se portaba bien. Apenas hubo entrado Champmathieu, cuando Brevet exclamó:

»—¡Caramba! Yo conozco a este hombre: hemos sido compañeros, es un antiguo forzado. Miradme, buen hombre: sois Jean Valjean.

»—¡Jean Valjean! ¿Qué Jean Valjean? —Champmathieu se hacía el desentendido.

»—¡No te hagas el tonto! —replicó Brevet—. ¡Tú eres Jean Valjean! ¡Tú has estado en la prisión de Tolón! Hace veinte años. Estábamos juntos.

»El Champmathieu niega; pero ya podéis comprender lo que pasaría. Se hacen indagaciones, se escudriña el asunto y, al fin, se descubre que, hace unos treinta años, Champmathieu fue podador en Faverolles y en otros puntos. Allí se pierde su rastro. Más tarde, aparece en Auvergne; luego se le vio en París, donde dice haber sido carretero y haber tenido una hija lavandera, pero esto no está probado; y, por último, vino a este país. Ahora bien, antes de ir á presidio, por robo consumado, ¿quien era Jean Valjean? Podador. ¿Dónde? En Faverolles. Otro hecho: el nombre de pila de Valjean era Jean, su madre se llamaba de apellido Mathieu. Nada más natural que, al salir del presidio, tratase de tomar el nombre de la madre, para ocultarse, y se hiciese llamar Jean Mathieu. Pasa después a Auvergne. La pronunciación del país cambia el *Jean* en *Chan,* y se le llama Chan

[1] Ailly-le-Haut-Clocher era una aldea de la Somme, la prisión departamental hubiera debido ser Amiens, en lugar de Arras.

Mathieu. Nuestro hombre adopta esta modificación, y helo aquí trasformado en Champmathieu. Me comprendéis, ¿no es verdad? Se hacen indagaciones en Faverolles. La familia de Jean Valjean ha desaparecido; no se sabe qué ha sido de ella. Ya sabéis que en estas clases de la sociedad hay muchas familias que desaparecen. Por más que se indaga, nada se descubre; esta gente, cuando no son lodo, son polvo. Y, además, como el principio de esta historia data de treinta años, no hay nadie en Faverolles que haya conocido a Jean Valjean. Se piden informes a Tolón, donde sólo quedan, con Brevet, dos presidiarios que hayan conocido a Jean Valjean. Son los condenados a cadena perpetua Cochepaille y Chenildieu. Se les saca del presidio y se les hace comparecer; se les pone delante del supuesto Champmathieu. No dudan. Para ellos, como para Brevet, se trata de Jean Valjean. La misma edad, tiene cincuenta y cuatro años, la misma estatura, el mismo aire, el mismo hombre, en una palabra, es él. Precisamente en este intermedio, envié yo mi denuncia a la prefectura de París, y me respondieron que había perdido el juicio, pues Jean Valjean está en Arras en poder de la justicia. ¡Ya comprenderéis si esto me asombraría, a mí que creía tener aquí mismo a Jean Valjean! Escribí al juez de instrucción; me llamó y me presentó a Champmathieu...

—¿Y qué? —interrumpió el señor Madeleine.

Javert respondió con su rostro incorruptible y triste:

—Señor alcalde, la verdad es la verdad. Lo siento, pero aquel hombre es Jean Valjean. También yo lo he reconocido.

El señor Madaleine continuó, en voz muy baja:

—¿Estáis seguro?

Javert se echó a reír, con esta risa dolorosa que escapa a una convicción profunda:

—¡Oh, seguro!

Permaneció pensativo durante un instante, tomando maquinalmente, con los dedos, pequeñas cantidades de polvo de la salvadera de secar tinta, que estaba sobre la mesa, y añadió:

—E incluso ahora, después que he visto al verdadero Jean Valjean, no comprendo cómo he podido creer otra cosa. Os pido perdón, señor alcalde.

Al dirigir Javert esta frase suplicante al mismo que hacía seis semanas lo había humillado en el cuerpo de guardia, y le había dicho: «¡Salid de aquí!», Javert, aquel hombre altivo, hablaba con sencillez y dignidad. El señor Madeleine no respondió a su ruego más que con esta brusca pregunta:

—¿Y qué dice este hombre?

—¡Ah, señor! Mal negocio es éste. Si efectivamente es Jean Valjean, hay reincidencia. Trepar a un muro, romper una rama, robar manzanas, para un niño es una falta; para un hombre es un delito; para un forzado es un crimen. Escalada y robo. El asunto no pertenece ya a la policía correccional, sino a la audiencia; no se penará con unos días de cárcel, sino con cadena perpetua. Y, además, tiene sobre sí el robo del pequeño saboyano, que ya saldrá a la luz. ¡Diablo! Tela hay cortada, ¿verdad? Sí, para otro que no fuera Jean Valjean. Pero Jean Valjean es un ladino. También en esto lo he reconocido. Otro sentiría cerca el fuego, se agitaría, gritaría como grita el puchero cerca de la lumbre, no querría ser Jean Valjean, etcétera. Pero él parece que no comprende. Dice: «Yo soy Champmathieu, no salgo de ahí.» Está como aturdido, embrutecido. ¡Oh!, el papel que representa es bueno, pero no importa, hay pruebas. Ha sido reconocido por cuatro personas; el viejo bribón será condenado. Está ahora en el tribunal de Arras. Debo ir para prestar testimonio. He sido citado.

El señor Madeleine se había vuelto hacia la mesa, había cogido otra vez el legajo, y lo hojeaba tranquilamente, leyendo y escribiendo alternativamente, como hombre muy ocupado. Se volvió hacia Javert:

—Basta, Javert. De hecho, todos estos detalles me interesan muy poco. Estamos perdiendo tiempo y tenemos asuntos urgentes. Vais a ir enseguida a casa de la tía Buseaupied, que vende hierbas allá abajo, en la esquina de la calle Saint-Saulve. Le diréis que presente su demanda contra el carretero Pierre Chesnelong. Es un hombre brutal que ha estado a punto de atropellar a esta mujer y a su hijo. Es preciso que sea castigado. Iréis luego a casa del señor Carcellay, en la calle Montre-de-Champigny. Se queja de que hay otra gotera en la casa vecina, que vierte agua de lluvia en la suya y que socaba los cimientos de su casa. Después, os informaréis de las infracciones de policía que me han denunciado en la calle Guibourg, en casa de la viuda Doris, y en la calle de Garraud-Blanc, en casa de la señora Renée Le Bossé, e instruiréis proceso verbal. Pero, os doy mucho que hacer. ¿No ibais a ausentaros? ¿No me habíais dicho que ibais a Arras, para este asunto, dentro de ocho o diez días...?

—Mucho más pronto, señor alcalde.

—¿Qué día, pues?

—Creo haberos dicho que mañana se vería esta causa, y que parto en la diligencia de esta noche.

El señor Madeleine hizo un movimiento imperceptible.

—¿Y cuanto tiempo durará este asunto?

—Un día, todo lo más. La sentencia se pronunciará, a lo más tardar, mañana por la noche. Pero yo no esperaré la sentencia. Una vez haya declarado, volveré aquí.

—Está bien —dijo el señor Madeleine.

Y despidió a Javert, con un movimiento de mano.

Javert no se movió.

—Perdón, señor alcalde —dijo.

—¿Qué queréis? —preguntó Madeleine.

—Señor alcalde, tengo aún que recordaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que debo ser destituido.

El señor Madeleine se levantó.

—Javert, vois sois un hombre de honor y yo os estimo. Exageráis vuestra falta. Por otra parte, ésta es aún una ofensa que me concierne a mí sólo. Javert, sois digno de ascender, no de descender. Os aconsejo que conservéis vuestro cargo.

Javert contempló al señor Madeleine con su cándida mirada, a través de la cual parecía descubrirse su conciencia poco iluminada, pero rígida y casta, y dijo con voz tranquila:

—Señor alcalde, no puedo acceder.

—Os repito que este asunto me concierne —replicó el señor Madeleine.

Pero Javert, atento a su propósito, continuó:

—En cuanto a exagerar, no exagero. Oíd cómo yo razono: He sospechado de vos injustamente. En esto no hay nada de particular. Nuestro deber es, precisamente, sospechar, aunque haya abuso en la sospecha, respecto de un superior. Pero, sin pruebas, en un acceso de cólera, con el único objeto de vengarme, os he denunciado como un forzado, a vos, un hombre respetable, un alcalde, un magistrado. Esto sí es grave. Muy grave. He ofendido a la autoridad en vuestra persona, ¡yo, agente de la autoridad! Si uno de mis subordinados hubiera hecho lo que yo he hecho, lo hubiera declarado indigno del servicio y lo hubiera expulsado. Pues bien, esperad un poco, señor alcalde, he sido severo muchas veces en mi vida. Con los

demás. Era justo. Hacía bien. Ahora, si no fuese severo conmigo, todo lo que he hecho justo se convertiría en injusto. ¿Debo yo ser distinto de los demás? No. ¿Por qué he de ser bueno para castigar a otros, y no castigarme a mí mismo? Sería un miserable, y los que me llaman el bribón de Javert tendrían razón. Señor alcalde, yo no deseo que me tratéis con bondad; vuestra bondad me ha hecho pasar muy malos ratos, cuando se dirigía a los otros; no la quería para mí. La bondad que consiste en dar razón a la mujer pública contra el ciudadano, al agente de policía contra el alcalde, al inferior contra el superior, es lo que yo llamo mala bondad. Con esta bondad, la sociedad se desorganiza. ¡Dios mío! ¡Cuán fácil es ser bueno; pero cuán difícil es ser justo! Si hubierais sido lo que creía, no habría sido bueno para vos. Ya lo hubierais visto. Señor alcalde, debo tratarme como yo trato a otro cualquiera. Cuando reprimía a los malhechores, cuando castigaba a los miserables, me decía a mí mismo: Si tropiezas, si alguna vez caes en falta, no habrá compasión para ti. He tropezado, he caído en falta, ¡tanto peor! Vamos, estoy perdido, despedido, expulsado. Está bien, tengo brazos y trabajaré la tierra, poco me importa. Señor alcalde, la conveniencia del servicio exige un ejemplo. Pido, simplemente, la destitución del inspector Javert.

Estas razones fueron pronunciadas con un acento humilde, firme, desesperado, de convicción, que daba cierta grandeza a aquel hombre extraño.

—Ya veremos —dijo el señor Madeleine.

Y le tendió la mano.

Javert retrocedió y dijo, en tono resuelto:

—Perdón, señor alcalde, pero esto no debe hacerse. Un alcalde no tiende la mano a un espía.

Añadió entre dientes:

—Espía, sí; desde el momento en que he abusado de la policía, no soy más que un espía.

Luego, saludó profundamente y se dirigió hacia la puerta.

Allí se volvió y, con la vista siempre baja, dijo:

—Señor alcalde, continuaré en mi cargo hasta que sea remplazado.

Salió. El señor Madeleine quedó pensativo, escuchando aquellos pasos firmes y seguros, que se alejaban por el corredor.

Libro sétimo

La causa de Champmathieu

I

Sor Simplice

Los incidentes que van a leerse no fueron todos conocidos en Montreuil-sur-Mer, pero lo poco que se ha traslucido de ellos ha dejado en la población tan hondos recuerdos, que quedaría una gran laguna en este libro, si no los refiriésemos en sus menores detalles.

En estos pormenores, el lector encontrará dos o tres circunstancias inverosímiles, que conservamos por respeto a la verdad.

En la tarde que siguió a la visita de Javert, el señor Madeleine fue a ver a Fantine, como de costumbre.

Antes de entrar a verla, hizo llamar a la hermana Simplice. Las dos religiosas que sumían el servicio en la enfermería, lazaristas como todas las hermanas de la caridad, se llamaban sor Perpétue y sor Simplice.

Sor Perpétue era el tipo de beata provinciana; una tosca hermana de la caridad, que había entrado en la casa de Dios como se entra en cualquier empleo. Era religiosa, como hubiera podido ser cocinera. Este tipo no es nada

raro. Las órdenes monásticas aceptan de buen grado este tosco barro provinciano, que se modela fácilmente, tomando la forma de capuchina o de ursulina. Esta rusticidad se utiliza en las necesidades materiales de la devoción. La trasformación de un boyero en un carmelita no es nada sorprendente; se pasa de una profesión a otra sin trabajo; el fondo común de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparación adecuada, y pone a un mismo nivel al campesino y al fraile. Un poco más de amplitud al capote de monte, y resulta ya un hábito. Sor Perpétue, era una robusta religiosa, de Marines, cerca de Pontoise, que hablaba un francés mezcla de dialecto, salmodiaba, refunfuñaba, azucaraba la tisana más o menos, según era mayor o menor la devoción o la hipocresía de los enfermos; los trataba bruscamente gruñía a los moribundos, dándoles casi con el Cristo en la cara, y atormentaba a los agonizantes con oraciones iracundas; una beata, en fin, atrevida, honrada, rubicunda.

Sor Simplice, era blanca, de una blancura de cera. Al lado de sor Perpétue, era la vela de cera al lado de la vela de sebo. Vicente de Paúl ha descrito divinamente la figura de la hermana de la caridad, en estas admirables palabras, donde mezcla tanta libertad con tanta esclavitud: «No tendrán por monasterios más que la casa del enfermo; por celda, un cuarto alquilado; por capilla, la iglesia de su parroquia; por claustro, las calles de la ciudad o las salas de los hospitales; por reclusión, la obediencia; por celosías y rejas, el temor de Dios; por velo, la modestia.» Sor Simplice era la realización viva de este ideal. Nadie hubiera podido decir la edad de sor Simplice; no había sido nunca joven y parecía que nunca sería vieja. Era una persona —no nos atrevemos a decir una mujer— tranquila, austera, bien educada, fría,

y que nunca había mentido. Era tan dulce que parecía frágil; y, por otra parte, era más sólida que el granito. Tocaba a los desgraciados con sus dedos delgados y perfectos. Había, por decirlo así, algo silencioso en su voz; hablaba solamente lo necesario y tenía un sonido de voz que podría edificar desde un confesionario y encantar desde un salón. Esta delicadeza se encerraba en un sayal de estameña, encontrando en este rudo contacto un recuerdo continuo de Dios y del cielo. Insistamos sobre un detalle. Jamás había mentido, no había dicho nunca, por interés alguno ni aun indiferentemente, una cosa que no fuese verdad, la santa verdad; éste era el rasgo que definía a sor Simplice, el sello especial de su virtud. Era casi célebre en la congregación por esta veracidad imperturbable. El abad Sicard[1] habla de sor Simplice en una carta al sordomudo Massieu. Por más sinceros, leales y puros que seamos, tenemos todos sobre nuestro candor la mancha de alguna pequeña mentira inocente. Ella no la tenía. ¿Pequeña mentira? ¿Mentira inocente? ¿Existe acaso? Mentir es lo absoluto del mal. Mentir poco, no es posible; el que miente, miente en toda extensión de la mentira; mentir es el rostro mismo del demonio; Satán tiene dos nombres, se llama Satán y se llama Mentira. Esto es lo que ella pensaba. Y tal como pensaba, obraba. De ello resultaba la blancura de que hemos hablado, blancura que cubría con su irradiación incluso sus labios y sus ojos. Su sonrisa era blanca, su mirada era blanca. No había ni una tela de araña, ni una mota de polvo en el cristal de esta conciencia. Al entrar en la obediencia de san Vicente de Paúl, había tomado el nombre de Simplice por propia elección. Simplice de

1 El abate Sicard (1742-1822) se había consagrado a la educación de los sordomudos. Había sucedido, en 1789, al abate de L'Epée en la dirección de un establecimiento de sordomudos, en París.

Sicilia[1], como es sabido, fue aquella santa que, habiendo nacido en Siracusa, prefirió dejarse cortar los dos senos antes que decir que había nacido en Segesta, mentira que la hubiera salvado. Aquel modelo correspondía a esta alma.

Sor Simplice, al entrar en la orden, tenía dos defectos, de los cuales se había corregido poco a poco; era golosa, y le gustaba recibir cartas. No leía nunca más que un libro de oraciones, en gruesos caracteres y en latín. No comprendía el latín, pero comprendía el libro.

La piadosa mujer había tomado cariño a Fantine, descubriendo en ella una virtud latente, y se había dedicado casi exclusivamente a cuidarla.

El señor Madeleine habló a solas con sor Simplice y le recomendó a Fantine, con un acento singular del cual la hermana se acordó después.

Dejando enseguida a la hermana, se aproximó a Fantine.

Fantine esperaba cada día la aparición del señor Madeleine como se espera un rayo de calor y de alegría. Decía a las hermanas:

—No vivo, sino cuando el señor alcalde está aquí.

Aquel día tenía mucha fiebre. Tan pronto como vio al señor Madeleine, le preguntó:

—¿Y Cosette?

Él respondió, sonriendo:

—Pronto.

1 Esta santa Simplice parece ser inventada por Hugo, por necesidad del relato. No se encuentra su nombre en las *Acta Santorum* ni en el *Martyrologe romain*. Por otra parte, la naturaleza de su martirio, así como su origen siciliano, evocan la historia de santa Agathe.

El señor Madeleine estuvo con Fantine como de costumbre. Pero permaneció una hora, en lugar de media hora, con gran placer de Fantine. Hizo mil súplicas a todo el mundo, para que nada faltase a la enferma, y pudo notarse que hubo un momento en que su rostro se ensombreció. Pero aquello se explicó, cuando se supo que el médico se había inclinado y le había dicho al oído: «Pierde mucho.»

Luego, regresó a la alcaldía, y el escribiente lo vio examinar con atención un mapa de carreteras de Francia, que estaba colgado en su gabinete. Escribió algunas cifras a lápiz en un papel.

II

Perspicacia de maese Scaufflaire

Desde su oficina, fue al extremo de la población, a casa de un flamenco, maese Scaufflaër o Scaufflaire, como lo escribían en francés, el cual alquilaba caballos y «carruajes a voluntad».

Para ir a la casa de Scaufflaire, el camino más corto era una calle poco frecuentada, en la cual estaba la rectoría de la parroquia donde habitaba Madeleine. El párroco era, según se decía, un hombre digno y respetable, y de buen consejo. En el momento en que el señor Madeleine llegó frente a la rectoría, no había en la calle más que un transeúnte, y éste observó lo siguiente: el señor Madeleine, después de haber pasado de la casa del párroco, se detuvo, permaneció inmóvil; seguidamente, volvió sobre sus pasos y deshizo el camino hasta la puerta de la rectoría, que era una puerta tosca con un aldabón de hierro. Puso vivamente la mano en el aldabón y lo levantó; luego, se detuvo nuevamente y permaneció quieto y como pensativo; tras algunos segundos, en lugar de dejar caer el aldabón con fuerza, lo bajó suavemente y

volvió a emprender la marcha, con una precipitación que no llevaba antes.

El señor Madeleine encontró a maese Scaufflaire en su casa, ocupado en arreglar un arnés.

—Maese Scaufflaire —le preguntó—, ¿tenéis un buen caballo?

—Señor alcalde —respondió el flamenco—, todos mis caballos son buenos. ¿Qué entendéis vos por un buen caballo?

—Quiero decir un caballo que pueda hacer veinte leguas en un día.

—¡Diablo! —exclamó el flamenco—. ¡Veinte leguas!

—Sí.

—¿Con un cabriolé?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo ha de descansar después del viaje?

—Es preciso que vuelva a partir al día siguiente.

—¿Para hacer el mismo trayecto?

—Sí.

—¡Diablo! ¡Diablo! ¿Veinte leguas?

El señor Madeleine sacó de su bolsillo el papel en el cual había anotado unas cifras. Las mostró al flamenco. Eran las cifras, 5, 6, 8½.

—¿Veis? —dijo—. Total, diecinueve leguas y media, o sea, veinte leguas.

—Señor alcalde —continuó el flamenco—, puedo complaceros. Mi pequeño caballo blanco, que debéis haber visto pasar alguna vez, es un caballito del bajo Boloñés. Es un rayo; quisieron hacerlo caballo de silla. ¡Bah! Saltaba y tiraba a todo el mundo al suelo. Creíase que era falso y no se sabía qué hacer con él. Yo lo compré. Y yo le puse un cabriolé. Precisamente era esto lo que él quería; es dócil como una muchachita, y corre como el

viento. Sería imposible montarlo, porque no quiere ser caballo de silla. Cada cual tiene sus ambiciones. Tirar, sí; llevar un jinete, no: esto es lo que, al parecer, piensa este caballo.

—¿Y hará el viaje?

—Correrá las veinte leguas. Siempre al trote largo y en menos de ocho horas. Pero, he aquí en qué condiciones.

—Decidlas.

—En primer lugar, le daréis un descanso de una hora a mitad del camino; le daréis de comer y habrá alguien presente mientras come, para impedir que el mozo de la posada le robe la avena, pues he observado que, en las posadas, la avena suele ser con más frecuencia bebida por los mozos de cuadra, que comida por los caballos.

—Lo haré.

—En segundo lugar... ¿Es para el señor alcalde, el cabriolé?

—Sí.

—¿Y sabéis conducir?

—Sí.

—Pues bien, iréis solo y sin equipaje, con el fin de no cargar al caballo.

—Convenido.

—Pero, no yendo nadie con vos, tendréis que cuidar de que no le quiten la avena.

—Aprobado.

—Me daréis treinta francos por día, y pagaréis los días de descanso. Ni un ochavo de menos, corriendo de vuestra cuenta el pienso del caballo.

El señor Madeleine sacó tres napoleones de su bolsa y los puso sobre la mesa.

—Ahí tenéis dos días adelantados.

—En cuarto lugar, para este viaje, sería muy pesado un cabriolé y cansaría demasiado al caballo. Es preciso que os avengáis a ir en mi tílburi.

—Consiento.

—Es ligero, pero es descubierto.

—Me es igual.

—Señor alcalde, ¿habéis reflexionado que estamos en invierno?

El señor Madeleine no respondió. El flamenco continuó:

—¿Y que hace mucho frío?

El señor Madeleine guardó silencio.

Maese Scaufflaire continuó diciendo:

—¿Y que puede llover?

El señor Madeleine levantó la cabeza y dijo:

—El tílburi y el caballo estarán mañana delante de mi puerta, a las cuatro y media de la madrugada.

—Está bien, señor alcalde —dijo Scaufflaire; luego, rascando con la uña del dedo pulgar una mancha que había en la mesa, dijo, con aire de indiferencia que los flamencos saben mezclar tan bien con su finura:

—Pero, ¡Ahora que se me ocurre! No me habéis dicho adónde vais? ¿Adónde se dirige el señor alcalde?

No pensaba en otra cosa desde el principio de la conversación; pero, sin saber por qué, no se había atrevido a hacer esta pregunta.

—¿Tiene vuestro caballo buenas patas delanteras? —preguntó el señor Madeleine.

—Sí, señor alcalde. Lo contendréis un poco en las pendientes. ¿Hay muchas pendientes, desde aquí hasta donde os dirigís?

—No olvidéis que ha de estar en mi casa a las cuatro y media en punto —respondió el señor Madeleine; y salió.

El flamenco se quedó inmóvil, «hecho una bestia», según dijo después él mismo.

El señor alcalde había salido hacía dos o tres minutos, cuando la puerta se abrió; era de nuevo el señor alcalde.

Tenía el mismo aire impasible y grave.

—Señor Scaufflaire —dijo—, ¿cuánto creéis que valen el caballo y el tílburi que me alquilaréis, uno llevando al otro?

—El tílburi y el caballo que ha de tirar de él, diréis —respondió el flamenco, riendo.

—Bien. Lo mismo da.

—¿Queréis comprarlos?

—No, pero quiero dejar una garantía, a todo evento. A mi vuelta me devolveréis la suma. ¿En cuánto estimáis el tílburi y el caballo?

—En quinientos francos, señor alcalde.

—Aquí lo tenéis.

El señor Madeleine dejó un billete de banco sobre la mesa; luego salió y, esta vez, no volvió a entrar.

Maese Scaufflaire sintió entonces no haber dicho mil francos. El caballo y el tílburi, juntos, valían cien escudos.

El flamenco llamó a su mujer, y le explicó lo que había pasado. ¿Dónde diablos puede ir el señor alcalde? Celebraron consejo:

—Va a París —dijo la mujer.

—No lo creo —dijo el marido.

El señor alcalde había dejado sobre la chimenea el papel en donde había trazado algunas cifras. El flamenco lo cogió y lo estudió.

—Cinco, seis, ocho y medio, éstos deben ser los relevos de posta. —Se volvió hacia su mujer—. Ya lo tengo.

—¿Cómo?

—Hay cinco leguas de aquí a Hesdin, seis de Hesdin a Saint-Pol, ocho y media de Saint-Pol a Arras. Va a Arras.

Mientras tanto, Madeleine había regresado a su casa, siguiendo el camino más largo, como si la puerta de la rectoría hubiera sido una tentación para él, y hubiera querido evitarla. Había subido a su habitación y se había encerrado allí, lo que no tenía nada de extraño, porque solía acostarse muy temprano. No obstante, la portera de la fábrica, que era al mismo tiempo la única sirvienta del señor Madeleine, observó que su luz se apagó a las ocho y media y se lo dijo al cajero cuando entró, añadiendo:

—¿Está enfermo el señor alcalde? He notado en él algo extraño.

El cajero vivía precisamente en una habitación situada debajo de la del señor Madeleine. No hizo caso alguno de las palabras de la portera, se acostó y se durmió. Hacia medianoche, se despertó bruscamente; a través de su sueño, había oído un ruido por encima de su cabeza. Escuchó. Eran unos pasos que iban y venían, como si alguien andara en la habitación de encima. Escuchó más atentamente y reconoció los pasos del señor Madeleine. Aquello le pareció extraño; habitualmente, no se oía ruido alguno en la habitación del señor Madeleine, antes de la hora en que acostumbraba a levantarse. Un momento más tarde, el cajero oyó un ruido como el que se hace al abrir y cerrar un armario. Luego, arrastraron un mueble, hubo un silencio, y por fin volvieron los pasos.

El cajero se sentó en la cama, despertó completamente, miró y, a través de los vidrios de su ventana, vio la pared de enfrente, iluminada por el reflejo rojizo de

una luz encendida. Por la dirección de los rayos, no podía ser otra que la ventana del señor Madeleine. La reverberación temblaba, como si proviniese más bien de una llama encendida que de una luz. La sombra del bastidor de las vidrieras, no se dibujaba, lo que indicaba que la ventana estaba abierta de par en par. A causa del frío que hacía, resultaba sorprendente que aquella ventana estuviese abierta.

El cajero volvió a dormirse. Una hora o dos más tarde, se despertó de nuevo. El mismo paso, lento y regular, iba y venía por encima de su cabeza.

La reverberación seguía iluminando la pared, pero ahora era pálida y quieta, como el reflejo de una lámpara o de una vela. La ventana seguía abierta.

Veamos ahora lo qué sucedía en la habitación del señor Madeleine.

III

Una tempestad bajo un cráneo

El lector habrá adivinado, sin duda, que el señor Madeleine no es otro que Jean Valjean.

Hemos sondeado ya las profundidades de aquella conciencia; ha llegado el momento de sondearlas de nuevo. No lo haremos sin emoción y sin sentir escalofríos. No existe nada más terrible que esta especie de contemplación. El ojo del espíritu no puede encontrar, en ninguna parte más resplandores ni más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en nada que sea más temible, más complicado, más misterioso y más infinito. Hay un espectáculo más grande que el mar, es el cielo; hay un espectáculo más grande que el cielo, es el interior del alma.

Escribir el poema de la conciencia humana, aunque no fuese más que a propósito de un solo hombre, aunque no fuese más que a propósito del más insignificante de los hombres, sería fundir todas las epopeyas en una epopeya mayor y definitiva. La conciencia, es el caos de las quimeras, de las ambiciones, de las tentaciones, el horno

de los delirios, el antro de las ideas vergonzosas; es el pandemónium de los sofismas, es el campo de batalla de las pasiones. En ciertos momentos, penetrad a través de la faz lívida de un ser humano que reflexiona, mirad detrás de aquella faz, mirad dentro de aquella alma, mirad dentro de aquella oscuridad. Hay allí, bajo el silencio exterior, combates de gigantes como en Homero, peleas de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton, espirales visionarias como en Dante. ¡No hay nada más sombrío que este infinito que el hombre lleva dentro de sí, y al cual mide con desespero las voluntades de su cerebro y las acciones de su vida!

Alighieri encontró un día una puerta siniestra[1], ante la cual vaciló. Nosotros estamos ahora también en el umbral de una puerta ante la cual vacilamos. Entremos, sin embargo.

Poco tenemos que añadir a lo que el lector ya conoce de lo qué pasó a Jean Valjean, después de la aventura con el pequeño Gervais. A partir de aquel momento fue otro hombre, como ya hemos visto. El deseo del obispo se vio realizado en él. Fue más que una trasformación, fue una trasfiguración.

Consiguió desaparecer, vendió la plata del obispo, quedándose únicamente con los candelabros, como recuerdo, se escurrió de pueblo en pueblo, atravesó Francia, llegó a Montreuil-sur-Mer, tuvo la idea que hemos explicado, realizó lo que hemos referido, consiguió hacerse desconocido e inaccesible, y, desde entonces, establecido ya en Montreuil-sur-Mer, contento al sentir su conciencia pesarosa por lo pasado y por ver desmentida la primera mitad de su existencia por la segunda, vivió apacible, confiado, esperanzado, no teniendo más que dos ideas:

[1] La puerta del infierno. (*Infierno*, III, principio).

ocultar su nombre y santificar su vida; escapar a los hombres y volver a Dios.

Estos dos pensamientos estaban tan estrechamente mezclados en su espíritu, que no formaban más que uno solo; eran ambos igualmente absorbentes e imperiosos, y dominaban sus más pequeñas acciones. De ordinario, estaban los dos de acuerdo para regir la conducta de su vida; los dos lo arrastraban hacia la oscuridad; los dos lo hacían benévolo y sencillo; los dos le aconsejaban las mismas cosas. Pero, algunas veces disentían. En tales casos lo recordamos, el hombre a quien toda la región de Montreuil-sur-Mer llamaba el señor Madeleine, no dudaba en sacrificar la primera a la segunda, su seguridad a su virtud. Así, a despecho de toda reserva y de toda prudencia, había guardado los candelabros del obispo, había llevado luto por su muerte, había llamado e interrogaba a todos los saboyanos que pasaban, se había informado sobre las familias de Faverolles y había salvado la vida al viejo Fauchelevent, a pesar de las inquietantes insinuaciones de Javert. Parecía, ya lo hemos observado, que pensara, siguiendo el ejemplo de todos aquellos que han sido prudentes, santos y justos, que su primer deber no era para consigo mismo.

Sin embargo, es preciso decirlo, hasta entonces no había pasado nada semejante a lo que le estaba sucediendo. Jamás las dos ideas que gobernaban al desdichado hombre, cuyos sufrimientos vamos relatando, se habían enzarzado en una lucha tan seria. Lo comprendió confusa, pero profundamente, desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su despacho. En el momento en que oyó pronunciar aquel nombre que había sepultado bajo tan espesos velos, quedó sobrecogido de estupor, y como trastornado ante tan siniestro e inesperado golpe de su destino y a través de este estu-

por, tuvo el estremecimiento que precede a las grandes sacudidas; se doblegó como una encina cuando se aproxima una tempestad, como un soldado cuando se acerca el asalto. Sintió caer, sobre su cabeza, sombras llenas de rayos y de truenos. Mientras escuchaba a Javert, su primer pensamiento fue ir a Arras, denunciarse a sí mismo, sacar a Champmathieu de la cárcel y remplazarlo; esta idea fue para él tan dolorosa y punzante como una incisión en la carne viva, luego pasó y se dijo: «¡Veamos, veamos!» Reprimió este primer impulso de generosidad y retrocedió ante el heroísmo.

Sin duda hubiera sido muy hermoso que, después de las santas palabras del obispo, después de tantos años de arrepentimiento y de abnegación, en medio de una penitencia tan admirablemente empezada, aquel hombre, en presencia de una crisis tan terrible, no hubiera vacilado un instante, y hubiera continuado andando, con el mismo paso, hacia aquel precipicio abierto, en el fondo del cual estaba el cielo; aquello hubiera sido hermoso, pero no fue así. Es preciso que demos cuenta exacta de lo que pasaba en aquella alma, y no podemos decir más que lo que en ella había. En el primer momento, fue el instinto de conservación lo que lo dominó; recogió apresuradamente sus ideas, ahogó sus emociones, consideró la presencia de Javert, conociendo la magnitud del peligro; difirió toda resolución con la firmeza del espanto, meditó sobre lo que debía hacer, y recobró su calma, como un luchador recoge su broquel.

El resto del día lo pasó en este estado, alimentando un torbellino por dentro y aparentando una tranquilidad profunda en el exterior; no hizo más que tomar lo que podemos llamar «medidas de conservación». Todo estaba aún confuso y chocaba en su cerebro; la turbación era tal, que no veía claramente la forma de ninguna idea;

no hubiera podido decir nada de sí mismo, sino que acababa de recibir un gran golpe. Como de costumbre, se acercó al lecho de dolor de Fantine y prolongó su visita, por un instinto de bondad, diciéndose que era preciso obrar así y recomendarla a las hermanas, por si llegaba el caso de tener que ausentarse. Sintió vagamente que iba a ser preciso, quizá, ir a Arras; y, sin estar decidido en manera alguna a hacer este viaje, se dijo que, estando como estaba al abrigo de toda sospecha, no habría inconveniente en ser testigo de lo que pasase; y mandó preparar el tílburi de Scauflaire, con el fin de estar preparado a todo evento.

Cenó con bastante apetito.

Volvió a su cuarto, y se recogió.

Examinó la situación y la creyó inaudita; tan inaudita que, en medio de su meditación, por no sé qué impulso de ansiedad casi inexplicable, se levantó de su silla y cerró la puerta con cerrojo. Temía que entrase alguna cosa; se parapetaba contra todo lo posible.

Un momento después, sopló la luz. Le molestaba.

Le parecía que podían verlo.

¿Quién?

¡Ay! Lo que él quería que no entrase, había entrado ya; lo que él quería cegar, lo miraba. Su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

Sin embargo, en el primer momento, se hizo una ilusión; tuvo una sensación de seguridad y soledad; con el cerrojo echado, se creyó inaccesible; con la vela apagada, se creyó invisible. Entonces, tomó posesión de sí mismo, apoyó los codos en la mesa y apoyó la cabeza en las manos, y meditó en la oscuridad.

«¿Dónde estoy? ¿Estaré soñando? ¿Qué me han dicho? ¿Es verdad que he visto a este Javert y que me

ha hablado así? ¿Quién puede ser este Champmathieu? ¿Así, pues, se parece a mí? ¿Es posible? ¡Cuando pienso que ayer estaba yo tan tranquilo y tan lejos de dudar de nada! ¿Qué hacía yo ayer, a estas horas? ¿Qué hay en este incidente? ¿Cuál será su desenlace? ¿Qué haré?»

Éste era el tormento en que se hallaba. Su cerebro había perdido la fuerza de retener sus ideas, pasaban como olas, y oprimía la frente con ambas manos para retenerlas.

De aquel tumulto que trastornaba su voluntad y su razón, y del cual trataba de obtener una evidencia y una resolución, nada se desprendía más que angustia.

Su cabeza ardía. Fue a la ventana y la abrió de par en par. No había estrellas en el cielo. Volvió a sentarse junto a la mesa.

Así trascurrió la primera hora.

Poco a poco, no obstante, vagas líneas empezaban a formarse en su mente y pudo entrever, con la precisión de la realidad, no el conjunto de la situación, pero sí algunos detalles.

Empezó por reconocer que, por extraordinaria y crítica que fuera aquella situación, era dueño absoluto de ella.

Con esto, lejos de dismuinuir su estupor, aumentó.

Independientemente de la finalidad severa y religiosa que se proponían en sus acciones, todo lo que había hecho hasta entonces, no era otra cosa más que un agujero, que él cavaba para enterrar allí su nombre. Lo que siempre había mayormente temido, en sus horas de recogimiento, en sus noches de insomnio, era oír pronunciar aquel nombre; decíase que aquello sería el fin de todo; que el día en que este nombre reapareciera, haría desvanecer su nueva vida, y quién sabe si también su nueva alma. Se estremecía ante la sola idea de que aquello fuese posible. Ciertamente, si alguien le hubiera dicho en aquellos

momentos, que llegaría un día en que resonaría este nombre en sus oídos, en que aquellas odiosas palabras, Jean Valjean, saldrían repentinamente de las tinieblas y se erguirían ante él, en que aquella luz formidable encendida para disipar el misterio que lo rodeaba, resplandecería súbitamente sobre su cabeza; y que, sin embargo, este nombre no lo amenazaría, que semejante luz no produciría sino una oscuridad más espesa, que este velo roto aumentaría el misterio; que aquel temblor de tierra consolidaría su edificio, que este prodigioso incidente no tendría otro resultado, si él lo quería así, que hacer su existencia a la vez más clara y más impenetrable, y que de su confrontación con el fantasma de Jean Valjean, el bueno y digno ciudadano señor Madeleine saldría más honrado, más apacible y más respetado que nunca; si alguien le hubiera dicho esto, habría movido la cabeza y considerado aquellas palabras como insensatas. ¡Pues, bien! Precisamente todo aquello acababa de suceder; todo este cúmulo de imposibles era un hecho, y Dios había permitido que estos absurdos se convirtieran en realidades.

Su meditación iba aclarándose. Cada vez iba dándose cuenta de su posición.

Le parecía que acababa de despertarse de no sé qué sueño, y que iba resbalando por una pendiente en medio de la noche, en pie, tembloroso, retrocediendo en vano ante la orilla de un abismo. Entreveía distintamente en la sombra a un desconocido, un extraño que el destino tomaba por él y lo empujaba hacia el precipicio, en lugar suyo. Era preciso, para que el abismo se cerrase, que alguien cayese allí, él u otro.

No tenía más que ir dejando que los acontecimientos se sucediesen.

La claridad llegó a ser completa, y se confesó esto: «Que su lugar estaba vacío en las galeras y lo esperaba

todavía; que el robo al pequeño Gervais lo arrastraba a él, que este lugar vacío lo esperaría y lo arrastraría inevitable, pero fatalmente hasta que lo ocupase.» Luego se dijo: «Que en aquel momento había alguien que lo remplazaba; que parecía que un tal Champmathieu tenía aquella mala suerte, y que, en cuanto a él, presente desde entonces en la cárcel, en la persona de Champmathieu, y presente en la sociedad, bajo el nombre del señor Madeleine, no tenía ya nada que temer, con tal de que no impidiese a los hombres sellar sobre la cabeza de Champmathieu esta piedra de infamia que, como la piedra del sepulcro, cae una vez para no volverse a levantar.»

Todo aquello resultaba tan violento y tan extraño, que se verificó repentinamente en él esta especie de movimiento indescriptible que ningún hombre experimenta más allá de dos o tres veces en su vida, especie de convulsión de la conciencia que remueve todo lo que de dudoso tiene el corazón, que se compone de ironía, de alegría y de desesperación, y que podría llamarse una explosión de «risa interior».

Bruscamente, encendió la vela.

«¡Y bien, qué! —se dijo—. ¿De qué tengo miedo? ¿Qué debo pensar de esto? Estoy salvado. Todo ha concluido. No tenía más que una puerta entreabierta, por la cual mi pasado podría irrumpir en mi vida; ¡ahora esta puerta está tapiada! ¡Para siempre! Ese Javert, que me acosa desde hace tanto tiempo, ese terrible instinto que parecía haberme descubierto, que me había descubierto, ¡pardiez!, y que me seguía a todas partes, este terrible perro de presa, siempre al acecho sobre mí, helo aquí ya completamente desorientado. Está ya satisfecho y, en adelante, me dejará en paz, ¡ya tiene a su Jean Valjean! ¡Quien sabe si es probable que piense abandonar la ciudad! ¡Y todo ha sucedido sin intervención mía! ¡Yo no he figu-

rado en ello para nada! ¡Bah! ¿Es por ventura, éste, algún suceso desgraciado? Quienes ahora me viesen, ¡palabra de honor!, ¡creerían que me había sucedido una catástrofe! Después de todo, si resulta algún daño para alguien, no es por culpa mía. Es la providencia quien lo ha hecho. ¡Es esto lo quiere que suceda, al menos aparentemente! ¿Tengo yo derecho a desarreglar lo que ella arregla? ¿Qué es lo que yo quiero ahora? ¿En qué voy a mezclarme? Esto no me concierne. ¡Cómo! ¡Y no estoy contento! ¿Qué es lo que preciso, entonces? El fin a que aspiro desde hace tantos años, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones, la seguridad, ¡ya lo he alcanzado! Dios lo quiere. No puedo hacer nada contra la voluntad de Dios. ¿Y por qué lo quiere Dios? ¡Para que yo continúe con lo que he empezado, para que practique el bien, para que un día sea un grande y alentador ejemplo, para que sea dicho, en fin, que ha habido alguna parte de felicidad en esta penitencia que he sufrido, en esta virtud a la cual he vuelto! Realmente, no comprendo por qué he tenido miedo, hace poco, de entrar en casa de este buen cura, contárselo todo como un confesor y pedirle consejo, cuando, evidentemente, es esto lo que me hubiera dicho. ¡Está decidido, dejemos correr los acontecimientos! ¡Dejemos obrar al buen Dios!»

De este modo se hablaba, en las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que podría llamarse su propio abismo. Se levantó de su silla y se puso a andar por la habitación.

«Vamos —se dijo—, no pensemos más en ello. ¡Ya he tomado una resolución!», mas no sintió alegría alguna.

Por el contrario.

Querer prohibir a la imaginación que vuelva sobre una idea, es lo mismo que querer impedir al mar que vuelva a la playa. Para el marinero, este fenómeno se llama

marea; para el culpable, se llama remordimiento. Dios agita las almas lo mismo que el océano.

Al cabo de unos instantes, por más que hizo para evitarlo, remprendió aquel sombrío diálogo, en el cual era él quien hablaba y él quien escuchaba, diciendo lo que hubiera querido callar y oyendo lo que no hubiera querido oír, cediendo a este misterioso poder que le decía: «¡piensa!», igual que decía hace dos mil años a otro condenado: «¡anda!»

Antes de ir más lejos, y para que seamos plenamente comprendidos, insistamos sobre una observación necesaria.

Es cierto que el hombre se habla a sí mismo; no hay ningún ser pensador que no lo haya experimentado. Puede decirse, incluso, que el verbo, no alcanza a ser un tan magnífico misterio, más que cuando, en el interior del hombre, va del pensamiento a la conciencia y vuelve de la conciencia al pensamiento. Únicamente en este sentido es preciso entender las palabras empleadas a menudo en este capítulo, «dijo», «exclamó». Se dice, se habla, se exclama en sí mismo, sin que sea roto el silencio exterior. Hay un gran tumulto; todo habla en nosotros, excepto la boca. Las realidades del alma, no por no ser visibles ni palpables, son menos realidades.

Se preguntó, pues, dónde se hallaba en su resolución. Se interrogó sobre esta «resolución tomada». Se confesó a sí mismo que todo lo que acababa de arreglar en su espíritu era monstruoso, que «dejar correr los acontecimientos», «dejar obrar al buen Dios», era sencillamente horrible. Dejar consumarse aquel error del destino y de los hombres, no impedirlo, ayudarlo con el silencio, ¡no hacer nada, en fin, era hacerlo todo! ¡Era el último grado de la indignidad hipócrita! ¡Era un crimen bajo, miserable, solapado, abyecto, vil!

Por primera vez, en ocho años, el desdichado acababa de sentir el sabor de un mal pensamiento y de una mala acción.

La expulsó con repugnancia.

Continuó preguntándose. Se preguntó severamente qué era lo que había entendido al decirse: «He conseguido mi objeto.» Reconoció que su vida había tenido un objeto. ¿Pero, cuál? ¿Esconder su nombre? ¿Engañar a la policía? ¿Era para algo tan pequeño, por lo que había hecho todo cuanto había hecho? ¿Es que no tenía otro objeto, que era el grande, que era el verdadero? Salvar, no su persona, sino su alma. Volver a ser honesto y bueno. ¡Ser un justo! ¿Es que no era esto, sobre todo, esto únicamente lo que él había querido siempre y lo que el obispo le había ordenado? ¿Cerrar la puerta a su pasado? Pero no la cerraba, ¡gran Dios!, la volvía abrir con una acción infame. ¡Volvía a ser un ladrón y el más odioso de los ladrones! ¡Robaba a otro su existencia, su paz, su lugar al sol! ¡Se convertía en un asesino! ¡Mataba, mataba moralmente a un pobre miserable, le infligía esta terrible muerte viviente, esta muerte a cielo abierto, que se llama la prisión! ¡Por el contrario, entregarse, salvar a este hombre víctima de tan funesto error, recobrar su nombre, volver a ser por obligación el presidiario Jean Valjean, era verdaderamente acabar su resurrección y cerrar para siempre el infierno del cual salía! ¡Y recaer en apariencia, era salir de él, en realidad! ¡Era preciso hacerlo! ¡Nada habría hecho si así no lo hacía! Toda su vida habría sido inútil, toda su penitencia perdida, estéril. Sentía que el obispo estaba allí, con él, que estaba tanto más presente cuanto que estaba muerto, que lo miraba fijamente, que, si no cumplía con su deber, el alcalde Madeleine, con todas sus virtudes le sería abominable y, en su comparación, el presidiario Jean Valjean sería admi-

rable y puro. Que los hombres viesen su máscara, pero que el obispo viese su rostro; que los hombres viesen su vida, mientras el obispo vería su conciencia. Era preciso, pues, ir a Arras, liberar al falso Jean Valjean y denunciar al verdadero. ¡Ah! Éste era el mayor de los sacrificios, la más dolorosa de las victorias, el último paso a franquear; pero era preciso. ¡Doloroso destino! ¡No extrañaría en la santidad a los ojos de Dios, si no entraba de nuevo en la infancia a los ojos de los hombres!

«Pues bien —dijo—, ¡tomemos esta resolución! ¡Cumplamos con nuestro deber! ¡Salvemos a este hombre!»

Pronunció aquellas palabras en voz alta, sin darse cuenta de ello.

Tomó sus libros, los verificó y los puso en orden. Echó al fuego un paquete de pagarés atrasados, firmado por comerciantes que le debían. Escribió una carta que selló y en cuyo sobre hubiera podido leer quienquiera que hubiese estado en la habitación en aquel instante:

«Al señor Laffitte, banquero, calle d'Artois, en París.»

Sacó de un cajón una cartera que contenía algunos billetes de banco y el pasaporte de que se había servido aquel mismo año para ir a las elecciones.

Quien le hubiera visto ejecutar todos estos actos, en medio de tan grave meditación, no hubiera sospechado lo que por él pasaba. Únicamente, a veces, se movían sus labios; en otros instantes, levantaba la cabeza y fijaba su mirada sobre un punto cualquiera de la pared, como si hubiera precisamente allí alguna cosa que quisiese aclarar o interrogar.

Una vez terminada la carta al señor Laffitte, la metió en su bolsillo, así como la cartera, y volvió a pasearse.

Sus ideas no habían cambiado. Continuó viendo claramente su deber, escrito en letras luminosas que resplan-

decían ante sus ojos, y se desplazaban con su mirada: «¡Anda! ¡Da tu nombre! ¡Denúnciate!»

Veía también, como si se moviesen delante de él con formas sensibles, las dos ideas que hasta entonces habían sido la doble regla de su vida: esconder su nombre, santificar su alma. Por vez primera, se le aparecían absolutamente distintas y veía las diferencias que las separaban. Reconocía que una de estas ideas era necesariamente buena, mientras que la otra podía convertirse en mala; que aquélla era el sacrificio, y ésta era la personalidad; que una decía: el prójimo y la otra decía: yo; que una procedía de la luz, y la otra procedía de las tinieblas.

Ambas luchaban entre sí, él las veía luchar. A medida que reflexionaba, iban creciendo ante los ojos de su espíritu; tenían ya colosales dimensiones; y le parecía que veía luchar dentro de sí mismo, en aquel infinito del que habláramos antes, en medio de oscuridades y resplandores, una diosa y una gigante.

Estaba lleno de espanto, pero le parecía que la buena idea triunfaría.

Conocía que había llegado al otro momento decisivo de su conciencia y de su destino; que el obispo había señalado la primera fase de su nueva vida, y que aquel Champmathieu le señalaba la segunda. Tras la gran crisis, la gran prueba.

Entretanto, la fiebre apaciguada un instante, lo volvía a invadir poco a poco. Mil pensamientos lo asaltaban pero lo fortificaban aún más en su resolución.

Un momento se dijo: Que tomaba el asunto con demasiado calor; que, después de todo, Champmathieu no era nada importante, que en resumidas cuentas, había cometido un robo.

Se respondió: Si este hombre ha robado, en efecto, unas cuantas manzanas, tiene un mes de cárcel; lo cual

dista mucho de las galeras. ¿Y quién sabe? ¿Ha robado? ¿Ha sido probado? El nombre de Jean Valjean lo oprime y parece dispensarlo de pruebas. ¿No obran así, habitualmente, los procuradores del rey? Se le cree ladrón, porque se le sabe presidiario.

En otro momento, pensó que si se denunciaba a sí mismo, tal vez se consideraría el heroísmo de su acción; se tendrían en cuenta sus siete años de honradez y lo que había hecho por el país, y se le concedería gracia.

Pero esta suposición se desvaneció bien pronto, y sonrió amargamente, recordando que el robo de los cuarenta sueldos al pequeño Gervais lo hacía reincidente; que este crimen reaparecería y, según los términos precisos de la ley, sería condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

Se desprendió de toda ilusión, se desligó más y más de la tierra y buscó el consuelo y la fuerza en otra parte. Se dijo que era preciso cumplir con su deber; que tal vez no sería más desgraciado después de cumplirlo, que después de haberlo eludido; y si «dejaba correr los acontecimientos», si se quedaba en Montreuil-sur-Mer, su consideración, su buen nombre, sus buenas obras, la deferencia y la veneración públicas, su caridad, su riqueza, su popularidad, su virtud, estarían sazonadas con un crimen; y ¡qué sabor tendrían todas estas cosas santas, mezcladas con esta cosa horrible!, mientras que, si realizaba su sacrificio, al presidio, al potro, a la cadena, al gorro verde, al trabajo sin descanso, a la vergüenza sin piedad, se mezclaría siempre una imagen celestial.

Finalmente, díjose que aquello era necesario, que su destino era éste, que no era dueño de torcer lo que viene dispuesto desde las alturas, que, en cualquier caso, era preciso escoger: o la virtud por fuera y la abominación por dentro, o la santidad por dentro y la infamia por fuera.

Su valor no desfallecía ante la lucha de tan lúgubres ideas, pero su cerebro se fatigaba. A pesar suyo, empezaba a pensar en otras cosas, en cosas indiferentes.

Sus arterias latían fuertemente en sus sienes. Seguía paseando. Dieron las doce en el reloj de la parroquia y luego en el ayuntamiento. Contó las campanadas en los dos relojes y comparó el sonido de las dos campanas. En aquel momento, recordó que algunos días antes había visto a la venta, en un almacén de chatarra, una vieja campana que tenía grabado este nombre: «Antoine Albín de Romainville.»

Tenía frío. Encendió un poco de lumbre. No se le ocurrió cerrar la ventana.

No obstante, había caído de nuevo en su estupor. Le fue preciso hacer un gran esfuerzo para recordar en qué estaba pensando cuando había sonado la medianoche. Por fin lo logró.

«¡Ah, sí! —se dijo—. Había tomado la resolución de denunciarme.»

Entonces, de repente, recordó a Fantine.

«¡Toma! —exclamó—. ¿Y esta pobre mujer?»

Entonces se declaró una nueva crisis.

Fantine, apareciendo bruscamente en su meditación, fue como un rayo de luz inesperada. Le pareció que todo cambiaba de aspecto a su alrededor, y exclamó:

«¡Ah! ¡Hasta ahora, sólo me he tenido en cuenta a mí mismo! ¡No he mirado más que mi conveniencia! Me conviene callarme, o denunciarme; esconder mi persona, o salvar mi alma; ser un magistrado despreciable y respetado, o un presidiario infame y venerable; ¡no he salido de mí, yo y sólo yo! ¡Pero, Dios mío, todo esto no es más que egoísmo! ¡Son formas distintas del egoísmo, pero es egoísmo! ¿Y si pensara un poco en los demás? La primera santidad, es pensar en el prójimo. Veamos,

examinemos. Exceptuado yo, borrado yo, olvidado yo, ¿qué sucederá de todo esto? Si me denuncio, me prenden, sueltan a este Champmathieu y me envían a las galeras. ¿Y luego? ¿Qué sucede aquí? ¡Ah, aquí hay un país, una ciudad, fábricas, una industria, obreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, desvalidos! Yo he creado todo esto, yo hago vivir todo esto: dondequiera que haya una chimenea que humee, soy yo quien ha puesto el leño en el fuego, y la carne en la marmita; yo he hecho el bienestar, la circulación, el crédito; antes de mí no había nada; yo he levantado, vivificado, animado, fecundado, estimulado, enriquecido todo el país. Si yo desaparezco, todo muere. ¡Y esta mujer que ha sufrido tanto, que tiene tantos méritos en su caída, a la cual he causado, sin querer, toda la desdicha! ¡Y esta niña, que yo quería ir a buscar, que lo he prometido a su madre! ¿Es que no debo también algo a esta mujer, en reparación del daño que le he causado? Si yo desaparezco, ¿qué sucederá? La madre morirá. La niña, sabe Dios qué será de ella. Esto es lo que sucederá si yo me denuncio. ¿Y si no me denuncio? ¿Qué sucederá, si no me denuncio?»

Después de haberse hecho esta pregunta, se detuvo; durante un momento, lo invadió una sensación de duda y de temblor; pero aquel momento duró poco y se respondió con calma:

«Pues bien, este hombre irá a presidio, es cierto; pero, ¡qué diablos! ¡Ha robado! Por más que yo me diga que no ha robado, ¡ha robado! Yo, yo me quedo aquí, continúo. Dentro de diez años, habré ganado diez millones, los repartiré en el país, no tendré nada mío, ¿qué me importa esto? ¡No es para mí, lo que yo hago! La prosperidad de todos irá aumentando, las industrias se despiertan, las manufacturas y las fábricas se multiplican, las familias, ¡cien familias!, ¡mil familias!, son felices; la

región se puebla; nacen pueblos donde sólo habían granjas, nacen granjas donde no había nada; la miseria desaparece, y con la miseria desaparece el escándalo, la prostitución, el robo, el asesinato, todos los vicios, ¡todos los crímenes! ¡Y esta pobre madre educa a su hijo! He aquí todo un país rico y honrado! ¡Ah, estaba loco! ¿Qué es lo que pensaba cuando hablaba de denunciarme? Es preciso meditarlo bien, y no precipitarme. ¡Qué! ¿Porqué me habría complacido hacerme el grande y el generoso? ¡Esto es melodrama, después de todo! ¡Porque no habré pensado más que en mí, sólo en mí; por salvar de un castigo quizá un poco exagerado, pero justo en el fondo a no se sabe quién, a un ladrón, a un malhechor indudablemente, ha de perecer un país entero! ¡Ha de morir esta mujer en el hospital! ¡Ha de quedar su hija abandonada en la calle! ¡Como si fueran perros! ¡Ah, esto sería abominable! ¡Sin que siquiera la madre haya visto a su hija! ¡Sin que la hija conozca apenas a la madre! Y todo por este viejo pícaro, ladrón de manzanas, que seguramente merecerá las galeras por otras muchas cosas más que por esto. ¡Hermosos escrúpulos, que salvan a un culpable y sacrifican a inocentes, que salvan a un viejo vagabundo, al cual no le quedan muchos años de vida, a fin de cuentas, y que no será más desgraciado en el presidio que en su casucha, y sacrifican a toda una población, a madres, a mujeres, a niños! ¡Esta pobre pequeña Cosette, que no tiene más que a mí en este mundo, y en que sin duda estará en este momento tiritando de frío en el tabuco de estos Thénardier! ¡Vaya otro canalla este tal Thénardier! ¡Y yo faltaría a mis deberes respecto a todos estos pobres seres! ¡Y yo iría a denunciarme! ¡Y yo haría esta inepta estupidez! Pongámonos en lo peor. Supongamos que haya una mala acción, de mi parte, en todo esto y que mi conciencia me la reprocha un día;

aceptar, por el bien del prójimo, estos reproches que caen sobre mí sólo, esta mala acción, que no compromete más que a mi alma, esto es lo que es sacrificio, esto es lo que es virtud.»

Se levantó y reanudó su marcha. Esta vez le parecía que estaba contento.

Los diamantes se encuentran sólo en las tinieblas de la tierra; las verdades se encuentran sólo en las profundidades del pensamiento. Le parecía que, después de haber descendido a estas profundidades, después de haber palpado largo tiempo en lo más negro de estas tinieblas, acababa por fin de encontrar uno de estos diamantes, una de estas verdades, y que la tenía en la mano; y se deslumbraba al mirarla.

«Sí —pensó entonces—. ¡Esto es! Ahora estoy en lo verdadero; tengo la solución. Es preciso decidirme por alguna cosa. Mi decisión está tomada. ¡Dejemos correr las cosas! No vacilemos más, no retrocedamos más. Así conviene, en el interés de todos, no en el mío. Yo soy Madeleine, me quedo Madeleine. ¡Desgraciado del que es Jean Valjean! Éste ya no soy yo. No conozco a este hombre; ya no sé quién es; si hay alguno que sea Jean Valjean ahora, que se arregle como pueda; a mí no me concierne. ¡Es nombre de fatalidad que flota en la noche; si se detiene y cae sobre una cabeza, tanto peor para ella!»

Se contempló en el pequeño espejo que estaba sobre la chimenea, y dijo:

«¡Toma! ¡Me ha aliviado el tomar una resolución! Ahora me siento otro.»

Anduvo aún algunos pasos, luego se detuvo en seco:

«¡Vamos! —se dijo—. No hay que dudar ante ninguna de las consecuencias de la resolución tomada. Hay todavía algunos hilos que me unen a este Jean Valjean. ¡Es preciso romperlos! Hay aquí, en esta misma habitación,

objetos que me acusarían, cosas mudas que serían testigos; está dicho, es preciso que todo desaparezca.»

Metió la mano en el bolsillo, sacó su bolsa, la abrió y tomó una llavecita.

Introdujo aquella llave en una cerradura, cuyo agujero apenas se veía por estar oculto en las sombras más oscuras del dibujo que cubría el papel pegado al muro. Abrióse un escondrijo, una especie de falso armario colocado entre el ángulo de la pared y el cañón de la chimenea. En aquel escondrijo no había más que unos pocos andrajos, un capote de tela azul, un viejo pantalón, un morral, y un grueso palo de espino con contera en los dos extremos. Quienes habían visto a Jean Valjean en la época en que pasó por Digne, en octubre de 1815, habrían reconocido fácilmente todas las piezas de aquella miserable indumentaria.

Las había conservado como había conservado los candelabros de plata, para recordar siempre su punto de partida. Sólo que escondía aquello que procedía del presidio y dejaba a la vista los candelabros que procedían del obispo.

Lanzó una furtiva mirada hacia la puerta, como si hubiera temido que se abriera a pesar del cerrojo que la cerraba; luego, con un movimiento rápido y brusco, de una sola brazada, sin echar ni una ojeada a aquellos objetos que había guardado tan celosa como peligrosamente, durante tantos años, lo cogió todo, harapos, bastón, morral, y lo arrojó al fuego.

Cerró el escondrijo y, redoblando sus precauciones, ya completamente inútiles puesto que estaba vacío, ocultó la puerta tras un gran mueble, que hizo correr.

Al cabo de algunos segundos, la habitación y la pared de enfrente se iluminaron con un gran resplandor rojo y tembloroso. Todo ardía. El palo de espino chispo-

rroteaba y lanzaba chispas hasta el centro de la habitación.

El morral, al consumirse con los harapos que contenía, había dejado al descubierto alguna cosa que brillaba entre la ceniza. Examinándola, se hubiera reconocido fácilmente que era una moneda de plata. Sin duda la moneda de cuarenta sueldos robada al pequeño saboyano.

Pero él no miraba al fuego, y continuaba andando, yendo y viniendo con el mismo paso.

De repente, sus miradas se fijaron en los dos candelabros de plata, que la reverberación hacía brillar vagamente sobre la chimenea.

«¡Ah! —pensó—. Aún está allí Jean Valjean. Es preciso destruir también esto.»

Cogió los dos candelabros.

Había aún bastante lumbre para poder deformarlos prontamente, y hacer de ellos un lingote imposible de reconocer.

Se inclinó hacia la chimenea y se calentó un instante. Sintió un agradable bienestar.

«¡Qué buen calor!» —exclamó.

Removió la lumbre con uno de los candelabros.

Un minuto más tarde, estaban en el fuego.

En aquel momento, le pareció oír una voz que gritaba dentro de él:

«¡Jean Valjean! ¡Jean Valjean!»

Sus cabellos se erizaron y quedó como alguien que oye una cosa terrible.

«Sí, esto es, ¡acaba! —clamaba la voz—. ¡Completa lo que haces! ¡Destruye estos candelabros! ¡Aniquila este recuerdo! ¡Olvida al obispo! ¡Olvídalo todo! ¡Pierde a este Champmathieu! ¡Todo va bien! ¡Regocíjate! Así, pues, ya está convenido, ya está resuelto, ya está dicho; he ahí a un hombre, un anciano que no sabe lo que lo quie-

ren, que tal vez no ha hecho nada, un inocente, al cual tu nombre hace toda la desdicha, sobre el cual tu nombre pesa como un crimen, que va a ser condenado por ti, que va a acabar sus días en la abyección y el horror. ¡Está bien! Sé hombre respetable tú. Quédate siendo el señor alcalde, ilustre y honrado, enriquece a la ciudad, alimenta a los indigentes, educa a los huérfanos, vive feliz, virtuoso y admirado; y mientras tanto, mientras tú estás aquí rodeado de alegría y de luz, habrá otro que usará tu casaca roja, que llevará tu nombre en la ignominia, y que arrastrará tu cadena en el presidio. Sí. ¡Todo quedará bien arreglado así! ¡Ah, *miserable!*»

El sudor le resbalaba por la frente. Dirigió una mirada extraviada a los candelabros. Pero lo que hablaba dentro de él no había concluido; la voz continuaba:

«¡Jean Valjean! ¡A tu alrededor habrá muchas voces que harán gran ruido, que hablarán muy alto, y que te bendecirán; y no habrá más que una, que nadie oirá, que te maldecirá en las tinieblas! ¡Pues bien! ¡Escucha, infame! ¡Todas estas bendiciones caerán antes de llegar al cielo, y sólo la maldición subirá hasta Dios!»

Esta voz, débil al principio y que se había elevado desde lo más profundo de su conciencia, había llegado gradualmente a ser ruidosa y formidable, y la oía ahora junto a su oído. Le parecía que había salido de sí mismo, y que le hablaba ahora desde fuera. Creyó oír las últimas palabras tan claramente, que miró a su alrededor con una especie de terror.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó en voz alta, asustado.

Luego, añadió con una risa que parecía la risa de un idiota:

—¡Qué estúpido soy! ¡No puede haber nadie!

Había alguien, en efecto; pero quien allí estaba no era de los seres a quienes puede ver el ojo humano.

Dejó los candelabros en la chimenea.

Entonces, volvió a aquel paso monótono y lúgubre que turbaba su meditación, y que había despertado, sobresaltado, al cajero que dormía en la habitación inferior.

Este ir y venir lo aliviaba y lo abrumaba al mismo tiempo. Parece que, a veces, en las ocasiones supremas, el hombre se mueve para pedir consejo a todo lo que encuentra al paso. Al cabo de algunos instantes, ya no sabía dónde estaba en su meditación.

Retrocedía ahora con igual terror ante las dos resoluciones que alternativamente había tomado. Las dos ideas que lo aconsejaban le parecían tan funestas la una como la otra. ¡Qué fatalidad! ¡Qué coincidencia, este Champmathieu tomado por él! ¡Verse precipitado justamente por el mismo medio que la providencia parecía haber escogido para afianzarlo!

Hubo un momento en que consideró el porvenir. Denunciarse, ¡gran Dios! ¡Entregarse! Enfrentóse, con una inmensa desesperación, co ntodo lo que sería preciso abandonar y todo lo que sería preciso recobrar. ¡Sería preciso, pues, decir adiós a aquella existencia tan buena, tan pura, tan radiante, a este respeto de todos, al honor, a la libertad! ¡Ya no volvería a pasear por los campos, ni volvería a oír cantar los pájaros en el mes de mayo, ni volvería a dar limosna a los niños! ¡Ya no volvería a sentir la dulzura de las miradas de reconocimiento y de amor, fijas sobre él! ¡Abandonaría la casa que había construido, aquella habitación! Todo le parecía entonces encantador. ¡No volvería a leer aquellos libros y no escribiría más sobre aquella mesita de madera blanca! Su vieja portera, la única sirvienta que tuviera, ya no le subiría más el café por la mañana. ¡Gran Dios! ¡En lugar

de esto, el presidio, el grillete, la casaca roja, la cadena al pie, la fatiga, el calabozo, la cama de tablas, todos estos horrores conocidos! ¡A su edad, y después de haber sido lo que era! ¡Si al menos fuese joven! Pero, ya viejo, ser tuteado por todo el mundo, ser humillado por el carcelero, apaleado por el cabo de varas! ¡Llevar los pies desnudos, en zapatos herrados! ¡Presentar mañana y tarde su pierna al martillo de la ronda, que examina los grillos! ¡Sufrir la curiosidad de los extraños, a quienes se diría: «¡Aquél es el famoso Jean Valjean, que fue alcalde de Montreuil-sur-Mer!» ¡Y por la noche, chorreando sudor, abrumado de cansancio, con el gorro verde sobre los ojos, subir de dos en dos, bajo el látigo del sargento, la escala del pontón flotante. ¡Oh! ¡Qué miseria! ¡El destino puede ser malo como un ser inteligente, y llegar a ser monstruoso como el corazón humano!

E, hiciera lo que hiciera, venía a caer siempre en este punzante dilema que formaba la base de su meditación: «¡Permanecer en el paraíso y ser un demonio! ¡Volver al infierno y ser un ángel!»

¿Qué hacer, gran Dios? ¿Qué hacer?

La tormenta, de la que creía haber salido ya, volvió a desencadenarse sobre él. Sus ideas empezaron nuevamente a mezclarse. Tomaron este carácter de estupidez, que es propio de la desesperación. Aquel nombre de Romainville se presentaba sin cesar a su imaginación, en dos versos de una canción que había oído hacía tiempo. Pensaba en que Romainville es un bosquecillo cerca de París, en donde los jóvenes amantes van a coger lilas en el mes de abril.

Vacilaba tanto por fuera como por dentro. Andaba como un niño que empieza a andar solo.

En algunos momentos, luchando contra su cansancio, hacía esfuerzos para ordenar su inteligencia. Trataba de

presentarse, definitivamente y por última vez, el problema sobre el cual, por decirlo así, había caído abrumado de fatiga.

«¿Es preciso denunciarse? ¿Es preciso callar?»

No conseguía ver con claridad. Los vagos aspectos de todos los razonamientos que se sucedían en el delirio, temblaban y se disipaban sucesivamente, convirtiéndose en humo. Solamente presentía que, cualquiera que fuese la resolución que tomara, necesariamente y sin que pudiera evitarlo, algo en él iba a morir; que iba a entrar en un sepulcro, tanto por la derecha como por la izquierda; que iba a sufrir una agonía, la agonía de su felicidad o la agonía de su virtud.

¡Ay! había vuelto a ser presa de sus irresoluciones. No había adelantado nada desde el principio.

Así se debatía, en medio de la angustia, aquella alma desgraciada. Mil ochocientos años que este hombre infortunado, el ser misterioso, en quien se resumen todas las santidades y todos los sufrimientos de la humanidad, había también él, mientras los olivos temblaban agitados por el viento salvaje del infinito, apartado con la mano, durante algún tiempo, el terrible cáliz que se le aparecía lleno de sombras y desbordante de tinieblas en las profundidades llenas de estrellas.

IV

Formas que toma el sacrificio durante el sueño

Acababan de dar las tres de la madrugada, y hacía cinco horas que andaba así, casi sin interrupción, cuando se dejó caer sobre una silla.

Se durmió, y tuvo un sueño.

Este sueño, como la mayor parte de los sueños, no se relacionaba con su situación, sino por algunas remotas conexiones funestas y dolorosas, que le produjeron gran impresión. Aquella pesadilla lo afectó tan vivamente, que más tarde la escribió. Es uno de los papeles escritos por su mano que nos ha dejado. Nos creemos en el deber de trascribir aquí, textualmente, este relato.

Cualquiera que fuese este sueño [1], la historia de aquella noche sería incompleta, si omitiésemos esta sombría aventura de un alma enferma.

Veámosla. En el sobre decía lo siguente: «El sueño que tuve aquella noche.»

[1] Esta atención que se da a los sueños se encuentra también en *Cosas vistas*, donde anota algunos de los sueños más sorprendentes que tuvo.

»Estaba en el campo. Un gran campo triste, donde no había yerba. No podía distinguir si era de noche o de día.

»Me paseaba con mi hermano, el hermano de mis años de infancia, este hermano del cual debo decir que apenas me acuerdo y que casi nunca pienso en él.

»Hablábamos y encontrábamos algunos paseantes. Hablábamos de una vecina que habíamos tenido y que, desde que vivía en un cuarto bajo, trabajaba con la ventana siempre abierta. Durante nuestra conversación, sentíamos el frío que producía aquella ventana abierta.

»No había árboles en el campo.

»Vimos a un hombre pasar cerca de nosotros. Era un hombre desnudo, de color ceniza, montado en un caballo de color tierra. El hombre no tenía cabellos; se le veía su cráneo y las venas sobre el mismo. En la mano tenía una varilla, flexible como un sarmiento y pesada como hierro. Pasó por nuestro lado y no nos dijo nada.

»Mi hermano me dijo:

»—Vamos por el camino hondo.

»Había un camino hondo, en el cual no se veía ni un matorral, ni una brizna de musgo. Todo era de color de tierra, incluso el cielo. Al cabo de algunos pasos, nadie me respondió cuando hablé. Me di cuenta de que mi hermano ya no estaba conmigo.

»Entré en un pueblo que vi. Supuse que debía ser Romainville (¿por qué Romainville?) [1].

»La primera calle por donde entré estaba desierta. Entré en una segunda calle. Detrás de la esquina que formaban las dos calles, había un hombre de pie, apoyado en la pared. Dije a aquel hombre:

»—¿Qué país es éste? ¿Dónde estoy?

[1] Este paréntesis es de la mano de Jean Valjean. (N. del A.)

»El hombre no respondió. Vi la puerta de una casa abierta y entré.

»La primera habitación estaba desierta. Entré en la segunda. Detrás de la puerta de aquella habitación, estaba un hombre en pie, apoyado en la pared. Le pregunté a aquel hombre:

»—¿De quién es esta casa? ¿Dónde estoy?

»El hombre no respondió. La casa tenía un jardín.

»Salí al jardín. El jardín estaba desierto. Detrás del primer árbol, encontré a un hombre que estaba en pie. Dije a aquel hombre:

»—¿Qué jardín es éste? ¿Dónde estoy?

»El hombre no respondió.

»Anduve errante por el pueblo y me di cuenta de que era una ciudad. Todas las calles estaban desiertas. Ningún ser viviente pasaba por las calles, ni se movía en las casas, ni paseaba por los jardines. Pero, detrás de cada esquina, de cada puerta, de cada árbol, había un hombre en pie y en silencio. No se veía más que uno a la vez, y todos me miraban al pasar.

»Salí de la ciudad, y me puse a andar por los campos

»Al cabo de algunos minutos me volví y vi una gran multitud que venía detrás de mí. Reconocí a todos los que había visto en el pueblo. Tenían unas cabezas extrañas. Parecía que andaban muy despacio y, no obstante, marchaban más de prisa que yo. No hacían ruido alguno al andar. En un instante, me alcanzaron y me rodearon. Los rostros de aquellos hombres eran de color de tierra.

»Entonces, el primero que había visto y preguntado al entrar en la ciudad, me dijo:

»—¿Adónde vais? ¿Es que no sabéis que estáis muerto hace mucho tiempo?

»Abrí la boca para responder, y me di cuenta de que no había nadie a mi alrededor.»

Se despertó. Estaba helado. Un viento que era frío, como el viento de la mañana, hacía girar en sus goznes las hojas de la ventana que había quedado abierta. El fuego se había apagado. La vela tocaba a su fin. Era aún noche negra.

Se levantó y se dirigió a la ventana. No se veían estrellas en el cielo.

Desde su ventana se veía el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro, que resonó de repente sobre el suelo, lo hizo bajar la vista.

Vio debajo de él dos estrellas rojas cuyos rayos se alargaban y acortaban extrañamente en la sombra.

Como su pensamiento estaba aún medio sumergido en la bruma de los sueños, exclamó:

—¡Vaya! No están ya en el cielo. Ahora están sobre la tierra.

No obstante, se disipó pronto esta perturbación; un segundo ruido, semejante al primero acabó de despertarlo; miró y reconoció que aquellas dos estrellas eran dos faroles de un carruaje, cuya forma pudo distinguir por la claridad que aquéllos despedían. Era un tílburi unido a un pequeño caballo blanco. El ruido que había oído, era el de los golpes de los cascos del caballo sobre el empedrado.

«¿Qué carruaje es éste? —se dijo—. ¿Quién es el que viene tan temprano?»

En aquel momento, llamaron quedamente a la puerta de su habitación.

Se estremeció de pies a cabeza, y gritó con voz terrible:

—¿Quién está ahí?

Alguien respondió:

—Yo, señor alcalde.

Reconoció la voz de la portera.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—Señor alcalde, van a dar las cinco de la mañana.

—¿Y qué importa?

—Que está aquí el carruaje.

—¿Qué carruaje?

—El tílburi.

—¿Qué tílburi?

—¿Es que el señor alcalde no ha encargado un tílburi?

—No —dijo.

—El cochero dice que viene a buscar al señor alcalde.

—¿Qué cochero?

—El cochero del señor Scaufflaire.

Aquel nombre lo hizo estremecer, como si un relámpago hubiera cruzado por delante de su rostro.

—¡Ah, sí! —contestó—, el señor Scaufflaire.

Si la vieja lo hubiera podido ver en este momento, se habría aterrorizado.

Se hizo un largo silencio. Examinaba con aire estúpido la llama de la vela, y cogía la cera ardiente alrededor del pabilo, haciendo con ella bolitas con los dedos. La vieja esperaba. Se aventuró, no obstante, a elevar aún la voz:

—Señor alcalde, ¿qué debo decir al cochero?

—Decidle que está bien, que ahora bajo.

V

Armaduras en las ruedas

El servicio de postas de Arras a Montreuil-sur-Mer se hacía, aún en aquella época, en pequeños cabriolés de dos ruedas, como en tiempos del imperio. Estos cabriolés estaban tapizados de cuero leonado, por dentro, suspendidos sobre unos muelles y tenían sólo dos asientos, uno para el conductor y otro para el viajero. Las ruedas estaban armadas con estos largos cubos ofensivos que mantienen a distancia a los otros carruajes y que aún se ven por los caminos de Alemania. El cajón de la correspondencia, inmensa caja oblonga, estaba colocado detrás del cabriolé, formando con él un solo cuerpo. Este cajón estaba pintado de negro y el cabriolé de amarillo.

Estos coches, que no tenían semejanza alguna con los de hoy, presentaban un aspecto deforme y giboso; cuando se los veía pasar a lo lejos, subiendo alguna rampa en el horizonte, parecían uno de estos insectos que se llaman termitas, creo yo, y que con un pequeño cuerpo arrastran un gran apéndice posterior. Por lo demás, caminaban con rapidez. El correo que salía de Arras

cada noche a la una, después de haber pasado el correo de París, llegaba a Montreuil-sur-Mer un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche, el correo que llegaba a Montreuil-sur-Mer por el camino de Hesdin, al volver una calle, cuando entraba en el pueblo, chocó con un tílburi tirado por un caballo blanco, que venía en sentido inverso y en el cual no había más que una persona, un hombre embozado en una capa. La rueda del tílburi recibió un golpe bastante grande. El conductor del correo gritó para que el hombre se detuviese, pero el viajero no escuchó y siguió su camino al trote largo.

—¡Vaya una prisa endiablada que lleva este hombre! —dijo el conductor.

El hombre que así corría, era precisamente el mismo a quien hace poco hemos visto debatirse en convulsiones verdaderamente dignas de lástima.

¿Adónde iba? No hubiera podido decirlo. ¿Por qué corría? No lo sabía. Iba al azar delante de sí. ¿Dónde? A Arras, sin duda; pero podía también ir a otra parte. Dábase cuenta de ello y temblaba.

Se hundía en aquella noche negra, como en una gruta. Algo lo empujaba, algo lo atraía. Lo que en él pasaba, nadie hubiera sido capaz de decirlo, pero todos lo comprenderían. ¿Qué hombre no habrá entrado, al menos una vez en la vida, en esta oscura caverna de lo desconocido?

Por lo demás, no había resuelto nada, no había decidido nada, no había hecho nada. Ninguno de los actos de su conciencia había sido definitivo. Estaba, más que nunca, como en el primer momento.

¿Por qué iba a Arras?

Se repetía lo que se había dicho ya, al reservar el cabriolé de Scaufflaire; que, cualquiera que fuese el re-

sultado, no habría inconveniente alguno en ver por sus propios ojos y juzgar las cosas por sí mismo; que, además, esto era lo más prudente, para saber lo que sucedería; que no podía decir nada, sin haber antes observado y escrutado; que, de lejos, los menores objetos parecen montañas; que, a fin de cuentas, cuando hubiera visto al tal Champmathieu, seguramente un miserable, su conciencia quedaría probablemente descargada, dejándolo ir a presidio en su lugar: que, aunque estarían allí Javert y los presidarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille, que lo habían conocido, a buen seguro ya no se acordarían de él; ¡bah, que idea!; que Javert estaba muy lejos de toda sospecha; que todas las conjeturas y todas las suposiciones estaban fijas sobre el tal Champmathieu, y que nada es tan obstinado como las suposiciones y las conjeturas; que no había, pues, peligro alguno.

Que, sin duda, era un momento crítico, pero que saldría de él; que, después de todo, tenía a su destino en la mano, por malo que éste fuese; y que él era su dueño absoluto. Se aferraba obstinadamente a esta idea.

En el fondo, para ser sincero, hubiera preferido no ir a Arras.

No obstante, allí iba.

Mientras pensaba en esto, arreaba al caballo, que corría con este trote regular y seguro, que hace dos leguas y media por hora.

A medida que el cabriolé avanzaba, sentía algo dentro de él, que retrocedía.

Al rayar el día, estaba en campo raso. La ciudad de Montreuil-sur-Mer quedaba ya muy atrás. Miró cómo blanqueaba el horizonte; miró, sin ver, cómo pasaban por delante de sus ojos las frías sombras de una madrugada de invierno. La mañana tiene sus espectros, como la

noche. No los veía; pero, por una especie de penetración casi física, las negras siluetas de los árboles y de las colinas aumentaban la tristeza y el estado violento de su alma.

Cada vez que pasaba por delante de una de estas casas aisladas que bordean a veces los caminos, se decía:

«¡Sin embargo, ahí dentro hay personas que duermen!»

El trote del caballo, los cascabeles de los arneses, las ruedas sobre el pavimento, hacían un ruido lento y monótomo. Estas cosas son encantadoras cuando uno está alegre y lúgubres cuando se está triste.

Era ya de día, cuando llegó a Hesdin. Se detuvo delante de una posada para que el caballo descansase y tomase el pienso.

Aquel caballo era, como había dicho Scaufflaire, de esta pequeña raza bolonesa, que tiene demasiada cabeza, demasiado vientre y poco cuello, pero de pecho abierto, la grupa ancha, pata seca y fina y pie firme; raza fea, pero robusta y sana. El excelente animal había corrido cinco leguas en dos horas, y no tenía una gota de sudor en el lomo.

El viajero no había bajado del tílburi. El mozo de cuadra, que traía la avena, se bajó de repente y examinó la rueda izquierda.

—¿Vais muy lejos así? —preguntó.

Él respondió, casi sin salir de su meditación:

—¿Por qué?

—¿Venís de muy lejos? —continuó el mozo.

—Cinco leguas de aquí.

—¡Ah!

¿Por qué decía «¡Ah!»?

El mozo se inclinó de nuevo, permaneció un momento silencioso, con la vista fija en la rueda, y luego se incorporó diciendo:

—Es que traéis una rueda que ha corrido cinco leguas, es posible, pero que seguramente no hará ahora más de un cuarto de legua.

El viajero saltó del tílburi.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo que es un milagro que hayáis hecho cinco leguas sin precipitaros, vos y el caballo, hasta cualquier foso del camino. Mirad.

En efecto, la rueda estaba seriamente estropeada. El choque con la silla de posta había roto dos radios y destrozado el cubo, que había perdido la tuerca.

—Amigo mío —dijo al mozo—, ¿hay aquí algún carretero?

—Sí, señor.

—Hacedme el favor de ir a buscarlo.

—Vive a dos pasos de aquí. ¡Eh, maese Bourgaillard!

Maese Bourgaillard, el carretero, estaba en el umbral de su puerta. Se acercó a examinar la rueda e hizo la mueca de un cirujano que contempla una pierna rota.

—¿Podéis componer esta rueda al momento?

—Sí, señor.

—¿Cuándo podré marcharme?

—Mañana.

—¡Mañana!

—Hay trabajo para un buen día entero. ¿Tenéis prisa?

—Mucha prisa. Es preciso que parta dentro de una hora, todo lo más.

—Es imposible, señor.

—Pagaré cuanto queráis.

—Imposible.

—¡Pues bien!, dentro de dos horas.

—Es imposible por hoy. Es preciso hacer dos radios y un cubo. No podréis marchar hasta mañana.

—Mis asuntos no me permiten esperar a mañana. ¿Y, si en vez de reparar esta rueda, se la remplazase?

—¿Cómo?

—¿No sois carretero?

—Sí, señor.

—¿Y no tenéis una rueda que venderme? Así podría marcharme enseguida.

—¿Una rueda de recambio?

—Sí.

—No tengo ninguna rueda hecha para vuestro cabriolé. Dos ruedas hacen el par. Dos ruedas no van juntas por casualidad.

—En este caso, vendedme un par de ruedas.

—Señor, es que no todas las ruedas se ajustan a todos los ejes.

—Probad, sin embargo.

—Es inútil, señor. Sólo tengo para vender dos ruedas de carreta. Ésta es una región muy pequeña.

—¿Tendréis un cabriolé para alquilarme?

El maestro carretero, en su primera ojeada, había reconocido que el tílburi era un coche de alquiler. Se encogió de hombros.

—¡Cuidáis muy bien los carruajes que os alquilan! No os alquilaré yo ninguno.

—Pues vendédmelo.

—No lo tengo.

—¡Qué! ¿No tenéis un calesín? Ya veis que me contento con lo que haya.

—Esta región es muy pobre. Yo tengo en casa una calesa vieja de un caballero que me la ha dado para que se la guarde, y que se sirve de ella cada final de mes.

Yo os la alquilaría, ¿a mí qué más me da?, pero sería preciso que su dueño no la viera pasar; además, es una calesa y necesita dos caballos.

—Tomaré dos caballos de posta.

—¿Adónde vais?

—A Arras.

—¿Y queréis llegar hoy?

—Sí.

—¿Tomando caballos de posta?

—¿Por qué no?

—¿Es igual que lleguéis a las cuatro de la madrugada?

—No, ciertamente.

—Porque debéis saber que hay algo que hacer, antes de tomar caballos de posta.... ¿Tenéis pasaporte?

—Sí.

—Pues bien, tomando caballos de posta, no llegaréis a Arras antes de mañana. Estamos en camino de travesía. Los relevos están mal servidos; los caballos están en el campo. Estamos, además, en la estación de la labranza; se necesitan muchas yuntas y se cogen caballos de cualquier parte, aunque sean los de posta. Tendríais que esperar, al menos, tres o cuatro horas en cada relevo y, además, iréis al paso, porque hay muchas cuestas en el camino.

—¡Vaya, iré a caballo! Desenganchad. Me venderán una silla.

—Sí, pero, ¿sufre silla este caballo?

—Es verdad; me recordáis que no la sufre.

—Entonces...

—¿Podré encontrar, en el pueblo, un caballo de alquiler?

—¿Un caballo para ir a Arras de una tirada?

—Sí.

—Sería preciso un caballo como no los hay por aquí; y, además, tendríais que comprarlo antes, porque no sois conocido. ¡Pero, ni para alquilar, ni para vender, ni por quinientos, ni por mil francos lo encontraríais!

—¿Qué haré entonces?

—Lo mejor, a fe de hombre honrado, es reparar la rueda y dejar el viaje para mañana.

—Mañana será demasiado tarde.

—¡Demonio!

—¿No pasa por aquí el correo que va a Arras? ¿A qué hora pasa?

—La próxima noche. Los dos correos hacen el servicio de noche, el que va y el que viene.

—¿Y os es necesario todo un día para componer esta rueda?

—¡Todo un día!

—¿Y poniendo dos hombres a trabajar?

—Aunque se pusieran diez.

—Si pudieran atarse los radios con cuerdas...

—Los radios, sí; pero el cubo, no. Además, también la llanta está en muy mal estado.

—¿Hay algún alquilador de coches en el pueblo?

—No.

—¿Hay otro carretero?

El mozo de cuadra y el maestro carretero respondieron a la vez, moviendo la cabeza:

—No.

El viajero sintió una inmensa alegría.

Era evidente que la providencia influía en esto. Ella había roto la rueda del tílburi y lo detenía en el camino. Él no había querido ceder a esta especie de primera intimación, y acababa de hacer cuantos esfuerzos eran posibles para continuar su viaje; había agotado leal y escrupulosamente todos los medios; no había retrocedido ni

ante la estación; ni ante la fatiga; ni ante los gastos; no tenía nada que reprocharse. Si no podía ir más lejos, no era de su incumbencia. No era culpa suya; era, no un hecho de su conciencia, sino obra de la providencia.

Respiró. Respiró libremente, a pleno pulmón, por vez primera desde la visita de Javert. Le parecía que el puño de hierro que le oprimía el corazón, desde hacía veinte horas, acababa de dejarlo en libertad.

Ahora le parecía que Dios estaba con él.

Se dijo que había hecho todo lo que le era posible y que ahora no tenía más que volver sobre sus pasos, tranquilamente.

Si su conversación con el carretero se hubiese verificado en una habitación del albergue, no habría tenido testigos, nadie la habría oído, todo habría terminado allí, y es muy probable que no tuviésemos que referir ninguno de los acontecimientos que siguen. Pero esta conversación tuvo lugar en medio de la calle. Todo coloquio en la calle produce inevitablemente un corro. Hay siempre personas que sólo desean ser espectadoras. Mientras él interrogaba al carretero, algunos transeúntes se habían detenido a su alrededor. Después de haber escuchado durante algunos minutos, un muchacho, en quien nadie había reparado, se separó del grupo echando a correr.

En el momento en que el viajero, después de haberse hecho la reflexión que acabamos de referir, tomaba la resolución de retroceder, volvió el muchacho acompañado de una anciana.

—Señor —dijo la mujer—, mi muchacho me dice que tenéis deseos de alquilar un cabriolé.

Estas sencillas palabras, pronunciadas por una vieja mujer a quien guiaba un niño, lo hicieron sudar copiosamente. Creyó ver la mano que lo había soltado, rea-

parecer en la sombra tras él, dispuesta a cogerlo de nuevo.

Respondió:

—Sí, buena mujer, busco un cabriolé para alquilar. —Y se apresuró a añadir—: Pero no hay ninguno en el pueblo.

—Sí hay —dijo la vieja.

—¿Dónde está? —preguntó el carretero.

—En mi casa —contestó la vieja.

El viajero se estremeció. La mano fatal lo había cogido otra vez.

La vieja tenía, en efecto, bajo un cobertizo, una especie de calesín de juncos. El carretero y el mozo de cuadra pesarosos de que se les escapase el viajero, intervinieron:

«Es una carreta terrible...» «Está apoyada sobre el mismo eje; es verdad que los asientos están suspendidos por correas; llueve lo mismo dentro que fuera; las ruedas están mohosas y oxidadas por la humedad; eso no iría mucho más lejos que el tílburi; ¡es un carromato!; este caballero hará muy mal en servirse de él», etc., etc.

Todo aquello era cierto, pero aquel carromato, aquella tartana, aquella cosa, fuese lo que fuese, rodaba y podía ir a Arras.

Pagó lo que le pidieron, dejó el tílburi al carretero para que lo repararan hasta su vuelta; hizo enganchar el caballo blanco en el calesín, subió, y remprendió el camino que seguía desde por la mañana.

En el momento en que el calesín se puso en marcha, se confesó que había tenido una gran alegría al creer que no podría seguir más adelante. Examinó esta alegría con una especie de cólera, y la encontró absurda. ¿Por qué se había de alegrar de volver hacia atrás? Después

de todo, hacía aquel viaje libremente. Nadie lo forzaba a ello.

Y, ciertamente, no sucedería sino lo que él quisiera.

Cuando salía de Hesdin, oyó una voz que le gritaba:

—¡Parad, parad!

Detuvo el calesín con un movimiento vivo, en el cual había algo febril y convulso, que se asemejaba a la esperanza.

Era el muchacho de la vieja.

—Señor —dijo—, yo he sido quien os he proporcionado el calesín.

—¿Y qué?

—¡Que no me habéis dado nada!

Él, que daba a todos y tan fácilmente, encontró esta pretensión exorbitante y casi odiosa.

—¡Ah! ¿Eres tú, buena pieza? —dijo—. ¡Pues no te daré nada!

Arreó el caballo y partió a buen trote.

Había perdido mucho tiempo en Hesdin, y hubiera querido ganarlo. El caballo era animoso y tiraba como dos; pero era el mes de febrero, había llovido y los caminos estaban muy malos. Además, el calesín era mucho más pesado y duro que el tílburi. Por añadidura, muchas rampas que subir.

Empleó cerca de cuatro horas desde Hesdin a Saint-Pol; cuatro horas para cinco leguas.

En Saint-Pol, hizo desenganchar en la primera posada que encontró, y mandó llevar el caballo a la cuadra. Tal como había prometido a Scaufflaire, estuvo junto al pesebre, mientras comía el caballo. Pensaba en cosas tristes y confusas.

La mujer del posadero entró en la cuadra:

—¿Vais a almorzar?

—¡Vaya, es verdad! —dijo—. Tengo buen apetito.

Siguió a aquella mujer, que tenía bonita y alegre figura, hasta una sala baja donde había varias mesas que tenían hules en lugar de manteles.

—Despachaos —dijo—, debo marchar enseguida. Tengo mucha prisa.

Una gruesa criada flamenca puso su cubierto apresuradamente. El hombre miró hacer a la joven, con una sensación de bienestar.

«Esto es lo que yo tenía —pensó—. Que no había almorzado.»

Le sirvieron. Cogió el pan, comió un bocado, volvió a dejarlo lentamente sobre la mesa, y no lo tocó más.

Un trajinero estaba comiendo en otra mesa. El viajero le dijo:

—¿Por qué es tan amargo este pan?

El trajinero era alemán y no lo entendió.

Volvió al establo, cerca del caballo.

Una hora más tarde, había salido ya de Saint-Pol y se dirigía a Tinques, que sólo dista cinco leguas de Arras.

¿Qué hacía durante este trayecto? ¿En qué pensaba? Lo mismo que por la mañana, miraba cómo pasaban los árboles, los tejados de las cabañas, los campos cultivados, la perspectiva del paisaje, que variaba a cada recorrido del camino. Ésta es una contemplación que a veces satisface al alma, y que la dispensa casi de pensar. Ver mil objetos, por primera y última vez, ¿qué hay más melancólico y más profundo? Viajar es nacer y morir a cada instante. Quizá, en la región más vaga de su espíritu, comparaba aquellos horizontes variables con la existencia del hombre. Todas las cosas de la vida huyen perpetuamente delante de nosotros; se mezclan la claridad y las sombras: después de una viva luz, viene un eclipse; el hombre

mira, corre, tiende las manos para coger lo que pasa; cada incidente es un recodo del camino; y, de repente, llega la vejez. Se siente como una sacudida, todo es negro; se distingue una puerta oscura, el sombrío caballo de la vida, que nos arrastra, se detiene súbitamente, y se ve algún ser, velado y desconocido, que lo desengancha en las tinieblas.

El crepúsculo empezaba ya, cuando los niños que salían de la escuela vieron entrar al viajero en Tinques. Debemos advertir que aquéllos eran todavía los días más cortos del año. No se detuvo en Tinques. Cuando salía del pueblo, un peón caminero, que estaba echando piedra en la carretera, alzó la cabeza y dijo:

—¡Qué caballo tan cansado!

El pobre animal, efectivamente, no podía ya ir más que al paso.

—¿Vais a Arras? —preguntó el caminero.

—Pues si seguís esta marcha, no llegaréis muy temprano.

Detuvo el caballo y preguntó:

—¿Cuánto hay, de aquí a Arras?

—Cerca de siete leguas largas.

—¿Cómo es esto? La guía de postas no señala más que cinco leguas y cuarto.

—¡Ah! —respondió el peón—. ¿Es que no sabéis que la carretera está en reparación? La encontraréis cortada a un cuarto de hora de aquí, y no podréis ir más lejos.

—¿Es verdad?

—Allí tomaréis, a la izquierda, el camino que va a Carency; pasaréis el río y, al llegar a Camblain, giraréis a la derecha; es el camino de Mont-Saint-Éloy, que conduce a Arras.

—Pero va a llegar la noche y me perderé.

—¿No sois de esta región?

—No.

—Pues todo es camino de trocha. Mirad, caballero —continuó el peón—, ¿queréis que os dé un consejo? Vuestro caballo está cansado, quedaos en Tinques. Hay una buena posada. Acostaos. Iréis mañana a Arras.

—Es preciso que esté allí esta noche.

—Esto es diferente. Entonces, id a la posada y tomad un caballo de refresco. El mozo del caballo os guiará por el camino.

Siguió el consejo del peón caminero, volvió atrás y, media hora más tarde, volvió a pasar por el mismo camino, pero al trote largo de un buen caballo de refresco. Un mozo de establo, que se hacía llamar postillón, iba sentado en la delantera del calesín.

No obstante, notaba que perdía tiempo.

Ya era de noche.

Se adentraron en la trocha. El camino era terrible. El calesín caía de un hoyo en otro. Dijo al postillón:

—Siempre al trote, y doble propina.

En un vaivén, se rompió el balancín.

—Señor —dijo el postillón—, se ha roto el balancín y no sé cómo enganchar mi caballo; este camino es muy malo de noche; si quisiérais volver, para dormir en Tinques, podríamos llegar mañana por la mañana a Arras.

El viajero respondió:

—¿Tienes un cabo de cuerda y un cuchillo?

—Sí, señor.

Cortó una rama de árbol e improvisó un balancín. Fué una pérdida de veinte minutos; pero partieron al galope.

La llanura estaba tenebrosa. Una niebla baja y oscura se arrastraba por las colinas, desprendiéndose como humo.

Las nubes despedían resplandores blanquecinos. Un fuerte viento, que venía del mar, hacía en los mismos límites del horizonte el mismo ruido que hacen los muebles al ser arrastrados. Todo lo que descubría la vista tenía una actitud de terror. ¡Cuántas cosas tiemblan al impulso de estos soplos de la noche!

El frío lo penetraba. No había comido desde la víspera. Recordaba vagamente su otro viaje nocturno en la gran llanura de los alrededores de Digne. Hacía ocho años y le parecía que había sido ayer.

Sonó una hora en algún campanario lejano. Preguntó al postillón:

—¿Qué hora es?

—Las siete, señor. A las ocho estaremos en Arras. No nos quedan más que tres leguas.

En aquel momento, se hizo por vez primera esta reflexión, que extrañó que no se le hubiese ocurrido antes.

Que quizás era inútil todo el trabajo que se tomaba; que no sabía la hora de la vista; que debía haberse informado antes; que era muy ridículo esto de ir adelante, sin saber si aquello iba a servir para algo.

Después se hizo varios cálculos:

Que ordinariamente las sesiones del tribunal empiezan a las nueve de la mañana; que aquella vista no debía ser larga; que estando todo reducido a un robo de manzanas, sería muy corta; que, luego, no habría más que una cuestión de identidad; cuatro o cinco declaraciones, poca cosa a decir, por parte de los abogados; que iba a llegar cuando todo hubiera concluido.

El postillón arreaba a los caballos. Habían cruzado el río, y debajo tras ellos Mont-Saint-Éloy.

La noche iba volviéndose cada vez más profunda.

VI

Sor Simplice puesta a prueba

No obstante, en aquel mismo momento, Fantine estaba llena de alegría.

Había pasado muy mala noche. Tos terrible, aumento de fiebre; había tenido delirio. Por la mañana, cuando la visitó el médico, estaba delirando. El doctor estaba alarmado y había encargado que le avisaran cuando volviese el señor Madeleine.

Durante toda la mañana estuvo triste, habló poco, y se entretuvo en hacer pliegues con la sábana, murmurando en voz baja unos cálculos que parecían ser de distancias. Sus ojos estaban hundidos y fijos. Parecían casi apagados; pero, por momentos, brillaban y resplandecían como estrellas. No parece sino que, al aproximarse cierta hora sombría, la claridad del cielo inunda a aquellos a quienes abandona la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplice le preguntaba cómo estaba, respondía con las mismas palabras:

—Bien. Quisiera ver al señor Madeleine.

Algunos meses antes, en aquel momento en que Fantine acababa de perder el último resto de pudor, su última vergüenza y su última alegría, era la sombra de sí misma; ahora era su espectro. El mal físico había completado la obra del mal moral. Esta criatura de veinticinco años tenía la frente arrugada, las mejillas marchitas, la nariz afilada, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros demacrados, la piel terrosa, y sus cabellos rubios estaban mezclados con algunos grises. ¡Ay! ¡Cómo la enfermedad improvisa la vejez!

A mediodía volvió el médico, recetó algunas prescripciones, se informó de si el señor Madeleine había llegado, y movió tristemente la cabeza.

El señor Madeleine, acostumbraba a ir todos los días, a las tres, a ver a la enferma. Como la exactitud era, en este caso, la bondad, era exacto.

Hacia las dos y media, Fantine empezó a agitarse. En el espacio de veinte minutos, preguntó más de diez veces a la religiosa:

—¿Qué hora es, hermana?

Dieron las tres. A la tercera campanada, Fantine se incorporó sobre la almohada, ella que de costumbre apenas podía moverse en su cama; juntó, en una especie de apretón convulso, sus manos descarnadas y amarillas, y la religiosa oyó que de su pecho brotaba uno de estos suspiros profundos que parece que levantan un gran peso. Luego Fantine se volvió y miró a la puerta.

Nadie entró; la puerta no se abrió.

Ella permaneció así por espacio de un cuarto de hora, con la mirada fija en la puerta, inmóvil y reteniendo el aliento. La hermana no se atrevía a hablarle. El reloj de la iglesia dio las tres y cuarto. Fantine se dejó caer sobre la almohada.

No dijo nada, y se puso a hacer nuevamente pliegues en la sábana.

Sonó la media hora, luego la hora. Nadie vino. Cada vez que el reloj se dejaba oír, Fantine se incorporaba y miraba hacia la puerta; después se dejaba caer de nuevo.

Descubríase claramente su pensamiento; pero no pronunciaba ningún nombre; no se quejaba; no acusaba a nadie. Solamente tosía de una manera lúgubre. Hubiérase dicho que la iba cubriendo una nube oscura. Estaba lívida; sus labios se habían vuelto azules. Sonreía en algunos momentos.

Dieron las cinco. Entonces, la hermana oyó que decía muy bajo y dulcemente:

—¡Ya que me voy mañana, hace mal en no venir hoy!

La misma sor Simplice estaba sorprendida del mucho retraso del señor Madeleine.

Entretanto, Fantine miraba al techo. Parecía querer recordar alguna cosa. De repente, se puso a cantar, con una voz débil como un soplo. La religiosa escuchó. He aquí lo que cantaba:

Compraremos muy bonitas cosas,
paseando por donde hay mucha flor.
Azul el aciano, rosadas las rosas,
azul el aciano, amor de mi amor.

Junto a mi hogar, la virgen María
apareció ayer, con manto bordado.
Me dijo: —El niño que tú me pedías
hételo aquí, bajo el velo ocultado.
Corred a la villa; comprad sederías,
también hilo fino y un dedal dorado.

Compraremos muy bonitas cosas,
paseando por donde hay mucha flor.

Buena santa Virgen, cerca de mi hogar
yo he puesto mi brizo, de seda adornado.
Aunque Dios me diera su mayor estrella,
prefiero yo el niño que Tú me has donado.
—Señora, ¿qué hago, con tela tan bella?
Haced la ropita para el recién llegado.
Azul el aciano, rosadas las rosas,
azul el aciano, amor de mi amor.

—Lavad esta ropa. —¿Dónde? —En el río.
Hacedlo sin nada romper ni ensuciar.
Una hermosa saya con lindo corpiño
que quiero bordar y de flores llenar.
Señora, ¿qué hacer? ¡Ya no está el niño!
—Haced un sudario y venidme a amortajar.

Compraremos muy bonitas cosas,
paseando por donde hay mucha flor.
Azul el aciano, rosadas las rosas,
azul el aciano, amor de mi amor.

Esta canción era un antiguo romance de cuna con la cual solía dormir a su pequeña Cosette, y que no se había presentado en su espíritu en los cinco años que hacía que no había visto a su niña. Fantine cantó aquello con una voz tan triste y un aire tan dulce, que era como para hacer llorar, incluso a una religiosa. La hermana, habituada a las cosas austeras, sintió que le brotaba una lágrima.

El reloj dio las seis. Fantine pareció no oírlo. Daba la sensación de que no prestaba ninguna atención a nada de lo que la rodeaba.

Sor Simplice envió a una muchacha de servicio a preguntar a la portera de la fábrica si había vuelto el señor alcalde, y si subiría pronto a la enfermería. La muchacha regresó al cabo de algunos minutos.

Fantine seguía inmóvil y parecía atender únicamente a sus ideas.

La sirvienta explicó en voz muy baja a sor Simplice, que el señor alcalde había partido aquella misma mañana, antes de las seis, en un pequeño tílburi uncido a un caballo blanco, a pesar del frío que hacía; que había partido solo, incluso sin cochero, y que no sabían qué camino había tomado; que algunas personas decían haberlo visto tomar el camino de Arras, y que otras aseguraban haberlo encontrado en el camino de París. Que, al marcharse, había estado como siempre muy amable, y que únicamente había dicho a la portera que no lo esperaran aquella noche.

Mientras las dos mujeres, con la espalda vuelta a la cama de Fantine, murmuraban en voz baja, la hermana preguntando y la sirvienta conjeturando, Fantine, con esta vivacidad febril de ciertas enfermedades orgánicas que mezcla los movimientos libres de la salud, con la terrible delgadez de la muerte, se había puesto de rodillas en su cama, con sus dos puños crispados apoyados sobre la almohada y la cabeza asomando por entre las cortinas, escuchaba. De repente gritó:

—¡Estáis hablando del señor Madeleine! ¿Por qué habláis tan bajo? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oír una voz de hombre; se volvieron aterradas.

—¡Responded! —gritó Fantine.

La sirvienta balbuceó:

—La portera me ha dicho que no podría venir hoy.

—Hija mía —dijo la hermana— estaos quieta y echaos.

Fantine, sin cambiar de actitud, replicó en voz alta y con acento a la vez imperioso y desgarrado:

—¿No podrá venir? ¿Por qué? Vosotras sabéis la razón; os la decíais en secreto. Yo quiero saberla.

La sirvienta se apresuró a decir al oído de la religiosa:

—Responded que está ocupado en el consejo municipal.

Sor Simplice enrojeció ligeramente; era una mentira lo que la sirvienta le proponía decir. Por otro lado, le parecía que decir la verdad a aquella enferma, sería causarle sin duda un golpe terrible y aquello era muy grave, dado el estado en que se hallaba Fantine. Aquel sonrojo duró poco. La hermana levantó sobre Fantine su mirada tranquila y triste, y dijo:

—El señor alcalde se ha marchado.

Fantine se irguió y se sentó sobre los talones. Sus ojos brillaron. Una alegría inaudita resplandecía en aquella fisonomía dolorosa.

—¡Ha marchado! —exclamó—. ¡Ha ido a buscar a Cosette!

Luego, levantó sus dos manos hacia el cielo y en su rostro se pintó una expresión inefable. Sus labios se movían; oraba en voz baja.

Cuando hubo terminado la oración, dijo:

—Hermana, voy a echarme otra vez; voy a hacer todo lo que queráis. Hace poco he sido mala; os pido perdón por haber hablado alto; está muy mal hablar alto, lo sé, mi buena hermana, pero ya veis que estoy contenta. El buen Dios es muy bueno, el señor Madeleine también es bueno, figuraos que ha ido a buscar a mi Cosette a Montfermeil.

Se acostó de nuevo, ayudó a la religiosa a arreglar la almohada, y besó una crucecita de plata que llevaba al cuello y que sor Simplice le había dado.

—Hija mía —dijo la hermana—, procurad descansar ahora, y no habléis más.

Fantine tomó entre sus manos húmedas la mano de la hermana, que sufría sintiendo aquel sudor.

—Ha salido esta mañana para ir a París. En verdad, no tiene necesidad de pasar por París. Montfermeil está un poco a la izquierda, al venir. ¿Os acordáis de cómo me decía ayer, cuando yo le hablaba de Cosette: «Pronto, pronto»? Quiere darme una sorpresa. ¿Sabéis? Me había hecho firmar una carta para recogerla en casa de los Thénardier. No tendrán nada qué decir, ¿no es verdad?, y entregarán a Cosette. Puesto que se les paga. Las autoridades no consentirían que se quedasen con la niña, habiéndoles pagado. Hermana, no me hagáis señas de que es preciso que no hable. Soy muy feliz, estoy muy bien, ya no estoy enferma, voy a ver de nuevo a mi Cosette; hasta tengo hambre. Hace cerca de cinco años que no la he visto. ¡Vos, no podéis figuraros cómo se quiere a los hijos! ¡Estará tan hermosa! ¡Ya veréis! ¡Tiene unos dedos rosados tan pequeñitos! ¡Si supiéséis! ¡Tendrá ahora unas manos tan bonitas! Cuando tenía un año, sus manos eran diminutas. ¡Así! Debe estar muy alta, ahora. Tiene siete años. Es una señorita. Yo la llamo Cosette, pero ella se llama Euphrasie. ¡Tened! Esta mañana estaba yo mirando el polvo que había sobre la chimenea, y estaba pensando en que la vería pronto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es pasar muchos años sin ver a un hijo! Porque es preciso reconocer que la vida no es eterna. ¡Oh, qué bueno ha sido el señor alcalde al marchar! ¿Es verdad que hace mucho frío? ¿Había tomado su capa, por lo menos? Vendrá mañana, ¿no es cierto? Mañana será un día de fiesta. Mañana por la mañana, hermana mía, me recordaréis que me ponga la cofia de encajes. Yo he andado el camino de Montfermeil a pie. Me representó ser muy lejos, entonces. ¡Pero las diligencias van muy rápidas! Estará aquí mañana, con Cosette. ¿Cuánto hay, de aquí a Montfermeil?

La hermana no tenía idea alguna de las distancias, y respondió:

—¡Oh! Yo creo que podrá estar de vuelta mañana.

—¡Mañana! ¡Mañana! —exclamó Fantine—. ¡Veré a Cosette mañana! Ya veis, buena hermana del buen Dios, ya no estoy enferma. Estoy loca. Hasta bailaría, si quisiérais.

Alguien que la hubiera visto un cuarto de hora antes, no habría comprendido nada. Ahora estaba sonrosada, hablaba con una voz viva y natural, y todo su rostro no era más que una sonrisa. A veces reía, hablándose en voz baja. Alegría de madre, que casi es alegría de niño.

—¡Vamos! —dijo la religiosa—. Ya sois feliz; obedecedme y no habléis más.

Fantine apoyó la cabeza en la almohada, y se dijo, a media voz:

—Sí, acuéstate, se juiciosa, pues vas a tener a tu hija. Sor Simplice tiene razón. Todos los que están aquí tienen razón.

Luego, sin moverse, sin girar la cabeza, miró a todas partes con sus grandes ojos abiertos y un aire alegre, y no habló más.

La hermana corrió las cortinas, creyendo que se dormiría.

Entre las siete y las ocho, llegó el médico. No oyendo ningún ruido, creyó que Fantine dormía, entró quedamente, y se acercó de puntillas a la cama. Entreabrió las cortinas y, a la luz de la lamparilla, descubrió los grandes ojos de Fantine, que lo miraban plácidamente.

La joven le dijo:

—¿Señor, no es verdad que dejaréis que se acueste a mi lado, en una camita?

El médico creyó que deliraba. Ella añadió:

—Mirad, queda sitio suficiente.

El médico llamó aparte a sor Simplice, quien le explicó de qué se trataba, diciéndole que el señor Madeleine se había ausentado por uno o dos días, que, en la duda, no habían creído conveniente desengañar a la enferma, la cual creía que el señor alcalde había ido a Montfermeil; que, en suma, también aquello podía ser verdad. El médico lo aprobó.

Se acercó al lecho de Fantine, y oyó que decía:

—Ya veréis, cuando despierte por la mañana, daré los buenos días a mi pequeña gatita; y por la noche, como no duermo, la oiré dormir. Su pequeña respiración, tan dulce, me hará un gran bien.

—Dadme la mano —dijo el médico.

Ella extendió el brazo y exclamó, riendo:

—¡Ah!, es verdad. ¿No lo sabéis? Ya estoy bien. Cosette llega mañana.

El médico quedó sorprendido. Estaba mejor; la opresión era menor. El pulso había recobrado su fuerza. Una especie de vida nueva reanimaba aquel pobre ser agotado.

—Señor doctor —dijo la enferma—, ¿os ha dicho ya la hermana que el señor alcalde a ido a buscar a mi rapazuela?

El médico recomendó silencio y que le fuera evitada cualquier penosa emoción. Recetó una infusión de quinina pura y, para el caso en que volviese la fiebre por la noche, una poción calmante. Al marcharse, dijo a la hermana:

—Esto va mejor. Si la suerte quisiera que mañana llegara el señor alcalde con la niña, ¿quién sabe? Hay crisis sorprendentes; se han visto curas hechas por grandes alegrías y, aunque sé que ésta es una enfermedad orgánica muy avanzada, también sé que hay en ello mucho misterio. ¡Tal vez la salvaríamos!

VII

El viajero toma sus precauciones para regresar

Eran cerca de las ocho de la noche, cuando el calesín que habíamos dejado en la carretera, entró por la puerta cochera de la casa de postas de Arras. El hombre a quien hemos seguido hasta este momento, se apeó, respondió con aire distraído a las solicitudes de los criados de la posada, despidió al postillón, con el caballo de refresco que había llevado, y llevó por sí mismo al pequeño caballo blanco hasta la cuadra; luego, empujó la puerta de una sala de billar que estaba en la planta baja, se sentó y apoyó los codos en una mesa. Había empleado catorce horas en un viaje en el que sólo esperaba emplear seis. Hacíase justicia de que no era suya la culpa; pero, en el fondo, no lo sentía.

La posadera entró:

—¿Queréis comer? ¿Queréis acostaros?

Hizo un signo negativo con la cabeza.

—El mozo de cuadras dice que vuestro caballo está muy cansado.

Aquí rompió el silencio:

—¿No podrá volver a viajar mañana por la mañana?

—¡Oh, señor! Necesita, por lo menos, dos días de descanso.

Él preguntó:

—¿No es ésta la casa de postas?

—Sí, señor.

La posadera lo llevó al despacho, donde presentó el pasaporte y se informó de si había medios de regresar aquella misma noche a Montreuil-sur-Mer, en el correo; precisamente el asiento junto al postillón estaba desocupado lo reservó y lo pagó.

—Señor —dijo el empleado—, no faltéis, para partir a la una en punto de la madrugada.

Una vez hecho esto, salió de la posada y comenzó a andar por la ciudad.

No conocía Arras, las calles estaban oscuras, y andaba a la ventura. No obstante, parecía obstinarse en no preguntar su camino a los transeúntes. Pasó el riachuelo Crinchon, y se encontró en un dédalo de callejuelas estrechas, donde se perdió. Después de algunas dudas, se decidió a dirigirse a un ciudadano que andaba con un farol, no sin antes haber observado delante y detrás de sí, como si temiera que alguien pudiera oír la pregunta que iba a hacer.

—Señor, ¿el palacio de justicia, por favor?

—¿No sois de la ciudad, señor? —respondió el transeúnte, que era un hombre bastante anciano—. Pues bien, seguidme. Voy precisamente hacia el palacio de justicia, es decir, hacia la prefectura. Están ahora reparando el palacio de justicia y, provisionalmente, los tribunales celebran sus audiencias en la prefectura.

—¿Es allí donde se ven las causas?

—Sin duda, señor. La prefectura era el palacio del obispo, antes de la revolución. Monseñor de Conzié, que era el obispo en el año ochenta y dos, hizo construir una gran sala. Es en esta gran sala donde se juzga.

Mientras andaban, el hombre le dijo:

—Si lo que queréis ver es un proceso, es ya un poco tarde. Ordinariamente, las sesiones terminan a las seis.

No obstante, cuando llegaron a la gran plaza, el hombre le señaló cuatro amplias ventanas iluminadas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

—A fe mía, señor, que llegáis a tiempo; tenéis suerte. ¿Veis estas cuatro ventanas? Son de la sala del tribunal. Hay luz, lo cual significa que no han terminado aún. El asunto se habrá alargado y tendrán audiencia de noche. ¿Tenéis interés en esta causa? ¿Es algún proceso criminal? ¿Sois testigo?

Respondió:

—No vengo a ninguna causa; únicamente tengo que hablar con un abogado.

—Esto es distinto —dijo el hombre—. Ahí está la puerta. Donde está el centinela. No tendréis más que subir la escalera principal.

Siguió las indicaciones del hombre y, algunos minutos más tarde, estaba en una sala, donde había mucha gente y varios grupos compuestos en parte de abogados con toga, que cuchicheaban acá y allá.

Es cosa que oprime el corazón, ver estos grupos de hombres vestidos de negro, que hablan en voz baja ante la puerta de la sala del tribunal. Es muy raro encontrar caridad y compasión en sus palabras; en cambio, de ellas salen muy a menudo condenas hechas prematuramente. Todos estos grupos parecen, al observador que los contempla, sombrías colmenas donde espíritus zumbantes construyen en común toda clase de edificios tenebrosos.

Aquella sala, espaciosa y alumbrada por una sola lámpara, era una antigua antecámara del palacio del obispo, y servía de sala de «pasos perdidos». Una puerta de dos hojas, cerrada en aquel momento, la separaba de la gran sala donde se reunía el tribunal de la audiencia.

La oscuridad era tal, que no temió dirigirse al primer abogado que encontró.

—Señor —dijo—, ¿en qué están?

—Ya se acabó —respondió el abogado.

—¡Se acabó!

Esta palabra fue pronunciada con un acento tal, que el abogado se volvió:

—Perdón, señor, ¿sois quizás algún pariente?

—No. No conozco a nadie aquí. ¿Ha habido condena?

—Sin duda. No era posible otra cosa.

—¿A trabajos forzados...?

—A perpetuidad...

Continuó, con una voz tan débil, que apenas podía oírsele:

—¿Se ha probado la identidad?

—¿Qué identidad? —repuso el abogado—. No había identidad que probar. El asunto era muy sencillo. Esta mujer había matado a su hijo; el infanticidio ha sido probado y el jurado ha desechado el cargo de premeditación; ha sido condenada a presidio de por vida.

—¿Es, pues, una mujer? —dijo.

—Claro, la Limosin. ¿Pues de qué habláis?

—De nada. Pero, puesto que han acabado, ¿por qué está aún la sala iluminada?

—Por otro proceso que ha empezado hace cerca de dos horas.

—¿Cuál?

—¡Oh! Está muy claro también: un pícaro, un reincidente, un presidiario que ha robado. No recuerdo su

nombre; pero tiene cara de bandido, sólo por su rostro lo enviaría yo a presidio.

—Señor, ¿no hay medio de penetrar en la sala?

—Creo que no. Hay mucha gente. Sin embargo, se ha suspendido la audiencia; han salido algunas personas y, al volverse a abrir, podéis probar.

—¿Por dónde se entra?

—Por esta puerta grande.

El abogado lo dejó. En pocos instantes, había experimentado, casi simultáneamente, todas las emociones posibles. Las palabras de aquel indiferente le habían atravesado el corazón como agujas de hielo y como puntas de fuego. Cuando vio que aún no había terminado la causa, respiró; pero no hubiera podido decir si lo que sentía era alegría o dolor.

Se acercó a varios grupos y escuchó lo que hablaban. Habiendo muchas causas, el presidente había señalado para aquel día dos de las más sencillas y cortas. Habían empezado por el infanticidio y ahora se veía la del presidiario, del reincidente, del «caballo de retorno». Aquel hombre había robado manzanas, pero aquello no estaba bien probado; lo que estaba probado es que había estado ya en las galeras en Tolón. Esto es lo que daba mal giro a su causa. Por lo demás, el interrogatorio del hombre había terminado, y las declaraciones de los testigos también; pero faltaba aún la acusación del ministerio público y la defensa del abogado, con lo cual aquello no terminaría antes de las doce de la noche. El hombre sería probablemente condenado; el abogado fiscal era muy elocuente, y no perdía ninguna causa de éstas; era un joven de talento, que hacía versos.

Cerca de la puerta, de pie, estaba un ujier, a quien preguntó:

—¿Se abrirá pronto la puerta?

—No se abrirá —respondió el ujier.

—¡Cómo! ¿No se volverá a abrir cuando continúe la vista? ¿No está suspendida la audiencia?

—La audiencia acaba de ser reanudada —repuso el ujier—, pero la puerta no se abrirá.

—¿Por qué?

—Porque la sala está llena.

—¡Qué! ¿No hay ni un solo sitio?

—Ni uno. La puerta está cerrada y nadie puede entrar. —El ujier añadió, tras un silencio—: Hay aún dos o tres sitios detrás del señor presidente, pero el señor presidente no admite allí más que a funcionarios públicos.

Una vez dicho esto, el ujier volvió la espalda.

El hombre se retiró, con la cabeza baja; atravesó la antecámara y bajó la escalera lentamente, como dudando a cada peldaño. Es probable que tuviera una especie de consejo consigo mismo. El violento combate que se libraba en él, desde la víspera, no había terminado; a cada momento, entraba en una nueva peripecia. Al llegar al rellano de la escalera, se apoyó en la barandilla y cruzó los brazos. De repente, abrió su levita, cogió su cartera, sacó un lápiz, arrancó una hoja, y escribió rápidamente, a la luz del farol, unas palabras: «El señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer.» Luego, volvió a subir la escalera a grandes pasos, atravesó la multitud, se dirigió al ujier, le entregó el papel y le dijo, con autoridad:

—Entregad esto al señor presidente.

El ujier cogió el papel, le echó una ojeada y obedeció.

VIII

Entrada de favor

El alcalde de Montreuil-sur-Mer había adquirido, sin él saberlo, una cierta celebridad. Hacía siete años que su reputación y su virtud se extendían por todo el bajo Boloñés, y había acabado por franquear los límites de tan pequeña comarca, extendiéndose por las dos o tres provincias vecinas. Además del servicio considerable que había hecho a la cabeza de partido, reformando la industria de los abalorios negros, no había ni uno solo de los ciento cuarenta y tres ayuntamientos del distrito de Montreuil-sur-Mer, que no le debiera algún beneficio. Había sabido incluso ayudar y fecundar las industrias de los otros distritos. Había sostenido, con su crédito y sus fondos, la fábrica de tul de Boulogne, la hilatura de lino a máquina en Frévent y la manufactura hidráulica de tejidos en Boubers-sur-Canche. En todas partes se pronunciaba con veneración su nombre. Arras y Douai envidiaban su alcalde a la dichosa pequeña población de Montreuil-sur-Mer.

El consejero de la audiencia de Douai, que presidía la sesión del tribunal en Arras, conocía, como todo el mundo, aquel nombre tan profunda y universalmente honrado. Cuando el ujier, abriendo discretamente la puerta que comunicaba la sala del consejo con la de la audiencia, se inclinó detrás del presidente y le dio el papel que acabamos de leer, añadiendo:

—Este señor desea asistir a la audiencia.

El presidente hizo un vivo movimiento de deferencia, cogió la pluma, escribió algunas palabras en el mismo papel, y lo devolvió al ujier, diciendo:

—Hacedlo entrar.

El desgraciado, cuya vida vamos refiriendo, se había quedado cerca de la puerta de la sala, en el mismo sitio y con la misma actitud en que el portero lo había dejado. Oyó, en medio de su meditación, que alguien le decía:

—¿Quiere, el señor, hacerme el honor de seguirme?

Era el mismo ujier que, momentos antes, le había vuelto la espalda, y que ahora se inclinaba hasta el suelo. Le dio el papel que él desdobló y, como estaba cerca de la lámpara, pudo leer: «El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Madeleine.»

Arrugó el papel entre sus manos, como si aquellas palabras tuvieran para él un sabor extraño y amargo.

Siguió al ujier.

Algunos minutos después, se encontraba solo, en una especie de gabinete artesonado, de aspecto severo, iluminado por dos velas colocadas sobre una mesa cubierta por un tapete verde. Tenía aún en los oídos las últimas palabras del ujier, que acababa de dejarlo solo:

—Señor, ésta es la sala del consejo; no tenéis más que girar el botón de cobre de esta puerta, y os encontraréis en la audiencia, detrás del sillón del señor presidente.

Estas palabras se mezclaban, en su pensamiento, a un recuerdo vago de corredores estrechos y negras escaleras que acababa de recorrer.

El ujier lo había dejado solo. El momento supremo había llegado. Trataba de concentrarse en sí mismo, sin conseguirlo. Es precisamente en los momentos en que se tendría mayor necesidad de ligarlos a las realidades dolorosas de la vida, cuando los hilos del pensamiento se rompen en el cerebro. Estaba en el mismo lugar donde los jueces deliberan y condenan. Miraba, con una tranquilidad estúpida, aquella habitación pacífica y temible, donde tantas existencias habían sido rotas, donde su nombre iba a resonar dentro de poco, y que su destino atravesaba en aquel momento. Miraba la pared y luego se miraba a sí mismo, asombrándose de que fuese aquella cámara y de que fuese él mismo.

No había comido desde hacia más de veinticuatro horas, estaba rendido por los vaivenes del calesín, pero no lo sentía; le parecía que no sentía nada.

Se acercó a un marco negro, que estaba colgado de la pared y que contenía, bajo un cristal, una vieja carta autógrafa de Jean-Nicolas Pache[1], alcalde de París y ministro, fechada, sin duda por error, el 9 de julio del año II, y en la cual Pache enviaba al municipio la lista de ministros y de diputados arrestados en sus casas. Un testigo que lo hubiera podido ver, y lo hubiera observado en aquel momento, habría sin duda imaginado que aquella carta le parecía muy curiosa, porque no apartaba la vista de ella y la leyó dos o tres veces. Leía sin prestar ninguna atención a ello. Pensaba en Fantine y en Cosette.

Sin dejar de meditar, se volvió y sus ojos encontraron el botón de cobre de la puerta que lo separaba de la sala

[1] Jean-Nicolas Pache (1746–1823), alcalde de París en 1793. Autor de la locución: *Libertad, igualdad, fraternidad, o muerte.*

del tribunal. Casi había olvidado aquella puerta. Su mirada, hasta entonces tranquila, se detuvo en aquel botón de cobre, se aferró a él, quedó como enajenada y fría y se fue impregnando poco a poco de terror. Gruesas gotas de sudor salían de entre sus cabellos y resbalaban por sus sienes.

En cierto momento, hizo, con una especie de autoridad mezclada de rebelión, este gesto indescriptible que quiere decir, y dice tan bien: «¡Pardiez! ¿Quién me obliga a esto?» Luego se volvió con viveza, vio delante de sí la puerta por la cual había entrado, fue hacia ella, la abrió y salió. No estaba ya en aquella habitación, estaba fuera, en un corredor, un corredor largo, estrecho, alumbrado aquí y allá por reverberos parecidos a lamparillas para velar enfermos; era el corredor por donde había entrado. Respiró; escuchó; ningún ruido tras él, ningún ruido delante de él; huyó, como si lo persiguieran.

Cuando hubo recorrido algunos recodos del pasillo, escuchó una vez más. Siempre el mismo silencio y la misma sombra que lo rodeaba. Estaba sofocado, vacilaba, se apoyó en la pared. La piedra estaba fría y su sudor era helado en su frente; se incorporó estremeciéndose.

Entonces, solo, de pie en aquella oscuridad, temblando de frío, y tal vez también de otra cosa, meditó.

Había meditado durante toda la noche, había meditado durante todo el día; sólo podía oír una voz que le decía: «¡Ay de ti!»

Trascurrió un cuarto de hora. Por fin, inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer los brazos, y volvió sobre sus pasos. Andaba lentamente, como oprimido. Parecía que alguien lo hubiese cogido en su huida, y lo condujese.

Entró en la habitación del consejo. Lo primero que vio fue el palastro de la puerta. Aquel palastro redondo y

de cobre pulimentado, resplandecía como una estrella terrible. Lo miraba como una oveja miraría el ojo de un tigre.

Sus ojos no podían separarse de allí.

De cuando en cuando, daba un paso y se acercaba a la puerta.

Si hubiera escuchado, habría oído una especie de murmullo confuso, el ruido de la sala; pero no escuchaba nada, no oía nada.

De repente, sin que él mismo supiera cómo, se encontró junto a la puerta. Cogió convulsivamente el pomo; la puerta se abrió.

Estaba en la sala de la audiencia.

IX
Un lugar donde empiezan a formarse las convicciones

Dio un paso, cerró maquinalmente la puerta tras de sí, y se quedó de pie, examinando lo que veía.

Era la sala un vasto recinto apenas iluminado; ya silencioso, ya lleno de un vago rumor, donde todo el aparato de un proceso criminal se desarrollaba con su gravedad mezquina y lúgubre, en medio de la multitud.

En un extremo de la sala, precisamente en el mismo en que él estaba, los jueces, con aire distraído, con toga usada, se mordían las uñas o cerraban los párpados; al otro extremo, una multitud desarrapada; abogados en toda clase de actitudes; soldados de rostro honrado y duro; viejos frisos de madera manchados, un techo sucio, mesas cubiertas con una sarga más amarilla que verde; puertas ennegrecidas por las manos; algunos clavos en el artesonado; quinqués tabernarios que daban más humo que claridad; sobre las mesas, velas en sus candeleros de cobre; oscuridad, fealdad, tristeza; y de todo aquello se desprendía una impresión austera y augusta, pues se

presentía esta gran cosa humana que se llama ley, y esta gran cosa divina que se llama justicia.

Nadie, de entre aquella multitud, le prestó atención. Todas las miradas convergían en un punto único, un banco de madera adosado a una puertecilla, a lo largo de la pared, a la izquierda del presidente. Sobre aquel banco, iluminado por varias velas, había un hombre entre dos gendarmes.

Aquel hombre, era el hombre.

No lo buscó, lo vio. Sus ojos se dirigieron allí naturalmente, como si de antemano supiesen ya el sitio que ocupaba.

Creyó verse a sí mismo, envejecido, no exactamente con su mismo rostro, pero con su misma actitud y su mismo aspecto, con sus cabellos erizados, con aquella mirada salvaje e inquieta, con aquella blusa que llevaba el día en que entró en Digne, lleno de odio y ocultando en su alma aquel espantoso tesoro de pensamientos terribles, acumulados durante diecinueve años de presidio.

Se dijo, con un estremecimiento: «¡Dios mío! ¿Me convertiré yo así?»

Aquel hombre parecía tener por lo menos sesenta años; había en su aspecto un no sé qué de rudeza, de estupidez y de espanto.

Al ruido de la puerta, el presidente volvió la cabeza y, comprendiendo que el personaje que acaba de entrar era el señor alcalde de Montreuil-sur-Mer, lo saludó. El abogado fiscal, que había visto al señor Madeleine en Montreuil-sur-Mer, adonde las funciones de su ministerio lo habían llamado en algunas ocasiones, lo reconoció y lo saludó igualmente. Él apenas se dio cuenta. Era presa de una especie de alucinación; miraba.

Jueces, un escribano, gendarmes, una multitud de cabezas cruelmente curiosas, había visto ya una vez aque-

llo, veintisiete años antes. Estas cosas funestas, las volvía a encontrar ahora; estaban allí, se movían, existían. No era un esfuerzo de su memoria, ni un espejismo de su imaginación, eran verdaderos gendarmes, verdaderos jueces, una verdadera multitud y verdaderos hombres en carne y hueso. Aquello existía evidentemente; veía reaparecer y revivir a su alrededor, en toda su horrible realidad, los aspectos monstruosos de su pasado.

Todo aquello estaba ante él.

Se sintió horrorizado, cerró los ojos y exclamó, en lo más profundo de su alma: «¡Jamás!»

Y por un juego trágico del destino, que hacía temblar todas sus ideas y casi lo volvía loco, tenía delante a otro que era él mismo. Aquel hombre, a quien estaban juzgando, era conocido por todos como Jean Valjean.

Tenía ante sus ojos, visión inaudita, la escena más horrible de su vida, representada por un fantasma.

Todo era lo mismo, el mismo aparato, la misma hora de la noche, casi las mismas caras de los jueces, de los soldados y de los espectadores. Únicamente, encima de la cabeza del presidente había un crucifijo, cosa que faltaba en los tribunales del tiempo de su condena. Cuando lo habían juzgado a él, Dios estaba ausente.

Detrás de él había una silla; se dejó caer en ella, aterrado por la idea de que pudieran verlo. Cuando estuvo sentado, se aprovechó de un montón de legajos que había sobre la mesa de los jueces, para ocultar su rostro a toda la sala. Ahora podía ver sin ser visto. Poco a poco, fue recobrándose. Entró plenamente en el sentimiento de lo real; llegó a esta fase de la calma en la que es posible escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó a Javert, pero no lo vio. El banco de los testigos quedaba fuera de su vista, tras la mesa del escri-

baño. Además, acabamos de decirlo, la sala estaba apenas iluminada.

En el momento en que entró, el abogado del acusado acababa su defensa. La atención de todos estaba excitada en el más alto grado; la vista duraba desde hacía ya tres horas. Desde hacía tres horas, aquella multitud veía encorvarse poco a poco, bajo el peso de una verosimilitud horrible, a un hombre, un desconocido, un ser miserable, profundamente estúpido o profundamente hábil. Aquel hombre, como ya sabemos, era un vagabundo que había sido encontrado en un campo mientras llevaba una rama de manzanas maduras, arrancada a un manzano en un cercado vecino; llamado el cercado Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Habíase procedido a una investigación; acababan de ser oídos los testigos, habían sido unánimes, y los hechos se habían aclarado. La acusación decía:

—No solamente tenemos aquí a un ladrón de frutos, a un merodeador; tenemos aquí, en nuestras manos, a un bandido, a un relapso, a un antiguo presidiario, a un malvado de los más peligrosos, a un malhechor llamado Jean Valjean, a quien la justicia busca desde hace largo tiempo, y quien, hace ocho años, al salir del presidio de Tolón, cometió un robo en despoblado, a mano armada, en la persona de un pequeño saboyano llamado Petit-Gervais, crimen previsto en el artículo 383 del código penal, por el cual nos reservamos perseguirlo ulteriormente, cuando la identidad sea comprobada judicialmente. Acaba de cometer otro robo. Es un caso de reincidencia. Condenadlo ahora por el último hecho; más tarde será juzgado por el antiguo.

Ante esta acusación, el acusado parecía sorprendido, especialmente ante la unanimidad de los testigos. Hacía gestos y señas que querían decir no, o bien contemplaba el techo. Hablaba con dificultad, respondía con embarazo;

pero, de la cabeza a los pies, toda su persona negaba. Estaba como un idiota en presencia de aquellas inteligencias formadas en batalla a su alrededor, y como un extraño en medio de aquella sociedad que lo cercaba. Y, sin embargo, de allí podía salir un porvenir terrible; la verosimilitud crecía por momentos, y toda aquella multitud miraba, con más ansiedad que él mismo, aquella sentencia llena de calamidades que amenazaba su cabeza más y más. Una eventualidad dejaba incluso entrever como posible la pena de muerte, si la identidad era reconocida y si sobre el robo de Petit-Gervais recaía una condena. ¿Qué era, pues, aquel hombre? ¿De qué naturaleza era su apatía? ¿Era imbécil o astuto? ¿Comprendía demasiado, o no comprendía absolutamente nada? Cuestiones que dividían a la multitud, y que parecían poner en desacuerdo también al jurado. En aquel proceso había lo que horroriza y lo que intriga; el drama no era solamente sombrío, era oscuro.

El defensor había abogado bastante bien, en esta lengua de provincias que ha sido por mucho tiempo la elocuencia del foro, y que empleaban antiguamente todos los letrados, lo mismo en París que en Romorantin o en Montbrison, y que hoy, habiéndose convertido en clásica, la practican sólo los oradores oficiales del estrado, a quienes conviene por su sonoridad grave y su frase majestuosa; lengua en la que un marido se llama un «esposo»; una mujer, una «esposa»; París, «el centro de las artes y la civilización»; el rey, «el monarca»; monseñor el obispo, «un santo pontífice»; el abogado fiscal, «el elocuente intérprete de la vindicta pública»; la defensa, «la voz que acaba de oírse»; el siglo de Luis XIV, «el gran siglo»; un teatro, «el templo de Melpomene»; la familia reinante, «la augusta sangre de nuestros reyes»; un concierto, «una solemnidad musical»; el comandante

general de la de la provincia, «el ilustre guerrero que», etc.; los alumnos del seminario, «estas tiernas levitas»; los errores imputados a los periódicos, «la impostura que destila su veneno en las columnas de estos órganos», etc., etc. El abogado, pues, había comenzado por explicarse sobre el robo de las manzanas —cosa difícil para un buen estilo; pero el mismo Bénigne Bossuet se vio obligado a aludir a una gallina en una oración fúnebre, y lo hizo con elocuencia[1]. El abogado había establecido que el robo de manzanas no estaba materialmente probado—. Su cliente, a quien, en su calidad de defensor, persistía en llamar Champmathieu, no había sido visto por nadie escalando el muro o rompiendo la rama. Lo habían detenido en posesión de esta rama (a la que el abogado llamaba preferentemente «ramo») —pero él decía haberla encontrado en el suelo y haberla recogido. ¿Dónde estaba la prueba de lo contrario?— Sin duda aquella rama había sido rota y robada después de un escalamiento, y luego arrojada por el merodeador atemorizado; sin duda había habido un ladrón. ¿Pero qué es lo que probaba que aquel ladrón fuese Champmathieu? Una sola cosa. Su calidad de antiguo presidiario. El abogado no negaba que esta circunstancia no apareciera desgraciadamente bien probada; el acusado había residido en Faverolles; el acusado había sido podador; el nombre de Champmathieu podía muy bien tener por origen el de Jean Mathieu; todo esto era cierto; finalmente, cuatro testigos reconocían, sin

[1] Bossuet, en la oración fúnebre de Anne de Gonzague, dice: «Ella ve aparecer lo que Jesucristo no ha desdeñado darnos como la imagen de la ternura, una gallina madre...» La imagen viene del evangelio de san Mateo, XXIII, 37: «Jerusalén, Jerusalén (...) cuántas veces he querido recoger a tus hijos como una gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas...» Bossuet, en efecto, se ve «obligado a hacer alusión a una gallina», pues cuenta un ensueño de la princesa, decisivo para su evolución espiritual, y se nota que casi excusa a Jesús de haber escogido una imagen tan familiar.

dudar y positivamente, que Champmathieu era el presidiario Jean Valjean; a estas indicaciones, a estos testimonios, el abogado no podía oponer más que la negativa de su cliente, negativa interesada; pero, suponiendo que él fuese el forzado Jean Valjean, ¿probaba esto que fuese el autor del robo de manzanas? Esto era una presunción, no una prueba. El acusado, esto era cierto, y el defensor «en su buena fe» debía convenir en ello, había adoptado un «mal sistema de defensa». Se obstinaba en negarlo todo, el robo y su calidad de forzado. Una confesión sobre este último punto hubiera valido más, bien seguro, y lo hubiera conciliado la indulgencia de sus jueces; el abogado se lo había aconsejado; pero el acusado se había negado obstinadamente, creyendo que sin duda lo salvaría todo, no confesando nada. Era una equivocación; pero, ¿no debía tenerse en cuenta su escasa inteligencia? Aquel hombre era, visiblemente estúpido. Una larga estancia en presidio, una miseria fuera de él, lo habían embrutecido, etc., etc. Se defendía mal, ¿era ésta una razón para condenarlo? En cuanto al asunto del Petit-Gervais, el abogado no tenía nada que discutir, porque no estaba en la causa. El abogado concluía suplicando al jurado y al tribunal, si la identidad de Jean Valjean les parecía evidente, le aplicasen la corrección de policía que se aplica a los transgresores de un bando, no al castigo terrible que cae sobre un forzado reincidente.

El abogado fiscal replicó al defensor. Fue violento y florido, como lo son habitualmente los abogados fiscales.

Felicitó al defensor por su «lealtad», y aprovechó hábilmente esta lealtad. Atacó al acusado por todas las concesiones que el abogado había hecho. El abogado parecía estar de acuerdo en que el acusado era Jean Valjean, y el fiscal tomó acta de estas palabras. Aquel hombre era, pues, Jean Valjean. Esta parte de la acusación era,

pues, un hecho aceptado y no podía negarse. Aquí, con una hábil antonomasia, remontándose a los orígenes y causas de la criminalidad, el abogado general tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica, entonces en su aurora bajo el nombre de escuela satánica, que le habían dado los críticos de *L'Oriflamme* y de *La Quotidienne*[1] atribuyó, no sin verosimilitud, a la influencia de esta literatura perversa el delito de Champmathieu, o por mejor decir, de Jean Valjean. Agotadas estas consideraciones, pasó a hablar del propio Jean Valjean. ¿Quién era este Jean Valjean? Descripción de Jean Valjean. Un monstruo vomitado, etc. El modelo de esta clase de descripciones está en el relato de Théramène, que no es útil en la tragedia, pero que presta diariamente grandes servicios a la elocuencia forense. El auditorio y los jurados «se estremecieron». Una vez terminada la descripción, el fiscal continuó, con un movimiento oratorio hecho para excitar al más alto grado, al día siguiente por la mañana, el entusiasmo del diario de la prefectura:

—¡Y este hombre de tal condición, etc., etc., vagabundo, mendigo, sin medios de existencia, etc., etc., habituado, por su vida pasada, a incurrir en actos culpables, y poco corregido por su estancia en la prisión, como lo prueba el crimen cometido en la persona de Petit-Gervais, etcétera, etcétera; es un hombre tal el que, encontrado en la vía pública en flagrante delito de robo, a algunos pasos de una pared escalada, teniendo aún en la mano el cuerpo del delito, todavía niega el robo y el escalo, lo niega todo, niega hasta su nombre, niega hasta su identidad. Además de cien otras pruebas sobre las cuales no vamos a insistir, cuatro testigos lo reconocen, Javert, el íntegro inspector de policía, Javert, y tres de sus anti-

[1] En esta fecha, *L'Oriflamme*, periódico ultra, todavía no existía, fue fundado en 1824. *La Quotidienne*, otro periódico ultra, apareció bajo este título de 1815 a 1847.

guos compañeros de ignominia, los forzados Brevet, Chenildieu y Cochepaille. ¿Qué opone él a esta unanimidad terrible? Niega. ¡Qué endurecimiento! Señores jurados, haréis justicia, etc., etc.

Mientras el fiscal general hablaba, el acusado escuchaba con la boca abierta, con una especie de asombro no exento de admiración. Estaba indudablemente sorprendido de que un hombre pudiera hablar de aquel modo. De cuando en cuando, en los momentos más «enérgicos» de la acusación, en aquellos instantes en que la elocuencia, que no puede contenerse, se desborda en un torrente de epítetos infamantes y rodea al acusado como una tempestad, movía lentamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como una especie de triste y muda protesta, con que se contentaba desde el principio de la vista. Dos o tres veces, los espectadores situados cerca de él, lo oyeron decir, a media voz:

—¡Ved aquí el resultado de no haber preguntado al señor Baloup!

El abogado fiscal hizo observar al jurado esta actitud estúpida, evidentemente calculada, que denotaba, no la imbecilidad, sino la pericia, la astucia, la costumbre de engañar a la justicia, y que ponía a la luz del día «la profunda perversidad de aquel hombre». Terminó haciendo sus reservas para el asunto de Petit-Gervais, y pidiendo una condena severa.

Por de pronto, esto era, como recordamos, los trabajos forzados a perpetuidad.

El defensor se levantó, empezó por cumplimentar «al ministerio público» por «su admirable oración»; luego, replicó como pudo, pero débilmente; el terreno, evidentemente, se hundía bajo sus pies.

X

El sistema de negativas

El instante de cerrar el debate había llegado. El presidente hizo levantar al acusado y le dirigió la pregunta de costumbre:

—¿Tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

El hombre, en pie, dando vueltas entre sus manos a un horrible gorro, pareció no entender la pregunta.

El presidente la repitió.

Esta vez, el hombre entendió. Pareció comprender, hizo un movimiento como si despertase de un sueño, paseó su mirada en derredor suyo, miró al público, a los gendarmes, a su abogado, a los jurados, al tribunal, posó su monstruosa mano sobre el borde de la barandilla que había delante de su banquillo, miró una vez más, y de repente, fijando su mirada en el fiscal general, se puso a hablar. Fue como una erupción volcánica. Pareció, por el modo como las palabras escapaban de su boca, incoherentes, impetuosas, atropelladas, confusas, que acudiesen en tropel a sus labios para salir todas de una vez. Dijo:

—Tengo que decir algo. Yo he sido carretero en París, y he estado en casa del señor Baloup. Es una profesión dura. Los carreteros trabajan siempre al aire libre, en patios, o bajo cobertizos cuando son buenos los amos, pero nunca en talleres cerrados, porque es preciso mucho espacio. En invierno hace tanto frío, que nos golpeamos los brazos para calentarnos; pero los dueños no quieren esto, dicen que se pierde tiempo. Manejar el hierro cuando hay hielo en las calles, es muy rudo. Esto gasta pronto a los hombres. De este modo se hace uno viejo cuando aún es joven. A los cuarenta años, un hombre está acabado. Yo tenía ya cincuenta y tres, y lo pasaba muy mal. ¡Y, después, son tan malos los obreros! Cuando un hombre ya no es joven, os llaman de todo, ¡pícaro viejo, vieja bestia! Yo no ganaba más que treinta sueldos diarios, los amos, me pagaban lo menos que podían, aprovechándose de mi edad. Además, yo tenía una hija que era lavandera en el río. Ganaba un poco, por su lado. Para los dos nos bastaba. Ella también padecía lo suyo. Estaba todo el día metida en una banca hasta medio cuerpo, con lluvias, con nieve, con vientos que cortaban la cara; cuando hiela no importa, hay que lavar lo mismo; hay personas que no tienen demasiada ropa y están esperando; si no se lavaba, se perdían los parroquianos. Las tablas están mal unidas y os entra el agua por todas partes. Las sayas se mojan del todo, por arriba y por abajo; esto penetra. También ha trabajado en el lavadero de los niños expósitos, donde el agua llega por medio de grifos. Allí no hay bancas. Se lava delante del caño y se aclara detrás, en el depósito. Como allí está cerrado, se tiene menos frío en el cuerpo, pero hay una colada de agua caliente que es terrible y hace perder la vista. Ella regresaba a las siete de la tarde y se acostaba inmediatamente; ¡estaba tan cansada! Su marido le pegaba.

Ha muerto ya. No hemos sido nada felices. Era una buena muchacha que no iba a los bailes, que era muy apacible. Me acuerdo de un martes de carnaval, en que estaba ya acostada a las ocho. Ahí tenéis. Yo digo la verdad. No tenéis más que preguntar. ¡Ah, sí, claro, preguntar! ¡Qué estúpido soy! París es un abismo. ¿Quién conoce al tío Champmathieu? Sin embargo, ya os he dicho que el señor Baloup. Preguntad en casa del señor Baloup. Después de esto, no sé qué más me queréis.

El hombre se calló y permaneció en pie. Había dicho aquellas cosas en voz alta, rápida, ronca, dura y precipitada, con una especie de ingenuidad irritada y salvaje. En una ocasión, se había interrumpido para saludar a alguien de la multitud. Las afirmaciones que parecían lanzar al azar ante él, salían como un hipo violento, y acompañaba cada una con un gesto parecido al que hace un leñador al hendir la madera. Cuando hubo terminado, el auditorio se echó a reír. Miró al público, vio que se reía y, no comprendiendo nada, se echó a reír también.

Aquello era siniestro.

El presidente, hombre atento y benévolo, levantó la voz.

Recordó a los «señores jurados» que «el señor Baloup, antiguo maestro carretero con quien el acusado decía haber trabajado, había sido citado inútilmente. Estaba en quiebra, y no había podido ser hallado.» Luego, volviéndose hacia el acusado, lo conminó a que escuchara lo que iba a decirle, y añadió:

—Os halláis en una situación en la que hay que reflexionar. Las más graves presunciones pesan sobre vos, y pueden traeros consecuencias capitales. Acusado, en vuestro interés os interpelo por última vez, explicaros claramente sobre estos dos hechos: Primero, ¿habéis fran-

queado, sí o no, el cercado de Pierron, roto la rama y robado las manzanas, es decir, cometido robo y escalo? Segundo, ¿sois, sí o no, el presidiario liberado Jean Valjean?

El acusado movió la cabeza con un aire capaz, como un hombre que hubiese comprendido perfectamente y supiese lo que iba a responder. Abrió la boca, se volvió hacia el presidente, y dijo:

—En primer lugar...

Luego, miró su gorro, miró al techo y se calló.

—Acusado —insistió el abogado fiscal, con voz severa—, prestad atención. No respondéis a nada de lo que se os pregunta. Vuestra turbación os condena. Es evidente que no os llamáis Champmathieu y que sois el forzado Jean Valjean, escondido en principio bajo el nombre de Jean Mathieu, que era el nombre de su madre; que habéis estado en Auvergne, que habéis nacido en Faverolles, donde habéis sido podador. Es evidente que habéis robado, con escalo, manzanas maduras en el cercado de Pierron. Los señores jurados apreciarán estos hechos.

El acusado había acabado por sentarse; se levantó bruscamente, cuando el fiscal general hubo terminado, y exclamó:

—¡Sois muy malo, vos! Esto es lo que quería decir, y no sabía cómo. Yo no he robado nada. Yo soy un hombre que no come todos los días. Venía de Ailly, andaba por la región, después de una tempestad que había asolado el campo, hasta el punto de que las charcas se desbordaban y no brotaban de los arenales más que pequeñas briznas de hierba al borde del camino, encontré una rama con manzanas rotas en el suelo y la recogí, sin saber que me traería disgustos. Hace tres meses que estoy en la cárcel y que se me vapulea. Después de esto, no

puedo decir nada; se habla contra mí, se me dice: ¡Responde! El gendarme, que es un buen muchacho, me da con el codo y me dice en voz baja: «Contesta, pues.» Yo no sé explicarme, no he hecho estudios, soy un pobre hombre. Esto es lo que hacéis mal en no ver. Yo no he robado, yo he recogido del suelo lo que encontré. Decís: ¡Jean Valjean, Jean Mathieu! Yo no conozco a estas personas. Serán aldeanos. Yo he trabajado en casa del señor Baloup, en el bulevar del Hospital. Me llamo Champmathieu. Sois muy maliciosos diciéndome dónde he nacido. Yo lo ignoro. No todo el mundo tiene casas para venir al mundo, sería demasiado cómodo. Yo creo que mi padre y mi madre eran personas que iban por las carreteras. No sé más. Cuando era niño, me llamaban Pequeño, ahora me llaman Viejo. Éstos son mis nombres de pila. Tomadlo como queráis. He estado en Auvergne y he estado en Faverolles, ¡pardiez! ¿Y qué? ¿Es que no se puede haber estado en Auvergne y en Faverolles, sin haber estado en las galeras? Os digo que yo no he robado y que soy el tío Champmathieu. ¡He estado en casa del señor Baloup y he vivido allí! ¡Me estáis fatigando con todas estas estupideces! ¿Por qué la gente está encarnizada conmigo?

El abogado fiscal había permanecido en pie; se dirigió al presidente:

—Señor presidente, en presencia de negativas confusas, pero muy hábiles, del acusado, que quisiera hacerse pasar por un idiota, pero no lo conseguirá, se lo advertimos, pedimos al tribunal que se sirva hacer comparecer de nuevo a los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu y al inspector de policía Javert, e interrogarlos por última vez sobre la identidad del acusado con el forzado Jean Valjean.

—Hago observar al señor fiscal general —dijo el presidente—, que el inspector de policía Javert, reclamado por sus funciones a la capital de un distrito próximo, ha abandónado la audiencia, y también la ciudad, una vez hecha su declaración. Nosotros le hemos concedido licencia para ello, con el consentimiento del fiscal general y del defensor del acusado.

—Es cierto, señor presidente —continuó el fiscal general—. En ausencia del señor Javert, creo deber recordar a los señores jurados lo que ha declarado aquí mismo, hace pocas horas. Javert es un hombre estimado, que honra, con su rigurosa y estrecha probidad, un cargo subalterno, pero de importancia. He aquí en qué términos ha declarado: «No tengo siquiera necesidad de presunciones morales, ni de pruebas morales que desmientan las negativas del acusado. Lo reconozco perfectamente. Este hombre no se llama Champmathieu; es un antiguo forzado muy perverso y muy temible, llamado Jean Valjean. Se lo puso en libertad, al expirar su condena, no sin pesadumbre. Ha sufrido diecinueve años de trabajos forzados, por robo calificado. Trató de evadirse en cinco o seis ocasiones. Además del robo a Petit-Gervais y del robo de Pierron, sospecho que cometió otro en casa de su ilustrísima, el difunto obispo de Digne. Lo he visto muchas veces, cuando yo era ayudante de guardachusma en el presidio de Tolón. Repito que lo conozco perfectamente.»

Esta declaración, tan precisa, pareció producir una viva impresión en el público y el jurado. El fiscal general terminó insistiendo que, a falta de Javert, fuesen oídos de nuevo e interrogados los tres testigos Brevet, Chenildieu y Cochepaille.

El presidente trasmitió la orden a un ujier y, un momento más tarde, la puerta de la sala de los testigos se

abrió. El ujier, acompañado de un gendarme dispuesto a prestarle auxilio, introdujo al condenado Brevet. El auditorio estaba en suspenso y todos los pechos palpitaban como si no tuviesen más que una sola alma.

El presidiario Brevet llevaba la chupa negra y gris de las prisiones centrales. Brevet era un hombre de unos sesenta años, que tenía aires de pícaro y facha de hombre de negocios. Estas cualidades van juntas algunas veces. En la cárcel, adonde lo habían vuelto a llevar nuevos delitos, había llegado a ser calabocero, o cosa semejante. Sus jefes decían de él: «Quiere hacerse útil.» Los capellanes daban testimonio de sus costumbres religiosas. No hay que olvidar que esto sucedía en tiempos de la restauración.

—Brevet —dijo el presidente—, habéis sufrido una condena infamante y no podéis prestar juramento...

Brevet bajó los ojos.

—No obstante —continuó el presidente—, incluso en el hombre degradado por la ley, puede quedar, cuando la misericordia divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Apelo a este sentimiento en este instante decisivo. Si existe aún en vos como espero, reflexionad antes de responderme; considerad, por un lado, a este hombre a quien puede perder una palabra vuestra, y, por otro lado a la justicia, a la que puede ayudar esta misma palabra. El instante es solemne, y aún es tiempo de retractaros, si creéis haberos equivocado.. Acusado, levantaos. Brevet, mirad bien al acusado, reunid vuestros recuerdos, y decid, en vuestra alma y conciencia, si persistís en reconocer en este hombre a vuestro antiguo compañero de prisión Jean Valjean.

Brevet miró al acusado y, luego, se volvió hacia el tribunal.

—Sí, señor presidente. Yo soy quien lo ha reconocido primero y persisto en ello. Este hombre es Jean Valjean. Entró en Tolón en 1796 y salió en 1815. Yo salí al año siguiente. Ahora tiene el aire de un bruto, lo cual consistirá en que lo haya embrutecido la edad; en el presidio era muy socarrón. Lo reconozco positivamente.

—Id a vuestro asiento —dijo el presidente—. Acusado, permaneced en pie.

Entró Chenildieu, presidiario a perpetuidad, como lo indicaba su casaca roja y su gorro verde. Sufría su pena en el presidio de Tolón, de donde había salido para declarar en esta causa. Era un hombre bajito, de unos cincuenta años, vivo, arrugado, ruin, amarillo, nervioso, descarado, que tenía en todos sus miembros y en todo su cuerpo una especie de debilidad enfermiza, y en la mirada una fuerza inmensa. Sus compañeros lo llamaban Je-nie-Dieu (Niego a Dios).

El presidente le dirigió, poco más o menos, las mismas frases que a Brevet. Cuando le recordó que su infamia no le permitía prestar juramento, Chenildieu levantó la cabeza y miró al público descaradamente. El presidente lo invitó a comedirse y le preguntó, como a Brevet, si persistía en reconocer al acusado.

Chenildieu estalló en carcajadas.

—¡Vaya si lo conozco! Hemos estado cinco años sujetos a la misma cadena. ¿Te enfadas, antiguo camarada?

—Id a vuestro asiento —ordenó el presidente.

El ujier, trajo a Cochepaille. Aquel otro condenado a perpetuidad, que venía del presidio vestido de rojo lo mismo que Chenildieu, era un campesino de Lourdes y un semioso de los Pirineos. Había guardado rebaños en las montañas y, de pastor, había pasado a bandolero.

Cochepaille no era menos salvaje y parecía aún más estúpido que el acusado. Era uno de estos desgraciados que la naturaleza convierte en bestias salvajes y la sociedad concluye haciéndolos presidiarios.

El presidente trató de conmoverlo con algunas palabras patéticas y graves, y le preguntó, como a los otros dos, si persistía en creer, sin duda alguna, que conocía a aquel hombre.

—Es Jean Valjean —dijo Cochepaille—. Se le llamaba también Jean le Cric (Gato), por lo fuerte que era.

Cada una de las afirmaciones de aquellos tres hombres, evidentemente sinceros y de buena fe, había suscitado en el auditorio un murmullo de mal agüero para el acusado; murmullo que crecía y se prolongaba mayor tiempo, cada vez que una nueva declaración venía a dar fuerza a la precedente. El acusado las había oído con esta expresión de asombro que, según la acusación, era su principal medio de defensa. Cuando la primera, los gendarmes le oyeron decir, entre dientes: «¡Ah, bien! ¡Ahí está uno!» Después de la segunda, dijo un poco más alto y con aire casi de satisfacción: «¡Bueno!» A la tercera: exclamó: «¡Magnífico!»

El presidente, le preguntó:

—Acusado, ¿habéis oído? ¿Qué tenéis que decir?

Él respondió:

—Digo, ¡magnífico!

En el público estalló un rumor que casi alcanzó hasta el jurado. Era evidente que el hombre estaba perdido.

—Ujieres —dijo el presidente—, imponed silencio. Voy a cerrar la vista.

En aquel momento, alguien se movió al lado del presidente. Se oyó una voz que gritaba:

—Brevet, Chenildieu, Cochepaille, ¡mirad aquí!

Todos los que oyeron aquella voz, quedaron helados, tan lastimero y tan terrible era su acento. Todos los ojos convergieron en el punto de donde había salido. Un hombre, colocado en el lugar de los espectadores privilegiados que estaban sentados detrás del tribunal, acababa de levantarse, había empujado la puertecilla de la baranda que separaba el tribunal de la audiencia, y se había puesto en pie, en medio de la sala. El presidente, el fiscal general, el señor Bamatabois, veinte personas, lo reconocieron y exclamaron a la vez:

—¡El señor Madeleine!

XI

Champmathieu cada vez más asombrado

Era él, en efecto. La luz del escribano iluminaba su rostro. Tenía el sombrero en la mano; ningún desorden había en su indumentaria; tenía la levita cuidadosamente abotonada. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. Sus cabellos, grises aún cuando llegó a Arras, se habían vuelto completamente blancos. Había encanecido en la hora que estaba allí.

Todas las cabezas se irguieron. La sensación fue indescriptible. Hubo en el auditorio un momento de duda. La voz había sido tan penetrante y aquel hombre parecía tan sereno que, en el primer momento, nadie comprendió lo que había pasado. Preguntáronse todos quién había gritado; no podía creerse que aquel hombre tan tranquilo fuese el que había lanzado aquel grito horroroso.

Esta indecisión no duró más que algunos segundos. Incluso antes de que el presidente y el abogado fiscal pudieran decir una palabra, antes de que los gendarmes y los ujieres pudieran hacer un gesto, el hombre a quien todavía en este momento todos llamaban el señor Made-

leine se había adelantado hacia los testigos Cochepaille, Brevet y Chenildieu.

—¿No me reconocéis? —dijo.

Los tres permanecieron inmóviles e indicaron, con un gesto de cabeza que no lo conocían en absoluto. Cochepaille, intimidado, hizo el saludo militar. El señor Madeleine se volvió hacia los jurados y hacia el tribunal y dijo, con voz dulce:

—Señores del jurado, haced poned en libertad al acusado. Señor presidente, hacedme detener. El hombre que buscáis no es él, soy yo. Yo soy Jean Valjean.

Ni una sola boca respiraba. A la primera conmoción de la sorpresa, había sucedido un silencio sepulcral. En la sala se sentía esta especie de terror religioso que sobrecoge a las muchedumbres cuando algo grande sucede.

No obstante, la cara del presidente reflejaba simpatía y tristeza; había intercambiado un signo rápido con el abogado fiscal, y algunas palabras en voz baja con los consejeros asesores. Se dirigió al público y preguntó con acento que todos comprendieron:

—¿Hay algún médico aquí?

El abogado fiscal tomó la palabra:

—Señores del jurado, el incidente tan extraño y tan inesperado que interrumpe la audiencia, no nos inspira, igual que a vosotros más que un sentimiento que no tenemos necesidad de expresar. Todos vosotros conocéis, al menos por su reputación, al honorable señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer. Si hay algún médico en el auditorio, nos unimos al señor presidente para rogarle que asista al señor Madeleine y lo conduzca de nuevo a su casa.

El señor Madeleine no dejó terminar al abogado fiscal. Lo interrumpió con un acento lleno de mansedumbre y de autoridad. He aquí las palabras que pronunció: helas

aquí literalmente, tal como fueron escritas inmediatamente después de la audiencia, por uno de los testigos de esta escena; tales como están todavía en los oídos de quienes las oyeron, hace hoy cerca de cuarenta años.

—Os lo agradezco, señor abogado fiscal, pero no estoy loco. Vais a verlo. Estabais a punto de cometer un grave error, libertad a este hombre, cumplo un deber, yo soy el desdichado condenado. Soy el único que veo claro aquí, y os digo la verdad. Lo que hago en estos momentos, Dios, que está allá arriba, lo ve y esto es suficiente. Podéis detenerme, puesto que aquí estoy. No obstante, hice todo lo que pude. Me oculté tras un nombre; he llegado a ser rico, he llegado a ser alcalde; he querido volver entre la gente honrada. Parece que no es posible. En fin, hay muchas cosas que no puedo decir, no voy a contaros mi vida, algún día se sabrá. He robado al señor obispo, esto es cierto; he robado a Petit-Gervais, es cierto. Ha habido razón al deciros que Jean Valjean era un desdichado muy malvado. No toda la culpa es quizá suya. Oíd, señores jueces, un hombre tan bajo como yo no puede quejarse a la providencia ni dar consejos a la sociedad; pero la infamia de la cual trataba de salir es algo nocivo. El presidio hace al presidiario. Reflexionad sobre esto, si lo deseáis. Antes del presidio, yo era un pobre campesino muy poco inteligente, una especie de idiota; el presidio me ha trasformado. Era estúpido y me he vuelto malvado; era un leño y me hice un tizón. Luego, la indulgencia y la bondad me han salvado, como la severidad me había perdido. Pero, perdón, no podéis comprender lo que digo. Encontraréis en mi casa, entre las cenizas de la chimenea, la pieza de cuarenta sueldos que robé, hace siete años, a Petit-Gervais. No tengo nada que añadir. Detenedme. ¡Dios mío! El señor abogado fiscal mueve la cabeza, vos decís: El señor Made-

leine se ha vuelto loco. No me creéis. Esto es triste. Por lo menos, ¡no condenéis a este hombre! ¡Qué! ¡estos no me reconocen! ¡Me gustaría que Javert estuviera aquí! ¡Él me reconocería!

Nada podría traducir lo que había de melancolía benévola y sombría en el tono que acompañaba a estas palabras.

Volvióse hacia los tres presidarios:

—¡Pues bien! ¡Yo os reconozco, Brevet! ¿Os acordáis. . . ?

Se interrumpió, dudó unos instantes y dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de punto, a cuadros, que tenías en el presidio?

Brevet tuvo como un estremecimiento de sorpresa y lo miró de la cabeza a los pies, con un aire de terror. Él continuó:

—Chenildieu, que te llamabas a ti mismo Je-nie-Dieu, tienes toda la parte derecha de la espalda profundamente quemada, porque un día te acostaste sobre un brasero encendido, para borrar las tres letras T. F. P. que, no obstante, se distinguen todavía. Contesta, ¿es esto cierto?

—Es cierto —dijo Chenildieu.

Se dirigió a Cochepaille:

—Cochepaille, tú tienes, cerca de la vacuna del brazo izquierdo, una fecha grabada en letras azules con pólvora quemada. Esta fecha es la del desembarco del emperador en Cannes, «1º de marzo de 1815». Levántate la manga.

Cochepaille levantó su manga y todas las miradas se dirigieron hacia el brazo desnudo. Un gendarme acercó una lámpara; allí estaba la fecha.

El desdichado se volvió hacia el auditorio y hacia los jueces, con una sonrisa que los que la vieron están aún

sobrecogidos cuando recuerdan aquello. Era la sonrisa del triunfo, era también la sonrisa de la desesperación.

—Ya veis —dijo—, cómo yo soy Jean Valjean.

No había ya en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; no había más que ojos fijos y corazones emocionados. Nadie recordaba el papel que cada uno podía interpretar; el abogado fiscal olvidó que estaba allí para demandar, el presidente, que estaba allí para presidir, el defensor, que estaba allí para defender. Cosa sorprendente, ninguna pregunta fue formulada, ninguna autoridad intervino. Lo propio de los espectáculos sublimes es apoderarse de todas las almas y hacer espectadores de todos los testigos. Quizá nadie se daba cuenta de lo que sentían; nadie, sin duda, se decía que allí veía resplandecer una gran luz, todos se sentían interiormente deslumbrados.

Era evidente que se tenía ante los ojos a Jean Valjean. Esto resplandecía. La aparición de este hombre había bastado para llenar de claridad esta aventura tan oscura un momento antes. Sin necesidad de ninguna explicación, toda la multitud, como por una especie de revelación eléctrica, comprendió enseguida y de un solo vistazo esta sencilla y magnífica historia de un hombre que se entregaba, para que otro hombre no fuera condenado en su lugar. Los detalles, las vacilaciones, las posibles pequeñas resistencias, se perdieron en este vasto y luminoso hecho.

Impresión que pasó rápidamente, pero que, en aquel instante fue irresistible.

—No quiero turbar más la audiencia —prosiguió Jean Valjean—. Me voy, ya que no me detienen. Tengo muchas cosas que hacer. El señor abogado fiscal sabe quién soy, sabe dónde voy. Él me hará detener cuando lo desee.

Se dirigió hacia la puerta de salida. Ni una voz se levantó, ni un brazo se extendió para impedírselo. Todos se apartaron. Había en aquel instante este no sé qué divino, que hace que las multitudes retrocedan y se hagan de lado ante un hombre. Atravesó con pasos lentos por entre la gente. Nunca se ha sabido quién abrió la puerta, pero lo cierto es que ya estaba abierta cuando llegó a ella. Una vez allí, se volvió y dijo:

—Señor abogado fiscal, quedo a su disposición.

Luego se dirigió al auditorio:

—Todos vosotros, todos cuantos estáis aquí me encontráis digno de piedad, ¿no es verdad? ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que he estado a punto de hacer, me encuentro digno de envidia. No obstante, hubiera preferido que nada de esto hubiera sucedido.

Salió y la puerta volvió a cerrarse igual que había sido abierta, pues todos aquellos que hacen cosas grandes están siempre seguros de ser servidos por alguien de entre la multitud.

Antes de una hora después, el veredicto del jurado descargaba de toda acusación al llamado Champmathieu; y Champmathieu, puesto inmediatamente en libertad, se iba estupefacto, creyendo que todos los hombres estaban locos y no comprendiendo nada de aquella visión.

Libro octavo

Reacción

I

En qué espejo el señor Madeleine contempla sus cabellos

El día comenzaba a despuntar. Fantine había pasado una noche de fiebre y de insomnio, llena, así y todo, de imágenes felices; al amanecer, se durmió. La hermana Simplice, que la había velado aprovechó este sueño para ir a preparar una nueva poción de quinina. La digna hermana estaba desde hacía unos instantes en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre sus drogas y sus redomas, mirando muy de cerca a causa de esta bruma que el crepúsculo esparce entre los objetos. De repente, volvió la cabeza y emitió un ligero grito. El señor Madeleine estaba ante ella. Acababa de entrar silenciosamente.

—¡Es usted, señor alcalde! —exclamó.

Él respondió, en voz baja:

—¿Cómo va esta pobre mujer?

—No va mal, en este momento. Pero hemos estado muy inquietos.

Le explicó lo que había pasado, que Fantine estaba muy mal el día anterior y que ahora se encontraba me-

jor, porque creía que el señor alcalde había ido a buscar a su hija a Montfermeil. La hermana no se atrevió a preguntar al señor alcalde, pero observó claramente, por su semblante, que no parecía venir de allí.

—Está muy bien —dijo—, habéis obrado perfectamente no desengañándola.

—Sí —prosiguió la hermana—, pero ahora, señor alcalde, ella no verá a su hija, ¿qué vamos a decirle?

Él permaneció pensativo un momento.

—Dios nos inspirará —dijo.

—No obstante, no podremos mentir —murmuró la hermana, a media voz.

El día entraba ya plenamente en la habitación. Iluminaba la cara del señor Madeleine. El azar hizo que la hermana levantara los ojos.

—¡Dios mío, señor! —exclamó—, ¿qué os ha sucedido? ¡Tenéis los cabellos blancos!

—¿Blancos? —se extrañó él.

La hermana Simplice no tenía ningún espejo; rebuscó en un cajón y sacó un pequeño trozo de luna, de la cual se servía el médico de la enfermería para constatar que un paciente estaba muerto y ya no respiraba. El señor Madeleine tomó el espejo, examinó sus cabellos y exclamó:

—¡Toma!

Pronunció esta palabra con indiferencia y como si pensara en otra cosa.

La hermana se sintió helada por algo desconocido que entreveía en todo aquello.

Él preguntó:

—¿Puedo verla?

—¿Es que el señor alcalde no hará que vuelva su hija? —dijo la hermana, osando apenas aventurar una pregunta.

—Sin duda, pero serán precisos al menos dos o tres días.

—Si ella no viera al señor alcalde hasta entonces —dijo tímidamente la hermana—, no sabría que el señor alcalde está de vuelta, y sería fácil hacerla tener un poco de paciencia y, cuando la niña llegara, pensaría muy naturalmente que el señor alcalde había llegado con ella. No sería necesario emplear ninguna mentira.

El señor Madeleine pareció reflexionar algunos instantes y, después dijo con su calma grave:

—No, hermana, es preciso que la vea. Tendré que darme prisa, quizá.

La religiosa no pareció reparar en este «quizá» que daba un sentido singular y oscuro a las palabras del señor alcalde. Respondió, bajando los ojos y la voz en forma respetuosa:

—En este caso, está descansando, pero el señor alcalde puede entrar.

El señor Madeleine hizo algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal, que hacía ruido y que podía despertar a la enferma; luego, entró en la habitación de Fantine, se acercó al lecho y entreabrió las cortinas. Dormía. Su respiración salía de su pecho con un ruido trágico que es peculiar de estas enfermedades y que consternan a las madres, cuando velan durante la noche junto a su hijo, condenado y dormido. Pero esta respiración penosa turbaba muy poco una especie de serenidad inefable, esparcida por el rostro, que la trasfiguraba en su sueño. Su palidez se había convertido en blancura; sus mejillas estaban encarnadas. Sus largas pestañas rubias, la única belleza que le había quedado de su virginidad y de su juventud, palpitaban aun permaneciendo cerradas y bajas. Toda su persona temblaba por un extraño despliegue de alas a punto de entreabrir-

se y de llevársela, que se sentían estremecer, pero que no eran visibles. Al verla así, no se hubiera nunca creído que era una enferma casi desahuciada. Más que morir, parecía que iba a echar a volar.

Cuando una mano se acerca para arrancar una flor, la rama se estremece y parece a la vez que huye y se entrega. El cuerpo humano tiene algo de este estremecimiento, cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van a coger el alma.

El señor Madeleine permaneció durante algún tiempo inmóvil cerca de la cama, mirando sucesivamente a la enferma y al crucifijo, como él hacía dos meses antes, el día en que había ido por primera vez a verla en aquel asilo. Los dos estaban aún allí, en la misma actitud, ella durmiendo, él rezando; sólo que ahora trascurridos aquellos dos meses, ella tenía cabellos grises y él cabellos blancos.

La hermana no había entrado con el señor alcalde. Éste permanecía cerca de aquella cama, en pie, con el dedo sobre los labios, como si en la habitación hubiera habido alguien a quien hacer callar.

Ella abrió los ojos, y dijo apaciblemente, con una sonrisa:

—¿Y Cosette?

II

Fantine feliz

Ella no hizo un movimiento de sorpresa, ni tampoco de alegría; ella era la alegría misma. Esta simple pregunta: «¿Y Cosette?», fue hecha con una fe tan profunda, con tanta certidumbre, con tal ausencia de inquietud y de duda, que él no pudo encontrar una sola palabra. Ella prosiguió:

—Sabía que estabais aquí. Dormía, pero os veía. Hace mucho tiempo que os veo. Os he seguido con la mirada durante toda la noche. Estabais en una gloria y alrededor vuestro había toda clase de figuras celestiales.

Él elevó su mirada hacia el crucifijo.

—Mas —prosiguió—, decidme, pues, dónde está Cosette. ¿Por qué no la habéis puesto sobre mi cama, para el momento en que me despertara?

Él respondió, maquinalmente, algo que nunca más logró recordar.

Por suerte, el médico, advertido, había llegado. Vino en ayuda del señor Madeleine.

—Hija mía —dijo el médico—, calmaros. Vuestra niña está aquí.

Los ojos de Fantine se iluminaron y cubrieron de resplandor todo su rostro. Juntaban las manos con una expresión que tenía todo lo que a veces la oración puede tener de más violento y de más dulce.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Traédmela!

¡Emocionante ilusión de madre! Para ella, Cosette era siempre la criaturita que se lleva en brazos.

—Todavía no —contestó el médico—, no en éste momento. Aún tenéis algo de fiebre. La vista de vuestra hija os agitaría y os sería perjudicial. Antes es preciso curaros.

Ella lo interrumpió impetuosamente:

—¡Pero, si estoy curada! ¡Os digo que estoy curada! ¡Será asno, este médico! ¡Yo quiero ver a mi hija!

—Ya veis —dijo el médico—, cómo os agitáis. En tanto que estéis en este estado, me opondré a que tengáis a vuestra hija. No basta con verla, hay que vivir para ella. Cuando seáis razonable, os la traeré yo mismo.

La pobre madre inclinó la cabeza.

—Señor médico, os pido perdón, os pido verdaderamente perdón. Antes no hubiera hablado como acabo de hacerlo, pero he sufrido tantas desgracias que algunas veces ya no sé lo que digo. Ya comprendo, usted teme la emoción; esperaré tanto como queráis, pero os juro que ver a mi hija no me hubiera hecho ningún daño. La veo, no la pierdo de vista desde ayer por la noche. ¿Sabe usted? Si ahora me la trajeran, me pondría a hablar con dulzura. Esto es todo. ¿Acaso no es natural que desee ver a mi hija, que me han ido a buscar ex profeso a Montfermeil? No estoy enfadada. Sé muy bien que seré feliz. Durante toda la noche he visto cosas blancas y personas que me sonreían. Cuando el señor médico lo quie-

ra, me traerá a Cosette. Ya no tengo fiebre, puesto que estoy curada; siento que ya no tengo nada; pero voy a hacer como si estuviera enferma y no me moveré para agradar a estas señoras que me atienden aquí. Cuando vean que estoy bien sosegada, dirán: «Hay que traerle a su hija.»

El señor Madeleine se había sentado en una silla que había cerca de la cama. Ella se volvió hacia él; hacía visibles esfuerzos para parecer calmada y «buena chica», como decían en esta debilidad de la enfermedad que se asemeja a la infancia, para que viéndola tan calmada, no hubiera dificultades para llevarle a Cosette. Sin embargo, a pesar de que intentaba contenerse, no podía dejar de hacer al señor Madeleine mil preguntas.

—¿Ha tenido usted un buen viaje, señor alcalde? ¡Oh! ¡Qué bueno habéis sido al ir a buscármela! Decidme solamente cómo es ella. ¿Ha soportado bien el camino? ¡Ay, no me reconocerá! Después de todo este tiempo me habrá olvidado, ¡pobrecita! Los niños no tienen memoria. Son como los pájaros. Hoy ven una cosa y mañana ven otra, y no piensan en nada más. Al menos, ¿tenía ropa blanca? Estos Thénardier, ¿la mantenían limpia? ¿Cómo la alimentaban? ¡Oh, si supierais cómo he sufrido, al hacerme todas estas preguntas, durante la época de mi miseria! Ahora todo ha pasado. Estoy contenta. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría verla! Señor alcalde, ¿la encuentra usted linda? ¿No es cierto que mi hija es hermosa? Debéis haber tenido bastante frío, en esa diligencia. ¿No podrían traerla siquiera un momento? Se la podría llevar enseguida. ¡Decid! ¡Vos que sois el dueño, si quisiérais!

La cogió de las manos.

—Cosette es linda —dijo—. Cosette está muy bien, la veréis pronto, pero calmaros. Habláis demasiado viva-

mente y, además, sacáis los brazos fuera de la cama, y esto os hace toser.

En efecto, los accesos de tos interrumpían a Fantine, a cada momento.

Fantine no objetó nada, pues temía haber comprometido, con algunos lamentos demasiado apasionados, la confianza que quería inspirar; se puso a decir frases indiferentes.

—Es bastante bonito Montfermeil, ¿no es así? En verano, se va allí para hacer excursiones. Esos Thénardier, ¿hacen buenos negocios? No hay mucha gente en su país. Aquel albergue es una especie de figón.

El señor Madeleine seguía sosteniendo su mano y la examinaba con ansiedad; era evidente que había venido para decirle cosas, ante las cuales su pensamiento dudaba ahora. El médico, una vez acabada la visita, se había retirado. La hermana Simplice era la única que había quedado cerca de ellos.

Mientras tanto, en medio del silencio, Fantine gritó:

—¡La oigo! ¡Dios mío, la oigo!

Extendió el brazo para imponer silencio a su alrededor, retuvo el aliento y escuchó con alborozo.

Había una criatura que jugaba en el patio; hija de la portera o de cualquier obrera. Era una de esas cualidades que siempre se hallan y que parecen formar parte de la misteriosa puesta en escena de lúgubres acontecimientos. La criatura, era una niña, iba, venía, corría para calentarse, reía y cantaba en voz alta. ¡Ay, en qué no se mezclan los juegos de los niños! Era esta niña, la que Fantine oía cantar.

—¡Oh! —prosiguió—. ¡Es mi Cosette! ¡Reconozco su voz!

La niña se alejó como había venido, la voz se apagó. Fantine escuchó aún durante algún tiempo, después su

cara se ensombreció y el señor Madeleine la oyó decir, en voz baja:

—¡Qué malvado es este médico, por no permitirme ver a mi hija! ¡Tiene un aspecto desagradable, este hombre!

No obstante, el fondo risueño de sus ideas volvió. Continuó hablándose a sí misma, con la cabeza sobre la almohada.

—¡Qué felices vamos a ser! ¡Tendremos en primer lugar, un pequeño jardín! El señor Madeleine me lo ha prometido. Mi hija jugará en el jardín. Ahora ya debe conocer las letras. La haré deletrear. Correrá por la hierba, persiguiendo las mariposas. Yo la miraré. Y, más tarde, ella hará su primera comunión. ¡Ah! ¿Cuándo hará su primera comunión?

Se puso a contar con los dedos.

—...Uno, dos, tres, cuatro..., tiene siete años. Dentro de cinco años. Tendrá un velo blanco, medias, tendrá el aire de una verdadera mujercita. ¡Oh!, mi buena hermana, no sabéis qué tonta soy; ¡estoy ya pensando en la primera comunión de mi hija!

Y se echó a reír.

Él había dejado la mano de Fantine. Escuchaba estas palabras como se oye el viento que sopla, los ojos clavados en el suelo, el espíritu sumergido en reflexiones sin fondo. De repente, ella cesó de hablar y esto lo hizo levantar automáticamente la cabeza. Fantine estaba en un estado espantoso.

Ya no hablaba ni respiraba; se había incorporado a medias sobre el lecho, su escuálida espalda salía de su camisón, su rostro, radiante un momento antes, estaba pálido, y parecía fijar sus ojos, agrandados por el terror,

en algo formidable que hubiera en frente de ella, al otro extremo de la habitación.

—¡Dios mío! —gritó él—. ¡Fantine!, ¿qué tenéis?

No respondió, ni tampoco quitó sus ojos del objeto que parecía ver, pero le tocó el brazo con una mano y, con la otra, le hizo una seña para que mirara detrás suyo.

Se volvió, y vio a Javert.

III

Javert contento

He aquí lo que había sucedido.

Acababan de dar las doce y media de la noche, cuando el señor Madeleine salió de la sala de audiencia de Arras. Había regresado a su albergue con el tiempo justo para salir con el coche-correo, en el que, según se recordará había reservado su plaza. Un poco antes de las seis de la mañana había llegado a Montreuil-sur-Mer, y su primer cuidado fue el de poner en el correo su carta al señor Laffitte y, después, entrar a la enfermería y ver a Fantine.

No obstante, apenas había abandonado la sala de audiencia del tribunal, cuando el abogado fiscal, repuesto de la primera sorpresa, había tomado la palabra, para deplorar el acto de locura del señor alcalde de Montreuil-sur-Mer, y declarado que sus convicciones no se habían modificado en nada por aquel extraño incidente, que se aclararía más tarde, esperando la condena de aquel Champmathieu, que evidentemente era el verdadero Jean Valjean. La insistencia del abogado fiscal estaba

visiblemente en contradicción con el sentimiento de todos, del público, del tribunal y del jurado[1]. El defensor tuvo poco trabajo en refutar esta arenga y establecer que, debido a las revelaciones del señor Madeleine, es decir, del verdadero Jean Valjean, el aspecto de la cuestión había cambiado profundamente, y que el jurado no tenía ante sus ojos más que a un inocente. El abogado había sacado algunas epifonemas, desgraciadamente poco nuevas, sobre los errores judiciales, etc., etc., el presidente, en resumen, se había unido al defensor y el jurado, en pocos minutos, había liberado a Champmathieu.

Sin embargo, al abogado fiscal le hacía falta un Jean Valjean y, como ya no tenía a Champmathieu, se asió a Madeleine.

Inmediatamente después de la puesta en libertad de Champmathieu, el abogado fiscal se reunió con el presidente. Conferenciaron acerca «de la necesidad de apoderarse de la persona del señor alcalde de Montreuil-sur-Mer». Esta frase, en la que se repite muchas veces la palabra «de», es del abogado fiscal, enteramente escrita por su propia mano en la minuta de su informe al procurador general. Pasada la primera impresión, el presidente apenas puso objeciones. Era preciso que la justicia siguiera su curso. Y, además, ya que todo debe decirse, aunque el presidente fuera un hombre bueno y bastante inteligente, era a la vez partidario del rey, y acérrimo, y se había sorprendido de que el alcalde de Montreuil-sur-Mer, hablando del desembarco de Cannes, dijera «el emperador», en vez de «Bonaparte».

[1] Esta insistencia ha parecido ya increíble a más de un lector. No obstante, el E.I.N. señala (IV, 343) que, en el mismo año de *Los miserables*, un procurador general, en condiciones bastante comparables a las del asunto Champmathieu, se encarnizó con un acusado declarado inocente en la audiencia.

Así pues, la orden de detención fue expedida. El abogado fiscal la envió a Montreuil-sur-Mer por un expreso, a toda brida, y con encargo al inspector de policía Javert.

Se sabe que Javert había vuelto a Montreuil-sur-Mer inmediatamente después de haber hecho su declaración.

Javert se levantaba en el momento en que el enviado expreso le entregó la orden de arresto y mandato de comparecencia.

El mismo enviado era un competente policía que, en dos palabras, puso al corriente a Javert de lo que había sucedido en Arras. La orden de arresto, firmada por el abogado fiscal estaba concebida en estos términos:

«El inspector Javert hará prisionero al señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer, quien en el curso de la audiencia de hoy, ha declarado ser el presidiario libertado Jean Valjean.»

Cualquiera que no hubiese conocido a Javert y lo hubiera visto en la antecámara de la enfermería, no hubiera podido adivinar lo que ocurría, y le hubiera encontrado el aire más normal del mundo. Estaba frío, tranquilo, grave, tenía su cabellos grises perfectamente alisados sobre las sienes y acababa de subir las escaleras con su lentitud habitual. Pero alguien que lo hubiese conocido a fondo y lo hubiera examinado atentamente, se habría estremecido. La hebilla de su cuello de cuero, en lugar de estar sobre la nuca, estaba sobre su oreja izquierda. Esto revelaba una agitación inaudita.

Javert era todo un carácter, y no permitía ninguna irregularidad en su deber ni en su uniforme; metódico con los maleantes, rígido con los botones de su traje.

Para que hubiera puesto mal la hebilla de su cuello, era preciso que existiera una de estas emociones que podrían llamarse temblores de tierra internos.

Había llegado sencillamente, había requerido un caporal y cuatro soldados del puesto más próximo, había dejado los soldados en el patio y se había hecho guiar, hasta la habitación de Fantine, por la portera que no desconfió, acostumbrada a ver gente armada preguntar por el señor alcalde.

Una vez llegado a la habitación de Fantine, Javert hizo girar la llave, empujó la puerta con una suavidad de enfermo o de polizonte, y entró.

Hablando con propiedad, no entró. Permaneció en pie en la puerta entreabierta, el sombrero sobre la cabeza, la mano izquierda en su redingote cerrado hasta el mentón. En el pliegue del codo se podía ver la empuñadura de plomo de su enorme bastón, que desaparecía detrás del suyo.

Permaneció así cerca de un minuto, sin que nadie se apercibiera de su presencia. De repente, Fantine levantó los ojos, lo vio, e hizo volverse al señor Madeleine.

En el instante en que la mirada de Madeleine se encontró con la de Javert, éste, sin moverse, sin cambiar de postura, sin acercarse, parecía espantoso. Ningún sentimiento humano logra ser tan horrible como la alegría.

Fue el rostro de un demonio que vuelve a encontrar a su condenado.

La certeza de tener por fin a Jean Valjean, hizo aparecer en su fisonomía todo lo que contenía su alma. El fondo removido subió a la superficie. La humillación de haber perdido un poco la pista y de haber desperdiciado algunos minutos con aquel Champmathieu, se borraba bajo el orgullo de haber adivinado tan bien al principio y de haber además tenido tanto tiempo un instinto exacto. La alegría de Javert estalló con su actitud soberana. La deformidad del triunfo se abría en su frente estrecha. Fue todo el despliegue de horror que puede dar un rostro satisfecho.

Javert, en aquellos momentos, se encontraba en la gloria. Sin que se diera exacta cuenta, pero no obstante con una intuición confusa de su necesidad y de su éxito, personificaba él, Javert, la justicia, la luz y la verdad en su función celeste del aplastamiento del mal. Tenía detrás suyo y a su alrededor, a una profundidad infinita, la autoridad, la razón, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todas las estrellas; él protegía el orden, él hacía salir el rayo de la ley, él vengaba a la sociedad; había en su victoria un resto de desafío y de combate; en pie, altivo, resplandeciente, ostentaba en pleno azul la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra temible de la acción que ejecutaba hacía visible, en su puño crispado, el imaginario flamear de la espada social; feliz e indignado, tenía bajo sus pies, el crimen, el vicio, la rebelión, la perdición, el infierno; él resplandecía, exterminaba, sonreía y tenía una incontestable grandeza en aquel monstruoso san Miguel.

Javert, aun terrible, no tenía nada de innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, la convicción, la idea del deber, son cosas que, al errar, pueden ser horribles, pero que, incluso horribles, siempre son grandes; su majestuosidad, propia de la conciencia humana, persiste en el horror. Son virtudes que tienen vicio, el error. La despiadada alegría honrada de un fanático en plena atrocidad, conserva no se sabe qué brillo lúgubremente venerable. Sin que él lo sospechara, Javert, en su formidable felicidad, era digno de lástima como todo ignorante que triunfa. Nada era tan angustioso y terrible como aquel rostro en el cual se ponía de manifiesto aquello que podría llamarse toda la maldad de la bondad.

IV

La autoridad recupera sus derechos

Fantine no había visto a Javert desde el día en que el señor alcalde la había librado de este hombre. Su cerebro enfermo no se daba cuenta de nada, pero no dudó de que Javert había vuelto por ella. No pudo soportar aquella espantosa figura, se sintió morir, escondió su cara entre sus manos y gritó, con angustia:

—¡Señor Madeleine, sálveme!

Jean Valjean —ya no lo llamaremos, en adelante, de otro modo— se había levantado. Dijo a Fantine, con su voz más serena y suave:

—Estad tranquila. No es por vos por quien viene.

Luego, se dirigió a Javert y le dijo:

—Sé lo que queréis.

Javert respondió:

—¡Vamos, pronto!

En la inflexión que acompañaba estas dos palabras había un no sé qué salvaje y frenético. Javert no dijo: «¡Vamos, pronto!», lo que dijo fue: «¡Vamsprto!». Ninguna ortografía podría representar el acento con que

esto fue pronunciado; no era una palabra humana, era un rugido.

No hizo como acostumbraba; no entró enseguida en materia, no exhibió orden de arresto. Para él, Jean Valjean era una especie de luchador misterioso e inalcanzable, un combatiente temeroso al que él acosaba desde hacía cinco años, sin poder derribarlo. Este arresto no era un comienzo, sino un fin. Se limitó a decir: «¡Vamos, pronto!»

Mientras hablaba, no había dado un solo paso; lanzó sobre Jean Valjean una mirada que arrojaba como un garfio, y con la que tenía la costumbre de arrastrar a los miserables violentamente hacia él.

Era ésta la mirada que Fantine había sentido penetrar hasta la medula de sus huesos, hacía dos meses.

Al grito de Javert, Fantine había vuelto a abrir los ojos. Pero el señor alcalde estaba allí. ¿Qué podía temer ella?

Javert avanzó hasta el centro de la habitación y gritó:

—¿Vas a venir?

La desdichada miró a su alrededor. No había más que la religiosa y el señor alcalde. ¿A quién podía estar dirigido este abyecto tuteo? Solamente a ella. Se estremeció.

Entonces vio una cosa inaudita, de tal forma inaudita que nunca nada semejante se le había aparecido en los más negros delirios de la fiebre.

Vio al polizonte Javert atrapar por el cuello al señor alcalde; vio al señor alcalde inclinar la cabeza. Le pareció que el mundo se desvanecía.

Javert, en efecto, había cogido a Jean Valjean por el cuello.

—¡Señor alcalde! —gritó Fantine.

Javert estalló en carcajadas, con esta risa atroz que proyectaba todos los dientes.

—¡Aquí, ya no hay más señor alcalde!

Jean Valjean no trató de apartar la mano que sujetaba el cuello de su redingote. Dijo:

—Javert...

Javert lo interrumpió:

—Llámeme señor inspector.

—Señor —prosiguió Jean Valjean—, quisiera deciros algo en privado.

—¡En voz alta! ¡Hablad en voz alta! —respondió Javert—. ¡A mí se me habla en voz alta!

Jean Valjean continuó, bajando la voz:

—Se trata de un ruego que tengo que haceros...

—Te digo que hables en voz alta.

Pero es que nadie más que vos debe oírlo...

—¿Y a mí qué me importa? ¡No os escucharé!

Jean Valjean se volvió hacia él y le dijo rápidamente y muy quedo:

—¡Concededme tres días! ¡Tres días para ir a buscar a la hija de esta desdichada mujer! Pagaré lo que sea necesario. Vos me acompañaréis, si lo deseáis.

—¡Tienes ganas de reír! —exclamó Javert—. ¡No creí que fueras tonto! ¡Me pides tres días para irte! ¡Dices que es para ir a buscar a la hija de esta muchacha! ¡Ah! ¡Ah! ¡Esto es bueno! ¡Esto sí que es bueno!

Fantine tuvo un temblor.

—¡Mi hija! —gritó—. ¡Id a buscar a mi hija! ¡No está, pues aquí! ¡Hermana, respondedme! ¿Dónde está Cosette? ¡Yo quiero a mi hija! ¡Señor Madeleine! ¡Señor alcalde!

Javert dio un golpe con el pie.

—¡He aquí la otra, ahora! ¡Cállate, mujerzuela! ¡Miserable país donde los condenados a galeras son magistrados y donde las mujeres públicas son cuidadas como condesas! ¡Ah! ¡Pero todo esto va a cambiar! ¡Ya era hora!

Miró fijamente a Fantine y añadió, mientras de un puñado asía de nuevo la corbata, la camisa y el cuello de Jean Valjean:

—Te digo que ya no hay más señor Madeleine y que tampoco hay más señor alcalde. Hay un ladrón, hay un bandido, hay un forzado llamado Jean Valjean. ¡Es el que yo tengo! ¡Eso es lo que hay!

Fantine se levantó con sobresalto, apoyada sobre sus brazos rígidos y sobre sus dos manos; miró a Javert, miró a la religiosa, abrió la boca como si fuera a hablar, un estertor surgió de su garganta, sus dientes castañetearon, extendió los brazos con angustia, abriendo convulsivamente las manos, y buscando a su alrededor como alguien que se ahoga, luego se abatió súbitamente sobre la almohada. Su cabeza golpeó contra la cabecera de la cama y volvió a caer sobre su pecho, la boca abierta, los ojos abiertos y apagados.

Estaba muerta.

Jean Valjean puso su mano sobre la mano de Javert que lo tenía cogido, y la abrió como hubiera abierto la mano de un niño; después, dijo a Javert:

—Habéis asesinado a esta mujer.

—¡Acabemos! —gritó Javert, furioso—. No estoy aquí para escuchar discursos. Ahorrémonos todo esto. La escolta está abajo. Vámonos enseguida, ¡o usaré las esposas!

En un rincón de la habitación había una vieja cama de hierro en bastante mal estado, que servía de lecho a las hermanas, cuando debían velar. Jean Valjean se dirigió hacia la cama y, en un abrir y cerrar de ojos, arrancó un travesaño que estaba ya algo deteriorado, cosa fácil para músculos como los suyos; cogió con su puño aquella barra maciza y se enfrentó a Javert. Éste retrocedió hacia la puerta.

Jean Valjean, empuñando su barra de hierro, se dirigió hacia el lecho de Fantine. Cuando llegó a él, se volvió y dijo a Javert, con voz que apenas podía oírse:

—Os aconsejo que no me molestéis, en estos momentos.

Lo que es cierto es que Javert temblaba.

Tuvo la idea de llamar a la escolta, pero Jean Valjean podía aprovechar aquel minuto para escapar. Se retuvo, pues, cogió su bastón por el extremo de la contera y se adosó a la jamba de la puerta, sin dejar de mirar a Jean Valjean.

Este puso su codo sobre un pomo de la cabecera de la cama, apoyó su frente sobre su mano, y se puso a contemplar a Fantine, extendida e inmóvil. Permaneció así, absorto, mudo y no pensando ya en ninguna cosa de esta vida. No había ya en su rostro y en su actitud más que una indescriptible piedad. Después de algunos instantes de meditación, se inclinó hacia Fantine y le habló en voz baja.

¿Qué le dijo? ¿Qué podía decir este hombre que estaba reprobado a esta mujer que estaba muerta? ¿Qué palabras eran? Nadie en la tierra las oyó. ¿Las oyó la muerte? Hay ilusiones emocionantes que son, quizá, realidades sublimes. Lo que está fuera de duda es que la hermana Simplice, único testigo de lo que pasaba, ha contado a menudo que, en el momento en que Jean Valjean hablaba al oído de Fantine, vio claramente florecer una inefable sonrisa en aquellos labios pálidos y en aquellas vagas pupilas, llenas de la sorpresa de la tumba.

Jean Valjean tomó entre sus dos manos la cabeza de Fantine y le arregló la almohada, como una madre lo hubiera hecho para su hijo, ató el cordón de su camisa y puso sus cabellos dentro de su cofia. Hecho esto, le cerró los ojos.

El rostro de Fantine parecía en este instante extrañamente iluminado.

La muerte es la entrada en el gran resplandor.

La mano de Fantine colgaba fuera de la cama. Jean Valjean se arrodilló ante esta mano, la levantó suavemente y la besó.

Luego, se incorporó y, volviéndose hacia Javert:

—Ahora —dijo— estoy para vos.

V

Sepultura adecuada

Javert recluyó a Jean Valjean en la cárcel de la villa.

El arresto de M. Madeleine produjo en Montreuil-sur-Mer una sensación o, por mejor decir, una conmoción extraordinaria. Nos causa verdadera pesadumbre no poder disimular que con estas solas palabras: «Era un presidiario», casi todo el mundo lo abandonó. En menos de dos horas, todo el bien que había hecho quedaba ya olvidado, y ya no era más «que un presidiario». Es justo decir que no se conocían todavía con detalles los acontecimientos de Arras. Durante todo el día, se oían en todos los lugares de la villa conversaciones como estas:

—¿No lo sabéis? ¡Era un presidiario libertado!

—¿De quién habláis?

—El alcalde.

—¡Bah! ¿El señor Madeleine?

—Sí.

—¿Es cierto?

—No se llamaba Madeleine, tiene un nombre espantoso, Bejean, Bojean, Boujean.

—¡Ah, Dios mío!

—Está detenido.

—En la cárcel, en la cárcel de la villa, esperando a que lo trasladen.

—¿Que lo trasladen? ¡Van a trasladarlo! ¿Adónde van a trasladarlo?

—Va a ir a los tribunales por un robo que cometió en otro tiempo.

—Ya lo sospechaba. Este hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado almibarado. Había rehusado la cruz, daba dinero a todos los pequeños perillanes que encontraba. Siempre he pensado que, detrás de todo esto, habría alguna historia sucia.

«Las salones», sobre todo, abundaron en esta opinión. Una anciana, abandonada a *La Drapeau Blanc*[1], hizo esta reflexión, de la cual es completamente imposible sondear la profundidad:

—Yo no estoy indignada. ¡Esto enseñará a los partidarios de Bonaparte!

Fue así como aquel fantasma, que se llamó señor Madeleine, se disipó en Montreuil-sur-Mer. Solamente tres o cuatro personas, en toda la población, permanecieron fieles a su memoria. La anciana portera que lo había servido estaba entre ellos.

En la noche de aquel mismo día, esta digna vieja estaba sentada en su garita, todavía despavorida y reflexionando tristemente. La fábrica había sido cerrada durante toda la jornada, la puerta cochera estaba con los cerrojos puestos, la calle estaba desierta. No había en la casa más que dos religiosas, la hermana Perpétue y la hermana Simplice, que velaban cerca del lecho de Fantine.

1 *La bandera blanca*, periódico ultra que apareció de 1819 a 1827.

Cuando llegó la hora en que el señor Madeleine acostumbraba a regresar, la fiel portera se levantó maquinalmente, sacó de un cajón la llave de la habitación del señor Madeleine y cogió una palmatoria de la que se servía todas las noches para subir a su dormitorio; luego, colgó la llave en un clavo donde él generalmente la cogía y puso la palmatoria al lado, como si la buena mujer lo esperara. Volvió a sentarse en su silla y siguió pensando. La pobre buena vieja había hecho todo aquello inconcientemente.

No fue más que al cabo de casi dos horas cuando ella salió de su ensimismamiento y exclamó:

—¡Toma! ¡Mi buen Dios Jesús! ¡Y yo que he puesto su llave en el clavo!

En aquel momento, el cristal de la garita se abrió, una mano pasó por la abertura, tomó la llave y la palmatoria, y encendió la vela en la candela que ya ardía.

La portera levantó los ojos y quedó boquiabierta, con un grito retenido en la garganta.

Ella conocía esta mano, este brazo, esta manga de redingote.

Era el señor Madeleine.

Antes de poder hablar, estuvo algunos segundos «embargada», como ella misma decía más tarde, al contar su aventura.

—¡Dios mío, señor alcalde! —exclamó, al fin—. Os creía...

Se calló; el final de la frase hubiera sido una falta de respeto. Jean Valjean seguía siendo para ella el señor alcalde.

Él terminó su pensamiento.

—En prisión —dijo—. Allí estaba. He roto el barrote de una ventana, me he dejado caer desde lo alto de un techo, y aquí estoy. Voy a mi habitación; idme a buscar

a la hermana Simplice. Debe estar junto a esa pobre mujer.

La anciana se apresuró a hacerlo.

No le hizo ninguna advertencia; estaba seguro de que ella lo guardaría mejor que él mismo.

Nunca se llegó a saber cómo logró entrar en el patio sin hacerse abrir la puerta cochera. Él tenía y llevaba siempre consigo una llave maestra que abría una pequeña puerta lateral; pero debían haberlo registrado y quitado aquella llave. Este punto no ha sido aclarado.

Subió las escaleras que conducían a su habitación. Una vez arriba, dejó la vela en los últimos peldaños, abrió la puerta haciendo el menor ruido, y fue a cerrar a tientas la ventana y los postigos; después, volvió a buscar la vela y entró en la habitación.

La precaución era inútil; se recordará que su ventana podía verse desde la calle.

Echó un vistazo a su alrededor, sobre su mesa, sobre su silla, sobre su cama que no había sido deshecha en tres días. No quedaba ninguna huella del desorden de la penúltima noche. La portera había «hecho la habitación». Ella había recogido las cenizas y había colocado sobre la mesa las dos conteras de hierro del bastón y la pieza de cuarenta sueldos, ennegrecida por el fuego.

Tomó una hoja de papel sobre la cual escribió: «He aquí las dos puntas de hierro del bastón y la pieza de cuarenta sueldos robada a Petit-Gervais, y de las cuales hablé en la sala de audiencia»; y, sobre la hoja, puso la pieza de plata y las dos conteras de hierro, de forma que fuera lo primero que se viese al entrar en la habitación. De un armario, sacó una vieja camisa suya, que rompió. Con ello obtuvo varios trozos de tela con los cuales envolvió los dos candelabros de plata. Desde luego,

no mostraba tener prisa ni agitación y, mientras embalaba los candelabros del obispo, iba mordiendo un trozo de pan negro. Probablemente el pan de la cárcel, que se había llevado al evadirse.

Esto fue comprobado por las migas de pan que fueron encontradas en el suelo de la habitación, cuando más tarde la justicia hizo sus pesquisas.

Llamaron a la puerta con dos pequeños golpes.

—Entrad —dijo.

Era la hermana Simplice.

Estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos, el candil que llevaba vacilaba en su mano. Las violencias del destino tienen la particularidad de que, por íntegros o por indiferentes que seamos, nos hacen salir del fondo de las entrañas la naturaleza humana y la obligan a mostrarse en nuestro exterior. Con las emociones de aquella jornada, la religiosa había vuelto a ser mujer. Había llorado y estaba temblando.

Jean Valjean acababa de escribir unas líneas en un papel, que tendió a la religiosa, diciéndole:

—Hermana, entregaréis esto al señor cura.

El papel estaba sin doblar. Ella echó una mirada.

—Podéis leerlo —dijo.

Ella leyó:

«Ruego al señor cura que cuide todo lo que dejo aquí. Se servirá pagar, de ello, los gastos de mi proceso y el entierro de la pobre mujer que ha muerto hoy. El resto será para los pobres.»

La hermana quiso hablar, pero apenas pudo balbucear algunos sonidos inarticulados. No obstante, logró decir:

—¿El señor alcalde no desea ver de nuevo a esta pobre mujer?

—No —respondió él—, están persiguiéndome, y podrían detenerme en su habitación; esto turbaría aquella paz.

Casi no había terminado, cuando de la escalera llegó un gran alboroto. Oyeron una confusión de pasos que subían, y a la anciana portera que decía con su voz más alta y penetrante:

—Mi buen señor, os juro por el buen Dios, que nadie ha entrado aquí en todo el día ni en el anochecer, y que tampoco he dejado mi puesto en la puerta.

Un hombre contestó:

—Sin embargo, hay luz en aquella habitación.

Reconocieron la voz de Javert.

La habitación estaba dispuesta de tal forma que, al abrir la puerta, ésta escondía el rincón de la pared de la derecha. Jean Valjean sopló la vela y se colocó en este rincón.

La hermana Simplice cayó de rodillas cerca de la mesa.

La puerta se abrió.

Javert entró.

Se oían los murmullos de diversos hombres y las protestas de la portera en el corredor.

La religiosa no levantó los ojos. Estaba rezando.

El candil estaba sobre la chimenea y daba muy poca luz.

Javert vio a la hermana y se detuvo sobrecogido.

Se recordará que en el fondo mismo de Javert, su elemento, su ambiente respirable, era la veneración hacia toda autoridad. Lo era íntegramente y no admitía objeción ni restricción. Para él, desde luego, la autoridad eclesiástica era la primera de todas. Era religioso, superficial y correcto sobre este punto, como sobre todos. A sus ojos, un sacerdote era un espíritu que no se equi-

voca nunca, una religiosa era una criatura que no peca. Eran almas amuralladas para este mundo, con una sola puerta que no se abría más que para dejar salir la verdad.

Al ver a la hermana, su primer movimiento fue el de retirarse.

No obstante, había también otro deber, que lo dominaba y que lo empujaba imperiosamente en sentido contrario. Su segundo movimiento fue el de quedarse y, al menos, aventurar una pregunta.

Se trataba de la hermana Simplice, que no había mentido en su vida. Javert lo sabía y la veneraba particularmente a causa de esto.

—Hermana —dijo—, ¿estáis sola en esta habitación?

Hubo un momento espantoso, durante la cual la pobre portera se sentía desfallecer.

La hermana levantó los ojos y dijo:

—Sí.

—Perdonadme que insista —prosiguió Javert—, pero es mi deber; no habéis visto aquí, esta noche, a una persona, a un hombre. Se ha evadido y lo estamos buscando; es este llamado Jean Valjean, ¿no lo habéis visto?

La hermana respondió:

—No.

Había mentido. Mintió dos veces seguidas, una tras otra, sin dudar, con rapidez, como en un holocausto.

—Perdón —dijo Javert. Y se retiró, saludando profundamente.

¡Oh, santa mujer! No sois de este mundo desde hace muchos años; os habéis unido en la luz a vuestras hermanas las vírgenes y a vuestros hermanos los ángeles; que esta mentira os valga para el paraíso.

La afirmación de la hermana fue para Javert algo tan decisivo, que ni siquiera reparó en la singularidad

de aquella bujía que acababan de soplar y que aún humeaba encima de la mesa.

Una hora después, un hombre, marchando por entre los árboles y las brumas, se alejaba rápidamente de Montreuil-sur-Mer, en dirección a París. Este hombre era Jean Valjean. Se ha establecido, por el testimonio de dos o tres carreteros que lo encontraron, que llevaba un paquete y que estaba vestido con una blusa. ¿De dónde había sacado esta blusa? Nunca se ha sabido. No obstante, hacía algunos días que había muerto un viejo obrero, en la enfermería de la fábrica, y no había dejado más que su blusa. Quizá fuera aquélla.

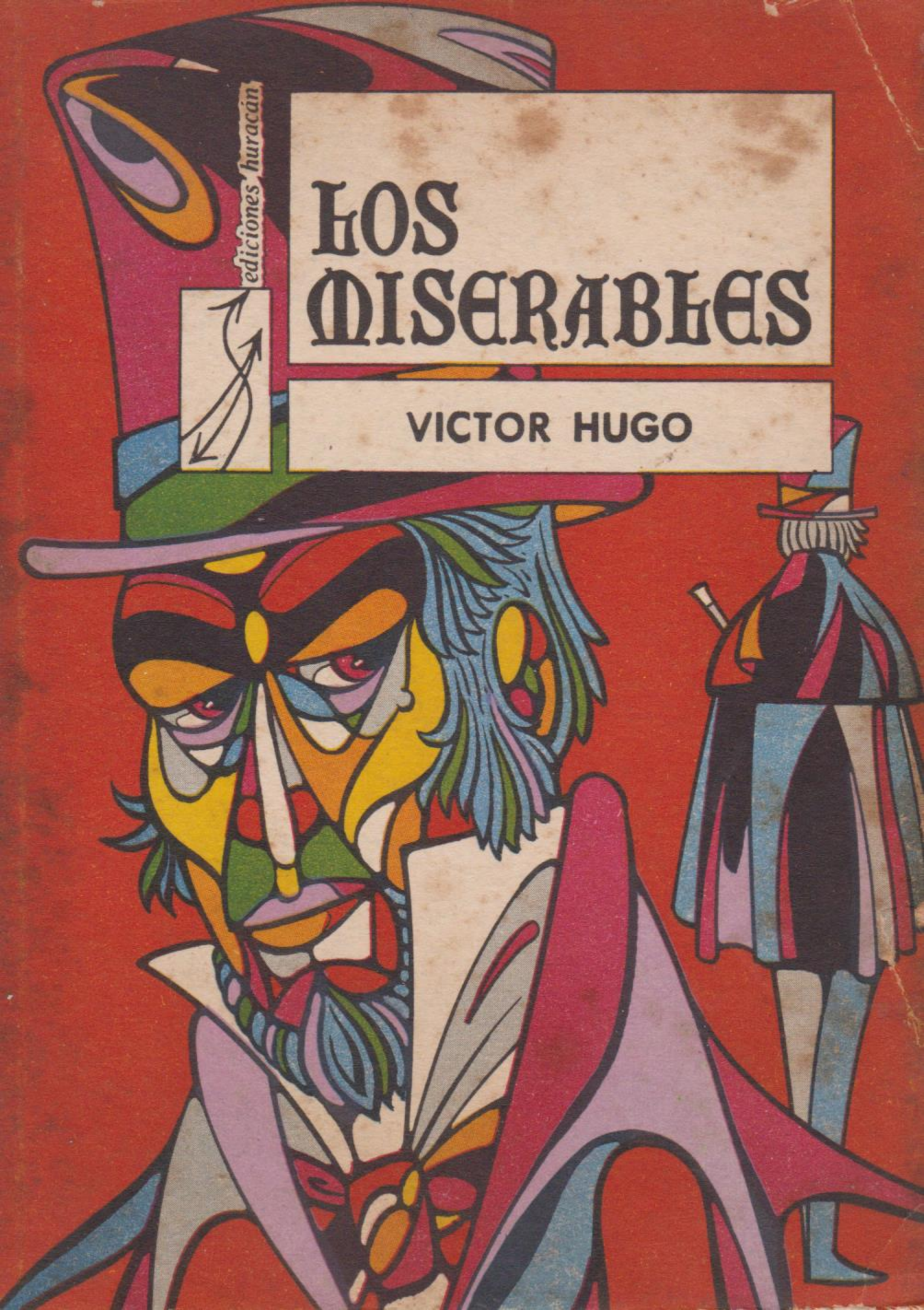
Una última palabra sobre Fantine.

Todos nosotros tenemos una madre, la tierra. Fantine fue devuelta a esta madre.

El cura creyó obrar bien, y posiblemente obró bien, al reservar, de lo que había dejado Jean Valjean, la mayor parte posible para los pobres. Después de todo, ¿de quiénes se trataba? De un presidiario y de una mujer pública. Ésta es la razón por la cual simplificó el entierro de Fantine, y lo redujo a este estricto necesario que se llama fosa común.

Fantine fue, pues, enterrada en este rincón gratuito del cementerio, que es de todos y no es de nadie y donde se pierde a los pobres. Por fortuna, Dios sabe dónde encontrar el alma. Se depositó a Fantine en las tinieblas entre los primeros huesos encontrados; sufrió la promiscuidad de las cenizas. La arrojaron a la fosa pública. Su tumba fue semejante a su lecho.

FIN DEL TOMO I


ediciones huracán
LOS MISERABLES
VICTOR HUGO

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

ediciones huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

COSETTE

INSTITUTO DEL LIBRO. LA HABANA, 1970

Título del original francés:
Les miserables

Traducción: Aurora Alemany
Edición: Marietta Suárez
Cubierta: Del Toro

Ediciones Huracán, Instituto del Libro, calle 19 No. 1002,
Vedado, La Habana.

Libro primero

Waterloo

I

Lo que se encuentra viniendo de Nivelles

El año pasado (1861) [1], en una hermosa mañana de mayo, un viajero, el que relata esta historia, llegaba a Nivelles y se dirigía hacia La Hulpe. Iba a pie. Seguía, por entre dos hileras de árboles, una ancha calzada empedrada y ondulante sobre las colinas que se suceden una tras otra y que levantan unas veces el camino y otras lo dejan caer, formando una especie de ondas enormes. Había ya pasado de Lillois y Boiss-Seigneur-Isaac. Hacia el oeste, veía el campanario de pizarra de Braine-l'Alleud, que tiene forma de un vaso boca abajo. Terminaba de dejar tras de sí un bosque sobre un altozano y, en el cruce de

[1] Leemos, en las notas de Victor Hugo, fechadas en 27 de mayo de 1861: «Llegados a Mont-Saint-Jean a las 11; alojados en el "Hotel de las Columnas".

»La ventana de mi habitación tiene vista sobre el león de Waterloo. He encontrado el tabaco esperado en Mont-Saint-Jean. He comprado doce vistas de Waterloo.

»A la una hemos ido a visitar el campo de batalla, por el camino de Nivelles. Hemos visto Hougomont. Hemos comprado un trozo de árbol, donde está incrustada una bala: 2 fr.

»A las cinco menos cuarto he subido al león. Viento y sol. Paseo a Braine-l'Alleud.» (*E.I.N.*, II, 615.)

un camino de atajo, al lado de un poste carcomido por el tiempo, en el que había la inscripción: «Antigua Barrera nº 4», pasó junto a una taberna que tenía en su fachada este letrero: «A los cuatro vientos. Echabeau, café de particular.»

Medio cuarto de legua más lejos, llegó al fondo de un pequeño valle, donde hay agua que pasa por debajo de un arco practicado en el terraplén del camino. Un sotillo, de escasos árboles, aunque muy verdes, cubre el valle por un lado de la calzada, se desparrama por el otro en las praderas, y sigue con gracia, como en desorden, hacia Braine l'Alleud.

Había allí, a la derecha, al borde del camino, una posada, una carreta de cuatro ruedas delante de la puerta, un gran haz de ramas de lúpulo, un arado, un montón de maleza seca cerca de un seto vivo, cal que humeaba en un agujero cuadrado hecho en el suelo, y una escalera apoyada en un cobertizo cuyas paredes eran de paja. Una muchacha escarbaba en un campo, donde un gran cartel amarillo, probablemente el anuncio de algún espectáculo de feria, se agitaba al viento. En la esquina de la posada, junto a una charca donde navegaba una flotilla de patos, un sendero mal empedrado se hundía entre la maleza. El viajero penetró en él.

Al cabo de un centenar de pasos, después de haber seguido a lo largo de un muro del siglo XV, rematado por una albardilla puntiaguda, construida de ladrillos apoyados unos contra otros, se encontró frente a una puerta grande de piedra cintrada, con imposta rectilínea, del severo estilo de Luis XIV, y adornada en los costados con dos medallones planos. Una austera fachada dominaba esta puerta; una pared perpendicular a esta fachada venía casi a tocarla y la flanqueaba con un brusco ángulo recto. En el prado, delante de la puerta, yacían tres rastrillos

a través de los cuales brotaban mezcladas todas las flores de mayo. La puerta estaba cerrada. Tenía dos hojas decrépitas, provistas de un viejo aldabón oxidado.

El sol era magnífico, las ramas tenían este suave temblor de mayo, que parece venir de los nidos más aún que del viento. Un pajarillo, probablemente enamorado, trinaba desaforadamente en un árbol frondoso.

El viajero se inclinó y examinó, en la piedra de la izquierda, al extremo inferior de la jamba derecha de la puerta, una amplia excavación redonda, parecida al alveolo de una esfera. En aquel momento, se separaron las hojas de la puerta y salió una aldeana.

Vio al viajero y observó lo que miraba.

—Es una granada francesa lo que ha hecho esto —dijo. Y añadió—: Lo que veis allá arriba, en la puerta, junto al clavo, es el agujero de una bala de fusil. La bala no pudo atravesar la madera.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó el viajero.

—Hougomont —respondió la aldeana.

El viajero se incorporó. Dio algunos pasos y fue a mirar por encima de los setos. Vio en el horizonte, a través de los árboles, una especie de montículo y, en este montículo, algo que de lejos parecía un león.

Estaba en el campo de batalla de Waterloo.

II

Hougomont

Hougomont fue allí un lugar fúnebre, el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterloo aquel gran talador de Europa, a quien llamaban Napoleón; el primer nudo bajo el filo de su hacha.

Era un castillo; ya no es más que una granja. Hougomont, para el anticuario, es Hugomons. Esta residencia fue construida por Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellanía de la abadía de Villers.

El viajero [1] empujó la puerta, tropezó bajo el atrio con una vieja calesa, y entró en el patio.

Lo primero que allí llamó su atención, fue una puerta del siglo XVI, que parecía una arcada, al haber caído todo a su alrededor. El aspecto monumental nace a menudo de la ruina. Cerca de la arcada, se abría otra puerta en un muro, con dovelaje del tiempo de Enrique IV, dejando ver los árboles de un huerto. Al lado de esta puerta, un hoyo para el estiércol, palas y azadones, algunas carre-

1 Ibid.

tillas, un viejo pozo con su losa de piedra, y un torno de hierro, un potro que salta, un pavo que hace la rueda, una capilla coronada de un pequeño campanario, un peral en flor y a espaldera en la pared de la capilla; tal era el patio cuya conquista fue un sueño de Napoleón. Si hubiese podido tomarlo, este rincón de tierra le habría dado tal vez el mundo. Las gallinas removían el polvo con sus picos. Se oye un gruñido; es un gran perro que enseña los dientes y que ha remplazado a los ingleses.

Los ingleses estuvieron allí admirables. Las cuatro compañías de la guardia de Coocke hicieron allí frente, durante siete horas, al encarnizamiento de un ejército.

Hougomont, visto en el mapa en blanco geométrico, comprendidos los cercados y edificios, presenta una especie de rectángulo irregular, del cual se hubiera rebajado un ángulo. Es en este ángulo donde se hallaba la puerta meridional, guardada por aquella pared que la fusila a boca de jarro. Hougomont, tiene dos puertas: la puerta meridional, que es la del castillo, y la puerta setentrional, que es la de la granja. Napoleón envió contra Hougomont a su hermano Jerónimo; las divisiones Guilleminot, Foy y Machelu se estrellaron allí; casi todo el cuerpo de Reille fue empleado en aquel punto y fracasó, las granadas de Kellermann se agotaron sobre aquellos muros heroicos. No fue suficiente la brigada de Bauduin para forzar Hougomont por el norte; y la brigada de Soye no hizo más que batirlo por el sur, sin poder tomarlo.

El patio estaba limitado al sur por los edificios de la granja. Un trozo de la puerta norte, rota por los franceses, pendía sujeta a la pared. Eran cuatro tablas clavadas a dos travesaños, y donde se distinguían los destrozos del ataque.

La puerta setentrional, hundida por los franceses, y a la que habían puesto una pieza para remplazar el panel

que pendía de la pared, se entreabre al fondo del patio; está cortada en cuadro en el muro, de piedra por abajo y ladrillo por arriba, que cierra el patio por el norte. Es una simple puerta, como existen en todas las alquerías, compuesta de dos anchas hojas de tablas sin labrar; al otro lado, los prados. Esta entrada fue disputada furiosamente. Mucho tiempo después, se veían aún, en la parte superior de la puerta, infinidad de huellas de manos ensangrentadas. Allí fue donde mataron a Bauduin.

La borrasca del combate existe aún en este patio; el horror está aún visible; la confusión de la refriega se ha petrificado allí; esto vive, aquello muere. Era ayer. Las paredes agonizan, las piedras caen, las brechas gritan; los agujeros son heridas, los árboles inclinados y estremecidos parecen hacer esfuerzos para huir.

Este patio, en 1815, tenía más edificios que hoy. Varias obras, derribadas después, formaban en él entrantes y salientes, rincones y ángulos a escuadra.

Los ingleses se habían parapetado allí; los franceses penetraron, pero no pudieron sostenerse. Al lado de la capilla, un ala del castillo, únicas ruinas que quedan de la heredad de Hougomont. El castillo sirvió de torre, la capilla del fortín. Hubo un exterminio general. Los franceses, tiroteados desde todas partes, desde lo alto de los graneros, desde detrás de los muros, desde el fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todas las lumbreras, por todas las hendiduras de las piedras, reunieron y llevaron fajinas, y prendieron fuego a los muros y a los hombres; la metralla tuvo por réplica el incendio.

En el ala arruinada, aún se ven, a través de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, las habitaciones desmanteladas de un cuerpo de edificio construido de ladrillos; los guardias ingleses se habían emboscado en estas habitaciones; la espiral de la escalera, destrozada

desde la planta baja hasta el tejadó, parece como el interior de una concha rota. La escalera tiene dos tramos; los ingleses sitiados en ella, y agrupados en los peldaños superiores, habían cortado los inferiores. Son anchas losas de piedra azul que hoy forman un montón confuso entre las ortigas. Una decena de peldaños se mantienen aún fijos en la pared, en el primero está grabada la imagen de un tridente. Estos escalones inaccesibles permanecen aún sólidos en su encaje; todo el resto parece una quijada desdentada. Dos viejos árboles hay allí; uno está muerto, el otro está herido en el pie y reverdece en abril. Desde 1815, se ha puesto a crecer a través de la escalera.

Hubo una gran mortandad en la capilla. Su interior, recobrada la calma, tiene un aspecto extraño. No se ha dicho la misa en ella desde aquella carnicería. Sin embargo ha quedado el altar, un altar de madera basta, adosado a un fondo de piedra sin labrar. Cuatro paredes blanqueadas de cal, una puerta enfrente del altar, dos ventanitas centradas, sobre la puerta un gran crucifijo de madera y encima del crucifijo un tragaluz cuadrado, taponado con un haz de heno, y, en un rincón, en el suelo, un viejo bastidor de vidriera roto; tal es la capilla. Junto al altar, está enclavada una estatua de madera de santa Ana, del siglo XV; la cabeza del niño Jesús fue arrancada por una bala de cañón. Los franceses dueños por un momento de la capilla, y desalojados después, la incendiaron. Las llamas llenaron aquel recinto; la capilla se convirtió en un horno; la puerta ardió, el suelo ardió, el Cristo de madera no ardió. El fuego llegó a roerle los pies, de los cuales no se ve más que unos muñones ennegrecidos, y luego se detuvo. Un milagro, según dijeron las gentes del lugar. El niño Jesús, decapitado, no tuvo la suerte del Cristo.

Las paredes están cubiertas de inscripciones. Cerca de los pies del Cristo, se lee este nombre: «Henquínez». Y estos otros: «Conde del Río Mayor», «Marqués y marquesa de Almagro (Habana)». Hay nombres franceses con puntos de exclamación, signos de cólera. Volvieron a blanquear las paredes en 1849. Las naciones se insultaban allí.

A la puerta de esta capilla, fue recogido un cadáver que tenía un hacha en la mano. Aquel cadáver era el del lugarteniente Legros.

Se sale de la capilla y, a la izquierda, se ve un pozo. En este patio hay dos. Uno se pregunta:

—¿Por qué no hay cubo ni polea, en este pozo?

—Porque no se saca agua de él.

—¿Y, por qué no se saca agua?

—Porque está lleno de esqueletos.

El último que sacó agua de este pozo, se llamaba Guillaume van Kylsom. Era un campesino que vivía en Hougomont, donde era jardinero. El 18 de junio de 1815, su familia huyó y fue a esconderse en los bosques.

El gran bosque que rodea la abadía de Villers fue, durante muchos días y muchas noches, el asilo de aquellos infelices lugareños dispersos. Hoy todavía, ciertos vestigios visibles, tales como viejos troncos de árboles quemados, señalan el sitio que aquellos temblorosos campesinos escogieron como campamento en el fondo de los matorrales.

Guillaume van Kylsom se quedó en Hougomont «para guardar el castillo», y se acurrucó en una cueva. Allí lo descubrieron los ingleses. Lo sacaron de su escondite y, a sablazos, los combatientes obligaron a que les sirviera este hombre despavorido. Tenía sed; Guilleaume les dio de beber. Era de este pozo de donde sacaba el agua.

Muchos bebieron allí su último sorbo. Este pozo, donde bebieron tantos muertos, debía morir también.

Después de la acción, hubo una premura, enterrar los cadáveres. La muerte tiene una manera propia de hostigar la victoria, y hace seguir la peste en pos de la gloria. El tifus es un anexo del triunfo. Aquel pozo era profundo e hicieron de él un sepulcro. Arrojaron a su cavidad trescientos muertos. Quizás con demasiada precipitación. ¿Estaban todos muertos? La leyenda dice que no. Parece que, a la noche siguiente de haberlos enterrado, oyeron salir del pozo débiles y lastimeras voces que pedían ayuda.

Este pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes medio derrruidas, mitad ladrillo y mitad piedra, replegadas como las hojas de un biombo y semejantes a una torrecilla cuadrada, lo rodean por tres lados. El cuarto lado está abierto. Por allí se sacaba el agua. La pared del centro tiene una especie de ojo de buey informe; tal vez el agujero de un obús. Esta torrecilla tenía un techo, del cual no quedan más que las vigas. El herraje de sostén de la pared de la derecha dibuja una cruz. Uno se inclina hacia el pozo y la mirada se pierde en un profundo cilindro de ladrillo, que llena un hacinamiento de tinieblas. Alrededor del pozo, la parte baja de las paredes desaparece entre las ortigas.

Este pozo no tiene por brocal la ancha losa azul que sirve de delantal a todos los pozos de Bélgica. La losa azul ha sido remplazada por una traviesa en la cual se apoyan cinco o seis deformes trozos de madera nudosos y anquilosados, que parecen grandes huesos. No tiene ya ni cubo ni cadena, ni polea; pero conserva aún la pila de piedra donde se vertía el agua. El agua de las lluvias se acumula allí y, de vez en cuando, un pájaro de los bosques vecinos se acerca a beber y echa a volar.

Una casa en estas ruinas de la granja, está habitada. La puerta de esta casa da al patio. Al lado de una bonita placa de cerradura gótica, hay en esta puerta un puño de hierro puesto al sesgo. En el momento en que el lugarteniente hannoveriano Wilda iba a coger este puño, para refugiarse en la granja, un zapador francés le echó abajo la mano de un hachazo.

La familia que ocupa la casa tiene por abuelo al antiguo jardinero Van Kylsom, muerto ya hace tiempo. Una mujer de cabellos grises os dice:

—Yo estaba allí. Tenía tres años. Mi hermana mayor tenía miedo y lloraba. Nos llevaron a los bosques. Yo estaba en los brazos de mi madre. De vez en cuando, alguien pegaba el oído al suelo para escuchar. Yo imitaba el cañón y hacía «¡bum! ¡bum!»

Una puerta del patio, a la izquierda, ya lo hemos dicho, da al huerto.

El huerto es horrible.

Está dividido en tres partes, casi podría decirse que en tres actos. La primera parte es un jardín, la segunda es el huerto, la tercera es un bosque. Estas tres partes tienen un cercado común por el lado de la entrada de los edificios del castillo y de la granja, a la izquierda un seto, a la derecha un muro, al fondo otro muro. El muro de la derecha es de ladrillo, el muro del fondo es de piedra. Primero se entra en el jardín. Está en pendiente, plantado de groselleros, cubierto de vegetaciones silvestres, y cerrado por un malecón de piedra labrada, con balaustres de doble grueso. Era un jardín señorial del primer estilo francés que precedió a Lenôtre; hoy zarzas y ruinas. Las pilastras concluyen en unos globos que parecen balas de piedra. Se cuentan aún cuarenta y tres balaustres en pie; los demás están echados sobre la hierba. Casi todos

tienen señales de mosquetería. Un balaustre roto está colocado sobre el estrave, como una pierna rota.

En este jardín, más bajo que el huerto, fue donde, habiendo penetrado en él seis tiradores del 1º ligero y, no pudiendo ya salir, cogidos y cercados como osos en su guarida, aceptaron el combate con dos compañías hannoverianas, de las cuales una iba armada de carabinas. Los hannoverianos rodeaban estos balaustres y tiraban desde lo alto. Los tiradores franceses, contestando desde abajo, seis contra doscientos, no teniendo en su intrepidez más abrigo que los groselleros, tardaron un cuarto de hora en morir.

Se suben algunos escalones y, desde el jardín, se pasa al huerto propiamente dicho. Allí, en algunas toesas cuadradas, murieron mil quinientos hombres en menos de una hora. El muro parece dispuesto para volver a empezar el combate. Aún existen allí treinta y ocho troneras abiertas por los ingleses a alturas irregulares. Delante de la décimosexta hay dos tumbas inglesas construidas en granito. Sólo hay troneras en el muro del sur; el ataque principal procedía de allá. Esta pared está escondida tras un gran seto vivo; los franceses llegaron creyendo no tener que vencer más obstáculo que el seto, lo franquearon y hallaron en el muro obstáculo y emboscada, porque detrás estaban las tropas inglesas y las treinta y ocho troneras haciendo fuego a la vez; una verdadera tempestad de balas y metralla; y la brigada de Soye sucumbió. Waterloo empezó así.

Sin embargo, el huerto fue tomado. No se disponía de escalas, los franceses treparon con las uñas. Se luchó cuerpo a cuerpo bajo los árboles. Toda aquella hierba ha sido regada con sangre. Un batallón de Nassau, setecientos hombres, fue exterminado allí. La parte exterior

del muro, contra la cual disparaban dos baterías de Kellermann está acribillada por la metralla.

Este huerto es sensible, como cualquier otro, al mes de mayo. Tiene sus botones de oro y sus margaritas; la hierba está ya muy crecida, los caballos de labranza pastan esta hierba; cuerdas de esparto para secar la ropa, están atadas de árbol a árbol, y hacen bajar la cabeza a los que por allí pasan; se anda por este erial y, los pies se hunden en los agujeros de los topos. En medio de la hierba, se encuentra un tronco desarraigado, echado por tierra y verde aún. El mayor Blackman se recostó en él para expirar. Bajo un gran árbol vecino cayó el general alemán Duplat, oriundo de una familia francesa refugiada cuando la revocación del edicto de Nantes. A su lado, se inclina un viejo manzano enfermo, vendado con una banda de paja y arcilla. Casi todos los manzanos caen de vejez. No hay uno que no esté horadado por una bala de fusil o de cañón [1]. Los esqueletos de los árboles muertos abundan en este huerto. Los cuervos vuelan por entre sus ramas, en el fondo hay un bosque lleno de violetas.

Bauduin muerto, Foy, herido, el incendio, la matanza, la carnicería, un arroyo formado con sangre inglesa, sangre alemana, sangre francesa, furiosamente mezcladas, un pozo lleno de cadáveres, el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick destruidos, Duplat muerto, Blackman muerto, la guardia inglesa mutilada, veinte batallones franceses, de los cuarenta del cuerpo de Reille, diezmados, tres mil hombres, sólo en las ruinas de Hougomont, muertos a sablazos, acuchillados, degollados, fusilados, quemados; y todo esto para que hoy un aldeano diga al viajero: «Señor, dadme tres francos; si lo deseáis, ¡os explicaré la cosa de Waterloo!»

1 Ibíd.

III

El 18 de junio de 1815

Volvamos atrás —es éste uno de los derechos del narrador— de nuevo en el año 1815, e incluso un poco antes de la época en que empieza la acción referida en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de junio de 1815, el porvenir de Europa habría cambiado. Algunas gotas de agua más o menos hicieron declinar a Napoleón. Para que Waterloo fuese el fin de Austerlitz, la providencia no necesitó más que un poco de lluvia; y una nube atravesando el cielo, en contrasentido a la estación, bastó para el derrumbamiento de un mundo.

La batalla de Waterloo —y esto dio a Blücher tiempo para llegar— no pudo comenzar hasta las once y media. ¿Por qué? Porque la tierra estaba mojada. Fue preciso esperar un poco a que se afirmase al secarse, para que pudiera maniobrar la artillería.

Napoleón era oficial de artillería, y se resentía de ello. El fondo de este prodigioso capitán, era el hombre que en el informe al directorio, sobre Aboukir, decía: «Tal de

nuestras granadas ha matado a seis hombres.» Todos sus planes de batalla están hechos para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un grupo determinado, ésta era la clave de su victoria. Trataba la estrategia del general enemigo como una ciudadela, y la batía en brecha. Abrumaba el punto débil con la metralla; enlazaba y desenlazaba las batallas con el cañón. Había puntería en su genio. Hundir los cuadros, pulverizar los regimientos, romper las líneas, pulverizar y dispersar las masas, todo para él consistía en esto: golpear, golpear, golpear sin cesar, y confiaba esta misión a las granadas. Método temible que, unido al genio, hizo invencible durante quince años, a aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de junio de 1815, contaba con tanta más razón sobre la artillería, cuanto que la suya era más numerosa, Wellington sólo tenía ciento cincuenta y nueve bocas de fuego, en tanto que Napoleón tenía doscientas cuarenta.

Suponed la tierra seca, pudiendo rodar la artillería, y la acción habría empezado a las seis de la mañana. La batalla se habría ganado y concluido a las dos; tres horas antes de la peripecia prusiana.

¿Cuánta culpa hubo por parte de Napoleón en la pérdida de esta batalla? El naufragio, ¿puede acaso imputarse al piloto?

La evidente decadencia física de Napoleón, ¿se complicaba en esta época con cierta disminución interna? ¿Habían los veinte años de guerra desgastado tanto la hoja como la vaina, tanto el alma como el cuerpo? ¿Se hacía sentir gravosamente el veterano en el capitán? En una palabra, ¿se eclipsaba este genio, como han creído muchos historiadores dignos de consideración? ¿Se exaltaba para ocultarse a sí mismo su decaimiento? ¿Empezaba a oscilar bajo el extravío de un soplo de aven-

tura? ¿Se volvía, cosa grave en un general, inconciente del peligro? En esta clase de grandes hombres materiales, a quienes puede llamarse los gigantes de la acción, ¿hay una edad para la miopía del genio? La vejez no hace mella en los genios del ideal; para los Dante, los Miguel Ángel, envejecer es crecer; para los Aníbal y Bonaparte, ¿es decrecer? ¿Había perdido Napoleón el sentido directo de la victoria? ¿Estaba ya en el caso de no reconocer el escollo, de no adivinar el lazo, de no distinguir ya el borde inestable del abismo? ¿Le faltaba el olfato de las catástrofes? Él, que en otro tiempo conocía todos los caminos del triunfo, y que desde lo alto de su carro relampagueante los señalaba con un dedo soberano, ¿tenía ahora el siniestro aturdimiento de conducir al precipio su tumultuoso ataje de legiones? ¿Se veía preso, a los cuarenta y seis años, de una locura suprema? Este conductor titánico del carro del destino, ¿no era ya más que un inmenso derrumbadero?

No lo creemos, en absoluto.

Su plan de batalla era, según confesión de todos, una obra maestra. Ir derecho al centro de la línea aliada, hacer un agujero en el enemigo, partirlo en dos, empujar a la mitad británica hacia Hal, y a mitad prusiana hacia Tongres, hacer de Wellington y de Blücher, dos trozos, apoderarse de Mont-Saint-Jean, tomar Bruselas, arrojar al alemán al Rhin y al inglés al mar. Todo esto, para Napoleón, entraba en el plan de esta batalla. Después se vería lo que había que hacer.

Inútil es decir que no pretendemos hacer aquí la historia de Waterloo: una de las escenas trascendentales del drama que relatamos está unida a esta batalla; pero esta historia no es nuestro tema; además, esta historia está hecha, y hecha magistralmente, desde un punto de vista por Napoleón, y desde otro punto de vista por toda una

pléyade de historiadores[1]. En cuanto a nosotros, dejemos que allá se las hayan todos ellos; no somos más que un testigo a cierta distancia, un transeúnte por la llanura, un indagador inclinado sobre esta tierra amasada con carne humana, tomando tal vez apariencias por realidades; no tenemos derecho a hacer frente, en nombre de la ciencia, a un conjunto de hechos, donde sin duda, hay algo de espejismo; no tenemos ni la práctica militar, ni la competencia estratégica que autorizan un sistema; según nuestra opinión, únicamente un encadenamiento de azares dominó en Waterloo a los dos capitanes; y cuando se trata del destino, este misterioso acusado, nosotros juzgamos como el pueblo, este juez ingenuo.

1 Walter Scott, Lamartine, Vaulabelle, Charras, Quinet, Thiers. (N. del A.)
Napoleón: *Memorias para servir a la historia de Francia en 1815* (1820); W. Scott: *Life of Napoleon Bonaparte* (1827); Lamartine: *Historia de la restauración* (1851-1852); Achille de Vaulabelle: *Historia de las dos restauraciones* (1844); teteniente coronel Charras: *Historia de la campaña de 1815. Waterloo* (1858); Thiers: *Historia del consulado y del imperio* (1862); Quinet: *Historia de la campaña de 1815* (1862).
El texto del manuscrito indica que la fuente principal de Víctor Hugo ha sido, aparte de las observaciones personales sobre el campo de batalla, el libro de Charras. Evidentemente, no había podido utilizar los libros de Thiers y de Quinet.

IV

A

Aquellos que quieran tener una idea exacta de la batalla de Waterloo, no tienen más que imaginarse, pintada en el suelo, una A mayúscula. El palo izquierdo de la A es el camino de Nivelles el palo derecho es el camino de Genappe; el palo trasversal de la A es el camino bajo de Ohain a Braine-l'Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint-Jean, allí está Wellington; la punta izquierda inferior es Hougomont, allí está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Belle-Alliance, allí está Napoleón. Un poco más abajo el punto donde el palo trasversal de la A encuentra y corta el palo derecho, es la Haie-Sainte. En medio de este palo trasversal está precisamente el punto donde se dijo la palabra final de la batalla. Allí se ha colocado el león, símbolo involuntario del supremo heroísmo de la guardia imperial.

El triángulo comprendido en la parte de la A, entre los dos palos inclinados y el palo trasversal, es la llanura de Mont-Saint-Jean. La disputa de esta llanura fue toda la batalla.

Las alas de los dos ejércitos se extienden a derecha y a izquierda de los dos caminos de Genappe y de Nivelles; d'Erlon haciendo frente a Picton, Raille haciendo frente a Hill.

Detrás del vértice de la A, detrás de la llanura de Mont-Saint-Jean, está el bosque de Soignes.

En cuanto a la llanura en sí misma, imagínese un vasto terreno ondulado; cada pliegue domina al que lo sigue, y todas las ondulaciones suben hasta Mont-Saint-Jean, y van a dar al bosque.

Dos tropas enemigas en un campo de batalla son dos luchadores. Es una lucha a brazo partido. Cada una de ellas procura hacer caer a la otra. Ambas se agarran a todo lo que encuentran; un matorral es un punto de apoyo; una esquina en un muro es un punto de defensa; un regimiento retrocede, a veces, por falta de un punto de resguardo cualquiera; el declive de una llanura, un movimiento de terrenuo, un sendero trasversal a propósito, un bosque, un barranco, pueden detener la planta de este coloso que se llama ejército, e impedirle retroceder. El que sale del campo es derrotado. De ahí la necesidad, para el jefe responsable, de hacer examinar hasta la menor espesura de árboles y considerar el menor relieve.

Los dos generales habían estudiado atentamente la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterloo. Desde el año anterior, Wellington, con una sagacidad previsora, la había examinado como para el caso de una gran batalla. Sobre este terreno y para este duelo, el 18 de junio, Wellington tenía la ventaja y Napoleón la desventaja. El ejército inglés estaba situado en una altura, y el ejército francés estaba abajo.

Esbozar aquí el aspecto de Napoleón a caballo, con su anteojo en la mano, en las alturas de Rossomme, en el alba del 18 de junio de 1815, nos parece innecesario.

Antes de retratarlo, todo el mundo lo ha visto ya. Este perfil sereno bajo el pequeño sombrero de la escuela de Brienne, este uniforme verde con las vueltas blancas ocultando la placa, la levita ancha escondiendo las charreteras, el extremo del cordón rojo bajo el chaleco, el calzón de piel, el caballo blanco con su gualdrapa de terciopelo púrpura mostrando las N coronadas y las águilas, las botas de montar sobre medias de seda, las espuelas de plata, la espada de Marengo, toda esta figura del último César está presente en todas las imaginaciones, aclamada por unos, mirada severamente por otros.

Esta figura ha permanecido mucho tiempo en todo el apogeo de su brillo; consiste esto en cierto oscurecimiento legendario que la mayoría de los héroes desprenden en torno suyo y que vela siempre la verdad por más o menos tiempo; pero hoy la historia y la luz se han hecho patentes.

Esta claridad, la historia, es implacable; tiene de extraño y de divino el que, por mucha luz que arroje, y precisamente porque es luz, suele poner sombras allí donde se veía resplandor; del mismo hombre, hace dos fantasmas distintos, y el uno ataca al otro, haciéndole justicia, y las tinieblas del déspota luchan con el brillo del capitán. De ahí una medida más verdadera en la apreciación definitiva de los pueblos. Babilonia violada disminuye a Alejandro; Roma encadenada disminuye a César; Jerusalén sacrificada disminuye a Tito. La tiranía sigue al tirano. Es una desgracia para un hombre el dejar tras de sí la sombra que tiene su forma.

V

El "quid obscurum"[1] de las batallas

Todo el mundo conoce la primera fase de esta batalla; principio confuso, incierto, dudoso, amenazador para los dos ejércitos, pero para los ingleses más aún que para los franceses.

Había estado lloviendo durante toda la noche[2]; la tierra estaba empapada; al agua había formado lagunas en las oquedades de la llanura; sobre algunos puntos, el agua llegaba hasta los ejes de las piezas de artillería; las cinchas de los tiros goteaban fango líquido; si los trigos y los centenos, aplastados por esta barahúnda de carretería en masa, no hubiesen hecho cama bajo las ruedas,

1 «Lo que hay de oscuro.»

2 Para este párrafo, como para la evocación de la llanura en el capítulo precedente, ver esta nota de los carnets de Víctor Hugo (17 de mayo de 1861):

«Waterloo —el campo de batalla—, el terreno. Más bien una serie de mesetas que una llanura, más bien ondulaciones que colinas; enormes olas inmóviles de tierra, pero olas capaces de tempestades, como la que se vio en el 18 de julio de 1815. Aquí y allá bruscas escarpadas, bajas, pero ásperas, como aún

colmando los baches, habría sido imposible todo movimiento, particularmente por las cañadas del lado de Papelotte.

La acción comenzó tarde; Napoleón, ya lo hemos dicho, tenía la costumbre de mantener toda la artillería en su mano como una pistola, apuntando ora a un punto, ora a otro de la batalla, y había querido esperar a que las baterías enganchadas pudieran rodar y galopar libremente; para ello era preciso que el sol apareciera y secara el suelo. Pero el sol no apareció. No era ya la cita de Austerlitz. Cuando fue lanzado el primer cañonazo, el general inglés Colville miró su reloj y observó que eran las once y treinta y cinco minutos de la mañana.

La operación empezó con furia, con más furia tal vez de la que Napoleón hubiera querido, por el ala izquierda francesa, sobre Hougomont. Al mismo tiempo, Napoleón atacó el centro precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa, que se apoyaba en Papelotte.

El ataque sobre Hougomont tenía algo de ficción; atraer allí a Wellington y hacerlo inclinar hacia la izquierda, tal era el plan. Este plan hubiera dado buenos resultados, si las cuatro compañías de la guardia inglesa y los fogosos belgas de la división Perponcher no hubiesen defendido sólidamente la posición; Wellington, en vez de concentrarse allí con mucha fuerza, pudo limitarse a

es posible ver algunas; aunque la llanura haya sido estúpidamente modificada, especialmente cerca de Mont-Saint-Jean, a de derecha del camino de Nivelles cerca de la Haie-Sainte y detrás de Rossomme. Un suelo margoso, arcilloso, viscoso con las lluvias, que retiene el agua y forma, por doquier, lagunas y pantanos. Cuando Napoleón echaba pie a tierra, cerca de la Belle-Alliance, e iba a saltar una fosa, un granadero le gritó: "Cuidado con este terreno, sire, es muy resbaladizo. Se hace algo más que resbalar, se cae".» (*E.I.N.*, II, 565.)

enviar por todo refuerzo otras cuatro compañías de guardias y un batallón de Brunswick.

La ofensiva del ala derecha francesa sobre Papelotte era un ataque a fondo; derrotar a la izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, cerrar el paso a los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar la posición de Mont-Saint-Jean, rechazar a Wellington hacia Hougomont, de allí hacia Braine-l'Alleud, de allí a Hall; nada más sencillo. A excepción de algunos incidentes, este ataque tuvo éxito. Papelotte fue tomado; la Haie-Sainte fue conquistada.

Tenemos que hacer notar un detalle. Había en la infantería inglesa, particularmente en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Estos jóvenes soldados, ante nuestros temibles infantes, se portaron como valientes; su inexperiencia salió intrépidamente del paso; sobre todo, hicieron un excelente servicio de guerrilleros; el soldado en guerrilla, entregado en cierto modo a sí mismo, se convierte, por decirlo así, en su propio general; estos reclutas mostraron algo de la invención y de la furia francesas. Esta infantería novel tuvo momentos de inspiración. Esto desagradó a Wellington.

Después de la toma de la Haie-Sainte, la batalla vaciló. Hay en esta jornada, desde las doce a las cuatro de la tarde, un intervalo oscuro; la parte media de esta batalla es casi indistinta y participa de lo sombrío de la pelea. Se hace el crepúsculo sobre ella. Se descubren vastas fluctuaciones en esta bruma, una especie de ilusión vertiginosa, el aparato de guerra de entonces, casi desconocido hoy, los morriones con flama, los portapliegos flotantes, los correajes cruzados, las cartucheras de granadas, los dormanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los pesados chacós con cordones, la infantería negra de Brunswick revuelta con la infan-

tería escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses llevando sobre los hombros grandes rodetes blancos por charreteras, la caballería ligera hannoveriana con su casco de cuero oblongo con filetes de cobre y crines rojas, los escoceses con las rodillas desnudas y sus mantas a cuadros, las grandes polainas blancas de nuestros granaderos; cuadros, no líneas estratégicas; lo que conviene a Salvator Rosa, no lo que conviene a Gribeauval[1].

Una cierta cantidad de tempestad se mezcla siempre a una batalla. *Quid obscurum, quid divinum*[2]. Cada historiador traza, en cierto modo, los perfiles que más le agradan en esta confusión. Cualquiera que sea la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene incalculables reflujos; en la acción, los dos planes de los dos jefes penetran el uno dentro del otro y se desfiguran el uno por el otro. Tal punto cualquiera del campo de batalla devora más combatientes que cualquier otro, como estos suelos más o menos esponjosos que beben con mayor o menor rapidez el agua que se les arroja. Es preciso llevar para aquel lugar más soldados de los que se quisieran. Es el precio de lo imprevisto. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los regueros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondulan, los regimientos entrando o saliendo, forman cabos o golfos; todos estos escollos bullen continuamente unos ante otros; allí donde estaba la infantería, llega la artillería; donde estaba la artillería, acude la caballería; los batallones son columnas de humo. Algo había allá, buscadlo, ya ha desaparecido; los claros se desplazan; los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento del sepul-

1 Salvator Rosa (1615-1673), pintor italiano. Gribeauval (1715-1789), director de la artillería, especialista en minas.

2 «Algo oscuro, algo divino.»

cro empuja, arrolla, dilata y dispersa estas multitudes trágicas. ¿Qué es una batalla?, una oscilación. La inmovilidad de un plan matemático expresa un minuto y no una jornada. Para pintar una batalla son precisos poderosos pintores que posean el caos en sus pinceles; Rembrandt vale más que Van der Meulen[1]. Van der Meulen, exacto a mediodía, miente a las tres. La geometría engaña; solamente el huracán es verdadero. Esto es lo que da a Folard[2] el derecho a contradecir a Polybe. Añadiremos que hay siempre cierto instante en que la batalla degenera en combate, se particulariza y se esparce en innumerables pormenores que, según la expresión del mismo Napoleón, «pertenecen más bien a la biografía de los regimientos, que a la historia del ejército». El historiador, en este caso, tiene el derecho evidente de resumen. Sólo puede apoderarse de los contornos principales de la lucha, y no le es dado a ningún narrador, por concienzudo que sea, fijar absolutamente la forma de esta nube horrible que se llama una batalla.

Esto, que es cierto cuando se trata de todos los grandes choques de los ejércitos, es particularmente apreciable en Waterloo.

No obstante, por la tarde, en un momento dado, la batalla se precisó.

1 Van der Meulen (1634-1690), pintor de batallas, protegido y empleado por Luis XIV.

2 Folard (1699-1752), escritor militar, autor de una *Disertación sobre Polybe* (1726) y de un *Tratado de la defensa de las plazas.*

VI

Las cuatro de la tarde

Hacia las cuatro, la situación del ejército inglés era grave. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha, Picton el ala izquierda. El príncipe de Orange, impetuoso e intrépido, gritaba a los holandobelgas: «¡*Nassau!* ¡*Brunswick!* ¡No retrocedáis nunca!». Hill, debilitado, se encaminaba a apoyarse en Wellington, Picton había muerto. En el momento mismo en que los ingleses cogían a los franceses la bandera del regimiento 105 de línea, los franceses mataban al general Picton, de un balazo en la cabeza. La batalla, para Wellington, tenía dos puntos de apoyo, Hougomont y la Haie-Sainte; Hougomont resistía aún, pero estaba ardiendo; la Haie-Sainte había sido tomada. Del batallón alemán que la defendía, solamente sobrevivían cuarenta y dos hombres; todos los oficiales, a excepción de cinco, habían caído muertos o prisioneros. Tres mil combatientes se habían destrozado en esta granja. Un sargento de la guardia inglesa, el primer boxeador de Inglaterra, reputado por sus compañeros como invulnerable, había

sido muerto por un tamborcillo francés. Baring había sido desalojado de su posición, Alten había sido muerto a sablazos. Habían sido perdidas muchas banderas de las cuales, una, de la división de Alten y otra, del batallón Lunebourg llevada por el príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises no existían ya; los grandes dragones de Ponsonby habían sido despedazados. Esta valiente caballería había sido arrollada por los lanceros de Bro y los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos, sólo quedaban seiscientos; de los tres tenientes coroneles, dos se hallaban tendidos en el suelo, Hamilton herido, Mater muerto, Ponsonby había caído atravesado de siete lanzadas. Gordon había muerto. Marsh también. Dos divisiones, la quinta y la sexta, estaban destruidas.

Hougomont casi tomado, la Haie-Sainte tomada, no quedaba más que un nudo, el centro. Este nudo continuaba resistiendo. Wellington lo reforzó. Llamó a Hill, que estaba en Merbe-Braine, y a Chassé, que estaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés algo cóncavo, muy denso y muy compacto, estaba muy bien situado. Ocupaba la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo a su espalda la aldea y delante la pendiente, entonces bastante áspera. Se apoyaba en aquella maciza casa de piedra, que a la sazón era dominio señorial de Nivelles y que marca la intersección de los caminos, edificios del siglo xvi, tan robusto que las balas rebotaban en él sin deteriorarlo. Los ingleses habían cortado los setos aquí y allá alrededor de la llanura, hecho troneras entre los espinos, colocando una boca de cañón entre cada dos ramas, y aspillerado los matorrales. Su artillería estaba emboscada detrás de la maleza. Este trabajo púnico, autorizado incontestablemente por la guerra, que admite las estra-

tagemas, estaba tan bien hecho que Haxo, enviado por el emperador a las nueve de la mañana, para que reconociera las baterías enemigas, no había visto nada y había vuelto para decir a Napoleón que no existía obstáculo alguno, excepto las barricadas que obstruían los caminos de Nivelles y de Genappe. Era la época en que las mieses están muy crecidas; en los lindes de la meseta, un batallón de la brigada de Kempt, el 95, armado de carabinas, habíase echado sobre los trigos.

Asegurado y fortificado así, el centro del ejército anglo-holandés estaba bien dispuesto.

El peligro de esta posición era el bosque de Soignes, entonces contiguo al campo de batalla y cortado por los estanques de Groenendael y de Boitsfort. Un ejército no hubiera podido retroceder allí sin disolverse; los regimientos se hubiesen diseminado enseguida. La artillería se habría perdido en los pantanos. La retirada, según la opinión de muchos hombres competentes, aunque también rebatida por otros, hubiese sido una especie de desbandada general.

Wellington añadió a este centro una brigada de Chassé, que quitó al ala derecha, y una brigada de Wincke, tomada del ala izquierda, además de la división de Clinton. A sus ingleses, a los regimientos de Halkett, a la brigada de Mitchell, y a los guardias de Maitland, dio como apoyo y refuerzo, la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge y los alemanes de Ompteda. Todo, en conjunto, veintiséis batallones. «El ala derecha —como dice Charras —fue rebatida hacia detrás del centro.» Una batería enorme estaba oculta por sacos terreros en

1 Charras, *Historia de la campaña de 1815* (Cap. XII, p. 247): «Propiamente hablando, el ala derecha estaba rebatida hacia la parte de atrás del centro.»

el sitio donde está hoy lo que se llama «el museo de Waterloo». Wellington tenía, además, en un pliegue del terreno, los guardias dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era la otra mitad de esta caballería inglesa, tan justamente célebre. Destruido Ponsonby, quedaba Somerset.

La batería, que concluida hubiese sido casi un reducto, estaba dispuesta detrás de un muro de jardín muy bajo, revestido apresuradamente con una cortina de sacos de arena, y con un ancho talud de tierra. Esta obra estaba por concluir; no había habido tiempo para empalizarla.

Wellington, inquieto, pero impasible, estaba a caballo y así permaneció durante toda la jornada, en la misma actitud, un poco delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, que aún existe, y bajo un olmo que un inglés, vándalo entusiasta, compró después en doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wellington se mostró allí fríamente heroico. Llovían las granadas. El ayudante de campo, Gordon, acababa de caer a su lado. Lord Hill, mostrándole un obús que acababa de explotar, le dijo:

—Milord, ¿cuáles son vuestras instrucciones, y qué órdenes nos dejáis si os matan?

—Las de hacer lo mismo que yo —respondió Wellington.

A Clinton le dijo, lacónicamente:

—Permaneced aquí hasta perder el último hombre.

La jornada iba visiblemente mal. Wellington gritaba a sus antiguos compañeros de Talavera, de Vitoria y de Salamanca:

—*Boys* (muchachos), ¿es que acaso se puede pensar en huir? ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!

Hacia las cuatro, la línea inglesa se retiró hacia atrás. De repente, no se vio ya en la cresta de la meseta más que la artillería y los artilleros, el resto había desaparecido; los regimientos arrojados por los obuses y las granadas francesas, se replegaron en el fondo que aún corta hoy el sendero de servidumbre de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un movimiento retrógrado, desapareció el frente de batalla inglés, Wellington retrocedió.

—¡Principio de retirada! —exclamó Napoleón.

VII

Napoleón de buen humor

El emperador, aunque enfermo e incómodo a caballo, por un padecimiento local, no había estado nunca de tan buen humor como aquel día. Desde por la mañana, su impenetrabilidad sonreía. El 18 de junio de 1815, esta alma profunda, cubierta de una máscara de mármol, centelleaba ciegamente. El hombre que había sido sombrío en Austerlitz, estaba alegre en Waterloo. Los más grandes predestinados tienen estas contradicciones. Nuestras alegrías no son más que sombras. La sonrisa suprema pertenece a Dios.

Ridet Caesar, Pompeius flebit[1], decían los legionarios de la legión Fulminatrix. Pompeyo esta vez no debía llorar, pero es cierto que César reía.

Desde la víspera, por la noche, a la una, explorando a caballo con Bertrand, entre la lluvia y la tempestad, las colinas inmediatas a Rossomme, satisfecho al ver la larga hilera de los fuegos ingleses que iluminaba todo el

1 «César ríe, Pompeyo llorará.» Fulminatrix (o Fulminata: la Fulminadora), sobrenombre de la 12.ª Legión.

horizonte desde Frischemont hasta Braine-l'Alleud, le había parecido que el destino, emplazado por él para un día fijo en el campo de Waterloo, era puntual a la cita; había detenido su caballo y permaneció inmóvil algún tiempo, mirando los relámpagos y escuchando el trueno, y habíase oído a aquel fatalista murmurar entre dientes estas palabras misteriosas: «Estamos de acuerdo.» Napoleón se engañaba. No estaban ya de acuerdo el destino y él.

No había dedicado ni un minuto siquiera para el sueño; todos los instantes de aquella noche se habían señalado para él con una alegría. Había recorrido toda la línea de las avanzadas, deteniéndose en algunos puntos para hablar con los centinelas de caballería. A las dos y media, cerca del bosque de Hougomont, había oído el paso de una columna en marcha; había creído, por un momento, en el retroceso de Wellington. Había dicho a Bertrand: «Es la retaguardia inglesa, que se dispone para levantar el campo. Haré prisioneros a los seis mil ingleses que acaban de llegar a Ostende.» Hablaba con expansión; había encontrado la inspirada elocuencia del desembarco del 1º de marzo, cuando mostraba al gran mariscal el aldeano entusiasta del golfo Juan, exclamando: «Y bien, Bertrand, ¡he ahí ya el refuerzo!» La noche del 17 al 18 de junio, se burlaba de Wellington: «Este pequeño inglés necesita una lección», decía Napoleón. La lluvia redoblaba; tronaba, mientras el emperador hablaba.

A las tres y media de la madrugada, había perdido una ilusión; algunos oficiales, enviados para explorar el campo, le habían anunciado que el enemigo no hacía ningún movimiento. Nada se movía; ni una sola hoguera del campamento había sido apagada. El ejército inglés dormía. El silencio era profundo sobre la tierra;

sólo había ruido en el cielo. A las cuatro, las avanzadas le llevaron un aldeano que había servido de guía a la caballería inglesa, probablemente a la brigada de Vivian, que iba a tomar posiciones en el pueblo de Ohain, al extremo izquierdo. A las cinco, dos desertores belgas le habían referido que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. «¡Tanto mejor! —había exclamado Napoleón—. Más quiero arrollarlos, que hacerlos retroceder.»

Por la mañana, en la cuesta que forma el recodo del camino de Plancenoit, había echado pie a tierra en el fango, había hecho que le llevaran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla de aldeano, se había sentado, con un haz de paja por alfombra, y había desplegado sobre la mesa el mapa del campo de batalla, diciendo a Soult: «¡Bonito tablero de ajedrez!»

A consecuencia de las lluvias de la noche, los convoyes de víveres atascados en los caminos hundidos, no habían podido llegar por la mañana; los soldados no habían dormido, estaban mojados y en ayunas; lo cual no impidió a Napoleón decir alegremente a Ney: «Tenemos noventa posibilidades sobre cien.» A las ocho, llevaron el desayuno al emperador. Había invitado a varios generales. Mientras desayunaban, se estuvo refiriendo que Wellington, la víspera anterior, había asistido a un baile dado en Bruselas, en casa de la duquesa de Richmond.[1], y Soult, rudo hombre de guerra con rostro de arzobispo, había dicho: «El baile es hoy.» El emperador había bromeado con Ney, que decía: «Wellington no será bastante necio como para esperar a vuestra majestad.» Tal era por otra parte, su costumbre; «se chanceaba fácilmente», dice Fleury de Chaboulon. «El fondo de su carácter

[1] El famoso baile evocado por Byron *(Childe Harold's Pilgrimage, III)* y Thackeray (*Vanity fair, XXIX*).

era un humor festivo», dice Gourgaud. «Decía con frecuencia chistes, más bien caprichosos e ingeniosos», dice Benjamin Constant. Estas humoradas de gigante, vale la pena de que se insista en ellas. Llamaba a sus granaderos «los gruñones»; les pellizcaba las orejas, les tiraba de los bigotes. «El emperador no cesaba de chancearse con nosotros»; es la frase de uno de ellos. Durante la misteriosa travesía de la isla de Elba a Francia, el 27 de febrero, el bergantín de guerra francés «Zéphir» encontró en alta mar al bergantín «Inconstant», donde Napoleón iba oculto, y habiéndole pedido noticias del emperador, éste que llevaba aún en aquel momento en su sombrero la escarapela blanca y amaranta sembrada da abejas, adoptada por él en la isla de Elba, había tomado riendo la bocina y había respondido él mismo: «El emperador continúa perfectamente.» Quien ríe de tal forma está familiarizado con los acontecimientos. Napoleón había tenido varios accesos de esta risa durante el desayuno en Waterloo. Después del desayuno, se había recogido durante un cuarto de hora; luego, dos generales se sentaron sobre el haz de paja, una pluma en la mano, un pliego de papel sobre las rodillas, y el emperador les había dictado el orden de batalla.

A las nueve, en el instante en que el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, desplegaba sus divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, las bandas de música en cabeza, batiendo marcha con el redoble de los tambores y el sonido de las trompetas, destacándose sobre el horizonte aquel poderoso, vasto, alegre, inmenso mar de cascos, de sables y de bayonetas, el emperador, conmovido, exclamó por dos veces: «¡Magnífico! ¡Magnífico!»

Desde las nueve a las diez y media, todo el ejército, lo que parece increíble, había tomado posiciones y se había ordenado en seis líneas, formando, para repetir

la expresión del emperador, «la figura de seis V». Algunos instantes después de la formación del frente de batalla, en medio de este profundo silencio de principio de tempestad que precede a la pelea, viendo desfilar las tres baterías del doce, destacadas por orden suya de los tres cuerpos de Erlon, de Reille y de Lobau, y destinadas a iniciar la acción, atacando a Mont-Saint-Jean, donde está la intersección de los caminos de Nivelles y de Genappe, el emperador tocó familiarmente el hombro de Haxo, diciéndole: «He ahí veinticuatro guapas chicas, general.»

Seguro del éxito, había alentado con su sonrisa, a su paso por delante de él, a la compañía de zapadores del primer cuerpo, designada por él mismo para hacerse fuerte en Mont-Saint-Jean, tan pronto como fuera tomada la aldea. Toda esta serenidad había sido sólo turbada por una palabra de altiva piedad; al ver a su izquierda, en un lugar donde hoy existe una gran tumba, agolparse con sus magníficos caballos los admirables escoceses grises, dijo: «Es lástima.»

Luego, había montado a caballo, se había dirigido hacia Rossomme, y había escogido para observatorio un estrecho montecillo de césped a la derecha del camino de Genappe a Bruselas, que fue su segunda estación durante la batalla. La tercera estación, la de las siete de la tarde, entre la Belle-Alliance y la Haie-Sainte, es terrible; es un cerro bastante elevado que existe aún y tras el cual se había agrupado la guardia en un declive de la llanura. Alrededor de este montecillo, las balas rebotaban sobre el empedrado de la calzada hasta Napoleón. Como en Brienne, sobre su cabeza silbaban las balas y las granadas. Casi en el lugar en que se hallaban las pezuñas de su caballo, se han recogido balas oxidadas, viejas hojas de sable, y proyectiles informes roídos por

el orín. *Scabra Rubigine*[1]. Hace algunos años, desenterraron allí mismo un obús del sesenta, aún cargado, cuya espoleta se había roto al ras de la bomba. En esta última estación fue donde el emperador dijo a Lacoste, labriego hostil, despavorido, que iba atado a la silla de un húsar, volviéndose a cada descarga de metralla, y procurando ocultarse detrás de Napoleón: «¡Imbécil!, es vergonzoso, vas a hacerte matar por la espalda.» El que escribe estas líneas ha hallado en el resbaladizo declive de este cerro, removiendo en la arena, los restos del cuello de una bomba, casi deshechos por el óxido de cuarenta y seis años, y pedazos de hierro que se rompían entre sus dedos como varas de saúco.

Las ondulaciones de las llanuras diversamente inclinadas donde tuvo lugar el encuentro de Napoleón y de Wellington, no son ya, nadie lo ignora, lo que eran el 18 de junio de 1815. Al tomar de este campo fúnebre los materiales con los que hacerle un monumento, le han quitado su relieve real, y la historia, desconcertada, ya no se reconoce en él. Para glorificarlo, lo han desfigurado. Wellington, al visitar Waterloo dos años más tarde, exclamó: «Me han cambiado mi campo de batalla.» Allí donde está hoy la gran pirámide de tierra coronada con un león, había una cresta, que, hacia el camino de Nivelles, bajaba en rampa practicable, pero que por el lado del camino de Genappe, era casi un escarpado. La elevación de este escarpado puede aún medirse hoy por la altura de los dos montículos de las dos grandes sepulturas que encajan el camino de Genappe a Bruselas; una de ellas, la tumba inglesa, a la izquierda; la otra, la tumba alemana, a la derecha. No hay tumba francesa. Para Francia, toda esta llanura es un sepulcro. Gracias

1 «De un orín rugoso.» Reminiscencia de Cirgilio (*Geórgicas I, 495*).

a las mil y mil carretadas de tierra empleadas en el cerro de ciento cincuenta pies de altura y de media milla de circuito, la meseta de Mont-Saint-Jean es hoy accesible por una pendiente suave; el día de la batalla, especialmente por la parte de la Haie-Sainte, era de áspero y escabroso acceso. Su vertiente era allí tan inclinada, que la granja situada en el fondo del valle, centro del combate, quedaba muy por debajo de la vista de los dos cañones ingleses. El 18 de junio de 1815, las lluvias habían formado aun torrenteras en aquellas asperezas, el cieno dificultaba la subida, y no sólo se trepaba con dificultad, sino que se llegaba a encenegarse. A lo largo de la cresta de la meseta, corría una especie de foso imposible de adivinar para un observador lejano.

¿Qué foso era éste?[1] Digámoslo. Braine-l'Alleud es una aldea de Bélgica. Ohain es otra. Estas dos aldeas, escondidas ambas en las desigualdades del terreno, estaban unidas por un camino de cerca de una legua y media, que atraviesa una llanura de nivel ondulante y a menudo entra y se hunde entre las colinas como un surco, lo que hace que en diversos puntos este camino sea un barranco. En 1815, como hoy, este camino cortaba la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean, entre las dos calzadas de Genappe y de Nivelles, sólo que hoy está al nivel de la llanura; entonces era una hondonada. Le han tomado sus dos taludes para formar el cerrillo-monumento. Este camino era y es aún una zanja en la mayor parte de su recorrido; zanja algunas veces de doce pies de profundidad, y cuyos taludes, demasiado escarpados, se desmoronaban aquí y allá, sobre todo en invierno bajo las lluvias torrenciales. Algunos accidentes había habido

[1] Habiendo sido puesta en duda la existencia de esta fosa, Hugo había constituido un «dossier» justificativo: «Waterloo. Camino hondonada de Ohain». (*E.I.N.*, IV, 344-345).

allí. El camino era tan estrecho a la entrada de Braine-l'Alleud, que un viajero había sido aplastado por un carro, como lo constata una cruz de piedra levantada cerca del cementerio, donde se lee el nombre del que murió, el señor Bernard Debrye, comerciante en Bruselas, y la fecha del accidente, febrero de 1637[1]. Era tan profundo en la parte de la meseta de Mont-Saint-Jean, que un aldeano, Mathieu Nicaise, había sido aplastado en 1783 por el hundimiento del talud, como lo probaba otra cruz de piedra desaparecida en los desmontes, pero cuyo pedestal caído se ve aún hoy en la pendiente del césped, a la izquierda de la calzada entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

En un día de batalla, este camino hondo y pantanoso, de cuya existencia nada daba señal, rodeando la cresta de Mont-Saint-Jean, formando un pozo en la misma cima del repecho, una trampa oculta entre las tierras, era invisible, es decir, terrible.

[1] He aquí la inscripción:

«DOM
Aquí ha sido aplastado
Por desgracia
Bajo un carro
El señor Bernard
De Brye comerciante
En Bruselas el (ilegible)
de febrero de 1637»

(N. del A.)

VIII

El emperador hace una pregunta al guía Lacoste

Así, pues, en la mañana de Waterloo, Napoleón estaba contento.

Tenía razón; el plan de batalla que había concebido era, en, en efecto, admirable, como hemos probado.

Una vez empezada la batalla, sus peripecias muy diversas, la resistencia de Hougomont, la tenacidad de la Haie-Sainte, Bauduin muerto, Foy puesto fuera de combate, la muralla inesperada donde se había estrellado la brigada Soye; el fatal aturdimiento de Guilleminot, que se había quedado sin petardos y sacos de pólvora; el atascamiento de las baterías; las quince piezas sin escolta derrotadas por Uxbridge en una cañada; el poco efecto de las bombas que caían en las líneas inglesas, hundiéndose en el suelo empapado de agua por la lluvia, y no consiguiendo más que formar volcanes de barro, de suerte que la metralla se trocaba en salpicaduras de cieno, la inutilidad del ataque simulado de Piré sobre Braine-l'Alleud; toda esta caballería, quince escuadrones, poco menos que inutilizada, el ala derecha inglesa poco inquietada, el ala

izquierda atacada muy mal; el extraño error de Ney agrupando, en lugar de escalonarlas, las cuatro divisiones del primer cuerpo, masas de veintisiete filas y frentes de doscientos hombres entregados de esta suerte a la metralla, los claros horribles que hacían las balas en estas masas; las columnas de ataque desunidas; la batería de cobertura bruscamente descubierta por el flanco; Bourgeois, Donzelot y Durutte comprometidos; Quiot rechazado; el lugarteniente Vieux, este hércules salido de la escuela politécnica, herido en el momento en que hundía a hachazos la puerta de Haie-Sainte bajo el fuego del reducto inglés que cerraba el recodo del camino de Genappe a Bruselas; la división Marcognet, cogida entre la infantería y la caballería, fusilada a boca de jarro en los trigos por Best y Pack, acuchillada por Ponsonby; clavada su batería de veinte piezas; el príncipe de Sajonia-Weimar sosteniendo y conservando, a pesar del conde de Erlon, a Frischemont y Smohain, las banderas del 105 y del 45 tomadas, este húsar negro prusiano detenido por los exploradores de la columna volante de trescientos cazadores que corrían el camino de Wavre y Plancenoit, las noticias alarmantes que había dado este prisionero, el retraso de Grouchy, los mil quinientos hombres muertos en menos de una hora en el huerto de Hougomont, los mil ochocientos hombres que habían caído en menos tiempo aún alrededor de la Haie-Sainte; todos estos incidentes tempestuosos, pasando como nubes de batalla ante Napoleón, no habían casi turbado su mirada, no habían podido ensombrecer aquella faz imperial, haciendo que dudase. Napoleón estaba acostumbrado a mirar la guerra fijamente; no hacía nunca guarismo por guarismo, la suma dolorosa de los pormenores; los guarismos importaban poco, con tal de que le diesen este total: Victoria. Si los principios se descaminaban, no se alarmaba por ello, él, que se creía dueño y poseedor del final; sabía esperar,

suponiéndose fuera de dudas, y trataba al destino de igual a igual. Parecía decir a la suerte: «No te atreverías.»

Mitad luz y mitad sombra, Napoleón se sentía protegido en el bien y tolerado en el mal. Tenía, o creía tener en su favor una connivencia, casi podría decirse una complicidad de los acontecimientos, equivalente a la invulnerabilidad antigua.

No obstante, cuando se tiene tras de sí a Bérésina, Leipsick y Fontainebleau, parece que habría motivo para desconfiar de Waterloo. Un misterioso fruncimiento de cejas se hace visible en el fondo del cielo.

En el momento en que Wellington retrocedió, Napoleón se estremeció. Vio súbitamente desalojarse la meseta de Mont-Saint-Jean y desaparecer el frente del ejército inglés. Se rehacía, pero se ocultaba. El emperador se incorporó a medias sobre sus estribos. El relámpago de la victoria pasó ante sus ojos.

Wellington arrollado hasta el bosque de Soignes y destruido, significaba la derrota definitiva de Inglaterra por Francia; era la revancha de Crecy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies. El hombre de Marengo rehabilitaba a Azincourt.

El emperador, meditando entonces la terrible peripecia, paseó una última vez su anteojo por todos los puntos del campo de batalla. Su guardia, descansando sobre las armas detrás de él, lo observaba desde abajo con una especie de respeto religioso. Napoleón meditaba; escrutaba las laderas, observaba las pendientes, escudriñaba el conjunto de árboles, el cuadro de centeno, el sendero; parecía contar cada uno de los matorrales. Contempló con cierta fijeza las barricadas inglesas de las dos calzadas, dos amplias talas de árboles, la de la calzada de Genappe por encima de la Haie-Sainte, armada con dos cañones, los únicos de toda la artillería inglesa que apuntaba al fondo del campo de batalla, y la de la calzada

de Nivelles, donde brillaban las bayonetas holandesas de la brigada Chassé. Observó cerca de esta barricada la vieja capilla de Saint-Nicolas pintada de blanco, que está en el recodo del atajo hacia Braine-l'Alleud. Se inclinó y habló a media voz al guía Lacoste. El guía hizo un signo de cabeza negativo, probablemente pérfido.

El emperador se enderezó y reflexionó.

Wellington había retrocedido. No quedaba más que concluir este retroceso con una derrota completa.

Napoleón, volviéndose bruscamente, envió a París un correo a rienda suelta, para anunciar allí que la batalla estaba ganada [1].

Napoleón era uno de esos genios de donde sale el trueno.

Acababa de hallar su rayo.

Dio la orden a los coraceros de Milhaud para que se apoderasen de la meseta de Mont-Saint-Jean.

[1] El *Monitor* del 20 de junio, citado por Henri Houssaye (1815, La segunda abdicación; el terror blanco, p. 6), daba detalles sobre los primeros éxitos de Napoleón en Bélgica. El episodio citado aquí quizá está inspirado en el error de Grouchy, leyendo en la nota de Napoleón: «La batalla ha sido entablada.» (Houssaye. 1815: *Waterloo*, p. 452.)

IX
Lo inesperado

Eran tres mil quinientos. Formaban un frente de un cuarto de legua. Eran hombres gigantes sobre caballos colosos. Eran veintiséis escuadrones; y tenían detrás de ellos para apoyarlos, la división de Lefebvre-Desnouettes, los mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientas ochenta lanzas. Llevaban el casco sin crines y la coraza de hierro batido, con las pistolas en el arzón de la silla y largo sable-espada. Por la mañana, todo el ejército los había admirado cuando, a las nueve, tocando los clarines y entonando todas las bandas de música el himno: «Velemos por la salvación del imperio»[1], habían llegado en columna cerrada, con una de las baterías en su flanco y la otra en su centro, desplegándose en dos hileras, entre la calzada de Genappe y Frischemont, y ocupando su puesto de batalla en la poderosa segunda línea tan sabiamente dispuesta por Napoleón, la cual, teniendo en su extremo izquierdo a los coraceros de Kellermann y en su extremo derecho a los

[1] Himno revolucionario de A. S. Roy, con música de Dalayrac, en el cual la palabra «imperio» no tenía un significado imperialista, pero que fue adoptado enseguida por el régimen imperial.

coraceros de Milhaud, tenía, por decirlo así, dos alas de hierro.

El ayudante de campo Bernard les llevó la orden del emperador. Ney sacó su espada y se puso a la cabeza. Los escuadrones enormes se pusieron en movimiento.

Entonces se vio un espectáculo formidable.

Toda esta caballería, sables levantados, los estandartes y trompetas al viento, cerrada en columna por divisiones, descendió, con un mismo movimiento y como un solo hombre, con la precisión de un ariete de bronce que abre una brecha, la colina de la Belle-Alliance, se internó en el fondo temible donde tantos hombres habían caído ya, y desapareció entre la humareda; después salió de esta sombra, volvió a aparecer por el otro lado del valle, siempre compacta y apretada, subiendo a trote largo, a través de una nube de metralla que llovía sobre ella, la espantosa pendiente de fango de la meseta de Mont-Saint-Jean. Subían, graves, amenazadores, imperturbables; en los intervalos de la mosquetería y de la artillería, oíase este colosal pataleo de los caballos. Siendo dos divisiones, eran dos columnas; la división Wathier tenía la derecha, la división Delord tenía la izquierda. Creíase ver de lejos adelantarse hacia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero. Aquello atravesó la batalla como un prodigio.

No se había visto nada semejante desde la toma del gran reducto de Moskova por la caballería pesada; faltaba Murat, pero Ney se encontraba también allí. Parecía que aquella masa de hombres se había vuelto un monstruo y no tenía más que un alma. Cada escuadrón ondulaba y se dilataba como los anillos de un pólipo. Se les veía a través de una vasta humareda rasgada acá y allá. Confusión de cascos, de gritos, de sables, saltos borrascosos de las grupas de los caballos al oír el estampido del cañón

y el sonido de los clarines, tumulto disciplinado y terrible; y por encima de todo, las corazas, como las escamas de la hidra.

Estos relatos parecen propios de otra época. Una cosa semejante a esta visión se observaba sin duda en las remotas epopeyas órficas que se referían a los hombres-caballos, los antiguos hipocentauros, aquellos titanes de rostro humano y de pecho ecuestre que escalaron a galope el Olimpo, horribles, invulnerables, sublime; dioses y bestias.

Extraña coincidencia numérica, veintiséis batallones iban a recibir a estos veintiséis escuadrones. Detrás de la cresta de la meseta, a la sombra de la batería emboscada, la infantería inglesa, formada en trece cuadros, dos batallones por cuadro, y en dos líneas, siete en la primera, seis en la segunda, con la culata del fusil apoyada en el hombro apuntando a los que iban a venir, esperaba tranquila, muda, inmóvil. No veía a los coraceros, ni los coraceros la veían. Pero oía subir aquella marea de hombres. Oía aumentarse el ruido de los tres mil caballos, las pisadas alternativas y rítmicas de los cascos al trote largo, el roce de las corazas, el golpeteo de los sables, y una especie de resoplido inmenso y feroz. Hubo un silencio temible; luego, de repente, una larga hilera de brazos levantados blandiendo los sables apareció por encima de la cresta, y los cascos, y las trompetas, y los estandartes, y tres mil cabezas de grises bigotes gritando: «¡Viva el emperador!», toda esta caballería desembocó en la meseta, y fue como el principio de un temblor de tierra.

Repentinamente, cosa trágica, a la izquierda de los ingleses, a nuestra derecha, la cabeza de la columna de coraceros se encabritó, lanzando un clamor horrible. Llegados al punto culminante de la cresta, desenfrenados, con toda su furia y en su carrera de exterminio sobre los cuadros y los cañones, los coraceros acababan de des-

cubrir entre ellos y los ingleses un foso, una fosa. Era la hondonada de Ohain.

El instante fué espantoso. El barranco estaba allí, inesperado, abierto a pico bajo los pies de los caballos, con una profundidad de dos toesas entre su doble talud; la segunda fila empujó a la primera, y la tercera empujó a la segunda; los caballos se enarbolaban, se echaban hacia atrás. Caían sobre las grupas, deslizaban en el aire los cuatro pies, amontonando y arrojando a los jinetes; no había medio de retroceder, toda la columna no era más que un proyectil; la fuerza adquirida para destruir a los ingleses, destruyó a los franceses; el barranco inexorable, sólo colmado se entregaba; jinetes y caballos rodaron allí en revuelta y horrible confusión, aplastándose unos a otros, formando una sola carne en aquel abismo, y, cuando aquella fosa estuvo llena de hombres vivos, empezaron a andar por encima y el resto pasó. Casi una tercera parte de la brigada Dubois se desplomó en aquel abismo.

Esto comenzó la pérdida de la batalla.

Una tradición local, que evidentemente exagera, dice que dos mil caballos y mil quinientos hombres fueron sepultados en la cañada de Ohain. Esta cifra comprende, verosímilmente, todos los demás cadáveres que fueron arrojados al barranco al día siguiente del combate.

Observemos, al pasar, que fue esta brigada Dubois probada tan funestamente, la que una hora antes, cargando separadamente, había tomado la bandera del batallón Lunebourg.

Napoleón, antes de ordenar esta carga de los coraceros de Milhaud, había escrutado el terreno, pero no había podido ver esta hondonada, que no formaba ni un pliegue en la superficie de la meseta. Advertido, no obstante, y puesto en cuidado por la capillita blanca que señala la

entrada sobre la calzada de Nivelles, había hecho, probablemente en la eventualidad de un obstáculo, una pregunta al guía Lacoste. Éste había respondido que no. Casi podría decirse que de este movimiento de cabeza de un aldeano dependió la catástrofe de Napoleón.

Otras fatalidades debían aún surgir.

¿Era posible que Napoleón ganase esta batalla? Nosotros contestamos: No. ¿Por qué? ¿A causa de Wellington? ¿A causa de Blücher? No. A causa de Dios.

Bonaparte vencedor en Waterloo, esto no estaba ya en la ley del siglo XIX. Otra serie de hechos se preparaba, en los cuales Napoleón no tenía sitio señalado. La contrariedad de los acontecimientos se había anunciado desde hacía mucho tiempo.

Era ya tiempo de que este hombre inmenso cayera.

La excesiva gravitación de aquel hombre sobre el destino humano turbaba el equilibrio. Este individuo contaba él sólo más que el grupo universal. Estas plétoras de toda la vitalidad humana concentrada en una sola cabeza, el mundo subiendo al cerebro de un hombre, esto sería mortal para la civilización, si durase. A la incorruptible equidad suprema le había llegado el momento de intervenir. Probablemente los principios y los elementos, de los que dependen las gravitaciones regulares en el orden moral como en el orden material, se quejaban. La sangre que humea, los cementerios demasiado llenos, las madres vertiendo lágrimas, son litigantes temibles. Cuando la tierra padece por un exceso de carga, hay en la sombra gemidos misteriosos que oye el abismo.

Napoleón había sido denunciado en el infinito, y su caída estaba decidida.

Molestaba a Dios.

Waterloo no es una batalla; es el cambio de frente del universo.

X

La meseta de Mont-Saint-Jean

Al mismo tiempo que el barranco, la batería se había desemboscado.

Sesenta cañones y los trece cuadros fulminaron a boca de jarro a los coraceros. El intrépido general Delord hizo el saludo militar a la batería inglesa.

Toda la artillería ligera inglesa había regresado al galope a los cuadros. Los coraceros no tuvieron ni un instante de vacilación. El desastre del barranco los había diezmado, pero no desanimado. Eran de estos hombres que, cuando disminuyen en número, crecen en valor.

La columna Wathier era la única que había sufrido el desastre; la columna Delord, que Ney había hecho oblicuar a la izquierda, como si presintiese la celada, había llegado entera.

Los coraceros se precipitaron sobre los cuadros ingleses.

A galope tendido, las bridas sueltas, el sable entre los dientes, las pistolas en la mano, tal fue el ataque.

Hay momentos en las batallas en los que el alma endurece al hombre hasta cambiar al soldado en estatua, y en los que toda esta carne se hace granito. Los batallones ingleses, terriblemente atacados, no se movieron.

Entonces aquello fue terrible.

Todos los frentes de los cuadros ingleses fueron atacados a la vez. Un torbellino frenético los envolvió. Esta fría infantería inglesa permaneció impasible. La primera fila, rodilla en tierra, recibía a los coraceros con la bayoneta, la segunda fila los fusilaba; detrás de la segunda fila, los artilleros cargaban las piezas, el frente del cuadro se abría, dejaba pasar una erupción de metralla, y se cerraba de nuevo. Los coraceros respondían aplastando a sus enemigos. Sus grandes caballos se encabritaban, pasaban por encima de las filas, saltaban sobre las bayonetas y caían como gigantes en medio de aquellos cuatro muros vivientes. Las granadas hacían claros en los coraceros, los coraceros hacían brechas en los cuadros. Hileras de hombres desaparecían barridas por los caballos. De ahí una disparidad de heridas que tal vez no se haya visto en ninguna otra parte. Estos cuadros, mermados por esta caballería enfurecida, se estrechaban sin retroceder. Inagotables en metralla, hacían explosión en medio de los asaltantes. La forma de aquel combate era monstruosa. Aquellos cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; aquellos coraceros no eran ya una caballería, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcán atacado por una nube; la lava combatía con el rayo.

El cuadro extremo de la derecha, el más expuesto de todos, por estar aislado, fue casi aniquilado desde los primeros choques. Estaba formado por el regimiento nº 75 de highlanders. El tañedor de cornamusa en el centro, mientras se exterminaban en torno suyo, bajando con inadvertencia profunda su mirada melancólica llena

del reflejo de los bosques y de los lagos, sentado sobre un tambor, con su odre bajo el brazo, tocaba los aires de la montaña. Aquellos escoceses morían pensando en Ben Lothian[1], igual que los griegos recordando a Argos. El sable de un coracero, abatiendo la cornamusa y el brazo que la llevaba, hizo cesar el canto, matando al cantor.

Los coraceros, relativamente poco numerosos, disminuidos por la catástrofe del barranco, tenían contra ellos a casi todo el ejército inglés, pero se multiplicaban, cada hombre valiendo por diez. No obstante, algunos batallones hannoverianos comenzaban a replegarse. Wellington lo vio, y pensó en su caballería. Si Napoleón en aquel mismo instante, hubiese pensado en su infantería, habría ganado la batalla. Este olvido fue su error fatal.

De repente, los coraceros, asaltantes, se sintieron asaltados. La caballería inglesa estaba a sus espaldas. Ante ellos los cuadros, detrás de ellos Somerset; Somerset eran los mil cuatrocientos guardias dragones. Somerset tenía a su derecha a Dornberg con la caballería ligera alemana, y a su izquierda a Trip con los carabineros belgas; los coraceros, atacados en flanco y en cabeza, por delante y por detrás, por la infantería y por la caballería, debieron hacer frente a todos lados. ¿Qué les importaba? Eran un torbellino. Su valor se hizo inexplicable.

Además, tenían tras de sí a la batería siempre atronadora. Esto era así preciso para que aquellos hombres pudieran ser heridos por la espalda. Una de sus corazas, agujereada por una bala de cañón en el omoplato izquierdo, se conserva en la colección del museo de Waterloo.

Para tales franceses, se precisaba nada menos que tales ingleses.

1 Confusión probable entre tal «montaña» (Ben Lomond, por ejemplo) y el Lothian, nombre de una región de Escocia.

Ya no fue una batalla, fue una visión, una furia, una ira vertiginosa de almas y de coraje, un huracán de espadas relampagueantes. En un instante, los mil cuatrocientos guardias de dragones no fueron más que ochocientos; Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió con los lanceros y los cazadores de Lefebvre-Desnouettes. La meseta de Mont-Saint-Jean fue tomada, perdida y vuelta a tomar. Los coraceros dejaban a la caballería para volverse contra la infantería, o, por mejor decir, toda aquella formidable batahola de combatientes se acogotaban unos a otros sin soltarse. Los cuadros continuaban resistiendo. Hubo doce asaltos. Ney tuvo cuatro caballos muertos bajo él. La mitad de los coraceros se quedó en la meseta. Esta lucha duró dos horas.

El ejército inglés quedó profundamente quebrantado. Nadie duda de que si los coraceros no hubiesen sido debilitados en su primer choque por el desastre de la cañada, habrían derrotado el centro y decidido la victoria. Aquella caballería extraordinaria petrificó a Clinton, que había visto Talavera y Badajoz.

Wellington, casi vencido, experimentaba una admiración heroica. Decía, a media voz: «¡Sublime!» [1]

De trece cuadros, los coraceros aniquilaron siete, tomaron o clavaron sesenta piezas de cañón, y arrebataron a los regimientos ingleses seis banderas, que tres coraceros y tres cazadores de la guardia fueron a llevar al emperador, ante la granja de la Belle-Alliance.

La situación de Wellington había empeorado. Esta extraña batalla era como un duelo entre dos heridos encarnizados que, cada uno por su lado, van combatiendo y resistiendo, hasta perder toda su sangre. ¿Cuál de los dos caerá el primero?

La lucha continuaba en la meseta.

1 «¡Splendid!», palabra textual. (N. del A.)

¿Hasta dónde llegaron los coraceros? Nadie sabría decirlo. Lo que es cierto, es que, a la mañana siguiente de la batalla, un coracero y su caballo fueron encontrados muertos entre las vigas de la báscula de pesar carruajes de Mont-Saint-Jean, en el punto mismo en que se cortan y se encuentran los cuatro caminos de Nivelles, de Genappe, de La Hulpe y de Bruselas. Aquel jinete había atravesado las líneas enemigas. Uno de los hombres que levantaron el cadáver vive aún en Mont-Saint-Jean. Se llama Dehaze. Tenía entonces dieciocho años.

Wellington se daba cuenta de que iba decayendo. La crisis estaba próxima.

Los coraceros no habían tenido éxito, puesto que el centro inglés no había sido hundido. En posesión todos de la meseta, en realidad nadie la poseía y, en suma, los ingleses conservaban la mayor parte de ella. Wellington tenía la aldea y la llanura culminante; Ney tenía solamente la cresta y la pendiente. Ambas partes parecían haber echado raíces en aquel fúnebre suelo.

Pero el debilitamiento de los ingleses parecía irremediable. La hemorragia de aquel ejército era horrible. Kempt, en el ala izquierda, reclamaba refuerzos.

—No los hay —respondía Wellington—, ¡que muera en su puesto!

Casi en el mismo instante, coincidencia singular que pinta el agotamiento de fuerzas de los dos ejércitos, Ney pedía infantería a Napoleón, y Napoleón exclamaba:

—¡Infantería! ¿De dónde quiere que la saque? ¿Quiere que la haga yo?

No obstante, el ejército inglés era el enfermo más en peligro. Los empujes furiosos de estos grandes escuadrones de corazas de hierro y de pechos de acero había barrido a la infantería. Algunos hombres alrededor de una bandera señalaban el lugar donde hubo un regimien-

to; había batallón que no estaba mandado más que por un capitán o por un teniente; la división Alten, tan maltratada en la Haie-Sainte, estaba casi destruida; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrían con sus cuerpos los campos de centeno a lo largo del camino de Nivelles; no quedaba casi nada de aquellos granaderos holandeses que, en 1811, mezclados en España con nuestras filas, combatían contra Wellington, y que, en 1815, unidos a los ingleses, combatían contra Napoleón. La pérdida de oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al día siguiente hizo enterrar su pierna, tenía la rodilla destrozada. Si por parte de los franceses, en la carga de los coraceros, quedaron fuera de combate Delord, Lhéritier, Colbert Dnop. Travers y Blancard, por parte de los ingleses, Alten estaba herido, Barne estaba herido, Delancey estaba muerto, Van Merlen estaba muerto, Ompteda estaba muerto, todo el estado mayor de Wellington había sido diezmado e Inglaterra llevaba la peor parte en aquel sangriento equilibrio. El 2º regimiento de guardias a pie había perdido cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres enseñas; el primer batallón del 30º de infantería perdió veinticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79º de montañeses tenía veinticuatro oficiales heridos, dieciocho oficiales muertos, cuatrocientos cincuenta soldados muertos también. Los húsares hannoverianos de Cumberland, un regimiento entero, con su coronel Hacke a la cabeza, que debía después ser juzgado y destituido, habían vuelto grupas en la pelea, poniéndose en fuga hacia el bosque de Soignes, y sembrando el desorden hasta Bruselas. Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, al ver a los franceses ganar terreno y acercarse al bosque, se precipitaban en él; los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡alarma! Desde Vert-Coucou hasta Groenendael, en una longitud

de cerca de dos leguas en dirección a Bruselas, había, según dicen testigos que aún existen, un amontonamiento de fugitivos. El pánico fue tal, que se contagió al príncipe De Condé en Malinas, y a Luis XVIII en Gante. A excepción de la débil reserva escalonada detrás de la ambulancia establecida en la granja de Mont-Saint-Jean y de las brigadas Vivian y Vandeleur que flanqueaban el ala izquierda, Wellington no tenía ya caballería. Muchas de las baterías estaban desmontadas. Estos hechos han sido confesados por Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, ha llegado a decir que el ejército angloholandés había quedado reducido a treinta y cuatro mil hombres. El duque de hierro, permanecía tranquilo, pero sus labios se habían vuelto lívidos, el comisario austríaco Vincent, y el comisario español Alava, presentes en la batalla en el estado mayor inglés, creían perdido al duque. A las cinco, sacó Wellington su reloj y se le oyó murmurar estas palabras sombrías:

—¡Blücher o la noche!

Fue en este momento cuando se vio brillar una línea lejana de bayonetas, en las alturas del lado de Frischemont.

Aquí está la peripecia de este drama gigante.

XI

Mal guía para Napoleón, bueno para Bülow

Sabida es la dolorosa equivocación de Napoleón; esperaba a Grouchy y llegó Blücher [1]; la muerte en lugar de la vida.

El destino tiene estas vicisitudes; se contaba con el trono del mundo; se divisa Santa Elena.

Si el pequeño pastorcillo que servía de guía a Bülow, lugarteniente de Blücher, lo hubiese aconsejado que saliese por el bosque de Frischemont, antes que por debajo de Plancenoit, la forma del siglo XIX tal vez hubiera sido distinta. Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo. Por cualquier otro camino más arriba de Plancenoit, el ejército prusiano iba a salir a un barranco infranqueable por la artillería, y Bülow no hubiera llegado.

Ahora bien, una hora de retraso —es el general prusiano Muffling quien lo ha declarado así—, y Blücher no hubiera hallado a Wellington en pie: «la batalla estaba perdida».

1 En «La expiación» (*Los castigos*, libro V, XIII).
«De repente, alegre, dice: Grouchy. — Era Blücher.»

Como puede verse, ya era tiempo de que llegase Bülow. Por lo demás, había quedado muy retrasado. Había pernoctado en Dion-le-Mont, y había remprendido la marcha al apuntar el alba. Pero los caminos estaban impracticables y sus divisiones se habían atollado en el lodazal. En las roderas, el barro llegaba hasta los cubos de las ruedas de los cañones. Además, había sido preciso cruzar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; la calle que da al puente había sido incendiada por los franceses; los armones y los furgones de la artillería, no pudiendo pasar por entre dos hileras de casas ardiendo, habían tenido que esperar a que el incendio se apagase. Era ya mediodía, y la vanguardia de Bülow no había podido llegar aún a Chapelle-Saint-Lambert.

Si la acción hubiera empezado dos horas antes, habría concluido a las cuatro, y Blücher habría llegado a la batalla encontrándola ya ganada por Napoleón. Tales son estos inmensos azares, proporcionados a un infinito que se nos escapa.

A las doce, el emperador, el primero, con su anteojo de larga vista, había divisado en el extremo del horizonte algo que llamó su atención. Había dicho:

—Veo allá abajo una nube que me parece que son tropas.

Luego, había preguntado al duque Dalmatie:

—¿Qué veis hacia Chapelle-Saint-Lambert, Soult?

El mariscal, dirigiendo hacia aquel punto su anteojo, había respondido:

—Cuatro o cinco mil hombres, sire. Evidentemente, Grouchy.

No obstante, aquello permaneció inmóvil en la bruma. Todos los anteojos del estado mayor habían estudiado «la nube» señalada por el emperador. Algunos habían dicho:

—Son columnas que hacen alto.

Otros y fueron la mayoría:

—Son árboles.

La verdad es que la nube no se movía. El emperador había destacado hacia aquel punto oscuro, para que lo reconociera, a la caballería ligera de Domon.

En efecto, Bülow no se había movido. Su vanguardia era muy débil y no podía hacer nada. Debía esperar el grueso del cuerpo de ejército y tenía orden de concentrarse antes de entrar en línea; pero a las cinco, viendo a Wellington en peligro, Blücher ordenó a Bülow que atacara y dijo esta frase notable:

—Es preciso dar aire al ejército inglés.

Poco después, las divisiones Losthin, Hiller, Hacke, y Ryssel se desplegaban ante el cuerpo de Lobau, la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salía del bosque de París, Plancenoit estaba ardiendo, y las granadas prusianas empezaban a llover hasta en las filas de la guardia de reserva, detrás de Napoleón.

XII

La guardia

Sabido es el resto: la irrupción de un tercer ejército, la batalla dislocada, ochenta y seis bocas de fuego tronando de repente, Pirch I, acudiendo con Bülow, la caballería de Zieten mandada por Blücher en persona, los franceses rechazados, Marcognet barrido de la meseta de Ohain, Durette desalojado de Papelotte, Donzelot y Quiot retrocediendo, Lobau acuchillado, otra batalla amenazando al caer la tarde a nuestros regimientos desmantelados, toda la línea inglesa volviendo a tomar la ofensiva y avanzando hacia adelante, la gigantesca brecha abierta en el ejército francés, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose mutuamente, el exterminio, el desastre de frente, el desastre en los flancos, la guardia entrando en línea bajo aquel espantoso hundimiento.

Presintiendo que iba a morir, exclamó:

—¡Viva el emperador!

La historia no tiene nada más emotivo que esta agonía estallando en aclamaciones.

El cielo había estado cubierto durante todo el día. De repente, en aquel mismo momento, eran las ocho de la noche, las nubes del horizonte se apartaron y dejaron pasar, a través de los olmos del camino de Nivelles, el inmenso y siniestro resplandor rojo del sol que se ponía. Se le había visto levantarse en Austerlitz.

Cada batallón de la guardia, para este desenlace, iba mandado por un general. Friant, Michel, Roguet, Harlet, Mallet, Poret de Morvan, estaban allí. Cuando aparecieron los altos gorros de los granaderos de la guardia, con la ancha placa con el águila, simétricos, alineados, tranquilos, soberbios, en la bruma de aquella refriega, el enemigo sintió respeto por Francia; creyó ver entrar veinte victorias en el campo de batalla, las alas desplegadas, y los que eran vencedores, retrocedieron estimándose vencidos; pero Wellington gritó:

—¡En pie, guardias, y buena puntería!

El regimiento rojo de los guardias ingleses, tendidos detrás de los setos, se levantó, una nube de metralla acribilló la bandera tricolor ondeante alrededor de nuestras águilas, todos se abalanzaron, y empezó la suprema carnicería. La guardia imperial, sintió en la oscuridad al ejército que huía a su alrededor, y la general dispersión de la derrota, oyó el ¡sálvese quien pueda! que había remplazado al ¡viva el emperador! y, con la huida tras de ella, continuó avanzando, cada vez más fulminada, y encontrando la muerte a cada paso que daba. No hubo vacilantes ni tímidos. El soldado, en esta tropa, era tan héroe como el general. Ni un hombre se sustrajo al suicidio [1].

[1] Ibíd.:

«... Llevando el negro colbac o el casco pulido,
Todos, los de Friedland y los de Rívoli,
Comprendiendo que iban a morir en ésta fiesta,
Saludaron a su dios, en pie en la tempestad.
Sus bocas en un solo grito, dijeron "¡Viva el
(emperador!"
Luego, a pasos lentos, música en cabeza, sin furia,
Tranquila, sonriente a la metralla inglesa,
La guardia imperial entró en la hoguera.
(.........)
Iban arma al brazo, frente alta, graves, estoicos,
Ni uno retrocedió. Dormid, muertos heroicos.»

Ney aterrado, grande con toda la altivez de la muerte aceptada, se ofrecía a todos los golpes en aquella tormenta. Allí murió el quinto caballo que montaba. Empapado de sudor, los ojos llameantes, los labios echando espuma, el uniforme desabrochado, una de sus charrateras medio cortada por el sablazo de un guardia a caballo, su placa de la gran águila abollada por una bala, sangrando, lleno de fango, magnífico, con una espada rota en la mano, decía:

—¡Venid a ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!

Pero en vano; no murió. Estaba furioso e indignado. Arrojó a Drouet d'Erlon esta pregunta:

—¿Es que tú no te haces matar?

En medio de toda aquella artillería que destrozaba un puñado de hombres, gritaba:

—¿Es que no hay nada para mí? ¡Oh! ¡Quisiera que todas estas balas inglesas entrasen en mi vientre!

¡Infeliz, tú estabas reservado para las balas francesas! [1]

[1] Estas diversas palabras de Ney están confirmadas por H. Houssaye (1815, *Waterloo*, pp. 403-404). La última frase del capítulo evoca la muerte de Ney, fusilado el 7 de octubre de 1815, después de su condena por la cámara de París, donde se sentaban varios soldados del imperio.

XIII

La catástrofe

La derrota detrás de la guardia fue lúgubre [1].

El ejército se replegó por todas partes a la vez, de Hougomont, de la Haie-Sainte, de Papelotte, de Plancenoit. El grito «¡Traición!» fue seguido por el grito: «¡Sálvese quien pueda!» El ejército que se desbanda es un deshielo. Todo se doblega, se hiende, estalla, flota, rueda, cae, choca, se acelera, se precipita. Disgregación inaudita. Ney se apodera de un caballo, salta sobre él y, sin sombrero, sin corbata, sin espada, se pone de través en la calzada de Bruselas, deteniendo a la vez a los ingleses y a los franceses. Trata de retener al ejército, lo llama, lo insulta, se aferra a la derrota. Es desbordado. Los soldados le huyen, gritando: «¡Viva el mariscal Ney!» Dos regimientos de Durutte, van y vienen alocados y traqueteados de un lado a otro entre el sable de los ulanos y la fusilería de las brigadas de

1 En «La expiación», II, el cuadro épico de:
«La derrota, gigante de faz asustada.»

Kempt, de Best, de Pack, y de Rylandt; la peor de las refriegas es la derrota, los amigos se matan unos a otros, para huir; los escuadrones y los batallones se rompen y se dispersan unos contra otros, enorme espuma de la batalla. Lobau en un extremo igual que Reille en el otro se ven arrollados por la ola. En vano hace Napoleón una muralla con lo que le queda de la guardia; en vano gasta para el último esfuerzo sus escuadrones de servicio. Quiot retrocede ante Vivian, Kellermann ante Vandeleur, Lobau ante Bülow, Morand ante Pirch, Domon y Subervic ante el príncipe Guillermo de Prusia, Guyot, que ha llevado a la carga a los escuadrones del emperador, cae a los pies de los dragones ingleses. Napoleón corre al galope en pos de los fugitivos, los arenga, los apremia, amenaza, suplica. Todas estas bocas que por la mañana gritaban: ¡Viva el emperador!, permanecen abiertas; pero apenas lo reconocen. La caballería prusiana, recién llegada, se lanza, vuela, acuchilla, corta, raja, mata, extermina. Los atelajes de la artillería se desploman; los cañones se despeñan; los soldados del avantren desenganchan los armones y toman sus caballos para escapar; furgones derribados con las ruedas al aire entorpecen el camino y son ocasión de mayor mortandad. Se aplasta, se atropella, se marcha sobre los muertos y sobre los vivos. Los mandos son incapaces. Una multitud vertiginosa llena los caminos, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles, los bosques, atestados por esta evasión de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperación, mochilas y fusiles arrojados en los campos de centeno; pasos abiertos a sablazos; nada de camaradas, nada de oficiales, nada de generales; por doquier un espanto indescriptible. Zieten acuchillando a Francia a su sabor. Los leones convertidos en cabritos. Tal fue aquella fuga

En Genappe se intentó volver, hacer frente, frenar. Lobau reunió trescientos hombres; se hicieron barricadas en la entrada de la aldea; pero, a la primera descarga de metralla prusiana, todos huyeron, y Lobau fue hecho prisionero. Todavía se ven las huellas de la metralla impresas en la pared de una vieja casa construida de ladrillo a la derecha del camino, poco antes de entrar en Genappe. Los prusianos se lanzaron dentro de Genappe furiosos sin duda de ser vencedores a tan poca costa. La persecución fue monstruosa. Blücher ordenó el exterminio. Roguet había dado este lúgubre ejemplo de amenazar de muerte a todo granadero francés que le llevase un prisionero prusiano. Blücher fue más allá que Roguet. El general de la joven guardia, Duhesme, arrinconado en la puerta de una posada de Genappe, rindió su espada a un húsar de la muerte, quien tomó la espada y mató al prisionero. La victoria concluyó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, puesto que somos la historia: el viejo Blücher se deshonró. Tal ferocidad puso el colmo al desastre. La derrota desesperada atravesó Genappe, Quatre-Bras, Gosselies, Frasnes. Charleroi, Thuin, y no se detuvo hasta la frontera. ¡Ay! ¿Quién huía de tal suerte? El gran ejército.

Este vértigo, este terror, esta caída en ruinas de la más alta bravura que haya asombrado jamás a la historia, ¿dejó acaso de tener causa? No. La sombra de una línea recta enorme se proyecta sobre Waterloo. Es la jornada del destino. Una fuerza superior al hombre produjo aquel día. De ahí el repliegue despavorido de los mandos; de ahí todas aquellas grandes almas rindiendo su espada. Los que habían vencido a Europa, cayeron consternados, no teniendo ya nada qué hacer ni qué decir, sintiendo en la sombra una presencia terrible.

Hoc erat in fatis[1]. Aquel día cambió la perspectiva del género humano. Waterloo es el gozne del siglo XIX. La desaparición del gran hombre era necesaria para el advenimiento del gran siglo. De efectuarla se encargó alguien a quien nadie replica. El pánico de los héroes tiene su explicación. En la batalla de Waterloo, hay algo más que una nube, hay un meteoro. Dios ha pasado.

A la caída de la noche, en un campo cerca de Genappe, Bernard y Bertrand detuvieron y cogieron por el faldón de su redingote a un hombre sombrío, pensativo, siniestro, que, arrastrado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de echar pie a tierra, había pasado bajo el brazo la brida de su caballo y, con la mirada extraviada, regresaba solo a Waterloo. Era Napoleón que intentaba aún ir adelante, sonámbulo inmenso de aquel sueño venido abajo.

1 «Estaba en los destinos». Inspirado, probablemente, en la frase de Horacio: «Hoc erat in votis» *(Sátira,* II, 6, 1).

XIV

El último cuadro

Algunos cuadros de la guardia, inmóviles en el torrente de la derrota, como rocas en un curso de agua que corre, se mantuvieron hasta la noche. Llegando la noche, acompañada de la muerte, esperaron esta doble sombra, e, impertérritos, se dejaron envolver en ella. Cada regimiento, aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno con el ejército deshecho por todas partes, moría por su cuenta. Habían tomado posiciones, para llevar a cabo esta última acción, unos sobre las alturas de Rossomme, otros en la llanura de Mont-Saint-Jean. Allí, abandonados, vencidos, terribles, estos cuadros sombríos agonizaban formidablemente. Ulm, Wagram, Iéna, Friedland, morían en ellos.

A la hora del crepúsculo, hacia las nueve de la noche, sólo quedaba uno en la parte baja de la meseta de Mont-Saint-Jean. En este valle funesto, al pie de aquella pendiente que habían subido los coraceros inundada ahora por las masas inglesas, bajo los fuegos convergentes de proyectiles, este cuadro seguía luchando. Estaba mandado por un oscuro oficial llamado Cambronne. A cada descarga, el cuadro disminuía, y respondía. Replicaba a la metralla con la fusilería, estrechándose continuamente sus cuatro muros. A lo lejos, los fugitivos, al detenerse para tomar aliento, escuchaban en las tinieblas aquel trueno sombrío que iba decreciendo por instantes.

Cuando esta legión no era ya más que un puñado de hombres, cuando su bandera no era más que un harapo, cuando sus fusiles agotados de balas no fueron más que bastones, cuando el montón de cadáveres fue mayor que el grupo vivo, hubo entre los vencedores una especie de terror sagrado en derredor de aquellos sublimes moribundos y la artillería inglesa, tomando aliento, guardó silencio. Fue una especie de tregua. Aquellos combatientes tenían a su alrededor como un hormiguero de espectros, siluetas de hombres a caballo, el perfil negro de los cañones, el cielo blanco, visto a través de las ruedas y de las cureñas, la colosal calavera que los héroes entreven siempre entre el humo en el fondo de la batalla, avanzaba hacia ellos y los miraba. Pudieron oír, en la sombra crepuscular, que se cargaban las piezas, las mechas encendidas, semejantes a ojos de tigre en la oscuridad, formaron un círculo en torno a sus cabezas, todos los botafuegos de las baterías inglesas se acercaron a los cañones, y entonces, conmovido, teniendo el instante supremo suspendido encima de aquellos hombres, un general inglés, Colville, según unos, Maitland según otros, les gritó:

—¡Rendíos, valerosos franceses!

Cambronne respondió:

—¡Mierda! [1]

[1] Hay toda una literatura sobre la autenticidad de esta palabra de Cambronne. También, con esta ocasión, Víctor Hugo reunió un legajo justificativo titulado: «Asunto de la palabra de Cambronne» *(E.I.N.*, IV, 315). Según diversos testigos, parece ser que, si Cambronne no dijo jamás: «La guardia muere, pero no se rinde», rugió la palabra célebre.

Lamartine, comentando *Los miserables*, declara:

«Esta palabra es una adulación a la trivialidad de la multitud ciega de rabia, que, a falta de una palabra lanza el excremento al rostro del destino; es la demagogia gramatical (...). Más valiera morir en silencio.» (*Curso familiar de literatura*, 1863, «Consideraciones sobre una obra maestra o peligro del genio».)

XV
Cambronne

Queriendo el lector ser respetado, no podría ser aquí repetida la más bella frase que quizás jamás haya dicho un hombre. Prohibición de mencionar lo sublime en la historia [1].

Por nuestra cuenta y riesgo, nosotros infringimos esta prohibición [2].

Así pues, entre aquellos gigantes, hubo un titán: Cambronne.

Decir esta palabra, y luego morir. ¡Qué cosa hay más grande! Pues morir es quererlo, y no fue culpa de aquel hombre, si, ametrallado, sobrevivió.

1 Reminiscencia de Boileau (*Arte Poético*, II, 176: «Pero el lector francés quiere ser respetado.»

2 Esta nota, encontrada en los apuntes de Víctor Hugo: «Cambronne. ¿Por qué he puesto su palabra? Por derecho propio, entraba en mi libro. Es la miserable de las palabras.

»En un momento dado, se alza en carga de batalla y se convierte en un héroe. Este miserable del lenguaje hace una acción brillante.

»La registro.» *E. I. N.* IV, 309).

El hombre que ganó la batalla de Waterloo, no fue Napoleón derrotado, no fue Wellington replegándose a las cuatro, desesperado a las cinco; no fue Blücher que no combatió; el hombre que ganó la batalla de Waterloo fue Cambronne.

Fulminar con tal palabra al trueno que os mata, es vencer.

Dar esta respuesta a la catástrofe, es decir esto al destino, dar esta base al león futuro, arrojar esta réplica a la lluvia de la noche, al muro traidor de Hougomont, al barranco de Ohain, al retraso de Grouchy, a la llegada de Blücher, ser la ironía en el sepulcro, quedar de este modo en pie después de haber caído, ahogar en dos sílabas la coalición europea, ofrecer a los reyes aquellas letrinas ya conocidas de los Césares, convertir la última de las palabras en la primera, mezclando en ella el resplandor de Francia, cerrar insolentemente la escena de Waterloo con una frase de carnaval, completar a Leonidas con Rabelais, resumir esta victoria en una palabra suprema imposible de pronunciar, perder el terreno y conservar la historia, tener de su parte la risa de la gente después de tal carnicería, todo esto es inmenso.

Es el insulto al rayo. Esto alcanza una grandeza esquiliana.

La palabra de Cambronne produce el efecto de una fractura. Es la fractura del pecho por el desdén; es el desbordamiento de la agonía que estalla. ¿Quién venció? ¿Fué Wellington? No. Sin Blücher estaba perdido. ¿Fue Blücher? No. Si Wellington no hubiera empezado, Blücher no habría podido terminar. Cambronne, este viajero de última hora, este soldado ignorado, este átomo de la guerra, comprende que hay allí una mentira, una mentira en una catástrofe, redoblamiento punzante, y, en

el momento en que estalla de rabia, se le ofrece este sarcasmo: ¡la vida! ¿Cómo no había de saltar?

Allí están todos los reyes de Europa, los generales felices, los Júpiter tonantes, tiene cien mil soldados victoriosos, y tras ellos un millón, sus cañones, con las mechas encendidas, están a punto, tienen bajo sus talones a la guardia imperial y al gran ejército, acaban de aplastar a Napoleón, y no queda más que Cambronne; no queda para protestar más que aquel gusano. Protestará. Entonces busca una palabra como se busca una espada. Le brota espuma, y esta espuma, es la palabra. Ante esta victoria prodigiosa y mediocre, ante esta victoria sin victoriosos, este desesperado se yergue; se somete a su enormidad, pero hace constar su nulidad; hace más que escupir sobre ella; y bajo el peso abrumador del número, de la fuerza y de la materia, halla en su mente una expresión aplicable: el excremento. Lo repetimos. Decir esto, hacer esto, encontrar esta palabra, es ser el verdadero vencedor.

El espíritu de los grandes días entró en este hombre desconocido en aquel minuto fatal. Cambronne encontró la palabra de Waterloo, como Rouget de l'Isle encontró la *Marsellesa*, por la inspiración del cielo. Un efluvio del huracán divino se desprende y viene a pasar por la mente de aquellos hombres, y se estremecen, y uno entona el canto supremo y otro exhala el grito terrible. Esta palabra del desdén titánico, Cambronne no la lanza solamente a Europa en nombre del imperio, esto sería poco; la lanza al pasado en nombre de la revolución. Se la oye, y se reconoce en Cambronne la vieja alma de los gigantes. Parece que es Dantón quien habla, o Kleber quien ruge.

Al oír la palabra de Cambronne, la voz inglesa respondió: ¡Fuego! Las baterías llamearon, la colina tembló, de todas aquellas bocas de bronce salió un último vómito

de metralla, espantoso, formóse una vasta nube de humo, vagamente blanqueada por la luz de la luna, y cuando la humareda se disipó, no había ya nada. Aquel resto formidable había sido aniquilado; la guardia había perecido. Las cuatro paredes de aquel reducto viviente yacían por tierra, y apenas se distinguía entre los cadáveres algún que otro estremecimiento; y fue así como las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, expiraron en Mont-Saint-Jean, sobre la tierra empapada de lluvia y de sangre, en los trigales sombríos, en el lugar por donde ahora pasa, a las cuatro de la madrugada, silbando y azotando alegremente a su caballo, Joseph, que hace el servicio de correos de Nivelles.

XVI

¿Quot libras in duce?[1]

La batalla de Waterloo es un enigma. Es tan oscura para aquellos que la han ganado, como para aquel que la ha perdido. Para Napoleón fué un pánico[2]; Blücher no vio en ella más que fuego; Wellington no comprendió nada. Ved los comunicados oficiales. Los boletines están confusos, los comentarios embrollados. Éstos balbucean, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro momentos[3]; Muffling la corta en tres

1 «¿Cuántas libras en el general?», es decir: ¿Qué pesa el general? Reminiscencia de Juvenal, que escribía:

«Expende Hannibalem: ¿quot libras in duce summo innvenies?» (*Sátiras*, X, 147-148).

(«Pesa a Aníbal, ¿cuántas libras encontrarás en este general?» En *Las hojas de otoño*, la pieza XIII, consagrada a Napoleón, donde Víctor Hugo ha escogido como epígrafe: ¿Quot libras in duce summo?

2 «Una batalla terminada, una jornada terminada, las falsas medidas reparadas, grandes éxitos asegurados para mañana, todo se perdió en un momento de terror y pánico.»

(Napoleón, *Dictados de Santa Elena*.) (N. del A.)

3 General de Jomini, *Precisión política y militar de la campaña hecha en 1815 por el ejército anglo-hannoveriano-holandés*, Stuttgart, 1816.

peripecias [1]; Charras, aunque en algunos puntos tengamos distinta opinión que él, es el único que apreció con certero golpe de vista las líneas características de aquella catástrofe del genio humano en lucha contra el azar divino. Los demás historiadores han sufrido un cierto deslumbramiento, y en este deslumbramiento andan a tientas. Jornada fulgurante, en efecto, hundimiento de la monarquía militar que, con gran estupor de los reyes, arrastró consigo a todos los reinos, caída de la fuerza, derrota de la guerra.

En este acontecimiento que lleva impresa la huella de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres no cuenta para nada.

Quitar Waterloo a Wellington y a Blücher, ¿es quitar algo a Inglaterra o a Alemania? No. Ni esta ilustre Inglaterra, ni esta augusta Alemania tienen nada que ver en el problema de Waterloo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes sin necesidad de las lúgubres aventuras de la espada. Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Francia, dependen de una espada. En esta época, en que Waterloo no es más que un ruido de sables, Alemania, por encima de Blücher, tiene a Goethe, y, por encima de Wellington, Inglaterra tiene a Byron. Un vasto amanecer de ideas es propio de nuestro siglo, y en esta aurora, Inglaterra y Alemania tienen su resplandor magnífico. Son majestuosos por lo que piensan. La elevación del nivel que aportan a la civilización les es intrínseco; procede de ellas mismas y no de un accidente. Lo que tienen de grandeza en el siglo XIX no tiene a Waterloo por origen. Sólo los pueblos bárbaros tienen súbitas crecidas después de una victoria. Es la vanidad pasajera de los torrentes henchidos por una tormenta. Los pueblos civilizados, especialmente en los

[1] General barón Muffling, autor prusiano de la *Historia de la campaña hecha en 1815*.

tiempos en que estamos, no se rebajan ni se elevan por la buena o mala fortuna de un capitán. Su peso específico en el género humano resulta de algo más que de un combate. Su honor, gracias a Dios, su dignidad, su luz, su genio, no son números que los héroes y los conquistadores, estos jugadores pueden poner en la lotería de las batallas. A veces, batalla perdida, progreso conquistado. Cuanta menos gloria, más libertad. El tambor enmudece, la razón toma la palabra. Es el juego de quien pierde gana. Hablemos pues de Waterloo fríamente por ambas partes. Rindamos al azar lo que es del azar, y a Dios lo que es de Dios. ¿Qué fue Waterloo? ¿Una victoria? No. Una quina [1].

Quina ganada por Europa y pagada por Francia.

No merecía la pena poner allí un león.

Por lo demás, Waterloo es el encuentro más extraño que hay en la historia. Napoleón y Wellington. No son enemigos, son contrarios. Jamás Dios, que se complace en la antítesis, formó un contraste más notable y una confrontación más extraordinaria. De un lado, la precisión, la previsión [2], la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas economizadas, una sangre fría obstinada, un método imperturbable, la estrategia que se aprovecha del terreno, la táctica que equilibra los batallones, la carnicería tirada a cordel, la guerra regulada reloj en mano, nada dejado voluntariamente al azar, el viejo valor clásico, la corrección absoluta; de otro lado,

1 Quina: golpe de dados que trae consigo un doble cinco, o una serie de cinco números consecutivos en una lotería. La idea indica golpe particularmente de azar.

2 En sus notas tomadas sobre el campo de batalla, Hugo se muestra más escéptico:

«Nada es tan feliz como la dicha. Nada tiene tanta razón como la victoria. Si Wellington hubiera sido derrotado, habría sido él quien habría perdido el tiempo. Le habrían reprochado su baile de la duquesa de Richmond (...) Al ser vencedor, todo ello resultó ser hábil.» (*E. I. N.*, II, 565-566.)

la intuición, la adivinación, lo extraordinario en medidas militares, el instinto sobrehumano, el golpe de vista flameante, el no sé qué que mira como el águila y que golpea como el rayo, un arte prodigioso en una impetuosidad desdeñosa, todos los misterios de un alma profunda, la asociación con el destino, el río, la llanura, la selva, la colina, conminadas y, en cierto modo, forzadas a obedecer, el déspota llegando a tiranizar el campo de batalla, la fe en la estrella unida a la ciencia estratégica, engrandeciéndola pero turbándola. Wellington era el Barrême de la guerra, Napoleón era el Miguel Ángel; y esta vez el genio fue vencido por el cálculo.

Por ambas partes se esperaba a alguien. Fue el calculador exacto quien venció. Napoleón esperaba a Grouchy; no llegó. Wellington esperaba a Blücher; y llegó.

Wellington es la guerra clásica que toma su revancha. Bonaparte, en su aurora, la había encontrado en Italia, derrotándola soberbiamente. El viejo mochuelo huyó ante el buitre joven. La antigua táctica, no sólo había sido derrocada, sino escandalizada. ¿Quién era aquel corso de veintiséis años, qué significaba aquel ignorante espléndido que, teniéndolo todo en contra suya y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres contra masas enteras, se precipitaba sobre Europa coaligada, y ganaba absurdamente victorias imposibles? ¿Quién era aquel advenedizo de la guerra, que tenía la insolencia de aparecer como un astro? ¿Quién era y de dónde salía aquel fulminador furioso que, casi sin tomar aliento, y con el mismo juego de combatientes en la mano, pulverizaba uno tras otro los cinco ejércitos del emperador de Alemania, arrollando a Beaulieu sobre Alvinzi, a Wurmser sobre Beaulieu, a Mélas sobre Wurmser, a Mack sobre Mélas? La escuela académica militar lo excomul-

gaba huyendo de él. De ahí un implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, del sable correcto contra la espada flamígera, y del tablero de ajedrez contra el genio. El 18 de junio de 1815, este rencor dijo su última palabra, y debajo de Lodi, de Montebello, de Montenotte, de Mantua, de Marengo y de Arcole, escribió: Waterloo. Triunfo de los mediocres, caro a las mayorías. El destino consistió en esta ironía. En su decadencia, Napoleón volvió a hallar ante sí a Wurmser joven.

En efecto, para tener a Wurmser, basta con blanquear los cabellos de Wellington.

Waterloo es una batalla de primer orden ganada por un capitán de segundo.

Lo que es preciso admirar en la batalla de Waterloo, es a Inglaterra, es a la firmeza inglesa, es a la resolución inglesa, es a la sangre inglesa; lo que Inglaterra tuvo allí de soberbio, a pesar suyo, fue ella misma. No fue su capitán, fue su ejército.

Wellington, caprichosamente ingrato, declara en una carta a lord Bathurst que su ejército, el ejército que ha combatido el 18 de junio de 1815, era un «ejército detestable». ¿Qué piensa de ello este oscuro montón de huesos sepultados bajo los surcos de Waterloo?

Inglaterra ha sido demasiado modesta respecto a Wellington. Engrandecer tanto a Wellington es hacer pequeña a Inglaterra. Wellington no es más que un héroe como cualquier otro. Aquellos escoceses grises, aquellos guardias a caballo, aquellos regimientos de Maitland y Mitchell, aquella infantería de Pack y de Kempt, aquella caballería de Ponsonby y de Somerset, aquellos highlanders tocando la cornamusa envueltos en el fuego de la metralla, aquellos batallones de Rylandt, aquellos reclutas tan jóvenes que apenas sabían manejar el mosquete, haciendo frente a los veteranos de Essling y de Rivoli,

he ahí lo que es grande. Wellington fue tenaz, y éste fue su mérito, y no se lo regateamos, pero el menor de sus soldados de infantería y de sus jinetes fue tan obstinado como él. El *iron-soldier* vale tanto como el *iron-duke*[1]. En cuanto a nosotros, toda nuestra glorificación se dirige al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hay un trofeo, es a Inglaterra a quien se le debe. La columna de Waterloo sería más justa si, en lugar de la figura de un hombre, elevase hacia las nubes la estatua de un pueblo[2].

Pero esta gran Inglaterra se irritará por lo que decimos aquí. Conserva aún, después de su 1688 y de nuestro 1789, la ilusión feudal. Cree en la herencia y en la jerarquía. Este pueblo, que ningún otro sobrepasa en poder y gloria, se estima como nación, no como pueblo. En tanto que pueblo, se subordina espontáneamente y admite siempre a un lord como a un superior. *Workman*[3], se somete al desdén; soldado, se somete al palo. Aún recordamos que, en la batalla de Inkermann, un sargento que, según parece, había salvado al ejército, no pudo ser mencionado por lord Raglan[4], puesto que la jerarquía militar inglesa

1 «El soldado de hierro vale tanto como el duque de hierro» (sobrenombre de Wellington).

2 Ver esta nota en los legajos de Víctor Hugo:

«Inglaterra tiene muchos grandes hombres, y uno falso. Se envanece del falso. Columnas Wellington por doquier.

»Buscad la columna Shakespeare, la columna Newton, la columna Cromwell, la columna Walt, la columna Wilbeforce. No existen. Únicamente Wellington. Ésta es Inglaterra.»

Y aun esto:

«. . . estalló en carcajadas: —¡Esto!, un gran hombre. Wellington es el caballo que montaba el destino el día en que Napoleón fue derrotado.» (*E.I.N.*, IV, 310.)

3 «Trabajador.»

4 Lord Raglan, generalísimo inglés en la guerra de Crimea.

no permite citar en un parte a ningún héroe inferior al grado de oficial.

Lo que nosotros admiramos por encima de todo, en un encuentro del género de Waterloo, es la prodigiosa habilidad del azar. Lluvia nocturna, muro de Hougomont, hondonada en Ohain, Grouchy sordo al cañón, guía de Napoleón que lo engaña, guía de Bülow que lo dirige bien; todo este cataclismo está maravillosamente conducido.

Digámoslo de una vez: en Waterloo hubo más mortandad que combate.

Waterloo es de todas las batallas ordenadas, la que tiene el frente más pequeño respecto al número de combatientes. Napoleón tres cuartos de legua; Wellington, media legua; sesenta y dos mil combatientes por cada lado. De esta aglomeración vino la carnicería.

Se ha formado este cálculo y establecido esta proporción: Pérdida de hombres: En Austerlitz, franceses, catorce por ciento; rusos, treinta por ciento; austríacos, cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram, franceses, trece por ciento; austríacos, catorce por ciento. En Moskova, franceses, treinta y siete por ciento; rusos, cuarenta y cuatro. En Bautzen, franceses, trece por ciento; rusos y prusianos, catorce. En Waterloo, franceses, cincuenta y seis por ciento aliados, treinta y uno. Total para Waterloo, cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes; sesenta mil muertos.

El campo de Waterloo presenta hoy la tranquilidad que pertenece a la tierra, sustentáculo impasible del hombre, y se parece a todas las llanuras.

No obstante, por la noche, una especie de bruma visionaria[1] se desprende de él, y si algún viajero lo recorre,

1 *E.I.N.*, II, 567, donde se encontrará un fragmento poético «hecho a través del ensueño y el sueño, en la noche del 7 al 8 de junio» (1861).

si mira, si escucha, si medita como Virgilio en las funestas llanuras de Philipos [1], se apodera de él la alucinación de la catástrofe. Revive el terrible 18 de junio; la falsa colina monumento se desvanece, este león indefinido se disipa [2], el campo de batalla recobra su realidad; líneas de infantería ondean en la llanura, furiosos galopes cruzan el horizonte; el aterrado soñador ve el brillo de los sables, el resplandor de las bayonetas, el fulgor de las bombas, el monstruoso cruce de los truenos; oye como una especie de estertor en el fondo de una tumba, el vago clamor de la batalla fantasma; esas sombras son los granaderos; esos resplandores son los coraceros; ese esqueleto es Napoleón; ese esqueleto es Wellington; todo esto no existe ya y, sin embargo, aún choca y combate; y los barrancos se tiñen de sangre, y los árboles se estremecen, y hasta las nubes y las tinieblas respiran furia. Mont-Saint-Jean, Hougomont, Frischemont, Papelotte, Plancenoit, aparecen confusamente coronados de torbellinos de espectros exterminándose.

1 Phillipos, o Bruto, o Casio fueron vencidos por Antonio y Octavio (42 antes de J. C.); Virgilio ha soñado ante «estas funestas llanuras», en las *Geórgicas*, I, 489 y siguientes. (En este mismo pasaje se encuentra la «scabra rubigine», citada más arriba por Víctor Hugo.)

2 Hugo ha dibujado varias veces, sobre sus carnets el león de Waterloo (*E.I.N.*, II, 567). Se burla en dos ocasiones, en estas notas, de esta «falsa montaña» y este «falso león».

XVII

¿Hay que encontrar buenas las consecuencias de Waterloo?

Existe una escuela liberal muy respetable, que no odia Waterloo. Nosotros no pertenecemos a ella. Para nosotros, Waterloo no es más que la fecha estupefacta de la libertad. Que tal águila haya salido de tal huevo, esto es ciertamente lo inesperado.

Waterloo, si se la considera desde el punto de vista culminante de la cuestión, es intencionalmente una victoria contrarrevolucionaria. Es Europa contra Francia, es Petersburgo, Berlín y Viena, contra París, es el *statu quo* contra la iniciativa, es el 14 de julio de 1789, atacado a través del 20 de marzo de 1815[1], es el zafarrancho de las monarquías contra el indomable motín francés. Apagar de una vez el volcán de este vasto pueblo, en erupción desde hace veintisiete años, tal era el sueño. Solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohenzollern, de los Habsburgos, con los Borbones. Waterloo lleva a la grupa el derecho divino. Es cierto que, habiendo sido despótico el imperio, la realeza, por

1 Fecha de la entrada de Napoleón en París, al término del «vuelo del águila».

la reacción natural de las cosas, había de ser forzosamente liberal y que un orden constitucional, aunque forzoso, ha surgido de Waterloo, con gran sentimiento de los vencedores. Es que la revolución no puede ser verdaderamente vencida, y que siendo providencial y absolutamente fatal, vuelve a aparecer siempre, antes de Waterloo, con Bonaparte que derriba los tronos decrépitos, después de Waterloo, con Luis XVIII que otorga y sufre a un mismo tiempo la carta constitucional. Bonaparte pone un postillón [1] en el trono de Nápoles, y un sargento [2] en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para mostrar la igualdad. Luis XVIII, en Saint-Ouen [3], rubrica la declaración de los derechos del hombre. ¿Queremos explicarnos lo que es la revolución? Llamémosla progreso; y, ¿queremos explicarnos lo que es el progreso? Llamémoslo mañana. Mañana ejecuta su tarea irresistiblemente, y la ejecuta desde hoy. Llega siempre a su fin, de un modo extraordinario. Se vale de Wellington para hacer de Foy un orador, él que no era más que un soldado [4]. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Así procede el progreso. No hay herramienta mala para este obrero. Ajusta a su trabajo divino, sin descontarse, al

1 Dato inexacto: Murat era hijo de un posadero, y no había sido postillón. Fue hecho rey de Nápoles en 1808. En esta fecha, era mariscal, gran duque de Berg, etcétera.

2 Bernadotte, sargento mayor en 1789, era príncipe de Ponte-Corvo cuando los estados de Suecia lo escogieron en 1810, como príncipe heredero. Se convirtió en rey de Suecia y Noruega en 1818.

3 Por la declaración de Saint-Ouen (2 de mayo de 1814), Luis XVIII prometió, en efecto, mantener varias conquistas de la revolución, así como ciertas situaciones heredadas del imperio.

4 El general Foy (1775-1825), herido por decimoquinta vez en Waterloo, entró en 1819 en la cámara, donde fue uno de los principales órganos del liberalismo.

hombre que ha atravesado los Alpes, y al enfermo y vacilante anciano del tío Elisée[1]. Se sirve del gotoso, lo mismo que del conquistador; del conquistador exteriormente, del gotoso interiormente. Waterloo, cortando radicalmente la demolición de los tronos europeos con la espada, no tiene otro efecto sino continuar por otro lado la obra revolucionaria. Concluyeron los militaristas y les llegó el turno a los pensadores. El siglo que Waterloo quería detener, marchó por encima y prosiguió su camino. Esta victoria siniestra ha sido vencida por la libertad.

En suma, e incontestablemente, lo que triunfa en Waterloo, lo que sonreía tras de Wellington, lo que le proporcionaba todos los bastones de mariscal de Europa, comprendido, según se dice, el bastón de mariscal de Francia, lo que hacía rodar alegremente las carretadas de tierra llenas de osamentas, para elevar el cerro del león, lo que hizo inscribir triunfalmente en este pedestal esta fecha: 18 de junio de 1815, lo que anima a Blücher a terminar con la derrota, lo que desde lo alto de la meseta de Mont Saint Jean, se inclinaba sobre Francia como sobre una presa, era la contrarrevolución. Era la contrarrevolución, la que murmuraba esta palabra infame: desmembración. Llegada a París, vio el cráter de cerca, sintió que sus cenizas le quemaban los pies, y varió de opinión. Volvió a la tartamudez de una carta constitucional.

No veamos en Waterloo sino lo que hay realmente en Waterloo. Libertad intencional, nada absolutamente. La contrarrevolución era involuntariamente liberal, lo mismo que, por un fenómeno análogo, Napoleón era involuntariamente revolucionario. El 18 de junio de 1815, Robespierre a caballo perdió los estribos.

[1] Este «buen viejo enfermo» es Luis XVIII, a quien su cirujano iba a vendar cada día. Era Marie-Vincent Talochon (1753-1817), antiguo hermano de la caridad, apodado «el tío Elisée».

XVIII

Recrudescencia del derecho divino

Final de la dictadura. Todo un sistema europeo se desplomó.

El imperio se desmoronó en una sombra parecida a la del mundo romano expirante. Volvióse a ver el abismo, como en tiempos de los bárbaros. Únicamente que la barbarie de 1815, que es preciso nombrar por su apodo, la contrarrevolución, tenía poco aliento, se ahogó en breve y se detuvo. El imperio, confesémoslo, fue llorado, y llorado por ojos heroicos. Si la gloria está en la espada convertida en cetro, el imperio había sido la gloria misma. Este había derramado sobre la tierra toda la luz que puede dar la tiranía; luz sombría. Digamos más: luz oscura. Comparada con el verdadero día, es la noche. Esta desaparición de la noche hizo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII regresó a París. Los bailes en corro del 8 de julio borraron los entusiasmos del 20 de marzo [1].

[1] 8 de julio de 1815, fecha de la segunda entrada de Luis XVIII en París. Aquel día, efectivamente, se bailó en las calles de París, sobre todo en los «barrios hermosos».

El Corso se volvió la antítesis del bearnés[1]. La bandera de la cúpula de las Tullerías fue blanca; el destierro se sentó en el trono. La mesa de abeto de Hartwell se colocó frente al sillón flordelisado de Luis XIV. Se habló de Bouvines y de Fontenoy como del día anterior, habiendo envejecido Austerlitz. El altar y el trono fraternizaron majestuosamente. Una de las formas más incontestadas de la salvación de la sociedad del siglo XIX se estableció en Francia y en el continente. Europa tomó la escarapela blanca. Trestaillon se hizo célebre[2]. La divisa *non pluribus impar*[3] reapareció en los rayos de piedra figurando un sol en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde había habido una guardia imperial, hubo una casa roja. El arco del carrusel, cargado de victorias ya insoportables, fuera de lugar entre estas novedades, algo avergonzado tal vez de Marengo y de Arcole, salió del paso con la estatua del duque de Angoulême. El cementerio de la Madeleine[4], temible fosa común del 93, se cubrió de mármol y de jaspe, al descansar en este polvo los huesos de Luis XVI y de María Antonieta. En el foso de Vicennes un cipo sepulcral se elevó de la tierra, para recordar que el duque de Enghien había muerto en el

[1] El joven ultra, Víctor Hugo, no se había privado de nombrar a Napoleón con desprecio, «el Corso». G. Venzac, *Los orígenes religiosos de Víctor Hugo*, 424, 4.

[2] Sobrenombre de Jacques Dupont, uno de los jefes del «terror blanco» en Nimes. Víctor Hugo había contribuido a mantener su celebridad, haciendo su apología en 1820, en el *Conservador literario*.

[3] Ligera deformación de la divisa de Luis XIV: «nec pluribus impar», «no inigual a varios», por «superior a todos».

[4] Donde habían sido inhumados Luis XVI y María Antonieta. Sobre su emplazamiento fue elevada la capilla expiatoria.

mismo mes en que fue coronado Napoleón [1]. El papa Pío VII, que había hecho esta consagración casi al mismo tiempo de ocurrir aquella muerte, bendijo tranquilamente la caída como había bendecido la elevación. Hubo en Schönbrunn una pequeña sombra de cuatro años de edad, que era sedicioso llamar rey de Roma. Y se hicieron todas aquellas cosas, y aquellos reyes volvieron a subir a sus tronos, y el dueño de Europa fue encerrado en una jaula, y el antiguo régimen se convirtió en moderno, y toda la oscuridad y toda la luz de la tierra cambiaron de lugar, porque en la tarde de un día de verano, un pastor dijo en un bosque a un prusiano: «¡Pasad por aquí y no por ahí!»

Este año 1815 fue una especie de abril lúgubre. Las viejas realidades malsanas y venenosas se cubrieron de apariencias nuevas. La mentira esposó al 1789, el derecho divino se enmascaró con una carta, las ficciones se hicieron constitucionales, los prejuicios, las supersticiones y los pensamientos ocultos, con el artículo catorce en el corazón, se barnizaron de liberalismo. Fue el cambio de piel de las serpientes.

El hombre había sido engrandecido y empequeñecido a la vez por Napoleón. El ideal, bajo este reino de la materia espléndida, recibió el extraño nombre de ideología. Grave imprudencia de un gran hombre, ridiculizar el porvenir. Los pueblos, sin embargo, esta carne de cañón tan enamorada del artillero, lo buscaban con la vista. ¿Dónde está? ¿Qué hace? «Napoleón está muerto», decía un tran-

[1] El duque de Enghien fue ejecutado en marzo de 1804, el imperio establecido por el «senatus-consule» del 28 de floreal año XII (18 de mayo de 1804), y Napoleón coronado el 2 de diciembre del mismo año. También, en esta ocasión, Hugo condensa el tiempo, por negligencia, o mejor por propia voluntad, para acentuar un contraste. El cuerpo del duque de Enghien fue exhumado en marzo de 1816. Se construyó después el cipo sepulcral, del cual habla Víctor Hugo.

seúnte a un inválido de Marengo y de Waterloo. «¡Muerto él! —exclamó este soldado—, ¡lo conocéis bien!»[1] Las imaginaciones deidificaban a este hombre caído. El fondo de Europa, después de Waterloo, fue tenebroso. Durante mucho tiempo, hubo un gran vacío causado por el desvanecimiento de Napoleón.

Los reyes ocuparon este vacío. La vieja Europa lo aprovechó para reformarse. Hubo Santa-Alianza, Belle-Alliance, había dicho de antemano el campo fatal de Waterloo.

En presencia y frente a frente con esta antigua Europa rehecha, se bosquejaron los rasgos de una Francia nueva. El porvenir, ridiculizado por el emperador, hizo su entrada. Tenía sobre la frente esta estrella, libertad. Los ojos ardientes de las jóvenes generaciones se volvieron hacia él. Cosa singular, se prendaron al mismo tiempo de este porvenir, libertad, y de este pasado, Napoleón. La derrota había elevado al vencido. Bonaparte caído, parecía más alto que Napoleón en pie. Los que habían triunfado, tuvieron miedo. Inglaterra lo hizo guardar por Hudson Lowe, y Francia lo hizo espiar por Montchenu. Sus brazos cruzados se convirtieron en la inquietud de los tronos. Alejandro lo llamaba: mi insomnio. Este pavor procedía de la cantidad de revolución que tenía en sí. Esto es lo que explica y excusa el liberalismo bonapartista. Este fantasma producía temblor al viejo mundo. Los reyes reinaron con cierto malestar, con la roca de Santa Elena en el horizonte.

Mientras Napoleón agonizaba en Longwood, los sesenta mil hombres que cayeron en el campo de Waterloo se pudrieron tranquilamente, y algo de su paz se esparció

[1] Balzac, *El médico de campo:* «Los que dicen que ha muerto, ¡pues bien, sí muerto!, se ve que no lo conocen.» (*Comedia humana*, ed. Pléiade, t. VIII, 469).

por el mundo. El congreso de Viena hizo sus tratados de 1815, y Europa llamó a esto la restauración.

Esto fue Waterloo.

Pero, ¿qué le importa al infinito? Toda esta tempestad, toda esta nube, esta guerra y luego esta paz, toda esta sombra, no turbó ni un instante el resplandor de la inmensa mirada ante la cual un pulgón saltando de una brizna de hierba a otra iguala el águila que vuela de campanario en campanario, en las torres de Notre Dame[1].

[1] Ver estas notas de Víctor Hugo:
«Ahora, el aniversario de Waterloo se borra en el mismo Waterloo (...) En el mes de junio, en el aniversario, la escarapela tricolor enterrada en estas sombras, renace en margaritas, amapolas y flores de aciano.» (*E.I.N.*, II, 568).

XIX

El campo de batalla por la noche

Volvamos, es una necesidad de este libro, sobre este fatal campo de batalla.

El 18 de junio de 1815 era plenilunio. Esta claridad favoreció la persecución feroz de Blücher, denunció las huellas de los fugitivos, entregó aquellas masas desastrosas a la caballería prusiana y ayudó a la matanza. A veces, existen en las catástrofes estas trágicas condescendencias de la noche.

Después de disparado el último cañonazo, la llanura de Mont-Saint-Jean quedó desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses, es la demostración habitual de la victoria; acostarse en el lecho del vencido. Establecieron su vivac al otro lado de Rossomme. Los prusianos, lanzados sobre la derrota, siguieron adelante. Wellington fue a la aldea de Waterloo para redactar su informe a lord Mathurst.

Si alguna vez el *sic vos non vobis* [1] ha sido aplicable, es seguramente a esta aldea de Waterloo. Waterloo no

[1] «Así no es para vosotros...», principio citado con frecuencia, de un epigrama de Virgilio.

hizo nada, y está situada a media legua de los lugares donde tuvo lugar la acción. Mont-Saint-Jean fue cañoneado, Hougomont fue quemado, Papelotte fue quemado, Plancenoit fue quemado, la Haie-Sainte fue tomada por asalto, la Belle-Alliance contempló el abrazo de los dos vencedores; apenas estos nombres son conocidos, y Waterloo, que no hizo nada en la batalla, tuvo para sí todos los honores.

No somos de los que adulan la guerra; cuando se presenta la ocasión, decimos las verdades. La guerra tiene terribles bellezas, que nosotros no hemos ocultado; pero debemos convenir en que también tiene algunas fealdades. Una de las más sorprendentes es el rápido despojo de los muertos, después de la victoria. El alba que sigue a una batalla se levanta siempre sobre cadáveres desnudos.

¿Quién hace esto? ¿Quién mancha de este modo el triunfo? ¿Qué horrible mano furtiva es ésta que se desliza en el bolsillo de la victoria? ¿Qué rateros son éstos que dan sus golpes detrás de la gloria? Algunos filósofos, Voltaire entre otros, afirman que son precisamente aquellos que han conquistado la gloria. Son los mismos, dicen, no ha habido cambio alguno, los que están en pie saquean a los que están en tierra. El héroe del día es el vampiro de la noche. Al fin y al cabo, se tiene algún derecho a despojar un poco un cadáver del cual se es el autor. En cuanto a nosotros, no lo creemos así. Recoger laureles y robar los zapatos de un muerto, nos parece imposible que lo haga una misma mano.

Lo cierto es que, generalmente, después de los vencedores, llegan los ladrones. Pero pongamos al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo, fuera de causa.

Todo ejército tiene un apéndice, y está ahí lo que debe acusarse. Seres murciélagos, mitad bandidos mitad criados, todas las especies de vespertilios que engendra

este crepúsculo que se llama la guerra, portadores de uniformes que no combaten, falsos enfermos, cojos temibles, cantineros apócrifos, algunas veces con sus mujeres, trotando en carretas y robando lo que vuelven a vender, mendigos que se ofrecen por guías a los oficiales, granujas, merodeadores, todo esto —no hablamos del tiempo presente— seguía en pos de los ejércitos en otro tiempo, de tal suerte que, en el lenguaje especial militar, se les llamaba «los rezagados». Ningún ejército ni ninguna nación era responsable de estos seres; hablaban italiano y seguían a los alemanes; hablaban francés y seguían a los ingleses. Uno de estos rezagados miserables, español que hablaba francés, fue el que engañó al marqués de Fervacques con su charla, el cual, tomándolo por uno de los nuestros, se fió de él y fue muerto a traición y robado en el mismo campo de batalla, la noche que siguió a la victoria de Cerisoles. Del merodeo nacía el merodeador. La detestable máxima: «Vivir a costa del enemigo», producía esta lepra, que únicamente una rígida disciplina podía curar. Hay famas que engañan; algunas veces, no se sabe por qué algunos generales, grandes por cierto, han sido tan populares. Turenne era adorado por sus soldados, porque toleraba el pillaje; la maldad consentida forma parte de la bondad; Turenne era tan bueno que dejó pillar a sangre y fuego el Palatinado[1]. Detrás de los ejércitos, veíanse más o menos merodeadores, según la menor ó mayor severidad del jefe. Hoche y Marceau no tenían rezagados; Wellington —le hacemos voluntariamente esta justicia—, tenía muy pocos.

No obstante, en la noche del 18 al 19 de junio, los

[1] Turenne, muerto en 1675, no intervino, evidentemente, para nada en el incendio del Palatinado (1693), pero es verdad que dejaba á sus hombres abandonarse al pillaje en los países que ocupaban.

muertos fueron despojados. Wellington fue rígido; dio orden de pasar por las armas a quienquiera que fuera cogido en flagrante delito; pero la rapiña es tenaz. Los merodeadores robaban en un extremo del campo de batalla, mientras se los fusilaba en el otro.

La luna era siniestra sobre aquella llanura.

Hacia medianoche, vagaba un hombre, más bien se arrastraba, por la parte del camino de Ohain. Según todas las apariencias, era uno de estos que acabamos de caracterizar, ni inglés ni francés, ni campesino ni soldado, menos hombre que hiena, atraído por el olor de los muertos, teniendo el robo por victoria, acudiendo a saquear Waterloo. Iba vestido con una blusa que tenía algo de capote, era inquieto y audaz, marchaba hacia adelante y miraba hacia atrás. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente la noche sabía de él más que el día. No llevaba mochila, pero es indudable que debajo del capote había amplios bolsillos. De vez en cuando se detenía, examinaba la llanura en torno suyo, como para ver si alguien lo observaba, se bajaba bruscamente, revolvía en la tierra algo silencioso e inmóvil, y luego se enderezaba y escapaba de aquel lugar. Su deslizamiento, sus actitudes, su gesto rápido y misterioso lo asemejaban a estas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas y que las viejas leyendas normandas llamaban los andantes.

Ciertas aves nocturnas forman siluetas semejantes en los pantanos.

Una mirada que hubiera sondeado atentamente toda aquella bruma, habría podido observar, a alguna distancia, parado y como oculto detrás de un caserón que bordea la calzada de Nivelles, en el recodo del camino de Mont-Saint-Jean a Braine-l'Alleud, una especie de pequeño furgón de vivandero, con toldo de mimbre embreado, del que tiraba un hambriento rocín, que en aquel momento pacía las ortigas a través del freno, y en aquel

furgón una especie de mujer sentada sobre cofres y paquetes. Tal vez había algún vínculo de unión entre este furgón y el merodeador.

La oscuridad era serena. Ni una nube en el cenit. Qué importa que la tierra sea roja, la luna permanece blanca. Éstas son las indiferencias del cielo. En los prados, ramas de árbol rotas por la metralla, pero sin caer aún y sujetas a la corteza, se mecían blandamente al suave soplo del viento de la noche. Un tenue aliento, casi una respiración, movía las malezas. Había en la hierba cierto estremecimiento que parecía el de las almas al abandonar los cuerpos.

Se oía vagamente a lo lejos el ir y venir de las patrullas y rondas mayores del campamento inglés.

Hougomont y la Haie-Sainte continuaban ardiendo, formando, uno al oeste y la otra al este, dos grandes hogueras a las que se unía, como un collar de rubíes extendido con dos carbúnculos en sus extremos, el cordón de los fuegos del campamento inglés, encendidos en inmenso semicírculo sobre las colinas del horizonte.

Hemos referido la catástrofe del camino de Ohain. El corazón se aterroriza, al pensar lo que había sido aquella muerte para tantos valerosos.

Si hay alguna cosa terrible, si existe una realidad que va más allá del sueño es ésta: vivir, ver el sol, estar en plena posesión de la fuerza viril, tener salud y alegría, reír con valor, correr hacia una gloria deslumbradora que se tiene delante, sentir en el pecho un pulmón que respira, un corazón que late, una voluntad que razona, hablar, pensar, esperar, amar, tener una madre, tener una mujer, tener unos hijos, tener la luz, y de repente, en el espacio de tiempo necesario para lanzar un grito, en menos de un minuto, hundirse en un abismo, caer, rodar, aplastar, ser aplastado, ver espigas de trigo,

flores, hojas, ramas, no poder asirse a nada, apretar un sable inútil, tener hombres debajo de sí, caballos encima de sí, debatirse en vano, sentirse rotos los huesos por alguna coz dada en las tinieblas, el tacón de una bota que os hace saltar los ojos, morder con rabia herraduras de caballos, ahogarse, aullar, retorcerse, estar allí debajo y decirse: ¡Hace un momento, yo vivía!

Allí donde había ocurrido este lamentable desastre, reinaba ahora un profundo silencio. La hondonada del camino estaba llena de caballos y jinetes amontonados inextricablemente. Terrible hacinamiento. Ya no había taludes. Los cadáveres nivelaban el camino con la llanura y llegaban al ras del borde, como una media fanega de cebada bien medida. Un montón de muertos en la parte alta, un río de sangre en la parte baja; tal era este camino en la noche del 18 de junio de 1815. La sangre corría hasta la calzada de Nivelles, y allí se extendía en una ancha laguna delante de la tala de árboles que cerraban el paso de la calzada, en un lugar que aún hoy se enseña. Según recordará el lector, en el punto opuesto, hacia la calzada de Genappe, fue donde ocurrió el desastre de los coraceros. El espesor de los cadáveres era proporcionado a la profundidad de la hondonada. Hacia el centro, allí donde se igualaba con la llanura, por donde había pasado la división Delord, la capa de muertos era más delgada.

El merodeador nocturno, que acabamos de dejar entrever al lector, andaba por aquel lado. Huroneaba aquella inmensa tumba. Miraba. Pasaba no se sabe qué horripilante revista a los muertos. Andaba con los pies hundidos en los charcos de sangre.

De repente, se detuvo.

A algunos pasos delante de él, en la hondonada del camino, en el punto donde concluía el montón de cadá-

veres, de debajo de aquella masa confusa de hombres y de caballos, salía una mano abierta, alumbrada por la luna.

Esta mano tenía en el dedo algo que brillaba, y que era una sortija de oro.

El hombre se inclinó, permaneció agachado por un instante y, cuando se levantó, la sortija había desaparecido de la mano.

No se volvió a levantar precisamente; permaneció en una actitud feroz y medrosa, volviendo la espalda al montón de muertos, escrutando el horizonte, de rodillas, con el cuerpo inclinado hacia adelante y apoyando en tierra los dos índices, sacando la cabeza por encima del borde del camino. Las cuatro patas del chacal se ajustan a ciertas acciones.

Luego, tomando una decisión, se levantó.

En aquel momento, tuvo un sobresalto. Sintió que lo sujetaban por detrás.

Se volvió; era la mano abierta que se había vuelto a cerrar y que había cogido el faldón de su capote.

Un hombre honrado habría sentido miedo. Éste se echó a reír.

—¡Vaya! —dijo—, si es el muerto. Mejor prefiero un aparecido que un gendarme.

No obstante, la mano se fue aflojando y lo soltó. El esfuerzo se agota rápidamente en la tumba.

—¡Hola! —añadió el merodeador—. ¿Está vivo este muerto? Vamos a ver.

Se inclinó de nuevo, escarbó en el montón, separó los obstáculos, cogió la mano, empuñó el brazo, desembarazó la cabeza, tiró del cuerpo, y algunos instantes más tarde arrastraba en la sombra de la hondonada a un hombre inanimado, al menos desvanecido. Era un coracero, un oficial, un oficial incluso de cierto rango; por

debajo de la coraza asomaba una gruesa charretera de oro, aquel oficial no tenía ya casco. Un furioso sablazo había destrozado su cara, en la que sólo se veía sangre. Por lo demás, parecía que no tenía ningún miembro roto, y, por una feliz casualidad, si esta palabra es posible aquí, los muertos habían formado un arco encima de él, de tal modo que lo habían librado de ser aplastado. Sus ojos estaban cerrados.

Sobre su coraza llevaba la cruz de plata de la Legión de Honor.

El merodeador arrancó aquella cruz, que desapareció en uno de los abismos que tenía bajo del capote.

Hecho lo cual, tentó el bolsillo de la pretina del oficial, descubrió un reloj y lo cogió. Luego rebuscó en el chaleco, encontró una bolsa y se la apropió.

Llegaba a esta fase del socorro que estaba prestando al moribundo, cuando el oficial abrió los ojos.

—Gracias —dijo débilmente.

La brusquedad de los movimientos del hombre que así lo manejaba, el frescor de la noche, el aire respirado libremente, lo habían sacado de su letargo.

El merodeador no respondió. Levantó la cabeza. Se oía un ruido de pasos en la llanura; probablemente alguna patrulla que se acercaba.

El oficial murmuró, pues había aún agonía en su voz:

—¿Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses —respondió el merodeador.

El oficial continuó:

—Buscad en mis bolsillos. Encontraréis una bolsa y un reloj. Tomadlos.

Ya estaba hecho.

El merodeador ejecutó aparentemente lo que se le pedía, y dijo:

—No hay nada.

—Me han robado —dijo el oficial—; lo siento. Hubiese sido para vos.

Los pasos de la patrulla se hacían cada vez más distintos.

—Vienen —dijo el merodeador, haciendo el movimiento de un hombre que se va.

El oficial, levantando penosamente el brazo, lo retuvo:

—Me habéis salvado la vida. ¿Quién sois?

El merodeador respondió rápidamente y en voz baja:

—Pertenecía, como vos; al ejército francés. Tengo ahora que dejaros. Si me viesen, me fusilarían. Os he salvado la vida. Ahora arreglaos como podáis.

—¿Cuál es vuestra graduación?

—Sargento.

—¿Cómo os llamáis?

—Thénardier.

—No olvidaré este nombre —dijo el oficial—. Y vos, recordad el mío. Me llamo Pontmercy.

Libro segundo

El navío "El Orión"

I

El número 24 601, se convierte en el número 9 430

Jean Valjean había sido capturado de nuevo.

El lector nos agradecerá que observemos los detalles dolorosos. Nos limitaremos pues a trascribir dos sueltos publicados por los periódicos de aquella época, algunos meses después de los sorprendentes acontecimientos ocurridos en Montreuil-sur-Mer.

Estos artículos son algo sumarios. Recordaremos que en aquella, época no existía aún la *Gaceta de los tribunales*[1].

Tomamos el primero de la *Bandera blanca*. Lleva fecha de 25 de julio de 1823:

«Un distrito del departamento de Pas-de-Calais, acaba de ser teatro de un acontecimiento poco común. Un hombre extraño al departamento, y llamado señor Madeleine, había dado gran impulso, de algunos años a esta

[1] Con más exactitud, habían existido, antes de esta fecha, varias *Gaceta de los tribunales*. Una nueva edición debía aparecer en 1825.

parte, gracias a unos nuevos procedimientos, a una antigua industria local, la fabricación de azabaches y abalorios negros. En ella había hecho su fortuna, y si vale decir la verdad, la del departamento. Como justo reconocimiento a sus servicios, fue nombrado alcalde. La policía ha descubierto que este señor Madeleine, no era otro que un antiguo forzado escapado de presidio, condenado en 1796 por robo, y llamado Jean Valjean. Jean Valjean ha sido reintegrado a presidio. Parece ser que antes de su detención había conseguido sacar de casa del señor Laffitte una suma de más de medio millón que tenía colocada en dicha casa, y que por otra parte, según se dice, había ganado legítimamente en su comercio. No se ha podido saber dónde había ocultado esta suma Jean Valjean, después de su entrada en el presidio de Tolón.»

El segundo artículo, un poco más detallado, está extraído del *Periódico de París*[2], de la misma fecha:

«Un antiguo forzado liberado, llamado Jean Valjean, acaba de comparecer ante los tribunales del Var, en circunstancias propias para llamar la atención. Este criminal, había conseguido engañar la vigilancia de la policía; había cambiado de nombre, y había conseguido ser nombrado alcalde de una de nuestras pequeñas ciudades del norte. En esta ciudad, había establecido un comercio bastante considerable. Por fin, ha sido desenmascarado y detenido, gracias al celo infatigable del ministerio público. Tenía por concubina, una mujer pública que murió de terror en el momento de su arresto. Este miserable, dotado de una fuerza hercúlea, había encontrado medio de evadirse; pero tres o cuatro días después de su

[1] El *Periódico de París, político, comercial y literario*, apareció con este título desde 1811 hasta 1827.

evasión, la policía consiguió apoderarse nuevamente de él en París en el preciso instante en que subía a uno de estos pequeños carruajes que hacen el trayecto de la capital, a la aldea de Montfermeil (Seine-et-Oise). Dicen que se había aprovechado el intervalo de estos tres o cuatro días de libertad, para entrar en posesión de una suma considerable, colocada por él en casa de uno de nuestros principales banqueros. Se evalúa esta suma, en seiscientos o setecientos mil francos. Si hemos de dar crédito al acta de acusación, debe haberla escondido en un sitio conocido sólo por él, y no se ha podido dar con ella. Como quiera que sea, el tal Jean Valjean, acaba de comparecer ante los tribunales del Var como acusado de robo en despoblado cometido a mano armada, hace alrededor de ocho años, en la persona de uno de estos honrados niños, que como dijo el patriarca de Ferney en versos inmortales:

...De Saboya vienen cada año,
para deshollinar con diestra mano,
los largos tubos de las chimeneas [1].

»Este bandido, ha renunciado a defenderse. Ha sido establecido por el hábil y elocuente ministerio público, que el robo fue cometido en unión con otros cómplices, y que Jean Valjean formaba parte de una banda de ladrones en el mediodía. En consecuencia, Jean Valjean, declarado culpable, ha sido condenado a la pena de muerte. Este criminal se ha negado a entablar el recurso de casación. El rey, con su inagotable clemencia, se ha dignado a conmutar su pena por la de trabajos forzados a perpetuidad. Jean Valjean ha sido conducido inmediatamente al presidio de Tolón.»

[1] Estos versos de Voltaire se encuentran en *El pobre diablo* (1758). Burlándose de los «digamos buenos espíritus», el poeta declara:
«Estimo mejor a estos honrados niños (Que de Saboya...)»

No se habrá olvidado, que Jean Valjean tenía en Montreuil-sur-Mer, costumbres religiosas. Algunos periódicos, entre otros el *constitucional* [1], presentaron esta conmutación de pena como un triunfo del partido clerical.

Jean Valjean, cambió de cifra en presidio. Se llamó el 9430.

Por lo demás, digámoslo de una vez para siempre, la prosperidad de Montreuil-sur-Mer, desapareció con el señor Madeleine; todo lo que había previsto en su noche de delirio y de dudas, se realizó; faltando él, faltó el alma de aquella población. Después de su caída, se verificó en Montreuil-sur-Mer, este reparto egoísta de la herencia de los hombres caídos, esta fatal desmembración de las cosas florecientes que se efectúa todos los días oscuramente en la comunidad humana, y que la historia sólo ha consignado una vez, porque se hizo después de la muerte de Alejandro. Los tenientes se coronan reyes; los contramaestres se improvisan fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Los vastos talleres del señor Madeleine, fueron cerrados; los edificios se arruinaron, los obreros se dispersaron. Unos abandonaron la región, y otros abandonaron el oficio. Desde entonces, todo se hizo en pequeño, en lugar de hacerse en grande; para el lucro, en lugar de hacerse para el bien. Ya no hubo centro, la competencia y el encarnizamiento aparecieron por todas partes. El señor Madeleine, lo dominaba y dirigía todo. Cuando él cayó, cada uno se fue por su lado; el espíritu de lucha, sucedió al espíritu de organización, la aspereza a la cordialidad, el odio de unos contra otros, a la benevolencia del fundador para todos; los hilos atados por el señor Madeleine se enredaron y se rompieron; falsificaron los procedimientos, se envilecieron los productos, se mató

1 El *Constitucional* era un periódico liberal, de ahí su interpretación de los acontecimientos.

la confianza; las exportaciones disminuyeron, hubo menos pedidos, bajó el salario, los talleres se cerraron y pronto llegó la quiebra. Y luego nada para los pobres. Todo se desvaneció.

El estado mismo se dio cuenta de que alguien había sido arruinado en alguna parte. En menos de cuatro años, después de la sentencia del tribunal estableciendo la identidad del señor Madeleine y de Jean Valjean, y de su envío a presidio, los gastos de percepción de impuestos se habían duplicado en el deparmento de Montreuil-sur-Mer, como observó el señor Villèle en la tribuna, en el mes de febrero de 1827.

II

Donde se leerán dos versos que son tal vez del diablo

Antes de seguir adelante, bueno será referir con algunos pormenores, un hecho singular que en la misma época sucedió en Montfermeil, y que no deja de tener su conexión con ciertas conjeturas del ministerio público.

Existe en el país de Montfermeil una superstición muy antigua, tanto más curiosa y tanto más preciosa, cuanto que una superstición popular en las cercanías de París es como un aloe en Siberia. Somos de los que respetan todo lo que se halla en estado exótico. He aquí pues la superstición de Montfermeil: Se cree que el diablo desde tiempo inmemorial, ha escogido la selva inmediata para ocultar en ella sus tesoros. Las buenas mujeres, afirman que no es raro encontrar, al morir el día, en los sitios apartados del bosque, un hombre negro, con facha de carretero o de leñador, calzado con zuecos, vestido con un pantalón y una zamarra de lienzo, y fácil de reconocer, porque en vez de gorra o de sombrero, ostenta dos inmensos cuernos en la cabeza. En efecto, esto debe ser-

virle de mucho para ser reconocido. Este hombre, está ocupado habitualmente en practicar agujeros. Hay tres maneras de sacar partido de este encuentro. El primero, es llegarse al hombre y hablarle. Entonces se observa que este hombre es simplemente un campesino, y que parece negro porque es la hora del crepúsculo; que no hace tal agujero, sino que corta hierba para su ganado, y que lo que se había tomado por cuernos, no es otra cosa que una horquilla para remover el heno que lleva a la espalda, y cuyos dientes, por efecto de la perspectiva de la noche, parecía que salían de su cabeza. Vuelve uno a casa, y se muere al cabo de una semana. El segundo método es observarlo, esperar que haya practicado su agujero, que lo haya tapado, y que se haya marchado; luego, correr rápidamente a la fosa, volverla a abrir, y tomar el «tesoro», que el hombre negro, ha colocado allí necesariamente. En este caso, se muere uno al cabo de un mes. Por fin el tercer método es no hablar con el hombre negro, no mirarlo, y huir a escape. Entonces, muere uno al cabo de un año.

Como las tres maneras, tienen sus inconvenientes, la segunda, que ofrece al menos algunas ventajas sobre las otras, entre ellas la de poseer un tesoro, aunque sólo sea por un mes, es la adoptada más corrientemente. Los hombres atrevidos y que intentan toda clase de aventuras, han abierto muchas veces, según se dice, los hoyos hechos por el hombre negro, e intentado robar al diablo. Parece que la operación ha sido mediocre. Al menos, si se ha de creer la tradición, y en particular, los dos versos enigmáticos en latín bárbaro, que sobre este tema dejó escritos un mal monje normando, llamado Tryphon. Este tal Tryphon, está enterrado en la abadía de Saint-Georges de Bocherville, cerca de Ruan, y nacen sapos sobre su tumba.

Se hacen pues, esfuerzos enormes, porque estos hoyos son generalmente muy hondos; se suda, se cava, se trabaja durante toda la noche, porque es de noche cuando se ejecuta todo esto; se empapa la camisa en sudor, se gasta toda la luz, se mella el azadón; y cuando por fin se ha llegado al fondo del hoyo, cuando se ha puesto la mano encima del tesoro, ¿qué es lo que se encuentra? ¿cuál es el tesoro del diablo? Un sueldo, a veces, un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver destilando sangre, algunas veces un espectro doblado en cuatro como una hoja de papel en una cartera; otras veces nada. Esto es lo que parecen anunciar a los curiosos indiscretos, los versos de Tryphon:

> Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,
> as, nummos, lapides, cadaver, simulacra, nihilque [1].

Parece ser que en estos días, es posible hallar también en estos hoyos, bien un frasco de pólvora con balas, bien una baraja vieja de cartas grasientas y chamuscadas que evidentemente ha servido a los diablos. Tryphon no registra ninguno de estos encuentros, porque vivía en el siglo XII, y no parece que el diablo haya tenido el ingenio de inventar la pólvora antes que Roger Bacon, y las cartas antes que Carlos VI.

Por lo demás, el que juega con estas cartas puede estar seguro de perder todo lo que posee; en cuanto a la pólvora que hay en el frasco, tiene la propiedad de hacer estallar el fusil ante el rostro.

Ahora bien, muy poco tiempo después de la época en que pareció al ministerio público que el licenciado de

1 «Cava, y en una fosa oscura esconde tesoros,
Un sueldo, monedas, guijarros, un cadáver, imágenes y (nada.»
Tryphon escribe, en efecto, en «latín bárbaro»: as por assem.

presidio Jean Valjean, durante su evasión de algunos días, había estado merodeando por los alrededores de Montfermeil, se observó en esta misma aldea que un viejo peón caminero llamado Boulatruelle hacía frecuentes visitas al bosque. Se creía saber en el país, que el tal Boulatruelle, había estado en presidio; estaba sometido a cierta vigilancia por la policía, y como no encontraba trabajo en ninguna parte, la administración lo empleaba por un pequeño jornal, como peón en el camino vecinal de Gagny a Lagny.

Este tal Boulatruelle era mirado de reojo por la gente del país; demasiado humilde, pronto a quitarse su gorra ante todo el mundo, tembloroso y sonriente ante los gendarmes, probablemente afiliado a alguna banda, según se decía, sospechoso de que se emboscaba a la caída de la noche en alguna espesura de los bosques. No tenía en su favor, sino la circunstancia de ser un borracho.

Véase lo que se creía haber notado:

Desde hacía algún tiempo, Boulatruelle dejaba muy temprano su trabajo de echar piedra y componer el camino, y se iba con su azadón a la selva. A la caída de la tarde, se le encontraba en los claros más desiertos, entre la maleza más sombría, buscando al parecer alguna cosa, y otros veces abriendo hoyos. Las buenas mujeres que pasaban por allí, lo tomaban al principio por Belcebú; después reconocían a Boulatruelle, y no por ello quedaban más tranquilas. Tales encuentros, parece que incomodaban mucho a Boulatruelle. Era visible que trataba de esconderse y que existía algún misterio en lo que hacía.

Decían en el pueblo:

—Está claro que el diablo se ha aparecido. Boulatruelle lo ha visto y lo busca. Vamos, se ha empeñado en atraparle el gato a Lucifer.

Los volterianos, añadían:

—¿Será Boulatruelle quien atrapará al diablo, o el diablo quien lo atrapará a él?

Las viejas se persignaban. No obstante, los manejos de Boulatruelle en el bosque, cesaron, y remprendió normalmente su trabajo de peón. Con lo cual, se habló de otra cosa.

Algunas personas, no obstante, no habían dado por satisfecha su curiosidad, pensando que en todo aquello, había probablemente, no los fabulosos tesoros de la leyenda, sino alguna buena cantidad más seria y palpable que los billetes de banco del diablo, y cuyo secreto, había sin duda medio sorprendido el caminero. Los más «intrigados», eran el maestro de escuela, y el bodeguero Thénardier, el cual era amigo de todo el mundo, y no había desdeñado unirse a Boulatruelle.

—Ha estado en presidio —decía Thénardier—. ¡Cómo se ha de saber! No se sabe quién está allí, ni quién irá.

Una noche, el maestro de escuela afirmaba que en otro tiempo la justicia habría inquirido lo que Boulatruelle iba a hacer al bosque, y le habría hecho hablar, porque en caso de necesidad se le habría sometido al tormento, y no habría podido resistir, por ejemplo, a la cuestión del agua.

—Le daremos la cuestión del vino —dijo Thénardier.

Pusieron manos a la obra, e hicieron beber al viejo peón. Boulatruelle bebió enormemente, y habló poco. Combinó, con un arte admirable y en una proporción magistral, la sed de un glotón con la discreción de un juez. Sin embargo, a fuerza de volver a la carga, y de unir y compaginar las pocas palabras oscuras que se le

escapaban, Thénardier y el maestro de escuela creyeron comprender lo siguiente:

Una mañana, al ir Boulatruelle a su trabajo apenas amanecía, lo sorprendió ver en el recodo del bosque entre la maleza, una pala y un azadón como quien dice ocultos. Sin embargo, pensó que probablemente serían el azadón y la pala del tío Six-Fours, el aguador, y no volvió a pensar en ello. Pero al oscurecer del mismo día había visto, sin que lo viese a él, porque estaba oculto tras un árbol, «a un individuo que no era del país, y a quien Boulatruelle conocía muy bien, dirigiéndose desde el camino a lo más espeso del bosque». Traducción de Thénardier: Un compañero de presidio. Boulatruelle se negó obstinadamente a decir su nombre. Este individuo, llevaba un paquete algo cuadrado, como una caja grande, o un pequeño cofre. Sorpresa de Boulatruelle. Sin embargo, hasta pasados siete u ocho minutos no se le ocurrió la idea de seguir al «sujeto». Pero era demasiado tarde, el sujeto se había internado ya en la espesura del bosque, había caído la noche, y Boulatruelle, no había podido alcanzarlo. Entonces había decidido observar a la entrada del bosque. «Hacía luna.» Dos o tres horas más tarde, Boulatruelle había visto salir al sujeto de entre la maleza, llevando, no el cofre-maleta, sino una pala y un azadón. Boulatruelle, lo dejó pasar y no se le ocurrió la idea de acercarse a él, porque se dijo para sí que el otro era tres veces más fuerte, y armado además con un azadón; probablemente lo derribaría de un puñetazo al verse reconocido. Emocionante efusión de dos viejos camaradas que vuelven a encontrarse. Pero la pala y el azadón habían sido como un rayo de luz para Boulatruelle; había corrido a la maleza por la mañana, y no había encontrado ni la pala ni el azadón. Había deducido que el individuo, después de entrar en el bosque, había practicado un agu-

jero en la tierra con el azadón, había enterrado el cofre, y había vuelto a tapar el hoyo con la pala. Ahora bien, el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver, contenía pues, dinero. De ahí sus pesquisas. Boulatruelle exploró, sondeó y escudriñó toda la selva, y miró por todas partes donde le pareció que habían removido recientemente la tierra, pero fue en vano.

No había «pescado» nada. Nadie volvió a pensar en ello en Montfermeil. Sólo hubo algunas comadres que dijeron: «Tened por cierto que el caminero de Gagny ha armado por algo toda esta baraúnda; de seguro, ha venido el diablo.»

III

De cómo era preciso que la cadena de la manilla hubiera sufrido alguna operación preparatoria para romperse así de un martillazo[1]

Hacia finales de octubre del mismo año de 1823, los habitantes de Tolón vieron entrar en su puerto, a consecuencia de un temporal, y para reparar algunas averías, el navío «El Orión» que fue más tarde empleado en Brest como navío-escuela, y que formaba parte entonces de la escuadra del Mediterráneo.

Este buque, incluso averiado como estaba, porque el mar lo había maltratado, hizo un gran efecto al entrar en la rada. Llevaba no recuerdo qué pabellón, que le valió un saludo reglamentario de once cañonazos, devueltos por él, uno a uno; en total: veintidós. Se ha calculado que en salvas, cortesías reales y militares, cambio de ruidos corteses, señales de etiqueta, formalidades de radas

1 Víctor Hugo se inspira en este capítulo, en una nota escrita para él, en 1847, por el barón La Rincière Le Noury, en la que este oficial de marina, relataba la hermosa acción de un forzado salvando a un marinero. (*E.I.N.*, II, 601–602.)

y de ciudades, salvas hechas diariamente por todas las fortalezas y todos los buques de guerra al salir y ponerse el sol, a la apertura y clausura de los puertos, etc., etc., el mundo civilizado gasta en pólvora en toda la tierra cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil tiros de cañón, inútiles. A seis francos el tiro, importan novecientos mil francos al día, trescientos millones al año, que se convierten en humo. Esto no es más que un detalle. Entretanto, los pobres se mueren de hambre.

El año 1823, era el que la restauración ha llamado «la época de la guerra de España».

Esta guerra contenía muchos acontecimientos en uno sólo, y muchas singularidades; un gran asunto de familia para la casa de Borbón, la rama de Francia socorriendo y protegiendo a la de Madrid, es decir, ejecutando un acto de primogenitura; una vuelta aparente a nuestras tradiciones nacionales, complicada con la servidumbre y sujeción a los gabinetes del norte; el duque de Angulema, llamado por los periódicos liberales, el héroe de Andújar[1], comprimiendo, en una actitud triunfal algo contrariada por su aire pacífico, al viejo terrorismo demasiado real del santo oficio en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales; los sans-coulottes resucitados con gran terror de las viudas de la nobleza hereditaria, bajo el nombre de descamisados[2]; la monarquía oponiéndose al progreso, calificado de anarquía; las teorías del 89 interrumpidas bruscamente en su trabajo de zapa; un ¡basta!, europeo intimado a la idea francesa

[1] El 8 de agosto de 1823, el duque de Angulema, hijo de señor (futuro Carlos X) y generalísimo de los ejércitos franceses en España, había firmado, en Andújar (Andalucía), una orden por la cual recobraba el gobierno. Esta orden, provocada por los abusos de los absolutistas españoles, fue referida en las órdenes llegadas de París.

[2] Sobrenombre de los revolucionarios españoles.

que daba la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignan, más tarde Charles-Albert[1], enrolándose en esta cruzada de los reyes contra los pueblos como voluntario, con charreteras de granadero en lana roja; los soldados del imperio volviendo a entrar en la campaña, pero después de ocho años de reposo, viejos, tristes, y bajo la escarapela blanca; la bandera tricolor agitada en el extranjero por un heroico puñado de franceses, como la bandera blanca lo había sido en Coblenza, treinta años antes, los frailes mezclados con nuestros soldados; el espíritu de libertad y de novedad, cohibido por las bayonetas; los príncipes humillados a cañonazos; Francia deshaciendo con sus armas lo que había hecho con su genio; por lo demás, los jefes enemigos vendidos, los soldados vacilando, las ciudades sitiadas por millones en metálico; peligros militares nulos, y sin embargo, explosiones posibles, como en toda mina sorprendida e invadida; poca sangre vertida, poco honor conquistado; vergüenza para algunos, gloria para nadie: tal fue esta guerra hecha por príncipes que descendían de Luis XIV, y dirigida por generales que procedían de Napoleón[2]. Tuvo la triste suerte de no recordar ni la gran guerra, ni la gran política.

Algunos hechos de armas, fueron de consideración; la toma del Trocadero[3], entre otros, fue una hermosa acción militar, pero en suma, lo repetimos, las trompetas de esta guerra producen un sonido cascado, el conjunto

[1] El príncipe de Carignan, que se convirtió en rey del Piamonte en 1831, combatió en España en las filas del ejército francés. Quizá, de este modo, quería hacerse perdonar las extravagancias liberales que lo habían alejado de Italia.

[2] Bajo el mandato del duque de Angulema, el ejército francés había sido conducido por Oudinot, siendo Víctor ministro de la guerra.

[3] Fuerte de Cádiz, tomado el 31 de agosto de 1823.

fue sospechoso, la historia aprueba a Francia en su dificultad de aceptación de este falso triunfo. Pareció evidente, que ciertos oficiales españoles encargados de la resistencia cedieron con demasiada facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de la corrupción; pareció que era más fácil ganar a los generales que las batallas; y el soldado vencedor, regresó humillado. Guerra que empequeñecía, en efecto, en lugar de engrandecer, y donde pudo leerse banco de Francia, en los pliegues de la bandera.

Soldados de la guerra de 1808, sobre los que se desplomó Zaragoza formidablemente, fruncían el ceño en 1825, ante la fácil apertura de las ciudadelas [1], y echaban de menos a Palafox. El genio de Francia prefería tener enfrente de sí a Rostopchine que a Ballesteros [2].

Desde un punto de vista más grave aún, sobre el que conviene insistir también, esta guerra, que lastimaba en Francia el espíritu militar, indignaba el espíritu democrático. Era una empresa de esclavizamiento. En esta campaña, el objeto del soldado francés, hijo de la democracia, era la conquista de un yugo para otro pueblo; repugnante contrasentido. El destino de Francia es despertar el espíritu de los pueblos, no sofocarlo. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la revolución francesa; la libertad irradia desde Francia: éste es un hecho resplandeciente. «¡Ciego el que no lo ve!», como dijo Bonaparte.

La guerra de 1823, atentado contra la generosa nación española, era, pues, al mismo tiempo, un atentado a la revolución francesa. Esta monstruosa agresión, era Fran-

[1] La frase es de Oudinot: «Lo que me molesta y me inquieta en todo esto, es que estas gentes, creen haber hecho la guerra.»

[2] Ballesteros, general liberal, que capituló el 26 de julio de 1823, en Campillo de Arenas.

cia quien la cometía; por fuerza; pues aparte de estas guerras liberadoras, todo lo que hacen los ejércitos, lo hacen por la fuerza. La palabra obediencia pasiva lo indica. Un ejército es una extraña obra maestra de combinación, en que la fuerza resulta de una enorme suma de impotencia. Así se explica la guerra, hecha por la humanidad contra la humanidad, a pesar de la humanidad.

En cuanto a los Borbones, la guerra de 1823 fue fatal para ellos. La tomaron por un triunfo. No vieron el peligro que hay en hacer matar una idea por medio de una consigna. Se equivocaron en su ingenuidad, hasta el punto de introducir en su establecimiento, como un elemento de fuerza, la inmensa debilidad de un crimen. El espíritu de asechanza entró en su política. 1830, germinó en 1823. La campaña de España vino a ser en sus consejos un argumento para los golpes de fuerza, y de las aventuras del derecho divino. Estableciendo Francia el rey absoluto[1], en España, podía muy bien restablecer el rey absoluto en su casa misma. Cayeron en el temible error de considerar la obediencia del soldado, como el consentimiento de la nación. Esta confianza, pierde a los tronos. No es bueno dormirse ni a la sombra de un manzano, ni a la sombra de un ejército.

Volvamos al navío «El Orión».

Durante las operaciones del ejército mandado por el príncipe generalísimo, una escuadra cruzaba el Mediterráneo. Acabamos de decir que «El Orión» pertenecía a esta escuadra, y se vio obligado a pasar por Tolón por causa de averías sufridas en el mar.

La presencia de un navío de guerra en un puerto tiene siempre un no sé qué, que atrae y ocupa a la multitud. Es porque es grande, y la multitud ama lo que es grande.

1 «El rey absoluto.»

Un navío de línea, es una de las combinaciones más magníficas del genio del hombre con el poder de la naturaleza.

Un navío de línea, está compuesto a la vez de lo más pesado y de lo más ligero, porque tiene que habérselas al mismo tiempo con las tres formas de la sustancia, la sólida, la líquida y la gaseosa, y porque debe luchar con las tres. Tiene once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y más antenas que los insectos para tomar el viento entre las nubes. Su respiración sale por sus ciento veinte cañones, como por enormes clarines, y responde al rayo con firmeza. El océano trata de extraviarlo en la horrible similitud de sus olas, pero el navío tiene alma, su brújula que lo aconseja y le señala siempre el norte. En las noches negras, sus fanales suplen a las estrellas. Así, pues, contra el viento tiene la cuerda y la lona; contra el agua la madera, contra la roca el hierro, el cobre y el plomo, contra la sombra la luz, contra la inmensidad una aguja.

Si se quiere formar una idea sobre todas estas proporciones gigantescas cuyo conjunto constituye el navío de línea, no hay más que entrar en una de las calas cubiertas de seis pisos de los puertos de Brest o de Tolón. Los buques en construcción, están allí, por decirlo así, bajo una campana. Aquella viga colosal es una verga; esta gruesa columna de madera echada en tierra hasta perderse de vista, es el palo mayor. Midiéndolo desde el fondo del casco, donde empieza, hasta su cima, que se confunde con las nubes, tiene de largo sesenta toesas, y tres pies de diámetro en su base. El palo mayor inglés, se eleva a doscientos diecisiete pies por encima de la línea de flotación. La marina de nuestros padres, empleaba cables, la nuestra, emplea cadenas. El simple montón de cadenas de un navío de cien cañones tiene cuatro pies

de altura, veinte de longitud y ocho de anchura. Y para hacer este navío, ¿cuánta madera se precisa?

Tres mil metros cúbicos. Es una selva flotante.

Además, nótese bien esto, no se trata aquí de una construcción militar de hace cuarenta años, de un simple navío de velas; el vapor, entonces en la infancia, ha añadido después nuevos milagros a este prodigio llamado navío de guerra. Hoy, por ejemplo, el navío de vapor de hélice, es una máquina sorprendente, llevada por un velamen de tres mil metros cuadrados de superficie, y una caldera de dos mil quinientos caballos de fuerza.

Sin hablar de estas maravillas nuevas, la antigua nave de Cristóbal Colón y de Ruyter es una de las grandes obras maestras del hombre. Es tan inagotable en fuerza, como el infinito en hálitos, almacena el viento en sus velas, lo mantiene en una dirección fija entre la inmensa difusión de las olas, flota, reina.

Llega el momento, sin embargo, en que una ráfaga rompe como una paja la verga de sesenta pies de largo; en que el viento dobla como un junco el palo mayor de cuatrocientos pies de alto; en que el áncora, que pesa diez mil libras, se tuerce en la boca de la ola como el anzuelo de un pescador en la quijada de un sollo; en que los monstruosos cañones lanzan rugidos quejumbrosos e inútiles que el huracán se lleva en la oscuridad y en el vacío; en que todo este poder y toda esta majestad se abisman en un poder y una majestad superiores. Cada vez que se despliega una fuerza inmensa para terminar en una inmensa debilidad, semejante resultado hace pensar a los hombres. De ahí los curiosos que abundan, sin que ellos mismos se expliquen perfectamente por qué, alrededor de estas maravillosas máquinas de guerra y de navegación.

Todos los días, pues, de la mañana a la noche, los muelles y la playa del puerto de Tolón estaban cubiertos de una multitud de ociosos y de necios, como se dice en París, ocupados solamente en mirar «El Orión».

«El Orión» era un navío enfermo desde hacía algún tiempo. En sus navegaciones anteriores, habíanse amontonado sobre su quilla capas espesas de conchas, hasta el punto de hacerlo perder la mitad de su velocidad; lo habían puesto en seco el año anterior, para rasparle las conchas, y luego había sido botado al agua de nuevo. Pero este raspado había alterado todos los bulones de la quilla. A la altura de las Baleares, la parte del buque inferior a la línea de flotación, se había cansado y abierto, y como el forrado no se hacía entonces de cobre, el buque hacía agua. Sobrevino un violento vendaval de equinoccio, que desfondó a babor la roda y una portañola, y deterioró el porta-obenque de mesana. Como consecuencia de estas averías, «El Orión» tuvo que regresar a Tolón.

Fondeó cerca del arsenal. Se intentó armarlo y repararlo. El casco no había sufrido nada a estribor, pero se habían desclavado algunos listones de los costados, según suele hacerse, para que el aire pudiese penetrar en el armazón.

Una mañana, la multitud que lo contemplaba, fue testigo de un accidente.

La tripulación estaba ocupada en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de la gavia por la parte de estribor, perdió el equilibrio. Lo vieron vacilar, la multitud apiñada en el muelle del arsenal lanzó un grito, pero la cabeza pudo más que el cuerpo; el hombre dio vueltas alrededor de la verga, con las manos extendidas hacia el abismo; cogió al paso, con una mano primero, y luego con la otra, el estribo, y quedó suspendido en él. El mar, debajo de él, tenía una profundidad

vertiginosa. La sacudida de su caída, había impuesto al estribo un violento movimiento de columpio. El hombre iba y venía agarrado a esta cuerda como la piedra de una honda.

Socorrerlo, significaba correr un riesgo horrible. Ninguno de los marineros, todos ellos pescadores de la costa, que hacía poco habían entrado en el servicio, se atrevían a aventurarse en ello. Entretanto, el desgraciado gaviero se cansaba; no se percibía la angustia en su rostro, pero en todos sus miembros se distinguía su agotamiento. Sus brazos se torcían en una tensión horrible. Cada esfuerzo que hacía para subir no hacía más que acusar las oscilaciones del estribo. No gritaba, por miedo de perder las fuerzas. La multitud esperaba verlo de un momento a otro soltar la cuerda, y todo el mundo volvía la cabeza para no verlo caer. Hay .ocasiones en que el extremo de una cuerda, un palo, la rama de un árbol, es la vida misma, y es algo terrible, ver a un ser viviente que se desprende y cae como un fruto maduro.

De pronto, viose a un hombre que trepaba por el aparejo con la agilidad de un tigre. Este hombre, iba vestido de encarnado, era un presidiario; llevaba un gorro verde, señal de condenado a cadena perpetua. Una vez llegado a la altura de la gavia, un golpe de viento le arrebató el gorro, y dejó ver una cabeza completamente blanca; no era un hombre joven.

En efecto, un individuo perteneciente a una cuerda de presos empleado a bordo, había corrido desde el primer momento al oficial de cuarto, y en medio de la turbación y duda de la tripulación, mientras los marinos temblaban y retrocedían, había pedido al oficial el permiso de arriesgar su vida, para salvar al gaviero. A un signo afirmativo del oficial, había roto de un martillazo la cadena sujeta a la argolla de su pie, tomó luego una

cuerda y se lanzó a los obenques. Nadie notó en aquel instante la facilidad con que fue rota la cadena. Hasta más tarde, no lo recordaron.

En un abrir y cerrar de ojos, estuvo en la verga. Se detuvo algunos segundos, y pareció medirla con la vista. Estos segundos, durante los cuales el viento balanceaba al gaviero al extremo de un hilo, parecieron siglos a los que lo contemplaban. Por fin, el forzado levantó los ojos al cielo y dio un paso hacia adelante. La multitud respiró. Lo vieron recorrer la verga por un instante. Al llegar al extremo, ató a ella un cabo de la cuerda que llevaba, y dejó suelto el otro cabo; después empezó a bajar, deslizándose por aquella cuerda, y entonces hubo una inexplicable angustia; en lugar de un hombre suspendido sobre el abismo, había dos.

Hubiérase dicho una araña yendo a coger una mosca; sólo que aquí la araña llevaba la vida y no la muerte. Diez mil miradas estaban fijas en aquel grupo. Ni un grito, ni una palabra, el mismo estremecimiento fruncía todas las cejas. Todas las bocas retenían su aliento, como si hubiesen temido añadir el menor soplo al viento que sacudía a aquellos infelices.

Entretanto, el presidiario había conseguido acercarse al marinero. Ya era tiempo; un minuto más tarde, el hombre, agotado y desesperado, se hubiera dejado caer al abismo; el forzado lo había amarrado sólidamente con la cuerda a la que se sujetaba con una mano, mientras trabajaba con la otra. Por fin, lo vieron subir sobre al verga e izar al marinero, hasta que lo tuvo también en ella, allí lo sostuvo un instante para dejarlo recobrar las fuerzas, después lo cogió en sus brazos, y lo llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y de allí a la gavia, donde lo dejó en manos de sus camaradas.

En este preciso instante, la multitud aplaudió; algunos de la chusma lloraban; las mujeres se abrazaban en el muelle, y oyóse gritar a todo el mundo con una especie de furor enternecido: «¡Perdón para este hombre!»

Éste, mientras tanto, se había preparado para bajar inmediatamente con el fin de unirse a la cuerda a la que pertenecía. Para llegar más pronto, dejóse deslizar, y echó a correr por una verga baja. Todas las miradas lo seguían. Por un momento, la multitud temió por él: ya porque estuviera fatigado, ya porque la cabeza le daba vueltas, creyeron verlo dudar y tambalearse. De repente, la multitud lanzó un grito, el presidiario acababa de caer al mar.

La caída era peligrosa. La fragata «Algeciras» estaba anclada cerca de «El Orión», y el pobre presidiario había caído entre los dos navíos. Era de temer que hubiese ido a parar debajo del uno o del otro. Cuatro hombres saltaron a una embarcación apresuradamente. La multitud los animaba, y la ansiedad había vuelto a todos los semblantes El hombre no había salido a la superficie. Había desaparecido en el mar sin dejar huella, como si hubiese caído en una cuba de aceite. Se sondeó y se buscó en el fondo. Fue en vano. Buscaron hasta la noche; no encontraron ni el cuerpo siquiera.

Al día siguiente, el diario de Tolón, imprimía estas líneas:

«17 de noviembre de 1823.—Ayer, un forzado que se hallaba trabajando con su cuerda a bordo de «El Orión», al acabar de socorrer a un marinero, cayó al mar y se ahogó. No se pudo encontrar su cadáver. Se cree que habrá quedado enganchado en las estacas de la punta del arsenal. Este hombre estaba inscrito en el registro con el nº 9430, y se llamaba Jean Valjean.»

Libro tercero

Cumplimiento de la promesa hecha a la muerta

I

La cuestión del agua en Montfermeil

Montfermeil está situado entre Livry y Chelles, en la orilla meridional de la elevada meseta que separa Ourcq de la Marne. Hoy es una villa bastante poblada, adornada todo el año con casitas de campo construidas de yeso, y el domingo por alegres y honrados ciudadanos. En 1823 no había en Montfermeil ni tantas casas blancas ni tantos ciudadanos satisfechos. No era más que una aldea en los bosques. Solía verse aquí y allá alguna casa de recreo del último siglo, fáciles de conocer por su aire aristocrático, sus balcones de hierro forjado y sus largas ventanas, cuyos vidrios verdes tomaban matices muy distintos sobre el color blanco de las cortinas corridas. Pero no por ello dejaba Montfermeil de ser una aldea. Los mercaderes de paño retirados y los aficionados a veranear, no la habían descubierto aún. Era un lugar apacible y encantador, que no era paso para parte alguna; se vivía en él económicamente, y se vivía esta vida campestre tan abundante

y tan fácil. Sólo que el agua era escasa, a causa de la elevación de la meseta.

Era preciso ir a buscarla bastante lejos. El extremo de la aldea que está al lado de Gagny, se proveía de agua en los magníficos estanques que hay en aquellos bosques; el otro extremo, que rodea la iglesia, y que está en la parte de Chelles, no hallaba agua potable sino en un pequeño manantial que había a la mitad de la cuesta, cerca del camino de Chelles, a un cuarto de hora de Montfermeil.

Así, pues, el abastecimiento de agua para cada casa era una tarea bastante dura. Las casas grandes, de cuya aristocracia formaba parte la taberna Thénardier, pagaban medio sueldo por cubo de agua a un hombre que tenía este oficio, y que ganaba con esto unos ocho sueldos al día; pero este hombre sólo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano, y hasta las cinco en invierno, y una vez llegada la noche, una vez cerradas las cortinas de los pisos bajos, quien no tenía agua para beber, iba a buscarla o se privaba de ella.

Esto era lo que aterraba a esta pobre criatura, que el lector no ha olvidado tal vez, a esta pobre Cosette. Recordaremos que Cosette era útil a los Thénardier de dos modos, se hacían pagar por la madre, y se hacían servir por la niña. Así, pues, cuando la madre dejó enteramente de pagar, por las razones expuestas en los capítulos anteriores, los Thénardier se quedaron con Cosette. La pobre niña les servía de criada. Como tal, era ella la que iba a buscar el agua cuando faltaba. Así es que, espantada con la idea de ir a la fuente por la noche, cuidaba de que el agua no faltase nunca en la casa.

La navidad del año 1823, fue particularmente brillante en Montfermeil. El principio del invierno había sido suave; no había helado ni nevado aún. Los feriantes lle-

gados de París, habían obtenido del señor alcalde, el permiso para instalar sus tiendas en la calle ancha de la aldea, y una bandada de mercaderes ambulantes situó sus puestos con la misma tolerancia en la plaza de la iglesia, y hasta la calle de Boulanger, donde como recordaremos, estaba situada la taberna Thénardier. Toda aquella gente, llenaba las posadas y las tabernas, y daba a este país tranquilo, una vida alegre y ruidosa. Debemos decir, para ser fieles historiadores, que entre las curiosidades expuestas en la plaza, había una especie de barraca, en la cual unos hombres saltimbanquis vestidos de harapos y llegados no se sabe de dónde, mostraban en 1823 a los campesinos de Montfermeil, uno de estos horribles buitres del Brasil, que nuestro museo real, no poseyó hasta 1845, y que por ojo tienen una escarapela tricolor. Los naturalistas llaman a este pájaro, según creo, *Caracará polyborus*[1]; es de familia de los halcones y del orden de las apícides. Algunos viejos soldados bonapartistas retirados en el pueblo, iban a ver aquel animal con devoción. Los charlatanes presentaban la escarapela tricolor, como un fenómeno único y creado expresamente por Dios para su colección de animales raros.

En la misma noche de navidad, muchos hombres, carreteros y trajineros, habíanse sentado y bebían alrededor de una mesa, con cuatro o cinco velas de sebo en la sala baja de la taberna Thénardier. Esta sala se parecía a todas las salas de taberna; mesas, cántaros de estaño, botellas, bebedores, fumadores; poca luz, mucho ruido. La fecha del año 1823 estaba indicada no obstante por los dos objetos, entonces de moda entre la clase burguesa,

[1] La *Caracará polyborus:* ave rapaz de la cual existen varias especies, siendo la más conocida la del Brasil. Familia de las falcónidas.

que estaban sobre una mesa, a saber: un caleidoscopio y una lámpara de hojalata morada. La Thénardier vigilaba la cena que se estaba asando ante un buen fuego. El marido bebía con sus parroquianos, y hablaba de política.

Además de las charlas políticas, que tenían por objetos principales la guerra de España y el duque de Angulema, se oían en el ruido, paréntesis enteramente locales como estos:

—Por la parte de Nanterre y Suresnes ha dado mucho el vino. Donde se contaba con diez tinajas, se han obtenido doce. El lagar ha dado más jugo del que se creía.

—Pero las uvas no debían estar maduras.

—En estos países, no se deja madurar enteramente la uva, porque el vino se tuerce si se deja, en cuanto llega la primavera.

—¿Es, pues, un vino flojo?

—Mas flojo que los de por aquí. Hay que vendimiar en verde.

Etcétera...

O bien era un molinero quien exclamaba:

—¿Acaso somos responsables de lo que hay en los sacos? Encontramos en ellos una gran cantidad de granos que no podemos entretenernos en limpiar, y que es preciso dejar pasar por las ruedas, como la cizaña, el añublo, el tizón, la algarroba, el cañamón, la cola de zorra y otra infinidad de drogas, sin contar con las piedras que abundan en ciertos trigos, especialmente en los trigos bretones. A mí no me gusta moler trigo bretón, así como a los serradores de largo no les gusta serrar vigas donde hay clavos. Figuraos el maldito polvo que forma todo esto entre la harina después de la molienda. Y luego, se quejan de la harina. Si la harina no sale limpia, no es culpa nuestra.

En el espacio comprendido entre dos ventanas, un segador hablaba con un propietario que ponía precio al trabajo de una pradera que había que segar en la primavera y decía:

—No importa que la hierba esté mojada. Así se corta mejor. El rocío es bueno, señor; pero de todos modos vuestra hierba es joven, y difícil de segar; en unos sitios está demasiado tierna, en otros sitios la guadaña no ceba.

Etcétera...

Cosette estaba en su lugar de costumbre, sentada sobre la traviesa de la mesa de la cocina, cerca de la chimenea. Iba vestida de harapos y tenía los pies desnudos metidos en zuecos; a la luz del fuego, se entretenía en tejer calcetines de lana destinados a las pequeñas Thénardier. Debajo de las sillas jugaba un gato pequeño. En la habitación vecina, oíanse dos voces frescas e infantiles que reían y charlaban; era Eponine y Azelma.

En un rincón de la chimenea, había unas disciplinas colgadas de un clavo.

De vez en cuando, oíase en la taberna el grito de un niño de muy tierna edad en el interior de la casa. Era una criatura que la Thénardier había tenido en uno de los inviernos precedentes «sin saber por qué —decía ella—; por efecto del frío» y que tenía algo más de tres años. La madre lo había alimentado, pero no lo quería. Cuando el clamor encarnizado del chiquillo se volvía demasiado importuno, decía Thénardier a la madre:

—Tu hijo llora, ve a ver qué quiere.

—¡Bah! —respondía la madre—. Me fastidia.

Y el pobre, abandonado, continuaba llorando en la oscuridad.

II

Dos retratos completados

En este libro, no se ha visto aún a los Thénardier más que de perfil; ha llegado el momento de dar la vuelta alrededor de esta pareja, y mirarla por todas sus caras.

Thénardier acababa de cumplir los cincuenta años; la señora Thénardier rozaba la cuarentena, que es la cincuentena de la mujer; de modo que entre marido y mujer estaba equilibrada la edad.

Los lectores quizá han conservado algún recuerdo de la mujer de Thénardier, desde su primera aparición; alta, rubia, colorada, gruesa, cuadrada, enorme y ágil; ya hemos dicho que procedía de la raza de estas salvajes colosales que en las ferias levantan del suelo grandes piedras colgadas de sus cabellos. Ella lo hacía en su casa todo; las camas, los cuartos, la colada, la cocina, la lluvia, el buen tiempo, el diablo. Por única criada, tenía a Cosette; un ratón al servicio de un elefante. Todo temblaba al sonido de su voz, los cristales, los muebles, y las personas. Su ancho rostro cribado de pecas, tenía el aspecto de una espumadera. Tenía barba. Era el prototipo de un matón

de mercado, vestido de mujer. Juraba como un carretero, y se jactaba de partir una nuez de un puñetazo. Sin las novelas que había leído, y que de cuando en cuando producían el efecto extravagante de presentar a aquella gigante bajo el aspecto de una niña melindrosa, jamás se le hubiese ocurrido a nadie la idea de decir de ella: es una mujer. Esta Thénardier era como el injerto de una señorita en una rabanera. Cuando se le oía hablar se decía: es un gendarme; cuando se la veía beber se decía: es un carretero; cuando se la veía pegar a Cosette, se decía: es un verdugo. Cuando dormía de la boca le salía un diente.

Thénardier era un hombre bajito, delgado, pálido, anguloso, huesudo, endeble, que parecía enfermizo y no obstante, se conservaba a maravilla; aquí empezaba su trapacería. Sonreía habitualmente por precaución, y era cortés con casi todo el mundo, incluso con el mendigo al que negaba una limosna. Tenía la mirada de una zorra y el aspecto de un hombre de letras. Se parecía mucho a los retratos del abad Delille. Su coquetería consistía en beber con los trajineros. Nadie había podido jamás emborracharlo. Fumaba en una pipa muy grande; llevaba una blusa, y debajo un frac negro muy viejo. Tenía pretensiones de literato y de materialista. Pronunciaba con frecuencia ciertos nombres para apoyar todo lo que decía, Voltaire, Raynal, Panrny, y, cosa extraña, san Agustín. Afirmaba tener un «sistema». Por lo demás era un estafador, pero estafador según principios y reglas científicas, matiz que existe. Se recordará que pretendía haber servido en el ejército; contaba con algún lujo que en Waterloo, siendo sargento de un 6º o un 9º ligero cualquiera, sólo contra un escuadrón de húsares de la muerte, había cubierto con su cuerpo y salvado a través de la metralla «a un general peligrosamente herido». De ahí

procedía para el dintel de su puerta, la flamante muestra, y para su bodegón en el país, el nombre de «Taberna del sargento de Waterloo». Era liberal, clásico y bonapartista. Se había suscrito para el campo de Asilo [1]. Decían en el pueblo, que había estudiado para sacerdote.

Creemos que había estudiado simplemente en Holanda [2] para ser posadero. Este tunante por partida doble era, según las probabilidades, algún flamenco de Lille, en Flandes; francés, en París; belga, en Bruselas, teniendo un pie en cada una de las dos fronteras. Su proeza en Waterloo, ya la conocemos. Como se ve, exageraba un un poco. El flujo y reflujo, el meandro, las aventuras, eran el elemento de su existencia; una conciencia rasgada, produce siempre una vida descosida; y verosimilmente, en la tormentosa época del 18 de junio de 1815, Thénardier pertenecía a esta variedad de cantineros merodeadores de los cuales hemos hablado ya, que recorrían los caminos, vendiendo a éstos, robando a aquéllos, y rodando en familia, el hombre, la mujer, los hijos, en algún carretón cojo, detrás de las tropas en marcha, con el instinto de agregarse siempre al ejército vencedor. Concluía la campaña y teniendo, como decía *du quibus*, había abierto un bodegón en Montfermeil.

Este *quibus*, compuesto de las bolsas y de los relojes, de los anillos de oro y de las cruces de plata cosechados en tiempo de la siega en los surcos sembrados de cadá-

[1] En 1818, había sido abierta en Francia una suscripción en favor de los refugiados franceses —liberales bonapartistas— que habían fundado, en Texas, la colonia llamada «el campo de Asilo».

[2] En Holanda: alusión posible a la rapacidad, largo tiempo proverbial, de los holandeses (Rousseau: «Se dice que en Holanda el pueblo se hace pagar para deciros la hora»), pero de todos modos, la palabra se justifica por el hecho de que antes de 1830, Bélgica formaba parte del reino de los Países Bajos, comúnmente llamados «Holanda», en Francia.

veres, no formaban un total muy elevado, y no había hecho adelantar mucho al descuidero convertido en bodegonero.

Thénardier tenía un no sé qué de rectilíneo, que cuando juraba evocaba el cuartel, y cuando hacía la señal de cruz recordaba el seminario. Era charlatán. Se creía un sabio. Sin embargo, el maestro de escuela había observado que cometía grandes errores. Hacía la cuenta de gastos de los viajeros con superioridad; pero los ojos ejercitados, hallaban algunas veces en ellas faltas de ortografía. Era taimado, glotón, perezoso, hábil. No desdeñaba a sus criadas, por lo cual su mujer no las tenía. Aquella gigante, era celosa. Le parecía que aquel hombrecito delgado y amarillo, debía ser el objeto de la codicia universal.

Además de todo esto, Thénardier, hombre astuto y equilibrado, era un bribón del género templado. Esta especie es la peor; en ella se mezcla la hipocresía.

Esto no quiere decir que Thénardier no fuera capaz en ocasiones de encolerizarse, tanto por lo menos como su mujer; pero esto era muy raro, y en aquellos momentos, como odiaba a todo el género humano, como tenía en sí una profunda dosis de odio, como era de estas personas que se vengan perpetuamente, que atribuyen la culpa de todo cuanto cae sobre ellos, a cuanto tienen delante de sí, lo que siempre están dispuestos a arrojar sobre el primero que llega, como legítimo agravio el total de las decepciones, bancarrotas, y calamidades de su vida, y como le hervía en la boca y en los ojos en estos momentos, decimos, estaba espantoso. ¡Desgraciado del que entonces se hallaba al alcance de su furor!

Además de todas sus cualidades, tenía Thénardier la de ser atento y penetrante, silencioso o charlatán, según la ocasión y siempre con una inteligencia elevada.

Tenía algo en la mirada, de los marinos habituados a guiñar los ojos en los anteojos de larga vista. Thénardier era un hombre de estado.

Todo recién llegado que entraba en su bodegón, decía al ver a la Thénardier: Ésa es el amo de la casa. Error. No era ni siquiera el ama: el amo y el ama eran el marido. Ella hacía, él creaba. Lo dirigía todo con una especie de acción magnética invisible y continua. Una palabra le bastaba, algunas veces una señal; el mastodonte obedecía. Thénardier era para su mujer, sin que ella se diera demasiada cuenta, una especie de ser particular y soberano. Tenía las virtudes de su modo de ser; jamás hubiese ella disentido en un detalle del «señor Thénardier», hipótesis, por lo demás inadmisible, ni hubiese quitado la razón a su marido públicamente en ninguna cosa del mundo. Jamás habría cometido delante de extraños, esta falta que con tanta frecuencia cometen las mujeres, y que en lenguaje parlamentario se llama dejar en descubierto a la corona. Aunque su conformidad y mutuo acuerdo no tuviese por resultado sino el mal, había algo admirable en la sumisión de la Thénardier a su marido. Esta montaña de ruido y de carne, se movía bajo el dedo meñique de aquel frágil déspota. Visto este matrimonio por su lado mezquino y grotesco, se verificaba en él el gran fenómeno universal: la adoración de la materia por el espíritu; pues ciertas fealdades, tienen su razón de ser en las profundidades mismas de la belleza eterna. En Thénardier había algo de lo desconocido, de aquí el imperio absoluto de este hombre sobre esta mujer. En ciertos momentos, ella lo veía como una vela encendida; en otros, lo sentía como la garra de una fiera.

Esta mujer era una criatura formidable que no amaba más que a sus hijos, y no temía más que a su marido. Era madre, porque era mamífero. Por lo demás, su ma-

ternidad se detenía en sus hijas, y como se verá no se extendía a los varones. Él, el hombre, no tenía más que un pensamiento: enriquecerse.

Y no lo conseguía. Un digno teatro, faltaba a este gran talento. Thénardier, en Montfermeil, se arruinaba, si es posible arruinarse partiendo de cero; y, sin embargo, este perdido hubiera llegado a ser millonario en Suiza o en los Pirineos; mas el posadero tiene que vivir allí donde la suerte lo pone.

Entiéndase que la palabra posadero se emplea aquí en sentido limitado, y que no se refiere a la clase entera.

En este mismo año de 1823, Thénardier se hallaba empeñado en unos mil quinientos francos, en deudas de pago urgente, lo cual lo tenía preocupado.

Cualquiera que fuese para con él la injusticia tenaz del destino, era uno de los hombres que comprendían mejor, con más profundidad, y del modo más moderno, esta cosa que es una virtud en los pueblos bárbaros y una mercancía en los pueblos civilizados, la hospitalidad. Por lo demás, era un gran cazador furtivo, y en todas partes se lo citaba por su acertada puntería. Tenía cierta risa fría y pacífica, que era particularmente peligrosa.

Sus teorías de posadero, brotaban de él a modo de relámpago. Tenía aforismos profesionales que procuraba imbuir en el espíritu de su mujer. «El deber del posadero, le decía un día violentamente y en voz baja, es vender al primer llegado, guisado, reposo, luz, fuego, sábanas sucias, criada, pulgas y sonrisas; retener a los caminantes, vaciar los bolsillos pequeños y aligerar honradamente los grandes, acoger con respeto a las familias que viajan, estafar al hombre, desplumar a la mujer, deshollar al niño, poner en la cuenta la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincón de la chimenea, el sillón, la silla, el taburete, el escabel, el lecho de plumas, el colchón y el haz

de paja; saber cuánto se usa el espejo con la sombra que se mira en él, y reducirlo a tarifa, y con quinientos mil diablos, hacer que el viajero lo pague todo, hasta las moscas que su perro come.»

Este hombre y esta mujer, eran trampa y rabia unidos, pareja repugnante y terrible.

Mientras que el marido rumiaba y combinaba, la Thénardier no pensaba más que en los acreedores ausentes, no se inquietaba por lo pasado ni por lo porvenir, viviendo sola y exclusivamente para el presente.

Tales eran estos dos seres. Cosette se hallaba entre ellos sufriendo su doble presión como una criatura que se viese a la vez triturada por una piedra de molino, y hecha trizas por unas tenazas. El hombre y la mujer, tenían cada uno un modo distinto de martirizar a Cosette; Cosette estaba molida a golpes, y era cosa de la mujer; si iba descalza en invierno, era cosa del marido.

Cosette subía, bajaba, lavaba, cepillaba, frotaba, barría, caminaba, sudaba, cargaba con las cosas más pesadas, y a pesar de ser débil, se ocupaba en los trabajos más duros. No había piedad para ella; una ama feroz, un amo venenoso. La taberna de Thénardier, era como una tela de araña, en la que Cosette estaba cogida, y temblaba. El ideal de la opresión, se veía realizado en esta domesticidad siniestra. Era algo parecido a una mosca sirviendo a las arañas.

La pobre niña, sufría y callaba.

¿Qué ocurre en las almas de estos seres que acaban de dejar el seno de Dios, cuando se encuentran a sí mismas, desde que nacen, pequeñas y desnudas entre los hombres?

III

Vino a los hombres y agua a los caballos

Habían llegado cuatro nuevos viajeros.

Cosette meditaba tristemente; porque aun cuando no tuviera más que ocho años, había sufrido tanto, que pensaba con el aire lúgubre de una mujer de edad.

Tenía un párpado negro, de un puñetazo que le había dado la Thénardier, por lo cual de vez en cuando decía ésta: «¡Qué fea está con su cardenal en el ojo!»

Cosette pensaba, pues, que estaba todo oscuro, muy oscuro, que había sido preciso llenar de pronto los jarros y las botellas en las habitaciones de los viajeros recién llegados, y que no había ya agua en la fuente.

Lo que la tranquilizaba un poco, era que en casa de los Thénardier no se bebía mucha agua. No faltaban personas que tenían sed, pero era de esta clase de sed que se aplaca mejor con el vino que con el agua. Quien hubiese pedido un vaso de agua, entre los vasos de vino, hubiera parecido un salvaje a todos aquellos hombres. Hubo, sin embargo, un momento en que la pobre niña tembló; la mujer de Thénardier levantó la

tapadera de una cacerola que hervía al fuego, después tomó un vaso y se acercó con presteza a la fuente. Dio la vuelta al grifo; la niña había levantado la cabeza, y seguía todos sus movimientos. Un delgado hilo de agua brotó del grifo, y llenó el vaso hasta la mitad.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Ya no queda agua!

Luego hubo un momento de silencio. La niña no respiraba.

—¡Bah! —continuó la Thénardier examinando el vaso lleno solamente hasta la mitad—. Bastante habrá con esto.

Cosette volvió a su trabajo, pero durante un cuarto de hora, sintió latirle el corazón hasta saltársele fuera del pecho.

Contaba los minutos que pasaban así, y hubiera deseado que llegase el día siguiente.

De vez en cuando, uno de los bebedores miraba a la calle y exclamaba:

—¡Está oscuro como la boca del lobo!

Y otro:

—¡Hay que ser un gato para ir por la calle sin luz a estas horas!

Y Cosette se estremecía.

De repente, uno de los mercaderes ambulantes hospedados en la posada entró, y dijo con voz dura:

—¡A mi caballo no le han dado de beber!

—Sí, por cierto —dijo la Thénardier.

—Os digo que no, mujer —contestó el mercader.

Cosette había salido de debajo de la mesa.

—¡Oh! ¡Sí, señor! —exclamó—. El caballo ha bebido, y ha bebido en el cubo que estaba lleno, yo misma le he llevado de beber y le he hablado.

Aquello no era verdad. Cosette mentía.

—Vaya, una niña que no levanta tanto como un codo y dice mentiras como una casa —dijo el mercader—. Te digo que no ha bebido, tunantuela. Cuando no bebe, tiene un modo de resoplar que conozco perfectamente.

Cosette insistió, añadiendo con voz enronquecida por la angustia, y que apenas se oía:

—¡Vaya si ha bebido!

—Entonces —repitió el mercader colérico—, que den de beber a mi caballo y concluyamos.

Cosette volvió a esconderse debajo de la mesa.

—Tiene razón —dijo la Thénardier—, si esta bestia no ha bebido, es preciso que beba.

Después, añadió, mirando a su alrededor:

—Y bien, ¿dónde está?

Se inclinó, y descubrió a Cosette acurrucada al otro extremo de la mesa, casi bajo los pies de los bebedores.

—¡Quieres venir! —gritó la Thénardier.

Cosette salió de la especie de agujero en que se hallaba metida.

La Thénardier continuó:

—Señorita Perro-sin-nombre, vaya a dar de beber a este caballo.

—Pero, señora —dijo Cosette, débilmente—, si no hay agua.

—¡Pues, bien, ve a buscarla!

Cosette bajó la cabeza, y fue a buscar un cubo vacío que estaba al extremo de la chimenea.

Aquel cubo era mayor que ella, y la niña hubiera podido sentarse dentro cómodamente.

La Thénardier volvió a sus hornillos, y probó con una cuchara de palo el contenido de la cacerola, mientras gruñía:

—En la fuente la hay: buen remedio. Creo que hubiera valido más arreglar las cebollas.

Luego pusóse a buscar en un cajón, donde había monedas, pimienta y escalonia.

—Toma, señorita Sapo —añadió—, al vover comprarás un pan al panadero. Aquí tienes una moneda de quince sueldos.

Cosette tenía un bolsillo en uno de los lados del delantal; tomó la moneda sin decir palabra, y la guardó en aquel bolsillo.

Después permaneció inmóvil, con el cubo en la mano, y delante de la puerta abierta de par en par. Parecía esperar que fuesen a socorrerla.

—¡No oyes, te digo que vayas! —gritó la Thénardier.

Cosette salió. La puerta volvió a cerrarse.

IV

Entrada en escena de una muñeca

La hilera de tiendas al aire libre que partía de la iglesia, llegaba, según se recordará, hasta el bodegón Thénardier. Estas tiendas, a causa del próximo paso de la mucha gente que debía ir a la misa del gallo, estaban todas iluminadas con velas brillando en cucuruchos de papel, lo cual, como decía el maestro de escuela de Montfermeil, sentado ante una mesa en casa de Thénardier, hacía un «efecto mágico». En cambio, no se veía ni una estrella en el cielo.

La última de estas barracas, situada precisamente frente a la puerta de los Thénardier, era una tienda de juguetes, reluciente de oropeles, de abalorios, y de cosas magníficas de hojalata. En primera línea, y delante de todo, el mercader había colocado sobre un fondo de servilletas blancas, una inmensa muñeca de cerca de dos pies de altura, vestida con un traje de crespón rosa, adornada con espigas de oro en la cabeza, y con pelo verdadero y ojos de esmalte. Durante todo el día, esta maravilla había sido objeto de admiración para los menores de diez años, sin que hubiese hallado en Montfermeil una madre bastante rica o bastante pródiga, para comprársela a su hija. Éponine y Azelma, habían pasado horas enteras contem-

plándola, y hasta la misma Cosette, aunque es cierto, furtivamente, se había atrevido a mirarla.

En el momento en que Cosette salió, con su cubo en la mano, por sombría y abrumada que estuviera, no pudo menos que alzar la vista sobre aquella prodigiosa muñeca, sobre la dama, como ella la llamaba. La pobre niña se detuvo petrificada. No había visto aún a la muñeca de cerca. Toda aquella tienda, le parecía un palacio; la muñeca no era una muñeca, era una visión. Era la alegría, el esplendor, la riqueza, la felicidad, lo que aparecía en una especie de brillo quimérico ante aquel pequeño y desgraciado ser, relegado tan profundamente a una miseria fúnebre y fría. Cosette medía, con esta sagacidad candorosa y triste de la infancia, el abismo que la separaba de aquella muñeca. Se decía que era preciso ser reina, o al menos princesa, para tener una «cosa» como aquella. Consideraba aquel hermoso vestido rosa, y aquellos hermosos cabellos lisos, y pensaba: ¡Qué feliz debe ser esta muñeca! Sus ojos no podían separarse de aquella tienda fantástica. Cuanto más miraba, más se deslumbraba. Creía estar viendo el paraíso. Había otras muñecas detrás de la grande, que le parecían hadas y genios. El mercader que iba y venía en el fondo de la barraca, le producía en cierto modo el efecto de un padre eterno.

En esta adoración, lo olvidó todo, incluso la comisión que le habían encargado. De repente, la voz ruda de la Thénardier la hizo volver a la realidad:

—¡Cómo, bribonzuela!, ¿no te has ido todavía? ¡Espera! ¡Allá voy! ¿Qué tienes tú que hacer allí? ¡Vete, pequeño monstruo!

La Thénardier había echado una mirada hacia la calle, y había visto a Cosette en éxtasis.

Cosette echó a correr con su cubo, tan velozmente como le era posible.

V

La pequeña, enteramente sola

Como el bodegón Thénardier, estaba en la parte del pueblo que está cerca de la iglesia, Cosette tenía que ir por el agua, a la fuente del bosque que estaba por el lado de Chelles.

Ya no miró ni una sola tienda de juguetes. Mientras estuvo en la callejuela del Boulanger, y en los alrededores de la iglesia, las tiendas iluminadas alumbraban el camino; pero pronto desapareció la última luz de la última barraca. La pobre niña se encontró sola en la oscuridad. Penetró en ella, pero como cierta emoción iba apoderándose de su ánimo, al mismo tiempo que andaba, agitaba todo lo que podía el asa del cubo, y este ruido le servía de compañía.

Cuanto más andaba, más espesa se hacían las tinieblas. Ya no había nadie en las calles. No obstante, encontró a una mujer que se volvió al verla pasar, y que permaneció inmóvil, murmurando para sí: «¿Pero adónde puede ir esta pobre niña? ¿Es algún duende?» Luego la mujer reconoció a Cosette: «¡Vaya —exclamó—, si es la Alondra!»

Así anduvo Cosette por el laberinto de calles tortuosas y desiertas en que termina por la parte de Chelles la aldea de Montfermeil. Mientras vio casas y paredes por los dos lados del camino, fue bastante animada. De vez en cuando, veía brillar una vela a través de las rendijas de una ventana, era la luz y la vida, allí había gente y esto la tranquilizaba. No obstante, a medida que avanzaba, iba aminorando el paso maquinalmente. Cuando hubo pasado la esquina de la última casa, Cosette se detuvo. Ir más allá de la última tienda le había resultado difícil; ir más allá de la última casa, era imposible. Dejó el cubo en el suelo, metió la mano entre sus cabellos y empezó a rascarse lentamente la cabeza, gesto propio de los niños aterrorizados e indecisos. No era ya Montfermeil lo que tenía delante; eran los campos. El espacio negro y desierto ante ella. Miró con desespero aquella oscuridad donde ya no había nadie, donde no había más que animales, donde había tal vez aparecidos que se movían entre los árboles. Entonces volvió a coger el cubo; el miedo le dio la audacia necesaria:

—¡Bah! —exclamó—. ¡Le diré que ya no había agua!

Y regresó resueltamente a Montfermeil.

Apenas hubo dado cien pasos, cuando se detuvo una vez más, y se volvió a rascarse la cabeza. Ahora era la Thénardier la que se le aparecía; la odiosa Thénardier con su boca de hiena, y la cólera llameante en los ojos. La niña lanzó una triste mirada hacia adelante y hacia atrás. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? Ante ella, el espectro de la Thénardier; tras ella, todos los fantasmas de la noche y de los bosques. Retrocedió ante la Thénardier. Volvió a tomar el camino de la fuente, y echó a correr. Salió de la aldea corriendo, y entró en el bosque corriendo, sin mirar nada más, sin escuchar nada más. No detu-

vo su carrera hasta que le faltó la respiración. Marchaba hacia adelante como desvanecida.

Mientras corría, sentía deseos de llorar.

El estremecimiento nocturno del bosque, la rodeaba enteramente. Ya no pensaba, ya no veía. La inmensa oscuridad de la noche, se enfrentaba a aquel pequeño ser. De un lado estaban las tinieblas todas; del otro, un átomo.

De la orilla del bosque a la fuente, no había más que siete u ocho minutos. Cosette conocía el camino, por haberlo recorrido a menudo durante el día. Cosa extraña, no se perdió. Un resto de instinto la conducía vagamente. Sin embargo, no dirigía la vista ni a derecha ni a izquierda, por temor a ver cosas horribles en las ramas y entre la maleza. Así llegó a la fuente.

Era un estrecho pozo natural abierto por el agua en un suelo arcilloso, de unos dos pies de profundidad, rodeado de musgos, y de esta hierba llamada gorgueras de Enrique IV, y empedrado groseramente. De allí partía un arroyuelo con un ruido suave y tranquilo.

Cosette no se tomó tiempo ni siquiera para respirar. Estaba muy oscuro, pero ella tenía costumbre de ir a aquella fuente. Buscó en la oscuridad con la mano izquierda, una encina joven, inclinada hacia el manantial, que ordinariamente le servía de punto de apoyo, encontró una rama, se agarró a ella, inclinóse y metió el cubo en el agua. Estaba en una situación de ánimo tan violenta, que sus fuerzas se habían triplicado. Mientras que estaba inclinada así, no se dio cuenta de que el bolsillo de su delantal se vaciaba en la fuente. La moneda de quince sueldos cayó al agua. Cosette no la vió ni la oyó caer. Retiró el cubo casi lleno, y lo dejó sobre la yerba.

Hecho esto, se encontró abrumada de cansancio. Hubiera querido partir inmediatamente, pero el esfuerzo para llenar el cubo había sido tal, que le resultó imposible

dar un paso. Viose, pues, obligada a sentarse. Se dejó caer en la hierba, y allí se acurrucó.

Cerró los ojos, y luego volvió a abrirlos, sin saber por qué, pero no podía obrar de otro modo.

A su lado tenía el cubo, cuya agua agitada formaba círculos que parecían serpientes de fuego blanco.

Encima de su cabeza, el cielo estaba cubierto de espesas nubes negras, que eran como penachos de humo. La trágica máscara de la sombra, parecía inclinarse vagamente sobre aquella niña.

Júpiter llegaba a su ocaso en la profundidad del horizonte.

La niña contemplaba con mirada extraviada, aquel gran planeta que no conocía y que le daba miedo. Júpiter, en efecto, se hallaba, en aquel momento muy cerca del extremo del horizonte, y atravesaba una espesa capa de bruma que le confería un horrible tinte rojizo. La bruma, lúgubremente teñida de púrpura, dilataba el astro, dándole el aspecto de una herida luminosa.

Un viento frío soplaba procedente de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin ningún estremecimiento de hojas, sin ninguno de estos vagos y frescos resplandores del verano. Grandes ramas se erguían terriblemente. Matorrales miserables y retorcidos, silbaban al viento entre los claros. Las altas hierbas hormigueaban a impulsos del viento frío, moviéndose como culebras. Las zarzas se torcían como brazos enormes armados de garras, buscando una presa; algunas hojas secas, impelidas por el viento, pasaban rápidamente y parecían huir con espanto de algo que las persiguiese. Por todas partes reinaba la lobreguez.

La oscuridad era vertiginosa. El hombre precisa de la claridad; el que se interna en las tinieblas, se siente con

el corazón oprimido. Cuando la mirada ve la oscuridad, el espíritu ve la turbación. En el eclipse, en la noche, en la opacidad fuliginosa, hay ansiedad incluso para los más fuertes. Nadie anda solo de noche por el bosque, sin una especie de temblor. Sombras y árboles, dos espesuras temibles... Una realidad quimérica aparece en la profundidad indistinta. A algunos pasos de nosotros se bosqueja lo inconcebible con una nitidez espectral. Se ve flotar en el espacio, o en nuestro propio cerebro, algo vago e impalpable como los sueños de flores dormidas. En el horizonte hay actitudes feroces. Se aspiran los efluvios del gran vacío tenebroso. Se siente miedo y deseos de mirar hacia atrás. Las cavidades de la noche, las cosas que se hacen pavorosas, los perfiles taciturnos que se disipan a medida que se avanza, las imágenes oscuras y erizadas, espectros irritados y lívidos, lo lúgubre reflejado en lo fúnebre, la inmensidad sepulcral del silencio, los seres desconocidos posibles, la inclinación misteriosa de las ramas, la espantosa torcedura de algunos árboles, y el estremecimiento de ciertos cuadros de hierba, no hay defensa alguna contra todo esto. No hay audacia que no se convierta en terror, y no presienta la proximidad de la angustia. Se experimenta una cosa horrible, como si el alma se amalgamase con la sombra. Esta penetración de las tinieblas es inexplicablemente siniestra para un niño.

Los bosques y selvas son apocalipsis; y el batir de alas de un alma de niña, hace un ruido de agonía, bajo su bóveda monstruosa.

Sin darse cuenta de lo que experimentaba, Cosette sentía que se apoderaba de ella esta inmensidad oscura de la naturaleza. No era sólo el terror lo que la ganaba, era algo más terrible aún que el terror. Se estremecía. Faltan expresiones para decir lo que había de extraño en este estremecimiento que la helaba hasta el fondo del

corazón. Su mirada se extraviaba. Creía sentir que tal vez no podría evitar volver allá a la noche siguiente a la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, pudo salir de aquel estado singular que no comprendía, pero que la aterraba, se puso a contar en voz alta, uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando hubo terminado, volvió a empezar. Aquello le devolvió la verdadera percepción de las cosas que la rodeaban. Sintió frío en las manos, que se le habían mojado al sacar el agua, y se levantó. El miedo se apoderó de ella otra vez, un miedo natural e insuperable. No tuvo más que una idea: huir; huir a todo escape a través del bosque, a través de los campos, hasta las casas, hasta las ventanas, hasta las luces encendidas. Su mirada se fijó en el cubo que tenía delante. Tal era el terror que le inspiraba la Thénardier, que no se atrevió a huir sin el cubo de agua. Cogió el asa con las dos manos, y le costó trabajo levantarlo.

Anduvo así unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno, pesaba mucho, y tuvo que dejarlo en el suelo. Respiró un instante, luego cogió de nuevo el asa, y empezó otra vez a andar, esta vez unos pocos pasos más. Pero se vio obligada a detenerse todavía. Después de algunos segundos de descanso, continuó su camino. Andaba inclinada hacia adelante, y con la cabeza baja como una vieja; el peso del cubo ponía tirantes sus delgados brazos; el asa de hierro acababa de entorpecer y helar sus manitas mojadas; de vez en cuando se veía obligada a detenerse, y cada vez que se detenía, el agua fría que se desbordaba del cubo caía sobre sus piernas desnudas. Esto sucedía en el fondo de un bosque, de noche, en invierno, lejos de toda humana mirada, a una niña de ocho años. En aquel momento, sólo Dios veía esta escena tan triste.

¡Ay! ¡Y sin duda su madre también!

Porque hay cosas capaces de hacer abrir los ojos a los muertos en sus tumbas.

Respiraba con dolorosa dificultad; los sollozos le oprimían la garganta, pero no se atrevía a llorar, tanto era el miedo que tenía a la Thénardier, aun de lejos. Era su costumbre, creer siempre que la Thénardier estaba a su lado.

No obstante, no podía andar mucho camino de este modo, y andaba muy lentamente. Quería acortar la duración de las paradas, andando entre cada una el mayor tiempo posible, pensaba con angustia que precisaría de más de una hora para llegar a Montfermeil, y que la Thénardier le pegaría. Esta angustia, se mezclaba con su terror por estar sola en el bosque, de noche. Estaba abrumada de fatiga, y no había salido aún de la selva. Al llegar cerca de un viejo castaño que conocía, hizo una última parada más larga que las otras para descansar, luego reunió todas sus fuerzas, cogió de nuevo el cubo, y echó a andar valerosamente. Sin embargo, la pobre niña estaba desesperada, y no pudo menos que exclamar: «¡Oh, Dios mío, Dios mío!»

En aquel momento, sintió de repente, que el cubo ya no pesaba nada. Una mano que le pareció enorme, acababa de coger el asa, y la levantaba vigorosamente. La niña levantó la cabeza. Una gran forma negra, derecha y alta, caminaba a su lado en la oscuridad. Era un hombre que había llegado detrás de ella, sin haber sido visto. Aquel hombre, sin decir una palabra, había cogido el asa del cubo que llevaba Cosette.

Hay instintos para todos los encuentros de la vida.

La niña no tuvo miedo.

VI

Capítulo que prueba tal vez la inteligencia de Boulatruelle

En la tarde del mismo día de navidad de 1823, un hombre estuvo paseando durante mucho tiempo por la parte más desierta del boulevard del Hospital, en París. Aquel hombre, parecía alguien que busca habitación, y se detenía con preferencia en las casas modestas de la deteriorada orilla del faubourg de Saint-Marceau.

Después se verá que este hombre había alquilado, en efecto, una habitación en aquel barrio.

Este hombre, así en sus vestidos como en toda su persona, presentaba el aspecto de lo que se podría llamar un mendigo de buena sociedad, es decir, la extrema miseria, combinada con la extrema limpieza. Es una mezcla bastante rara, que inspira a los corazones inteligentes este doble respeto que se siente hacia el que es muy pobre y hacia el que es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy cepillado; una levita raída hasta hasta el hilo, de paño grueso color de ocre, color que en aquella época no tenía nada de extravagante, un gran chaleco de bolsillos de forma secular, unos calzones negros

vueltos grises en las rodillas; medias de lana negra, y zapatos gruesos con hebillas de cobre. Se hubiera dicho que era un preceptor antiguo de buena casa, recién llegado de la emigración. A juzgar por sus cabellos blancos, su frente surcada de arrugas, sus labios lívidos, su rostro, en el cual todo respiraba el peso y el cansancio de la vida, se le hubiera supuesto mucho mayor de sesenta años. Por su andar firme, aunque lento, por el singular vigor impreso en todos sus movimientos, se le hubiera supuesto no mayor de cincuenta años. Las arrugas de su frente estaban bien colocadas, y habrían predispuesto en su favor a cualquiera que lo hubiese observado con atención. Sus labios se contraían en un pliegue extraño, que parecía severo, pero era humilde. En el fondo de su mirada tenía una especie de lúgubre serenidad. En la mano izquierda, llevaba un pequeño paquete anudado con un pañuelo; con la derecha se apoyaba en una especie de bastón cortado de un seto. Este bastón, había sido labrado con cierto cuidado, y no tenía mal aspecto; el artífice había sacado partido de los nudos, y le había formado un puño de coral con cera roja; era un palo, y parecía un bastón.

Poca gente pasea por este bulevard, especialmente en invierno. Aquel hombre, aunque sin afectación, parecía que en vez de buscarla huía de ella.

En la época de que hablamos, el rey Luis XVIII, iba casi todos los días a Choisy-le-Roi. Era uno de sus paseos favoritos. Casi invariablemente, a eso de las dos, se veían el carruaje y la escolta real pasar a todo escape por el bulevard del Hospital.

Esto servía de reloj a los pobres del barrio, que decían: «Ya son las dos, puesto que vuelve a las Tullerías.»

Y unos corrían, y otros se ponían en fila a esperarlo, pues el paso de un rey es siempre causa de tumulto.

Por lo demás, la aparición y desaparición del rey Luis XVIII, producía cierto efecto en las calles de París. La escena era rápida, pero majestuosa. Este rey impedido, gustaba mucho de ir a galope; no pudiendo andar, quería correr; no pudiendo usar sus piernas, de buena gana habría hecho, de ser posible, que los relámpagos tirasen de su carruaje. Pasaba, pacífico y tranquilo, en medio de las espadas desenvainadas. Su maciza berlina, toda dorada, con gruesas ramas de flor de lis pintadas en sus costados, rodaba estrepitosamente. Apenas había tenido tiempo de echar una ojeada al interior. En el ángulo del fondo, a la derecha, sobre almohadones forrados de satén blanco, una faz ancha, firme y colorada, una frente recién empolvada a lo pájaro real; una mirada fiera, dura y fría, una sonrisa de letrado, dos gruesas charreteras de trenzas torcidas y flotantes sobre un traje burgués, el Toisón de Oro, la cruz de la Legión de Honor, la placa de plata del Espíritu Santo, un grueso vientre, y un ancho cordón azul; era el rey. Fuera de París, llevaba su sombrero de plumas blancas sobre las rodillas enfundadas en altas polainas inglesas; cuando regresaba a la ciudad, se ponía el sombrero en la cabeza, saludando poco, y mirando fríamente al pueblo, que le pagaba con la misma moneda. Cuando apareció por primera vez en el barrio de Saint-Marceau, todo su triunfo fue esta frase de un vecino del arrabal a su compañero: «Este gordo que va ahí, es el gobierno.»

El paso invariable del rey a la misma hora, era, pues, el acontecimiento cotidiano del bulevar del Hospital.

El paseante de la levita amarilla, no era, evidentemente, del barrio, ni tampoco de París, pues ignoraba este detalle; y así, cuando el carruaje real, rodeado de un escuadrón de guardias de Corps galoneados de plata, desembocó en el bulevard después de haber doblado la esqui-

na de la Salpêtrière, pareció sorprendido y casi asustado. Estaba solo en la calle, lo que no impidió que lo viese el duque de Havré. El duque de Havré [1], como capitán de los guardias de servicio de aquel día, estaba sentado en el coche, enfrente del rey. Dijo a su majestad:

—Este hombre, tiene malas trazas.

Los agentes de policía que vigilaban el camino que iba a recorrer el rey, lo observaron igualmente, y uno de ellos recibió la orden de seguirlo. Pero el hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal, y como el día empezaba a declinar, el agente perdió sus huellas, según consta en un parte dirigido aquella misma noche al conde de Anglès [2], ministro de estado, por el prefecto de policía.

Cuando el hombre de la levita amarilla, hubo despistado al agente, aceleró el paso, no sin haberse vuelto muchas veces para asegurarse de que no era seguido. A las cuatro y cuarto pasaba por delante del teatro de la Puerta de Saint-Martin, donde aquel día se representaba el drama *Los dos presidiarios* [3]. El cartel, alumbrado por los reverberos del teatro, le llamó la atención indudablemente, porque aun cuando iba de prisa se detuvo a leerlo. Un instante después, se hallaba en el callejón sin salida de la Planchette, y entró en el Plat d'étain, donde estaba en-

[1] El duque de Havré era capitán de los guardias de Corps. desde 1814.

[2] El conde de Anglés (p. 167), ya no era prefecto de policía en esta fecha.

[3] *Los dos presidiarios*, melodrama, representado en París, en 1822. Biré hace observar aquí que, en tiempos de la restauración, los teatros no representaban en día de navidad. Una vez más, quiere probarlo todo demasiado: «aquel día», no es el día de navidad, sino el 24, puesto que al finalizar el día, los campesinos de Montfermeil irán a misa de gallo. (V. cap. IV, pr.)

tonces la oficina del coche de Lagny. Este coche, partía a las cuatro y media. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros llamados por el cochero, subían apresuradamente la escalera de hierro del cupé.

El hombre preguntó:

—¿Tenéis un asiento?

—Uno solo a mi lado, en el pescante —dijo el cochero.

—Lo tomo.

Sin embargo, antes de partir, el cochero lanzó una mirada al mediocre traje del viajero, a su pequeño paquete, e hizo que pagase.

—¿Vais hasta Lagny?

—Sí —dijo el hombre.

El viajero pagó hasta Lagny.

Partieron. Cuando hubieron pasado la barrera, el cochero trató de entablar conversación, pero el viajero respondía sólo con monosílabos. El cochero optó por ponerse a silbar, y dirigir juramentos a sus caballos.

El cochero se envolvió en su capa. Hacía frío. El hombre no parecía pensar en ello. Así atravesaron Gournay y Neuilly-sur-mer-Marne.

Hacia las seis de la tarde, estaban en Chelles. El cochero se detuvo, para dejar descansar a los caballos, ante el albergue de carreteros instalado en los viejos edificios de la abadía real.

—Bajo aquí —dijo el hombre.

Cogió su paquete y su bastón, y saltó al suelo.

Un instante después, había desaparecido.

No había entrado en la posada.

Cuando al cabo de algunos minutos, el coche reanudó su marcha hacia Lagny, no lo encontró en la calle Mayor de Chelles.

El cochero se volvió hacia los viajeros del interior.

—Este hombre, no es de aquí, porque no lo conozco. Parece que no tiene un sueldo, y, sin embargo, no le importa perder dinero; paga hasta Lagny, y sólo viene hasta Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada, y no se le vuelve a ver. Se lo ha tragado la tierra.

La tierra no se lo había tragado; nuestro hombre había apresurado el paso en la oscuridad de la calle Mayor de Chelles; y luego había tomado a la izquierda, antes de llegar a la iglesia, el camino vecinal que va a Montfermeil, como quien conoce el país, y ha estado ya en él.

Siguió este camino con rapidez. En el lugar donde lo corta el antiguo camino bordeado de árboles que va de Gagny a Lagny, vio que venía gente; ocultóse precipitadamente en un foso, y esperó a que se alejasen los que pasaban. La precaución, por otro lado era casi superflua, porque, como ya hemos dicho, era una noche muy oscura de diciembre, y apenas se veían dos o tres estrellas en el cielo.

Es en este lugar, donde empieza la subida de la colina. El hombre no volvió a entrar en el camino de Montfermeil, tomó a la derecha, a través del campo, y se internó en el bosque apresuradamente.

Cuando estuvo en él, acortó el paso y se detuvo a mirar cuidadosamente todos los árboles, avanzando poco a poco, como si buscase algo y siguiendo una dirección misteriosa, sólo de él conocida. Hubo un momento en que pareció que iba a perderse, y se detuvo indeciso. Al fin llegó, a tientas, a un claro donde había un montón de piedras grandes y blancuzcas. Se dirigió vivamente hacia aquellas piedras, y las examinó con atención a través de la bruma de la noche, como si les fuera pasando revista. A algunos pasos de las piedras, había un árbol cubierto de estas excrecencias que son las verrugas de la vege-

tación. Llegóse a él, y puso la mano sobre la corteza del tronco, como si procurase reconocer y contar todas las verrugas.

Frente a este árbol, que era un fresno, había un castaño enfermo a causa de una herida en la corteza, al cual se le había puesto a modo de vendaje, una banda de cinc clavada. Alzóse sobre la punta de los pies, y tocó la placa de cinc.

Después anduvo tentando en el suelo con los pies, durante algún tiempo, en el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, como quien se asegura de que la tierra no ha sido recientemente movida.

Cuando hubo hecho esto, se orientó y reanudó su marcha a través del bosque.

Era el hombre que acababa de encontrar a Cosette.

Caminando por la espesura en dirección a Montfermeil, había descubierto aquella pequeña sombra que se movía dando gemidos, que dejaba su carga en el suelo, luego la volvía a coger y continuaba andando. Se había acercado y había visto que se trataba de una niña muy pequeña, cargada con un enorme cubo de agua. Entonces se había acercado a la niña, y había tomado silenciosamente el asa del cubo.

VII

Cosette en la oscuridad al lado del desconocido

Ya lo hemos dicho, Cosette no había tenido miedo.

El hombre le dirigió la palabra. Hablaba con voz grave y casi baja:

—Hija mía, lo que llevas ahí, es muy pesado para ti.

Cosette levantó la cabeza, y respondió:

—Sí, señor.

—Dame —continuó el hombre—. Yo lo llevaré.

Cosette soltó el cubo. El hombre se puso a andar junto a ella.

—En efecto, es muy pesado —dijo entre dientes. Luego añadió—: ¿Cuántos años tienes, pequeña?

—Ocho años, señor.

—¿Y vienes de muy lejos así?

—De la fuente que está en el bosque.

—¿Y vas muy lejos?

—A un cuarto de hora largo de aquí.

El hombre permaneció un instante sin hablar, y luego dijo bruscamente:

—¿No tienes madre?

—No lo sé —repuso la niña.

Antes de que el hombre hubiera tenido tiempo de tomar la palabra, añadió:

—No lo creo. Las otras sí; pero yo no la tengo. —Y tras un silencio, añadió—: Creo que no la he tenido nunca.

El hombre se detuvo, dejó el cubo en tierra, se inclinó, y puso sus dos manos sobre los hombros de la niña, haciendo esfuerzos para mirar y ver su rostro en la oscuridad.

La figura blanca y macilenta de Cosette, se dibujaba vagamente a la lívida luz del cielo.

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre.

—Cosette.

El hombre sintió como una sacudida eléctrica. Volvió a mirarla, quitóle las manos de los hombros, cogió el cubo y echó a andar.

Al cabo de un instante, preguntó:

—¿Dónde vives, pequeña?

—En Montfermeil. ¿Sabéis dónde es?

—¿Es allí donde vamos?

—Sí, señor.

Volvió a hacer otra pausa, y continuó:

—¿Quién te ha enviado a esta hora a buscar agua al bosque?

—La señora Thénardier.

El hombre replicó con un sonido de voz que quería esforzarse en ser indiferente, pero en el que había un temblor singular:

—¿Quién es esta señora Thénardier?

—Es mi ama —dijo la niña—. Tiene la posada.

—¿La posada? —dijo el hombre—. Pues bien, voy a alojarme allá esta noche. Llévame.

—Vamos allá —dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. Cosette lo seguía sin trabajo. Ya no se sentía fatigada. De vez en cuando, levantaba los ojos hacia aquel hombre con una especie de tranquilidad y de abandono inexplicables. Jamás le habían enseñado a dirigirse a la providencia y a rezar, sin embargo, sentía en sí una cosa parecida a la esperanza y a la alegría, y que se dirigía hacia el cielo.

Trascurrieron algunos minutos. El hombre continuó:

—¿No hay criada en casa de esta señora Thénardier?

—No, señor.

—¿Eres tú sola?

—Sí, señor. —Hubo una nueva interrupción. Cosette levantó la voz—: Es decir, hay dos niñas.

—¿Qué niñas?

—Éponine y Azelma.

La niña simplificaba así los nombres novelescos, tan del gusto de la Thénardier.

—¿Quiénes son Éponine y Azelma?

—Son las señoritas de la señora Thénardier. Como quien dice, sus hijas.

—¿Y qué hacen?

—¡Oh! —dijo la niña—, tienen bonitas muñecas, cosas en las que hay oro y muchos juguetes. Juegan, y se divierten.

—¿Todo el día?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Yo trabajo.

—¿Todo el día?

La niña alzó sus grandes ojos, en los que había una lágrima que no se veía a causa de la oscuridad, y respondió resignadamente:

—Sí, señor. —Y prosiguió tras un intervalo de silencio—: A veces, cuando he terminado el trabajo, y me lo permiten, me divierto también.

—¿Cómo te diviertes?

—Como puedo. Me dejan; pero no tengo muchos juguetes. Éponine y Azelma no quieren que juegue con sus muñecas. Yo no tengo más que un pequeño sable de plomo, así de largo.

La niña señalaba su dedo meñique.

—¿Y que no corta?

—Sí, señor —dijo la niña—. Corta la ensalada y las cabezas de moscas.

Llegaron a la aldea; Cosette guió al desconocido por las calles. Pasaron por delante de la panadería; pero Cosette no se acordó del pan que debía llevar. El hombre había cesado de preguntarle, y guardaba ahora un silencio sombrío. Cuando hubieron dejado atrás la iglesia, el hombre, viendo todas aquellas tiendas al aire libre, preguntó a Cosette:

—¿Hay feria aquí?

—No, señor, es navidad.

Cuando ya se acercaban a la posada, Cosette le tocó el brazo tímidamente.

—Señor. . .

—¿Qué, hija mía?

—Ya estamos cerca de la casa.

—¿Y bien?

—¿Me dejáis tomar el cubo ahora?

—¿Por qué?

—Porque si la señora ve que me lo han traído, me pegará.

El hombre le devolvió el cubo. Un instante después, estaban a la puerta del bodegón.

VIII

Inconvenientes de recibir en casa a uno que tal vez es un rico

Cosette no pudo menos que echar una mirada hacia la muñeca grande que seguía expuesta en la tienda de juguetes. Luego llamó. La puerta se abrió. La Thénardier apareció con una vela en la mano.

—¡Ah! ¿Eres tú, bribonzuela? ¡Gracias a Dios! ¡No has estado poco tiempo! ¡Se habrá estado divirtiendo, la holgazana!

—Señora —dijo Cosette temblorosa—, aquí hay un señor que busca habitación.

La Thénardier remplazó al momento su aire gruñón con un gesto amable, cambio visible muy propio de los posaderos, y buscó con la vista al recién llegado.

—¿Es el señor? —preguntó.

—Sí, señora —respondió el hombre, llevándose una mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan atentos. Este ademán y la inspección del traje y equipaje del extranjero, a quien la Thénardier pasó revista de una ojeada, hicieron

desaparecer la amable mueca, y reaparecer el gesto avinagrado. Replicó secamente:

—Entrad, buen hombre.

El «buen hombre», entró. La Thénardier le lanzó una segunda ojeada, examinó detenidamente su levita, que no podía estar más raída, y su sombrero algo abollado, y consultó con un movimiento de cabeza, un fruncimiento de nariz y un guiño de ojos a su marido, el cual seguía bebiendo con los trajineros. El marido respondió con esta imperceptible agitación del índice que acompañado de la dilatación de los labios, significa en semejante caso: «Maldita la cuenta que nos tiene.» Recibida esta contestación, la Thénardier exclamó:

—¡Ah, lo siento, buen hombre, pero no hay habitación!

—Ponedme donde queráis —dijo el hombre—, en el granero, en el establo. Pagaré como si tuviera una habitación.

—Cuarenta sueldos.

—Cuarenta sueldos, sea.

—Bien.

—¡Cuarenta sueldos! —dijo un trajinero por lo bajo a la Thénardier—. Si no son más que veinte.

—Son cuarenta sueldos —replicó la Thénardier con el mismo tono—. No alojo a los pobres por menos.

—Es verdad —dijo el marido suavemente—. Siempre es un perjuicio para una casa tener gente de esta clase.

Sin embargo, el hombre, después de haber dejado sobre un banco su paquete y su bastón, se había sentado en una mesa, en la que Cosette se había apresurado a colocar una botella de vino y un vaso. El mercader que había pedido el cubo de agua, había ido él mismo a llevárselo a su caballo. Cosette había vuelto a ocupar su sitio debajo de la mesa de la cocina, y se puso a hacer medias.

El hombre que apenas había mojado sus labios en el vaso de vino, contemplaba a la niña con extraña atención.

Cosette era fea, aunque si hubiese sido feliz, hubiera podido ser linda. Ya hemos esbozado esta sombría figurita. Cosette era delgada y pálida. Tenía cerca de ocho años, y apenas representaba seis. Sus grandes ojos hundidos en una especie de oscuridad, estaban casi apagados a fuerza de llorar. Las comisuras de sus labios tenían este pliegue de la angustia habitual, que se observa en los condenados y en los enfermos desesperados. Sus manos estaban como había adivinado su madre, «perdidas de sabañones». El fuego que la iluminaba en aquel momento, mostraba al descubierto los ángulos de sus huesos, y hacía su delgadez horriblemente visible. Como siempre, estaba tiritando, había cogido la costumbre de apretar las dos rodillas una contra otra. Todo su vestido consistía en un harapo que hubiera inspirado piedad en verano, e inspiraba horror en invierno. La tela que vestía estaba llena de agujeros; no tenía ni un mal pañuelo de lana. Se le veía la piel por varias partes, y por doquier se distinguían manchas azules o negras, que indicaban el sitio donde la Thénardier la había golpeado. Sus piernas desnudas estaban rojas y descarnadas, el hundimiento de sus clavículas hacía saltar las lágrimas. Toda la persona de aquella niña, su aire, su actitud, el sonido de su voz, sus intervalos entre una y otra frase, su mirada, su silencio, el menor gesto suyo, expresaban y traducían una sola idea: el temor.

El temor se había apoderado de ella; estaba cubierta de él, por así decirlo; el temor le hacía recoger los codos hacia las caderas, esconder los pies bajo los vestidos, y ocupar el menor sitio posible; el temor no la dejaba respirar más que lo preciso, y había llegado a constituir lo que podría llamarse su hábito exterior, sin variación posi-

ble más que para aumentar. En el fondo de sus pupilas, había un lugar asombrado, donde reinaba el terror.

Este temor era tal, que al llegar, mojada y todo como estaba, no se había atrevido a ir a secarse al fuego, y se había puesto otra vez a trabajar silenciosamente.

La expresión de la mirada de aquella niña de ocho años, era habitualmente tan triste y a veces tan trágica, que en ciertos momentos, parecía que iba a convertirse en una idiota o en un demonio.

Ya hemos dicho que jamás había sabido lo que era rezar, y jamás había puesto los pies en una iglesia. «¿Acaso tengo tiempo?», decía la Thénardier.

El hombre de la levita amarilla, no apartaba la vista de Cosette.

De repente la Thénardier exclamó:

—¡A propósito! ¿Y el pan?

Cosette, según su costumbre, cada vez que la Thénardier levantaba la voz, salió rápidamente de debajo de la mesa.

Había olvidado completamente el pan. Recurrió pues al expediente de los niños siempre asustados. Mintió.

—Señora, la panadería estaba cerrada.

—¿Por qué no llamaste?

—Llamé, señora.

—¿Y qué?

—No abrió.

—Mañana sabré si es verdad —dijo la Thénardier—, y si mientes, verás la que te espera. Entretanto, devuélveme la moneda de quince sueldos.

Cosette metió la mano en el bolsillo de su delantal, y se puso lívida. La moneda de quince sueldos no estaba allí.

—Vamos —dijo la Thénardier—, ¿no me has oído?

Cosette volvió el bolsillo del revés, no había nada. ¿Qué había sido del dinero? La desgraciada niña, no halló una palabra para explicarlo. Estaba petrificada.

—¿Has perdido acaso los quince sueldos? —aulló la Thénardier—. ¿O es que quieres robarme?

Al mismo tiempo alargó el brazo hacia las disciplinas colgadas en el rincón de la chimenea.

Aquel ademán temible, dio a Cosette fuerzas para gritar:

—¡Perdón, señora! ¡Señora, no volveré a hacerlo!

La Thénardier descolgó las disciplinas.

Entretanto, el hombre de la levita amarilla, había introducido la mano en el bolsillo de su chaleco, sin que este movimiento hubiese sido observado. Por lo demás, los otros viajeros bebían o jugaban a las cartas sin prestar atención a nada.

Cosette se revolvía con angustia en el ángulo de la chimenea, procurando recoger sus harapos y tapar sus miembros semidesnudos. La Thénardier levantó el brazo.

—Perdonad, señora —dijo el hombre—; pero hace poco he visto caer alguna cosa del bolsillo del delantal de esta pequeña, y ha venido rodando hasta aquí. Quizá será la moneda.

Al mismo tiempo se inclinó y pareció buscar en el suelo un instante.

—Precisamente. Aquí está —dijo mientras se levantaba.

Y tendió una moneda de plata a la Thénardier.

—Sí, ésta es —dijo ella.

No erfa aquélla, sino una moneda de veinte sueldos; pero la Thénardier salía ganando. Guardóla en el bol-

sillo y se limitó a echar una mirada feroz a la niña, diciendo:

—¡Que no vuelva a sucederte otra vez!

Cosette volvió a meterse en lo que la Thénardier llamaba su «nicho», y su mirada, fija en el viajero desconocido, empezó a tomar una expresión que jamás había tenido. No era aún sino una ingenua sorpresa, pero mezclada con una especie de asombrada confianza.

—A propósito, ¿queréis cenar? —preguntó la Thénardier al viajero.

Éste no respondió. Parecía que meditaba profundamente.

«¿Quién será este hombre? —dijo entre dientes—. Algún asqueroso pobre. No tiene un sueldo para cenar. ¿Me pagará siquiera el alojamiento? Con todo, suerte ha sido que no se le haya ocurrido robar el dinero que estaba en el suelo.»

Entretanto, habíase abierto una puerta, y entraron Éponine y Azelma.

Realmente eran dos niñas muy lindas, vestidas como si pertenecieran a la clase media, y no como aldeanas, muy encantadoras, una con sus trenzas color castaño muy brillantes, y otra con sus largos cabellos negros cayéndole por la espalda, ambas vivaces, limpias, gruesas, frescas y sanas que daba gusto verlas. Iban bien vestidas, pero con tal arte maternal, que lo grueso de las telas, no disminuía en nada la coquetería con que habían sido hecho los trajes. El invierno estaba previsto, sin que desapareciese la primavera. Aquellas dos pequeñas, desprendían luz. Además, eran reinas. En su traje, en su alegría, en el ruido que hacían, había cierta soberanía. Cuando entraron, la Thénardier les dijo con un tono de mal humor lleno de adoración:

—¡Ah! ¡Sois vosotras!

Luego, sentando a ambas sobre sus rodillas, alisándoles sus cabellos, atando sus lazos, y soltándoles enseguida con este modo tan propio de las madres, exclamó:

—¡Qué mal vestidas están!

Fuéronse a sentar cerca del fuego. Tenían una muñeca, a la que daban vueltas sobre sus rodillas, acariciándola y jugando. De vez en cuando, Cosette levantaba la mirada de su labor, y las miraba jugar con aire lúgubre.

Eponine y Azelma, no miraban a Cosette. Para ellas era como un perro. Aquellas niñas, no tenían aún veinticuatro años entre las tres, y representaban ya toda la sociedad de los hombres; por un lado la envidia, por el otro el desdén.

La muñeca de las hermanas Thénardier, estaba ya muy estropeada, muy sucia y toda rota, pero no por ello le parecía menos admirable a Cosette, que en su vida había tenido una muñeca, una verdadera muñeca, para emplear una expresión que todos los niños comprenderán.

De pronto, la Thénardier, que continuaba yendo y viniendo por la habitación, advirtió que Cosette se distraía, y que en vez de trabajar, miraba a las niñas que estaban jugando.

—¡Ah, ya te he cogido! —gritó—. ¡Así es cómo trabajas! Voy a hacerte trabajar a disciplinazos.

El desconocido, sin dejar su silla, se volvió hacia la Thénardier.

—Señora —dijo sonriendo con aire humilde—, ¡bah! ¡Dejadla jugar!

En boca de cualquier otro viajero, que hubiera comido un buen pedazo de carne y tomado dos botellas de vino en su casa, y no hubiese parecido un asqueroso pobre, tal deseo hubiera sido una orden. Pero que un hombre que llevaba aquel sombrero, se atreviese a tener

un deseo, y que un hombre que llevaba aquella levita, se permitiese expresar su voluntad, es algo que la Thénardier creyó que no debía tolerar.

—Es preciso que trabaje, puesto que come. Yo no la alimento por nada.

—Pero ¿qué es lo que hace? —continuó el desconocido, con una dulce voz que contrastaba extrañamente con su traje de mendigo y sus hombros de ganapán.

La Thénardier se dignó responder:

—Está haciendo medias. Medias para mis niñas que no las tienen, y que ahora mismo van con las piernas desnudas.

El hombre miró los pobres pies enrojecidos de Cosette.

—¿Y cuándo habrá terminado este par de medias?

—La perezosa tiene al menos para tres o cuatro días.

—¿Y cuánto puede valer este par de medias después de hecho?

La Thénardier le lanzó una mirada despreciativa.

—Al menos treinta sueldos.

—¿Lo daríais por cinco francos? —continuó el hombre.

—¡Cáspita! —exclamó soltando una risotada uno de los trajineros que escuchaban—. ¡Cinco francos! Ya lo creo..., pues digo..., ¡cinco balas!

Thénardier se creyó obligado a tomar la palabra:

—Sí, señor; si es un capricho, se os dará este par de medias por cinco francos. No sabemos negar nada a los viajeros.

—Será preciso que paguéis ahora mismo —añadió la Thénardier con voz breve y perentoria.

—Compro este par de medias —respondió el hombre, y, añadió sacando de su bolsillo una moneda de cinco francos—: Lo pago.

Luego se volvió hacia Cosette:

—Ahora tu trabajo me pertenece. Juega, hija mía. El trajinero se conmovió tanto al ver la moneda de cinco francos que dejó su vaso y se acercó.

—¡Conque es verdad! —exclamó examinándola—. ¡Una verdadera rueda trasera! ¡Y no es falsa!

Thénardier se acercó y guardó silenciosamente la moneda en su bolsillo.

La Thénardier no tenía nada que objetar. Se mordió los labios y su rostro tomó una expresión de odio.

Entretanto Cosette temblaba. Arriesgóse a preguntar:

—¿Es verdad, señora? ¿Puedo jugar?

—¡Juega! —dijo la Thénardier con terrible voz.

—Gracias, señora —dijo Cosette.

Y mientras sus labios daban gracias a la Thénardier, toda su alma, las daba al viajero.

Thénardier se había vuelto a poner a beber. Su mujer le dijo al oído:

—¿Quién podrá ser este hombre vestido de amarillo?

—He visto —respondió en tono soberano Thénardier— millonarios que llevan levitas como ésta.

Cosette había dejado su media, pero no había salido de su sitio. La pobre niña se movía siempre lo menos posible. Había tomado de una caja que tenía detrás, algunos trapos viejos y su pequeño sable de plomo.

Éponine y Azelma no prestaban atención alguna a lo que sucedía. Acababan de ejecutar una operación muy importante, se habían apoderado del gato. Habían arrojado al suelo la muñeca, y Éponine, que era la mayor, ataba al gato, a pesar de sus aullidos y sus contorsiones, con una porción de trapos y de cintas encarnadas y azules. Mientras hacía este trabajo difícil y grave, decía a su hermana con este dulce y adorable lenguaje de los

niños, cuya gracia, parecida al esplendor del ala de las mariposas, desaparece cuando se quiere fijar:

—Ves, hermana mía, esta muñeca es más divertida que la otra. Se mueve, grita y está caliente. Ven, hermana, juguemos. Será mi hija. Yo seré una dama. Vendré a visitarte y tú la mirarás. Poco a poco verás sus bigotes y esto te sorprenderá. Y luego verás sus orejas, y su cola, y esto te sorprenderá. Y me dirás: «¡Ah, Dios mío!», y yo te diré: «Sí, señora, es una niña que tengo así. Las niñas son así ahora.»

Azelma escuchaba a Éponine con admiración.

Entretanto los bebedores se habían puesto a entonar una canción obscena, de la que se reían hasta hacer temblar el techo. Thénardier los animaba y los acompañaba.

Mientras Éponine y Azelma envolvían el gato, Cosette envolvía el sable. Así como los pájaros hacen un nido con todo, las niñas hacen una muñeca con cualquier cosa. Una vez envuelto lo había acunado en sus brazos, y cantaba dulcemente para dormirlo.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades y al mismo tiempo uno de los más encantadores instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, volver a desnudar, volver a vestir, enseñar, gruñir un poco, acunar, mirar, adormecer, imaginar que cualquier cosa es alguien; todo el porvenir de la mujer está ahí. Al mismo tiempo que piensa, charla, al mismo tiempo que hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas, camisitas y pañales, la niña se convierte en joven, y la joven en adulta, entonces se hace mujer. El primer niño, es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca, es casi tan desgraciada y enteramente tan imposible como una mujer sin hijos.

Cosette se había hecho, pues, una muñeca con el sable.

La Thénardier, se había acercado al hombre de amarillo.

«Mi marido tiene razón —pensaba—. ¡Tal vez es el señor Laffitte! ¡Hay ricos tan caprichosos!»

Se acercó y acodóse en su mesa.

—Señor. . . —dijo.

Al oír esta palabra «señor», el hombre se volvió. La Thénardier no lo había llamado hasta entonces sino buen hombre.

—Ya veis, señor —prosiguió tomando su aire agridulce, que resultaba aún más repugnante que su aire feroz—; yo bien quiero que la niña juegue, no me opongo a ello; pero esto es bueno para una vez, porque sois generoso. Ella no tiene nada y es preciso que trabaje...

—¿No es vuestra esta niña?

—¡Oh, Dios mío!, no, señor; es una pobrecita que hemos recogido por caridad. Una especie de imbécil. Debe tener agua en la cabeza. La tiene muy abultada como veis. Nosotros hacemos por ella lo que podemos, pues no somos ricos. Por más que hemos escrito a su país, hace seis meses que no nos responden. Será preciso creer que su madre ha muerto.

—¡Ah! —dijo el hombre, y volvió a quedarse pensativo.

—Era una poca cosa —añadió la Thénardier—. Abandonó a su hija.

Durante toda esta conversación, Cosette como si un instinto le hubiera advertido que hablaban de ella, no había apartado los ojos de la Thénardier. Escuchaba vagamente. Oía de cuando en cuando algunas palabras.

Entretanto, los bebedores, borrachos en su mayor parte, repetían su inmundo estribillo con redoblada alegría. Era un estribillo licencioso en el que se mezclaba la Virgen y el niño Jesús. La Thénardier había ido a

tomar su parte en las risotadas. Cosette, debajo de la mesa, miraba al fuego, que reverberaba en su mirada fija; se había puesto de nuevo a mecer la especie de muñeco que había hecho, y mientras lo mecía, cantaba en voz baja: «¡Mi madre ha muerto! ¡Mi madre ha muerto! ¡Mi madre ha muerto!»

A fuerza de nuevas insistencias de la patrona, el hombre de amarillo consintió al fin en cenar.

—¿Qué quiere el señor?

—Pan y queso —dijo el hombre.

«Decididamente es un mendigo», pensó la Thénardier.

Los borrachos seguían cantando su canción, y la niña, bajo la mesa, cantaba la suya.

De repente, Cosette se interrumpió. Acababa de volverse y descubrir a la muñeca de las niñas Thénardier abandonada a causa del gato, a algunos pasos de la mesa de la cocina.

Entonces dejó caer su sable que sólo la satisfacía a medias, y luego paseó lentamente su mirada alrededor de la sala. La Thénardier hablaba a su marido en voz baja, y contaba dinero. Éponine y Azelma jugaban con el gato, los viajeros comían, bebían o cantaban, ninguna mirada estaba fija sobre ella. No tenía un momento que perder. Salió de debajo de la mesa, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, se aseguró una vez más de que no la vigilaban, luego se deslizó vivamente hacia la muñeca y la cogió. Un instante más tarde estaba en su sitio, sentada, inmóvil, vuelta sólo de modo que diese sombra a la muñeca que tenía en los brazos. La dicha de jugar con una muñeca era tan rara para ella, que tenía toda la violencia de un deleite.

Nadie la había visto, a excepción del viajero, que comía lentamente su frugal cena.

Esta alegría, duró cerca de un cuarto de hora.

Pero por muchas precauciones que tomó Cosette, no se dio cuenta de que uno de los pies sobresalía, y que el fuego de la chimenea lo iluminaba vivamente. Aquel pie rosado y luminoso que salía de la sombra, llamó súbitamente la atención de Azelma, que dijo a Éponine:

—¡Mira, hermana!

Las dos niñas se detuvieron estupefactas. ¡Cosette se había atrevido a coger la muñeca!

Éponine se levantó, y sin soltar el gato, se acercó a la madre y se puso a tirarle de la falda.

—¡Déjame! —dijo la madre—. ¿Qué quieres?

—Madre —dijo la niña—, ¡mira!

Y con el dedo, señalaba a Cosette.

Cosette, entregada al éxtasis de la posesión, no veía ni oía nada.

El rostro de la Thénardier tomó esta expresión particular. Esta vez, el orgullo herido exasperaba más su cólera. Cosette había traspasado todos los límites. Cosette había atentado contra la muñeca de «aquellas señoritas».

Una zarina que viera a un mujik probarse el gran cordón azul de su imperial hijo, no hubiera tenido otra expresión.

Gritó con una voz enronquecida por la indignación:

—¡Cosette!

Cosette se estremeció como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies. Se volvió.

—¡Cosette! —repitió la Thénardier.

Cosette cogió la muñeca y la dejó dulcemente en el suelo con una especie de veneración mezclada con la desesperación. Entonces, sin dejar de mirarla, juntó las manos, y lo que es horrible de decir tratándose de una niña de su edad, se las retorció; luego, las lágrimas que no habían podido arrancarle ninguna de las emociones

del día, ni la carrera en los bosques, ni la pesadez del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni incluso las sombrías palabras que había oído decir a la Thénardier, acudieron a sus ojos; lloró. Estalló en sollozos.

Entretanto, el viajero se había levantado.

—¿Qué es esto? —dijo a la Thénardier.

—¿No lo veis? —dija la Thénardier, señalando con el dedo el cuerpo del delito que yacía a los pies de Cosette.

—Bien, ¿y qué? —repuso el hombre.

—¡Esta miserable —respondió la Thénardier— se ha atrevido a tocar la muñeca de las niñas!

—¡Todo este ruido para tan poco! —dijo el hombre—. ¿Y qué importaba que jugase con esta muñeca?

—¡La ha tocado con sus sucias manos! —prosiguió la Thénardier—. ¡Con sus horribles manos!

Aquí, Cosette redobló sus sollozos.

—¡Vas a callarte! —gritó la Thénardier.

El hombre se dirigió a la puerta de la calle, la abrió y salió.

Cuando hubo salido, la Thénardier aprovechóse de su ausencia para dar a Cosette un puntapié por debajo de la mesa, que hizo que la niña lanzara grandes gritos.

La puerta volvió a abrirse y el hombre reapareció; en sus manos llevaba la muñeca fabulosa de la que hemos hablado, y que todos los chiquillos de la aldea habían contemplado desde la mañana, y la dejó de pie delante de Cosette, diciendo:

—Toma, es para ti.

Será preciso creer que en la hora y media que hacía que estaba allí, en medio de su meditación, había observado confusamente esta tienda de juguetes alumbrada tan espléndidamente con lamparillas y velas de sebo, que

se la descubría a través de los cristales de la taberna como una iluminación.

Cosette levantó los ojos; vio venir al hombre hacia ella con la muñeca como si hubiera sido el sol, y le hubiese dicho las palabras inauditas: «Es para ti.» Lo miró, miró a la muñeca, y luego retrocedió lentamente y fue a esconderse al otro extremo debajo de la mesa, junto al rincón de la pared.

Ya no lloraba, ya no gritaba, parecía que no se atrevía a respirar.

La Thénardier, Éponine y Azelma, eran otras tantas estatuas. Los mismos bebedores se habían callado. Se había hecho un silencio solemne en toda la taberna.

La Thénardier, petrificada y muda, volvía a empezar sus conjeturas.

«¿Quién es este viejo? ¿Es un pobre? ¿Es un millonario? Tal vez sea las dos cosas, es decir, un ladrón.»

Sobre el rostro del marido Thénardier, se dibujó esta arruga expresiva que acentúa la frente humana cada vez que el instinto de dominio aparece en ella con toda su potencia bestial. El tabernero consideraba alternativamente a la muñeca y al viajero, parecía olfatear a aquel hombre, como hubiese olfateado un saco de plata. Aquello no duró más que el tiempo de un relámpago. Se acercó a su mujer y le dijo en voz baja:

—Esta muñeca cuesta al menos treinta francos. No hagas estupideces: de rodillas delante de este hombre.

Las naturalezas groseras, tienen esto en común con las naturalezas ingenuas; para ellas no hay transiciones.

—Bien, Cosette —dijo la Thénardier con una voz que quería ser dulce y que estaba compuesta de esta miel agria de las malas mujeres—, ¿es que no vas a coger tu muñeca?

Cosette se aventuró a salir de su agujero.

—Mi pequeña Cosette —continuó la Thénardier con voz acariciadora—, el señor te regala una muñeca. Tómala. Es tuya.

Cosette miraba aquella maravillosa muñeca con una especie de terror. Su rostro estaba aún inundado de lágrimas, pero sus ojos empezaban a llenarse, como el cielo en el crepúsculo matutino, con las extrañas iluminaciones de la alegría. Lo que experimentaba en aquel momento, era semejante a lo que hubiera sentido si le hubieran dicho: «Pequeña, eres la reina de Francia.»

Le parecía que si tocaba aquella muñeca, saldría de ella un trueno.

Lo cual era hasta cierto punto verdad, porque creía que la Thénardier la reñiría y le pegaría.

Sin embargo, triunfó la atracción. Terminó por acercarse, y murmuró tímidamente volviéndose hacia la Thénardier:

—¿Puedo, señora?

Ninguna expresión podría explicar esta voz, a la vez desesperada, alegre y llena de espanto.

—¡Pardiez! —dijo la Thénardier—. Es tuya, puesto que el señor te la regala.

—¿De verdad, señor? —continuó Cosette—. ¿Es verdad? ¿Es mía «la señora»?

El desconocido, parecía tener los ojos llenos de lágrimas. Parecía haber llegado a este extremo de emoción en que no se habla para no llorar. Hizo una señal con la cabeza a Cosette, y puso la mano de la «señora», en su pequeña mano.

Cosette retiró vivamente su mano, como si la de la «señora» quemara, y se puso a mirar al cielo. Fuerza es añadir que en aquel instante, sacaba la lengua de un modo desmesurado. De repente se volvió y cogió la muñeca con violencia.

—La llamaré «Catherine» —dijo.

Fue un momento extraño aquel en que los harapos de Cosette encontraron y estrecharon los lazos y las frescas muselinas rosas de la muñeca.

—Señora —dijo—, ¿puedo ponerla sobre una silla?

—Sí, mi pequeña —respondió la Thénardier.

Ahora eran Éponine y Azelma las que miraban a Cosette con envidia.

Cosette dejó a «Catherine» en una silla, luego se sentó en el suelo delante de ella, y permaneció inmóvil sin decir una palabra, en actitud de contemplación.

—Juega, pues, Cosette —dijo el desconocido.

—¡Oh, ya juego! —respondió la niña.

Este extraño, este desconocido que parecía una visita que la providencia hacía a Cosette, era en aquel instante lo que la Thénardier más odiaba en el mundo. No obstante era preciso contenerse. Las emociones que sentía eran más de las que podía soportar, por acostumbrada que estuviera al disimulo por el modo en que trataba de imitar a su marido en todas sus acciones; sin embargo, era necesario contenerse. Apresuróse pues a enviar a sus hijas a acostarse, y luego pidió permiso al hombre de amarillo, para enviar también a Cosette «que hoy se ha cansado mucho», añadió con aire maternal. Cosette fue a acostarse, llevándose a «Catherine» en brazos.

La Thénardier iba de vez en cuando al otro extremo de la sala donde estaba su hombre, para ensanchar un poco el corazón, según decía. Cambiaba con su marido algunas palabras, tanto más furiosas cuanto que no se atrevía a decirlas en voz alta:

—¡Vieja bestia! ¿Qué capricho le habrá picado? ¡Venir aquí a incomodarnos! ¡Querer que este pequeño monstruo juegue! ¡Regalarle muñecas! ¡Regalar muñecas de cuarenta francos a una perra que yo daría por

cuarenta sueldos! ¡Y si lo apurasen, puede ser que la llamase vuestra majestad, como a la duquesa de Berry![1] ¿Tiene esto sentido común? ¿Está loco o rabioso este misterioso viejo?

—¿Por qué? Es muy sencillo —replicaba el marido—. ¡Si esto lo divierte! A ti te divierte que la pequeña trabaje, a él le divierte que juegue. Está en su derecho. Un viajero hace lo que quiere cuando paga. Si este viejo es un filántropo, ¿qué te importa? Si es un imbécil, no te concierne. ¿Por qué te mezclas en esto, puesto que tiene dinero?

Lenguaje de dueño, y razonamiento de posadero, que ni uno ni otro admitían réplica.

El hombre se había acodado sobre la mesa y había recobrado su actitud de meditación. Los demás viajeros, mercaderes, trajineros, se habían alejado un poco, y ya no cantaban. Lo miraban a distancia con una especie de temor respetuoso. Aquel hombre tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo «ruedas de atrás» con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantescas a muchachas harapientas, era ciertamente un «buen hombre» magnífico y temible.

Trascurrieron varias horas. La misa de medianoche, había terminado, la nochebuena había pasado, los bebedores se habían ido, la taberna estaba cerrada, la sala baja estaba desierta, el fuego se había apagado, y el desconocido permanecía en el mismo lugar y en la misma postura. De tanto en tanto cambiaba el codo sobre el cual se apoyaba. Esto era todo. Pero no había pronunciado una palabra más, desde que Cosette ya no estaba allí.

Sólo los Thénardier permanecían en la sala, por conveniencia y por curiosidad. «¿Es que piensa pasarse así

[1] No la llamaban, evidentemente, «vuestra majestad», sino «su alteza real». Hugo presta, voluntariamente, este error a la Thénadier.

la noche?», gruñía la Thénardier. Cuando sonaban las dos de la mañana, se declaró vencida y dijo a su marido:

—Voy a acostarme. Haz lo que quieras.

El marido se sentó en una mesa del rincón, encendió una vela, y se dispuso a leer *El Correo Francés* [1].

Trascurrió así otra hora. El digno posadero había leído al menos tres veces *El Correo Francés*, desde la fecha del ejemplar hasta el nombre del impresor. El extranjero no se movía.

Thénardier se movió, tosió, escupió, se sonó, hizo ruido con su silla; el forastero continuó inmóvil.

«¿Estará dormido?», pensó Thénardier. El hombre no dormía, pero nada podía despertarlo.

Por fin Thénardier sacóse su gorro y se acercó suavemente, aventurándose a decir:

—¿El señor no va a descansar?

No va a acostarse, le hubiera parecido excesivo y familiar. Descansar, olía a lujo y era más respetuoso. Estas palabras tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al día siguiente por la mañana el total de la cuenta. Un cuarto para acostarse, cuesta veinte sueldos; un cuarto para descansar, cuesta veinte francos.

—¡Vaya! —dijo el desconocido—, tenéis razón. ¿Dónde está vuestra cuadra?

—Señor —dijo Thénardier con una sonrisa—, voy a conduciros.

Tomó la luz, el hombre tomó su paquete y su bastón, y Thénardier lo llevó a una habitación del primer piso que era de un extraño esplendor, amueblada de caoba con una cama en forma de barco, con colgaduras de percal encarnado.

—¿Qué significa esto? —dijo el viajero.

1. *El Correo Francés*, periódico de los doctrinarios.

—Es nuestra propia habitación nupcial —dijo el posadero—. Mi esposa y yo dormimos ahora en otra. Aquí no se entra sino tres o cuatro veces al año.

—Lo mismo me habría importado que me dieseis la cuadra —dijo el hombre bruscamente.

Thénardier hizo como que no oía esta reflexión poco halagüeña.

Encendió dos velas de cera nuevas que estaban sobre la chimenea, en la que ardía un fuego bastante bueno.

Sobre la chimenea, y cubierto con una tapa de cristal había un sombrero de mujer con adornos de hilo de plata y flores de azahar.

—¿Y esto qué es? —preguntó el extranjero.

—Señor —dijo Thénardier—, es el sombrero de novia de mi mujer.

El viajero miró el objeto con una mirada que parecía decir: «¡Ha habido pues un momento en que este monstruo ha sido una virgen!»

Por lo demás, Thénardier mentía. Cuando tomó en arriendo aquella casucha para convertirla en bodegón, halló aquel cuarto amueblado de aquella manera, y compró los muebles y las flores de azahar, juzgando que aquello haría una sombra graciosa sobre «su esposa», y daría a su casa lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el viajero se volvió, el posadero había desaparecido. Thénardier se había eclipsado discretamente, sin atreverse a decir buenas noches, no queriendo irritar con una cordialidad irrespetuosa a un hombre al que se proponía desollar regiamente a la siguiente mañana.

El posadero se retiró a su habitación. Su mujer estaba acostada, pero no dormía. Cuando oyó los pasos de su marido, se volvió y le dijo:

—¿Sabes que mañana pongo a Cosette a la calle?

Thénardier respondió fríamente:

—¡Cómo te lo has tomado!

No cambiaron otras palabras, y algunos minutos más tarde su vela estaba apagada.

Por su parte el viajero había dejado en un rincón su bastón y su paquete. Una vez que el posadero hubo salido, se sentó en un sillón, y permaneció pensativo por algunos instantes. Luego se sacó los zapatos, tomó una de las dos velas, sopló la otra, empujó la puerta y salió de la habitación, mirando a su alrededor como si buscara algo. Atravesó el corredor y alcanzó la escalera. Allí oyó un ruido muy dulce, parecido a una respiración infantil. Se dejó conducir por aquel rumor, y llegó a una especie de hueco triangular practicado debajo de la escalera, o por mejor decir, formado por la escalera misma. Aquel hueco no era otra cosa sino el que quedaba naturalmente debajo de los peldaños. Allí, entre toda clase de viejos cestos y trastos, entre polvo y telas de araña, había una cama; si se puede llamar cama a un jergón de paja agujereado, y un cobertor agujereado hasta dejar ver el jergón. No tenía sábanas. Estaba colocado en el suelo, sobre ladrillos. En esta cama, dormía Cosette.

El hombre se acercó y la contempló:

Cosette dormía profundamente. Estaba vestida. En invierno no se desnudaba para tener menos frío.

Apretaba contra ella a la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la oscuridad. De vez en cuando, exhalaba un hondo suspiro, como si fuera a despertarse, y estrechaba a la muñeca entre sus brazos casi convulsivamente. Al lado de su cama no había más que uno de sus zuecos.

Una puerta abierta cerca del desván de Cosette, dejaba ver un cuarto oscuro bastante grande. El extranjero penetró en él. Al fondo, a través de una puerta vidriera, se descubrían dos lechos gemelos muy blancos. Eran los de Azelma y Éponine. Detrás de aquellas camas, desa-

parecía a medias una cuna de mimbre donde dormía el pequeño que había estado gritando durante toda la velada.

El extranjero conjeturó que aquella habitación comunicaba con la de los esposos Thénardier. Iba a retirarse, cuando su mirada encontró la chimenea: una de estas vastas chimeneas de posada, donde siempre hay muy poco fuego, cuando lo hay, y que da frío verlas. En ésta no había fuego, ni tampoco cenizas; lo que había allí, atrajo la atención del viajero. Eran dos pequeños zapatitos de niña de forma bonita, y longitud desigual; el viajero recordó la graciosa e inmemorial costumbre de los niños, que ponen su calzado en la chimenea la noche de navidad, esperando allí en las tinieblas algún brillante regalo de un hada buena. Éponine y Azelma, no habían faltado a esta costumbre y habían puesto cada una su zapato en la chimenea.

El viajero se inclinó.

El hada, es decir, la madre, había hecho su visita, y en cada zapato, veíase brillar una hermosa moneda de diez sueldos nuevecita.

Volvióse el hombre a levantar, e iba a irse, cuando descubrió en un rincón del fondo el más oscuro de la chimenea, otro objeto. Lo miró y reconoció un zueco, un terrible zueco de madera un poco grosero, medio roto, y todo cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con esta tierna confianza de los niños que puede ser engañada siempre, pero nunca desanimada, había puesto ella también su zueco en la chimenea.

La esperanza es una cosa sublime y dulce en una niña que sólo conoce la desesperación.

No había nada en aquel zueco.

El extranjero buscó en su chaleco, se inclinó, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Luego volvióse a su habitación con paso de lobo.

IX

Thénardier maniobrando

Al día siguiente, al menos dos horas antes de que amaneciera, el marido Thénardier, sentado junto a una mesa en la sala baja de la bodega, con una pluma en la mano y alumbrado por la luz de la vela, componía la cuenta del viajero de la levita amarilla.

La mujer, de pie, medio inclinada hacia él, lo seguía con la vista. No decía una palabra. Había por un lado, una meditación profunda, y por el otro esta meditación religiosa con la cual se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. Se oía un ruido en la casa, era la Alondra que barría la escalera.

Después de un buen cuarto de hora, y de haber hecho algunas raspaduras, Thénardier, produjo esta obra maestra:

Nota del señor del nº 1

Cena	3 francos
Habitación	10 »
Bujías	5 »
Fuego	4 »
Servicio	1 »
Total	23 francos

Servicio, estaba escrito «servisio».

—¡Veintitrés francos! —exclamó la mujer con un entusiasmo unido a cierta vacilación.

Como todos los grandes artistas, Thénardier, no estaba contento.

—¡Psch! —dijo.

Era el acento de Castlereagh redactando en el congreso de Viena, la nota que Francia tenía que pagar [1].

—Señor Thénardier, tienes razón, debe esto —murmuró la mujer que pensaba en la muñeca dada a Cosette en presencia de sus hijas—. Es justo, pero es demasiado. No querrá pagar.

Thénardier sonrió fríamente, y dijo:

—Pagará.

Esta risa era la expresión suprema de la certeza y de la autoridad. Lo que así se decía, debía suceder infaliblemente. La mujer no insistió. Se puso a preparar las mesas; el marido empezó a dar paseos por la sala. Un momento más tarde, añadió:

—¡Yo, sin embargo, debo mil quinientos francos!

Fue a sentarse junto a la chimenea, meditando con los pies metidos en las cenizas calientes.

—¡Ah! —continuó la mujer—; no olvides que hoy pongo a Cosette a la puerta: ¡monstruo! ¡Me come el corazón con su muñeca! ¡Preferiría casarme con Luis XVIII, que tenerla en casa un día más!

[1] Lord Castlereagh (1769-1822), plenipotenciario británico en el congreso de Viena, redactó, en efecto, el 12 de setiembre de 1815, «la nota a pagar por Francia», pero su proyecto, convertido con modificaciones en el segundo tratado de París (20 de noviembre de 1815), representaba para nuestro país un mal menor, un compromiso entre la moderación relativa de Rusia y de Gran Bretaña, y los apetitos de Prusia, que reclamaban Alsacia y Lorena. Además, cuando el proyecto Castlereagh fue adoptado, el congreso de Viena había finalizado desde hacía algunos meses, siendo firmada el acta final el 9 de junio de 1815.

Thénardier encendió su pipa, y respondió entre dos bocanadas:

—Entregarás esta cuenta al hombre.

Luego salió.

Apenas había puesto el pie fuera de la sala cuando entró el viajero.

Thénardier volvió a aparecer al momento detrás de él, y permaneció inmóvil en la puerta entreabierta, visible sólo para su mujer.

El hombre de amarillo, llevaba en la mano su bastón y su paquete.

—¿Tan pronto levantado? —dijo la Thénardier—. ¿Es que el señor nos deja ya?

Mientras hablaba así, daba vueltas a la nota que tenía en las manos, haciéndole pliegues con las uñas. Su rostro duro ofrecía un matiz que no le era habitual, la timidez y el escrúpulo.

Presentar una nota semejante a un hombre que tenía todo el aspecto de un «pobre», le parecía una cosa impropia.

El viajero parecía preocupado y distraído. Respondió:

—Sí, señora, me voy.

—El señor —continuó ésta— ¿no tenía negocios en Montfermeil?

—No; estoy de paso por aquí. Esto es todo. Señora —añadió—, ¿qué es lo que debo?

La Thénardier sin responder, le tendió la nota doblada.

El hombre desplegó el papel, lo miró, pero su atención estaba visiblemente en otra parte.

—Señora —continuó—, ¿hacéis buenos negocios en Montfermeil?

—Así, así, señor —respondió la Thénardier estupefacta al no observar otra clase de explosión. Y prosiguió con un acento elegíaco y lastimero—: ¡Oh, señor, los

tiempos son muy duros! ¡Y tenemos tan pocos burgueses por aquí! Ya lo veis, toda esta gente más o menos. ¡Si no tuviéramos de vez en cuando algún viajero generoso y rico como el señor! Tenemos muchas cargas. Mirad, esta chiquilla nos cuesta un ojo de la cara.

—¿Qué chiquilla?

—¡Ya sabéis, Cosette!, la Alondra, como la llaman aquí.

—¡Ah! —dijo el hombre.

Ella continuó:

—¡Qué estúpidos son estos aldeanos con sus sobrenombres! Más bien parece un murciélago que una alondra. Ya lo veis, señor, nosotros no pedimos limosna, pero tampoco podemos darla. No ganamos nada, y tenemos mucho que pagar. La patente, los impuestos, la contribución de puertas y ventanas. Ya sabéis que el gobierno pide mucho dinero. Y luego están mis hijas. No necesito alimentar a los hijos de los demás.

El hombre continuó con una voz que se esforzaba en parecer indiferente, y en la cual había un estremecimiento:

—¿Y si os desembarazaseis de ella?

—¿De quién? ¿De la Cosette?

—Sí.

La faz rojiza y violenta de la tabernera, se iluminó con una expresión odiosa.

—¡Ah, señor! ¡Mi buen señor! Tomadla, quedaos con ella, lleváosla, conservadla en azúcar, bebéosla, coméosla, y seais bendito de la Virgen Santísima y de todos los santos del paraíso.

—Está dicho.

—¿De veras? ¿Os la lleváis?

—Me la llevo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Llamad a la niña.

—¡Cosette! —gritó la Thénardier.

—Mientras espero —prosiguió el hombre—, voy a pagaros mi cuenta. ¿Cuánto es?

Echó una ojeada a la cuenta, y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa:

—¡Veintitrés francos! —Miró a la tabernera, y repitió—: ¿Veintitrés francos?

En la pronunciación de estas palabras repetidas así, había el acento que separa la admiración de la interrogación.

La Thénardier había tenido tiempo de prepararse para el choque. Respondió pues con seguridad:

—¡Caramba! ¡Sí, señor! Veintitrés francos.

El viajero dejó cinco piezas de cinco francos sobre la mesa.

—Id a buscar a la pequeña —dijo.

En aquel momento, Thénardier se adelantó en medio de la sala, y dijo:

—El señor no debe más que veintiséis sueldos.

—¡Veintiséis sueldos! —exclamó la mujer.

—Veintiséis sueldos por la habitación y seis sueldos por la cena. En cuanto a la pequeña, tengo necesidad de hablar un poco con el señor. Déjanos solos, mujer.

La Thénardier experimentó uno de estos deslumbramientos que producen los rasgos imprevistos del talento. Diose cuenta de que el gran actor entraba en escena, no replicó una sola palabra y salió.

Cuando se quedaron solos, Thénardier ofreció una silla al viajero. El viajero se sentó; Thénardier se quedó de pie, y su rostro tomó una singular expresión de bondad y sencillez.

—Señor —dijo—, mirad, voy a deciros. Yo adoro a esta niña.

El viajero lo miró fijamente.

—¿Qué niña?

Thénardier continuó:

—¡Es cosa singular!, pero no puede uno remediarlo; cuando se apasiona uno por una persona... ¿Qué es todo este dinero? Guardaos vuestras monedas de cien sueldos. Es una niña a la que adoro.

—¿A quién adoráis? —preguntó el extranjero.

—¡Ya os lo oís, a nuestra pequeña Cosette! ¿No queríais llevárosla? Pues bien, hablo francamente; tan cierto como que sois un hombre honrado, no puedo consentir en ello. Extrañaría a esta niña. La he visto desde muy pequeña. Es verdad que nos cuesta dinero, es verdad que tiene defectos, es verdad que no somos ricos, es verdad que yo he pagado más de cuatrocientos francos en medicinas para sus enfermedades. Pero es preciso hacer algo por Dios. No tiene ni padre ni madre, yo la he educado. Tengo pan para ella y para mí. En fin, yo quiero a esta niña. Ya comprendéis: uno toma afecto a las personas; yo tengo más corazón que cabeza, la quiero; mi mujer tiene el genio vivo, pero también la quiere. Ya veis, la tenemos como a una hija. No podemos dejar de oír su charla infantil en nuestra casa.

El viajero, seguía mirando fijamente. Thérnadier continuó:

—Perdonad, señor, pero no se da a un hijo así como así, en un instante, al primero que llega. ¿No es verdad que tengo razón? Además, no digo que no, sois rico, parecéis bueno, y si fuera por su felicidad... pero yo necesitaría saber..., ¿me entendéis? Supongamos que yo la dejara ir, y me sacrificase; quisiera saber adónde la

lleváis; quisiera no perderla de vista, saber a casa de quién va, para ir a verla de vez en cuando, y que supiese que su buen padre que la ha criado, velaba por ella. En fin, hay cosas que son posibles. Yo no sé siquiera vuestro nombre. Si os la lleváis, pensaría: «¿Y la Alondra? ¿Adónde ha ido?» Por lo menos necesitaría ver algún pedazo de papel, una muestra de vuestro pasaporte...

El desconocido, sin dejar de mirarlo, con esta mirada que penetra por decirlo así, hasta el fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

—Señor Thénardier, para ir a cinco leguas de París, no se lleva pasaporte. Si me llevo a Cosette, me la llevaré, y nada más. Vos no sabréis mi nombre, no sabréis mi dirección, ni dónde estará ella, y mi intención es que no vuelva a veros en su vida. Rompo el grillete que tiene en el pie, y se va. Os conviene, ¿sí o no?

Del mismo modo que los demonios y los genios reconocen por ciertas señales la presencia de un Dios superior, Thénardier comprendió que tenía que habérselas con alguien muy fuerte. Fue como una intuición; lo comprendió con su prontitud neta y sagaz. La víspera, mientras bebía con los trajineros, mientras fumaba, mientras cantaba coplas obscenas, había pasado la velada observando al viajero, vigilándolo como un gato, y estudiándolo como un matemático. Había espiado al hombre a la vez, por propia cuenta, por el placer y por el instinto, y espiado como si le hubieran pagado para ello. Ni un gesto, ni un movimiento del hombre de la levita amarilla se le había escapado. Incluso antes de que el desconocido manifestara tan claramente su interés por Cosette, Thénardier lo había adivinado. Había sorprendido las miradas profundas de aquel viejo convergiendo siempre en la

niña. ¿Por qué este interés? ¿Quién era este hombre? ¿Por qué, teniendo tanto dinero en el bolsillo, llevaba un traje tan miserable? Preguntas que se planteaba sin poder resolverlas y se irritaba. Había pensado en ello toda la noche. No podía ser el padre de Cosette. ¿Era algún abuelo? ¿Entonces por qué no darse a conocer inmediatamente? Cuando se tiene un derecho, se muestra. Este hombre, evidentemente, no tenía derecho a llevarse a Cosette. Entonces, ¿quién era? Thénardier se perdía en suposiciones. Lo entreveía todo, y no veía nada. Comoquiera que fuese, entablando conversación con aquel hombre, seguro como estaba de que había un secreto en todo esto; seguro de que el hombre estaba interesado en permanecer en el incógnito, sentíase fuerte; a la respuesta clara y firme del viajero, cuando vio que el misterioso personaje era misterioso simplemente, se sintió débil. No se esperaba una cosa igual. Fue la derrota de sus conjeturas. Reunió sus ideas, pesó todo en un segundo. Thénardier era uno de estos hombres que juzgan una situación de una ojeada. Calculó que era el momento de ir derecho y pronto al asunto. Hizo como los grandes capitanes en este instante decisivo que sólo ellos reconocen; descubrió bruscamente su batería.

—Señor —dijo—, necesito mil quinientos francos.

El extranjero tomó de su bolsillo de uno de los lados, una cartera vieja de cuero negro, la abrió y sacó tres billetes de banco que dejó sobre la mesa. Luego apoyó su largo pulgar sobre estos billetes, y dijo al tabernero:

—Haced venir a Cosette.

Mientras sucedía esto, ¿qué hacía Cosette?

Cosette, al despertarse, había corrido a su zueco. Había encontrado allí la moneda de oro. No era un Napoleón, era una de estas monedas de veinte francos com-

pletamente nuevas de la restauración, sobre cuya cara, la pequeña cola prusiana, había remplazado a la corona de laurel. Cosette quedó deslumbrada. Su destino empezaba a embriagarla. No sabía lo que era una moneda de oro, no la había visto jamás, la escondió rápidamente en el bolsillo como si la hubiera robado. Sin embargo, sentía que aquello era completamente suyo, adivinaba de dónde procedía el regalo, pero sentía una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba sobre todo estupefacta. Aquellas cosas tan magníficas y tan lindas, no le parecían reales. La muñeca le daba miedo, la moneda le daba miedo. Temblaba vagamente ante estas magnificencias. Sólo el desconocido no la asustaba; al contrario, la tranquilizaba. Desde la víspera, a través de su admiración, a través de su sorpresa, pensaba en su espíritu de niña en aquel hombre que parecía viejo, y tan pobre y tan triste, y que era tan rico y tan bueno. Desde que había encontrado a aquel hombre en los bosques, todo había cambiado para ella. Cosette, menos feliz que la más pequeña golondrina del cielo, no había sabido nunca lo que era refugiarse a la sombra de una madre y bajo sus alas. Hacía cinco años, es decir, tan remotamente como podían subir sus recuerdos, la pobre niña no hacía más que temblar y estremecerse. Había estado siempre desnuda, bajo el rudo cierzo de la desgracia; ahora le parecía que estaba vestida. En otro tiempo, su alma, tenía frío; ahora sentía calor. Cosette no tenía ya tanto miedo a la Thénardier; ya no estaba sola, había alguien que velaba por ella.

Se había puesto enseguida a trabajar como todas las mañanas. Aquel luis que tenía consigo, en el mismo bolsillo de su delantal, de donde el día anterior se le había caído la moneda de quince sueldos, la tenía distraída. No se atrevía a tocarlo, pero cada cinco minutos lo con-

templaba, y es preciso decirlo, con la lengua fuera. Mientras barría la escalera, se paraba de cuando en cuando y parecía inmóvil, olvidando su escoba y el universo entero, ocupada en ver brillar aquel astro en el fondo de su bolsillo.

Fue en una de estas contemplaciones, cuando la Thénardier se acercó a ella.

Había ido a buscarla por orden de su marido. Cosa inaudita, no le dio ningún golpe, ni le dijo una sola injuria.

—Cosette —le dijo casi con dulzura—, ven ahora mismo.

Un instante después, entraba Cosette en la sala baja.

El extranjero tomó el paquete que había traído, y lo desató. Aquel paquete contenía un vestidito de lana, un delantal, una almilla de fustán, un jubón, un chal, medias de lana, zapatos..., un vestido completo para una niña de ocho años. Todo de color negro.

—Hija mía —dijo el hombre—, toma esto y ve a vestirte.

Amanecía, cuando los habitantes de Montfermeil que empezaban a abrir sus puertas, vieron pasar por el camino de París un buen hombre pobremente vestido, llevando de la mano a una niña vestida de luto, que llevaba una gran muñeca rosa en sus brazos. Se dirigían hacia Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre; como Cosette ya no iba vestida de harapos, muchos tampoco la reconocieron.

Cosette se marchaba. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿Dónde? No lo sabía. Todo lo que comprendía era que dejaba tras ella la taberna Thénardier. Nadie había pen-

sado en decirle adiós, ni ella en decir adiós a nadie. Salía de aquella casa odiada, y odiando.

¡Pobre ser cuyo corazón hasta entonces no había experimentado sino los dolores de la opresión!

Cosette andaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y mirando al cielo. Había puesto su luis en el bolsillo de su delantal nuevo. De vez en cuando, se inclinaba, y le echaba una mirada, luego miraba al buen hombre. Sentía algo así como si se encontrase cerca de Dios.

X

El que busca lo mejor puede hallar lo peor

La Thénardier según su costumbre, había dejado obrar a su marido. Esperaba grandes acontecimientos. Cuando el hombre y Cosette se hubieron marchado, Thénardier dejó trascurir un cuarto de hora, luego la llamó aparte, y le mostró los mil quinientos francos.

—¡Nada más que esto! —dijo la mujer.

Era la primera vez desde el principio de su unión, que se atrevía a criticar la acción del dueño.

El golpe fue certero.

—En realidad, tienes razón —dijo—, soy un imbécil. Dame mi sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, los metió en su bolsillo y salió apresuradamente, pero se equivocó, y tomó primero el camino de la derecha. Algunos coches con los que se informó, lo llevaron a reparar su error; la Alondra y el hombre, habían sido vistos dirigiéndose hacia Livry. Siguió estas indicaciones, andando a grandes pasos y hablando consigo mismo.

«Este hombre es, evidentemente, un millonario vestido de amarillo, y yo soy un animal. Primero ha dado veinte sueldos, luego veinte francos, luego cincuenta, y luego mil quinientos, y siempre con la misma facilidad. Hubiera dado hasta quince mil francos. Pero lo atraparé.

»Y luego este paquete de ropas preparadas de antemano para la pequeña, es muy extraño; hay muchos misterios aquí. No se suelta a los misterios cuando se tienen al alcance de la mano. Los secretos de los ricos, son como esponjas empapadas de oro; es preciso saber exprimirlas.» Todos estos pensamientos bullían en su cerebro. «Soy un animal», se decía.

Cuando se sale de Montfermeil y se alcanza el recodo que hace el camino que va a Livry, se le ve alejarse por la llanura. Al llegar allí, calculó que debía descubrir al hombre y a la pequeña. Miró hasta tan lejos como su vista pudo alcanzar, y no vio nada. Volvió a informarse. Sin embargo, perdía tiempo. Algunos le dijeron que el hombre y la niña que buscaba, se habían dirigido hacia el bosque de Gagny. Apresuró el paso en esta dirección.

Le llevaban delantera, pero un niño anda lentamente, y él iba de prisa. Además, la región le era conocida.

«Hubiera debido coger mi fusil», se dijo.

Thénardier era una de estas naturalezas dobles, que a veces pasan cerca de nosotros sin que lo sepamos, y desaparecen sin que se les haya conocido, porque el destino nos muestra sólo un lado. La suerte de algunos hombres consiste en vivir así medio sumergidos. En una situación tranquila y llana, Thénardier tenía todo lo que se necesitaba para representar, no digamos para ser, lo que se ha convertido en llamar un comerciante honrado, un buen ciudadano. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, y viniendo acontecimientos a sacudir las capas inferiores de su naturaleza, tenía todo lo necesario para

ser un criminal. Era un posadero, en el cual había algo de monstruo. Satanás debía acurrucarse en ciertos momentos en algún rincón del tabuco donde vivía Thénardier, y reflexionar ante aquella obra maestra de perversidad.

Tras un instante de duda:

«¡Bah! —pensó—. Tendrían tiempo de escapar.»

Y continuó su camino, andando apresuradamente, y casi con aire de certeza, con la sagacidad de la zorra olfateando una bandada de perdices.

En efecto, cuando pasó los estanques y atravesó oblicuamente el gran claro que está a la derecha de la avenida de Bellevue al llegar a la avenida de césped que rodea casi toda la colina y que cubre la bóveda del antiguo canal de las aguas de la abadía de Chelles, descubrió por encima de un matorral, un sombrero sobre el cual había hecho ya muchas conjeturas. Era el sombrero del hombre. El matorral era bajo. Thénardier comprendió que el hombre y Cosette estaban allí sentados. No se veía a la niña a causa de su pequeñez, pero se descubría la cabeza de la muñeca.

Thénardier no se engañaba. El hombre se había sentado allí para dejar a Cosette que descanse un poco. El tabernero dio vuelta al matorral, y apareció ante los que él buscaba.

—Perdonad, señor —dijo casi sin aliento—, pero aquí tenéis los mil quinientos francos.

Y mientras hablaba así, tendía al viajero los tres billetes de banco.

El hombre levantó la mirada.

—¿Qué significa esto?

Thénardier respondió respetuosamente:

—Señor, esto significa que vuelvo a quedarme con Cosette.

Cosette se estremeció, y se apretó contra el hombre.

Él respondió mirando a Thénardier al fondo de sus ojos y espaciando las sílabas:

—¿Volvéis a que-da-ros con Cosette?

—Sí, señor, la vuelvo a tomar. Voy a deciros. He reflexionado. Yo, francamente, no tengo derecho a dárosla. Soy un hombre honrado como veis. Esta pequeña no me pertenece, pertenece a su madre. Es su madre quien me la ha confiado y no puedo devolverla más que a su madre. Me diréis: pero su madre ha muerto. Bien. En este caso no puedo devolver a la niña, más que a una persona que me trajera un escrito firmado por la madre, según el cual debo entregar a la niña a esta persona. Está claro.

El hombre, sin responder, buscó en su bolsillo y Thénardier vio reaparecer la cartera de los billetes de banco.

El tabernero se estremeció de alegría.

«¡Bien! —pensó—. Tengámonos firmes. ¡Va a sobornarme!»

Antes de abrir la cartera, el viajero echó una mirada a su alrededor. El lugar estaba desierto. No había ni un alma ni en el bosque ni en el valle. El hombre abrió la cartera y sacó de ella, no el puñado de billetes de banco que esperaba Thénardier, sino un simple papel que desplegó, y presentó al tabernero diciendo:

—Tenéis razón. Leed.

Thénardier cogió el papel y leyó:

Montreuil-sur-Mer, 25 de marzo de 1823.

«Señor Thénardier:

»Entregaréis a Cosette al dador. Se os pagarán todas las pequeñas deudas.

»Tengo el honor de saludaros con mi consideración.

»FANTINE.»

—¿Conocéis esta firma? —dijo el hombre.

Era la firma de Fantine. Thénardier la reconoció.

No tenía nada que replicar. Sentía dos violentos despechos, el despecho de renunciar al soborno que esperaba, y el despecho de ser vencido. El hombre añadió:

—Podéis quedaros con este papel, para vuestro descargo.

Thénardier se replegó en buen orden.

—Esta firma, está bastante bien imitada —murmuró entre dientes—. En fin, ¡sea!

Luego intentó un esfuerzo desesperado.

—Señor, está bien, puesto que sois la persona enviada por la madre. Pero es preciso que me paguéis todo lo que se me debe, que no es poco.

El hombre se puso en pie, y dijo, quitándose al mismo tiempo con los dedos el polvo de sus raídas mangas.

—Señor Thénardier, en enero, la madre contaba que os debía ciento veinte francos; en febrero le enviasteis una nota de quinientos francos; en febrero recibisteis trescientos francos, y trescientos francos a principios de marzo. Desde entonces han trascurrido nueve meses a quince francos, según precio convenido, son en total ciento treinta y cinco francos. Habéis recibido cien francos de más. Se os quedaba a deber por consiguiente, treinta y cinco francos. Y os acabo de dar mil quinientos.

Thénardier experimentó lo que experimenta el lobo cuando se ve mordido y cogido en los dientes de acero del cepo.

«¿Quién es este diablo de hombre?», se dijo para sí.

Hizo lo que el lobo, dio una sacudida. La audacia le había salido bien ya una vez.

—Señor Fulano —dijo resueltamente, y dejando esta vez a un lado todo respeto—, me volveré a quedar con Cosette o me daréis mil escudos.

El extranjero dijo tranquilamente:

—Ven, Cosette.

Tomó a la niña de la mano izquierda, y con la derecha recogió su bastón que estaba en el suelo.

Thénardier observó la enormidad del garrote y la soledad del sitio.

El hombre se internó en el bosque con la niña, dejando al tabernero inmóvil y sin saber qué hacer.

Mientras se alejaban, Thénardier examinaba los anchos hombros un poco doblados, y sus gruesos puños.

Luego, mirándose a sí mismo, vio sus delgados brazos y sus manos mezquinas. «Vamos, soy verdaderamente una bestia —pensó—, por no haber tomado mi fusil, ¡puesto que iba de caza!»

Sin embargo, no se dio por vencido.

«Quiero saber adónde va», pensó, y se puso a seguirlos a cierta distancia. Le quedaban dos cosas en su poder; una ironía: el pedazo de papel firmado por Fantine, y un consuelo: los mil quinientos francos.

El hombre se llevaba a Cosette en dirección de Livry, y de Bondy. Andaba lentamente con la cabeza baja, en una actitud de reflexión y de tristeza. El invierno había dejado el bosque tan despojado de hojas, que Thénardier no los perdía de vista ni un instante, a pesar de ir a bastante distancia. De vez en cuando, el hombre se volvía, y miraba si lo seguían. De pronto vio a Thénardier, y entró bruscamente con Cosette en una espesura donde los dos podían ocultarse.

—¡Diantre! —exclamó Thénardier. Y redobló el paso.

La espesura de la maleza lo había obligado a acercarse a ellos. Cuando el hombre estuvo en lo más espeso, se volvió. Thénardier procuró ocultarse entre las ramas, pero no pudo impedir que el hombre lo viera. Éste le dirigió una mirada inquieta, después se encogió de hombros y continuó su camino. El posadero se puso a seguirlo. Así anduvieron doscientos o trescientos pasos. De pronto el hombre volvió la cara atrás, y vio al posadero. Pero esta vez lo miró con aire tan amenazador, que Thénardier juzgó inútil ir más adelante, y se volvió sobre sus pasos.

XI

Reaparece el número 9 430 y Cosette lo gana a la lotería

Jean Valjean no había muerto.

Al caer al mar, o mejor dicho, al arrojarse a él, estaba, como se ha visto, sin cadena ni grilletes. Nadó entre dos aguas hasta que llegó a un navío anclado, al cual estaba amarrada una embarcación. Encontró medios de esconderse en esta embarcación hasta la noche. Entonces, se echó otra vez al agua, y alcanzó la costa a poca distancia del cabo Brun. Allí, como no era dinero lo que le faltaba, pudo procurarse vestidos. Una modistilla de los alrededores de Balaguier, era entonces la encargada de proporcionar el vestuario a los forzados evadidos, especialidad lucrativa. Luego, Jean Valjean, como todos estos tristes fugitivos que tratan de despistar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario oscuro y ondulante. Encontró un primer asilo en Pradeaux, cerca de Beausset. Luego se dirigió hacia Grand-Villard, cerca de Briancon, en los Altos Alpes. Huida oscura y llena de zozobra, camino de topos, y cuyos ramales son desconocidos. Más tarde ha sido posible encontrar huellas de su paso en el Ain, en el territorio de Civrieux, en los Pirineos, en Accons, en el lugar llamado

Grande-de-Doumecq, cerca de la aldea de Chavailles, y en los alrededores de Pér'gueux, en Brunies, cantón de la Chapelle-Fonaguet. Llegó a París. Acabamos de verlo en Montfermeil.

Su primer cuidado al llegar a París, había sido comprar los vestidos de luto para una niña de siete a ocho años, y luego procurarse un alojamiento. Una vez hecho esto, se había dirigido a Montfermeil.

Se recordará que ya en su presente evasión, había hecho por allí o por las inmediaciones un viaje misterioso del cual la justicia tuvo algún indicio.

Por lo demás, se le creía muerto, y aquello espesaba aún más la oscuridad que se había hecho sobre él. En París, llegó a su poder uno de los periódicos en los que se consignaba el hecho, con lo cual se sintió más tranquilo, y casi en paz, como si hubiese muerto realmente.

La noche misma del día en que sacó a Cosette de las garras de los Thénardier, regresó a París, donde llegó a la caída de la noche con la niña, por la barrera de Monceaux. Allí subió a un coche de alquiler que lo condujo a la explanada del Observatoire. Descendió, pagó al cochero, tomó a Cosette de la mano, y los dos, en medio de la oscuridad de la noche, por las desiertas calles inmediatas a Lourcine y la Glacière, se dirigieron hacia el boulevard del Hospital.

El día había sido extraño y lleno de emociones para Cosette; habían comido tras los matorrales, pan y queso comprados en las tabernas aisladas, habían cambiado a menudo de coche, y habían hecho a pie algunos trechos de camino; ella no se quejaba, pero estaba fatigada, y Jean Valjean se dio cuenta, porque la mano de la pobre niña tiraba de él al andar. La tomó en sus brazos; Cosette, sin soltar a «Catherine», apoyó la cabeza en el hombro de Jean Valjean y se durmió.

Libro cuarto

La covacha de Gorbeau

I

Maese Gorbeau

Hace cuarenta años, el paseante que se aventuraba a ir por los barrios perdidos de la Salpêtrière, y que subía por el bulevar[1], hasta la barrera de Italia, llegaba a lugares donde se hubiese podido decir que desaparecía París.

No estaban desiertos, pues había transeúntes; no era el campo, porque había calles y casas; no era una ciudad, porque las calles tenían baches como las carreteras y la hierba crecía en ellos; no era tampoco un pueblo, porque las casas eran demasiado altas. ¿Qué era, pues? Era un lugar desierto donde había gente; era un bulevar de la gran ciudad, una calle de París, más pavorosa de noche que una selva, y más triste de día que un cementerio.

Era el viejo barrio del Mercado de Caballos.

Si el viajero se arriesgaba a ir más allá de las cuatro paredes ruinosas de este Mercado de Caballos, si consentía siquiera en pasar la calle del Petit-Banquier[2], des-

1 El bulevar del Hospital.

2 Hoy, calle Watteau.

pués de haber dejado a su derecha un corral cercado por altas tapias, luego un prado donde se elevaban montones de materias para curtidos parecidas a barracas de castores gigantescos, luego un cercado lleno de madera de construcción, con montones de troncos, virutas, sobre las cuales ladraba un enorme perro, luego una larga pared baja en ruinas, con una puertecita negra y enlutada, cargada de musgo, que se llenaba de flores en primavera; por fin, en lo más desierto, un horrible y decrépito edificio sobre el cual podía leerse en gruesos caracteres: «*Prohibido fijar carteles*»; este paseante aventurero, llegaba a la esquina de la calle de las Vignes-Saint-Marcel, latitudes poco conocidas [1]. Allí, cerca de una fábrica, y entre dos tapias de jardín, se veía en aquel tiempo una casa que, a la primera ojeada, parecía pequeña como una choza, y que, en realidad, era grande como una catedral. La fachada que daba a la vía pública, correspondía a la parte lateral del edificio, y de ahí su exigüidad aparente. Casi toda la casa estaba oculta. Sólo se veía de ella la puerta y una ventana.

Esta casucha, no tenía más que un piso.

Al examinarla, lo que ante todo llamaba la atención, era que aquella puerta no había podido ser nunca más que la puerta de un tabuco, mientras que la ventana, si hubiese estado abierta en la misma piedra, en vez de estarlo en el ripio, hubiera podido ser la ventana de un palacio.

La puerta no era sino un conjunto de tablas carcomidas, groseramente unidas por medio de travesaños parecidos a pedazos de leño mal cuadrados. Esta puerta daba a una escalera raída de altos escalones llenos de barro, yeso y polvo, y de la misma anchura que la puerta;

[1] Hoy, calle Rubens.

escalera que desde la calle se veía subir recta como una escala, y desaparecer en la sombra, entre dos paredes. El dintel informe de esta puerta, estaba cubierto de una estrecha tabla en medio de la cual había sido abierto un agujero triangular que servía a la vez de tragaluz y ventanillo cuando la puerta estaba cerrada. En el hueco que formaba esta última, había sido trazado con tinta, y en dos brochazos el número 52, y por encima del ventanillo, en mismo pincel, aparecía borroso el número 50; de modo que el transeúnte no sabía a punto fijo dónde se encontraba. Si miraba al dintel de la puerta, creía hallarse en el número 50; si miraba al hueco interior, veía el número 52. Varios trapos indefinibles de color de polvo pendían como colgaduras del agujero triangular.

La ventana era ancha, bastante elevada, adornada de persianas y vidrieras de grandes cristales; sólo que estos cristales tenían varias heridas, a la vez escondidas y mostrándose, por medio de un vendaje ingenioso de papel; y las persianas, dislocadas y desunidas, más amenazaban a los transeúntes, que resguardaban a los inquilinos. Las pantallas horizontales faltaban aquí y allá, y estaban cándidamente remplazadas por planchas clavadas perpendicularmente; de modo que aquello empezaba en persiana, y terminaba en postigo.

Aquella puerta que tenía un aspecto inmundo, y aquella ventana que tenía un aspecto decente, aunque deteriorada, vistas así, en la misma casa, hacían el efecto de dos mendigos desiguales que fuesen juntos, y marchasen uno al lado del otro, con dos trazas distintas bajo iguales harapos, habiendo sido uno siempre mendigo, y el otro en sus tiempos caballero.

La escalera conducía a un cuerpo de edificio bastante vasto, que se parecía a un cobertizo del cual hubieran hecho una casa. Este edificio, tenía por tubo intestinal

un largo corredor, en el que se abrían a derecha y a izquierda, especies de compartimientos de dimensiones variadas, habitables de rigor, y más bien parecidas a tiendas que a celdas. Estas habitaciones recibían luz de los solares de las inmediaciones. Todo aquello era oscuro, pálido, triste, melancólico, sepulcral, y todas las habitanes recibían rayos de luz o brisas heladas, según si las hendiduras estaban en el techo o en la puerta. Una particularidad interesante y pintoresca de este tipo de alojamiento, es la enorme magnitud de las arañas.

A la izquierda de la puerta de entrada, que daba al bulevar, y a la altura de un hombre, una buhardilla que había sido tapada, formaba un nicho cuadrado lleno de las piedras que los chiquillos arrojaban al pasar por allí.

Una parte de este edificio ha sido demolido últimamente. Lo que queda de él puede aún dar fe de lo que había sido. Todo ello, en su conjunto, sólo tendrá un centenar de años. Cien años son la juventud de una iglesia, y la vejez de una casa. Parece que el alojamiento del hombre participa de su brevedad, y el alojamiento de Dios, de su eternidad.

Los empleados de correos, llamaban a esta covacha, el número 50-52; pero en el barrio era conocida con el nombre de la casa Gorbeau.

Digamos de dónde procedía este apelativo.

Los compiladores de sucesos menudos, que se hacen herborizantes de anécdotas, y que fijan con un alfiler en su memoria las fechas fugaces, saben que en París, había en el último siglo, hacia 1770, dos procuradores del Châtelet, llamados el uno Corbeau, y el otro Renard, dos nombres previstos en las fábulas de La Fontaine[1]. La ocasión era demasiado buena para no dar lugar a

[1] Corbeau significa cuervo, y Renard, zorro.

burlas y chacotas. La parodia corrió enseguida por las galerías del palacio de justicia:

De un proceso en la rama,
muy ufano y contento,
ejecutoria en pico
estaba el señor Cuervo.
De olor atraído
un Zorro muy nuestro..., etc.[1]

Los dos honrados agentes, incomodados por los epigramas, y contrariados en su vanidad por las risotadas que los seguían, resolvieron desembarazarse de sus apellidos, y tomaron el partido de dirigirse al rey. La súplica fue presentada a Luis XV, en ocasión en que dos altos personajes, devotamente arrodillados, calzaban cada uno con una chinela, en presencia de su majestad, los pies desnudos de la Du Barry al salir del lecho.[2] El rey, que estaba risueño, continuó riendo; pasó naturalmente de los dos obispos a los dos procuradores, e hizo a ambos gracia de sus nombres o poco menos. Su majestad permitió a maese Corbeau, que añadiese una cola a su inicial, y se llamara maese Gorbeau; en cuanto a maese Renard, fue menos feliz; no pudo obtener sino la licencia de poner una P delante de su R, y llamarse Prenard; de suerte que este segundo nombre no se presentaba menos el epigrama que el primero[3].

1 El lector recordará que Samaniego tradujo esta fábula de La Fontaine en versos parecidos.

2 El cardenal La Roche-Aymon. Durante el curso de una cena dada el 28 de julio de 1771, el nuncio del papa dio, públicamente, llamadas de atención a madame Du Barry. El cardenal La Roche-Aymon era gran capellán de Francia. Es él quien llevó el viático a Luis XV.

3 Prenard, puede traducirse tomador.

Ahora bien, según la tradición local, maese Gorbeau había sido propietario del edificio número 50-52 del bulevar del Hospital, e incluso era el autor de la ventana monumental.

De ahí el haberle puesto el nombre de covacha de Gorbeau.

Frente al número 50-52 se levanta, entre las plantaciones del bulevar, un gran olmo, muerto en sus tres cuartas partes; casi enfrente, empezaba la calle de los Gobelins [1], calle entonces desprovisto de casas, sin pavimentar, plantada con árboles mezquinos, verde o fangosa según la estación, y que desemboca precisamente junto al muro que rodeaba París. De los tejados de una fábrica inmediata, salían bocanadas de humo que despedían un olor de caparrosa.

La barrera estaba muy cerca. En 1823, el muro que cerraba el recinto de París, existían aún.

La barrera misma, suscitaba en el ánimo, ideas funestas: era el camino de Bicêtre. Por allí, en tiempos del imperio y de la restauración, regresaban a París los condenados a muerte, el día de su ejecución. Fue allí donde se cometió en 1829, aquel misterioso asesinato llamado «de la barrera de Fontainebleau», cuyos autores no pudo descubrir la justicia, problema fúnebre que ha permanecido envuelto en las sombras del misterio; enigma horrible que no ha sido descifrado. Algunos pasos más allá se encuentra la calle fatal de Crou'ebarbe, donde Ulbach apuñaló a la cabrera de Ivry, en medio del ruido del trueno, como en un melodrama. Algunos pasos más lejos, se llega a los abominables olmos descabezados de la barrera de Saint-Jacques [2], este expediente de los filántro-

1 Hoy, calle Fagon.

2 O barrera d'Arcueil, plaza Saint-Jacques.

pos para ocultar el cadalso, esta mezquina y vergonzosa plaza de Grève, compuesta de una sociedad tenderil y burguesa que ha retrocedido ante la pena de muerte, no atreviéndose ni a abolirla con grandeza, ni a conservarla con autoridad.

Hace treinta y siete años, prescindiendo de esta plaza de Saint-Jacques, que estaba como predestinada y que ha sido siempre horrible, el punto tal vez más triste de todo este bulevar, era el sitio, tan poco atractivo hoy, donde se encontraba la casa número 50-52.

Las casas de la clase burguesa, no empezaron a edificarse allí hasta veinticinco años más tarde. El lugar era lúgubre: por las ideas fúnebres que despertaba, el transeúnte conocía que se hallaba entre la Salpêtrière, cuya cúpula veía, y Bicêtre, cuya barrera casi tocaba; es decir, entre la locura de la mujer, y la locura del hombre. Por lejos que la vista se extendiese, no se veían más que los mataderos, el muro de circunvalación y algunas raras fachadas de fábricas parecidas a cuarteles o monasterios; por todas partes barracas y casuchas de yeso, paredes negras como mortajas, o nuevas y blancas como sudarios; por todas partes hileras de árboles paralelos, edificios tirados a cordel, construcciones uniformes, largas filas frías, y la tristeza lúgubre de los ángulos rectos. Ni un accidente del terreno, ni un capricho de arquitectura, ni un pliegue. Era un conjunto glacial, regular, odioso. Nada oprime tanto el corazón como la simetría. Es porque la simetría es el aburrimiento, y el aburrimiento es el fondo mismo del pesar. El desespero bosteza. Se puede soñar con una cosa aun más terrible que un infierno donde se padezca, y es un infierno donde el condenado se aburriera. Si existiera este infierno, este pedazo de bulevar del Hospital, hubiera podido ser el camino por donde se entrase en él.

Sobre todo, al caer la noche, en el momento en que la claridad se va, en la hora en que el cierzo crepuscular arranca a los olmos sus últimas hojas amarillas, cuando la sombra es profunda y no hay estrellas, o cuando la luna y el viento hacen agujeros en las nubes, este bulevar se convertía en algo espantoso. Las líneas negras se internaban y se perdían en las tinieblas como si fueran infinitas. El que pasaba, no podía menos que pensar en las innumerables tradiciones patibularias del lugar. La soledad de este sitio donde se habían cometido tantos crímenes tenía algo de terrible. Se creía presentir trampas en aquella oscuridad, todas las formas confusas de la sombra, parecían sospechosas, y las largas zanjas cuadradas que se veían entre cada árbol, parecían fosas. De día, el conjunto era feo; por la noche era lúgubre; la noche era siniestra.

En verano, a la hora del crepúsculo, veíanse acá y allá algunas ancianas sentadas al pie de los olmos sobre bancos enmohecidos por las lluvias. Aquellas buenas viejas, mendigaban cuando podían.

Por lo demás, este barrio, que parecía más avejentado que antiguo, propendía ya desde aquella época a trasformarse, y era preciso que se apresurase a verlo el que quisiera examinar su estado; porque cada día desaparecía algún detalle de este conjunto. Hoy, y desde hace veinte años, la estación del ferrocarril de Orleáns está al lado de este arrabal y da nacimiento a una ciudad. Parece que alrededor de esos grandes centros del movimiento de los pueblos, al rodar de estas poderosas máquinas, al soplo de estos monstruosos caballos de la civilización, que comen carbón y vomitan fuego, la tierra, llena de gérmenes, tiembla y se abre para absorber las antiguas moradas de los hombres, y dejar salir las modernas. Se hunden las casas viejas, y surgen las nuevas.

Desde que la estación de ferrocarril de Orleáns, invadió los terrenos de la Salpêtrière, las antiguas calles estrechas e inmediatas a los fosos de Saint-Victor y el jardín botánico, se bambolean, atravesadas violentamente tres o cuatro veces al día por esas corrientes de diligencias, de coches y de ómnibus, que al cabo de cierto tiempo hacen retroceder a las casas a derecha e izquierda; porque hay cosas extrañas que parecen paradójicas, y que son rigurosamente exactas; y así como puede decirse con exactitud que en las grandes ciudades el sol hace vegetar y crecer las fachadas de las casas del mediodía, es cierto y puede afirmarse que el paso frecuente de los carruajes ensancha las calles. Los síntomas de una vida nueva son allí evidentes. En este viejo barrio provinciano y anticuado, y en sus más desiertas sinuosidades, empieza a verse el empedrado; y las aceras comienzan a asomar y a alargarse, hasta en sitios por donde no pasa nadie todavía. Una mañana, mañana memorable de julio de 1845, viéronse humear allí, de pronto, las negras calderas del asfalto; aquel día pudo decirse que la civilización había llegado a la calle de Lourcine [1], y que París había entrado en el arrabal de Saint-Marceau.

[1] Hoy, calle Broca.

II

Nido para búho y curruca

Delante de la casa de Gorbeau, fue donde Jean Valjean se detuvo. Como los pájaros salvajes, había elegido el lugar más desierto para hacer su nido.

Buscó en el bolsillo de su chaleco, y sacó una especie de llave maestra, abrió la puerta, entró, y luego volvió a cerrarla con cuidado, y subió la escalera llevando a Cosette a cuestas.

En lo alto de la escalera sacó de su bolsillo otra llave, con la que abrió otra puerta. La habitación donde entró y que volvió a cerrar enseguida, era una especie de desván bastante espacioso, amueblado con un colchón en el suelo, una mesa, y algunas sillas. En un rincón había una estufa encendida, cuyas ascuas resplandecían. El reverbero del bulevar iluminaba vagamente aquella pobre habitación. En el fondo había un gabinete con una cama de tijera. Jean Valjean dejó a la niña en aquel lecho, sin que se despertara.

Echó yesca, y encendió una vela; todo esto estaba sobre la mesa, preparado de antemano; y como había

hecho la víspera, se puso a contemplar a Cosette con una mirada llena de éxtasis, en la que la expresión de la bondad y de la ternura llegaban casi hasta al paroxismo. La pequeña, con esta confianza tranquila que pertenece sólo a la fuerza extrema y a la extrema debilidad, se había dormido sin saber con quién estaba, y continuaba durmiendo sin saber dónde estaba.

Jean Valjean se inclinó y besó la mano de la niña.

Nueve meses antes, besaba la mano de la madre, que también acababa de dormirse.

El mismo sentimiento doloroso, religioso, punzante, invadía su corazón.

Se arrodilló junto a la cama de Cosette.

Era ya muy de día, y la niña dormía aún. Un pálido rayo de sol de diciembre atravesaba la ventana del desván, esparciendo por el techo rayos de sombra y de luz. De pronto, una carreta de cantero, cargada pesadamente, que pasaba por la calzada del bulevar, hizo temblar el caserón como si fuera un trueno, y lo estremeció de arriba a abajo.

—¡Sí, señora! —gritó Cosette, despertándose sobresaltada—. ¡Ya voy, ya voy!

Y saltó de la cama, con los párpados medio cerrados aún con la pesadez del sueño, extendiendo los brazos hacia el ángulo de la pared.

—¡Ah, Dios mío! ¡Mi escoba! —exclamó.

Abrió del todo los ojos, y vio el rostro sonriente de Jean Valjean.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Es verdad! —exclamó la niña—. Buenos días, señor.

Los niños aceptan enseguida y familiarmente la alegría y la felicidad, siendo ellos mismos por naturaleza felicidad y alegría.

Cosette descubrió a «Catherine» a los pies de su cama, y se apoderó de ella, jugando, y haciendo a la vez cien preguntas a Jean Valjean. ¿Dónde estaba? ¿Si París era muy grande? ¿Si la señora Thénardier estaba muy lejos? ¿Si no volvería allí? etc., etc.

De repente, exclamó:

—¡Qué bonito es esto!

Era un horrible caserón, pero ella se sentía libre.

—¿Tengo que barrer?

—Juega —dijo Jean Valjean.

El día trascurrió así. Cosette, sin inquietarse por el hecho de no comprender nada, era inexplicablemente feliz entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

III

Dos desgracias entrelazadas, producen felicidad

Al día siguiente, al amanecer, Jean Valjean se hallaba aún junto a la cama de Cosette. Esperó allí, inmóvil, y mirándola despertar.

Algo nuevo entraba en su alma.

Jean Valjean no había amado nunca. Desde hacía veinticinco años, estaba solo en el mundo. No había sido nunca padre, amante, marido, ni amigo. En la prisión era malo, sombrío, casto, ignorante, y feroz. Su hermana y los hijos de su hermana, no le habían dejado más que un vago recuerdo, y tan lejano, que había terminado por desvanecerse casi enteramente. Había hecho todo lo posible para encontrarlos, y al no haber podido hallarlos, los había olvidado. La naturaleza humana es así. Las demás emociones tiernas de su juventud, si es que las tuvo, habían caído en un abismo.

Cuando vio a Cosette, cuando la hubo cogido y liberado, sintió que sus entrañas se estremecían. Todo lo que en él había de apasionado y de afectuoso, se despertó y se precipitó sobre aquella niña. Iba junto a la cama

donde la pequeña dormía, y temblaba de alegría, sentía arranques de madre, y no sabía lo que eran; porque es una cosa muy oscura y muy dulce este grande y extraño movimiento de un corazón que empieza a amar.

¡Pobre viejo corazón, enteramente nuevo al mismo tiempo!

Sólo que como tenía cincuenta y cinco años y Cosette no tenía más que ocho, todo el amor que hubiese podido tener en su vida se fundió en una especie de resplandor inefable.

Era la segunda aparición cándida que encontraba. El obispo había hecho levantarse en su horizonte el alba de la virtud; Cosette hacía levantarse en él, el alba del amor.

Los primeros días trascurrieron en este deslumbramiento.

Cosette, por su parte, se volvía también otra, ¡aunque sin saberlo el pobre pequeño ser! Era tan pequeña cuando la dejó su madre, que ya no se acordaba de ella. Como todos los niños, semejantes al retoño nuevo de la vid que se agarra a todo, había intentado amar. Pero no había podido conseguirlo. Todos la habían rechazado, los Thénardier, sus hijas, los otros niños. Había querido al perro y el perro había muerto. Después no la había querido nadie ni nada. Cosa lúgubre de decir, y que ya hemos indicado, a los ocho años, tenía el corazón frío. No era por su culpa, pues no era la facultad de amar lo que le faltaba; ¡ay!, era la posibilidad. Así, desde el primer día se puso a querer a aquel hombre con todas las facultades de su alma. Sentía lo que jamás había sentido, una sensación de expansión.

El buen hombre, no le parecía ya viejo ni pobre. Creía a Jean Valjean hermoso, así como le había parecido lindo el desván.

Éstos son efectos de la aurora, de la infancia, de la juventud, de la alegría. La novedad de la tierra y de la vida contribuyen también a ellos en cierto modo. Nada es tan encantador como el reflejo coloreante de la dicha en un desván. Todos nosotros tenemos también en nuestro pasado un desván azul.

La naturaleza, y cincuenta años de intervalo, habían puesto una separación profunda entre Jean Valjean y Cosette; el destino colmó esta separación. El destino unió bruscamente y enlazó con su irresistible poder aquellas dos existencias desenraizadas, diferentes por la edad, semejantes por la desgracia. En efecto, una completaba a la otra. El instinto de Cosette buscaba un padre, del mismo modo que el instinto de Jean Valjean buscaba un hijo. Ponerse en contacto, fue hallarse mutuamente. En el momento misterioso en que las dos manos se tocaron, quedaron soldadas. Cuando estas dos almas se descubrieron, se reconocieron como necesarias una para otra, y se abrazaron estrechamente.

Tomando las palabras en un sentido más asequible y absoluto, podríamos decir que separado de todo por muros de tumba, Jean Valjean era el viudo como Cosette era la huérfana. Esta situación hizo que Jean Valjean viniese a ser de un modo celeste el padre de Cosette.

Y en verdad, la impresión misteriosa producida a Cosette, en el fondo del bosque de Chelles, por la mano de Jean Valjean cogiendo la suya en la oscuridad, no era una ilusión, sino una realidad. La entrada de aquel hombre en el destino de aquella niña, había sido la llegada de Dios.

Por lo demás, Jean Valjean había escogido bien su asilo. Estaba allí en una seguridad que podía parecer completa.

La habitación con gabinete que ocupaba con Cosette, era aquella cuya ventana daba al bulevard. Como en la casa no había más que esta ventana, no era de temer que los vecinos mirasen ni por un lado ni por otro.

El piso bajo del número 50-52, especie de tejadillo derruido, servía de cuadra a hortelanos, y no tenía comunicación alguna con el primer piso. Estaba separado de él por el techo, que no tenía ni trampa, ni escalera, y era còmo el diafragma de la casa. El primer piso estaba compuesto, tal como hemos dicho, de diversas habitaciones y algunos graneros, de los cuales, sólo uno estaba ocupado por una mujer que cuidaba de la habitación de Jean Valjean. Todo lo demás estaba deshabitado.

Esta vieja, adornada con el nombre de inquilina principal, y en realidad encargada de las funciones de portera, era quien le había alquilado la habitación en aquel edificio en el día de navidad. Habíase dado a conocer como un rentista, arruinado por los bonos de España, que iba a vivir allí con su nieta. Había pagado anticipadamente seis meses y encargado a la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como hemos visto. Esta buena mujer fue la que le encendió la estufa y lo preparó todo la noche de su llegada.

Las semanas se sucedieron. Aquellos dos seres, llevaban en la miserable vivienda, una existencia feliz.

Desde el alba, Cosette reía, charlaba y cantaba. Los niños tienen su canto matinal como los pájaros.

Sucedía algunas veces que Jean Valjean le tomaba sus pequeñas manos rojas, y acribilladas de sabañones, y las besaba. La pobre niña, acostumbrada a los golpes, no sabía lo que aquello significaba, e íbase toda avergonzada.

Algunos momentos, quedábase seria y pensativa, y contemplaba su vestido negro. Cosette no vestía ya de

harapos, vestía de luto. Salía de la miseria, y entraba en la vida.

Jean Valjean se había puesto a enseñarla a leer. A veces, sin dejar de hacer deletrear a la niña, pensaba que era con la idea de hacer el mal que había aprendido a leer en presidio. Esta idea, actualmente, se había convertido en la de enseñar a leer a una niña. Entonces el viejo presidiario sonreía con la sonrisa pensativa de los ángeles.

Veía en esto una premeditación del cielo, una voluntad de alguien que no es el hombre, y se perdía en la meditación. Los buenos pensamientos como los malos, tienen sus abismos.

Enseñar a leer a Cosette y dejarla jugar; tal era o poco menos, toda la vida de Jean Valjean. Y luego, le hablaba de su madre y la hacía rezar.

Ella lo llamaba padre, y no sabía llamarlo con otro nombre.

Pasaba las horas mirándola vestir y desnudar a su muñeca y oyéndola gorjear. A la sazón, la vida se le presentaba llena de interés, los hombres le parecían buenos y justos, en su pensamiento ya no reprochaba nada a nadie y no veía ninguna razón para no envejecer hasta una edad muy avanzada, ahora que la niña lo amaba. Veía todo su porvenir iluminado por Cosette, como por una luz encantadora. Los mejores no están exentos de un pensamiento egoísta. A veces pensaba con una especie de alegría, que Cosette sería fea.

Esta no es más que una opinión personal; pero para expresar nuestro pensamiento por entero, en la situación a que había llegado Jean Valjean cuando se puso a amar a Cosette, no está probado que no tuviera necesidad de este esfuerzo para perseverar en el bien. Acababa de ver bajo nuevos aspectos la maldad de los hombres y la mi-

seria de la sociedad, aspectos incompletos y que no muestran sino fatalmente un lado de la verdad, la suerte de la mujer resumida en Fantine, la autoridad pública personificada en Javert. Había regresado a la prisión, esta vez por haber obrado bien; había devorado nuevas amarguras; la repugnancia y el cansancio se apoderaban de él; el recuerdo mismo del obispo, llegaba a eclipsarse por un instante, si bien luego volvía a aparecer más luminoso y triunfante; pero, en fin, este recuerdo sagrado se debilitaba. ¿Quién sabe si Jean Valjean no estaba en vísperas de debilitarse y volver a caer? Amó, y recobró las fuerzas. ¡Ay!, no era menos débil que Cosette. La protegió y ella lo fortaleció. Gracias a él, ella pudo andar en la vida; gracias a ella, él pudo continuar en la virtud. Él fue el sostén de esta niña, y ella fue el punto de apoyo de aquel hombre. ¡Oh, misterio insondable y divino de los equilibrios del destino!

IV

Las observaciones de la inquilina del principal

Jean Valjean tenía la prudente costumbre de no salir nunca de día. Todas las tardes, al oscurecer, se paseaba durante una hora o dos, unas veces solo, a menudo con Cosette, buscando las avenidas apartadas del bulevar, o entrando en las iglesias a la caída de la noche. Iba con mucho gusto a Saint-Medard, que es la iglesia más próxima. Cuando no llevaba a Cosette consigo, ella se quedaba con la vieja; pero era la alegría de la niña, el salir con el hombre. Incluso prefería una hora junto a él, que todas las conversaciones con «Catherine». Jean Valjean la llevaba de la mano, y le decía cosas amables.

Así es que Cosette estaba muy alegre.

La vieja cuidaba de la casa y de la cocina, e iba por las provisiones.

Vivían sobriamente, disponiendo siempre de un poco de fuego, pero como personas muy necesitadas. Jean Valjean no había cambiado en nada el mobiliario de los primeros días; únicamente había hecho remplazar la puerta vidriera del gabinete de Cosette por otra de madera.

Continuaba llevando su levita amarilla, su calzón negro y su viejo sombrero. En la calle lo tomaban por un pobre. Sucedía a veces que algunas mujeres caritativas se volvían y le daban un sueldo. Jean Valjean tomaba el sueldo y saludaba profundamente. A veces sucedía también que encontraba a algún mendigo pidiendo limosna, entonces miraba hacia atrás para no ser visto, y acercándose furtivamente al desgraciado, le ponía en la mano una moneda, a menudo de plata, y se alejaba rápidamente. Esto tenía sus inconvenientes. En el barrio se lo empezaba a conocer por el nombre de «el mendigo que da limosna».

La inquilina principal, vieja ceñuda, y que miraba al prójimo con la atención de los envidiosos, examinaba mucho a Jean Valjean sin que él lo sospechara. Era un poco sorda, lo cual la hacía habladora. De su pasado le quedaban dos dientes, uno arriba y otro abajo, los cuales golpeaban uno contra otro. Había hecho preguntas a Cosette, la cual no sabiendo nada, no había podido decir nada, sino que venía de Montfermeil. Una mañana, la vieja, que estaba acechando, descubrió a Jean Valjean entrando en una de las habitaciones deshabitadas de la casa, con un aire que a ella le pareció singular. Lo siguió con pasos de gata vieja, y pudo observarlo sin ser vista, por las rendijas de la puerta. Jean Valjean, sin duda para mayor precaución, estaba vuelto de espaldas a esta puerta. La vieja lo vio buscar en el bolsillo, y coger un estuche, unas tijeras e hilo, luego se puso a descoser el forro de uno de los faldones de su levita, y sacó de allí un pedazo de papel amarillento que desplegó. La vieja observó con asombro, que era un billete de mil francos. Era el segundo o el tercero que veía desde que estaba en el mundo. Echó a correr asustada.

Un momento más tarde, Jean Valjean la abordó y le rogó que fuera a cambiar el billete de mil francos, añadiendo que era el semestre de su renta que había cobrado la víspera. «¿Dónde?», pensó la vieja. No salió hasta las seis de la tarde, y la caja del gobierno no estaba abierta a esta hora. La vieja fue a cambiar el billete e hizo sus conjeturas. Este billete de mil francos, comentado y multiplicado, produjo una gran cantidad de conversaciones y de exclamaciones entre las comadres de la calle de Vignes-Saint-Marcel.

En uno de los días siguientes, sucedió que Jean Valjean, en mangas de camisa, se pudo a serrar madera en el corredor. La vieja estaba arreglando la habitación de éste. Estaba sola, pues Cosette estaba ocupada en admirar la madera que aserraba; la vieja vio la levita colgada en un clavo, y la escudriñó: el forro había sido recosido. La buena mujer palpó atentamente, y creyó notar entre el forro del paño, como papeles doblados. ¡Sin duda, otros billetes de mil francos!

Notó, además, que había otras clases de cosas en los bolsillos, no solamente las agujas, las tijeras y el hilo que había visto, sino una gran cartera, un cuchillo, y, detalle sospechoso, muchas pelucas de colores variados. Cada bolsillo de aquella levita parecía contener distintos objetos para acontecimientos imprevistos.

Los habitantes de la casa, llegaron así a los últimos días del invierno.

V

Una moneda de cinco francos que cae al suelo y hace ruido

Cerca de Saint-Medard, había un pobre que se sentaba sobre el brocal de un pozo de vecindad cegado, y al cual, Jean Valjean daba limosna con frecuencia. No había vez que pasara delante de este hombre, sin que no le diera algunos sueldos. A veces le hablaba. Los envidiosos de aquel mendigo, decían que era de la policía. Era un viejo de setenta y cinco años, que estaba siempre murmurando oraciones.

Una noche en que Jean Valjean pasaba por allí y no llevaba consigo a Cosette, descubrió al mendigo en su lugar habitual, debajo del farol que acababan de encender. Según su costumbre, aquel hombre parecía rezar y estaba inclinado. Jean Valjean se dirigió a él y le puso en la mano su limosna acostumbrada. El mendigo levantó bruscamente los ojos y miró fijamente a Jean Valjean, luego bajó la cabeza con rapidez. Este movimiento fue como un relámpago. Jean Valjean se estremeció. Parecióle que acababa de entrever a la luz del farol, no el rostro pálido y beato del viejo pordiosero, sino un semblante espantoso

y conocido. Tuvo una impresión semejante a la que habría tenido al hallarse de pronto en la oscuridad frente a frente con un tigre. Retrocedió petrificado, no atreviéndose a respirar ni hablar, ni a quedarse quieto, ni a huir, mirando al mendigo que había bajado la cabeza cubierta con un harapo y parecía ignorar que el otro estuviese allí. En este momento extraño, un instinto, quizá el misterioso instinto de conservación, hizo que Jean Valjean no pronunciara ni una palabra. El mendigo tenía la misma estatura, los mismos harapos, la misma apariencia de todos los días.

«¡Bah!... —se dijo Jean Valjean—. ¡Estoy loco! ¡Sueño! ¡Es imposible!», y regresó, profundamente turbado.

Apenas se atrevía a confesarse a sí mismo que el rostro que había creído ver era el rostro de Javert.

Por la noche, reflexionando sobre ello, arrepintióse de no haber interrogado al hombre, para obligarlo a levantar la cabeza por segunda vez.

Al día siguiente, al caer la noche, volvió allí. El mendigo estaba en su lugar.

—Buenos días, buen hombre —dijo resueltamente Jean Valjean, dándole un sueldo.

El mendigo levantó la cabeza y respondió con voz doliente:

—Gracias, mi buen señor.

Era realmente el viejo pordiosero.

Jean Valjean se tranquilizó del todo. Se puso a reír.

«¿De dónde diablos he sacado yo que este hombre podía haber sido Javert? —pensó—. Vaya, vaya, ¿voy a ver visiones ahora?»

Y no volvió a pensar en ello.

Algunos días más tarde, serían las ocho de la noche, estaba en su habitación y hacía deletrear a Cosette en

voz alta; oyó que la puerta de la covacha se abría y cerraba. Aquello le pareció extraño. La vieja que era la única que vivía con él en la casa, se acostaba siempre al oscurecer, para no tener que encender la vela. Jean Valjean, hizo a Cosette una señal para que se callara. Oyó que subían la escalera. En rigor, podía ser la vieja que quizá se había sentido indispuesta y había ido a la botica. Jean Valjean escuchó. El paso era pesado, y sonaba como el paso de un hombre; no obstante, la vieja usaba gruesos zapatos, y no hay nada que se parezca tanto al paso de un hombre, como el paso de una mujer vieja. Sin embargo, Jean Valjean apagó la vela.

Había enviado a Cosette a la cama, diciéndole muy bajo:

—Acuéstate sin hacer ruido.

Y mientras la besaba en la frente, los pasos se habían detenido. Jean Valjean permaneció en silencio, inmóvil, vuelto de espaldas a la puerta, sentado en la silla de la que no se había movido, conteniendo su aliento en la oscuridad. Al cabo de bastante rato, al no oír nada más, se volvió sin hacer ruido, y al alzar la vista hacia la puerta de su cuarto, vio una luz por el ojo de la llave. La luz formaba una especie de estrella siniestra en la parte oscura de la puerta y la pared. Evidentemente, allí había alguien que sostenía una vela en la mano y escuchaba.

Trascurrieron algunos minutos, y la luz desapareció, pero no oyó ruido alguno de pasos, lo que parecía indicar que el que se había acercado a escuchar, se había sacado los zapatos.

Jean Valjean se echó vestido en la cama, y no pudo cerrar los ojos durante toda la noche.

Al amanecer, cuando estaba aletargado por la fatiga, fue despertado por el rechinar de una puerta que se abría

en alguna buhardilla al fondo del corredor, y luego oyó los mismos pasos de hombre que la víspera habían subido la escalera. El paso se acercaba. Saltó de la cama, y aplicó su ojo al agujero de la cerradura, que era bastante grande, como para ver el paso del desconocido que la noche anterior se había introducido en la casucha, y había estado escuchando tras la puerta. En efecto, era un hombre quien pasó, esta vez sin detenerse, ante la habitación de Jean Valjean. El corredor estaba aún demasiado oscuro para que fuera posible distinguir su rostro; pero cuando el hombre alcanzó la escalera, un rayo de luz exterior hizo resaltar su perfil, y Jean Valjean lo vio de espaldas completamente. El hombre era de alta estatura, vestido con un largo levitón, y llevaba un palo debajo del brazo. Era la facha formidable de Javert.

Jean Valjean hubiese podido tratar de volverlo a ver en el bulevard, a través de su ventana. Pero hubiera sido preciso abrirla y no se atrevió.

Era evidente que aquel hombre había entrado con una llave como quien entra en su casa. ¿Quién le había dado esta llave? ¿Qué significaba todo aquello?

A las siete de la mañana, cuando la vieja llegó para hacer la limpieza, Jean Valjean le dirigió una mirada penetrante, pero no le preguntó nada. La buena mujer estuvo como siempre.

Mientras barría, ella le dijo:

—¿Habéis oído tal vez que alguien entraba en casa esta noche?

En aquella época y en el bulevard, a las ocho era ya noche cerrada.

—A propósito, es verdad —respondió él con el acento más natural del mundo—. ¿Quién era?

—Es el nuevo inquilino que hay en la casa —dijo la vieja.

—¿Y cómo se llama?

—No lo sé a punto fijo. Señor Dumont, o Daumont. Un nombre así.

—¿Y qué hace este tal Dumont?

—Es un rentista como vos.

Quizá sus palabras no encerraban una segunda intención, mas Jean Valjean creyó que la había.

Cuando la vieja se hubo marchado, hizo un rollo con unos cien francos que tenía en un armario, y se los guardó en el bolsillo. Por más precaución que tomó para hacer esta operación sin que se le oyera remover el dinero, una pieza de cien sueldos se le escapó de las manos y rodó ruidosamente por el suelo.

Al anochecer bajó y miró con atención el bulevard por todos los lados. No vio a nadie. El bulevard parecía absolutamente desierto. Es verdad que detrás de los árboles podía ocultarse cualquiera.

Volvió a subir.

—Ven, —le dijo a Cosette.

La cogió de la mano, y salieron los dos juntos.

Libro quinto

A caza que espera, jauría muda

I

Los rodeos de la estrategia

Aquí, para comprender las páginas que siguen inmediatamente, y otras más lejanas, debemos hacer una observación necesaria.

Hace ya muchos años que el autor de este libro, obligado hoy a hablar de París, está ausente de esta ciudad. Desde que la abandonó, París se ha trasformado[1]. Ha surgido una nueva ciudad que, en cierto modo, le es desconocida. No es preciso decir que ama a París; París es la ciudad natal de su espíritu. A consecuencia de las demoliciones y las construcciones, París, el París de su juventud, este París que ha guardado religiosamente en su memoria, es ahora el París de otro tiempo. Permítasele hablar de París como si existiera aún. Es posible que allí donde el autor va a llevar a sus lectores diciendo: «Tal calle en la cual hay tal casa», no exista, hoy ni la calle ni la casa. Los lectores lo verificarán si quieren tomarse semejante trabajo. En cuanto al autor, ignora el París nuevo, y escribe con el París antiguo ante los ojos, en una ilusión que le es preciosa. Es para él un

[1] Por los trabajos del barón Haussmann.

consuelo creer que existe tras él algo de lo que veía cuando estaba en su país, y no todo se ha desvanecido. Mientras uno vive en el país natal, cree que las calles le son indiferentes, que estas ventanas, estos techos y estas puertas, nada significan, que estas paredes le son extrañas, que estos árboles son como otros cualesquiera; que las casas cuyo umbral no pisa, son inútiles; que el suelo que pisa es solamente piedra. Pero después, cuando se ha abandonado la patria, se constata que aquellas calles son objeto de cariño; se siente la falta de aquellas ventanas, de aquellos tejados y de aquellas puertas, se echa de ver que aquellas paredes son necesarias; que aquellos árboles son queridos; que en aquellas casas cuyo umbral no se pisaba, se entraba todos los días, y que el desterrado ha dejado su sangre y su corazón en aquel suelo. Todos estos sitios que no se ven ya, que no se verán tal vez nunca, y cuya imagen se ha conservado viva, adquieren un encanto doloroso, se presentan con la melancolía de una aparición, hacen visible la tierra sagrada, y son, por decirlo así, la forma misma de la patria; se les ama; se les evoca tales como son, tales como eran; se recuerdan obstinadamente, y no se nota que nada haya cambiado, porque en ellos se ve el rostro de la madre.

Séanos, pues, permitido hablar de lo pasado a lo presente. Dicho esto, suplicamos al lector que lo tenga en cuenta, y continuamos.

Jean Valjean había dejado enseguida el bulevard, y se había adentrado en las calles, trazando las líneas más quebradas que podía, regresando bruscamente sobre sus pasos, para asegurarse de que nadie lo seguía.

Esta maniobra es propia del ciervo acorralado. En los terrenos en que se marca bien la huella, esta maniobra tiene, entre otras ventajas, la de engañar a los cazadores

y a los perros, con las huellas en sentido contrario. Esto es lo que en montería se llama emboscada falsa.

Era una noche de luna llena. Jean Valjean no se percataba de ello. La luna, aún muy cerca del horizonte, marcaba en las calles grandes espacios de sombra y de luz. Jean Valjean podía deslizarse a lo largo de las casas y las paredes por el lado oscuro, y observar el lado iluminado. Quizás no pensaba en observar el lado oscuro. No obstante, en las callejuelas desiertas que desembocan en la calle de Poliveau, creyó estar seguro de que nadie lo seguía.

Cosette andaba sin preguntar nada. Los sufrimientos de los seis primeros años de su vida, habían conferido cierta pasividad a su naturaleza. Además, y ya tendremos otras ocasiones para volver a hacer esta observación, se había acostumbrado, sin saber cómo, a las rarezas del buen hombre, y a los caprichos del destino. Y por otra parte, estando a su lado, se sentía segura.

Jean Valjean, no sabía más que Cosette adónde iba. Se confiaba a Dios, igual que ella se confiaba a él. Le parecía que tenía agarrado de la mano, algo más grande que una niña; creía sentir un ser invisible que lo guiaba. No llevaba ninguna idea meditada, ningún plan, ningún proyecto. Ni siquiera estaba absolutamente seguro de que fuese Javert quien lo perseguía, y aún podía ser Javert, sin que el mismo supiera que se trataba de Jean Valjean. ¿No iba disfrazado? ¿No se le creía muerto? Sin embargo, hacía algunos días que le sucedían cosas muy raras. No necesitaba más. Había decidido no regresar a la casa Gorbeau. Como el animal arrojado de su caverna, buscaba un agujero donde esconderse, esperando encontrar donde alojarse.

Jean Valjean describió varios laberintos distintos en el barrio de Mouffetard, ya dormido, como si existiera

aún la disciplina de la edad media, y el yugo del toque de queda; combinó de diversas maneras, en sabias líneas estratégicas, la calle Censier y la calle Copeau [1], la calle del Battoir-Saint-Victor [2] y la calle del Puits-l'Ermite. Había allí posadas, pero no entraba en ellas por no hallar lo que le convenía. Es decir, dudaba, que si lo buscaban, hubieran perdido su pista.

Cuando daban las once en Saint-Étienne-du-Mont, atravesaba la calle de Pontoise ante la comisaría de policía que estaba en el número 14. Algunos instantes más tarde, el instinto del que hablábamos más arriba, hizo que se volviera. En aquel instante, vio claramente gracias al farol del comisario que los traicionaba, a tres hombres, que lo seguían bastante cerca, pasar sucesivamente debajo del farol, por el lado oscuro de la calle. Uno de los tres hombres entró en el portal de la casa del comisario. El que andaba a la cabeza le pareció decididamente sospechoso.

—Ven, hija —díjole a Cosette, y se apresuró a abandonar la rue Pontoise.

Dio otra vuelta, rodeó el pasaje de los Patriarches, que estaba cerrado a causa de la hora, midió con sus pasos la calle de l'Épée-de-Bois y la calle de Arbalète, y se sumergió en la calle Postes.

Hay allí una encrucijada [3] donde hoy se halla el colegio de Rollin, adonde desemboca la calle Neuve-Sainte-Geneviève.

[1] Hoy, calle Lacèpide.

[2] Uniendo la calle Copeau a la calle Puits-è-l'Ermite.

[3] La encrucijada de la calle Postes (hoy calle Lhomond) y de la calle Neuve-Sainte-Geneviève (hoy calle Tournefort), es la actual plaza de Lucien Herr. El colegio Rollin estaba situado en el número 34 y luego en el 42, de la calle Postes.

Digamos de paso, que la calle Neuve-Sainte-Geneviève, era una calle muy vieja, y que en diez años no pasaba una silla de posta por la calle de Postes. Esta calle de Postes, estaba habitada en el siglo XIII por alfareros, y su verdadero nombre es calle de Pots. [1]

La luna arrojaba viva luz sobre aquella encrucijada. Jean Valjean se emboscó bajo una puerta, calculando que si aquellos hombres lo seguían aún, no podría dejar de verlos cuando atravesaran aquella claridad.

En efecto, no habían trascurrido aún tres minutos, cuando los hombres aparecieron. Ahora eran cuatro; todos de elevada estatura, vestidos con largas levitas oscuras, con sombreros redondos y gruesos bastones en la mano. No eran menos sospechosos por su elevada estatura y sus grandes puños, que por su marcha siniestra en las tinieblas. Parecían cuatro espectros disfrazados de burgueses.

Se detuvieron en medio de la encrucijada, y se agruparon como si se consultaran. Tenían un aire indeciso. El que parecía guiarlos, se volvió y designó vivamente con la mano derecha el punto donde estaba escondido Jean Valjean; otro parecía indicar con obstinación, la dirección contraria. En el instante en que el primero se volvió, la luna iluminó plenamente su rostro. Jean Valjean reconoció plenamente a Javert.

[1] La calle de Pots, o según otras fuentes, «des Poteries» se convirtió, efectivamente en el siglo XVI en calle Postes. nombre que conservó hasta 1867.

II

Es muy útil que pasen carruajes por el puente de Austerlitz

La incertidumbre cesó para Jean Valjean; pero, afortunadamente, duraba para aquellos hombres. Aprovechóse de su vacilación, que fue tiempo perdido para ellos y ganado para él. Salió de detrás de la puerta donde se había ocultado, y entró en la calle de Postes hacia la zona del jardín botánico. Cosette empezaba a cansarse, la cogió en brazos y la llevó. No había ni un alma por allí, y no se habían encendido los faroles a causa de la luna.

Redobló el paso.

En algunas zancadas alcanzó la alfarería de Goblet, en cuya fachada la luna dejaba ver muy claramente la antigua inscripción:

De Goblet el hijo, está aquí la fábrica,
Venid a comprar floreros y cántaros,
Cantarillas, tiestos, ladrillos y jarras.
Que todo se vende ya en fino y en basto.

Dejó detrás de sí la calle de la Clef, luego la fuente de Saint-Victor; costeó el jardín botánico por las calles bajas, y llegó al muelle. Allí se volvió. El muelle estaba desierto. Las calles estaban desiertas. No había nadie tras él. Respiró.

Alcanzó el puente de Austerlitz[1].

En aquella época aún se pagaba peaje.

Se presentó a la oficina del guarda, y pagó un sueldo.

—Son dos sueldos —dijo el inválido del puente—. Lleváis a un niño que puede andar. Pagad por dos.

Pagó, contrariado por que su paso había dado lugar a una observación. Toda huida debe deslizarse inadvertida.

Al mismo tiempo que él, pasaba el Sena, en la misma dirección, una voluminosa carreta. Aquello le resultó útil. Pudo atravesar el puente a su sombra.

Hacia la mitad del puente, Cosette, que tenía los pies hinchados, quiso andar. La bajó, y la cogió de la mano.

Una vez franqueado el puente, descubrió un poco a la derecha los almacenes de madera, y se dirigió allí. Para llegar tenía que aventurarse por un espacio bastante grande, descubierto e iluminado. No dudó. Los que lo habían seguido, habrían seguramente perdido su pista, y Jean Valjean se creyó fuera de peligro. Buscado sí, pero seguido, no.

Entre dos almacenes cercados de tapias, se abría una callejuela, la del Chemin-Vert-Saint-Antoine[2]. Esta calle, era estrecha y oscura, y como hecha a propósito para él. Antes de adentrarse en ella, miró hacia atrás.

[1] Hugo olvida aquí, lo que él mismo ha recordado en el capítulo «El año 1817»: en tiempos de la restauración, este puente llevaba el nombre de Jardín del Rey.

[2] La calle Chemin-Vert-Saint-Antoine, parece inventada por Hugo.

Desde donde se hallaba, se divisaba el puente de Austerlitz en toda su longitud.

Cuatro sombras acababan de entrar en el puente.

Estas sombras daban la espalda al jardín botánico, y se dirigían hacia la orilla derecha.

Estas cuatro sombras eran cuatro hombres.

Jean Valjean sintió el estremecimiento de la fiera descubierta.

Le quedaba una esperanza; aquellos hombres quizá no habían entrado aún en el puente, ni lo habían visto cuando había atravesado el gran espacio iluminado, llevando a Cosette de la mano.

En este caso, entrando en la callejuela que tenía delante, si conseguía alcanzar los almacenes, las huertas, los sembrados y los terrenos sin edificar, podría escapar.

Le pareció, pues, que podía confiarse a aquella pequeña calle silenciosa. Y entró en ella.

III

Ver el plano de París de 1727

Al cabo de trescientos pasos, llegó a un punto en el que la calle se bifurcaba. Se dividía en dos calles, una hacia la izquierda y otra hacia la derecha. Jean Valjean tenía ante sí, como las dos ramas de una Y. ¿Cuál de ellas escoger?

No dudó; tomó a la derecha.

¿Por qué?

Porque la izquierda conducía hacia el arrabal, es decir, hacia los lugares habitados, y la derecha al campo, es decir, hacia los lugares desiertos.

Pero no andaban con mucha rapidez. El paso de Cosette acortaba el paso de Jean Valjean.

Volvió a tomarla en brazos. Cosette apoyaba su cabeza sobre el hombro del buen hombre y no decía ni una palabra.

De vez en cuando, se volvía y miraba. Tenía cuidado de permanecer continuamente en el lado oscuro de la calle. La calle seguía recta detrás de él. Las dos o tres primeras veces que se volvió no vio nada, el silencio era

profundo, y continuó su marcha un poco tranquilizado. De repente, en cierto momento, habiéndose vuelto, creyó ver en la parte de la calle por donde acababa de pasar, a lo lejos, en la oscuridad, algo que se movía.

Se precipitó adelante, más bien que anduvo, esperando encontrar alguna callejuela lateral, para escapar por allí, y cortar una vez más su pista.

Llegó a una pared.

Ésta, sin embargo, no era una imposibilidad para seguir adelante; era una pared que costeaba una calleja trasversal en la cual concluía la que había seguido.

Una vez más era preciso decidirse; tomar a la derecha o a la izquierda.

Miró hacia la derecha. La callejuela se prolongaba cortada por dos construcciones que eran unos cobertizos o unas granjas, y luego terminaba en un callejón sin salida. Se veía claramente al fondo del callejón una alta pared blanca.

Miró hacia la izquierda. La callejuela de este lado estaba abierta, y al cabo de unos doscientos pasos, llegaba a una calle de la que era afluente. Por aquel lado estaba la salvación.

Pero precisamente cuando Jean Valjean iba a volver hacia la izquierda, para conseguir alcanzar la calle que estaba al final de la callejuela, vio en la esquina a la que se dirigía, una especie de estatua negra e inmóvil.

Indudablemente era un hombre que acababa de apostarse allí, y que lo esperaba impidiéndole el paso.

Jean Valjean retrocedió.

El punto de París en el que se encontraba, situado entre el arrabal de Saint-Antoine y la Râpée, es uno de los que han sido trasformados completamente, afeándolos, según unos, y hermoseándolos, según otros. Los sembrados, los almacenes y los edificios antiguos han desa-

parecido. Hoy hay allí grandes calles nuevas, bailes, circos, hipódromos, estaciones de ferrocarril, una prisión, la de Mazas; es decir, el progreso con su correctivo.

Hace medio siglo, en aquella época popular formada por la tradición, que aún se obstina en llamar al instituto Las Cuatro Naciones, y a la ópera cómica Feydeau, el lugar preciso donde había llegado Jean Valjean, se llamaba Le Petit-Picpus. La puerta de Saint-Jacques, la puerta París, la carrera de los Sergents, los Porcherons, la Galiote, los Célestins, les Capucins, la Mail, la Bourbe, el Arbre-de-Cracovie, la Petite-Pologne, el Petit-Picpus [1], son los nombres del viejo París que surgen de nuevo. La memoria del pueblo flota sobre los despojos del pasado.

El Petit-Picpus, que por lo demás apenas ha existido, y no fue nunca más que una sombra del barrio, tenía casi el aspecto monacal de una ciudad española. Los caminos estaban mal pavimentados y las calles casi sin edificar. Excepto las dos o tres calles de las cuales vamos a hablar, todo eran murallas y soledad. Ni una tienda, ni un carruaje; apenas aquí y allá alguna vela encendida junto a una ventana; y todas las luces apagadas después de

1 La puerta Saint-Jacques, abatida en 1684, se encontraba en el emplazamiento actual del número 172 de la calle Saint-Jacques; formaba parte del recinto de Felipe-Augusto. La barrera de los Sergents, se encontraba cerca del Louvre (hoy calle Pelican). Los Porcherons, antigua aldea en el lugar del actual barrio Montmartre. Los Celestins debían su nombre a un convento de esta orden, establecido allí en 1705. Los Capucins, en el barrio del Observatoire. Hubo tres Mails en el antiguo París, pero del que habla Víctor Hugo es tal vez: «el Mail por excelencia», que iba a lo largo del Sena en el barrio del Arsenal. La Bourbe, en el barrio del Observatoire, su nombre procedía de un depósito de inmundicias. El Arbre-de-Cracovie, árbol del Palacio Real. La Petite-Pologne, se encontraba en el actual emplazamiento del barrio Monceau. En cuanto al Petit-Picpus, es un barrio imaginario, donde Victor Hugo ha trasladado los pormenores y caracteres del barrio Saint-Victor.

las diez. Jardines, conventos, almacenes, huertas, raras casas bajas y grandes paredes tan altas como las casas.

Tal era el estado de este barrio en el último siglo. La revolución lo maltrató. La república lo demolió, lo atravesó, lo agujereó. Se establecieron allí depósitos de yeso. Hace treinta años, este barrio empezó a desaparecer bajo el trazado de las nuevas construcciones. Hoy ha desaparecido por completo. El Petit-Picpus, que en ningún plano actual señala, está indicando con bastante claridad en el plano de 1727, publicado en París en casa de Denis Thierry, calle de Saint-Jacques, en frente de la calle del Plâtre, y en Lyon, en casa de Jean Girin, en la rue Mercière, en la Prudence. El Petit-Picpus, tenía lo que acabamos de mencionar como una Y de calles formada por la calle del Chemin-Vert-Saint-Antoine, separándose en dos ramas y tomando a la izquierda del nombre de callejuela de Picpus, y a la derecha el nombre de calle Polonceau. Las dos ramas de la Y estaban unidas en su vértice por una barra. Esta barra se llamaba calle Droit-Mur. La rue Polonceau desembocaban allí; la callejuela de Picpus seguía más allá, y subía hacia el mercado Lenoir. El que viniendo del Sena, llegaba al extremo de la calle Polonceau, tenía a su izquierda la calle Droit-Mur, girando bruscamente en ángulo recto; enfrente la pared de esta calle y a la derecha, una prolongación torcida de la calle Droit-Mur, sin salida, llamada el callejón Genrot[1].

Allí era donde se hallaba Jean Valjean.

Como acabamos de decir, al descubrir la silueta negra situada en la esquina de la calle Droit-Mur y de la calle-

[1] En estas calles del Petit-Picpus. Sobre ellas existe un estudio de André le Breton «El verdadero Petit-Picpus, de *Los miserables*». Revista de los *Deux Mondes*, 15 de julio de 1925, pp. 313-340.

juela Picpus, retrocedió. Ya no dudaba. Estaba vigilado por aquel fantasma.

¿Qué hacer?

No era ya tiempo de retroceder. Lo que había visto moverse en la sombra, a alguna distancia detrás de él, era sin duda Javert, con su escolta. Javert estaría probablemente ya al principio de la calle en la cual se hallaba Jean Valjean. Javert, según todas las apariencias, conocía aquel dédalo, y había tomado sus precauciones, enviando uno de sus hombres a guardar la salida.

Estas conjeturas, tan parecidas a la evidencia, giraron como un puñado de polvo que arrastra un soplo de viento, en el dolorido cerebro de Jean Valjean. Examinó el callejón Genrot; allí estaba la pared. Examinó la callejuela Picpus; allí había un centinela. Veía destacarse su figura sombría sobre la claridad con que la luna iluminaba el suelo. Avanzar, era caer en manos de este hombre. Retroceder era echarse en brazos de Javert. Jean Valjean se sentía cogido en una red, cuyas mallas se apretaban lentamente. Miró al cielo con desesperación.

IV

Tentativas de evasión

Para comprender lo que sigue, es preciso formarse una idea exacta de la callejuela Droit-Mur, y en particular del ángulo que se deja a la izquierda, cuando se sale de la calle Polonceau, para entrar en esta callejuela. La callejuela Droit-Mur estaba casi costeada, a la derecha, hasta la pequeña calle Picpus, por casas de pobre apariencia; y a la izquierda, por una única construcción de línea severa compuesta de varios cuerpos que iban teniendo gradualmente un piso o dos más, a medida que se aproximaban a la callejuela Picpus, de manera que este edificio, bastante elevado por el lado de la calle Picpus, era bastante bajo por el lado de la calle Polonceau. Allí, en el ángulo de la cual acabamos de hablar, descendía hasta el punto de no ser más que una tapia. Esta tapia no llegaba rectamente a la calle, dibujaba un plano rebajado que ocultaba sus dos ángulos a dos observadores que estuviesen uno en la calle Polonceau y otro en la calle Droit-Mur.

A partir de estos dos ángulos, la pared se prolongaba por la calle Polonceau, hasta una casa que llevaba el número 49, y por la calle Droit-Mur, donde su extensión era mucho más corta, hasta un edificio sombrío del que hemos hablado, y cuya fachada cortaba, formando en la calle un nuevo ángulo entrante. Esta fachada era de triste aspecto, no se veía en ella más que una ventana o, por mejor decir, dos postigos revestidos de una capa de cinc, y siempre cerrados.

El estado de estos lugares, que aquí explicamos, es de una rigurosa exactitud, y despertará ciertamente un recuerdo muy preciso en la mente de los antiguos habitantes del barrio.

El ángulo cortado estaba cubierto enteramente de una cosa parecida a una puerta colosal y miserable. Era una vasta reunión informe de planchas perpendiculares, las de arriba más anchas que las de abajo, unidas por largas abrazaderas trasversales de hierro. Al lado, había una puerta cochera de dimensión ordinaria, y cuya construción no se remontaba de seguro a más de cincuenta años.

Un tilo extendía su ramaje por encima del ángulo rebajado, y la pared estaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

En el inminente peligro en que se hallaba Jean Valjean, este edificio sombrío tenía algo de solitario y deshabitado que lo atraía. Lo recorrió ávidamente con los ojos. Se decía que si lograba penetrar en él, tal vez estaría salvado. Concibió pues una idea y una esperanza.

En la parte media de la fachada de este edificio, que daba a la calle Droit-Mur, había en todas las ventanas de los diversos pisos, viejos canalones en forma de embudos de plomo. Las variadas ramificaciones de estos conductos, que iban de un conducto central a estos embudos,

dibujaban sobre la pared una especie de árbol. Estas ramificaciones de los tubos con sus cien codos imitaban las parras deshojadas que se elevan torcidas ante la fachada de una casa de campo.

Esta caprichosa espaldera de ramas de plomo y de hierro, fue el primer objeto que captó la atención de Jean Valjean. Sentó a Cosette con la espalda apoyada en un guardacantón, recomendándole silencio y corrió al sitio donde el conducto llegaba al suelo. Tal vez por allí había medio de escalar la tapia, y entrar en la casa. Pero el conducto estaba destrozado e inútil, y apenas si tenía soldaduras. Además, todas las ventanas de aquel silencioso edificio estaban cerradas por espesas barras de hierro, incluso las buhardillas del techo. Además la luna iluminaba plenamente esta fachada, y el hombre que observaba al extremo de la calle, hubiera visto a Jean Valjean realizar la escalada. ¿Qué hacer de Cosette? ¿Cómo había de subirla a una casa de tres pisos?

Renunció a trepar por el conducto, y siguió la pared, para regresar a la calle Polonceau.

Cuando llegó al plano del ángulo en donde había dejado a Cosette, observó que desde allí, nadie podía verlo. Se ocultaba, como acabamos de decir, a todas las miradas de cualquier lado que viniese. Además, se hallaba en la sombra. Había también allí dos puertas, y podría forzarlas. La pared por encima de la cual divisaba el tilo y la hiedra, daba evidentemente a un jardín, donde al menos podría esconderse, aunque no había hojas en el árbol, y pasar allí el resto de la noche.

El tiempo corría entretanto. Era preciso obrar rápidamente.

Tanteó la puerta cochera, y descubrió enseguida que estaba trabada por dentro y por fuera.

Se acercó a la otra puerta con más esperanzas. Estaba terriblemente decrépita, y su misma inmensidad la hacía poco sólida; las tablas estaban podridas, no había más que tres abrazaderas de hierro y estaban oxidadas. Le pareció posible agujerear aquella barrera carcomida.

Pero examinándola, vio que aquella puerta no era tal. No tenía ni goznes, ni bisagras, ni cerradura, ni hojas. Las barras de hierro, la atravesaban de parte a parte sin solución de continuidad. A través de las grietas de las tablas, entrevió cascotes y piedras groseramente cimentadas, que los transeúntes podían ver aún hace diez años. Se vio, pues, obligado a conocer, aunque lleno de consternación, que aquella apariencia de puerta, era únicamente el adorno de madera de la pared a la cual estaba adosada. Era fácil arrancar una tabla, pero tras ella había una pared.

V

Aventura que sería imposible con el alumbrado de gas

En este momento un ruido sordo y cadencioso empezó a oírse a alguna distancia, Jean Valjean aventuró una mirada por fuera de la esquina de la calle. Siete u ocho soldados dispuestos en pelotón, acababan de desembocar en la calle Polonceau. Veía brillar sus bayonetas que se dirigían hacia él.

Estos soldados, a cuya cabeza se distinguía la elevada estatura de Javert, avanzaban lentamente y con precaución. Se detenían frecuentemente. Era visible que exploraban todos los recodos de los muros, y los huecos de las puertas y entradas.

Era, y aquí la conjetura no podía equivocarse, alguna patrulla que Javert había encontrado, y a la que había pedido auxilio.

Los dos acólitos de Javert, iban a su lado.

Al paso que llevaban, y con las paradas que hacían, tenían que emplear un cuarto de hora antes de llegar al

sitio donde se hallaban Jean Valjean. Fue aquel un momento terrible. Sólo algunos minutos separaban a Jean Valjean de aquel espantoso precipicio que se abría bajo sus pies por tercera vez. Y la prisión ahora, no era solamente esto, era perder a Cosette para siempre, es decir, una vida semejante al interior de una tumba.

Jean Valjean tenía una particularidad: podía decirse que llevaba alforjas de dos capachos; en uno llevaba el pensamiento de un santo, en el otro la temible astucia de un presidiario; y buscaba en uno o en otro, según la ocasión.

Entre otros recursos, y gracias a sus repetidas evasiones del presidio de Tolón, poseía, según hemos dicho ya, el de ser un maestro consumado en el arte de elevarse sin escala, sin garfios, sólo con la fuerza muscular, apoyándose en la nuca, en los hombros, en las caderas y en las rodillas, y ayudándose con las más pequeñas desigualdades de la piedra, por el ángulo recto de una pared, hasta un sexto piso si hubiera necesidad; arte que ha hecho tan temible y tan célebre el ángulo del patio de la conserjería de París, por donde hace una veintena de años escapó el condenado Battemolle.

Jean Valjean midió con la mirada la pared, por encima de la cual se veía el tilo. Tenía unos dieciocho pies de altura. El ángulo que formaba con la fachada del gran edificio estaba relleno, en la parte inferior, de una mampostería maciza de forma triangular, destinada probablemente a preservar aquel cómodo rincón de las paradas que en él pudieran hacer estos estercoleros llamados transeúntes. Esta protección es muy usada en los rincones de París.

Este macizo tenía unos cinco pies de altura. De la cima de este macizo, el espacio a franquear para llegar a lo alto del muro, era de unos catorce pies.

El muro estaba coronado de una piedra lisa sin tejadillo.

La dificultad era Cosette. Cosette, no sabía escalar una pared. ¿Abandonarla? Jean Valjean no pensaba siquiera en ello. Subir con ella era imposible. Todas las fuerzas de un hombre, le son necesarias para hacer estas extrañas ascensiones. El menor fardo, desplazaría su centro de gravedad, y lo precipitaría.

Hubiera necesitado una cuerda. Jean Valjean no la tenía. ¿Dónde encontrar una cuerda, a medianoche, en la calle Polonceau? Ciertamente si en aquel instante Jean Valjean hubiera poseído un reino lo hubiera dado por una cuerda.

Todas las situaciones extremas, tienen sus relámpagos que tan pronto nos ciegan como nos iluminan.

La mirada desesperada de Jean Valjean encontró el brazo del farol del callejón Genrot.

En aquella época no había aún alumbrado de gas en las calles de París. Al caer la noche se encendían faroles colocados de trecho en trecho, que se subían y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de parte a parte, y que se ajustaba a la ranura de una palomilla. El torniquete en que se arrollaba esta cuerda estaba sujeto a la pared, debajo del farol, en un hueco con tapa de hierro, cuya llave tenía el farolero, y la cuerda estaba también protegida por un tubo de metal.

Jean Valjean, con la energía de una lucha suprema, atravesó la calle de un salto, hizo saltar la cerradura del cajoncito con la punta de la navaja, y volvió enseguida donde estaba Cosette. Ya tenía cuerda. Estos sombríos buscadores de expedientes, hacen de prisa su tarea, cuando luchan con la fatalidad.

Hemos explicado ya que los faroles no habían sido encendidos aquella noche. La linterna del callejón Genrot

estaba pues apagada como las demás, y podía pasarse a su lado, sin notar que no estaba en su lugar.

Pero la hora, el sitio, la oscuridad, el estado de Jean Valjean, sus gestos singulares, sus idas y venidas, todo esto empezaba a inquietar a Cosette. Otro niño, habría lanzado ya grandes gritos. Ella se limitó a tirar a Jean Valjean de la falda de la levita. Oíase cada vez más claramente el ruido de la patrulla que se aproximaba.

—Padre —dijo en voz muy baja—, tengo miedo. ¿Quién viene?

—¡Chist! —respondió el desgraciado—. Es la Thénardier.

Cosette se estremeció.

Él añadió:

—No digas nada. Déjame obrar. Si gritas, si lloras, la Thénardier te cogerá. Viene por ti.

Entonces sin precipitación, pero sin perder tiempo, con una precisión firme y breve, tanto más notable en aquel momento, cuanto la patrulla y Javert podían llegar de un momento a otro, se quitó la corbata, la pasó alrededor del cuerpo de Cosette por debajo de los brazos, teniendo cuidado de no lastimar a la pobre niña; ató la corbata a un extremo de la cuerda, haciendo el nudo que los marineros llaman nudo de golondrina, cogió el otro extremo con los dientes, se quitó los zapatos y las medias, y los arrojó por encima de la tapia, subió al prisma de mampostería, y empezó a elevarse por el ángulo de la tapia y de la fachada con la misma seguridad que si apoyase los pies en escalones. Aun no había trascurrido medio minuto, cuando se hallaba de rodillas sobre la tapia.

Cosette lo miraba con estupor sin pronunciar una palabra. La orden de Jean Valjean, y el nombre de la Thénardier, la habían dejado helada.

De repente, oyó la voz de Jean Valjean que le gritaba por lo bajo:

—Arrímate a la pared.

Ella obedeció.

—No hables ni una palabra y no tengas miedo —continuó Jean Valjean.

Y ella sintió que se elevaba sobre el suelo.

Antes de que hubiera tenido tiempo de volver en sí, estaba en lo alto de la fachada.

Jean Valjean la cogió, se la puso a cuestas, asiéndole sus dos manos con la izquierda, se echó boca abajo, y se arrastró por lo alto de la pared hasta el ángulo rebajado. Como había adivinado, había allí un cobertizo cuyo tejado partía de lo alto del remate de madera y bajaba hasta cerca del suelo, por un plano suavemente inclinado, rozando el tilo.

Circunstancia feliz, pues la pared era mucho más alta del lado interior que del de la calle. Jean Valjean veía el suelo debajo de sí y muy profundo.

Acababa de llegar al plano inclinado del techo, y aún no había abandonado lo alto de la pared, cuando un ruido violento, le anunció la llegada de Javert y la patrulla. Oyóse la voz de trueno del primero:

—¡Registrad el callejón! La calle Droit-Mur está guardaba, y la calle Picpus también. ¡Respondo de que está en este callejón!

Los soldados se precipitaron en el callejón Genrot.

Jean Valjean se dejó resbalar a lo largo del tejado, y sosteniendo a Cosette, alcanzó el tilo y saltó al suelo. Cosette no había chistado, ya fuese por valor o por miedo. Tenía las manos un poco desolladas.

VI

Principio de un enigma

Jean Valjean se encontraba en una especie de jardín muy grande y de aspecto singular; uno de estos jardines tristes que parecen hechos para ser contemplados en las noches de invierno. Este jardín tenía una forma oblonga, con una avenida de grandes álamos al fondo, arboleda bastante alta en los ángulos, un espacio sin sombra en medio, donde se distinguía un gran árbol aislado, y después algunos árboles frutales torcidos y erizados como gruesos matorrales, cuadros de legumbres, un melonar cuyas campanas brillaban a la luna, y un viejo pozo. Aquí y allá había algunos bancos de piedra, que parecían negros de musgo. Las avenidas estaban bordeadas de pequeños arbustos oscuros y rectos. La hierba había invadido la mitad y una especie de moho verde cubría el resto.

Jean Valjean, tenía a su lado el cobertizo, cuyo tejado le había permitido bajar, un montón de haces de leña, y detrás de los haces, junto a la pared, una estatua de piedra, cuyo rostro mutilado no era más que una máscara informe que aparecía vagamente en la oscuridad.

El cobertizo, era una especie de ruina en que se distinguían cuartos desmantelados, uno de los cuales pareca servir de verdadero cobertizo.

El gran edificio de la calle Droit-Mur, que daba vuelta a la callejuela Picpus, daba a éste jardín dos fachadas a escuadra. Estas fachadas interiores, eran mucho más lúgubres que por el exterior. Todas las ventanas tenían reja. No se descubría luz alguna. En los pisos superiores había tragaluces como en las cárceles. Una de las fachadas, proyectaba su sombra sobre la otra, y caía en el jardín como un inmenso paño negro.

No se veía ninguna otra casa. El fondo del jardín, se perdía en la bruma de la noche. No obstante, se distinguían confusamente tapias que se cortaban, como si más allá hubiese otros jardines, y los tejados bajos de la calle Polonceau.

Era imposible imaginar nada más salvaje y más solitario que este jardín. No había nadie, lo cual era propio, a causa de la hora. Pero no parecía que aquel lugar estuviera hecho para que nadie se paseara en él, ni siquiera en pleno día.

El primer cuidado de Jean Valjean, fue buscar los zapatos y calzarse, y después entrar en el cobertizo con Cosette. El que huye no se cree nunca bastante oculto. La niña continuaba pensando en la Thénardier y participaba de este deseo de ocultarse lo más posible.

Cosette temblaba y se pegaba a él. Oíase el ruido tumultuoso de la patrulla que registraba el callejón y la calle, los golpes de las culatas contra las piedras, las llamadas de Javert a los espías que había apostado, y sus imprecaciones mezcladas con palabras que no se entendían.

Al cabo de un cuarto de hora, pareció que aquella especie de ruido tumultuoso empezaba a alejarse. Jean Valjean no respiraba.

Había colocado suavemente la mano sobre la boca de Cosette.

La soledad en que se hallaba era tan extrañamente profunda, que aquel horrible ruido, tan ruidoso y tan próximo, apenas llegaba a él como la sombra de un ruido. Parecía que aquellos muros estaban construidos con las piedras sordas de las cuales hablan las Escrituras.

De pronto, en medio de aquella calma profunda, un nuevo ruido se dejó oír. Un ruido celeste, inefable, tan dulce como horrible era el otro. Era un himno que procedía de las tinieblas, un ruido de oración y de armonía en el oscuro y terrible silencio de la noche. Voces de mujeres, pero voces compuestas a la vez del acento puro de las vírgenes, y del acento sencillo de los niños, de estas voces que no son de la tierra, y se parecen a las que los recién nacidos oyen aún, y las que oyen ya los moribundos. Este canto procedía del sombrío edificio que dominaba el jardín. En el momento en que se alejaba el ruido de los demonios, hubiérase dicho que se aproximaba un coro de ángeles en la sombra.

Cosette y Jean Valjean cayeron de rodillas.

No sabían de qué se trataba, no sabían dónde se hallaban, pero sentían ambos, el hombre y la niña, el penitente y el inocente, que era preciso hincarse de rodillas.

Estas voces tenían esto de extraño, que no impedían que el edificio pareciera desierto. Era como un canto sobrenatural en una morada deshabitada.

Mientras que aquellas voces cantaban, Jean Valjean no pensaba en nada más. Ya no veía la oscuridad, veía un cielo azul. Parecía que sentía abrirse las alas que todos tenemos dentro de nosotros.

El canto se extinguió. Tal vez había durado poco tiempo. Jean Valjean no hubiera sido capaz de decirlo. Las horas del éxtasis son siempre un minuto.

Todo había vuelto a caer en el silencio. Nada se oía en la calle y nada se oía en el jardín. Lo que amenazaba, y lo que tranquilizaba se había desvanecido. El viento rozaba en lo alto del muro, algunos árboles secos que hacían un ruido suave y lúgubre.

VII

Continúa el enigma

Habíase levantado ya la brisa de la noche, lo que indicaba que debía ser entre la una y las dos de la madrugada. La pobre Cosette no decía nada. Se había sentado en el suelo, a su lado y había inclinado la cabeza sobre él. Jean Valjean creía que se había dormido. Se inclinó y la miró. Cosette tenía los ojos abiertos, y un aire pensativo que apenó a Jean Valjean.

Seguía temblando.

—¿Tienes ganas de dormir? —dijo Jean Valjean.

—Tengo mucho frío —respondió Cosette.

Un momento más tarde, añadió:

—¿Está ahí todavía?

—¿Quién? —dijo Jean Valjean.

—La señora Thénardier.

Jean Valjean había ya olvidado el medio de que se había valido para hacer guardar silencio a Cosette.

—¡Ah! —dijo—. Ya se ha ido. No temas nada más.

La niña suspiró como si le quitaran un peso del pecho.

La tierra estaba húmeda, el cobertizo abierto de par en par, la brisa era más fría a cada instante. El buen hombre quitóse la levita y envolvió con ella a Cosette.

—¿Tienes menos frío así? —dijo.

—¡Sí, padre!

—Bien, espérate un instante, enseguida vuelvo.

Salió de las ruinas, y empezó a recorrer el gran edificio buscando un abrigo mejor.

Encontró varias puertas, pero estaban cerradas. En todas las ventanas había rejas.

Cuando acababa de pasar el ángulo interior del edificio, observó que las ventanas estaban entornadas, y descubrió alguna claridad. Se alzó sobre la punta de los pies, y miró por una de las ventanas. Daban todas a una sala bastante amplia, pavimentada con anchas losas, cortada por arcos y pilares, y donde se distinguía sólo un débil resplandor y muchas sombras. El resplandor procedía de una lámpara encendida en un rincón. La sala estaba desierta y nada se movía en ella. No obstante a fuerza de mirar creyó ver en el suelo, sobre la piedra, una cosa que parecía cubierta con una mortaja, y semejante a una forma humana. Estaba echada, tendida boca abajo, con los brazos en cruz en la inmovilidad de la muerte. Hubiérase dicho, una especie de serpiente que se arrastraba por el suelo, y que aquella figura siniestra tenía la soga al cuello.

Toda la sala estaba bañada de esta bruma propia de estos lugares apenas iluminados, que aumenta el horror.

Jean Valjean —ha dicho después varias veces— que aunque había presenciado en su vida muchos espectáculos lúgubres, jamás había visto nada tan glacial y terrible como aquella figura enigmática realizando un miste-

rio desconocido en aquel lugar sombrío y entrevisto en la noche. Era horrible suponer que aquello estaba muerto, y más terrible aún pensar que estaba vivo.

Tuvo valor para pegar la frente al cristal y observar si se movía. Así permaneció un rato que le pareció muy largo; la figura no hizo ningún movimiento. De repente, se sintió sobrecogido de un terror inexplicable, y huyó. Echó a correr hacia el cobertizo sin echar una sola mirada hacia atrás. Le parecía que si volvía la cabeza vería aquella figura andar detrás de él a grandes pasos y agitando los brazos.

Llegó a las ruinas, anhelante. Sus rodillas se doblaban. El sudor le corría por todo el cuerpo.

¿Dónde se hallaba? ¿Quién hubiera podido suponer algo semejante a esta especie de sepulcro en el centro de París? ¿Qué era esta extraña casa? Edificio lleno de misterios nocturnos, llamando a las almas en la sombra con voces de ángeles, para cuando llegan, ofrecerles bruscamente esta terrible visión, prometiendo abrir la puerta radiante del cielo y abriendo la puerta horrible de la tumba. ¡Y aquello era efectivamente un edificio, una casa que tenía su número en una calle! ¡No era un sueño! Tenía necesidad de tocar las piedras para creerlo.

El frío, la ansiedad, la inquietud, las emociones de la noche, le daban una verdadera fiebre, y todas aquellas ideas entrechocaban en su cerebro.

Se acercó a Cosette: la niña dormía.

VIII

Se duplica el enigma

La niña había recostado la cabeza en una piedra, y se había dormido.

Se sentó a su lado y se puso a contemplarla. Poco a poco, a medida que la mirada, iba tranquilizándose, y recobraba la plena posesión de su libertad de espíritu.

Percibía claramente esta verdad, el fondo de su vida, mientras ella viviese, mientras estuviese con él, no experimentaría ninguna necesidad ni ningún temor más que por ella. Ni siquiera sentía frío después de haberse despojado de su levita para abrigarla.

Sin embargo, a través de la meditación en que había caído, oía hacía algún rato un extraño ruido. Era como una campanilla o cencerro agitándose. Este ruido, procedía del jardín, y se le oía clara aunque débilmente. Se parecía a la musiquilla vaga que producen los cencerros del ganado, por la noche, en los pastoreos.

Este ruido, hizo volverse a Jean Valjean.

Miró, y vio que había alguien en el jardín.

Un ser semejante a un hombre andaba por medio de las campanas del melonar, levantándose, bajándose, deteniéndose, con movimientos regulares, como si arrastrase o extendiese alguna cosa en el suelo. Este ser parecía cojear.

Jean Valjean se estremeció con el temblor continuo de los desgraciados. Todo les resulta hostil y sospechoso. Desconfían de la luz porque ayuda a descubrirlos, y de las sombras porque ayudan a descubrirlo. Hacía un momento, temblaba porque el jardín estaba desierto, y ahora se estremecía porque había alguien en él.

De los temores quiméricos, pasó a la realidad del temor. Se dijo que Javert y sus espías quizá no se habían marchado, que tal vez habrían dejado en la calle gente en observación, y que si aquel hombre lo descubría en el jardín, gritaría creyéndolo un ladrón y lo entregaría. Tomó suavemente en brazos a Cosette dormida, y la llevó detrás de un montón de viejos muebles en desuso, en el rincón más escondido del cobertizo. Cosette no se movió.

Desde allí observó las trazas del ser que andaba por el melonar, y extrañóse sobre todo de que el ruido del cencerro seguía todos los movimientos del hombre. Cuando el hombre se acercaba, el ruido se acercaba; cuando el hombre se alejaba, el ruido se alejaba también. Si hacía algún gesto precipitado, un trémolo acompañaba este gesto. Cuando se detenía, el ruido cesaba. Parecía evidente que el cencerro estaba unido a aquel hombre, pero entonces, ¿qué podía significar aquello? ¿Quién era este hombre al cual habían colgado una campanilla lo mismo que a un buey o a un borrego?

Mientras se hacía estas preguntas, tocó las manos de Cosette. Estaban heladas.

—¡Ah, Dios mío! —dijo.

—¡Cosette! —llamó en voz baja.

Ella no abrió los ojos.

La sacudió vivamente.

La niña no se despertó.

—¡Estará muerta! —dijo, y se puso en pie, temblando de pies a cabeza.

Las más terribles ideas le atravesaron su mente de un modo confuso. Hay momentos en que las suposiciones más horrendas nos acosan como una cohorte de furias y fuerzan violentamente los nervios de nuestro cerebro. Cuando se trata de las personas que amamos, nuestra prudencia inventa los temores más locos. Jean Valjean, recordó que el sueño puede ser mortal en una noche fría al aire libre.

Cosette, pálida, había caído al suelo a sus pies, sin movimiento.

Escuchó su respiración. Respiraba, pero de un modo que le parecía débil y próximo a extinguirse.

¿Cómo devolverle el calor? ¿Cómo despertarla? Todo lo que no era aquello, se había borrado de su cerebro. Se lanzó fuera del rincón.

Era absolutamente preciso que antes de un cuarto de hora Cosette tuviera fuego y cama.

IX

El hombre del cencerro

Jean Valjean se dirigió al hombre que estaba en el jardín. Había sacado del bolsillo, el paquete de dinero que estaba en su chaleco.

El hombre, tenía la cabeza inclinada y no lo vio acercarse. Jean Valjean se puso a su lado en cuatro pasos.

Lo abordó gritando:

—¡Cien francos!

El hombre se sobresaltó y levantó los ojos.

—¡Cien francos si me dais asilo por esta noche!

La luna iluminaba de pleno el rostro asustado de Jean Valjean.

—¡Vaya! ¡Si sois vos, tío Madeleine!

Este nombre pronunciado a aquella hora oscura, en aquel lugar desconocido por aquel hombre desconocido, hizo retroceder a Jean Valjean.

Lo esperaba todo, excepto esto. El que hablaba, era un anciano encorvado y cojo, vestido poco más o menos como un campesino, que en la rodilla izquierda llevaba una rodillera de cuero, de donde pendía un cencerro. No se distinguía su rostro que se hallaba en la sombra.

Sin embargo, aquel hombre se había sacado el sombrero, y gritaba tembloroso:

—¡Ah, Dios mío! ¿Cómo estáis aquí, tío Madeleine? ¿Por dónde habéis entrado, Jesús? ¡Caeis del cielo! Pero no es extraño, si alguna vez caeis será de allí. ¡Cómo es esto! ¡No lleváis corbata, ni sombrero, ni traje! ¿Sabéis que me hubierais dado miedo, si no os hubiera reconocido? ¡Dios mío!, ¿es que los santos se han vuelto locos ahora? Pero, ¿cómo habéis entrado aquí?

Una palabra seguía a la otra. El anciano, hablaba con una volubilidad campesina, en la que no se descubría nada de inquietante. Todas estas frases estaban dichas con un acento de mezcla de asombro y de sencilla honradez.

—¿Quién sois? ¿Qué casa es ésta? —preguntó Jean Valjean.

—¡Ah! ¡Pardiez! ¡Esto sí que es grande! —exclamó el anciano—. Soy el que vos habéis colocado aquí, y esta casa es la casa en la que me habéis colocado. ¡Cómo! ¿No me reconocéis?

—No —dijo Jean Valjean—. ¿Cómo es que vos me conocéis a mí?

—Porque me habéis salvado la vida —dijo el hombre.

Se volvió, un rayo de luna le iluminó el perfil, y Jean Valjean reconoció al viejo Fauchelevent.

—¡Ah! —dijo Jean Valjean—. ¿Sois vos? Sí, os reconozco.

—Me alegro mucho —dijo el viejo con un tono de reproche.

—¿Y qué hacéis aquí? —continuó Jean Valjean.

—¡Vaya!, estoy cubriendo mis melones.

El viejo Fauchelevent, tenía en efecto en la mano, en el momento en que Jean Valjean lo había sacado, la punta de una estera que iba extendiendo sobre el melonar,

y había ya colocado otras muchas en una hora que hacía que estaba en el jardín. Esta operación era la que le hacía hacer los movimientos tan extraños observados por Jean Valjean desde el cobertizo.

Continuó:

—Me he dicho: la luna está muy clara, va a helar. ¿Y si pusiera mis melones en sus carriks? —Y añadió mirando a Jean Valjean y riéndose—: ¡Habríais hecho muy bien, en hacer lo mismo con vuestra persona! Pero, ¿cómo estáis aquí?

Jean Valjean, viéndose reconocido por aquel hombre, al menos como el señor Madeleine, sólo avanzaba con precaución. Multiplicaba las preguntas. ¡Cosa extraña! ¡Los papeles estaban trocados! Era el intruso quien preguntaba.

—¿Y qué es este cencerro que lleváis en la rodilla?

—¿Esto? —respondió Fauchelevent—. Es para que eviten mi presencia.

—¿Cómo? ¿Para que eviten vuestra presencia?

El viejo Fauchelevent guiñó el ojo de un modo inexplicable.

—¡Ah!, en esta casa no hay más que mujeres, muchas jovencitas. Parece que sería peligroso encontrarlas. La campanilla las advierte. Cuando yo llego, ellas se marchan.

—¿Qué casa es ésta?

—¡Vaya!, bien lo sabéis.

—No, no lo sé.

—¿Pues no me habéis colocado aquí de jardinero?

—Respondedme como si yo no supiera nada.

—¡Pues bien, éste es el convento del Petit-Picpus!

Los recuerdos volvían a Jean Valjean. El azar, es decir la providencia lo había arrojado precisamente al convento del barrio de Saint-Antoine, donde el viejo

Fauchelevent, inválido a medias a causa de la caída de su carreta, había sido admitido a instancias suyas dos años antes. Repitió como si hablara para sí.

—¡El convento de Petit-Picpus!

—¡Claro! Pero volvamos al caso —continuó Fauchelevent—. ¿Cómo os las habéis arreglado para entrar, tío Madeleine? Por más santo que seáis, sois hombre, y aquí no entran hombres.

—Pues vos estáis.

—No hay nadie más que yo.

—Sin embargo —continuó Jean Valjean—, es preciso que me quede aquí.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Fauchelevent.

Jean Valjean se acercó al anciano y le dijo con voz grave:

—Tío Fauchelevent, yo os salvé la vida.

—Soy yo quien se ha acordado primero —respondió Fauchelevent.

—Pues bien, hoy podéis hacer por mí, lo que yo hice en otra ocasión por vos.

Fauchelevent tomó entre sus viejas manos arrugadas y temblorosas, las dos robustas manos de Jean Valjean, y permaneció algunos segundos como si fuera incapaz de hablar. Por fin exclamó:

—¡Oh, sería una bendición de Dios si yo pudiera hacer esto por vos! ¡Yo, salvaros la vida! ¡Señor alcalde, disponed de este viejo!

Una alegría admirable, había trasfigurado aquel anciano. Su rostro parecía irradiar luz.

—¿Qué queréis que haga? —continuó.

—Ya os explicaré. ¿Tenéis una habitación?

—Tengo una barraca aislada, allí, detrás de la ruina del viejo convento, en un rincón que nadie ve. Hay tres habitaciones.

La barraca estaba en efecto tan oculta detrás de las ruinas, y tan bien dispuesta para que nadie la viese, que Jean Valjean no había reparado en ella.

—Bien —dijo Jean Valjean—. Ahora os pido dos cosas.

—¿Cuáles, señor alcalde?

—En primer lugar, no diréis a nadie lo que sabéis de mí. Luego, no trataréis de saber más de lo que sabéis.

—Como queráis. Sé que no podéis hacer nada que no sea honesto, y que siempre habéis sido un hombre de bien. Además, sois vos quien me ha empleado aquí. Soy vuestro, estoy a vuestras órdenes.

—Está bien. Ahora venid conmigo. Vamos a buscar a la niña.

—¿Hay una niña? —dijo Fauchelevent.

No añadió una palabra más y siguió a Jean Valjean, como un perro sigue a su amo.

Media hora después, Cosette, iluminada por la llama de una buena lumbre, dormía en la cama del jardinero. Jean Valjean se había vuelto a poner la corbata y la levita, y había encontrado el sombrero arrojado por encima de la tapia. Mientras que Jean Valjean se ponía su levita, Fauchelevent se había quitado la rodillera con el cencerro, que colgado de un clavo cerca de un canasto, constituía un adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban, apoyados los codos sobre una mesa, en la que Fauchelevent había colocado un pedazo de queso, pan de cebada, una botella de vino y dos vasos, y el viejo decía a Jean Valjean poniéndole una mano sobre la rodilla:

—¡Ay, señor Madeleine! ¡No me habéis reconocido enseguida! ¡Salváis a la gente y después la olvidáis! ¡Oh!, esto está mal. ¡Ellos se acuerdan de vos! ¡Sois un ingrato!

X

Donde se explica como Javert había espiado en vano

Los acontecimientos que acabamos de relatar, en orden inverso, por decirlo así, tenían que haber ocurrido en las condiciones más sencillas.

Cuando Jean Valjean, en la misma noche del día en que Javert le prendió al lado del lecho mortuorio de Fantine, se escapó de la cárcel municipal de Montreuil-sur-Mer, la policía supuso que el prisionero se habría dirigido a París. París es un *mare magnum* donde todo se pierde, y todo desaparece en este ombligo del mundo, como en el ombligo del mar. No hay espesura que oculte a un hombre como la multitud. Los fugitivos de toda especie, lo saben. Van a París, como a un abismo: hay abismos que salvan. La policía lo sabe también, y es en París donde busca lo que ha perdido en cualquier otra Parte. Allí buscó al alcalde de Montreuil-sur-Mer. Javert fue llamado a París con el fin de auxiliar en las pesquisas. Javert, en efecto, ayudó poderosamente a capturar de nuevo a Jean Valjean. El celo y la inteligencia de Javert en esta ocasión, fueron observados por M. Chabouillet,

secretario de la prefectura en tiempos del conde de Anglès. M. Chabouillet, que además había protegido ya al inspector en otras ocasiones, hizo incorporar a Javert a la policía de París. Allí Javert se sintió varias veces, digámoslo, aunque la palabra parezca extraña, honrosamente útil.

No pensó ya en Jean Valjean —a estos perros que siempre están de caza, el lobo de hoy los hace olvidar al lobo de ayer—, cuando en el mes de diciembre de 1823 [1], leyó un periódico, él, que jamás leía periódicos. Pero como hombre monárquico, quiso saber los pormenores de la entrada triunfal del «príncipe generalísimo» en Bayona. Cuando acababa el artículo que le interesaba, un nombre, el nombre de Jean Valjean, al pie de una página le llamó la atención. El periódico anunciaba que el presidiario Jean Valjean, había muerto, y publicaba el hecho en términos tan formales que Javert no tuvo la menor duda. Se limitó a decir: «Ése es el mejor registro.» Luego dejó el periódico, y no volvió a pensar en ello.

Algún tiempo más tarde, sucedió que una nota de la policía fue trasmitida por la prefectura de Seine-et-Oise a la prefectura de policía de París, sobre el rapto de un niño, que había tenido lugar, según se decía, en circunstancias particulares, en la comuna de Montfermeil. Una niña de siete a ocho años, decía la nota, que había sido confiada por su madre a un posadero de la región, había sido robada por un desconocido. Esta pequeña, respondía al nombre de Cosette, y era hija de

[1] Recordaremos que Jean Valjean había caído al mar el 16 de noviembre de 1823. El *Periódico de Tolón* había anunciado su muerte a la mañana siguiente. Luego, por un «itinerario oscuro y ondulante», pasando por los Altos Alpes, el Ain, los Pirineos y el Perigord, había llegado a París, donde se encontraba el 24 de diciembre del mismo año.

una mujer llamada Fantine, muerta en el hospital, no se sabía cuándo ni dónde. Esta nota, pasó ante los ojos de Javert, y lo hizo reflexionar.

El nombre de Fantine le era conocido. Recordaba que Jean Valjean lo había hecho reír, pidiéndole un plazo de tres días para ir a buscar a la hija de la enferma. Recordó que Jean Valjean había sido detenido en París en el momento en que subía a la diligencia de Montfermeil. Algunas indicaciones habían hecho creer que era la segunda vez que subía a aquella diligencia, y que el día antes había hecho una excursión por los alrededores de Montfermeil, porque no había sido visto en el pueblo. ¿Qué tenía que hacer él en Montfermeil? No se había podido averiguar. Javert lo comprendía ahora. La hija de Fantine estaba allí. Jean Valjean iba a buscarla. Esta niña, acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podía ser este desconocido? ¿Sería Jean Valjean? Pero si Jean Valjean había muerto. Javert, sin decir ni una palabra a nadie, tomó el carruaje del Plat d'étain, callejón de la Planchette, e hizo un viaje a Montfermeil.

Suponía que encontraría allí una gran claridad. Encontró una gran oscuridad.

En los primeros días, los Thénardier, desesperados, habían charlado.

La desaparación de la Alondra, había hecho ruido en la población. Inmediatamente habían circulado varias versiones de la historia, que había terminado por ser la historia del rapto de una niña. De ahí, la nota de la policía. Sin embargo, una vez pasada la primera impresión Thénardier, con su admirable instinto, había comprendido rápidamente que no era conveniente molestar mucho al procurador del rey, y que sus quejas a propósito del tal rapto de Cosette tendrían como primer resultado atraer sobre sí, Thénardier, y sobre muchos negocios

poco claros que tenía, la penetrante pupila de la justicia. La primera cosa que los búhos no desean, es que se les acerque la luz. ¿Y cómo se explicaría sobre los mil quinientos francos que había recibido? Cambió de actitud, puso una mordaza a su mujer, y se hizo el asombrado cuando le hablaban del robo de la niña. No comprendía nada, sin duda se había quejado en el momento en que le quitaban tan pronto a su querida niña, pues hubiera deseado tenerla consigo, siquiera dos o tres días más, pero era su abuelo, quien había ido a buscarla, nada había más natural en el mundo. Había añadido que el «abuelo», hacía bien. Ésta fue la historia que oyó Javert en cuanto llegó a Montfermeil. El abuelo, hacía desvanecer a Jean Valjean.

Javert, no obstante, hizo algunas preguntas, a guisa de sondas, en la historia de Thénardier.

—¿Quién era y cómo se llamaba el abuelo?

Thénardier respondió con sencillez:

—Es un rico labrador. He visto su pasaporte, creo que se llama M. Guillaume Lambert.

Lambert es un nombre muy tranquilizador. Javert volvió a París.

«Jean Valjean está bien muerto —se dijo—. Soy un necio.»

Empezó a olvidar toda esta historia, cuando en marzo de 1824, oyó hablar de un extraño personaje que vivía en la parroquia de Saint-Medard, y al que conocían con el nombre de «el mendigo que da limosnas». Este personaje, era, según se decía, un rentista cuyo nombre nadie sabía, y que vivía solo con una pequeña de ocho años, la cual tampoco sabía de sí otra cosa sino que venía de Montfermeil. ¡Montfermeil! Esta palabra, sonando de nuevo a sus oídos, llamó la atención de Javert. Un

viejo mendigo polizonte, que había sido perdiguero, a quien el extraño personaje daba limosna, añadió algunos detalles más. «Este rentista era un hombre muy huraño, no salía jamás si no era de noche, y no dejaba que nadie se le acercara. Llevaba una horrible levita vieja que valía varios millones, pues estaba forrada de billetes de bancos.» Esto despertó decididamente la curiosidad de Javert. Con el fin de ver al extraño rentista de cerca, sin asustarlo, tomó prestado un día el traje al perdiguero, y ocupó el lugar en que el viejo espía se acurrucaba todas las tardes, mascullando oraciones, y espiando a través del rezo.

«El individuo sospechoso» se llegó en efecto a Javert, disfrazado de este modo, y le dio limosna. En este momento, Javert levantó la cabeza, y la mismo impresión que produjo a Jean Valjean la vista de Javert, le produjo a éste la vista de Jean Valjean.

Sin embargo, la oscuridad había podido engañarlo. La muerte de Jean Valjean era oficial; pero Javert tenía sus dudas, y dudas muy graves; y en la duda Javert, hombre escrupuloso, no prendía a nadie.

Siguió al hombre hasta la casa de Gorbeau, e hizo hablar «a la vieja», lo que no era difícil. Ésta le confirmó lo de la levita forrada de millones, y le contó el episodio del billete de mil francos. ¡Ella misma lo había visto! ¡Ella lo había tocado! Javert alquiló una habitación. La misma noche se instaló en ella. Se acercó a escuchar a la puerta del inquilino misterioso, esperando oír el sonido de su voz, pero Jean Valjean descubrió la vela a través de la cerradura y chasqueó al espía, guardando silencio.

Al día siguiente, Jean Valjean se marchó de la casa. Pero el ruido de la moneda de cinco francos que dejó

caer, fue notado por la vieja que al oír sonar dinero, descubrió que iba a mudarse, y se apresuró a avisar a Javert. Por la noche, cuando Jean Valjean salió, Javert lo esperaba detrás de los árboles del bulevard con dos hombres.

Javert había pedido auxilio a la prefectura, pero no había dicho el nombre del individuo a quien pensaba prender. Era su secreto; lo había guardado por tres razones: primero, porque la menor indiscreción podía despertar las sospechas de Jean Valjean; segundo, porque echar el guante a un antiguo presidiario escapado, y tenido por muerto, a un condenado clasificado para siempre por la justicia entre los malhechores de la peor especie, era un gran servicio, que de seguro los antiguos polizontes de París, no dejarían a un novato como Javert, y temía que le arrebatasen a su expresidiario; y tercero, porque siendo Javert un artista, gustaba de lo imprevisto. Odiaba estos resultados anunciados, que pierden su mérito cuando se habla de ellos antes de tiempo. Le gustaba elaborar sus obras maestras en la sombra, y manifestarlas después bruscamente.

Javert había seguido a Jean Valjean de árbol en árbol, y luego de esquina en esquina, y no lo había perdido de vista ni por un instante. Incluso en los momentos en que Jean Valjean se creía en mayor seguridad, la mirada de Javert estaba fija sobre él.

¿Por qué Javert no detenía a Jean Valjean? Porque aún dudaba.

Es preciso recordar que en aquella época, la policía no obraba con toda libertad; la prensa libre la tenía a raya. Algunos arrestos arbitrarios, denunciados por los periódicos, habían resonado hasta las cámaras e intimidado a la prefectura. Atentar contra la libertad individual era una falta grave. Los agentes temían engañarse;

el prefecto, les cargaba la responsabilidad; un error representaba la destitución. Figurémonos el efecto que hubiera hecho en París, este breve párrafo reproducido por veinte periódicos:

«Ayer, un anciano de cabellos blancos, rentista respetable, que se paseaba con su nieta de ocho años de edad, fue detenido y conducido al depósito de la prefectura como desertor de presidio.»

Repitamos además, que Javert tenía escrúpulos propios; las objeciones de su conciencia, se unían a las prevenciones del prefecto. Dudaba, realmente.

Jean Valjean, volvía la espalda, y andaba en la oscuridad.

La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el cansancio, la nueva desgracia de verse obligado a huir de noche para buscar a la ventura un asilo en París para Cosette y para sí, la necesidad de adaptar su paso al paso de una niña, todo esto había cambiado el modo de andar de Jean Valjean, y había dado a su cuerpo tal aspecto de senectud, que la misma policía, encarnada en Javert, podía engañarse, y se engañó. La imposibilidad de aproximarse mucho, su traje de viejo preceptor emigrado, la declaración de Thénardier que lo hacía suponer abuelo de la niña, y por fin la creencia de su muerte en el presidio, aumentaba la creciente incertidumbre en el espíritu de Javert.

Por un momento tuvo la idea de interpelarlo bruscamente y pedirle sus papeles. Pero si aquel hombre no era Jean Valjean, y tampoco era un honrado rentista, sería probablemente algún bribón, profundamente versado en la oscura trama de los crímenes de París, algún jefe de una banda peligrosa, que daba limosna para ocultar

sus mañas, costumbre ya antigua. Sin duda tendría compañeros, cómplices y refugios para ocultarse. Las vueltas y rodeos que daba parecían indicar que no era un buen hombre. Detenerlo demasiado de prisa, significaba «matar la gallina de los huevos de oro». Por otra parte, ¿qué inconveniente había en esperar? Javert estaba seguro de que no se le escaparía.

Lo seguía, pues, bastante perplejo, haciéndose cien preguntas sobre aquel personaje enigmático.

Solamente al llegar a la calle Pontoise, y a favor de la viva luz que salía de una taberna, reconoció sin duda alguna a Jean Valjean.

Hay en el mundo dos clases de seres que se estremecen profundamente: la madre que encuentra a su hijo, y el tigre que encuentra a su presa. Javert tuvo este estremecimiento profundo.

Desde el momento en que hubo reconocido positiva mente a Jean Valjean, al temible presidiario, observó que en su persecución no lo acompañaban más que dos personas, y pidió un refuerzo al comisario de policía de la calle de Pontoise.

Antes de empuñar un palo de espino, es preciso ponerse guantes.

Este retraso, y un rato de alto en la encrucijada Rollin para dar instrucciones a sus agentes, amenazaron con hacerlo perder la pista. No obstante, adivinó inmediatamente que Jean Valjean trataría de poner el río entre él y sus perseguidores. Inclinó la cabeza, y reflexionó como un sabueso que olfatea la tierra para descubrir su pista. Javert, con su poderosa rectitud de instinto, se fue derecho al puente de Austerlitz. Con dos palabras que intercambió con el guarda se puso al corriente:

—¿Habéis visto pasar a un hombre con una niña?

—Lo he hecho pagar dos sueldos —respondió el hombre.

Javert entró en el puente en el momento oportuno para ver a Jean Valjean, al otro lado del río, atravesando con Cosette de la mano el espacio iluminado por la luna. Lo vió tomar la calle de Chemin-Vert-Saint-Antoine; se acordó del callejón sin salida de Genrot, dispuesto allí como una trampa, y en la única salida de la calle Droit-Mur sobre la callejuela Picpus. Le cogió las vueltas, como dicen los cazadores, y envió enseguida a uno de sus agentes para que guardase esta salida. Vio una patrulla que volvía al cuerpo de guardia del arsenal, le pidió ayuda, y se hizo escoltar por ella. En este juego, los soldados son triunfos; los soldados sirven para todo. Para cercar al jabalí, es preciso ciencia de montería y muchos perros. Combinando estas disposiciones, teniendo a Jean Valjean cogido entre el callejón Genrot a la derecha, y su agente a la izquierda, y el propio Javert detrás de él, éste tomó polvo de tabaco.

Luego comenzó a gozar. Tuvo un instante de alegría infernal; dejó andar a su hombre delante de él, sabiendo que lo tenía, pero deseando retrasar cuanto fuera posible el momento de detenerlo, feliz por sentirlo preso, y verlo libre, cubriéndolo con la mirada voluptuosa de la araña que deja volar a la mosca, y del gato que deja correr al ratón. La uña y la garra poseen una sensualidad monstruosa; gozan con el movimiento confuso de la bestia aprisionada en su tenaza. ¡Qué placer encierra esta opresión!

Javert gozaba. Las mallas de su red, estaban sólidamente unidas. Estaba seguro de su éxito; ahora no tenía más que cerrar la mano.

Iba de tal modo escoltado, que la misma idea de la resistencia resultaba imposible, por enérgico, vigoroso y desesperado que estuviera Jean Valjean.

Javert avanzó lentamente, sondando y registrando a su paso todos los recodos de la calle como los bolsillos de un ladrón.

Cuando llegó al centro de su tela, no halló a la mosca.

Calcúlese su desesperación.

Preguntó al centinela de las calles Droit-Mur y Picpus; este agente, imperturbable en su lugar de vigilancia, no había visto pasar a nadie.

Sucede a veces que un ciervo se escapa, aun teniendo a la jauría sobre sí, y entonces los cazadores no saben qué decir: Duvivier, Ligniville y Desprez, se quedan parados. En uno de estos casos, exclamó Artonge: «Nò es un ciervo, es un brujo.»

Javert hubiera exclamado de buena gana lo mismo.

Su contrariedad lo llenó por un momento de furor y desesperación.

Es cierto que Napoleón cometió graves errores en la guerra de Rusia, y que Alejandro cometió errores en la guerra de la India; César los cometió en la guerra de África, Ciro en la de Escintia, y que Javert los cometió en esta campaña contra Jean Valjean. Erró tal vez al no reconocer inmediatamente a Jean Valjean, al dudar. La primera mirada hubiera debido bastarle. Erró al no prenderlo pura y simplemente en la casa Gorbeau. Hizo mal en no prenderlo cuando lo reconoció en la calle Pontoise. Hizo mal en ponerse de acuerdo con su agente en la encrucijada Rollin, iluminada por la luna. Los consejos y los indicios son muy útiles, es muy bueno conocer los de los perros de muestra; pero el cazador no tomará nunca demasiadas precauciones cuando ojea animales tan

astutos como el lobo y el presidiario. Javert, empleando demasiado tiempo y cuidando en apostar sus sabuesos, espantó a la fiera, dándole viento de cara y la ahuyentó. Hizo mal sobre todo, cuando habiendo hallado la pista en el puente de Austerlitz, se contentó con seguir un juego serio y pueril, queriendo tener a un hombre semejante sujeto con un hilo. Se creyó que valía mucho más, pensó poder jugar a los ratones con un león. Al mismo tiempo, se estimó demasiado débil, cuando pidió refuerzos. Precaución fatal, pérdida de un tiempo precioso. Javert cometió todos estos errores, y era sin embargo uno de los espías más astutos y prudentes que han existido. Era, hablando con propiedad, lo que en montería se llama un perro viejo. ¿Pero quién es perfecto?

Los grandes estrategas tienen sus eclipses.

Las grandes necedades, se hacen muchas veces con las cuerdas de muchos hilos. Tomad el cable, hilo a hilo, tomad separadamente los motivos determinantes, los romperéis uno tras otro, y diréis: Esto no vale nada. Pero tejed y torced estos mismos hilos y resultará una resistencia enorme: Atila que duda entre Marcio en Oriente y Valentiniano en Occidente; Aníbal, que descansa en Capua; Danton, que se duerme en Arcis-sur-Aube.

Sea como fuere, en el preciso instante en que Javert se dio cuenta de que Jean Valjean se le escapaba, no perdió la cabeza. Estando seguro de que el presidiario escapado no podía hallarse muy lejos, puso vigías, organizó trampas y emboscadas, y dio una batida por el barrio durante toda la noche. Lo primero que vio, fue la cuerda rota del farol, indicio precioso, pero que lo despistó aún más, puesto que le hizo dirigir todas las pesquisas hacia el callejón Genrot. Había en este callejón varias tapias bastante bajas que daban a jardines, cuyas cercas terminaban en inmensos terrenos baldíos. Jean

Valjean habría escapado seguramente por allí. El hecho es que si hubiera penetrado un poco más adelante en el callejón Genrot, lo hubiese hecho probablemente y se hubiera perdido, porque Javert registró aquellos jardines y terrenos, como si hubiera buscado una aguja.

Al despuntar el día, dejó a dos hombres inteligentes en observación, y volvió a la prefectura de policía, avergonzado como un polizonte a quien hubiera prendido un ladrón[1].

1 Parodia del verso de La Fontaine: «Avergonzado como un zorro al que una gallina hubiera prendido.» (*Fábulas, I, 18,* «El zorro y la cigüeña».)

Libro sexto

El Petit-Picpus

I

Callejuela Picpus Nº 62

Nada había más semejante, hace medio siglo, a cualquier puerta cochera, que la puerta cochera del nº 62 de la callejuela Picpus. Esta puerta, habitualmente entreabierta del modo más halagüeño, dejaba ver dos cosas nada fúnebres: un patio rodeado de paredes tapizadas de vides, y la fisonomía de un portero que estaba ocioso. Por encima de la pared del fondo, se descubrían grandes árboles. Cuando un rayo de sol iluminaba el patio, cuando un vaso de vino iluminaba al portero, era difícil pasar por delante del nº 62 de la calle Picpus sin adquirir una idea alegre. Sin embargo, lo que se veía era un lugar sombrío.

El sol sonreía, la casa oraba y lloraba.

Si se conseguía pasar de la portería, lo cual no era nada fácil, y aun puede decirse que era imposible para casi todos, porque había un «sésamo ábrete», que era preciso saber; si, pasada la portería, se entraba a la derecha en un pequeño vestíbulo, al que daba una escalera oprimida entre dos paredes, y tan estrecha que sólo podía

pasar por ella una persona a la vez; si no se dejaba uno asustar por el embadurnamiento amarillo-canario con zócalo chocolate que cubría esta escalera; si se aventuraba uno a subir, se pasaba un primer descansillo, después otro, y se llegaba al primer piso y a un corredor en el que la pintura amarilla y el plinto chocolate, perseguían al que entraba, con pacífico encarnizamiento.

Escalera y corredor estaban alumbrados por dos hermosas ventanas, después de dar algunos pasos se llegaba a una puerta, tanto más misteriosa cuanto que estaba cerrada. Empujándola, se entraba en una pequeña habitación de unos seis pies cuadrados, embaldosada, lavada, limpia, fría, cubierta de papel color de mahón con florecitas verdes, de a quince sueldos la pieza. Una luz blanca y mate penetraba por una gran ventana de vidrios pequeños, que estaba a la izquierda, y tenía toda la anchura del cuarto. Se miraba; no se veía a nadie; se escuchaba; no se oía ni un paso, ni un murmullo humano. La pared estaba desnuda de adornos; el cuarto no estaba amueblado; no había ni una silla.

Mirábase de nuevo, y se descubría en la pared de enfrente de la puerta, un agujero cuadrangular, de un pie cuadrado aproximadamente, cubierto de una reja de hierro de barras cruzadas, negras, nudosas, fuertes, las cuales formaban cuadrados, mejor diremos mallas, de menos de pulgada y media de diagonal. Las florecitas verdes del papel amarillo llegaban en orden a las barras de hierro, sin que el contacto fúnebre las asustase, ni las estremeciese. Suponiendo que un ser viviente hubiese sido tan excesivamente delgado, que hubiese podido intentar entrar o salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo habría impedido. No dejaba pasar el cuerpo; pero dejaba pasar los ojos, es decir, el espíritu. Mas parecía que hasta en esto se había pensado, porque estaba forrado

de una lámina de hojalata introducida en la pared, un poco más adentro, y atravesada por mil agujeritos más pequeños que los de una espumadera. Por debajo de esta lámina, había una abertura muy semejante a la de un buzón de correos. Un cordón de hilo, unido a un torniquete de campanilla, colgaba a la derecha de este agujero enrejado.

Se tiraba de este cordón, sonaba una campanilla, y se oía muy cerca una voz que hacía temblar.

—¿Quién está ahí? —preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz dulce, tan dulce que resultaba lúgubre.

Aquí también era preciso saber una palabra mágica.

Si no se sabía, la voz se callaba, y la pared se quedaba de nuevo silenciosa, como si la oscuridad tenebrosa del sepulcro, estuviese al otro lado.

Si se sabía la palabra, la voz respondía:

—Entrad por la derecha.

Y entonces se descubría a la derecha, frente a la ventana, una puerta vidriera, coronada de un chasis de vidrio y pintado de gris. Se alzaba el picaporte, se pasaba la puerta, y se experimentaba la misma impresión que cuando se entra en un palco cerrado con celosía, antes de que ésta se haya bajado, y se haya encendido la araña. Entrábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, iluminado apenas por la luz de la puerta vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera toda rota, verdadero palco con su barandilla a regular altura, que tenía una tablita de madera negra.

Este palco, estaba enrejado, pero no con una reja dorada como en la ópera, sino con un monstruoso cruzamiento de barras de hierro, horriblemente enredadas y adheridas a la pared por enormes soldaduras que parecían puños cerrados.

Trascurridos algunos minutos, cuando la mirada empezaba a acostumbrarse a la media luz de aquella habitación, si trataba de atravesar la verja, no podía pasar más allá de seis pulgadas. Allí se encontraba una barrera de postigos negros, asegurados y reforzados por traviesas de madera pintadas de amarillo.

Estos postigos estaban divididos a trechos en largas planchas delgadas y ocultaban toda la verja. Siempre estaban cerrados.

Al cabo de unos instantes, se oía una voz que llamaba por detrás de los postigos, y que decía:

—Aquí estoy. ¿Qué queréis?

Era una voz amada, en ocasiones, una voz adorada. No se veía a nadie. Apenas se oía el rumor de una respiración. Parecía que era una evocación que hablaba a través de la pared de la tumba.

Si el que llegaba reunía ciertas condiciones exigidas, muy raras, se abría la estrecha hoja de un postigo, y la evocación se convertía en una aparición. Detrás de la reja, detrás del postigo, se descubría, tanto como lo permitía el enrejado, una cabeza de la cual sólo se veía la boca y la barbilla; el resto estaba cubierto por un velo negro. Entreveíase una toca negra, y una forma apenas visible, cubierta de un sudario negro. Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba ni os sonreía nunca.

La luz que entraba por detrás, estaba dispuesta de tal modo que el visitante veía blanca aquella aparición, y ella lo veía negro. Esta luz era un símbolo.

Sin embargo, la vista penetraba ávidamente por la abertura hecha en aquel sitio cerrado a todas las miradas. Una vaga penumbra rodeaba aquella figura enlutada. Los ojos escudriñaban aquella penumbra y trataban de separarla de la aparición. Al cabo de poco tiempo se descubría que no se veía nada, porque lo que se veía era

la noche, el vacío, las tinieblas, una bruma de invierno mezclada con el vapor que emanaba de la tumba, una especie de paz horrible, un silencio en el que no se podía oír nada, ni aun los suspiros, una sombra en la que no se distinguía nada, ni aun los fantasmas.

Lo que se veía era el interior de un claustro.

Era el interior de aquella casa triste y severa que se llamaba el convento de las bernardinas de la Adoración Perpetua [1]. Aquel palco era el locutorio. La voz que había hablado primero, era la voz de la tornera, que estaba siempre sentada, inmóvil y silenciosa, al otro lado de la pared, cerca de la abertura cuadrada, protegida por la reja de hierro y por la plancha de mil agujeros como por una doble visera.

La oscuridad era debida a que el locutorio tenía una ventana del lado del mundo, y no tenía ninguna otra del lado del convento. Los ojos profanos no debían ver nada de aquel lugar sagrado.

Pero más allá de aquella sombra, había algo; había una luz; una vida en aquella muerte. Aunque aquel convento era el más resguardado de todos, vamos a tratar de penetrar en él y hacer entrar al lector, y a decirle, sin olvidar la discreción, cosas que los narradores no han visto jamás, y por consiguiente, nadie ha contado.

1 Este convento fue, en principio, el de las benedictinas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, en la calle, Neuve-Sainte-Geneviève (hoy calle Tournefort, No. 16). Pero, Hugo se acuerda también del convento Saint-Michel, entre la calle de Ulm y la calle Saint-Jaques, donde fue pensionista Juliette Drouet. Por fin, está el Picpus, un convento de las damas del Sagrado Corazón y de la Adoración Perpetua. De ahí la invención de una orden por Víctor Hugo, para evitar una confusión.

II

La obediencia de Martín Verga

Este convento, que en 1824 existía desde hacía ya muchos años en la callejuela de Picpus, era una comunidad de bernardinas de la obediencia de Martín Verga.

Estas bernardinas, dependían, por consiguiente, no de Claraval, como los bernardinos, sino del Cister, como los benedictinos. En otros términos, estaban sujetas no a las reglas de san Bernardo, sino a la de san Benito.

Todo el que ha ojeado algunos libros antiguos, sabe que Martín Verga, fundó en 1425 una congregación de bernardas benedictinas[1], que teiían por capital de la orden a Salamanca, y por sucursal a Alcalá.

Esta congregación había echado raíces en todos los países católicos de Europa.

Estos injertos de una orden en otra no tienen nada de extraordinario en la iglesia latina. Para no hablar más que de la orden de san Benito, diremos que a ella pertenecían, sin contar la regla de Martín Verga, cuatro congregaciones: dos en Italia, la de Monte Casino y Santa Justina de Padua; dos en Francia, Cluny y Saint-Maur,

[1] Esta orden es una invención de Víctor Hugo.

y nueve órdenes, Valombrosa, Grammont, los celestinos, los comandulenses, los cartujos, los humillados, los del olivo, los silvestrinos, y por último, los cistercienses; porque el Cister mismo, aunque tronco de otras órdenes, no era más que una rama de san Benito. Cister fue fundado por san Roberto, abad de Molesme en la diócesis de Langres, en 1098. En el 529, el diablo, que se había retirado al desierto de Subiaco (era viejo, ¿se habría hecho ermitaño?), había sido ya arrojado del antiguo templo de Apolo, donde vivía, por san Benito, que tenía entonces diecisiete años.

Después de la regla de las carmelitas, las cuales andaban con los pies descalzos, un áspero cordón de mimbre al cuello, y no se sentaban nunca, la más dura era la de las bernardas benedictinas de Martín Verga. Iban vestidas de negro con una pechera que, según la prescripción expresa de san Benito, llegaba hasta la barbilla. Una túnica de sarga de manga ancha, un gran velo de lana, la pechera que cubría hasta la barbilla, y la toca que bajaba hasta los ojos, cortada en cuadro sobre el pecho, componían su hábito. Todo era negro, excepto la toca, que era blanca. Las novicias llevaban el mismo hábito, pero blanco. Las profesas llevaban un rosario al lado.

Las bernardas benedictinas de Martín Verga practican la adoración perpetua, como las benedictinas llamadas damas del Santo Sacramento, las cuales, al principio de este siglo, tenían en París dos casas, una en el Temple, y otra en la calle Neuve-Sainte-Geneviève. Por lo demás las bernardas benedictinas del Petit-Picpus, de las cuales hablamos, eran una orden absolutamente distinta de la que seguían las damas del Santo Sacramento, que vivían en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, y en el Temple. Había numerosas diferencias en la regla; las había en el hábito. Las bernardas benedictinas del Petit-Picpus, lleva-

ban la pechera negra, y las benedictinas del Santo Sacramento, y de la calle Neuve-Sainte,Geneviève la llevaban blanca y, además, en el pecho, un Santísimo Sacramento de unas tres pulgadas de alto, y de plata sobredorada o de cobre. Las religiosas del Petit-Picpus, no llevaban este Santísimo Sacramento. La adoración perpetua, común a la casa del Petit-Picpus, y a la casa del Temple, permitía, sin embargo, que las dos órdenes fuesen distintas. Solamente había semejanza en esta práctica entre las damas del Sacramento y las bernardas benedictinas de Martín Verga, lo mismo que la había en el estudio y glorificación de todos los misterios relativos a la infancia, a la vida y a la muerte de Jesucristo, y a la Virgen, entre dos órdenes separadas, y aun enemigas en ocasiones: la del oratorio de Italia, establecida en Florencia por Felipe de Neri, y la del oratorio de Francia, fundada en París por Pierre Bérulle. El oratorio de París pretendía la primacía, porque Bérulle era cardenal, y Felipe no era más que santo.

Pero volvamos a la severa regla española de Martín Verga.

Las bernardas benedictinas de esta regla hacen vigilia todo el año, ayunan toda la cuaresma y otros muchos días especiales, se levantan en el primer sueño, desde la una hasta las tres, para leer el breviario y cantar maitines, se acuestan entre sábanas de sarga en todas las estaciones, y sobre paja, no usan baños, ni encienden jamás el fuego, se disciplinan todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan más que en las horas de recreo, que son muy cortas, y llevan camisas de buriel seis meses, desde el 14 de setiembre, que es la exaltación de la santa cruz, hasta la pascua. Estos seis meses, son una gracia; la regla dice que todo el año, pero estas camisas de buriel, insoportables en el calor del estío, pro-

ducen fiebres y espasmos nerviosos, y fue preciso limitar su uso. Aun con estas modificaciones, el 14 de setiembre, cuando las monjas se ponen esta camisa, tienen fiebre durante tres o cuatro días. Obediencia, pobreza, castidad, y perpetuidad en el claustro; éstos son sus votos, cuyo rigor está aumentado por la regla.

La priora es elegida cada tres años por las madres que se llaman vocales, porque tienen voz en el capítulo. Una priora sólo puede ser relegida dos veces, de modo que su mando no puede durar más de nueve años.

No ven nunca al sacerdote celebrante, que permanece oculto por una cortina de nueve pies de alto. En los sermones, cuando el predicador está en el púlpito, bajan el velo cubriéndose el rostro. Han de hablar siempre en voz baja, andar con los ojos bajos y con la cabeza baja. Sólo un hombre puede entrar en el convento: el arzobispo de la diócesis.

Otro puede entrar también, que es el jardinero, pero siempre es un viejo, y con el fin de que esté completamente solo en el jardín, y de que las religiosas puedan evitar su presencia, lleva una campanilla en la rodilla.

Están sometidas a la priora con una sumisión absoluta y pasiva: con la sujeción canónica en toda su abnegación. Viven como a la voz de Cristo, *ut voci Christi,* al gesto, al primer signo, *ad nutum, ad primum signum;* la siguen con alegría, con perseverancia, con una especie de obediencia ciega, *prompte, hilariter, perseveranter et caeca quadam obedientia,* como la lima en la mano del obrero, *quasi limam in manibus fabri,* no pudiendo leer, ni escribir nada sin expresa licencia, *legere vel scribere non addiscerit sine expressa superioris licentia*[1].

[1] Las primeras expresiones latinas están traducidas exactamente, pero la última, que encierra un barbarismo («addiscerit»), significa: «que no aprenda a leer ni a escribir, sin permiso expreso de la superiora».

Todas se turnan en lo que se llama el desagravio. El desagravio es la oración por todos los pecados, por todas las faltas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en la superficie de la tierra. Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la madrugada, o de las cuatro de la madrugada hasta las cuatro de la tarde, la hermana que hace el desagravio, permanece de rodillas sobre la piedra ante el Santísimo Sacramento, con las manos juntas y una cuerda al cuello. Cuando el cansancio se hace insoportable, se prosterna extendida de cara al suelo, con los brazos en cruz. Este es todo su alivio. En esta actitud, ruega por todos los culpables del universo. Esto es tan grande que raya en lo sublime.

Como esta práctica se verifica ante un poste en cuyo extremo superior arde un cirio, se dice indistintamente hacer el desagravio o estar en el poste. Las religiosas, prefieren incluso, por humildad, esta última expresión, que envuelve una idea de suplicio y humillación.

Hacer el desagravio, es una función en la que se absorbe toda el alma. La hermana que la practica, no se volvería nunca aunque cayera un rayo a su espalda.

Además, hay siempre otra monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Esta estación dura una hora, y se relevan como soldados que estén de guardia.

Ésta es la adoración perpetua [1].

Las prioras y las madres, usan siempre nombres de una gravedad particular, recordando por lo general, no a los santos y mártires, sino los momentos de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concep-

1 Sobre los ritos de la adoración perpetua, Hugo ha sido informado por Paul Chenay (v. Edmond. Benoit-Levy, *Los miserables*, de Víctor Hugo, pp. 91-92).

ción, la madre Presentación, la madre Pasión. Sin embargo, no están prohibidos los nombres de santos.

Cuando se las ve, no se ve más que su boca.

Todas tienen los dientes amarillos, porque en el convento nunca ha entrado un cepillo de dientes. Limpiarse los dientes es el último límite de una escala, más allá de la cual no hay más que una cosa: la perdición del alma.

Nunca dicen mío; porque no tienen nada suyo, ni deben tener afecto a nada. Dicen siempre nuestro. Así, nuestro velo, nuestro rosario; y si hablasen de su camisa, dirían, nuestra camisa. Algunas veces se aficionan a cualquier cosilla, a un libro de rezos, a una reliquia, a una medalla bendecida. Cuando se dan cuenta de que empiezan a aficionarse a algo, deben darlo. Recuerdan las palabras de santa Teresa, a la cual decía una gran dama en el momento de entrar en su orden:

—Permitidme, madre mía, que envíe a buscar una *Santa Biblia* que aprecio mucho.

—¡Ah! ¡Apreciáis todavía algo! En este caso, no entréis en nuestra casa.

Les está prohibido encerrarse, y tener un cuarto, o una celda propia. Viven en celdas abiertas. Cuando se encuentran, dice una: «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.» La otra responde: «Por siempre sea.» Igual ceremonia cuando una llama a la puerta de otra. Apenas ha tocado la puerta, cuando por dentro se oye otra voz dulce que dice precipitadamente: «Para siempre sea.» Como todas las prácticas, ésta se convierte en maquinal debido a la costumbre; y una dice a veces: «Por siempre sea», antes de que la otra haya tenido tiempo de decir, lo cual es un poco largo: «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.»

Las monjas de la Visitación dicen al entrar: «Ave María», y la que está dentro, responde: «Gratia plena.» Es su saludo, que está «lleno de gracia», efectivamente.

A cada hora del día da tres golpes adicionales la campana de la iglesia del convento. A esta señal, priora, madres vocales, profesas, conversas, novicias, postulantas, interrumpen lo que dicen, lo que hacen o lo que piensan, y dicen todas a la vez, si son las cinco, por ejemplo: «A las cinco, y a todas horas, bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.» Si son las ocho, dicen: «A las ocho, y a todas horas, bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar», y siempre así, según la hora que sea.

Esta costumbre, cuyo objeto es romper el pensamiento y dirigirlo hacia Dios, existe en muchas comunidades; sólo varía la forma. Así, en la del Niño Jesús, se dice: «A esta hora y a cualquier hora, el amor de Jesús inflame m corazón.»

Las bernardas benedictinas de Martín Verga, que vivían hace cincuenta años en el Petit-Picpus, cantan los oficios salmodiando gravemente canto llano y puro, y en voz alta durante todo el tiempo que dura el acto. Cuando encuentran un asterisco en el misal, hacen una pausa y dicen por lo bajo: «Jesús, María y José.» En el oficio de difuntos cantan en un tono tan bajo, que parece imposible que puedan bajar tanto la voz; de lo cual resulta un efecto sorprendente y trágico.

Las monjas del Petit-Picpus, habían mandado hacer una cripta bajo el altar mayor para sepultura de la comunidad. El gobierno, como ellas decían, no permitía que se enterrasen allí los cuerpos. Salían, pues, del convento cuando morían, lo cual las afligía y consternaba como una infracción.

Pero, en cambio, habían conseguido ser enterradas a una hora especial, y en un rincón especial del antiguo cementerio Vaugirard, el cual ocupaba un terreno que había pertenecido a la comunidad.

Los jueves, asistían, como los domingos, a la misa mayor, vísperas, y a todos los oficios. Observaban escrupulosamente todas las demás fiestas pequeñas, desconocidas de los mundanos, que la iglesia prodigaba antiguamente en Francia, y prodiga aún en España y en Italia. El tiempo que pasaban en la capilla, era interminable. En cuanto al número y duración de sus rezos, no podemos dar mejor idea que citando estas palabras candorosas de una de ellas: «Los rezos de las postulantes son terribles: los de las novicias, lo son más; los de las profesas, son aún más terribles.»

Una vez por semana se reúne el capítulo; preside la priora y asisten las madres vocales. Cada hermana va a su vez a arrodillarse en la piedra, y confiesa en voz alta, en presencia de todas, las faltas y pecados que ha cometido durante la semana. Las madres vocales deliberan después de cada confesión, e imponen también en voz alta la penitencia.

Además de la confesión en voz alta, para la cual se reserva todas las faltas un poco graves, tienen para las faltas veniales lo que se llama la culpa. Hacer la culpa es prosternarse durante la misa boca abajo delante de la priora, hasta que ésta, a quien no llaman nunca más que nuestra madre, avisa a la paciente que puede levantarse, por medio de un golpe en la tabla del sillón. Se hace la culpa por cosas muy pequeñas: por romper un vaso, por rasgar un velo, por retrasarse involuntariamente algunos segundos, al ir a misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc., esto es suficiente motivo para hacer la culpa. La culpa es voluntaria: la culpable (esta palabra

es usada aquí etimológicamente), se juzga y castiga a sí misma. Los días de fiesta y los domingos hay cuatro madres cantoras que salmodian los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres. Un día, una madre cantora, entonó un salmo que empezaba por *Ecce,* y en lugar de *Ecce,* dijo en voz alta estas notas: «do, si, sol»; por esta distracción, sufrió una culpa que duró todo el oficio. Lo que agravó enormemente la culpa, es que el capítulo se había echado a reír.

Cuando una religiosa era llamada al locutorio, aunque fuera la priora, se bajaba el velo de manera que, según hemos dicho, sólo dejaba ver la boca.

Sólo la priora podía hablar con los extraños; los demás no podían ver más que a su familia, y esto raras veces. Si por casualidad quería alguien ver a una monja a quien había conocido o amado en el mundo, tenía que formar casi un expediente. Si era una mujer, podía en algunos casos concederse la autorización: la monja iba al locutorio y hablaba por entre los postigos, que sólo se abrían para una madre o para una hermana. No es necesario decir que este permiso se negaba siempre a los hombres.

Tal era la regla de san Benito, rigorizada por Martín Verga.

Estas monjas no son alegres, rosadas, frescas, como lo son las de otras muchas órdenes. Eran pálidas y graves. Desde 1825 a 1830, tres se volvieron locas.

III

Severidades

Las jóvenes deben ser, al menos durante dos años, postulantas, a veces hasta cuatro; y cuatro años novicias. Es muy raro que pueda pronunciarse el voto definitivo antes de los veintitrés o veinticuatro años. Las bernardas benedictinas de Martín Verga no admiten viudas en su orden.

Las monjas, en sus celdas, se entregan a muchas maceraciones desconocidas, de las cuales jamás deben hablar.

El día en que la novicia profesa, se la viste con sus más hermosas galas, se le adorna la cabeza con blancas rosas, se cepillan y rizan sus cabellos, y después se prosterna; sobre ella se extiende un gran velo negro y se canta el oficio de difuntos. Entonces las religiosas se dividen en dos filas, y pasan unas tras otras, diciendo con acento lastimero: «Nuestra hermana ha muerto.» Y la otra fila responde: «Pero vive en Jesucristo.»

En la época en que trascurre este relato había, anexo al convento, un colegio de niñas nobles, ricas en su mayor parte, entre las cuales se distinguían las señoritas de Sainte-Aulaire y de Bélissen, y una inglesa que llevaba el ilustre nombre de Talbot. Estas jóvenes, educadas por las religiosas entre cuatro paredes, crecían en el horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decía un día: «Ver

el empedrado de la calle me hace temblar de pies a cabeza.» Iban vestidas de azul, con un gorro blanco y un Espíritu Santo, de plata sobredorada o de cobre, fijo sobre el pecho. En ciertos días de gran festividad, y especialmente el día de santa Marta, se les concedía como gracia extraordinaria y suprema felicidad, vestirse de monjas y cumplir las prácticas de san Benito durante todo el día. En los primeros tiempos, las religiosas les prestaban sus vestidos negros; pero después, pareciendo una profanación, fue prohibido por la priora, y sólo se permitió este préstamo a las novicias. Es muy notable que estas representaciones, toleradas sin duda, y favorecidas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para dar a estas niñas alguna prueba anticipada del santo hábito, fuesen un placer real y una diversión para las pensionistas. Simplemente se divertían. Era una cosa nueva, una variación. Cándidas razones de la infancia que no puede hacer comprender a los mundanos el placer de tener en la mano un hisopo, y estar de pie horas enteras, cantando a coro ante un facistol.

Las alumnas, a excepción de la austeridad, se sometían a todas las prácticas del convento. Hubo alguna joven que, habiendo vuelto al mundo, muchos años después de casada, no había conseguido aún perder la costumbre de decir en voz alta cada vez que llamaban a la puerta: «Por siempre...» Las alumnas, lo mismo que las monjas, sólo veían a su familia en el locutorio. ¡Ni sus madres podían abrazarlas! Hasta este punto era llevada la severidad. Un día, una joven fue visitada por su madre acompañada de una hermanita de tres años. La niña lloraba porque quería abrazar a su hermana. Imposible. Entonces suplicó que, al menos, le permitieran a la niña pasar la manita por entre los hierros para besársela. Esto fue negado, casi con escándalo.

IV

Alegrías

Sin embargo, estas niñas habían llenado la casa de encantadores recuerdos.

A ciertas horas, la infancia brillaba en aquella clausura. Sonaba la hora del recreo: abríase una puerta, y los pájaros decían: «¡Bueno, ya están aquí las niñas!» Una irrupción de juventud inundaba aquel jardín cortado por una cruz como una mortaja. Rostros radiantes, frentes blancas, ojos ingenuos llenos de alegre luz, auroras de toda especie, esparcíase por aquellas tinieblas. Después de los rezos, de las campanas, de los toques, de los clamores, de los oficios, estallaba de repente el ruido que hacían las niñas, ruido más dulce que el de las abejas. Abríase la colmena de la alegría, y cada una llevaba su miel. Jugaban, se llamaban, se agrupaban, corrían; bonitos dientes blancos, charlaban en los rincones; los velos, desde lejos, vigilaban las risas, las sombras vigilaban los rayos, pero ¡qué importaba! Brillaban y reían. Aquellas cuatro lúgubres tapias tenían su minuto de alegría; y asistían, vagamente iluminadas por el reflejo de tanto placer, a este susurro de enjambre. Era aquello como

una lluvia de rosas en medio del luto. Las niñas alborotaban bajo la vista de las religiosas; la mirada de la impecabilidad no incomodaba a la inocencia. Gracias a estas niñas, entre tantas horas de austeridad, había también la hora del desahogo. Las pequeñas saltaban y las mayores bailaban. En aquel claustro, el juego estaba mezclado con el cielo; y no había nada más tierno ni más sublime que aquellas almas inocentes divirtiéndose. Homero hubiera reído allí con Perrault; había en aquel negro jardín juventud, salud, ruido, gritos, aturdimiento, placer, felicidad suficiente para desarrugar la frente de todas las abuelas, tanto de la epopeya como del cuento, tanto del trono como de la cabaña, desde Hécuba hasta la madre de Grand.

En esta casa se han oído, más que en ninguna otra parte quizá, esas ocurrencias infantiles que tienen tanta gracia, y que hacen reír con tanta meditación. Entre aquellas cuatro fúnebres paredes decía una niña de cinco años en una ocasión:

—¡Madre! acaba de decirme una mayor que sólo tengo que quedarme aquí nueve años y diez meses. ¡Qué alegría!

Allí también se oyó este diálogo memorable:

—¿Por qué lloras, hija mía? —pregunta una madre vocal.

—He dicho a Alix que sabía la historia de Francia, y me ha dicho que no la sabía, y la sé —contesta la niña (de seis años).

—No. No la sabe —afirma Alix (de nueve años).

—¿Cómo es esto, hija mía? —inquiere la madre.

Alix aclara:

—Me ha dicho que abriera el libro al azar, que le hiciera una pregunta de ésta página, y que me respondería.

—¿Y qué?

—No me ha contestado.

—Veamos: ¿Qué le has preguntado?

—He abierto el libro al azar, como ella decía, y le he hecho la primera pregunta que he encontrado.

—¿Y cuál era esta pregunta?

—Esta: «¿Y entonces, qué sucedió?»

En otra ocasión se hizo allí esta observación profunda sobre una cotorra un poco golosa que pertenecía a una dama pensionista:

«¡Es muy hermosa! ¡Come la mantequilla con las tostadas como una persona!»

En una de las losas de aquel convento se oyó esta confesión, escrita de antemano para no olvidarla, por una pecadora de siete años:

»Padre, me acuso de haber sido avariciosa.

»Padre, me acuso de haber sido adúltera.

»Padre, me acuso de haber mirado a los hombres.»

En uno de los bancos de césped de aquel jardín, improvisó una boca de rosa de seis años, este cuento escuchado por ojos azules de cuatro y cinco años:

«Había tres pollitos que vivían en un país donde había muchas flores; cogieron las flores y se las metieron en el bolsillo. Y después cogieron las hojas y las pusieron en sus juguetes. Había un lobo en aquel país, y muchos bosques; y el lobo estaba en el bosque; y se comió a los pollitos.»

Y este otro poema:

«Sucedió que Polichinela, dio un palo al gato.
Y no le hizo, sino mal.
Entonces, una señora, puso a Polichinela en la cárcel.»

Allí dijo también una niña abandonada, recogida por el convento y educada por caridad, esta frase tierna y dolorosa. Oía hablar a las demás de sus madres, y decía en un rincón:

«¡Mi madre no estaba allí, cuando yo nací!»

Había una tornera muy gruesa, que andaba siempre precipitada por los corredores con su manojo de llaves, y se llamaba sor Agata. Las niñas mayores, por encima de los diez años, la llamaban Agatoclès.

El refectorio era una sala grande, oblonga, rectangular, que sólo recibía la luz por un claustro de archivoltes al nivel del jardín; era oscuro y húmedo, y como decían las niñas: «estaba lleno de animales». Todos los sitios contiguos le suministraban su contingente de insectos; y cada uno de los cuatro ángulos había recibido, en el lenguaje de las educandas, un nombre particular y expresivo. Había el rincón de las arañas, el rincón de las orugas, el rincón de las cucarachas, el rincón de los grillos. El rincón de los grillos estaba cerca de la cocina, y era el más buscado, porque allí hacía menos frío que en los demás. Del refectorio habían pasado los nombres al colegio, y servían para distinguir, como en el antiguo colegio de Mazarino, cuatro naciones. Cada educanda era una de estas cuatro naciones, según el rincón del refectorio en el que se sentaba para comer. Un día, el señor arzobispo, haciendo la visita pastoral, vio entrar en la clase por donde pasaba, una niña muy encarnada con hermosos cabellos rubios, y preguntó a una educanda, morena encantadora, de frescas mejillas que estaba a su lado:

—¿Quién es ésta?

—Es una araña, monseñor.

—¡Bah! ¿Y ésta?

—Es un grillo.

—¿Y aquélla?

—Es una oruga.

—¿De verdad? ¿Y vos?

—Yo soy una cucaracha, monseñor.

Cada casa, tiene este género de particularidades.

A principios de este siglo, Écouen [1] era uno de estos lugares graciosos y severos en que se desarrolla, en una sombra casi augusta, la infancia de las niñas. En Écouen, para tomar puesto en la procesión del Corpus, se establecían distinciones entre las vírgenes y las floristas. Había también «palios» e «incensarios»; aquéllas llevaban las cintas del palio, y éstas incensaban el Santísimo Sacramento. Las flores correspondían de derecho a las floristas. Delante iban «cuatro vírgenes». En este día tan festivo, por la mañana, no era raro oír preguntar en el dormitorio:

—¿Quién es la virgen?

La señora Campan, cita esta ocurrencia de una «pequeña» de siete años, a una «mayor» de dieciséis que iba a la cabeza de la procesión, mientras que ella quedaba a la cola:

—Tú eres virgen; yo ya no lo soy.

[1] El castillo de Écouen (Seine-et-Oise), donde el imperio había instalado, para las huérfanas de la legión de honor, una casa de educación. La señora Campan fue directora de 1807 a 1814.

V

Distracciones

Encima de la puerta del refectorio estaba escrita en gruesas letras negras, la siguiente oración, que llamaban el «Pater-Noster blanco», y tenía la virtud de guiar las almas en vía recta al paraíso:

«Pequeño Padre nuestro blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche, al ir a acostarme, he encontrado tres ángeles en en mi cama echados, uno a los pies y dos a la cabecera, y a la santa virgen María en medio, que me dijo que me acostase, y de nada me cuidase. El buen Dios, es mi padre; la santa virgen, mi madre; los tres apóstoles, mis hermanos, y las tres vírgenes, mis hermanas. La camisa en que Dios nació, este mi cuerpo, envolvió; la cruz de santa Margarita en mi pecho tengo escrita. La santa señora virgen por los campos se ha marchado, llorando su hijo querido, y al señor san Juan ha hallado. —Señor san Juan, ¿de dónde venís? —Vengo de Ave Salus. —¿Habéis visto

si está Dios? —Está en el árbol de la cruz, pendientes tiene los pies, clavadas tiene las manos y una corona de espinas su cabeza ha ensangrentado. Quien rezare esta oración tres veces por la mañana y otras tantas por la noche, ganará el cielo a la postre.»

En 1827, esta oración característica, había desaparecido de la pared bajo una triple capa de pintura amarilla; y acaba de borrarse en este momento de la memoria de algunas jóvenes de entonces, ya viejas hoy.

Un gran crucifijo colgado de la pared, completaba la decoración de este refectorio, cuya única puerta, según creemos haber dicho, daba al jardín. Dos mesas estrechas, con dos bancos a lo largo de cada una, formaban dos largas líneas paralelas de un lado a otro del refectorio. Las paredes, eran blancas, las mesas eran negras; estos dos colores de luto, son el único adorno de los conventos. Las comidas eran frugales y la alimentación de las mismas niñas era austera. Un único plato de carne y legumbres mezcladas, o de pescado salado, era todo el lujo. Este plato ordinario, reservado solamente a las pensionistas, era, sin embargo, una excepción. Las niñas comían y callaban bajo la mirada de la madre que estaba de semana, la cual, de vez en cuando abría y cerraba ruidosamente un libro de madera cuando alguna mosca trataba de volar o de zumbar contra la regla. El silencio, era sazonado con algún trozo de la vida de los santos, leído en voz alta desde una cátedra con atril, situada debajo del crucifijo. La lectora era una de las educandas de más edad, y le duraba el cargo una semana. En la mesa, había de trecho en trecho, jofainas barnizadas, en las que las educandas lavaban por sí mismas el vaso y el cubierto, y arrojaban algunas veces los desperdicios de carne dura o de pescado podrido; esto merecía un castigo. Estas jofainas se llamaban los círculos de agua.

La niña que rompía un silencio, «hacía una cruz con la lengua». ¿Dónde? En el suelo. Lamía la tierra. El polvo, fin de todas las alegrías, se encargaba de castigar a estas pobres hojas de rosa, culpadas del murmullo.

Había en el convento un libro, del cual sólo había sido impreso un único ejemplar, y que estaba prohibido leer. Era la regla de san Benito; arcano que no debía penetrar ningún ojo profano. *Nemo regulas, seu constitutiones nostras externis communicabit*[1].

Las alumnas, consiguieron un día coger el libro y se pusieron a leer ávidamente, interumpiendo a menudo la lectura por el temor de ser sorprendidas, lo cual les hacía cerrar el libro precipitadamente. Pero de todo este gran miedo, no sacaron más que un placer mediocre. «Lo más interesante» que encontraron, fueron algunas páginas ininteligibles acerca de los pecados de las jóvenes.

Las niñas, jugaban en una avenida del jardín, bordeada de algunos raquíticos árboles frutales. A pesar de la vigilancia extrema, y la severidad de los castigos, cuando el viento había sacudido los árboles, algunas veces conseguían recoger furtivamente una manzana verde, o un albaricoque macado, o una pera con gusanos. Ahora dejaré hablar a una carta que tengo ante mis ojos, carta escrita hace veinticinco años por una antigua pensionista, hoy la duquesa de X, una de las mujeres más elegantes de París. La cito textualmente:

«Se oculta la pera o la manzana, como se puede. Cuando subimos a dejar el velo sobre la cama, y a esperar la hora de cenar, la que la ha cogido la esconde debajo de la almohada, y por la noche la come en la cama, y cuando ni esto es posible, en el excusado.»

1 «Nadie comunicará nuestras reglas o nuestras constituciones a extraños.»

Éste era uno de los placeres más grandes.

Una vez, estando de visita el señor arzobispo, una de las educandas, la señorita Bouchard, que tenía algunas relaciones de parentesco con los Montmorency, apostó a que le pediría un día de asueto; petición extraordinaria en una comunidad tan austera. La apuesta fue aceptada, pero ninguna de las que habían apostado lo creía. En el instante preciso, cuando pasaba el obispo por delante de las alumnas, la señorita Bouchard, con indescriptible asombro de sus compañeras, salió de la fila y dijo:

—Monseñor, un día de asueto.

La señorita Bouchard era fresca y alta, y tenía la cara de rosa más bonita del mundo.

Monseñor Quélen [1], sonrió y dijo:

—¡Cómo, hija mía, un día de asueto! Tres días, si quieres, te concedo tres días.

La priora nada podía hacer: había hablado el arzobispo. Hubo escándalo en el convento, y gran alegría en el colegio. Júzguese el efecto.

Este claustro tan severo, no estaba, sin embargo, tan cerrado, que la vida de las pasiones del mundo, el drama, la misma novela, no penetrasen en él. Para probarlo, nos limitaremos a consignar aquí, y a indicar brevemente, un hecho real e incontestable, que, por otra parte, nada tiene que ver con la historia que estamos refiriendo. Mencionamos este hecho para completar la fisonomía del convento.

Hacia esta época, había en el convento una persona misteriosa que no era religiosa, que no era monja, y era

[1] Louis de Quèlen, arzobispo de París desde 1821. Anecdota inspirada en los recuerdos de la informadora de Hugo. (*E.I.N.*, II, 605.)

tratada con gran respeto; se llamaba, la señora Albertine. Nadie sabía nada de ella sino que estaba loca, y que pasaba por muerta en el mundo. Sobre aquella historia, había, según se rumoreaba, arreglos de intereses necesarios para un gran casamiento.

Esta mujer, que apenas tenía treinta años, morena, bastante hermosa, miraba vagamente con sus grandes ojos negros. ¿Veía? No se sabía a punto fijo. Se deslizaba, más bien que andaba; no hablaba nunca, y no era seguro que respirase. Su nariz estaba lívida como tras el último suspiro; tocar su mano, era tocar la nieve. Poseía una gracia extraña y sepulcral; donde entraba, se sentía frío. Pasando un día, al lado de una hermana, ésta dijo:

—Pasa por muerta.

—Quizá lo está —respondió la otra.

Sobre la señora Albertine, hacíanse mil suposiciones. Era la eterna curiosidad de las educandas. Había en la capilla, una tribuna que llamaban «El Ojo-de-Buey»; en esta tribuna, que no tenía más que un agujero circular, un ojo de buey, era donde la señora Albertine asistía a los actos del culto. Allí sólo entraba ella, porque estando situada en el primer piso, podía divisarse al predicador y al celebrante, cosa prohibida a las religiosas. Un día, ocupaba la cátedra sagrada un joven sacerdote de elevada alcurnia, el duque de Rohan [1], par de Francia, oficial de los mosqueteros rojos en 1815, cuando era príncipe de León, y cardenal-arzobispo de Besançon des-

1 Louis François-Auguste de Rohan (1788-1833), oficial en las compañías rojas en 1814-15, entró en el seminario en 1819. Fue arzobispo de Besançon, en 1829 y cardenal, en 1830. En 1815, ostentaba, en efecto, el título de príncipe de León, y no fue duque de Rohan hasta 1816, a la muerte de su padre. Sobre sus relaciones con Víctor Hugo (v. G. Venzac, *Los orígenes religiosos*, pp. 526-535).

pués de 1830, cuando murió. Era la primera vez que el duque de Rohan, predicaba en el Petit-Picpus. La señora Albertine asistía ordinariamente a los sermones y a los oficios con perfecta calma y profunda inmovilidad. Aquel día, así que vio al duque de Rohan, se incorporó a medias, y dijo en voz alta en medio del silencio de la capilla: «¡Vaya! ¡Augusto!» Toda la comunidad estupefacta volvió la cabeza, el predicador levantó la vista, pero la señora Albertine había recobrado su inmovilidad. Por aquella figura apagada, helada, había pasado instantáneamente un soplo del mundo exterior, un relámpago de vida; después todo se desvaneció. La loca volvió a convertirse en muerta.

No obstante, estas dos palabras hicieron charlar a todo lo que podía hablar en el convento. Este: «¡Vaya! ¡Augusto!», cuántas revelaciones encerraba. El duque de Rohan, se llamaba efectivamente Augusto. Era evidente que la señora Albertine procedía del gran mundo, puesto que conocía al duque de Rohan; que vivía en el siglo, en alta posición, puesto que hablaba tan familiarmente de tan gran señor, y que tenía con él relaciones de parentesco, quizá, pero muy íntimas seguramente, por cuanto lo llamaba familiarmente por su nombre de pila.

Dos severas duquesas, las señoras de Choiseul y de Sérent, visitaban a menudo la comunidad, donde penetraban, sin duda, en virtud del privilegio *magnates mulieres*[1], y producían gran temor en el colegio. Cuando las dos ancianas damas pasaban, todas las educandas temblaban y bajaban los ojos.

El duque de Rohan, era, por lo demás, sin él saberlo, objeto de la atención de las pensionistas. Acababa de ser nombrado en aquella época, como escala para el

1 «Las grandes damas.»

episcopado, vicario mayor del arzobispado de París[1], y tenía por costumbre ir a cantar los oficios en las funciones de la capilla del Petit-Picpus. Ninguna de las reclusas podía verlo a causa de las cortinas de sarga; pero tenía una voz dulce y un poco delgada que ya conocían y distinguían perfectamente. Había sido mosquetero, se decía que era muy cuidadoso, que iba muy bien peinado, con sus hermosos cabellos castaños formando bucles alrededor de la frente; que tenía un gran cinturón de moaré, y que su negra sotana estaba cortada elegantemente. Todo esto, hacía que acaparara la atención de aquellas imaginaciones de dieciséis años.

Ningún ruido exterior penetraba en el convento. No obstante, en una ocasión, se oyó el ruido de una flauta; acontecimiento del que aún se acuerdan las educandas de aquel tiempo.

Algún vecino tocaba aquella flauta, que siempre repietía al mismo aire, un aire ya hoy olvidado: «Zétulbé mía, ven a reinar sobre mi alma,» y se la oía dos o tres veces durante el día.

Las jóvenes, pasaban horas enteras escuchando, las madres vocales estaban fuera de sí, las imaginaciones trabajaban, llovían los castigos.

Esto duró algunos meses. Las alumnas, estaban todas, unas más, otras menos, enamoradas del músico desconocido; cada una de ellas, se creía Zétulbé. La música procedía del lado de la calle Droit-Mur; las educandas lo hubieran dado todo, lo hubieran comprometido todo e intentado todo, por ver siquiera por un segundo, por entrever, por vislumbrar al «joven» que tocaba tan deliciosamente la flauta, y, sin saberlo, conmovía al mismo

1 Ordenado sacerdote en junio de 1822, el señor de Rohan fue, casi inmediatamente, nombrado vicario general del arzobispado de París.

tiempo todos aquellos corazones. Hubo algunas que se escaparon por una puerta excusada, y subieron al tercer piso de la calle Droit-Mur con el fin de tratar de ver por entre los claros de las celosías. Imposible. Un día una joven llegó hasta el extremo de pasar el brazo por encima de la cabeza a través de la reja, y agitar su pañuelo blanco. Otras dos, fueron aún más atrevidas: encontraron medio de trepar hasta el tejado, se arriesgaron, y consiguieron ver al «joven». Era un viejo emigrado, ciego y arruinado que tocaba la flauta en su buhardilla para consolarse.

VI

El pequeño convento

Había en el recinto del Petit-Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande que habitaban las religiosas, el colegio, en que estaban las educandas, y luego lo que llamaban el convento pequeño. Éste era un departamento con jardín, donde vivían en común todas las religiosas de varias órdenes, restos de los claustros destruidos por las revoluciones; reunión de todos los hábitos negros, grises y blancos, de todas las comunidades y de todas las variedades posibles: era lo que podría llamarse, si se nos permitiera una extraña combinación de palabras, un convento-arlequín.

Desde el tiempo del imperio, se había permitido a todas aquellas pobres y desterradas, acogerse bajo las alas de las bernardas benedictinas. El gobierno les pagaba una pequeña pensión; las religiosas del Petit-Picpus, las habían acogido muy bien. Era una mezcla extraña. Cada una seguía su regla. Algunas veces, se permitía a las alumnas pensionistas, como un recreo, hacerles una visita; y estas jóvenes han guardado entre otros

recuerdos, los de la madre Santa Basilia, y de la madre Santa Escolástica, y de la madre Jacob.

Una de estas refugiadas casi podía decirse que se hallaba como en su casa. Era una religiosa de la orden de santa Aura, la única que sobrevivía de su comunidad[1]. El antiguo convento de las religiosas de santa Aura ocupaba desde principios del siglo XVIII precisamente la misma casa del Petit-Picpus, que después fue a pertenecer a las benedictinas de Martín Verga. Era santa mujer, demasiado pobre para llevar el magnífico hábito de su orden, que era un manto blanco con escapulario escarlata, había vestido con él un maniquí, que enseñaba a todo el mundo con satisfacción, y que legó a la casa cuando murió. En 1824, sólo quedaba una religiosa de esta orden; hoy sólo queda una muñeca.

Además de estas dignas religiosas, había algunas ancianas, que habían obtenido permiso de la priora, como la señora Albertine, para retirarse en el pequeño convento. A este número, pertenecía la señora Beauford de Hautpoul y la marquesa de Dufresne. Había otra que sólo era conocida en el convento por el formidable ruido que hacía al sonarse. Las alumnas la llamada la señora Estrepitini.

Hacia 1820 ó 1821, la señora Genlis[2], que publicaba un periódico llamado *El Intrépido,* pidió permiso para vivir en el convento del Petit-Picpus. El señor duque de Orleáns la recomendó. Esto produjo un gran rumor en la colmena; las madres vocales temblaban; la señora

1 Las religiosas del Santísimo Sacramento de santa Aura, adoratrices del Sagrado Corazón de Jesús.

2 La señora Genlis (1746-1830), había sido institutriz del duque de Orleáns (el futuro Luis-Felipe). Fundó, en 1820, *El Intrépido,* que no alcanzó más que nueve números.

Genlis había escrito novelas[1], pero declaró que era la primera en condenarlas. Además, había llegado a un punto en que la devoción se hace intransigente; y, en fin, con la ayuda de Dios y del príncipe, entró. Se marchó al cabo de seis u ocho meses, dando por razón que el jardín no tenía sombra. Las religiosas se alegraron muchísimo. La señora Genlis, aunque era muy vieja, tocaba el arpa bastante bien.

Al marcharse, dejó un recuerdo en la celda. Era supersticiosa y latina. Estas dos palabras, dan una idea aproximada de ella. Hace algunos años, se veían aún, pegados en el interior de un armarito donde guardaba el dinero y las alhajas, estos cinco versos latinos, escritos por su propia mano en tinta roja sobre papel amarillo; versos que en su opinión tenían la virtud de intimidar a los ladrones:

> Imparibus meritis pendent tria corpora ramis;
> Dismas et Gesmas, media est divina potestas;
> Alta petit Dismas, infelix, infima, Gesmas;
> Nos et res nostras conservet summa potestas;
> Hos versus dicas, ne tu furto tua perdis[2].

[1] Las novelas de la señora De Genlis, muy numerosas, tuvieron un gran éxito, que atestiguan sus múltiples rediciones, y traducciones a varios idiomas.

[2] «De mérito desigual, tres cuerpos son colgados en tres [árboles (cruces)
Dismas y Gesmas, en medio de ellos la divina Providencia;
Al cielo aspira Dismas, al infierno el infortunado Gesmas.
Que la suprema Providencia nos guarde a nosotros y a [nuestros bienes.
Di estos versos, para que un robo no te haga perder tus [bienes.»

Los nombres de los dos ladrones proceden del Acta Pilati, donde se encuentra Desmas o Dismas, Gismas o Gesmas.

Estos versos escritos en latín del siglo VI, promueven la cuestión de si los ladrones del Calvario se llamaban Dimas y Gestas, como comúnmente se cree, o Dismas y Gesmas. Esta ortografía hubiera podido contrariar las pretensiones que tenía en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del ladrón malo. Por lo demás, la virtud benéfica que se atribuye a estos versos es un artículo de fe en la orden de las hospitalarias.

La iglesia de la casa, construida con el fin de separar el convento grande del colegio, era común a este último, al convento grande y al pequeño; y en ella se admitía también al público por una especie de entrada de lazareto que daba a la calle. Pero estaba todo dispuesto de manera que ninguna de las que vivían en el claustro, pudiese ver un rostro de afuera. Figúrese el lector una iglesia, cuyo coro hubiera sido cogido por la mano de un gigante, y doblado de manera que formase, no como en las demás iglesias, una prolongación detrás del altar, sino una especie de sala o caverna oscura a la derecha, delante del celebrante; este espacio estaba cerrado por la cortina de siete pies de altura, de que ya hemos hablado; y allí sumergidas en la sombra de la cortina, en sitiales de madera, las religiosas del coro a la izquierda y las educandas a la derecha, las conversas y las novicias en el centro, asistían al culto divino. Esta caverna, que se llamaba el coro, se comunicaba con el claustro por un pasadizo. La iglesia recibía la luz del jardín. Cuando las religiosas asistían a los oficios en que su regla ordenaba el silencio, el público sólo notaba su presencia por el choque de las tablillas de sus sitiales, que levantaban y bajaban con ruido.

VII

Algunas siluetas de esta sombra

Durante los seis años que separan el 1819 del 1825, la priora del Petit-Picpus, era la señorita Blemeur, que en religión se llamaba madre Inocente. Era de la familia de Margarita de Blemeur, autora de *Vida de los santos de la orden de Saint-Benoît*. Había sido relegida. Era una mujer de unos sesenta años, baja, gruesa «que cantaba como una olla cascada», según dice la carta que hemos citado. Por lo demás, era una mujer excelente, la única persona alegre que había en el convento, por lo cual era adorada por todos.

La madre Inocente se parecía en algo a su ascendiente Margarita, la Dacier de la orden[1]. Era letrada, erudita, sabia, competente, historiadora curiosa, atestada de latín, repleta de griego y llena de hebreo, y más bien benedictino que benedictina.

La vicepriora era una vieja religiosa española casi ciega, la madre Cineres.

[1] La señora Dacier (1651-1720), traductora de *La Ilíada* y de *La Odisea*. En cuanto a la ascendiente de madre Inocente, es la madre de Jacqueline de Blemeur (1618-1696), autora de *El año benedictino* o *Las vidas de los santos de la orden de san Benito* (1667-1773).

Las más notables entre las vocales, eran: la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrudis, primera maestra de novicias; la madre Santo Ángel, segunda maestra; la madre Anunciación, sacristana; la madre San Agustín, enfermera, la única del convento que no era buena; la madre Santa Matilde (señorita Gauvain), muy joven, y que poseía una voz admirable; la madre de los Ángeles (señorita Drouet) [1], que había estado en el convento de las hijas de Dios, y en el del Tesoro, entre Gisors y Magny; la madre San José (señorita Cogolludo) [2], la madre Santa Adelaina (señorita de Auverney) [3], la madre Misericordia (señorita de Cifuentes, que no pudo resistir tanta austeridad); la madre Compasión (señorita de la Miltière, recibida a los sesenta años, a pesar de la regla, muy rica); la madre Providencia (señorita Laudinière); la madre Presentación (señorita de Sigüenza), que fue priora en 1847; y, finalmente, la madre Santa Seligne (la hermana del escultor Ceracchi), que se volvió loca; y la madre Santa Chantal (señorita de Suzon), que también se volvió loca.

Había, además, entre las más bonitas, una encantadora joven de veintitrés años, que era de la isla de Borbón, y descendiente del caballero Roze [4], que se llamó en el

[1] Estos dos nombres evocan la amante de Víctor Hugo: Juliette Gauvain, llamada Drouet.

[2] El general Hugo había recibido del rey José, el título de conde de Cogolludo. Más adelante, Cifuentes y Sigüenza, recuerdan otros títulos españoles del general.

[3] Leopold d'Auverney, personaje de Bug Jargal. La madre de Víctor Hugo había permanecido en Auverney en su juventud.

[4] Nicolás Roger, llamado caballero de Roze, se volcó sobre los pestiferados en la epidemia de Marsella, en 1720, donde Belzunde tuvo la hermosa actitud de todos conocida. La sobrina del caballero Roze, estaba señalada en las notas de la informadora de Víctor Hugo.

mundo señorita Roze, y que en el convento se llamaba madre Asunción.

La madre Santa Matilde, encargada del canto y del coro, empleaba en él a las educandas, ocupando diariamente una gama completa, es decir, siete, de diez años a dieciséis inclusive, voces y cuerpos a propósito, a las que hacía cantar de pie, alineadas en fila por edades, desde la menor a la mayor, lo cual ofrecía un aspecto caprichoso, como una flauta de jóvenes; una especie de flauta de Pan viva, y formada de ángeles.

Las hermanas conversas a las que más querían las educandas, eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, y sor Santa Marta, que era una niña, y sor San Miguel, cuya larga nariz era siempre motivo de risa.

Todas estas mujeres eran amables con las niñas; sólo eran rígidas para consigo mismas. No se encendía lumbre más que en el colegio, y su comida, comparada con la del convento, era muy superior. Además de esto, tenían con las educandas mil cuidados. Sólo cuando una niña pasaba al lado de una monja y le hablaba, la monja no respondía nunca.

Esta regla del silencio, había producido un efecto extraño en el convento; la palabra que se negaba a las criaturas humanas se concedía a los objetos inanimados. Unas veces hablaba la campana de la iglesia, otras la campanilla del jardinero. Un timbre muy sonoro, colocado al lado de la tornera, y que se oía en toda la casa, indicaba con diversos golpes, que era una especie de telégrafo acústico, todos los actos que debían efectuarse, y llamaba al locutorio, si era necesario a tal o cual habitante de la casa. Cada persona y cada cosa tenía su toque particular. La priora uno y uno; la vicepriora, uno y dos; seis y cinco llamaban a clase, de tal manera que las alumnas no decían nunca entrar en clase, sino ir a

seis-cinco. Cuatro-cuatro era el timbre de la señora Genlis; y se oía con mucha frecuencia: «Es el diablo a cuatro», decían las que tenían poca caridad. Diecinueve toques, anunciaban un gran suceso. Era la apertura de la puerta de clausura, enorme puerta de hierro, erizada de cerrojos, que sólo giraba sus goznes ante el arzobispo.

Éste y el jardinero, según hemos dicho, eran los únicos hombres que entraban en el convento. Las educandas veían a otros dos: al capellán, que era el abate Banès, viejo y feo, a quien podían contemplar desde el coro a través de una reja; y el otro el maestro de dibujo, señor Ansiaux, llamado en la carta de la que hemos copiado algunas líneas, señor Anciot, y calificado de horrible viejo jorobado.

Todos los hombres eran, pues, escogidos.

Así era esta curiosa casa.

VIII

Post corda lapides [1]

Después de haber esbozado la figura del convento, no es inútil describir en breves palabras su configuración material; el lector tiene ya una idea de ella.

El convento del Petit-Picpus-Saint-Antoine, ocupaba casi plenamente el vasto trapecio que formaban las intersecciones de las calles Polonceau, Droit-Mur, la pequeña Picpus, y del callejón sin salida que en los antiguos planos se llamaba calle Aumarais. Estas cuatro calles rodeaban este trapecio como si fuesen un foso. El convento se componía de varios edificios y un jardín. El edificio principal, tomado completo, era una justa posición de construcciones híbridas que, vistas a vuelo de pájaro, dibujaban con bastante exactitud una escuadra colocada en el suelo. El brazo mayor de esta escuadra, ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur, comprendida entre la callejuela Picpus y la calle Polonceau; el brazo pequeño, era una fachada alta, gris y severa, con

1 «Después de los corazones, las piedras.»

rejas, que daba frente a la callejuela Picpus; la puerta cochera Nº 62 señalaba su extremo. Hacia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza habían blanqueado una puertecita vieja, cintrada, en la que las arañas trabajaban su tela; y que sólo se abría durante unas horas los domingos, en las raras ocasiones en que salía del convento el ataúd de alguna religiosa; era la entrada pública de la iglesia. El codo de la escuadra, era una sala cuadrada que servía de alacena, y que las monjas llamaban la despensa. En el brazo mayor, estaban las celdas de las madres y las hermanas, así como del noviciado. En el brazo pequeño, las cocinas, el refectorio rodeado del claustro, y la iglesia. Entre la puerta Nº 62 y el extremo del callejón Aumarais, estaba el colegio, que no era visible desde el exterior. El resto del trapecio, formaba el jardín que estaba mucho más abajo del nivel de la calle Polonceau; esto hacía que los muros fuesen mucho más elevados desde el interior que desde el exterior. El jardín, ligeramente convexo, tenía en el centro, encima de un pequeño promontorio, un hermoso abeto agudo y cónico, del cual partían, como de la punta central de un escudo, cuatro grandes avenidas, y dispuestas dos a dos entre las primeras ocho avenidas pequeñas, de tal manera que si el recinto hubiera sido circular, el plano geométrico de las avenidas, hubiera semejado una cruz colocada sobre una rueda. Las avenidas iban todas a terminar en las tapias irregulares del jardín, y, por tanto, su longitud era desigual. Estaban bordeadas de groselleros. Al fondo, una avenida de grandes árboles, iba de las ruinas del viejo convento, que estaba en el ángulo de la calle Droit-Mur, hasta la casa del convento pequeño, que estaba en el ángulo de la callejuela Aumarais. Delante del convento pequeño, se encontraba lo que se llamaba el jardincillo. Añádase

a esto un patio, infinidad de ángulos desiguales que formaban los cuerpos de las habitaciones interiores; paredes de prisión, y por toda perspectiva y vecindad la negra y extensa línea de los tejados que corría al otro lado de la calle Polonceau, y se podrá tener una idea exacta de lo que era hace cuarenta años el convento de bernardas benedictinas del Petit-Picpus. Esta santa casa había sido edificada precisamente en el emplazamiento que ocupaba un juego de pelota célebre desde el siglo XIV al XVI, y llamado el juego de los once mil diablos.

Todas aquellas calles, eran de las más antiguas de París. Estos nombres, Droit-Mur y Aumarais, son muy viejos; las calles que los llevan, son más viejas aún. La callejuela Aumarais se llamó antes la callejuela Maugout; la calle Droit-Mur, la calle de Englantiers, pues Dios abría las flores antes de que el hombre labrase las piedras.

IX

Un siglo bajo una toca

Puesto que estamos dando pormenores de lo que era antiguamente el convento del Petit-Picpus, y hemos tenido el atrevimiento de abrir una ventana a este discreto asilo, que el lector nos permita aún una corta digresión, ajena al fondo de este libro, pero característica y útil, para demostrar que incluso el claustro tiene sus tipos originales.

En este pequeño convento, había una mujer centenaria que procedía de la abadía de Fontevrault [1]. Antes de la revolución, había vivido en el mundo. Hablaba mucho del señor de Miromesnil [2], guardasellos de Luis XVI, y de una tal Duplat, presidente, a quien había conocido mucho. Toda su vanidad, todo su placer, era recordar estos nombres a cada momento. Contaba ma-

[1] Este detalle procede de las notas de la informadora. La abadía de Fontenvrault (Maine-et-Loire), desalojada cuando la revolución, se convirtió en casa central, en 1804.

[2] Armand-Thomas de Miromesnil, guardasellos desde 1774 a 1787.

ravillas de la abadía de Fontevrault, que era como una ciudad, y que tenía calles dentro del monasterio.

Hablaba con un acento pícaro, que encantaba a las educandas. Cada año renovaba solemnemente sus votos, y en el momento de prestar juramento, decía al sacerdote:

—Monseñor, san Francisco le prestó en manos de monseñor san Julián; monseñor san Julián le prestó en manos de monseñor san Eusebio; monseñor san Eusebio en manos de monseñor san Procopio, etcétera, etcétera; así yo le presto en vuestras manos, padre mío.

Y las educandas se reían bajo su velo. Encantadoras y ahogadas risas que hacían fruncir el ceño a las madres vocales.

En otras ocasiones, la centenaria relataba historias. Decía que en su juventud, los bernardos no cedían a los mosqueteros. Era un siglo el que hablaba, pero era el siglo dieciocho. Describía la costumbre de los cuatro vinos en Champaña y Borgoña antes de la revolución. Siempre que pasaba por las ciudades de estas provincias un mariscal de Francia, un príncipe, un duque, o un par, el ayuntamiento lo arengaba y le presentaba cuatro vasijas llenas de cuatro vinos distintos. En la primera se leía esta inscripción: vino de mono; en la segunda, vino de león; en la tercera, vino de carnero; en la cuarta, vino de cerdo. Estas cuatro inscripciones representaban los cuatro grados por los que desciende el borracho: el primero, alegra; el segundo, irrita; el tercero, entorpece; el cuarto, embrutece.

Tenía en un armario cerrado con llave, un objeto misterioso al que profesaba mucho afecto. La regla de Fontevrault no se lo prohibía. No quería mostrar este objeto a nadie. Se encerraba, lo que su regla lo permi-

tía, y se escondía cada vez que quería contemplarlo. Si oía pasos en el corredor, cerraba el armario tan precipitadamente como podía con sus viejas manos. Cuando le hablaban de ello, se callaba, ella que era tan habladora. Las más curiosas se vieron chasqueadas ante este silencio, y las más tenaces ante su obstinación. Era, pues, este objeto, motivo de comentarios para toda la clase que estaba desocupada o aburrida en el convento. ¿Qué podía ser este objeto tan precioso y tan secreto que constituía el tesoro de la centenaria? ¿Sin duda algún libro santo? ¿Algún rosario único? ¿Alguna reliquia probada? Todas se perdían en suposiciones.

A la muerte de la pobre anciana, corrieron todas al armario más de prisa tal vez de lo que convenía, y lo abrieron. Encontraron el objeto envuelto en un triple lienzo, como una patena bendita. Era un plato de porcelana, cuyas figuras representaban unos amorcillos que huían perseguidos por unos mancebos armados de enormes jeringas. La persecución, abundaba en gestos y en cómicas posturas. Uno de los amorcillos, estaba ya calado. Lucha, grita, agita sus alas y trata de volar, pero el matasanos, se ríe con una risa satánica. Moraleja: «El amor vencido por el cólico.» Este plato, muy curioso por lo demás, y que tiene quizá el mérito de haber dado una idea a Molière, existía aún en setiembre de 1845; estaba en venta en casa de un comerciante del bulevard Beaumarchais.

Esta buena vieja no quería recibir ninguna visita de fuera del convento, porque, decía: «el locutorio es muy triste».

X

Origen de la adoración perpetua

Por lo demás, el locutorio casi sepulcral de que acabamos de hablar, es un hecho local que no se reproduce con la misma severidad en otros conventos. En el convento de la calle Temple, que era de otra orden, es verdad, los postigos negros, estaban remplazados por cortinas oscuras, y el mismo locutorio era un salón bien entablado, cuyas ventanas tenían cortinillas de muselina blanca, y cuyas paredes admitían toda clase de cuadros; un retrato de un benedictino con el rostro descubierto, floreros pintados, y hasta una cabeza de turco.

En el jardín del convento de la calle Temple, estaba aquel castaño de indias que pasaba por el más hermoso y más grande de Francia, y que tenía fama entre el pueblo ingenuo del siglo XVIII, de ser el padre de todos los castaños del reino.

Ya hemos dicho que el convento del Temple estaba ocupado por benedictinas de la Adoración Perpetua, distintas de las que dependían del Cister. Esta orden de la Adoración Perpetua, no es muy antigua, y se remonta sólo a unos doscientos años. En 1649, el santísimo sa-

cramento fue profanado dos veces, a pocos días de distancia, en dos iglesias de París, en San Sulpicio, y en San Juan, en Grève, sacrilegio horrible y grave que conmovió a toda la ciudad. El señor prior, vicario mayor de Saint-Germain-des-Prés, ordenó una procesión solemne de todo su clero, en el cual ofició el nuncio del papa Pero la expiación no bastó a dos dignas damas, la señora Courtin, marquesa de Boucs, y la condesa de Châteauvieux. Este ultraje, hecho al «muy augusto sacramento del altar», aunque pasajero, no se borraba del alma de aquellas dos santas mujeres, y les pareció que no podía ser reparado de otro modo que por una «adoración perpetua» en algún monasterio de monjas. Ambas, una en 1652, y otra en 1653, hicieron donación de elevadas sumas a la madre Catalina de Bar [1], llamada del Santísimo Sacramento, religiosa benedictina, para fundar, con este objeto piadoso, un monasterio de la orden de San Benito. El primer permiso para esta fundación, fue dado a la madre Catalina de Bar, por el señor de Metz, abad de Saint-Germain, «a condición de que no pudiese ser recibida ninguna joven que no llevase trescientos francos de renta, que hacen seis mil francos de capital». Después del abad, el rey concedió reales cédulas; y todo reunido, las licencias reales y las abaciales, se registró en 1654 en la cámara de cuentas y en el parlamento.

Tal es el origen y la consagración legal del establecimiento de las benedictinas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento en París. Su primer convento, fue «edificado de nuevo» en la calle Cassette, con las donaciones de las señoras de Boucs y Chateauvieux.

[1] Catherine de Bar, en religión, madre Mechtilde del Santísimo Sacramento. Véase sobre ella y sobre la liturgia de la adoración reparadora, el capítulo de Bremond (*Historia literaria del sentimiento religioso*, t. IX, pp. 207-224).

Esta regla, pues era distinta de las que seguían las benedictinas llamadas del Cister, y dependía del abad de Saint-Germain-des-Prés, del mismo modo que las monjas del Sagrado Corazón, dependen del general de los jesuitas, y las hermanas de la caridad del general de los lazaristas.

Era también completamente distinta de la orden de las bernardinas del Petit-Picpus, cuyo interior acabamos de describir. En 1657, el papa Alejandro VII autorizó por breve especial a las bernardinas del Petit-Picpus, a practicar la adoración perpetua, como las benedictinas del Santo Sacramento. Pero no por ello las dos órdenes habían dejado de ser distintas.

XI

Fin del Petit-Picpus

Desde el principio de la restauración, el convento del Petit-Picpus estaba agonizando, como parte de la muerte general de la orden, la cual, a partir del siglo XVIII, fue desapareciendo como todas las demás. La contemplación es, lo mismo que la oración, una necesidad humana; pero se trasformará como todo lo que ha tocado la revolución, y se convertirá de hostil al progreso, en favorable.

La casa del Petit-Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840, el pequeño convento había desaparecido, el pensionado también. Ya no quedaban ni viejas ni jóvenes; las primeras habían muerto, y las otras se habían marchado. *Volaverunt*[1].

La regla de la adoración perpetua es de una rigidez tal, que aterra; las vocaciones retroceden, la orden no encuentra novicias. En 1845, había aún esparcidas algunas religiosas conversas; de coro, ninguna. Hace más de

[1] «Habían volado.»

cuarenta años, las religiosas eran cerca de cien; hace veinte años no eran más que veintiocho. ¿Cuántas son hoy? En 1847, la priora era joven, señal de que el círculo de elección iba restringiéndose. Aún no tenía cuarenta años. A medida que disminuye el número de profesas, se aumenta el trabajo; el servicio de cada uno se hace más penoso; se esperaba desde entonces el momento en que no serían más que una docena de hombros doloridos y encorvados para llevar todo el peso de la regla de san Benito. La carga es implacable, y es la misma para pocas que para muchas. Su peso aplasta; las monjas mueren. Viviendo el autor de este libro en París, murieron dos. Una tenía veinticinco años, la otra veintitrés. Esta puede decir como Julia Alpinula: *Hic jaceo, vixi annos viginti et tres*[1] A causa de esta decadencia, el convento renunció a la educación de las jóvenes.

No hemos podido pasar ante esta casa extraordinaria, desconocida, oscura, sin entrar en ella y sin hacer entrar a los espíritus que nos acompañan y escuchan nuestro relato, para utilidad de algunos, quizá de la melancólica historia de Jean Valjean. Hemos echado una mirada a esta comunidad tan llena de estas viejas prácticas que parecen tan nuevas hoy. Es el jardín cerrado. *Hortus conclusus*[2]. Hemos hablado de este lugar singular, con detalle, pero con respeto, al menos hasta el punto en que el detalle y el respeto son conciliables. No

1 «Aquí yazgo, he vivido veintitrés años.» Fragmento de una «inscripción encontrada entre los escombros de Aventicum, antigua capital de Helvetia», y recogida por Víctor Hugo en su «Montón de piedras» (*E.I.N.*, p. 497). Julia Alpinula era la hija de «Julius Alpinus, muerto por orden de Coecina». Su inscripción funeraria había sorprendido ya a Byron.

2 «Jardín cerrado», como acaba de escribirlo Víctor Hugo. La expresión está tomada del *Cantar de los cantares*. IV, 12: «Jardín cerrado eres, mi hermana, esposa mía.»

lo comprendemos todo, pero no insultamos a nada. Estamos a igual distancia del hosanna de Joseph de Maistre, que llega hasta la consagración del verdugo, y de la burla de Voltaire, que llega hasta el escarnecimiento del crucifijo.

Falta de lógica de Voltaire, digámoslo de paso; pues Voltaire hubiera defendido a Jesús como defendió a Calas. ¿Qué representa el crucifijo, aún para los mismos que niegan la encarnación sobrehumana? El sabio asesinado.

En el siglo diecinueve, la idea religiosa ha sufrido una crisis. Se olvidan muchas cosas, y bien hecho está con tal de que al olvidarlas se aprendan otras nuevas. El corazón humano repugna el vacío. Es bueno hacer algunas demoliciones, pero a condición de que sigan nuevas construcciones.

Mientras tanto, estudiemos las cosas que ya no existen. Es necesario conocerlas, aunque no sea más que para evitarlas. Las falsificaciones de lo pasado, toman falsos nombres, y se conceden a sí mismas el del porvenir; lo pasado es un viajero que puede falsificar el pasaporte; estemos prevenidos, desconfiemos. El pasado tiene un rostro: la superstición, y una máscara: la hipocresía. Denunciemos al rostro, y arranquemos la máscara.

En cuanto a los conventos, ofrecen una cuestión compleja. Cuestión de civilización, que los condena; cuestión de libertad, que los protege.

Libro sétimo

Paréntesis[1]

1 Como hace notar J. B. Barrère (*Hugo, el hombre y la obra*, p. 82) Hugo, que había ya estudiado los recuerdos de J. Drouet, para su descripción del convento, había reflexionado más tarde sobre la vocación contemplativa por su entrada en el Carmelo, de su prima Marie, que había tomado el hábito en 1858. De ahí su encarnizamiento para prohibir el libro *Paréntesis*, contra el editor Lacroix. El convento no es, para Víctor Hugo, únicamente una «idea abstracta»; es una realidad presente, viva en su propia familia.

I

El convento como idea abstracta

Este libro es un drama, cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

En este supuesto, habiendo encontrado un convento en nuestro camino, hemos debido penetrar en él. ¿Por qué? Porque el convento, tan propio del oriente como del occidente; de la antigüedad como de la época moderna; del paganismo, del budismo, del mahometismo como del cristianismo, es uno de los aparatos de óptica que el hombre dirige al infinito.

No es éste el lugar oportuno para desarrollar extensamente ciertas ideas; sin embargo, aun conservando nuestra reserva, nuestras restricciones, y hasta nuestra indignación, diremos, porque debemos decirlo, que siempre que encontramos en el hombre el infinito, bien o mal comprendido, nos sentimos poseídos del respeto. Hay en la sinagoga y en la mezquita, en la pagoda y el wigwam, un lado horrible que execramos, y un lado sublime que adoramos. ¡Qué contemplación para el espíritu! ¡Qué meditación sin fin! El reflejo de Dios sobre la pared humana [1].

1 El wigwam no es un santuario, como la sinagoga o la pagoda; la palabra define simplemente la habitación, tienda o cabaña de los indios de América del Norte.

II

El convento, como hecho histórico

Desde el punto de vista de la historia, de la razón y de la verdad, el monaquismo está condenado.

Los monasterios, cuando abundan en una nación, son trabas para la circulación, establecimientos obstruyentes, centros de pereza, puestos allí donde debería haber puestos de trabajo. Las comunidades monásticas son a la gran comunidad social, lo que el muérdago a la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y su apogeo, significan el empobrecimiento del país. El régimen monástico, bueno en los principios de la civilización, útil en la obra de dominación de la brutalidad por medio de lo espiritual, es malo para la virilidad de los pueblos. Además, cuando se gasta y entra en el período de desarreglo, como que continúa dando el ejemplo, es malo por las mismas razones que lo hacen saludable en su período de pureza.

Los claustros han concluido su misión. Útiles para la primera educación de la civilización moderna, han sido un obstáculo para su crecimiento, y son perjudiciales

para su desarrollo. Como institución, como modo de formación para el hombre, los monasterios, buenos en el siglo x, de discutible utilidad en el siglo xv, son detestables en el xix. La lepra monacal, ha carcomido, casi hasta el esqueleto, a dos grandes naciones, Italia y España, luz una y esplendor la otra de Europa durante siglos, y en la época que nos hallamos, estos dos ilustres pueblos empiezan a curarse, gracias sólo a la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, especialmente el antiguo convento de monjas, como existía aún a principios de siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías realizaciones de la edad media. El claustro, ese claustro, es el punto de intersección de los terrores. El claustro católico puramente dicho, está lleno del sombrío esplendor de la muerte[1].

El convento español es más fúnebre que todos los demás. Allí se elevan en la oscuridad, bajo bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas a fuerza de sombra, de macizos altares babélicos, altos como catedrales; allí penden, de cadenas en medio de las tinieblas, inmensos crucifijos blancos; allí se destacan desnudos sobre el ébano, grandes Cristos de marfil; sangrientos más que ensangrentados, sombríos y magníficos, con los codos mostrando los huesos, y las rótulas mostrando los tegumentos; la carne por las llagas, coronados de espinas de plata, clavados con clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente, y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar, abajo, en la sombra, a seres cubiertos con un velo, que tienen el cuerpo martirizado por el cilicio y por la disciplina de alambre, el pecho desollado por los zar-

1 En lo que dice la boca de sombra: «Un terrible sol negro, de donde irradia la noche.»

zos, y las rodillas desolladas con la oración; a mujeres que se creen esposas, a espectros que se creen serafines. ¿Piensan acaso estas mujeres? No. ¿Quieren? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No. Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han convertido en piedras. Su velo está tejido de la noche. Su aliento, bajo el velo, parece una trágica respiración de la muerte. La abadesa, una larva, las santifica y aterroriza. La inmaculada está allí, salvaje. Tales son los viejos monasterios de España. Guaridas de la devoción terrible, antros de vírgenes, lugares feroces.

La España católica era más romana que la misma Roma. El convento español era el convento católico por excelencia. El arzobispo, kislar-aga del cielo, encerraba y espiaba este serrallo de almas destinado a Dios. La monja era la odalisca [1], el sacerdote era el eunuco. Las fervientes eran escogidas en sueños, y poseían a Cristo. Por la noche, el hermoso joven desnudo bajaba de la cruz, y se convertía en el éxtasis de la celda. Elevadas murallas guardaban de toda distracción viviente a la sultana mística que tenía el crucifijo por sultán. Una mirada al exterior, era una infidelidad. El in-pace, remplazaba al saco de cuero. Lo que en oriente arrojaban al mar, en occidente lo arrojaban a tierra. De los dos lados, las mujeres se retorcían los brazos; las olas para unas, la fosa para otras; aquí las ahogadas, ahí las enterradas. Paralelismo monstruoso.

Hoy los defensores de lo pasado, no pudiendo negar estas cosas, han tomado el partido de sonreír ante ello.

[1] Kislar-aga o kizlar-aga: jefe de los eunucos del serrallo, en Constantinopla. Odalisca: Hugo, como muchos escritores, emplea impropiamente esta palabra en el sentido de mujer perteneciente al harén de un sultán. En realidad, la odalisca era una doncella.

Se ha puesto de moda un medio cómodo y extraño de suprimir las revelaciones de la historia, de debilitar los comentarios de la filosofía, de borrar todos los hechos desfavorables y todas las cuestiones sombrías. Materia de declamaciones, dicen los hábiles; declamaciones, repiten los necios. Jean-Jacques Rousseau, declamador; Diderot, declamador; Voltaire tratándose de Calas, Labarre y Sirven, declamador. No sé quién ha descubierto últimamente que Tácito era un declamador, que Nerón era una víctima, y que, decididamente era preciso apiadarse de «ese pobre Holofernes».

Los hechos, no obstante, lo desconciertan todo, y son muy obstinados. El autor de este libro ha visto con sus propios ojos, a ocho leguas de Bruselas, un recuerdo de la edad media, que todo el mundo tiene a mano en la abadía de Villers[1]: el agujero de una sima, en medio del prado que fue patio del convento, y al borde del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo tierra, y mitad bajo agua. Eran los in-pace. Cada uno de estos calabozos tiene aún rastros de una puerta de hierro, una letrina y un tragaluz enrejado que por fuera, está a dos pies sobre el río, y por dentro a seis pies bajo el suelo. Cuatro pies de agua corren exteriormente por la pared. El suelo está siempre mojado. El que vivía en el in-pace, tenía por lecho este suelo. En uno de los calabozos, hay un pedazo de argolla colgado al muro; en otro se ve una especie de caja cuadrada hecha de cuatro losas de granito, demasiado corta para echarse, y demasiada baja para estar sentado. Allí se metía a un ser humano, con una

1 La abadía de Viller-la-Ville, a cuarenta y cuatro kilómetros al sur de Bruselas, monasterio cisterciense, fundado en 1147 por san Bernardo, no a orillas del Dyle, como escribe Victor Hugo, sino junto a uno de sus afluentes.

losa encima. Así eran, aún se ven, aún se tocan. Estos in-pace, estos calabozos, estos goznes de hierro, estas argollas, este alto tragaluz a cuyo nivel corre el río, esta caja de piedra cerrada con una tapa de granito como una tumba, con la diferencia de que el muerto era un vivo, este suelo de fango, este agujero de letrina, estas tapias que rezuman, ¡qué declamadores!

III

Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado

El monaquismo tal como existía en España, y tal como existe en el Tibet, es una especie de tisis para la civilización; detiene la vida. Despuebla, simplemente. Claustración, es lo mismo que castración. Ha sido el azote de Europa. A este mal, añádase la influencia ejercida frecuentemente sobre la conciencia, las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en el claustro, el mayorazgo, encerrado en el claustro, el exceso de familia, las ferocidades de las que acabamos de hablar, los in-pace, las bocas cerradas, los cerebros tapiados, y tantas desgraciadas inteligencias encerradas en la tumba de los votos eternos, y sometidas a la toma de hábito, entierro de las almas vivas. Sumad los suplicios individuales con la degradación nacional, y temblaréis, cualesquiera que sean vuestras ideas, ante la capucha y el velo, dos sudarios de invención humana.

Y sin embargo, en algunos puntos, y en ciertos lugares, a despecho de la filosofía y del progreso, persiste el espí-

ritu del claustro en mitad del siglo XIX, y asombra al mundo civilizado una extraña recrudescencia ascética. La terquedad que manifiestan en perpetuarse las instituciones envejecidas, se parece a la obstinación del perfume rancio, que quisiera embalsamar nuestros cabellos; a la pretensión del pescado podrido que quisiera ocupar un buen lugar en la mesa; a la insistencia de las mantillas del niño, que quisieran vestir al hombre, y a la ternura de los cadáveres que volvieran para abrazar a los vivos.

«¡Ingratos! —dicen las mantillas—; os he protegido contra el mal tiempo. ¿Por qué no os servís de nosotras?» «Vengo del mar», dice el pescado. «He sido una rosa», dice el perfume. «Os he amado», dice el cadáver. «Os he civilizado», dice el convento.

A todo esto no hay más que una respuesta: En otros tiempos.

Pensar en la prolongación indefinida de las cosas difuntas, y en el gobierno de los hombres por embalsamamiento; restaurar los principios antiguos en mal estado; dorar de nuevo las urnas; blanquear los claustros; volver a bendecir los relicarios; reamueblar las supersticiones; alimentar el fanatismo; echar mano a los hisopos y a los sables; reconstituir el monaquismo y el militarismo; creer en la salvación de la sociedad mediante la multiplicación de los parásitos; imponer lo pasado a lo presente, son cosas muy extrañas. Y hay, sin embargo, teóricos que sostienen estas teorías. Estos teóricos, hombres de talento por otra parte, tienen un sistema muy sencillo, aplican sobre el pasado un barniz que llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto a los antepasados; antigua autoridad, tradición santa, legitimidad, religión; y van gritando: «¡Mirad!, tomad esto, hombres honrados.» Esta lógica era conocida ya de los antiguos.

Los arúspices la practicaban. Frotaban con greda blanca una ternera negra, y decían: «Es blanca. *Bos creatus.*»[1]

En cuanto a nosotros, respetamos ciertos puntos, y perdonamos en todo a lo pasado, con tal de que consienta en estar muerto. Si quiere vivir, lo atacamos, y tratamos de matarlo.

Supersticiones, hipocresías, devoción fingida, prejuicios; estas larvas, por más larvas que sean, quieren vivir tenazmente; tienen uñas y dientes en su sombra, y es preciso destruirlas a tiempo cuerpo a cuerpo, y hacerles guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la humanidad es vivir condenada a la lucha eterna con fantasmas. La sombra es difícil de coger por el cuello y derribarla.

Un convento de Francia, en mitad del siglo XIX, es un colegio de búhos haciendo frente al día. Un claustro en flagrante delito de ascetismo en medio de la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848; Roma viviendo dentro de París, es un anacronismo. En tiempos normales, para disolver un anacronismo y desvanecerlo, no hay más que hacerle deletrear el año de una moneda. Pero no estamos en tiempos normales.

Luchemos.

Luchemos, pero distingamos. El carácter propio de la verdad, consiste en no ser nunca extremado. ¿Qué necesidad hay de exagerar? Existen cosas que es preciso destruir, y hay cosas que es preciso simplemente eliminar

1 «Buey blanqueado con tiza.» Reminiscencia probable de Juvenal (*Sátiras*. X, 65-66):

> «...duc in capitolia magnum
> creatunque bovem.»

«Conduce al capitolio un buey enorme y blanqueado con tiza.» Las victimas destinadas a los dioses del cielo —Júpiter en este caso— debía ser de color claro; pero los arúspices, cuya función era «divinatoria», no tenían nada que ver con esta costumbre de los sacrificios.

y observar. El examen benevolente y grave, ¡qué fuerza tan inmensa! No acerquemos la llama, donde sólo es preciso la luz.

Dado, pues, el siglo XIX, nos oponemos, en tesis general, en todos los pueblos, así en Asia como en Europa, en la India como en Turquía, a los claustros ascéticos. Decir convento es decir pantano. Su putrescibilidad es evidente, su estancación malsana, su fermentación enferma a los pueblos y los marchita; su multiplicación llega a ser plaga de Egipto. No podemos pensar sin estremecernos en estos países en que los fakires, los bonzos, los santones, los calayeros, los morabitos, los talapuinos y los derviches pululan como un hormiguero de gusanos.

Dicho esto, la cuestión religiosa subsiste. Esta cuestión tiene cierto aspecto misterioso, casi temible. Séanos permitido mirarlo frente a frente.

IV

El convento desde el punto de vista de los principios

Unos cuantos hombres se reúnen y viven en común. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociación.

Se encierran. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre para abrir o cerrar su puerta.

No salen nunca. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en su casa.

Y en su casa, ¿qué hacen?

Hablan bajo; bajan los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, a las ciudades, a las sensualidades, a los placeres, a las vanidades, a los orgullos, a los intereses. Van vestidos con tosco paño, o tosca tela. Ninguno de ellos posee nada en propiedad. Al entrar allí, el que era rico se hace pobre. Lo que tiene, lo da a todos. El que era lo que se llama noble, gentilhombre y señor, es el igual del que era campesino. La celda es idéntica para todos. Todos sufren la misma tonsura, duermen sobre la misma paja,

mueren sobre la misma ceniza. El mismo saco a la espalda, la misma cuerda alrededor de la cintura. Si determinan ir descalzos, todos van descalzos. Entre ellos, podrá haber un príncipe, pero este príncipe será una sombra como los otros. Allí no hay títulos. Los nombres de familia han desaparecido. No llevan más que nombres de bautismo. Han disuelto la familia carnal y constituido en su comunidad la familia espiritual. No tienen otros parientes que todos los hombres. Socorren a los pobres, cuidan a los enfermos. Eligen aquellos a quienes obedecen. Se dicen unos a otros: hermano mío.

Aquí me interrumpiréis, diciendo: «¡Pero ése es el convento ideal!»

Basta con que sea el convento posible, para que sea el que debo considerar.

Ésta es la causa de que en el libro anterior, haya hablado de un convento con respeto. Prescindiendo pues de la edad media, de Asia, de la cuestión histórica y política que nos hemos reservado tratar; considerando esta cuestión desde el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de esta esfera de la polémica militante, y con la condición de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria y no encierre más que consentimientos, consideraré siempre la comunidad del claustro con una cierta gravedad atenta, con deferencia en algunos puntos. Donde hay comunidad, hay asociación; donde hay asociación, hay derecho. El monasterio es el producto de la fórmula: igualdad, fraternidad. ¡Oh! ¡Qué grande es la libertad! ¡Qué espléndidas trasfiguraciones realiza! La libertad basta para convertir el monasterio en república.

Continuemos.

Pero estos hombres o estas mujeres que viven encerrados, entre cuatro paredes, que se visten de tosco buriel,

que son iguales, que se llaman hermanos, ¿hacen algo más?

Sí.

¿Qué?

Contemplan la sombra, se ponen de rodillas, y juntan las manos.

¿Qué significa esto?

V

La oración

Oran.

¿A quién?

A Dios.

Orar a Dios, ¿qué significa esta palabra?

¿Hay un infinito fuera de nosotros? Este infinito, es uno inmanente, permanente; necesariamente sustancial, puesto que es infinito, y si la materia le faltase, esa sería una limitación; necesariamente inteligente porque es infinito; y si le faltase algo de inteligencia, ¿sería finito? ¿Este infinito despierta en nosotros la idea de esencia, mientras que nosotros no podemos atribuirnos a nosotros mismos más que la idea de existencia? En otros términos, ¿es lo absoluto, aquello a lo cual somos lo relativo?

Al mismo tiempo que existe un infinito fuera de nosotros, ¿no hay otro infinito dentro de nosotros? Estos dos infinitos (¡asombroso plural!), ¿no se superponen el uno al otro? El segundo infinito, ¿no es, por decirlo así, subyacente al primero? ¿No es su espejo, su reflejo, su eco, abismo concéntrico de otro abismo? ¿Es inteligente tam-

bién este segundo infinito? ¿Piensa? ¿Ama? ¿Quiere? Si los dos infinitos son inteligentes, cada uno de ellos tiene un principio volitivo, en cada uno hay un yo, así en el infinito superior como en el inferior. El yo de este mundo es el alma; el yo de arriba es Dios.

No quitemos nada al espíritu humano; porque suprimir es siempre malo. Lo necesario es reformar y trasformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hacia lo desconocido: el pensamiento, la meditación, la oración. Lo desconocido es un océano. ¿Y cuál es la brújula de este océano? La conciencia. El pensamiento, la meditación, y la oración, son fulgores misteriosos. Respetémoslos. ¿Adónde van estas irradiaciones majestuosas del alma? A la sombra, es decir, a la luz.

La grandeza de la democracia consiste en no negar nada, en no renegar la nada de la humanidad. Cerca del derecho del hombre, al menos a su lado, coloca el derecho del alma.

Nuestra síntesis está contenida en esta frase: Destruir el fanatismo, venerar lo infinito: tal es la ley.

No nos limitemos a prostergarnos ante el árbol de la creación, y a contemplar sus inmensas ramas cuajadas de estrellas. Tenemos un deber más elevado: trabajar en pro del alma humana; defender el verdadero misterio contra el falso milagro; adorar lo incomprensible, y rechazar lo absurdo; no admitir en materia de cosas inexplicables más de lo necesario; purificar la creencia; barrer las supersticiones de sobre la religión; limpiar de gusanos a Dios.

VI

Bondad absoluta de la oración

En cuanto al modo de orar, todos son buenos, si son sinceros. Cerrad el libro que leéis, y penetrad en el infinito.

Sabemos que hay una filosofía que niega el infinito; pero también hay una filosofía, clasificada patológicamente, que niega el sol. Esta filosofía, se llama ceguera.

Erigir un sentido del que carecemos, en fuente de verdad, es ciertamente una salida de ciego.

Lo curioso es el aire altivo, de superioridad y de compasión, que adopta frente de la filosofía que ve a Dios, esta filosofía que marcha a tientas. Creemos oír a un topo, gritando: ¡Me dan lástima con su sol!

Sabemos que hay ilustres y poderosos ateos. Éstos, en el fondo, encaminados a la verdad por su mismo poder, no tienen seguridad de ser ateos; la cuestión viene a ser casi de nombre, y en todo caso, si no creen en Dios, prueban que existe siendo hombres de talento.

Nosotros saludamos en ellos al filósofo, pero consideramos inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

No es menos admirable, la facilidad con que muchos se satisfacen con palabras. Una escuela metafísica del norte, un poco impregnada de bruma, ha creído hacer una revolución en el entendimiento humano, remplazando la palabra fuerza, por la palabra libertad[1].

Decir: la planta quiere, en lugar de: la planta crece, sería una frase fecunda, en efecto, si se añadiese: el universo quiere. ¿Por qué? De ahí se deduce: la planta quiere, así pues posee un yo; el universo quiere, así pues posee un Dios.

En cuanto a nosotros, que en contraposición a esta escuela no negamos nada *a priori*, creemos que admitir en la planta una voluntad, es mucho más difícil que admitir la voluntad que niega en el universo.

Negar la voluntad del infinito es decir, negar a Dios, es cosa que sólo puede hacerse negando al infinito, y este infinito existe, lo hemos demostrado.

La negación del infinito, nos lleva directamente al nihilismo, y entonces todo se convierte en un puro «concepto del espíritu».

Con el nihilismo no hay discusión posible; porque si el nihilista es lógico, niega que su interlocutor exista; y tampoco está seguro de su propia existencia.

Aplicando su doctrina, es posible que no sea para sí mismo más que «un puro concepto del espíritu».

Pero no cae en que todo lo que niega lo admite en junto, con sólo pronunciar la palabra: Espíritu.

En suma, todavía no ha abierto ninguna senda al espíritu una filosofía que resume todas las cuestiones en el monosílabo: No.

[1] Alusión probable a Schopenhauer, que sustituye, en efecto, a la noción de fuerza, la de voluntad (*El mundo como voluntad y como representación*, 1819).

A este monosílabo, no hay más que una respuesta posible: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia alguna.

Y la nada no existe; el cero no existe. Todo es algo; porque la nada es nada.

El hombre vive de afirmación más que de pan.

Ver y enseñar no basta. La filosofía debe ser un poder vivo, y debe tener como meta y como efecto, la mejora del hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir a Marco Aurelio; en otros términos, es preciso convertir al hombre de la felicidad, en el hombre de la sabiduría; trasformar el edén en liceo[1]. La ciencia debe ser un cordial. ¡Sólo gozar! ¡Qué finalidad tan triste! ¡Qué ambición tan pequeña! Los brutos gozan. Pero, ¡pensar! Ése es el verdadero triunfo del espíritu. La misión de la filosofía real, es hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles a todos como elixir, la noción de Dios; unir fraternalmente en ellos la conciencia y la ciencia, y hacerlos justos por medio de esta unión misteriosa. La moral es un ramillete de verdades, y la contemplación nos lleva a la acción. Lo absoluto, debe ser práctico; lo ideal, debe ser respirable, potable, asequible al espíritu humano. Sólo lo ideal puede decir: Tomad, ésta es mi carne; tomad, ésta es mi sangre. La sabiduría es una comunión sagrada. Sólo bajo esta condición deja de ser un amor estéril de la ciencia para convertirse en el modo único y soberano de la unión humana, y pasar de ser filosofía a ser religión.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarlo fácilmente, sin más resultado que una comodidad de la curiosidad.

[1] El Liceo, gimnasio de Atenas, donde enseñaba Aristóteles.

Aunque dejemos para otra ocasión el desarrollo de nuestro pensamiento, diremos aquí, que no comprendemos, ni al hombre como punto de partida, ni al progreso como fin, sin estas dos fuerzas que son los dos motores: creer y amar.

El progreso es el fin; el ideal es el modelo.

¿Qué es lo ideal? Es Dios.

Ideal, absoluto, perfección, infinito; palabras idénticas.

VII

Precauciones que deben tomarse al condenar

La historia y la filosofía tienen deberes eternos que son, al mismo tiempo, deberes simples: combatir a Caifás, pontífice; a Dracon, juez; a Trimalción [1], legislador; a Tiberio, emperador. Esto es claro, directo, explícito, y no ofrece ninguna oscuridad. Pero el derecho de vivir aparte, aun con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de estos lugares de error, pero de inocencia; de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de devoción; de suplicio, pero de martirio, es preciso casi siempre decir sí y no.

Un convento es una contradicción. Por objeto, la salvación, por medio del sacrificio; es el supremo egoísmo que da por resultado la suprema abnegación.

[1] Caifás, gran sacerdote, bajo cuyo pontificado fue Jesús condenado a muerte. Dracon, legislador de Atenas, que reformó, en el año 621, el código judicial. Trimalción, personaje grotesco del *Satiricón* de Petronio.

La divisa del monaquismo, parece ser: abdicar para reinar.

En el claustro, se padece para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en la noche terrestre de la tierra, la luz celeste; se acepta el infierno de antemano, esperando la herencia del paraíso.

La toma del velo o del hábito es un suicidio que se paga con la eternidad.

Nos parece, pues, que esto no es cosa de burla. Todo en ello es serio, así el bien, como el mal.

El hombre justo, frunce las cejas, pero no sonríe con maligna sonrisa. Comprendemos la cólera, no la malignidad.

VIII

La fe, la ley

Todavía algunas palabras.

Culpamos a la iglesia, cuando está saturada de intrigas; despreciamos lo espiritual, cuando se opone a lo temporal; pero honramos en todas partes al hombre que medita.

Saludamos al que se arrodilla.

Una fe; para el hombre, esto es lo necesario. ¡Desgraciado aquel que no cree en nada!

El hombre no está desocupado cuando se extasía. Existe el trabajo visible, y el trabajo invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es hacer. Los brazos cruzados trabajan; las manos juntas, hacen. La mirada al cielo es una obra.

Tales, permaneció inmóvil durante cuarenta años[1]. Él fundó la filosofía.

Para nosotros los cenobitas no son ociosos; los solitarios no son holgazanes.

[1] Al menos, vivió una vida solitaria.

Pensar en la sombra es una cosa grave.

Sin debilitar nada de lo que hemos dicho, creemos que un perpetuo recuerdo de la tumba conviene a los vivos. Sobre este punto, el sacerdote y el filósofo, están de acuerdo. Es necesario morir[1]. El abad de la Trapa, da la reliquia a Horacio.

Mezclar con la vida una cierta presencia del sepulcro, es la ley del asceta. Bajo este punto convergen ambos.

Existe el crecimiento material; nosotros lo deseamos; pero existe también la grandeza moral; la respetamos.

Los espíritus irreflexivos y precipitados dicen:

—¿De qué sirven estas figuras inmóviles al lado del misterio? ¿Qué es lo que hacen?

¡Ay!, en presencia de la oscuridad que nos rodea y que nos espera, no sabiendo lo que hará de nosotros la dispersión inmensa, nosotros respondemos: «No hay obra más sublime, quizá, que la que hacen estas almas. —Y añadimos—: Tal vez no hay trabajo más útil.»

Son necesarios los que oran siempre, para aquellos que no oran nunca.

Para nosotros toda la cuestión está en la cantidad de pensamiento que se mezcla con la oración.

Leibniz orando, es grande; Voltaire adornando, es magnífico. *Deo erexit Voltaire*[2].

Somos partidarios de la religión contra las religiones.

Somos de los que creen en la miseria de las oraciones y en lo sublime de la oración.

[1] En los trapenses esta fórmula es empleada sistemáticamente.

[2] Inscripción grabada sobre la fachada de la iglesia de Ferney, elevada a instancias del patriarca, en 1770: «Voltaire ha erigido (esta iglesia) a Dios.»

Por lo demás, en esta noche que atravesamos, instante que afortunadamente no imprimirá su sello al siglo XIX, en este momento en que tantos hombres tienen la frente humillada y el alma poco menos; entre tantos hombres que tienen por regla de moral el placer, y se cuidan únicamente de las cosas perecederas y deformes de la materia, el que se destierra a sí propio del mundo, nos parece venerable. El monasterio es una renuncia. El sacrificio que nos lleva al error, no deja de ser sacrificio. Tomar por deber un error austero, es una equivocación que respira grandeza.

El monasterio, considerado en sí mismo idealmente, y observado bajo todos sus aspectos para hacer un examen imparcial, el convento de monjas sobre todo, porque en nuestra sociedad es la mujer la que más sufre, y hay algo de protesta en este exilio en el claustro, el convento de monjas, decimos, tiene incontestablemente cierta majestad.

La vida del claustro, tan austera y tan monótona, según hemos hecho ver con algunas pinceladas, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud; es el lugar extraño, desde donde se descubre, como desde lo alto de una montaña, a un lado el abismo en que vivimos, al otro, el abismo en que caeremos; es el estrecho y brumoso límite que separa dos mundos, iluminado y oscurecido por los dos a la vez; el punto en que se confunden el rayo debilitado de la vida, y el rayo sombrío de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En cuanto a nosotros, que no creemos lo que estas mujeres creen, pero que vivimos como ellas por la fe, no hemos podido pensar nunca, sin cierto terror religioso y compasivo, sin cierta piedad envidiosa, en estas criaturas llenas de abnegación, temblorosas y confiadas, en estas

almas humildes y sublimes que se atreven a vivir en la orilla misma del misterio, esperando entre el mundo que les está cerrado, y el cielo que no les está aún abierto, volviendo el rostro a la claridad invisible, consolándose con la convicción de saber dónde está, aspirando hacia el abismo y hacia lo desconocido, con la mirada fija en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, extasiadas, contemplativas, temblorosas, y casi arrebatadas a ciertas horas por el soplo profundo de la eternidad.

Libro octavo

Los cementerios toman lo que se les da

I

Donde se trata de cómo se puede entrar en un convento

Era en esta casa donde Jean Valjean había «caído del cielo», como había dicho Fauchelevent.

Había franqueado el muro del jardín que formaba el ángulo de la calle Polonceau. El coro de ángeles que había oído en medio de la noche era el canto de maitines de las religiosas; esta sala, que había entrevisto en la oscuridad, era la capilla; aquel fantasma que había visto tendido en el suelo, era la hermana que hacía la reparación; la campanilla cuyo ruido había oído, era la campanilla del jardinero, sujeta a la rodilla del tío Fauchelevent.

Acostada ya Cosette, Jean Valjean y Fauchelevent habían cenado como hemos dicho, un pedazo de queso y una copa de vino, al amor de una buena lumbre; luego, como la única cama que había estaba ocupada por Cosette, se habían echado cada uno sobre un haz de paja. Antes de cerrar los ojos, Jean Valjean había dicho:

—Es preciso que me quede aquí.

Estas palabras habían estado dando vueltas durante toda la noche en la cabeza de Fauchelevent.

A decir verdad, ni uno ni otro habían dormido.

Jean Valjean, se sentía descubierto por Javert, y comprendió que tanto él como Cosette estaban perdidos si regresaban a París. Puesto que el nuevo golpe de viento que lo había impelido, lo había arrojado a aquel claustro, Jean Valjean no pensaba más que en una cosa: en quedarse allí. Para un desgraciado en su posición, el convento era a la vez el lugar más peligroso y el más seguro; el más peligroso, porque no pudiendo entrar allí ningún hombre, si era descubierto, lo sería en flagrante delito, y no tendría que esperar para ir a la cárcel; el más seguro, porque si conseguía quedarse, ¿quién iría a buscarlo allí? Vivir en un lugar inaccesible significaba la salvación.

Por su parte, Fauchelevent se quebraba la cabeza, y concluía por conocer que no comprendía ni una palabra de cuanto pasaba. ¿Cómo se encontraba allí el señor Madeleine, teniendo cerca el jardín tan inaccesible? Una pared de claustro no resulta fácil de escalar. ¿Cómo es que se encontraba allí con una niña? No se escala un muro vertical con un niño en brazos. ¿Quién era aquella niña? ¿De dónde venían los dos? Desde que Fauchelevent estaba en el convento, no había vuelto a oír hablar de Montreuil-sur-Mer, y no sabía nada de lo que había sucedido allí. El tío Madeleine, tenía un aspecto que evitaba todas las preguntas; y además, Fauchelevent se decía: «A un santo, no se le pregunta». El señor Madeleine, había conservado para él, todo su prestigio. Sólo por algunas palabras que habían escapado a Jean Valjean, «A un santo, no se le pregunta.» El señor Madeleine, había quebrado, y que lo perseguían sus acreedores, o que se había comprometido en algún asunto político y tenía que ocultarse, lo cual no repugnaba a Fauchelevent, que como casi todos los campesinos del norte de Francia, tenía

un fondo bonapartista. Ocultándose, pues, el señor Madeleine había tomado el convento por asilo, y era natural que quisiese permanecer en él. Pero lo inexplicable, aquello a que venía a parar siempre Fauchelevent, lo que le quebraba la cabeza, era que hubiese entrado allí el señor Madeleine, y que hubiese entrado con la niña. Fauchelevent los veía, los tocaba y les hablaba, y no daba crédito a lo que veía. Lo incomprensible, acababa de hacer su entrada en la cabaña de Fauchelevent. Fauchelevent andaba a tientas en medio de suposiciones, y sólo veía claro que el señor Madeleine, le había salvado la vida. Esta certidumbre bastaba, y lo determinó. Se dijo para sí: «Ahora me toca a mí.» Y añadió en su conciencia: «El señor Madeleine no deliberó tanto cuando se metió debajo de la carreta para salvarme.» Decidió pues que salvaría al señor Madeleine.

Esto no fue obstáculo para que se hiciese algunas preguntas: «Después de lo que hizo por mí, si fuese un ladrón, ¿lo salvaría? Sin duda. Si fuese un asesino, ¿lo salvaría? Sin duda. Pues siendo un santo, ¿lo salvaré? Lo mismo.»

Pero hacerlo quedar en el convento, ¡qué dificultad! Ante esta tentativa casi quimérica, Fauchelevent, no retrocedió; aquel pobre aldeano picardo, sin más medios que su buena voluntad, y algo de esta astucia de campesino, puesta por aquella vez al servicio de una intención generosa, se propuso superar las imposibilidades del claustro, y las duras asperezas de la regla de san Benito. El tío Fauchelevent, era un viejo que había sido egoísta durante toda su vida, y que en sus últimos días, cojo, enfermo, sin vínculo alguno con el mundo, encontró un placer en el agradecimiento; y viendo que podía hacer una acción virtuosa, se arrojó a ella como un hombre que en el momento de la muerte encontrase a su alcance

un vaso de buen vino que no hubiera probado nunca, y lo bebiese con avidez. Podemos añadir también, que el aire que respiraba desde hacía varios años, en aquel convento, había destruido su personalidad y había concluido por hacerle necesaria una buena acción, cualquiera que fuese.

Tomó pues su resolución: consagrarse al señor Madeleine.

Acabamos de calificarlo como «pobre campesino picardo». La calificación es justa pero incompleta. En el punto en que estamos de esta historia, un poco de sicología acerca del tío Fauchelevent, nos resultará útil. Era campesino, pero había sido curial, lo que mezclaba la astucia curialesa con su natural astucia, y cierta penetración con su sencillez. Habiendo quedado mal en su destino, por diversas causas, pasó de curial a pequeño industrial, y luego a carretero y bracero. Sin embargo, prescindiendo de los juramentos y de los latigazos que necesitaban los caballos, a lo que parece, en su interior había seguido siendo curial. Tenía cierto talento natural, no decía haiga, ni háigamos; era capaz de sostener una conversación, cosa rara en el pueblo; y los demás campesinos decían de él: «Habla casi como un señor de levita.» Y en efecto, Fauchevelent pertenecía a esta clase que el vocabulario impertinente y superficial del pasado siglo llamaba: entre merced y villano[1]; y que las metáforas que caían del palacio a la cabaña, calificaban de un poco villano y un poco ciudadano; pimienta y sal... Fauchelevent, aunque muy probado, y aun gastado por la suerte, espíritu usado que enseñaba ya la trama, era un hombre capaz de un primer movimiento, y muy espon-

[1] La expresión no es del siglo pasado, sino del siglo XVII. La hizo célebre La Fontaine, en su fábula: *El jardinero y su señor:*

«Un aprendiz de jardinero,
entre merced y villano...»

táneo; cualidad perniciosa que impide ser siempre malo. Sus defectos y sus vicios, porque los tenía, eran superpuestos; en suma, su fisonomía era de las que de cerca inspiran simpatía con el observador. Su rostro no tenía ninguna de estas arrugas siniestras en lo alto de la frente que indican maldad o brutalidad.

Al amanecer, después de haber meditado durante mucho tiempo, el tío Fauchelevent abrió los ojos y vio al señor Madeleine, que, sentado sobre su haz de paja, miraba cómo dormía Cosette. Fauchelevent se incorporó y le dijo:

—Y ahora que estáis aquí ¿cómo os las vais a componer para salir?

Estas palabras resumían la cuestión, y sacaron a Jean Valjean de su meditación.

Los dos hombres celebraron consejo.

—Primeramente —dijo Fauchelevent—, tenéis que procurar no poner los pies fuera de esta habitación. Ni la pequeña ni vos. Un paso por el jardín, nos perdería.

—Es cierto.

—Señor Madeleine —continuó Fauchelevent—, habéis llegado en un buen momento, quiero decir, en un mal momento: hay una de las monjas enferma de peligro. Esto hará que no paseen mucho por este lado. Parece que se muere; están rezando las cuarenta horas. Toda la comunidad está en suspenso, y no se ocupan más que de esto. La que está a punto de morir es una santa: de hecho todos los que estamos aquí, somos santos. La diferencia entre ellas y yo es que ellas dicen: nuestra celda, y yo digo: mi choza. Ahora va a rezarse la oración de los agonizantes y luego la de los muertos. Por hoy podemos estar tranquilos; pero no respondo de lo que sucederá mañana.

—Sin embargo —observó Jean Valjean—, esta choza está en un rincón de la pared, y está escondida por unas ruinas y los árboles, y no se ve desde el convento.

—Y en cuanto a las monjas no se acercan nunca por aquí.

—¿Pues entonces...? —dijo Jean Valjean.

El punto de interrogación que acentuaba este «pues entonces» significaba: «Me parece que podemos permanecer aquí ocultos.» A lo cual respondió Fauchelevent:

—Quedan las niñas.

—¿Qué niñas? —preguntó Jean Valjean.

Cuando Fauchelevent abría la boca para explicar lo que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto —dijo—. Ése es el clamor.

E hizo una señal a Jean Valjean, para que escuchara. En esto sonó una nueva campanada.

—Es el clamor, señor Madeleine. La campana seguirá tocando de minuto en minuto durante veinticuatro horas, hasta que el cuerpo salga de la iglesia. En cuanto a las niñas, ya sabéis que juegan. En los recreos, basta que una pelota ruede un poco más, para que lleguen hasta aquí, a pesar de las prohibiciones, para buscar y recorrerlo todo. Son unos diablillos estos querubines.

—¿Quiénes? —preguntó Jean Valjean.

—Las pequeñas. Os descubrirían enseguida, y gritarían: ¡Un hombre! Pero hoy no hay peligro. No habrá recreo. Como os decía, una campanada por minuto. Es el clamor.

—Ya entiendo, tío Fauchelevent. Hay colegialas.

Y Jean Valjean, pensó para sí:

«Así encontraré educación para Cosette.»

Fauchelevent exclamó:

—¡Pardiez, si hay colegialas! ¡Y qué no gritarían al veros! Aquí ser hombre, es lo mismo que tener la peste.

Ya veis que a mí me hacen llevar una campanilla en la pata como a un fiera.

Jean Valjean, seguía meditando cada vez más profundamente. «Este convento, podrá ser nuestra salvación», pensó. Después, levantó la voz y dijo:

—Sí, lo difícil es quedarse.

—No —dijo Fauchelevent—, lo difícil es salir.

Jean Valjean sintió que la sangre le afluía al corazón.

—¡Salir!

—Sí, señor, para volver a entrar, es preciso que salgáis.

Y después de haber dejado pasar una campanada, continuó:

—No podéis seguir aquí así. ¿De dónde venís? Para mí, habéis caído del cielo, porque os reconozco, pero para las religiosas es preciso que se entre por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado de otra campanada.

—¡Ah! —dijo Fauchelevent—. Llaman a las madres vocales. Van al capítulo. Siempre celebran capítulo cuando muere alguien. Ha muerto al amanecer; es la hora a que se suele morir. Pero, ¿no podríais salir por donde habéis entrado?

Jean Valjean, se puso pálido. Sólo la idea de volver a aquella temible calle, lo hacía temblar. Salid de una selva de tigres, y estando ya fuera, pensad en el efecto que os hará el consejo de un amigo que os invitara a entrar otra vez en ella. Jean Valjean se imaginaba a toda la policía registrando el barrio, a los agentes en observación, centinelas en todas partes, horribles garras extendidas hacia su cuello, y al mismo Javert en el extremo de la encrucijada.

—¡Imposible! —dijo—. Tío Fauchelevent, suponed que he caído del cielo.

—Sí, yo lo creo, lo creo —respondió Fauchelevent—. No tenéis necesidad de decírmelo. Dios os habrá cogido de la mano, para miraros de cerca, y luego os habrá soltado. Sólo que sin duda quería llevaros a un convento de hombres y se ha equivocado. Vamos, otro toque. Éste es para decir al portero que vaya a avisar a la municipalidad, para que vaya a avisar al médico de los muertos, para que venga a ver el cadáver. Todo esto es una ceremonia necesaria a la muerte; pero a estas damas, no les gustan mucho tales visitas. Un médico no cree en nada. Viene, levanta el velo, y a veces otra cosa. ¡Qué prisa han tenido esta vez para avisar al médico! ¿Qué será esto? Vuestra niña sigue durmiendo. ¿Cómo se llama? ¿Es vuestra hija, o lo que es igual, sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le resultará fácil salir de aquí. Mi puerta de servicio da al patio. Llamo: el portero abre; yo llevo mi cesta al hombro; la niña va dentro, y salgo. El tío Fauchelevent, sale con su cesto, lo cual es muy sencillo. Diréis a la niña que se esté quieta debajo de la tapa. Después la dejo durante el tiempo que sea preciso en casa de una vieja amiga frutera, sorda, que vive en la calle Chemin-Vert, donde tiene una camita. Gritaré a su oído que es una sobrina mía, que la tenga allí hasta mañana, y después la niña entrará con vos; porque yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero, ¿cómo saldréis?

Jean Valjean, movió la cabeza.

—Que nadie me vea; todo consiste en esto, tío Fauchelevent. Encontradme un medio de hacerme salir como Cosette, dentro de un cesto, y bajo una tapadera.

Fauchelevent, se rascó la punta de la oreja con el dedo de en medio de la mano izquierda, señal evidente de un grave apuro.

Se oyó un tercer toque.

—El médico de los muertos ya se va —dijo Fauchelevent—. Ha mirado y ha dicho: está muerta; bueno. Así que el muerto ha visado el pasaporte para el paraíso, la administración de pompas fúnebres envía un ataúd. Si el muerto es una madre, la amortajan las madres. Si es una hermana, lo amortajan las hermanas, y después yo clavo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinero. Un jardinero es un poco sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia que da a la calle, y donde no puede entrar ningún hombre más que el médico de los muertos; porque no cuento como hombres a los sepultureros ni a mí. En esta sala es donde clavo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y, ¡arrea, cochero! Traen una caja vacía, y aquí se llena. Ya veis lo que es un entierro. *De profundis.*

Un rayo de sol horizontal, iluminaba el rostro de Cosette dormida, la cual abría vagamente la boca, y parecía un ángel bebiendo la luz. Jean Valjean se puso a contemplarla. Ya no escuchaba a Fauchelevent.

El no ser escuchado no es una razón para callarse. El buen jardinero continuó pacíficamente su charla.

—Hacen el hoyo en el cementerio Vaugirard, que según dicen, va a ser suprimido. Es un cementerio muy antiguo, que está fuera de los reglamentos, que no tienen uniforme, y va a tomar el retiro, y es una lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tío Mestienne, el enterrador. Las monjas de este convento tienen el privilegio de ser enterradas al caer la noche. Hay un decreto de la prefectura dado expresamente para ellas. ¡Pero qué acontecimientos han sucedido desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixión. El señor Madeleine ha...

—Está enterrado —dijo Jean Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelevent dio un salto al oír esta palabra.

—¡Diablo!, realmente si os quedáis aquí, es como si os enterrasen.

Oyóse en esto un cuarto toque. Fauchelevent cogió precipitadamente del clavo, la rodillera con el cencerro, y se la puso en la pierna.

—Esta vez es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Madeleine, no os mováis y esperadme. Hay alguna novedad. Si tenéis hambre, allí encontraréis vino, pan y queso.

Y salió de la choza diciendo:

—¡Ya voy, ya voy!

Jean Valjean lo vio atravesar el jardín tan de prisa como su pierna torcida le permitía, mirando de paso sus melones.

Unos diez minutos después, el tío Fauchelevent, cuyo cencerro ponía en fuga a las religiosas, llamaba suavemente a una puerta; una dulce voz respondió: Por siempre, por siempre, es decir: entrad.

Esta puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio. Estaba contiguo a la sala del capítulo. La priora, sentada sobre la única silla del locutorio, esperaba a Fauchelevent.

II

Fauchelevent en presencia de la dificultad

El aire agitado y grave en las ocasiones críticas es muy propio de ciertos caracteres y de ciertas profesiones, y especialmente de curas y frailes. En el momento en que Fauchelevent entró, esta doble forma de la preocupación estaba impresa en la fisonomía de la priora, que era la encantadora e ilustrada señorita de Blemeur, madre Inocente, que estaba generalmente alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y quedóse en el umbral de la celda. La priora, que desgranaba su rosario, levantó los ojos, y dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, tío Fauvent?

Tal era la abreviación adoptada en el convento.

Fauchelevent, repitió su saludo.

—Tío Fauvent, os he llamado.

—Aquí estoy, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo, por mi parte —dijo Fauchelevent con una audacia que lo asustaba interiormente—, tengo también que decir alguna cosa a la muy reverenda madre.

La priora lo contempló.

—¡Ah!, debéis comunicarme algo.

—Un ruego.

—Bien, hablad.

El buen Fauchelevent, excurial, pertenecía a la categoría de los campesinos que tienen mucho aplomo. Una cierta ignorancia hábil, es una fuerza; no se desconfía de ella, y engaña. En los dos años que llevaba en el convento, Fauchelevent se había granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario, y siempre dedicado a su jardín, no tenía en realidad que hacer más que ser curioso. A la distancia que estaba de todas aquellas mujeres que iban y venían cubiertas con el velo, no veía delante de sí más que una agitación de sombras. A fuerza de atención y de penetración, había conseguido suponer carne en todos aquellos fantasmas, y aquellas muertas, vivían para él. Era como un sordo, cuya vista se aguza, y como un ciego, cuyo oído se aguza. Se había dedicado a comprender el significado de algunos toques, y lo había conseguido; de modo que aquel claustro enigmático y taciturno, no tenía nada oculto para él; aquella esfinge, le decía al oído todos sus secretos. Fauchelevent, sabiéndolo todo, lo ocultaba todo. Éste era su arte. Todo el convento lo creía estúpido. Gran mérito en religión. Las madres vocales, hacían caso de Fauchelevent. Era un curioso mudo. Inspiraba confianza. Además, era regular, y no salía más que por las necesidades demostradas de la huerta y el jardín. Esta discreción de salidas, se le tenía muy en cuenta. No por esto había dejado de hacer hablar a dos hombres; en el convento al portero, por cuyo medio sabía las particularidades del locutorio; y en el cementerio al enterrador, por cuyo medio sabía las particularidades de la sepultura; de modo que tenía, respecto de las religiosas, una doble luz, una sobre la vida, y otra sobre la muerte. Pero no abusaba de nada. La congregación lo quería. Viejo y cojo, casi ciego, pro-

bablemente un poco sordo, ¡qué cualidades! Difícilmente hubieran podido remplazarlo.

El buen hombre, con la seguridad del que se sabe apreciado, empezó frente a frente de la reverenda priora una arenga de campesino, bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años, contándolos dobles, de las exigencias crecientes del trabajo, de la extensión del jardín, de las noches que pasaba, como la última por ejemplo, en la que había tenido que cubrir con estera los melones, para evitar el efecto de la luna, y concluyó por decir: que tenía un hermano (la priora hizo un movimiento); un hermano no joven (segundo movimiento de la priora, pero esta vez, movimiento de tranquilidad); que si se lo permitían podría ir a vivir con él y ayudarlo; que era un excelente jardinero; que la comunidad podría aprovecharse de sus buenos servicios, más útiles que los suyos; que de otra manera, si no se admitía a su hermano, él que era el mayor, y se sentía cascado e inútil para el trabajo, se vería obligado a irse; y que su hermano tenía una niña que llevaría consigo, y que educaría en Dios, en la casa, y podría, ¿quién sabe?, ser religiosa un día.

Cuando hubo acabado de hablar, la priora interrumpió el paso de las cuentas del rosario entre sus dedos, y le dijo:

—¿Podríais procuraros, de aquí a la noche, una fuerte barra de hierro?

—¿Para qué?

—Para que sirva de palanca.

—Sí, reverenda madre —respondió Fauchelevent.

La priora, sin añadir una palabra, se levantó y entró en la habitación vecina, que era la sala del capítulo, y donde las madres vocales, estaban probablemente reunidas. Fauchelevent se quedó solo.

III

La madre Inocente

Trascurrió alrededor de un cuarto de hora. La priora regresó y volvió a sentarse en la silla.

Los dos interlocutores parecían preocupados. Vamos a trascribir del mejor modo posible el diálogo que se entabló:

—¿Tío Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—¿Conocéis bien la capilla?

—Tengo en ella un pequeño nicho, para oír misa y asistir a los oficios.

—¿Habéis entrado en el coro alguna vez?

—Dos o tres veces.

—Se trata de levantar una piedra.

—¿Pesada?

—La losa del suelo que está junto al altar.

—¿La piedra que cierra la bóveda?

—Sí.

—Es una obra, para lo cual serían necesarios dos hombres.

—La madre Ascensión, que es fuerte como un hombre, os ayudará.

—Una mujer, nunca es un hombre.

—No tenemos más que una mujer para ayudaros. Cada uno hace lo que puede. Porque Mobillon trae cuatrocientas diecisiete epístolas de san Bernardo, y Merlonus Horstius, no trae más que trescientas sesenta y siete; yo no desprecio a Merlonus Horstius.

—Ni yo tampoco.

—El mérito consiste en trabajar según las fuerzas. El claustro no es un taller.

—Y una mujer no es un hombre. ¡Mi hermano, sí que es fuerte!

—Además, tendréis una palanca.

—Es la única llave que abre tales puertas.

—La piedra tiene un anillo.

—Pasaré por él la palanca.

—La piedra está colocada de modo que puede girar.

—Está bien, reverenda madre. Abriré la fosa.

—Las cuatro madres cantoras, os ayudarán.

—¿Y cuando la fosa esté abierta?

—Será preciso volverla a cerrar.

—¿Nada más?

—Sí.

—Dadme vuestras órdenes, reverenda madre.

—Fauvent, tenemos confianza en vos.

—Estoy aquí para obedecer.

—Y para callar.

—Sí, reverenda madre.

—Cuando la fosa esté abierta...

—La cerraré.

—Pero antes...

—¿Qué, reverenda madre?

—Será preciso bajar algo.

Hubo un silencio. La priora, después de hacer un movimiento con el labio inferior que parecía indicar la duda, lo rompió:

—¿Tío Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—¿Sabéis que esta mañana ha muerto una madre?

—No.

—¿No habéis oído la campana?

—No se oye nada desde el fondo del jardín.

—¿De verdad?

—Apenas distingo yo mi toque.

—Ha muerto al amanecer.

—Además, esta mañana el viento era contrario.

—Ha sido la madre Crucifixión, una bendita.

La priora se calló. Movió un instante los labios como si orara, y continuó:

—Hace tres años que sólo por haber visto rezar a la madre Crucifixión, una jansenista, la señora de Béthune, se hizo ortodoxa.

—¡Ah! Sí, ahora oigo el clamor, reverenda madre.

—Las madres la han llevado al depósito de los muertos que da a la iglesia.

—Ya lo sé.

—Ningún hombre más que vos, puede y debe entrar en el depósito. Vigilad bien. ¡Sería bueno ver entrar a un hombre en el depósito de los muertos!

—¡Con más frecuencia...!

—¿Eh?

—¡Con más frecuencia!

—¿Qué decís?

—¡Digo que con más frecuencia!

—¿Con más frecuencia que qué?

—Reverenda madre, no digo con más frecuencia que, sino con más frecuencia.

—No os comprendo. ¿Por qué decís con más frecuencia?

—Para decir lo que vos, reverenda madre.

—Pero yo no he dicho con más frecuencia.

—No lo habéis dicho; pero lo he dicho yo para decir lo que vos.

En este momento, dieron las nueve.

—A las nueve de la mañana, y a toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar —dijo la priora.

—Amén —dijo Fauchelevent.

La hora dio muy oportunamente. Cortó el «con más frecuencia». Es muy probable que sin esta interrupción, la priora y Fauchelevent no hubiesen desenredado nunca esta madeja.

Fauchelevent se enjugó la frente.

La priora murmuró de nuevo, como si rezara, y después dijo alzando la voz:

—La madre Crucifixión en vida, hacía muchas conversiones; después de muerta hará milagros.

—¡Los hará! —respondió Fauchelevent haciéndose firme en el terreno, y esforzándose en no volver a tropezar.

—Tío Fauvent, la comunidad ha sido bendecida con la madre Crucifixión. Sin duda no es dado a todo el mundo morir como el cardenal Bérulle celebrando la santa misa, y exhalar el alma hacia Dios pronunciando estas palabras: «*Hanc igitur oblationem.*»[1] Pero sin esperar tanta felicidad, la madre Crucifixión ha tenido una buena muerte. Ha conservado el conocimiento hasta el último instante. Nos hablaba a nosotras, y luego hablaba a los ángeles; nos ha dado sus últimas órdenes.

[1] «Esta ofrenda, pues...», primeras palabras de las oraciones preparatorias de la consagración.

Si tuvierais más fe, y hubierais podido entrar en su celda, os habría curado vuestra pierna con sólo tocarla. No hacía más que sonreír: sabía que iba a resucitar en Dios. Su muerte ha sido una gloria.

Fauchelevent creyó que concluía una oración, y dijo:

—Amén.

—Tío Fauvent, es preciso hacer la voluntad de los muertos.

La priora pasó algunas cuentas de su rosario. Fauchelevent calló. Ella prosiguió:

—He consultado sobre esta cuestión con muchos eclesiásticos que trabajan en Nuestro Señor, que se ocupan en el ejercicio de la vida clerical, y que recogen admirables frutos.

—Reverenda madre, desde aquí se oye mejor el clamor que desde el jardín.

—Además, es más que una muerta, es una santa.

—Como vos, reverenda madre.

—Dormía en su ataúd desde hace veinte años, por permiso expreso de nuestro santo padre Pío VII.

—El que coronó al em... a Bonaparte.

Para un hombre hábil como Fauchelevent, este recuerdo era desgraciado. Felizmente la priora entregada a sus pensamientos, no lo oyó. Continuó:

—¿Tío Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—San Diodoro, arzobispo de Capadocia, quiso que sobre su sepultura se escribiera esta única palabra: *Acarus* [1], que significa gusano de tierra; y así lo hizo. ¿No es verdad?

—Sí, reverenda madre.

[1] Acarus, insecto.

—El bienaventurado Mezzocane, obispo de Aquila, quiso ser inhumado bajo la horca; así se hizo.

—Es verdad.

—San Terencio, obispo de Porto, en la embocadura del Tíber, pidió que se le grabase en el sepulcro el signo que se ponía sobre la sepultura de los parricidas, con el deseo de que los transeúntes escupiesen sobre su tumba. Y así se hizo. Es necesario obedecer a los muertos.

—Así sea.

—El cuerpo de Bernardo Guidonis, nacido en Francia, cerca de Roche-Abeille, fúe trasladado a la iglesia de los dominicos de Limoges, según había dejado dispuesto y a pesar de la oposición del rey de Castilla, porque Bernardo Guidonis había sido obispo de Tuy en España. ¿Puede decirse lo contrario?

—No, reverenda madre.

—El hecho está atestiguado por Plantavit de la Fosse.

Volvieron a desgranarse algunas cuentas del rosario silenciosamente.

La priora continuó:

—Tío Fauvent, la madre Crucifixión será sepultada en el ataúd en el que ha dormido durante veinte años.

—Es justo.

—Es una continuación del sueño.

—¿La encerraré en este ataúd, y la clavaré?

—Sí.

—¿Y dejaremos a un lado la caja de las pompas fúnebres?

—Precisamente.

—Estoy a las órdenes de la muy reverenda comunidad.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—¿A clavar el ataúd? No las necesito.

—No. A bajarla.

—¿Adónde?

—A la cripta.

—¿Qué cripta?

—Debajo del altar.

Fauchelevent se sobresaltó:

—¡La cripta, debajo del altar!

—Debajo del altar.

—Pero...

—Tendréis una barra de hierro.

—Sí, pero...

—Levantaréis la piedra con la barra, por medio del anillo.

—Pero...

—Es preciso obedecer a los muertos. El deseo supremo de la madre Crucifixión, era ser enterrada en la cripta, debajo del altar de la capilla, no ir a tierra profana; morar muerta en el mismo sitio en que había rezado en vida. Así nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha mandado.

—Pero está prohibido.

—Prohibido por los hombres, ordenado por Dios.

—¿Y si se llega a saber?

—Tenemos confianza en vos.

—¡Oh!, yo soy una piedra de esta pared.

—El capítulo se ha reunido. Las madres vocales que acabo de consultar, y que están aún deliberando, han decidido que la madre Crucifixión, conforme a sus deseos, sea enterrada en su ataúd, y debajo del altar. ¡Figuraos, tío Fauvent, si se llegasen a hacer milagros aquí! ¡Qué gloria en Dios para la comunidad! Los milagros salen de las tumbas.

—Pero reverenda madre, si el agente de la comisión de salubridad...

—San Benedicto II, en materia de sepulturas, se opuso a Constantino Pongonato.

—Sin embargo, el comisario de policía...

Chonodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias bajo el imperio de Constancio, reconoce expresamente el derecho de los religiosos, a ser inhumados en religión, es decir, debajo del altar.

—Pero el inspector de la prefectura...

—El mundo no es nada ante la cruz. Martín, undécimo general de los cartujos, dio esta divisa a su orden: *Stat crux dum volvitur orbis*[1].

—Amén —dijo Fauchelevent, imperturbable en su costumbre de esquivar la cuestión siempre que oía hablar en latín.

El que ha estado sin hablar mucho tiempo, necesita un auditorio cualquiera. Cuando el retórico Gymnastoras salió de la cárcel, llevando en el cuerpo millares de dilemas y silogismos trasnochados, se paró ante el primer árbol que encontró arengándolo, y haciendo grandes esfuerzos para convencerlo. La priora, sujeta siempre al tributo del silencio, tenía demasiado lleno el cuerpo, y se levantó y exclamó con una locuacidad propia de una compuerta que se levanta:

—A mi derecha tengo a Benito, y a mi izquierda a Bernardo. ¿Quién es Bernardo? El primer abad de Claraval Fontaine en Borgoña es un país bendito por haberlo visto nacer. Su padre se llama Tecelino, y su madre Alèthe. Principió en el Cister para llegar a Claraval; fue ordenado abad por el obispo de Chalon-sur-Saône, Guillaume de Champeaux, tuvo setecientos novicios, y fundó ciento sesenta monasterios; hundió a Abelardo

1 «La cruz permanece mientras que gira el mundo.»

en el concilio de Sens en 1140, lo mismo que a Pedro de Bruys y Enrique su discípulo, y otra secta de extraviados que se llamaban los apostólicos; confundió a Arnaldo de Brescia; hizo sucumbir al monje Raúl, matador de judíos; dominó en 1148 el concilio de Reims; hizo condenar a Gilbert de la Porée, obispo de Poitiers; a Eon de l'Étoile; arregló las diferencias de los príncipes; iluminó al rey Luis el Joven; aconsejó al papa Eugenio III; arregló el Temple; predicó la cruzada; hizo doscientos cincuenta milagros en vida, y treinta y nueve en un solo día. ¿Quién es Benito? El patriarca de Monte Cassino; el segundo fundador de la santidad claustral, el Basilio del occidente. De su orden, han salido cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices; cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y subsiste aún después de mil cuatrocientos años[1].

»¡De un lado san Bernardo; de otro el agente de la salubridad! ¡De un lado san Benito; de otro el inspector de las calles! El estado, la policía urbana, las pompas fúnebres, los reglamentos, las administraciones, ¿qué tenemos que ver con esto? Cualquiera se indignaría al ver cómo se nos trata. Ni siquiera tenemos el derecho de dar nuestras cenizas a Jesucristo. Vuestra salubridad es una invención revolucionaria. Dios subordinado al comisario de policía; tal es este siglo. ¡Silencio, Fauvent!

1 San Basilio, que vivió en el siglo IV, redactó una regla de vida monástica, adquirida por san Benito y observada, aún hoy, por los monjes orientales. Las cifras que siguen, son exageradas: hubo una veintena de papas benedictinos. y no cuarenta, etc. Por otra parte, a principios del siglo XIX, la orden se fundó en los inicios del siglo VI, no tiene una antigüedad de 1300 años. Pero, no nos metamos más con la priora y Victor Hugo.

Fauchelevent, bajo esta ducha, no estaba muy a gusto. La priora continuó:

—El derecho del monasterio a la sepultura no es dudoso para nadie. No pueden negarlo más que los fanáticos y los extraviados.

»Vivimos en unos tiempos de horrible confusión. Ignoramos lo que es preciso saber, y sabemos lo que es preciso ignorar. Dominan la ignorancia y la impiedad. Y en esta época las gentes que no distinguen entre el grandísimo san Bernardo, y el Bernardo llamado de las pobres católicas, infeliz eclesiástico que vivía en el siglo XIII. Otros blasfeman hasta el punto de comparar el cadalso de Luis XVI, con la cruz de Jesucristo. Luis XVI, no era más que un rey. Tengamos cuidado con Dios. No hay ya nada justo ni injusto. Se sabe el nombre de Voltaire, y no se sabe el de César de Bus. No obstante, César de Bus es un bienaventurado, y Voltaire es un desgraciado. El último arzobispo, el cardenal Périgord, ni siquiera sabía que Carlos de Condren sucedió a Bérulle, y François Bourgoin a Condren, y Jean François Senault a Bourgoin, y el padre Santa Marta a Jean François Senault [1]. Se sabe el nombre del padre Coton, no porque fue uno de los tres que contribuyeron a la fundación del oratorio, sino porque fue motivo de juramentos para el rey hugonote Enrique IV. La causa de que Francisco de Sales pareciese amable a la gente del siglo, es que sabía hacer juegos de manos. Además se ataca a la religión, y, ¿por qué? Porque ha habido malos sacerdotes; porque Sagitario, obispo de Gap, era hermano de Salone, obispo de Embrun, y ambos siguieron a Mommol. ¿Y qué importa esto? ¿Acaso impide que Mar-

1 Bérulle, Condren, Bourgoin, Senault, Santa Marta, generales del oratorio en el orden de su sucesión de la fundación (1613), hasta el final del siglo XVII.

tín de Tours fuese un santo y diese la mitad de su capa a un pobre? Se persigue a los santos; se cierran los ojos a la verdad; se hace de las tinieblas una costumbre. Los animales más feroces son los que no viven. Nadie piensa en el infierno para nada bueno. ¡Oh, pícaro pueblo! Por el rey, significa hoy por la revolución. No se sabe lo que se debe ni a los vivos ni a los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es un asunto civil. Esto causa horror. San León II, escribió dos cartas: una a Pierre Notaire, otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar las cuestiones que tocan a los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Châlons, se opuso en la cuestión a Othon, duque de Borgoña. La antigua magistratura estaba conforme con esto. En otro tiempo, teníamos voz en el capítulo, aun antes de las cosas del siglo. El abad del Cister, general de la orden, era consejero nato del parlamento de Borgoña. Hacíamos de nuestros muertos lo que queríamos. ¿Es que el cuerpo del mismo san Benito, no está en Francia, en la abadía de Fleury, llamada de San Benito del Loire, aunque murió en Italia, en Monte Cassino, un sábado [1], el 21 de marzo del año 543? Todo esto es incontestable. Aborrezco a los herejes, pero odiaría más aún a quien sostuviese lo contrario. Basta con leer a Arnoul Wion, Gabriel Bucelin, Trithème, Maurolico, py a Luc d'Achery [2].

La priora respiró, y luego se volvió hacia Fauchelevent:

[1] Fecha en la cual la iglesia católica celebra su fiesta.

[2] Gabriel Bucelin, autor benedictino del siglo XVII.
Jean Thithème, benedictino alemán (1462-1516).
Maurolicus (o Maurolico), sabio del siglo XVI.
Don Luc d' Achery, autor benedictino del *Acta Sanctorum ordinis S. Benedicti*, aparecida en nueve volúmenes de 1668 a 1701.

—Tío Fauvent, ¿está dicho?

—Dicho está, reverenda madre.

—¿Puedo contar con vos?

—Obedeceré.

—Está bien.

—Estoy enteramente consagrado al convento.

—Pues quedamos entendidos. Cerraréis el ataúd. Las hermanas lo llevarán a la capilla. Se dirá el oficio de los muertos. Luego volverán al claustro. Entre las once y medianoche, vendréis con vuestra barra de hierro. Todo sucederá en el mayor secreto. En la capilla sólo estarán las cuatro madres cantoras, la madre Ascensión y vos.

—Y la hermana que está en el poste.

—No se volverá.

—Pero oirá.

—No escuchará. Además, lo que sabe el claustro, lo ignora el mundo.

Hubo una nueva pausa. La priora prosiguió:

—Os quitaréis la campanilla. No es necesario que la monja que esté en el poste, reconozca que estáis allí.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué, tío Fauvent?

—¿Ha hecho ya su visita el médico de los muertos?

—La hará hoy a las cuatro. Se ha dado el toque que manda llamarlo. ¿Pero no oís ningún toque?.

—No presto atención más que al mío.

—Bien hecho, tío Fauvent.

—Reverenda madre, será precisa una palanca lo menos de seis pies.

—¿De dónde la sacaréis?

—Donde hay rejas no faltan barras de hierro. Tengo un montón de hierros en un rincón del jardín.

—Tres cuartos de hora antes de medianoche; no lo olvidéis.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué?

—Si alguna vez tuvieseis que hacer cosas como ésta, mi hermano es muy fuerte. ¡Es un atleta!

—Lo haréis lo más pronto posible.

—Yo no puedo ir múy de prisa. Estoy delicado; por esto me vendría bien una ayuda. Cojeo.

—El ser cojo no es una desgracia; tal vez es una bendición. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio, y restableció a Benedicto VIII, tiene dos sobrenombres: El Santo y El Cojo [1].

—Es muy bueno esto de tener dos sobretodos —murmuró Fauchelevent, que en realidad, tenía el oído un poco duro.

—Tío Fauvent, estoy pensando en que debemos tomarnos una hora entera; y no será demasiado. Estaréis al lado del altar mayor con la barra de hierro, a las once. El oficio empezará a medianoche. Es preciso que todo haya terminado un cuarto de hora antes.

—Todo lo haré para probar mi celo a la comunidad. Está dicho. Clavaré el ataúd. A las once en punto estaré en la capilla. Las madres cantoras estarán ya allí, así como la madre Ascensión. Dos hombres valdrían mucho más. Pero, en fin, no importa; llevaré mi palanca. Abriremos la cripta, bajaremos el féretro, y volveremos a cerrar la cripta. Después de ello, no quedará rastro alguno. El gobierno ni lo sospechará. Reverenda madre, ¿todo está arreglado así?

—No.

—¿Qué falta, pues?

—Falta la caja vacía.

1 San Enrique II, emperador de 1014 a 1024, curado milagrosamente en Monte Cassino por la intercesión de san Benito, quiso hacerse benedictino.

Esto produjo una pausa. Fauchelevent meditaba; la priora meditaba.

—Tío Fauvent, ¿qué haremos del ataúd?

—Lo enterraremos.

—¿Vacío?

Otro silencio. Fauchelevent hizo con la mano izquierda, esta especie de movimiento que parece dar por terminada una cuestión enfadosa.

—Reverenda madre, yo soy el que ha de clavar la caja en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo, y cubriré el ataúd con el paño mortuorio.

—Sí, pero los mozos al llevarlo al carro, y bajarlo a la fosa, comprenderán enseguida que no tiene nada dentro.

—¡Ah! ¡di. . .! —exclamó Fauchelevent.

La priora se santiguó y miró fijamente al jardinero. El habla se le quedó en la garganta.

Se apresuró a improvisar una salida, para hacer olvidar el juramento.

—Reverenda madre, echaré tierra en la caja, y hará el mismo efecto que si dentro llevara un cuerpo.

—Tenéis razón. La tierra y el hombre, son una misma cosa. ¿De modo que arreglaréis el ataúd vacío?

—Lo haré.

El rostro de la priora, hasta entonces turbado y sombrío, se serenó. Hizo al jardinero la señal del superior que despide al inferior, y Fauchelevent se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a salir, la priora elevó dulcemente la voz.

—Tío Fauvent, estoy contenta de vos; mañana, después del entierro, traedme a vuestro hermano, y decidle que traiga a la niña.

IV

De donde parece que Jean Valjean ha leído a Agustín Castillejo[1]

Los pasos de un cojo, son como las miradas de un tuerto; no llegan pronto al punto a que se dirigen. Además, Fauchelevent, estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en regresar a la barraca del jardín. Cosette se había despertado. Jean Valjean la había sentado cerca del fuego. En el momento en que Fauchelevent entró, Jean Valjean le mostraba la cesta del jardinero que pendía de la pared, y le decía:

—Escúchame bien, mi pequeña Cosette. Es preciso que salgamos de esta casa, pero volveremos y estaremos muy bien aquí. Este buen hombre te llevará sobre su espalda, ahí dentro. Tú me esperarás en casa de una señora. Iré a buscarte allí. ¡Sobre todo, si no quieres que la Thénardier te atrape, obedece y no repliques nada!

Cosette hizo un grave movimiento de cabeza.

[1] Agustín Castillejo parece ser una invención de Víctor Hugo. En el siglo XVI, hubo un poeta español de este apellido, pero llamado Christovel; y no era monje.

Al ruido que hizo Fauchelevent al empujar la puerta, Jean Valjean se volvió.

—¿Y qué?

—Todo está arreglado, y nada lo está —dijo Fauchelevent—. Tengo ya permiso para haceros entrar; pero antes de esto, es preciso haceros salir. Ahí está el atasco de la carreta. En cuanto a la niña, es fácil.

—¿La llevaréis?

—¿Se callará?

—Respondo de ello.

—Pero, ¿y vos, tío Madeleine?

Y tras un silencio lleno de ansiedad, Fauchelevent exclamó:

—¡Pero salid por donde habéis entrado!

Jean Valjean, como la primera vez, se limitó a responder:

—Imposible.

Fauchelevent, hablando más bien consigo mismo que con Jean Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que pondría tierra dentro de la caja; y ahora pienso que llevando tierra en vez de un cuerpo no se confundirá, sino que se moverá, se correrá; los hombres se darán cuenta. Y ya comprenderéis, señor Madeleine, que los agentes del gobierno lo sabrán.

Jean Valjean lo miró atentamente, creyendo que deliraba.

Fauchelevent, continuó:

—¿Cómo diantres vais a salir? ¡Y es preciso que todo quede hecho mañana! Porque mañana os he de presentar. La priora os espera.

Entonces explicó a Jean Valjean que era una recompensa por un servicio que él, Fauchelevent, hacía a la comunidad. Que en sus atribuciones entraba algo de

sepulturero; que clavaba el ataúd y ayudaba al enterrador del cementerio; que la religiosa que había muerto al amanecer había solicitado ser enterrada en el féretro que le servía de lecho y sepultada en la cripta debajo del altar de la capilla. Que esto estaba prohibido por los reglamentos de la policía, pero que era una de aquellas personas a quienes nada puede negarse. Que la priora y las madres vocales creían que debían cumplir los deseos de la difunta. Que tanto peor para el gobierno. Que clavaría el ataúd en la celda, levantaría la losa de la capilla, y bajaría el cuerpo a la cripta. Y que para agradecérselo, la priora admitía en su casa a su hermano en calidad de jardinero, y a su sobrina como pensionista. Que su hermano era el señor Madeleine, y que su sobrina era Cosette. Que la priora le había dicho que llevase a su hermano al día siguiente por la tarde, después del falso entierro en el cementerio. Pero no podía traer de fuera al señor Madeleine, si el señor Madeleine no estaba antes fuera. Aquí estaba la primera dificultad. Y luego quedaba aún otra: el ataúd vacío.

—¿Qué es esto del ataúd vacío? —preguntó Jean Valjean.

Fauchelevent respondió:

—El ataúd de la administración.

—¿Qué ataúd? ¿Y qué administración?

—Una religiosa muere. El médico de la municipalidad viene y dice: hay una religiosa muerta, el gobierno envía un ataúd. Al día siguiente envía un carro fúnebre, y los sepultureros, que cogen el ataúd y lo llevan al cementerio. Vendrán los sepultureros, levantarán la caja, y no habrá nada dentro.

—Pues meted cualquier cosa.

—¿Un muerto? No lo tengo.

—No.

—¿Pues qué?

—Un vivo.

—¿Qué vivo?

—Yo —dijo Jean Valjean.

Fauchelevent, que estaba sentado, se levantó como si hubiese estallado un petardo debajo de su silla.

—¡Vos!

—¿Por qué no?

Jean Valjean se sonrió con una de estas sonrisas que parecían un relámpago en un cielo de invierno.

—Sabéis, Fauchelevent que habéis dicho: la madre Crucifixión ha muerto, y que yo he añadido: el señor Madeleine está enterrado. Pues eso es.

—¡Ah, os reís! No habláis seriamente.

—Muy seriamente. ¿Es preciso salir de aquí?

—Sin duda alguna.

—Os he dicho que busquéis también para mí, una cesta y una tapa.

—¿Y qué?

—La cesta será de abeto, y la tapa, será un paño negro.

—Primero un paño blanco; a las religiosas se las entierra de blanco.

—Vaya por el paño blanco.

—No sois un hombre como los demás, tío Madeleine.

Fauchelevent ante esta ocurrencia, que era uno de los salvajes y temerarios proyectos del presidio [1], surgiendo de las cosas pacíficas que lo rodean, y mezclándose con lo que él llamaba «la monotonía de la vida del convento»,

[1] A falta del imaginario Castillejo, quizá es como lo sugiere Edmont-Benoit-Levy (*Los miserables* de Víctor Hugo, p. 88), el Montecristo (1844-1845), de Alejandro Dumas, que ha inspirado «tales imaginaciones» al autor de *Los miserables*. En la novela de Dumas se ve, en efecto, a Dantes evadirse en un sudario del castillo de If.

sentía un estupor comparable al de un transeúnte que viera una gaviota metiendo el pico para pescar en el arroyo de la calle Saint-Denis.

Jean Valjean prosiguió:

—Se trata de salir de aquí sin ser visto. Es un medio. Pero antes, informadme. ¿Cómo se hace todo? ¿Dónde está ese ataúd?

—¿El que está vacío?

—Sí.

—Abajo, en lo que se llama la sala de los muertos. Está sobre dos caballetes, y debajo del paño mortuorio.

—¿Qué longitud tiene la caja?

—Seis pies.

—¿Y qué es la sala de los muertos?

—Es una sala de la planta baja, que tiene una ventana con reja al jardín, y que se cierra por dentro, con un postigo y dos puertas; una de ellas da al convento, la otra a la iglesia.

—¿Qué iglesia?

—La iglesia de la calle, la iglesia de todo el mundo.

—¿Tenéis llaves de estas dos puertas?

—No. Tengo la llave de la puerta que comunica con el convento; el portero tiene la de la puerta que comunica con la iglesia.

—¿Y cuándo abre esta puerta el portero?

—Únicamente para dejar entrar a los sepultureros que vienen a buscar el ataúd. Una vez que ha salido, la puerta vuelve a cerrarse.

—¿Quién clava el ataúd?

—Yo.

—¿Quién pone el paño encima?

—Yo.

—¿Estáis solo?

—Ningún otro hombre, excepto el médico de la policía, puede entrar en la sala de las muertas. Así está escrito en la pared.

—¿Podríais esta noche, cuando todos duermen en el convento, ocultarme en esta sala?

—No. Pero puedo ocultaros en un cuartito oscuro que da a la sala de las muertas, donde yo tengo mis herramientas de enterrar, y cuya llave tengo.

—¿A qué hora vendrá el carro fúnebre a buscar el ataúd, mañana?

—Hacia las tres de la tarde. El entierro se efectúa en el cementerio Vaugirard, un poco antes de la noche. No está cerca.

—Estaré escondido en vuestro cuartito de herramientas toda la noche, y toda la mañana. ¿Y comer? Tendré hambre.

—Os traeré algo.

—Podéis ir a encerrarme en el ataúd a las dos.

Fauchelevent retrocedió chasqueando los dedos.

—¡Pero, esto es imposible!

—¡Bah! Coged un martillo, y clavar unos clavos en una tabla.

Lo que parecía extraordinariamente inaudito a Fauchelevent, era muy sencillo, para Jean Valjean, que había atravesado peores escollos. El que ha estado en presidio, sabe el arte de encogerse según el diámetro que permite la evasión. El primero está sujeto a la fuga, como el enfermo a la crisis que lo salva o lo pierde. Una evasión es una curación. ¿Y qué es lo que no se hace para curarse? Hacerse encerrar y llevar en un cajón como un fardo, vivir en una caja, encontrar aire donde no lo hay, economizar la respiración horas enteras, saber asfixiarse sin morir; todo esto era uno de los sombríos talentos de Jean Valjean.

Por lo demás, un ataúd con un hombre vivo, es una estratagema de presidiario, y también un expediente de emperador. Si hay que dar crédito al monje Agustín Castillejo, éste fue el medio de que se valió Carlos V para ver por última vez a Blomberg después de su abdicación, para hacerla entrar y salir del monasterio de Yuste.

Fauchelevent, un poco tranquilizado, preguntó:

—¿Cómo os las arreglaréis para respirar?

—Ya respiraré.

—¡En aquella caja! Sólo con pensar en ello, me ahogo.

—Buscaréis un pequeño barreno, haréis algunos agujeritos alrededor de la caja, y clavaréis sin apretar la tabla de encima.

—¡Bien! ¿Y si se os ocurre toser o estornudar?

—El que se evade, no tose ni estornuda.

Y Jean Valjean añadió:

—Tío Fauchelevent, es preciso decidirse: o ser descubierto aquí, o salir en el carro fúnebre.

Todo el mundo ha observado la afición de los gatos, a detenerse al pasar por entre las hojas de una puerta entreabierta. ¿Quién no ha dicho a un gato: «¡Pero entra, animal!»? Hay hombres que cuando tienen un dilema abierto ante sí, tienen también inclinación a permanecer indecisos entre dos resoluciones, temiendo que los aplaste el destino si cierran bruscamente la aventura. Los más prudentes, por más gatos que sean, y precisamente porque son gatos, corren alguna vez más peligro que los audaces. Fauchelevent era de esta naturaleza indecisa. Sin embargo, la serenidad de Jean Valjean lo dominó a pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que no hay otro medio.

Jean Valjean continuó:

—Lo único que me inquieta es lo qué sucederá en el cementerio.

—Pues esto es justamente lo que a mí no me preocupa —afirmó Fauchelevent—. Si tenéis la seguridad de poder salir de la caja, yo tengo la seguridad de poder sacaros de la fosa. El enterrador es un borracho amigo mío, el tío Mestienne. Un viejo de cepa vieja. El enterrador mete a los muertos en la fosa, y yo meto al enterrador en mi bolsillo. Voy a deciros lo que sucederá. Llegamos un poco antes de la noche: tres cuartos de hora antes de que cierren la verja del cementerio. El carro llega hasta la sepultura, y yo lo sigo porque es mi obligación. En mi bolsillo llevaré un martillo, unas tijeras y unas tenazas. Se detiene el carro, los sepultureros atan una cuerda al ataúd y os bajan a la sepultura. El cura reza las oraciones, hace la señal de la cruz, echa agua bendita, y se va. Me quedo yo solo con el tío Mestienne, que como os he dicho es mi amigo. Entonces suceden dos cosas, o está borracho, o no está borracho. Si no lo está le digo «Ven a echar una copa mientras está aún abierto el "Buen Membrillo".» Me lo llevo, y lo emborracho; no es difícil emborrachar al tío Mestienne, porque siempre tiene principios de borrachera; lo dejo debajo de la mesa, le cojo su cédula para volver a entrar en el cementerio, y me vuelvo solo. Entonces, ya no tenéis que ver más que conmigo. Si está borracho, le digo: «Anda, yo haré tu trabajo.» Se va, y yo os saco del agujero.

Jean Valjean le tendió la mano, y Fauchelevent se precipitó hacia ella con tierna efusión.

—Está convenido, tío Fauchelevent. Todo saldrá bien.

«Con tal de que nada salga mal —pensó Fauchelevent—. ¡Qué horrible sería!»

V

No basta con ser borracho para ser inmortal

Al día siguiente, cuando declinaba el sol, los pocos paseantes del bulevard del Maine se quitaban el sombrero al paso de un coche fúnebre antiguo, adornado con calaveras, tibias y lágrimas. En el coche fúnebre había un ataúd cubierto de un manto blanco en el que brillaba una gran cruz negra, semejante a un esqueleto con los brazos colgando. Un coche enlutado en el que iba un cura con sobrepelliza, y un monaguillo con sotana roja seguía al coche fúnebre, a cuyos lados, marchaban dos sepultureros en traje gris con adornos negros. Detrás iba un viejo con traje de pueblo y cojeando. El entierro, se dirigía al cementerio de Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veía salir el mango de un martillo, un escoplo, y las puntas de unas tenazas.

El cementerio de Vaugirard era una excepción entre los demás cementerios de París. Tenía, por decirlo así, sus costumbres particulares, lo mismo que tenía su puerta cochera, y puerta pequeña, llamadas en el barrio, por

los viejos siempre apegados a las palabras viejas, la puerta noble, y la puerta plebeya.

Las bernardas-benedictinas del Petit-Picpus, habían conseguido, según hemos dicho, ser enterradas en un rincón aparte, y al atardecer, en un terreno que había pertenecido antiguamente a su comunidad. Los sepultureros tenían una disciplina también particular para hacer sus servicios en el cementerio, por la tarde en verano, y de noche en el invierno. Los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol; y siendo ésta una medida de orden municipal, el cementerio Vaugirard estaba sometido a ella lo mismo que otro cualquiera. La puerta noble y la puerta plebeya, eran dos verjas contiguas, situadas a los lados de un pabellón construido por el arquitecto Perronnet, donde vivía el guarda del cementerio. Estas verjas giraban inexorablemente sobre sus goznes, en el momento en que el sol desaparecía tras la cúpula de los Inválidos. Si se había quedado dentro un sepulturero, no tenía más que un medio para salir, y era entregar su cédula de enterrador, expedida por el administrador de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón como los de las estafetas; el sepulturero echaba en él su cédula; el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda, y abría la puerta plebeya. Si el sepulturero no tenía cédula, decía su nombre, y el guarda, que solía hallarse acostado o dormido, se levantaba, examinaba al sepulturero, le abría la puerta con llave, y el sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.

Este cementerio, que con sus privilegios rompía la uniformidad administrativa, fue suprimido poco después de 1830. El cementerio de Montparnasse, llamado cementerio del este, lo sucedió y heredó la famosa taberna medianera con él, que tenía una muestra con membrillo

pintado, y formaba ángulo por un lado con las mesas de los bebedores, y por otro con los nichos, ostentando esta inscripción: «Al Buen Membrillo».

El cementerio Vaugirard era lo que podía llamarse un cementerio gastado. Había caído en desuso. Lo invadía la hierba, y lo abandonaban las flores; las personas de la clase media, se guardaban muy bien de ser enterrados en Vaugirard: olía a pobre. El cementerio del padre Lachaise ¡ya era otra cosa! Ser enterrado en el cementerio del padre Lachaise era como tener muebles de caoba. En esto se conocía la elegancia. El cementerio de Vaugirard era un recinto venerable, plantado como los antiguos jardines franceses. Había avenidas rectas, bojes, tuyas, acebos, sepulcros a la sombra de algunos tejos, y la hierba muy alta. La noche era trágica en aquel lugar, que tenía muchos aspectos lúgubres.

Aún no se había puesto el sol, cuando el coche fúnebre cubierto del paño blanco y con la crũz negra entró en la avenida del cementerio Vaugirard. El hombre cojo que lo seguían, no era otro que Fauchelevent.

El entierro de la madre Crucifixión en la cripta bajo el altar del convento, es para nosotros una cosa muy venial. Es una de esas faltas que se parecen mucho a un deber. Las religiosas lo habían cumplido, no solamente sin turbación, sino con el aplauso de su conciencia. En el claustro, lo que se llama «el gobierno» no es más que una intrusión de la autoridad; intrusión, siempre discutible. Lo primero es la regla; en cuanto al código, ya se verá. ¡Hombres, haced cuantas leyes queráis, pero guardáoslas para vosotros! El tributo que se paga al César, no es más que el resto de lo que se paga a Dios. Un príncipe no es nada ante un principio.

Fauchelevent iba cojeando muy contento detrás del carro. Sus dos misterios, sus dos complots gemelos, uno

con las religiosas, y el otro con el señor Madeleine, uno en pro del convento, y otro en contra, habían sido igualmente felices. La serenidad de Jean Valjean emanaba una poderosa tranquilidad que se comunicaba a los demás. Fauchelevent no dudaba del triunfo, porque lo que quedaba por hacer no era ya nada. En dos años había emborrachado diez veces al sepulturero, al bueno del tío Mestienne, que era un pobre hombre. Hacía de él lo que quería. Le adornaba la cabeza a su gusto; y la cabeza de Mestienne se ajustaba al gorro de Fauchelevent. Su confianza era, pues, completa.

Cuando el convoy fúnebre entraba en la avenida que conducía directamente al cementerio, Fauchelevent, lleno de satisfacción, contempló el coche fúnebre, y dijo a media voz, frotando sus gruesas manos:

—¡Vaya una farsa!

Paróse el carro; había llegado a la verja. Era preciso exhibir la licencia de entierro. El hombre de las pompas fúnebres se adelantó a hablar con el portero del cementerio. Durante este coloquio, que produjo una pausa de dos o tres minutos, alguien, un desconocido fue a colocarse detrás del carro, al lado de Fauchelevent. Era una especie de obrero; llevaba una blusa con grandes bolsillos, y un azadón bajo el brazo.

Fauchelevent, fijó en él la vista.

—¿Quién sois?

El hombre respondió:

—¡El enterrador!

Fauchelevent hizo el mismo gesto que si le hubiera caído una bala de cañón en el pecho.

—¡El enterrador!

—Sí.

—¡Vos!

—Yo.

—El enterrador es el tío Mestienne.

—Era.

—¿Cómo era?

—Ha muerto.

Fauchelevent lo había previsto todo, excepto que pudiese morir un enterrador. Pero los enterradores también se mueren; a fuerza de cavar fosas para otros, cavan la suya.

Fauchelevent, se quedó estupefacto. Apenas tuvo fuerzas para tartamudear:

—¡Pero esto no es posible!

—Lo es.

—Pero —dijo débilmente—, el enterrador es el tío Mestienne.

—Después de Napoleón, Luis XVIII. Después de Mestienne, Gribier, compañero, yo me llamo Gribier.

Fauchelevent, muy pálido, contempló al tal Gribier.

Era un hombre alto, delgado, lívido, perfectamente fúnebre. Tenía el aire de un médico desacreditado, convertido en enterrador.

Fauchelevent, se echó a reír.

—¡Ah! ¡Qué cosas tan graciosas suceden! El tío Mestienne ha muerto. ¡El tío Mestienne ha muerto, pero vive el tío Lenoir! ¿Sabéis quién es el tío Lenoir? ¡Es la bota de tinto sobre el mostrador! ¡Es la bota de Suresnes, caramba! Del verdadero Suresnes de París. ¡Vaya, conque el pobre Mestienne ha muerto! ¡Lo siento! Era un buen sujeto. ¿No es verdad, camarada? Iremos juntos a echar un trago enseguida.

El hombre respondió:

—Yo he estudiado cuatro años. No bebo nunca.

El carro fúnebre había vuelto a ponerse en marcha, y rodaba por la gran avenida del cementerio.

Fauchelevent había acortado el paso; cojeaba más bien de ansiedad, que por necesidad.

El enterrador andaba delante de él.

Fauchelevent examinó de nuevo al inesperado Gribier.

Era uno de estos hombres que siendo jóvenes, parecen viejos, y que son muy fuertes, a pesar de su delgadez.

—¡Camarada! —gritó Fauchelevent.

El hombre se volvió.

—Yo soy el sepulturero del convento.

—Mi colega —dijo el hombre.

Fauchelevent iletrado, pero muy fino, comprendió que tenía que habérselas con un hombre temible, con un hombre hábil en la conversación.

Gruñó:

—Así que el tío Mestienne ha muerto.

—Completamente. El buen Dios, consultó su cuaderno de vencimientos, y vio que le había llegado el turno al tío Mestienne. El tío Mestienne ha muerto.

Fauchelevent respondió maquinalmente:

—El buen Dios...

—El buen Dios —dijo el hombre con autoridad—. Para los filósofos, el Padre Eterno; para los jacobinos, el Ser Supremo.

—¿Seremos amigos? —balbució Fauchelevent.

—Ya lo somos. Vos sois provinciano, y yo soy parisiense.

—Dos no son amigos hasta que no beben juntos. El que vacía su vaso, vacía su corazón. Vais a venir a beber conmigo. A esto nadie se niega.

—Primero es la obligación.

Fauchelevent pensó: «Estoy perdido.»

Sólo faltaban ya algunos pasos para llegar a la calle que conducía al rincón de las monjas.

El sepulturero repitió:

—Provinciano, tengo siete bocas que alimentar. Como es preciso que ellas coman, yo no puedo beber.

Y añadió, con la satisfacción del que inventa una máxima:

—Su hambre es enemiga de mi sed.

El coche dio la vuelta a un plantío de cipreses, y dejó la avenida ancha; atravesó otra más estrecha, entró en el terreno inculto, y después en la maleza. Esto indicaba la inmediata proximidad de la sepultura. Fauchelevent acortaba su paso, pero no podía retener al carro. Felizmente, la tierra removida y mojada por las lluvias de invierno, se pegaba a las ruedas, y retardaba la marcha.

Se acercó al enterrador.

—Hay muy buen vino de Argenteuil —murmuró Fauchelevent.

—Provinciano —dijo el hombre—, yo no debería ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me destinaba a la literatura. Pero tuvimos desgracias: mi padre tuvo algunas pérdidas en la bolsa. He debido renunciar a ser autor. Sin embargo, soy todavía escribiente público.

—¿Luego no sois enterrador? —inquirió Fauchelevent agarrándose a esta rama demasiado débil.

—Lo uno no impide lo otro. Acumulo las dos profesiones.

Fauchelevent no comprendió estas últimas palabras.

—Vamos a beber —dijo.

Aquí es preciso hacer una observación. Fauchelevent, por más inquieto que estuviese, invitaba a beber; pero no se había fijado en un punto: ¿Quién había de pagar? Ordinariamente, era Fauchelevent el que invitaba, y Mestienne el que pagaba. Una invitación a beber, era el resultado evidente de la nueva situación creada por el nuevo enterrador, era preciso hacer esta invitación, pero

el viejo jardinero dejaba en la sombra, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de Rabelais. Fauchelevent, a pesar de su emoción, no se cuidaba de pagar.

El enterrador prosiguió, con una sonrisa de superioridad:

—Es preciso comer. He aceptado el cargo de sucesor del tío Mestienne. Cuando uno ha concluido casi sus estudios, es filósofo. He agregado al trabajo de la mano el del brazo, y tengo un puesto de memorialista en el mercado de la calle de Sèvres. ¿Sabéis dónde? En el mercado de los Paraguas. Todas las cocineras de la Cruz Roja, se dirigen a mí. Yo les escribo sus declaraciones a sus novios. Por la mañana, escribo cartas amorosas, y por la tarde, abro sepulturas. Tal es la vida, provinciano.

El coche avanzaba. Fauchelevent, en el colmo de la inquietud, miraba a todos lados. Gruesas gotas de sudor le caían de la frente.

—Pero —continüó el enterrador—, no se puede servir a dos señores. Es preciso que escoja entre la pluma y el azadón. El azadón me destroza las manos.

El coche fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche, del acompañamiento, y detrás de él el sacerdote.

Una de las ruedas delanteras subía un poco sobre un montón de tierra; un poco más allá, se veía una fosa abierta.

—¡Vaya una broma! —dijo Fauchelevent, consternado.

VI

Entre cuatro tablas

¿Quién estaba en el ataúd? Ya lo sabemos, Jean Valjean.

Jean Valjean se había arreglado para vivir allí dentro, y apenas respiraba.

Es ciertamente extraño considerar hasta qué punto nos da la seguridad de todo, la seguridad de la conciencia. Toda la combinación ideada por Jean Valjean, iba, e iba perfectamente desde la víspera. Jean Valjean, contaba, como Fauchelevent, con el tío Mestienne. No tenía duda alguna acerca del final de la aventura. Imposible hallar situación más crítica, y tranquilidad más completa.

Las cuatro tablas del ataúd desprendían una especie de paz terrible. Parecía que la tranquilidad de Jean Valjean, tenían algo de la tranquilidad de la muerte.

Desde el fondo del ataúd, había seguido y seguía todas las fases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco después que Fauchelevent hubo terminado de clavar la tapa del ataúd, Jean Valjean sintió que lo lleva-

ban, y luego que rodaba. Conoció también, por la suavidad del movimiento, que pasaba del empedrado a la arena, es decir, que salía de las calles, y entraba en el camino: al oír un ruido sordo, adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz; en la primera parada, supo que entraba en el cementerio; en la segunda, se dijo: Aquí está el hoyo.

Sintió que cogían bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas; se dio cuenta de que era una cuerda que anudaban alrededor del féretro, para bajarlo a la fosa. Después sintió una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habían dejado bascular el ataúd, y habían bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en sí, y sintióse en posición horizontal e inmóvil. Acababa de tocar el fondo.

Sintió una especie de frío.

Oyóse sobre su cabeza, una voz glacial y solemne, y escuchó cómo eran pronunciadas, tan lentamente que podía oírlas, palabras en latín que no comprendió:

—*Qui dormiunt in terrae pulvere, evigilabunt; allii in vitam aeternam, et allii in opprobium, ut videant semper* [1].

Una voz de niño, dijo:

—*De profundis.*

La voz grave, continuó:

—*Requiem aeternam dona ei, Domine* [2].

1 «Los que duermen en el polvo de la tierra, se despertarán; unos, para la vida eterna, otros, para la vergüenza, para que vean siempre. . .»
Esta fórmula no figura en el ritual de la inhumación. La liturgia de Víctor Hugo es bastante fantástica, como se ve por el responso que pone en boca del monaguillo: «De profundis», palabras que son, en realidad, el principio de un salmo; pero no pueden constituir por sí solas una respuesta con algún sentido.

2 «Dale, Señor, el reposo eterno.»

La voz del niño, respondió:

—*Et lux perpetua luceat ei*[1].

Oyó sobre la tabla que le cubría, algo como el roce suave de algunas gotas de lluvia. Probablemente era el agua bendita.

Pensó: «Ya va acabar esto. Un poco más de paciencia. Ahora se irá el cura. Fauchelevent se llevará a Mestienne a beber. Me dejarán solo. Luego regresará Fauchelevent solo, y saldré. Será cosa de una hora.»

La voz grave, volvió a decir:

—*Requiescat in pace*[2].

Y la voz del niño dijo:

—*Amén.*

Jean Valjean, con el oído atentó, oyó un ruido como de pasos que se alejaban.

«Ya se van —pensó—. Estoy solo.»

De repente, oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció como un trueno.

Era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Cayó una segunda paletada de tierra.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruido.

Cayó una tercera paletada de tierra.

Luego una cuarta.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte.

Jean Valjean perdió el conocimiento.

1 «Y que la luz infinita, brille para ella.» Esta frase y la precedente forman parte del ritual de la inhumación. Después de haberlas pronunciado y orado el padrenuestro, el sacerdote arroja agua bendita sobre el féretro, como dice Hugo.

2 «Descanse en paz.»

VII

Donde se verá el origen de la frase: no pierdas la cédula

Veamos qué era lo que pasaba por encima del ataúd en que yacía Jean Valjean.

Cuando el carro fúnebre se alejó, cuando el sacerdote y el monaguillo hubieron subido al coche, y partieron también, Fauchelevent, que no quitaba los ojos del enterrador, lo vio inclinarse y empuñar la pala que estaba clavada verticalmente en el montón de tierra.

Entonces, Fauchelevent tomó una resolución suprema.

Se colocó entre la fosa y el enterrador, cruzó los brazos y dijo:

—¡Yo pago!

El enterrador lo miró asombrado, y respondió:

—¿El qué, provinciano?

Fauchelevent repitió:

—¡Yo pago!

—¿El qué?

—El vino.

—¿Qué vino?

—El de Argenteuil.

—¿Dónde está este Argenteuil?

—En el «Buen Membrillo».

—¡Vete al diablo! —dijo el enterrador.

Y arrojó una paletada de tierra sobre el ataúd.

Este despidió un ruido sordo. Fauchelevent se sintió tambalear, y a punto de caer en el hoyo, y gritó con una voz en la que se mezclaba la opresión de la agonía:

—¡Camarada, antes de que cierren el «Buen Membrillo»!

El enterrador, cogió una nueva paletada de tierra. Fauchelevent continuó:

—¡Yo pago!

Y cogió por el brazo al enterrador.

—Escúchame, camarada. Soy el enterrador del convento. Vengo para ayudaros. Empecemos por beber un trago. La tarea podemos dejarla para más tarde.

Y mientras hablaba, y se agarraba a esta insistencia desesperada, se hacía esta lúgubre reflexión:

«Y cuando haya bebido, ¿se emborrachará?»

—Provinciano —dijo el enterrador—, si lo queréis absolutamente, consiento en ello. Beberemos. Pero después del trabajo; antes, de ninguna manera.

Y levantó la paletada. Fauchelevent, lo detuvo.

—¡Argenteuil de a seis!

—¡Ah! —dijo el enterrador—. Sois campanero. Din don, din don; no sabéis más que decir esto. Andad, iros a tocar.

Y arrojó a la fosa la segunda paletada.

Fauchelevent llegó al momento en que un hombre ya no sabe lo que dice.

—¡Vamos a beber! —gritó—. ¡Yo soy el que paga!

—Cuando hayamos enterrado a la joven —dijo el enterrador.

Y echó la tercera paletada.

Después clavó la pala en tierra, y añadió:

—Mirad: va a hacer frío esta noche, y la muerta nos gritaría si la dejáramos sin tapar.

En este momento, al llenar la pala se encorvaba, y dejaba ver entreabierto el bolsillo de la blusa.

La mirada extraviada de Fauchelevent cayó maquinalmente sobre este bolsillo y se detuvo.

El sol aún no se había escondido en el horizonte; había aún la suficiente luz como para poder distinguir una cosa blanca en el fondo de aquel bolsillo abierto.

La pupila de Fauchelevent, despidió todo el fuego que pueden despedir unos ojos llameantes. Acababa de ocurrírsele una idea.

Sin que el enterrador, ocupado sólo en llenar la pala, lo notara, le metió la mano en el bolsillo por detrás, y sacó la cosa blanca que contenía.

El enterrador arrojó en la fosa la cuarta paletada.

En el momento en que se volvía para tomar la quinta, Fauchelevent lo contempló tranquilamente y dijo:

—¿A propósito, novato, tenéis vuestra cédula?

El enterrador se quedó parado.

—¿Qué cédula?

—El sol se va a poner.

—¿Está bien, qué importa? Es bueno que se ponga su gorro de dormir.

—La verja del cementerio se cerrará..

—¿Y qué?

—¿Tenéis la cédula?

—¡Ah, la cédula! —dijo el enterrador.

Y buscó en su bolsillo.

Después de registrar un bolsillo, registró el otro; después pasó a los del chaleco, miró el primero, y luego el segundo.

—No —dijo—, no tengo la cédula. La habré olvidado.

—Quince francos de multa —dijo Fauchelevent.

El enterrador se puso verde; el verde es la palidez de las fisonomías lívidas.

—Ay, Jesús Dios mío! —exclamó—. ¡Quince francos de multa!

—Tres napoleones —dijo Fauchelevent.

El enterrador dejó caer la pala.

Llególe el turno a Fauchelevent.

—¡Ah! —dijo Fauchelevent—. No hay que desesperarse. No se trata de suicidarse, sino de cubrir esta fosa. Quince francos, son quince francos, y aún podéis evitar pagarlos. Yo soy viejo en el oficio, y vos sois nuevo; conozco dónde las dan y dónde las toman. Voy a daros un consejo de amigo. Hay sobre todo una cosa evidente; el sol se pone, roza ya la cúpula, y el cementerio va a cerrarse dentro de cinco minutos.

—Es verdad —repuso el enterrador.

—En cinco minutos, no tenéis tiempo de cubrir la fosa, que es profunda como un demonio, y llegar a tiempo antes de que cierren la verja.

—Es verdad.

—En este caso, pagaréis quince francos de multa.

—¡Quince francos!

—Pero tenéis tiempo para... ¿Dónde vivís?

—A dos pasos de la barrera: A un cuarto de hora de aquí; en la calle Vaugirard, número 87.

—Pues tenéis tiempo, levantando bien los pies, para salir enseguida.

—Es verdad.

—Una vez fuera de la verja, corréis a vuestra casa, cogéis la cédula, volvéis, el guarda os abrirá; y como traéis la cédula, no hay multa. Enterraréis a la muerta, y yo me quedo guardándola para que no se escape.

—Os debo la vida, provinciano.

—Dejadme libre el campo —dijo Fauchelevent.

El enterrador, lleno de agradecimiento, le apretó la mano y salió corriendo.

Así que hubo desaparecido en la maleza, Fauchelevent escuchó hasta que los pasos se perdieron, y luego se inclinó hacia la fosa y dijo a media voz:

—¡Tío Madeleine!

Nadie respondió:

Fauchelevent se estremeció. Se dejó caer en la fosa, más bien bajó, y se echó sobre el ataúd, gritando:

—¿Estáis ahí?

Continuó el silencio en la tumba.

Fauchelevent, privado casi de respiración a causa de su temblor, sacó el escoplo y el martillo, e hizo saltar la tabla de la caja. Jean Valjean apareció en el crepúsculo, pálido y con los ojos cerrados.

Los cabellos de Fauchelevent se erizaron, se puso en pie, y se apoyó de espaldas en la pared de la fosa, casi cayendo sobre el ataúd. Miró a Jean Valjean.

Jean Valjean yacía pálido e inmóvil.

Fauchelevent, murmuró en voz tan baja que parecía un soplo:

—¡Está muerto!

Y enderezándose, cruzó los brazos tan violentamente, que se golpeó los hombros con ambos puños.

—¡Buen modo he tenido de salvarlo! —dijo.

Entonces, el pobre hombre se puso a sollozar y a hablar. El monólogo existe en la naturaleza, y es un error creer lo contrario. Las grandes emociones, nos hacen a menudo hablar en voz alta.

—El tío Mestienne, tiene la culpa. ¿Por qué se habrá muerto el imbécil? ¿Qué necesidad tenía de reventar, cuando tanta falta hacía? Es él quien ha hecho que el tío Madeleine muera. ¡Señor Madeleine! Está en el ataúd;

todo ha concluido. ¡Ah! ¿Es esto tener sentido común? ¡Ay, Dios mío! ¡Está muerto! ¿Y qué voy a hacer yo ahora de su niña? ¿Qué va a decir la frutera? Pero, ¿es posible, Dios mío, que un hombre como éste muera así? ¡Cuando pienso que se puso debajo de mi carreta! ¡Tío Madeleine! ¡Tío Madeleine! ¡Tío Madeleine! Se ha asfixiado, bien decía yo, pero no quiso creerme. ¡Vaya una picardía que he hecho! ¡Ha muerto este buen hombre, el mejor hombre que había entre los buenos de Dios! ¡Y su niña! ¡Yo no vuelvo allá! Me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa como esta! ¡Haber llegado a esta edad para ser dos viejos locos! Pero, ¿cómo entró en el convento? Por aquí empezó. No se deben hacer estas cosas. ¡Tío Madeleine! ¡Tío Madeleine! ¡Tío Madeleine! ¡Señor Madeleine! ¡Señor alcalde! No me oye. ¡Cómo saldremos ahora de esta!

Y se mesaba los cabellos.

Oyóse entonces a los lejos, entre los árboles, un rechinar agudo. Era la verja del cementerio que se cerraba.

Fauchelevent se inclinó sobre Jean Valjean, y de repente retrocedió con brusquedad, todo lo que era posible en una sepultura. Jean Valjean tenía los ojos abiertos, y lo miraba.

Ver una muerte es horrible, ver una resurrección no lo es menos. Fauchelevent se quedó petrificado, pálido, confuso, rendido por el exceso de emociones, no sabiendo si tenía que habérselas con un vivo o con un muerto, y mirando a Jean Valjean, que a su vez lo miraba.

—Me he dormido —dijo Jean Valjean.

Y se sentó.

Fauchelevent, cayó de rodillas.

—¡Santa Virgen! —exclamó—. ¡Me habíais asustado!

Luego se incorporó y gritó:

—¡Gracias, señor Madeleine!

Jean Valjean estaba sólo desvanecido. El aire lo había despertado.

La alegría es el reflujo del terror. Fauchelevent tuvo que hacer casi tanto como Jean Valjean para volver en sí.

—¡No habéis muerto! ¡Oh, cuánto ánimo tenéis! Os he llamado tanto que habéis despertado. Cuando os vi con los ojos cerrados, me dije: Bien, se ha asfixiado. Me hubiera vuelto loco furioso, loco de atar; me hubieran llevado a Bicêtre. ¿Qué queríais que hiciera si hubierais estado muerto? ¡Y vuestra niña! ¡La frutera no hubiera sabido nada! ¡Se le deja a la niña en los brazos, y el abuelo ha muerto! ¡Qué historia! ¡Santos del paraíso, que historia! Ah, pero vivís. Todo se acabó.

—Tengo frío —dijo Jean Valjean.

Esta palabra recordó a Fauchelevent la realidad, que era urgente. Aquellos dos hombres, aun vueltos en sí, tenían, sin saber por qué, turbado el espíritu; sentían una cosa extraña, que era el reflejo del siniestro lugar en el que se hallaban.

—¡Salgamos pronto de aquí! —exclamó Fauchelevent.

Buscó en su bolsillo, y sacó una calabacita de la que se había provisto.

—Primero un trago —dijo.

—El trago acabó lo que la brisa había empezado. Jean Valjean bebió un sorbo de aguardiente, y entró en plena posesión de sí mismo.

Salió del ataúd, y ayudó a Fauchelevent a clavar la tapa.

Tres minutos después estaban fuera del hoyo.

Fauchelevent, por lo demás, estaba tranquilo. Había calculado bien el tiempo. El cementerio estaba cerrado, y no había que temer la llegada del enterrador Gribier.

Estaría en su casa buscando la cédula sin encontrarla, porque la tenía Fauchelevent en el bolsillo. Y sin cédula no podía entrar en el cementerio.

Fauchelevent cogió la pala, y Jean Valjean el azadón, y enterraron el ataúd vacío.

Cuando la fosa estuvo llena, dijo Fauchelevent a Jean Valjean:

—Vámonos. Yo llevo la pala, llevad el azadón.

Cerraba ya la noche.

Jean Valjean encontró alguna dificultad en moverse y andar; en el ataúd se había enfriado y se había convertido un poco en cadáver. La anquilosis de la muerte había hecho presa en él entre sus cuatro tablas. Le fue necesario, por decirlo así, deshelarse del sepulcro.

—Estáis yerto —dijo Fauchelevent—. Es una lástima que yo sea cojo; podríamos correr un poco.

—¡Bah! —respondió Jean Valjean—. Cuatro pasos me bastan para dar fuerza a las piernas.

Se fueron por las mismas avenidas que antes había cruzado el carro fúnebre. Al llegar ante la verja cerrada, y el pabellón del portero, Fauchelevent, que tenía en la mano la cédula del enterrador, la arrojó a la caja, el portero tiró del cordón, la puerta se abrió y salieron.

—¡Qué bien va todo! ¡Habéis tenido una idea magnífica, tío Madeleine! —exclamó Fauchelevent.

Franquearon la barrera Vaugirard del modo más sencillo del mundo. En los alrededores de un cementerio, una pala y un azadón son un pasaporte.

La calle Vaugirard estaba desierta.

—Tío Madeleine —dijo Fauchelevent mientras andaba y alzando la vista hacia las casas—, tenéis mejor vista que yo. Enseñadme el número 87.

—Aquí está, precisamente.

—No hay nadie en la calle —respondió Fauchelevent—. Dadme el azadón y esperadme dos minutos.

Fauchelevent entró en el número 87, subió hasta arriba, guiado por el instinto que siempre conduce al pobre al granero, y llamó en la sombra, a la puerta de una buhardilla.

Una voz respondió.

—Entrad.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevent empujó la puerta. El cuarto del enterrador, era como todas estas desdichadas habitaciones, un desván sin amueblar, y lleno de trastos. Una caja de embalaje —quizá un ataúd—, servía de cómoda: una orza de manteca, hacía de fuente; una estera, de cama; el suelo hacía las veces de silla y de mesa. En un rincón sobre un harapo que era un retazo viejo de alfombra, estaba una mujer delgada, rodeada de niños que formaban un grupo confuso. Toda la habitación indicaba un gran desorden. Parecía que había habido un temblor de tierra «para uno solo». Las tapas estaban abiertas, los harapos esparcidos, el cántaro roto, la madre había llorado, los hijos habían recibido probablemente algún golpe; huellas todas de un registro riguroso y extraordinario. Conocíase que el enterrador había buscado en vano su cédula, y hecho responsable de esta pérdida a todo el mundo en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecía desesperado.

Pero Fauchelevent estaba demasiado cerca del final de la aventura, para observar el lado triste de su triunfo.

Entró pues, y dijo:

—Os traigo la pala y el azadón.

Gribier lo miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Y mañana, en casa del guarda del cementerio, encontraréis la cédula.

Y dejó la pala y el azadón en el suelo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Gribier.

—Significa que habéis dejado caer la cédula del bolsillo; que yo la he encontrado en el suelo después de que os marcharais, que he enterrado al muerto, y cubierto la fosa; que he hecho vuestro trabajo, que el guarda os dará la cédula y no pagaréis quince francos. Esto es todo, recluta.

—¡Gracias, provinciano! —exclamó Gribier, deslumbrado de alegría—. La próxima vez, seré yo quien invite a beber.

VIII

Interrogatorio logrado

Una hora más tarde, en la oscuridad de la noche, dos hombres y una niña se presentaban en el número 62 de la callejuela Picpus. El más viejo de aquellos hombres, cogió el llamador, y llamó.

Eran Fauchelevent, Jean Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido a buscar a Cosette a casa de la frutera de la calle Chemin-Vert, donde Fauchelevent la había dejado la víspera. Cosette había pasado aquellas veinticuatro horas, sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no había llorado. No había comido ni dormido. La digna frutera le había hecho cien preguntas sin obtener otra respuesta que una mirada triste, siempre la misma. Cosette no había dejado traslucir nada de lo que había visto y oído los dos últimos días. Adivinaba que estaba atravesando una crisis, y dábase cuenta de que era preciso «ser prudente». Quién no ha experimentado el terrible poder de estas tres palabras pronunciadas con un acento especial al oído de un niño asustado. ¡No digas nada! El miedo es

mudo. Además, nadie es capaz de guardar mejor un secreto que un niño.

Sólo cuando después de estas veinticuatro horas había vuelto a ver a Jean Valjean, había arrojado tal grito de alegría, que cualquier hombre pensativo, hubiera adivinado en él la salida de un abismo.

Fauchelevent era del convento, y sabía la contraseña. Todas las puertas se abrieron.

Así quedó resuelto el doble y terrible problema: salir y entrar.

El portero, que tenía ya sus instrucciones, abrió la puertecilla de servicio que comunicaba el patio y el jardín, y que hace veinte años se veía aún desde la calle en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera. El portero, introdujo a los tres por esa puerta, y desde allí, pasaron al locutorio interior reservado, donde Fauchelevent, el día anterior, había recibido las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los esperaba. Una madre vocal, con el velo bajo, estaba en pie a su lado. Una discreta vela iluminaba, o por mejor decir, hacía como que alumbraba el locutorio.

La priora examinó a Jean Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Luego preguntó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre —respondió Fauchelevent.

—¿Cómo os llamáis?

Fauchelevent respondió:

—Ultime Fauchelevent.

Había tenido, en efecto, un hermano llamado Ultime que había muerto.

—¿De qué país sois?

Fauchelevent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad tenéis?

Fauchelevent respondió:

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio?

Fauchelevent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelevent respondió:

—Todos los son en nuestra familia.

—¿Es vuestra niña?

Fauchelevent respondió:

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelevent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo a la priora a media voz:

—Responde bien.

Jean Valjean no había pronunciado ni una palabra.

La priora miró a Cosette con atención, y dijo a media voz a la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz muy baja, en el ángulo del locutorio, luego la priora se volvió y dijo:

—Tío Fauvent, buscaréis otra rodillera con campanilla. Ahora son precisas dos.

Al día siguiente, efectivamente, se oían dos campanillas en el jardín, y las religiosas no podían resistir el deseo de levantar una punta del velo. En el fondo del jardín, y bajo los árboles, se veía cavar a dos hombres, Fauchelevent y otro: acontecimiento extraordinario. El

silencio fue roto, y llegaron a decir en voz baja: «Es un ayudante de jardinero.»

Las madres vocales añadían: Es hermano del tío Fauvent.

Jean Valjean se había ya instalado formalmente: tenía su rodillera de cuero y su campanilla; era ya una cosa oficial: se llamaba Ultime Fauchelevent.

La causa más eficaz de su admisión, había sido esta observación de la priora sobre Cosette: Será fea.

Así que la priora pronunció este pronóstico, se hizo inmediatamente amiga de Cosette, y la admitió en el colegio como alumna de caridad.

Todo esto es muy lógico.

Por más que no haya espejos en el convento, las mujeres tienen conciencia de su fisonomía; y las jóvenes que se creen bonitas, no se dejan hacer monjas fácilmente; la vocación, voluntaria, está en razón inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas. De aquí proviene una viva afición a las fealdades.

Todo esta aventura, engrandeció al buen viejo Fauchelevent, que consiguió un triple triunfo: cerca de Jean Valjean a quien salvó y dio asilo; cerca del enterrador Gribier, que se decía: me ha librado de pagar una multa; cerca del convento, que gracias a él, al enterrar el féretro de la madre Crucifixión bajo el altar, eludió al César y satisfizo a Dios. Hubo un ataúd con cadáver en el Petit-Picpus, y un ataúd sin duda profundamente turbado, pero nadie lo notó. En cuanto al convento, su-gratitud a Fauchelevent, fue grande. Fauchelevent se convirtió en el mejor de los servidores, y el más precioso de los jardineros. En la siguiente visita del arzobispo, la priora contó todo a su ilustrísima, confesándose un poco, y envaneciéndose también. El arzobispo, al salir

del convento, habló de ello con elogio y en secreto al señor de Latil [1], confesor del hermano del rey, más tarde arzobispo de Reims, y cardenal. La admiración por Fauchelevent corrió, y llegó hasta Roma. Hemos visto una carta dirigida por el papá entonces reinante, León XII, a uno de sus parientes, monseñor en la nunciatura de París, y llamado Della Genga [2], como él, en la cual se lee lo siguiente: «Parece ser que hay en un convento de París, un jardinero excelente, que es un santo varón, llamado Fauven.» Pero ninguna noticia de este triunfo llegó hasta la barraca de Fauchelevent; continuó injertando, escardando, cubriendo sus melones, sin tener noticia de su excelencia y de su santidad. No tenía de su gloria más noticia que las que pudieran tener de la suya el buey de Durham o de Surrey, cuyo retrato fue publicado en el *Illustrated London News* con esta inscripción: «Buey que ha ganado el premio en la exposición de animales de cuernos.»

[1] Jean Baptiste de Latil (1761-1839). confidente del hermano del rey. Como arzobispo de Reims, consagró a Carlos X, en 1825.

[2] Annibal della Genga (1760-1829) fue papa en 1823, con el nombre de León XII.

IX
Clausura

Cosette en el convento, continó guardando silencio.

Cosette se creía sencillamente la hija de Jean Valjean. Por lo demás, nada sabía y nada podía decir, y en todo caso, no hubiera dicho nada. Acabamos de observarlo, nada enseña tanto el silencio a los niños como la desgracia. Cosette había sufrido tanto, que lo temía todo, incluso temía hablar, y respirar. ¡Cuántas veces una palabra había hecho caer sobre ella una avalancha! Pero había principiado a tranquilizarse desde que estaba con Jean Valjean. Se acostumbró pronto al convento. Únicamente echaba a menos a «Catherine», pero no se atrevía a decirlo. Sin embargo, una vez dijo a Jean Valjean:

—Padre, si lo hubiera sabido, la hubiera traído conmigo.

Cosette, al convertirse en pensionista del convento, tuvo que llevar el traje de las colegialas de la casa. Jean Valjean consiguió que le devolviesen los vestidos que dejó, es decir, el mismo traje de luto con que la vistió, cuando la sacó de las garras de los Thénardier. No esta-

ba muy usado. Jean Valjean guardó el vestido, las medias de lana y los zapatos con mucho alcanfor, y otros aromas que abundan en los conventos, en un baulito que pudo procurarse. Puso este pequeño baúl sobre una silla, cerca de su cama, y llevaba siempre la llave consigo.

—Padre —le dijo un día Cosette—, ¿qué tiene esta caja que huele tan bien?

El tío Fauchelevent, además de la gloria que acabamos de contar y que ignoró, fue recompensado por su buena acción. En primer lugar, tuvo la satisfacción de su conciencia y además, tuvo menos trabajo, al compartirlo con Jean Valjean, como le gustaba mucho el tabaco, estando al lado del tío Madeleine, tomaba triple cantidad que antes, y con mucho más placer, porque era el señor Madeleine quien pagaba.

Las religiosas no adoptaron el nombre de Ultime; llamaron a Jean Valjean, el otro Fauvent.

Si aquellas santas mujeres hubieran tenido la perspicacia de Javert habrían notado que cuando había que salir fuera para las necesidades del jardín, era siempre el mayor Fauchelevent, el viejo, el delicado, el que salía, y nunca el otro; pero, ya sea porque los ojos siempre fijos en Dios no saben espiar, ya sea porque estuviesen ocupadas preferentemente en espiarse unas a otras, no prestaron la menor atención a nada.

Jean Valjean, por lo demás, hizo muy bien en estarse quieto y no moverse. Javert estuvo vigilando el barrio por espacio de mucho más de un mes.

El convento era para Jean Valjean como una isla rodeada de abismos: aquellos cuatro muros, eran el mundo para él. Tenía bastante cielo para estar tranquilo, y tenía a Cosette para ser feliz.

Empezó, pues, para él, una vida muy tranquila.

Vivía en casa del tío Fauchelevent, en la barraca del jardín, choza de argamasa que existía aún en 1845, y se componía, como hemos dicho, de tres piezas completamente desamuebladas, que sólo tenían las paredes. El tío Fauchelevent, había cedido la principal al señor Madeleine, por más que Jean Valjean se había opuesto a ello. La pared de este cuarto, además del clavo destinado a colgar la rodillera y la cesta que usaba Fauchelevent, estaba adornada con un papel-moneda realista de 1793, pegado a la pared por encima de la chimenea. Véase el facsímile exacto [1].

Este asignado vendeano había sido puesto allí por el jardinero precedente, antiguo chuan que había muerto en el convento, y a quien había sucedido Fauchelevent.

Jean Valjean trabajaba todos los días en el jardín, y era muy útil. En su juventud, había sido podador, y no extrañaba la jardinería. El lector recordará que conocía todo género de recetas y de secretos de cultivo, y sacó partido de ellas. Casi todos los árboles del huerto eran silvestres; los injertó y les hizo dar excelentes frutos.

Cosette tenía permiso para ir todos los días a estar una hora a su lado. Como las hermanas eran tristes, y Jean Valjean era tan amable, la niña comparaba, y lo adoraba. A la hora fija, acudía a la barraca. Cuando entraba en la casucha la llenaba de alegría. Jean Valjean se explayaba y sentía crecer su dicha con la dicha de Cosette. La alegría que inspiramos tiene el doble encanto de que lejos de debilitarse con el reflejo, vuelve a nosotros más intensa. En las horas de recreo, Jean Val-

1 Ejército católico — y real. — Por el rey. — Bono trasferible en DIEZ LIBRAS para objetos suministrados al ejército — rembolsable cuando se haga la paz. — Serie 3.

jean miraba desde lejos cómo Cosette jugaba y reía, y distinguía su risa de las de las demás.

Porque ahora Cosette reía ya.

La figura de la niña, hasta cierto modo había cambiado. Había desaparecido lo sombrío. La risa es el sol; arroja el invierno del rostro humano.

Cosette, aunque seguía sin ser bonita, era encantadora. Decía cosas razonables con su dulce voz infantil.

Cuando concluía el recreo y volvía al convento, Jean Valjean miraba a las ventanas de la clase; y por la noche se levantaba para ver las ventanas del dormitorio.

Por lo demás, Dios tiene sus caminos: el convento contribuía, como Cosette, a mantener y completar en Jean Valjean la obra del obispo. Es cierto que uno de los lados de la virtud, desemboca en el orgullo; sólo está separada de él, por un puentecillo hecho por el diablo. Jean Valjean estaba quizá cerca de este puente, cuando la providencia lo llevó al convento del Petit-Picpus. Mientras no se había comparado más que con el obispo, se había creído indigno, y había sido humilde; pero desde que, hacía algún tiempo, se comparaba con los hombres, había comenzado a nacer en él el orgullo. ¿Quién sabe? Tal vez poco a poco habría concluido por volver al odio.

El convento lo detuvo en esta pendiente.

Era aquel el segundo lugar de cautividad que veía. En su juventud, en lo que había sido para él el comienzo de la vida, más tarde, muy recientemente aún, había visto, en otro, un lugar terrible, y cuyas severidades le habían parecido siempre como la iniquidad de la justicia, y el crimen de la ley. Hoy, después del presidio, veía el claustro; y pensando que había estado en el presidio, y que era espectador del claustro, los confrontaba con ansiedad en su imaginación.

Algúnas veces, se apoyaba en la pala, y descendía lentamente por la espiral sin fondo de la meditación.

Recordaba a sus antiguos compañeros, y su gran miseria; se levantaban al amanecer, y trabajaban hasta la noche; apenas les permitían dormir; se acostaban en camas de campaña, y sólo se les toleraba un colchón de dos pulgadas de grueso, en las salas que no tenían lumbre más que en los meses más crudos del año; vestían una horrible chaqueta roja, y se les permitía por gracia usar un pantalón de tela en los grandes calores, y una manta de lana en los fríos excesivos; no bebían vino, ni comían carne, sino cuando iban «al trabajo». Vivían sin nombre: sólo eran conocidos por números y estaban casi convertidos en cifras; vivían con los ojos bajos, la voz baja, los cabellos cortados, bajo la vara y la vergüenza.

Después, su espíritu se dirigía hacia los seres que tenía ante la vista.

Estos seres vivían también con los cabellos cortados, los ojos bajos, la voz baja, no en la vergüenza, sino en medio de las burlas del mundo, no con la espalda herida por el látigo, pero sí destrozada por las disciplinas. También estos seres habían perdido su nombre entre los hombres; no existían más que bajo apelaciones austeras. No comían nunca carne, ni bebían vino; permanecían muchos días en ayunas hasta la noche; iban vestidos, no con chaquetas rojas, sino con negros sudarios de lana, pesados en verano, y ligeros en invierno, sin poder quitar ni añadir nada; sin tener ni siquiera el recurso de la tela y de la lana; y durante seis meses al año, llevaban camisa de sarga, que les producían fiebre. Vivían, no en salas calentadas únicamente en los fríos rigurosos, sino en celdas en las que nunca se encendía el fuego; se acostaban, no sobre colchones de dos pulgadas de espesor, sino sobre paja. Por último, ni tan siquiera se les permitía dormir; todas

las noches, tras una jornada de trabajo, debían despertar en el cansancio del primer sueño; cuando empezaban a dormir y a calentarse debían levantarse y rezar en una capilla helada y sombría, de rodillas sobre la piedra.

En ciertos días, cada uno de estos seres, a su vez, permanecía doce horas consecutivas arrodillado sobre el mármol, o prosternado con la cara en el suelo y los brazos en cruz.

Los otros eran hombres: éstos eran mujeres.

¿Qué habían hecho aquellos hombres? Habían robado, violado, saqueado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas. ¿Qué habían hecho estas mujeres? No habían hecho nada.

De un lado, el salteamiento, el fraude, el dolor, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todas las especies de sacrilegio, todas las variedades del atentado. De otro lado, sólo una cosa: la inocencia.

La inocencia perfecta, casi llevada hasta una misteriosa asunción; unida a la tierra por la virtud, y al cielo por la santidad.

De un lado, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja. De otro, la confesión de faltas hechas en voz alta. ¡Y qué crímenes! ¡Y qué faltas!

Por un lado las miasmas, por el otro, un inefable perfume. Por un lado, una peste moral, vigilada por centinelas de vista, cercada bajo el cañón, y devorando lentamente a los pestiferados; por otro, una casta unión de todas las almas en el mismo hogar. Allí, las tinieblas, aquí la sombra; pero una sombra llena de claricidades, y unas claricidades llenas de fulgores.

Dos lugares de esclavitud; pero en el primero, es posible la libertad, un límite legal siempre vislumbrado, y luego la evasión. En el segundo, la perpetuidad; por toda

esperanza, al extremo lejano del porvenir, este resplandor de libertad que los hombres llaman muerte.

En el primero, el hombre está sólo encadenado por una cadena; en el segundo, por la fe.

¿Qué salía del primero? Una inmensa maldición, el rechinamiento de dientes, el odio, la perversidad desesperada, un grito de rabia contra la asociación humana, un sarcasmo del cielo.

¿Qué salía del segundo? La bendición y el amor.

Y en estos dos lugares tan semejantes y tan distintos, estas dos especies de seres tan diferentes cumplen una misma cosa: la expiación.

Jean Valjean comprendía muy bien la expiación de los primeros; la expiación personal, la expiación por sí mismo. Pero no comprendía la de los otros, la de estas criaturas sin reproche y sin mancha, y se preguntaba con un temblor: Expiación, ¿de qué? ¿Qué expiación?

Una voz respondía en su conciencia: La más divina de las generosidades humanas, la expiación por el prójimo.

Aquí nos reservamos toda teoría personal; no somos más que narradores; nos ponemos en el punto de vista de Jean Valjean, y traducimos sus impresiones.

Tenía ante su vista el vértice sublime de la abnegación, la cumbre más alta de la virtud; la inocencia que perdona a los hombres sus faltas y que expía en su lugar la servidumbre practicando, la tortura aceptada, el suplicio reclamado por las almas que no han pecado, para librar de él a las almas que lo han cometido: el amor de la humanidad, abismándose en el amor de Dios, pero permaneciendo distinto y suplicante; débiles seres que unen la miseria de los condenados a la sonrisa de los escogidos.

¡Y entonces recordaba que se había atrevido a quejarse!

Muchas veces, en medio de la noche, se levantaba para escuchar el canto de agradecimiento de aquellas criaturas inocentes y abrumadas de rigor, y sentía frío en las venas, al pensar que los que eran castigados con justicia no elevaban la voz hacia el cielo más que para blasfemar, y que él, miserable, había amenazado a Dios.

Y cosa extraña y que lo hacía meditar profundamente como una advertencia en voz baja de la providencia misma: Todos los esfuerzos que había hecho para salir del otro lugar de la expiación, el escalamiento, la ruptura de la prisión, la aventura aceptada hasta la muerte, la ascención difícil y dura, todos estos esfuerzos, había tenido que hacerlos igualmente para entrar en este segundo lugar. ¿Era acaso éste el símbolo de su destino?

Aquella casa también era una prisión, y se parecía lúgubremente a la otra casa de la que había huido; y, sin embargo, nunca se le había ocurrido esta semejanza.

Veía allí rejas, cerrojos, barras de hierro, ¿para guardar a quién? A unos ángeles.

Estos altos muros, que había visto alrededor de tigres, los volvía a ver alrededor de corderos.

Era un lugar de expiación, y no de castigo; y no obstante, era más austero aún, más triste y más implacable que el otro. Estas vírgenes estaban más oprimidas que los presidiarios. Un viento frío y rudo, este viento que había helado su juventud, atravesaba la fosa enrejada y encadenada de los buitres; una brisa más áspera y más dolorosa, soplaba en la jaula de las palomas.

¿Por qué?

Cuando pensaba en estas cosas, su espíritu se abismaba en el misterio de la sublimidad.

En estas meditaciones, desaparecía el orgullo. Dio toda clase de vueltas sobre sí mismo, y conoció que era malo y lloró muchas veces. Todo lo que había sentido en

su alma en seis meses, lo llevaba de nuevo a las santas máximas del obispo. Cosette, por el amor; el convento, por la humildad.

Algunas veces, a la caída de la tarde, en el crepúsculo, en la hora en que el jardín estaba desierto, se le veía de rodillas en medio de la avenida que bordeaba la capilla, delante de la ventana por donde había mirado la primera noche de su llegada, vuelto hacia el lugar donde sabía que la hermana que hacía la reparación estaba prosternada en actitud de oración. Oraba así, arrodillado ante esta hermana.

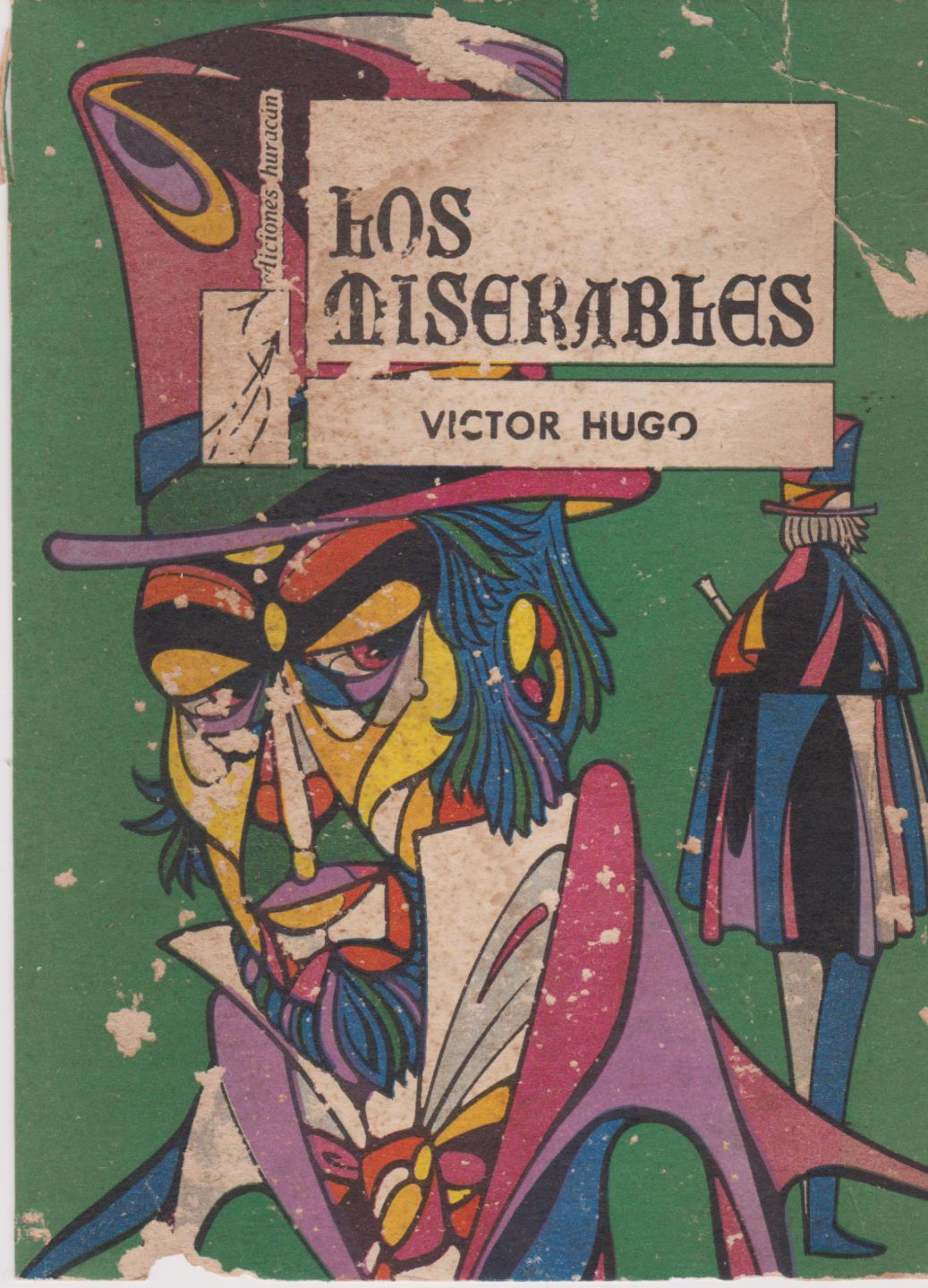
Parecía que no se atrevía a arrodillarse directamente ante Dios.

Todo lo que lo rodeaba, este jardín apacible, las flores, embalsamadas, las niñas lanzando gritos de alegría, estas mujeres graves y sencillas, este claustro silencioso, lo penetraban lentamente, y poco a poco, su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz de aquel jardín, la ingenuidad de las monjas, y la alegría de las niñas. Y luego pensaba que eran dos casas de Dios las que lo habían acogido en los momentos críticos de su vida; la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y la sociedad volvía a perseguirlo; la segunda cuando la sociedad volvía a perseguirlo, y el presidio volvía a solicitarlo; sin la primera, hubiera caído en el crimen; sin la segunda, en el suplicio.

Su corazón se deshacía en agradecimiento, y amaba cada día más.

Muchos años trascurrieron así; Cosette iba creciendo.

FIN DEL TOMO II


ediciones huracán
LOS MISERABLES
VICTOR HUGO

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

ediciones huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

MARIUS

INSTITUTO DEL LIBRO. LA HABANA, 1970

Título del original francés:
Les miserables

Traducción: Aurora Alemany

Edición: Marietta Suárez

Cubierta: Del Toro

Ediciones Huracán, Instituto del Libro, calle 19 No. 1002, Vedado, La Habana, Cuba.

Libro primero

París estudiado en su átomo

I

Parvulus[1]

París tiene un hijo, y la selva un pájaro. El pájaro se llama gorrión; el hijo, se llama el pilluelo.

Asociad estas dos ideas que contienen, la una todo el foco de luz, la otra toda la aurora; hacen que choquen estas dos chispas, París, y la infancia; brota un pequeño ser: *Homuncio*[2], diría Plauto.

Este pequeño ser es alegre. No come todos los días y va a los espectáculos, si le parece bien, todas las noches. No tiene camisa sobre su cuerpo, ni zapatos en los pies, ni techo sobre la cabeza; es como las moscas del cielo que no tienen nada de todo esto. Tiene de siete a trece años, vive en bandadas, baquea el empedrado, habita el aire libre, lleva un viejo pantalón de su padre que le llega más allá de los talones, un viejo sombrero de cualquier otro padre, que se le mete hasta las orejas, un solo tirante de orillo amarillo; corre, espía, pregunta, pierde el tiempo,

1 «Pequeño.»

2 «Hombrecillo». Expresión que no es peculiar de Plauto.

desgasta pipas, jura como un condenado, frecuenta la taberna, conoce a los ladrones, tutea a las mujeres públicas, habla el argot, canta canciones obscenas, y no tiene mal corazón. Es que tiene en el alma una perla, la inocencia, y las perlas no se disuelven en el barro. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se preguntase a la enorme ciudad: «¿Quién es éste?», respondería: «Es mi hijo».

II

Algunos de sus rasgos peculiares

El pilluelo de París, es el hijo enano de la giganta.

No exageramos; este querubín del arroyo, tiene algunas veces camisa, pero aun entonces no tiene más que una; a veces tiene zapatos, pero entonces no tienen suelas; a veces tiene casa, y la ama, porque en ella encuentra a su madre; pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus juegos peculiares, su malicia, cuyo fondo está hecho del odio de los burgueses; sus metáforas propias; morir, se llama en su lenguaje «comer amargones por la raíz»; sus ocupaciones son proporcionar coches de alquiler, bajar el estribo de los carruajes, establecer peaje de una acera a otra en los días de lluvia, lo que llama, hacer puentes de las artes; pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés, ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda, que se compone de todos los pedazos de cobre que encuentra en la calle. Esta curiosa moneda que toma el nombre de *loque,* tiene un curso inevitable, y muy bien arreglado en aquella pequeña bohemia de niños.

En fin, tiene su fauna propia, a quien observa estudiosamente en los rincones; la bestia de Dios, el pulgón de la cabeza de muerto, la zancuda, el «diablo», insecto negro que amenaza, retorciendo su cola armada de dos cuernos. Tiene su monstruo fabuloso que posee escamas en el vientre sin ser un lagarto, que tiene pústulas en el dorso, y no es un sapo, que habita los agujeros de los hornos viejos de cal y de los pozos secos, negro, velludo, viscoso, que se arrrastra ya lenta, ya rápidamente, qué no grita, pero que mira, y que es tan terrible, que nadie lo ha visto jamás; a este monstruo le da el nombre de «el sordo» [1]. Buscar sordos en las piedras es un placer terrible. Otro placer, levantar el empedrado y ver las correderas. Cada región de París es célebre por los descubrimientos interesantes que en ella pueden hacerse. Hay tijeretas en los almacenes de las Ursulinas, hay ciempiés en el Panteón, hay renacuajos en el Campo de Marte.

En cuanto a los dichos, los de este niño son como los de Talleyrand. No es menos cínico que éste, pero es más honesto. Está dotado de cierta jovialidad imprevista; desconcierta a los tenedores con su loca risa. Su diapasón recorre todos los tonos, desde el elevado drama, hasta el sainete.

Pasa un entierro; entre los que acompañaban al muerto, va un médico:

—¡Vaya! —grita un pilluelo—. ¿Desde cuándo los médicos llevan sus obras?

Otras veces, está en medio de la multitud. Un hombre grave adornado de anteojos, se vuelve indignado:

—Bribón, acabas de coger «la cintura» de mi mujer.

—¡Yo, señor, registradme!

1 Reminiscencia de Feuillantines, *Víctor Hugo relatado* (edición *Hetzel* I, 44).

III

Es agradable

Por la noche, gracias a algunos sueldos que halla siempre medio de proporcionarse, el homuncio entra en un teatro. Al franquear el mágico umbral, se trasfigura; era el pilluelo y se convierte en el tití. Los teatros son una especie de navío suelto, con la cala en lo alto. En esta cala es donde se amontonan los titís. El tití es al pilluelo, lo que la mariposa a la oruga; el mismo ser, pero volando y cerniéndose. Basta que esté allí derramando alegría, con su poderoso entusiasmo, con su palmoteo de manos, parecido a un palmoteo de alas, para que aquella cala estrecha, fétida, oscura, fea, malsana, repugnante, abominable, se llame el Paraíso.

Dad a un ser lo inútil, y quitadle lo necesario, y tendréis al pilluelo.

El pilluelo no carece de cierta intuición literaria. Su tendencia, lo decimos con todo el debido dolor, no sería del gusto clásico; es, por naturaleza, poco académico. Puede verse un ejemplo de ello en la popularidad de la señorita Mars, popularidad que entre este pequeño público

de niños turbulentos, estaba sazonada de algo de ironía. El pilluelo la llamaba la señorita Muche.

Este ser vocea, se burla, se mueve, lucha, lleva retazos como un niño pequeño, harapos como un filósofo; pesca en los albañales, caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, azota las calles con su locuacidad, husmea, muerde, silba y canta, aclama y vocea, entona el *Aleluya* con el *Matanturlurete*, salmodia todos los ritmos, desde el *De Profundis*, hasta la *Mascarada;* encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es espartano hasta la ratería, loco hasta la sabiduría, lírico hasta la obscenidad, se acurrucaría en el olimpo, se revuelve en el estiércol, y sale cubierto de estrellas. El pilluelo de París es Rabelais en pequeño.

No está contento con sus pantalones, si no tienen bolsillo de reloj.

Se admira muy poco, se asusta menos aún, convierte en cantares las supersticiones, deshincha las exageraciones, pregona los misterios, saca la lengua a los aparecidos, despoetiza los fantasmas, introduce la caricatura en las hipérboles épicas. Y esto no quiere decir que el pilluelo sea prosaico; muy lejos de esto; sino que remplaza la visión solemne por la fantasmagoría de la farsa. Si Adamastor[1], se le presentase, el pilluelo diría: «¡Vaya! ¡Espantajo!»

[1] Adamastor, gigante que en *Las Lusíadas*, de Camoes, quiere impedir a Vasco de Gama franquear el Cabo de las Tormentas (hoy, Cabo de Buena Esperanza).

IV

Puede ser útil

París, empieza en el papanatas y termina en el pilluelo, dos seres que no pueden tener ninguna otra ciudad; la aceptación pasiva que se satisface con mirar, y la iniciativa inagotable; Prudhomme y Fouillou. Sólo París tiene estos tipos en su historia natural. El papanatas representa a la monarquía. El pilluelo a la anarquía.

Este pálido hijo de los arrabales de París, vive y se desarrolla, se enrosca y se desenrosca en el sufrimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, como testigo pensativo. Se cree a sí mismo indiferente; no lo es. Mira, dispuesto siempre a reír; dispuesto también a otras cosas. Preocupaciones, abuso, ignominia, tiranía, opresión, fanatismo, iniquidad, despotismo, injusticia, ¡guardaos del pilluelo indiferente!

Este pequeño crecerá.

¿De qué arcilla está formado? Del primer fango que se ha encontrado. Un puñado de barro, un soplo, y tenéis a Adán. Basta que pase Dios. Y un dios ha pasado siempre

por el pilluelo. La fortuna trabaja para este pequeño ser. Por esta palabra, entendemos la aventura. Este pigmeo, amasado de la grosera tierra común, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, ¿será un jonio o un beocio? Esperad, *currit rota*[1], el espíritu de París, este demonio que crea a los niños del azar y de los hombres del destino, al revés del alfarero latino, hace del cántaro un ánfora.

[1] «La rueda corre». Horacio, *Arte poético*, 21-22:
«...Amphora coepit
institui; currente rota cur urceus exit?»
(El trabajo empezado, era una ánfora, la rueda corre: ¿por qué sale un cántaro?)

V

Sus fronteras

El pilluelo ama la ciudad, y ama también la soledad, pues tiene en sí mucho de sabio. *Urbis amator,* como Fuscus; *ruris amator,* como Flacus[1].

Andar errante soñando, es decir, deambular, es un buen empleo del tiempo para el filósofo, particularmente en esa especie de campiña bastarda, bastante fea, pero extraña y compuesta de dos naturalezas, que rodea algunas grandes ciudades, especialmente París. Observar sus alrededores es contemplar un anfibio. Fin de los árboles, principio de los tejados, fin de la hierba, principio del empedrado, fin de los surcos, principio de las tiendas, fin de los baches, principio de las pasiones, fin del murmullo divino, y principio del rumor humano; de este contraste, se extrae un interés extraordinario.

1 Horacio, *Epístolas,* I, 10. v. 1-2:
«Urbis amatorem Fuscum salvere jubemus ruris amatores..:»
(A Fuscus, amante de la ciudad, nosotros, amantes del campo, enviamos nuestro saludo:) Nosotros, es decir, Horacio (Quintus Horatius Flaccus).

De aquí los paseos sin objetivos, en apariencia, del soñador, por estos lugares de poco atractivo y designados siempre por el transeúnte con el epíteto de tristes.

El que escribe estas líneas, ha sido mucho tiempo merodeador de las barreras de París, y para él son una fuente de recuerdos profundos. Este césped cortado, estos senderos pedregosos, aquella greda, aquellas margas, aquellos yesos, aquella áspera monotonía de eriales y barbechos, los plantíos de frutas tempranas de los hortelanos, descubiertos de repente en el fondo, aquella mezcla de lo campestre y lo urbano, aquellos vastos rincones desiertos, donde los tambores de la guarnición dan constantemente ruidosas lecciones, haciendo una especie de simulacro incompleto de una batalla, aquellos desiertos de día, y ladroneras de noche, el molino suelto que gira a impulsos del viento, las ruedas de extracción de las canteras, las tabernas en las esquinas de los cementerios, el encanto misterioso de las grandes tapias sombrías que cortan a escuadra inmensos terrenos vagos inundados de sol, y llenos de mariposas; todo esto lo atraía.

Casi nadie conoce aquellos lugares singulares, la Glacière, la Cunette, los tristes muros de Grenelle acribillados de balazos, el Mont-Parnasse, el Barranco de los Lobos, los Aubiers, sobre las orillas del Marne; Montsouris, la Tombe-Issoire, la Pierre-Plate de Châtillon[1], donde hay una vieja cantera agotada que ya no sirve más que para criar setas, y que forma a flor de tierra una trampa

[1] La Glacière, Montparnasse, Montsouris, pueblos o aldeas al sur de París. La Cunette, barrera al extremo del muelle d'Orsay. El muro de Grenelle, cerca de la barrera de Grenelle, donde se fusilaba a los condenados políticos y militares, está unido por Víctor Hugo, al recuerdo de La Horie, el albergue clandestino de Feullantines. La Fosse-aux-loups, situado entre la puerta de Saint-Jacques y la puerta de la Santé. La Tombe-Issoire, corrupción de tombe d'Isoré, rey de los sarracenos, muerto en aquel lugar por Guillermo de Orange.

de tapas podridas. El campo de Roma da una idea, los alrededores de París, otra; no ver en lo que nos ofrece el horizonte más que campos, casas o árboles, es permanecer en la superficie: los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios. El lugar en que una llanura se une a una población, tiene siempre cierta melancolía penetrante. La naturaleza y la humanidad hablarán a la vez, y aparecen las originalidades locales.

El que ha andado errante como nosotros, en estas soledades contiguas a los arrabales, que podrían llamarse los limbos de París, ha descubierto aquí y allá, en el rincón más abandonado, en el momento más inesperado, detrás de un seto poco poblado, o en el ángulo de una lúgubre pared, niños agrupados confusamente, lívidos, llenos de lodo y de polvo, harapientos, espeluznantes, que juegan al chito, coronados de florecillas. Son los niños de familias pobres, escapados. El bulevar exterior es su medio respirable; los alrededores les pertenecen. Hacen de ellos el escenario de sus novillos. Allí cantan ingenuamente su repertorio de canciones sucias. Allí están, o por mejor decir, allí existen lejos de toda mirada, en la suave claridad de mayo o de junio, arrodillados alrededor de un agujero en la tierra, jugando a las chinas, disputando por un ochavo, irresponsables, huidos, sueltos, felices; y cuando os descubren, se acuerdan de que tienen una industria de que les hace falta ganarse la vida, y os ofrecen en venta una vieja media de lana llena de saltones, o un manojo de lilas. Estos encuentros de niños extraños, son una de las más encantadoras, y más dolorosas gracias al mismo tiempo, de los alrededores de París.

Algunas veces, en aquel montón de muchachos, hay algunas niñas —¿son sus hermanas?— ya casi mozas, delgadas, nerviosas, atezadas, llenas de pecas, coronadas de centeno y amapolas, alegres, esquivas, descalzas. Algu-

nas comen cereza entre los trigos. Por la noche, se las oye reír. Estos grupos, vivamente iluminados por la luz del mediodía, ó entrevistos en el crepúsculo, ocupan largo tiempo al pensador, y estas visiones se mezclan con sus pensamientos.

París es el centro, sus alrededores, la circunferencia; para estos niños, éste es todo su mundo. Nunca se aventuran más allá. No pueden ya salir de la atmósfera parisiense, como los peces no pueden salir del agua. Para ellos, a dos leguas de las barreras, no hay nada más. Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervilliers, Ménilmontant, Choisy-le-Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanves, Sèvres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers, Colombes, Romainville, Chatou, Asnières, Bougival, Nanterre, Enghien, Noisy-le-Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse; ahí está el fin del universo.

VI

Un poco de historia

En la época casi contemporánea en que trascurre la acción de este libro, no había, como hoy, un agente de policía en cada esquina, (beneficio que no es ocasión de discutir); los niños errantes abundaban en París. Las estadísticas dan una media de doscientos sesenta niños sin asilo, recogidos entonces anualmente por las rondas de policía en los terrenos abiertos, en las casas en construcción, y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos, que se hizo famoso, ha producido «las golondrinas del puente de Arcole». Pero éste es el más desastroso de los síntomas sociales; porque todos los crímenes del hombre, empiezan por el vagabundeo del niño.

Sin embargo, exceptuamos a París. En una medida relativa, y a pesar del recuerdo que acabamos de mencionar, la excepción es justa. Mientras que en todas las demás grandes ciudades, un niño vagabundo es un hombre perdido, mientras que en casi todas partes, el niño entregado a sí mismo está abandonado en algún modo, a una especie de inmersión fatal en los vicios públicos que devo-

ran en él la honestidad y la conciencia, el pilluelo de París, insistamos en ello, tan frustrado y tan corrompido en la superficie, se halla interiormente casi intacto. Cosa magnífica que debemos hacer constar aquí, y que brilla en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares, en la incorruptibilidad que resulta de la idea, que está en el aire de París, como la sal en el agua del océano. Respirar el aire de París, conserva el alma.

Lo que decimos aquí, no se opone en manera alguna a la opresión de corazón que se siente cada vez que se encuentra a uno de estos niños alrededor de los cuales parece que se ven flotar los hilos rotos de la familia. En la civilización actual, aún tan incompleta, no es muy extraña esta ruptura de la familia, perdiéndose en la sombra, ignorando qué se ha hecho de los hijos, y dejando caer sus entrañas en la vía pública. De ahí provienen los destinos oscuros. Esto se llama, porque este hecho triste tiene su nombre, «ser arrojado a las calles de París».

Dicho sea de paso, estos abandonos de niños, no encontraban oposición en la antigua monarquía. Un poco de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones, era cosa que convenía a las altas esferas, y a los poderosos. El odio a la enseñanza de los hijos del pueblo, era un dogma. ¿De qué sirven las medias luces? Tal era la frase de consigna. El niño vagabundo era el corolario del niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía tenía repetidas veces necesidad de niños, y entonces espumaba las calles.

En tiempos de Luis XIV, para no ir más lejos, el rey quería, con razón, crear una flota. La idea era buena. Pero veamos el medio. No podía haber escuadra, si al lado del navío de velas, juguete del viento, y para remolcarle según conviniera, no se tenía el barco que va adonde

se quiera a fuerza de remo o de vapor; las galeras eran entonces a la marina lo que hoy son los vapores. Hacían falta, pues, galeras, y como las galeras no se mueven sin galeotes, hacían falta también galeotes; y la magistratura se prestaba a ello con el mayor gusto. Colbert, por medio de los intendentes de provincias, y de los tribunales, hacía que hubiera el mayor número posible de galeotes. Un hombre mantenía su sombrero puesto durante una procesión, actitud hugonote; se le enviaba a las galeras. Se encontraba un niño en la calle, con tal que tuviese quince años, y no supiese dónde acostarse, se le enviaba a galeras. Gran reinado: gran siglo.

En tiempos de Luis XV, desaparecían los niños de París; la policía los arrebataba, no se sabe para qué misterioso destino. Cuchichéabase con espanto acerca de monstruosas suposiciones sobre los baños purpúreos del rey. Barbier[1] habla sencillamente de estas cosas. Sucedía alguna vez que los exentos que perseguían a los niños, cogían alguno que tenía padres. Los padres, desesperados, acudían a los exentos. Intervenía entonces el tribunal, y mandaba ahorcar, ¿a quién? ¿A los exentos? No; a los padres.

[1] En su *Diario*, publicado en 1847-1856 y reditado en 1857.

VII

El pilluelo ocuparía un lugar en las clasificaciones de la India

La pillería parisiense es casi una casta. Podría decirse: «no lo es quien quiere».

Esta palabra «pilluelo», fue impresa por primera vez y pasó del lenguaje popular al lenguaje literario en 1834. Apareció en un opúsculo titulado *Claude Gueux*. El escándalo fue grande, pero la palabra pasó [1].

Los elementos que constituyen la consideración de los pilluelos entre sí, son muy diversos. Hemos conocido y practicado uno que era muy respetado y muy admirado, por haber visto caer a un hombre desde lo alto de la torre de Notre-Dame; otro, por haber logrado penetrar en el patio interior donde estaban momentáneamente depositadas las estatuas de la cúpula de los Inválidos, y

[1] En «Claude Gueux», aparecido en la *Revista de París*, en julio de 1834, Víctor Hugo escribe: «Nada podía lograr que este antiguo pilluelo de las calles, no tuviera, a veces, el olor del arroyo de París», pero el escándalo no debió ser muy fuerte, pues la palabra pilluelo («gamin») había sido ya impresa con anterioridad.

haber «afanado» un poco de plomo; un tercero, por haber visto volcar una diligencia; otro más, porque conocía a un soldado que por poco deja tuerto a un paisano.

Con esto se explica la siguiente exclamación de un pilluelo parisiense, epifonema profundo del que se ríe el vulgo sin comprenderlo: «¡Dios de Dios! ¡Tengo yo desgracia! ¡Decir que todavía no he visto caer a nadie de un quinto piso!»

También es notable otra frase de un campesino:

—Tío Fulano, vuestra mujer ha muerto de su enfermedad, ¿por qué no habéis llamado a un médico?

—Qué queréis, nosotros, los pobres, nos morimos solos.

Pero si toda la pasividad del campesino se halla en esta frase, toda la anarquía librepensadora del pilluelo de arrabal se descubre en la siguiente. Un condenado a muerte escucha a su confesor en el camino del suplicio. El niño de París, exclama: «Habla al clerizonte. ¡Oh! ¡Qué cobarde!»

Una cierta audacia en materia religiosa, da importancia al pilluelo. Ser ingenioso es importante.

Asistir a las ejecuciones constituye un deber. Enseña la guillotina, y se ríe. La llama de varios modos: «Fin de la sopa», «Soplamocos», «La tía de lo azul» (el cielo), «El último bocado», etc., etc. Para no perderse nada del espectáculo, escala los muros, se iza a los balcones, trepa a los árboles, se cuelga de las verjas, se abraza a las chimeneas. El pilluelo nace pizarrero, así como nace marino. Un tejado no le asusta más que un mástil. No hay fiesta que iguale a la de la Grève. Sansón[1], y el abate Montès son dos verdaderos nombres populares. Se azuza al paciente para animarlo. A veces, se le admira. Lace-

1 Sansón, verdugo de París, en tiempos de la revolución, ejecutó a Luis XVI. Su hijo le sucedió, y guillotinó a María Antonieta y a madame Elisabeth.

naire [1], pilluelo, viendo morir con valor al terrible Dautun, dijo esta frase que encierra un porvenir: «Le tengo envidia.» En pillería, no se conoce a Voltaire, pero se conoce a Papavoine [2]. Se confunde en la misma leyenda a los «políticos» y a los asesinos. Se conserva por tradición el recuerdo de los últimos vestidos de todos. Saben que Tolleron [3], tenía un gorro de chofer. Avril [4], un casquete de nutria. Louvel [5], un sombrero redondo, que el viejo Delaporte era calvo y fue con la cabeza desnuda, que Castaing [6], era sonrosado y muy guapo, que Bories [7] llevaba una perilla romántica, que Jean-Martin, conservaba los tirantes y que Lecouffé y su madre, iban peleándose. «No os echéis en cara el cesto», les gritó un pilluelo. Otro, por ver pasar a Debacker, siendo muy pequeño, se subió a la farola del muelle. Un gendarme que estaba allí, frunce el entrecejo. «Dejadme subir, señor gendarme» —dice el pilluelo. Y para enternecer a la autoridad, añade—: «No me caeré.» «Me importa muy poco que caigas», responde el gendarme.

1 Pierre François Lacenaire (1800-1835), el poeta ladrón y asesino que inspiró a Teófilo Gautier su obra *D' Emaux et Camées* (*Estudio de manos*). En nuestra época, *Los niños del Paraíso*, le han dado la celebridad. Dautun (véase tomo I, p. 199) fue ejecutado el 28 de marzo de 1815. Lacenaire era, pues, un pilluelo en aquella época.

2 Papavoine (1784-1825) asesinó a dos niños, a quienes había tomado, según afirmó, por los niños de Francia.

3 Sobre *Tolleron* (véase tomo I, p. 198.) Delaporte, Debacker están, hoy día, olvidados.

4 Cómplice de Lacenaire.

5 Asesino del duque de Berry.

6 Castaing (1796-1823), médico que envenenó a dos de sus amigos, para heredarlos.

7 Uno de los cuatro sargentos de La Rochelle.

Entre la pillería, una desgracia memorable se aprecia mucho. Se llega a la cúspide de la consideración si sucede que uno se corta profundamente «hasta el hueso».

El puño no es un mediocre elemento de respeto. Una de las cosas que el pilluelo dice con más gusto es: «Soy muy fuerte: ¡bah!» Ser zurdo es envidiable. Ser bizco es cosa estimada.

VIII

Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey

En verano, se metamorfoseaba en rana; y por la tarde, cuando cae la noche, delante del puente de Austerlitz y de Iéna, desde lo alto de los montones de carbón y de las barcas de las lavanderas, se arroja de cabeza al Sena, infringiendo asombrosamente todas las leyes del pudor y de la policía. Sin embargo, los agentes están vigilando, y resulta de ahí una situación muy dramática, que dio lugar una vez a un grito fraternal memorable; grito que fue célebre en 1830, y es un aviso estratégico de un pilluelo a otro: se mide como un verso de Homero, con una notación casi tan inexplicable como la melopea eleusíaca de los Panateneas, hallándose aquí reproducido el antiguo Evohé. Es éste: *Ohé Titi, ohéée ¡Y a de la grippe, y a de la cogne, prends tes zardes et vatr-en; passe par l'égout!*

Algunas veces, estos mosquitos —así se califica a sí mismo— saben leer; algunas veces, saben escribir, y siempre saben pintarrajear. No duda en adquirir por medio

de una misteriosa enseñanza mutua, todas las habilidades que pueden ser útiles a la cosa pública: de 1815 a 1839 imitaba el graznido del pavo; de 1830 a 1848 pintarrajeaba una pera en las paredes. Una tarde de verano, Luis Felipe, que volvía al palacio a pie, vio a uno de estos pequeñuelos, que sudaba y se empinaba para pintar con un carbón una gigantesca pera en uno de los pilares de la verja de Neuilly; el rey, con aquella bondad que heredó de Enrique IV, ayudó al pilluelo, acabó la pera, y dio un luis al niño, diciendo: «Ahí también hay una pera.» Al pilluelo le gusta mucho la gresca. Le complace un cierto estado de violencia. Detesta a los «curas». Un día, en la calle de la universidad, uno de estos picarillos presentaba un palmo de narices en la puerta cochera del número 69.

—¿Por qué haces esto en esta puerta? —le preguntó alguien que pasaba.

El niño respondió:

—Ahí hay un cura.

Y, en efecto, allí vivía el nuncio del papa. Sin embargo, cualquiera que sea el voltairianismo del pilluelo, si se le presenta la ocasión de hacerse monaguillo, tal vez la acepta, y entonces ayuda a misa con todo esmero. Hay dos cosas en las que se parece a Tántalo, y que siempre desea sin alcanzar jamás: derribar al gobierno, y que le cosan el pantalón.

El pilluelo en el estado perfecto, conoce a todos los agentes de policía de París, y sabe, siempre que encuentra a alguno, darle su nombre, porque tiene los nombres en la punta de la lengua. Estudia sus costumbres, y tiene notas particulares sobre cada uno; lee como en un libro abierto, en las palmas de la policía; así os podrá decir inmediatamente, y sin tropezar: «Fulano es un traidor»;

«Zutano es muy malo»; «Éste es grande»; «Aquél otro es ridículo» (todas estas palabras, traidor, malo, grande, ridículo, tienen en su boca una acepción particular); «Aquél se imagina que el Puente Nuevo es suyo, y prohíbe a la gente pasearse por la cornisa fuera del parapeto»; «Aquél tiene la manía de "tirar de las orejas" a las personas», etcétera, etcétera.

IX

La vieja alma de la Galia

Este tipo de muchachos, existía en Poquelin (Molière) hijo de los mercados; existe también en Beaumarchais. La pillería es un matiz del espíritu galo. Asociada al buen sentido, le da a veces fuerza como el alcohol al vino. Algunas veces, es un defecto. Homero repite en muchas ocasiones lo que ha dicho, es verdad, y puede decirse que Voltaire pillea. Camille Desmoulins, era de los arrabales. Championnet [1], que brutalizaba los milagros, había salido de las calles de París; de pequeño, había inundado los pórticos [2] de Saint-Jean-de-Beauvais, y de Saint-Étienne-

[1] Championnet (1762-1800) general de la revolución, que conquistó Nápoles y organizó allí la república Partenopea. Pero no había salido «del empedrado de París». Nacido en Valence, hizo sus estudios en el colegio de Chabeuil, en Drome.

[2] Reminiscencia de Racine (*Atalia*, I 1):
«Del templo, adornado con festones magníficos,
El pueblo santo en multitud, inundaba los pórticos.»

du-Mont; había tuteado a la urna de santa Genoveva para después dar órdenes a la redoma de san Jenaro[1].

El pilluelo de París es respetuoso, irónico e insolente. Tiene feos dientes, porque está mal alimentado, y porque su estómago sufre; y buenos ojos, porque tiene ingenio. Delante de Jehová, saltaría a pies juntillas las gradas del paraíso. Es fuerte para la lucha a zapatazos. Todos los crecimientos le son posibles. Juega en el arroyo, y se levanta en los motines; su descaro persiste ante la metralla; era un polizón, y es un héroe; como el tábano, sacude la piel del león; el tambor Bara[2] era un pilluelo de París; grita: «¡Adelante!», como el caballo de la Escritura dice: «¡Va!», y en un minuto pasa de rapazuelo a gigante.

Este hijo del cieno, es también el hijo de lo ideal. Medid esta envergadura que va de Molière a Bara.

En suma, y para resumir, el pilluelo es un ser que se divierte, porque es desgraciado.

1 Alusión al famoso milagro de san Jenaro, cuya sangre, conservada en la catedral de Nápoles, se licúa y hierve en tres épocas del año. Informado de que el milagro no tendría lugar, lo cual habría excitado al pueblo contra los franceses, Championnet avisó al clérico que, si no había milagro, bombardearía la ciudad. La amenaza fue eficaz.

2 Joseph Bara (1779-1793), nacido en Palaiseau, cayó en una emboscada, en Vendée.

X

Ecce Paris, ecce homo[1]

Para resumir, aún diremos que el pilluelo de París es hoy, como en otro tiempo, el *graeculus*[1], de Roma, el pueblo niño que tiene en la frente las arrugas del mundo viejo.

El pilluelo es una gracia para la nación, y al mismo tiempo una enfermedad. Enfermedad que es preciso curar. ¿Cómo? Con la luz.

La luz sana.

La luz alumbra.

Todas las generosas irradiaciones sociales salen de la ciencia, de las letras, de las artes, de la educación. Formad hombres, formad hombres. Iluminadlos para que os calienten. Pronto o tarde, la espléndida cuestión de la educación universal se planteará con la irresistible autoridad de la verdad absoluta; y entonces, aquellos que gobiernen bajo la vigilancia de la idea francesa, tendrán

1 «He aquí París, he aquí al hombre.»

2 Graeculus, diminutivo despreciativo de graecus, griego.

que elegir; los hijos de Francia, o los pilluelos de París; llamas en la luz, o fuegos fatuos en las tinieblas.

El pilluelo representa a París, y París, representa al mundo.

Porque París es un todo. París es el techo del género humano. Esta prodigiosa ciudad es un resumen de todas las costumbres vivas y muertas. Quien ve París, cree ver lo profundo de toda la historia, con el cielo y las constelaciones en los intervalos. París tiene un Capitolio, el Ayuntamiento, un Partenón, Notre-Dame, un Monte Aventino[1], el barrio de Saint-Antoine, un Asinarium[2], la Sorbona, un Panteón, el Panteón, una Vía Sagrada, el bulevar de los Italianos, una Torre de los Vientos[3], la opinión; y remplaza las Gemonías con el ridículo. Su majo, se llama fauate (*faraud);* su trastiberino, se llama arrabalero, su hammal, se llama el fuerte del mercado; su lazzarone, se llama el pegrem, y su cockney, se llama el vago (gandin). Todo lo que está en cualquier parte, está en París. La verdulera de Dumarsais puede dar la réplica a la vendedora de hierbas de Eurípides; el discóbolo Vejanus, revive en el bailarín de cuerda Forioso[4]; Therapontigonus miles, estaría muy bien del brazo del granadero Vadeboncoeur[5]; Damasippe[6], el chalón,

1 Colina de Roma, donde la plebe, en los orígenes de la república, amenazó con retirarse.

2 Palabra forjada por Victor Hugo. Sin embargo, había en Roma una Vía Asinaria (Vía de los Asnos).

3 Torre de los vientos, monumento de Atenas, construido en el siglo I a. de J. C. por Andrónico.

4 Vejanus es, sin duda, el gladiador del que habla Horacio (*Epístolas*, I, 1, 4-6). Para *Forioso* (véase tomo I, p. 198).

5 Therapontigonus miles, el soldado Therapontigonus, personaje de *Curculio*, de Plauto. Vadeboncoeur, personificación del valiente soldado del siglo XVIII (véase *Fanfán la Tulipe*).

6 Demasippe, especulador y coleccionista con quien Horacio dialoga en la tercera sátira del II, 3.

viviría feliz entre los vendedores de trapo y hierro viejo; Vincennes cogería a Sócrates, lo mismo que el ágora [1] enjaularía a Diderot; Grimod de la Reynière ha descubierto el modo de hacer *roastbeef* con sebo, como Curtillus inventó el erizo asado; vemos reaparecer bajo el globo del Arco de la Estrella el trapecio de Plauto; el tragaespadas de Pecilo, inventado por Apuleyo [2], es tragasables en el Puente Nuevo; el sobrino de Rameau y Curculion el parásito, corren parejas, Ergaliso podría ser presentado en casa de Cambaceres [3], por Aigrefeuille; los cuatro elegantes de Roma, Alcesimarco, Fedromo, Diabolo y Argiripo [4], descienden de la Courtille [5], a la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no se detuvo más tiempo ante Congrio [6], que Charles Nodier ante Polichinela; Marton no es una tigresa, pero Pardalisca [7], no era un dragón; Pantolabio el bufón, recuerda en el café inglés a Nomen-

[1] El ágora, no era una prisión, sino una plaza pública.

[2] Curtillus, hacía cocer, no los erizos, sino los erizos de mar (echinos, Horacio, *Sátiras, II*, 8, 52), como lo indica el contexto. El error de Víctor Hugo se explica porque la misma palabra latina, designa a ambos animales.

Sobre el tragasables, véase el principio de *El asno de oro.*

[3] Curculion, Charancon, héroe de *Curculio*, de Plauto. Esgasilo, otro parásito. Cambaceres tenía una mesa famosa.

[4] Alcesimarco, personaje de la *Casette*. Phedromus, personaje de *Curculio*. Diabolus y Argyrippa, personajes del *Asinario.*

[5] La Courtille: es por ahí por donde descendían las máscaras, desde Belleville a París, en la noche del martes del carnaval, al miércoles de ceniza.

[6] Congrio, cocinero en el *Aululario*, de Plauto, evocado por Aulo Gelio en las *Noches áticas*, III, 14.

[7] Pardalisca, esclava en Casine.

tano el vividor[1]; Hermógenes[2], es tenor en los Campos Elíseos, a su alrededor, Trasius[3], el viejo mendigo vestido de Bobèche[4], pide limosna; el inoportuno que os detiene en las Tullerías por el botón de vuestro traje, os hace repetir después de dos mil años, el apóstrofe de Thesprion: *quis properantem me prehendit pallio?*[5]; el vino de Suresnes, parodia al vino de Alba; el vaso lleno de tinto de Désaugiers, se equilibra con la gran copa de Balatron[6]; el Père-Lachaise exhala con las lluvias nocturnas, los mismos fuegos fatuos que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada por cinco años, equivale al ataúd alquilado del esclavo.

Buscad cualquier cosa que París no tenga. La cubeta de Trofonio[7], no contiene nada que no esté en la de Mesmer; Ergafilas resucita en Cagliostro; el brahman Vashaphanta, se encarna en el conde de Saint-Germain; el cementerio de Saint-Médard[8], hace tan buenos milagros como la mezquita Oumoumié de Damasco.

1 Pantalabus, Nomentanus, personajes de los que se burla Horacio. (*Sátiras*, I, 9, 11.)

2 Hermógenes, cantor evocado por Horacio. (*Sátiras*, I, I, 3, 129-230 y I, 10, 18.)

3 Thrasius. Hugo lo confunde con Thrason, soldado fanfarrón, en *El eunuco* de Terencio.

4 Payaso del bulevar del Temple, célebre en tiempos del imperio y de la restauración.

5 «¿Quién me coge por mi abrigo, cuando yo me apresuro?» Réplica de Thesprion, en el primer verso de *Epidico*, de Plauto.

6 Balatron, es un nombre vulgar, que significa «charlatán». (Horacio, *Sátiras*, 1, 2, 2.)

7 Thophonius, dios que vivía en un subterráneo y entregaba oráculos.

8 Alusión a los convulsionarios del siglo XVIII.

París tiene un Esopo, que es Mayeux, y una Canidia [1], que es la señorita Lenormand [2]. Se agita como Delfos en las realidades fulgurantes de la visión; hace girar las tablas, como Donona [3] los trípodes. Pone a la griseta en el trono, como Roma pone a la cortesana; y, en suma, si Luis XV, es peor que Claudio, la señora Du Barry, vale más que Mesalina. París combina en un tipo inaudito que ha vivido, y a cuyo lado hemos pasado, la desnudez griega, la úlcera hebraica y la gracia gascona. Mezcla a Diógenes, a Job y a Paillasse; viste un espectro con números del *Constitucional,* y crea a Chroduc Duclos [4].

Aunque Plutarco diga: el tirano no envejece, Roma, en tiempos de Sila y también de Domiciano, se resignaba y echaba agua en el vino. El Tíber era un Leteo, si hay que creer el elogio un poco doctriniano que de él hacía Varus Vibiscus: *«Contra Gracchos Tiberim habemus. Bibere Tiberim id est seditionem oblivisci»* [5] París bebe un millón de litros de agua diarios, pero esto no le impide, en las ocasiones, tocar a generala y somatén.

Por lo demás, París es un buen muchacho. Lo acepta realmente todo; no es escrupuloso en la elección de su Venus; su Calipige es un hotentote; con tal de reírse, todo lo perdona; la fealdad lo divierte; la deformidad

[1] Mayeux, personaje jorobado, como Esopo, creado por el caricaturista Travies. Canidia, bruja romana, evocada en varias ocasiones por Horacio.

[2] Marie-Anne Lenormand (1772-1843), célebre adivinadora del porvenir, a quien consultaron los más altos personajes.

[3] Dodona: célebre santuario de Zeus, en Epiro, pero los oráculos eran dados por los pájaros, por encinas y por una fuente milagrosa, y no sobre un trípode, como en Delfos.

[4] Chodruc Duclos, excéntrico que, en tiempos de la restauración, se presentaba en el palacio real vestido con un traje grotesco.

[5] «Contra los Gracos, tenemos al Tíber. Beber el Tíber, es olvidar la sedición.»

lo alegra, el vicio lo distrae; sed divertido, y podréis ser divertido; la misma hipocresía, este cinismo supremo, lo incomoda; es tan literaria, que no se tapa la nariz ante Basilio, y no se escandaliza ya de las palabras de Tartufo, más que Horacio del «hipo» de Príapo [1]. Ningún rasgo de la faz universal; le falta al perfil de París. El baile de Mabille [2], no es la danza polimnia de Janiculo; pero en él, la revendedora de trajes, atrae con sus miradas a la loreta, exactamente como la encubridora Estafila, acechaba a la virgen Planesio [3]. La barrera del Combat, no es un coliseo; pero hay allí tanta ferocidad como si mirase César. La hostelera Siríaca, tiene más gracia que la tía Saguet [4], pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David d'Angers, Balzac y Charlet se han sentado en el figón parisiense. París reina. Los genios brillan en su recinto, los diablos prosperan en él. Adonai pasa por él en su carro de doce ruedas de truenos y relámpagos; Silene hace su entrada en un borrico. Silene, es decir Ramponneau [5].

París es sinónimo de cosmos. París es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalem, Pantin. Todas las civilizaciones están albergadas allí, y también todas las barbaries. París sentiría no poseer una guillotina.

Algo de plaza de Grève es bueno. ¿Qué sería esta fiesta eterna, sin esta salsa? Nuestras leyes han provisto sabiamente a tal necesidad, y gracias a ellas, la cuchilla gotea en este continuo carnaval.

1 «Pepedi» (llamado Príapo en la *Sátira*, de Horacio, I, 8, 46), que Hugo evoca. De ahí las comillas.

2 Baile público en los Campos Elíseos.

3 Staphyla, en el *Aululaire*. Planesium, en el *Curculio*. Una vez más, una abreviación incorrecta.

4 La tía Saguet, regenteaba un restaurante en Montparnasse.

5 Ramponneau, tabernero en yoga.

XI

Burlarse es reinar

París no tiene límites. Ninguna otra ciudad posee esta dominación que escarnece alguna vez a los que subyuga. «¡Agradaros, oh, atenienses!», gritaba Alejandro. París hace algo más que la ley, hace la moda; hace algo más que la moda, hace la rutina. París puede ser estúpido si le place; algunas veces se concede este lujo; entonces el universo hace el estúpido con él; luego París se despierta, se frota los ojos, dice: «¡Qué estúpido soy!», y estal'a en carcajadas a la faz del género humano. ¡Qué maravilla es esta ciudad! ¡Qué cosa tan extraña el considerar que lo grandioso y lo burlesco hagan buena amistad; que lo majestuoso no se vea empañado por la parodia, y que la misma boca pueda soplar hoy en la trompeta del juicio final, y mañana en una flauta de tallo de cebolla!

París tiene una jovialidad soberana. Su alegría es el rayo, y su farsa lleva un cetro. Su huracán sale a veces de una mueca. Sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas, llegan al final del universo, y lo mismo sus tonterías. Su risa es una boca

de volcán que salpica toda la tierra. Sus muecas, son chispas. Impone a los pueblos sus caricaturas lo mismo que su ideal; los más grandes momentos de la civilización humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad a sus truhanerías. Es soberbio; tiene un prodigioso 14 de julio que libera al globo; obliga a repetir el juramento del Juego de Pelota a todas las naciones; su noche del 4 de agosto, disuelve en tres horas mil años de feudalismo; hace de su lógica el músculo de la voluntad unánime; se multiplica bajo todas las formas de lo sublime; llena con su resplandor a Washington, Kosciusko, Bolívar, Botzaris, Riego, Bem, Manin, López, John Brown, Garibaldi [1]; está en todas partes donde resplandece el porvenir, en Boston en 1779 [2], en la isla de León en 1820, en Pesth en 1848, en Palermo en 1860; murmura la poderosa consigna: Libertad, al oído de los abolicionistas americanos agrupados en la barca de Harper's Ferry, y al oído de los patriotas de Ancona reunidos a la sombra de los Arcos, ante el albergue Gozzi, al borde del mar; crea a Canaris; crea a Quiroga [3]; crea a Pisacane; irradia todo lo grande sobre la tierra; yendo al punto donde su soplo los empuja, mueren Byron en Missolonghi, y Mazet en

[1] La mayoría de estos héroes de la independencia o de la libertad, son aún conocidos hoy día. Recordemos únicamente que Bem fue uno de los generales del ejército húngaro levantado contra los austríacos, en 1849; y López, presidente de la república paraguaya, luchó contra Argentina y Brasil. En cuanto a John Brown, que había dirigido, en 1849, un levantamiento de los esclavos negros, en Charlestown (Virginia), fue condenado a muerte, a despecho de varias intervenciones resonantes, entre ellas la de Víctor Hugo. (*Actos y palabras, Durante el exilio* y *Los negros y John Brown.*)

[2] Fue en 1773, cuando estalló en Boston un movimiento de insurrección que debía ganar rápidamente todas las colonias inglesas en América.

[3] Quiroga, uno de los jefes del movimiento liberal español, en 1820.

Barcelona[1]; es tributo con Mirabeau y cráter con Robespierre; sus libros, su teatro, su arte, su ciencia, su literatura, su filosofía, son los manuales del género humano; tiene a Pascal, a Régnier, a Corneille, a Descartes, a Jean-Jacques, a Voltaire, para cada minuto, a Molière para todos los siglos; hace hablar su lengua a la boca universal, y esta lengua se convierte en verbo; construye en todos los espíritus la idea del progreso; los dogmas libertadores que forja, son, para las generaciones, espadas flameantes, y con la inspiración de sus pensadores y poetas se han formado, desde 1789, todos los héroes de todos los pueblos. Pero esto no le impide tener pilluelos; y este genio enorme que se llama París, aun trasfigurando al mundo con su luz, pinta con carbón la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo, y escribe *Crédeville ladrón* sobre las pirámides.

París muestra siempre sus dientes; cuando no ruge, ríe.

Así es París. Los humos de sus tejados, son las ideas del universo. Un montón de barro y piedras, si se quiere, pero por encima de todo, ser moral. Más que grande, es inmenso. ¿Por qué? Porque se atreve.

Atreverse; el progreso se obtiene a este precio.

Todas las conquistas sublimes, son, más o menos, premios al atrevimiento. Para que la revolución se verifique, no basta con que Montesquieu la presienta, ni con que Diderot la predique, ni con que Beaumarchais la anuncie, ni con que Condorcet la calcule, ni con que Arouet la prepare, ni con que Rousseau la premedite; es preciso que Danton se atreva.

[1] Mazet, médico francés (1793-1821), miembro de una comisión médica enviada a Barcelona para estudiar la peste, murió algunos días después de su llegada a esta ciudad.

El grito: ¡Audacia!, es un *fiat lux*. Para la marcha hacia adelante del género humano, es preciso que encuentre en las cumbres de la sociedad, lecciones permanentes y altivas de valor. La temeridad deslumbra a la historia, y es una gran luz para el hombre. La aurora es audaz cuando aparece. Intentar, desafiar, persistir, perseverar, ser fiel a sí mismo, hacer frente al destino, asombrar a la catástrofe con el poco miedo que nos cause, ora enfrentándose a los poderes injustos, ora insultando a la victoria ebria, resistir y persistir; he aquí el ejemplo que necesitan los pueblos, y la luz que los electriza. El mismo formidable relámpago enciende la antorcha de Prometeo que el botafuego de Cambronne.

XII

El porvenir latente en el pueblo

En cuanto al pueblo parisiense, aun cuando sea un hombre hecho, es siempre el pilluelo; pintar al niño, es pintar la ciudad; y por esto hemos estudiado esta águila en el libre pajarillo.

En los arrabales es donde principalmente se manifiesta la raza parisiense; allí conserva su pureza; allí está su verdadera fisonomía; allí este pueblo trabaja y sufre, y el sufrimiento y el trabajo son los dos rostros del hombre. Hay allí cantidades enormes de seres desconocidos donde hormiguean los tipos más extraños, desde el descargador de la Rapée, hasta el desollador de Montfaucon. *Fex urbis* [1], exclama Cicerón; *mob* [2], añade Burke, indignado; turba, multitud, populacho. Estas palabras se pronuncian muy fácilmente. Pero sea. ¿Qué importa?, ¿qué importa que anden con los pies descalzos? No saben leer;

1 «Cáliz de la ciudad.» (Cicerón, *Ad. Att.*, I, 16, 11:)

2 «Populacho.» Burke, orador contrarrevolucionario inglés, una de las autoridades del pensamiento y de la polémica ultras.

tanto peor. ¿Los abandonaríais por esto?, ¿haríais de su desgracia una maldición? ¿Acaso la luz no puede penetrar en estas masas? Volvamos a este grito: luz; obstinémonos en él: ¡luz!, ¡luz! ¿Quién sabe si estos seres opacos se harán trasparentes? ¿No son trasfiguraciones, las revoluciones? Andad, filósofos, enseñad, ilustrad, iluminad, pensad en voz alta, corred alegres hacia el vivo sol, fraternizad con las plazas públicas, anunciad las buenas nuevas, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad las marsellesas, sembrad el entusiasmo, arrancad verdes ramas de la encina, haced de la idea un torbellino. Esta multitud puede llegar a ser sublime. Sepamos utilizar esta vasta hoguera de principios y de virtudes que chisporrotea, estalla y se conmueve a ciertas horas. Esos pies descalzos, estos brazos desnudos, esos harapos, esa ignorancia, esa abyección, esas tinieblas, pueden emplearse en conquistar el ideal. Mirad a través del pueblo, y descubriréis la verdad. Esta vil arena que oprimís bajo los pies, echadla en el horno, que funda y cueza, y se convertirá en espléndido cristal; y gracias a él, Galileo y Newton descubrirán astros.

XIII

El pequeño Gavroche

Unos ocho o nueve años después de los acontecimientos relatados en la segunda parte de esta historia, se observaba en el bulevar del Temple, y en las regiones del Château d'Eau, a un muchachito de once a doce años, que hubiera realizado perfectamente el ideal del pilluelo que hemos bosquejado más arriba, si con la sonrisa propia de su edad en los labios, no hubiera tenido el corazón absolutamente vacío y sombrío. Este niño llevaba un pantalón de hombre, que no era de su padre, y una camisa de mujer, que tampoco era de su madre. Algunas personas lo habían vestido de harapos, por caridad. Sin embargo, tenía un padre y una madre. Pero su padre no pensaba en él, y su madre no lo quería. Era uno de estos niños dignos de piedad entre todos los que tienen padre y madre, y son huérfanos.

Este niño no se sentía en parte alguna tan bien como en la calle. El empedrado le resultaba menos duro que el corazón de su madre.

Sus padres lo habían arrojado a la vida de un puntapié, y él había empezado a volar por sí mismo.

Era un muchacho ruidoso, descolorido, listo, despierto, truhán, de aire vivo y enfermizo. Iba, venía, cantaba, jugaba al chito, escarbaba en los arroyos, robaba un poco, pero como los gatos y los pájaros, lo hacía alegremente; se reía cuando lo llamaban galopín, y se enfadaba cuando lo llamaban granuja. No tenía casa, ni pan, ni lumbre, ni amor; pero estaba contento porque era libre.

Cuando estos pobres seres son ya hombres, casi siempre la rueda del orden social los encuentra y los tritura, pero mientras son niños, se escapan porque son pequeños. El más pequeño agujero los salva.

Sin embargo, por más abandonado que estuviese este niño, sucedía a veces que cada dos o tres meses decía: «Vaya, voy a ver a mamá.» Entonces abandonaba el bulevar, el circo, la puerta Saint-Martin, y descendía a los muelles, cruzaba los puentes, alcanzaba los arrabales, llegaba a la Salpêtrière, y llegaba, ¿dónde? Precisamente ante el número 50-52, que el lector ya conoce, en la covacha de Gorbeau.

En esta época, el número 50-52, habitualmente desierto, y adornado eternamente con el cartel «Habitaciones por alquilar», se encontraba, cosa rara, habitado por varios individuos, que como sucede siempre en París, no tenían ningún vínculo ni relación entre sí.

Todos pertenecían a esta clase indigente que empieza a partir del último burgués entrampado, y que se sumerge, de miseria en miseria, en los bajos fondos de la sociedad, hasta estos seres a los que todas las cosas materiales de la civilización vienen a concluir; el pocero que limpia el barro, y el trapero que recoge los harapos.

La «inquilina principal», del tiempo de Jean Valjean, había muerto, y había sido remplazada por otra similar. No sé qué filósofo dijo: «Nunca faltan viejas.»

Esta nueva vieja, se llamaba la señora Burgon, y no tenía nada notable en su vida más que una dinastía de tres papagayos, los cuales habían reinado en su alma sucesivamente.

Los más miserables entre los que vivían en la casa, eran una familia de cuatro personas, el padre, la madre y dos hijas ya mayores; las cuatro vivían en la misma buhardilla, una de aquellas celdas de las que ya hemos hablado.

Esta familia no ofrecía al pronto nada de particular, más que su extrema desnudez; el padre, al alquilar la habitación, dijo llamarse Jondrette. Algún tiempo después de la mudanza, que se había parecido, usando una expresión memorable de la inquilina principal, a la entrada de la nada, este Jondrette había dicho a la vieja, que como su antecesora era portera y barría la escalera:

—Tía Fulana, si alguien viniese por casualidad, a preguntar por un polaco, un italiano o un español, éste soy yo.

Esta familia, era la familia del alegre pilluelo. Llegaba allí, y encontraba la pobreza, la miseria, y lo que es más triste aún, no veía ni una sonrisa; el frío en el hogar, el frío en los corazones. Cuando entraba, le preguntaban:

—¿De dónde vienes?

Y respondía:

—De la calle.

Cuando se iba, le preguntaban:

—¿Adónde vas?

Y respondía:

—A la calle.

Su madre le decía:

—Pues, ¿a qué vienes aquí?

Este niño vivía con una ausencia de afectos, como estas hierbas pálidas que viven en las cuevas. No sufría siendo así, y no culpaba de ello a nadie. No sabía exactamente lo que debía ser un padre y una madre.

Su madre amaba a sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el bulevard del Temple llamaban a aquel niño el pequeño Gavroche [1]. ¿Por qué se llamaba Gavroche? Probablemente porque su padre se llamaba Jondrette.

Romper el hilo, parece ser el instinto de algunas familias miserables.

La habitación que ocupaban los Jondrette en la casucha Gorbeau, era la última, al extremo del corredor. La celda contigua estaba ocupada por un joven muy pobre, al que llamaban señor Marius.

Digamos ahora quién era este señor Marius.

[1] Gavroche debía llamarse, en principio, Grimebodin, y luego, Chavroche. (*E.I.N.*, II, 583.)

Libro segundo

El noble burgués [1]

[1] En el «dossier» titulado Gillenormand, se lee esta nota de Victor Hugo, que es como una justificación de la importancia que toma este personaje de *Las miserias a Los miserables:*

«La poesía no tiene el derecho de desdeñar al burgués feliz. El burgués feliz tiene su ritmo. El pato en el pantano, es una armonía, como el cisne sobre el lago, como el águila sobre el océano.» (*E.I.N.*, IV, 314.)

I

Noventa años y treinta y dos dientes

En las calles de Boucherat [1], de Normandie y de Saintonge, existen aún algunos vecinos antiguos que guardan el recuerdo de un buen hombre llamado Gillenormand, y que hablan de él con placer. Este buen hombre, era un viejo cuando ellos eran jóvenes. Su silueta, contemplada por los que miran melancólicamente el vago movimiento de las sombras que se llama pasado, no ha desaparecido aún el laberinto de las calles próximas al Temple, a las cuales se dieron en tiempo de Luis XIV los nombres de todas las provincias de Francia, así como se dan en nuestros días a las calles del nuevo barrio de Tívoli [2], los nombres de todas las capitales de Europa; en lo que, digámoslo de paso, se hace visible el progreso.

[1] Calle de Marais, que unía la calle de Filles-du-Calvaire con la calle Charlot. Ha sido absorbida por la calle Turenne. Las otras dos calles, existen aún.

[2] Hoy barrio de Europa. Tívoli era un baile de la calle Saint-Lazare.

El señor Gillenormand, que vivía aún en 1831, era uno de estos hombres a quienes es curioso ver, porque han vivido mucho tiempo, y que son raros, porque antes fueron como todo el mundo, y después no se parecen a nadie. Era un viejo particular, realmente un hombre de otra edad, el verdadero burgués completo y un poco altivo del siglo XVII, que lleva su burguesía con la misma altivez con que el marqués lleva su marquesado. Había sobrepasado los noventa años, andaba derecho, hablaba en voz alta, veía claro, bebía seco, comía, dormía y roncaba. Conservaba sus treinta y dos dientes. No se ponía gafas más que para leer. Era muy aficionado a las aventuras amorosas, pero afirmaba que hacía ya una docena de años, que había renunciado decididamente a las mujeres. «No podía gustar», decía; no añadía: «Soy demasiado viejo», sino: «Soy demasiado pobre». Decía: «Si no estuviera arruinado. . ., ¿eh?» No le quedaba, en efecto, más que una renta de unas quince mil libras. Su sueño era haber heredado, y poseer cien mil francos de renta para tener queridas. No pertenecía en absoluto, tal como se ve, a esta variedad enfermiza de octogenarios, que, como Voltaire, han estado moribundos durante toda su vida; no era la suya una longevidad cascada; aquel gallardo viejo, estaba siempre fuerte. Era superficial, rápido, iracundo. Enfurecíase por cualquier cosa, y muchas veces sin tener razón. Cuando se le contradecía, levantaba su bastón; golpeaba a las gentes como en el gran siglo. Tenía una hija de más de cincuenta años, soltera, a quien golpeaba a su placer cuando se encolerizaba, y a quien de buena gana hubiera dado azotes. La trataba como si tuviera ocho años. Abofeteaba enérgicamente a sus criadas, y decía: «¡Ah, perdida!» Uno de sus juramentos era: «¡Por la pantufla de la pantuflada!» Tenía otras costumbres tranquilas muy singulares; se hacía afeitar todos los días por un barbero que había estado loco, y

que lo detestaba, porque tenía celos del señor Gillenormand, a causa de su mujer, bonita y coqueta barbera. El señor Gillenormand, admiraba su propio discernimiento en todo, y se declaraba muy sagaz; he aquí una de sus frases: «En verdad, tengo penetración; puedo decir en cuanto me pica una pulga, de qué mujer me viene.» Las palabras que pronunciaba con mayor frecuencia eran: el hombre sensible y la naturaleza. No daba a esta última palabra la gran acepción que le ha dado nuestra época. Pero la hacía entrar a su manera en las sátiras del hogar: «La naturaleza —decía—, para que la civilización tenga un poco de todo, le da hasta el espécimen de una barbarie divertida. Europa tiene muestras de Asia y de África, en miniatura. El gato es un tigre de salón, el lagarto, es un cocodrilo de bolsillo. Las bailarinas de la ópera son salvajes de color de rosa. No comen a los hombres, pero los chupan; o bien con sus artes, los convierten en ostras, y se los tragan. Los caribes no dejan más que los huesos, ellas no dejan más que la concha. Tales son nuestras costumbres. No devoramos, pero roemos; no exterminamos, pero arañamos.»

II

A tal amo, tal casa

Vivía en el Marais, en la calle de Filles-du-Calvaire, No. 6. La casa le pertenecía. Esta casa ha sido demolida y vuelta a construir luego, y la cifra probablemente ha sido cambiada en la revolución de números que experimentaban las calles de París. Ocupaba un antiguo y vasto apartamiento del primer piso, entre la calle y los jardines, amueblado hasta los techos con grandes tapices gobelinos y de Beauvais que representaban motivos pastoriles; los temas de los techos y de los paneles, se repetían en pequeño, en los sillones. Envolvía su cama, con un vasto biombo de nueve hojas pintadas con laca de Coromandel. Anchas y largas cortinas, colgaban de las ventanas y puertas, formando al caer grandes pliegues. El jardín, situado inmediatamente bajo sus ventanas, comunicaba con la que estaba en la esquina, por medio de una escalera de doce o quince peldaños que el buen hombre subía y bajaba alegremente. Además de una biblioteca contigua a su habitación, tenía un gabinete que le gustaba mucho; retiro galante tapizado de una magní-

fica alfombra de color paja flordelisada y florida, hecha en las galeras de Luis XIV, y encargada por el señor de Vivonne a sus presidiarios, para su querida [1]. El señor Gillenormand lo había heredado de una hermana de su abuelo materno, mujer de genio áspero, que había muerto centenaria. Había tenido dos mujeres. Sus maneras eran un término medio entre las del hombre de corte, que jamás había sido, y el hombre de toga, que hubiese podido ser. Era alegre y cariñoso, cuando quería. En su juventud había sido de estos hombres a quienes su mujer engaña siempre, y no engaña nunca su querida, porque son, a la vez, los maridos más bruscos, y los amantes más finos. Era también entendido en pintura. En su habitación tenía un magnífico retrato, que no sabía de quién era, pintado por Jordaens, hecho a brochazos, con un millón de detalles, como escogidos al azar. El traje del señor Gillenormand, no era el de Luis XV, ni el de Luis XVI, era el traje de los increíbles del directorio. Se había creído joven hasta entonces, y seguía todavía las modas de aquella época. Era un frac de paño fino con grandes solapas, larga cola, y grandes botones de acero; calzón corto y zapatos de hebilla. Siempre llevaba las manos metidas en el bolsillo. Decía con autoridad: «La revolución francesa es una gavilla de forajidos.»

[1] El duque de Vivonne (1636-1688), hermano de madame De Montespan, había sido nombrado capitán general de las galeras, en 1665.

III

Luc-ingenio

A la edad de dieciséis años, una noche, en la ópera, había tenido el honor de que le dirigiesen sus anteojos dos bellezas a un tiempo, entonces ya maduras, célebres y cantadas por Voltaire: la Camargo y la Sallé [1]. Cogido entre dos fuegos, había hecho una retirada heroica hacia una bailarina jovencita llamada Nahenry, que tenía, como él, dieciséis años, oscura como un gato, y de quien estaba enamorado. Tenía muchos recuerdos, y decía: «¡Qué bonita era aquella Guimard-Guimardini-Guimardinette [2], la última vez que la vi en Longchamps, con el pelo rizado a lo sentimental, con sus ven-a-verme turquesas,

1 La Camargo (1710-1770) y la Sallé, que Voltaire hizo incorporar a la ópera de París, en 1727, han sido, efectivamente, celebradas por él en un madrigal:

«¡Ah, Camargo, qué brillante sois,
pero qué encantadora el Sallé, gran Dios!»

El señor Gillenormand había nacido en 1740, y cuando él tenía dieciséis, la Camargo tenía 46.

2 La Guimard (1743-1816), danzarina que brilló en la ópera desde 1762 a 1789.

vestido de color de recién venida y manguito de agitación!» En su adolescencia había llevado una chaqueta de Nain-Londrin de la cual hablaba con gusto y efusión. «Iba vestido como un turco del Levante levantino», decía. La señora de Boufflers [1], que lo había visto por casualidad cuando tenía veinte años, lo había calificado de «loco encantador». Se escandalizaba de todos los nombres que oía sonar en política y en el poder, creyéndolos bajos y vulgares. Leía los periódicos, los papeles noticias, las gacetas, como él decía, y se ahogaba de risa. «¡Oh! —decía—. ¡Qué gentes son éstas! ¡Corbière! ¡Humann! ¡Casimir! ¡Périer! [2], y esto es ministro. Me figuro leer en un periódico: "¡El señor Gillenormand, ministro!" ¡Vaya una farsa! Y serían tan tontos, que esto no les sorprendería.» Llamaba alegremente a todas las cosas, por su nombre bueno o malo, y no se cuidaba de que hubiera damas delante. Decía groserías, obscenidades y porquerías con cierta tranquilidad e indiferencia que eran casi elegantes. Así se hacía en su siglo. Hagamos notar que el tiempo de las perífrasis en verso, ha sido el tiempo del lenguaje más crudo en prosa [3]. Su padrino había predicho que sería un hombre de genio, y le había dado estos dos nombres significativos: Luc-Ingenio.

[1] La marquesa de Boufflers, muerta en 1817, era la madre del poeta.

[2] Corbière, ministro del interior en tiempos de la restauración. Humann, ministro de finanzas en tiempos de Luis-Felipe. Casimir Périer, presidente del consejo a principios de la monarquía de julio.

[3] Antítesis discutible. Hay, en la prosa del siglo XVIII, más indecencia o libertinaje, que crudeza.

IV

Aspirante a centenario

En su infancia, había ganado premios en el colegio de Moulins, donde había nacido, y había sido coronado por mano del duque de Nivernais[1], a quien él llamaba duque de Nevers. Ni la convención, ni la muerte de Luis XVI, ni Napoleón, ni la vuelta de los Borbones, nada había podido borrar el recuerdo de esta coronación. El duque de Nevers era para él la gran figura del siglo. «¡Qué gran señor, qué amable —decía—, qué bien le sentaba el cordón azul!»[2] A los ojos del señor Gillenormand, Catalina II, había reparado el crimen de la repartición de Polonia, comprando por tres mil rublos el secreto del elixir de oro a Bestuchef[3]. Esto lo entusiasmaba: «El

1 El duque de Nivernais (1717-1789), sobrino nieto segundo de Mazarino.

2 Insignia de la orden del Saint-Esprit.

3 Bestuchef: sin duda, el senador y gran canciller que dirigió la política exterior rusa en tiempos de Isabel. En cuanto a las gotas de oro del general Lamothe era, en efecto, una tintura etérea de percloruro de hierro, utilizada como remedio antivenéreo.

elixir de oro —exclamaba—, la tintura amarilla de Bestuchef, las botas del general Lamotte, valían en el siglo XVIII a un luis el frasco de media onza, el gran remedio contra las catástrofes del amor, la panacea contra Venus. Luis XV enviaba doscientos frascos al papa.» Lo hubieran exasperado y puesto fuera de sí, si le hubieran dicho que el elixir de oro no era otra cosa que percloruro de hierro. El señor Gillenormand, adoraba a los Borbones, y tenía horror a 1789; relataba sin cesar de qué modo se había salvado en el terror, y cuánto ingenio y humor había necesitado para que no le cortasen la cabeza. Si algún joven se atrevía a hacer ante él un elogio de la república, se ponía azul y se irritaba hasta el desvanecimiento. Algunas veces, aludiendo a su edad de noventa años, decía: «Creo que no veré dos veces el noventa y tres.» En otras ocasiones, decía que pensaba vivir cien años.

V

Basque y Nicolette

Tenía sus teorías. He aquí una de ellas: «Cuando un hombre ama apasionadamente a las mujeres, y tiene una mujer propia de quien se cuida poco, fea, de mal genio, legítima, llena de derechos, que cita enseguida el código, y es celosa, no hay más que un medio de librarse de ella, y de vivir en paz, y es dejar a la mujer el bolsillo a su disposición. Esta abdicación la hace libre. La mujer se ocupa entonces, hasta con pasión, en el manejo de todo, se mancha los dedos de cardenillo, emprende la educación de sus criados y la dirección de los colonos, convoca a los procuradores, preside a los notarios, arenga a los curiales, visita a los golillas, sigue los procesos, repasa las escrituras, dicta los contratos, se siente soberana, vende, compra, arregla, ordena, promete y compromete, ata y desata, cede, concede y retrocede, ordena y desordena, atesora y prodiga, hace calaveradas, felicidad magistrar, y esto la consuela. Mientras que su marido la desprecia, ella tiene la satisfacción de arruinar a su marido.» El señor Gillenormand, se había aplicado a sí mismo esta teoría, que había concluido por ser, en la práctica,

su historia. Su mujer, la segunda, había administrado su fortuna de tal modo, que el día feliz en que quedó viudo, sólo tenía lo justamente necesario para vivir, colocándolo todo a renta vitalicia; es decir, unos quince mil francos de renta cuyas tres cuartas partes, debían extinguirse con él. No dudó, pues, importándole muy poco el cuidado de dejar una herencia. Por otra parte, había visto que los patrimonios estaban sujetos a ciertas vicisitudes, y que podían convertirse, por ejemplo, en bienes nacionales; había asistido a las conversaciones del tercio consolidado, y creía muy poco en el gran libro [1]. «Todo esto va a parar a la calle Quincampoix» [2], decía. Su casa de la calle de Filles-du-Calvaire, le hemos dicho ya, le pertenecía. Tenía dos criadas, «un macho y una hembra». Cuando un criado entraba en su casa, el señor Gillenormand, lo bautizaba de nuevo. Daba a los hombres, el nombre de su provincia: Nîmois, Comtois, Pointevin, Picard. Su último lacayo era un hombre grueso, cansino y fatigoso, de cincuenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos, pero como había nacido en Bayona, el señor Gillenormand, lo llamaba Basque. En cuanto a las sirvientas, todas, en su casa, se llamaban Nicolette [3] (incluso la Magnon de la cual se hablará más tarde). Un día, se presentó una altiva cocinera, cordón azul de la elevada raza de los porteros.

[1] El gran libro, de la deuda pública.

[2] Alusión al agiotaje del que fue centro la calle Quincampoix, en tiempos del sistema Law.

[3] Una nota de «dossier» Gillenormand:
«Había toda una serie de Nicolettes. Decían en la casa:
La nueva Nicolette.
La antigua Nicolette.
La Nicolette del directorio.
La Nicolette del tiempo de Bonaparte.» (*E.I.N.*, IV, 314.)

—¿Cuánto queréis al mes? —le preguntó el señor Gillenormand.

—Treinta francos.

—¿Cómo os llamáis?

—Olimpia.

—Te daré cincuenta francos y te llamarás Nicolette.

VI

Donde se vislumbra a la Magnon y a sus dos hijos

En el señor Gillenormand, el dolor se traducía en cólera; estaba furioso por estar desesperado. Tenía todos los prejuicios, y se tomaba todas las licencias. Una de las cosas de que se componía su relieve exterior y su satisfacción íntima, era, como acabamos de indicar, el haberse quedado hecho un galán verde, y pasar decididamente por tal. A esto lo llamaba él tener «real fama». La fama real lo hacía alguna vez objeto de raras aventuras. Un día le llevaron a su casa en una borrica, lo mismo que se lleva un cesto de ostras, a un robusto niño recién nacido, que gritaba como un diablo, y estaba muy bien envuelto en mantillas, que una sirvienta arrojada de su casa seis meses antes, le atribuía como suyo. El señor Gillenormand, tenía entonces sus buenos ochenta y cuatro años. Indignación y clamor en el ultraje. ¿A quién quería hacer creer aquello la pícara criada? ¡Qué audacia! ¡Qué abominable calumnia! Pero el señor Gillenormand, no sintió cólera alguna. Miró al chiquillo con la amable sonrisa de un hombre halagado por la calumnia, y dijo para que

todos lo oyeran: «¿Y qué? ¿Qué es esto? ¿Qué hay? ¿Qué sucede? Os sorprendéis como unos ignorantes. El señor duque de Angulema, bastardo de su majestad Carlos IX, se casó a los ochenta y cinco años con una jovencita de quince [1]; el señor Virginal, marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, arzobispo de Bordeaux, tuvo a los ochenta y tres años, de una doncella de la señora presidenta Jacquin, un hijo, un verdadero hijo de amor, que fue caballero de Malta y consejero de estado de espada; uno de los grandes hombres de este siglo, el abate Tarabaud, es hijo de un hombre de ochenta y siete años. Estas cosas no tienen nada de extraordinario. Pues, ¡y la *Biblia*! Pero declaro, a pesar de todo, que este caballerito no es mío. Que lo cuiden, porque él no tiene la culpa.» El procedimiento era caritativo. La criada, que se llamaba Magnon, le hizo otro envío al año siguiente. Era otro niño. Ante este golpe, el señor Gillenormand capituló. Devolvió a la madre las dos criaturas, comprometiéndose a pagar ochenta francos por mes para su manutención, con la condición de que la mencionada madre no volviera a las andadas. Añadió: «Quiero que su madre los trate bien. Yo los iré a ver de vez en cuando», y así lo hizo. Había tenido un hermano sacerdote, el cual había sido durante treinta años, rector de la academia de Poitiers, y había muerto a los setenta y nueve años. «Lo he perdido joven», decía. Este hermano, de quien apenas queda memoria, era un pacífico avaro, que por ser sacerdote, se creía obligado a dar limosna a los pobres que encontraba, pero no les daba jamás más que monedas falsas, o sueldos que no pasaban, encon-

1 Charles de Valois, conde de Auvergne, duque de Angouleme, bastardo de Carlos IX y de Marie Touchet (1573–1650); volvió a casarse, en 1644, con Françoise de Nargonne. Los esposos tenían setenta y uno y veintitrés años, respectivamente.

trando así los medios de ir al infierno por el camino del paraíso. En cuanto al señor Gillenormand, el mayor, no comerciaba con la limosna, y la daba con gusto y noblemente. Era benevolente, brusco, caritativo, y si hubiera sido rico, su inclinación lo habría inducido a ser magnífico. Quería que todo lo que le concernía estuviera hecho con grandeza, incluso las bribonadas. Un día fue robado en una herencia por un agente de negocios, de una manera grosera y visible, y dijo estas palabras solemnes: «¡Oh, qué hecho más sucio! ¡Me avergüenzan esas manos puercas! Todo ha degenerado en este siglo, incluso los pillos. ¡Caramba!, no es de este modo como debe robarse a un hombre como yo. Me han robado como en un bosque, pero mal robado. *¡Sylvae sint consule dignae!*» [1] Había tenido, tal como hemos dicho ya, dos mujeres; de la primera, recibió una hija, que se quedó soltera, y de la segunda, otra hija, muerta a la edad de treinta años, la cual se había casado por amor, por casualidad o por otra causa, con un soldado de fortuna que había servido en los ejércitos de la república y del imperio, ganando la cruz en Austerlitz, y recibiendo el grado de coronel en Waterloo. «Es la vergüenza de mi familia», decía el viejo burgués. Tomaba mucho tabaco, y tenía una gracia particular para sacudirse la chorrera de encaje con el revés de la mano.

1 Virgilio (*Bucólicas*, IV, 3):
«Si canimus silvas, silvae sint consule dignae.»
(«Si cantamos los bosques, que los bosques sean dignos de un cónsul.»)

VII

Regla: no recibir a nadie más que por la noche

Tal era el señor Luc-Ingenio Gillenormand, que aún no había perdido sus cabellos, más grises que blancos, y estaban siempre peinados en forma de orejas de perro. En suma, y por todo ello, era venerable.

Tenía algo del siglo XVII, era frívolo y grande.

En los primeros años de la restauración, el señor Gillenormand, que era aún joven —no tenía más que setenta y cuatro años en 1814—, había vivido en el barrio de Saint-Germain, en la calle Servandoni, cerca de Saint-Sulpice, y no se había retirado al Marais, sino al salir del mundo, ya a los ochenta años cumplidos.

Y al salir del mundo, se había fortificado en sus costumbres. La principal y más invariable, era tener la puerta absolutamente cerrada durante el día, y no abrirla a nadie más que por la noche. Comía a las cinco, y abría después la puerta. Era la moda de su siglo, y no quería oponerse a ella. «El día es la canalla —decía—, y no merece más que las maderas cerradas. Las gentes de posición, encienden su espíritu, cuando el cenit enciende sus estrellas.» Y se cerraba para todo el mundo, aunque fuese para el rey. Vieja elegancia de su tiempo.

VIII

Las dos no forman pareja

En cuanto a las hijas del señor Gillenormand, acabamos de hablar de ellas. Habían nacido con diez años de intervalo. En su juventud, se habían parecido muy poco, y tanto por el carácter como por su fisonomía, habían sido lo menos hermanas que pudieran ser. La menor, era un alma bellísima, amante de todo lo que fuera luz, pensando siempre en las flores, en los versos y en la música, sumida en los espacios gloriosos, entusiasta, etérea, unida desde la infancia ideológicamente a una vaga figura heroica. La mayor tenía también su quimera; veía en el azul, un asentista, algún gran contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millón hecho hombre, o bien un prefecto; las recepciones de la prefectura, un ujier de antecámara con la cadena al cuello, los bailes oficiales, las arengas de la alcaldía, ser «la señora prefecta», todo ello bullía en su imaginación. Las dos hermanas se extraviaban de este modo, cada una en su respectivo sueño, cuando eran jóvenes. Ambas tenían alas; la una como un ángel, la otra como un ganso.

Ninguna ambición llega a realizarse plenamente, al menos aquí en la tierra. Ningún paraíso se convierte en terrestre, en la época en que nos hallamos. La menor se había casado con el hombre de sus sueños, pero había muerto. La mayor no se había casado.

En el momento en que hace su entrada en la historia que relatamos, era una virtud vieja, una mojigata incombustible, una de las narices más agudas, y uno de los ingenios más obtusos que pueden encontrarse. Detalle característico: fuera del estrecho círculo de su familia, nadie había sabido nunca su nombre de pila. Se la conocía por el nombre de la señorita Gillenormand, la mayor.

En materia de canto, la señorita Gillenormand, la mayor, hubiese ganado punto a una miss. Era el pudor llevado al extremo. Tenía un recuerdo horrible en su vida; un día, un hombre le había visto la liga.

La edad no había hecho más que aumentar este pudor intransigente. Su pechera no era nunca lo bastante opaca, ni subía demasiado. Multiplicaba los broches y los alfileres, allí donde a nadie podía ocurrírsele mirar. Lo propio de la mojigatería, es poner tantos más centinelas cuanto menos amenazada está la fortaleza.

Sin embargo, y el que pueda explicará estos misterios de la inocencia, se dejaba abrazar sin repugnancia por un oficial de lanceros que era sobrino segundo suyo, y se llamaba Théodule.

Prescindiendo de este favorecido lancero, el epíteto «mojigata», bajo el cual la hemos clasificado, le era absolutamente propio. La señorita Gillenormand, era una especie de alma crepuscular. La mojigatería es mitad virtud y mitad vicio.

Unía a la mojigatería la falsa devoción que es el forro que le conviene. Era de la cofradía de la virgen,

y llevaba un velo blanco en ciertas fiestas, mascullaba oraciones especiales, adoraba la «sagrada sangre», veneraba el «sagrado corazón», y permanecía horas enteras en contemplación, ante un altar rococó-jesuita en una capilla cerrada a la mayoría de los fieles, y allí dejaba elevarse el alma entre pequeñas nubes de mármol, y grandes rayos de madera dorada.

Tenía una amiga de capilla, vieja virgen como ella, llamada la señorita Vaubois, enteramente boba, a cuyo lado la señorita Gillenormand tenía el placer de sentirse un águila. Fuera de los agnus dei, y de los ave María, la señorita Vaubois no sabía más que los diversos modos de hacer confituras. La señorita Vaubois, perfecta en su género, era el armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia.

Digámoslo, la señorita Gillenormand, al envejecer, había ganado más que perdido, como sucede siempre con las naturalezas pasivas. No había sido nunca mala, lo cual es una bondad relativa; además, los años, desgastan los ángulos; y había adquirido la suavidad que da la duración. Era triste, con una tristeza oscura cuyo secreto ni ella misma poseía. En toda su persona, había el estupor de una vida terminada, que no había empezado.

Dirigía la casa de su padre, el señor Gillenormand, quien tenía a la hija a su lado, del mismo modo que monseñor Bienvenu tenía a su hermana. Estas uniones de un viejo y una vieja soltera, no son raras, y tienen el aspecto siempre tierno de dos debilidades que se sostienen mutuamente.

Había además en la casa, entre esta vieja soltera y aquel anciano, un niño, un muchacho siempre tembloroso y mudo ante el señor Gillenormand, el cual no le hablaba

nunca sino con voz severa, y algunas veces con el bastón levantado: «¡Aquí, caballero!» «¡Bergante, pillo, acercaos!» «¡Responded, tunante!» «¡Que os vea, galopín!», etc. etcétera.

Lo idolatraba.

Era su nieto. Ya volveremos a encontrarnos con este niño.

Libro tercero

El abuelo y el nieto

I

Una tertulia antigua

Cuando el señor Gillenormand vivía en la calle Servandoni, frecuentaba varias reuniones muy buenas y muy nobles. Aunque era burgués, era muy bien recibido. Como tenía dos clases de ingenio, el que poseía realmente, y el que se le atribuía, incluso se le buscaba y se le agasajaba. No iba a ninguna parte sino con la condición de dominar. Algunas gentes quieren a cualquier precio tener influencia, y que se hable de ellos; allí donde no pueden ser oráculos, son bufones. El señor Gillenormand, no era de esta naturaleza; su dominación en los salones realistas que frecuentaba, no costaba nada a su amor propio. Era en todas partes oráculo. A veces rivalizaba con el señor De Bonald, e incluso con el señor Bengy-Puy-Vallée[1].

[1] Philippe-Jacques de Bengy-Puy-Valée (1743-1823). Antiguo diputado de derecha en la asamblea constituyente, fue, en tiempos de la restauración, consejero general y, luego, presidente del consejo general de Cher. Publicó, en 1820, un *Ensayo sobre las relaciones de la sociedad religiosa con la sociedad política.*

Hacia 1817, pasaba invariablemente dos tardes por semana en una casa próxima, en la calle de Fèrou, en casa de la señora baronesa de T., persona digna y respetable, cuyo marido había sido en tiempos de Luis XVI, embajador de Francia en Berlín. El barón de T., que en su vida era sumamente apasionado a los éxtasis y a las visiones magnéticas, había muerto arruinado en el destierro, dejando por toda fortuna diez volúmenes manuscritos, encuadernados en tafilete encarnado con cantos dorados, que contenían memorias muy curiosas sobre Mesmer y su varilla. La señora de T., no había publicado las memorias por dignidad, y se sostenía con una pequeña renta, que había salvado no se sabía cómo. La señora de T., vivía lejos de la corte, de la sociedad muy mezclada, como ella decía, en un aislamiento noble, altivo y pobre. Algunos amigos se reunían dos veces por semana alreredor de su chimenea de viuda, y aquello constituía una tertulia realista pura. Tomaban el té, y daban, según el impulso del viento se dirigiera a la elegía o al ditirambo, gemidos o gritos de horror sobre el siglo, sobre la carta, sobre los bonapartistas, sobre el descenso del cordón azul hasta los plebeyos, sobre el jacobinismo de Luis XVIII, y se hablaba en voz baja de las esperanzas que dejaba concebir el hermano del rey, después Carlos X.

Acogíanse allí con arrebatos de alegría las canciones picarescas donde Napoleón era llamado Nicolás. Las duquesas más delicadas, y las mujeres más encantadoras del mundo se extasiaban, oyendo coplas como ésta, dirigidas «a los federados»:

Meteos en los calzones
la camisa, que se escapa,
no digan que los patriotas
levantan bandera blanca.

Divertíanse con juegos de palabras que creían terribles equívocos, que aún siendo inocentes, los suponían llenos de veneno, con cuartetas e incluso dísticos, como estos otros, contra el ministerio moderado de Dessolles [1], del que formaban parte los señores Decazes y Deserre:

Para afirmar el trono, conmovido en su base
hay que cambiar de suelos, de sierras y de casa.

O arreglaban la lista de la cámara de los pares, «cámara abominable jacobina», y combinaban en esta lista las alianzas de nombres, con el fin de formar frases como éstas, por ejemplo: «Damas, Sabran, Gouvion Saint-Cyr» [2]; todo ello en un tono alegre.

En aquella tertulia, parodiaban la revolución. Tenían cierta veleidad para aguzar la misma cólera en sentido inverso. Cantaban su «Ca ira»:

Ah, ça ira! Ça ira! Ça ira!
Les buonapartist' à la lanterne.

Las canciones son como la guillotina; cortan indistintamente, hoy esta cabeza, mañana aquélla. No hay más que una variación.

En el proceso de Fualdès, que ocurrió en aquella época, en 1816 [3] se tomaba partido por Bastide o por Jausion,

1 El general Dessolles fue presidente del consejo desde diciembre de 1818 a noviembre de 1819. Por ministros había tenido a Decazes, para el interior, y al conde de Serre, para justicia.

2 Había dos damas, en la cámara de los pares: el conde, desde junio de 1814, el duque, desde agosto de 1815. El conde Sabran, par de Francia, dede 1815. Gouvion Saint-Cyr, par de Francia, desde junio de 1814. Los dos damas eran antiguos exiliados, Gouvion Saint-Cyr, un antiguo soldado del imperio, el juego de palabras es típicamente ultra.

3 O mejor, de 1817-1818. Biré contesta que parece ser, con razón a la interpretación que da aquí Víctor Hugo de la opinión pública en este asunto.

porque Fualdès era bonapartista, llamábase a los liberales, los hermanos y amigos, lo que equivalía a hacerles la mayor injuria.

Como algunos campanarios de iglesia, el salón de la señora baronesa de T., tenía dos gallos. Uno era el señor Gillenormand, y el otro era el conde de Lamothe-Valois[1] del cual se decía al oído con cierto respeto: «¿No sabéis? Es el Lamothe del asunto del collar.» Los partidos tienen estas amnistías singulares.

Añadamos esto: en la burguesía, las situaciones honorables pierden importancia cuando mantienen relaciones con gente de poca valía; es preciso mirar bien con quién se trata, porque así como hay pérdida de calórico en la proximidad de un cuerpo frío, también se pierde consideración con el trato de gente menos preciada. Pero la parte alta de la sociedad antigua, saltaba por encima de esta ley, como por encima de los demás, Marigny, hermano de la Pompadour, entraba en casa del príncipe de Soubise[2]. ¿A pesar de ser lo que era? No, sino precisamente por ser lo que era. Du Barry, padrino de la Vaubernier[3], era muy bien recibido en casa del señor mariscal de Richelieu. Esa sociedad es el olimpo. Mercurio y el príncipe de Guéménée están en él como en su casa; se admite al ladrón con tal de que sea Dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 era un anciano de setenta y cinco años[4], no tenía de notable más que su

1 El conde de la Motte-Valois (1754-1831).

2 Nacido Poisson, el marqués de Marigny fue unido, en efecto, con el príncipe de Soubise, par de Francia y mariscal (1715-1787).

3 Jeanne Vaubernier era el sobrenombre de Jeanne Becu, a quien Guillaume du Barry dio el nombre con el matrimonio. Jean du Barry se relacionó con el mariscal Richelieu para que su cuñada se convirtiera en amante de Luis XV.

4 En 1815, el conde de la Motte-Valois no tenía más que sesenta y un años.

aspecto silencioso y sentencioso, su rostro anguloso y frío, sus maneras perfectamente educadas, su traje abotonado hasta la barba, y sus largas piernas siempre cruzadas, y metidas en un largo pantalón sin gracia alguna, de color de barro de Siena cocido. El color del rostro era el mismo del pantalón.

Este señor de Lamothe, era «muy considerado» en este salón, a causa de su celebridad; y cosa extraña, pero cierta, a causa también de su nombre de Valois.

En cuanto al señor Gillenormand, la consideración de que gozaba era absolutamente de buena clase. Había adquirido autoridad. A pesar de su ligereza, y sin que se perjudicase en lo más mínimo su galantería, tenía un modo de ser imponente, digno, noble y modestamente altivo, que hacía más respetable su edad. Nadie llega a ser un siglo andando impunemente. Los años concluyen por rodear la cabeza de una aureola venerable.

Tenía, además, estos dichos que son completamente propios de la escuela clásica. Así, cuando el rey de Prusia, después de haber restaurado a Luis XVIII fue a visitarle con el nombre de conde de Ruppin, fue recibido por el descendiente de Luis XIV un poco como marqués de Brandeburgo y con la impertinencia más delicada. El señor Gillenormand lo aprobó, diciendo: «Todos los reyes que no son el rey de Francia, son reyes de provincia.» Un día, delante de él, le hicieron esta pregunta y esta respuesta: «¿A qué ha sido condenado el redactor del correo francés?» «A ser suspendido.» «El sus, está de más», observó el señor Gillenormand. Dichos como éste crean una posición.

En un *Te Deum* de aniversario de retorno de los Borbones, al ver pasar a Talleyrand, dijo: «He aquí a su excelencia el mal.»

El señor Gillenormand iba casi siempre acompañado de su hija, aquella alta señorita que entonces había pasado ya de los cuarenta años y parecía tener cincuenta, y de un guapo niño de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres e inocentes ojos, el cual, al entrar en el salón, oía murmurar a su alrededor: «¡Qué hermoso! ¡Qué lástima! ¡Pobre niño!» Este niño es el mismo de quien hemos hablado hace poco. Lo llamaban pobre niño, porque tenía por padre «a un bandido del Loire» [1].

Este bandido del Loire, del cual hemos hecho ya mención, y al que el señor Gillenormand calificaba como la deshonra de la familia, era su yerno.

---

[1] En 1815, después de la caída de París, el ejército de Davout se había retirado detrás del Loire. La mitad de sus efectivos desertaron, cuando quisieron imponerles la escarapela blanca. De ahí la expresión empleada aquí por los ultras.

II

Uno de los espectros rojos de aquel tiempo

Todo el que hubiera pasado en aquella época, por la pequeña aldea de Vernon, y se hubiera detenido un momento en aquel hermoso puente monumental, que será sustituido en breve probablemente por algún feo puente de hierro, habría podido observar, dirigiendo su vista desde lo alto del parapeto, a un hombre de unos cincuenta años, con gorra de badana, vestido con un pantalón y una chaqueta de paño grueso de color gris, en la cual llevaba cosida una cosa amarilla que en su tiempo había sido una cinta roja, calzado con zuecos, y tostado por el sol; de modo que tenía la cara casi negra, y el pelo casi blanco, con una gran cicatriz que corría desde la frente hasta la mejilla; encorvado, doblado, envejecido antes de tiempo, se paseaba casi todos los días con una azadilla y una podadera en la mano, en uno de estos compartimientos rodeados de muros, inmediatos al puente, y que bordean como una cadena de terrazas la orilla izquierda del Sena: encantadores cercados llenos de flores, de los cuales podría decirse si fueran mucho mayores:

son jardines; y si fueran un poco más pequeños: son ramilletes. Todos estos cercados terminan, por un lado, en el río, y por el otro, en una casa.

El hombre de la chaqueta y zuecos del que acabamos de hablar, habitaba en 1817 en el más pequeño de estos cercados, y en la más humilde de estas casas. Vivía allí solo, silenciosa y pobremente con una criada, ni joven ni vieja, ni guapa ni fea, ni campesina ni burguesa, que lo servía. El cuadrado de tierra que él llamaba su jardín, era célebre en la ciudad, por la hermosura de las flores que en él cultivaba. Las flores constituían su ocupación.

A fuerza de trabajo, de perseverancia, de atención y de cubos de agua, había conseguido crear, después del creador, y había inventado algunos tulipanes y ciertas dalias, que parecían haber sido olvidadas por la naturaleza. Era ingenioso; había descubierto antes que Soulange Bodin [1], la formación de montecillos de tierra de brezo para ocultar los raros y preciosos arbustos de América y de la China. Desde que asomaba el día, en verano, estaba en las avenidas cavando, cortando, rastrillando, regando, paseándose por entre las flores con un aire de bondad, de tristeza y de dulzura, algunas veces soñador, e inmóvil durante horas enteras, escuchando el canto de un pájaro en algún árbol, el ruido de un niño en una casa, o bien con los ojos fijos en el extremo de una brizna de hierba, en alguna gota de rocío convertida por los rayos del sol en un rubí. Comía muy frugalmente, y bebía más leche que vino. Cedía ante un niño, y lo regañaba su criada. Era tímido hasta parecer arisco, salía raramente, y no veía más que a los pobres que llamaban a su ventana, y a su párroco, el cura Mabeuf, un buen hombre anciano. Sin embargo, si los habitantes de la ciudad, o algún foras-

1 Soulange Bodin (1774-1846), fundador de una escuela de horticultura en tiempo de la restauración.

tero, curioso por ver sus tulipanes y sus rosas, llamaba a su puerta, la abría y sonreía. Éste era el «bandido del Loire».

El que hubiera leído por aquel tiempo las memorias militares, las biografías, el *Monitor*, y los boletines del gran ejército, habría quedado sorprendido al ver un nombre repetido con frecuencia, el de Georges Pontmercy. Muy joven aún, este Georges Pontmercy, había sido soldado del regimiento de Saintonge. La revolución estalló. El regimiento de Saintonge, formó parte del ejército del Rhin. Los antiguos regimientos de la monarquía conservaron los nombres de las provincias aún después de la caída del trono, y no fueron reformados hasta 1794. Pontmercy peleó en Spira, en Worms, en Neustadt, en Turkheim, en Alzey, en Mayence, donde fue uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Houchard. Peleó contra el ejército del príncipe de Hesse, detrás de la vieja muralla de Andernach, y no se replegó sobre el grueso del ejército, sino cuando el cañón enemigo abrió la brecha desde el cordón del parapeto hasta la misma escarpa. Estuvo con Kléber en Marchiennes, y en el combate de Mont-Palissel donde le rompió el brazo una bala de cañón. Luego cruzó la frontera de Italia, y fue uno de los treinta granaderos que defendieron el desfiladero de Tende con Joubert. Joubert fue nombrado entonces ayudante general y Pontmercy subteniente. Pontmercy estuvo al lado de Berthier, en medio de la metralla, en aquella jornada de Lodi que hizo decir a Bonaparte: «Berthier ha sido artillero, soldado de caballería y granadero.» Vio caer a su antiguo general Joubert, en Novi, en el momento en que alzando el sable, gritaba: «¡Adelante!» Embarcóse después con su compañía para un asunto del servicio, en un barquillo que iba de Génova a otro pequeño puerto de la costa, y cayó en una emboscada de

siete u ocho velas inglesas. El comandante genovés, quería arrojar los cañones al mar, ocultar los soldados en el entrepuente, y pasar oculto como un buque mercante; pero Pontmercy hizo brillar los colores nacionales en el mástil del pabellón, y pasó orgullosamente bajo los cañones de las fragatas británicas. Veinte leguas más allá, creciendo siempre su audacia, con su barquichuelo atacó y apresó un gran trasporte inglés que llevaba tropas a Sicilia, tan cargado de hombres y caballos, que iba atestado hasta las velas. En 1805, pertenecía a la división Mahler, que se apoderó de Günzburgo contra el archiduque Fernando. En Wettingen recibió en sus brazos, en medio de una lluvia de balas, al coronel Maupetit herido mortalmente en la cabeza, como jefe del 90º regimiento de dragones; y se distinguió en Austerlitz en aquella admirable marcha escalonada, hecha bajo el fuego enemigo.

Cuando la caballería de la guardia imperial rusa destruyó un batallón del 40º regimiento de línea, Pontmercy fue de los que lo vengaron, arrollando a esta tropa. El emperador le concedió la cruz. Pontmercy vio caer prisionero sucesivamente a Wurmser en Mantua, a Mélas en Alejandría, a Mack en Ulm. Formó parte del octavo cuerpo del gran ejército, mandado por Mortier, y conquistador de Hamburgo. Después pasó al regimiento 55º de línea, que llevaba antes el nombre de Flandes. En Eylau estuvo en el cementerio en que el heroico capitán Louis Hugo[1], tío del autor de este libro, sostuvo sólo con su compañía, compuesta de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el cuerpo del ejército enemigo. Pontmercy fue uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio. Estuvo también en Friedland.

1 *La leyenda de los siglos*, *El cementerio de Eylau*, y en *Víctor Hugo, relatado por un testigo de su vida*, «El relato del general Luis Hugo».

Luego vio Moscú, y luego Beresina, luego Lutzen, y Dresde, y Wachau, y Leipzig, y los desfiladeros de Gelenshausen; más tarde, Montmirail, Château-Thierry, Craon, los bordes del Marne, los bordes del Aisne, la temible posición de Laon. En Arnay-le-Duc, siendo capitán, acuchilló a diez cosacos, y salvó, no a un general, sino a su cabo. En esta ocasión, fue acuchillado, y le extrajeron veintisiete esquirlas del brazo izquierdo. Ocho días antes de la capitulación de París, acababa de permutar con un compañero, y de entrar en la caballería, pues tenía lo que en el antiguo régimen se llamaba doble mano, es decir, igual aptitud para manejar como soldado el sable o el fusil, y como oficial, un escuadrón o un batallón. De esta aptitud, perfeccionada por la educación militar, han nacido ciertos cuerpos especiales, los dragones, por ejemplo, que son al mismo tiempo soldados de a pie y de a caballo. Acompañó a Napoleón a la isla de Elba. En Waterloo, era jefe de escuadrón de coraceros en la brigada Dubois. Fue él quien tomó la bandera del batallón de Lunebourg, y fue a ponerla a los pies del emperador. Estaba cubierto de sangre. Al arrancar la bandera, había recibido un sablazo en la cara. El emperador, contento, le gritó: «Eres coronel, barón y oficial de la legión de honor.» Pontmercy respondió: «Señor, os lo agradezco por mi viuda.» Un hora más tarde, caía en el barranco de Ohain. ¿Quién era este Georges Pontmercy? Era el bandido del Loire.

Ya hemos conocido algo de su historia. Después de Waterloo, Pontmercy, sacado como hemos dicho del barranco de Ohain, había conseguido unirse al ejército, se había arrastrado de ambulancia en ambulancia hasta los acantonamientos del Loire.

La restauración lo dejó a media paga, y luego lo había enviado al cuartel, es decir, sujeto a vigilancia, en

Vernon. El rey Luis XVIII, considerando como no sucedido todo lo que se había hecho en los cien días, no le reconoció ni la gracia de oficial de la legión de honor, ni su grado de coronel, ni su título de barón; pero él no perdía ocasión de firmarse «el coronel barón Pontmercy». No tenía más que un viejo traje azul, y no salía nunca sin poner en él la roseta de oficial de la legión de honor. El procurador del rey le previno que lo perseguiría por uso «ilegal» de esta condecoración. Cuando le fue trasmitido este aviso por un intermediario oficioso, Pontmercy respondió con una amarga sonrisa: «No sé ya si soy yo quien no entiende el francés, o si sois vos que no lo sabéis hablar, pero el hecho es que no comprendo.» Luego salió ocho días seguidos con su roseta; nadie se atrevió a molestarlo. Dos o tres veces el ministro de la guerra y el general que mandaba el departamento, le escribieron con este sobre: «Al señor comandante Pontmercy.» Devolvió las cartas sin abrirlas. En este mismo momento, Napoleón, en Santa Elena, trataba del mismo modo las misivas de sir Hudson Lowe, dirigidas al general Bonaparte. Pontmercy había terminado, permítasenos la frase, por tener en la boca la misma saliva que el emperador.

En Roma hubo también soldados cartagineses, prisioneros, que se negaron a saludar a Flaminius, y mostraban tener algo del alma de Aníbal.

Una mañana, encontró al procurador del rey en una calle de Vernon, se dirigió a él y le dijo: «Señor procurador del rey, ¿me está permitido llevar mi cicatriz?»

No tenía más que su mezquina media paga de jefe de escuadrón. Había alquilado en Vernon, la casita más pequeña que había podido encontrar. Vivía solo, ya acabamos de ver de qué modo. En la época del imperio, y entre dos guerras, tuvo tiempo para casarse con la seño-

rita Gillenormand. El viejo burgués, indignado en el fondo, consintió, suspirando y diciendo: «Las familias más importantes se ven obligadas a hacer lo mismo.» En 1815, la señora Pontmercy, mujer por lo demás de todo punto digna de admiración, educada, y digna de su marido, murió, dejándole un niño. Este niño hubiera sido la alegría del coronel en su soledad; pero el abuelo había reclamado imperiosamente a su nieto, declarando que si no se le entregaba, lo desheredaría. El padre había cedido, en beneficio del pequeño, y al no poder tener a su hijo, se dedicó a amar a las flores.

Por lo demás, había renunciado a todo. No se movía ni conspiraba. Repartía su pensamiento entre las cosas inocentes que hacía, y las cosas grandes que había hecho. Pasaba el tiempo esperando un clavel, o acordándose de Austerlitz.

El señor Gillenormand no mantenía relación alguna con su yerno. El coronel era para él un «bandido», y él era para el coronel un «necio». El señor Gillenormand, no hablaba nunca del coronel sino en raras ocasiones, y para hacer alusiones burlonas a su «baronía». Había convenido expresamente que Pontmercy no trataría jamás de ver a su hijo ni de hablarle, so pena de que le fuera devuelto expulsado y desheredado. Para los Gillenormand, Pontmercy era un pestiferado. Querían educar al niño a su manera. El coronel obró mal, quizá, al aceptar estas condiciones, pero pasó por ellas, creyendo obrar bien, sacrificándose sólo a sí mismo.

La herencia del tío Gillenormand era poca cosa, pero la herencia de la señorita Gillenormand, la mayor, era considerable. Esta tía soltera, era muy rica, por parte materna, y el hijo de su hermana, era su heredero natural.

El niño, que se llamaba Marius, sabía que tenía un padre, pero nada más. Nadie abría la boca para hablarle de él. Sin embargo, en el mundo en que se desenvolvía su abuelo, los murmullos, las medias palabras, los guiños de ojos, con el tiempo, habían llamado la atención del niño, y éste había concluido por comprender alguna cosa, y como tomaba naturalmente por una especie de infiltración y de penetración lenta, las ideas y las opiniones que formaban a su alrededor, por decirlo así, una atmósfera, llegó, poco a poco, a no pensar en su padre sino lleno de vergüenza, y con el corazón oprimido.

Mientras iba creciendo en esta atmósfera, cada dos o tres meses el coronel se escapaba, iba furtivamente a París como un perseguido por la justicia que ha roto sus cadenas, y se apostaba en Saint-Sulpice, a la hora en que la tía Gillenormand llevaba a Marius a misa. Allí, temeroso de que la tía se volviese, escondido detrás de un pilar, inmóvil y sin atreverse a respirar, miraba a su hijo. Aquel hombre, lleno de cicatrices, tenía miedo de una vieja soltera.

De aquí había provenido su relación con el párroco de Vernon, el abate Mabeuf.

Este digno sacerdote, era hermano de un mayordomo de fábrica de Saint-Sulpice, que había observado varias veces a aquel hombre contemplando al niño, y la cicatriz que tenía en la mejilla, y la gruesa lágrima que caía de sus ojos. Aquel hombre, de aspecto tan varonil, que lloraba como una mujer, había sorprendido al mayordomo: su rostro lo había impresionado. Un día que fue a Vernon a ver a su hermano, se encontró en el puente con el coronel Pontmercy, y reconoció en él al hombre de Saint-Sulpice. El mayordomo habló de ello al cura, y ambos, bajo un pretexto cualquiera, hicieron una visita al coronel, visita que fue seguida de otras mu-

chas. El coronel, muy reservado al principio, concluyó por abrir su corazón, y el cura y el mayordomo llegaron a saber toda la historia, y cómo Pontmercy sacrificaba su felicidad por el porvenir del niño. Aquello hizo que el cura lo mirase con veneración y ternura, y el coronel, a su vez, tomó afecto al cura. Por otra parte, cuando por casualidad se encuentran un anciano sacerdote y un viejo militar, si ambos son sinceros y buenos, nadie se comprende y se amalgama con más facilidad que un viejo sacerdote y un viejo soldado. En el fondo, son el mismo hombre. Uno se sacrifica por la patria de aquí abajo, y el otro por la patria de lo alto; no hay otra diferencia.

Dos veces al año, el 1º de enero, y el día de san Jorge, escribía Marius a su padre cartas obligadas que su tía le dictaba, y que hubiéranse dicho copiadas de cualquier formulario; esto era todo lo que toleraba el señor Gillenormand; y el padre respondía con cartas llenas de ternura, que el abuelo se guardaba en el bolsillo sin leerlas.

III

Requiescant[1]

El salón de la señora de T. era todo lo que Marius Pontmercy conocía del mundo. Era la única abertura por donde podía mirar a la vida. Esta abertura era oscura, y recibía por ella más frío que calor, más niebla que luz.

Este niño, que era la alegría y la luz, al entrar en este mundo extraño, adquirió en poco tiempo una gran tristeza, y lo que es aún más contrario a su edad, gravedad. Rodeado de todas aquellas personas importantes y singulares, miraba a su alrededor con una sorpresa seria. Todo contribuía a aumentar en él aquel estupor. En el salón de la señora de T. había nobles y ancianas damas muy venerables, que se llamaban Mothan, Noé, Lévis, que se pronunciaba Lev y Cambis, que se pronunciaba Cambyse. Aquellas caras antiguas, y aquellos nombres bíblicos se mezclaban en la cabeza del niño con el *Antiguo*

1 «Descansen». Todo este capítulo está lleno de recuerdos de la juventud ultra de Víctor Hugo, en particular, del *Conservador* y del *Conservador literario*. G. Venzac, *Los orígenes religiosos de Víctor Hugo*, pp. 404-405.

Testamento que se aprendía de memoria [1], y cuando estaban todas sentadas en círculo, alrededor de una lumbre moribunda, iluminadas apenas por una lámpara de pantalla verde, con sus severos perfiles, sus cabellos grises o blancos, sus largos vestidos de otra época, en lo que no se distinguían más que colores lúgubres, dejando caer a intervalos palabras majestuosas y graves a la vez, el niño Marius las contemplaba con ojos azorados, creyendo ver en ellas, no mujeres, sino patriarcas y magos; no seres reales, sino fantasmas.

A estos fantasmas se mezclaban varios curas, que frecuentaban aquel viejo salón, y algunos gentilhombres; el marqués de Sassenaye [2], secretario de órdenes de la señora de Berry, el vizconde de Valory, que publicaba, bajo el seudónimo de Charles-Antoine, odas monorrimas, el príncipe de Beaufremont que, aún siendo bastante joven, tenía ya cabellos grises, y una mujer bonita y de talento, cuyos trajes de terciopelo escarlata con trencilla de oro, muy escotados, escandalizaban aquellas tinieblas; el marqués de Coriolis d'Espinouse [3], el hombre de Francia, que sabía mejor que nadie «la urbanidad proporcionada», el conde de Amendre, buen hombre de semblante benévolo, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor Port-de-Guy, calvo y más bien envejecido que viejo, contaba que en 1793, a la edad de dieciséis años, había sido condenado a presidio por refractario, y atado a la misma cadena que un octogenario, el

[1] Sobre el prestigio de estos nombres propios, véase las notas análogas de Proust.

[2] Sobre el marqués de Sassenaye, véase tomo I, p. 202.

[3] Coriolis (1770-1841), que colaboraba en *El Conservador*, tuvo relaciones con Hugo y su madre. *Contemplaciones*, escrito en 1846.

obispo de Mirepoix, refractario a su vez, pero como sacerdote, mientras que él lo era como soldado. Era en Tolón. Su trabajo era ir a recoger por la noche del cadalso, las cabezas y los cuerpos de los guillotinados durante el día: llevaban a cuestas aquellos troncos destilando sangre, y sus capas rojas de presidiarios, tenían detrás de la nuca una costra de sangre, seca por la mañana, y húmeda por la noche. Estos relatos trágicos, abundaban en el salón de la señora de T.; y a fuerza de maldecir a Marat, se aplaudía a Trestaillon[1]. Algunos diputados de los llamados «introuvables», hacían su partida de whist; eran el señor Thibord du Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre chancero de la derecha, el señor Cornet-Dincourt. El bailío de Ferrette, con sus calzones cortos y sus piernas delgadas, entraba de paso alguna vez en el salón, al ir a casa del señor Talleyrand. Había sido compañero de locuras del señor conde de Artois, y a la inversa de Aristóteles, acurrucado bajo Campaspe, había hecho andar a la Guimard a cuatro patas, y, por consiguiente, había demostrado ante la historia cómo puede quedar vengado un filósofo por bailío.

En cuanto a los sacerdotes, eran el abate Halma, el mismo a quien el señor Larose, su colaborador en *El Rayo*, decía: ¡Bah! ¿Quién no tiene cincuenta años? Solamente algún boquirrubio; el abate Letourneur, predicador del rey, el abate Frayssinous, que no era aún conde ni obispo, ni ministro, ni par[2], y que llevaba una vieja

1 Véase p. 424, núm. 3.

2 Todas estas dignidades hicieron fracasar a Frayssinous (1765-1841) en el espacio de apenas dos años, y, sin embargo, no se convirtió en ministro (de cultos) hasta 1824. En 1817, pronunció un *Panegírico a san Luis*, que le valió el título de predicador del rey. Hugo había conocido al abate Letourneur por mediación de La Mennais, que se lo había aconsejado como confesor.

sotana, donde faltaban algunos botones, y el abate Keravenant[1], párroco de Saint-Germain-des-Prés; además, el nuncio del papa, entonces monseñor Macchi, arzobispo de Nisibis, y más tarde cardenal, notable por su larga nariz pensativa, y otro monseñor llamado abate Palmieri, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la santa sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, *postulatore di santi,* lo cual atañe a los asuntos de canonización y significa, poco más o menos, postulador o receptor de las solicitudes de la sección del paraíso; finalmente, dos cardenales, el señor de la Luzerne, y el señor de Clermont-Tonnerre[2]. El señor cardenal de la Luzerne era un escritor y debía tener, algunos años más tarde, el honor de firmar algunos artículos en el *Conservador,* al lado de Chateaubriand[3]. El señor de Clermont-Tonnerre, era arzobispo de Toulouse[4], y solía ir con frecuencia a París a pasar una temporada a casa de su sobrino el marqués de Tonnerre, que ha sido ministro de marina y de guerra. El cardenal de Clermont-Tonnerre era un viejo alegre, que enseñaba sus medias rojas, levantando su sotana; su especialidad era odiar la *Enciclopedia,* y jugar locamente al billar, y la gente que por entonces pasaba en las noches de verano por la calle de Madame, donde entonces se hallaba la mansión de Clermont-Tonnerre, se detenía para oír el choque de las bolas, y la voz aguda del cardenal gritando a su conclavista, monseñor Cottret,

1 «El abate Keravenac (sic)..., que me celebró misa a menudo en 1815, 1816, 1817 y 1818, siendo yo escolar en la pensión. Cordier...» (*El noventa y tres*, «dossier», *E.I.N.*, 388.)

2 César-Guillaume de la Luzerne (1738-1821) fue nombrado cardenal en 1817; pero, Anne de Clermont-Tonnerre (1749-1830), obispo de Châlons, no recibió el bonete hasta 1822.

3 *Memorias de ultratumba*, XXV, 9.

4 No lo fue hasta 1820.

obispo *in partibus* de Caryste: «Apunta, abate, que he hecho carambola.» El cardenal de Clermont-Tonnerre, había sido presentado en casa de la señora de T., por su más íntimo amigo, el señor de Roquelaure [1], antiguo obispo de Senlis, y uno de los cuarenta. El señor de Roquelaure, era notable por su alta estatura y su asiduidad a la academia; a través de la puerta vidriera de la sala contigua a la biblioteca, donde la academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podían contemplar todos los jueves, al antiguo obispo de Senlis, habitualmente en pie, recién empolvado, con medias violeta, y vuelto de espaldas a la puerta, aparentemente para dejar ver mejor su alzacuello. Todos los eclesiásticos, que eran tan cortesanos como hombres de iglesia, aumentaban la gravedad de la tertulia de T., en la cual, cinco pares de Francia, el marqués de Vibraye, el marqués de Talaru, el marqués de Herbouville, el vizconde de Dambray, y el duque de Valentinois, acentuaban el aspecto señorial.

Este duque de Valentinois, aunque era príncipe de Mónaco [2], es decir, príncipe soberano extranjero, tenía formada tan alta idea de Francia, y de la dignidad de par, que todo lo veía a través de ambas cosas, y solía decir: «Los cardenales son los pares de Francia de Roma, los lores son los pares de Francia de Inglaterra.» Por lo demás, como la revolución en este siglo debe entrar en

[1] Nacido en 1720, obispo de Senlis antes de la revolución, Roquelaure, miembro de la academia francesa desde 1770, murió en 1818.

[2] El marqués de Vibraye, y de Talaru, pares de Francia desde agosto de 1815; de Herbouville, par de Francia en agosto de 1815, marqués en 1817. El vizconde Emmanuel Dambray (1766-1829)), magistrado en el antiguo régimen, uno de los redactores de la carta, canciller de Francia; Honorato V. Grimaldi (1778-1841), príncipe de Mónaco en 1815; duque de Valentinois, y con este título, par de Francia desde junio de 1814.

todas partes, aquel salón feudal estaba, según hemos dicho, dominado por un hombre de la clase media. El señor Gillenormand reinaba allí.

Aquélla era la esencia y la quintaesencia de la sociedad parisiense blanca. Allí se ponían en cuarentena los nombres más conocidos, aunque fueran realistas. En la fama, hay siempre algo de anarquía. Si Chateaubriand hubiera entrado allí, habría producido el efecto del padre Duchesne. Sin embargo, algunos arrepentidos entraban por tolerancia en este mundo ortodoxo. El conde Beugnot [1], alto funcionario, fue admitido a título de corrección.

Los salones «nobles» de hoy, no se parecen en nada a aquellos salones de entonces. El barrio Saint-Germain de hoy, huele a hereje. Los realistas de ahora son demagogos, digámoslo en elogio suyo.

En casa de la señora T., el mundo era superior, el gusto era exquisito y altivo, bajo una gran cortesía. Las costumbres llevaban consigo toda clase de refinamientos involuntarios, que eran el antiguo régimen enterrado, pero vivo. Algunas de estas costumbres, especialmente en el lenguaje, eran muy caprichosas. Los observadores superficiales hubieran tomado por provincialismos, lo que no eran más que antiguallas. Llamar a una dama, la señora generala, y la señora coronela, no era del todo inusitado. La encantadora señora de León, en recuerdo sin duda de las duquesas de Longueville y de Chevreuse [2], prefería este apelativo a su título de princesa. La marquesa de Créquy, a su vez se hacía llamar la señora coronela.

1 Alto funcionario del imperio, el conde Beugnot (1761-1835) era un «adherido» de marca. Había sido uno de los artesanos de la primera restauración.

2 Que tuvieron un papel activo durante la Fronda.

Fue en este pequeño círculo aristocrático, donde se inventó el refinamiento de decir siempre al hablar del rey en la intimidad, el rey en tercera persona, y no decir nunca su majestad, porque esta calificación, había sido profanada por el «usurpador».

Allí se juzgaba a los hechos y a los hombres. Se burlaban de la época, lo cual les dispensaba de comprenderla. Auxiliábanse en esta ignorancia. Se comunicaban la cantidad de luz que cada uno poseía. Matusalén, enseñaba a Epiménides [1]. El sordo, ponía al corriente al ciego. Declaraban como no pasado, el tiempo trascurrido desde Coblenza. Así como Luis XVIII, estaba por la gracia de Dios, en el vigésimo quinto año de su reinado [2], los exiliados estaban, de derecho, en el vigésimo quinto año de su adolescencia.

Todo era armonioso; nada había vivido demasiado; la palabra era apenas un soplo; el periódico, de acuerdo con el salón, parecía un papiro. Había algunos jóvenes, pero estaban casi muertos. En la antecámara, las libreas estaban muy gastadas. Estos personajes, completamente pasados, tenían criados del mismo estilo. Todos tenían el aire de haber vivido hacía largo tiempo, y de obstinarse contra el sepulcro. Conservar, conservación, conservador, era éste, poco más o menos, todo su diccionario. Estar en buen olor, era lo que les importaba. Y, en efecto, las opiniones de aquellos grupos venerables, estaban embalsamadas, y las ideas olían a nardo. Era un mundo momificado. Los dueños estaban embalsamados, los criados empajados.

[1] Epiménides, filósofo cretense (siglo VIII a. de J. C.), pasaba por haber dormido cincuenta y siete años en una caverna.

[2] Había fechado la carta (1814), del décimonono año de su reinado. Luis XVII había muerto en 1795. «Hacia 1817», no estaba, pues, más que en el vigésimo segundo año.

Una digna marquesa vieja, exiliada y arruinada, no tenía más que una criada, y seguía diciendo: «Mis criados.»

¿Qué se hacía en el salón de la señora T.? Eran ultras.

Ser ultra; esta palabra, sea cual fuese su significado, y aunque tal vez no haya desaparecido, ya no tiene sentido hoy en día. Expliquémosla.

Ser ultra, es ir más allá; es hacer la guerra al centro, en nombre del trono, y a la mitra en nombre del altar; es maltratar lo que se arrastra; es arrojarse en el tiro de caballos para que vayan más de prisa; es censurar a la hoguera, porque quema poco a los herejes; es reprender al idólatra por su poca idolatría; es insultar por exceso de respeto; es no encontrar bastante papismo en el papa, ni bastante realeza en el rey, y demasiada luz en la noche; es estar descontento del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena, en nombre de la blancura; es ser partidario de las cosas hasta el punto de ser su enemigo; es llevar el pro hasta el contra.

El espíritu ultra, caracteriza especialmente la primera fase de la restauración.

No hay nada en la historia, semejante al cuarto de hora que empieza en 1814, y termina en 1820, al advenimiento del señor de Villèle, el hombre práctico de la derecha. Estos seis años fueron un momento extraordinario, ruidoso, y triste a la vez, risueño y sombrío, iluminado como por la claridad del alba, al mismo tiempo cubierto de las tinieblas de las grandes catástrofes que llenaban aún el horizonte, y se sumergían lentamente en el pasado. Hubo en aquella luz y en aquella sombra, todo un pequeño mundo nuevo y viejo, bufón y triste, juvenil y senil, frotándose los ojos; nada se parece tanto al despertar como el retorno: era un grupo que contemplaba

a Francia con humor y al que Francia miraba con ironía; viejos búhos, marqueses finchados, los que desaparecen y los aparecidos, los «ex» sorprendidos de todo, buenos y nobles aristócratas, sonriendo por estar en Francia, y llorando al mismo tiempo, sorprendidos de volver a ver a su patria, y desesperados por no encontrar su monarquía; la nobleza de las cruzadas, despreciando a la nobleza del imperio, es decir, la nobleza de la espada; las razas históricas que habían perdido el significado de la historia; los hijos de los compañeros de Carlomagno, desdeñando a los compañeros de Napoleón. Las espadas, como acabamos de decir, se enviaban recíprocamente insultos; la espada, de Fontenoy, era objeto de risa y estaba oxidada; la espada de Marengo era odiosa y no era más que un sable. El antiguamente, desconocía el ayer. No se tenía el sentimiento de lo grande, ni el sentimiento de lo ridículo, y hubo quien llamó Scapin a Bonaparte. Este mundo ya no existe. Nada queda hoy de él, repitámoslo. Cuando sacamos de él por casualidad alguna figura, y tratamos de hacerla revivir por medio del pensamiento, nos parece extraña, como un mundo antediluviano. Y es que, en efecto, ha sido sumergido también por un diluvio. Ha desaparecido bajo dos revoluciones. ¡Qué olas tan poderosas, las ideas! ¡Cómo cubren rápidamente todo lo que deben destruir y sepultar, en cumplimiento de su misión, y cuán pronto excavan terribles profundidades! [1]

Tal era la fisonomía de los salones en aquellos tiempos lejanos y cándidos, en los que el señor Martainville, tenía más agudeza que Voltaire [2].

1 En realidad, durante estos seis años, los ultras estuvieron apartados del poder, salvo durante el corto período de la cámara escondida. El advenimiento de Villèle, señala un retorno a derechas.

2 Martainville (1776-1830), fundador del *Bandera blanca*, uno de los más encarnizados defensores de los ultras.

Estos salones tenían una política y una literatura propias. Creían en Fiévée [1]. El señor Agier [2], dictaba ley; comentábase al señor Colnet [3], el publicista que vendía libros viejos en los muelles Malaquais. Napoleón era conocido solamente con el nombre de ogro de Córcega. Más tarde, la entrada en la historia del señor marqués de Buonaparté, lugarteniente general de los ejércitos del rey, fue una concesión al espíritu del siglo.

Estos salones no se conservaron puros durante mucho tiempo. Desde 1818, empezaron a germinar en ellos algunos doctrinarios de matiz sospechoso, que tenían por sistema ser realistas, disculpándose de serlo. Allí donde los ultras estaban orgullosos, los doctrinarios [4] estaban un poco avergonzados. Tenían ingenio; y guardaban silencio. Su dogma político estaba convenientemente aderezado de gravedad; debían, pues, triunfar. Lucían, muy útilmente por lo demás, excesos de corbata blanca y de traje abotonado. El error o la desgracia del partido doctrinario ha sido crear una juventud envejecida. Adoptaban posturas de sabios; soñaban en injertar en el principio absoluto y excesivo, un poder templado. Oponían, y alguna vez con rara inteligencia, al liberalismo conservador; y se les oía decir: «Gracia para el realismo; nos ha prestado más de un servicio. Nos ha traído la tradición, el culto, la religión, el respeto. Es fiel, valiente,

1 Mediocre novelista y autor dramático. Como prefecto de Nievre, se señaló, en 1814, por su celo ultrarrealista.

2 Agier jugó un papel político, pero, a partir de 1824, como jefe de centro en la cámara.

3 Redactor jefe de la *Gaceta de Francia.*

4 Nombre dado, en tiempos de la restauración, a algunos pensadores (Royer-Collard, Guizot, Cousin) que trataban de fundar una doctrina de tercer partido, entre los realistas intransigentes y los liberales de izquierdas.

caballeresco, amante, leal. Viene a mezclar, aunque con pesar, las nuevas grandezas de la nación, a las grandezas seculares de la monarquía. Tiene la desgracia de no comprender la revolución, el imperio, la gloria, la libertad, las nuevas ideas, las nuevas generaciones, el siglo. Pero este defecto que tiene, respecto de nosotros, ¿no lo tenemos nosotros algunas veces también, respecto a él? La revolución de la que todos somos herederos, debe tener la inteligencia de todos. El contrasentido del liberalismo es atacar al realismo. ¡Qué falta, y qué ceguera! La Francia revolucionaria, no tiene respeto por la Francia histórica, es decir, por su madre, es decir, por sí misma. Después del 5 de setiembre, se trata a la nobleza de la monarquía, como después del 8 de julio, se trataba a la nobleza del imperio. Ellos han sido injustos con el águila, nosotros somos injustos con la flor de lis. ¡Siempre se desea tener algo que proscribir! ¿Es útil, desdorar la corona de Luis XIV, raspar el escudo de Enrique IV? ¡Nos burlamos del señor de Vaublanc[2] que borraba las N del puente de Iéna! ¿Y qué hacía? Lo que hacemos nosotros. Bouvines nos pertenece lo mismo que Marengo. Las flores de lis son nuestras, lo mismo que las N. Éste es nuestro patrimonio. ¿Por qué disminuirlo? No debemos renegar de la patria ni de lo pasado, ni de lo presente. ¿Por qué no hemos de admitir toda la historia? ¿Por qué no hemos de amar a toda Francia?»

De este modo los doctrinarios criticaban y protegían el realismo, descontento de ser criticado, y furioso por ser protegido.

[1] El 5 de setiembre de 1816, fecha de la disolución de la cámara escondida. El 8 de julio de 1815, fecha del segundo retorno de Luis XVIII a París.

[2] Véase tomo I, p. 208

Los ultra caracterizaron la primera época del realismo; la congregación caracterizó a la segunda. A la pasión, sucedió la habilidad. Terminemos aquí este bosquejo.

En el curso de esta narración, el autor de este libro ha encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea; al pasar ha debido dirigir una mirada y trazar alguno de los perfiles singulares de esta sociedad, hoy desconocida. Pero lo hace rápidamente, y sin ninguna idea amarga o burlesca. Algunos recuerdos, afectuosos y respetuosos, pues se refieren a su madre, lo unen a este pasado. Por otra parte, digámoslo, aquel pequeño mundo tenía su grandeza. Podemos sonreírnos; pero no despreciarlo ni odiarlo. Era la Francia de otro tiempo.

Marius Pontmercy hizo, como todos los niños, algunos estudios. Cuando salió de las manos de la tía Gillenormand, su abuelo lo confió a un digno profesor de la más pura inocencia clásica. Aquella joven alma que empezaba a abrirse, pasó de una mojigata a un pedante. Marius tuvo sus años de colegio, y luego entró en la escuela de derecho. Era realista, fanático y austero. Amaba muy poco a su abuelo, cuya alegría y cinismo lo incomodaban, y era sombrío en lo que se refiere a su padre.

Por lo demás, era un joven entusiasta y frío, noble, generoso, orgulloso, religioso, exaltado; digno hasta la dureza, puro hasta ser insociable.

IV

Fin del bandido

La terminación de los estudios clásicos de Marius, coincidió con la salida al mundo del señor Gillenormand. El anciano dijo adiós al barrio de Saint-Germain, y a las reuniones de la señora T., y fue a establecerse en el Marais, en su casa de la calle Filles-du-Calvaire. Tenía por criados, además del portero, a la doncella Nicolette, que había sucedido a la Magnon, y al vasco finchado y cansino del cual hemos hablado algunas páginas antes.

Marius acababa de cumplir diecisiete años en 1827, cuando un día, al volver a su casa, vio a su abuelo con una carta en la mano.

—Marius —dijo el señor Gillenormand—, mañana partirás para Vernon.

—¿Para qué? —preguntó Marius.

—Para ver a tu padre.

Marius se estremeció. Había pensado en todo, excepto en aquello, en que podría llegar un día en que tuviese que ver a su padre. No podía encontrar nada más inesperado, más sorprendente, y digámoslo, más desagradable. Era la antipatía obligada a convertirse en simpatía. No era un disgusto, sino un trabajo fatigoso.

Marius, además de sus motivos de antipatía política, estaba convencido de que su padre, el acuchillador, como lo llamaba el señor Gillenormand en los días de mayor amabilidad, no lo amaba; esto era evidente, puesto que lo había abandonado así, y entregado a otros. Creyendo que no era amado, no amaba. No hay nada tan normal, se decía:

Se quedó tan estupefacto, que no preguntó nada al señor Gillenormand.

El abuelo añadió:

—Parece que está enfermo. Te llama.

Y tras un silencio, dijo:

—Partirás mañana por la mañana. Creo que hay en la plaza de Fontaines[1], un coche que parte a las seis, y llega por la noche. Tómalo; dice que corre prisa.

Luego arrugó la carta, y se la metió en el bolsillo.

Marius hubiera podido partir aquella misma noche, y estar al lado de su padre al día siguiente por la mañana. Una diligencia de la calle Bouloi, hacía, en aquella época, el viaje a Rouan, de noche, y pasaba por Vernon. Pero ni el señor Gillenormand, ni Marius pensaron en informarse.

Al día siguiente al anochecer, llegaba Marius a Vernon. Empezaban a encenderse las luces. Preguntó al primer transeúnte: «¿La casa del señor Pontmercy?» Porque, en su fuero interno, era de las mismas ideas que la restauración, y no reconocía tampoco a su padre como barón ni como coronel.

Le indicaron la casa. Llamó; una mujer fue a abrirle, con una lamparilla en la mano.

—¿El señor Pontmercy? —preguntó Marius.

[1] Hoy, plaza de Valois, entre la calle de Valois y la calle de Bons-Enfants. El patio de las Fuentes, donde se elevaba en el antiguo régimen la ópera, estaba cerca de la calle de Bouloi.

La mujer quedóse inmóvil.

—¿Es aquí? —preguntó Marius.

La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Podría hablarle?

La mujer hizo un signo negativo.

—Es que soy su hijo —dijo Marius—. Me está esperando.

—Ya no os espera —dijo la mujer.

Entonces, él se dio cuenta de que lloraba.

La mujer le señaló con el dedo la puerta de una sala baja, donde entró.

En esta sala, iluminada por una vela de sebo, colocada encima de la chimenea, había tres hombres; uno de pie, uno de rodillas y el tercero estaba en el suelo, echado cuan largo era sobre los ladrillos. El que estaba en el suelo, era el coronel.

Los otros dos eran el médico y un sacerdote que oraba.

El coronel había sido atacado hacía tres días, por una fiebre cerebral. Al principio de la enfermedad, teniendo un mal presentimiento, había escrito al señor Gillenormand para llamar a su hijo. La enfermedad había empeorado. La tarde misma de la llegada de Marius a Vernon, el coronel había tenido un acceso de delirio; se había levantado de la cama, a pesar de la oposición de la criada, gritando: «¡Mi hijo no llega! ¡Voy a buscarlo!» Luego había salido de su habitación y había caído sobre las losas de la antecámara. Acababa de expirar.

Habían llamado al médico y al párroco. El médico había llegado demasiado tarde, y también el párroco. El hijo también había llegado demasiado tarde.

A la luz crepuscular de la vela, se distinguía sobre la mejilla del coronel yacente, una gruesa lágrima que

había caído de su ojo muerto. El ojo se había apagado, pero la lágrima no se había secado. Aquella lágrima era la tardanza de su hijo.

Marius contempló a aquel hombre a quien veía por vez primera y última, aquel rostro venerable y varonil, aquellos ojos abiertos que ya no veían, aquellos cabellos blancos, aquellos miembros robustos sobre los que se distinguían aquí y allá, manchas oscuras que eran sablazos, y una especie de estrellas rojas, que eran balazos. Contempló aquella gigantesca cicatriz que imprimía un sello de heroísmo sobre aquel rostro en el que Dios había impreso la bondad. Pensó que aquel hombre era su padre, y que había muerto, y permaneció inmóvil.

La tristeza que sentía, era la que hubiera sentido ante cualquier otro hombre, al que hubiera visto tendido y muerto.

El duelo, un duelo punzante, estaba en aquella habitación. La sirvienta se lamentaba en un rincón, el párroco oraba, y se le oía sollozar, el médico se secaba los ojos; el propio cadáver lloraba.

El médico, el cura y la mujer, miraban a Marius a través de su aflicción, sin pronunciar una sola palabra; él era allí el extraño. Marius, poco emocionado, se sentía avergonzado en una situación embarazosa; tenía el sombrero en la mano. y lo dejó caer al suelo para hacer creer que el dolor le quitaba la fuerza necesaria para sostenerlo.

Al mismo tiempo experimentaba como un remordimiento, y se despreciaba por obrar así. Pero, ¿era culpa suya? ¡No amaba a su padre! ¿Y qué?

El coronel no dejaba nada. La venta del mobiliario pagó apenas el entierro. La sirvienta encontró un pedazo de papel que entregó a Marius. En él estaba escrito esto, por la mano del coronel:

«Para mi hijo. — El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la restauración me niega este título, que he pagado con mi sangre, mi hijo lo tomará y lo llevará. No hay que decir que será digno de él.»

Detrás, el coronel había añadido:

«En esta misma batalla de Waterloo, un hombre me salvó la vida. Este hombre se llama Thénardier. En los últimos tiempos, creo que tenía una posada en una aldea de los alrededores de París, en Chelles, o en Montfermeil. Si mi hijo lo encuentra, hará a Thénardier todo el bien que pueda.»

No por amor a su padre, sino a causa de ese vago respeto que inspira la muerte y que es siempre tan imperioso en el corazón del hombre, Marius tomó aquel papel y lo guardó.

Nada quedó del coronel. Gillenormand hizo vender a un trapero, su espada y su uniforme. Los vecinos desvalijaron el jardín y cogieron las flores más raras. Las otras plantas se convirtieron en malezas, o murieron.

Marius se había quedado sólo cuarenta y ocho horas en Vernon. Después del entierro de su padre, había regresado a París, y se había entregado de nuevo a su derecho, sin pensar más en su padre, como si no hubiera existido. El coronel había sido enterrado en dos días, y olvidado en tres.

Marius llevaba una cinta en su sombrero. Esto fue todo.

V

Utilidad de ir a misa para hacerse revolucionario

Marius había conservado las costumbres religiosas de su infancia. Un domingo que había ido a oír misa a Saint-Sulpice, a la misma capilla de la virgen adonde lo llevaba su tía cuando era pequeño, estaba distraído, y más pensativo que de ordinario, y se había colocado detrás de un pilar y arrodillado, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrech, a cuyo respaldo estaba escrito este nombre: «Señor Mabeuf, mayordomo.» Apenas empezó la misa, se presentó un anciano, y le dijo:

—Caballero, éste es mi sitio.

Marius se apartó apresuradamente, y el viejo ocupó su silla.

Cuando acabó la misa, Marius permaneció pensativo a algunos pasos; el viejo se acercó otra vez, y le dijo:

—Os pido perdón por haberos distraído antes, y por distraeros aún un momento; pero tal vez me habréis creído impertinente, y debo daros una explicación.

—Es innecesaria, caballero —dijo Marius.

—¡Sí! —dijo el anciano—. No quiero que os forméis una mala idea de mí. Ya veis, éste es mi sitio. Me parece que desde él, es mejor la misa. Y ¿por qué? Voy a decíroslo. A este mismo sitio, he visto venir, regularmente por espacio de diez años, cada dos o tres meses, a un pobre padre que no tenia otro medio ni otra ocasión de ver a su hijo, porque se lo impedían cuestiones de familia. Venía a la hora en que sabía que traían a su hijo a misa. El niño no sabía que su padre estaba allí. ¡Tal vez ni sabía, el inocente, que tenía un padre! El padre se ponía detrás de una columna, para que no lo viesen; miraba a su hijo y lloraba. ¡Cuánto lo quería, el pobre hombre! Yo lo he visto. Este lugar está como santificado para mí, y he tomado la costumbre de venir a él para oír misa. Lo prefiero al sillón de mayordomo que debía ocupar. He tratado un poco a este caballero de quien os hablo. Tenía un suegro y una tía rica, y parientes que amenazaban con desheredar a su hijo si lo veía. Se había sacrificado para que su hijo fuera rico y feliz algún día. Los separaban por diferencias políticas. Ciertamente, yo apruebo sus opiniones, pero hay personas que no saben tenerlas con prudencia. ¡Dios mío! Porque un hombre haya estado en Waterloo, no es un monstruo; ¿sólo por esto se debe separar a un padre de su hijo? Era un coronel de Bonaparte. Ha muerto, según creo. Vivía en Vernon, donde yo tengo un hermano sacerdote, y se llamaba algo así como Pontmarie, o Montpercy... Tenía una gran cicatriz de un sablazo.

—¡Pontmercy! —dijo Marius, palideciendo.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Es que lo habéis conocido?

—Caballero —dijo Marius—, era mi padre.

El viejo mayordomo juntó las manos y exclamó:

—¡Ah! ¡Vos sois el niño! Sí, ahora debía ser ya un hombre. ¡Pues bien, podéis decir que habéis tenido un padre que os ha querido mucho!

Marius ofreció su brazo al anciano, y lo acompañó hasta su casa. Al día siguiente, le dijo al señor Gillenormand:

—Hemos preparado una partida de caza entre algunos amigos. ¿Me permitís ausentarme por tres días?

—¡Y cuatro! —respondió el abuelo—. Anda, diviértete.

Y guiñando un ojo, dijo en voz baja a su hija:

—¡Algún amorío!

VI

Lo que resulta de haber encontrado al mayordomo

Más adelante veremos adónde fue Marius.

El joven estuvo tres días ausente, luego volvió a París, se fue directamente a la biblioteca de la escuela de derecho, y pidió la colección del *Monitor*.

Leyó el *Monitor*, leyó la historia de la república y del imperio, el memorial de Santa Elena, todas las memorias, todos los periódicos, todos los boletines, todas las proclamas, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines del gran ejército, tuvo fiebre toda una semana. Fue a ver a los generales a cuyas órdenes había servido Georges Pontmercy, y entre otros al conde H[1]. El mayordomo Mabeuf, a quien había vuelto a ver, le contó la vida de Vernon, el retiro del coronel, sus flores, su soledad. Marius llegó a conocer plenamente a este hombre, raro, sublime y dulce, a esta especie de león-cordero, que había sido su padre. Mientras tanto, ocupado en este estudio que lo entretenía todo

[1] Con esta inicial, Víctor Hugo quiere, tal vez, evocar a su padre, el general conde Hugo.

el tiempo y todos sus pensamientos, casi no veía al señor Gillenormand. Presentábase a las horas de comer, buscábanlo después, mas ya no estaba en casa. La tía murmuraba. Gillenormand sonreía.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Está en la edad de los amores!

Y alguna vez añadía:

—¡Demonio! Creía que esto era una distracción, pero voy viendo que es una pasión.

Era una pasión, en efecto: Marius iba adorando a su padre.

Al mismo tiempo, un cambio extraordinario se estaba verificando en sus ideas. Las fases de este cambio fueron numerosas y sucesivas; y como ésta es la historia de muchos talentos de nuestra época, creemos útil seguir estas fases paso a paso, e indicarlas todas.

La historia en la que había fijado su vista, lo deslumbraba.

El primer efecto fue un deslumbramiento.

La república, el imperio, no habían sido para él hasta entonces más que palabras monstruosas. La república: una guillotina en un crepúsculo; el imperio: un sable en la noche. Pero acababa de mirar ambas cosas, y allí donde no esperaba encontrar más que un caos de tinieblas, había visto, con una especie de sorpresa inaudita mezclada con temor y alegría, brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camille Desmoulins, Danton, y levantarse un sol: Napoleón. No sabía dónde estaba. Retrocedía, cegado por claridades. Poco a poco, una vez pasada la sorpresa, se acostumbró a aquel esplendor, consideró las acciones sin vértigo, examinó a los personajes sin temor; la revolución y el imperio se pusieron luminosamente en perspectiva ante su pupila visionaria; vio a cada uno de estos dos grupos de acontecimientos y de hombres, resumirse en dos hechos enor-

mes; la república en la soberanía del derecho cívico restituido a las masas, el imperio, en la soberanía de la idea francesa impuesta en Europa; vio salir de la revolución, la gran figura del pueblo, y del imperio, la gran figura de Francia. Se declaró en su conciencia que todo aquello había sido bueno.

No creemos necesario indicar aquí lo que pasó por alto su deslumbramiento en esta primera apreciación demasiado sintética. Lo que retratamos, es el estado de una mente en marcha. Los progresos no se hacen en una etapa. Dicho esto de una vez por todas, tanto para lo que precede como para lo que va a seguir, continuemos.

Entonces supo que hasta aquel instante, no había comprendido a su país, ni a su padre. No había conocido ni a uno ni a otro, y había tenido una especie de venda voluntaria ante los ojos. Ahora veía; y por un lado admiraba, y por otro adoraba.

Estaba lleno de pesares y remordimientos, y pensaba con desesperación que todo lo que tenía en el alma no podía decirlo más que a una tumba. ¡Oh, si su padre hubiera vivido, si lo tuviera aún, si Dios, en su compasión y en su bondad hubiera permitido que este padre estuviera vivo, cómo habría corrido, cómo se habría precipitado hacia él, cómo le habría gritado:

—¡Padre! ¡Aquí me tienes! ¡Soy yo! ¡Tengo el mismo corazón que tú! ¡Soy tu hijo!

¡Cómo habría abrazado su encanecida cabeza, inundado sus cabellos de lágrimas, contemplado su cicatriz, estrechado sus manos, adorado sus ropas, besado sus pies! ¡Oh! ¿Por qué este padre había muerto tan pronto, antes de tiempo, antes de la justificación, antes del amor de su hijo? Marius tenía un llanto continuo en el alma que le decía en todo momento: ¡Ay! Y al mismo tiempo se volvía más formal, más grave, más seguro de

su fe y de su pensamiento. A cada instante, el rayo de luz de la verdad venía a contemplar su razón. Se verificaba en él un verdadero crecimiento interior. Sentía una especie de engrandecimiento natural, producido por dos cosas nuevas para él: su padre y su patria.

Como sucede cuando se posee una llave, todo se abría; se explicaba lo que había odiado, penetraba en lo que había aborrecido; veía entonces claramente el sentido providencial, divino y humano, las grandes cosas que le habían enseñado a detestar y los grandes hombres que le habían enseñado a maldecir. Cuando pensaba en sus precedentes opiniones, que eran de ayer, y, sin embargo, le parecían muy viejas, se indignaba y sonreía.

De la rehabilitación de su padre, había pasado con naturalidad a la rehabilitación de Napoleón.

Sin embargo, esto, digámoslo, no se había verificado sin trabajo.

Desde la infancia le habían imbuido los juicios que el partido de 1814 había formado sobre Bonaparte. Ahora bien, todas las precupaciones de la restauración, sus intereses y sus instintos, tendían a desfigurar a Napoleón. Lo execraban aún más que a Robespierre. La restauración había explotado hábilmente el cansancio de la nación y el odio de las madres. Bonaparte se había convertido en una especie de monstruo casi fabuloso, y para pintarlo a la imaginación del pueblo, que como hemos indicado antes, se parece a la imaginación de los niños, el partido de 1814 hacía aparecer sucesivamente todas las máscaras más horribles, desde lo que es terrible sin dejar de ser grandioso, hasta lo terrible grotesco, desde Tiberio hasta el Coco. Así, hablando de Bonaparte, cada uno podía reír o sollozar libremente, con tal de que lo odiase. Marius no había tenido nunca —sobre aquel hombre, como se le

llamaba—, más ideas que éstas en el espíritu. Se habían combinado en su mente, con la tenacidad propia de su carácter. En él existía todo un hombrecillo testarudo, que odiaba a Napoleón.

Leyendo la historia, estudiándola en los documentos y en los materiales, el velo que cubría a Napoleón, a los ojos de Marius, se fue rasgando poco a poco. Entrevió algo inmenso y sospechó que hasta entonces había estado equivocado respecto de Napoleón, como en lo demás; cada día veía mejor; y se puso a subir lentamente, paso a paso, al principio casi con sentimiento, luego con entusiasmo, y como atraído por una fascinación irresistible, primeros los escalones sombríos, y, por fin, los escalones luminosos y espléndidos del entusiasmo.

Una noche, estaba solo en su pequeña habitación situada bajo el tejado. Su vela estaba encendida; leía, apoyado con los codos sobre la mesa, al lado de la ventana abierta. Toda suerte de pensamientos le llegaban procedentes del espacio, y se mezclaban en su mente. ¡Qué espectáculo es la noche! Se oyen ruidos sordos, sin saber de dónde proceden, se ve centellear como una chispa a Júpiter, que es mil doscientas veces mayor que la tierra, el azul es negro, las estrellas brillan. Esto es sublime.

Leía los boletines del gran ejército, las estrofas homéricas escritas en el campo de batalla; a veces, encontraba el nombre de su padre, y siempre el nombre del emperador; todo el gran imperio se le aparecía; sentía como una marea que se elevase en su interior; a veces le parecía que su padre pasaba cerca de él, como un soplo, y le hablaba al oído; iba abstrayéndose poco a poco; creía oír los tambores, el cañón, las trompetas, el paso cadencioso de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de vez en cuando, sus ojos se levantaban hacia

el cielo y contemplaban el brillo de las colosales constelaciones en los abismos sin fondo, y luego volvían a caer sobre el libro, y veían otras cosas colosales removerse confusamente. Tenía el corazón oprimido. Estaba trasportado, tembloroso, anhelante; de repente, sin saber él mismo lo que sentía y a qué obedecía, se levantó, extendió los brazos fuera de la ventana, contempló fijamente las sombras, el silencio, el infinito tenebroso, la inmensidad eterna, y gritó: «¡Viva el emperador!»

A partir de aquel instante, todo quedó dicho. El ogro de Córcega, el usurpador, el tirano, el monstruo que era el amante de sus hermanas, el histrión que tomaba lecciones de Talma, el envenenador de Jaffa, el tigre, Buonaparté, todo esto se desvaneció, y dejó sitio en su espíritu a un vago y brillante esplendor, en el que resplandecía a una altura inaccesible, el pálido fantasma de mármol del César. El emperador sólo había sido para su padre, el querido capitán a quien admira y por quien se sacrifica el soldado; para Marius, fue algo más; fue el constructor predestinado del pueblo francés, sucesor del pueblo romano en la dominación del universo; fue el prodigioso arquitecto de un cataclismo, el continuador de Carlomagno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV, y del comité de salvación pública, que tenía sin duda sus defectos, sus faltas, su crimen, es decir, que era un hombre, pero grandioso en sus faltas, brillante en sus manchas, poderoso en su crimen. Fue el hombre predestinado que había forzado a todas las naciones a decir: «La gran nación.» Fue mejor aún; fue la encarnación misma de Francia, conquistando a Europa por la espada, y al mundo por la luz que despedía. Marius vio en Bonaparte el espectro deslumbrante que se elevará siempre en la frontera y guardará el porvenir. Déspota, pero dictador; déspota como resultado de una república y

como resumen de una revolución. Napoleón fue para Marius el hombre-pueblo, como Jesús era el hombre-Dios.

Véase aquí que, como sucede a todos los recién convertidos a una religión, su conversión lo embriagaba, lo precipitaba y lo llevaba demasiado lejos. Su temperamento era así; puesto que estaba en una pendiente, le era casi imposible detenerse. El fanatismo por el sable, lo arrebataba, y se complicaba en su espíritu con el entusiasmo por la idea. No se daba cuenta de que con el genio, admiraba juntamente la fuerza, es decir, que instalaba en los recintos de su idolatría lo divino y lo brutal. Desde varios puntos de vista se había vuelto a engañar otra vez. Todo lo admitía. Hay un modo de encontrarse con el error en el camino de la verdad. Tenía una especie de buena fe violenta que todo lo abrazaba conjuntamente[1]. En la nueva vía en que había entrado, al juzgar los errores del antiguo régimen, lo mismo que al medir la gloria de Napoleón, despreciaba las circunstancias atenuantes.

Sea como fuese, se había dado un paso prodigioso. Donde había visto antes la caída de la monarquía, veía ahora el porvenir de Francia. Su orientación había cambiado. Lo que había sido un crepúsculo, era ahora un amanecer. Había dado una vuelta completa.

Todas estas revoluciones se verificaban en él, sin que su familia lo sospechase.

Cuando en esta misteriosa metamorfosis, hubo perdido completamente su antigua piel de borbónico de ultra, cuando hubo despojado al aristócrata, y al realista, cuando fue plenamente revolucionario, profundamente demócrata, y casi republicano, se dirigió a casa de un

[1] *William Shakespeare*, p. 126: «Lo admiro todo, como un bruto.»

grabador del muelle de los Orfebres, y encargó cien tarjetas con esta inscripción: «El barón Marius Pontmercy.»[1].

Lo cual no era más que una consecuencia muy lógica del cambio que se había operado en él, cambio en el cual, todo gravitaba alrededor de su padre. Sólo que como no conocía a nadie, y no podía sembrar estas tarjetas en ninguna portería, se las guardó en el bolsillo.

Por otra consecuencia natural, a medida que se aproximaba a su padre, a su memoria, a las cosas por las que el coronel había luchado durante veinticinco años, se alejaba de su abuelo. Ya hemos dicho que desde hacía algún tiempo, no le agradaba en absoluto el carácter del señor Gillenormand. Entre ellos había ya todas las disonancias que pueden existir entre un joven grave y un anciano frívolo. La alegría de Géronte, repugna y exaspera a la melancolía de Werther. Mientras que las mismas opiniones políticas, y las mismas ideas, habían sido comunes en ellos, Marius se encontraba con el señor Gillenormand, como sobre un puente. Cuando el puente cayó, se hizo el abismo. Y luego, por encima de todo, Marius sentía inexplicables impulsos de rebelión, cuando recordaba que era el señor Gillenormand quien, por motivos estúpidos, lo había separado sin piedad del coronel, privando así al padre del hijo, y al hijo del padre.

A fuerza de compasión hacia su padre, Marius había llegado casi a sentir aversión por su abuelo.

Pero nada de esto, como hemos dicho, se traslucía al exterior. Solamente cada día se mostraba más frío; lacó-

[1] Se puede comparar la evolución política de Marius, a la que Victor Hugo declara haber seguido. *Actos y palabras, antes del exilio, el derecho y la ley,* V.: «Como casi todos los hombres del principio de siglo, ha sido todo lo que ha sido el siglo; ilógico y probo, legitimista y volteriano, cristiano literario, bonapartista liberal, socialista a tientas en la realeza...» (junio de 1875).

nico en las comidas, y con más frecuencia ausente de la casa. Cuando su tía lo reprendía, era muy respetuoso, y daba por pretexto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc. El abuelo no salía infaliblemente de su diagnóstico:

—¡Enamorado! Yo sé lo que me digo.

Marius hacía de cuando en cuando algunas escapatorias.

—Pero, ¿adónde vas? —preguntaba la tía.

En uno de estos viajes, siempre muy cortos, había ido a Montfermeil para obedecer a la indicación que había dejado su padre, y había buscado al antiguo sargento de Waterloo, al posadero Thénardier. Thénardier había quebrado, la posada estaba cerrada, y nadie sabía lo que había sido de él. Para esta investigación, Marius estuvo cuatro días ausente de la casa.

—Decididamente —dijo el abuelo—, se está extraviando.

Habían creído notar que llevaba sobre su pecho, y bajo su camisa, algo que estaba atado a su cuello por una cinta negra.

VII
Algún amorío

Era un sobrino tercero que tenía el señor Gillenormand, por parte del padre, y que llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnición. El teniente Théodule Gillenormand tenía todas las condiciones necesarias para ser lo que se llama un hermoso oficial. Tenía un cuerpo de «señorita», cierto modo triunfal de arrastrar el sable victorioso, y el bigote retorcido. Iba raras veces a París, tan raras veces que Marius no lo había visto jamás. Théodule, era, según creemos haber dicho, el favorito de la tía Gillenormand, que lo prefería porque no lo veía. No ver a las personas es una cosa que permite suponerles todas las perfecciones.

Una mañana, la señorita Gillenormand mayor, había regresado a casa tan conmovida como podía permitírselo su placidez. Marius acababa de pedir una vez más permiso a su abuelo para hacer un pequeño viaje, añadiendo que pensaba partir aquella misma noche.

—¡Anda! —había respondido el abuelo.

Y había añadido aparte: arqueando las cejas: «¡Duerme fuera con reincidencia!»

La señorita Gillenormand había subido a su habitación muy intrigada, y había dejado escapar en la escalera esta exclamación: «¡Es mucho!», y esta interrogación: «Pero ¿adónde va?» Entreveía alguna aventura de corazón más o menos ilícita, una mujer en la penumbra, una cita, un misterio, y no le hubiera disgustado haberle podido echar el lente. El saboreo de un misterio, es como el principio de un escándalo; las almas santurronas, no lo detestan. Hay en los secretos receptáculos de la mojigatería, una cierta curiosidad por el escándalo.

Estaba, pues, dominada por el vago apetito de enterarse de una historia.

Para distraerse de esta curiosidad que la agitaba un poco más que de costumbre, se había refugiado en sus habilidades, y se había puesto a festonear con algodón y sobre algodón, uno de estos bordados del imperio y la restauración, en lo que hay muchas ruedas de cabriolé. Obra tosca, obrera brusca. Estaba desde hacía varias horas en su silla, cuando la puerta se abrió. La señorita Gillenormand levantó la nariz: el teniente Théodule estaba ante ella, y le hacía el saludo de ordenanza. Ella lanzó un grito de alegría. Una mujer puede ser vieja, mojigata, devota, tía; pero siempre le resulta agradable ver entrar en su habitación a un lancero.

—¡Tú aquí, Théodule! —exclamó.

—De paso, tía.

—Pero, ¡abrázame!

—¡Ya está! —dijo Théodule.

Y la abrazó. La tía Gillenormand, se dirigió a su tocador y lo abrió.

—¡Te quedarás con nosotros al menos toda la semana!

—Me marcho esta tarde, tía.

—¡No es posible!

—Matemáticamente.

—Quédate, mi pequeño Théodule, te lo ruego.

—El corazón dice sí, pero la consigna dice no. La historia es bien sencilla. Cambiamos de guarnición; estábamos en Melun, y nos llevan a Gaillon. Para ir de la antigua guarnición a la nueva, es preciso pasar por París. Me he dicho: voy a ver a mi tía.

—Pues aquí tienes, por la molestia.

Y le puso diez luises en la mano.

—Por el placer querréis decir, querida tía.

Théodule la abrazó por segunda vez, y ella tuvo el placer de que le rozara un poco el cuello con los cordones del uniforme.

—¿Haces el viaje a caballo con tu regimiento? —le preguntó.

—No tía. He querido veros. Tengo un permiso especial. Mi asistente lleva mi caballo; y yo voy en la diligencia. Y a propósito, tengo que preguntaros una cosa.

—¿El qué?

—¿Está de viaje también mi primo Marius Pontmercy?

—¿Cómo lo sabes? —inquirió la tía, súbitamente excitada en lo más vivo de la curiosidad.

—Al llegar he ido a la diligencia a reservar mi plaza en el cupé.

—¿Y qué?

—Que había ido ya un viajero a tomar un asiento en el imperial. He visto su nombre en la hoja.

—¿Qué nombre?

—Marius Pontmercy.

—¡Ah, pícaro! —exclamó la tía—. ¡Ah! Tu primo no es un muchacho de juicio como tú. ¡Decir que va a pasar la noche en la diligencia!

—Como yo.

—Pero tú lo haces por deber, y él por capricho.

—¡Ah! —dijo Théodule.

En esto, le sucedió una cosa notable a la señoria Gillenormand la mayor; tuvo una idea. Si hubiera sido hombre, se habría dado una palmada. Dijo a Théodule:

—¿Sabes que tu primo no te conoce?

—No. Yo lo he visto, pero él jamás se ha dignado mirarme.

—¿Y vais a viajar juntos así?

—Él en el imperial, y yo en la berlina.

—¿Adónde va esta diligencia?

—A los Andelys.

—¿Es allí, pues, donde va Marius?

—A menos que, como yo, se quede en el camino. Yo bajo en Vernon para tomar la correspondencia de Gaillon. No sé nada del itinerario de Marius.

—¡Marius! ¡Qué nombre tan vulgar! ¡Qué ocurrencia tuvieron al llamarle Marius! ¡Pero tú, al menos, te llamas Théodule!

—Preferiría llamarme Alfred —dijo el oficial.

—Escucha, Théodule.

—Escucho, tía.

—Presta atención.

—Presto atención.

—¿Estás?

—Sí.

—Pues bien, Marius se ausenta a menudo.

—¡Eh!

—Viaja.

—¡Ah!

—Duerme fuera de casa.

—¡Oh!

—Quisiéramos saber qué hay en esto.

Théodule respondió con la calma de un hombre curtido:

—Algún amorío.

Y con esta risa entre cuero y carne, que pone de manifiesto la certidumbre, añadió:

—Alguna chica.

—Es evidente —dijo la tía, que creyó oír hablar al señor Gillenormand, y que sintió salir irresistiblemente de su convicción esta palabra, «chica», acentuada casi de la misma forma por el tío y el sobrino.

Luego añadió:

—Haznos un favor. Sigue un poco a Marius; te será fácil, porque no te conoce. Y puesto que hay una chica, haz por verla. Nos escribirás la aventura, y se divertirá el abuelo.

No le gustaba a Theodule este espionaje, pero los diez luises lo habían conmovido, y creía que podían traer otros detrás. Aceptó, pues, la comisión y dijo:

—Como queráis, tía.

Y añadió para sí: «Ya estoy convertido en dueña.»

La señorita Gillenormand lo abrazó:

—No harías tú nunca esto, Théodule. Tú obedeces a la disciplina, eres esclavo de la consigna, eres un hombre de escrúpulos y de deber, y no abandonarías a tu familia para ir a ver a una criatura.

El lancero hizo la mueca de satisfacción que habría hecho Cartouche, elogiado por su probidad.

Marius, al anochecer que siguió a este diálogo, subió a la diligencia sin sospechar que iba vigilado. En cuanto

al vigilante, la primera cosa que hizo fue dormirse con un sueño completo y concienzudo. Argos roncó durante toda la noche.

Al despuntar el día, el mayoral de la diligencia, gritó:

—¡Vernon! ¡Relevo de Vernon! ¡Los viajeros de Vernon!

Y el teniente Théodule se despertó.

—Bien —gruñó, medio dormido aún—, aquí es donde bajo.

Después empezó a despejarse su memoria poco a poco, y se acordó de su tía, de los diez luises, y de la promesa que le había hecho de contar los hechos y los gestos de Marius. Esto lo hizo reír.

«Ya no estará tal vez en el coche —pensó, mientras se abotonaba la chaqueta de su uniforme—. Ha podido descender en Poissy; o en Triel; si no ha bajado en Meulan, ha podido haber bajado en Mantes, a menos que no lo haya hecho en Rolleboise, o que no haya llegado hasta Pacy, pudiendo allí volver a la izquierda, hacia Évreux, o a la derecha, hacia Laroche-Guyon[1]. Echadle un galgo, tía. ¿Qué diablos voy a escribir ahora a esta pobre vieja?»

En aquel momento, apareció en la vidriera de la berlina un pantalón negro que descendía de la imperial.

«¿Será Marius?», se preguntó el teniente.

Era Marius.

Al pie del coche, mezclada entre los caballos y los postillones, una jovencita ofrecía flores a los viajeros.

—¡Compradme flores, para las damas! —gritaba.

1 Tal como señala G. Venzac (*Los orígenes religiosos*, 528), este itinerario recuerda el viaje de Victor Hugo, en 1821, a La Roche-Guyon, en casa de Rohan.

Marius se acercó a ella, y le compró las más hermosas de las flores que llevaba en la cesta.

«Por de pronto —se dijo Théodule saltando del cupé—, esto ya me interesa. ¿A quién diantres va a llevar estas flores? Es preciso que sea una mujer muy bonita para merecer tan hermoso ramo. Quiero conocerla.»

Y ya no por mandato ahora, sino por curiosidad personal, como los perros que cazan por cuenta propia, se puso a seguir a Marius.

Marius no prestaba atención alguna a Théodule. De la diligencia bajaron algunas mujeres elegantes; no las miró. Parecía que no veía nada a su alrededor.

«¡Está enamorado!», pensó Théodule.

Marius se dirigió hacia la iglesia.

—¡Magnífico! —murmuró para sí Théodule—. ¡La iglesia! Eso es. Las citas sazonadas con un poco de misa son las mejores. No hay nada tan exquisito como una ojeada que pasa por encima de Dios.

Al llegar a la iglesia, Marius no entró en ella, sino que dio la vuelta por detrás de la cabecera del templo. Desapareció detrás del ángulo de uno de los estribos del ábside.

—La cita es fuera —dijo Théodule—. Veamos a la chica.

Y se adelantó de puntillas hacia el ángulo por donde Marius había desaparecido.

Al llegar allí, se detuvo estupefacto.

Marius, con la frente entre ambas manos, estaba arrodillado en la hierba sobre una tumba. Había deshojado el ramo. Al extremo de la fosa, en un pequeño promontorio que indicaba la cabecera, había una cruz de madera negra, con este nombre en letras blancas: «Coronel barón Pontmercy.» Oíase sollozar a Marius.

La muchacha era una tumba.

VIII

Mármol contra granito

Allí era donde había ido Marius la primera vez que se ausentó de París. Era allí, donde iba cada vez que el señor Gillenormand decía: «Duerme fuera de casa.»

El teniente Théodule, se quedó desconcertado a consecuencia de este encuentro inesperado con un sepulcro; experimentando una sensación desagradable y singular, que era incapaz de analizar, y que se componía del respeto a una tumba, y del respeto a un coronel, retrocedió, dejando a Marius solo en el cementerio; y en esta retirada hubo algo de disciplina. La muerte se le apareció con grandes charreteras, y le hizo casi el saludo militar. No sabiendo qué escribir a la tía, tomó el partido de no escribirle; y probablemente no hubiera tenido resultado alguno el descubrimiento hecho por Théodule sobre los amores de Marius, si por una de estas coincidencias misteriosas, tan frecuentes en la vida, la escena de Vernon no hubiese tenido, por decirlo así, una especie de eco en París.

Marius llegó de Vernon tres días después muy temprano, fue a casa de su abuelo, y cansado de las dos noches que había pasado en la diligencia, sintiendo la necesidad de reparar su insomnio con una hora de escuela de natación, subió rápidamente a su cuarto, y sin emplear más tiempo que el necesario para quitarse la levita de viaje y el cordón negro que llevaba al cuello, se fue al baño.

El señor Gillenormand, se levantó de madrugada, como todos los ancianos fuertes, lo oyó entrar, y se apresuró a subir lo más pronto que le permitieron sus viejas piernas, para ver si conseguía, al mismo tiempo que lo abrazaba, averiguar de dónde venía.

Pero el adolescente había empleado menos tiempo en bajar que el octogenario en subir, y cuando entró en la buhardilla, Marius había salido ya.

La cama estaba hecha, y sobre ella estaban extendidos el levitón y el cordón negro.

—Prefiero esto —dijo el señor Gillenormand.

Y un momento después hizo su entrada en el salón, donde estaba ya sentada la señorita Gillenormand la mayor, bordando sus ruedas de cabriolé.

La entrada fue triunfal.

El señor Gillenormand, llevaba en una mano la levita, y en la otra la cinta negra del cuello, gritando:

—¡Victoria! ¡Vamos a penetrar en el misterio! ¡Vamos a enterarnos al fin del fin! ¡Vamos a palpar los libertinajes de nuestro hombre! Ya tenemos aquí la novela misma: ¡Tengo el retrato!

En efecto, del cordón pendía una cajita de tafilete negro, muy semejante a un medallón.

El anciano tomó aquella caja, y la contempló durante algunos instantes sin abrirla, con este aire de voluptuosidad, de placer y de cólera, de un pobre diablo famélico

que viese pasar ante sus narices una magnífica comida que no fuese para él.

—Porque esto es evidentemente un retrato. Yo no me engaño. Esto se lleva tiernamente junto al corazón. ¡Qué estúpidos son! ¡Algún abominable monstruo, que hará temblar, probablemente! ¡Los jóvenes tienen hoy tan mal gusto!

—Veamos, padre —dijo la vieja solterona.

La caja se abría, apretando un resorte. No encontraron más que un papel doblado cuidadosamente.

—De la misma al mismo —dijo el señor Gillenormand. estallando en carcajadas—. Ya sé lo que es. ¡Una carta amorosa!

—¡Ah! ¡Leámosla! —dijo la tía.

Se puso los anteojos, desdoblaron el papel, y leyeron esto:

«Para mi hijo.—El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la restauración me niega este título que he pagado con mi sangre, mi hijo lo tomará y lo llevará. No hay que decir que será digno de él.»

Lo que el padre y la hija experimentaron, no puede decirse. Se quedaron helados como por el soplo de una calavera. No cambiaron una sola palabra. Solamente el señor Gillenormand dijo en voz baja y como hablándose a sí mismo:

—Es la letra del acuchillador.

La tía examinó el papel, le dio vueltas en todos sentidos, y luego volvió a meterlo en la caja.

En aquel mismo instante, un pequeño paquete rectangular envuelto en papel azul, cayó de uno de los bolsillos

de la levita. La señorita Gillenormand lo recogió, y desdobló el papel azul. Eran las cien tarjetas de Marius. Cogió una y se la dio al señor Gillenormand, quien leyó: «Barón Marius Pontmercy.»

El anciano llamó, y acudió Nicolette. El señor Gillenormand tomó el cordón, la caja, y la levita, lo arrojó todo al suelo, en medio del salón, y dijo:

—Llévate estos guiñapos.

Trascurrió una hora larga, en el más profundo silencio. El viejo y la solterona, se habían sentado, vueltos de espaldas el uno al otro, y pensaban cada uno por su lado, probablemente las mismas cosas. Al cabo de esta hora, la tía Gillenormand, dijo:

—¡Qué bonito!

Algunos instantes después, apareció Marius. Regresaba. Antes incluso de haber franqueado el umbral del salón, vio a su abuelo que tenía en la mano una de sus tarjetas. Al verlo, exclamó con su aire de superioridad plebeya y burlona, que tenía algo de fulminante:

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya! Ahora eres barón. Te felicito. ¿Qué quiere decir esto?

Marius enrojeció ligeramente, y repuso:

—Esto quiere decir, que soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormad, cesó de reír, y dijo duramente:

—Tu padre soy yo.

—Mi padre —dijo Marius con los ojos bajos y el aire grave—, era un hombre humilde y heroico que ha servido gloriosamente a la república y a Francia, que ha sido grande en la historia más grande que los hombres hayan hecho jamás, que ha vivido un cuarto de siglo en el campo de batalla, de día bajo la metralla y las balas, de noche entre la nieve y el lodo, bajo la lluvia; que tomó dos banderas, que recibió veinte heridas, y que ha muerto

en el olvido y el abandono, y que no ha cometido en su vida más que dos faltas, amar demasiado a dos ingratos: ¡a su patria y a mí!

Era más de lo que el señor Gillenormand podía oír. Al escuchar esta palabra, república, se había levantado, o por mejor decir, se había enderezado repentinamente. Cada una de las palabras que Marius acababa de pronunciar había hecho sobre el rostro del viejo realista, el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizón ardiendo. De oscuro, había pasado a rojo, de rojo a púrpura, y de púrpura, a color de llama.

—¡Marius! —exclamó—. ¡Abominable criatura! ¡No sé lo que era tu padre! ¡No quiero saberlo! ¡No sé nada! ¡No lo sé! ¡Pero lo que sé es que entre estas gentes no ha habido más que miserables! ¡Que todos ellos eran unos perdidos, unos asesinos, unos gorros rojos, unos ladrones! ¡Digo que todos! ¡Digo que todos! ¡Yo no conozco a ninguno! ¡Digo que todos! ¿Lo oyes, Marius? Ya lo ves, eres tan barón como mi zapatilla: ¡Todos eran bandidos que han servido a Robespierre! ¡Todos forajidos, los que han servido a Bu-o-na-parté! ¡Todos traidores que han vendido! ¡Vendido! ¡Vendido a su rey legítimo! ¡Todos cobardes, que han huido ante los prusianos y los ingleses en Waterloo! Esto es lo que sé. ¡Si vuestro padre es de ellos, lo ignoro, lo siento, tanto peor, soy vuestro servidor!

A su vez Marius era el tizón, y el señor Gillenormand el fuelle. Marius temblaba de pies a cabeza; no sabía qué hacer; le ardía la frente. Era el sacerdote que ve arrojar al viento todas sus hostias, el fakir que ve a un pasajero escupir a su ídolo. Era imposible que tales cosas se hubiesen dicho delante de él impunemente. Pero, ¿qué había de hacer? Su padre acababa de ser pisoteado y humillado en su presencia, pero, ¿por quién? Por su abuelo

¿Cómo vengar al uno sin ultrajar al otro? Era imposible insultar a su abuelo, y era igualmente imposible vengar a su padre. Por un lado, una tumba sagrada, y por otro, unos cabellos blancos. Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con aquel torbellino dentro de la cabeza; luego levantó los ojos, miró fijamente a su abuelo, y gritó con voz de trueno:

—¡Abajo los Borbones, y este cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII, había muerto hacía cuatro años, pero a Marius esto no le importaba.

El anciano pasó del color escarlata, a una blancura mayor que la de sus cabellos. Se volvió hacia un busto del duque de Berry, que estaba encima de la chimenea y lo saludó respetuosamente con cierta majestad singular, Luego pasó dos veces lentamente y en silencio, desde la chimenea a la ventana, y desde la ventana a la chimenea, atravesando toda la sala, y haciendo crujir el pavimento como si anduviese por él alguna figura de piedra. A la segunda vez se inclinó hacia su hija, que asistía a esta escena con el estupor de una oveja, y le dijo sonriéndose, con una sonrisa casi tranquila:

—Un barón como este caballero, y un burgués como yo, no pueden permanecer bajo el mismo techo.

Y de repente, enderezándose, pálido, tembloroso, imponente, con la frente ensanchada por la terrible irradiación de la cólera, extendió el brazo hacia Marius y le gritó:

—¡Vete!

Marius salió de la casa.

Al día siguiente, el señor Gillenormand, dijo a su hija:

—Enviaréis cada seis meses sesenta doblones a este bebedor de sangre, y no me volveréis a hablar de él.

Y como tenía aún una inmensa cantidad de furor que no sabía en qué emplear, continuó llamando de vos a su hija, por espacio de más de tres meses.

Marius, por su parte, había salido indignado. Una circunstancia que es preciso mencionar, había agravado aún más su exasperación. Hay siempre pequeñas fatalidades que se complican en los dramas domésticos, y aumentan los motivos de queja, aunque no aumenten, en el fondo, los verdaderos agravios.

Al llevarse precipitadamente por orden del abuelo, los «guiñapos» de Marius a su cuarto, Nicolette había dejado caer, sin saberlo, y probablemente en la escalera de la buhardilla, que era oscura, el medallón de tafilete negro que contenía el papel escrito por el coronel. Ni este papel ni este medallón pudieron ser encontrados; y Marius quedó convencido de que «el señor Gillenormand» (a partir de aquel día no le llamó de otro modo), había arrojado al fuego «el testamento de su padre». Se sabía de memoria las líneas escritas por el coronel, y, por consiguiente, no había perdido nada. Pero el papel, la escritura, aquella reliquia sagrada, todo esto era su mismo corazón. ¿Qué habían hecho de ello?

Marius se había ido, sin decir adónde, y sin saberlo él mismo, con treinta francos, su reloj, y algunas ropas en un saco de noche. Había subido a un cabriolé de plaza, y se había dirigido a la ventura hacia el barrio latino.

¿Qué iba a ser de Marius?

Libro cuarto

Los amigos del ABC

I

Un grupo que ha estado a punto de ser histórico

En esta época, indiferente en apariencia, corría vagamente cierto estremecimiento revolucionario. El soplo que salía de las profundidades de 1789 y 1792, estaba en el aire. La juventud estaba, permítasenos la palabra, en la época muda. Se trasformaba, casi sin sospecharlo, en el mismo movimiento del tiempo. La aguja que anda en el cuadrante, marcha también en las almas. Cada uno daba el paso hacia adelante que debía dar. Los realistas se hacían liberales, los liberales se hacían demócratas.

Era como una marea creciente, complicada con mil reflujos; lo propio de los reflujos, es hacer las mezclas; de ahí las combinaciones de ideas tan singulares; se adoraba a la véz a Napoleón y a la libertad. Ahora escribimos la historia, y aquéllos eran los espejismos de aquellos tiempos. Las opiniones atraviesan sus fases. El realismo volteriano, variedad singular, ha tenido un contrapeso no menos extraño, el liberalismo bonapartista.

Otros grupos políticos eran más serios. En ellos se sondeaba el principio; se buscaba un fundamento en el derecho; se apasionaban por lo absoluto; se vislumbraban las realizaciones infinitas; lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa el ánimo hacia el cielo, y lo hace flotar en el espacio ilimitado. No hay nada mejor que el dogma para crear la medida; y nada es más propio que la meditación para engendrar el porvenir. Utopía hoy, carne y hueso mañana.

Las opiniones avanzadas tenían dobles fondos. Un principio de misterio amenazaba el «orden establecido», el cual era sospechoso y receloso. Signo del más alto grado revolucionario. La intención secreta del poder, se encuentra en la zapa, con la intención secreta del pueblo. La incubación de las insurrecciones, responde a la premeditación de los golpes de estado.

No había entonces todavía en Francia estas vastas organizaciones ocultas, como el *Tugendbund* alemán, y el carbonarismo italiano; pero se iban ya ramificando algunos agujeros oscuros. La Cougourde [1], se verificaba en Aix; existía en París, entre otras afiliaciones de este tipo, la sociedad de amigos del ABC.

¿Qué eran los amigos del ABC? Una sociedad que tenía por objeto, en apariencia, la educación de los niños, y, en realidad, el mejoramiento de los hombres.

Declarábanse amigos del ABC. El Abecé, era el pueblo [2]. Querían elevarte. Retruécano del que haría-

[1] Nos hallamos en los últimos años de la restauración. Había habido, en 1821-1822, una vasta organización clandestina, la Charbonnerie, que estuvo mezclada en diversos complots liberales. En cuanto a la Cougourde (calabaza en provenzal), era una pequeña sociedad secreta, republicana, que se señala en las Bouches-du-Enone, en tiempos de la monarquía de julio.

[2] Estas tres letras, se leen en francés lo mismo que el adjetivo Abaissé, el oprimido, el abatido. Es un equívoco intraducible al castellano.

mos mal en reírnos; porque estos retruécanos son muchas veces cosa grave en política: díganlo si no el *Castratus ad castra*[1], que hizo de Narsès un general del ejército; el *Barbari et Barberini*[2]; el *fueros y fuegos*[3]; el *Tu es Petrus et super hanc petram*[4], etc., etc.

Los amigos del ABC, eran poco numerosos. Era una sociedad secreta en estado de embrión; casi diríamos una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes, Se reunían en París en dos puntos, cerca de los mercados, en una taberna llamada «Corinto», de la que trataremos después, y cerca del Panteón, en un cafetucho de la plaza de Saint-Michel[5], llamado café Musain, hoy desaparecido ya. El primero de estos sitios de reunión, estaba cerca de los jornaleros, y el segundo cerca de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del ABC, se celebraban en una sala interior del café Musain. Esta sala, bastante apartada del café, con el cual se comunicaba por un largo corredor, tenía dos ventanas y una puerta con escalera secreta que daba a la callejuela de Grès[6]. Allí se fumaba, se bebía, se jugaba y se reía. Se hablaba de todo a gritos, y de una cosa en voz baja. En la pared

1 «El castrado de Narsés», eunuco que se convirtió en general, en tiempos de Justiniano.

2 «Lo que no han hecho los bárbaros, lo han hecho los Barberini», se decía en Roma, para evocar el pillaje a los monumentos antiguos, cometidos en el siglo XVII por esta familia. para construir el palacio que lleva aún su nombre.

3 Fórmula de encuentro de los liberales españoles.

4 Principio de la fórmula evocada más arriba por Tholomyés.

5 En el emplazamiento de la actual plaza de Edmond Rostand.

6 Hoy, calle Cujas.

estaba clavado un antiguo mapa de Francia en tiempo de la república, indicación suficiente para excitar el olfato de un agente de policía.

La mayoría de los amigos del ABC, eran estudiantes, en cordial inteligencia con algunos obreros. Véanse algunos nombres de entre los principales, que pertenecen en algún modo a la historia: Enjolras, Combeferre, Jean Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle o Laigle, Joly, Grantaire.

Estos jóvenes formaban entre sí una especie de familia a fuerza de amistad. Todos, excepto Laigle, eran del mediodía.

Este grupo, que era muy notable, ya se ha desvanecido en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros. En el punto del drama a que hemos llegado, no será tal vez inútil hacer penetrar un rayo de claridad en aquella reunión de jóvenes, antes de que el lector los vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, al que hemos mencionado el primero, más tarde se verá por qué, era hijo único y rico.

Enjolras era un joven encantador, capaz de ser terrible. Era angelicalmente hermoso. Era Antinoo encolerizado. Hubiérase dicho, al ver el pensativo fulgor de su mirada, que en alguna época precedente, había ya atravesado el apocalipsis revolucionario. Conservaba su tradición como un testigo. Sabía todos los pequeños detalles de la gran cosa. Naturaleza pontificial y guerrera, extraña en un adolescente. Era oficiante y militante; desde el punto de vista inmediato, soldado de la democracia; por encima del movimiento contemporáneo, sacerdote del ideal. Tenía la pupila profunda, los párpados un poco enrojecidos, el labio inferior grueso, y fácilmente desdeñoso, la frente alta. Mucha frente en un rostro, es como mucho cielo en un horizonte. Así como algunos

jóvenes de principio de este siglo y del fin del siglo pasado, que han sido ilustrados muy temprano, tenía una juventud excesiva, fresca como en las jóvenes, aunque con sus horas de palidez. Siendo ya hombre, parecía aún un niño. Sus veintidós años, parecían diecisiete. Era grave, no parecía saber que en la tierra había un ser llamado mujer. No tenía más que una pasión: el derecho y un pensamiento: franquear los obstáculos. Sobre el monte Aventino, hubiera sido Graco [1]; en la convención hubiera sido Saint-Just. Apenas veía las rosas, ignoraba la primavera, no oía el canto de los pájaros; la garganta desnuda de Evadne, no lo hubiera conmovido más que a Aristogiton; para él, como para Harmodio, las flores sólo eran buenas para esconder la espada [2]. Era severo, en las alegrías. Ante todo lo que no era la república, bajaba castamente los ojos. Era el enamorado de mármol de la libertad. Su frase estaba ásperamente inspirada, y tenía la vibración del himno. A veces desplegaba sus alas, inesperadamente. ¡Desgraciado el amor, si se hubiera atrevido a pasar a su lado! Si alguna griseta de la plaza de Cambrai [3], o de la calle Saint-Jean-de-Beauvais [4], al ver aquel rostro que parecía escapado del colegio, aquella figura de paje, aquellas largas cejas rubias, aquellos

1 Cayo Graco, antiguo tribuno de la plebe, se había retirado con sus partisanos al Aventino, en el año 121 a. de J. C.

2 Evadne, célebre enamorada de la mitología, se arrojó sobre la pira donde quemaban el cadáver de su esposo, Canapeo. Harmodio y Aristogiton, que mataron a Hiparco en el paso de la procesión de los Panateneos, habían disimulado sus cuchillos bajo los ramos de mirto.

3 La plaza Cambray se encontraba delante del colegio de Francia.

4 La calle Jean-de-Beauvais toma su nombre de un librero medieval, o tal vez de su colega De Beauvais. A principios del siglo XIX había caído en uso llamarla «calle Saint-Jean-de-Beauvais», como lo hace aquí Víctor Hugo.

ojos azules, aquella cabellera tumultuosa al viento, aquellas mejillas rosadas, aquellos labios vírgenes, aquellos dientes exquisitos, hubiera sentido algún apetito de aquella aurora, y hubiera tratado de probar el efecto de su belleza sobre Enjolras, una mirada sorprendente y temible le hubiera mostrado bruscamente el abismo, y le hubiera enseñado a no confundir con el querubín galante de Beaumarchais, el formidable querubín de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolución, Combeferre, representaba su filosofía. Entre la lógica de la revolución, y su filosofía, hay esta diferencia: que la lógica puede ir a parar a la guerra, mientras que la filosofía, no puede tener por última consecuencia más que la paz. Combeferre completaba y rectificaba a Enjolras. Era menos alto y más grueso. Quería que se imbuyesen en los ánimos los principios extensos de ideas generales; revolución, decía, pero también civilización; y en derredor de la montaña a pico, se abría el vasto horizonte azul. De ahí que hubiese en todas las teorías de Combeferre algo accesible y practicable. La revolución con Combeferre, era más respirable que con Enjolras. Enjolras expresaba el derecho divino, y Combeferre el derecho natural. El primero se eslabonaba con Robespierre; el segundo confiaba con Condorcet. Combeferre vivía más que Enjolras la vida de todo el mundo. Si les hubiera sido dado a estos dos hombres llegar a la historia, uno hubiera sido el justo, el otro el sabio. Enjolras era más viril, Combeferre era más humano. *Homo et vir;* estas palabras los calificaban exactamente. Combeferre era tan afable, como severo era Enjolras, por su inocencia natural. Amaba la palabra ciudadano, pero prefería la palabra hombre. De buena gana habría dicho hombre, como los españoles. Todo lo leía, iba a los tea-

tros, seguía los cursos públicos, aprendía de Arago[1], la polarización de la luz, apasionándose por una lección en la que Geoffroy Saint-Hilaire[2] había explicado la doble función de la arteria carótida externa y de la arteria carótida interna, la una que constituye el rostro, y la otra que constituye el cerebro; estaba al corriente, seguía a la ciencia paso a paso, confrontaba a Saint-Simon con Fourier, descifraba los jeroglíficos, rompía los guijarros que encontraba, y hablaba de geología, dibujaba de memoria una mariposa bombix, señalaba las faltas de francés en el diccionario de la academia, estudiaba a Puységur y a Deleuze[3], no afirmaba nada, ni tan siquiera los milagros, no negaba nada, ni tan siquiera los aparecidos, hojeaba la colección del *Monitor*, y meditaba. Decía que el porvenir está en manos del maestro de escuela y se preocupaba de las cuestiones de educación. Quería que la sociedad trabajara sin descanso en pro de la elevación del nivel intelectual y moral, en la monetización de la ciencia, en la puesta en circulación de las ideas, en el crecimiento intelectual de la juventud, y temía que la pobreza actual de los métodos, la miseria del punto de vista literario limitado a dos o tres siglos llamados clásicos, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, los prejuicios escolásticos y las rutinas, terminaran por hacer de nuestros colegios, bancos de ostras artificiales. Era sabio, purista, preciso, politécnico, trabajador, y al mismo tiempo pensativo «hasta la quimera», decían sus

1 François Arago (1786-1853), director del observatorio de París.

2 Geoffroy Saint-Hilaire (1772-1844), cuya querella con Cuvier, acerca de los orígenes del mundo, apasionó a la opinión a finales de la restauración.

3 Antiguos oficiales convertidos en especialistas del magnetismo.

amigos. Creía en todos estos sueños: los ferrocarriles, la supresión del sufrimiento en las operaciones quirúrgicas, la fijación de la imagen en la cámara oscura, el telégrafo eléctrico, la dirección de los globos. Por lo demás, se asustaba poco de las ciudadelas que se edificaban en todas partes contra el género humano por las supersticiones, los despotismos y los prejuicios. Era de los que piensan que la ciencia acabará por volver por sus fueros. Enjolras era un jefe. Combeferre era un guía. Habríase deseado pelear con uno, y andar con el otro. No es que Combeferre no fuera capaz de combatir, ni se negase a luchar cuerpo a cuerpo con el obstáculo, atacándolo con fuerza y haciéndolo explotar; sino que prefería, poco a poco, por medio de la enseñanza de axiomas y de la promulgación de las leyes positivas al género humano, ponerlo de acuerdo con sus destinos; entre dos claridades, se inclinaba más a la iluminación, que al incendio. Un incendio puede producir una aurora, sin duda, pero, ¿por qué no esperar la salida del sol? Un volcán alumbra, pero el alba alumbra aún más. Combeferre prefería tal vez la blancura de lo hermoso, al resplandor de lo sublime. Una claridad turbada por el humo, un progreso comprado por la violencia, satisfacían a medias a aquel tierno espíritu. Una precipitación violenta, de un pueblo con razón, un noventa y tres, lo aterraba; sin embargo, el estancamiento le repugnaba más, porque olía a putrefacción y a muerte; y en último caso, prefería la espuma al miasma; el torrente a la cloaca; la catarata del Niágara, al lago de Montfaucon. En suma, no quería ni pararse ni correr. Mientras que sus tumultuosos amigos, prendados caballerescamente de lo absoluto, adoraban e invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba a dejar obrar al progreso, al buen progreso, frío tal vez, pero puro; me-

tódico, pero irreprochable; flemático, pero imperturbable. Combeferre se hubiera arrodillado, y hubiera juntado las manos para que el porvenir llegara con todo su candor, y para que nada turbara la inmensa evolución virtuosa de los pueblos. Es preciso que el bien sea inocente, repetía sin cesar. Y en efecto, la grandeza de la revolución, es contemplar fijamente el deslumbrante ideal, y volar hacia él a través de los rayos, llevando en las manos sangre y fuego, la belleza del progreso consiste en no tener mácula alguna. Entre Washington, que representa a uno y Danton que encarna al otro, existe la diferencia que separa al ángel de las alas del cisne, del ángel de las alas de águila.

Jean Prouvaire era un tipo más suavizado aún que Combeferre. Se llamaba Jean, por esta pequeña fantasía momentánea que se mezclaba con el poderoso y profundo movimiento de donde ha salido el estudio tan necesario de la edad media. Jean Prouvaire era enamorado, cultivaba un tiesto de flores, tocaba la flauta, hacía versos, amaba al pueblo, se compadecía de la mujer, lloraba por los niños, confundía en la misma esperanza el porvenir y Dios, y censuraba a la revolución por haber cortado una cabeza real, la del André Chénier. Tenía la voz habitualmente delicada, pero en ocasiones viril. Era letrado hasta la erudición, y casi orientalista. Era bueno por encima de todo; y, cosa sencilla para quien sabe combinar la bondad con la grandeza, en cuestión de poesía, prefería lo inmenso. Sabía italiano, latín, griego y hebreo; lo cual le servía para no leer más que a cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquilo e Isaías. En francés, prefería Corneille a Racine, y Agrippa d'Aubigné a Corneille. Le gustaba vagar por los campos cubiertos de avena silvestre y de campanillas, y se ocupaba de las nubes casi tanto como de los acontecimientos. Su espí-

ritu tenía dos actitudes, una del lado del hombre, y otra del lado de Dios; estudiaba o contemplaba. Durante todo el día, profundizaba en las cuestiones sociales: el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religión, la libertad de pensamiento, la libertad de amar, la educación, las penalidades, la miseria, la asociación, la propiedad, la producción y la repartición, el enigma de aquí abajo que cubre de sombra el hormiguero humano; y durante la noche, contemplaba los astros, estos seres enormes. Como Enjolras, era rico e hijo único. Hablaba dulcemente, inclinaba la cabeza, bajaba los ojos, sonreía con embarazo, se cuidaba poco, tenía mala facha, se ruborizaba por nada y era muy tímido. Por lo demás, era intrépido.

Feuilly era un obrero abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos diarios, y que no tenía más que una idea: libertar al mundo. Tenía aún otra preocupación: instruirse; lo que él llamaba también libertarse. Había aprendido por sí solo a leer y a escribir; todo lo que sabía lo había aprendido por sí solo. Feuilly, tenía el corazón generoso, y quería abrazar lo inmenso. Este huérfano había adoptado a los pueblos. Al faltarle su madre, había meditado sobre la patria. No quería que hubiera en la tierra un solo hombre que no tuviera patria. Alimentaba en sí mismo, con la adivinación profunda del hombre del pueblo, lo que llamamos hoy la idea de las nacionalidades. Había aprendido la historia, sólo para indignarse con conocimiento de causa. En aquel joven cenáculo de utopistas, preocupados especialmente por Francia, él representaba el exterior, su manía era Grecia, Polonia, Hungría, Rumania e Italia. Pronunciaba estos nombres sin cesar, viniera o no a cuento, con la tenacidad del derecho. Turquía sobre Creta y Tesalia, Rusia sobre Varsovia,

Austria sobre Venecia: todas estas violaciones lo exasperaban. Entre todas, la gran violencia de 1772[1], lo sublevaba. No hay elocuencia más soberana que la verdad de la indignación; y él era elocuente con esta elocuencia. No se agotaba nunca su tema al tratar de la fecha infame de 1772, y del noble y valiente pueblo suprimido por traición, de aquel crimen de tres criminales, de aquella monstruosa acechanza, prototipo y patrón de todas las horribles supresiones de estados que, desde entonces, han venido a caer sobre nobles naciones, y que han raspado, por decirlo así, su partida de bautismo. Todos los atentados sociales contemporáneos, derivan de la repartición de Polonia. La repartición de Polonia es un teorema cuyos corolarios son los actuales crímenes políticos. No hay un déspota ni un traidor, desde hace un siglo, que no haya visado, aprobado, firmado y rubricado, *ne varietur,* la repartición de Polonia. Cuando se examina el lejago de las traiciones modernas, ésta es la primera que aparece. El congreso de Viena, ha consultado este crimen, antes de consumar el suyo. 1772, es el grito del cazador, y 1815, es la comida que se da a los perros. Tal era el texto habitual de Feuilly. Este pobre obrero, se había erigido en tutor de la justicia, y ella le recompensaba haciéndolo grande. Porque hay, efectivamente, algo de eternidad en el derecho. Varsovia no puede ser tártara, así como Venecia no puede ser tudesca. Los reyes pierden el tiempo y el honor en esta empresa. Tarde o temprano, la patria sumergida flota en la superficie y reaparece. Grecia vuelve a ser Grecia, Italia vuelve a ser Italia. La protesta del derecho contra el hecho persiste siempre. El robo de un pueblo no se prescribe. Estas grandes estafas, no tienen porvenir. No se borra la marca de una nación como la de un pañuelo.

[1] Fecha de la primera repartición de Polonia.

Courfeyrac tenía un padre al que llamaban señor de Courfeyrac. Una de las falsas ideas de la burguesía de la restauración en hecho de aristocracia y de nobleza, era creer en la partícula «de». Sabido es que esta partícula, no tiene significación alguna. Pero el burgués del tiempo de la Minerva estimaba en tan alto grado este pobre «de», que se creía obligado a renunciar a él. El señor de Chauvelin, se hacía llamar señor Chauvelin [1]; el señor de Caumartin, señor Caumartin; el señor de Constant de Rebecque, Benjamín Constant; el señor de Lafayette, señor Lafayette. Courfeyrac, no había querido quedarse atrás, y se llamaba Courfeyrac, a secas.

Podríamos detenernos aquí en lo que se refiere a Courfeyrac, y nos limitamos a decir: Courfeyrac, véase Tholomyès.

Courfeyrac tenía, en efecto, este verbo de juventud, que podría llamarse la belleza del diablo del espíritu. Más tarde, esta gracia se pierde como la gracia del gatito, es decir, concluye en el ciudadano cuando tiene dos pies, y en el gato cuando tiene cuatro pies.

Las generaciones que pasan por las escuelas, y las promociones sucesivas de la juventud, que se pasan de mano en mano, se trasmite *quasi cursores* [2], casi siempre el mismo; de modo que como acabamos de indicar, cualquiera que hubiera oído a Courfeyrac en 1828, habría creído oír a Tholomyès en 1817. Pero Courfeyrac era un buen muchacho. Bajo estas aparentes semejanzas exteriores, la diferencia entre Tholomyès y él era grande. El hombre latente que existía entre ellos, era el primero distinto al segundo. En Tholomyès había un procurador, y en Courfeyrac un paladín.

1 El marqués de Chauvelin, diputado liberal de Côte-d'Or, como Caumartin.

2 «Como corredores...» (*Lucrecia*, II, 79.)

Enjolras era el jefe. Combeferre era el guía. Courfeyrac era el centro. Los demás daban más luz; él daba más calor; el hecho es que tenía todas las cualidades de un centro, la redondez y la irradiación.

Bahorel había figurado en el sangriento tumulto de junio de 1822, con motivo del entierro del joven Lallemand[1].

Bahorel era un ser de buen humor y de difícil trato; bravo, gastador, generoso hasta llegar a la prodigalidad, hablador hasta llegar a la elocuencia, atrevido hasta llegar al descaro; la mejor pasta de diablo que es posible encontrar, tenía chalecos temerarios, y opiniones color escarlata; camorrista, es decir, nada le gustaba tanto como una riña, a no ser un motín, y nada más que un motín a no ser una revolución; siempre dispuesto a romper una vidriera, a desempedrar una calle, o a derribar un gobierno, para ver el efecto; estudiante de undécimo año de leyes. Huía el estudio del derecho, pero lo practicaba. Había tomado por divisa: abogado nunca, y por armarios, una mesita de noche en las que se divisaba un bonete cuadrado. Cada vez que pasaba por delante de la escuela de derecho, lo cual sucedía raras veces, se abrochaba su levita, porque aún no se había inventado el gabán, y tomaba precauciones higiénicas. Decía del pórtico de la escuela: ¡qué hermoso viejo!, y del decano, el señor Delvincourt: ¡qué monumento! Veía en los cursos, motivos de canciones y en los profesores, motivos de caricaturas. Gastaba en no hacer nada, una gruesa renta como de tres mil francos. Tenía padres campesinos, a quienes había sabido inculcar el respeto a su hijo.

Decía de ellos: «Son campesinos y no burgueses; por esto no carecen de inteligencia.»

[1] Estudiante muerto en una manifestación liberal, en junio de 1820 y no en 1822 como señala Hugo.

Bahorel, hombre caprichoso, vivía esparcido entre varios cafés; los demás tenían sus hábitos, él no tenía ninguno. Andaba ocioso. Errar es humano, pero andar ociosamente es parisiense. En el fondo, tenía un espíritu penetrante, y era más pensador de lo que parecía.

Servía de unión entre los amigos del ABC, y otros grupos aún informes, pero que debían dibujarse más tarde.

En este cónclave de jóvenes cabezas, había un miembro calvo.

El marqués de Avaray[1], a quien Luis XVIII hizo duque por haberlo ayudado a subir a un coche de plata el día en que emigró, contaba que en 1814, a su vuelta a Francia, cuando el rey desembarcó en Calais, le presentó un hombre un memorial.

—¿Qué pedís? —preguntó el rey.

—Señor, una administración de correos.

—¿Cómo os llamáis?

—*L'Aigle.* (El águila.)

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial, y vio el nombre escrito así: Lesgle. Esta ortografía poco bonapartista, conmovió al rey, y empezó a sonreír.

—Señor —continuó el hombre del memorial—, tengo entre mis antepasados, un perrero, a quien llamaban Lesgueules (Bocazas). Este mote me ha dado mi nombre. Me llamo Lesgueules, por contracción Lesgle, y por corrupción, L'Aigle.

Esto hizo que el rey acabara por reírse, y por fin, le dio la administración de correos de Meaux, no sabemos si inocente o intencionadamente.

1 El conde D'Avaray, compañero de exilio del conde De Provence. Luis XVIII, exiliado, lo hizo duque.

El miembro calvo del grupo, era hijo de este Lesgle o Legle, y se firmaba Legle (de Meaux). Sus camaradas, para abreviar, lo llamaban Bossuet [1].

Bossuet era un muchacho alegre y desgraciado. Su especialidad consistía en que todo le salía mal. Por el contrario, se reía de todo. A los veinticinco años, era calvo. Su padre había terminado por tener una casa y un campo; pero él, el hijo, por nada había tenido tanta prisa como para perder en una falsa especulación el campo y la casa. No le había quedado nada. Tenía ciencia e ingenio, pero abortaba. Todo lo perdía, todo lo engañaba; lo que construía se desplomaba sobre él. Si partía leña, se cortaba un dedo. Si tenía una amante, descubría inmediatamente que ésta tenía también un amigo. En todo momento, le sucedía una desgracia; de ahí su jovialidad. Decía: «Vivo bajo un techo de tejas que caen.» Poco sorprendido, pues para él el accidente estaba previsto, tomaba la mala suerte con serenidad, y sonreíase de los reveses del destino, como quien oye una broma. Era pobre, pero tenía un bolsillo inagotable de buen humor. Llegaba con rapidez a su último sueldo, y nunca a su último estallido de risa. Cuando la adversidad entraba en su casa, saludaba cordialmente a este antiguo amigo; daba cariñosas palmadas en el vientre de la catástrofe; estaba familiarizado con la fatalidad, hasta el punto de llamarla por su apelativo. «Buenos días, mala suerte», le decía.

Estas percusiones de la suerte lo habían hecho inventivo. Tenía abundancia de recursos. No tenía dinero, pero encontraba medio de hacer, cuando le parecía bien, «gastos desenfrenados». Una noche, se comió «cien fran-

[1] Legle de Meaux, se pronuncia lo mismo que l'aigle de Meaux, el águila de Meaux, nombre con que se conoce a Bossuet.

cos» en una cena con una muchachuela que le inspiró, en medio de la orgía, esta frase memorable: «*Fille de cinq louis, tire-moi mes bottes.*»[1]

Bossuet se dirigía lentamente hacia la profesión de abogado; estudiaba derecho del mismo modo que Bahorel. Bossuet tenía poca casa, y a veces ninguna. Vivía ya en casa de uno, ya en casa de otro; y con más frecuencia con Joly, que estudiaba medicina, y tenía dos años menos que Bossuet.

Joly era el joven enfermo imaginario. Lo único que había conseguido al estudiar medicina, era hacerse más enfermo que el médico. A los veintitrés años, se creía valetudinario, y se pasaba la vida mirándose la lengua en el espejo. Afirmaba que el hombre se imanta como una aguja, y en su habitación, ponía la cama con la cabecera al mediodía y los pies al norte, con el fin de que por la noche, la circulación de su sangre no estuviera contrariada con la gran corriente magnética del globo. En las tormentas, se tomaba el pulso. Por lo demás, era el más alegre de todos. Todas estas incoherencias, joven, maníaco, aprensivo, alegre, se avenían perfectamente, y resultaba de su unión, un ser excéntrico y agradable, a quien sus camaradas, pródigos en consonantes aladas, llamaban Jolllly. «Puedes volar con cuatro eles», le decía Jean Prouvaire[2].

Joly tenía la costumbre de tocarse la nariz con el puño de su bastón, lo que indicaba un espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes, tan distintos, y de los cuales no puede hablarse, más que muy seriamente, tenían una misma religión: el progreso.

1 Estas palabras tienen tres traducciones distintas:
Hija de cinco luises de oro, tírame las botas.
Hija de cinco Luises, tírame de las botas.
Hija de san Luis, tírame de las botas.

2 «Aile», ala, se lee en francés lo mismo que ele.

Todos eran hijos directos de la revolución francesa. Los más frívolos llegaban a ser solemnes cuando pronunciaban esta fecha: 89. Sus padres, según la carne, eran o habían sido fuldenses, realistas, doctrinarios; poco importaba; esta mezcla anterior a ellos que eran jóvenes, no les concernía en absoluto; la pura sangre de los principios corría por sus venas. Se consagraban de una manera total al derecho incorruptible y al deber absoluto.

Afiliados e iniciados, bosquejaban subterráneamente el ideal.

Entre todos estos corazones apasionados, y estos espíritus convencidos, había un escéptico. ¿Cómo se encontraba allí? Por yuxtaposición. Este escéptico se llamaba Grantaire, y firmaba habitualmente con este jeroglífico: R. Grantaire era un hombre que se guardaba muy bien de creer en algo. Por lo demás, era uno de los estudiantes que habían aprendido más, durante sus cursos en París; sabía que el mejor café, estaba en el café Lemblin [1], y el mejor billar, en el café Voltaire [2], que se encontraban buenas galletas y buenas chicas, en el Ermitage, cerca del bulevard del Maine [3], excelentes pollos con salsa picante en casa de la tía Saguet [4], exquisitos pescados a la marinera en la barrera de Cunette, y cierto vinillo blanco en la barrera del Combat. Sabía los buenos sitios para todo; manejaba la chancla y el zapato, en algunos bailes, y sabía usar el palo. Era, además, gran bebedor. Era inconmensurablemente feo. La pespunteadora de botines más bonita en aquel tiempo, Irma Boissy, indignada por su fealdad, había dicho esta

1 *Supra,* tomo I, p. 202.

2 El café Voltaire, en la plaza del Odeón.

3 Hoy, avenida de Maine.

4 Restaurante de Plaisance, frecuentado por Abel y Víctor Hugo.

sentencia: «Grantaire es imposible»; pero la fatuidad de Grantaire no se desconcertaba. Miraba tierna y fijamente a todas las mujeres, como diciéndoles: «¡Si yo quisiera!», y trataba de hacer creer a sus camaradas, que se veía muy solicitado.

Todas estas palabras: derecho del pueblo, derechos de los hombres, contrato social, revolución francesa, república, democracia, humanidad, civilización, religión, progreso, eran para Grantaire palabras que casi carecían por completo de significado. Se reía de ellas. El escepticismo, esta carie seca de la inteligencia, no le había dejado una idea entera en el espíritu. Vivía con ironía. Este era su axioma: «No hay más que una certidumbre, mi vaso lleno.» Se burlaba de todos los sacrificios en todos los partidos, lo mismo del hermano que del padre, lo mismo de Robespierre, que de Loizerolles. «Bastante han avanzado con estar muertos», exclamaba. Decía del crucifijo: «Éste es un suplicio que ha triunfado.» Correntón, jugador, libertino, a menudo ebrio, disgustaba a aquellos jóvenes esperanzados, cuando cantaba sin cesar con el tono de: «Viva Enrique IV. Me gustan las muchachas, y me gusta el buen vino.» [1]

Por lo demás, este escéptico, tenía un fanatismo. Este fanatismo, no era ni una idea ni un dogma, ni un arte ni una ciencia; era un hombre: Enjolras. Grantaire amaba, admiraba y veneraba a Enjolras. ¿A quién se unía aquel incrédulo anarquista en aquella falange de espíritus absolutos? Al más absoluto. ¿De qué modo lo subyugaba Enjolras? ¿Por sus ideas? No. Por el carácter. Fenómeno que se observa a menudo. Un escéptico que se une a un creyente, es una cosa tan normal, como la

1 Dos versos con la música de «Viva Enrique IV», en la comedia de Collé, *La partida de caza de Enrique IV*.

ley de los colores complementarios; siempre nos atrae lo que nos falta; nadie ama tanto la luz como el ciego; los enanos, adoraran el tambor mayor. El sapo, tiene siempre los ojos en el cielo; ¿para qué?, para ver volar a los pájaros. Grantaire, en el cual se arrastraba la duda, se complacía en ver cernirse la fe en Enjolras. Tenía necesidad de Enjolras. Sin que se diera claramente cuenta, y sin tratar de explicárselo, esta naturaleza casta, sana, firme, recta, dura, cándida, lo encantaba. Admiraba instintivamente a su contrario. Sus ideas flexibles, dislocadas, enfermas, deformes, se unían a Enjolras como a una espina dorsal. Su raquitismo moral se apoyaba en aquella firmeza. Grantaire, al lado de Enjolras era alguien. Además, estaba compuesto de dos elementos en apariencia incompatibles. Era irónico y cordial. Su indiferencia amaba. Su espíritu podía pasarse sin creencias, y su corazón no podía pasarse sin amistad. Contradicción profunda, pues un afecto es una convicción. Su naturaleza era así. Hay hombres que parecen nacidos para ser el anverso, el verso, y el reverso. Son Pollux, Patroclo, Niso, Eudamidas, Efestión, Pechmeja[1]. No viven más que a condición de estar adosados a otro: su nombre es una continuación, y sólo se escribe precedido de la conjunción «y»; su existencia no les pertenece; es el otro lado de un destino que no es el suyo. Grantaire era uno de estos hombres. Era el reverso de Enjolras.

Casi podría decirse que las afinidades empiezan con las letras del alfabeto. En la serie O y P, son inseparables. Podéis pronunciar indistintamente, O y P, o sea, Orestes y Pílades.

[1] Pollux, amigo de Castor, Patroclo, amigo de Aquiles (*Ilíada*). Nisus, amigo de Euriales (*Eneida*). Eudamidas, amigo de Areteo y de Clarixano (*Lucien, Toxaris o la amistad.*) Efestión, amigo de Alejandro, Pechmeja, amigo del médico Dubreuil.

Grantaire, verdadero satélite de Enjolras, frecuentaba este círculo de jóvenes; sólo allí vivía; sólo allí gozaba, y los seguía a todas partes. Todo su placer era ver ir y venir aquellos perfiles en los vapores del vino. Se le toleraba por su buen humor.

Enjolras, creyente y sobrio, desdeñaba a este escéptico y borracho. Le dispensaba cierta piedad humana. Grantaire era un Pílades no aceptado. Tratado con dureza por Enjolras, rechazado y alejado bruscamente, volvía sin cesar a él, y decía de Enjolras: «¡Qué hermoso mármol!»

II

Oración fúnebre de Blondeau por Bossuet

Cierta tarde, que tenía, como vamos a ver, alguna coincidencia con los acontecimientos que hemos relatado más arriba, Laigle de Meaux estaba sensualmente adosado a las jambas de la puerta del café Musain. Tenía el aire de una cariátide en vacaciones; no llevaba consigo más que sus ensueños. Estaba mirando a la plaza de Saint-Michel. Apoyarse es un modo de estar acostado de pie, que no es impropia de los soñadores. Laigle de Meaux pensaba, sin melancolía, en un percance que le había sucedido el día anterior en la escuela de derecho, y que modificaba sus proyectos personales para el porvenir, proyectos, por otra parte, bastante vagos.

La meditación no se opone a que pase un cabriolé, ni a que el que medita se fije en él. Laigle de Meaux, cuyos ojos erraban en una especie de ociosidad difusa, descubrió a través de este sonambulismo, un vehículo de dos ruedas que pasaba por la plaza al paso, como indeciso. ¿Qué iba a hacer este cabriolé? ¿Por qué iba al paso? Laigle lo observó. Iba dentro, al lado del coche-

ro, un joven, y delante del joven, un grueso saco de noche. El saco, mostraba a los paseantes este nombre escrito en gruesas letras negras en un papel cosido a la tela: Marius Pontmercy.

Este nombre, hizo cambiar de actitud a Laigle. Se enderezó, y gritó al joven del cabriolé:

—¡Señor Marius Pontmercy!

El cabriolé interpelado, se detuvo.

El joven, que también parecía meditar profundamente, levantó los ojos.

—¿Eh? —dijo.

—¿Sois el señor Marius Pontmercy?

—Efectivamente.

—Os buscaba —continuó Laigle de Meaux.

—¿Cómo es posible? —preguntó Marius; pues era él, en efecto, quien salía de casa de su abuelo, y tenía delante de sí un rostro que no había visto nunca—. No os conozco.

—Ni yo tampoco a vos —dijo Laigle.

Marius creyó haberse encontrado con un burlón, y tener que aceptar una broma en plena calle. No estaba del mejor humor, y frunció el entrecejo. Laigle de Meaux, imperturbable, prosiguió:

—¿No fuisteis anteayer a la escuela?

—Es posible.

—Es cierto.

—¿Sois estudiante? —preguntó Marius.

—Sí, señor, como vos. Anteayer entré en la escuela por casualidad. ¿Sabéis?, a veces se tienen tales ideas. El profesor estaba pasando lista. No ignoráis que en estos momentos los profesores resultan ridículos. A las

tres faltas, os borran de la inscripción. Sesenta francos perdidos.

Marius empezaba a escuchar. Laigle continuó:

—Era Blondeau[1] quien pasaba lista. Ya le conocéis, tiene una nariz muy puntiaguda y maliciosa, y olfatea con delirio a los ausentes. Empezó socarronamente por la letra P. Yo no lo escuchaba, porque no estaba incluido en esta lista. La lista no iba mal, no había ni una falta, porque todo el mundo estaba presente. Blondeau estaba triste. Yo me decía: «Blondeau, amor mío, hoy no harás ninguna ejecución.» De repente, Blondeau pronuncia: «Marius Pontmercy». Nadie responde. Blondeau, esperanzado, repite más fuerte: «Marius Pontmercy.» Y coge su pluma. Señor, yo tengo sentimientos. Me he dicho rápidamente: «Éste es un buen muchacho a quien van a borrar de la lista. Atención. Éste es un verdadero vividor, que no es exacto; no es un buen discípulo. No es un gastador de bancos, un estudiante que estudia, un barbilampiño pedante, fuerte en letras, ciencias, teología y sapiencia, uno de estos espíritus rudos, prendidos con cuatro agujas, una por cada facultad. Es un honorable perezoso que anda vagando, que practica el veraneo, que cultiva la griseta, que hace la corte a las bellas, que tal vez en este instante está en casa de mi amante. Salvémoslo. ¡Muerte a Blondeau!» En este momento, Blondeau, moja de tinta la pluma negra de tachar, pasea su fiera pupila por el auditorio, y repite por tercera vez: «Marius Pontmercy.» Yo he respondido: «¡Presente!» Y esto hizo que no os borraran.

—¡Señor! —dijo Marius.

—Y que el borrado haya sido yo —añadió Laigle de Meaux.

1 Blondeau tomo I, p. 218.

—No os comprendo —dijo Marius.

Laigle continuó:

—Nada tan sencillo. Yo estaba cerca de la cátedra para responder, y cerca de la puerta para marcharme. El profesor me miraba con cierta fijeza. De repente, Blondeau, que debe ser la nariz maligna de la que habla Boileau[1], salta a la letra L. L, es mi letra. Soy de Meaux, y me llamo Lesgle.

—¡L'Aigle —interrumpió Marius—, qué nombre tan hermoso!

—Caballero, Blondeau llegó a este hermoso nombre, y gritó: «¡Laigle!» Yo respondí: «¡Presente!» Entonces, Blondeau me miró con la dulzura del tigre, sonrió y me dijo: «Si sois Pontmercy, no sois Laigle.» Frase que parece poco cortés para vos, pero que era muy lúgubre para mí. Dicho esto, me borró.

Marius exclamó:

—Caballero, cuánto siento...

—Ante todo —interrumpió Laigle—, quiero embalsamar a Blondeau con algunas frases de sentido elogio. Lo supongo muerto; para lo cual no habría de cambiar mucho en su delgadez, en su palidez, en su fingidez, en su rigidez, en su fetidez. Y digo: *Erudimini qui judicatis terram*[2]. Aquí yace Blondeau, el Blondeau-nariz, el Blondeau-Nasica, el buey de la disciplina, *bos disciplinae,* el moloso de la consigna, el ángel de la lista, que fue

1 Juego de palabras sobre la fórmula de Boileau: «Le francais né main...» (En francés, nacido y nariz se pronuncia igual.)

2 «Ilustrad vosotros, jueces de tierra»; es así como Bossuet traduce esta frase (*Salmos,* II, 10), que cita al principio de la oración fúnebre de Henriette-Marie de France. El recuerdo de Bossuet —que sus condiscípulos habrían puesto de sobrenombre «bos suetus aratro»— inspira luego a Laigle-Boussuet, la fórmula «bos disciplinae».

recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado, repugnante. Dios lo borró, como él a mí.

—Siento tanto... —replicó Marius.

—Joven —dijo Laigle de Meaux—, que esto os sirva de lección. En adelante, sed puntual.

—Os pido mil perdones.

—No volváis a exponeros a que borren a vuestro prójimo.

—Estoy desesperado...

Laigle estalló en carcajadas.

—Y yo muy alegre. Estaba yo a punto de ser abogado. Esta raya me salva. Renuncio a los triunfos del foro. No defenderé a la viuda, ni atacaré al huérfano. Nada de toga, nada de estrados. Mi decisión está tomada; y a vos os lo debo, señor Pontmercy. Debo haceros solemnemente una visita de agradecimiento. ¿Dónde vivís?

—En este cabriolé —dijo Marius.

—Signo de opulencia —respondió Laigle con tranquilidad—. Os felicito. Tenéis un alojamiento de nueve mil francos anuales.

En este momento, Courfeyrac salía del café.

Marius sonrió tristemente:

—Estoy en este alojamiento desde hace dos horas, y aspiro a salir de él; pero ésta es una larga historia; no sé adónde ir.

—Caballero —dijo Courfeyrac—, venid a mi casa.

—Tengo la prioridad —observó Laigle—, pero no tengo casa.

—Cállate, Bossuet —dijo Courfeyrac.

—Bossuet —dijo Marius—, creí que os llamabais Laigle.

—De Meaux —respondió Laigle—; por metáfora, Bossuet.

Courfeyrac subió al cabriolé.

—Cochero —dijo—, hostería de la puerta de Saint-Jacques.

Y aquella misma tarde, Marius estaba instalado en una habitación del hotel de la Porte-Saint-Jacques, al lado de Courfeyrac.

III

Las sorpresas de Marius

En pocos días, Marius se hizo amigo de Courfeyrac. La juventud es la estación de las soldaduras prontas, y de las cicatrizaciones rápidas. Marius, cerca de Courfeyrac, respiraba libremente, cosa bastante nueva para él. Courfeyrac no le hizo preguntas. Ni pensaba hacérselas. A esta edad, los rostros lo expresaban todo inmediatamente. La palabra es inútil. Hay jóvenes de quienes podría decirse que tienen una fisonomía parlante. Se miran y se conocen.

Sin embargo, una mañana, Courfeyrac le hizo bruscamente esta pregunta:

—A propósito, ¿tenéis alguna opinión política?

—Vaya —dijo Marius, casi ofendido por la pregunta.

—¿Qué sois?

—Demócrata-bonapartista.

—Matiz gris de ratón confiado —dijo Courfeyrac.

Al día siguiente, Courfeyrac introdujo a Marius en el café Musain.» Luego le murmuró al oído, con una sonrisa: «Es preciso que os dé entrada en la revolución.»

Y lo llevó a la sala de los amigos del ABC. Luego lo presentó a los demás compañeros, diciendo a media voz estas sencillas palabras que Marius no comprendió: «Un alumno.»

Marius, hasta entonces solitario e inclinado al monólogo y al aparte, por costumbre y por gusto, se quedó como asustado ante aquella bandada de pájaros. Todas aquellas variadas iniciativas lo solicitaban y lo atraían en diversos sentidos a la vez. El vaivén tumultuoso de todos aquellos ingenios libres y laboriosos embarullaba sus ideas en revuelto torbellino, y alguna vez, en su turbación, se iban tan lejos de él, que le costaba trabajo recogerlas. Oía hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religión, de una manera inaudita. Vislumbraba aspectos extraños, y como no los ponía bajo un ángulo, no estaba seguro de no ver el caos. Al abandonar las opiniones de su abuelo por las de su padre, había adquirido ideas fijas; pero ahora sospechaba con inquietud, y sin atreverse a afirmarlo, que no las tenía. El prisma, por el cual lo veía todo, empezaba de nuevo a moverse. Cierta oscilación conmovía todos los horizontes de su cerebro, produciendo en él una extraña y casi dolorosa confusión.

Parecía que para aquellos jóvenes, no había cosas «sagradas». Marius oía, sobre todo, un idioma nuevo y singular que dañaba su alma, aún muy tímida.

Veíase un cartel de teatro, adornado con un título de tragedia del antiguo repertorio, llamado clásico, y gritaba Bahorel:

—¡Abajo la tragedia preferida por los tenderos!

Y Marius oía que Combeferre contestaba:

—Haces mal, Bahorel; los tenderos prefieren la tragedia, y debemos en este punto dejarlos tranquilos. La tragedia con peluca tiene su razón de ser, y yo no

soy de esos que a Esquilo le disputan el derecho de existir En la naturaleza hay bosquejos; en la creación hay parodias hechas. Un pico que no es pico, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, y un grito doloroso que mueve a risa; tal es el pato. Puesto que la volatería existe al lado del ave, no veo razón para que la tragedia clásica no viva frente a frente con la tragedia antigua.

O bien la casualidad hacía que Marius pasase por la calle Jean-Jacques-Rousseau, entre Enjolras y Courfeyrac.

Courfeyrac, lo cogía del brazo.

Presta atención. Ésta es la calle Plâtière, que hoy se llama Jean-Jacques-Rousseau, a causa de una familia especial que vivía en ella hace cosas de unos sesenta años. Esta familia la componían Jean-Jacques Rousseau y Thérèse. De vez en cuando, nacían algunos pequeñuelos [1]. Thérèse los traía al mundo, y Jean-Jacques los daba a la inclusa.

Y Enjolras reprendía a Courfeyrac:

—¡Silencio ante Jean-Jacques! Admiro a este hombre. Renegaba de sus hijos, es verdad, pero adoptó al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes pronunciaba jamás esta palabra: el emperador. Sólo Jean Prouvaire decía algunas veces Napoleón; los demás, decían Bonaparte. Enjolras pronunciaba Buonaparte.

Marius se asombraba vagamente. *Initium sapientiae* [2].

[1] Jean-Jacques y Thérèse vivieron, en efecto, en la calle Plâtrière desde 1770 a 1778, «unos sesenta años» antes de la época de esta conversación (1828). Pero el nacimiento y abandono de sus hijos se remonta a mucho antes.

[2] «Principio de la sabiduría.» Final de una fórmula a menudo citada en la *Escritura:* «El temor de Dios, es el principio de la sabiduría.» (*Provervios*, I, 7; *Eclesiástico*, I, 16.)

IV

La sala interior del café Musain

Una de las conversaciones que tuvieron estos jóvenes, a las cuales asistía Marius, quien tomaba parte en ellas algunas veces, había producido una verdadera sacudida en su ánimo.

Esto sucedía en la sala interior del café Musain. Casi todos los amigos del ABC, estaban reunidos aquella noche. El quinqué estaba encendido solemnemente. Hablaban de varias cosas, sin pasión y con ruido. Excepto Enjolras y Marius, que permanecían callados, los demás arengaban todos un poco al azar. Las conversaciones entre camaradas tienen a veces estos tumultos apacibles. Era un juego y una confusión, tanto como una conversación. Echábanse unos a otros palabras que eran recogidas. Se hablaba por los cuatro costados.

Ninguna mujer era admitida en aquella sala interior, a excepción de Louison, la fregadora de vajilla del café, que la atravesaba de vez en cuando para ir del fregadero al «laboratorio».

Grantaire, completamente ebrio, ensordecía el rincón del que se había apoderado. Razonaba y desrazonaba a grito pelado:

—Tengo sed. Mortales, he tenido un sueño: que el tonel de Heidelberg[1], tenía un ataque de apoplejía, y que yo era una sanguijuela de la docena de ellas que le aplicaban. Quisiera beber. Deseo olvidarme de la vida. La vida es una invención odiosa de no sé quién. No dura nada, no vale nada. Se cansa uno viviendo. La vida es un decorado en el que hay muy poco practicable. La felicidad es un viejo chasis pintado por un solo lado. El *Eclesiástico* dice: todo es vanidad; yo pienso como este hombre que tal vez nunca ha existido. El cero, no queriendo ir desnudo, se ha vestido de vanidad. ¡Oh, vanidad, que todo lo revistes con grandes palabras! Una cocina, es un laboratorio, un bailarín es un profesor, un saltimbanqui es un gimnasta, un boxeador es un pugilista, un boticario es un químico, un peluquero es un artista, un albañil es un arquitecto, un «jockey» es un deportista, un escarabajo es un pterigibranquio. La vanidad tiene un reverso y un anverso; el anverso es tonto, es el negro con sus cuentas de cristal; el reverso es necio, es el filósofo con sus andrajos. Lloro sobre el uno, y río sobre el otro. Esto que se llama honores y dignidades, e incluso el honor y la dignidad mismos, son generalmente oropeles. Los reyes juegan con el orgullo humano. Calígula hizo cónsul a un caballo. Carlos II, hizo caballero a un solomillo de vaca. Pavoneaos ahora entre el cónsul Incitatus[2], y el barón Roastbeef. En cuanto al valor intrínseco de las gentes, no es mucho más digno de respeto. Escuchad el pane

[1] En una bodega del castillo de Heidelberg había un tonel que contenía doscientas cincuenta cubas de vino.

[2] «Lanzado al galope.»

gírico que el vecino hace al vecino. Lo blanco sobre lo blanco es feroz; si la flor de lis hablara, ¡cómo pondría a la paloma! Una hipócrita que habla de una devota es más venenosa que el áspid y que el bungaro azul! Es una pena que yo sea un ignorante, pues os citaría una multitud de cosas; pero no sé nada. Por ejemplo, siempre he tenido ingenio; cuando era alumno en casa de Gros, en lugar de embadurnar cuadraditos, pasaba el tiempo en afanar manzanas; rapaz es el masculino de rapiña. Esto en cuanto a mí; en cuanto a vosotros, valéis otro tanto. Me río de vuestras perfecciones, excelencias y cualidades. Toda cualidad se pierde en un defecto; la economía linda con la avaricia, la generosidad con la prodigalidad, la bravura con la fanfarronería; mucha piedad, es decir fanatismo; hay tantos vicios en la virtud, como agujeros en el manto de Diógenes. ¿A quién admiráis, al muerto o al matador? ¿A César o a Bruto? Generalmente, al matador. ¡Viva Brutus!, porque mató. Esto es la virtud. Virtud, sí, pero locura también. Estos grandes hombres tienen faltas muy curiosas. El Bruto que mató a César, estaba enamorado de la estatua de un niño. Esta estatua era del escultor griego Estrongilion[1] quien había esculpido también esta figura de amazona llamada Bella-pierna, Eucnemos, que Nerón llevaba consigo en sus viajes. Este Estrongilion no ha dejado más que dos estatuas que han puesto de acuerdo a Bruto y a Nerón; Bruto estuvo enamorado de una, Nerón de la otra. Toda la historia no es más que una continua repetición. Un siglo, es plagiario de otro. La batalla de Marengo está copiada de la batalla de Pydna; el Tolbiac de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleón, se parecen como dos gotas de sangre. Hago poco caso de la victoria. Nada resulta tan estúpido como vencer; la verdadera gloria es convencer. ¡Pero tratad

1 Escultor griego de finales del siglo v a. de J. C.

de probarme algo! Os contentáis con el éxito, ¡qué mezquinías!, y con conquistar, ¡qué miseria! ¡Ay!, vanidad y vileza en todo. Todo obedece al éxito, incluso la gramática. *Si volet usus*[1], dijo Horacio. Por lo tanto, desdeño al género humano. ¿Descenderé ahora del todo a la parte? ¿Queréis que me ponga a admirar a los pueblos? ¿Qué pueblo, por favor? ¿Grecia? Los atenienses, es decir, los parisienses de entonces, mataban a Foción, como quien dice a Coligny, y adulaban a los tiranos, hasta el punto que Anaceforo decía de Pisóstrato: «Su orín, atrae a las abejas.» El hombre más considerado de Grecia durante cincuenta años, ha sido el gramático Filetas[2], el cual era tan pequeño y tan menudo, que estaba obligado a poner plomo en sus zapatos, para que el viento no se lo llevase. En la plaza más grande de Corinto, había una estatua esculpida por Silanion[3], y catalogada por Plinio; esta estatua representaba a Epistato. ¿Y qué había hecho Epistato? Inventó la zancadilla. Esto resume a Grecia y su gloria. Pasemos a otros pueblos. ¿Admiro a Inglaterra? ¿Admiraré a Francia? ¿Francia? ¿por qué? ¿Por París? Acabo de deciros mi opinión sobre Atenas. ¿Inglaterra? ¿por qué? ¿Por Londres? Odio a Cartago. Además, Londres, metrópoli de lujo, es capital de la miseria. Sobre la parroquia de Charing-Cross, mueren de hambre cien personas al año. Tal vez es Albión. Añado, para colmo, que he visto a una inglesa bailar con una corona de flores, y anteojos azules. Así, pues, ¡una higa para Inglaterra! Si no admiro a John Bull, ¿iba a admirar a Jonathan? Me gusta muy poco este hermano que tiene escla-

1 «Si la costumbre lo quiere.» (*Arte poética*, 71.)

2 Filetas, poeta y gramático griego del siglo II a. de J. C.

3 Escultor griego del siglo IV a. de J. C.

vos. Quitad el «time is money» [1], y, ¿qué queda de Inglaterra? Quitad el «cotton is king» [2] y, ¿qué queda de América? Alemania es la linfa; Italia es la bilis. ¿Nos extasiaremos ante Rusia? Voltaire la admiraba. También admiraba a China. Convengo en que Rusia tiene sus bellezas, entre otras un gran despotismo; pero compadezco a los déspotas. Tienen una salud delicada. Un Alexis decapitado, un Pedro estrangulado, otro Pablo hundido a taconazos, diversos Ivanes degollados, varios Nicolases y Basilios envenenados, todo esto indica que el palacio de los emperadores de Rusia, se halla en una condición flagrante de insalubridad. Todos los pueblos civilizados ofrecen a la admiración del pensador este detalle: la guerra; pero la guerra, la guerra civilizada, agota y totaliza todas las formas del bandidismo, desde el salteamiento de los trabuqueros, en las gargantas del monte Jaxa, hasta el merodeo de los indios comanches en el Paso Dudoso. ¡Bah!, me diréis: Europa vale más que Asia. Convengo en que Asia es una farsa, pero no sé por qué os reís del gran Lama, vosotros pueblos de occidente, que habéis mezclado con vuestras modas y vuestras elegancias, todas las inmundicias complicadas de majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel, hasta la silla agujereada del delfín. Señores humanos, os digo: ¡Mamola! Bruselas es la ciudad que consume más cerveza, Estocolmo más aguardiente, Madrid más chocolate, Amsterdam más ginebra, Londres más vino, Constantinopla más café, y París más ajenjo. A esto están reducidas todas las nociones útiles. París sobresale, en suma. En París, incluso los traperos son sibaritas; Diógenes hubiera querido ser trapero en la plaza Maubert, antes

1 «El tiempo es dinero.»

2 «El algodón es el rey.»

que filósofo en el Pireo. Aprended aún esto: las tabernas de los traperos se llaman bibinas; las más célebres son la Casserole y el Abattoir. Pero, ¡oh!, figones, bodegones, tapones, tabernas; chiscones, cachimiras, bibinas de traperos, caravanserrallos de los califas, yo os tomo por testigos, yo soy un voluptuoso; como en casa de Richard, un cubierto de cuarenta sueldos, y quiero tapices de Persia tales, que pueda rodar por ellos Cleopatra desnuda. ¿Dónde está Cleopatra? ¡Ah!, eres tú, Louison. Buenos días.

De este modo, Grantaire, más que borracho, se deshacía en palabras, abrazando a la fregona de vajilla del café, en su rincón de la sala interior.

Bossuet, extendiendo la mano hacia él, trataba de imponerle silencio, pero Grantaire continuó más entusiasmado:

—Águila de Meaux, ¡abajo las patas! No me causas ningún efecto con tu gesto de Hipócrates, rechazando los presentes de Artajerjes. Te dispenso de calmarme. Además, estoy triste. ¿Qué queréis que os diga? El hombre es malo, el hombre es deforme; la mariposa es un ser completo, el hombre es un ser fracasado. Dios se equivocó al hacer este animal. Una multitud es una colección de fealdades. Cualquiera es un miserable. Mujer rima con mal ser. Sí, tengo *spleen,* complicado con melancolía, con nostalgia, con hipocondría. Me desespero, rabio, bostezo, me aburro, me fastidio, me embrutezco. ¡Que Dios se vaya al diablo!

—¡Silencio, R mayúscula! —continuó Bossuet, que discutía un punto de derecho con los demás, y que estaba metido hasta medio cuerpo en una frase de argot judicial, cuyo final era éste—: ...En cuanto a mí, aunque apenas soy leguleyo, y todo lo más puedo pasar por procurador aficionado, sostengo esto: que conforme a las costumbres

de Normandía, el día de san Miguel, y cada año, debería pagarse un equivalente al señor, salvo los demás derechos, por todos y cada uno, tanto propietarios como herederos por todas las enfiteusis, arrendamientos, alodios, contratos periciales, hipotecarios e hipotecables. . .

—Ecos, ninfas lastimeras —murmuró Grantaire.

Cerca de Grantaire, y en una mesa casi silenciosa, una hoja de papel, un tintero y una pluma entre dos copas, anunciaba que se estaba bosquejando un *vaudeville*. Este gran negocio se trataba en voz muy baja, y las dos cabezas que trabajaban, se rozaban:

—Empecemos por buscar los nombres. Cuando se tienen los nombres, se tiene el tema.

—Es cierto. Dicta. Yo escribo.

—¿Señor Dorimon?

—¿Rentista?

—Sin duda.

—Su hija, Celestine.

—. . .tine. ¿Y luego?

—El coronel Sainval.

—Sainval está muy usado. Yo diría Valsin.

Al lado de estos aspirantes vaudevillistas, había otro grupo que se aprovechaba también del ruido para hablar bajo, discutiendo un duelo. Un viejo de treinta años, aconsejaba a un joven de dieciocho, y le explicaba con qué adversario tenía que habérselas.

—¡Diablo!, desconfiad. Es una magnífica espada. Su juego es neto. Conoce el ataque, no pierde golpe. Tiene puños, impetuosidad, viveza, el quite justo, y respuestas matemáticas. ¡Caramba!, es zurdo.

En el rincón opuesto a Grantaire, Joly y Bahorel jugaban al dominó y hablaban de amor.

—Eres feliz —decía Joly—. Tienes una amante que siempre está riendo.

—Pues es un defecto —respondió Bahorel—. Las amantes hacen muy mal en reír. Esto nos anima a engañarlas. Verla alegre, quita el remordimiento; si se la ve triste, le parece a uno un cargo de conciencia el dejarla.

—¡Ingrato!, ¡es tan bueno una mujer que ríe! ¿Y nunca os peleáis?

—Esto depende del convenio que hemos hecho. Al hacer nuestra pequeña santa-alianza, nos hemos asignado a cada uno nuestra frontera que nunca traspasamos. La que está al norte, pertenece al cantón de Vaud, la del sur a Gex [1]. De ahí proviene la paz.

—La paz es la felicidad en el acto de la digestión.

—Y tú, Jolllly, ¿cómo vas en tu desavenencia con la señorita...? Ya sabes quién quiero decir.

—Sigue desdeñándome con una paciencia cruel.

—Y sin embargo, eres un tierno enamorado.

—¡Ah!

—Yo, en tu lugar, la plantaría.

—Es muy fácil decirlo.

—Y hacerlo. ¿No es Musichetta, o cómo se llama?

—Sí. ¡Ah!, pobre Bahorel, es una chica soberbia, muy literaria, con pequeños pies y manos, bien compuesta, blanca, torneada, con ojos de echadora de cartas. Estoy loco por ella.

—Pues, querido, entonces es preciso agradarle, ser elegante, y hacer efectos de rótula. Compra en casa Staub [2], un buen pantalón de cuero de lana. Esto da cierto tono.

—¿A cuánto? —preguntó Grantaire.

1 Alusión a la querella entre la frontera franco-suiza, nacida de una disposición del segundo tratado de París (20 de noviembre de 1815): «... el país de Gex era francés, pero quedaba fuera de nuestra barrera aduanera».

2 Staub, sastre reputado, citado en la *Comedia humana*, donde viste a Lucien de Rubempré (*Ilusiones perdidas*).

En el tercer rincón se oía una discusión poética. La mitología pagana disputaba con la mitología cristiana. Se trataba del olimpo, y lo defendía Jean Prouvaire, por romanticismo. Jean Prouvaire era sólo tímido en los momentos de reposo. Una vez excitado, estallaba, y cierto sello de alegría marcaba su entusiasmo, y era a la vez risueño y lírico:

—No insultemos a los dioses —decía—. Los dioses tal vez no se hayan ido. Júpiter ya no me hace el efecto de un muerto. Los dioses son sueños, decís. Pues bien, incluso en la naturaleza, tal como es hoy, después de la huida de los sueños, se encuentran todos los antiguos mitos paganos. Una montaña con perfil de ciudadela, como Vignemale, es aún para mí el tocado de Cibeles; nadie me ha demostrado que Pan no venga por la noche a soplar el tronco hueco de los sauces, tapando sucesivamente los agujeros con los dedos; siempre he creído que Io está para algo en la cascada de Pissevache.

En el último rincón se hablaba de política. Se maltrataba la carta otorgada. Combeferre la defendía débilmente, Courfeyrac la atacaba enérgicamente. En la mesa había un ejemplar de la malhadada carta-Touquet[1]. Courfeyrac la había cogido, y la sacudía, mezclando con sus argumentos el ruido del papel.

—Primeramente, yo no quiero reyes. Aunque no sea más que desde el punto de vista económico, no los quiero; un rey es un parásito. Los reyes no se tienen gratis. Escuchad esto: carestía de reyes. A la muerte de Francisco I, la deuda pública en Francia era de treinta mil libras de renta; a la muerte de Luis XIV, era de dos millones a sescientos millones y veintiocho libras el marco, lo que equivale en 1760, según Desmarets, a cua-

[1] Sobre la carta-Touquet, véase tomo I, p. 199.

tro mil quinientos millones, y lo que equivaldría hoy a doce mil millones. En segundo lugar, con perdón de Combeferre, una carta otorgada es un mal expediente de civilización. Salvar la transición, dulcificar el tránsito, amortiguar la sacudida, hacer pasar insensiblemente la nación de la monarquía a la democracia por la práctica de las ficciones constitucionales, son razones muy detestables. ¡No! ¡No! No alumbremos nunca al pueblo con luz falsa. Los principios se debilitan y palidecen en vuestra bodega constitucional. Fuera bastardías. Fuera compromisos. Fuera concesiones del rey al pueblo. En estas concesiones, hay siempre un artículo 14[1]. Al lado de la mano que da, está la garra que quita. Rechazo vuestra carta. Una carta es una máscara; bajo ella está la mentira. Un pueblo que acepta una carta, abdica. El derecho debe ser completo; si no, no es derecho. ¡No! ¡Fuera la carta!

Era invierno, dos leños chispeaban en la chimenea. Courfeyrac, ante aquélla tentación, no pudo resistir. Arrugó la pobre carta–Touquet, y la arrojó al fuego. El papel se encendió. Combeferre miró filosóficamente cómo se quemaba la obra maestra de Luis XVIII, y se contentó con decir:

—La carta metamorfoseada en llamas[2].

[1] El artículo 14 de la carta, reservaba al rey el poder de dar órdenes para la seguridad del estado, términos vagos que suscitaban la desconfianza de los liberales. Fue invocado en 1830, cuando la redacción de las ordenanzas que provocaron la revolución de julio.

[2] Poco más o menos, sobre un título de La Fontaine: *La gata metamorfoseada en mujer* (en francés, ambas frases suenan semejantes):

La charte metamorphosée en flamme.
La chatte metamorphosée en femme.

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, esa cosa francesa que se llama *entrain,* esta cosa inglesa que se llama *humour,* el buen y el mal gusto, las buenas y malas razones, las locas chispas del diálogo, creciente a cada momento, y cruzándose por todos los puntos de la sala, formaban sobre las cabezas, una especie de alegre bombardeo.

V

Se ensancha el horizonte

Los choques de los jóvenes ingenios entre sí, ofrecen la particularidad admirable, de que no se puede nunca prever la chispa ni adivinar el relámpago. ¿Qué va a brotar en un momento dado? Todos lo ignoran. El estallido de risa, parte de la ternura; la gravedad sale de un momento de burla. Los impulsos provienen de la primera palabra que se oye. La vena de cada uno es soberana. Un chiste, basta para abrir la puerta de lo inesperado. Estas conversaciones son, pues, entretenimientos de bruscos cambios, en los que la perspectiva varía de repente. La casualidad es el maquinista de estas discusiones.

Una idea severa, surgida caprichosamente de entre un juego de palabras, atravesó de repente esta conversación, en que se tiroteaban confusamente Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

¿Cómo brota una frase en un diálogo? ¿Cuál es la causa de que quede escrita en letra bastardilla en la imaginación de los que la oyen? Acabamos de decirlo, nadie lo sabe. En medio del ruido, Bossuet terminó un apóstrofe dirigido a Combeferre con esta fecha:

—18 de junio de 1815: Waterloo.

Al oír este nombre: Waterloo, Marius que estaba con los codos apoyados en una mesa, y cerca de un vaso de agua, se quitó el puño de la barbilla, y empezó a mirar fijamente al auditorio.

—¡Por Dios! —exclamó Courfeyrac. (Pardiez, en aquella época, iba cayendo en desuso.)—. Esta cifra 18, es muy extraña y me sorprende. Es el nombre fatal de Bonaparte. Poned a Luis delante, y al brumario detrás, y tenéis todo el destino del hombre, con esta expresiva particularidad de que el principio es pisoteado por el fin.

Enjolras, hasta entonces mudo, rompió el silencio, y dirigió esta frase a Courfeyrac:

—Querrás decir el crimen, por la expiación.

Esta palabra, crimen, sobrepasaba la medida de lo que Marius podía aceptar, ya muy conmovido por la brusca evocación de Waterloo.

Se levantó, se dirigió lentamente hacia el mapa de Francia extendido sobre la pared, al pie del cual se veía una isla en un cuadrito separado, puso el dedo sobre este cuadrito, y dijo:

—Córcega, una pequeña isla, que ha hecho grande a Francia.

Fue como un soplo de aire helado. Todos se interrumpieron. Sentían que algo iba a empezar.

Bahorel, replicando a Bossuet, estaba dispuesto a recostarse, tomando su actitud favorita, pero renunció a ello para escuchar.

Enjolras, cuyos ojos azules no se fijaban en nadie, y parecían contemplar el vacío, respondió, sin mirar a Marius:

—Francia no tiene necesidad de ninguna Córcega, para ser grande. Francia es grande porque es Francia. *Quia nominor leo* [1].

[1] «Porque yo me llamo león.» (Fedro, *Fábulas*, I, 6.)

Marius no experimentó deseo alguno de retroceder; se volvió hacia Enjolras, y su voz estalló con una vibración que provenía del estremecimiento del corazón:

—No permita Dios que yo disminuya a Francia, pero no es disminuirla, el unirla a Napoleón. Discutamos esto. Yo soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que no me asustáis. ¿Dónde estamos? ¿Qué somos? ¿Qué sois? ¿Qué soy yo? Expliquémonos sobre el emperador. Os oigo decir Buonaparte acentuando la u, como si fuerais realistas. Os prevengo que mi abuelo lo hacía aún mejor, decía: ¡Buonaparté! Os creía jóvenes. ¿En qué ponéis vuestro entusiasmo? ¿Qué hacéis? ¿Qué admiráis si no admiráis al emperador? ¿Qué más necesitáis? Si no consideráis grande a éste, ¿qué grandes hombres queréis? Lo tenía todo. Era un ser completo. Tenía en su cerebro el cubo de las facultades humanas. Hacía códigos como Justiniano, dictaba como César; su conversación tenía la brillantez de Pascal, y la precisión de Tácito. Hacía la historia y la escribía, sus boletines son Ilíadas, combinaba las cifras de Newton con las metáforas de Mahoma, dejaba tras de sí en oriente, palabras grandes como las pirámides; en Tilsitt, enseñaba la majestad a los emperadores, en la academia de ciencias, daba la réplica a Laplace, en el consejo de estado, discutía con Merlin, daba un alma a la geometría de los unos y a las argucias de los otros, era legista con los procuradores, y sideral con los astrónomos; como Cromwell apagando una vela de dos, se iba al Temple a regatear una borla de cortina; lo veía todo, lo sabía todo; lo que no le impedía reír con la risa del hombre más bonachón al lado de la cuna de su hijo; y de repente, Europa se asustaba y escuchaba, ejércitos se ponían en marcha, rodaban parques de artillería, puentes de barcas cubrían los ríos, las nubes de caballería galopaban en el huracán, gritos, trompetas,

temblores de truenos por todas partes, las fronteras de los reinos oscilaban en el mapa, se oía el ruido de una espada sobrehumana que salía de la vaina; se le veía elevarse sobre el horizonte con una llama en la mano y un resplandor en los ojos, desplegando en la tormenta sus dos alas, el gran ejército y la vieja guardia. ¡Era el arcángel de la guerra!

Todos callaban, y Enjolras bajaba la cabeza. El silencio hace siempre el efecto de la aquiescencia o de una especie de descanso sobre las armas. Marius, casi sin tomar aliento, prosiguió con entusiasmo creciente:

—¡Seamos justos, amigos míos! ¡Qué espléndido destino, ser imperio de semejante emperador, cuando el pueblo es Francia, y asocia su genio al genio del gran hombre! Aparecer y reinar, marchar y triunfar, tener por etapas todas las capitales, hacer reyes de los granaderos, decretar caídas de dinastías, trasfigurar a Europa a paso de carga, sentir cuando amenazáis, que ponéis la mano en el pomo de la espada de Dios, seguir en un solo hombre a Aníbal, a César, y a Carlomagno, ser el pueblo de un hombre que mezcla con todas vuestras auroras la noticia de una brillante victoria, tener por despertador el cañón de los Inválidos, arrojar en abismos de luz, palabras prodigiosas que resplandecen para siempre, Marengo, Arcole, Austerlitz, Iéna, Wagram; hacer brillar a cada instante en el cenit de los siglos, constelaciones de victorias; dar el imperio francés por contrapeso al imperio romano; ser la gran nación y producir el gran ejército; hacer volar las legiones por todos los pueblos, así como una montaña envía a todas partes sus águilas; vencer, dominar, fulminar, ser en medio de Europa, un pueblo dorado a fuerza de gloria; tocar al través de la historia una marcha de titanes; conquistar el mundo dos

veces, por conquista y por deslumbramiento, esto es sublime. ¿Qué hay más grande?

—Ser libre —dijo Combeferre.

Marius, a su vez, bajó la cabeza. Esta palabra, simple y fría, había atravesado como una lámina de acero, su efusión épica, y sintió que se desvanecía en él. Cuando alzó los ojos, Combeferre ya no estaba allí. Satisfecho probablemente de su réplica a la apoteosis, acababa de partir, y todos, excepto Enjolras, lo habían seguido. La sala estaba vacía. Enjolras se había quedado solo con Marius, y lo miraba gravemente. Marius, sin embargo, ordenó un poco sus ideas, y no se creyó derrotado; quedaba en él un resto de entusiasmo, que iba a traducirse sin duda sin silogismos desplegados contra Enjolras, cuando oyó cantar en la escalera a uno que se retiraba: era Combeferre. Véase lo qué cantaba:

> Si César me hubiera dado
> la guerra y la gloria
> y me hubiera obligado,
> a dejar el amor de mi madre,
> habría dicho al gran César:
> Recobra tu cetro y tu carro.
> Yo prefiero quedarme con mi madre.

El acento tierno y severo con que cantaba Combeferre, daba a esta canción cierta extraña grandeza. Marius, pensativo, mirando al techo, repitió casi maquinalmente:

—¡Mi madre!

En este momento sintió en el hombro la mano de Enjolras.

—Ciudadano —le dijo Enjolras—, mi madre, es la república.

VI

Res angusta

Aquella noche produjo en Marius una profunda conmoción, y una oscuridad triste en su alma. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el momento en que abre su seno el hierro, para depositar en ella el grano de trigo: sólo siente la herida; el movimiento del germen, y el placer del fruto, vienen después.

Marius se quedó sombrío. ¿Debía abandonar una fe, cuando acababa de adquirirla? Se afirmó a sí mismo que no. Declaróse que no debía dudar, pero a pesar suyo, dudaba. Estar entre dos religiones, no habiendo dejado aún una, ni habiendo entrado todavía en la otra, es insoportable. El crepúsculo sólo conviene a las almas de los murciélagos. Marius tenía una pupila franca, y necesitaba luz verdadera. Las sombras de la duda le hacían daño. Por más deseo que tuviera de quedarse donde estaba, y de permanecer firme, se veía obligado irresistiblemente a avanzar, a examinar, a pensar, a ir más adelante. ¿Adónde debía llevarlo este impulso? Temía, después de haber dado tantos pasos que le habían aproximado a su

padre, dar otros nuevos que le alejasen de él. Su malestar se aumentaba con todas las reflexiones que hacía. Todo lo veía escarpado en derredor suyo. Ya no estaba de acuerdo ni con su abuelo, ni con sus amigos; era temerario para el uno, retrógrado para los otros; se vio, pues, doblemente aislado, por el lado de la vejez y por el de la juventud. Dejó de ir al café Musain.

En la turbación de que era presa su conciencia, apenas pensaba en algunos pormenores bastantes serios de la vida. Las realidades de la existencia, no se dejan sin embargo olvidar, y vinieron a caer sobre él bruscamente.

Una mañana, entró en su cuarto el dueño de la casa, y le dijo:

—El señor Courfeyrac ha respondido por vos.

—Sí.

—Pero me hace falta dinero.

—Decid al señor Courfeyrac que venga, pues tengo que hablarle —dijo Marius.

Cuando llegó Courfeyrac, el patrón los dejó. Marius le explicó que aún no le había dicho que estaba solo en el mundo y que no tenía parientes.

—¿Y qué vais a hacer? —dijo Courfeyrac.

—No lo sé —repuso Marius.

—¿Qué vais a ser?

—No lo sé.

—¿Tenéis dinero?

—Quince francos.

—¿Queréis que os preste algo?

—No. Nunca.

—¿Tenéis ropa?

—Ésta.

—¿Tenéis joyas?

—Un reloj.

—¿De plata?

—De oro. Aquí está.

—Yo sé de un comerciante que os comprará vuestra levita y un pantalón.

—Bien.

—No tendréis ya más que un pantalón, un chaleco, y un sombrero y un frac.

—Y las botas.

—¡Qué! ¡No iréis con los pies descalzos! ¡Qué opulencia!

—Tendré bastante.

—Sé de un relojero que os comprará el reloj.

—Bien.

—No, no está bien. ¿Qué haréis después?

—Todo lo que sea preciso. Al menos, lo que sea honrado.

—¿Sabéis inglés?

—No.

—¿Sabéis alemán?

—No.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—Porque uno de mis amigos, librero, está publicando una especie de enciclopedia, para la cual podríais traducir artículos alemanes o ingleses. Se paga mal, pero se vive.

—Aprenderé el inglés y el alemán.

—¿Y mientras?

—Mientras comeré mi ropa y mi reloj.

Llamaron al comerciante, y compró la ropa en veinte francos. Fueron a casa del relojero, y vendieron el reloj en cuarenta y cinco francos.

—No está mal —dijo Marius a Courfeyrac al regresar al hotel—; con los quince francos, tengo ochenta.

—¿Y la cuenta del hotel? —observó Courfeyrac.

—¡Vaya, lo olvidaba! —dijo Marius.

—Diablos —dijo Courfeyrac—; gastaréis cinco francos en comer, mientras aprendéis el inglés, y cinco francos mientras aprendéis el alemán. Esto será tragar una lengua bien pronto, o gastar unos cien sueldos muy lentamente.

Mientras tanto, la tía Gillenormand, bastante buena persona en el fondo, en las ocasiones tristes, había terminado por descubrir la morada de Marius. Una mañana, cuando Marius volvía de la escuela, encontró una carta de su tía, y las sesenta pistolas, es decir, seiscientos francos de oro en una cajita cerrada.

Marius devolvió los treinta luises a su tía, con una respetuosa carta en la que aseguraba que tenía medios de existencia, y que podía cubrir todas sus necesidades. En aquel momento, le quedaban tres francos.

La tía no informó al abuelo, por miedo a acabarlo de exasperar completamente. Además, ¿no había dicho: «no me habléis nunca más de este bebedor de sangre»?

Marius salió del hotel de la Porte-Saint-Jacques, porque no quería contraer deudas.

Libro quinto

Excelencia de la desgracia[1]

[1] Todo este libro está lleno de recuerdos autobiográficos. Marius, en el caserón Gorbeau, es Víctor-Marie Hugo en su granero de la calle del Dragón, antes de su matrimonio.

I

Marius, indigente

La vida empezó a ser dura para Marius. Comerse la ropa y el reloj no significaba nada. Se vio reducido a esa situación inexplicable que se llama comerse los codos, cosa horrible que se traduce en días sin pan, noches sin sueño y sin luz, hogar sin fuego, semanas sin trabajo, porvenir sin esperanza; la levita rota por los codos, el sombrero viejo que hace reír a las jóvenes, la puerta que se encuentra cerrada de noche porque no se paga a la patrona, la insolencia del portero y del bodegonero, la burla de los vecinos, las humillaciones, la dignidad ultrajada, el trabajo de cualquier clase aceptado, los disgustos, la amargura, el abatimiento. Marius aprendió a devorarlo todo, y a no tener que devorar muchas más que estas cosas. En esos momentos de la existencia en que el hombre tiene necesidad de orgullo, porque tiene necesidad de amor, se vio burlado porque iba mal vestido, y sintióse ridículo porque era pobre. A la edad en que a la juventud se le inflama el corazón con imperial altivez, posó más de una vez los ojos en las botas agujereadas, y conoció la injusta vergüenza, el punzante bochorno de la miseria. Admirable y terrible prueba, de la cual los débi-

les salen infames y los fuertes sublimes. Crisol donde el destino arroja a un hombre tantas veces cuando quiere hacer de él un ser despreciable o un semidiós.

Porque hay muchas acciones grandes en estas pequeñas luchas. El valor terco e ignorado que se defiende palmo a palmo en la sombra contra la fatal invasión de las necesidades y de la ignominia. Nobles y misteriosos triunfos que ninguna mirada ve, que no son recompensados con ninguna clase de fama, ni el saludo de los aplausos. La vida, la desgracia, el aislamiento, el abandono y la pobreza son campos de batalla que tienen sus héroes; héroes oscuros, a veces más grandes que los héroes ilustres.

Hay naturalezas firmes y raras que han sido creadas así; la miseria, casi siempre madrastra, es algunas veces madre; la desnudez engendra en ocasiones el vigor del alma y del talento; la miseria amamanta la altivez; la desgracia es una buena leche para los magnánimos.

Hubo un momento en la vida de Marius en que él mismo barría su cuarto, en que él mismo compraba un sueldo de queso de Brie en casa de la frutera, en que esperaba que cayese el crepúsculo para ir casa del panadero y comprar un pan que se llevaba furtivamente a su buhardilla, como si lo hubiera robado. Algunas veces veíase deslizarse en la carnicería de la esquina, en medio de las parlanchinas cocineras que lo codeaban, a un joven de burdo aspecto, con unos libros bajo el brazo, que tenía el aire tímido y furioso, que al entrar se quitaba el sombrero, dejando ver su frente perlada de sudor; hacía un profundo saludo al carnicero, pidiendo una costilla de carnero, la pagaba dando seis o siete sueldos, la envolvía en un papel, la ponía debajo del brazo, entre dos libros, y se iba. Era Marius, quien con aquella chuleta, que freía él mismo, vivía tres días.

El primer día comía la carne, el segundo comía la grasa y el tercer día roía el hueso.

En varias ocasiones la tía Gillenormand hizo tentativas y le envió las sesenta pistolas. Marius se las devolvió siempre, alegando que no tenía necesidad de nada.

Aún llevaba luto por su padre cuando se verificó en él la revolución que hemos descrito. Desde entonces, no había abandonado las ropas negras. Sin embargo, el traje lo abandonó a él. Llegó un día en que se quedó sin frac; aún podía durarle el pantalón. ¿Qué hacer? Courfeyrac, a quien había hecho a su vez algunos favores, le dio un viejo frac. Por treinta sueldos, Marius hizo que se lo volvieran del revés, operación que realizó un portero cualquiera, y dispuso de un frac nuevo; pero este frac era verde. Entonces Marius no salió sino después de caer la noche, a cuya hora él parecía negro. Quería vestirse siempre de luto, y se vestía con la noche.

A través de todo esto, terminó su carrera de abogado. Figuraba en el censo como si viviese en casa de Courfeyrac, casa decente y en la cual un cierto número de libros de derecho sostenidos y completados por cierto número de novelas descabaladas componían la biblioteca que exige el reglamento. Se hacía dirigir las cartas a casa de Courfeyrac.

Cuando Marius recibió el título de abogado, informó de ello a su abuelo en una carta fría aunque llena de sumisión y de respeto. El señor Gillenormand cogió la carta temblando, la leyó y luego la tiró al cesto hecha cuatro pedazos. Dos o tres días más tarde, la señorita Gillenormand oyó a su padre, que se hallaba solo en su habitación, hablando en voz alta. Esto le sucedía cada vez que estaba agitado. Aguzó el oído; el anciano decía: «Si no fueras un imbécil, sabrías que no se puede ser a la vez barón y abogado.»

II

Marius, pobre

Con la miseria sucede lo que con todo. Llega a hacerse posible; concluye por tomar una forma y arreglarse. Se vegeta, es decir, se desarrolla uno de cierto modo miserable, pero suficiente para vivir. Véase cómo se había arreglado la existencia de Marius.

Había salido ya de la extrema estrechez; el desfiladero se ensanchaba un poco ante él. A fuerza de trabajo, de valor, de perseverancia y de voluntad había conseguido obtener por su trabajo alrededor de setecientos francos por año [1]. Había aprendido el alemán y el inglés; gracias a Courfeyrac, quien le había puesto en contacto con su amigo el editor; Marius desempeñaba en la literatura librera el modesto papel de *utilidad*. Confeccionaba prospectos, traducía periódicos, anotaba ediciones, compilaba biografías, etc. Producto neto, fuese bueno o

[1] *Víctor Hugo relatado por un testigo de su vida*, XXXVIII: «Víctor poseía setecientos francos, con los cuales vivió un año. Los que quieran saber cómo, no tienen más que leer el presupuesto de Marius en *Los Miserables*.»

malo el año, setecientos francos. Vivía de ellos. No vivía mal. ¿Cómo? Vamos a exponerlo.

Marius ocupaba en la casa Gorbeau, mediante el precio de treinta francos, un cuchitril sin chimenea, llamado gabinete, donde no había en materia de muebles más que lo indispensable. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos por mes a la vieja inquilina principal para que le barriese el cuchitril y le llevara cada mañana un poco de agua caliente, un huevo fresco y un pan de un sueldo. Se desayunaba con ese pan y ese huevo. Su desayuno variaba de dos a cuatro sueldos, según los huevos fuesen caros o baratos. A las seis de la tarde bajaba a la calle Saint-Jacques a comer a casa de Rousseau, en frente de Basset, el comerciante de estampas de la esquina de la calle Mathurins[1]. No tomaba sopa. Tomaba un plato de carne de seis sueldos, medio plato de legumbres de tres sueldos y un postre de tres sueldos. Por tres sueldos más, pan a discreción. En cuanto al vino, bebía agua. Al pagar en el mostrador, donde se sentaba majestuosamente la señora Rousseau, siempre gruesa y aún fresca en aquel tiempo, daba un sueldo al camarero, y la señora Rousseau lo obsequiaba con una sonrisa. Después se iba. Por dieciséis sueldos disponía de una comida y una sonrisa.

Este restaurante Rousseau, donde se vaciaban tan pocas botellas y tantas tinajas, era un calmante, mejor aún que un restaurante. Hoy ya no existe. El dueño tenía un buen sobrenombre; lo llamaban Rousseau el acuático.

Almorzando, pues, con cuatro sueldos, y comiendo por dieciséis, le salía el alimento por veinte sueldos diarios; lo cual sumaban trescientos sesenta y cinco francos por año. Añadiendo a éstos los treinta francos de alquiler

[1] La calle Mathurins iba de la calle Saint-Jacques a la calle de la Harpe.

y los treinta y seis de la vieja, más algunos otros gastillos, resulta que por cuatrocientos cincuenta francos Marius estaba alimentado, alojado y servido. Sus ropas le costaban cien francos, la ropa blanca cincuenta, la lavandera otros cincuenta, y con todo, no pasaba de seiscientos cincuenta francos. Le quedaban cincuenta francos. Era rico. Hasta si la ocasión llegaba, prestaba diez francos a un amigo; Courfeyrac le había pedido prestados una vez sesenta francos. En cuanto a la calefacción, como Marius no disponía de chimenea, había podido «simplificarla».

Marius tenía siempre dos trajes completos; uno viejo, «para todos los días», y otro nuevo para las ocasiones. Ambos eran negros. No poseía más que tres camisas, una que llevaba encima, otra en la cómoda y la tercera en casa de la lavandera. La renovaba a medida que se usaban. Casi siempre estaban rotas, lo que le obligaba a abrocharse el frac hasta la barbilla.

Para que Marius llegara a esta situación floreciente había necesitado años. Años rudos; unos difíciles de atravesar, otros de ascender, pero no había decaído ni un solo día. Lo había sufrido todo en materia de desnudez; todo lo había hecho, excepto contraer deudas. Se daba testimonio de que nunca había debido un sueldo a nadie. Para él una deuda era como el principio de la esclavitud. Incluso se decía a sí mismo que un acreedor es peor que un dueño; pues un dueño sólo posee la persona, mientras que el acreedor posee la dignidad y puede abofetearla. Antes que pedir prestado, se abstenía de comer. Había pasado muchos días ayunando. Dándose cuenta de que los extremos se tocan y de que si no se presta atención, la aminoración de la fortuna puede llegar al alma, cuidaba celosamente de su altivez. Una frase o un acto que en otra ocasión le hubiera parecido una deferencia, se

le antojaba entonces una humillación y se erguía. No se aventuraba a nada, no deseando retroceder. Su fisonomía ostentaba una especie de rubor severo. Era tímido hasta la aspereza.

En todas las pruebas sentíase animado y algunas veces incluso impulsado por una fuerza secreta que tenía dentro de sí. El alma ayuda al cuerpo y en ciertos momentos le sirve de apoyo. Es el único pájaro que sostiene su jaula.

Al lado del nombre de su padre había grabado otro nombre en el corazón de Marius, el nombre de Thénardier. Marius, en su naturaleza entusiasta y grave, rodeaba de una especie de aureola al hombre a quien en su pensamiento debía la vida de su padre, a aquel intrépido sargento que había salvado al coronel en medio de las bombas y las balas de Waterloo. No separaba jamás el recuerdo de aquel hombre del de su padre, y los asociaba en su veneración. Era una especie de culto de dos grados, el altar mayor para el coronel y uno pequeño para Thénardier. Lo que redoblaba la ternura de su reconocimiento era la idea del infortunio en que había caído Thénardier. Marius se había enterado en Montfermeil de la ruina y la quiebra del desgraciado posadero. Desde entonces había hecho esfuerzos inauditos para encontrar sus huellas, y llegar a él en el tenebroso abismo de la miseria en que había caído Thénardier. Marius había escudriñado toda la comarca; había ido de Chelles a Bondy, a Gournay, a Nogent, a Lagny. Durante tres años se había dedicado sólo a buscarle, gastando en tales pesquisas el poco dinero que ahorraba. Nadie había sabido darle noticias de Thénardier; creían que se había ido al extranjero. Sus acreedores lo habían buscado también, con menor amor que Marius, pero con tanto tesón como él, y no habían podido echarle mano. Marius se acusaba

y se reprendía casi por no haber conseguido nada en sus investigaciones. Era la única deuda que le había dejado el coronel, y Marius tenía a honra el pagarla. «¿Cómo —pensaba—, cuando mi padre yacía moribundo en el campo de batalla, Thénardier consiguió encontrarlo a través del humo y la metralla, y llevarlo sobre sus hombros y no le debía nada, y yo, que tanto debo a Thénardier, no sé encontrarlo en esta sombra en que agoniza, y volverle a mi vez a la vida? ¡Ah! ¡Lo encontraré!» Para encontrar a Thénardier, en efecto, Marius hubiera dado uno de sus brazos, y para sacarlo de la miseria, toda su sangre. Volver a ver a Thénardier, hacerle un favor cualquiera, decirle: «¿No me conocéis? Pues bien, ¡yo os conozco! ¡Estoy aquí! ¡Disponed de mí!», era el sueño más dulce y magnífico de Marius.

III

Marius, hombre

En esta época, Marius tenía veinte años. Hacía tres años que había abandonado a su abuelo. Habían quedado ambos en los mismos términos de una y otra parte, sin tratar de aproximarse ni de verse. Además, ¿para qué volverse a ver? ¿Para chocar? ¿Quién habría hecho conocer la razón al otro? Marius era el vaso de bronce, pero el señor Gillenormand era la olla de hierro.

Digámoslo, Marius se había equivocado al juzgar el corazón de su abuelo. Había creído que su abuelo no le había amado nunca, y que aquel hombre breve, duro y risueño, que juraba, gritaba, tronaba y levantaba el bastón, no había tenido para él a lo sumo sino ese afecto ligero y grave a la vez, de los Gerontes de comedia. Marius se engañaba. Hay padres que no aman a sus hijos, pero no hay ni un abuelo que no adore a su nieto. En el fondo, ya lo hemos dicho, el señor Gillenormand idolatraba a Marius. Lo idolatraba a su manera, con acompañamiento de sofiones y aun de golpes; mas cuando desapareció el niño, sintió un vago vacío en el corazón.

Exigió que no le hablaran más de él, lamentando en su interior el ser tan bien obedecido. En los primeros días esperó que el bonapartista, el jacobino, el terrorista, el setembrista, volvería; pero trascurrieron las semanas, los meses y los años, y con gran desesperación del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no volvió. «No podía hacer otra cosa que echarlo de casa —se decía el abuelo, y se preguntaba—: Si tuviera que hacerlo otra vez, ¿volvería a obrar del mismo modo?» Su orgullo respondía inmediatamente que sí, pero su encanecida cabeza, que sacudía en silencio, respondía tristemente que no. Tenía sus horas de abatimiento. Marius le faltaba. Los viejos tienen necesidad de afectos. como tienen necesidad de sol. Es el calor. Cualquiera que fuese su naturaleza, la ausencia de Marius había producido un cambio en él. Por nada del mundo hubiera querido dar un paso hacia «aquel pícaro», pero sufría. No se informaba nunca acerca de él, pero no pensaba en otra cosa. Vivía en el Marais cada vez más retirado. Era aún como antes, alegre y violento, pero su alegría tenía una fuerza convulsiva, como si contuviese dolor y cólera, y sus violencias se terminaban siempre con una especie de abatimiento dulce y sombrío. Algunas veces decía: «¡Oh, si volviera, qué bofetón le daría!»

En cuanto a la tía, pensaba demasiado para amar mucho; Marius ya no representaba para ella más que una especie de silueta negra y vaga, y había terminado por ocuparse de él mucho menos que del gato o del loro que probablemente tendría.

Lo que aumentaba el sufrimiento secreto del abuelo Gillenormand, era que lo guardaba íntegro, sin dejar adivinar nada. Su pena era como uno de esos hornillos inventados recientemente, que queman su propio humo. Algunas veces sucedía que algún oficioso malhadado, le hablaba

de Marius y le preguntaba: «¿Qué hace, o qué ha sido de vuestro nieto?» El viejo burgués respondía suspirando si estaba demasiado triste, o sacudiéndose los puños, si quería parecer alegre: «El señor barón de Pontmercy pleitea en algún rincón.

Mientras que el viejo sentía nostalgia, Marius se aplaudía a sí mismo. Como a todos los buenos corazones, la desgracia le había hecho perder la amargura. Sólo pensaba en el señor Gillenormand con dulzura, pero se había propuesto no aceptar nada del hombre que había sido malo con su padre. De esta manera quedaba mitigada su primera indignación. Además, era feliz por haber sufrido, y por sufrir aún, porque lo hacía por su padre. La dureza de la vida lo satisfacía y lo complacía. Se decía con una especie de alegría que aquello era lo menos; que era una expiación; que sin aquello habría sido castigado de otro modo más tarde por su impía indiferencia hacia su padre, y hacia tal padre; que no habría sido justo que su padre hubiese sobrellevado todo el padecimiento y él nada; que, por otra parte, ¿qué eran sus trabajos y su desnudez comparados con la vida heroica del coronel? Y que, en fin, el único medio de acercarse y asemejarse a su padre era ser tan valiente frente a la indigencia como el coronel lo había sido frente al enemigo; y que esto era sin duda lo que el coronel había querido decir con estas palabras: «Será digno de él.» Palabras que Marius seguía llevando, no sobre su pecho, porque había desaparecido el escrito del coronel, sino en su corazón.

Además, el día en que su abuelo lo había expulsado, no era más que un niño; ahora era ya un hombre. Se daba cuenta de ello. La miseria, repitámoslo, había sido beneficiosa para él. La pobreza en la juventud, cuando puede salir adelante, posee una condición magnífica; la propiedad de dirigir toda la voluntad hacia el

esfuerzo, y toda el alma hacia la aspiración. La pobreza pone de manifiesto toda la vida material al desnudo y la hace horrible. De aquí provienen esos inexplicables impulsos hacia la vida real. El joven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras: las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, las buenas comidas, y lo demás; ocupaciones de las regiones bajas del alma, a costa de las regiones más altas y delicadas. El joven pobre encuentra gran dificultad en ganarse el pan; come, y cuando ha comido no le queda más que el ensueño de la meditación. Asiste a los espectáculos gratis que Dios le presenta; contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad en la cual sufre, la creación en la cual brilla. Mira tanto a la humanidad, que ve el alma, mira tanto a la creación, que ve a Dios. Medita y se siente grande; medita todavía más y se siente sensible. Del egoísmo del hombre que sufre, pasa a la compasión del hombre que medita. Un admirable sentimiento brilla en él, el olvido de sí mismo y la piedad para todos. Al pasar de los goces sin número que la naturaleza ofrece, da y prodiga a las almas abiertas y niega a las almas cerradas, el millonario de la inteligencia llega a compadecer a los millonarios del dinero. De su conciencia se borra todo el odio, a medida que va entrando la claridad en su espíritu. Por otra parte, ¿es desgraciado? No. La miseria de un joven no es nunca miserable. Cualquier joven, por pobre que sea, con su salud, su fuerza, su paso vivo, sus ojos brillantes, su sangre que circula cálidamente, sus cabellos negros, sus mejillas frescas, sus labios sonrosados, sus dientes blancos y su aliento puro dará siempre envidia a un viejo emperador. Y luego, cada mañana, se pone a ganar el pan; y mientras que sus manos ganan el pan, su espina dorsal adquiere gallardía, su cerebro adquiere ideas. Terminada

su tarea, vuelve a los éxtasis inefables, a las contemplaciones, a las alegrías; vive con los pies asentados en las aflicciones, en los obstáculos, sobre el empedrado, en los abrojos, y a veces en el lodo, y con la cabeza en la luz. Es firme, sereno, dulce, apacible, atento, serio, contento con poco, benevolente; y bendice a Dios por haberle dado estas riquezas que faltan a muchos ricos: el trabajo que le hace libre y el pensamiento que le hace digno.

Esto era lo que había pasado en Marius. Para decirlo en una palabra; se había dedicado bastante a la contemplación. Desde el día en que había podido ganar su vida casi con seguridad, se había estacionado, encontrando buena la pobreza, y descontándola al trabajo para darla al pensamiento; es decir, pasaba a veces días enteros pensando, sumergido y abstraído como un visionario en las mudas voluptuosidades del éxtasis y de la irradiación interior. Había planteado de este modo el problema de su vida: trabajar lo menos posible materialmente para dedicar el mayor tiempo posible al trabajo impalpable; en otros términos, dar algunas horas a la vida real y arrojar el resto al infinito. No advertía, creyendo no carecer de nada, que la contemplación comprendida así acababa por ser una de las formas de la pereza; que se había contentado con dominar las primeras necesidades de la vida y que descansaba demasiado pronto.

Resultaba evidente que para esta naturaleza enérgica y generosa, éste no podía ser más que un estado transitorio y que al primer choque con las inevitables complicaciones del destino, Marius se despertaría.

Mientras tanto, y aunque fuese ya abogado y a pesar de lo que pensaba el señor Gillenormand, no informaba, ni ponía siquiera un pedimento. La meditación lo había alejado de la abogacía. Tratar con los procuradores, ir

a la audiencia, buscar causas, todo esto lo cansaba. ¿Por qué? No veía ninguna razón para cambiar de modo de vivir. Aquella librería oscura había terminado por brindarle un trabajo seguro, un trabajo poco penoso, el cual, como acabamos de explicar, le bastaba.

Uno de los libreros para quienes trabajaba, el señor Magimel, según creo, le había ofrecido emplearle en su casa, alojarle bien, darle un trabajo regular y mil quinientos francos al año. ¡Estar bien alojado! ¡Mil quinientos francos al año! Sin duda, pero, ¡renunciar a su libertad! ¡Estar asalariado! ¡Ser una especie de literato hortera! En el pensamiento de Marius, aceptar tal posición era llegar a estar mejor y peor al mismo tiempo; ganaba en bienestar y perdía en dignidad; era una desgracia completa y hermosa que se trocaba en una incomodidad fea y ridícula; algo como un ciego convertido en tuerto. No aceptó el trato.

Marius vivía solitario. A causa de la afición que tenía a permanecer extraño a todo, y también a causa de haberse asustado demasiado, no había entrado decididamente en el grupo presidido por Enjolras. Habían quedado como buenos amigos; estaban dispuestos a ayudarse, si llegaba la ocasión, de todas las maneras posibles; pero nada más. Marius tenía dos amigos, uno joven, Courfeyrac, y otro viejo, el señor Mabeuf. Se inclinaba por el viejo. Primeramente le debía la revolución que se había originado en él; le debía el haber conocido y amado a su padre. «Me ha operado de cataratas», decía.

Ciertamente, la intervención del mayordomo había sido decisiva.

Y, sin embargo, el señor Mabeuf no había sido en esta ocasión más que el agente tranquilo e impasible de la providencia. Había iluminado a Marius por casualidad,

y, sin saberlo, como hace una vela que trae cualquiera; había sido la vela, no el cualquiera.

En cuanto a la revolución política de Marius, el señor Mabeuf era completamente incapaz de comprenderla, de quererla y de dirigirla.

Como se verá más tarde al señor Mabeuf, no estará de más que digamos sobre él algunas palabras.

IV

El señor Mabeuf

El día en que el señor Mabeuf decía a Marius: «Ciertamente, apruebo las opiniones políticas», expresaba el verdadero estado de su espíritu. Todas las opiniones políticas le resultaban indiferentes y las aprobaba sin distinción para que lo dejaran tranquilo, del mismo modo que los griegos llamaban a las Furias «las bellas, las buenas, las encantadoras», las Euménides. La opinión política del señor Mabeuf consistía en amar apasionadamente las plantas y, sobre todo, los libros. Tenía, como todo el mundo su terminación en *ista,* sin la cual no hubiera podido vivir en aquel tiempo, pero no era ni realista ni bonapartista, ni cartista, ni orleanista, ni anarquista; era librista.

No comprendía que los hombres no tuviesen otra ocupación que odiarse por necedades como la carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., cuando había en el mundo tantas clases de musgos, de hierbas y de arbustos que podían contemplar y montones de libros en folio y aun en treinta y dos, que podían hojear. Se cuidaba mucho de no ser inútil; el tener libros no le

impedía leer, y el ser botánico no le impedía ser jardinero. Cuando conoció a Pontmercy, nació entre el coronel y él una curiosa simpatía: lo que el coronel hacía por las flores, lo hacía él por los frutos. El señor Mabeuf había llegado a conseguir peras de semillas tan sabrosas como las peras de Saint-Germain; de una de estas combinaciones ha nacido, a lo que parece, el mirabel de octubre, tan célebre hoy, y no menos perfumado que el mirabel de verano. Iba a misa más bien por dulzura que por devoción y luego porque amando el rostro de los hombres, pero odiando su ruido, los encontraba reunidos y silenciosos, sólo en la iglesia. Sintiendo que era preciso ser alguna cosa en el estado, había escogido la carrera de mayordomo. Por lo demás, no había conseguido nunca amar a una mujer tanto como a una cebolla de tulipán, ni a ningún hombre tanto como a un elzevir. Hacía ya tiempo que había cumplido sesenta años, cuando un día alguien le preguntó: «¿Es que no os habéis casado?» «Lo he olvidado», dijo. Cuando se le ocurría alguna vez —porque ¿a quién no se le ocurre?— decir: «¡Oh, si fuese rico!», no lo decía nunca fijando el lente en una joven bonita, como el señor Gillenormand, sino contemplando un libro. Vivía solo con una vieja ama. Padecía de gota en las manos, y cuando dormía, sus viejos dedos, entorpecidos por el reumatismo, se agarrotaban en los pliegues de la sábana. Había escrito y publicado una *Flora de las cercanías de Cauteretz,* con láminas iluminadas, obra bastante apreciada, cuyas planchas poseía y vendía por su cuenta. Dos o tres veces al día llamaban a su puerta en la calle Mézières con este objeto. Sacaba sus buenos dos mil francos por año; ésta era poco más o menos toda su fortuna. Aunque pobre, había tenido habilidad para reunir, a fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, una preciosa colección de ejemplares raros de todo género.

No salía nunca sin un libro debajo del brazo, y a menudo regresaba con dos. La única decoración de las cuatro habitaciones de la planta baja, que con un pequeño jardín [1], constituían su morada, eran unos herbarios en cuadros y en grabados de viejos maestros. La visión de un sable o un fusil lo helaba. En su vida se había aproximado a un cañón, ni aun al de los Inválidos. Tenía un estómago pasable, un hermano cura, los cabellos completamente blancos, ningún diente ni en la boca ni en el espíritu, un temblor en todo el cuerpo, un acento pícaro, una risa infantil, el miedo fácil y el aire de un carnero viejo. No tenía más lazos de amistad ni trato con los vivos que los que le unían a un viejo librero de la puerta de Saint-Jacques, llamado Royol. Su sueño dorado era aclimatar el añil en Francia.

Su sirvienta era, también ella, una variedad de la inocencia. La pobre mujer era virgen. «Sultán», su gato, que hubiera podido maullar el *Miserere* de Allegri en la capilla Sixtina, había llenado su corazón, y bastaba a la cantidad de pasión que había en ella. Ninguno de sus pensamientos había llegado al hombre. No había podido ir nunca más allá de su gato. Como éste, tenía bigotes. Su gloria estaba en sus cofias, siempre blancas. Empleaba el tiempo los domingos, después de misa, en contar la ropa blanca de su baúl y en extender sobre su cama vestidos en pieza que compraba y nunca se hacía. Sabía leer. El señor Mabeuf la llamaba la tía Plutarco.

El señor Mabeuf había simpatizado con Marius porque Marius era joven, afable, y templaba su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con la afabilidad produce a los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Marius

[1] Este apartamiento de Mabeuf recuerda el de la señora Hugo, en el número diez de la calle Mézières. Sobre el papel de Royol, y de su gabinete de lectura. *Víctor Hugo, relatado*, I, 160-161.

estaba saturado de gloria militar, de pólvora de cañón, de marchas y contramarchas, y de todas aquellas prodigiosas batallas donde su padre había dado y recibido tantos sablazos, se iba a ver al señor Mabeuf, y éste le hablaba de los héroes, desde el punto de vista de las flores.

Hacia 1830, su hermano el cura había muerto, y casi inmediatamente como cuando llega la noche, todo el horizonte del señor Mabeuf se había oscurecido. Una quiebra —de notario— lo hizo perder una suma de diez mil francos, que era todo lo que poseía de su hermano y de su patrimonio. La revolución de julio produjo una crisis en el comercio de los libros. En tiempos revueltos lo que menos se vende es una *Flora,* la *Flora de los alrededores de Cauteretz* se quedó sin venta. Trascurrieron semanas enteras sin que se presentara ningún comprador. Algunas veces el señor Mabeuf se estremecía al oír llamar: «Señor —le decía tristemente la tía Plutarco—, es el aguador.» De pronto, un día, el señor Mabeuf dejó la calle Mézières, abdicó de sus funciones de mayordomo, renunció a Saint-Sulpice, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas —que apreciaba menos—, y fue a instalarse en una casita del bulevard Montparnasse, donde no permaneció más que un trimestre, por dos razones: primeramente, la planta y el jardín costaban trescientos francos y no se atrevía a pagar más de doscientos de alquiler; y segunda, porque la casa estaba cerca del tiro Fatou, y oía durante todo el día pistoletazos, lo cual le resultaba insoportable.

Llevó consigo su *Flora,* sus planchas, sus herbarios y sus libros, y se estableció cerca de la Salpêtrière, en una especie de cabaña del barrio de Austerlitz[1], donde por

[1] El barrio de Austerlitz estaba situado más allá del bulevard exterior, entre las calles Tripière (hoy de Gentilly) y Château.

cincuenta escudos al año, disponía de tres piezas, un jardín cerrado por un seto y pozo. Aprovechóse de esta mudanza para vender casi todos sus muebles. El día que entró en esta nueva vivienda estuvo muy contento, y clavó él mismo los clavos para colgar los cuadros y los herbarios, cavó en el jardín durante el resto del día, y por la noche, al ver que la tía Plutarco tenía el aspecto triste y pensativo, le dio un golpecito en el hombro, y le dijo sonriendo: «¡Ya tenemos añil!»

Sólo dos visitantes, el librero de la Porte-Saint-Jacques y Marius, eran admitidos en su cabaña de Austerlitz, nombre guerrero que, no hay porque ocultarlo, le resultaba bastante desagradable.

Por lo demás, como acabamos de indicar, los cerebros absortos en una sabia meditación, o en una locura, o, lo que sucede más frecuentemente, en las dos cosas a la vez, sólo son sensibles con mucha lentitud a las realidades de la vida. Su mismo destino les resulta lejano. De estas concentraciones resulta una pasividad que si fuese racional se asemejaría a la filosofía. Estos hombres declinan, descienden, se deslizan y aun se desploman sin notarlo. Concluyen, es verdad, por despertar, pero tardíamente. Mientras tanto, parece que son extraños a la partida entablada entre su felicidad y su desgracia. Son la puesta, y miran la partida con indiferencia.

Así es que al través de esta oscuridad que se formaba a su alrededor, todas sus esperanzas se apagaban una tras otra, y, sin embargo, el señor Mabeuf permanecía sereno, un poco puerilmente, pero muy profundamente. Sus hábitos intelectuales tenían la oscilación de un péndulo. Una vez impulsado por una ilusión, seguía andando por mucho tiempo, aun cuando la ilusión hubiese desaparecido. Un reloj no se detiene en el momento mismo en que se pierde la llave.

El señor Mabeuf tenía inocentes placeres. Estos placeres eran poco costosos e inesperados; la menor casualidad se los proporcionaba. Un día, la tía Plutarco leía una novela en un rincón de la habitación. Leía en voz alta, pues creía que así comprendía mejor. Leer en voz alta es afirmarse a sí mismo en la lectura. Hay gentes que leen muy alto y que parece se dan una especie de palabra de honor de lo que leen.

La tía Plutarco leía con esa energía la novela que tenía en la mano. El señor Mabeuf la oía sin escuchar.

Mientras leía, la tía Plutarco llegó a esta frase: «Tratábase de un oficial de dragones y de una bella joven: ...La beldad se incomodó [1], y el dragón...»

Aquí se interrumpió para limpiar sus anteojos.

—Buda y el dragón —repitió a media voz el señor Mabeuf—. Sí, es verdad, había un dragón que desde el fondo de su caverna arrojaba llamas por la boca y quemaba el cielo. Ya habían sido incendiadas muchas estrellas por ese monstruo, el cual, además, tenía garras de tigre. Buda fue a la caverna y pudo convertir al dragón. Es un buen libro este que leéis, tía Plutarco. No hay leyenda más bonita.

Y el señor Mabeuf se sumergió en una deliciosa meditación.

[1] En francés: «la Belle bouda, et le dragon...» Bouda: (se incomodó) y Buda (el dios) se pronuncian lo mismo, formando este juego de palabras intraducible en castellano.

V

Pobreza, buena vecina de miseria

Marius sentía simpatía por aquel cándido anciano que se veía cogido lentamente por la indigencia y que se iba asombrando poco a poco, sin entristecerse aún. Marius encontraba a Courfeyrac y buscaba al señor Mabeuf. No obstante, lo hacía muy raramente; a lo sumo una o dos veces por mes.

El mayor placer de Marius era dar largos paseos solo por los bulevares exteriores, o por el Campo de Marte, o también por las avenidas menos frecuentadas del Luxemburgo. Algunas veces pasaba medio día contemplando el jardín de un hortelano, los cuadros de lechuga, las gallinas en el estiércol, o a un caballo dando vueltas a una noria. Los paseantes lo miraban con sorpresa y algunos hallaban en él un aspecto siniestro y una fisonomía sospechosa. Empero, no era más que un joven pobre, meditando sin objeto.

En uno de estos paseos había descubierto el caserón de Gorbeau, y su aislamiento y bajo precio lo tentaron,

por lo que se instaló en él. No se le conocía allí por otro nombre que por el de señor Marius.

Algunos de los antiguos generales o compañeros de su padre lo invitaron, cuando lo conocieron, a que fuese a visitarlos; y Marius no había rehusado. Eran ocasiones de hablar de su padre. Así, pues, de vez en cuando iba a casa del conde Pajol, a casa del general Bellavesne, del general Fririon, en los Inválidos[1]. Había música y baile. En aquellas noches, Marius se ponía su frac nuevo. Pero no iba nunca a aquellas reuniones ni bailes más que los días en que helaba mucho, porque no podía pagar un coche, y no quería llevar las botas sino como un espejo.

Decía algunas veces, pero sin amargura: «Los hombres están constituidos de tal modo, que en un salón pueden entrar cubiertos de lodo por todas partes, excepto en las botas. Para entrar allí, no os piden más que una cosa irreprochable: ¿la conciencia?, no, las botas.»

Todas las pasiones, excepto las del corazón, se disipan con la meditación. La fiebre política de Marius se había desvanecido. La revolución de 1830, satisfaciéndolo y calmándolo, había ayudado a este fin. Seguía teniendo las mismas opiniones, pero se habían dulcificado. Propiamente hablando, no tenía ya opiniones, tenía simpatías. ¿De qué parte estaba? De parte de la humanidad. En la humanidad escogía a Francia; en la nación escogía al

[1] El general conde Pajol (1772-1844) está tal vez citado aquí como nativo de Besançon, pero también porque siguió el ejército detrás del Loire, en 1815, y pudo ser uno de los superiores del coronel Pontmercy. Retirado del servicio en la segunda restauración, fue nombrado por Luis-Felipe, en 1831, par de Francia y comandante de la primera división.

En desquite, el general Bellavesne había muerto hacía ya varios años en la época a que hemos llegado en la novela.

En cuanto al general, barón Fririon (1766-1840), no fue nombrado, hasta 1832, gobernador de los Inválidos. Hay pues, en total, una ligera discrepancia en la agrupación de estos tres nombres, por Hugo.

pueblo; en el pueblo escogía a la mujer. A ésta dirigía especialmente su piedad. Ahora, prefería una idea a un hecho, un poeta a un héroe, y admiraba aún más a un libro como *Job* que un suceso como Marengo. Y luego, cuando tras un día de meditación se iba por las noches a los bulevares, y a través de las ramas de los árboles descubría el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la sombra, el misterio, todo lo que es humano le resultaba pequeño.

Creía, y tal vez con razón, haber llegado a la verdad de la vida y de la filosofía humana, y había terminado por no mirar casi más que al cielo, única cosa que la verdad puede ver desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedía multiplicar los planes, las combinaciones, los castillos en el aire, los proyectos para el porvenir. En este estado de meditación, si un ojo humano hubiera mirado al interior de Marius, se habría quedado deslumbrado de la pureza de su alma. En efecto, si hubiese sido dado a nuestros ojos de carne ver en la conciencia del prójimo, se juzgaría con más acierto a un hombre por lo que sueña en su imaginación que por lo que piensa. En el pensamiento hay voluntad, pero no la hay en el sueño. El sueño, cuando es espontáneo, adopta y conserva, aun en lo gigantesco e ideal, la figura de nuestro espíritu; nada sale más directa y más y sinceramente del fondo mismo de nuestra alma, que nuestras aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hacia los esplendores del destino. En estas aspiraciones, más que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, es posible encontrar el verdadero carácter del hombre. Nuestras quimeras son los objetos que más se nos parecen. Cada uno sueña con lo desconocido y lo imposible, según su naturaleza.

Hacia mediados de aquel año de 1831, la vieja que servía a Marius le contó que iban a despedir a sus vecinos, a la miserable familia Jondrette. Marius, que pasaba casi todo el día fuera de casa, apenas conocía a sus vecinos.

—¿Y por qué los despiden? —preguntó.

—Porque no pagan el alquiler. Deben dos trimestres.

—¿Cuánto es?

—Veinte francos —contestó la vieja.

—Tomad —dijo a la vieja—, aquí tenéis veinticinco francos. Pagad por esa pobre gente, dadles cinco francos, y no digáis que lo hago yo.

VI

El sustituto

La casualidad hizo que el regimiento de que era teniente Théodule, fuese de guarnición a París. Esto dio ocasión a que se le ocurriese una segunda idea a su tía Gillenormand. La primera vez había ideado hacer vigilar a Marius por Théodule, y ahora organizó un complot para hacer de Théodule sucesor de Marius.

A todo evento, y para el caso de que el abuelo experimentase la vaga necesidad de ver una fisonomía joven en la casa, porque estos rayos de aurora son algunas veces gratos a las ruinas, era útil buscar otro Marius. «Pues sea —dijo ella—; esto es una simple errata como la que leo en los libros; Marius, lean Théodule.»

Un sobrino segundo es casi lo mismo que un nieto; a falta de un abogado, se toma a un lancero.

Una mañana que el señor Gillenormand estaba leyendo alguna cosa como la *Quotidienne,* su hija entró y le dijo con su voz más cariñosa, pues se trataba de su favorito:

—Padre mío, Théodule vendrá esta mañana a presentaros sus respetos.

—¿Qué Théodule?

—Vuestro sobrino.

—¡Ah! —dijo el abuelo.

Luego tornó a su lectura y no volvió a pensar en el sobrino, que no era más que un Théodule cualquiera, y no tardó en ponerse de muy mal humor, como le sucedía casi siempre cuando leía. La «hoja» que tenía, realista como era de esperar, anunciaba para el día siguiente, sin amenidad alguna, uno de los sucesos diarios de escasa importancia del París de entonces: Que los alumnos de las escuelas de derecho y de medicina debían reunirse en la plaza del Panteón al mediodía «para deliberar». Se trataba de una de las cuestiones del momento: de la artillería de la guardia nacional, y de un conflicto entre el ministro de la guerra y la «milicia ciudadana», con motivo de los cañones depositados en el patio del Louvre. Los estudiantes debían «deliberar» sobre ello. Esto era suficiente para enfurecer al señor Gillenormand.

Pensó en Marius, que era estudiante, y que, probablemente, iría con los demás «a deliberar a mediodía en la plaza del Panteón».

Cuando estaba pensando en esto penosamente, entró el teniente Théodule vestido de burgués, lo que era hábil, y fue discretamente introducido por la señorita Gillenormand. El lancero se había hecho este razonamiento: «El viejo druida no lo ha colocado todo a renta vitalicia. Bien vale la cosa que uno se disfrace de paisano de vez en cuando.»

La señorita Gillenormand dijo en voz alta a su padre:

—Théodule, vuestro sobrino.

Y muy bajito dijo al teniente:

—Aprueba todo lo que te diga.

Y se retiró.

El teniente, poco acostumbrado a encuentros tan venerables, balbuceó con timidez:

—Buenos días, tío.

Hizo un saludo mixto, compuesto de un bosquejo involuntario y maquinal del saludo militar, completado por un saludo de paisano.

—¡Ah! Sois vos; está bien, sentaos —dijo el abuelo.

Dicho esto, olvidó completamente al lancero.

Théodule se sentó, y el señor Gillenormand se levantó.

El señor Gillenormand empezó a andar de un lado a otro de la sala con las manos en los bolsillos, y hablando en voz alta, atormentando con sus viejos dedos irritados los dos relojes que llevaba en ambos bolsillos.

—¡Este montón de mocosos! ¡Y esto se convoca en la plaza del Panteón! ¡Por vida de los chicos! ¡Galopines que ayer estaban mamando! ¡Si les apretaran las narices aún saldría leche! ¡Y «esto» va a deliberar mañana a mediodía! ¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos? Está claro que vamos a un abismo; ¡esto nos lleva a los descamisados![1] ¡La artillería ciudadana! ¡Deliberar sobre la artillería ciudadana! ¡Ir a charlar a mediodía acerca de las pedorretas de la guardia nacional! ¿Y con quién va a encontrarse allí? Véase adónde conduce el jacobinismo. Apuesto todo lo que se quiera, un millón contra cualquier cosa, a que no habrá allí más que perseguidos por la justicia y presidiarios liberados. Los republicanos y los presidiarios no son más que una nariz y un pañuelo. Carnot decía: «¿Dónde quieres que vaya, traidor?» Y Fouché respondía: «Adonde quieras, imbécil». Éstos son los republicanos.

—Es verdad —asintió Théodule.

1 Sobrenombre de los revolucionarios españoles. En español en el original.

El señor Gillenormand volvió la cabeza a medias, vio a Théodule y continuó:

—Cuando pienso que este tunante ha cometido la canallada de hacerse carbonario... ¿Por qué has abandonado la casa? Para hacerte republicano. ¡Psst! En primer lugar, el pueblo no quiere la república, no la quiere, porque tiene buen juicio y sabe muy bien que siempre ha habido reyes, que los habrá siempre; sabe muy bien que el pueblo, al fin y al cabo, no es más que el pueblo, y se burla de tu república, ¿lo oyes, estúpido? ¿No es bastante horrible semejante capricho? ¿Enamorarse del padre Duchesne, poner buena cara a la guillotina, cantar romances y tocar la guitarra debajo del balcón del 93? ¡Merecen que se les escupa por tontos! Todos son lo mismo. Ni uno se exceptúa. Basta respirar el aire que viene de la calle para ser insensato. El siglo XIX es un veneno. Cualquier perdido se deja crecer la barba de chivo, se cree un verdadero personaje y deja plantados a sus ancianos padres. Esto es lo republicano, esto es lo romántico. ¿Qué significa ser romántico, queréis hacer el favor de decírmelo? Todas las locuras posibles. Hace un año, el ser romántico era ir a *Hernani*. Ahora pregunto yo, *¿Hernani?* ¡Antítesis, abominaciones que ni siquiera están escritas en francés! Y luego se ponen cañones en el patio del Louvre. ¡Tales son las violencias de este tiempo!

—Tenéis razón, tío —dijo Théodule.

El señor Gillenormand prosiguió:

—¡Cañones en la plaza del museo! ¿Y para qué? Cañón, ¿qué me quieres? ¿Queréis ametrallar el Apolo de Belvedere? ¿Qué tienen que hacer vuestros cartuchos con la Venus de Médici? ¡Oh, estos jóvenes de ahora son todos unos perdidos! ¡Qué gran cosa es su Benjamin Constant! ¡Y los que no son malvados, son necios! Hacen todo lo que pueden para ser feos; van mal vestidos, tienen

miedo de las mujeres, están alrededor de las faldas con un aire de mendigos que hace reír a las piedras; mi palabra de honor, se los podría llamar los pobres vergonzantes del amor. Son deformes, y se completan siendo estúpidos; repiten los retruécanos de Tiercelin y de Potier[1], gastan levitas-sacos, chalecos de palafrenero, camisas gruesas, pantalones de paño burdo, botas de grueso cuero, y el ramaje se parece a su plumaje. Podría una servirse de su jerga para remendar sus zapatos. Y toda esta inepta gentecilla tiene opiniones políticas. Vamos: debería prohibirse severamente tener opiniones políticas. Fabrican sistemas, refunden la sociedad, demuelen la monarquía, echan por tierra todas las leyes, ponen el granero en el lugar de la cueva, y a mi portero en lugar del rey; trastornan a Europa de arriba abajo, redifican el mundo y tienen a gran fortuna el mirar socarronamente las piernas de las lavanderas que montan en sus carros. ¡Ah, Marius! ¡Ah! ¡Vagabundo! ¡Ir a vociferar a la plaza pública! ¡Discutir, debatir, tomar medidas! ¡Porque a esto lo llaman medidas, santo Dios! El desorden se empequeñece y se hace estúpido. He visto el caos y ahora veo los puches. ¡Unos escolares deliberar sobre la guardia nacional! Esto no se vería ni aun en el país de los ogibewas ni en el país de los cadodaches. ¡Los salvajes que andan desnudos, con la cabezota adornada con un volante de jugar a pelota, y con una maza en la pata, son menos brutos que esos bachilleres! ¡Monigotes de cuatro sueldos! ¡Hacerse los entendidos y graves! ¡Deliberar y raciocinar! Esto es el fin del mundo. Esto es, evidentemente, el fin de este miserable globo terráqueo. Era precisa una convulsión final y la da Francia. ¡Deliberad, pillos! Todas estas cosas sucederán mientras se vaya a leer los periódicos a las ga-

1 Potier, actor de teatro de variedades.

lerías del Odeón, lo cual cuesta un sueldo, y el sentido común y la inteligencia, y el corazón y el alma, y el talento. Salen de allí, y se separan de su familia. Todos los periódicos son una peste; todos, hasta el *Bandera Blanca,* porque, en el fondo, Martainville era un jacobino. ¡Ah, justo cielo! ¡Tú podrás envanecerte de haber desesperado a tu abuelo!

—Es evidente —dijo Théodule.

Y aprovechando un momento en que el señor Gillenormand tomaba aliento, el lancero añadió magistralmente:

—No debería haber otro periódico que el *Monitor*[1], ni otro libro que el *Anuario militar.*

El señor Gillenormand prosiguió:

—¡Lo mismo que Sieyès! ¡Un regicida que llegó a senador! Porque siempre terminan así. Se hieren el rostro con su tuteo ciudadano para llegar a hacerse llamar señor conde. Señor conde, así, en letras de molde, gordas como el brazo de los camorristas de setiembre. El filósofo Sieyès! Me hago la justicia de que nunca he hecho caso de las filosofías de esos filósofos más que de los anteojos del pagano de Tívoli. Vi un día a los senadores pasar por el muelle Malaquais con mantos de terciopelo violeta sembrados de abejas y con sombreros a lo Enrique IV. Eran odiosos. Hubiéranse dicho los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, os declaro que vuestro progreso es una locura, que vuestra humanidad es un sueño, que vuestra revolución es un crimen, que vuestra joven Francia virgen sale de un lupanar y os sostiene a todos, quienquiera que seáis, aunque fueseis publicistas, o economistas, o legis-

1 Reminiscencia de la asamblea legislativa de 1849-1851 donde Hugo pudo oír, a un diputado, antiguo liberal, pedir que no hubiera más que un solo periódico, el *Monitor*, lo que hizo decir a su vecino, el obispo de París: «Y aún.» (*El derecho y la ley*, prefacio de *Actos y palabras.*)

tas, o más conocedores en materia de libertad, igualdad y fraternidad, que la cuchilla de la guillotina. ¡Os lo declaro, amigos!

—¡Pardiez! —gritó el teniente—, todo eso es admirablemente cierto.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que había esbozado, se volvió, miró fijamente al lancero frunciendo el ceño, y sentenció:

—Sois un imbécil.

Libro sexto

La conjunción de dos estrellas

I

El apodo: manera de formar nombres de familias

En aquella época, Marius era un guapo joven de mediana estatura, con espesos cabellos muy negros, una frente alta e inteligente, las ventanas de la nariz abiertas y apasionadas, el aspecto sincero y tranquilo, y un no sé qué en el rostro que denotaba a la par altivez, reflexión e inocencia. Su perfil, cuyas líneas eran todas redondeadas, sin cesar de ser firmes, poseía esa dulzura germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por Alsacia y Lorena, y esa ausencia completa de ángulos que hacía distinguir tan fácilmente a los sicambros entre los romanos, y que distingue a la raza leonina de la raza aquilina. Hallábase en esa época de la vida en que la imaginación de los hombres que piensan se compone casi en iguales proporciones de reflexión y sencillez. Dada su grave situación, tenía cuanto necesitaba para ser estúpido; un paso más, y podía ser sublime. Sus maneras eran reservadas, frías, corteses, poco abiertas. Como su boca era encantadora, sus labios de lo más encarnado, y sus dientes de los más blancos del mundo; su sonrisa, corregía lo que

había de severo en toda su fisonomía. En ciertos momentos formaban singular contraste aquella casta frente, y aquella voluptuosa sonrisa.

En el tiempo de su mayor miseria observaba que las jóvenes se volvían cuando pasaba, y él huía o se ocultaba, con la muerte en el alma. Pensaba que lo miraban a causa de sus viejas ropas, riéndose de ellas; el hecho es que lo miraban por su gracia, y se complacían con ella.

Este mudo malentendido entre él y las bonitas paseantes, lo habían hecho huraño. No eligió ninguna por la sencilla razón de que huía de todas. Vivió así indefinidamente; bestialmente, según decía Courfeyrac.

Courfeyrac le decía también: «No aspires a ser venerable (pues ellos se tuteaban; deslizarse al tuteo es la pendiente de las amistades jóvenes). Querido amigo, un consejo. No leas tanto en los libros y mira un poco más a las faldas. Siempre hay algo bueno en ellas, ¡oh, Marius! A fuerza de huir y de ruborizarte, te embrutecerás.»

En otras ocasiones, Courfeyrac lo encontraba y le decía:

—Buenos días, señor cura.

Cuando Courfeyrac le encajaba alguna frase de este tipo, Marius esquivaba durante ocho días más que nunca a las mujeres, jóvenes y viejas, y evitaba a todo trance encontrarse con Courfeyrac.

Había, sin embargo, en toda la inmensidad de la creación dos mujeres de quienes Marius no huía y contra las cuales no tomaba precaución alguna. Una era la vieja barbuda que barría su cuarto, y de la cual decía Courfeyrac: «Viendo que su criada se deja la barba, Marius no se deja la suya.» La otra era una jovencita, a la cual veía frecuentemente, pero sin mirarla nunca.

Desde hacía más de un año, Marius observaba en una avenida desierta del Luxemburgo, la avenida que costea el parapeto de la Pépinière, a un hombre y una niña, casi siempre sentados uno al lado del otro en el mismo banco, en el extremo más solitario del paseo, por el lado de la calle Ouest[1]. Cada vez que esa casualidad, que se entromete en los paseos de las personas meditabundas, llevaba a Marius por aquella avenida, y esto sucedía casi todos los días, hallaba allí a la misma pareja. El hombre podría tener unos sesenta años, y parecía triste y serio; toda su persona ofrecía ese aspecto robusto y fatigado de las gentes de guerra retiradas del servicio. Si hubiera llevado una condecoración, Marius habría dicho: «Es un antiguo oficial.» Tenía buen aspecto pero inabordable, y nunca fijaba su mirada en la mirada de nadie. Llevaba un pantalón azul, una levita azul y un sombrero de ala ancha que parecía siempre nuevo, una corbata negra y una camisa de cuáquero, es decir, deslumbrante por su blancura, pero de tela gruesa. Al pasar un día una griseta junto a él, exclamó: «¡Vaya un viejo bien aseado!» Tenía el pelo muy blanco.

La primera vez que la joven que lo acompañaba fue a sentarse con él en el banco que parecía habían adoptado, era una muchacha de trece a catorce años, delgada hasta el punto de resultar casi fea, encogida, insignificante, y que tal vez poseía unos hermosos ojos. Sólo que los tenía siempre levantados con una especie de desagradable seguridad. Tenía ese aspecto a la vez aviejado e infantil de las pensionistas de un convento; y vestía un traje mal cortado de merino negro. Parecían ser padre e hija.

1 La calle Ouest es parte de la actual calle de Asas, comprendida entre la calle de Vaugirard y el bulevard Montparnasse.

Marius examinó durante dos o tres días a aquel hombre viejo que no era aún un anciano, y a aquella niña que no era aún una joven; luego dejó de prestarles atención. Ellos, por su parte, parecían no haberlo visto siquiera. Charlaban entre sí con aire apacible e indiferente. La joven charlaba sin cesar y alegremente; el viejo hablaba poco, pero a cada instante, fijaba en ella sus ojos llenos de una inefable ternura paternal.

Marius había adquirido la maquinal costumbre de pasearse por aquella avenida. En ella los encontraba invariablemente.

He aquí cómo sucedía:

Marius llegaba generalmente por el extremo de la avenida opuesta a su banco. Andaba a lo largo de la avenida, pasaba ante ellos, y luego se volvía y recorría de nuevo el paseo hasta el extremo por donde había entrado, y volvía a comenzar. Repetía este va y viene, cinco o seis veces cada día, y el paseo otras cinco veces por semana, sin que a pesar de tanto encuentro, aquellas personas hubiesen llegado a cambiar un saludo.

Aquel hombre y aquella niña, aunque parecían evitar las miradas, naturalmente habían despertado la atención de cinco o seis estudiantes que, de vez en cuando, se paseaban por la Pépinière; los estudiantes estudiosos, después de sus clases, y los otros, después de su partida de billar. Courfeyrac, pertenecía a los últimos, los había observado durante algún tiempo, pero pareciéndole fea la muchacha, tuvo buen cuidado de alejarse pronto. Había huido como un parto, lanzándoles en vez de un dardo un apodo. Sorprendido únicamente por el traje de la pequeña y por los cabellos del viejo, había llamado a la chica la señorita Negro, y al padre el señor Blanco, y con tal suerte, que no conociéndolo nadie, e ignorando su verdadero nombre, el apodo ocupó el lugar, e hizo las

veces de aquél. Los estudiantes decían: «¡Ah!, ya está el señor Blanco en su puesto»; y Marius, como los demás, halló muy cómodo llamar a aquel desconocido, señor Blanco.

Los imitaremos, y lo llamaremos señor Blanco, para mayor facilidad de este relato.

Marius continuó así, viéndolos casi todos los días a la misma hora durante el primer año. El hombre le agradaba, pero la chica le parecía un poco tosca y sin gracia.

II

Lux facta est [1]

El segundo año, precisamente en el punto de esta historia a que ha llegado el lector, sucedió que la costumbre de pasear por el Luxemburgo se interrumpió, sin que el mismo Marius supiera por qué, y estuvo cerca de seis meses sin poner los pies en aquel paseo. Por fin, un día volvió allá. Era una serena mañana de verano, y Marius estaba alegre como se suele estar cuando hace buen tiempo. Parecíale que llevaba en el corazón todos los cantos de los pájaros, que oía, y todo el cielo azul que veía a través del ramaje de los árboles.

Fuese en derechura hacia «su avenida» y cuando estuvo en su extremo, divisó, siempre en el mismo banco, a la conocida pareja. Solamente que cuando se acercó vio que el hombre seguía siendo el mismo, pero le pareció que la joven no era la misma. La persona que veía ahora era una hermosa y alta criatura, con las formas más encantadoras de la mujer, en ese momento preciso en que

1 «Y la luz fue.» (*Génesis*, I, 3.)

se combinan todavía con las gracias más cándidas de la niña; momento fugaz y puro, que sólo pueden traducir estas dos palabras: quince años. Tenía admirables cabellos castaños, matizados con reflejos de oro; una frente que parecía hecha de mármol; mejillas que parecían formadas de hojas de rosa, de un sonrosado pálido, una blancura que revelaba cierta emoción interior, una boca de forma exquisita de la que la sonrisa brotaba como una claridad y la palabra como una música, una cabeza que Rafael hubiera dado a María, colocada sobre un cuello que Jean Goujon hubiera dado a Venus. Y para que nada faltase a aquella encantadora figura, la nariz no era hermosa, era bonita; ni recta, ni aguileña, ni italiana ni griega, era la nariz parisiense, es decir, algo espiritual, fino, irregular y puro, que desespera a los pintores y que encanta a los poetas.

Cuando Marius pasó cerca de ella, no pudo ver sus ojos, que tenía constantemente bajos. No vio más que sus largas pestañas castañas, penetradas de sombra y de pudor.

Esto no impedía a la hermosa joven que sonriese escuchando al hombre de cabellos blancos que le hablaba, y nada resultaba tan encantador como aquella fresca sonrisa y aquellos ojos bajos.

En el primer instante, Marius creyó que era otra hija del mismo hombre, una hermana sin duda de la primera. Pero cuando la costumbre invariable lo condujo por segunda vez cerca del banco, y la hubo examinado con atención, reconoció que era la misma joven. En seis meses, la pequeña se había convertido en una jovencita; esto era todo. Nada tan frecuente como este fenómeno. Hay un momento en que las niñas, en un abrir y cerrar de ojos, pasan de capullo a rosa. Ayer se las dejó niñas y hoy se las encuentra seductoras.

Ésta no sólo había crecido, sino que se había idealizado. Así como bastan tres días de abril para que ciertos árboles se cubran de flores, seis meses habían bastado para cubrirla de belleza. Su abril había llegado.

Se ven algunas veces personas pobres y mezquinas, que parecen despertarse, pasan súbitamente de la indigencia al fausto, hacen gastos de todo género y se convierten de pronto en deslumbradoras, pródigas y magníficas. Consiste esto en una fortuna improvisada, en un plazo vencido. La joven había cobrado su semestre.

Y además, no era ya la colegiala con su sombrero de peluche, su traje de merino, sus zapatos de colegiala y sus manos encarnadas; el buen gusto se había desarrollado en ella junto con la belleza. Era una persona bien puesta, con cierta elegancia sencilla y rica, sin pretensión. Llevaba un vestido de damasco negro, un abrigo de la misma tela, y un sombrero de crespón blanco. Sus guantes blancos, mostraban la finura de su mano, la cual jugaba con el mango de una sombrilla de marfil chino, y su bonita botita de seda dibujaba la pequeñez de su pie. Cuando se pasaba cerca de ella, se percibía un perfume joven y penetrante que exhalaba de toda su persona.

Por lo que respecta al hombre, seguía siendo el mismo.

La segunda vez que Marius llegó cerca de ella, la joven alzó los párpados; sus ojos eran de un azul celeste y profundo; pero en aquel azul velado no había más que la mirada de una niña. Miró a Marius con indiferencia, como hubiera mirado a la mona que corría debajo de los sicómoros, o al jarrón de mármol que proyectaba su sombra sobre el banco; y Marius, por su parte, continuó el paseo pensando en otra cosa.

Pasó todavía cuatro o cinco veces cerca del banco donde estaba la joven, pero sin dirigir la mirada hacia ella.

Los días siguientes volvió como de costumbre al Luxemburgo y encontró «al padre y a la hija», sin prestarles atención. No pensó más en aquella ya hermosa joven, de lo que había pensado cuando era fea. Pasaba, sí, cerca del banco donde ella se encontraba, pero sólo por costumbre.

III

Efecto de primavera

Un día en que el aire era tibio, el Luxemburgo estaba inundado de sombra y de sol, el cielo era puro como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana, los pajarillos cantaban alegremente, posados en las profundidades de los castaños, Marius había abierto su alma a la naturaleza: en nada pensaba; vivía y respiraba. Pasó cerca del banco, la joven alzó los ojos y sus miradas se encontraron.

¿Qué había esta vez en la mirada de la joven? Marius no hubiera podido decirlo. No había nada y lo había todo. Fue un relámpago.

Ella bajó los ojos y él continuó su camino.

Lo que acababa de ver no era la mirada ingenua y sencilla de un niño, era una sima misteriosa que se había entreabierto, y luego cerrado bruscamente.

Hay un día en que toda joven mira así. ¡Desgraciado del que se encuentra cerca!

Esta primera mirada de un alma que no se conoce todavía, es como el alba en el cielo. Es el despertar de

alguna cosa radiante y desconocida. Nada puede pintar el encanto peligroso de esa luz que ilumina vagamente de pronto, adorables tinieblas, y que se compone de toda la inocencia del presente y de toda la pasión del futuro. Es una especie de ternura indecisa que se revela por casualidad y que espera. Es una trampa que el inocente tiende a su pesar y en la cual aprisiona a los corazones sin saberlo y sin quererlo. Es una virgen que mira como una mujer.

Es raro que no nazca una profunda meditación, a dondequiera que caiga esa mirada. Todas las purezas y todos los ardores se concentran en ese rayo celeste y fatal que, más que las miradas mejor elaboradas de las coquetas, tiene el mágico poder de hacer brotar súbitamente en el fondo de un alma esa flor sombría, llena de perfumes y de venenos, que se llama amor.

Por la noche, al regresar a su buhardilla, Marius fijó la vista en sus vestidos, y se percató por primera vez que tenía el poco aseo, la inconveniencia y la estupidez inaudita de irse a pasear por el Luxemburgo con su vestido «de todos los días», es decir, con un sombrero roto hacia el ala, botas gruesas como un carretero, un pantalón negro, que estaba blanco por las rodillas, y una levita negra que palidecía en los codos.

IV

Principio de una gran enfermedad

Al día siguiente, a la hora acostumbrada, Marius sacó de su armario su traje nuevo, su pantalón nuevo, su sombrero nuevo y sus botas nuevas, revistióse de esta panoplia completa, se puso guantes, lujo prodigioso, y se fue al Luxemburgo.

En el camino se encontró con Courfeyrac y fingió no verlo. Courfeyrac, al volver a casa, dijo a sus amigos: «Acabo de encontrarme con el sombrero nuevo y el frac nuevo de Marius, y a Marius dentro. Sin duda iba a pasar un examen. Tenía un aspecto completamente estúpido.»

Al llegar al Luxemburgo dio la vuelta al estanque, contempló los cisnes, luego permaneció largo rato contemplando una estatua que tenía la cabeza completamente negra de moho, y a la que le faltaba una cadera. Cerca del estanque había un caballero como de cuarenta años, y ventrudo, que llevaba de la mano a un niño de cinco años, y le decía: «Evita los excesos. Mantente, hijo mío, a igual distancia del despotismo y de la "anarquía".» Marius escuchó a aquel burgués. Luego dio una vez más la

vuelta al estanque. Por fin se dirigió hacia «su avenida», lentamente, y como si fuera a pesar suyo. Hubiérase dicho que se veía obligado a ir y retenido a la vez por un impulso contrario. Él, por su parte, no analizaba sus sensaciones y creía obrar como los demás días.

Al desembocar en la avenida descubrió al otro extremo, «en su banco», al señor Blanco y a la joven. Abotonóse hasta arriba el frac, lo estiró sobre su torso y espalda para que no hiciese arrugas, examinó con cierta complacencia los lustrosos reflejos de su pantalón, y se dirigió hacia el banco. Había algo de ataque en aquella marcha, y hasta humos de conquista. Digo, pues que se fue derecho hacia el banco, como diría: «Aníbal marchó sobre Roma.»

Por lo demás, todos sus movimientos eran maquinales, y no había interrumpido en absoluto las preocupaciones habituales de su espíritu o de sus trabajos. En aquel momento estaba pensando que el *Manual* del bachillerato era un libro estúpido, y que era preciso que lo hubiesen compuesto personas de una sandez extremada para que en él se analizasen como obras maestras del ingenio humano tres tragedias de Racine y únicamente una comedia de Molière [1]; sentía un agudo zumbido en los oídos. Al acercarse al banco volvió a estirar las arrugas de su frac, y sus ojos se fijaron en la joven. Le parecía que ella llenaba todo el extremo del paseo con una vaga luz azulada.

A medida que se acercaba, sus pasos hacíanse cada vez más lentos. Al llegar a una cierta distancia del banco, mucho antes de llegar al final de la avenida, se detuvo, y, no pudo saber cómo sucedió, pero lo cierto es que se

[1] Para el joven Víctor Hugo existen tres genios característicos de nuestra escena: Corneille, Molière y Beaumarchais (*Prefacio de Cromwell*, 827). Racine no ocupa sino un segundo lugar.

volvió en dirección opuesta a la que llevaba. Ni aún se dijo que no pensaba andar todo el paseo. La joven apenas pudo verlo de lejos y notar el buen aspecto que tenía con su traje nuevo. Sin embargo, él caminaba muy erguido, a fin de mostrar un buen aspecto en el caso de que lo mirara alguien que estuviese detrás.

Llegó al extremo opuesto; después volvió, y esta vez se acercó un poco más al banco. Aproximóse hasta la distancia de tres intervalos de árboles, pero allí sintió no sé qué imposibilidad de ir más lejos, y dudó. Había creído ver el rostro de la joven, volviéndose hacia él; empero, hizo un esfuerzo viril y violento, dominó su vacilación y continuó avanzando. Algunos segundos más tarde pasaba ante el banco, tieso y firme, encarnado hasta las orejas, sin atreverse a mirar ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, con la mano metida entre los botones del frac, como un hombre de estado. En el momento que pasó bajo el cañón de la plaza, experimentó un fuerte latido del corazón. Ella llevaba, como el día anterior, su traje de damasco y su sombrero de crespón. Oyó una voz inefable, que debía ser «su voz». Ella hablaba tranquilamente. Estaba muy bonita. Se daba cuenta de ello, aunque no trataba de verla. «No podría menos de estimarme —pensaba Marius— y de tenerme en consideración si supiese que soy yo el verdadero autor de la disertación sobre Marcos Obregón de la Ronda, que el señor François de Neufchâteau ha puesto como de su cosecha propia al frente de su edición de *Gil Blas*.» [1].

1 *Víctor Hugo relatado por un testigo de su vida.* XXIX. Primeras relaciones con la academia.

«Victor llevó su trabajo al señor François de Neufchâteau. El venerable decano de la academia lo encontró tan bien hecho, que lo puso en sus notas sin cambiar una palabra.»

Pero la anécdota es unos doce años anterior a la fecha del paseo de Marius en el Luxemburgo (primavera de 1831).

Pasó el banco, llegó hasta el extremo de la calle que estaba muy cercana, luego volvió sobre sus pasos, y tornó a pasar delante de la hermosa joven; y como aun volviéndole la espalda se figuraba que lo miraba, esto lo hacía tropezar.

No volvió a intentar acercarse al banco, se detuvo hacia la mitad del paseo, y allí, cosa que nunca hacía, se sentó, mirando de reojo a un lado y a otro, pensando en las recónditas profundidades de su espíritu, que, al fin y al cabo, era difícil que las personas cuyo sombrero blanco y vestido negro admiraba, fueran absolutamente insensibles a su pantalón lustroso y su frac nuevo.

Al cabo de un cuarto de hora se levantó, como si fuera a comenzar de nuevo su paseo en dirección al banco que aparecía rodeado de una aureola. Sin embargo, quedóse en pie, inmóvil. Por vez primera después de quince meses, se dijo que aquel señor que se sentaba allí todos los días con aquella joven, habría reparado sin duda en él, y que le habría parecido extraña su asiduidad.

También por vez primera sintió que era irreverente designar a aquel desconocido, aun en el secreto de su pensamiento, por el sobrenombre de señor Blanco.

Permaneció así durante algunos minutos, con la cabeza baja, haciendo dibujos en la arena con una varita que tenía en la mano.

Luego, volvióse bruscamente hacia el lado opuesto al banco, al señor Blanco y a su hija, y regresó a su casa.

Aquel día se olvidó de ir a comer. Se dio cuenta a las ocho de la noche, y como ya era tarde para bajar a la calle Saint-Jacques, lanzó un ¡bah!, y comió un pedazo de pan.

No se acostó hasta después de haber cepillado su traje y haberlo doblado cuidadosamente.

V

Caen diversos rayos sobre la tía Bougon

Al día siguiente, la tía Bougon, pues así llamaba Courfeyrac a la vieja portera-inquilina principal-criada del caserón de Gorbeau (en realidad se llamaba señora Burgon, como ya hemos dicho, pero el tarambana de Courfeyrac a nadie respetaba); la tía Bougon, decimos, observó estupefacta que el señor Marius salía otra vez con su traje nuevo.

Volvió al Luxemburgo, pero no pasó del banco que estaba a la mitad del paseo. Sentóse allí, como la víspera, considerando de lejos y viendo distintamente el sombrero blanco, el traje negro y, sobre todo, el resplandor azul. No se movió de allí, y no volvió a retirarse hasta que se cerraron las puertas del Luxemburgo. No vio marcharse al señor Blanco y a su hija. Llegó a la conclusión de que habían salido de los jardines por la verja de la calle Ouest. Más tarde, algunas semanas después, al pensar en ello, no pudo recordar dónde había cenado aquella noche.

Al día siguiente, era el tercero, la tía Bougon quedó también estupefacta. Marius salió con su traje nuevo.

—¡Tres días seguidos! —exclamó.

Intentó seguirlo, pero Marius andaba muy de prisa, a grandes pasos, de modo que seguirlo era para la tía Bougon, como si un hipopótamo siguiera a un corzo. Lo perdió de vista a los dos minutos, y volvióse sofocada, casi asfixiada por su asma, y furiosa.

—¡Como si fuera de sentido común —gruñó— ponerse el traje nuevo todos los días y hacer correr a las personas de este modo!

Marius se había encaminado al Luxemburgo.

La joven estaba allí, con el señor Blanco. Marius se acercó cuanto pudo, aparentando leer un libro, pero quedóse aún bastante lejos, y luego volvió a sentarse sobre su banco, donde pasó cuatro horas contemplando el salto de los bulliciosos gorriones, que le parecía que se burlaban de él.

Así trascurrieron quince días. Marius iba al Luxemburgo, no ya para pasearse, sino para sentarse siempre en el mismo lugar, sin saber la razón. Al llegar allí, no se movía. Cada semana se ponía su traje nuevo para no dejarse ver, y al día siguiente hacía lo mismo.

Decididamente, ella era de una hermosura maravillosa. La única observación que pudiera hacerse parecida a una crítica es que la contradicción entre su mirada, que era triste, y su sonrisa, que era alegre, daba a su rostro un aspecto como extraviado, lo cual hacía que, en ciertos instantes, aquel dulce rostro se volviera extraño, sin dejar de ser encantador.

VI

Aprisionado

Uno de los últimos dias de la segunda semana, Marius estaba como de costumbre sentado en su banco, teniendo en la mano un libro abierto, del cual hacía dos horas no había vuelto una hoja. De repente, se estremeció. Un suceso ocurría al final del paseo. El señor Blanco y su hija acababan de levantarse, la hija había tomado el brazo de su padre, y ambos se dirigían lentamente hacia el centro del paseo donde se hallaba Marius. Marius cerró su libro, luego lo volvió a abrir y procuró leer. Temblaba; la aureola venía recta a él.

«¡Ah, Dios mío! —pensaba—. No me darán tiempo para tomar una postura conveniente.»

Sin embargo, el hombre de cabellos blancos y la joven continuaban avanzando. Le parecía que aquello duraba un siglo, y era tan sólo un segundo.

«¿Qué es lo que vienen a hacer aquí? —se preguntó—. ¡Cómo! ¿Va a pasar por aquí? ¡Sus pies van a pisar esta arena, en este paseo, a dos pasos de mí!»

Estaba completamente trastornado; hubiera querido en aquel instante ser hermoso, tener una condecoración. Oía aproximarse el ruido dulce y mesurado de sus pasos. Se imaginaba que el señor Blanco le dirigía miradas irritadas. «¿Irá a hablarme este caballero?», pensó. Bajó la cabeza; cuando la levantó estaban muy cerca de él. La joven pasó, y al pasar lo miró. Lo miró fijamente, con una dulzura pensativa que hizo estremecer a Marius de pies a cabeza. Le pareció que ella le reprochaba el haber estado durante tanto tiempo sin acercársele, y que ella le decía: «Soy yo quien vengo.» Marius quedóse deslumbrado ante aquellas palabras llenas de rayos y de abismos.

Sentía arder una hoguera en su cerebro. ¡Ella se había acercado a él, qué alegría! Y luego, ¡cómo lo había mirado! Le pareció aún más hermosa de lo que nunca había visto. Hermosa, con una belleza a la vez femenina y angélica, con una belleza completa que hubiera hecho cantar a Petrarca y arrodillarse a Dante. Le parecía estar nadando en pleno cielo azul. Al mismo tiempo, se sentía horriblemente contrariado, porque tenía polvo en las botas.

Creía estar seguro de que ella había mirado también sus botas.

La siguió con los ojos hasta que desapareció. Luego se puso a andar por el Luxemburgo como un loco. Es probable que a ratos se riera solo y hablara en alta voz. Pasaba tan pensativo junto a las niñeras, que cada cual le creía enamorado de ella.

Salió del Luxemburgo, esperando encontrarla de nuevo en alguna calle.

Se cruzó con Courfeyrac bajo las arcadas del Odeón y le dijo: «Ven a comer conmigo.» Se fueron a casa de Rousseau y gastaron seis francos. Marius comió como

un ogro. Dio seis sueldos al camarero. A los postres, dijo a Courfeyrac: «¿Tienes el periódico? ¡Qué buen discurso ha hecho Audry de Puyraveau!» [1]

Estaba perdidamente enamorado.

Después de la cena, dijo a Courfeyrac: «Te pago el espectáculo.» Se dirigieron a la Porte-Saint-Martin, a ver a Frédérick, en *El albergue de los Adrets* [2]. Marius se divirtió enormemente.

Al mismo tiempo su esquivez se redobló. Al salir del teatro rehusó mirar la liga de una modistilla que saltaba un arroyo. Y Courfeyrac le causó casi horror por haber dicho: «De buena gana aumentaría mi colección con esta mujer.»

Courfeyrac lo había invitado a almorzar al día siguiente al café Voltaire.» Marius acudió y comió aún más que la víspera. Estaba muy pensativo y alegre. Hubiera dicho que aprovechaba todas las ocasiones para reír a carcajadas, y abrazó tiernamente a un provinciano cualquiera que le fue presentado. En torno de la mesa habíase formado un círculo de estudiantes; se había hablado de las tonterías pagadas por el estado, que se administran desde la cátedra de la Sorbona; luego la conversación recayó sobre las faltas y lagunas de los diccionarios y de las prosodias-Quicherat [3]. Marius interrumpió la discusión para exclamar:

—¡Sin embargo, debe de ser muy agradable tener una condecoración!

1 Audry de Puyraveau, diputado de la izquierda en tiempos de la restauración y la monarquía de julio.

2 *El albergue de los Adrets*, donde F. Lemaitre interpretaba el papel de Robert Macaire, había sido creado en 1823.

3 Louis Quicherat (1799-1884) había publicado ya un *Tratado de versificación latina* (1826), pero la mayoría de sus obras («prosodias» y diccionarios) son posteriores a esta conversación de estudiantes.

—¡Esto es gracioso! —dijo Courfeyrac por lo bajo a Jean Prouvaire.

—¡No —respondió Jean Prouvaire—, es serio!

Y era serio, en efecto, Marius se hallaba en esa primera hora violenta y llena de encanto en que comienzan las grandes pasiones.

Una mirada había hecho todo esto.

Cuando la mina está cargada, cuando el incendio está pronto, nada es tan sencillo. Una mirada es una chispa.

Estaba hecho, Marius amaba a una mujer. Su destino, entraba en lo desconocido.

La mirada de las mujeres se parece a ciertos rodajes tranquilos en la apariencia, pero formidables. Pasamos a su lado todos los días quieta e impunemente y sin sospechar nada. Llega un momento en que incluso olvidamos aquello que está allí. Se va, se viene, se sueña, se habla, se ríe. De pronto, nos sentimos presos. Todo acabó. La rueda nos detiene, la mirada nos ha prendado. Nos ha prendido, no importa por dónde, ni cómo, por una parte cualquiera de nuestro pensamiento que vagaba sin objeto; por una distracción que hemos tenido. Estamos perdidos. Pasaremos completamente. Un encadenamiento de fuerzas misteriosas se apodera de nosotros. En vano nos debatimos. No hay socorro humano posible. Vamos a caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura, noostros, nuestro espíritu, nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestra alma; y según nos hallemos en poder de una criatura malvada, o de un noble corazón, no saldremos de esta espantosa máquina sino desfigurados por la vergüenza o trasfigurados por la pasión.

VII

Aventuras de la letra "U" en el terreno de las conjeturas

El aislamiento, el despego de todo, el orgullo, la independencia, la inclinación a la naturaleza, la ausencia de actividad cotidiana y material, la vida en sí, las luchas secretas de la castidad y el éxtasis benévolo ante toda creación habían preparado a Marius para esta posesión que se llama pasión. Su culto por su padre se había convertido poco a poco en una religión, y como toda religión, se había retirado al fondo del alma. Era preciso algo en primer término, y vino el amor.

Trascurrió un mes entero, durante el cual Marius fue todos los días al Luxemburgo. Llegada la hora, nada podía retenerlo. «Está de servicio», decía Courfeyrac, Marius vivía en continuo éxtasis. Cierto es que la joven lo miraba.

Había terminado por atreverse, y se acercaba al banco. Empero, no pasaba más adelante, obedeciendo a la vez al instinto de timidez y al instinto de prudencia de los enamorados. Juzgaba inútil no «llamar la atención del padre». Combinaba sus paradas detrás de los

árboles y los pedestales de las estatuas, con un maquiavelismo profundo, de manera de mostrarse lo más posible a la joven, y dejarse ver lo menos posible del viejo señor. Algunas veces, permanecía inmmóvil más de media hora, a la sombra de un Leónidas o un Espartaco cualquiera, llevando en la mano un libro por encima del cual sus ojos, suavemente levantados, iban a buscar a la hermosa joven; y ella, por su parte, volvía hacia él con una vaga sonrisa su encantador perfil. Hablando lo más natural y lo más tranquilamente con el hombre de los cabellos blancos, apoyaba sobre Marius todos los ensueños de una mirada virginal y apasionada. Antigua e inmemorial habilidad, que Eva dominaba desde el primer día del mundo, y que toda mujer sabe desde el principio de su vida. Su boca contestaba a uno, y su mirada respondía a otro.

Preciso es creer que el señor Blanco, sin embargo, había llegado al fin a notar algo, pues a menudo, cuando Marius llegaba, se levantaba y se ponía a pasear. Había abandonado su lugar habitual y había adoptado, el otro extremo del paseo, el banco vecino al Gladiador, como para ver si Marius lo seguiría hasta allí. Marius no comprendió el juego, y cometió esta falta. El «padre» comenzó a no ser tan puntual como antes al paseo, y a no llevar todos los días a su «hija». Algunas veces iba solo; entonces Marius se marchaba. Otra equivocación.

Marius no se preocupaba de estos síntomas. De la fase de la timidez había pasado, progreso natural y fatal, a la fase de ceguera. Su amor crecía. Soñaba con él todas las noches. Y además había tenido una dicha inesperada, que fue como aceite sobre fuego, y redobló las tinieblas en derredor de sus ojos.

Una tarde, al anochecer, había hallado en el banco que el «señor Blanco y su hija» acababan de abandonar,

un pañuelo. Un pañuelo muy sencillo, sin bordados, pero blanco, fino, y que le pareció que exhalaba inefables perfumes. Se apoderó de él, trasportado. Aquel pañuelo estaba marcado con las letras «U. F.»; Marius no sabía nada de aquella hermosa joven, ni de su familia, ni su nombre, ni su casa. Aquellas dos letras eran la primera noticia que tenía de ella, adorables iniciales sobre las que comenzó inmediatamente a formar conjeturas. U. Era evidente el nombre. «¡Úrsula! —pensó—. ¡Qué delicioso nombre!» Besó el pañuelo, lo aspiró, se lo puso sobre el corazón, sobre su carne durante el día, y por la noche junto a sus labios para dormirse.

—¡Aspiro en él toda su alma! —exclamaba.

Aquel pañuelo era sencillamente del anciano, que lo había dejado caer de su bolsillo.

Los días que siguieron al hallazgo, no se mostró ya en el Luxemburgo sino besando el pañuelo, y apoyándolo sobre su corazón. La hermosa joven no comprendía nada, y así lo daba a entender por medio de señas imperceptibles.

—¡Oh, pudor! —decía Marius.

VIII

Hasta los inválidos pueden ser dichosos

Puesto que hemos pronunciado la palabra pudor, y puesto que nada ocultamos, debemos decir que una vez, sin embargo, a través de su éxtasis «su Úrsula» le infirió un agravio muy serio. Era uno de esos días en que la joven hacía al señor Blanco levantarse y pasear por la avenida. Una fresca brisa de mayo agitaba las hojas de los plátanos. El padre y la hija, enlazados del brazo, acababan de pasar delante del banco de Marius. Marius se había levantado al momento, y los seguía con la mirada, como conviene a la situación en que se encontraba su ánimo.

De repente, una ráfaga de viento, un poco más alegre que las demás, y encargada probablemente de llevar a cabo los asuntos de la primavera, voló desde el vivero, se abatió sobre la avenida, envolvió a la joven en un encantador estremecimiento digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Teócrito, y levantó su vestido, aquel vestido más sagrado que la túnica de Isis, casi hasta la altura de la liga, mostrando al descubierto una

pierna de forma exquisita. Marius la vio, y aquel espectáculo lo exasperó y lo puso furioso[1].

La joven se había bajado rápidamente el vestido, con un movimiento de susto delicioso, pero no por ello indignó menos a Marius. Estaba solo en el paseo, es cierto. Pero podía haber habido alguien. ¿Y si hubiera habido alguien? ¿Se comprende una cosa semejante? ¡Es horrible lo que la joven acababa de hacer! ¡Ay!, la pobre niña, nada había hecho; sólo había un culpable: el viento. Pero Marius, en quien rugía confusamente el Bartolo que hay en el Querubín, estaba determinado a enfadarse, y estaba celoso hasta de su sombra. Así, en efecto, se despiertan en el corazón humano, y se imponen, aun sin derecho, los acres y extraños celos de la carne. Por lo demás, e incluso prescindiendo de los celos, la visión de aquella pierna encantadora, no había resultado para él nada agradable; la media blanca de la primera mujer que hubiera encontrado, le habría resultado más hermosa.

Cuando «su Úrsula», después de haber alcanzado el extremo de la alameda, volvió sobre sus pasos con el señor Blanco, y pasó delante del banco donde Marius había vuelto a sentarse, éste le dirigió una mirada furtiva y feroz. La joven hizo ese movimiento de hombros y ese arqueo de cejas que significa: «¿Qué le pasa a usted?»

Fue ésta su «primera riña».

Apenas acababa Marius de hacerle esta escena con los ojos, cuando alguien atravesó la avenida. Era un inválido encorvado, arrugado en extremo, con uniforme de tiempos de Luis XV, que llevaba al pecho la pequeña placa ovalada de paño encarnado, con espadas cruzadas, cruz de san Luis del soldado, y adornado además de una

[1] Aquí aún, el recuerdo personal. *Cartas a la novia*, 4 de marzo de 1822, donde Víctor deplora que Adela, por temor «de enlodar su vestido», atrae «la atención de los hombres en la calle».

manga del uniforme sin brazo dentro, una barba de plata, y una pierna de palo. Marius creyó observar que aquel ente tenía el aire extremadamente satisfecho. Incluso le pareció que el viejo cínico, al pasar cojeando por su lado, le había dirigido un guiño fraternal y alegre, como si una casualidad cualquiera hubiese hecho que estuviesen en inteligencia y que hubieran saboreado en común alguna buena fortuna. ¿Qué tenía para estar tan contento aquel resto de Marte? ¿Qué había pasado entre aquella pierna de palo y la otra? Marius llegó hasta el paroxismo de los celos. «¡Tal vez estaba entonces! ¡Tal vez habrá visto...!», pensó. Y tuvo deseos de exterminar al inválido.

Con ayuda del tiempo, todo se olvida. Esa cólera de Marius contra «Úrsula», por justa y legítima que fuera, pasó. Acabó por perdonar; pero tuvo que realizar un gran esfuerzo; se mostró enfadado con ella durante tres días.

Sin embargo, a través de todo esto, y a causa de todo esto, su pasión aumentaba y llegaba hasta la locura.

IX

Eclipse

Acabamos de ver de qué modo Marius había descubierto o creído descubrir que ella se llamaba Úrsula.

Amándose, viene el apetito. Saber que ella se llamaba Úrsula, era mucho y era poco. Marius, al cabo de tres o cuatro semanas hubo devorado esta felicidad. Deseó otra. Deseó saber dónde vivía.

Había cometido una primera falta: caer en la emboscada del banco del Gladiador. Había cometido la segunda: no quedarse en el Luxemburgo cuando el señor Blanco iba solo. Cometió una tercera que fue inmensa: siguió a «Úrsula».

Vivía en la calle Ouest, en el sitio menos frecuentado de la calle, en una casa nueva de tres pisos, de apariencia modesta.

A partir de aquel instante, Marius añadió a la felicidad de verla en el Luxemburgo, la felicidad de seguirla hasta su casa.

Su hambre aumentaba. Sabía cómo ella se llamaba, al menos su nombre de pila, nombre encantador, el verdadero nombre de una mujer; quiso saber quién era ella.

Una noche, después de seguir al padre y a la hija hasta su casa, luego que los vio desaparecer tras la puerta cochera, entró detrás de ellos, y preguntó valientemente al portero:

—¿Es el señor del primero quien acaba de entrar?

—No —respondió el portero—. Es el inquilino del tercero.

Había dado un paso más; ese triunfo alentó a Marius.

—¿Interior o exterior? —preguntó.

—¡Pardiez! —dijo el portero—, la casa no tiene más que pisos a la calle.

—¿Y cuál es la profesión de este caballero? —continuó Marius.

—Es rentista, señor. Un hombre muy bueno, y que hace el bien a los desgraciados, aunque no es rico.

—¿Cómo se llama? —preguntó Marius.

El portero levantó la cabeza e inquirió:

—¿Acaso sois polizonte?

Marius se fue un poco mohíno, pero encantado. Progresaba.

«¡Bien! —pensó—. Sé que se llama Úrsula, que es hija de un rentista y que vive en la calle Ouest, en el tercer piso.»

Al día siguiente, el señor Blanco y su hija fueron al Luxemburgo y sólo dieron un pequeño paseo; se marchaban cuando todavía era muy de día. Marius los siguió hasta la calle Ouest, como acostumbraba. Al llegar a la puerta cochera, el señor Blanco hizo entrar a su hija, luego se detuvo antes de franquear el umbral, se volvió, y miró fijamente a Marius.

Al día siguiente no fueron al Luxemburgo. Marius esperó en vano durante todo el día.

Al caer la noche se dirigió a la calle Ouest y vio luz en las ventanas del tercer piso. Se paseó ante aquellas ventanas hasta que la luz se apagó.

Al día siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Marius esperó durante todo el día, y luego fue a ponerse de centinela bajo las ventanas. Esto lo entretenía hasta las diez de la noche. Ya no comía. La fiebre alimenta al enfermo, y el amor al enamorado.

Trascurrieron de esta suerte ocho días. El señor Blanco y su hija ya no aparecían por el Luxemburgo. Marius hacíase tristes conjeturas; no se atrevía a espiar la puerta cochera durante el día. Se contentaba con ir allí por la noche, a contemplar la claridad rojiza de los cristales. De vez en cuando veía algunas sombras, y el corazón le latía.

Al octavo día, cuando llegó bajo las ventanas, no había luz en ellas. «¡Vaya! —dijo—. Aún no han encendido la lámpara. Sin embargo, es ya de noche. ¿Habrán salido?» Esperó. Hasta las diez. Hasta medianoche. Hasta la una de la madrugada. Ninguna luz se encendió en las ventanas del tercer piso, y nadie regresó a la casa. Se marchó muy sombrío.

Al día siguiente —pues no vivía sino de día siguiente en día siguiente, ni existía hoy para él, digámoslo así—, no vio a nadie en el Luxemburgo; lo esperaba; al anochecer, se dirigió a la casa. Ninguna luz en las ventanas; las persianas estaban cerradas; el piso tercero estaba oscuro.

Marius llamó a la puerta cochera y preguntó al portero:

—¿El señor del tercero?

—Se ha mudado —respondió el portero.

Marius vaciló y dijo débilmente:

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¿Dónde vive ahora?

—No lo sé.

—¿No ha dejado su nueva dirección?

—No. —Y el portero levantando la nariz, reconoció a Marius—: ¡Vaya!, sois vos: ¿conque, decididamente, sois de la policía?

Libro sétimo

Patron - Minette

I

Las minas y los mineros

Las sociedades humanas tienen todas lo que se llama en los teatros el foso. El suelo social está minado por todas partes, ya en favor del bien, ya en favor del mal. Estos trabajos se superponen. Hay las minas superiores y las minas inferiores. Hay un alto y un bajo en este oscuro subsuelo que se abre a veces bajo la civilización, y que nuestra indiferencia y nuestra dejadez hollan a cada momento. La enciclopedia del siglo pasado, era una mina casi a cielo abierto. Las tinieblas, esas sombras encubridoras del cristianismo primitivo, sólo esperan la ocasión propicia para hacer explosión bajo los Césares y para inundar el género humano de luz. Porque en las tinieblas sagradas hay luz latente. Los volcanes están llenos de una sombra capaz de arrojar llamas. Toda lava empieza por ser noche. Las catacumbas donde se dijo la primera misa no eran solamente la cueva de Roma, sino que eran también el subterráneo del mundo.

Hay bajo el edificio social, esta maravilla complicada de los sótanos de todo edificio grande, excavaciones de

todas clases. Allí están la mina religiosa, la mina política, la mina económica, la mina revolucionaria. Unos cavan con el pico de la idea, otros con el número, otros con la cólera. Se llaman y se responden de una catacumba a otra. Las utopías caminan bajo tierra en las galerías y se ramifican en todos los sentidos. A veces se encuentran y fraternizan entre ellas. Jean-Jacques presta su pico a Diógenes, quien a su vez le presta su linterna. Algunas veces luchan. Calvino anda a la greña con Socin[1]. Pero nada detiene ni interrumpe la tensión de todas estas energías hacia el fin, ni la vasta actividad simultánea que va y viene y sube y baja y vuelve a subir en aquellas oscuridades, y que trasforma lentamente lo superior por lo inferior, el exterior por el interior, inmenso hormigueo desconocido. La sociedad apenas sospecha estas excavaciones, que al dejarle la superficie, le cambia las entrañas. Tantos pisos subterráneos suponen otros tantos diferentes y otras tantas extracciones diversas. ¿Qué sale de todas estas profundas simas? El porvenir.

Cuanto más se ahonda, más misteriosos son los trabajadores. Hasta un grado que la filosofía social sabe conocer, el trabajo es bueno; más allá de ese grado, es dudoso y mixto; más abajo, se convierte en terrible. A una cierta profundidad, las excavaciones ya no son penetrables al espíritu de civilización, pues ha sido traspasado el límite respirable del hombre; un principio de monstruos es posible.

La escala descendente es extraña; cada uno de sus peldaños corresponde a un piso donde la filosofía puede asentar pie, y donde se encuentra a uno de esos obreros, algunas veces divinos, otras veces deformes. Por debajo

[1] Socin (1525-1562), heresiarca italiano que negaba la divinidad de Jesucristo, la existencia del Espíritu Santo y la eficacia de los sacramentos.

de Jean Huss[1], está Lutero; por debajo de Lutero, está Descartes; por debajo de Descartes, está Voltaire; por debajo de Voltaire, está Condorcet; por debajo de Condorcet, está Robespierre; por debajo de Robespierre, está Marat; por debajo de Marat, está Babeuf. Y así se continúa. Más abajo, confusamente, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, se descubren otras sombras, que tal vez no existen aún. Los de ayer son espectros; los de mañana son larvas. La mirada del espíritu los distingue confusamente. El trabajo embrionario del porvenir es una de las visiones del filósofo.

¡Inaudito espectáculo! ¡Un mundo en el limbo, en estado de feto, qué bosquejo más raro!

Saint-Simon, Owen[2], Fourier, están también allí, en las simas laterales.

Realmente, aunque cierto encadenamiento divino, indivisible, une entre sí y sin saberlo ellos mismos, a todos estos pioneros subterráneos, que casi siempre se creen aislados y que no lo están, sus trabajos son muy diversos, y la luz de los unos contrasta con las llamaradas de los otros. Unos son paradisíacos, otros son trágicos. Empero, cualquiera que sea el contraste, todos estos trabajadores, desde el más alto al más nocturno, desde el más sabio hasta el más loco, tienen una similitud, y es ésta: el desinterés. Marat se olvida de sí mismo, como Jesús Se dejan de lado a sí mismos, se omiten, no piensan ya en ellos. Ven algo más que ellos mismos. Tienen una mirada y esta mirada busca el absoluto. El primero tiene todo el cielo en sus ojos; el último, por enigmático que sea, tiene aún bajo el párpado la pálida claridad del infi-

1 Jean Huss (1369-1415), precursor checo de la reforma.

2 Robert Owen (1771-1858), industrial británico, apóstol de la cooperación de la cual trató de aplicar los principios en Lanark (Escocia).

nito. Venerad de todos modos al que tiene por signo la pupila estrella.

La pupila sombra es otro signo.

En ella principia el mal. Delante del que no tiene mirada, meditad y temblad. El orden social tiene también sus mineros negros.

Hay un punto en el que el ahondamiento es el enterramiento, y donde se apaga la luz.

Por debajo de todas estas minas que acabamos de indicar, por debajo de estas galerías, por debajo de todo este sistema venoso subterráneo del progreso y de la utopía, mucho más adentro en la tierra, aún más bajo que Marat y que Babeuf, más abajo, muchísimo más abajo y sin relación alguna con los pisos superiores, existe la última sima. Lugar formidable. Es lo que hemos denominado con el nombre de foso. Es la fosa de las tinieblas. Es la bodega de los ciegos. *Inferi* [1].

Este foso se comunica con los abismos.

1 «Los infiernos.»

II

El bajo fondo

Allí, el desinterés desaparece. El demonio se bosqueja vagamente; cada cual para sí. El yo sin ojos, aúlla, busca, tantea y roe. El Ugolino social se halla en este caso.

Las siluetas feroces que vagan por estas profundidades, casi bestias, casi fantasmas, no se ocupan del progreso universal, ignoran la idea y la palabra, no tienen otra preocupación que la satisfacción del apetito individual. Son casi inconcientes, y hay en su interior una especie de tabla rasa aterradora. Tienen dos madres, las dos madrastras, la ignorancia y la miseria. Tienen una guía, la necesidad; y por toda forma de satisfacción, el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces, no a la manera del tirano, sino a la manera del tigre. Del sufrimiento, estas larvas pasan al crimen; filiación fatal, engendro vertiginoso, lógica de la sombra. Lo que se arrastra en el foso social no es la reclamación ahogada de lo absoluto, es la protesta de la materia. El hombre se convierte allí en dragón. Tener hambre y sed es el

punto de partida; ser Satanás es el punto de llegada. De esta cueva sale Lacenaire[1].

Acabamos de ver hace poco, en el libro cuarto, uno de los compartimientos de la mina superior, de la gran sima política, revolucionaria y filosófica. Allí, acabamos de decirlo, todo es noble, puro, digno, honesto. Allí, ciertamente es posible engañarse, y se engaña; pero el error es venerable porque lleva envuelto en sí el heroísmo. El conjunto del trabajo que allí se ejecuta tiene un nombre: el progreso.

Ha llegado el momento de entrever otras profundidades, las profundidades repugnantes.

Hay bajo la sociedad, insistamos en ello, y hasta el día en que la ignorancia sea destruida existirá, la gran caverna del mal.

Esta caverna está por debajo de todas, y es la enemiga de todas. Es el odio sin excepción. Esta caverna no conoce filosofías; su puñal nunca ha servido para tajar una pluma. Su negrura no tiene ninguna relación con la sublime negrura de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo este techo asfixiante, han ojeado un libro ni desplegado un periódico. ¡Babeuf es un aristócrata para Cartouche! Marat es un aristócrata para Schinderhannes[2]. Esta caverna tiene por objeto el hundimiento de todo.

De todo. Comprendido las simas superiores, a quienes execra. No mina solamente en su horrible hormiguero el orden social actual; mina la filosofía, mina la ciencia, mina el derecho, mina el pensamiento humano, mina la civilización, mina la revolución, mina el progreso. Se llama simplemente robo, prostitución, homicidio y asesinato.

1 Sobre Lacenaire, véase tomo III, p. 26.

2 Jefe de una banda de ladrones, guillotinado en 1803.

Es tinieblas y quiere el caos. Su bóveda está hecha de ignorancia.

Todas las demás, las de arriba, tienen un solo objeto: suprimirla. A esto tienden todos sus órganos a la vez, tanto para el mejoramiento de lo real, como por la contemplación de lo absoluto, la filosofía y el progreso. Destruid la caverna ignorancia y habréis destruido la sima crimen.

Condensemos en algunas palabras una parte de lo que acabamos de escribir.

Humanidad es identidad. Todos los hombres son de la misma arcilla. No hay diferencia alguna, al menos aquí abajo, en la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne mientras, la misma ceniza después. Pero la ignorancia mezclada con la pasta humana, la ennegrece. Esta negrura incurable se apodera del interior del hombre y se convierte allí en mal.

III

Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse

Una pandilla de bandidos, Claquesous, Gueulemer, Babet y Montparnasse, gobernaba desde 1830 a 1835, el foso de París.

Gueulemer era un hércules decaído. Tenía por antro la alcantarilla de Arche-Marion[1]. Tenía seis pies de alto, pectorales de mármol, bíceps de acero, una respiración de caverna, el torso de un coloso y el cráneo de un pájaro. Creíase ver al Hércules Farnesio, vestido con un pantalón de cutí y una chaqueta de terciopelo de algodón. Gueulemer, formado de esta manera escultural, hubiera podido domar a los monstruos; le había parecido mejor y más corto, ser uno de ellos. Frente baja, sienes anchas, menos de cuarenta años, y la pata de gallo, el pelo áspero y corto, las mejillas como cepillos y barba de jabalí; tal era el hombre. Sus músculos solicitaban el trabajo, su estupidez lo rechazaba. Era una gran fuerza perezosa.

1 Calle muy corta (un solo número par y otro impar), que empezaba junto al Sena, en el muelle de la Megisserie y terminaba en la calle Saint-Germain-l'Auxerrois.

Era asesino por dejadez; se le suponía criollo. Probablemente habría estado algún tanto en contacto con el mariscal Brune, puesto que en 1815 había sido mozo de cuerda en Avignon [1]. Después de esto, se había hecho bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la corpulencia de Gueulemer. Babet era delgado y sabio. Era trasparente pero impenetrable. Se veía la luz a través de sus huesos, mas nada en su pupila. Se declaraba químico. Había sido bufón en casa de Bobèche y payaso en casa de Bobino [2]. Había interpretado el vodevil de Saint-Michel. Era un hombre de intenciones, gran charlatán que subrayaba sus sonrisas y entrecomaba sus gestos. Su industria era vender al aire libre bustos de yeso y retratos del «jefe del estado». Además, era sacamuelas. Había mostrado fenómenos en las miserias y poseído una barraca con trompeta, y este anuncio: «Babet, artista, dentista, miembro de las academias, extirpa dientes y saca los raigones dejados por sus colegas. Precio: un diente, un franco cincuenta céntimos; dos dientes, dos francos; tres dientes, dos francos cincuenta. Aprovechad la ocasión.» (Este «aprovechad la ocasión» significaba: haceos arrancar todas las muelas posibles.) Había estado casado y había tenido hijos. No sabía lo que había sido de su mujer e hijos. Los había perdido como se pierde un pañuelo. Rarísima excepción en el mundo en que vivía, Babet leía los periódicos. Un día, cuando aún vivía con él su fami-

[1] El mariscal Brune, que había mantenido la bandera tricolor en Tolón hasta el 24 de julio de 1815, fue descubierto y asesinado, en Avignon, el 2 de agosto de 1815, por manifestantes realistas.

[2] Bobino había tenido primeramente, en la rue Madame, un espectáculo foráneo a principios de 1816. A partir de 1828, su teatro fue autorizado para representar vodeviles y comedias de gran espectáculo.

lía en su barraca movible, leyó en el *Messager*[1], que una mujer acababa de dar a luz un hijo suficientemente viable, el cual tenía el hocico de ternera, y exclamó: «¡Oh, qué fortuna! ¡No será mi mujer la que tenga el talento de darme un hijo como éste!»

Después lo había abandonado todo para «trabajar en París». Expresión suya.

¿Quién era este Claquesous? Era la noche. Para salir, esperaba que el cielo se hubiese cubierto de negro. Al anochecer, salía de un agujero adonde volvía al amanecer. ¿Dónde estaba tal agujero? Nadie lo sabía. Siempre en la más completa oscuridad, nunca hablaba a sus cómplices sino volviendo la espalda. ¿Se llamaba Claquesous? No. Decía: «Yo me llamo Nadie.» Si aparecía una luz, se ponía una careta. Era ventrílocuo. Babet decía: «Claquesous es un nocturno a dos voces.» Claquesous era vago, errante, terrible. No había seguridad de que tuviese un nombre, puesto que el de Claquesous era un apodo; no había seguridad de que tuviese voz, pues su vientre hablaba más a menudo que su boca; no había seguridad de que tuviera un rostro, pues nadie había visto más que su máscara. Desaparecía como un fantasma y aparecía como si saliera de la tierra.

Un ser lúgubre era Montparnasse. Montparnasse era un niño. Tenía menos de veinte años, un bonito rostro, labios que semejaban cerezas, encantadores cabellos negros y la luz de la primavera en sus ojos; todos los vicios y aspiraba a todos los crímenes. La digestión del mal le producía apetito de lo peor. Era el pilluelo convertido en ladrón y el ladrón convertido en bandido. Era gentil, afeminado, garboso, robusto, blanco, feroz. Llevaba el ala del sombrero levantada hacia la izquierda para

[1] *Le Messager des Chambres*, periódico nocturno (1828-1846).

dejar sitio al mechón de pelo rizado según la moda de 1829. Vivía de robar violentamente. Su levita tenía el mejor corte, pero estaba siempre raída. Montparnasse era una especie de figurín entregado a la miseria y cometiendo asesinatos. La causa de todos los atentados de este adolescente era el deseo de ir bien vestido. La primera griseta que le había dicho: «Eres guapo», le había arrojado la mancha de tinieblas en el corazón y había hecho un Caín de este Abel. Sabiéndose guapo, había querido ser elegante; ahora bien, la primera elegancia es la ociosidad; la ociosidad de un pobre es el crimen. Pocos ladrones eran tan temidos como Montparnasse. A los dieciocho años tenía ya varios cadáveres tras de sí. Más de un transeúnte con los brazos extendidos yacía en la sombra de aquel miserable, con el rostro en un mar de sangre. Rizado, perfumado, ajustada la cintura, con caderas de mujer y busto de oficial prusiano, oyendo el murmullo de admiración que alzaban a su alrededor las muchachas del bulevar, sabiamente atada la corbata, con un rompecabezas en el bolsillo y una flor en el ojal; tal era este petimetre del sepulcro.

IV

Composición de la compañía

Estos cuatro bandidos formaban una especie de Proteo, que serpenteaba al través de la policía y se esforzaba en librarse de las miradas indiscretas de Vidocq «bajo distinta forma, árbol, llama, fuente», prestándose mutuamente sus nombres y sus guaridas, ocultándose en su propia sombra; teniendo casas de secretos asilos, unos para los otros; deshaciéndose en personalidades como se despoja uno de una nariz postiza en un baile de máscaras; simplificándose a veces hasta el punto de no ser más que uno; multiplicándose en otras ocasiones hasta el grado de que el mismo Coco-Latour, los tomaba por una turba.

Estos cuatro hombres no eran cuatro hombres, eran una especie de ladrón misterioso de cuatro cabezas que trabajaba en grande en París; era el pólipo monstruoso del mal que vivía en la cripta de la sociedad.

Gracias a sus ramificaciones y a la red subyacente de sus relaciones, Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse tenían la empresa general de los crímenes del depar-

tamento del Sena. Ejercían una especie de soberanía inferior, cuyos golpes de estado se descargaban sobre el pobre transeúnte. Los que concebían una idea de este género, los hombres de imaginación nocturna, se dirigían a ellos para la ejecución. Se suministraba a estos cuatro bribones el argumento, y ellos se encargaban de la representación. Trabajaban como en un escenario. Estaban siempre en situación de presentar un personal proporcionado y conveniente para todos los atentados en que se pudiera arrimar el hombro, y que fuesen suficientemente lucrativos. Cuando un crimen andaba en busca de brazos, se subarrendaban cómplices. Tenían una compañía de actores de tinieblas a disposición de todas las tragedias de las cavernas.

Reuníanse habitualmente al caer la noche, hora de su despertar, en las llanuras vecinas a la Salpêtrière. Allí conferenciaban. Tenían ante sí las doce horas negras, y arreglaban su empleo.

Patron-Minette, tal era el nombre que en la circulación subterránea se daba a la asociación de estos cuatro hombres. En la vieja lengua popular y fantástica que diariamente desaparece, Patron-Minette significaba la mañana, del mismo modo que entre perro y lobo significa la noche. Este apelativo, Patron-Minette, procedía probablemente de la hora en que concluían su trabajo, ya que el alba es el momento en que se desvanecen los fantasmas, y también el de la separación de los bandidos. Los cuatro hombres eran conocidos bajo esta rúbrica. Cuando el presidente del tribunal visitó a Lacenaire en su prisión, lo interrogó acerca de un delito que éste negaba. «¿Quién había hecho esto?», preguntó el presidente. Lacenaire dio esta respuesta enigmática para el magistrado, pero clara para la policía: «Tal vez sea Patron-Minette»:

Panchaud (a) Primaveral, (a) Bigrenaille.

Brujon. (Había tenido toda una dinastía de Brujon; del cual tal vez tendremos ocasión de hablar.)

Boulatruelle, el caminero que ya conocemos,
Laveuve.
Finistère.
Homère Hogu, negro.
Mardisoir.
Dépêche.
Fauntleroy (a) Bouquetière.
Glorieux, forzado liberado.
Barrecarrosse (a) señor Dupont.
Lesplanade-du-Sud.
Poussagrive.
Carmagnolet.
Kruideniers (a) Bizarro.
Mangedentelle.
Les-pieds-en-l'air.
Demi-liard (a) Deux-milliards.
Etcétera, etcétera.

Silenciemos los de otros, y no de los peores. Estos nombres tienen rostros. No expresan solamente seres, sino especies. Cada uno de estos nombres responde a una variedad de esos deformes hongos de las capas inferiores de la civilización.

Estos seres, poco pródigos de sus rostros, no eran de esos que se ven pasar por las calles. Durante el día, cansados de las noches feroces que vivían, se iban a dormir, ya a los hornos de yeso, ya a las canteras abandonadas de Montmartre o de Montrouge, y a veces a las alcantarillas. Se agazapaban en la huronera.

¿Qué ha sido de esos hombres? Aún existen. Han existido siempre. Horacio habla de ellos: *Ambubaiarum*

collegia, pharmacopolae, mendici, mimae[1]; y mientras que la sociedad sea lo que es, ellos serán lo que son. Bajo el oscuro techo de su caverna renacen continuamente de las filtraciones sociales. Vuelven a aparecer como espectros, siempre idénticos; solamente que no llevan los mismos nombres, ni se ocultan bajo las mismas pieles.

Extirpados los individuos, subsiste la tribu.

Poseen siempre las mismas facultades. Del truhán al vago, la raza se mantiene pura. Adivinan el dinero en los bolsillos y huelen los relojes en los chalecos. El oro y la plata tienen para ellos olor. Hay hacendados crédulos, de quienes se puede decir que están predestinados a ser robados. Estos hombres siguen pacientemente a esas gentes. Al paso de un extranjero o de un provinciano se estremecen como arañas.

[1] *Sátiras*, 1, 2, 1-2: «Las compañías de flautistas, los mercaderes de drogas, los colectores, las actrices de mimo...»

Libro octavo

El mal pobre

I

Marius, buscando a una joven con sombrero, encuentra a un hombre con gorra

Trascurrió el verano, después el otoño, y vino el invierno. Ni el señor Blanco ni su hija habían vuelto a poner los pies en el Luxemburgo. Marius no tenía más que un pensamiento: volver a ver aquel dulce y adorable rostro. Lo buscaba sin cesar, y por todas partes; pero no hallaba nada. Ya no era Marius el soñador entusiasta, el hombre resoluto, ardiente y firme, el arriesgado provocador del destino, el cerebro que engendraba porvenir sobre porvenir, el espíritu joven colmado de planes, de proyectos, de altivez, de ideas y de voluntad; era un perro perdido. Cayó en una negra tristeza. Era el fin. El trabajo le repugnaba, el paseo lo fatigaba, la soledad lo aburría; la vasta naturaleza, tan llena en otros tiempos de formas, de claridades, de voces, de consejos, de perspectivas, de horizontes y de enseñanzas, estaba ahora vacía ante él. Le parecía que todo había desaparecido.

Continuaba pensando, porque no podía hacer otra cosa; pero ya no encontraba placer en sus pensamientos. A todo lo que éstos le proporcionaban en voz baja, sin cesar, respondía en la sombra: «¿Para qué me sirve?»

Se hacía cien reproches: «¿Por qué la he seguido? ¡Era tan feliz sólo con verla! Me miraba; ¿es que esto no es inmenso? Parecía que me amaba. ¿No era esto lo que yo podía desear? He querido algo más, ¿el qué? Nada hay después de esto. He cometido un absurdo; mía es la culpa, etcétera.»

Courfeyrac, a quien no confiaba nada, porque así era propio de su carácter, pero que adivinaba un poco, siendo esto también propio de su naturaleza, había empezado felicitándolo por su amor; pero asombrándose por otra parte, y después, viendo a Marius sumido en aquella melancolía, había acabado por decirle: «Veo que has sido simplemente un animal. Anda, ven a la Chaumière.» [1]

Una vez, confiando en un hermoso sol de setiembre, Marius se había dejado llevar al baile de Sceaux [2], por Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, esperando, ¡qué delirio!, que tal vez la encontraría allí. Bien entendido, no vio a la que buscaba. «Y sin embargo, es aquí donde se encuentran todas las mujeres perdidas», decía Grantaire aparte. Marius dejó a sus amigos en el baile y regresó a pie, solo, cansado, febril, con los ojos turbados y tristes en la noche, aturdido de ruido y de polvo producido por los alegres carruajes de personas que volvían cantando de la fiesta y pasaban por su lado, mientras él, desanimado, aspiraba para refrescarse la cabeza el acre olor de los nogales del camino.

1 Baile público en el bulevar de Montparnasse, que frecuentaban estudiantes y grisetas.

2 Evocado por Balzac en *El baile de Sceaux* (1829).

Desde entonces, volvió a vivir cada vez más solitario, extraviado, humillado, entregado sólo a su angustia interior, yendo y viniendo por el dolor como el lobo en la trampa, buscando por todas partes a la ausente, perdido de amor.

Otra vez tuvo un encuentro que le produjo un efecto singular. Había visto en las callejuelas vecinas al bulevar de los Inválidos a un hombre vestido como un obrero y tocado con una gorra de ancha visera, que dejaba entrever mechones de cabello muy blanco. Marius quedóse sorprendido por la belleza de aquellos cabellos blancos y contempló a aquel hombre que andaba con lentitud y como absorbido en una dolorosa meditación. Cosa extraña, le pareció reconocer en él al señor Blanco. Eran los mismos cabellos, el mismo perfil, por cuanto dejaba ver la gorra, el mismo aspecto, sólo que más triste. ¿Pero por qué aquellas ropas de obrero? ¿Qué significaba aquello? ¿Qué significaba aquel disfraz? Marius quedó muy sorprendido. Cuando volvió en sí, su primer movimiento fue seguir al hombre; ¿quién sabe si tenía ya la huella que buscaba? En todo caso, era preciso ver al hombre de cerca y aclarar el enigma. Pero esta idea se le ocurrió demasiado tarde, pues el hombre había desaparecido ya. Había tomado alguna callejuela lateral, y Marius no pudo encontrarlo. Este encuentro lo preocupó durante algunos días, y luego se borró. «Pese a todo —se dijo—, probablemente se trata de un parecido.»

II

Hallazgo

Marius seguía viviendo en el caserón Gorbeau. No prestaba atención a nadie.

En aquella época, en verdad, no había en la casa otros habitantes que él y aquellos Jondrette por quienes había pagado una vez el alquiler, sin que nunca hubiese hablado al padre, a la madre ni a las hijas. Los demás inquilinos se habían mudado, habían muerto o habían sido expulsados por falta de pago.

Un día de aquel invierno el sol se había mostrado un poco después de mediodía, pero el 2 de febrero, es decir, el día de la Candelaria, en que el sol es traidor, precursor de un frío de seis semanas, ha inspirado a Mathieu Laensberg[1], estos dos versos, que se han hecho justamente clásicos:

Que llueva o que no llueva,
el oso vuelve a su caverna.

[1] Mathieu Laensbergh (o Laensberg, o Lansbert), canónigo de Lieja, que vivió a principios del siglo XVII. Se le atribuye la paternidad del primer *Almanaque de Lieja* (1635). Todavía en 1849, los almanaques difundidos por los traficantes se solicitaban a menudo con su nombre, como el de Nostradamus.

Marius acababa de salir de la suya. La noche caía. Era la hora de ir a cenar; porque había tenido necesidad de volver a comer, ¡oh, debilidad de las pasiones ideales!

Acababa de cruzar el umbral de su puerta, que en aquel instante la señora Bougon estaba barriendo, mientras murmuraba este monólogo, digno de reproducirlo:

—¿Qué es lo que ahora se encuentra barato? Todo es caro. Sólo andan baratos los trabajos del mundo; ¡eso sí que no cuesta nada, las penas!

Marius subía lentamente el bulevar hacia la barrera con objeto de llegar a la calle Saint-Jacques. Andaba pensativo y con la cabeza baja.

De repente, sintióse empujado en la bruma; se volvió y vio a dos jóvenes vestidas de harapos, una alta y delgada, la otra un poco menos alta, que pasaban rápidamente, sofocadas, asustadas, y como si huyeran; iban a su encuentro, no lo habían visto y, al pasar, se habían tropezado con él. Marius distinguía en el crepúsculo sus figuras lívidas, sus cabezas despeinadas, sus cabellos esparcidos, sus horribles gorros, sus faldas de harapos y sus pies desnudos. Sin dejar de correr, iban hablando. La mayor decía a la más pequeña en voz baja:

—Los corchetes han venido; no han podido trincarme.

La otra respondió:

—Los he visto, y ¡he chapescado, chapescado, chapescado!

Marius comprendió, a través de aquel siniestro argot, que los gendarmes o los agentes de la policía habían tratado de prender a aquellas muchachas, y ellas habían podido escaparse.

Se metieron por entre los árboles del bulevar, que estaban detrás de Marius, y formaron durante algún tiempo en la oscuridad como una sombra blanquecina que desapareció al fin.

Marius se detuvo un momento.

Iba a continuar su camino cuando descubrió un pequeño paquete gris en el suelo, a sus pies. Se inclinó y lo recogió. Era una especie de sobre que parecía contener papeles.

—Bueno —dijo—, ¡estas desgraciadas lo habrán dejado caer!

Volvió sobre sus pasos, llamó, y no pudo encontrarlas; pensó que estarían ya lejos, se metió el paquete en el bolslilo y se fue a cenar.

Por el camino vio, en un paseo de la calle Mouffetard, un ataúd de niño, cubierto con un paño negro, colocado sobre tres sillas e iluminado por una vela. Las dos jóvenes que había visto en el crepúsculo, acudieron a su imaginación.

«¡Pobres madres! —pensó—. Hay algo más triste que ver morir a los hijos, es verlos con mala vida.»

Después, esas sombras que distraían su tristeza, abandonaron su pensamiento y cayó en sus habituales meditaciones. Volvió a pensar en los seis meses de amor y felicidad que había pasado al aire libre y en plena luz bajo los árboles del Luxemburgo.

¡Qué sombría se ha hecho mi vida! —se decía—. Las jóvenes se me presentan sin cesar. Pero antes eran ángeles y ahora son abismos.

III

Quadrifrons [1]

Por la noche, cuando se desnudaba para acostarse, su mano encontró en el bolsillo el paquete que había recogido en el bulevar. Lo había olvidado. Pensó que resultaría útil abrirlo, porque tal vez el paquete contendría las señas de aquellas jóvenes, si en realidad les pertenecía, y, en cualquier caso, los indicios necesarios para restituirlo a la persona que lo había perdido.

Deshizo la envoltura.

No estaba lacrado, y contenía cuatro cartas también sin lacrar.

Todas tenían direcciones.

Las cuatro exhalaban un repugnante olor a tabaco.

La primera estaba dirigida a: La señora marquesa de Grucheray, plaza en frente de la cámara de los diputados, núm...

1 «Que tiene cuatro frentes y cuatro rostros.» Epíteto latino de Janus.

Marius se dijo que encontraría probablemente las indicaciones que buscaba en ella, y que, además, no estando cerrada la carta, era probable que pudiese ser leída sin inconveniente.

Estaba concebida en estos términos:

«Señora marquesa:

»La virtud de la clemencia y de la piedad es la que une más estrechamente a la sociedad. Dad salida a vuestros cristianos sentimientos y dirigid una mirada de compasión a este infortunado español víctima de la lealtad y fidelidad a la causa sagrada de la legitimidad, que ha pagado con su sangre, consagrado su fortuna, todo por defender tal causa, y hoy se encuentra en la mayor miseria. No duda de que vuestra honorable persona le concederá un socorro para aliviar una existencia extremadamente penosa para un militar de educación y de honor, cubierto de heridas. Cuenta de antemano con la humanidad que os anima, y con el interés que la señora marquesa tiene por una nación tan desgraciada. Su súplica no será vana, y su reconocimiento conservará su encantador recuerdo.

»Tengo el honor de ofreceros mis respetuosos sentimientos, y ser, señora:

»*Don Álvarez,* capitán español de caballería realista, refugiado en Francia [1], que se encuentra en biaje para su patria y carece de recuros para continuar su biaje.»

[1] En 1827, había habido un levantamiento «apostólico» y absolutista en Cataluña. El falso Álvarez podía, pues, ser uno de los «realistas» que se refugiaron en Francia, después de la represión gubernamental.

La firma no llevaba seña alguna. Marius esperó encontrar la dirección en la segunda carta, cuyo sobre decia: «A la señora condesa de Montvernet, calle Cassette, n. 9».

Marius leyó lo siguiente:

«Señora condesa:

»Os escribe una desgraciada madre de familia, con seis hijos, de los cuales el menor no tiene más que ocho meses. Yo estoy enferma desde mi último alumbramiento, abandonada por mi marido desde hace cinco meses, no contando con ningún recurso en el mundo, en la más terrible indigencia.

»Confiando en la señora condesa, tiene el honor de ser, señora, con un profundo respeto, vuestro servidor,

»*De Balizard.*»

Marius pasó a la tercera carta, que, como las precedentes, era una súplica, y leyó:

«Señor Pabourgeot, elector, negociante-borrero al por mayor, calle Saint-Denis, esquina calle Fers.

»Me permito dirigiros esta carta para rogaros que me concedáis el precioso favor de vuestras simpatías y de interesaros por un hombre de letras que acaba de enviar un drama al teatro francés. El argumento es histórico y la acción trascurre en Auvergne en tiempos del imperio. El estilo, según creo, es natural, lacónico y puede tener algún mérito. Tiene algunos versos cantables en cuatro escenas. Lo cómico y lo serio, y también lo imprevisto, se mezclan en él con la variedad de los caracteres y con un tinte de romanticismo, extendido ligeramente en toda la intriga, que se desliza misterio-

samente y va entre peripecias sorprendentes, a un desenlace en medio de varias escenas notables.

»Mi principal objeto es satisfacer el deseo que anima progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir, a la moda, esa caprichosa y extraña veleta que cambia casi a cada variedad de viento.

»A pesar de estas cualidades, tengo mis temores de que los celos y el egoísmo de los autores privilegiados consiga mi exclusión del teatro, porque no ignoro los disgustos que tienen que pasar los autores nuevos.

»Señor Pabourgeat, vuestra justa reputación de protector ilustrado de los letrados, me da balor para enbiaros a mi hija, quien os expondrá nuestra indigente situación; sin pan, sin lumbre, en esta estación de inbierno. Deciros que os ruego admitáis el homenaje que deseo haceros de mi drama y de todos los que haga es probaros cuánto ambiciono el honor de colocarme bajo vuestra égida y honrar mis escritos con vuestro nombre. Si os dignáis honrarme con la más modesta ofrenda, me ocuparé pronto en hacer una pieza en verso, a fin de pagaros mi tributo de reconocimiento. Esta pieza, que trataré de hacer tan perfecta como me sea posible, os la mandaré antes de insertarse en el principio del drama y ponerse en escena.

»Al señor y señora Pabourgeot, mis homenajes más respetuosos,

»*Genflot*, hombre de letras.»

'P. S. Aunque no sean más que cuarenta sueldos.

»Perdonadme que os envíe a mi hija y que no me jresente yo mismo; pero tristes razones de tocador no me permiten, ¡ay de mí!, salir de casa...»

Marius abrió la cuarta carta. En el sobre había escrita esta dirección: «Al señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas.» Contenía estas líneas:

«Hombre bienhechor:

»Si os dignáis acompañar a mi hija, veréis una calamidad miserable, y os enseñaré mis certificados.

»Al ver estos escritos, vuestra generosa alma se conmoverá con un sentimiento de sensible benevolencia, porque los verdaderos filósofos experimentan siempre vivas emociones.

»Convenid, hombre compasivo, en que es preciso experimentar la más cruel necesidad, y que es muy doloroso para conseguir algún consuelo, atestiguarlo con la autoridad, como si uno no fuese libre para padecer o para morir de inanición, esperando que sea socorrida nuestra miseria. El destino es muy fatal para unos y demasiado pródigo para otros.

»Espero vuestra visita o vuestro socorro, si os dignáis darlo, y os ruego que recibáis los sentimientos respetuosos con que se honra ser, hombre verdaderamente magnánimo, vuestro humilde servidor y muy obediente,

»*P. Fabantou*, artista dramático.»

Tras haber leído estas cuatro cartas, Marius no se encontró mucho más enterado que antes.

En primer lugar, ninguno de los firmantes ponía su dirección.

Luego, parecían proceder de cuatro individuos distintos, don Álvarez, la mujer de Balizard, el poeta Gen-

flot y el artista dramático Fabantou, pero tales cartas tenían la particularidad de que estaban todas escritas por la misma mano.

¿Cómo no deducir que procedían de la misma persona?

Por otra parte, y esto hacía más verosímil la sospecha, el papel, grosero y amarillento, era el mismo para las cuatro, así como el olor de tabaco, y aunque en ellas se había tratado evidentemente de variar el sentido, las mismas faltas de ortografía se repetían con profunda tranquilidad, y el literato Genflot no cometía menos que el capitán español.

Esforzarse en adivinar este misterio poco importante, resultaba un trabajo inútil. Si no se hubiese tratado de un hallazgo, habría parecido una burla, y Marius estaba demasiado triste para recibir bien una broma de la casualidad y prestarse a un juego que parecía querer jugar con él el pavimento de la calle. Le parecía que estaba jugando a la gallina ciega entre aquellas cuatro cartas que se burlaban de él.

Nada indicaba, por otra parte, que aquellas cartas perteneciesen a las jóvenes con quienes se había tropezado en el bulevar. Al fin y al cabo, no eran más que papelotes sin valor.

Marius los puso en su sobre, los tiró en un rincón y se acostó.

Hacia las siete de la mañana, apenas acababa de levantarse y desayunar e iba a ponerse al trabajo, llamaron suavemente a la puerta.

Como no poseía nada, nunca quitaba la llave, sino alguna vez, muy rara, cuando estaba ocupado en algún trabajo que corría prisa. Aun cuando se ausentaba, dejaba la llave en la cerradura. «Os robarán», decía la tía Bougon. «¿El qué?», preguntaba Marius. Sin embargo, el hecho es

que un día le robaron un par de botas viejas, con gran satisfacción de la tía Bougon.

Dieron un segundo golpe, tan suave como el primero.

—Adelante —dijo Marius.

La puerta se abrió.

—¿Qué queréis, tía Bougon? —preguntó Marius, sin levantar los ojos de los libros y manuscritos que tenía encima de la mesa.

Una voz que no era la de la tía Bougon, respondió:

—Perdón, señor...

Era una voz sorda, rota, ahogada, áspera; una voz de viejo enronquecido por el aguardiente y los licores.

Marius se volvió con presteza y vio a una joven.

IV

Una rosa en la miseria

En efecto, una jovencita estaba de pie en la puerta entreabierta. La claraboya de la buhardilla por donde entraba la luz, estaba precisamente en frente de la puerta e iluminaba aquella figura con un resplandor lívido. Era una criatura flaca, descolorida, descarnada: no llevaba más que una camisa y una falda sobre su helada y temblorosa desnudez. Por cinturón llevaba un pedazo de cuerda, y otro le servía de cinta para el cuello. Los puntiagudos hombros le salían de la camisa; una palidez rubia y linfática, clavículas terrosas, manos rojas, la boca entreabierta y desfigurada, con algunos dientes de menos, la vista apagada, audaz y baja, las formas de una joven abortada, y la mirada de una vieja corrompida; cincuenta años, mezclados con quince años; uno de esos seres que son a la vez débiles y horribles y que hacen estremecer a aquellos a quienes no hacen llorar.

Marius se había levantado, considerando con una especie de estupor a aquel ser, casi semejante a las formas de la visión que atraviesa la imaginación en los sueños.

Lo que era sobre todo doloroso es que aquella joven no había venido al mundo para ser fea. En su primera infancia, hasta debía haber sido bonita. La gracia de la edad luchaba todavía contra la horrible vejez anticipada de la disolución y la pobreza. Un resto de belleza moría en aquel rostro de dieciséis años, como el pálido sol que se apaga detrás de horribles nubes durante el alba de un día de invierno.

Aquel rostro no le resultaba absolutamente desconocido a Marius. Creía recordar haberlo visto en alguna parte.

—¿Qué queréis, señorita? —preguntó.

La joven respondió con su voz de presidiario borracho:

—Traigo una carta para vos, señor Marius.

Llamaba a Marius por su nombre, no podía dudar de que era a él a quien se dirigía; pero ¿quién era aquella muchacha? ¿Cómo sabía su nombre?

Sin aguardar que él le dijera que pasara, la joven entró. Entró resueltamente, mirando con cierta especie de seguridad que oprimía el corazón, todo el cuarto y la deshecha cama. Llevaba los pies desnudos. Grandes agujeros en su vestido dejaban ver sus largas piernas y sus flacas rodillas. Estaba tiritando.

Efectivamente, llevaba una carta en la mano, que tendió a Marius.

Al abrir la carta, Marius observó que la grande y enorme oblea estaba aún húmeda. El mensaje, pues, no podía venir de muy lejos. La abrió y leyó:

«Mi amable y joven vecino:

»Me he enterado de vuestras bondades para conmigo, que habéis pagado mi alquiler hace seis meses. Os bendigo, joven. Mi hija mayor os dirá que estamos sin un

pedazo de pan hace dos días cuatro personas, mi esposa enferma. Si mi corazón no me engaña, creo deber esperar de la generosidad del vuestro, que se humanizará a la vista de este espectáculo, y que os subyugará el deseo de serme propicio, dignándose prodigarme algún socorro.

»Soy con la distinguida consideración que se debe a los bienhechores de la humanidad,

»*Jondrette.*»

«P. S. Mi hija esperará vuestras órdenes, querido señor Marius.»

Esta carta, en medio de la oscura aventura que ocupaba a Marius desde la víspera, era una vela en una caverna. Todo quedó para él aclarado de repente.

Aquella carta procedía de donde procedían las otras cuatro. Era la misma letra, el mismo estilo, la misma ortografía, el mismo papel, el mismo olor a tabaco.

Había cinco misivas, cinco historias, cinco nombres, cinco firmas y un solo firmante. El capitán español don Álvarez, la desgraciada mujer de Balizard, el poeta dramático Genflot, el viejo comediante Fabantou, se llamaban los cuatro Jondrette, si es que el mismo Jondrette se llamaba efectivamente de este modo.

Hacía ya mucho tiempo que Marius vivía en el caserón, pero como ya hemos dicho, muy pocas, muy raras eran las ocasiones que había tenido de ver, más bien de entrever, su ínfima vecindad. Tenía la imaginación lejos, y allí donde se halla el espíritu, se halla la mirada. Más de una vez había debido cruzarse con los Jondrette en el corredor, o en la escalera, mas para él no eran sino siluetas; habíales prestado tan poca atención, que la vís-

pera, al anochecer, se había tropezado en el bulevar, sin reconocerlas, con las hijas de Jondrette, pues evidentemente eran ellas, y por cierto que, con gran trabajo, la que acababa de entrar en su cuarto había despertado en él, al través del disgusto y la piedad, un vago recuerdo de haberla visto en otra parte.

Ahora lo veía todo claramente. Comprendía que su vecino Jondrette tenía por industria, en su miseria, explotar la caridad de las personas bienhechoras, que se procuraba direcciones, y que escribía con nombres supuestos a gentes que juzgaba ricas y piadosas, cartas que sus hijas llevaban por su cuenta y riesgo; jugaba una partida con el destino y las ponía a ellas en juego. Marius comprendía que, probablemente, a juzgar por su huida de la víspera, por su precipitación, por su terror y por las palabras en argot que había oído, aquellas infortunadas desempeñaban además no sé qué sombrías ocupaciones, y que todo esto había dado por resultado, en medio de la sociedad humana, tal como está formada, dos miserables seres, que no eran niñas ni doncellas, ni mujeres, sino una especie de monstruos impuros e inocentes producidos por la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, sin edad, sin sexo, para las que ya no son posibles ni el bien ni el mal, y que al salir de la infancia no poseen ya nada en este mundo, ni la libertad, ni la virtud, ni la responsabilidad. Almas abiertas ayer, cerradas hoy, semejantes a esas flores caídas en la calle, manchadas por toda clase de lodos, mientras llega una rueda que las aplasta.

Sin embargo, mientras que Marius fijaba en ella una mirada sorprendida y dolorosa, la joven iba y venía por la buhardilla con una audacia de espectro. Movíase en todos los sentidos, sin cuidarse para nada de su desnudez. A veces, su camisa rota y desgarrada le caía casi

hasta la cintura. Movía las sillas, desarreglaba los objetos de tocador colocados sobre la cómoda, tocaba las ropas de Marius y rebuscaba lo que había por los rincones.

—¡Vaya —exclamó—, tenéis un espejo!

Y tarareaba como si estuviese sola, coplillas de vodevil, estribillos ligeros, que cantados con su voz gutural y ronca parecían lúgubres. Bajo aquel velo de osadía asomaba a veces cierto encogimiento, cierta inquietud y humillación. El descaro es una vergüenza.

Nada resultaba tan triste como verla andar, o, por mejor decir, revolotear en la habitación, con movimientos de pájaro a quien la luz asusta, o que tiene un ala rota. Comprendíase que en otras condiciones de educación y de destino, el aire alegre y libre de aquella joven hubiera podido tener más dulzura y encanto. Nunca entre los animales, la criatura nacida para ser una paloma se cambia en una oxifraga. Esto sólo se ve entre los hombres.

Marius estaba pensativo y la dejaba hacer.

—¡Ah —exclamó—, tenéis libros!

Un resplandor atravesó su vidriosa mirada. Volvió a hablar y su acento experimentaba el placer de poder envanecerse de algo, al cual ninguna criatura humana permanece insensible.

—Yo también sé leer.

Y cogiendo vivamente el libro sobre la mesa, leyó con bastante soltura:

«...El general Baudin recibió la orden de apoderarse con los cinco batallones de su brigada, del castillo de Hougomont, que está en medio de la llanura de Waterloo...»

Se interrumpió:

—¡Ah! ¡Waterloo! Lo conozco. Es una batalla de hace tiempo. Mi padre estuvo allí. Mi padre ha servido en el

ejército. Nosotros somos muy bonapartistas en casa. Waterloo fue contra los ingleses.

Dejó el libro, cogió una pluma, y exclamó:

—¡Y también sé escribir!

Sumergió la pluma en el tintero, y volviéndose hacia Marius, dijo:

—¿Queréis verlo? Mirad, voy a escribir una palabra para que veáis.

Y antes de que Marius hubiera tenido tiempo de responder, escribió en una hoja de papel blanco que estaba encima de la mesa: «Los corchetes están ahí.»

Luego, arrojando la pluma, añadió:

—No hay faltas de ortografía, podéis verlo. Mi hermana y yo hemos recibido educación. No siempre hemos sido lo que somos. No estábamos criadas para...

Aquí se detuvo, y fijó su apagada mirada en Marius; luego estalló en carcajadas, diciendo con una entonación que contenía todas las angustias ahogadas por todos los cinismos:

—¡Bah!

Y se puso a canturrear estas palabras con aire alegre:

Tengo hambre, padre,
y vos ni una libreta.
El frío, madre,
me impide hacer calceta.
Tirita.
Lolita.

Luego que hubo acabado aquel cuplé, exclamó:

—¿Vais alguna vez al teatro, señor Marius? Yo sí que voy. Tengo un hermanito que es amigo de los artistas, y algunas veces me da billetes. Pero no me gustan los asientos de galería. Se está allí incómodo, se está

mal. A veces hay mucha gente; y a veces hay gente que no huele bien.

Luego contempló a Marius con un aire extraño, y le dijo:

—¿Sabéis, señor Marius, que sois un guapo mozo?

Y al mismo tiempo se les ocurrió a ambos la misma idea, que a ella le hizo sonreír, y a él ruborizarse.

Aproximóse a él, púsole una mano sobre el hombro y añadió:

—Vos no habéis reparado en mí, pero yo os conozco, señor Marius. Os suelo encontrar aquí en la escalera, y os veo entrar algunas veces en casa del tío Mabeuf, que vive hacia el lado de Austerlitz, cuando me paseo por allí. Os sienta muy bien vuestro pelo rizado.

Su voz trataba de ser dulce, y no conseguía más que ser muy baja. Una parte de sus palabras se perdía en el trayecto de la laringe a los labios, como sobre un teclado donde faltan notas.

Marius había retrocedido suavemente.

—Señorita —dijo con su fría gravedad—, tengo un paquete que creo os pertenece. Permitid que os lo devuelva.

Y le tendió el sobre que contenía las cuatro cartas.

Palmoteó de contento, y exclamó:

—¡Lo hemos buscado por todas partes!

Después lo cogió vivamente, y abriendo el sobre continuó diciendo:

—¡Dios de Dios! ¡Cuánto lo hemos buscado mi hermana y yo! ¡Y vos lo habíais encontrado! En el bulevar, ¿verdad? Debió ser en el bulevar. Se nos cayó cuando íbamos corriendo. La tonta de mi hermana es la que cometió la torpeza. Al regresar no lo encontramos. Como no queríamos que nos pegasen, porque eso es inútil, completamente inútil, absolutamente inútil, dijimos que ha-

bíamos llevado las cartas y que nos habían dicho: «¡Nanay! ¡Aquí están los pobres!» ¿Y cómo habéis sabido que eran mías? ¡Ah, sí, por la escritura! ¿Luego erais vos con quien nos tropezamos anoche? ¡No se veía nada! Le pregunté a mi hermana: «¿Es un señor?» Y mi hermana me dijo: «Creo que sí es un señor.»

Mientras tanto, había desplegado la súplica dirigida «al señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas».

—¡Vaya!, ésta es para ese viejo que va a misa. Y ésta es la hora. Voy a llevársela. Tal vez nos dará algo, con lo cual podremos almorzar.

Luego se echó a reír de nuevo, y añadió:

—¿Sabéis de lo que servirá si almorzamos hoy? Nos servirá para el almuerzo de anteayer, la cena de anteayer, el almuerzo de ayer y la cena de ayer, todo de una vez, esta mañana. ¡Pardiez! ¡Si no estáis contentos, reventad perros!

Esto hizo recordar a Marius lo que aquella desgraciada había ido a buscar a su casa.

Buscó en su chaleco y no encontró nada.

La joven continuaba, y parecía hablar como si no tuviera conciencia de la presencia de Marius.

—A veces salgo por la noche. A veces no regreso. Antes de vivir aquí, el otro invierno, vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos estrechábamos unos contra otros para no helarnos. Mi hermanita lloraba. ¡Qué triste es el agua! Cuando pensaba en ahogarme decía: «No, está demasiado fría.» Salgo sola cuando quiero y duermo a veces en los fosos. Por la noche, cuando voy por el bulevar, veo los árboles como horquillas y las casas negras y grandes como las torres de Notre-Dame, y me figuro que las paredes blancas son el río y me digo: «¡Vaya, hay agua allí!» Las estrellas me parecen lám-

paras encendidas, diríase que humean y que el viento las apaga: me siento aturdida, como si unos caballos me resoplasen en los oídos; aunque sea de noche, me parece oír organillos y las máquinas de las hilaturas, y qué sé yo qué más. Creo que me arrojan piedras, huyo sin saberlo y todo da vueltas, todo. Cuando no se ha comido es gracioso lo que pasa.

Y miró a Marius con aire espantado.

Marius, a fuerza de buscar y rebuscar en sus bolsillos, había conseguido reunir cinco francos y dieciséis sueldos. Era todo cuanto poseía en el mundo. «Mi comida de hoy —pensó—, hela aquí: Mañana ya veremos.» Tomó los dieciséis sueldos y dio los cinco francos a la joven.

Ésta cogió la moneda:

—¡Bueno, ya salió el sol!

Y como si este sol hubiera tenido la propiedad de hacer fundir en su cerebro aludes de argot, prosiguió:

—¡Cinco francos! ¡Trigo largo! ¡Un monarca! Sois un buen chaval. ¡Salud! ¡Adelante los piñones! ¡Dos días de bureo! Habrá chiscón tinto, y peñascaró, y brisna, y jamaremos y tragelaremos hasta allí.

Se subió la camisa por los hombros, hizo un profundo saludo a Marius, luego un ademán familiar con la mano, y se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Buenos días, señor, voy a buscar a mi viejo.

Al pasar, vio sobre la cómoda una corteza de pan seco, que se enmohecía allí con el polvo; arrojóse sobre ella y la mordió, gruñendo:

—¡Bien durilla está! ¡Casi me rompo los dientes!

Luego salió.

V

La mirilla de la providencia

Hacía cinco años que Marius vivía en la pobreza, en la desnudez, en la misma indigencia, pero advirtió que aún no había conocido la verdadera miseria. La verdadera miseria era la que acababa de ver. Era aquella larva que acababa de pasar ante sus ojos. Y en efecto, quien no ha visto más que la miseria del hombre, no ha visto nada. Es menester ver la miseria de la mujer. Quien no ha visto más que la miseria de la mujer, no ha visto tampoco nada. Es preciso ver la miseria de la infancia.

Cuando el hombre ha llegado al último extremo, llega también a los últimos recursos. ¡Desgraciados los seres sin defensa que lo rodean! El trabajo, el pan, el fuego, el valor, la buena voluntad, todo le falta a la vez. La claridad del día parece apagarse en el exterior, y la luz moral se apaga en el interior; en estas sombras, el hombre encuentra la debilidad de la mujer y del niño, y las doblega violentamente a la ignominia.

Entonces todos los horrores son posibles. La desesperación está rodeada de los frágiles tabiques que dan todos sobre el vicio o sobre el crimen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y pudorosas delicadezas de la carne aún nueva, el corazón, la virginidad, el pudor, esta epidermis del alma, son siniestramente manoseadas por ese tiento incierto que busca los recursos, que encuentra el oprobio y se acomoda con él. Padre, madres, hijos, hermanos, hermanas, hombres, mujeres, jóvenes, se agregan y se adhieren casi como una formación mineral, en esta brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias, de inocencias. Se acurrucan, adosados los unos a los otros, en una especie de chiribitil predestinado. Se miran lamentablemente entre sí. ¡Oh, los infortunados!, ¡qué pálidos están!, ¡qué frío tienen! Parecen hallarse en un planeta mucho más alejado del sol que el nuestro.

Aquella joven fue para Marius como una especie de enviada de las tinieblas.

Le reveló todo un lado odioso de la noche.

Marius reprochóse casi de los sueños de delirio y de pasión que le habían impedido hasta entonces lanzar una mirada hacia sus vecinos. Haber pagado su alquiler era un movimiento maquinal, todo el mundo hubiera tenido este gesto: pero él, Marius, hubiera debido hacer algo más. ¡Cómo! Un muro solamente lo separaba de aquellos seres abandonados, que vivían a tientas en la noche, fuera del resto de los vivientes, codeábase con ellos; era, en cierto modo, el último eslabón del género humano que tocaban, les oía vivir, o mejor dicho, suspirar a su lado, y no les había prestado atención. Todos los días, a cada instante, a través de la pared los oía andar, ir, venir, hablar, y no prestaba el oído; y en aquellas palabras había gemidos, y él no los escuchaba. Su pensamiento estaba

en otra parte, soñando, ocupado con visiones imposibles, con amores en el aire, con locuras; y, sin embargo, criaturas humanas, sus hermanos en Jesucristo, sus hermanos del pueblo, agonizaban a su lado, ¡agonizaban inútilmente! Formaba incluso parte de su desgracia, la agravaba. Pues si hubiesen tenido otro vecino, un vecino menos quimérico y más atento, un hombre ordinario y caritativo, evidentemente su indigencia hubiera sido notada, sus señales de angustia hubieran sido vistas, y tal vez desde largo tiempo antes, hubiesen sido recogidos y salvados. Parecían sin duda muy depravados, muy corrompidos, muy envilecidos, hasta muy odiosos; pero son raros aquellos que han caído y no se han degradado. Además, hay un punto en el que los infortunados y los infames se mezclan y se confunden en una sola palabra, palabra fatal: los miserables. ¿De quién es la culpa? Además, cuando la caída es más profunda, ¿no es cuando la caridad debe ser mayor?

Mientras se daba esta lección de moral, pues había ocasiones en que Marius, como todos los corazones verdaderamente honrados, se erigía en su propio pedagogo y se reprendía más que lo que merecía, consideraba la pared que lo separaba de los Jondrette, como si a través de aquel muro hubiera querido hacer pasar su mirada llena de piedad para con ello reanimar a aquellos desgraciados. La pared era una delgada lámina de yeso sostenida por listones y pies derechos, que, como acabamos de decir, dejaba percibir perfectamente el ruido de las palabras y de las voces. Era preciso ser el soñador Marius para no haberlo notado todavía. No había pegado papel alguno, ni por el lado de los Jondrette, ni por el de Marius; veíase completamente desnuda la grosera fábrica.

Marius, sin saber casi lo que hacía, examinaba la pared; algunas veces la meditación examina, escudriña y observa, como lo haría el pensamiento. De pronto, se levantó: acababa de observar hacia lo alto, cerca del techo, un agujero triangular resultante de tres listones que dejaban un vacío entre sí. La mezcla que debía llenar aquel hueco, estaba ausente, y subiéndose sobre la cómoda podía verse a través de aquel agujero la buhardilla de los Jondrette. La conmiseración debe tener también su curiosidad. Aquel agujero formaba una especie de mirilla. Permitido es mirar el infortunio a traición para socorrerlo. «Veamos, pues, lo que son esta gente —pensó Marius— y lo que hacen.»

Escaló la cómoda, aproximó su pupila a la abertura y miró.

VI

El hombre-fiera en su cueva

Las ciudades, como las selvas, tienen sus antros donde se oculta todo lo que aquéllas tienen de más malo y más temible. Solamente que en las ciudades, lo que se oculta así es feroz, inmundo y pequeño, es decir: feo; en las selvas, lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir: hermoso. Madrigueras por madrigueras, las de las bestias son preferibles a las de los hombres. Las cavernas valen más que las zahurdas.

Lo que Marius veía era una zahurda.

Marius era pobre, y su habitación era indigente; pero así como su pobreza era noble, su granero estaba limpio. El tugurio en que su mirada se sumergía en aquel instante era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso, sórdido. Por todo mueblaje, una silla de paja, una mesa coja, algunos viejos tiestos, y en dos rincones dos tarimas indescriptibles; por toda claridad, una ventana-buhardilla con cuatro vidrios adornados de telas de araña. Por aquel agujero entraba suficiente luz para que un rostro de hombre pareciese un rostro de fantasma. Las paredes

tenían un aspecto leproso y estaban cubiertas de costuras y cicatrices como un rostro desfigurado por alguna horrible enfermedad. A través de ellas, se destilaba una humedad legañosa y se distinguían algunos dibujos obscenos, groseramente trazados con carbón.

La habitación que Marius ocupaba estaba embaldosada de ladrillos ya destrozados; esta otra no estaba ni embaldosada ni enyesada: los inquilinos andaban sobre el antiguo yeso de la fábrica, que se había convertido en negro con el roce de los pies. Sobre su suelo desigual, donde el polvo se hallaba como incrustrado, y que no tenía más que una virginidad, la de la escoba, se agrupaban caprichosamente constelaciones de viejos calzones, zapatos y pingajos horribles; por lo demás, aquella habitación tenía una chimenea; por esta razón su alquiler valía cuarenta francos al año. De todo había en aquella chimenea, una estufilla, una ramita, planchas rotas, harapos colgados de clavos, una jaula de pájaro, ceniza e incluso un poco de fuego. Dos tizones humeaban tristemente.

Lo que aumentaba aún el horror de aquel desván era su enormidad. Tenía cabos, ángulos, agujeros negros, camaranchones, bahías y promontorios. Allí se veían horribles rincones insondables, donde parecía que debían encasillarse arañas gruesas como puños, correderas largas como un pie, y tal vez no sé qué seres humanos monstruosos.

Una de las tarimas estaba cerca de la puerta, y la otra cerca de la ventana. Ambas tocaban por sus extremos a la chimenea y daban la frente a Marius.

En un ángulo próximo a la abertura por donde Marius miraba, yacía colgado de la pared, un cuadro de madera negra, enmarcando un grabado iluminado, por debajo del cual estaba escrito en letras gruesas: EL

SUEÑO. Representaba una mujer dormida y un niño dormido, el niño en el regazo de la madre; un águila en una nube con una corona en el pico, y la madre apartando la corona de la cabeza del niño, por supuesto sin despertarse; en el fondo, Napoleón en una gloria, apoyándose sobre una columna de azul oscuro, de capitel amarillo, adornada con esta inscripción:

Marengo
Austerlitz
Iéna
Wagram
Elot

Por debajo de este cuadro, una especie de panel de madera más largo que ancho, estaba colocado en el suelo, y apoyado en plano inclinado contra la pared. Tenía el aspecto de un cuadro vuelto del revés, de un lienzo, probablemente embadurnado por el otro lado, de algún cuadro descolgado de la pared, y olvidado allí en espera de que lo volvieran a colgar.

Cerca de la mesa, sobre la cual Marius divisaba una pluma, tinta y papel, hallábase sentado un hombre de unos sesenta años, pequeño, flaco, lívido, huraño, de aire astuto, cruel e inquieto; un bribón horrible.

Si Lavater[1], hubiera contemplado aquel rostro, habría descubierto en él al buitre mezclado con el procurador; al ave de rapiña y al hombre curial, afeándose y completándose uno con el otro, el curial haciendo innoble al ave de rapiña, y éste haciendo horrible al leguleyo.

Aquel hombre tenía una larga barba gris. Iba vestido con una camisa de mujer que dejaba ver su torso velludo

[1] Lavater (1741-1801), fundador de la fisiognomía, que pretendia descubrir en el rostro los rasgos del carácter.

y sus brazos desnudos erizados de pelos grises. Bajo aquella camisa veíase un pantalón enlodado y botas, por las cuales asomaban los dedos de los pies.

Llevaba una pipa en la boca y fumaba. En aquella casa no había pan, pero quedaba aún tabaco.

Probablemente estaba escribiendo alguna carta como las que Marius había leído.

En una esquina de la mesa veíase un viejo volumen rojizo, desencuadernado, y el formato, que era el antiguo in-12 de los gabinetes de lectura, revelaba que era una novela. Sobre la cubierta, campeaba este título, impreso en gruesas mayúsculas: *DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS*, por DUCRAY-DUMINIL. 1814 [1].

Mientras escribía, el hombre hablaba en voz alta, y Marius oía sus palabras:

—¡Decir que no hay igualdad, ni tan siquiera en la muerte! ¡Véase al padre Lachaise! Los grandes, los que son ricos, están en lo alto, en el paseo de las acacias que está pavimentado. Pueden llegar allí en coche. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, ¡qué!, se los mete abajo, donde hay barro hasta las rodillas, en los agujeros, en la humedad. ¡Los ponen allí para que se descompongan más pronto! No se puede ir a verlos sin hundirse en la tierra.

Detúvose ahí, golpeó la mesa con el puño, y añadió rechinando los dientes:

—¡Oh! ¡Me comería el mundo!

Una mujer gorda, que podía tener lo mismo cuarenta años que ciento, estaba acurrucada cerca de la chimenea, sobre sus talones desnudos.

Tampoco llevaba más traje que una camisa y una falda de punto remendada con pedazos de paño viejo.

[1] La novela de Ducray-Duminil, en la cual piensa aquí Víctor Hugo, es sin luda, *El ermitaño San Jaime, o Dios, el rey y la patria* (1815).

Un delantal de gruesa tela escondía la mitad de su falda. Aunque aquella mujer estaba doblada y replegada sobre sí misma, se apreciaba que era de alta estatura. Era una especie de gigante al lado de su marido. Tenía terribles cabellos de un rubio rojizo, entrecanos, que removía de vez en cuando con sus enormes y relucientes manos de uñas chatas.

A su lado yacía en el suelo, abierto de par en par, un volumen del mismo formato que el anterior, y probablemente de la misma novela.

En una de las tarimas, Marius entreveía una muchachacha larguirucha, sentada casi desnuda, con los pies colgando, que parecía no ver ni escuchar nada. Era la hermana menor, sin duda, de la que había estado en su cuarto.

Aparentaba unos once o doce años. Examinándola con atención, se descubría que tenía muy bien quince. Era la muchacha que la víspera decía en el bulevar:

—He chapescado, chapescado.

Era de esa especie enfermiza que está atrasada largo tiempo, y luego crece de pronto y de repente. Es la indigencia la que produce esas tristes plantas humanas. Esas criaturas no tienen ni infancia ni adolescencia. A los quince años aparentan doce, y a los dieciséis aparentan veinte. Hoy niñas, mañana mujeres. Diríase que saltan la vida para concluir más pronto.

En ese momento, aquel ser tenía el aire de un niño.

Por lo demás, nada revelaba en aquella habitación la presencia de ningún trabajo; ni un aparato, ni una rueda, ni instrumento de especie alguna. En un rincón había algunos objetos de hierro de aspecto dudoso. Era esa triste y sombría pereza que sigue a la desesperación y que precede a la agonía.

Marius consideró durante algún tiempo aquel fúnebre interior, más terrible que el interior de una tumba, pues sentíase remover en él el alma humana y palpitar la vida.

El desván, la cueva o el foso, desde donde ciertos indigentes se arrastran a lo más bajo del edificio social, no es del todo el sepulcro: es su antesala; pero como esos ricos que ponen de manifiesto sus mayores magnificencias a la entrada de sus palacios, parece que la muerte, que está al lado, ostenta sus más grandes miserias en este vestíbulo.

El hombre se había callado, la mujer no hablaba, y la joven parecía no respirar. Oíase rechinar la pluma sobre el papel.

El hombre masculló sin dejar de escribir:

—¡Canalla! ¡Canalla! Y todo, ¡canalla!

Esta variante de la epifonema de Salomón, arrancó un suspiro a la mujer.

—Cálmate, amiguito —dijo—. No te alteres, querido. Tienes demasiada bondad al escribir a esa gente, marido mío.

Con la miseria, los cuerpos se aprietan unos contra otros como en el frío, pero los corazones se alejan. Aquella mujer, según todas las apariencias, había debido amar a aquel hombre con la cantidad de amor que había en ella; pero, probablemente, con los cotidianos y recíprocos reproches de la espantosa miseria que gravitaba sobre todo el grupo, aquel amor se había apagado. Ya no había en ella para su marido más que las cenizas de un afecto. Sin embargo, los apelativos cariñosos, como sucede a menudo, habían sobrevivido. Le decía: querido amiguito, marido mío, con la boca, mientras el corazón guardaba silencio.

El hombre se había puesto nuevamente a escribir.

VII

Estrategia y táctica

Marius, con el corazón oprimido, iba a bajar de la especie de observatorio que había improvisado, cuando un ruido atrajo su atención y le obligó a permanecer en aquel sitio.

La puerta del desván acababa de abrirse bruscamente.

La hija mayor apareció en el umbral.

Llevaba los pies calzados con gruesos zapatos de hombre manchados de barro, que le había salpicado sus rojos tobillos, y se cubría con una vieja manta hecha jirones que Marius no le había visto una hora antes, pero que seguramente había dejado en la puerta con el fin de inspirar más piedad, y que sin duda había cogido al salir. Entró, cerró la puerta tras sí, se detuvo para tomar aliento, pues estaba ahogada, y gritó con una expresión de triunfo y de alegría:

—¡Viene!

El padre volvió los ojos, la madre volvió la cabeza; la chica no se movió.

—¿Quién? —preguntó el padre.

—¡El señor!

—¿El filántropo?

—Sí.

—¿De la iglesia de Saint-Jacques?

—Sí.

—¿Ese viejo?

—Sí.

—¿Y va a venir?

—Me sigue.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿Y de verdad viene?

—Viene en coche de alquiler.

—En coche. ¡Es Rothschild!

El padre se levantó.

—¿Cómo estás segura? Pero si viene en coche, ¿cómo es que has llegado tú antes que él? ¿Le has dado bien la dirección al menos? ¿Le has dicho claramente que era la puerta al fondo del corredor a la derecha? ¡Que no se equivoque! ¿Lo has encontrado en la iglesia?, ¿ha leído mi carta?, ¿qué te ha dicho?

—¡Ta, ta, ta! —dijo la hija—. ¡Cómo galopas, buen hombre! Mira: he entrado en la iglesia, él estaba en su lugar de costumbre, le he hecho una reverencia, le he dado tu carta, la ha leído y me ha preguntado: «¿Dónde vives, hija mía?» Yo le he dicho: «Señor, yo os llevaré.» Él me ha replicado: «No, dadme vuestra dirección; mi hija tiene que hacer algunas compras, tomaré un coche y llegaré a vuestra casa al mismo tiempo que tú.» Yo le he dado las señas. Cuando le he indicado la casa, pareció sorprendido, y como si dudara un instante, luego ha dicho: «Es igual, iré.» Concluida la misa, le vi salir de la iglesia con su hija y montaron los dos en un coche.

Le he indicado bien la última puerta, al fondo del corredor a la derecha.

—¿Y qué te hace suponer que vendrá?

—Acabo de ver el coche que llegaba por la calle del Petit-Banquier. Por esto es por lo que he corrido.

—¿Cómo sabes que es el mismo coche?

—¡Pues porque había mirado el número!

—¿Qué número?

—El 440.

—Bien, eres una chica de talento.

La muchacha miró atrevidamente a su padre, y mostrando los zapatos que llevaba en los pies, añadió:

—Una chica de talento, es posible. Pero te digo que no volveré a ponerme estos zapatos, que no los quiero, primero por la salud, y luego por la limpieza: no conozco nada más fastidioso que las suelas que rechinan, y que hacen ri, ri, ri, a lo largo del camino. Prefiero ir con los pies descalzos.

—Tienes razón —contestó el padre con un tono de dulzura que contrastaba con la rudeza de la joven—, pero como no te dejarían entrar en las iglesias, es preciso que los pobres tengan zapatos. No se va con los pies descalzos a la casa de Dios —añadió amargamente. Luego, volviendo al objeto que le preocupaba, añadió—: ¿Y estás segura de que viene?

—Viene pisándome los talones —dijo la chica.

El hombre se enderezó. Había una especie de iluminación en su rostro.

—¡Mujer! —gritó—. Ya ves. Ahora viene el filántropo. Apaga el fuego.

La madre, estupefecta, no se movió.

El padre, con la agilidad de un saltimbanqui, cogió un puchero desportillado que había sobre la chimenea y echó agua sobre los tizones.

Luego, dirigiéndose hacia su hija mayor, ordenó:

—¡Tú! ¡Quítale el asiento a la silla!

Su hija no comprendía en absoluto.

Cogió la silla y de un talonazo le quitó el asiento. Su pierna pasó a través del agujero que había hecho.

Al retirar la pierna, preguntó a su hija:

—¿Hace frío?

—Mucho frío. Está nevando.

El padre se volvió hacia la pequeña que estaba sobre la tarima cerca de la ventana, y le gritó con atronadora voz:

—¡Pronto! ¡Fuera de la cama, perezosa! ¡Nunca servirás para nada! ¡Rompe un vidrio!

La pequeña saltó de la tarima tiritando.

—¡Rompe un cristal! —repitió.

La chica permaneció como absorta.

—¿No me oyes? —repitió el padre—. ¡Te digo que rompas un cristal!

La niña, con una especie de obediencia aterrada, se alzó sobre la punta de los pies y pegó un puñetazo a un cristal. El vidrio se rompió y cayó con estrépito.

—Bien —dijo el padre.

Estaba grave y brusco. Su mirada recorría rápidamente todos los recovecos del desván.

Hubiérase dicho que era un general que hace los últimos preparativos en el momento en que va a empezar la batalla.

La madre, que aún no había pronunciado palabra, se levantó y preguntó con una voz lenta y sorda, cuyas palabras parecían salir como coaguladas:

—Querido, ¿qué pretendes hacer?

—Échate en la cama —respondió el padre.

La entonación no admitía deliberación alguna. La madre obedeció, y se arrojó pesadamente sobre una de las tarimas.

Mientras tanto, oíanse sollozos en un rincón.

—¿Qué es esto? —preguntó el padre.

La hija pequeña, sin salir de la sombra donde se había acurrucado, mostró su puño ensangrentado. Al romper el vidrio se había herido; había ido a colocarse cerca de la tarima de su madre y allí lloraba silenciosamente.

Tocóle ahora a la madre levantarse y gritar:

—¡Ya lo ves! ¡No haces más que tonterías! ¡Al romper el vidrio se ha cortado!

—¡Tanto mejor! —repuso el hombre—. Estaba previsto.

—¿Cómo, tanto mejor? —inquirió la mujer.

—¡Calma! —replicó el padre—. Suprimo la libertad de prensa.

Luego, rasgando la camisa de mujer que le cubría el cuerpo, hizo de ella un jirón de tela con el que envolvió el puño ensangrentado de la niña.

Hecho esto, su mirada se fijó con satisfacción en la desgarrada camisa.

—¡Y la camisa también! Todo esto tiene un aspecto magnífico.

Un viento helado silbaba al pasar a través del vidrio y entraba en la habitación. La bruma del exterior penetraba en ella y se dilataba como algodón blanquecino vagamente deshecho por dedos invisibles. A través del vidrio roto, veíase caer la nieve. El frío prometido la víspera por el sol de la Candelaria, había llegado en realidad.

El padre paseó la mirada a su alrededor, como para asegurarse de que no había olvidado nada. Tomó una vieja pala y echó con ella ceniza sobre los tizones mojados, hasta ocultarlos por completo.

Luego, enderezándose y apoyándose en la chimenea, dijo:

—Ahora, podemos recibir al filántropo.

VIII

El rayo de sol en la cueva

La hija mayor se acercó y colocó una mano sobre la de su padre.

—Tienta, qué frío tengo —dijo.

—¡Bah! —respondió el padre—. Más tengo yo.

La madre gritó impetuosamente:

—Siempre lo tuyo es mejor que lo de los demás, ¡hasta lo malo!

—¡Silencio! —dijo el hombre.

La madre, mirada de cierto modo, se calló.

Hubo en la cueva un momento de silencio. La hija mayor deshilaba con aire indiferente el extremo inferior de su manta, y la hermana pequeña continuaba sollozando; la madre le había cogido la cabeza entre las manos y la cubría de besos, diciéndole en voz baja:

—Tesoro mío, no llores, te lo suplico; esto no será nada: mira que vas a hacer enfadar a tu padre.

—¡No! —gritó el padre—. ¡Al contrario, llora, llora! Esto está muy bien.

Luego, volviéndose hacia la mayor, exclamó:

—¡Ah, no llega! ¡Y si no viniera!, habría apagado el fuego, desfondado la silla, desgarrado mi camisa y roto el cristal para nada.

—¡Y herido a la pequeña! —murmuró la madre.

—¿Sabéis —prosiguió el padre— que hace un frío de perros en este desván del diablo? ¡Si ese hombre no viniera! ¡Oh, cómo se hace esperar! Él dirá: «Me esperarán, ¡allí están para esto!» ¡Oh, cómo los aborrezco! ¡Y con qué júbilo, con qué alegría, con qué entusiasmo y con qué satisfacción estrangularía a esos ricos! ¡A todos esos ricos! ¡A esos pretendidos hombres caritativos que se hacen los santos, que van a misa, que predican por aquí y por allá, que se creen por encima de nosotros y que vienen a humillarnos y a traernos vestidos, como ellos dicen! ¡Trapos que no valen más de cuatro sueldos, y pan! ¡No es eso lo que yo quiero, atajo de canallas! ¡Es dinero! ¡Ah, dinero, nunca, porque dicen que nos lo gastaríamos en bebida y que no somos más que unos borrachos y holgazanes! ¡Y ellos! ¿Qué es lo que son y lo que fueron en sus tiempos? ¡Ladrones! ¡No se habían enriquecido! ¡Oh, debiera cogerse a la sociedad entre los cuatro extremos de una manta y arrojarlo todo al aire! ¡Todo se rompería, es posible, pero al menos nadie tendría nada, y esto habríamos ganado! ¿Pero qué es lo que está haciendo el mastín de tu benéfico señor? ¡Vendrá! ¡El animal tal vez habrá olvidado la dirección! Apostemos a que ese viejo bestia...

En aquel instante dieron un ligero golpe en la puerta: el hombre se precipitó hacia ella y la abrió, gritando con profundos saludos y sonrisas de adoración:

—¡Entrad, señor! Dignaos entrar, mi respetable bienhechor, y también vuestra encantadora hija.

Un hombre de edad madura y una joven aparecieron en el umbral del desván.

Marius no había abandonado su puesto. Lo que experimentó en aquel instante escapa a la lengua humana.

Era ella.

Todo el mundo que ha amado sabe el resplandeciente sentido que contienen las cuatro letras de esta palabra: ella.

Era ella, efectivamente. Apenas Marius podía distinguirla a través del luminoso vapor que súbitamente se había esparcido ante sus ojos. Era aquel dulce ser ausente, aquel astro que había brillado para él durante seis meses, era aquella pupila, aquella frente, aquella boca, aquel hermoso rostro desvanecido, que había dejado sumido en la oscuridad al marcharse. La visión se había eclipsado, ¡ella reaparecía!

Reaparecía en aquella sombra, en aquel desván, en aquella cueva deforme, en aquel horror.

Marius se estremeció. ¡Cómo! ¡Era ella! Las palpitaciones de su corazón le turbaban la vista. Sentíase a punto de prorrumpir en llanto. ¡La volvía a ver, después de haberla buscado durante tanto tiempo! Le parecía que había perdido su alma y volvía a encontrarla.

Seguía siendo la misma, solamente un poco más pálida; su delicado rostro se encuadraba en su sombrero de terciopelo violeta, y su talle se ocultaba en una manteleta de satín negro. Bajo su largo vestido, se entreveía su pequeño pie, aprisionado en una botita de seda.

Iba acompañada como siempre por el señor Blanco.

Había dado algunos pasos por el cuarto, dejando un gran paquete sobre la mesa.

La Jondrette mayor se había retirado detrás de la puerta y miraba con tristes ojos aquel sombrero de terciopelo, aquel abrigo de seda y aquel encantador rostro feliz.

IX

Jondrette casi llora

Hasta tal punto estaba oscuro el desván, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar en él lo mismo que hubieran sentido al entrar en otra cueva. Los dos recién llegados avanzaron con cierta vacilación, distinguiendo apenas unas formas vagas a su alrededor, mientras que a su vez eran perfectamente vistos y examinados por los ojos que habitaban aquel desván, acostumbrados a aquel crepúsculo.

El señor Blanco se aproximó con su mirada buena y triste, y dijo al padre Jondrette:

—Señor, encontraréis en este paquete algunas prendas nuevas, medias y cobertores de lana.

—Nuestro angelical bienhechor nos abruma —respondió Jondrette inclinándose hasta el suelo.

Luego, acercándose al oído de su hija mayor, en tanto que los visitantes examinaban aquel lamentable interior, añadió en voz baja y rápidamente:

—¿Eh?, ¿no lo decía yo? ¡Trapos, pero no dinero! ¡Son todos los mismos! A propósito, ¿cómo estaba firmada la carta para este viejo babieca?

—Fabantou —respondió la hija.

—El artista dramático, ¡bien!

A tiempo se acordó Jondrette, porque en aquel momento el señor Blanco se volvió hacia él y le decía con el aire de quien quiere recordar un nombre:

—Ya veo que sois muy digno de lástima, señor....

—Fabantou —respondió vivamente Jondrette.

—Señor Fabantou, sí, eso es, ya me acuerdo.

—Artista dramático, señor, que ha obtenido algunos triunfos.

Aquí Jondrette creyó evidentemente llegado el momento de «apoderarse» del filántropo. Exclamó con un sonido de voz que participaba a la vez de charla del titiritero en las ferias y de la humildad del mendigo en las carreteras:

—Discípulo de Talma, señor. ¡Soy discípulo de Talma. La fortuna me sonrió en otro tiempo. ¡Ah!, ahora le ha llegado su turno a la desgracia; ya lo veis, no tengo ni pan ni fuego. ¡Mis pobres hijas no tienen fuego! ¡Mi única silla sin asiento! ¡Un cristal roto, con el tiempo que hace! ¡Mi esposa en la cama, enferma!

—¡Pobre mujer! —se dolió el señor Blanco.

—¡Mi hija herida! —añadió Jondrette.

La niña, distraída a causa de la llegada de los visitantes, se había puesto a contemplar a la «señorita» y había cesado de sollozar.

—¡Llora, chiquilla! —le dijo Jondrette por lo bajo.

Al mismo tiempo le pellizcó la mano herida; todo esto con un verdadero talento escamoteador.

La pequeña lanzó grandes gritos.

La adorable joven que Marius llamaba en su corazón, «su Úrsula», se acercó prestamente:

—¡Pobre niña! —exclamó.

—Ya veis, hermosa señorita —prosiguió Jondrette—, ¡su puño ensangrentado! Es un accidente que le ha sucedido trabajando en una mecánica para ganar seis sueldos por día. ¡Tal vez habrá necesidad de cortarle el brazo!

—¿De veras? —dijo el anciano señor, alarmado.

La pequeña, tomando estas palabras en serio, comenzó a llorar con más fuerza.

—¡Ah, sí, mi bienhechor! —respondió el padre.

Desde hacía algunos instantes, Jondrette contemplaba al «filántropo» de un modo extraño. Mientras hablaba, parecía escudriñar con atención, como si tratase de buscar algo en sus recuerdos. De repente, aprovechando un instante en que los dos recién llegados preguntaban con interés a la pequeña por su mano herida, se acercó a su mujer, que yacía en la cama con aire estúpido, y le dijo vivamente y en voz baja:

—¡Mira bien a este hombre!

Luego, volviéndose al señor Blanco, continuó lamentándose:

—¡Ya lo veis, señor, tengo por todo vestido una camisa de mi mujer, y desgarrada, en el rigor del invierno! No puedo salir porque no tengo ropa. Si tuviera algún vestido, iría a ver a la señorita Mars que me conoce y me quiere mucho. ¿No vive aún en la calle de la Tour-des-Dames? ¿Sabéis, señor?, trabajamos juntos en provincias. He compartido sus laureles. ¡Célimène vendrá en mi socorro, caballero! ¡Elmire daría limosna a Belisario! Pero no, ¡nada! ¡Ni un sueldo en casa! ¡Mi mujer enferma, y ni un sueldo! ¡Mi hija herida, y ni un sueldo! Mi esposa

tiene ahogos. Efectos de la edad, complicados con el sistema nervioso. ¡Necesita cuidados, y mi hija también! ¡Pero el médico, el boticario! ¿Cómo pagar? ¡Ni un cuarto! ¡Me arrodillaría ante una décima, señor! ¡Mirad a lo que están reducidas las artes! ¿Y sabéis, hermosa señorita, y vos, mi generoso protector, vos que respiráis la virtud y la bondad, y que perfumáis esa iglesia donde mi pobre hija, al ir a rezar, os ve todos los días. . ., sabéis por qué yo educo a mis hijas en la religión, señor? No he querido que se dedicasen al teatro. ¡Ah, las picaruelas, que yo las vea torcerse. . .! ¡Yo no gasto bromas! Les echo largos sermones sobre el honor, sobre la moral y la virtud. Preguntadles. Es menester que anden derechas. Tienen un padre. No son unas desgraciadas que comienzan por no tener familia, y acaban con emparentar con el público: que al principio son la señorita Nadie, y luego se convierten en la señora Todo-el-Mundo. ¡Pardiez! ¡Esto no sucederá en la familia Fabantou! Trato de educarlas virtuosamente, y que sean honradas y buenas, y que crean en Dios. Y bien, señor, mi digno señor, ¿sabéis lo que va a pasar mañana? Mañana es el cuatro de febrero, el día fatal, el último plazo que me ha dado mi casero; si esta noche no le he pagado, mañana mi hija mayor, mi esposa con fiebre, mi niña con su herida, y yo, los cuatro, seremos arrojados de aquí, y abandonados en la calle, en el bulevar, sin abrigo, bajo la lluvia y la nieve. Mirad, señor; debo cuatro trimestres, ¡un año!, es decir, sesenta francos.

Jondrette mentía. Cuatro trimestres no hubieran sumado más que cuarenta francos, y no podía deber cuatro, puesto que aún no hacía seis meses, Marius había pagado dos.

El señor Blanco sacó cinco francos de su bolsillo y los dejó sobre la mesa.

Jondrette tuvo tiempo de murmurar al oído de su hija mayor:

—¡Tacaño! ¿Que quiere que haga con sus cinco francos? ¡Con esto no me paga ni la silla ni el vidrio! ¡Haga usted gastos!

Entretanto, el señor Blanco se había quitado un gran sobretodo castaño, que llevaba por encima de su levita azul, y lo había echado en la espalda de la silla.

—Señor Fabantou —dijo—, no tengo más que estos cinco francos: pero voy a llevar a mi hija a casa, y volveré esta noche: ¿no es esta noche cuando debéis pagar?

El rostro de Jondrette se iluminó con una extraña expresión. Respondió con viveza:

—Sí, mi respetable señor. A las ocho debo estar en casa del propietario.

—Estaré aquí a las seis, y os traeré los sesenta francos.

—¡Mi bienhechor! —exclamó Jondrette, delirante.

Y añadió por lo bajo:

—Míralo bien, mujer.

El señor Blanco había cogido del brazo a la hermosa joven, y volvióse hacia la puerta:

—Hasta la noche, amigos míos —dijo.

—¿A las seis? —preguntó Jondrette.

—A las seis en punto.

En aquel instante, el sobretodo dejado sobre la silla, captó la atención de la Jondrette mayor.

—Señor —dijo—, olvidáis vuestro sobretodo.

Jondrette dirigió a su hija una mirada furibunda, acompañada de un encogimiento de hombros formidable.

El señor Blanco se volvió, y respondió con una sonrisa:

—No lo olvido, lo dejo.

—¡Oh, mi protector —exclamó Jondrette—, mi augusto protector, voy a llorar! ¡Permitid que os acompañe hasta vuestro coche!

—Si salís —aconsejó el señor Blanco—, poneos este abrigo. Verdaderamente hace mucho frío.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veces. Se endosó rápidamente el sobretodo oscuro.

Y salieron los tres: Jondrette precedía a los dos visitantes.

X

Tarifa de los coches de alquiler: dos francos por hora

Marius no había perdido nada de toda la anterior escena, y, en realidad, sin embargo, nada había visto. Sus ojos habían estado constantemente fijos en la joven, su corazón se había, por decirlo así, apoderado de ella, y la había rodeado toda entera desde su primer paso en el desván. Durante todo el tiempo que había estado allí, Marius había vivido con esa vida de éxtasis que suspende las percepciones materiales y precipita el alma entera hacia un solo punto. Contemplaba, no a aquella joven, sino aquella luz que llevaba una manteleta de raso y un sombrero de terciopelo. La estrella Sirio, si hubiera entrado en la habitación, no lo habría deslumbrado tanto.

En tanto que la joven abría el paquete, desplegaba las prendas y los cobertores, preguntaba a la madre enferma con bondad y a la muchacha herida con ternura, él espiaba todos sus movimientos y trataba de oír sus palabras. Conocía sus ojos, su frente, su belleza, su talle, su andar, pero no conocía el sonido de su voz. Había creído captar algunas palabras una vez en Luxemburgo, pero

no estaba del todo seguro. Hubiera dado diez años de su vida por oírla, para poder llevar en su alma un poco de aquella música. Pero todo se perdía en las declamaciones lastimeras y los estallidos de trompeta de Jondrette, lo cual irritaba verdaderamente a Marius, aun en medio de su éxtasis. No apartaba de ella los ojos. No podía imaginarse que fuese realmente aquella criatura divina la que veía en medio de seres tan inmundos en aquel monstruoso tugurio. Parecíale ver un colibrí entre sapos.

Cuando ella salió, sólo tuvo un pensamiento, seguirla, no perder sus huellas, no dejarla hasta saber dónde vivía, no volverla a perder, al menos después de haberla recobrado tan milagrosamente. Saltó de la cómoda y cogió su sombrero. Al poner la mano en el picaporte, cuando ya iba a salir, lo detuvo una reflexión. El corredor era largo, la escalera estrecha y empinada, Jondrette muy charlatán, el señor Blanco no habría aún subido a su coche, y si volviéndose en el corredor, en la escalera o en la puerta, lo veía en aquella casa, evidentemente se alarmaría y hallaría medio de escapar de nuevo, y otra vez habría acabado todo. ¿Qué hacer? ¿Esperar un poco?, pero mientras esperaba, el coche podría partir. Marius se hallaba perplejo. Por fin se arriesgó y salió de la habitación.

No había nadie en la escalera. Bajó apresuradamente y llegó al bulevar a tiempo de ver un coche de alquiler volver la esquina de la calle del Petit-Banquier y entrar en París.

Marius se precipitó en aquella dirección. Al llegar a la esquina volvió a ver el coche que bajaba rápidamente por la calle Mouffetard; el coche estaba ya muy lejos y no había medio de alcanzarlo, ¿qué hacer?, ¿correr tras él?, imposible. Además, desde el coche podrían observar

que un individuo corría a todo escape en su persecución y el padre lo reconocería. En aquel momento, casualidad inaudita y maravillosa, Marius descubrió un coche de alquiler que pasaba vacío por el bulevar. No tenía que tomar más que un partido: subir en el cabriolé y seguir al coche. Esto era seguro y eficaz.

Marius hizo señas al cochero para que parara y le gritó:

—¡Por horas!

Marius iba sin corbata, llevaba el traje viejo de los días de trabajo, al que le faltaban algunos botones, y su camisa estaba rota por uno de los pliegues de la pechera.

El coche se detuvo, el cochero guiñó el ojo y extendió hacia Marius su mano izquierda, frotando suavemente el índice contra el pulgar.

—¿Qué? —inquirió Marius.

—Pagad por anticipado —dijo el cochero.

Marius recordó que no llevaba encima más que dieciséis sueldos.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Cuarenta sueldos.

—Pagaré al volver.

El cochero, por toda respuesta, silbó la canción de La Palisse y dio un latigazo al caballo.

Marius vio alejarse al cabriolé con aire consternado. Por veinticuatro sueldos que le faltaban, se desvanecía su alegría, su felicidad, su amor, y volvía a caer en las tinieblas. Había visto y quedaba nuevamente ciego. Pensó amargamente, y preciso es decirlo, con una profunda pena, en los cinco francos que aquella misma mañana había dado a la miserable muchacha. Si hubiera tenido aquellos cinco francos, se habría salvado; habría renacido, salido del limbo y de las tinieblas, del aislamiento, del *spleen*, de la viudez; reanudaba el negro hilo de su destino

a aquel hermoso hilo de oro que acababa de flotar ante sus ojos y de romperse otra vez. Volvió, pues, a su buhardilla, desesperado.

Habría podido reflexionar que el señor Blanco había prometido regresar a la noche, y que no tenía sino ingeniárselas mejor para seguirle; mas en su éxtasis, apenas lo había oído.

En el momento de subir la escalera vio al otro lado del bulevar junto a la desierta pared de la calle de la barrera de los Gobelins [1], a Jondrette envuelto en el sobretodo del «filántropo», que hablaba con uno de esos hombres de figura sospechosa, que se ha convenido en llamar vagos de las barreras; gentes de aspecto equívoco, de monólogos sospechosos, que tienen aire de malpensados, y que duermen habitualmente de día, lo que hace suponer que trabajan de noche.

Aquellos dos hombres, hablando inmóviles bajo la nieve que caía a grandes copos, formaban un grupo que a un agente de policía hubiera llamado seguramente la atención, pero en los que Marius apenas reparó.

Sin embargo, por dolorosa que fuese su meditación, no pudo menos que decirse que aquel vago de las barreras con quien Jondrette hablaba, se parecía a un tal Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, que Courfeyrac le había mostrado una vez, y que pasaba en el barrio por un paseante nocturno bastante peligroso. Ya hemos hallado en el libro precedente el nombre de este mozo. Aquel Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, figuró posteriormente en varios procesos criminales y llegó a ser un bribón célebre. Entonces no era aún más que un bribón notable. Hoy forma parte de la tradición entre los bandidos y los ladrones. A fines del último reinado, hacía

1 Véase pág. 519, núm. -.

escuela. Y por la tarde, al anochecer, a la hora en que se forman grupos y se habla en voz baja, hablaban de él en la Force, y en la Fosse-aux-Lions. En aquella prisión, precisamente en el sitio donde pasaba bajo el camino de ronda el canal de la alcantarilla que sirvió para la inaudita fuga en pleno día de treinta presos en 1843, se podía leer su nombre, Panchaud, encima de la alcantarilla, audazmente grabado por él en la pared, en una de sus tentativas de evasión. En 1832, la policía lo vigilaba ya, pero no había aún debutado seriamente.

XI

Ofertas de servicio de la miseria al dolor

Marius subió la escalera del caserón a pasos lentos; en el instante en que iba a penetrar en su celda descubrió detrás de sí, en el corredor, a la Jondrette mayor que lo seguía. Aquella muchacha le resultó odiosa a la vista, pues era ella la que tenía sus cinco francos; era demasiado tarde para pedírselos, y además el cabriolé ya no estaba allí, y el coche de alquiler se hallaba ya lejos. Por otra parte, ella no se los devolvería. En cuanto a interrogarla sobre la casa de los que habían estado allí, aquello resultaba inútil, era evidente que no lo sabía, puesto que la carta firmada por Fabantou, estaba dirigida al bienhechor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas.

Marius entró en su habitación y empujó la puerta tras de sí.

La puerta no se cerró; se volvió y vio una mano que retenía la puerta entreabierta.

—¿Qué hay? —preguntó—. ¿Quién está ahí?

Era la hija de Jondrette.

—¿Sois vos? —replicó Marius casi duramente—. ¡Otra vez vos! ¿Qué queréis?

Ella parecía pensativa y no respondía. No tenía la seguridad de la mañana. No había entrado y se mantenía en la sombra del corredor, donde Marius la veía a través de la puerta entreabierta.

—¿Contestáis o no? —inquirió Marius—. ¿Qué queréis?

Ella levantó hacia él su vista apagada, donde una especie de claridad parecía haberse encendido vagamente, y le dijo:

—Señor Marius, parecéis triste. ¿Qué tenéis?

—¿Yo? —dijo Marius.

—Sí, vos.

—No tengo nada.

—¡Sí!

—No.

—¡Os digo que sí!

—¡Dejadme tranquilo!

Marius empujó nuevamente la puerta, pero ella continuó reteniéndola abierta.

—Mirad —dijo—, hacéis mal. Aun cuando no seáis rico, habéis sido bueno esta mañana. Sedlo también ahora. Me habéis dado de comer, decidme ahora qué tenéis. Estáis apesadumbrado, esto se ve. No quisiera que tuvierais pena alguna. ¿Qué es preciso hacer para esto? ¿Puedo serviros en algo? Empleadme. No os pregunto vuestros secretos, no necesito que me los digáis, pero, en fin, quiero seros útil. Quiero ayudaros, puesto que ayudo a mi padre. Cuando es preciso llevar cartas, ir a las casas, pedir de puerta en puerta, encontrar una dirección, seguir a alguien, yo sirvo para esto. Pues, bien, podéis decirme lo que tenéis, iré a hablar a las personas; algunas veces

alguien que hable a las personas basta para que se sepan las cosas, y todo se arregla. Servíos de mí.

Una idea atravesó por la imaginación de Marius. ¿Quién desdeña una rama cuando se está a punto de caer?

Se aproximó a la Jondrette.

—Escucha... —le dijo.

Ella lo interrumpió con un relámpago de alegría en los ojos.

—¡Oh, sí, tuteadme! Prefiero eso.

—Pues, bien —continuó—, ¿tú has traído aquí a ese anciano con su hija...?

—Sí.

—¿Sabes su dirección?

—No.

—Averíguamelo.

La mirada de la Jondrette, de triste se había vuelto alegre, y de alegre se había vuelto sombría.

—¿Es eso lo que queréis? —preguntó.

—Sí.

—¿Los conocéis, acaso?

—No.

—Es decir, no la conocéis, pero queréis conocerla.

Este *los*, que se había convertido en *la*, tenían un no sé qué de significativo y amargo.

—¿Puedes o no? —preguntó Marius.

—¿Conseguir la dirección de esa hermosa señorita?

Había en las palabras *hermosa señorita*, un acento que importunó a Marius. Prosiguió:

—¡En fin, no importa! Las señas del padre y de la hija. ¡La dirección, vaya!

La Jondrette lo miró fijamente.

—¿Qué me daréis?

—¡Todo lo que quieras!

—¿Todo lo que quiera?

—Sí.

—Tendréis la dirección.

Bajó la cabeza; luego, con un movimiento brusco, tiró de la puerta, la cual cerró.

Marius se encontró solo.

Se dejó caer sobre una silla, con la cabeza y los codos apoyados en la cama, abismado en pensamientos que no podía retener, y como presa de vértigo. Todo lo que había sucedido desde la mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que aquella criatura acababa de decirle, una luz de esperanza flotando en una desesperación inmensa, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto, vio interrumpida violentamente su meditación.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette pronunciar estas palabras llenas del más extraño interés para él.

—Te digo que estoy seguro de ello, y que lo he reconocido.

¿De quién hablaba Jondrette? ¿A quién había reconocido? ¿Al señor Blanco? ¿Al padre de «su Úrsula»? ¿Acaso Jondrette lo conocía? ¿Iba Marius a tener, de aquel modo brusco e inesperado, todas las noticias sin las cuales su vida era oscura para él mismo? ¿Iba a saber, por fin, a quién amaba? ¿Quién era aquella joven? ¿Quién era su padre? ¿Estaba a punto de iluminarse la espesa sombra que los cubría? ¿Iba a rasgarse el velo? ¡Ah, cielos!

Saltó más bien que subió sobre la cómoda, y tornó a su puesto cerca del pequeño agujero del tabique.

Desde allí, volvió a ver el interior del tabuco de Jondrette.

XII

Empleo de la moneda de cinco francos del señor Blanco

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, excepto que la mujer y las hijas habían buscado en el paquete y se habían puesto medias y camisas de lana. Dos cobertores nuevos estaban tendidos sobre las dos camas.

Jondrette acababa evidentemente de entrar. Se le oía aún jadear a causa del cansancio. Sus hijas estaban cerca de la chimenea, sentadas en el suelo, la mayor vendando la mano de la más pequeña. Su mujer estaba como acurrucada en la tarima inmediata a la chimenea, con rostro estupefacto. Jondrette se paseaba de un extremo a otro del desván, a grandes pasos. Su mirada era extraordinaria.

La mujer, que parecía intimidada, y como herida de estupor ante su marido, se aventuró a decirle:

—Pero, ¿de veras? ¿Estás seguro?

—¡Seguro! ¡Hace ocho años! ¡Pero lo reconozco! ¡Oh, sí, lo reconozco! Lo he reconocido inmediatamente. ¡Cómo! ¿No te ha saltado a la vista?

—No.

—¡Y, sin embargo, te dije que prestaras atención! Es su estatura, es su rostro apenas más viejo; hay personas que no envejecen, no sé cómo lo hacen; es el mismo sonido de voz. Mejor vestido, ¡eso es todo! ¡Ah! ¡Viejo misterioso del diablo, ya te tengo!

Se detuvo, y ordenó a sus hijas:

—¡Vosotras, marchaos! Es raro que no te haya saltado a la vista.

Las hijas se levantaron para obedecer.

La madre balbució:

—¿Con su mano enferma?

—El aire le hará bien —dijo Jondrette—. Idos.

Evidentemente, aquel hombre era de esos a los que no se replica. Las dos muchachas salieron.

En el momento en que iban a cruzar el umbral, el padre retuvo a la mayor por el brazo, y le dijo con un acento particular:

—Estaréis aquí a las cinco en punto. Las dos. Tendré necesidad de vosotras.

Marius redobló su atención.

Al quedarse solo con su mujer, Jondrette se puso a pasear nuevamente por la habitación y dio dos o tres vueltas en silencio. Después empleó algunos minutos en hacer entrar y pasar por el cinturón de su pantalón la parte inferior de la camisa de mujer que llevaba puesta.

De repente se volvió hacia la Jondrette, cruzó los brazos y exclamó:

—¿Quieres que te diga una cosa? La señorita...

—Y bien, ¿qué? —preguntó la mujer—. ¿La señorita...?

Marius no podía dudar; era de ella de quien hablaban. Escuchaba con ardiente ansiedad. Toda su vida pendía de sus oídos.

Pero Jondrette se había inclinado, y hablaba bajo a su mujer. Luego se incorporó y terminó en voz alta:

—¡Es ella!

—¿Ésa? —exclamó la mujer.

—Ésa —contestó el marido.

No hay palabras que puedan expresar lo que había en el «ésa» de la madre. Era la sorpresa, la rabia, el odio, la cólera, mezclados y combinados en un enconamiento monstruoso. Habían bastado algunas palabras, el nombre sin duda que su marido le había dicho al oído, para que aquella gruesa mujer adormecida se despertase, y de repugnante, se volviese espantosa.

—¡No es posible! —exclamó—. ¡Cuando pienso que mis hijas van con los pies desnudos y no tienen ni un vestido que ponerse! ¡Cómo! ¡Una manteleta de raso, un sombrero de terciopelo y hasta botas y todo! ¡Más de doscientos francos en trapos! ¡Cualquiera creería que es una dama! ¡No, te engañas! ¡Además, la otra era horrible, y ésta no está mal! ¡No, de verdad que no está del todo mal! ¡No puede ser ella!

—Te digo que es ella. Ya verás.

Ante aquella afirmación tan absoluta, la Jondrette levantó su ancha cara roja y rubia y contempló el techo con una expresión deforme. En aquel momento le pareció a Marius más temible aún que su marido. Era una cerda con la mirada de una tigresa.

—¡Cómo! —replicó—. ¡Esa horrible hermosa señorita que miraba a mis hijas con aire de piedad, sería aquella pelona! ¡Oh, quisiera reventarle el vientre a zapatazos!

Saltó de la cama, y permaneció un instante en pie, despeinada, con las ventanas de la nariz hinchadas, la boca entreabierta, los puños crispados y echados hacia atrás. Luego se dejó caer de nuevo sobre la tarima. El hombre iba y venía sin prestar atención a su mujer.

Tras algunos instantes de silencio, acercóse a la Jondrette y se detuvo ante ella con los brazos cruzados como un momento antes.

—¿Y quieres que te diga otra cosa?

—¿Qué? —preguntó.

Él respondió con una voz breve y baja:

—Que mi fortuna está hecha.

La Jondrette lo consideró con esa mirada que significa: ¿Acaso el que me habla se ha vuelto loco?

Él prosiguió:

—¡Mil truenos! Ya hace bastante tiempo que soy feligrés de la parroquia-muérete-de-hambre-si-tienes-fuego-muérete-de frío-si-tienes-pan. ¡Ya tengo bastante de miseria! ¡Mi carga y la carga de los demás! No bromeo, esto ya no me divierte: ¡Basta de bromas, buen Dios! ¡Basta de farsa, Padre eterno! ¡Quiero que mi hambre coma! ¡Quiero que mi sed beba! ¡Quiero zampar, dormir y no hacer nada! ¡Quiero que me llegue mi vez antes de reventar! ¡Quiero ser un poco millonario!

Dio la vuelta a la cueva y añadió:

—Como los demás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer.

Él sacudió la cabeza, guiñó un ojo y alzó la voz como un charlatán de plazuela que va a hacer una demostración.

—¿Lo que quiero decir? ¡Escucha!

—¡Chist! —murmuró la Jondrette—. ¡No tan alto! Si vas a hablar de asuntos, es preciso que no nos oigan.

—¡Bah! ¿Quién puede oírnos? ¿El vecino? Lo he visto salir hace poco. ¿Además, es que oye algo ese gran bestia? Aparte que, ¿no te he dicho ya que lo he visto salir?

Empero, por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz, aunque no lo bastante para que sus palabras escapasen a Marius. Una circunstancia favorable, y que

había permitido a Marius no perder nada de esta conversación, es que la nieve caída amortiguaba el ruido de los carruajes en el bulevar.

He aquí lo que Marius oyó:

—Escucha bien. El Creso está bien cogido. O como si lo estuviera. Es cosa hecha; todo está arreglado. He visto a algunos amigos. Él vendrá a las seis. Traerá los sesenta francos, ¡canalla! ¿Has visto cómo le he enredado para que suelte los sesenta francos, con mi casero y con el cuatro de febrero, que no puede ser final de trimestre? ¡Qué bestia! Vendrá, pues, a las seis. A esa hora el vecino se habrá ido a cenar; la tía Bougon estará lavando los platos en la ciudad. No habrá nadie en la casa. El vecino no vuelve nunca antes de las once. Las pequeñas estarán de vigilancia. Tú nos ayudarás, y él se ejecutará.

—¿Y si no se ejecuta? —preguntó la mujer.

Jondrette hizo un gesto siniestro y dijo:

—Nosotros lo ejecutaremos.

Y soltó una carcajada.

Era la primera vez que Marius lo veía reír. Su risa era fría y suave, y hacía estremecer.

Jondrette abrió un armario cerca de la chimenea y sacó un viejo casquete que se puso en la cabeza después de haberlo cepillado con la manga.

—Ahora —dijo—, voy a salir. Tengo que ver a alguien de los buenos. Ya verás cómo esto marcha. Estaré fuera el menos tiempo posible. Es un buen golpe el que vamos a dar. Guarda la casa.

Y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, permaneció un momento pensativo; luego exclamó:

—¿Sabes que es una feliz casualidad el que no me haya reconocido? ¡Si me hubiese reconocido, no hubiera

vuelto! ¡Se nos escapaba! ¡Mi barba es la que nos ha salvado! ¡Mi perilla romántica! ¡Mi linda perilla romántica!

Y se echó a reír de nuevo.

Después se acercó a la ventana. Continuaba nevando y el cielo estaba gris.

—¡Qué tiempo tan perro! —exclamó.

Luego, abrochándose el sobretodo, comentó:

—Tiene el pelo demasiado largo. Es igual —añadió—, ha hecho endiabladamente bien en dejármelo el viejo tunante. ¡Sin esto no habría podido salir y todo se lo habría llevado la trampa! ¡Qué casualidades se dan en el mundo!

Y hundiéndose el casquete hasta los ojos, salió.

Apenas había tenido tiempo de dar algunos pasos en el exterior, cuando la puerta volvió a abrirse y su fiero e inteligente perfil reapareció en la abertura.

—Me olvidaba de decirte que tengas preparada una estufa de carbón.

Y echó en el delantal de su mujer la pieza de cinco francos que le había dejado «el filántropo».

—¿Una estufa de carbón? —preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Cuánto compro?

—Una arroba.

—Eso costará treinta sueldos. Con el resto compraré algo para cenar.

—¡Diablos, no!

—¿Por qué?

—Porque yo, por mi parte, tendré que comprar algo.

—¿El qué?

—Algo.

—¿Cuánto necesitarás?

—¿Dónde hay un quincallero por aquí?

—En la calle Mouffetard.

—¡Ah, sí! en la esquina de la calle; ya recuerdo la tienda.

—Pero dime, ¿cuánto te hace falta para eso que necesitas comprar?

—Cincuenta sueldos, o tres francos.

—No quedará mucho para la comida.

—Hoy no se trata de comer: hay algo mejor que hacer.

—Basta, hermoso.

Oído aquel mimo de su mujer, Jondrette cerró la puerta y esta vez, Marius oyó sus pasos que se alejaban por el corredor del caserón y descendían rápidamente la escalera.

En aquel momento daba la una en Saint-Médard.

XIII

Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare Pater Noster [1]

Marius, por más soñador que fuese, era, lo hemos dicho ya, una naturaleza firme y enérgica. Los hábitos de recogimiento solitario, desarrollando en él la simpatía y la compasión, habían disminuido tal vez la facultad de irritarse, pero dejado intacta la facultad de indignarse; tenía la benevolencia de un *brahmán* y la severidad de un juez; tenía piedad de un sapo, pero aplastaba a una víbora. Ahora bien, su mirada había penetrado en un nido de víboras; era un nido de monstruos el que tenía ante sus ojos.

—Es preciso aplastar a estos miserables —dijo.

Ninguno de los enigmas que él esperaba verse disipar, se había esclarecido; por el contrario, tal vez todos se habían oscurecido más; no sabía nada más acerca de la bella niña del Luxemburgo y del hombre a quien llamaba el señor Blanco, sino que Jondrette los conocía. A través

1 «Sólo a solas, en un lugar apartado, no se pensará que ellos dicen el Padre Nuestro.»

de las tenebrosas palabras que había oído, sólo entreveía distintamente una cosa, y era que se preparaba una emboscada, una emboscada oscura pero terrible; que los dos corrían un gran peligro; la joven probablemente; el padre de seguro; que era preciso salvarlos; que era preciso deshacer las horribles combinaciones de los Jondrette y rasgar la tela de aquellas arañas.

Observó un momento a la Jondrette. Había sacado de un rincón un antiguo hornillo de palastro y andaba revolviendo en sus útiles de hierro viejo.

Bajóse de la cómoda lo más suavemente que pudo, procurando no hacer el menor ruido.

En su espanto por lo que se preparaba, y en el horror que los Jondrette le habían causado, sentía una especie de alegría ante la idea de que le sería dado prestar un gran servicio a la que amaba.

Pero, ¿qué hacer? ¿Advertir a las personas amenazadas? ¿Dónde encontrarlas? Ignoraba su dirección. Habían reaparecido ante sus ojos un instante, y luego habíanse vuelto a hundir en las inmensas profundidades de París. ¿Esperar al señor Blanco en la puerta por la tarde a las seis, en el momento en que llegara, y prevenirlo de la trampa? Pero Jondrette y su gente, lo verían espiar, el lugar se hallaba desierto, serían más fuertes que él, encontrarían medio de cogerle o de alejarle, y a aquel a quien Marius quería salvar, estaría perdido. Acababa de dar la una, la emboscada no debía tener lugar hasta las seis. Marius tenía ante sí cinco horas.

No le quedaba más que una cosa que hacer.

Púsose su frac presentable, atóse un pañuelo al cuello, cogió su sombrero y salió sin hacer más ruido que si hubiese caminado sobre musgo con los pies desnudos.

Mientras tanto, la Jondrette continuaba revolviendo sus trastos.

Una vez fuera de la casa, ganó la calle del Petit-Banquier.

Iba como a mitad de esta calle, cerca de una tapia muy baja, que se podía saltar en ciertos sitios y que daba a un solar; caminaba lentamente, pensativo; la nieve amortiguaba el ruido de sus pasos; de repente oyó voces que hablaban muy cerca de él. Volvió la cabeza, la calle estaba desierta, no había nadie en ella; se encontraba en pleno día, y no obstante se oían distintamente dos voces.

Se le ocurrió la idea de mirar por encima de la pared que costeaba.

Había allí, en efecto, dos hombres adosados a la muralla, sentados en la nieve y hablando bajo.

Aquellas dos figuras le resultaban desconocidas. Uno era un hombre barbudo con blusa, y el otro un hombre cabelludo vestido de harapos. El de la barba llevaba un gorro griego, el otro la cabeza desnuda, y nieve en los cabellos.

Avanzando la cabeza por encima de ellos, Marius podía oír.

El cabelludo empujaba al otro con el codo y decía:

—Con Patron-Minette, la cosa no puede fallar.

—¿Tú crees? —preguntó el barbudo.

Y el cabelludo continuó:

—Siempre dará para cada uno una cuenta de quinientos machos, y lo peor que puede suceder son cinco años, seis, diez a lo más.

El otro respondió con cierta vacilación, y rascándose bajo su gorro griego:

—Esto es algo positivo, y no se debe ir en busca de esas cosas.

—Te digo que el asunto no puede fallar —prosiguió el cabelludo—, desataremos la culebra.

Luego se pusieron a hablar de un melodrama que habían visto la víspera en el teatro de la Gaîté.

Marius continuó su camino.

Le parecía que las oscuras palabras de aquellos dos hombres, tan extrañamente ocultos detrás de aquel muro y agachados en la nieve, no dejaban tal vez de tener alguna relación con los abominables proyectos de Jondrette. Este debía ser el asunto.

Se dirigió hacia el arrabal de Saint-Marceau y en la primera tienda que encontró preguntó dónde había una comisaría de policía.

Le indicaron la calle Pontoise y el número 14.

Marius se dirigió allí.

Al pasar ante una panadería compró un pan de dos sueldos y se lo comió, previendo que no comería más aquel día.

Mientras andaba, hizo justicia a la providencia. Pensó que si no hubiera dado por la mañana los cinco francos a la chica Jondrette, hubiera seguido al coche del señor Blanco, y, en consecuencia, lo habría ignorado todo, que nada habría obstaculizado la celada de los Jondrette, y que el señor Blanco estaba perdido, y sin duda alguna su hija con él.

XIV

Donde un agente de policía da dos puñetazos a un abogado

Al llegar al número 14 de la calle Pontoise, subió al primer piso y preguntó por el comisario de policía.

—El señor comisario de policía no está —dijo un empleado de oficina—, pero hay un inspector que lo remplaza. ¿Queréis hablarle? ¿Es cosa urgente?

—Sí —contestó Marius.

El ordenanza lo introdujo en el gabinete del comisario. Un hombre de alta estatura estaba allí de pie, detrás de un enrejado, apoyado en una estufa, y levantando con sus dos manos los faldones de un gran carric de tres esclavinas. Era una cara cuadrada, de boca delgada y firme, espesas patillas grisáceas muy erizadas y una mirada capaz de registrar hasta el fondo de los bolsillos. Hubiérase podido decir de aquella mirada, no que penetraba, sino que registraba.

Aquel hombre tenía el aire no menos feroz y menos temible que Jondrette: algunas veces causa tanta inquie-

tud un encuentro con un perro de presa como el de un lobo.

—¿Qué queréis? —preguntó a Marius, sin añadir caballero.

—Ver al comisario de policía.

—Está ausente. Yo lo remplazo.

—Es para un asunto muy secreto.

—Entonces hablad.

—Y muy urgente.

—Entonces hablad pronto.

Aquel hombre, tranquilo y brusco, era a la vez terrible y tranquilizador: inspiraba temor y confianza. Marius le contó la aventura: Que una persona, a quien no conocía más que de vista, debía ser atraída por la noche a una emboscada; que habitaba la habitación inmediata a la cueva, y que él, Marius Pontmercy, abogado, había oído todo el complot a través del tabique; que el malvado que había ideado el plan era un tal Jondrette; que tendría cómplices, probablemente merodeadores de las barreras, entre otros un tal Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille; que las hijas de Jondrette estarían al acecho; que no existía medio alguno de prevenir al hombre amenazado, puesto que no sabía siquiera su nombre; y, en fin, que todo aquello debía tener lugar a las seis de la tarde, en el punto más desierto del bulevar del Hospital, en la casa número 50-52.

Al oír el número, el inspector levantó la cabeza y dijo fríamente:

—¿Es, pues, en la habitación del fondo del corredor?

—Precisamente —afirmó Marius, y añadió—: ¿Acaso conocéis esa casa?

El inspector permaneció un instante silencioso, y luego respondió calentándose el tacón de la bota en la boca de la estufa:

—Probablemente. —Y continuó entre dientes, hablando menos a Marius que a su corbata—: Por ahí debe andar el Patron-Minette.

Esta palabra llamó la atención de Marius.

—Patron-Minette —dijo—. En efecto, he oído pronunciar esa palabra.

Y relató al inspector el diálogo del hombre cabelludo y del hombre barbudo en la nieve, tras el muro de la calle del Petit-Banquier.

El inspector gruñó:

—El cabelludo debe ser Brujón, y el barbudo debe de ser Demi-Liard, llamado Deux-Milliards.

De nuevo había bajado los párpados y meditaba.

—En cuanto a la culebra, ya comprendo lo que podrá ser. ¡Bueno!, se me ha quemado el carric. Siempre ponen demasiado fuego en estas malditas estufas. El número 50-52. Antigua propiedad de Gorbeau. —Luego miró a Marius—. ¿No habéis visto más que a ese barbudo y a ese cabelludo?

—Y a Panchaud.

—¿Y no habéis visto rondar por allí a una especie de petimetre del diablo?

—No.

—¿Ni a un grandote, macizo, que se parece al elefante del Jardín Botánico?

—No.

—¿Ni a un malafacha, que tiene todo el aire de un antiguo colarroja?

—No.

—En cuanto al cuarto, nadie lo ve, ni siquiera sus ayudantes, dependientes, o empleados. Es poco sorprendente que no lo hayáis visto.

—No. Pero, ¿qué es esto y quiénes son todos esos personajes?

El inspector respondió:

—Además que tampoco es su hora. —Volvió a guardar silencio y luego prosiguió—: El número 50-52. Conozco ese caserón. Es imposible que nos ocultemos en el interior sin que los artistas lo noten, y entonces saldrían del paso con dejar este drama para otro día. ¡Son tan modestos! el público los incomoda. Nada, nada. Quiero oírlos cantar y hacerlos bailar.

Cuando hubo terminado este monólogo, se volvió hacia Marius y le preguntó mirándolo fijamente:

—¿Tenéis miedo?

—¿De qué? —preguntó Marius.

—De esos hombres.

—¡No más que de vos! —replicó rudamente Marius, quien empezaba a advertir que el polizonte no lo había llamado aún caballero.

El inspector miró a Marius fijamente y continuó con una especie de solemnidad sentenciosa:

—Habláis como un hombre honrado y como un hombre valiente. El valor no teme al crimen, ni la honradez teme a la autoridad.

Marius le interrumpió:

—¡Conforme! Pero, ¿qué pensáis hacer?

El inspector se limitó a responderle:

—Los inquilinos de aquella casa tienen una llave para entrar por la noche en sus habitaciones. ¿Vois debéis tener una?

—Sí —dijo Marius.

—¿La lleváis encima?

—Sí.

—Dádmela —ordenó el inspector.

Marius sacó la llave de su chaleco, la entregó al inspector y añadió:

—Si me queréis creer, haréis bien en ir acompañado.

El inspector dirigió a Marius la misma mirada que habría dirigido Voltaire a un académico de provincias que le hubiese facilitado una consonante. Hundió con un solo movimiento las manos, que eran enormes, en los dos inmensos bolsillos de su carric, y sacó dos pequeñas pistolas de acero, de esas que llaman «puñetazos». Se las ofreció a Marius, diciendo vivamente y en tono breve:

—Tomad esto. Regresad a vuestra casa. Escondeos en vuestra habitación. Que crean que habéis salido. Están cargadas. Cada una tiene dos balas. Observaréis. Hay un agujero en la pared, me habéis dicho. Esa gente irá; dejadla obrar, y cuando juzguéis la cosa a punto, y que es tiempo de prenderlos, tiraréis un pistoletazo. No antes. El resto es asunto mío. Un pistoletazo al aire, al techo, no importa dónde. Sobre todo, no demasiado pronto. Esperad a que haya empezado la ejecución: sois abogado, ya sabéis de lo que se trata.

Marius cogió las pistolas y se las puso en el bolsillo del traje.

—Eso hace mucho bulto: se ve —dijo el inspector—. Mejor es que las metáis en los bolsillos del pantalón.

Marius escondió las pistolas donde le indicaban.

—Ahora —prosiguió el inspector—, no hay un minuto que perder para nadie. ¿Qué hora es? Las dos y media. ¿Es a las seis?

—A las seis —dijo Marius.

Y cuando Marius ponía la mano en la cerradura de la puerta para salir, el inspector le gritó:

—A propósito, si de aquí a entonces tenéis necesidad de mí, venid o enviad recado. Preguntaréis por el inspector Javert.

XV

Jondrette hace sus compras

Algunos instantes más tarde, hacia las tres, Courfeyrac pasaba por casualidad por la calle Mouffetard, en compañía de Bossuet. La nieve redoblaba y llenaba el espacio. Bossuet estaba diciendo a Courfeyrac:

—Al ver caer todos estos copos de nieve, se diría que en el cielo hay peste de mariposas blancas.

De repente, Bossuet divisó a Marius que subía la calle hacia la barrera, con un aire particular.

—¡Vaya! —exclamó Bossuet—. ¡Marius!

—Lo he visto ya —dijo Courfeyrac—. No le hablemos.

—¿Por qué?

—Está ocupado.

—¿En qué?

—¿No ves la cara que tiene?

—¿Qué cara?

—La cara del que sigue a alguien.

—Es cierto —convino Bossuet.

—¿Ves qué ojos pone? —dijo Courfeyrac.

—¿Pero a quién diablos sigue?

—A alguna pollita de quince en adelante: está enamorado.

—Pero —observó Bossuet— es que por aquí no veo ni pollitas ni gallinas, ni ninguna clase de faldas. No hay una sola mujer.

Courfeyrac miró y exclamó:

—Sigue a un hombre.

Un hombre, en efecto, cubierto con una gorra, y cuya barba gris se distinguía, aun cuando no se le veía más que de espalda, caminaba a unos veinte pasos delante de Marius.

Aquel hombre iba vestido con un sobretodo nuevo, demasiado grande para él, y de un espantoso pantalón roto y ennegrecido por el lodo.

Bossuet rompió a reír.

—¿Qué especie de hombre es ése?

—¿Ése? —continuó Courfeyrac—. Es un poeta. Los poetas suelen llevar muy a menudo pantalones de comerciantes de pieles de conejo y sobretodos de pares de Francia.

—Veamos dónde va Marius —dijo Bossuet—; veamos dónde va ese hombre: sigámoslo, ¿eh?

—Bossuet —exclamó Courfeyrac—, águila de Meaux, sois un bruto prodigioso. ¡Seguir a un hombre que sigue a un hombre!

Y volvieron sobre sus pasos.

Marius, en efecto, había visto pasar a Jondrette por la calle Mouffetard, y lo seguía.

Jondrette caminaba delante de él, sin sospechar que lo iban vigilando.

Dejó la calle Mouffetard, y Marius lo vio entrar en una de las más horribles covachas de la calle Gracieuse,

donde permaneció como un cuarto de hora, y luego volvió a la calle Mouffetard. Se detuvo en casa de un quincallero que en aquel tiempo había en la esquina de la calle Pierre-Lombard [1], y algunos minutos más tarde, Marius lo vio salir de la tienda, llevando en la mano un gran cortafrío, con mango de madera blanca, que escondió bajo el sobretodo. A la altura de la calle Petit-Gentilly [2], giró a la izquierda y ganó rápidamente la calle del Petit-Banquier. El día iba cayendo; la nieve, que había cesado por unos momentos, volvía a comenzar. Marius se emboscó en la esquina misma de la calle del Petit-Banquier, que se hallaba desierta como siempre, y no siguió a Jondrette. Hizo bien, porque llegado que hubo a la tapia baja donde Marius había oído hablar al hombre cabelludo y al hombre barbudo, Jondrette se volvió, se aseguró de que nadie lo seguía ni lo veía y luego saltó el muro y desapareció.

El solar que cercaba aquel muro, comunicaba con el patio posterior de un antiguo alquilador de carruajes, no muy bien afamado, que había quebrado, y que tenía aún bajo los cobertizos y algunas viejas berlinas.

Marius pensó que sería prudente aprovechar la ausencia de Jondrette para regresar; además, la hora se acercaba; todas las tardes, la tía Bougon, al partir para ir a fregar platos a la ciudad, tenía la costumbre de cerrar la puerta de la casa, que al anochecer quedaba irremisiblemente cerrada; Marius había dado su llave al inspector de policía, era, pues, importante que se apresurase.

1 La calle Pierre-Lombard iba de la calle Mouffetard al cercado del Claustro-Saint-Marcel (en el emplazamiento de la actual calle de la Collegiale).

2 Hoy, calle Hovelacque.

La noche se venía encima, y casi había cerrado ya; no había en el horizonte y en la inmensidad más que un punto iluminado por el sol: era la luna.

Se levantaba rojiza, por detrás de la cúpula baja de la Salpêtrière.

Marius llegó a grandes pasos al número 50-52. La puerta estaba aún abierta cuando llegó. Subió la escalera de puntillas, y se deslizó a lo largo de la pared del corredor hasta su habitación. Este corredor, ya se recordará, tenía a ambos lados desvanes que en aquel momento se hallaban vacíos y por alquilar. La tía Bougon dejaba habitualmente las puertas abiertas. Al pasar por delante de una de las citadas puertas, Marius creyó divisar en el deshabitado cuarto cuatro cabezas de hombres inmóviles, blanqueadas vagamente por un rayo de luz que penetraba por una claraboya. Marius no trató de ver, no queriendo ser visto. Consiguió entrar en su habitación sin ser notado, y sin ruido. Ya era tiempo. Pocos instantes después oyóse a la tía Bougon que se iba y cerraba la puerta de la casa.

XVI

Donde se volverá a hallar la canción de música inglesa que estaba de moda en 1832

Marius se sentó en su cama. Podían ser las cinco y media. Media hora solamente lo separaba de lo que iba a suceder. Oía latir sus arterias como se oye el latir de un monstruo en la oscuridad. Pensaba en aquella doble marcha que se efectuaba en aquel momento en las tinieblas: el crimen avanzando de un lado; la justicia avanzando por el otro. No sentía miedo; pero no podía pensar sin cierto sobresalto en lo que iba a suceder. Como a todo aquel a quien repentinamente se ve envuelto en una aventura sorprendente aquel día entero le causaba el efecto de un sueño, y para no creerse juguete de una pesadilla, tenía necesidad de sentir en sus bolsillos el frío de las dos pistolas de acero.

Ya no nevaba; la luna, cada vez más clara, se desprendía de las brumas, y su resplandor, mezclado con el reflejo blanco de la nieve caída, daba a la habitación un aspecto crepuscular.

Había luz en el desván de los Jondrette. Marius veía brillar el agujero del tabique con una claridad roja que le parecía sangrienta.

Esa evidente que aquella claridad no podía ser producida por una vela. Por lo demás, ningún movimiento en casa de los Jondrette, nadie se movía, nadie hablaba; no se oía un soplo, el silencio era glacial y profundo, y sin aquella luz se hubiera creído que se estaba al lado de un sepulcro.

Marius se quitó suavemente las botas y las puso debajo de la cama.

Trascurrieron algunos minutos. Marius oyó la puerta de la calle girar sobre sus goznes, un paso pesado y rápido subió la escalera, recorrió el corredor y levantó el pestillo de la puerta con ruido: era Jondrette que regresaba.

Al momento, eleváronse varias voces. Toda la familia se hallaba en el desván. Solamente que en ausencia del dueño callaban todos, como callan los lobeznos en ausencia del lobo.

—Soy yo —dijo.

—¡Buenas noches, papaíto! —chillaron las hijas.

—¿Y bien? —interrogó la madre.

—Todo marcha perfectamente —respondió Jondrette—, pero tengo un frío de perros en los pies. Bueno, muy bien, te has vestido. Será preciso que puedas inspirar confianza.

—Estoy pronta a salir.

—¿No olvidarás nada de lo que te he dicho? ¿Lo harás todo?

—Descuida...

—Es que... —dijo Jondrette. Y no acabó la frase.

Marius lo oyó dejar algo pesado sobre la mesa, probablemente el cortafrío que había comprado.

—¡Ah! —exclamó Jondrette—, ¿se ha comido aquí?

—Sí —dijo la madre—, he traído tres grandes patatas y sal. He aprovechado el fuego para asarlas.

—Bien —replicó Jondrette—. Mañana os llevaré a comer conmigo. Habrá pato y accesorios. Comeréis como Carlos X. ¡Todo va bien! —Luego añadió bajando la voz—: La ratonera está abierta. Los gatos están ahí. Pon esto al fuego —dijo bajando la voz.

Marius oyó el ruido del carbón empujado con una tenaza u otro instrumento de hierro, y Jondrette prosiguió:

—¿Has untado de sebo los goznes de la puerta para que no hagan ruido?

—Sí —respondió la madre.

—¿Qué hora es?

—Las seis darán pronto. La media acaba de sonar en Saint-Médard.

—¡Diablos! —exclamó Jondrette—. Es preciso que las pequeñas vayan a ponerse al acecho; venid aquí vosotras y escuchad.

Hubo un cuchicheo.

La voz de Jondrette se elevó aún:

—¿Se ha marchado la tía Bougon?

—Sí —dijo la madre.

—¿Estás segura de que no hay nadie en casa del vecino?

—No ha regresado en todo el día, y ya sabes que ésta es la hora de su cena.

—¿Estás segura?

—Segura.

—Es igual —replicó Jondrette—, pero no estará de más comprobarlo. Chica, coge la luz y ve a ver si el vecino está en su cuarto.

Marius se dejó caer a cuatro pies, y se deslizó silenciosamente bajo su cama.

Apenas se había escondido, cuando divisó la luz a través de las junturas de la puerta.

—Papá —gritó una voz—, ha salido.

Reconoció la voz de la hija mayor.

—¿Has entrado? —preguntó el padre.

—No —respondió la muchacha—, pero puesto que su llave está en la cerradura, es señal de que ha salido.

El padre gritó:

—Entra, sin embargo.

La puerta se abrió, y Marius vio entrar a la Jondrette mayor con una vela en la mano. Estaba como por la mañana, sólo que más espantosa con aquella claridad.

Se dirigió directamente hacia la cama; Marius pasó un inexplicable momento de ansiedad, pero cerca de la cama había un espejo colgado de la pared, y allí era donde ella se encaminaba. Se alzó sobre la punta de los pies y se miró en él. En la pieza inmediata se oía un ruido de hierros.

La chica se alisó los cabellos con la palma de la mano y dirigió varias sonrisas al espejo, mientras cantaba con voz ronca y sepulcral:

Duraron mis amores
una semana.
En amores la dicha
nunca fue larga.
Adorarse ocho días
es poco tiempo.
Debieran los amores
¡ay!, ser eternos.

Marius continuaba temblando. Le parecía imposible que ella no oyera su respiración.

Se dirigió hacia la ventana, y miró al exterior, hablando alto con aquel aire alocado que tenía.

—¡Qué feo es París cuando se pone camisa blanca! —exclamó.

Volvió al espejo, e hizo nuevas muecas, contemplándose sucesivamente de cara y de perfil.

—¡Y bien! —gritó el padre—. ¿Qué es lo que haces?

—Estoy mirando debajo de la cama y de los muebles —respondió, continuando la operación de alisarse el pelo—: no hay nadie.

—¡Ea! —aulló el padre—. ¡Ven aquí inmediatamente!, y no perdamos más tiempo.

—¡Ya voy!, ¡ya voy! —dijo la chica—. No hay tiempo para nada en esta casucha.

Y volvió a canturrear:

Me dejáis por marchar a la gloria.
Mi triste corazón seguirá vuestros pasos.

Dirigió una última mirada al espejo y salió cerrando la puerta tras sí.

Un momento más tarde, Marius oyó el ruido de los pies desnudos de las dos jóvenes en el corredor, y la voz de Jondrette que les gritaba:

—¡Prestad atención!, una al lado de la barrera, la otra al lado de la calle del Petit-Banquier. No perdáis de vista un minuto la puerta de la casa, y al notar la menor cosa, inmediatamente aquí. Subid de cuatro en cuatro los escalones; tenéis una llave para entrar.

La hija mayor murmuró:

—¡Hacer de centinela con los pies descalzos sobre la nieve!

—Mañana tendréis botas de seda color de escarabajo —dijo el padre.

Bajaron las chicas la escalera y algunos segundos más tarde, el ruido de la puerta que se cerraba anunció que ya estaban fuera.

No quedaban ya en la casa más que Marius y los Jondrette; probablemente también los misteriosos seres divisados por Marius a la luz del crepúsculo, detrás de la puerta del deshabitado desván.

XVII

Empleo de la moneda de cinco francos de Marius

Marius juzgó que había llegado el momento de volver a ocupar su puesto en el observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad de sus pocos años, se halló junto al agujero del tabique.

Miró.

El interior de la habitación de los Jondrette ofrecía un aspecto singular, y Marius se explicó la extraña claridad que había observado. Una vela lucía en un candelero de cobre, pero no era ella la que iluminaba realmente la habitación. El desván entero estaba como iluminado por el reverbero de una gran estufa de palastro colocada en la chimenea, y llena de carbón encendido. Era la estufa que la Jondrette había preparado por la mañana. El carbón estaba ardiendo, y la estufa roja; una llama azul vagaba oscilante sobre el fuego y ayudaba a distinguir la forma del cortafrío comprado por Jondrette en la calle de Pierre-Lombard, que se enrojecía hundido entre las ascuas. En un rincón, cerca de la puerta, y como dispuestos para usarse próximamente, veíanse dos

montones que parecían ser, el uno un montón de hierros y el otro un montón de cuerdas. Todo esto, para el que no hubiese sabido lo que se preparaba, hubiera hecho oscilar en la imaginación, una idea muy siniestra, y otra muy sencilla. La cueva, así iluminada, parecía más bien una fragua que una boca del infierno, pero Jondrette, con aquel resplandor, más tenía el aire de un demonio que de un herrero.

El calor del brasero era tal, que la vela colocada encima de la mesa, se fundía por el lado del fuego, consumiéndose en el borde. Una antigua linterna sorda, de cobre, digna de Diógenes convertido en Cartouche, estaba puesta sobre la chimenea.

La estufa, colocada en el mismo fogón al lado de los tizones casi apagados, enviaba su vapor por el conducto de la chimenea, y no despedía olor alguno.

La luna, entrando por los cuatro vidrios de la ventana, arrojaba su blanquecina luz en el purpúreo y llameante desván, y para el espíritu poético de Marius, soñador incluso en el momento de la acción, era como un pensamiento del cielo, mezclado a los deformes sueños de la tierra.

Una corriente de aire, penetrando por el vidrio roto, contribuía a disipar el olor del carbón y a disimular la estufa.

La cueva de Jondrette se hallaba, si recordamos cuanto hemos dicho acerca del caserón de Gorbeau, admirablemente situada para servir de teatro a un hecho violento y sombrío, y de manto a un crimen. Era el cuarto más retirado de la casa más aislada del bulevar más desierto de París. Si la emboscada criminal no hubiera existido, se habría inventado allí.

Todo el espesor de una casa y una porción de cuartos deshabitados separaban aquella cueva del bulevar, y

la única ventana que tenía daba sobre vastos solares cercados de tapias y empalizadas.

Jondrette había encendido su pipa, se había sentado en la silla desfondada y fumaba. Su mujer le hablaba en voz baja.

Si Marius hubiera sido Courfeyrac, es decir, esos hombres que se ríen en todas las ocasiones de la vida, habría estallado en carcajadas cuando su mirada recayó sobre la Jondrette. Llevaba un sombrero negro con plumas, muy parecido a los sombreros de los reyes de la consagración de Carlos X, un inmenso chal de tartán sobre su falda de punto, y los zapatos de hombre que su hija había desdeñado por la mañana. Era este tocado el que había arrancado a Jondrette la exclamación de: «¡Bueno!, ¡te has vestido!, has hecho bien. ¡Es preciso que puedas inspirar confianza!»

En cuanto a Jondrette, no se había quitado el sobretodo nuevo y demasiado ancho para él, que el señor Blanco le había dado, y su traje continuaba ofreciendo el contraste del sobretodo y del pantalón que constituía a los ojos de Courfeyrac el ideal de poeta.

De repente, Jondrette alzó la voz:

—¡A propósito!, ahora que lo pienso. Con el tiempo que hace, vendrá en coche. Enciende la linterna, cógela y baja. Te quedarás detrás de la puerta. En el momento en que oigas el carruaje, la abrirás, subirás, y le alumbrarás por la escalera y el corredor; y mientras entra aquí, bajarás a todo escape, pagarás al cochero y despedirás el carruaje.

—¿Y el dinero? —preguntó la mujer.

Jondrette buscó en los bolsillos de su pantalón y le entregó cinco francos.

—¿Qué es esto? —exclamó la mujer.

Jondrette respondió con dignidad:

—Es el monarca que el vecino dio esta mañana. —Y añadió—: ¿Sabes que aquí hacen falta dos sillas?

—¿Para qué?

—Para sentarse.

Marius sintió que un estremecimiento le corría por la espalda al oír a la Jondrette dar esta tranquila respuesta:

—¡Pardiez!, voy a ir a buscar las del vecino.

Y con un movimiento rápido abrió la puerta del desván y salió al corredor.

Marius no tenía materialmente tiempo para bajar de la cómoda, ir hasta su cama, y esconderse allí.

—Coge la vela —gritó Jondrette.

—No —dijo la mujer—, me estorbaría, tengo que traer las dos sillas. Hay luna.

Marius oyó la pesada mano de la Jondrette buscando a tientas en la oscuridad la llave. La puerta se abrió. Marius quedó clavado en su sitio, poseído de sorpresa y estupor.

La Jondrette entró.

La ventana abuhardillada, dejaba entrar un rayo de luna entre dos grandes planos de sombra. Uno de estos planos cubría por entero la pared a la que Marius se había adosado, de modo que desaparecía en la oscuridad.

La tía Jondrette alzó los ojos, no vio a Marius, tomó las dos sillas, las únicas que Marius poseía, y se marchó, dejando que la puerta se cerrara ruidosamente tras ella.

Volvió a entrar en su cueva:

—Aquí están las dos sillas.

—Y aquí tienes la linterna —dijo el marido—. Baja pronto.

Ella obedeció apresuradamente, y Jondrette se quedó solo.

Dispuso las dos sillas a ambos lados de la mesa, dio vuelta al cortafrío en el brasero, puso ante la chimenea un viejo biombo que ocultaba la estufa; luego fue al rincón donde estaba el montón de cuerdas y se bajó como para examinar alguna cosa. Marius se enteró entonces que lo que él había tomado por un montón informe era una escalera de cuerda muy bien hecha, con escalones de madera y dos garfios para colgarla.

Esta escalera y algunas herramientas, verdaderas mazas de hierro que yacían entre un montón de instrumentos detrás de la puerta, no se hallaban por la mañana en la cueva de los Jondrette, y evidentemente habían sido llevadas allí aquella tarde, durante la ausencia de Marius.

«Son herramientas de cerrajero»», pensó Marius.

Si Marius hubiera sido un poco más conocedor de aquel oficio, habría reconociendo en lo que él tomaba por herramientas de cerrajero, ciertos instrumentos capaces de forzar una cerradura o desencajar una puerta, y otros capaces de cortar o romper; las dos familias de herramientas siniestras que los ladrones llaman ganzúas y ruiseñores.

La chimenea y la mesa con las dos sillas se hallaban precisamente enfrente de Marius. Quedando oculta la estufa por el biombo, la habitación estaba sólo iluminada por la vela; el más pequeño objeto colocado sobre la mesa o sobre la chimenea proyectaba una gran sombra. Un jarro de agua desportillado ocultaba la mitad de una pared. Había en aquel cuarto no sé qué calma horrible y amenazadora. Sentíase como la expectación de alguna cosa espantosa.

Jondrette había dejado apagar la pipa, sin grave signo de meditación, y había vuelto a sentarse. La vela hacía sobresalir los fieros y finos ángulos de su rostro. Gran-

des fruncimientos de ceño, y bruscos movimientos de su mano derecha, parecían significar que contestaba a los últimos consejos de un sombrío monólogo interno. En una de estas oscuras réplicas que se daba a sí mismo, tiró vivamente hacia sí del cajón de la mesa, cogió de él un ancho cuchillo de cocina que allí se hallaba oculto, y probó el filo con una uña. Una vez hecho esto, volvió a dejar el cuchillo en el cajón y lo cerró.

Marius, a su vez, cogió la pistola que llevaba en el bolsillo derecho y la armó.

La pistola, al ser armada, produjo un pequeño ruido claro y seco.

Jondrette se estremeció, y se incorporó a medias en su silla.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Marius retuvo el aliento, Jondrette escuchó un instante, y luego estalló en carcajadas, diciendo:

—¡Seré estúpido! Es el tabique que cruje.

Marius retuvo la pistola en la mano.

XVIII

Las dos sillas de Marius se encuentran frente a frente

De pronto, la lejana y melancólica vibración de una campana conmovió los vidrios. Daban las seis en Saint-Médard.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Cuando sonó la sexta, despabiló la vela con los dedos.

Después se puso andar por la habitación, escuchó en el corredor, paseó, y escuchó de nuevo.

—¡Con tal de que venga! —masculló; luego volvió a su silla.

Apenas se había sentado, cuando la puerta se abrió.

La tía Jondrette la había abierto y permanecía en el corredor haciendo una horrible mueca amable, iluminada desde abajo por uno de los agujeros de la linterna sorda.

—Entrad, señor —dijo.

—Entrad, mi bienhechor —repitió Jondrette, levantándose rápidamente.

Apareció el señor Blanco.

Tenía un aire de serenidad que lo hacía singularmente venerable.

Dejó sobre la mesa cuatro luises.

—Señor Fabantou —dijo—, aquí tenéis para vuestro alquiler y vuestras primeras necesidades. Después ya veremos.

—Dios os lo pague, mi generoso bienhechor —contestó Jondrette; y acercándose rápidamente a su mujer, le ordenó—: ¡Despide el coche!

Ella se marchó, en tanto que su marido prodigaba los saludos y ofrecía una silla al señor Blanco. Un instante más tarde, la mujer regresó y le dijo en voz baja al oído:

—Ya está.

La nieve que no había cesado de caer desde la mañana, era tan espesa que no se había oído al carruaje llegar ni retirarse.

Entretanto, el señor Blanco se había sentado.

Jondrette había tomado posesión de la otra silla en frente del señor Blanco.

Ahora, para hacerse una idea de la escena que va a seguir, figúrese el lector en su imaginación la noche helada, las soledades de la Salpêtrière cubiertas de nieve, y blancas a la luz de la luna como inmensos sudarios, la débil claridad de los reverberos aquí y allá, los trágicos bulevares y las largas hileras de olmos negros, ni un transeúnte tal vez en un cuarto de legua a la redonda, el caserón Gorbeau en su más alto punto de silencio, de horror y de oscuridad, y en medio de aquella soledad, y en medio de aquella sombra, el vasto desván de Jondrette iluminado por una vela, y en aquella cueva, dos hombres sentados ante una mesa, el señor Blanco, tranquilo, y Jondrette, sonriente y espantoso, la Jondrette, la madre, la loba, en un rincón, y detrás del tabique Marius invi-

sible, en pie, sin perderse una palabra ni un movimiento, con la mirada al acecho y la pistola en la mano.

Por lo demás, Marius no experimentaba más que una emoción de horror, pero ningún temor. Apretaba la culata de la pistola y se sentía tranquilo. «Detendré a ese miserable cuando quiera», pensaba.

Sentía también que la policía andaba por allí emboscada en alguna parte, esperando la señal convenida, y preparada para tenderle los brazos.

Esperaba además que de aquel violento encuentro entre Jondrette y el señor Blanco, brotaría alguna luz que iluminase todo lo que tenía interés en conocer.

XIX

Preocuparse de los rincones oscuros

Apenas se sentó el señor Blanco, volvió la vista hacia las tarimas que estaban vacías.

—¿Cómo se encuentra la pobre niña herida? —preguntó.

—Mal —respondió Jondrette con una sonrisa de triste reconocimiento—; muy mal, mi digno señor. Su hermana mayor la ha acompañado a la Bourbe [1] para que la curen. Pronto las veréis, pues no tardarán.

—La señora Fabantou, parece algo mejor que esta mañana —continuó el señor Blanco, fijando su mirada en el extraño arreo de la tía Jondrette, que de pie entre él y la puerta, como si guardase ya la salida, lo miraba con actitud de amenaza y casi de combate.

—Está muriéndose, señor —dijo Jondrette—. Pero, ¿qué queréis?, si tiene tanto valor esta mujer... No es una mujer, es una mula.

[1] Nombre dado al hospital de maternidad, situado en la calle de la Bourbe (actual hospital Baudelocque).

La Jondrette, halagada por el cumplimiento, exclamó con un arrumaco de fiera acariciada:

—¡Ah, Jondrette, eres siempre muy bueno para mí!

—¡Jondrette!—exclamó el señor Blanco—. ¡Creía que os llamabais Fabantou?

—Fabantou, alias Jondrette— replicó vivamente el marido—. ¡Apodo de artista!

Y arrojando a su mujer una mirada furibunda, que el señor Blanco no advirtió, prosiguió con voz enfática y acariciadora:

—¡Ah! Siempre hemos hecho buenas migas mi mujer y yo. ¡Qué nos quedaría si no fuera esto! ¡Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Tenemos brazos, y no tenemos trabajo! ¡Hay voluntad, pero falta obra! No sé cómo el gobierno arregla esto, pero, palabra de honor, señor, yo no soy jacobino, ni realista [1], yo no le quiero mal, pero si yo fuera ministro, juro por lo más sagrado que esto habría de marchar de otra manera. Por ejemplo, yo he querido enseñar a mis hijas a hacer cajas de cartón. Me diréis: ¡Cómo! ¡Un oficio! ¡Un simple oficio! ¡Un medio de ganar el pan de cada día! ¡Qué humillación, mi bienhechor! ¡Qué degradación cuando uno ha sido lo que yo! ¡Ay, nada nos queda del tiempo de nuestra propiedad! Nada más que una cosa, un cuadro que aprecio mucho, pero del cual me desharía, sin embargo, porque es preciso vivir. Sí, señor, ¡es preciso vivir!

En tanto que Jondrette hablaba con una especie de aparente desorden, que en nada debilitaba la expresión reflexiva y sagaz de su fisonomía, Marius alzó los ojos y vio en el fondo de la habitación algo que hasta entonces no había visto. Un hombre acababa de entrar, tan suavemente que no se habían oído sonar los goznes de la puerta.

[1] Nombre dado, después de 1830, a los jóvenes de opiniones democráticas (en el original, «Bousingot»).

Aquel hombre vestía una chaqueta de punto violeta, vieja, usada, manchada, rota y con jirones en todas las arrugas, un ancho pantalón de terciopelo de algodón, escarpines en los pies; iba sin camisa, con el cuello desnudo, los brazos desnudos y pintarrajeados y la cara manchada de negro. Se había sentado, en silencio y con los brazos cruzados, sobre la cama más próxima, y como estaba detrás de la Jondrette, sólo lo distinguía confusamente.

Esa especie de instinto magnético que advierte a la mirada, hizo que el señor Blanco se volviese casi al mismo tiempo que Marius. No pudo impedir un movimiento de sorpresa que no escapó a Jondrette.

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó Jondrette abotonándose con cierta complacencia—. ¿Miráis vuestro sobretodo? ¡Oh, me sienta muy bien! ¡Vaya si me sienta!

—¿Quién es este hombre? —preguntó el señor Blanco.

—¿Éste? Es un vecino, no hagáis caso.

El vecino tenía un aspecto singular. Sin embargo, las fábricas de productos químicos abundan en los arrabales de Saint-Marceau. Muchos obreros de fábricas pueden tener el rostro ennegrecido. Toda la persona del señor Blanco respiraba una confianza cándida e intrépida. Replicó:

—Perdonad, ¿qué me decíais, señor Fabantou?

—Os decía, mi venerable protector —contestó Jondrette apoyando los codos en la mesa y fijando en el señor Blanco tiernas miradas, semejantes a las de la serpiente boa—, os decía que tengo un cuadro para vender.

Un ligero ruido se oyó en la puerta. Un segundo hombre acababa de entrar y se sentaba en la cama detrás de la Jondrette. Como el primero, tenía los brazos desnudos y la cara tiznada con tinta u hollín.

Aunque aquel hombre, más bien que entrar se había deslizado en la habitación, no pudo impedir que el señor Blanco lo viese.

—No os preocupéis —dijo Jondrette—. Son personas de la casa. Decía, pues, que me quedaba un cuadro, un cuadro precioso. . . Vedlo, caballero, vedlo.

Se levantó, se dirigió a la pared al pie de la cual estaba colocado el bastidor de que hemos hablado, y lo volvió, conservándolo apoyado en la misma pared. Era algo, en efecto, que se parecía a un cuadro y que la vela iluminaba un poco. Marius no podía distinguir nada, pues Jondrette se había colocado entre el cuadro y él; solamente entreveía groseros chafarriñones y una especie de personaje principal iluminado con la crudeza chillona de los lienzos de las ferias y de las pinturas de biombo.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Blanco.

Jondrette dijo:

—Una pintura de maestro, un cuadro de gran precio, mi bienhechor. Lo quiero tanto como a mis hijas, despierta en mí recuerdos, pero yo no me desdigo de lo dicho, soy tan desgraciado que me desharé de él. . .

Ya sea por casualidad, ya porque experimentó un principio de inquietud al examinar el cuadro, el señor Blanco volvió la vista hacia el interior de la habitación. Había ahora cuatro hombres, tres sentados en la cama y uno de pie cerca de la puerta, los cuatro con los brazos desnudos, inmóviles y los rostros pintarrajeados de negro. Uno de los tres que estaban sobre la cama, se apoyaba en la pared, con los ojos cerrados, y hubiérase dicho que dormía. Era viejo: sus cabellos blancos sobre su rostro negro, resultaban horribles. Los otros dos parecían jóvenes. Uno era barbudo, el otro cabelludo. Ninguno de ellos llevaba zapatos; los que no llevaban zuecos iban con los pies desnudos.

Jondrette observó que la mirada del señor Blanco se fijaba en aquellos hombres.

—Son amigos, vecinos —dijo—. Están sucios porque trabajan en carbón. Son fumistas. No os ocupéis de ellos, mi bienhechor, pero compradme el cuadro. Tened piedad de mi miseria. No os lo venderé caro. ¿En cuánto lo estimáis?

—Pero —replicó el señor Blanco, mirando a Jondrette frunciendo el ceño, y como quien se pone en guardia—, esto no es más que una muestra de taberna. Valdrá unos tres francos.

Jondrette respondió con suavidad:

—¿Traéis la cartera? Me contentaré con mil escudos.

El señor Blanco se puso en pie, apoyó la espalda en la pared y paseó rápidamente su mirada por la habitación. Jondrette se hallaba a su izquierda, al lado de la ventana, y la Jondrette y los cuatro hombres a su derecha, al lado de la puerta. Los cuatro hombres no pestañeaban, ni siquiera parecían verlo; Jondrette había comenzado de nuevo a hablar con un acento plañidero, con la pupila tan vaga, y una entonación tan lamentable, que el señor Blanco podía creer muy bien que la miseria había vuelto loco a aquel hombre.

—Si no me compráis el cuadro, querido bienhechor —decía Jondrette—, estoy sin recursos, y no me queda más que arrojarme al río. Cuando pienso que he querido enseñar a mis hijas a hacer cajas de cartón entrefinas, y hacer cajas de aguinaldos... ¡Pues bien, hace falta una mesa con una plancha en el fondo para que los vasos no se caigan al suelo, es preciso un hornillo hecho expresamente, un cubilete de tres divisiones para los diferentes grados de fuerza que debe tener la cola según se emplea para madera, papel o telas, una cuchilla para cortar el cartón, un molde para ajustarlo, un martillo para clavar

los aceros, pinceles, demonios, ¿qué sé yo? ¡Y todo esto para ganar cuatro sueldos por día! ¡Y trabajando catorce horas! ¡Y cada caja pasa tres veces por la mano de la obrera! ¡Y mojar el papel! ¡Y no manchar nada! ¡Y tener la cola caliente! ¡El diablo, os digo! ¡Cuatro sueldos por día! ¿Cómo queréis que se viva? [1]

Mientras hablaba, Jondrette no miraba al señor Blanco, que lo observaba. La mirada del señor Blanco estaba fija en Jondrette, y la de Jondrette en la puerta. La atención jadeante de Marius iba de uno a otro. El señor Blanco parecía preguntar: «¿Es un idiota?» Jondrette repitió dos o tres veces, con toda clase de inflexiones variadas del género llorón y suplicante: «No tengo más remedio que echarme al río; ¡el otro día bajé ya tres escalones para hacerlo, por el lado del puente de Austerlitz!»

De repente, su pupila apagada se iluminó con un horrible fulgor; aquel hombrecillo se enderezó y apareció espantoso, dio un paso hacia el señor Blanco y le gritó con voz atronadora:

—¡No se trata de nada de esto! ¿Me conocéis?

1 Para escribir este párrafo, Víctor Hugo ha recogido algunos informes sobre la industria del cartonaje: «seis páginas enteras» de documentación (Véase Benoit Levy, *Los miserables*, de Víctor Hugo, p. 175).

XX

La emboscada

La puerta del desván acababa de abrirse bruscamente, y dejó ver a tres hombres vestidos con blusa de tela azul, cubiertas las caras con máscaras de papel negro. El primero era delgado y llevaba un largo garrote claveteado, el segundo, que era una especie de coloso, llevaba cogida por el medio del mango, y con el filo hacia abajo, una cuchilla de las destinadas a sacrificar bueyes. El tercero, hombre de hombros fornidos, menos flaco que el primero, menos macizo que el segundo, empuñaba una enorme llave, robada en la puerta de alguna prisión.

Parece que Jondrette esperaba la llegada de estos hombres. Un diálogo rápido se entabló entre él y el hombre del garrote, el flaco.

—¿Está todo preparado? —preguntó Jondrette.

—Sí —repuso el hombre flaco.

—¿Dónde está Montparnasse?

—El primer galán se ha detenido para hablar con tu hija.

—¿Cuál?

—La mayor.

—¿Hay abajo un carruaje?

—Sí.

—¿Está enganchada la carraca?

—Enganchada está.

—¿Con dos buenos caballos?

—Excelentes.

—¿Ella espera donde le he dicho que esperase?

—Sí.

—Bien —dijo Jondrette.

El señor Blanco estaba muy pálido. Miraba todos los objetos del desván en torno suyo, como hombre que comprende dónde ha caído, y su cabeza, sucesivamente dirigida hacia todas las cabezas que lo rodeaban, se movía sobre su cuello con lentitud atenta y admirada, pero su actitud no denotaba nada parecido al miedo. Habíase formado con la mesa un improvisado atrincheramiento; y aquel hombre, que un instante antes sólo tenía el aspecto de un buen anciano, se había convertido en una especie de atleta y apoyaba su robusto puño en el respaldo de la silla, con un gesto temible y sorprendente.

Aquel anciano tan firme y valiente ante tamaño peligro, parecía ser de esas naturalezas que son valerosas igual que son buenas, fácil y sencillamente. El padre de una mujer a quien se ama, no es nunca un extraño para nosotros. Marius sintióse orgulloso de aquel desconocido.

Tres de los hombres de brazos desnudos, de quienes Jondrette había dicho que eran fumistas, habían cogido del montón de hierro, el uno unas tijeras de cortar metales, el otro una pinza romana, y el tercero un martillo, y se habían colocado delante de la puerta sin decir palabra. El viejo se había quedado en la cama, y únicamente había abierto los ojos. La Jondrette se había sentado a su lado.

Marius pensó que a los pocos segundos el momento de intervenir habría llegado, y levantó la mano derecha hacia el techo, en dirección al corredor, presto a soltar el tiro.

Jondrette, terminado su coloquio con el hombre del barrote, se volvió de nuevo hacia el señor Blanco y repitió su pregunta, acompañándola con aquella risa baja y terrible que le era peculiar:

—¿Así, pues, no me conocéis?

El señor Blanco lo miró de frente, y repuso:

—No.

Entonces, Jondrette se acercó a la mesa. Se inclinó por encima de la vela, cruzó los brazos, acercando su mandíbula angulosa y feroz al tranquilo rostro del señor Blanco, y avanzando cuanto podía, sin que el señor Blanco retrocediese, y en esta postura de fiera salvaje que va a morder, exclamó:

—Yo no me llamo Fabantou, yo no me llamo Jondrette, ¡me llamo Thénardier! ¡Soy el posadero de Montfermeil! ¿Lo oís bien? ¡Thénardier! ¿Ahora me rconocéis?

Un imperceptible rubor cruzó la frente del señor Blanco, y respondió sin que su voz temblara, ni se elevara, con la placidez de costumbre:

—Tampoco.

Marius no oyó esta respuesta. Quien le hubiera visto en aquella oscuridad, lo habría encontrado atontado, estúpido, como herido por el rayo. En el momento en que Jondrette había dicho: «Me llamo Thénardier», Marius se había estremecido y había tenido que apoyarse contra la pared, como si hubiera sentido el frío de la hoja de una espada a través de su corazón. Luego su brazo derecho, preparado para soltar la señal, había bajado lentamente, y en el momento en que Jondrette había repetido: «¿Lo oís bien? ¡Thénardier!», los desfallecidos dedos

de Marius habían estado a punto de dejar caer la pistola. Jondrette, al descubrir su personalidad, no había conmovido al señor Blanco, pero había trastornado a Marius. Aquel nombre de Thénardier, que el señor Blanco no parecía reconocer, lo conocía Marius. ¡Recuérdese lo que este nombre representaba para él! Lo había llevado sobre su corazón, escrito en el testamento de su padre; lo llevaba en el fondo de su pensamiento, en el fondo de su memoria, con esta recomendación sagrada: «Un hombre llamado Thénardier me salvó la vida. Si mi hijo lo encuentra le hará todo el bien que pueda.» Se recordadá que este hombre era uno de los cultos de su alma, iba mezclado con el nombre de su padre. ¡Cómo! ¡Aquél era Thénardier, aquél era el posadero de Montfermeil que él había buscado vanamente durante tanto tiempo! Por fin lo encontraba, y ¡cómo!; ¡aquel salvador de su padre era un bandido! ¡Aquel hombre por el que Marius hubiera querido sacrificarse era un monstruo! ¡Aquel libertador del coronel Pontmercy estaba a punto de cometer un atentado, cuya forma no veía aún Marius distintamente, pero que parecía un asesinato! ¡Y un asesinato de quién, gran Dios! ¡Qué fatalidad! ¡Qué amarga burla de la suerte! Su padre ordenándole desde el fondo de su féretro que hiciera todo el bien posible a Thénardier, desde hacía cuatro años, Marius no había albergado otra idea que ir a pagar aquella deuda de su padre, y en el momento en que iba a hacer prender a un bribón en el acto de cometer un crimen, el destino le gritaba: «¡Es Thénardier!» Iba, en fin, a pagar la vida de un padre salvada entre una granizada de metralla en el heroico campo de Waterloo, e iba, en fin, a pagarla con el cadalso. Se había prometido, si llegaba a encontrar a Thénardier, no acercarse a él, sino echándose a sus pies, y le hallaba, en efecto, mas para entregarlo al verdugo! Su padre le decía:

«¡Socorre a Thénardier!», y él respondía a esta voz adorada y santa, ¡aplastando a Thénardier! ¡Dar por espectáculo a su padre en su tumba al hombre que le había liberado de la muerte con peligro de su vida, ejecutado en la plaza de Saint-Jacques por culpa de su hijo, de aquel Marius a cuya protección había encomendado aquel hombre! ¡Y qué irrisión! ¡Había llevado durante tanto tiempo en su pecho la última voluntad de su padre, escrita de su mano, para hacer horriblemente todo lo contrario!

Pero por otra parte, ¡asistir a aquel asesinato premeditado, y no impedirlo! ¿Cómo? ¡Condenar a la víctima y salvar al asesino! ¿Es que, por ventura, podía Marius conservar la menor gratitud por semejante miserable? Todas las ideas que Marius tenía desde hacía cuatro años, se hallaban como atravesadas de parte a parte por ese golpe inesperado. Se estremecía, todo dependía de él; tenía en su mano, sin que ellos lo supiesen, la suerte de aquellos que se agitaban ante su vista. Si disparaba, el señor Blanco estaba salvado y Thénardier estaba perdido; si no disparaba, el señor Blanco era sacrificado, y ¿quién sabe?, Thénardier se escaparía. Precipitar al uno, o dejar caer el otro; remordimiento por ambos lados. ¿Qué hacer? ¿Qué camino escoger? ¡Faltar a los imperiosos recuerdos, a tantos y tantos compromisos como consigo mismo había contraído, al más santo deber, al texto más venerado por él! ¡Faltar al testamento de su padre o dejar que se consumase un crimen! Parecíale, por un lado, oír a su «Úrsula», suplicándole en nombre de su padre, y, por otro, al coronel que le recomendaba a Thénardier. Estaba loco; doblándosele las rodillas; no tenía tiempo para deliberar, porque la escena que se desarrollaba ante su vista, se precipitaba con furia hacia el desenlace. Era como un torbellino del cual se había creído dueño, que lo arrastraba consigo. Estuvo a punto de desvanecerse.

Entretanto, Thénardier, desde ahora, no lo llamaremos de otro modo, se paseaba a lo largo y a lo ancho por delante de la mesa, en una especie de extravío y de triunfo frenético.

Cogió el candelero y lo colocó sobre la chimenea, dando con él un golpe tan violento, que la mecha estuvo a punto de apagarse y la pared quedó salpicada de sebo.

Luego se volvió hacia el señor Blanco, furioso, y escupió estas palabras:

—¡Chamuscado! ¡Ahumado! ¡Asado! ¡Con salsa picante!

Y volvió a pesear, en plena explosión.

—¡Ah! —gritaba—. ¡Por fin os encuentro, señor filántropo! ¡Señor millonario raído! ¡Señor dador de muñecas! ¡Viejo bobo! ¡Ah, no me reconocéis! ¡No, no sois vos quien fue a Montfermeil, a mi posada, hace ocho años, la noche de navidad de 1823! ¡No sois vos quien se llevó de mi casa a la hija de la Fantine, a la Alondra! ¡No sois vos quien llevaba un carric amarillo, no! ¡Y un paquete lleno de trapos en la mano igual que esta mañana en mi casa! ¡Mira, mujer! ¡Parece que su manía es llevar a las casas paquetes llenos de medias de lana! ¡El viejo caritativo! ¡Bah! ¿Es que sois gorrero, señor millonario? ¡Dais a los pobres los géneros de vuestra tienda, santo varón! ¡Qué sonámbulo! ¡Ah! ¿No me reconocéis? ¡Pues, bien, yo sí que os reconozco, os he reconocido enseguida, en cuanto metisteis aquí el hocico! ¡Ah! Al fin va a verse que no es todo rosas el ir así a casa de las personas, con el pretexto de que son posadas, con vestidos miserables, con el aire de un pobre a quien se le puede dar una limosna, a engañar a la gente, a hacerse el generoso, quitarles su modo de ganar la vida y amenazarlos en el bosque, y que cuando esas personas están arruinadas, no queda

esto pagado con un sobretodo demasiado ancho y dos malas mantas de hospital, viejo pelón, ladrón de niños.

Se detuvo, y por un momento pareció que se hablaba a sí mismo. Hubiérase dicho que su furor casi secó el Ródano en algún agujero. Luego, como si acabase en voz alta las cosas que había empezado a decirse interiormente, dio un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¡Con su aire bonachón!

Y apostrofando al señor Blanco:

—¡Pardiez! En otro tiempo os burlasteis de mí. ¡Sois causa de todas mis desgracias! ¡Por mil quinientos francos adquiristeis a una niña que yo tenía, y que seguramente era de gente rica, que me había producido ya mucho dinero, y a costa de la cual debía yo vivir durante toda mi vida. Una chica que me hubiera indemnizado de todo lo que he perdido en aquel abominable bodegón, donde celebraban grandes orgías y donde me he comido como un imbécil toda mi hacienda. ¡Oh! Quisiera que todo el vino que se ha bebido en mi casa, se volviera veneno para los que lo han bebido. En fin, no importa. Decid: Os debí parecer muy grotesco cuando os fuisteis con la Alondra. ¡En el bosque teníais vuestra estaca! ¡Erais el más fuerte! Desquite: ¡Ahora soy yo quien tengo los triunfos en la mano! ¡Estáis cogido, amiguito! ¡Oh, pero yo me río, sí, me río! ¡Cómo ha caído en el garlito! ¡Le dije que era actor, que me llamaba Fabantou, que había interpretado junto a la señorita Mars y la señorita Muche, que mi casero quería cobrar mañana, el 4 de febrero, y ni siquiera ha visto que es el 8 de enero y no el 4 de febrero el fin de un trimestre! ¡Absurdo, cretino! ¡Y me trae cuatro malos luises! ¡Canalla! ¡Ni aún ha tenido el valor para llegar a los cien francos! ¡Y cómo creía en todas mis simplezas! ¡Bah!, me divertía y me decía: «¡Majadero!»

Ya te cogí, ¡te lamía las manos esta mañana! ¡Pero esta noche te arrancaré el corazón!

Thénardier calló. Se ahogaba. Su mezquino y angosto pecho hipaba como el fuelle de una fragua. Su mirada estaba llena de esa innoble dicha de una criatura débil, cruel y cobarde, que puede, por fin, echar por tierra al que ha temido, e insultar, al que ha halagado; de la alegría de un enano que pusiera el talón sobre la cabeza de Goliat; de la alegría de un chacal que empieza a desgarrar a un toro enfermo, suficientemente muerto para no defenderse ya, y bastante vivo para sufrir todavía.

El señor Blanco no lo interrumpió, pero le dijo cuando acabó:

—No sé qué queréis decir. Os equivocáis. Soy un hombre pobre, y nada tan lejano de mí como ser millonario. No os conozco. Me tomáis por otro.

—¡Ah —gritó Thénardier—, me gusta la tonadilla! ¡Os empeñáis en seguir esta broma! ¡Palabras en vano, vil viejo! ¡Ah! ¿Conque no recordáis? ¿Conque no sabéis quién soy?

—Perdón, señor —respondió el señor Blanco con un acento de cortesía que en semejante momento tenía algo de extraño y poderoso—, ya veo que sois un bandido.

¡Quién no habrá observado que los seres odiosos tienen su susceptibilidad, que los monstruos son quisquillosos! A la palabra bandido, la mujer de Thénardier se levantó de la cama, y éste cogió una silla como si fuera a romperla entre sus manos.

—¡No te muevas tú! —gritó a su mujer; y volviéndose hacia el señor Blanco replicó—: ¡Bandido! Sí, ya sé que nos llaman así los señores ricos! ¡Calla! ¡Es verdad, he quebrado, me oculto, no tengo pan, no tengo un cuarto, soy un bandido! ¡Hace tres días que no he comido, y soy

un bandido! ¡Ah! Vosotros os calentáis los pies; vosotros tenéis escarpines de Sakoski[1], tenéis sobretodos acolchados, como los arzobispos, vivís en el piso principal, en una casa con portero, coméis trufas, coméis botes de espárragos de cuarenta francos en el mes de enero, guisantes, os atracáis, y cuando queréis saber si hace frío, miráis en el periódico los grados que marca el termómetro del ingeniero Chevalier[2]. ¡Nosotros, nosotros somos los termómetros! ¡Nosotros no tenemos necesidad de ir a ver a la esquina de la torre del reloj cuántos grados hace de frío, sentimos la sangre helarse en nuestras venas, y el hielo llegar hasta el corazón! Y decimos: ¡no hay Dios! ¡Y vosotros venís a nuestras cuevas a llamarnos bandidos! ¡Os comeremos! ¡Os devoraremos, miserables criaturas! Señor millonario, sabed esto: Yo he sido un hombre establecido, he pagado contribución, he sido elector, soy un ciudadano, y vos, vos acaso no lo seáis.

Aquí Thénardier dio un paso hacia los hombres que estaban cerca de la puerta, y añadió con cierto estremecimiento:

—¡Cuando pienso que se atreve a venir a hablarme como a un zapatero!

Luego, dirigiéndose al señor Blanco con una recrudescencia de frenesí, añadió:

—Y sabed también esto, señor filántropo. ¡Yo no soy un hombre oscuro, no! ¡No soy un hombre cuyo nombre se ignora, que va a robar chicas a las casas! ¡Soy un antiguo soldado francés, que debería ser condecorado! ¡Yo estuve en Waterloo y durante la batalla salvé a un general, llamado conde de no sé qué! Me dijo su nombre; pero su voz era tan débil, que no lo oí. No oí más que gracias.

[1] Zapatero renombrado del palacio real.

[2] Óptico del muelle de l'Horloge, autor de un *Ensayo sobre el arte del ingeniero en instrumentos de física de vidrio* (1819).

Hubiera preferido saber su nombre, antes que aceptar su agradecimiento. Esto me hubiera ayudado a encontrarlo. Este cuadro que veis, y que ha sido pintado por David a Bruqueselles, ¿sabéis lo que representa? Me representa a mí; David ha querido inmortalizar este hecho de armas. Tengo a este general en mis espaldas, y me lo llevo a través de la metralla. He aquí su historia. Nunca hizo nada por mí èste general; ¡no valía más que los otros! ¡Pero no por ello le he salvado menos la vida, con peligro de la mía; tengo los bolsillos llenos de certificados! Soy un soldado de Waterloo, ¡mil rayos! Y ahora, que he tenido la bondad de deciros todo esto, terminemos; necesito dinero, necesito mucho dinero, necesito muchísimo dinero, ¡u os extermino, truenos del buen Dios!

Marius había recobrado algún imperio sobre su angustia, y escuchaba. La última posibilidad de duda acababa de desvanecerse. Aquel era, efectivamente, Thénardier, el del testamento. Marius se estremeció al oír aquel reproche de ingratitud dirigido a su padre y que él estaba a punto de justificar tan fatalmente. Sus perplejidades se redoblaron. Por lo demás, había en todas las palabras de Thénardier, en el acento, en el gesto, en la mirada de la que cada palabra hacía brotar llamas, había en aquella explosión de una mala naturaleza, presentándolo todo, en aquella mezcla de fanfarronada y de abyección, de orgullo, de pequeñez, de rabia y de tontería, en aquel caos de quejas reales y de sentimientos falsos, en aquel impudor de un mal hombre, saboreando la voluptuosidad de la violencia, en aquella desnudez desvergonzada de un alma fea, en aquella conflagración de todos los sufrimientos combinados con todos los odios, algo que resultaba odioso como el mal y doloroso como la verdad.

El cuadro de David, la obra maestra de la pintura, cuya adquisición había propuesto al señor Blanco, no era

(el lector ya lo habrá adivinado), otra cosa que la enseña de su taberna, pintada, como recordaremos, por él mismo, único resto que había conservado de su naufragio en Montfermeil.

Como había cesado de interceptar el radio visual de Marius, éste podía ya mirar aquella cosa, y en aquellos chafarriñones distinguió realmente una batalla, un fondo de humo, y un hombre que llevaba a otro. Era el grupo de Thénardier y de Pontmercy, el sargento salvador, el coronel salvado. Marius estaba como ebrio; aquel cuadro le hacía, en cierto modo, el efecto de su padre vivo: no era ya la enseña del figón de Montfermeil, era una resurrección, una tumba que se entreabría, un fantasma que se levantaba. Marius sentía su corazón latiéndole en las sienes, tenía el cañón de Waterloo en los oídos; su padre ensangrentado, pintado vagamente en aquel siniestro lienzo, lo asustaba y parecíale que aquella figura informe lo miraba fijamente.

Cuando Thénardier hubo recobrado el aliento, fijó sobre el señor Blanco sus pupilas sangrientas, y le dijo en voz baja y breve:

—¿Qué tienes que decir, antes de que te trinquen?

El señor Blanco callaba. En medio de aquel silencio, una voz cascada lanzó desde el corredor este lúgubre sarcasmo:

—¡Si hace falta partir leña, aquí estoy yo!

Era el hombre de la maza, que se divertía.

Al mismo tiempo, apareció en la puerta una enorme cara erizada y terroza, sonriendo espantosamente y enseñando, no dientes, sino garfios.

Era el rostro del hombre de la maza.

—¿Por qué te has quitado la máscara? —le gritó Thénardier, enfurecido.

—Para reír —replicó aquel hombre.

Desde hacía algunos instantes, el señor Blanco parecía seguir y vigilar todos los movimientos de Thénardier, quien, ciego y deslumbrado por su propio furor, iba y venía por el cuarto con la confianza de tener la puerta guardada, de estar armado contra un hombre desarmado, y de ser nueve contra uno, suponiendo que la Thénardier no se contase más que por un hombre. En su apóstrofe al de la maza, daba la espalda al señor Blanco.

El señor Blanco aprovechó el momento, empujó la silla con el pie, la mesa con el puño y, de un salto, con una agilidad prodigiosa, antes de que Thénardier hubiera tenido tiempo de volverse, estaba en la ventana. Abrirla, escalarla y meter una pierna por ella fue obra de un segundo. Estaba ya con la mitad del cuerpo fuera, cuando seis robustos puños lo cogieron y lo arrastraron enérgicamente al interior del desván. Eran los tres «fumistas» que se habían lanzado sobre él. Al mismo tiempo, la Thénardier lo había cogido por los cabellos.

Al pataleo que se armó, acudieron los otros bandidos del corredor. El viejo que se hallaba en la cama, y que parecía ebrio, bajó de la tarima y llegó, vacilante, con un martillo de picapedrero en la mano.

Uno de los «fumistas» cuya vela iluminaba el rostro tiznado, y en el que Marius, a pesar de su tizne, reconoció a Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, levantaba sobre la cabeza del señor Blanco una especie de maza formada por dos bolas de plomo, en los extremos de una barra de hierro.

Marius no pudo resistir aquel espectáculo. «Padre mío —pensó—, ¡perdóname!» Y su dedo buscó el gatillo de la pistola. El disparo iba a salir, cuando la voz de Thénardier exclamó:

—¡No le hagáis daño!

Aquella desesperada tentativa de la víctima, lejos de exasperar a Thénardier, lo había tranquilizado. Había dos hombres en él, el hombre feroz y el hombre diestro. Hasta aquel instante, en el desbordamiento del triunfo, ante la presa abatida e inmóvil, había dominado el hombre feroz; cuando la víctima se debatió y pareció querer luchar, el hombre diestro volvió a reaparecer, y cobrar ascendiente.

—¡No le hagáis daño! —repitió. Y sin sospecharlo siquiera, por primer triunfo detuvo la pistola de Marius, pronta a dispararse, y paralizó la acción del joven, para el cual desapareció la urgencia, no viendo inconveniente ante aquella nueva fase, en esperar todavía. ¿Quién sabe si no surgiría algún incidente que lo libertase de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de «Úrsula», o de perder al salvador del coronel?

Una lucha hercúlea se había entablado. De un puñetazo en pleno torso, el señor Blanco había enviado al viejo rodando en medio de la habitación; luego, con los reversos de la mano había tirado a otros dos que lo asaltaban, y a otros dos los tenía sujetos bajo las rodillas; los miserables se ahogaban bajo aquella presión, como bajo una rueda de granito; pero los otros cuatro habían cogido al temible anciano por los brazos y la nuca y lo mantenían doblegado sobre los dos «fumistas» que yacían en el suelo. Así, dueño de unos, y dominado por los otros, aplastando a los de abajo, y ahogado por los de arriba, oponiéndose en vano a todos los esfuerzos de los que se echaban sobre él, desaparecía bajo el horrible grupo de bandidos, lo mismo que un jabalí bajo la jadeante y ladradora traílla de mastines y sabuesos.

Consiguieron echarle sobre la cama más próxima a la ventana, y contener allí sus esfuerzos. La Thénardier no le había soltado los cabellos.

—Tú —díjole el marido—, no te mezcles en esto. Van a romperte el chal.

La Thénardier obedeció como la loba obedece al lobo, con un gruñido.

—Vosotros —añadió Thénardier—, registradlo.

El señor Blanco, parecía haber renunciado a la resistencia. Lo registraron. No llevaba encima más que una bolsa de cuero que contenía seis francos, y su pañuelo.

Thénardier se puso el pañuelo en el bolsillo.

—¡Qué! ¿No hay cartera? —preguntó.

—Ni reloj —respondió uno de los «fumistas».

—Es igual —murmuró con una voz de ventrílocuo el hombre enmascarado, que llevaba la gran llave—, ¡es un viejo duro!

Thénardier se dirigió al rincón de la puerta, cogió un paquete de cuerdas y se las arrojó a sus compinches.

—Atadlo al banquillo —ordenó. Y viendo al viejo, el cual había permanecido tendido en medio del cuarto a causa del puñetazo que el señor Blanco le había propinado, y notando que no se movía, preguntó:

—¿Acaso está muerto Boulatruelle?

—No —respondió Bigrenaille—, está borracho.

—Arrastradlo a un rincón —dijo Thénardier.

Dos de los «fumistas» arrastraron al borracho hacia un rincón con el pie, cerca del montón de hierros.

—Babet, ¿por qué has traído tanta gente? —inquirió Thénardier en voz baja al hombre del garrote—; era inútil.

—¿Qué quieres? —replicó el hombre del garrote—, todos han querido ser de la partida. La época es mala. No se hacen negocios.

La tarima en que el señor Blanco había sido derribado, era una especie de cama de hospital, sostenida por cuatro banquillos de madera toscamente labrada. El señor Blanco los dejó hacer. Los bandidos lo ataron sólidamente, en pie, y con los pies sujetos al banquillo más distante de la ventana y más cercano a la chimenea.

Cuando el último nudo quedó asegurado, Thénardier cogió una silla y fue a sentarse casi enfrente del señor Blanco. Thénardier se había trasformado; en unos instantes su fisonomía había pasado de la violencia desenfrenada a la dulzura tranquila y astuta. Marius apenas podía reconocer en la cortés sonrisa del hombre de oficina, la boca casi bestial que echaba espumas un momento antes; consideraba, estupefacto, aquella metamorfosis fantástica y alarmante, y sentía lo que sentiría un hombre cualquiera que viese a un tigre trasformarse en un abogado.

—Caballero. . . —murmuró Thénardier.

Y apartando con un gesto a los ladrones, los cuales tenían aún las manos puestas sobre el señor Blanco, añadió:

—Alejaos un poco, y dejadme charlar con el señor.

Todos se retiraron hacia la puerta. Continuó:

—Señor, habéis hecho mal en querer saltar por la ventana. Hubierais podido romperos una pierna. Ahora, si lo permitís, vamos a charlar con calma. Primeramente, es preciso que os comunique una observación que he hecho, y es que todavía no habéis lanzado el más pequeño grito.

Thénardier tenía razón, este detalle era cierto, aunque se le hubiera escapado a Marius, en su turbación. El señor Blanco había pronunciado algunas palabras sin alzar la voz, e incluso en su lucha cerca de la ventana,

con los seis bandidos, había guardado el más profundo y extraño silencio. Thénardier prosiguió:

—¡Dios mío!, aunque hubierais gritado: «¡Ladrones!», yo no le habría encontrado inconveniente. Se grita: «¡Al asesino!», en ocasiones, y yo no lo hubiese echado en mala parte. Es natural que se haga un poco de bulla cuando uno se encuentra con personas que no le inspiran suficiente confianza. Aun cuando hubierais procedido así, no nos hubiéramos incomodado. Ni siquiera os hubiésemos amordazado. Y os diré por qué: porque esta habitación es sorda. No tiene más que esta cualidad, pero la tiene. Es una cueva. Aunque aquí estallase una bomba, el ruido que se sentiría en el cuerpo de guardia más próximo no pasaría de ser como el ronquido de un borracho. Aquí el cañón haría ¡bum!, y el trueno ¡paf! Es un alejamiento cómodo. Pero, en fin, no habéis gritado, es mejor; os felicito, y voy a deciros lo que deduzco de ello. Cuando se grita, mi buen señor, ¿quién acude? La policía. ¿Y después de la policía? La justicia. Pues, bien, no habéis gritado, y es que deseáis muy poco que acudan la policía y la justicia. Lo cual se debe (hace mucho tiempo que lo sospecho) a que tenéis interés en ocultar alguna cosa. Por nuestra parte, tenemos el mismo interés, por lo tanto, podemos entendernos.

Mientras hablaba así, parecía que Thénardier, con las pupilas fijas en el señor Blanco, trataba de hundir las puntas agudas que salían de sus ojos, hasta la conciencia de su prisionero. Por lo demás, su lenguaje sazonado con cierta especie de insolencia suave y socarrona, era reservado y casi escogido; y aquel miserable, que poco antes era un bandido, se revelaba ahora como «el hombre que ha estudiado para ser sacerdote».

El silencio que había guardado el prisionero, esta precaución que implicaba hasta el olvido mismo del cui-

dado de su vida, esta resistencia opuesta al primer movimiento de la naturaleza, que es lanzar un grito, todo esto, preciso es decirlo, desde que había sido observado y consignado, importunaba a Marius y lo sorprendía penosamente.

La fundada observación de Thénardier oscurecía aún más para Marius las misteriosas sombras bajo las cuales se ocultaba aquella grave y extraña figura, a la cual, Courfeyrac había lanzado el apodo del señor Blanco. Pero fuese quien fuese aquel hombre atado, rodeado de verdugos, medio sumido en un foso que se hundía bajo sus pies un grado a cada instante, tanto ante el furor, como ante la dulzura de Thénardier, permanecía impasible, y Marius no podía menos que admirar en semejante momento aquel rostro soberbiamente melancólico.

Era con toda evidencia un alma inaccesible al espanto y que parecía ignorar lo que era desesperación. Era uno de esos hombres que dominan la sorpresa de las situaciones desesperadas. Por extremada que fuera la crisis, por inevitable que fuera la catástrofe, no se manifestaba allí nada de la agonía del ahogado abriendo bajo el agua sus ojos horribles.

Thénardier se levantó sin afectación, se dirigió hacia la chimenea, quitó el biombo, que apoyó en la cama inmediata, y dejó al descubierto la estufa llena de brasas ardientes en la cual el prisionero podía perfectamente distinguir las tijeras enrojecidas hasta el blanco y salpicado de pequeñas estrellas escalarlatas.

Luego, Thénardier fue de nuevo a sentarse cerca del señor Blanco.

—Continúo —dijo—. Podemos entendernos. Arreglemos esto por las buenas. He hecho mal en incomodarme hace poco, no sé dónde tenía la cabeza; he ido demasiado lejos y he dicho extravagancias. Por ejemplo, por-

que sois millonario os he dicho que exigía dinero, mucho dinero, muchísimo dinero. Esto no sería razonable. Dios mío, tenéis la suerte de ser rico, tenéis vuestras obligaciones, empero, ¿quién no las tiene? No quiero arruinaros, no soy un desollador, al fin y al cabo. No soy de esas gentes que porque tienen la ventaja de la posición se aprovechan de ello para resultar ridículos. Ya véis, yo cedo algo y hago un sacrificio por mi parte. Necesito simplemente doscientos mil francos.

El señor Blanco no pronunció palabra. Thénardier prosiguió:

—Ya véis que no dejo de aguar mi vino. No conozco el estado de vuestra fortuna, pero sé que no tenéis mucho apego al dinero, y un hombre bienhechor como vos puede muy bien dar doscientos mil francos a un padre de familia que no es feliz. Ciertamente, vos sois también razonable, y ya os figuraréis que no me habré tomado el trabajo de hoy, y organizado la cosa de esta noche, que es un trabajo muy bien hecho, según confesión de estos señores, para venir a pediros que me déis con qué beber tinto de a doce y comer ternera en casa de Desnoyers. Bien vale el caso doscientos mil francos. Una vez fuera de vuestros bolsillos tal bagatela, os respondo de que todo ha concluido y de que no tenéis que temer ni lo más mínimo. Me diréis: ¡Pero yo no tengo aquí doscientos mil francos! ¡Oh! No soy exagerado: no exijo esto. Sólo os pido una cosa. Tened la bondad de escribir lo que voy a dictaros.

Aquí, Thénardier se interrumpió, y luego añadió, marcando cada palabra y lanzando una sonrisa hacia el lado de la estufa:

—Os prevengo de que no admitiré la excusa de que no sabéis escribir.

Un gran inquisidor hubiera podido envidiar aquella sonrisa.

Thénardier empujó la mesa cerca del señor Blanco, y cogió el tintero, una pluma y una hoja de papel del cajón que dejó entreabierto, y en el cual relucía la ancha hoja del cuchillo.

Puso la hoja de papel ante el señor Blanco.

—Escribid —dijo.

El prisionero habló al fin:

—¿Cómo queréis que escriba? Estoy atado.

—¡Es cierto, perdón! —exclamó Thénardier—. Tenéis razón.

Y volviéndose hacia Bigrenaille ordenó:

—Desatad el brazo derecho del caballero.

Panchaud, llamado Printanier, llamado Bigrenaille, ejecutó la orden de Thénardier. Cuando la mano derecha del prisionero quedó libre, Thénardier mojó la pluma en la tinta, y se la ofreció.

—Notad bien que estáis en nuestro poder, a nuestra discreción, absolutamente a nuestra discreción, que ninguna potencia humana puede sacaros de aquí, y que verdaderamente nos sentiríamos desolados si nos viéramos obligados a recurir a desagradables extremos. No sé ni vuestro nombre, ni las señas de vuestra casa; pero os advierto que permaneceréis atado hasta que la persona encargada de llevar la carta que vais a escribir, haya regresado. Ahora, escribid.

—¿Qué? —preguntó el prisionero.

—Dicto.

El señor Blanco tomó la pluma.

Thénardier empezó a dictar:

—«Hija mía...»

El prisionero se estremeció y levantó los ojos hacia Thénardier.

—Poned «Mi querida hija» —dijo Thénardier.

El señor Blanco obedeció.

Thénardier prosiguió:

—«Ven al momento...».

Se interrumpió:

—¿La tuteáis, verdad?

—¿A quién? —preguntó el señor Blanco.

—¡Pardiez! —dijo Thénardier—, a la Alondra.

El señor Blanco respondió sin la menor emoción aparente:

—No sé lo qué queréis decir.

—Continuad —dijo Thénardier; y se puso de nuevo a dictar—: «Ven al momento. Tengo necesidad de ti. La persona que te entregará esta nota, está encargada de traerte junto a mí. Te espero. Ven con confianza.»

El señor Blanco lo había escrito todo. Thénardier añadió:

—Ah, borrad el «Ven con confianza»; podría hacer suponer que la cosa no es natural y que la desconfianza es posible.

El señor Blanco borró las tres palabras.

—Ahora —prosiguió Thénardier—, firmad. ¿Cómo os llamáis?

El prisionero dejó la pluma y preguntó:

—¿Para quién es esta carta?

—Ya lo sabéis —repuso Thénardier—. Para la pequeña. Os lo acabo de decir.

Era evidente que Thénardier evitaba nombrar a la joven de quien se trataba. Decía «Alondra», decía «la pequeña», pero no pronunciaba su nombre. Precaución de hombre hábil que guarda sus secretos delante de sus cómplices. Decir el nombre hubiera sido confesar «todo el asunto», y enseñarles más de lo que tenían necesidad de saber.

Replicó:

—Firmad. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Urbain Fabre —dijo el prisionero.

Thénardier, con el movimiento de un gato metió precipitadamente la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo que le había sido arrebatado al señor Blanco. Buscó la marca, y lo acercó a la vela.

—U. F. Esto es. Urbain Fabre. Pues bien, firmad, U. F.

El prisionero firmó.

—Como se necesitan dos manos para doblar la carta, dádmela, voy a doblarla yo.

Una vez hecho esto, Thénardier prosiguió.

—Poned la dirección. Señorita Fabre, en vuestra casa. Sé que vivís no muy lejos de aquí, en los alrededores de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, puesto que es ahí donde vais a misa todos los días, pero no sé en qué calle. Ya veo que comprendéis vuestra situación. Como no habéis mentido sobre vuestro nombre, tampoco mentiréis sobre la dirección. Ponedla vos mismo.

El prisionero se quedó pensativo durante un instante, luego tomó la pluma y escribió:

—Señorita Fabre, en casa del señor Urbain Fabre, calle de Saint-Dominique-d'Enfer [1], número diecisiete.

Thénardier cogió la carta con una especie de convulsión febril.

—¡Mujer! —gritó.

La Thénardier acudió.

—Aquí tienes la carta. Ya sabes lo que debes hacer. Un coche está abajo. Marcha inmediatamente y vuelve lo más de prisa que puedas.

[1] Esta calle iba de la calle Saint-Jacques a la calle del Enfer. Estaba cerca de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas.

Y dirigiéndose al hombre de la maza, añadió:

—Tú, que te has quitado el tapabocas, acompaña a la ciudadana. Subirás en la trasera del coche. Ya sabes dónde he dejado «la carraca».

—Sí —dijo el hombre.

Y dejando la maza en un rincón, siguió a la Thénardier.

Cuando se iban, Thénardier sacó la cabeza por la puerta entreabierta y gritó en el corredor.

—¡Cuidado con perder la carta! ¡Piensa que llevas encima doscientos mil francos!

La ronca voz de la Thénardier respondió:

—Descuida, me la he metido en el pecho.

No había trascurrido aún un minuto cuando se oyó el chasquido de un látigo, que fue decreciendo y se extinguió rápidamente.

—¡Bien! —gruñó Thénardier—. Van a buen paso. Con este galope, la ciudadana estará de regreso dentro de tres cuartos de hora.

Acercó una silla a la ventana, y se sentó cruzando los brazos y ofreciendo sus botas enlodadas a la estufa.

—Tengo frío en los pies —dijo.

En la cueva, junto con Thénardier y el prisionero no quedaban más que cinco bandidos. Estos hombres, a través de las máscaras y de la liga negra cubriéndoles el rostro, los convertía en carboneros, negros o demonios, tenían un aire embotado y triste; se conocía que ejecutaban un crimen como una tarea, tranquilamente, sin cólera y sin piedad, con una especie de aburrimiento. Yacían amontonados en un rincón como brutos y permanecían callados. Thénardier se calentaba los pies. Una calma sombría había sucedido al feroz estrépito que llenaba el desván algunos instantes antes.

La vela, que ostentaba ya un largo pabilo, iluminaba apenas el inmenso desván, el fuego había palidecido y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban deformes sombras sobre las paredes y en el techo.

No se oía otro ruido que la respiración apacible del anciano ebrio que dormía.

Marius esperaba con ansiedad siempre creciente. El enigma era más impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella pequeña que Thénardier había llamado también Alondra? ¿Era su «Úrsula»? El prisionero no pareció conmoverse al oír el nombre de Alondra, y había respondido con la mayor naturalidad del mundo: «No sé lo qué queréis decir.» Por otro lado, las dos letras U. F. quedaban aclaradas, eran Urbain Fabre, y Úrsula ya no se llamaba Úrsula. Esto era lo que Marius veía claramente. Una especie de terrible fascinación lo retenía clavado en su sitio, desde donde observaba y dominaba toda la escena. Estaba allí, casi incapaz de reflexión y de movimiento, como aniquilado por tan abominables cosas vistas de cerca. Esperaba, aguardando algún incidente, no importaba cuál, no pudiendo reunir sus ideas y no sabiendo qué partido tomar.

—En cualquier caso —se decía—, si la Alondra es ella, lo veré, pues la Thénardier la traerá aquí. Entonces todo acabará; daré mi vida y mi sangre, si es preciso, pero la libertaré. Nada me detendrá.

Trascurrió así media hora. Thénardier parecía absorbido en una meditación tenebrosa. El prisionero no se movía. Sin embargo, Marius creía oír por intervalos, y desde hacía algunos instantes, un pequeño ruido sordo hacia el lado del prisionero.

De repente, Thénardier apostrofó al prisionero:

—Señor Fabre, escuchad lo que voy a deciros.

Estas pocas palabras parecían dar principio a una declaración. Marius prestó oído. Thénardier continuó:

—Mi mujer va a volver, no os impacientéis. Creo que la Alondra es realmente vuestra hija, y me parece muy natural que la conservéis. Pero oíd lo que voy a deciros. Con vuestra carta, mi mujer irá a buscarla. He dicho a mi mujer que se vistiera como habéis visto, para que vuestra hija consienta en seguirla sin dificultad. Las dos subirán al carruaje, y mi camarada irá en la trasera. Hay en cierta parte, fuera de las barreras, una «carraca» preparada con dos buenos caballos. Llevará allí a vuestra hija; se apeará del coche; mi camarada subirá con ella en la «carraca» y mi mujer regresará para decirnos: «Está hecho.» En cuanto a vuestra hija, no se le hará ningún daño, la «carraca» la llevará a un sitio donde estará tranquila, y en cuanto me hayáis dado esos miserables doscientos mil francos, os la devolveremos. Si me hacéis detener, mi camarada dará el golpe de gracia a la Alondra, y todo habrá concluido.

El prisionero no articuló una palabra. Tras una pausa, Thénardier prosiguió:

—Es sencillo, como podéis ver. No habrá nada malo, si vos no queréis que lo haya. Yo os cuento el asunto; os prevengo para que lo sepáis.

Se detuvo, el prisionero no rompió el silencio, y Thénardier prosiguió.

—Cuando mi esposa regrese y me diga que la Alondra está en camino, os soltaremos y seréis libre de ir a dormir a vuestra casa. Ya véis que no tenemos malas intenciones.

Imágenes espantosas pasaron ante el pensamiento de Marius. ¡Cómo! Aquella joven a quien robaban, ¿no iban a llevarla allí? ¿Uno de aquellos monstruos se la llevaría

a la sombra? ¿Dónde...? ¡Y si era ella! ¡Claro que era ella! Marius sentía paralizársele los latidos del corazón. ¿Qué hacer? ¿Disparar? ¿Poner en manos de la justicia a todos aquellos miserables? Pero no por ello dejaría de estar fuera de todo alcance con la joven el horrible hombre de la maza, y Marius pensaba en aquellas palabras de Thénardier, cuya sangrienta significación entreveía: «Si me hacéis prender, mi camarada dará el golpe de gracia a la Alondra.»

Ahora ya no lo detenía solamente el testamento del coronel, era también por su mismo amor, el peligro de la que amaba, por lo que se sentía retenido.

Aquella terrible situación, que duraba ya desde hacía más de una hora, cambiaba de aspecto a cada instante. Marius tuvo la fuerza de pasar revista sucesivamente a las más punzantes conjeturas, buscando una esperanza sin encontrarla. El tumulto de sus pensamientos contrastaba con el fúnebre silencio de la caverna.

En medio de este silencio se oyó el ruido de la puerta de la escalera al abrirse y cerrarse luego.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

—Aquí está la ciudadana —dijo Thénardier.

Apenas acababa de hablar cuando, en efecto, la Thénardier se precipitó en la habitación, roja, sofocada, jadeante, con los ojos llameantes, y gritó golpeándose con sus gruesas manos ambos muslos a la vez:

—¡Señas falsas!

El bandido que había ido con ella, apareció detrás, y se dirigió a coger su maza.

—¿Señas falsas? —repitió Thénardier.

La mujer replicó:

—Nadie. En la calle Saint-Dominique, número diecisiete, no hay ningún señor Urbain Fabre. ¡Nadie da razón de él!

Se detuvo sofocada; luego continuó:

—¡Señor Thénardier! ¡Este viejo te la ha pegado! ¡Tú eres demasiado bueno! ¡Ya ves, yo en tu lugar le hubiera abierto en canal, eso sólo para empezar! ¡Y si me hubiese hecho de pencas, le habría cocido vivo! ¡Hubiera sido preciso hablar, decir dónde está su hija y dónde tiene al gato! ¡Así es cómo lo hubiera hecho yo! ¡Bien, dicen que los hombres son más estúpidos que las mujeres! ¡Nadie en el número diecisiete! ¡Es una gran puerta cochera! ¡No hay ningún señor Fabre en la calle de Saint-Dominique! ¡Y a escape, y propina al cochero, y todo! ¡He hablado con el portero, y la portera, que es una buena mujer, y no lo conocen!

Marius respiró. Ella, Úrsula, o la Alondra, la que no sabía cómo nombrar, estaba salvada.

Mientras que la exasperada mujer vociferaba, Thénardier se había sentado en la mesa; permaneció algunos instantes sin pronunciar palabra, balanceando su pierna derecha que colgaba, y contemplando la estufa con un aire de meditación salvaje. Por fin, dijo al prisionero con una inflexión lenta y singularmente feroz:

—¿Señas falsas? ¿Qué es lo que esperas?

—¡Ganar tiempo! —gritó el prisionero con voz tonante.

En el mismo instante sacudió sus ataduras: estaban cortadas. El prisionero no estaba atado a la cama más que por una pierna.

Antes de que los siete hombres hubieran tenido tiempo de comprender la situación y de lanzarse sobre él, el señor Blanco se había lanzado sobre la chimenea, había extendido la mano hacia la estufa, luego se había incorporado, y ahora Thénardier, la Thénardier junto con los bandidos, rechazados por el asombro al fondo de

la cueva, lo vieron estupefactos levantar por encima de la cabeza, el cortafrío hecho un ascua, del cual se desprendía un resplandor siniestro, casi libre, y en una actitud formidable.

En la encuesta judicial a que más adelante dio lugar la emboscada del caserón Gorbeau, consta que cuando la policía hizo sus reconocimientos halló en el desván un sueldo cortado y trabajado de un modo particular. Aquel sueldo era una de las maravillas de la industria que la paciencia del presidio engendra en las tinieblas y para las tinieblas, maravillas que no son otra cosa que instrumentos de evasión. Estos horribles y delicados prodigios, de un arte prodigioso, son en la bisutería lo que las metáforas del argot son en la poesía. Existen los Benvenuto Cellini de presidio, igual que existe Villon en el idioma. El desgraciado que aspira a la libertad, encuentra medios, algunas veces sin herramientas, con un cortaplumas, con un cuchillo viejo, para aserrar un sueldo en dos hojas delgadas, de ahuecar éstas sin tocar a la impresión monetaria, y practicar un paso de rosca sobre el corte del sueldo, de modo que las dos hojas se pueden adherir de nuevo. Así se juntan o se preparan a voluntad; es una caja. En esta caja, se esconde un resorte de reloj; y este reloj, bien manejado, corta los grillos y las barras de hierro. Se cree que un infeliz forzado no tiene más que un sueldo; nada de esto, posee la libertad. Un sueldo de esta clase fue el que halló la policía en sus ulteriores pesquisas, abierto, y en dos pedazos sobre la cámara inmediata a la ventana. Se descubrió igualmente una pequeña sierra de acero empavonado, que podía ocultarse en el sueldo. Es probable que en el momento en que los bandidos registraron al prisionero, llavase con él aquel sueldo, el cual consiguió esconder en su mano, y que luego, teniendo la mano derecha libre lo dividió y se

sirvió de la sierra para cortar las cuerdas que lo ataban, cosa que explicaría el ligero ruido y los imperceptibles movimientos que Marius había observado.

No habiendo podido inclinarse, por miedo a traicionarse, se había cortado las ligaduras de su pierna izquierda.

Los bandidos se habían recobrado de su primera sorpresa.

—Descuida —dijo Bigrenaille a Thénardier—. Está atado aún por una pierna, y no se irá. Respondo de ello. Soy yo quien le ha atado esa pata.

Sin embargo, el prisionero alzó la voz:

—¡Sois unos miserables, pero mi vida no vale la pena de ser tan defendida! En cuanto a imaginarse que me haréis hablar, que me haréis escribir lo que yo no quiero escribir, que me haréis decir lo que yo no quiero decir... —Se levantó la manga de su brazo izquierdo, y añadió—: Mirad.

Al mismo tiempo extendió el brazo y puso sobre la carne desnuda el cortafrío ardiendo que sostenía en la mano derecha por el mango de madera.

Oyóse el chirrido de la carne quemada, y el olor propio de las cámaras de tortura se extendió por el desván. Marius se tambaleó, sobrecogido de horror, los mismos bandidos se estremecieron: el rostro del extraño anciano se contrajo apenas, y mientras que el hierro al rojo se hundía en la herida humeante, impasible y casi augusto, dirigía sobre Thénardier su hermosa mirada sin odio, donde el sufrimiento se desvanecía en una majestad serena.

En las naturalezas grandes y escogidas, la resistencia de la carne y de los sentidos, cuando son presa del dolor físico hacen emerger al alma, y la hacen aparecer

en la frente, como las rebeliones de la soldadesca hacen aparecer al capitán.

—¡Miserables! —dijo—, no tengáis más miedo de mí que el que yo tengo de vosotros.

Y arrancando el cortafrío de la herida, lo lanzó por la ventana que se había quedado abierta; el horrible instrumento desapareció girando en la noche y fue a caer a lo lejos, yendo a apagarse en la nieve.

El prisionero añadió:

—Haced de mí lo que queráis.

Estaba desarmado.

—¡Sujetadlo! —ordenó Thénardier.

Dos bandidos le echaron mano a los hombros, y el hombre enmascarado con voz de ventrílocuo se colocó frente a él, pronto a saltarle el cráneo de un golpe de llave, al menor movimiento.

Al mismo tiempo Marius oyó por debajo de sí, en el extremo inferior del tabique, de tal modo que no podía ver a los que hablaban, este coloquio sostenido en voz baja:

—No hay sino una cosa que hacer.

—¡Abrirle en canal!

—Eso.

Eran marido y mujer, que celebraban consejo.

Thénardier se dirigió a pasos lentos hacia la mesa, abrió el cajón y sacó el cuchillo.

Marius atormentaba la culata de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Desde hacía una hora había dos voces en su conciencia: una le decía que respetara el testamento de su padre y la otra le gritaba que socorriese al prisionero. Estas dos voces continuaban su lucha sin interrupción, lucha que lo ponía en la agonía. Había esperado vanamente hasta aquel momento hallar un medio

de conciliar sus deberes, pero no había surgido nada posible. Sin embargo, el peligro aparecía, había sido sobrepasado el último límite de la espera. Thénardier, a algunos pasos del prisionero, meditaba con el cuchillo en la mano.

Marius, aterrado, paseaba la mirada por su alrededor, último y maquinal recurso de la desesperación.

De repente, se estremeció.

A sus pies, sobre la mesa, un rayo de luz clara iluminaba y parecía mostrarle una hoja de papel. Sobre esta hoja, leyó esta línea escrita en gruesas letras aquella misma mañana por la mayor de las hijas Thénardier: «Los corchetes están ahí.»

Una idea, una luz atravesó el espíritu de Marius; era el medio que él buscaba, la solución de aquel terrible problema que lo torturaba, librar al asesino y salvar a la víctima. Se arrodilló sobre la cómoda, extendió el brazo, cogió la hoja de papel, arrancó suavamente un trozo de yeso del tabique, envolvió el mismo papel, y lanzó el todo por el agujero en medio de la zahurda.

Ya era tiempo, Thénardier había vencido sus últimos temores, o sus últimos escrúpulos, y se dirigía hacia el prisionero.

—¡Algo han tirado! —gritó la Thénardier.

—¿Qué es? —dijo el marido.

La mujer se había precipitado a coger el yeso envuelto en el papel, que entregó a su marido.

—¿Por dónde ha venido esto? —preguntó Thénardier.

—¡Pardiez! —replicó la mujer—. ¿Por dónde quieres que haya entrado? Por la ventana.

—Yo lo he visto pasar —dijo Bigrenaille.

Thénardier desplegó rápidamente el papel y lo acercó a la vela.

—Es la escritura de Éponine. ¡Diablos!

Hizo una seña a su mujer, que se acercó vivamente, y le mostró la línea escrita en la hoja de papel, luego añadió con voz sorda:

—¡Rápido, la escalera, dejemos al tocino en la ratonera y abandonemos el campo!

—¿Sin cortar el cuello al hombre? —preguntó la Thénardier.

—No tenemos tiempo.

—¿Por dónde? —preguntó Bigrenaille.

—Por la ventana —respondió Thénardier—. Puesto que Éponine ha arrojado la piedra por la ventana, es que la casa no está vigilada por este lado.

El enmascarado de voz de ventrílocuo, dejó en el suelo su llave, levantó ambos brazos y abrió y cerró tres veces rápidamente las manos sin decir una palabra. Fue como la voz de zafarrancho para una tripulación. Los bandidos que sujetaban al prisionero lo soltaron: en un abrir y cerrar de ojos, fue descolgada la escalera por fuera de la ventana, y atada sólidamente al reborde por los dos garfios de hierro.

El prisionero no prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor. Parecía meditar u orar.

Una vez fijada la escala, Thénardier gritó:

—¡Ven, mujer!

Y se precipitó hacia la ventana.

Pero cuando iba a saltar por ella, Bigrenaille lo cogió bruscamente por el cuello.

—Todavía no, viejo farsante; ¡después de nosotros!

—¡Después de nosotros! —aullaron los bandidos.

—Sois unos chiquillos —dijo Thénardier—, estamos perdiendo el tiempo. Los podencos nos están pisando los talones.

—Pues bien —habló uno de los bandidos—, tiremos a suerte quién pasará el primero.

Thénardier exclamó:

—¡Estáis locos! ¡Estáis borrachos! ¡Vaya un atajo de mandrias! ¿Perder así el tiempo? Echar a la suerte, ¿no es verdad?, ¡echaremos chinas!, ¡echaremos pajas!, ¡escribiremos nuestros nombres!, los pondremos en una gorra...

—¿Queréis mi sombrero? —preguntó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron. Era Javert.

Tenía el sombrero en la mano y lo alargaba sonriendo.

XXI

Se debería empezar siempre por detener a las víctimas

Javert, al anochecer, había apostado algunos hombres y se había emboscado él mismo detrás de los árboles de la calle Barrière-des-Gobelins que daba frente al caserón de Gorbeau al otro lado del bulevar. Había empezado por abrir «su bolsillo», y meter en él a las dos muchachas encargadas de vigilar las inmediaciones de la cueva. Pero sólo había «enjaulado» a Azelma. En cuanto a Éponine, no estaba en su sitio; había desaparecido y no había podido cogerla. Luego Javert se había puesto al acecho, atento el oído a la señal convenida. Las idas y venidas del coche lo habían agitado mucho. Por fin, se había impacientado, y «seguro de que allí había un nido», seguro de estar «de suerte», habiendo reconocido a muchos de los bandidos que habían entrado, había acabado por decidirse a subir, sin esperar el disparo.

Recordaremos que tenía la llave de Marius.

Había llegado a tiempo.

Los bandidos, asustados, se arrojaron sobre las armas que habían abandonado en todos los rincones en el mo-

mento de evadirse. En menos de un segundo, aquellos siete hombres espantosos se agruparon en actitud de defensa, uno con su maza, otro con su llave, otro con su garrote, los otros con las tenazas, las pinzas y los martillos y Thénardier con su cuchillo. La Thénardier cogió un enorme pedrusco que estaba en el rincón de la ventana y que servía a sus hijas de taburete.

Javert se puso el sombrero, dio dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, el bastón debajo del brazo y la espada en su vaina.

—¡Alto ahí! —ordenó—. No saldréis por la ventana, sino por la puerta. Es menos malsano. Sois siete, y nosotros somos quince. No nos agarremos como ganapanes. Sed buenos, muchachos.

Bigrenaille cogió una pistola que llevaba escondida bajo la blusa, y la puso en la mano de Thénardier diciéndole al oído:

—Es Javert. Yo no me atrevo a disparar sobre él, ¿te atreves tú?

—¡Pardiez! —respondió Thénardier.

—Pues bien, dispárale.

Thénardier cogió la pistola y apuntó a Javert.

Javert, que se hallaba a tres pasos, lo miró fijamente y se contentó con decirle:

—No dispares, porque errarás el tiro.

Thénardier apretó el gatillo: la bala no salió.

—¡Cuando yo te lo decía! —exclamó Javert.

Bigrenaille arrojó su rompecabezas a los pies de Javert.

—¡Eres el emperador de los diablos! Me rindo.

—¿Y vosotros? —preguntó Javert a los bandidos.

Y respondieron:

—Nosotros también.

Javert repitió con calma:

—Eso está bien; ya decía yo que seríais amables.

—Sólo pido una cosa —habló Bigrenaille—, y es que no se me niegue el tabaco, mientras esté en chirona.

—Concedido —dijo Javert. Y volviéndose, gritó—: ¡Entrad ahora!

Una escuadra de guardias sable en mano y agentes armados de porras y garrotes, se precipitó a la llamada de Javert. Amarraron a los bandidos. Aquella multitud de hombres, iluminados apenas con una vela, llenaba de sombra el antro.

—¡Esposas a todos! —ordenó Javert.

—¡Acercaos un poco! —chilló una voz que no era de hombre, pero que nadie hubiera podido decir de ella: «Es una voz de mujer.»

La Thénardier se había atrincherado en uno de los ángulos de la ventana, y era ella quien acababa de lanzar aquel rugido.

Los guardias y los agentes retrocedieron.

Se había quitado el chal, pero conservaba su sombrero; su marido, agachado detrás de ella, desaparecía casi bajo el chal, y ella le cubría con su cuerpo, levantando el pedrusco con ambas manos por encima de su cabeza, con el balanceo de un gigante a punto de lanzar una roca.

—¡Cuidado! —gritó.

Todos retrocedieron hacia el corredor. En medio del desván, quedó un trecho vacío. La Thénardier lanzó una mirada a los bandidos que se habían dejado amarrar, y gritó con un acento gutural y ronco:

—¡Cobardes!

Javert sonrió, y se adelantó en el espacio vacío que la Thénardier abrazaba con sus feroces miradas.

—¡No te acerques!, ¡márchate —chilló— o te aplasto!

—¡Qué granadero! —exclamó Javert—; vaya, tú tienes barbas como un hombre, pero yo tengo uñas como una mujer.

Y siguió avanzando.

La Thénardier, desmelenada y terrible, separó las piernas, se dobló hacia atrás, y lanzó el pedrusco a la cabeza de Javert con loca furia. Javert se inclinó. El pedrusco pasó por encima de él, dio en la pared del fondo, arrancando un gran pedazo de yeso, y volvió repercutiendo de ángulo en ángulo a través del desván, felizmente casi vacío, a morir a los pies de Javert.

En el mismo instante, Javert llegaba junto a la pareja Thénardier. Una de sus manazas se abatió sobre el hombro de la mujer, y la otra sobre la cabeza del marido.

—¡Las esposas! —bramó.

Los hombres de la policía entraron a escape, y en unos segundos fue ejecutada la orden de Javert.

La Thénardier, domada, miró sus manos atadas y las de su marido, se dejó caer en el suelo, y exclamó, llorando:

—¡Mis hijas!

—Están ya a la sombra —dijo Javert.

Entretanto, los agentes habían descubierto al borracho dormido detrás de la puerta y lo sacudían. Se despertó balbuceando:

—¿Hemos concluido, Jondrette?

—Sí —respondió Javert.

Los seis bandidos atados estaban en pie; por lo demás, conservaban aún sus caras de espectros: tres tiznados de negro y tres enmascarados.

—Conservad vuestras máscaras —dijo Javert. Y pasándoles revista con la mirada de un Federico II en la parada de Postdam, saludó a los tres «fumistas» con un—: ¡Buenas noches, Bigrenaille; buenas noches, Brujón; buenas noches, Deux-Milliards! —Luego, volviéndose

hacia los tres enmascarados, dijo al hombre de la maza—: Buenas noches, Gueulemer. —Y al hombre del garrote—: Buenas noches, Babet. —Y al ventrílocuo—: Buenas noches, Claquesous.

En aquel momento vio al prisionero de los bandidos, el cual, desde la entrada de los agentes de policía no había pronunciado palabra y se mantenía con la cabeza baja.

—¡Desatad al señor! —ordenó Javert—. ¡Y que nadie salga!

Dicho esto, se sentó soberanamente ante la mesa, donde habían quedado la vela y el escritorio, sacó un papel timbrado de su bolsillo y empezó su sumario.

Una vez que hubo escrito las primeras líneas que son las fórmulas de siempre, alzó la vista:

—Que se acerque el caballero a quien estos tipos habían atado.

Los agentes miraron a su alrededor.

—Y bien —preguntó Javert—, ¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbain Fabre, el padre de Úrsula o de la Alondra, había desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero no así la ventana. Tan pronto como se vio libre, y mientras que Javert sumariaba, se había aprovechado de la confusión, del tumulto, de la multitud, de la oscuridad, y de un momento en que la atención no estaba fija en él, para lanzarse por la ventana.

Un agente corrió hacia ella y miró. No se veía nada fuera.

La escalera de cuerda oscilaba aún.

—¡Diablos! —dijo Javert entre dientes—. ¡Ése debía de ser el mejor de todos!

XXII

El niño que lloraba en el tomo III [1]

Al día siguiente de aquel en que tuvieron lugar estos acontecimientos en la casa del bulevar del Hospital, un niño, que parecía venir del lado del puente de Austerlitz, subía por la travesía de la derecha, en dirección a la barrera de Fontainebleau. Era noche cerrada. Aquel niño era pálido, flaco, iba vestido de harapos, con un pantalón de lienzo en el mes de febrero, y cantaba a grito pelado.

En la esquina de la calle de Petit-Banquier, una vieja encorvada rebuscaba en un montón de basuras a la luz del reverbero, el niño la empujó al pasar y luego retrocedió exclamando:

—¡Vaya!, ¡yo que había tomado esto por un enorme perro!

Pronunció la palabra enorme por segunda vez con un ronquido gangoso, que sólo las letras mayúsculas pueden expresar: ¡un enorme, un ENORME perro!

1 La primera edición de *Los miserables* comprendía dos volúmenes por parte. El tomo II era, pues, el primero de la segunda parte. Cosette. Es en el tomo II, capítulo primero («El asunto del agua en Montfermeil, fin»), donde se oye el grito de un niñito, el futuro Gavroche.

La vieja se enderezó furiosa.

—¡Bribón, pillastre! —gruñó—. ¡Si no hubiera estado inclinada, ya sé yo dónde te habría aplicado la punta del pie!

El chico se hallaba ya a alguna distancia.

—¡Tuso!, ¡tuso! Vaya, veo que no me había equivocado!

La vieja, sofocada de indignación, se levantó, y el resplandor de la linterna le dio de lleno en su lívido rostro, surcado de ángulos y arrugas, con las patas de gallo que le llegaban casi hasta las comisuras de la boca. El cuerpo se perdía en la sombra y sólo se veía la cabeza. Hubiérase dicho que era la máscara de la decrepitud, recortada por una claridad cualquiera en las tinieblas.

El chico la miró atentamente.

—Esta señora —dijo— no tiene el género de belleza que me conviene. Prosiguió su camino, y volvió a cantar:

Mambrú se fue a la guerra,
montado en una perra.
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá...

Al acabar el cuarto verso, se detuvo. Había llegado delante del número 50-52, y al encontrar la puerta cerrada, comenzó a descargar taconazos sobre ella, taconazos resonantes y heroicos, que revelaban más bien los zapatos de hombre que llevaba, que los pies de niño que tenía.

Entretanto, aquella misma vieja que había encontrado en la esquina de la calle del Petit-Banquier, corría detrás de él, lanzando gritos, y prodigando gestos desmesurados.

—¿Qué es esto?, ¿qué es esto? ¡Señor!, ¡echan abajo la puerta!, ¡están derribando la casa!

Los taconazos continuaban.

La vieja gritaba:

—¡Así se arreglan las casas ahora! —De repente, se detuvo. Había reconocido al muchacho—. ¡Cómo!, ¿eres tú, Satanás?

—¡Vaya!, es la vieja —exclamó el niño—. Buenas noches, tía Burgonmuche. Vengo a ver a mis progenitores.

La vieja respondió con una mueca del orden compuesto, admirable improvisación del odio sacando partido de la casualidad y la fealdad, que, desgraciadamente, se perdió en las tinieblas.

—No hay nadie, carátula.

—¡Bah! —dijo el niño—. ¿Dónde está mi padre?

—En la Force.

—¡Vaya! ¿Y mi madre?

—En Saint-Lazare.

—¿Y mis hermanas?

—En las Madelonnettes.

El niño se rascó detrás de la oreja, miró a la tía Burgon, y dijo:

—¡Ah!

Luego giró en redondo sus talones y un momento después la vieja que había quedado en el umbral de la puerta lo oyó que cantaba con voz clara y juvenil, perdiéndose entre los negros álamos que se estremecían al soplo del viento de invierno:

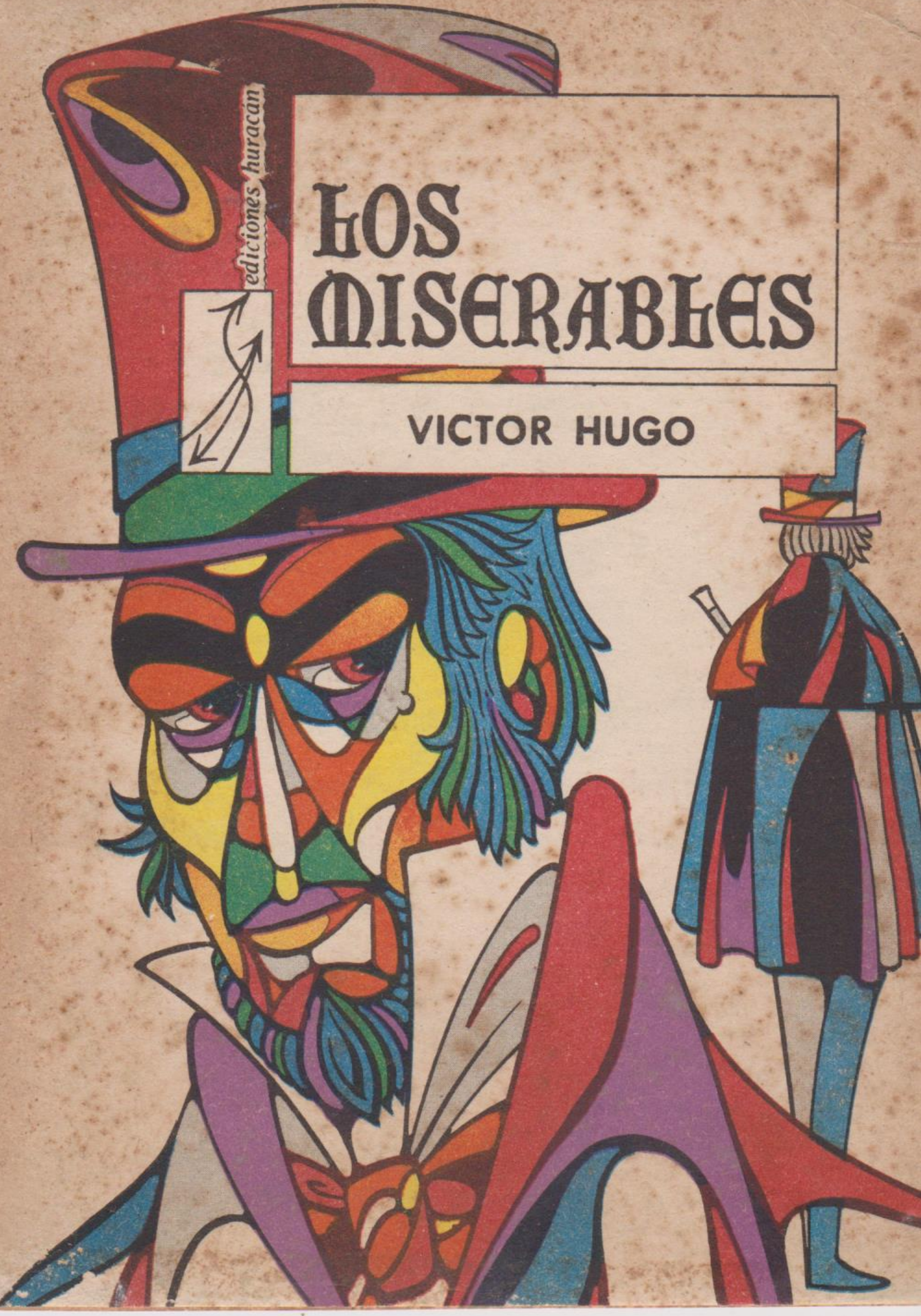
Mambrú se fue a la guerra,
montado en una perra.
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá.
si vendrá para Pascua,
o por la Trinidad...

FIN DEL TOMO III

ediciones huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO



LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

ediciones huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

EL IDILIO DE LA CALLE PLUMET Y LA EPOPEYA DE LA CALLE SAINT-DENIS

❁ ❁ ❁ ❁

INSTITUTO DEL LIBRO. LA HABANA, 1970

Título del original francés:
Les miserables

Traducción: Aurora Alemany

Edición: Marietta Suárez

Cubierta: Del Toro

Ediciones Huracán, Instituto del Libro, calle 19 No. 1002,
Vedado, La Habana.

Libro primero

Algunas páginas de historia [1]

[1] Se encontrará en el *E. I. N.*, III, 348-363, el texto del estudio escrito por Víctor Hugo, en 1848, sobre los principios de la monarquía de julio, estudio que continúa aquí, modificándolo en el sentido de sus nuevas convicciones.

I

Bien cortado

1831 y 1832, los dos años que se relacionan inmediatamente con la revolución de julio, constituyen uno de los momentos más particulares y sorprendentes de la historia. Estos dos años, en medio de los que los preceden y los siguen, son como dos montañas. Tienen la grandeza revolucionaria. En ellos se distinguen precipicios. Las masas sociales, las bases mismas de la civilización, el sólido grupo de los intereses superpuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formación francesa aparecen y desaparecen a cada instante, a través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías. Tales apariencias y desapariciones han sido llamadas la resistencia y el movimiento. A intervalos, se ve brillar la verdad en ellos, la luz del alma humana.

Esa notable época es bastante circunscrita y empieza a alejarse también bastante de nosotros para que podamos captar en el presente las líneas principales.

Vamos a intentarlo.

La restauración había sido una de las fases intermediarias difíciles de definir, en la que intervienen la fatiga, los zumbidos, las murmuraciones, el sueño, el tumulto, y que no representa sino la llegada de una gran nación a una etapa. Estas épocas son singulares y engañan a los políticos que quieren explotarlas. Al principio, la nación no pide más que descanso; no tiene más sed que la paz; no posee otra ambición que ser pequeña, lo cual se traduce en el hecho de permanecer tranquila. Los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras, los grandes hombres, a Dios gracias, ya lo hemos visto bastante, la nación tiene bastante de ellos. Daría a César por Prusias [1] y a Napoleón por el rey de Yvetot. «¡Qué buen reyecito era aquél» [2]. Ha andado desde el amanecer y se ha llegado a la tarde de una larga y dura jornada; se ha hecho el primer relevo con Mirabeau, el segundo con Robespierre, el tercero con Bonaparte; están todos agotados. Todos piden un lecho.

Las abnegaciones cansadas, los heroísmos envejecidos, las ambiciones saciadas, las fortunas hechas, buscan, reclaman, imploran, solicitan, ¿qué? un albergue. Lo tienen. Toman posesión de la paz, de la tranquilidad, del asueto; helos aquí contentos. Entretanto, al mismo tiempo, surgen ciertos hechos, se dan a conocer y llaman a la puerta por su lado. Tales hechos han salido de las revoluciones y de las guerras, están, viven, tienen derecho a instalarse en la sociedad y se instalan en ella; y la mayor parte del

1 Prusias, rey de Bitinia, en casa de quien Aníbal, al que iba a matar para complacer a los romanos, se dio muerte en el año 183 a. de J. C.

2 Refrán de la canción de Beranger, *El rey de Yvetot*, compuesta en mayo de 1830, para burlarse de la ambición de Napoleón.

tiempo los hechos son mariscales de las moradas y aposentadores que no hacen más que preparar el alojamiento a los principios.

Entonces, he aquí lo que se aparece a los filósofos políticos:

Al mismo tiempo que los hombres fatigados solicitan el reposo, los hechos cumplidos piden garantías. Las garantías para los hechos, o, lo que es lo mismo, el descanso para los hombres.

Es lo que Inglaterra pedía a los Estuardo, después del Protector[1]; es lo que Francia pedía a los Borbones, después del imperio.

Estas garantías son una necesidad del tiempo. Es preciso concederlas. Los príncipes las «otorgan», pero en realidad es la fuerza de las cosas quien las da. Verdad profunda y útil de saber, que los Estuardo no sospecharon en 1660, y que los Borbones ni siquiera entrevieron en 1814.

La familia predestinada que regresó a Francia cuando Napoleón se desplomó, tuvo la fatal simplicidad de creer que era ella la que daba, y que lo que había dado lo podía recobrar; que la casa de Borbón poseía el derecho divino, que Francia no poseía nada; y que el derecho político concedido en la carta de Luis XVIII no era otra cosa que una rama del derecho divino, separada por la casa de Borbón, y ofrecida graciosamente al pueblo hasta el día en que el rey le placiera recobrarla. Sin embargo, por el desagrado que le producía la donación, la casa de Borbón hubiera debido comprender que no procedía de ella.

1 Cromwell, que tenía el título oficial de «Protector de la república de Inglaterra».

Fue agresiva para el siglo diecinueve. Puso mala cara a cada despliegue de la nación. Para servirnos de la palabra vital, es decir, popular y verdadera, mostró su disgusto y el pueblo lo vio.

Creyó que tenía la fuerza, porque el imperio había sido arrastrado ante ella como un chasis de teatro. No se dio cuenta de que ella misma había sido arrastrada de idéntico modo. No vio que estaba en la misma mano que había sacado a Napoleón de allí.

Creyó que tenía raíces porque era el pasado. Se engañaba; formaba parte del pasado, pero todo el pasado era Francia. Las raíces de la sociedad francesa no se hallan en los Borbones, sino en la nación. Estas oscuras y vivas raíces no constituyen el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo. Estaban en todas partes, excepto en el trono.

La casa de Borbón era Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no constituía ya el elemento principal de su destino y la base necesaria de su política. Se podía pasar sin Borbones; se había pasado sin ellos durante veintidós años; había habido una solución de continuidad; ellos no lo sospechaban. ¿Y cómo iban a sospecharlo si se figuraban que Luis XVII reinaba en el 9 de termidor y que Luis XVIII reinaba el día de Marengo? Nunca desde los orígenes de la historia los príncipes habían permanecido tan ciegos en presencia de los hechos y de la porción de autoridad divina que los hechos contienen y promulgan. Nunca esta pretensión de aquí abajo, que se llama el derecho de los reyes, había negado hasta tal punto el derecho de lo alto.

Error capital, que llevó a esta familia a echar mano de las garantías «otorgadas» en 1814, de las concesiones, como las calificaba. ¡Cosa triste! Lo que ella llamaba sus

concesiones eran nuestras conquistas; lo que ella llamaba nuestras usurpaciones eran nuestros derechos.

Cuando le pareció llegada la hora, la restauración, suponiéndose victoriosa sobre Bonaparte, y enraizada en el país, es decir, creyéndose fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido, y arriesgó su golpe. Una mañana, se alzó ante Francia, y, levantando la voz, negó el título colectivo, al título individual, a la nación la soberanía, al ciudadano la libertad. En otros términos, negó a la nación, lo que hacía la nación, y al ciudadano lo que lo hacía ciudadano.

Ahí está el fondo de estos famosos actos que se llaman las ordenanzas de julio.

La restauración cayó.

Cayó justamente. Sin embargo, digámoslo, no había sido absolutamente hostil a todas las formas del progreso. Se habían realizado grandes cosas, estando ella al lado.

Bajo la restauración, la nación se acostumbró a la discusión en la calma, lo que había faltado a la república, y a la grandeza en la paz, lo que le había faltado al imperio. Francia libre y fuerte, había constituido un espectáculo estimulante para los demás pueblos de Europa. La revolución había tenido la palabra con Robespierre; el cañón había tenido la palabra con Bonaparte; fue con Luis XVIII y Carlos X cuando le llegó el turno a la inteligencia. El viento cesó, la antorcha volvió a encenderse. Sobre las cimas serenas viéronse temblar las puras luces del espíritu. Espectáculo magnífico, útil y encantador. Se vieron trabajar durante quince años, en plena paz, en plena plaza pública, a esos grandes principios, tan viejos para el pensador, tan nuevos para el hombre de estado: la igualdad ante la ley, la libertad de la conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de prensa, la accesibilidad de todas las aptitudes a todas las funciones. Esto sucedió

hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilización, que quebró en manos de la providencia.

La caída de los Borbones, estuvo llena de grandeza, no por su parte, sino por parte de la nación. Abandonaron el trono con gravedad, pero sin autoridad; su descenso en la noche no fue una de esas desapariciones solemnes que dejan una sombría emoción a la historia; no fue ni la tranquilidad espectral de Carlos I, ni el grito de águila de Napoleón. Se fueron, esto fue todo. Dejaron la corona y no conservaron aureola. Fueron dignos, pero no fueron augustos. Faltaron en cierta medida a la majestad de su desgracia. Carlos X, durante el viaje de Cherburgo [1], al hacer cortar una mesa redonda en forma cuadrada, pareció más preocupado por la etiqueta en peligro que por la monarquía que se desplomaba. Esta disminución entristeció a los hombres devotos que amaban a sus personas, y a los hombres serios que honraban a su raza. El pueblo fue admirable. La nación, atacada una mañana a mano armada por una especie de insurrección real, se sintió con tanta fuerza que no experimentó cólera. Se defendió, se contuvo, volvió las cosas a su lugar, el gobierno a la ley, los Borbones al exilio, ¡ay!, y se detuvo. Tomó el viejo rey Carlos X bajo aquel palio que había abrigado a Luis XIV, y lo dejó en el suelo suavemente. No tocó a las personas reales más que con tristeza y precaución. No fue un hombre, no fueron varios hombres, fue Francia, Francia entera, Francia victoriosa y ebria con su victoria, quien pareció recordar, y puso en práctica a los ojos del mundo entero estas graves palabras de Guillaume du Vair, después de la jornada de las barricadas: «Es fácil para aquellos que están acostumbrados a que les rocen los favores de los grandes, y saltar, como un pájaro de rama en rama, de una escasa fortuna a una floreciente,

[1] Donde embarcó, después de la revolución de julio.

a mostrarse osados contra su príncipe y su adversidad; mas para mí la fortuna de mis reyes será siempre venerable, y principalmente la de los afligidos.»[1]

Los Borbones se llevaron el respeto, pero no el sentimiento. Como acabamos de expresar, su desgracia fue mayor que ellos.

La revolución de julio contó inmediatamente con amigos y enemigos en el mundo entero. Los primeros se precipitaron hacia ella con entusiasmo y alegría, los demás le volvieron la espalda, cada uno según su propia naturaleza. Los príncipes de Europa, en el primer instante, búhos de aquel amanecer, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y no los volvieron a abrir sino para amenazar. Terror que se comprende, cólera que se perdona. Esta extraña revolución, había sido apenas un choque; ni siquiera había hecho a la realeza vencida el honor de tratarla como un enemigo y de verter su sangre. A los ojos de los gobiernos despóticos siempre interesados en que la libertad se calumnie a sí misma, la revolución de julio tuvo la equivocación de ser formidable y a la vez tranquila. Por lo demás, nada fue intentado ni maquinado contra ella. Los más descontentos, los más irritados, los más trémulos, la saludaban. Cualesquiera que sean nuestros egoísmos y nuestros rencores, un respeto misterioso se desprende de los acontecimientos en los cuales se siente la colaboración de alguien que trabaja por encima del hombre.

La revolución de julio es el triunfo del derecho derribando el hecho. Cosa llena de esplendor.

El derecho derribando al hecho. De ahí el estallido de la revolución de 1830, de ahí también su mansedum-

[1] Discurso pronunciado, en mayo de 1588, por Du Vair. La frase citada parcialmente por Víctor Hugo, se encuentra en las *Acciones y tratados oratorios.*

bre. El derecho que triunfa no tiene necesidad alguna de ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

Lo propio del derecho es permanecer eternamente hermoso y puro. El hecho, incluso el más necesario en apariencia, incluso el mejor aceptado por los contemporáneos, si no existe más que como hecho, si no contiene más que un poco de derecho, o no lo contiene en absoluto, está infaliblemente destinado a convertirse, con la duración del tiempo, deforme, inmundo, tal vez monstruoso. Si de una vez se quiere comprobar hasta qué grado de fealdad puede llegar el hecho, visto a la distancia de los siglos; que se mire a Maquiavelo. Maquiavelo no es un mal genio, ni un demonio, ni un escritor cobarde y miserable; no es nada más que el hecho. Y no es solamente el hecho italiano, es el hecho europeo, el hecho del siglo dieciséis. Parece odioso, y lo es, en presencia de la idea moral del siglo diecinueve.

Esta lucha del derecho y del hecho dura desde el origen de las sociedades. Terminar el duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho, y el hecho en el derecho, éste es el trabajo de los sabios.

II

Mal cosido

Pero otro es el trabajo de los sabios, otro es el trabajo de los hábiles.

La revolución de 1830 se había detenido rápidamente.

Tan pronto como una revolución se ha desviado, los hábiles se aprovechan del fracaso.

Los hábiles, en nuestro siglo, se han adjudicado a sí mismos, la calificación de hombres de estado; aunque tal expresión, *hombres de estado,* ha terminado por ser un poco expresión de argot. En efecto, no se olvide que donde no hay más que habilidad, hay necesariamente pequeñez. Decir los hábiles equivale a decir los mediocres.

Así como decir los hombres de estado equivale algunas veces a decir los traidores.

Si hay que creer, pues, en los hábiles, las revoluciones, así como la revolución de julio, son arterias cortadas; es preciso una pronta ligadura. El derecho, proclamado demasiado alto, conmueve. Así, una vez afirmado

el derecho, es preciso afirmar el estado. La libertad asegurada, es preciso pensar en el porvenir.

En este punto los sabios no se separan aún de los hábiles, pero empiezan a desafiarse. El poder, sea. Pero, primero, ¿qué es el poder?; segundo, ¿de dónde viene?

Los hábiles parecen no entender la objeción murmurada y continúan su maniobra.

Según estos políticos, ingeniosos hasta poner a las ficciones aprovechables una máscara de necesidad, la primera necesidad de un pueblo después de una revolución, cuando este pueblo forma parte de un continente monárquico, es procurarse una dinastía. De este modo, dicen ellos, puede haber paz después de la revolución, es decir, el tiempo de vendar las heridas y de reparar las casas. La dinastía esconde los andamios y cubre la ambulancia.

En rigor, el primer hombre de genio, o incluso el primer hombre de fortuna, basta para hacer de él un rey. En el primer caso, tenéis a Bonaparte, y en el segundo a Iturbide [1].

Pero con la primera familia llegada, no basta para hacer de ella una dinastía. Hay necesariamente una cierta cantidad de antigüedad en una raza, y la arruga de los siglos no se improvisa.

Si adoptamos el punto de vista de los «hombres de estado», con todas las reservas, por supuesto, tras una revolución, ¿cuáles son las cualidades del rey que se ven? Pueden ser, y es útil que sea revolucionario, es decir, participante con su persona en esta revolución, que haya puesto la mano en ella, que esté comprometido o ilustrado en ella, que haya tocado su hacha o manejado su espada.

¿Cuáles son las cualidades de una dinastía? Debe ser nacional, es decir, revolucionaria a distancia, no por los

[1] Iturbide, general mexicano, se hizo proclamar emperador en 1821, fue depuesto en 1823 y fusilado al año siguiente.

actos cometidos, sino por las ideas aceptadas. Debe componerse de pasado y ser histórica, componerse de porvenir y ser simpática.

Todo esto explica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre. Cromwell o Napoleón; y por qué las segundas quieren encontrar absolutamente una familia, la casa de Brunswick o la casa de Orleáns.

Las casas reales se parecen a esas higueras de la India en las que cada rama, doblándose hasta la tierra, echa raíces en ella y se convierte en una higuera. Cada rama se puede convertir en una dinastía. Con la única condición de doblarse hasta el pueblo.

Tal es la teoría de los hábiles.

He aquí, pues, el gran arte: hacer que un éxito suene un poco a catástrofe con el fin de los que se aprovechan de él, tiemblen también, sazonar de miedo un paso de hecho, aumentar la curva de la transición hasta la moderación del progreso, desazonar esta aurora, denunciar y suprimir las esperanzas del entusiasmo, cortar los ángulos y las uñas, acolchar el triunfo, arropar al derecho, envolver al gigante pueblo de franela y acostarlo rápidamente, imponer la dieta a tal exceso de salud, poner a Hércules en tratamiento de convalescencia, diluir el acontecimiento en el expediente, ofrecer a los espíritus alterados de ideal ese néctar alargado con tisana, adoptar sus precauciones contra el exceso de éxito, dotar a la revolución de una pantalla.

1830 practicó esta teoría, ya aplicada a Inglaterra por 1688 [1].

[1] El paralelo entre las revoluciones francesas e inglesas, está falseada aquí por un error de Víctor Hugo. En tiempos de la segunda revolución inglesa (1688), fue la casa de Orange la llamada al trono. La casa de Brunswick-Hannover, no tuvo acceso al mismo hasta la muerte de la reina Ana (1714).

1830 es una revolución detenida a la mitad. Mitad de progreso; casi derecho. La lógica ignora el poco más o menos; igual que el sol ignora la vela.

¿Quién detiene las revoluciones a la mitad? La burguesía.

¿Por qué?

Porque la burguesía es el interés que ha llegado a la satisfacción. Ayer era el apetito, hoy es la plenitud y mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, después de Napoleón, se reproduce en 1830, después de Carlos X.

Se ha querido equivocadamente hacer de la burguesía una clase. La burguesía es simplemente la porción satisfecha del pueblo. El burgués es el hombre que ahora tiene derecho a sentarse. Una silla no es una casta.

Pero por querer sentarse demasiado temprano se puede detener la marcha misma del género humano. Ésta es a menudo la equivocación de la burguesía.

No es una clase porque se comete una equivocación. El egoísmo no es una de las divisiones del orden social.

Por lo demás, es preciso ser justo, incluso hacia el egoísmo, el estado al cual aspiraba, tras la sacudida de 1830, esa parte de la nación que se denomina burguesía, no era la inercia, que se compone de indiferencia y de pereza y que contiene un poco de vergüenza; no era el sueño, que supone un olvido momentáneo accesible a los sueños; era la pausa.

La pausa es una palabra formada con un doble sentido singular y casi contradictorio: grupo en marcha, es decir, movimiento; estación, es decir, reposo.

La pausa es la reparación de las fuerzas; es el reposo armado y despertado; es el hecho cumplido que pone centinelas y se mantiene en guardia. La pausa supone el combate ayer, y el combate mañana.

Es el entredós de 1830 y de 1848.

Lo que llamamos aquí combate puede también llamarse progreso.

La burguesía precisaba, pues, igual que los hombres de estado, de un hombre que expresara esta palabra: pausa. Significando revolución y significando estabilidad; en otros términos, consolidando el presente con la contabilidad evidente del pasado con el porvenir.

Este hombre había sido encontrado. Se llamaba Luis Felipe de Orleáns.

Los 221, hicieron a Luis Felipe rey. Lafayette se encargó de la consagración. Le llamó la mejor de las repúblicas. El ayuntamiento de París remplazó a la catedral de Reims [1].

Esta sustitución de un medio trono por un trono completo, fue «la obra de 1830».

Cuando los hábiles hubieron terminado, el inmenso desacierto de aquella solución se puso de manifiesto. Todo esto estaba hecho fuera del derecho absoluto. El derecho absoluto gritó: ¡Protesto!, luego, cosa temible, volvió a sumirse en la sombra.

1 En marzo de 1830, 221 diputados habían votado las «señas» a Carlos X, que empujó a éste a disolver la cámara. En las elecciones de junio-julio de 1830, doscientos dos, entre 221, fueron relegidos, pues la oposición agrupaba, en total, 274 diputados, contra 143 al gobierno. Así pues, no es literalmente, sino moralmente, que resulta posible decir: «Los 221 hicieron rey a Luis-Felipe.» Sobre el papel de Lafayette, véase la fórmula de Chateaubriand: «El beso republicano de Lafayette, hizo un rey.» *(Memorias de ultratumba*, XXXIII, 15). En cuanto a la palabra sobre «la mejor de las repúblicas», Lafayette negó más tarde haberla pronunciado, en el acto del 31 de julio de 1830, en el ayuntamiento.

III

Luis Felipe

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano feliz; golpean firme y escogen bien. Incluso incompletas, incluso depravadas y cruzadas, y reducidas al estado de revolución menor, como la revolución de 1830, les queda siempre bastante lucidez providencial para que no puedan caer mal. Su eclipse no es nunca una abdicación.

Sin embargo, no nos vanagloriemos demasiado alto; las revoluciones también se engañan, y se han visto graves desprecios.

Volvamos a 1830. 1830, en su desviación, tuvo fortuna. En el establecimiento que se llamó el orden después de la revolución cortada por lo sano, el rey valía más que la realeza. Luis Felipe era un hombre raro [1].

[1] El retrato de Luis Felipe, que empieza aquí, provocó este comentario del duque de Aumale:

«¿Leéis *Los miserables*? El sétimo volumen empieza con un retrato de mi padre, que me ha causado una viva y dulce emoción. Esta impresión ha sido también la de mi madre, mis hermanos y hermana, aquí presentes. Hay, sin duda, en ese rápido y brillante bosquejo errores y reservas que no acep-

Hijo de un padre al cual la historia concederá ciertamente las circunstancias atenuantes, pero tan digno de estima como lo fuera de censura; poseía todas las virtudes privadas y algunas de las virtudes públicas; cuidados de su salud, de su fortuna, de su persona, de sus negocios; conociendo el precio de un minuto y no siempre el precio de un año; sobrio, sereno, apacible, paciente; buen hombre y buen príncipe; acostándose con su mujer, y teniendo en su palacio lacayos encargados de mostrar el lecho conyugal a los burgueses, ostentación de alcoba regular, que llegó a ser útil después de las antiguas ostentaciones ilegítimas de la rama mayor; sabiendo todas las lenguas de Europa, y, lo que es más extraño, todas las lenguas de todos los intereses, y hablándolas; admirable representante de la clase media, pero sobrepasándola y, de todos modos, más grande que ella; tenía un ingenio excelente, aun apreciando la sangre de la que procedía, de contar especialmente con su valor intrínseco, y con la cuestión misma de su raza, muy particular, declarándose Orleáns y no Borbón; muy primer príncipe de sangre, en tanto no había sido más que alteza serenísima, pero franco burgués el día en que fue majestad; difuso en público, conciso en la intimidad; avaro señalado, pero no probado;

tamos. Pero en él aparece retratado el hombre, pintado con mano maestra; el noble corazón del poeta ha comprendido el noble corazón del rey, y, en conjunto, estas elocuentes páginas son una justicia hecha al carácter de mi padre, a su bondad, a sus grandes cualidades, a la lealtad de su reinado. Algunos rasgos nos han conmovido hasta las lágrimas. Si estáis aún en relaciones con Víctor Hugo procurad darle a conocer todos los sentimientos que la lectura de su obra nos ha inspirado.»

(Carta dirigida desde Twickenham, el 8 de julio de 1862, al general Le Flo, citado en el *E. I. N.*, IV, 346.)

Otra carta del príncipe a Cuvillier-Fleury, escrita poco más o menos en los mismos términos, fue muy difundida en 1862 y contribuyó poderosamente a la publicidad del autor y del editor de *Los miserables*.

en el fondo, uno de esos economistas ampliamente pródigos para su fantasía o su deber; letrado, y poco sensible a las letras; gentilhombre, pero no caballero; simple, tranquilo y fuerte; adorado por su familia y su casa; hablador seductor; hombre de estado desengañado, interiormente frío, dominado por el interés inmediato, gobernando siempre al más cercano, incapaz de rencor y de reconocimiento, usando sin piedad de las superioridades sobre las mediocridades, hábil en hacer que las mayorías parlamentarias provocasen prejuicios a esas unanimidades misteriosas que rugen sordamente bajo los tronos; expansivo, a veces imprudente en su expansión; pero de una maravillosa pericia en su imprudencia; fértil en expedientes, en rostros, en máscaras; apreciando más la dominación que la autoridad, y la autoridad que la dignidad; disposición que tiene esto de funesto, que, volviendo la espalda a cualquier éxito, admite la trampa y no repudia absolutamente la bajeza, pero que también tiene esto de provechoso, que preserva a la política de los choques violentos, al estado de las fracturas y a la sociedad de las catástrofes, minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; contradiciéndose algunas veces, y desmintiéndose; audaz contra Austria en Ancona [1], obstinado contra Inglaterra en España [2], bombardeando a Anvers [3], y pagando a Pritchard; cantando con convicción la Marsellesa; inaccesible al abatimiento, a los cansancios, al gusto de lo hermoso y lo ideal, a las generosidades temerarias, a la utopía, a la quimera, a la cólera, a la vanidad, al temor; manejando todas las formas de la intrepidez

1 Envío de un cuerpo expedicionario francés, en 1832.

2 El asunto de las «bodas españolas» (1846), marcó el final del primer entendimiento cordial.

3 En diciembre de 1832, cuando un ejército francés expulsó a los holandeses, que se negaban a ceder Anvers a Bélgica.

personal; general en Valmy, soldado en Jemmapes; probado ocho veces por el regicida, y siempre sonriente; bravo como un granadero, valeroso como un pensador, inquieto únicamente ante las posibilidades de un rompimiento europeo, e impropio a las grandes aventuras políticas; siempre dispuesto a poner en peligro su vida, nunca su obra; disfrazando su voluntad, en influencia, con el fin de ser más bien obedecido como inteligencia que como rey; dotado de observación y no de adivinación; poco atento a los espíritus, pero conociendo de hombres, es decir, teniendo necesidad de ver para juzgar; buen sentido pronto y penetrante, sabiduría práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; poderoso sin cesar en esta memoria, su único punto de parecido con César, Alejandro y Napoleón; sabiendo los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios; ignorando las tendencias, las pasiones, los levantamientos ocultos y oscuros de las almas, en una palabra, todo lo que podría llamarse las corrientes invisibles de las conciencias; aceptado por la superficie, pero poco de acuerdo con la Francia de abajo; saliendo del paso con la finura; gobernando demasiado, y no reinando lo suficiente; un primer ministro para sí mismo; excelente para hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo a la inmensidad de las ideas; mezclando a una verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, no sé qué espíritu de procedimiento y de embrollo; fundador y procurador de una dinastía; teniendo algo de Carlomagno, y algo de procurador; en suma, figura alta y original, príncipe que supo qué hacer con el poder, a pesar de la inquietud de Francia y del poderío, a pesar de los celos de Europa, Luis Felipe figurará clasificado entre los hombres eminentes del siglo, y estaría colocado entre los gobernadores más ilustres de la historia si hubiera amado un poco la gloria, y si hubie-

se experimentado el sentimiento de lo que es grande, en el mismo grado del de lo que es útil.

Luis Felipe había sido hermoso, y envejecido, seguía siendo gracioso; no siempre aceptado por la nación, lo era siempre por la multitud; gustaba. Poseía este don: el encanto. La majestad le faltaba; no llevaba ni la corona, aunque era rey, ni tenía los cabellos blancos, aunque era anciano. Sus maneras eran del viejo régimen y sus costumbres del nuevo, mezcla de noble y de burgués que convenía a 1830; Luis Felipe era la transición reinante; había conservado la antigua pronunciación y la antigua ortografía que ponía al servicio de las opiniones modernas; amaba a Polonia y a Hungría, pero escribía «los poloneses», y pronunciaba «los hungareses». Llevaba el traje de la guardia nacional como Carlos X, y el cordón de la legión de honor como Napoleón. Iba poco a la capilla, nunca de caza, y jamás a la ópera. Incorruptible a los sacristanes, a los cuidadores de perros, y a las bailarinas; esto entraba en su popularidad burguesa. No tenía corte. Salía con su paraguas bajo el brazo y este paraguas formó parte de su aureola durante largo tiempo. Era un poco albañil, un poco jardinero y un poco médico; sangraba a un postillón caído del caballo; Luis Felipe no iba nunca sin su lanceta, como Enrique III no iba nunca sin puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, el primero que vertiera sangre para curar.

En las quejas de la historia contra Luis Felipe, hay que hacer una reducción; hay lo que acusa a la realeza, lo que acusa al reino, lo que acusa al rey; tres columnas que dan cada una un total distinto. El derecho democrático confiscado, el progreso convertido en el segundo interés, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecución militar de las insurrecciones, el motín pasado por las armas, la calle Transnonain, los consejos de guerra,

la absorción del país real por el país legal, el gobierno que cuenta a medias con trescientos mil privilegiados, son el hecho de la realeza; Bélgica denegada, Argelia conquistada con demasiada dureza, y como la India por los ingleses, con más barbarie que civilización, la falta de fe en Abd-el-Kader, Blaye, Deutz comprado [1], Pritchard pagado [2], son el hecho de su reinado; la política más familiar que nacional es el hecho del rey.

Como se ve, una vez operado el descuento, la carga del rey disminuye.

He aquí su gran culpa: ha sido modesto en nombre de Francia.

¿De dónde procede esta culpa?

Digámoslo.

Luis Felipe fue un rey demasiado padre; esta incubación de una familia de la que quiere hacerse una dinastía, tiene miedo de todo y no quiere ser molestada; de ahí las timideces excesivas, importunas al pueblo, que tiene el 14 de julio en su tradición civil, y Austerlitz en su tradición militar.

Por lo demás, si se hace abstracción de los deberes públicos, que quieren ser llenados los primeros, esta profunda ternura de Luis Felipe por su familia, esta familia la merece. Este grupo doméstico era admirable. Las virtudes se codeaban con los talentos. Una de las hijas de

[1] Simón Deutz, que en 1832 entregó a Thiers, por cien mil francos, a la duquesa de Berry. Ésta fue entonces internada en Blaye.

[2] Pritchard, antiguo cónsul de Inglaterra en Tahití, había sido expulsado de la isla, en 1844, por el almirante Dupetit-Thouars. El mismo año, ante las protestas de Londres, el gobierno francés concedía al excónsul una indemnización de veinticinco mil francos.

Luis Felipe, María de Orleáns[1], ponía el nombre de su raza entre los artistas, como Carlos de Orleáns lo había puesto entre los poetas. Ella había hecho de su alma un mármol que había llamado Juana de Arco. Dos hijos de Luis Felipe, habían arrancado a Metternich, este elogio demagógico: «Son jóvenes como no se ven a menudo, y príncipes como no se ven.»

He aquí sin disimulo, pero también sin agravar nada, la verdad sobre Luis Felipe.

Ser el príncipe igualdad, llevar en sí la contradicción de la restauración y de la revolución, tener este lado inquietante del revolucionario que se convierte en tranquilizador en el gobernante, ésta fue la fortuna de Luis Felipe en 1830; nunca hubo adaptación más completa de un hombre a un acontecimiento; uno entró en el otro, y se realizó la encarnación. Luis Felipe es el 1830 hecho hombre. Además, había para él, esa gran designación del trono, el exilio. Había sido proscrito, errante, pobre. Había vivido de su trabajo. En Suiza, este poseedor de los más ricos dominios principescos de Francia, había vendido un viejo caballo para poder comer. En Reichenau, había dado lecciones de matemáticas mientras que su hermana Adelaida bordaba y cosía. Estos recuerdos mezclados con un rey entusiasmaban a la burguesía. Había demolido con sus propias manos la última jaula de hierro del Monte Saint-Michel construida por Luis XI, y utilizada por Luis XV. Era el compañero de Dumouriez, era el amigo de Lafayette; había pertenecido al club de jacobinos, Mirabeau le había dado palmaditas en la espalda; Dantón

1 María Cristina de Orleáns (1813-1839), esposa del duque de Wurtemberg. Carlos de Orleáns, si es de la «raza» de la princesa, en el sentido amplio del término, pertenecía, no obstante, a otra casa de Orleáns.

le había dicho: «¡Joven!» A los veinticuatro años [1], en 1793, estando el señor de Chartres en el fondo de su oscuro aposento de la convención, había asistido al proceso de Luis XVI, tan bien llamado «este pobre tirano». La clarividencia ciega de la revolución, rompiendo la realeza en el rey, y al rey en la realeza, sin observar casi al hombre en el salvaje aplastamiento de la idea, con la vasta tormenta de la asamblea como tribunal, y la cólera pública interrogando, Capet, sin saber qué responder, la terrible y estupefacta vacilación de esta cabeza real bajo aquel soplo de sombra, la inocencia relativa de todos en aquella catástrofe, de aquellos que condenaban, tanto como del que era condenado, él había contemplado todas estas cosas, había contemplado todos estos vértigos; había visto comparecer a los siglos ante la barra de la convención; había visto, detrás de Luis XVI, a este infortunado pasante, responsable, alzándose entre las tinieblas, a la formidable acusada, la monarquía; y le había quedado en el alma el terror respetuoso de estas inmensas justicias del pueblo casi tan imprescindible como la justicia de Dios.

La huella que la revolución había dejado en él era prodigiosa. Su recuerdo era como un sello vivo de esos grandes años, minuto a minuto. Un día, ante un testigo del que no podemos dudar, rectificó de memoria, toda la letra A de la lista alfabética de la asamblea constituyente.

Luis Felipe fue un rey lleno de luz. Bajo su reinado la prensa fue libre, la tribuna fue libre, la conciencia y la palabra fueron libres. Las leyes de setiembre [2], dejan

[1] Luis Felipe, nacido en 1773, era, en 1793, más joven de lo que pretende Víctor Hugo.

[2] Leyes represivas promulgadas en setiembre de 1836, como consecuencia del atentado de Fieschi.

pasar la luz. Aunque conocía el poder roedor de la luz sobre los privilegios, dejó su trono expuesto a la luz. La historia le tendrá en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los hombres históricos que han salido de escena, está hoy puesto en juicio por la conciencia humana. Su proceso no está aún más que en primera instancia.

La hora, de la que la historia habla con su venerable y libre acento, no ha sonado aún para él; no ha llegado todavía el momento de pronunciar sobre este rey el juicio definitivo; el austero e ilustre historiador Luis Blanc ha dulcificado él mismo recientemente su primer veredicto; Luis Felipe ha sido el elegido entre estos dos poco más o menos que se llaman los 221 y 1830; es decir, entre un semiparlamento y una semirrevolución; y en todos los casos, desde el punto de vista superior donde debe desplazarse la filosofía, no podemos juzgarlo aquí, como hemos podido entrever más arriba, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto; a los ojos del absoluto, fuera de estos dos derechos, el derecho del hombre primero y el derecho del pueblo seguidamente, todo es usurpación; pero lo que podemos decir desde ahora, una vez hechas estas reservas, es que, en suma, y de cualquier modo que se le considere, Luis Felipe, aceptado como es, y desde el punto de vista de la bondad humana, permanecerá, sirviéndonos del viejo lenguaje de la historia antigua, como uno de los mejores príncipes que hayan pasado por un trono.

¿Qué hay contra él? Este trono. Sacad al rey de Luis Felipe, y queda el hombre. Y el hombre es bueno. Es bueno, en ocasiones hasta llegar a ser admirable. A menudo, en medio de los más graves cuidados, tras una jornada de lucha contra toda la diplomacia del continente, regresaba al anochecer a sus habitaciones, y allí, agota-

do de fatiga, abrumado de sueño, ¿qué es lo que hacía?, tomaba una carpeta, y pasaba la noche revisando un proceso criminal, pensando que era algo resistir a Europa, pero que representaba mucho más arrancar un hombre al verdugo. Se obstinaba contra su guardia de sellos; disputaba pie a pie el terreno de la guillotina a los procuradores generales, «estos charlatanes de la ley», como los llamaba. Algunas veces, las carpetas llenas cubrían su mesa; las examinaba todas; constituía una angustia para él abandonar a aquellas miserables cabezas condenadas. Un día, manifestaba al mismo testigo que hemos indicado hace poco: «Esta noche, he ganado siete.» Durante los primeros años de su reinado la pena de muerte fue como abolida, y el cadalso levantado fue como una violencia hecha al rey. Al haber desaparecido La Grève, con la rama mayor, una Grève burguesa fue instituida con el nombre de Barrera de Saint-Jacques; los «hombres prácticos» sintieron necesidad de una guillotina casi legítima; y ésta fue una de las victorias de Casimir Perier, quien representaba los aspectos estrechos de la burguesía, sobre Luis Felipe, que representaba los aspectos liberales de la misma. Luis Felipe había anotado con su mano Beccaria. Después de la máquina Fieschi, exclamó: «¡Qué pena que yo no haya resultado herido!, hubiera podido conceder gracia.» En otra ocasión, haciendo alusión a las resistencias de sus ministros, escribía a propósito de un condenado político [1], que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo: «Su gracia

[1] Se trata de Barbes, condenado a muerte en 1839. Hugo había solicitado gracia para él, en cuatro versos que hizo llegar al rey, y publicó, en 1840, en *Los rayos y las sombras* (al rey Luis Felipe, después de su condena a muerte, pronunciada el 12 de julio de 1839).

Se puede leer en los *Actos y palabras* (en el exilio, 1862, II) las cartas que se cambiaron Barbes y Hugo).

está concedida, no me queda más que obtenerla.» Luis Felipe era dulce como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Mas para nosotros, en la historia en que la bondad es la perla rara, el que ha sido bueno pasa casi delante del que ha sido grande.

Luis Felipe, habiendo sido apreciado severamente por unos y duramente tal vez por otros, es tan sencillo como un hombre, fantasma él mismo hoy, que ha conocido a su rey, y viene a declarar en su nombre ante la historia; esta declaración, cualquiera que sea, es ante todo desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar a otra sombra; la participación de las mismas tinieblas, da derecho de alabanza; y es poco de temer el que se diga nunca de dos tumbas en el exilio: «Éste ha adulado al otro.»

IV

Grietas bajo la fundación

En el momento en que el drama que relatamos va a penetrar en la espesura de una de las trágicas nubes que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, era preciso que no hubiera equívoco, y era necesario que este libro se refiriera a este rey.

Luis Felipe había entrado en la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por el hecho de un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del objeto real de la revolución, pero en el cual él, duque de Orleáns, no tenía ninguna iniciativa personal. Había nacido príncipe, y se creía elegido rey. No se había adjudicado a sí mismo este mandato; tampoco se lo había tomado; se lo ofrecieron, y él lo había aceptado; convencido, equivocadamente, es cierto, pero convencido de que el ofrecimiento se hacía según el derecho, y la aceptación según el deber. De ahí una posesión de buena fe. Pero, lo declaramos con toda conciencia, estando Luis Felipe de buena fe en su posesión, y la democracia en su ataque, la cantidad de terror que se desprende de las luchas so-

ciales, no carga ni al rey, ni a la democracia. Un choque de principios se parece a un choque de elementos. El océano defiende al agua, el huracán defiende al viento; el rey defiende a la realeza, y la democracia defiende al pueblo; lo relativo, que es la monarquía, resiste a lo absoluto que es la república; la sociedad sangra bajo este conflicto, pero lo que hoy es su sufrimiento, será mañana su salud; y, en cualquier caso, no hay por qué censurar aquí a los que luchan; una de las dos partes evidentemente se engaña; el derecho no está, como el coloso de Rodas, en dos orillas a la vez, con un pie en la república, y un pie en la realeza; es indivisible, y todo por un lado; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es más culpable que bandido lo es un vandeano. No imputemos, pues, más que a la fatalidad de las cosas estas temibles colisiones. Cualesquiera que sean estas tempestades, la irresponsabilidad humana está mezclada en ellas.

Acabemos esta exposición.

El gobierno de 1830 se enfrentó enseguida con una vida dura. Naciendo ayer, debió combatir hoy.

Apenas instalada, sentía ya por todas partes vagos movimientos de tracción sobre el aparato de julio, tan recientemente colocado y tan poco sólido aún.

La resistencia nació al día siguiente; tal vez incluso había nacido la víspera.

De mes en mes la hostilidad creció, y de sorda se convirtió en hecho patente.

La revolución de julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, lo hemos expresado ya, había sido en Francia interpretada diversamente.

Dios entrega a los hombres voluntades visibles en los acontecimientos, texto oscuro, escrito en una lengua misteriosas. Los hombres hacen enseguida traducciones;

traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de lagunas y de contrasentidos. Muy pocos espíritus comprenden la lengua divina. Las más sagaces, las más tranquilas, las más profundas descifran lentamente, y cuando llegan con su texto, la tarea está realizada desde hace largo tiempo; hay ya veinte traducciones sobre la plaza pública. De cada traducción nace un partido y de cada contrasentido una facción; y cada parte cree poseer el único texto verdadero, y cada facción cree poseer la luz.

A menudo el mismo poder es una facción.

En las revoluciones hay nadadores a contracorriente; son los viejos partidos.

Para los viejos partidos que se unen a la herencia por la gracia de Dios, y al haber salido las revoluciones del derecho de revuelta, tienen derecho de revuelta contra ellas. Error. Pues en las revoluciones, la revuelta no es el pueblo, es el rey. Revolución es precisamente lo contrario de revuelta. Toda revolución, al ser un cumplimiento normal, contiene en sí su legitimidad, que falsos revolucionarios deshonran a veces, pero que persiste, incluso manchada, que sobrevive, incluso ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad. Una revolución es el regreso de lo ficticio a lo real. Es porque es preciso que sea.

Los viejos partidos legitimistas no asaltan menos a la revolución de 1830 con todas las violencias que brotan del falso razonamiento. Los errores son excelentes proyectiles. La golpean sabiamente allí donde es más vulnerable, a su falta de coraza, a su falta de lógica; atacan a esta revolución en su realeza. Le gritan: «Revolución, ¿por qué este rey?» Las facciones son ciegos que ven justo.

Este grito lo lanzaban igualmente los republicanos. Pero viniendo de ellos, este grito era lógico. Lo que era

ceguera en los legitimistas, era clarividencia en los demócratas. 1830 había provocado la bancarrota del pueblo La democracia indignada se lo reprochaba.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, el establecimiento de julio se debatía. Representaba al minuto, a las influencias, de una parte con el derecho eterno, y de otra parte con los siglos monárquicos.

Además, aparte, no siendo ya la revolución y convirtiéndose en monarquía, 1830 estaba obligado a adoptar el paso de Europa. Guardar la paz, aumento de complicación. Una armonía querida a contrasentido, es a menudo más onerosa que una guerra. De este sordo conflicto, siempre amordazado, pero siempre rugiente, nació la paz armada, ese ruinoso expediente de la civilización sospechosa a sí misma. La realeza de julio montaba en cólera, a pesar de que la tuvo en el atalaje de los gabinetes europeos. Metternich le hubiera puesto de buena gana el ronzal. Empujada en Francia por el progreso, empujada en Europa a las monarquías retrógradas. Remolcada, remolcaba.

No obstante, en el interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, derecho de la mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho de capital, derecho de trabajo, todas estas cuestiones se multiplicaban por encima de la sociedad; desplomo terrible.

Aparte de los partidos políticos propiamente dichos, se manifestaba otro movimiento. A la fermentación democrática respondía la fermentación filosófica. La élite, se sentía turbada como la multitud; de otra manera, pero tanto como ella.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por corrientes revolucionarias, temblaba bajo las mismas con no sé qué vagas sa-

cudidas epilépticas. Estos soñadores, aislados los unos, reunidos los otros en familias casi en comuniones, removían las cuestiones sociales, pacífica, pero profundamente; mineros impasibles, que empujaban tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcán, molestados apenas por las conmociones sordas y los hornos entrevistos.

Esa tranquilidad no era el espectáculo menos hermoso de esa época agitada.

Esos hombres dejaban a los partidos políticos la cuestión de los derechos; se ocupaban de la cuestión de la felicidad.

El bienestar del hombre, esto es lo que querían extraer de la sociedad.

Elevaban las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, casi a la dignidad de una religión. En la civilización, tal como se hace, un poco por Dios, mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan, se amalgaman de manera capaz de formar una verdadera roca dura, según una ley dinámica pacientemente estudiada por los economistas, estos geólogos de la política.

Estos hombres que se agrupaban bajo apelaciones distintas, pero que pueden ser designados todos bajo el título genérico de socialistas, procuraban agujerear dicha roca y hacer brotar de ella las aguas vivas de la felicidad humana.

Desde la cuestión del cadalso, hasta la cuestión de la guerra, sus trabajos lo abarcaban todo. Al derecho del hombre, proclamado por la revolución francesa, añadían el derecho de la mujer y el derecho del niño.

No nos sorprenderemos de que, por diversas razones, no tratemos aquí a fondo, desde el punto de vista teó-

rico, las cuestiones promovidas por el socialismo. Nos limitamos a indicarlas.

Todos los problemas que se proponían los socialistas, las visiones cosmogónicas, dejados aparte del ensueño y el misticismo, pueden ser elevadas a dos problemas principales:

Primer problema: producir la riqueza.

Segundo problema: repartirla.

El primer problema contiene la cuestión del trabajo.

El segundo contiene la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta la felicidad individual.

Por buena distribución es preciso entender no distribución igual, sino distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poder público por fuera, y felicidad individual por dentro, resulta la prosperidad social.

Prosperidad social quiere significar el hombre feliz, el ciudadano libre, la nación grande.

Inglaterra resuelve el primero de estos problemas. Crea admirablemente la riqueza; la reparte mal. Esta solución, que no es completa más que por un lado, la lleva fatalmente a estos dos extremos: opulencia monstruosa, miseria monstruosa. Todos los goces para algunos, todas las privaciones para los otros, es decir, al pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, el feudalismo, nacen del trabajo mismo. Situación falsa y peligrosa que asienta el poder público sobre la miseria privada y que enraíza la grandeza del estado en los sufrimientos del individuo.

Grandeza mal compuesta, en la que se combinan todos los elementos materiales y en la cual no entra ningún elemento moral.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan. Su repartición mata la producción. La partición igual anula la emulación. Y, por consiguiente, el trabajo. Es un reparto hecho por el carnicero, que mata lo que reparte. Es, pues imposible detenerse en estas pretendidas soluciones. Matar la riqueza no es repartirla.

Los dos problemas quieren ser resueltos juntos para quedar bien resueltos. Las dos soluciones quieren ser combinadas y no hacer de ellas más que una.

No resolváis más que el primer problema de los dos, y seréis Venecia, seréis Inglaterra. Tendréis como Venecia un poderío artificial, o como Inglaterra un poder material; seréis el mal rico. Pereceréis por una vía de hecho, como ha muerto Venecia, o por una bancarrota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer, porque el mundo deja caer y morir todo lo que no es más que el egoísmo, todo lo que no representa para el género humano una virtud o una idea.

Queda bien entendido aquí que con estas palabras, Venecia, Inglaterra, designamos, no a los pueblos, sino a las construcciones sociales; las oligarquías superpuestas a las naciones, y no las naciones mismas. Las naciones cuentan siempre con nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, pueblo, renacerá; Inglaterra, aristocracia, caerá, pero Inglaterra, nación, es inmortal. Dicho esto, proseguimos.

Resolved los dos problemas, estimulad al rico y proteged al pobre, suprimid la miseria, poned un término a la explotación injusta del débil por el fuerte, poned un freno a los celos inicuos de los que están en camino, en

contra de los que han llegado; ajustad matemáticamente y fraternalmente el salario al trabajo, mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria al crecimiento de la infancia y haced de la ciencia la base de la virilidad, desarrollad las inteligencias mientras os ocupáis de los brazos, sed a la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices, democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de manera que todo ciudadano, sin excepción, sea propietario, cosa más fácil de lo que se cree, en dos palabras, aprended a producir la riqueza, y aprended a repartirla; y tendréis conjuntamente la grandeza material y la grandeza moral; y seréis dignos de llamaros Francia.

Esto es, fuera, y por encima de algunas sectas que se separaban, lo que decía el socialismo; esto es lo que buscaba en los hechos, esto es lo que esbozaba en los espíritus.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas!

Estas doctrinas, estas teorías, estas resistencias, la necesidad inesperada para el hombre de estado de contar con los filósofos, confusas evidencias entrevistas, una política nueva que crear, de acuerdo con el viejo mundo, sin demasiado desacuerdo con el ideal revolucionario, una situación en la cual era preciso emplear a Lafayette para defender a Polignac, la intuición del progreso trasparente bajo la sublevación, las cámaras y la calle, las competiciones a equilibrarse a su alrededor, su fe en la revolución, tal vez no sé qué resignación eventual nacida de la vaga aceptación de un derecho definitivo y superior, su voluntad de permanecer de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto del pueblo, su propia honestidad preocupaban a Luis Felipe casi dolorosamente, y por momentos, por fuerte y valeroso que fuese, lo abrumaban bajo la dificultad de ser rey.

Sentía bajo sus pies una disgregación temible, que no era, sin embargo, una reducción a polvo, siendo Francia más Francia que nunca.

Tenebrosos amontonamientos cubrían el horizonte. Una sombra extraña, avanzando gradualmente, se extendía poco a poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas; sombra que procedía de las cóleras y de los sistemas. Todo lo que había sido ahogado apresuradamente, se removía y fermentaba. A veces, la conciencia del hombre honesto recobraba su respiración; tanto malestar había en este aire, donde los sofismas se mezclaban a las verdades. Los espíritus temblaban en la ansiedad social como las hojas al acercarse una tempestad. La tensión eléctrica era tal, que en algunos instantes, el primer llegado, un desconocido, relampagueaba. Luego la oscuridad crepuscular caía de nuevo. Por intervalos, profundos y sordos rugidos podían formar un juicio sobre la cantidad de rayos que había en la nube.

Apenas habían trascurrido veinte meses desde la revolución de julio, y el año 1832 se había abierto con un aspecto de inminencia y de amenaza. La miseria del pueblo, los trabajadores sin pan, el último príncipe de Condé desaparecido en las tinieblas, Bruselas expulsando a los Nassau, como París a los Borbones, Bélgica ofreciéndose a un príncipe francés, y dada a un príncipe inglés, el odio ruso de Nicolás, detrás de nosotros, dos demonios del mediodía, Fernando en España, Miguel en Portugal, la tierra temblando en Italia, Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia, Francia atropellando a Austria en Ancona, al norte, no sé qué siniestro ruido de martillo, clavando a Polonia en su féretro, en toda Europa, miradas irritadas vigilando a Francia, Inglaterra aliada sospechosa, preparada a empujar lo que se inclinase y a lanzarse sobre lo que cayese, el prado abrigándose detrás de Bec-

caria para negar cuatro cabezas a la ley, las flores de lis borradas sobre la carroza del rey, la cruz arrancada de Notre-Dame, Lafayette disminuido, Lafitte arruinado, Benjamín Constant muerto en la indigencia, Casimir Perier muerto en el agotamiento del poder; la enfermedad política y la enfermedad social se declaran a la vez en las dos capitales del pensamiento; la otra, la ciudad del trabajo; en París, la guerra civil; en Lyón, la guerra servil; en las dos ciudades el mismo resplandor de hoguera; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el mediodía fanatizado, el oeste turbado, la duquesa de Berry en la Vandée, los complots, las conspiraciones, los levantamientos y el cólera añadían al sombrío rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos.

V

Hechos de los que la historia surge, y que la historia ignora

Hacia finales de abril todo se había agravado. La fermentación se sucedía a la efervescencia. Desde 1830 había habido aquí y allá pequeños motines parciales, comprimidos aprisa, pero renaciendo, signo de una vasta conflagración subyacente. Algo terrible incubaba. Se entreveían las alineaciones, aún poco distintas y mal iluminadas, de una revolución posible. Francia contemplaba París; París contemplaba el faubourg-Saint-Antoine.

El barrio Saint-Antoine, calentado sordamente, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne eran, aunque la conjugación de estos dos epítetos parece singular aplicada a tabernas, graves o tempestuosas.

Se discutía públicamente, para batirse o para quedar tranquilos. Había trastiendas en donde se hacía jurar a los obreros que «se echarían a la calle al primer grito de alarma, y que lucharían sin contar el número de enemigos». Una vez tomada la palabra, un hombre sentado en un rincón de la taberna, «sacaba una voz sonora»

y decía: «¿Lo entiendes? ¡Lo has jurado!» Algunas veces subían al primer piso, en una habitación cerrada, y allí se desarrollaban escenas casi masónicas. Se hacía prestar juramento al iniciado, para más seguridad, así como a los padres de familia. Era la fórmula.

En las salas bajas, se ataban catálogos «subversivos». Despreciaban al gobierno, según relata un informe secreto de la época.

Se oían palabras como estas: «No sé los nombres de los jefes. Nosotros, no sabemos el día hasta dos horas antes.» Un obrero decía: «Somos trescientos, pongamos cada uno diez sueldos, y dispondremos de ciento cincuenta francos para fabricar balas y pólvora.» Otro decía: «No pido seis meses, ni siquiera dos. Antes de quince días estaremos paralelamente al gobierno. Con veinticinco mil hombres podemos plantar cara.» Otro decía: «No me acuesto, porque por la noche fabrico cartuchos.» De vez en cuando, los hombres «vestidos con trajes burgueses» venían «dándose importancia», y con aire de «condenar», daban puñetazos a los más importantes y se marchaban. No se quedaban nunca más de diez minutos. En voz baja, se cambiaban frases significativas: «El complot está maduro, la cosa está colmada.» «Era zumbado por todos los que estaban allí», adoptando la propia expresión de uno de los asistentes. La exaltación era tal, que un día, en plena taberna, un obrero gritó: «¡No tenemos armas!» Uno de sus compañeros respondió: «¡Los soldados tienen!», parodiando así, sin sospecharlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia. «Cuando tenían algo muy secreto —dice el informe—, no se lo comunicaban allí.» No se comprende muy bien lo que podían ocultar, después de haber dicho lo que decían.

Las reuniones eran algunas veces periódicas. En algunas de ellas no eran nunca más de ocho o diez, y siem-

pre los mismos. En otras, entraba quien quería, y la sala se hallaba tan llena, que se veían obligados a permanecer de pie. Unos se encontraban allí por entusiasmo y pasión; otros porque era su camino para ir al trabajo. Como en la revolución, había en tales tabernas mujeres patriotas que abrazaban a los recién llegados.

Otros hechos expresivos tenían lugar.

Un hombre entraba en una taberna, bebía y salía diciendo: «Comerciante de vino, lo que debo será pagado por la revolución.»

En casa de un tabernero, frente a la calle de Charonne, se nombraban agentes revolucionarios. El escrutinio se hacía utilizando las gorras.

En casa de un maestro de esgrima que daba asaltos en la calle de la Cotte, se reunían los obreros. Había allí un trofeo de armas formado por espadones de madera, cañas, bastones y floretes. Un día desenvainaron los floretes. Un obrero decía: «Somos veinticinco, pero no contéis conmigo, porque me miran como a una máquina.» Esta máquina, fue más tarde Quénisset.

Las cosas diversas que se premeditaban tomaban poco a poco una extraña notoriedad. Una mujer, al barrer su puerta, decía a otra mujer: «Desde hace mucho tiempo están trabajando, haciendo cartuchos.» En plena calle leíanse las proclamas dirigidas a los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por Burtot, comerciante de vino.

Un día, en la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre con barba a modo de collar y el acento italiano subíase a un poste y leía en voz alta un escrito singular, que parecía emanar de un poder oculto. A su alrededor se habían formado algunos grupos y aplaudían. Los pasajes que más conmovían a la multitud han sido recogidos y anotados: «...Nuestras doctrinas están tra-

badas, nuestras proclamas están rotas, nuestros carteleros son vigilados y encerrados en la prisión...» «El desastre que acaba de tener lugar en...» «...El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras hileras oscuras.» «He aquí los términos planteados: acción y reacción, revolución o contrarrevolución. Pues en nuestra época, ya no se cree en la inercia ni en la inmovilidad. Por el pueblo, o contra el pueblo, es la cuestión. No hay otra.» «El día en que no convengamos, anuladnos, pero hasta entonces, ayudadnos a andar.» Todo esto en pleno día.

Otros hechos más audaces aún eran sospechosos al pueblo a causa de su misma audacia. El 4 de abril de 1832, un transeúnte subió al poste que está en la esquina de la calle de Sainte-Marguerite [1], y gritó: «¡Yo soy babouvista!» Pero bajo Babeuf, el pueblo olía Gisquet [2].

Entre otras cosas, este transeúnte decía:

—¡Abajo la propiedad! La oposición de izquierdas es cobarde y traidora. Cuando quiere tener razón predica la revolución. Es demócrata para no ser batida, y realista para no combatir. Los republicanos son bestias de plumas. Desconfiad de los republicanos, ciudadanos trabajadores.

—¡Silencio, ciudadano soplón! —gritó un obrero.

Esto puso fin al discurso.

Se producían incidentes misteriosos.

A la caída del día, un obrero encontraba cerca del canal a «un hombre bien vestido», el cual le decía:

—¿Dónde vas, ciudadano?

—Señor —respondía el obrero—, no tengo el honor de conoceros.

—Pero yo te conozco muy bien. —Y el hombre añadía—: No temas. Soy agente del comité. Sospechan que

[1] La calle Sainte-Marguerite-Saint-Antoine, entre la calle Faubourg-Saint-Antoine y la calle de Charonne. Hoy, calle Trousseau.

[2] Prefecto de policía de 1831 a 1836.

no estás muy seguro. Debes saber que si revelas alguna cosa, hay unos ojos fijos en ti.

Luego daba al obrero un apretón de manos y se marchaba diciendo:

—Nos veremos pronto.

La policía, en sus acechos, recogía, no solamente en las tabernas, sino también en la calle, diálogos singulares:

—Hazte aceptar de prisa —decía un tejedor a un ebanista.

—¿Por qué?

—Va a haber un disparo que hacer.

Dos transeúntes, vestidos de harapos, cambiaban estas réplicas notables, aparentemente revolucionarias:

—¿Quién nos gobierna?

—Es el señor Felipe.

—No, es la burguesía.

Se engañaría quien creyese que tomamos la palabra revolución por su lado malo. Los revolucionarios eran los pobres. Pues los que tienen hambre, tienen derecho.

En otra ocasión pudo oírse a dos hombres que al pasar uno decía al otro: «Tenemos un buen plan de ataque.»

De una conversación íntima entre cuatro hombres acurrucados en un foso de la barrera del Trône, no se pudo captar más que esto:

—Se hará lo posible para que no se pasee ya más por París.

¿Quién? Oscuridad amenazadora.

«Los jefes principales», como se decía en el barrio, se mantenían apartados. Se creía que se reunían, para concertar, en una taberna cerca de la punta de Saint-Eustache. Un tal Aug., jefe de la sociedad de socorro para los sastres, en la calle Mondétour, al parecer servía de intermediario central entre los jefes y el barrio Saint-Antoine. Sin embargo, siempre se cernió bastante sombra sobre

estos jefes, y ningún hecho cierto pudo invalidar el singular orgullo de esta respuesta, hecha más tarde por un acusado ante el tribunal de los pares:

—¿Quién era vuestro jefe?

—No lo conocía, y no lo reconocía.

Aún no eran más que las palabras, trasparentes, pero vagas; algunas veces, propósitos en el aire. Otros índices sobrevenían.

Un carpintero, ocupado en la calle de Reuilly en clavar las planchas de una empalizada alrededor de un terreno en el que se levantaba una casa en construcción, encontró en este terreno un fragmento de carta rasgado, donde eran aún legibles estas líneas:

«...Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones, para las diferentes sociedades...»

Y en una posdata:

«Nos hemos enterado de que había fusiles en la calle del faubourg-Poissonnière, número cinco, bis, en cantidad de cinco o seis mil, en casa de un armero, en un patio. La sección no posee arma alguna.»

Esto hizo que el carpintero mostrara el trozo de carta a sus vecinos, porque a algunos pasos más lejos recogió otro papel igualmente rasgado, y más significativo aún, del cual reproducimos su configuración a causa del interés histórico de estos extraños documentos:

Q	C	D	E	Aprended esta lista de memoria. Luego la rompereis Los hombres admitidos harán lo mismo una vez les hayan trasmitido órdenes.
				L.
				u og a^1 fe

Las personas que entonces estuvieron en el secreto de este hallazgo, no supieron hasta más tarde el doble sentido de estas cuatro mayúsculas, y el sentido de estas letras: u og a[1] fe, que era una fecha y que quería decir este 15 de abril de 1832. Bajo cada mayúscula estaban inscritos los nombres seguidos de indicaciones muy características. Así: Q. Bannerel. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro. — C. Boubière. 1 pistola. 40 cartuchos. — D. Rollet. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora. — E. Teissier. 1 sable. 1 cartuchera. Exacto. — Terror. 8 fusiles. Valeroso, etcétera.

Por fin, el carpintero encontró en el mismo cercado un tercer pedazo de papel en el cual estaba escrita con lápiz, pero legible, esta especie de lista enigmática.

Unidad. Blanchard. Árbol-seco. 6.
Barra. Soize. Salle-au-Comte.
Kosciusko. ¿Aubry el carnicero?
J. J. R.
Caio Graco.
Derecho de revisión. Dufond. Horno.
Caída de los Girondinos. Derbac. Maubuée.
Washington. Pinson. 1 pist. 86 cart.
Marsellesa.
Recuerd. del pueblo. Michel, Quincampoix. Sable.
Hoche.
Marceau. Platón. Árbol-seco.
Varsovia, Tilly, del *Populaire*[1].

El honesto burgués en las manos del cual cayó esta lista, supo su significación. Parece ser que esta lista era la nomenclatura completa de las secciones del barrio

[1] Periódico de Cabet, que apareció de 1833 a 1835; así pues, más tarde de la época evocada aquí por Víctor Hugo.

cuarto de la sociedad de los derechos del hombre, con los nombres y los domicilios de los jefes de sección. Hoy, que todos estos hechos que yacían en la sombra, no son ya más que historia, podemos publicarlos. Es preciso añadir que la fundación de la sociedad de los derechos del hombre parece haber sido posterior a la fecha en que fue encontrado este papel. Tal vez no era más que un esbozo.

Sin embargo, tras los propósitos y las palabras, tras los índices escritos, empiezan a tomar cuerpo los hechos materiales.

En la calle Popincourt, en casa de un comerciante de baratillo, se encontraron en el cajón de una cómoda siete hojas de papel gris, dobladas en cuatro; estas hojas cubrían veintiséis cuadrados del citado papel gris, doblados en forma de cartucho, y una carta en la que se leía esto:

Pólvora	12 onzas
Azufre	2 onzas
Carbón	2 onzas y media
Agua	2 onzas

El atestado correspondiente delataba que el cajón exhalaba un fuerte olor a pólvora.

Un albañil, al regresar al final de su jornada, olvidó un paquetito en un banco cerca del puente de Austerlitz. Este paquete fue llevado al cuerpo de guardia. Lo abrieron y encontraron dos diálogos impresos, firmados por un tal Lahautière, una canción titulada: *Obreros, asociaos,* y una caja de latón llena de cartuchos.

Un obrero, bebiendo con un compañero, lo hizo palpar el calor que sentía; el otro notó una pistola bajo su chaqueta.

En una fosa sobre el bulevar, entre el Père-Lachaise y la barrera de Trône, en el lugar más desierto, unos

niños, jugando, descubrieron sobre un montón de basuras un saco que contenía un molde de balas, un taladro de madera para hacer cartuchos, una cajita en la que había granos de pólvora de caza, y una pequeña marmita de fundición, en cuyo interior se apreciaban rastros evidentes de plomo fundido.

Agentes de policía que penetraron de improviso a las cinco de la madrugada en casa de un tal Pardon, que fue más tarde seccionario de la sección Barricada-Merry y murió en la insurrección de abril de 1834, lo encontraron en pie, cerca de su cama, sosteniendo en la mano unos cartuchos que estaba haciendo.

Hacia la hora en que los obreros descansan, dos hombres fueron vistos encontrándose en la barrera Picpus y la barrera Charenton en un pequeño camino de ronda entre dos muros, cerca de un tabernero que tiene un juego de Siam ante su puerta. Uno tiraba de la parte baja de su blusa y entregaba al otro una pistola. En el momento de entregársela se daba cuenta de que la traspiración de su pecho había producido un poco de humedad a la pólvora. Cargaba la pistola, y añadía pólvora a la que ya había en el depósito. Luego, los dos hombres se separaban.

Un tal Gallais, muerto más tarde en la calle Beaubourg en el asunto de abril, se envanecía de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El gobierno recibió un día el aviso de que acababan de ser distribuidas armas en el barrio, así como doscientos mil cartuchos. La semana siguiente fueron distribuidos treinta mil cartuchos. Cosa notable, la policía no pudo coger ninguno. Una carta, interceptada, decía:

«No está lejos el día en que en cuatro horas de reloj, ochenta mil patriotas estarán bajo las armas.»

Toda esta fermentación era pública, casi podría decirse tranquila. La insurrección inminente disponía su tempestad con calma, a la cara del gobierno. Ninguna singularidad faltaba a esta crisis aún subterránea, pero ya perceptible. Los burgueses hablaban tranquilamente a los obreros de lo que se preparaba. Se decía: «¿Cómo va el motín?», con el tono con que hubieran preguntado: «¿Cómo está vuestra mujer?»

Un comerciante de muebles de la calle Moreau, preguntaba:

—Y bien, ¿cuándo atacáis?

Otro tendero decía:

—Atacaremos pronto. Lo sé. Hace un mes erais quince mil, ahora sois veinticinco mil. —Ofrecía su fusil, y un vecino ofrecía una pequeña pistola que quería vender por siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria aumentaba. Ningún punto de París ni de Francia quedaba excluido de ella. La arteria latía por todas partes. Como esas membranas que nacen de ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba a extenderse por el país. De la asociación de los amigos del pueblo, pública y secreta a la vez, nacía la sociedad de los derechos del hombre, que fechaba así una de las órdenes del día: «Pluvioso, año 40 de la era republicana»; que debía sobrevivir, incluso a las detenciones del tribunal pronunciando su disolución, y que no dudaba en dar a sus secciones nombres significativos, tales como éstos:

Picas.
Rebato.
Cañón de alarma.
Gorro frigio.

21 de enero.
Indigentes.
Truhanes.
Marcha hacia adelante.
Robespierre.
Nivel.
Esto marchará.

La sociedad de los derechos del hombre engendraba la sociedad de acción. Eran los impacientes los que se separaban y corrían hacia adelante. Otras asociaciones trataban de reclutarse en las grandes sociedades madres. Los seccionarios se quejaban de ser importunados. Así, la sociedad gala, y el comité organizador de las municipalidades. Así las asociaciones por la libertad de prensa, por la libertad individual, por la instrucción del pueblo, contra los impuestos indirectos. Luego, la sociedad de los obreros igualitarios, que se dividía en tres fracciones, los igualitarios, los comunistas, los reformistas. Luego, el ejército de las Bastillas, una especie de cohorte organizada militarmente, cuatro hombres mandados por un cabo, diez por un sargento, veinte por un lugarteniente, cuatro por un teniente; no había nunca más de cinco hombres que se conocieran. Creación en la que la precaución está combinada con la audacia y que parece impresa por el genio de Venecia. El comité central, que era la cabeza, tenía dos brazos, la sociedad de acción, y el ejército de las Bastillas. Una asociación legitimista, los caballeros de la fidelidad, se movía entre estas afiliaciones republicanas. Estaba denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses se ramificaban en las principales ciudades. Lyón, Nantes, Lille y Marsella tenían su sociedad de los derechos del hombre, la Charbonnière, los hombres libres. Aix tenía una sociedad revolucionaria

a la que llamaban la Cougourde. Hemos pronunciado ya esta palabra.

En París, el barrio Saint-Marceau no estaba mucho menos zumbador que el barrio Saint-Antoine, y las escuelas, no menos conmovidas que los barrios. Un café de la calle Saint-Hyacinthe, y el cafetín de los Siete Billares, en la calle de Mathurins-Saint-Jacques, servían de lugares de reunión de los estudiantes. La sociedad de los amigos del A B C, afiliada a los mutualistas de Angers, y a la Cougourde de Aix, se reunía, como se ha visto antes, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se encontraban también, lo hemos referido ya, en un restaurante taberna cerca de la calle Mondétour, que se llamaba Corinthe. Tales reuniones eran secretas. Otras eran tan públicas como era posible, y es posible juzgar sobre tales audacias por este fragmento de un interrogatorio sufrido en uno de los procesos ulteriores: «¿Dónde tuvo lugar esa reunión?» «En la calle de la Paix.» «¿En casa de quién?» «En la calle.» «¿Qué secciones estaban allí.» «Una sola.» «¿Cuál?» «La sección Manuel.» «¿Quién era el jefe?» «Yo.» «Sois demasiado joven para haber tomado por vos solo el grave partido de atacar al gobierno. ¿De dónde procedían las instrucciones?» «Del comité central.»

El ejército estaba minado al mismo tiempo que la población, como lo probaron más tarde los movimientos de Belfort, de Lunéville y de Épinal. Se contaba con el cincuenta y dos regimiento, con el quinto, con el octavo, con el treinta y con el siete ligero. En Borgoña, y en las ciudades del mediodía, se plantaba el árbol de la libertad, es decir, un mástil, con un gorro rojo en su extremo.

Tal era la situación.

Esta situación, en el barrio Saint-Antoine más que en cualquier otro grupo de población, como hemos indi-

cado ya al principio, estaba más acentuada. Ahí es donde radicaba el punto central.

Ese viejo barrio, poblado como un hormiguero, trabajador, valeroso y colérico como una colmena, se estremecía en la espera y en el deseo de una conmoción. Todo se agitaba en él, sin que por ello fuera interrumpido el trabajo. Nada podría dar idea de esa fisonomía viva y sombría. Existen en ese barrio punzantes miserias escondidas bajo los techos de las buhardillas; hay en él también inteligencias ardientes y raras. Es especialmente en cuestión de miseria y de inteligencia cuando resulta peligroso que los extremos se toquen.

El barrio de Saint-Antoine tenía aún otras causas de estremecimiento; pues recibe los golpes de las crisis comerciales, de las quiebras, de las huelgas, de los paros forzosos, inherentes a las grandes conmociones políticas. En tiempo de revolución, la miseria es a la vez causa y efecto. El golpe que descarga, lo recibe. Esta población, llena de virtud orgullosa, capaz del más alto punto calórico latente, siempre dispuesta a los hechos de armas, pronta a las explosiones, irritada y profunda, minada, que parece no esperar otra cosa que la caída de una chispa. En todas las ocasiones en que ciertas chispas flotan sobre el horizonte, empujadas por el viento de los acontecimientos, no es posible dejar de pensar en el barrio Saint-Antoine y en el temible azar que ha colocado a las puertas de París, este polvorín de sufrimientos y de ideas.

Las tabernas del «faubourg Antoine», que se han dibujado más de una vez sobre el esbozo que acabamos de leer, tienen una notoriedad histórica. En tiempos de movimientos, se emborrachan en ella de palabras más que de vino. Una especie de espíritu profético y un efluvio del porvenir circula en ellas, hinchando los corazones

y engrandeciendo las almas. Las tabernas del barrio Saint-Antoine se parecen a las del Monte Aventino, construidas sobre el antro de la Sibila, y comunicando con los profundos alientos sagrados; tabernas cuyas mesas eran casi trípodes, y donde se bebía lo que Ennio[1] llama el vino sibilino.

El bairrio Saint-Antoine es un depósito de gente. La conmoción revolucionaria produce fisuras por las que discurre la soberanía popular. Esta soberanía puede obrar mal; se engaña, como cualquier otra; pero incluso errada es grande. Puede decirse de ella, como del cíclope ciego, *Ingens*[2].

En el 93, tanto si la idea que flotaba era buena o mala, tanto si era el día del fanatismo o del entusiasmo, partían del barrio de Saint-Antoine, tan pronto legiones salvajes como bandas heroicas.

Salvajes. Definamos esta palabra. Estos hombres erizados, que en los días genésicos del caos revolucionario, harapientos, feroces, con las mazas levantadas, la pica alta, se arrastraban sobre el viejo París trastornado, ¿qué querían? Querían el fin de las opresiones, el fin de las tiranías, el fin de la guerra, trabajo para el hombre, instrucción para el niño, dulzura social para la mujer, libertad, igualdad, fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, la conversión del mundo en edén, el progreso; y esta cosa sana, buena y dulce, el progreso, llevados hasta el fin, fuera de sí mismos, la reclamaban terribles, semidesnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes, sí, pero los salvajes de la civilización.

1 Poeta latino (239–169 a. de J. C.)

2 *Enorme*. Hugo se acuerda aquí de la *Eneida* (III, 658), en que Virgilio describe a Polifemo cegado por Ulises:

«"Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum". Monstruo horrible, informe, enorme, a quien la luz ha sido quitada.»

Proclamaban con furia el derecho; querían, aunque fuera por medio del temblor y el terror, forzar al género humano al paraíso. Parecían bárbaros, y eran salvadores. Reclamaban la luz, con la máscara de la noche.

A la vista de estos hombres feroces, convenimos en ello, y terribles, pero feroces y terribles en pro del bien, hay otros hombres sonrientes, con bordados, dorados, llenos de cintas, constelados, con medias de seda, con plumas blancas, con guantes amarillos, con zapatos brillantes, los cuales acodados sobre una mesa de terciopelo, junto a una chimenea de mármol, insisten suavemente en pro del mantenimiento y la conservación del pasado, de la edad media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando a media voz y con cortesía, al sable, y al cadalso. En cuanto a nosotros, si nos viéramos forzados a la opción entre los bárbaros de la civilización, y los civilizados de la barbarie, escogeríamos a los bárbaros.

Pero, gracias al cielo, hay otra elección posible. No es necesaria ninguna caída a pico, ni hacia delante, ni hacia atrás. Ni despotismo, ni terrorismo. Queremos el progreso en pendiente suave.

Dios provee. La suavidad en las pendientes, en esto consiste toda la política de Dios.

VI

Enjolras y sus lugartenientes

Poco más o menos en esta época, Enjolras, a la vista del posible acontecimiento, hizo una especie de censo misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el café Musain.

Enjolras dijo, mezclando a sus palabras algunas metáforas semienigmáticas pero significativas:

—Conviene saber en dónde nos hallamos y con quién podemos contar. Si se desean combatientes, es preciso hacerlos. Tener con qué golpear. Esto no puede ser nocivo. Los que pasan tienen siempre más posibilidades de recibir cornadas cuando hay bueyes en la carretera que cuando no los hay. Así, pues, contemos un poco el rebaño. ¿Cuántos somos? No hay que dejar este trabajo para mañana. Los revolucionarios deben tener prisa siempre; el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado. No nos dejemos coger desprevenidos. Se trata de repasar las costuras que hemos hecho y de comprobar si aguantan. Este asunto debe quedar realizado hoy mismo. Courfeyrac, tú verás a los

politécnicos. Es su día de salida. Hoy miércoles, Feuilly, ¿Verdad que verás a los de la Glacière? Combeferre me ha prometido que iría al Picpus. Allí hay todo un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los albañiles se entibian; nos traerá noticias del albergue de la calle de Grenelle-Saint-Honoré [1]. Joly irá a la clínica de Dupuytren y tomará el pulso a la escuela de medicina. Bossuet se dará una vueltecita por el palacio y charlará con los paseantes. Yo me encargo de la Cougourde.

—Ya está todo arreglado —dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Qué más hay?

—Una cosa muy importante.

—¿Qué es? —preguntó Combeferre.

—La barrera del Maine —respondió Enjolras.

Enjolras se quedó como absorbido en sus reflexiones por un instante, y luego continuó:

—En la barrera del Maine hay marmolistas, pintores, practicantes de los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta a enfriamiento. No sé lo que les sucede desde hace algún tiempo. Piensan en otra cosa. Se apagan. Pasan el tiempo jugando al dominó. Sería urgente ir a hablarles un poco y con firmeza. Se reúnen en casa de Richefeu. Se los puede encontrar entre las doce y la una del mediodía. Sería preciso soplar sobre esas cenizas. Yo había contado para ello, con ese distraído de Marius, que en suma es bueno, pero que ya no viene. Necesitaría a alguien para la barrera del Maine. Y no me queda nadie de quien echar mano.

—Y yo —dijo Grantaire—, ¿acaso no estoy aquí?

—¿Tú?

[1] Entre la calle Saint-Honoré y la calle Coquillière; hoy, calle Jean-Jacques Rousseau.

—Yo.

—¡Tú, adoctrinar a los republicanos!, ¡tú, calentar, en nombre de los príncipes, los corazones enfriados!

—¿Por qué no?

—¿Es que eres bueno para algo?

—Tengo la vaga ambición de que sí —dijo Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en ti.

—Grantaire, ¿quieres prestarme un servicio?

—Todos. Encerar tus botas.

—Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos. Fermenta tu ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¿Serías tan hombre como para ir a la barrera del Maine? ¿Serías capaz de ello?

—Soy capaz de bajar a la calle de Grès[1], de atravesar la plaza Saint-Michel, de doblar por la calle del Monsieur-le Prince, de tomar la calle de Vaugirard, de cruzar las Carmes, de volver por la calle de Assas, de llegar a la calle del Cherche-Midi, de dejar tras de mí el consejo de guerra, de ir por la calle del Vieilles-Tuileries[2], de saltar el bulevar[3], de seguir la calzada del Maine, de franquear la barrera y de entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de eso. Mis zapatos también son capaces de hacerlo.

—¿Conoces un poco a los compañeros de casa de Richefeu?

—No mucho. Solamente nos tuteamos.

—¿Qué es lo que les dirás?

1 Véase tomo III, p. 135.

2 Nombre que llevaba entonces la parte central de la actual calle de Cherche-Midi.

3 Del Mont-Parnasse.

—Les hablaré de Robespierre, ¡pardiez! De Dantón; de los principios.

—¡Tú!

—Yo. No me hacéis justicia. Cuando me lo propongo soy terrible. He leído a Prud'homme, conozco el contrato social, y sé de memoria mi constitución del año dos. «La libertad del ciudadano termina donde la libertad de otro ciudadano empieza.» ¿Es que me tomas por un bruto? Los derechos del hombre, la soberanía del pueblo, ¡caramba! Soy incluso un poco herbertista. Puedo repetir, durante seis horas, reloj en mano, cosas soberbias.

—Seriedad —dijo Enjolras.

—Soy feroz —respondió Grantaire.

Enjolras reflexionó durante algunos segundos, e hizo el gesto del hombre que toma una decisión.

—Grantaire —dijo—, consiento en probarte. Irás a la barrera del Maine.

Grantaire vivía en una casa vecina al café Musain. Salió, y regresó cinco minutos después. Había ido a su casa a ponerse un chaleco a la Robespierre.

—Rojo —dijo al entrar, mirando fijamente a Enjolras.

Luego, con mano enérgica, apoyó sobre su pecho las dos puntas escarlatas del chaleco.

Y acercándose a Enjolras, le dijo al oído:

—Tranquilízate.

Se caló resueltamente el sombrero, y salió.

Un cuarto de hora más tarde la trastienda del café Musain se hallaba desierta. Todos los amigos del ABC, se habían marchado, cada uno por su lado, a su tarea. Enjolras, que se había reservado la Cougourde, salió el último.

Los de la Cougourde d'Aix, que estaban en París, se reunían entonces en el llano de Issy, en uno de los caminos abandonados, tan numerosos en aquel lado de París.

Enjolras, mientras caminaba hacia aquel lugar de cita, pasaba en su interior revista a la situación. La gravedad de los acontecimientos era visible. Cuando los hechos, síntomas precursores de una especie de enfermedad social latente, se mueven pesadamente, la menor complicación los detiene y los encabestra. Fenómeno del que salen los derrumbamientos, así como los renacimientos, Enjolras entreveía un luminoso levantamiento bajo los paneles tenebrosos del porvenir. ¿Quién sabe?, tal vez se acercaba el momento. El pueblo recobrando el derecho, ¡qué espectáculo tan hermoso!, la revolución recobrando majestuosamente la posesión de Francia, y diciendo al mundo: «¡La continuación mañana!» Enjolras sentíase contento. La hoguera calentaba. Había, en aquel preciso instante, una red de polvo de amigos esparcida por París. Componía en su pensamiento, con la elocuencia filosófica y penetrante de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, el verbo de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Jean Prouvaire, la ciencia de Joly, los sarcarmos de Bossuet, una especie de chispeo eléctrico encendiéndose a la vez un poco por todas partes. Todos a la obra. De seguro que el resultado respondería al esfuerzo. Estaba bien. Esto le hizo pensar en Grantaire. «Vaya —se dijo—, la barrera del Maine me desvía un poco de mi camino. ¿Y si me fuera hacia la casa de Richefeu? Veamos lo que hace Grantaire, y hasta dónde ha llegado.»

Daba la una en el campanario de Vaugirard cuando Enjolras llegó al tugurio de Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejó la puerta, que fue a darle

en los hombros, y miró hacia la sala llena de mesas, de hombres, y de humo.

Una voz resonaba en aquella bruma, vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire, dialogando con un adversario.

Grantaire estaba sentado frente a otra figura, en una mesa de mármol Santa Ana, sembrada de granos, de sonido, y constelada de fichas de dominó, golpeando el mármol con el puño, y he aquí lo que Enjolras oyó:

—Doble seis.

—Cuatro.

—¡Puerco!, no tengo más.

—Estás muerto. Dos.

—De seis.

—De tres.

—De as.

—Me toca a mí.

—Cuatro puntos.

—Difícilmente.

—A ti te toca.

—He cometido una falta enorme.

—Vas bien.

—Quince.

—Siete más.

—Con esto, son veintidós. (Pensando): «¡Veintidós!»

—No esperaba el doble seis. Si lo hubiera puesto al principio, esto hubiera cambiado todo el juego.

—Hasta el dos.

—As.

—¡As! Pues bien, cinco.

—No tengo.

—¿Eres tú quien ha jugado, creo?

—Sí.

—Blanco.

—¡Tienes suerte! ¡Ah, qué suerte tienes! (Larga meditación). Dos. .

—As.

—Ni cinco ni as. Es molesto para ti.

—Dominó.

—¡Nombre de perro!

Libro segundo

Éponine

I

El campo de la Alondra

Marius había asistido al inesperado desenlace de la emboscada sobre cuyas huellas había puesto a Javert; pero apenas Javert abandonó el caserón, llevándose a los prisioneros en tres coches, Marius, a su vez se deslizó fuera de la casa. No eran aún las nueve de la noche. Marius fue a casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio latino; había ido a vivir a la calle de la Verriere, «por razones políticas»; este barrio era de los que en él se instalaba la insurrección en aquellos tiempos. Marius dijo a Courfeyrac: «Vengo a dormir a tu casa.» Courfeyrac sacó un colchón de su cama, que tenía dos, lo extendió en el suelo y dijo: «Aquí puedes hacerlo.»

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Maurius regresó al caserón, pagó el trimestre que debía a la tía Bougon, cargó en una carreta sus libros, su cama, su mesa, su cómoda y sus dos sillas, y se marchó sin dejar su dirección, y cuando Javert regresó por la mañana para preguntar a Marius sobre los acontecimientos de la víspera,

no encontró más que a la tía Bougon que le respondió: «Se ha mudado.»

La tía Bougon quedó convencida de que Marius era un poco cómplice de los ladrones capturados durante la noche. «¿Quién lo hubiera dicho? —exclamó en casa de las porteras del barrio—, ¡un joven como él, que tenía el aspecto de una muchacha!»

Marius tenía dos razones para esa mudanza tan rápida. La primera es que sentía horror de aquella casa, en donde había visto tan cerca y en todo su desarrollo lo más repugnante, y lo más feroz, una fealdad social más terrible aún tal vez que el mal rico: el mal pobre. La segunda, es que no quería figurar en el proceso que probablemente seguiría, y verse obligado a declarar en contra de Thénardier.

Javert creyó que el joven, cuyo nombre no recordaba, había tenido miedo y se había escapado, o tal vez no había vuelto a su casa en el momento de la emboscada; hizo no obstante algunas gestiones para encontrarlo, pero no lo consiguió.

Trascurrió un mes y después otro. Marius seguía viviendo en casa de Courfeyrac. Por medio de un pasante de abogado, se enteró de que Thénardier estaba a la sombra. Todos los lunes, Marius hacía llegar a la escribanía de la Force cinco francos para Thénardier.

Como Marius no tenía dinero, los cinco francos se los prestaba Courfeyrac. Era la primera vez en su vida que aceptaba dinero prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma para Courfeyrac que los daba, así como para Thénardier que los recibía. «¿A quién pueden ir destinados?», pensaba Courfeyrac. «¿Quién me los mandará?», se preguntaba Thénardier.

Marius, por lo demás, estaba afligido. Todo había vuelto de nuevo a caer en una trampa. No veía ya nada

delante de sí; su vida había vuelto a sumergirse en un misterio, en el cual él erraba a tientas. Por un momento, había vuelto a ver de cerca, en aquella oscuridad, a la joven que amaba, al anciano que parecía su padre, aquellos seres desconocidos que constituían su único interés y su única esperanza en el mundo; y en el instante en que había creído tenerlos, un soplo se había llevado todas aquellas sombras. Ni una chispa de certeza y de verdad había brotado del choque tan terrible. Ninguna conjetura era posible. Ni siquiera sabía el nombre que había creído saber. Seguro que no era Úrsula. Y la Alondra era un sobrenombre. ¿Y qué pensar del anciano? ¿Se escondía, en efecto, de la policía? El obrero de cabellos blancos que Marius había encontrado en los alrededores de los Inválidos, había vuelto a su memoria. ¿Se disfrazaba? Aquel hombre tenía aspectos heroicos y aspectos equívocos. ¿Por qué no había gritado pidiendo socorro? ¿Por qué había huido? ¿Era o no era el padre de la joven? ¿Era realmente el hombre que Thénardier había creído reconocer? Thénardier habría podido engañarse. ¡Cuántos problemas sin solución! Todo esto, es cierto, no restaba nada al angélico encanto de la joven del Luxemburgo. Angustia dolorosa; Marius tenía una pasión en el corazón, y la noche en sus ojos. Era empujado, era atraído, y no podía moverse. Todo se había desvanecido, excepto su amor. A causa de este mismo amor había perdido los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente, esta llama que nos consume nos ilumina también un poco y nos arroja algún resplandor útil al exterior. Marius no oía los sordos consejos de la pasión. Jamás se preguntaba: ¿Y si fuera allí? ¿Y si hiciera esto? La que él ya no podía volver a llamar Úrsula, estaba evidentemente en alguna parte; nada advertía a Marius de qué lado debía buscar. Toda su vida se resumía ahora

en dos palabras: una incertidumbre absoluta, en una bruma impenetrable. Volverla a ver; aspiraba en todo momento a ello, y ya no lo esperaba.

Para colmo, se hundía nuevamente en la miseria. Sentía ya muy cerca, detrás de sí, su helado soplo. En todos estos tormentos, había discontinuado su trabajo, y nada es tan peligroso como el trabajo discontinuo; es una costumbre que desaparece. Costumbre fácil de dejar, difícil de recobrar.

Una cierta cantidad de ensueño es buena, como un narcótico, a dosis discretas. Esto duerme las fiebres, algunas veces obstinadas, de la inteligencia en activo, y hace nacer en el espíritu un blando vapor fresco, que corrige los ásperos contornos del pensamiento puro, colma aquí y allá lagunas e intervalos, une a los conjuntos, y borra los ángulos de las ideas. Pero demasiado ensueño sumerge y ahoga. Desgraciado el trabajador que se deja caer entero del pensamiento al ensueño. Cree que se remontará fácilmente, y se dice que, al fin y al cabo, es lo mismo. ¡Error!

El pensamiento es la labor de la inteligencia, el ensueño lo es de la voluptuosidad. Remplazar el pensamiento por el ensueño, es confundir un veneno con un alimento.

Marius, lo recordamos, había empezado por ahí. Había sobrevenido la pasión, y había acabado de precipitarlo en las quimeras sin objeto y sin fondo. Ya no sale de su casa más que para ir a soñar. Infantilmente perezoso. Abismo tumultuoso y estancado. Y a medida que el trabajo disminuía, aumentaban las necesidades. Esto es una ley. El hombre en estado soñador es naturalmente pródigo y débil; el espíritu distendido no puede mantener la vida apretada. Hay en este modo de vivir, bien, mezclado con mal, pues si la debilidad es funesta, la genero-

sidad es sana y buena. Pero el hombre pobre, generoso y noble, que no trabaja, está perdido. Los recursos cesan, la necesidad surge.

Pendiente fatal, en que los más honestos y los más firmes son arrastrados como los más débiles y los más viciosos, y que desemboca en uno de estos dos agujeros: el suicidio o el crimen.

A fuerza de salir para ir a soñar, llega un día en que se sale para ir a arrojarse al agua.

Los excesos de sueños, hacen los Escousse y los Lebras [1].

Marius bajaba por esta pendiente a pasos lentos, con los ojos fijos sobre la que ya no veía. Lo que acabamos de escribir parece extraño, y no obstante es cierto. El recuerdo de un ser ausente se enciende en las tinieblas del corazón: cuando ha desaparecido, irradia luz; el alma desesperada y oscura ve esta luz en su horizonte; estrella de la noche interior. Éste era todo el pensamiento de Marius. No pensaba en otra cosa; sentía confusamente que su viejo traje se convertía en un traje imposible, y que su traje nuevo se iba haciendo viejo, que sus camisas se gastaban, que su sombrero se gastaba, que sus botas se gastaban, es decir, que su vida se gastaba, y se decía: «¡Si solamente pudiera verla antes de morir!»

Una única idea dulce le quedaba: que ella lo había amado, que su mirada se lo había dicho, que no conocía su nombre, pero que conocía su alma, y que tal vez allí

1 En 1831, a los dieciocho años de edad, Escousse había hecho representar los dramas en verso en la Porte-Saint-Martin y en la Comédie Française. En 1832, en colaboración con Auguste Lebras, escribió *Raymond*, que. representado en la Gaieté, en febrero de 1832, no tuvo éxito alguno. Como consecuencia de este fracaso, los dos amigos se suicidaron. La relación es tanto más normal, cuanto que Víctor Hugo describe el estado de ánimo de Marius en aquel mismo invierno de 1832.

donde se hallaba, cualquiera que fuese ese misterioso lugar, ella lo amaba aún. ¿Quién sabe si no pensaba en él, como él pensaba en ella? Algunas veces, en las horas inexplicables que tiene todo corazón que ama, sin tener más razones de dolor, y sintiendo no obstante un oscuro estremecimiento de alegría, se decía: «¡Son sus pensamientos que vienen a mí!» Luego añadía: «¡Tal vez mis pensamientos le llegan a ella!»

Esta ilusión, que lo hacía mover la cabeza un momento después, conseguía no obstante arrojarle al alma rayos que a veces parecían de esperanza. De vez en cuando, sobre todo en esa hora del atardecer que más entristece a los soñadores, dejaba caer sobre un pedazo de papel en el que no había otra cosa, el más puro, el más impersonal, el más ideal de los sueños, de que el amor le llenaba el cerebro. A esto llamaba el «escribirle».

No hay que creer que su razón estuviera trastornada. Por el contrario. Había perdido la facultad de trabajar y de moverse firmemente hacia un fin determinado, pero tenía más que nunca clarividencia y rectitud. Marius veía con una luz tranquila y real, aunque singular, lo que sucedía ante sus ojos, incluso los hechos o los hombres más indiferentes; daba a todo la palabra justa con una especie de abatimiento honesto, y de cándido desinterés. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenía alto, y planeaba.

En esta situación de espíritu, nada se le escapaba, nada lo engañaba, y descubría a cada instante el fondo de la vida, de la humanidad, del destino. ¡Feliz, incluso en la angustia, aquel a quien Dios ha dado un alma digna del amor y de la desgracia! Quien no ha visto las cosas de este mundo, y el corazón de los hombres bajo esta doble luz, no ha visto nada verdadero y no sabe nada.

El alma que ama y que sufre se halla en estado sublime.

Por lo demás, los días se sucedían y nada nuevo surgía. Le parecía únicamente que el espacio sombrío que le quedaba por recorrer se acortaba a cada instante. Creía ya entrever distintamente el borde del abismo sin fondo.

—¡Oh! —se repetía—. ¿Es que no voy a verla otra vez?

Cuando se ha subido por la calle Saint-Jacques, se ha dejado de lado la barrera, y se ha seguido durante algún tiempo a la izquierda del antiguo bulevar interior, se alcanza la calle de la Santé, luego la Glacière, y un poco antes de llegar al riachuelo de los Gobelinos se encuentra una especie de campo, que es, en todo el largo y monótono cinturón de los bulevares de París, el único lugar donde Ruysdaël habría estado tentado de sentarse.

Este no sé qué, en donde la gracia se desprende aquí y allá, un prado verde atravesado de cuerdas tendidas, o de harapos secándose al viento, una vieja granja de huertas construida en tiempos de Luis XIII, con su gran techo extrañamente sembrado de buhardillas, de empalizadas destartaladas, un poco de agua entre álamos, mujeres, risas, voces; en el horizonte el Panteón, el árbol de los Sordomundos, el Val-de-Grâce, negro, fantástico, divertido, magnífico, y al fondo la severa arquitectura cuadrada de las torres de Notre-Dame.

Aunque el lugar vale la pena de ser visto, nadie va [1]. Apenas si aparece una carreta o un carretero cada cuarto de hora.

Sucedió en una ocasión que los solitarios paseos de Marius lo condujeron a ese terreno cerca del agua.

[1] Balzac, al menos había ido y había descrito este paisaje, a principios de la cuarta parte de *La mujer de treinta años*.

Aquel día hubo en el bulevar una rareza: un paseante. Marius, vagamente sorprendido del encanto casi salvaje del lugar, preguntó a aquel paseante:

—¿Cómo se llama este sitio?

El paseante respondió:

—Es el campo de la Alondra. —Y añadió—: Es aquí donde Ulbach mató a la pastora de Ivry.

Pero después de esta palabra, la Alondra, Marius ya no oyó nada más. Hay súbitas congelaciones en el estado soñador que una palabra basta para producir. Todo el pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea y no es capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el apelativo que, en las profundidades de la melancolía de Marius, había remplazado a Úrsula. «Vaya —díjose en el estupor irrazonable, propio de esos apartes misteriosos—, éste es su campo. Aquí sabré dónde vive.»

Era absurdo pero irresistible.

Y fue todos los días al campo de la Alondra.

II

Formación embrionaria de los crímenes en la incubación de las prisiones

El triunfo de Javert en el caserón Gorbeau había parecido completo, pero no lo fue.

Primeramente, y era ésta su principal preocupación, Javert no había hecho prisionero al prisionero. El asesinado que se evade es más sospechoso que el asesino; y es probable que este personaje, cuya captura resultaba tan preciosa para los bandidos, no eran menos buena presa para la autoridad.

Luego, Montparnasse había escapado a Javert.

Era preciso esperar otra ocasión para echar mano sobre aquel «petimetre del diablo». Montparnasse, en efecto, habiendo encontrado a Éponine que montaba su vigilancia bajo los árboles del bulevar, se la había llevado con él, prefiriendo ser Némorin con la hija, que Schinderhannes[1], con el padre. Buena ocurrencia. Estaba libre. En cuanto a Éponine, Javert la había hecho «pellizcar». Consuelo mediocre. Éponine se había reunido con Azelma en las Madelonnettes.

[1] Némorin, amante de Estelle, en la novela de Florián Estelle. Schinderhannes: jefe de una banda de ladrones, guillotinado en 1803.

Por fin, durante el trayecto del caserón Gorbeau a la Force, uno de los principales detenidos Claquesous se había perdido, no se sabía cómo había sucedido; los agentes y sargentos no lo comprendían, se había convertido en vapor, se había deslizado entre las esposas y se había escurrido entre las rendijas del cascado coche, y había huido; no se sabía otra cosa más que al llegar a la prisión, Claquesous no se encontraba allí. Allí había magia. ¿Se había Claquesous fundido en las tinieblas, como un copo de nieve se funde en el agua? ¿Había habido connivencia inconfesada por los agentes? ¿Pertenecía este hombre al doble enigma del desorden y del orden? ¿Era concéntrico a la infracción y a la represión? ¿Tenía esta esfinge las patas de delante en el crimen y las de atrás en la autoridad? Javert no aceptaba estas combinaciones, y se inquietó ante tales compromisos; pero su patrulla comprendía a otros inspectores más iniciados tal vez que él mismo, aunque eran subordinados suyos, en los secretos de la prefectura, y Claquesous era un bribón tal, que podía ser un buen agente. Estar en tan íntimas relaciones de escamoteo con la noche resulta excelente para el bandidismo y admirable para la policía. Existen estos pillos de dos filos. Fuera lo que fuese, no se encontró a Claquesous, Javert pareció más irritado que sorprendido.

En cuanto a Marius, «ese papanatas de abogado que probablemente había tenido miedo», y de quien Javert había olvidado el nombre, no lo preocupaba mucho. Por lo demás, siempre es posible volver a encontrar a un abogado. ¿Pero era únicamente un abogado?

La información había empezado.

El juez de instrucción había juzgado útil no poner en la sombra a uno de los hombres de la banda Patron-

Minette, esperando alguna confesión. Este hombre era Brujón, el cabelludo de la calle Petit-Banquier. Se le había soltado en el patio Chalemagne, y la mirada de los vigilantes se había fijado en él.

Este hombre, Brujón, es uno de los recuerdos de la Force. En el horrible patio llamado del Bâtiment-Neuf, que la administración llamaba patio Saint-Bernard, y que los ladrones llamaban fosa de los leones, sobre esta muralla cubierta de escamas y de lepras que subían por la izquierda hasta la altura de los tejados, cerca de una vieja puerta de hierro enmohecida que llevaba a la antigua capilla de la mansion ducal de la Force, convertida en dormitorio de bribones, podía aún verse hace doce años una especie de bastilla groseramente esculpida con un clavo en la piedra, y encima esta firma: «Brujón, 1811.»

El Brujón de 1811 era el padre del Brujón de 1832.

Este último, que sólo se ha podido vislumbrar en la emboscada Gorbeau, era un joven gallardo y muy astuto y muy sagaz, con aire atontado y plañidero. Fue contando con aquel aire atontado, cómo el juez de instrucción lo había soltado, creyéndolo más útil en el patio de Charlemagne que en la celda de la prisión.

Los ladrones no interrumpen su obra porque se hallen en manos de la justicia. No se molestan por tan poco. Hallarse en prisión por un crimen no impide empezar otro crimen. Son artistas que tienen un cuadro en el salón y que no por ello dejan de trabajar en una nueva obra en su taller.

Brujón parecía estupefacto por la prisión. Se le veía a veces durante horas enteras en el patio de Charlemagne, en pie cerca de la mirilla del cantinero, y contemplando como un idiota una especie de pancarta de los precios de la cantina, que empezaba por: Ajo, 62 céntimos, y terminaba por: Cigarro, 5 céntimos. O bien pasaba el

tiempo temblando, rechinando los dientes, y diciendo que tenía fiebre, e informándose de si uno de los veintiocho lechos de la sala de los febriles se hallaba vacante.

De repente, hacia la segunda quincena de febrero de 1832, se supo que Brujón, el adormilado, había hecho brotar, por medio de comisionarios de la casa, no en su nombre, sino en nombre de tres de sus camaradas, tres comisiones distintas, las cuales le habían costado en total cincuenta sueldos, gasto exorbitante que llamó la atención del brigadier de la prisión.

Se informaron, y, consultando la tarifa de encargos, pegada en el locutorio de los detenidos, se consiguió saber que los cincuenta sueldos se descomponían así: tres encargos; uno al Panteón, diez sueldos; otro al Val-de-Grâce, quince sueldos, y uno a la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos. Éste era el más caro de toda la tarifa. En el Panteón, en el Val-de-Grâce, y en la barrera de Grenelle [1], se encontraban precisamente los domicilios de tres merodeadores de las barreras muy temibles, Kruideniers, llamado Bizarro, Glorieux, forzado liberado, y Barrecarrosse, sobre quienes este incidente atrajo la mirada de la policía. Se creía adivinar que estos hombres estaban afiliados a Patron-Minette, perteneciente al cual estaban encerrados dos jefes, Babet y Gueulemer. Se supuso que en los encargos de Brujón, enviados, no a direcciones de casas, sino a gentes que esperaban en la calle, debía haber algún aviso para algún complot. Tenían aún otros indicios; echaron mano a los tres merodeadores, y creyeron haber ventilado así cualquier maquinación urdida por Brujón.

Alrededor de una semana después de haber sido tomadas estas medidas, una noche, un vigilante de ronda,

[1] La barrera de Grenelle estaba situada en el lugar en que actualmente se cortan la calle Humblot y el bulevar de Grenelle.

que inspeccionaba el dormitorio del Bâtiment- Neuf, en el momento de depositar su castaña en la caja de castañas —es el medio que se empleaba para asegurarse de que los vigilantes hacían exactamente su servicio; a cada hora, una castaña debía caer en todas las cajas clavadas en la puerta de los dormitorios—; un vigilante vio, pues, a través de la mirilla del dormitorio, a Brujón que escribía algo en su cama, a la claridad del aplique. El guardián entró, pusieron a Brujón a la sombra durante un mes, pero no pudo saberse lo que había escrito. La policía no logró más.

Lo que es cierto, es que al día siguiente fue arrojado un «postillón» desde el patio Charlemagne a la fosa de los leones, por encima de la construcción de cinco pisos que separaba los dos patios.

Los detenidos llaman «postillón» a una bolita de pan artísticamente amasado que se envía a Irlanda, es decir, por encima de los techos de una prisión, de un patio a otro. Etimología: por encima de Inglaterra; de una tierra a otra; a Irlanda. Esta bolita cae en el patio. Quien la recoge, la abre y encuentra una nota dirigida a algún prisionero del patio. Si es un detenido quien hace el hallazgo, entrega la nota a su destinatorio; si es un guardián, o uno de los prisioneros vendidos secretamente, que se llaman corderos en las prisiones, y zorros en las cárceles, la nota es entregada a la policía.

Esta vez el «postillón» llegó a su destino, aunque aquel a quien iba dirigido el mensaje estuviera en aquel momento «separado». El destinatario no era otro que Babet, uno de los cuatro cabecillas de Patron-Minette.

El «postillón» contenía un papel enrollado sobre el que no había escritas más que estas dos líneas:

«Babet, hay un asunto en la calle Plumet. Una verja sobre un jardín.»

Era lo que Brujón había escrito durante la noche.

A despecho de los registradores y registradoras, Babet encontró medio de hacer pasar la nota de la Force a la Salpêtrière, a una «buena amiga» que tenía, que estaba encerrada allí. Esta muchacha, a su vez, trasmitió la nota a quien conocía, una tal Magnon, muy vigilada por la policía, pero que aún no había sido detenida. La citada Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, mantenía con los Thénardier unas relaciones que más adelante se precisarán, y podía, yendo a ver a Éponine, servir de puente entre la Salpêtrière y las Madelonnettes.

Sucedió precisamente que en aquel instante, faltando pruebas contra las hijas de Thénardier, Éponine y Azelma, en la instrucción dirigida contra el primero, las muchachas fueron puestas en libertad.

Cuando Éponine salió, Magnon, que la vigilaba en la puerta de las Madelonnettes, le entregó la nota de Brujón dirigida a Babet, encargándole que aclarara el asunto.

Éponine fue a la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espió, vigiló y algunos días más tarde, llevó a Magnon, que vivía en la calle Clocheperce, un bizcocho que Magnon trasmitió a la amante de Babet en la Salpêtrière. Un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa que no hay nada que hacer.

Aunque, poco menos de una semana más tarde, Babet y Brujón se cruzaban en el camino de ronda de la Force, cuando uno iba «a la instrucción» y el otro regresaba.

—¿Y bien —preguntó Brujón—, qué hay en la calle P?

—Bizcocho —respondió Babet.

Así abortó este feto de crimen procreado por Brujón en la Force.

Este aborto, no obstante, tuvo consecuencias, perfectamente extrañas al programa de Brujón. Las veremos.

A menudo, creyendo atar un hilo, se ata otro.

III

Aparición del tío Mabeuf

Marius ya no iba a casa de nadie, únicamente, a veces le sucedía que se encontraba con el tío Mabeuf.

Mientras que Marius descendía lentamente estos grados lúgubres que se podrían llamar la escalera de las cuevas, y que conducen a lugares sin luz donde se oyen a las horas de andar por encima de uno, el señor Mabeuf, descendía a su vez.

La *Flora de Cauteretz* ya no se vendía en absoluto. Las experiencias sobre el índigo no habían tenido éxito en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal expuesto. El señor Mabeuf no podía cultivar allí más que algunas plantas raras amantes de la humedad y la sombra. Sin embargo, no se descorazonaba. Había obtenido un rincón de tierra en el jardín botánico, muy bien expuesto, para hacer «a sus expensas» ensayos con el índigo. Para ello había puesto los cobres de su *Flora* en el monte de piedad. Había reducido su comida a dos huevos, y dejaba uno para su vieja sirvienta, a quien no pagaba desde hacía quince meses. Y a menudo la comida era

su único alimento. Ya no reía con su risa infantil, se había vuelto moroso y ya no recibía visitas. Marius acertaba al no pensar en volver. Algunas veces, a la hora en que el señor Mabeuf iba al jardín botánico, el anciano y el joven se cruzaban en el bulevar del Hospital. No se hablaban, y se hacían un signo con la cabeza, tristemente. Cosa dolorosa, ¡hay un momento en que la miseria desune! Eran dos amigos y semejaban dos transeúntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su índigo; eran las tres formas que para él habían adquirido la felicidad, el placer y la esperanza. Esto le bastaba para vivir. Se decía: «Cuando haya conseguido mis bolas azules, seré rico, retiraré mis cobres del monte de piedad, volveré a poner en boga mi *Flora,* con charlatanismo y anuncios en los periódicos, y compraré, sé bien dónde, un ejemplar del *Arte de navegar*[1], de Pedro de Medina, con madera, edición 1559. Entretanto, trabajaba durante todo el día en su cuadrado de índigo, y por la noche regresaba a su casa para regar el jardín y leer sus libros. El señor Mabeuf tenía en aquella época, muy cerca de ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparición.

Había regresado cuando aún era de día. La tía Plutarque, cuya salud se alteraba, estaba enferma y acostada. Había cenado con un hueso en el que quedaba un poco de carne, y con un pedazo de pan que había encontrado en la mesa de la cocina, y se había sentado sobre un mojón de piedra volcado que hacía de banco en su jardín.

Cerca del banco se alzaba, a la moda de los viejos jardines-huertos, una especie de gran baúl de planchas

1 *El arte de navegar* (1545), de Pedro de Medina, traducido al francés en 1553, 1559 y 1576. La segunda edición, en madera, en efecto, es tal vez la que Hugo evoca aquí.

muy deteriorado, madriguera en la planta baja, frutero en el primer piso. No había ningún conejo en la madriguera, pero había algunas manzanas en el frutero. Restos de la provisión de invierno.

El señor Mabeuf se había puesto a ojear y a leer, con ayuda de sus lentes, dos libros que lo apasionaban, e incluso, cosa muy grave a su edad, lo preocupaban. Su timidez natural lo volvía propicio a una cierta aceptación de las supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancre, *Sobre la inconstancia y los demonios*, el otro era el *in quarto* de Mutor de la Rubaudière, *Sobre los diablos de Vauvert y los gobelinos de la Bièvre*[1]. Este último libro lo interesaba tanto más, cuanto que su jardín había sido uno de los terrenos antiguamente frecuentados por los gobelinos. El crepúsculo empezaba a blanquear lo que está en lo alto, y a oscurecer lo que está abajo. Mientras leía, y por encima del libro que sostenía en la mano, el tío Mabeuf contemplaba sus plantas y entre otras un rododendro magnífico que constituía uno de sus consuelos; cuatro días de solana, de viento y de sol, sin una gota de lluvia, acababan de trascurrir; los tallos se doblaban, las yemas se inclinaban, las hojas caían, todo aquello tenía necesidad de ser regado; el rododendro, sobre todo, estaba triste. El tío Mabeuf, era uno de esos seres para quienes las plantas tienen almas. El anciano había trabajado durante todo el día en su cuadrado de índigo, estaba agotado de cansancio; no obstante, se levantó, dejó los libros sobre el banco, y echó a andar inclinado, con pasos vacilantes,

[1] *Cuadro de la inconstancia de los malos ángeles y demonios*, por Pierre de Lancre (París, 1612).
En la edad media se pretendía en París que los diablos vivían en el castillo de Vauvert, más allá del Luxemburgo. Los gobelinos son espíritus. Pero Gobelin, es también el fundador de la célebre manufactura (*Jehan Gobelin*, 1450).

hacia el pozo, pero cuando hubo cogido la cadena, no pudo tirar de ella lo bastante como para descolgarla. Entonces se volvió y alzó una mirada de angustia hacia el cielo que se llenaba de estrellas.

La noche tenía esa serenidad que colma los dolores del hombre bajo no sé qué lúgubre y eterna alegría. La noche prometía ser tan árida como lo había sido el día.

«¡Estrellas por todas partes! —pensaba el viejo—; ¡ni la más pequeña nube!, ¡ni una lágrima de agua!»

Y su cabeza, que se había erguido un instante, volvió a caer sobre su pecho.

Tornó a levantarla, y miró de nuevo al cielo, murmurando:

—¡Una lágrima de rocío!, ¡un poco de piedad!

Trató una vez más de descolgar la cadena del pozo y no pudo.

En aquel instante oyó una voz que decía:

—Tío Mabeuf, ¿queréis que os riegue el jardín?

Al mismo tiempo, un rumor de bestia salvaje que pasa, se oyó en el matorral, y a través del mismo vio salir una especie de chica flaca que se enderezó ante él, mirándolo atrevidamente. Aquello tenía menos el aire de un ser humano que de una forma que acababa de brotar del crepúsculo.

Antes de que el tío Mabeuf —que se asustaba fácilmente y que tenía el terror fácil, como hemos dicho— hubiera podido responder una sílaba, aquel ser, cuyos movimientos tenían en la oscuridad una especie de extraña brusquedad, había descolgado la cadena, sumergido y retirado el cubo, y llenado la regadera, y el buen hombre veía a aquella aparición, que tenía los pies desnudos y una falda de harapos, correr entre los parterres, distribuyendo la vida a su alrededor. El ruido de la rega-

dera sobre las hojas llenaba el alma del tío Mabeuf de dicha. Le parecía ahora que el rododendro era feliz.

Una vez vacío el primer cubo, la joven llenó otro, y luego un tercero. Regó todo el jardín.

Al verla andar así por los paseos donde su silueta semejaba negra, agitando sobre sus largos brazos angulosos su harapiento chal, tenía un no sé qué de murciélago.

Cuando hubo terminado, el tío Mabeuf se acercó con lágrimas en los ojos, y le puso la mano en la frente.

—Dios os bendecirá —dijo—, sois un ángel, puesto que os cuidáis de las flores.

—No —repuso ella—, soy el diablo, pero no importa.

El anciano exclamó, sin atender, y sin esperar respuesta:

—¡Qué pena que sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

—Podéis hacer algo —dijo.

—¿Qué?

—Decirme dónde vive el señor Marius.

El anciano no comprendió.

—¿Qué señor Marius?

Alzó su mirada vidriosa, y pareció buscar algo que se había desvanecido:

—Un joven que antes venía aquí.

Mientras, el señor Mabeuf había hecho memoria.

—¡Ah, sí...! —exclamó—. Ya sé lo que queréis decir. ¡Esperad!, el señor Marius..., el barón Marius Pontmercy, ¡pardiez! Vive..., o, mejor dicho, ya no vive... Ah, no sé.

Mientras hablaba, se había inclinado para sujetar una rama del rododendro, y continuó:

—Oíd, ya recuerdo ahora. Pasa a menudo por el bulevar, y va hacia el lado de la Glacière. Calle Croulebarbe.

El campo de la Alondra. Id por allí. No será difícil encontrarlo.

Cuando el señor Mabeuf se incorporó, ya no había nadie, la joven había desaparecido.

Decididamente, sintió un poco de miedo.

«En verdad, que —pensó— si mi jardín no estuviera regado, creería que era un espíritu.»

Una hora más tarde, cuando estuvo acostado, recordó esto, y mientras se dormía, en ese instante turbador, en que el pensamiento, semejante a ese pájaro fabuloso que se convierte en pez para cruzar el mar, toma poco a poco la forma del sueño para atravesar el sueño, se decía confusamente:

—De hecho, esto se parece mucho a lo que Rubaudière cuenta de los gobelinos. ¿Sería un gobelino?

IV

Aparición de Marius

Algunos días después de la visita del «espíritu» al tío Mabeuf, una mañana —era lunes, el día en que Marius pedía prestada a Courfeyrac la moneda de cien sueldos a fin de enviarla a Thénardier— Marius puso la moneda de cien sueldos en su bolsillo, y antes de llevarla a la cárcel fue a «pasearse un poco», esperando que a su regreso, esto lo haría trabajar. Por otra parte, era eternamente así. Tan pronto como se levantaba, se sentaba ante un libro y una hoja de papel para traducir algo; en aquella época se dedicaba a la traducción al francés de una célebre querella de alemanes, la controversia de Gans y Savigny [1], echaba mano de Savigny, de Gans, leía cuatro líneas, trataba de escribir una, no podía, veía una estrella entre él y su papel, y se levantaba de su silla diciendo: «Voy a salir. Esto me pondrá en vena.»

[1] Edouard Gans y Frederic-Charles de Savigny, juristas alemanes, estaban en desacuerdo sobre la noción de la posesión. En la época en que Marius estudia sus doctrinas, Gans acababa de publicar un *Tratado del derecho de sucesión* (1823-1829), que fue traducido al francés en 1845.

Y se iba al campo de la Alondra.

Allí veía a la estrella más que nunca, y a Savigny y a Gans menos que nunca.

Regresaba, intentaba remprender su labor y no lo conseguía; no había medio de atar uno solo de los hilos rotos en su cerebro; entonces se decía: «No saldré mañana. Esto me impide trabajar.» Y salía todos los días.

Vivía en el campo de la Alondra más que en el alojamiento de Courfeyrac. Su verdadera dirección era ésta: bulevar de la Santé, en el sétimo árbol de la calle Croulebarbe.

Aquella mañana había dejado ese sétimo árbol y se había sentado en el parapeto de la ribera de los Gobelinos. Un alegre sol penetraba a través de las frescas hojas abiertas y luminosas.

Pensaba en «ella». Y su ensueño, convirtiéndose en reproche, caía de nuevo sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que iba ganándole, y en aquella oscuridad que se espesaba a cada instante ante él, hasta el punto de que no veía ya ni siquiera el sol.

Empero, a través de ese penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran ni siquiera un monólogo, tanto se debilitaba en él la acción, que no tenía ni fuerzas para desolarse; y también a través de esa absorción melancólica le llegaban las sensaciones del exterior. Oía tras de sí, por encima suyo, sobre los bordes del río, a las lavanderas de los Gobelinos golpear su ropa, y, asimismo, por encima de su cabeza, picotear y cantar a los pájaros en los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, de la despreocupación feliz, del ocio que tiene alas; por el otro, el ruido del trabajo. Cosa que lo hacía pensar profundamente, y casi reflexionar; eran dos ruidos alegres.

De repente, en medio de su abrumado éxtasis, oyó una voz conocida que decía:

—¡Vaya!, ¡aquí está!

Alzó los ojos y reconoció a la desgraciada niña que había ido una mañana a su casa, la mayor de las hijas de Thénardier, a Éponine; ahora sabía ya cómo se llamaba. Cosa extraña, la joven estaba empobrecida y embellecida; dos pasos que no parecía posible que hubiese dado. Había realizado un doble progreso hacia la luz y hacia la miseria. Iba con los pies desnudos y vestida de harapos, como el día en que había entrado tan resueltamente en su habitación; únicamente que sus harapos tenían dos meses más; los agujeros eran más grandes, sus andrajos más sórdidos. Era la misma voz enronquecida, la misma frente apagada y arrugada por el sol, la misma mirada libre, extraviada, y vacilante. Se reflejaba más que antes en su fisonomía ese no sé qué de asustado y lamentable que la prisión suma a la miseria.

Tenía briznas de paja y de heno en los cabellos, no como Ofelia para volverse loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en el granero de alguna cuadra.

Y a pesar de todo aquello, era hermosa. ¡Qué astro sois, oh juventud!

Entretanto se había detenido ante Marius con un poco de alegría en su lívido rostro, y mostrando algo que se parecía a una sonrisa.

Permaneció algunos instantes como si no pudiera hablar.

—¡Os he encontrado! —dijo por fin—. El tío Mabeuf tenía razón, ¡era en este bulevar! ¡Cuánto os he buscado!, ¡si supiérais! ¿Sabíais esto? He estado en chirona. ¡Quince días! ¡Me han soltado!, ya que no tenían nada contra

mí, y además yo no tengo edad de discernir. ¡Oh, cuánto os he buscado! Hace seis semanas. ¿Ya no vivís allá?

—No —dijo Marius.

—¡Oh!, comprendo. A causa de aquello. ¡Qué desagradables son esos atracos! Os habéis mudado. ¡Vaya!, ¿por qué lleváis ese sombrero tan viejo? Un joven como vos debe tener hermosos trajes. ¿Sabéis, señor Marius, que el tío Mabeuf os llama barón Marius no sé qué? ¿Verdad que no sois barón? Los barones son viejos, van al Luxemburgo, delante del castillo donde hay más sol, y leen el *Quotidienne* por un sueldo. Una vez fui a llevar una carta a casa de un barón que era así. Tenía más de cien años. Decid, pues, ¿dónde vivís ahora?

Marius no respondió.

—¡Ah!, tenéis un agujero en la camisa. Será preciso que os lo cosa. —Y continuó con una expresión que se ensombrecía poco a poco—: ¿No parecéis contento de verme?

Marius seguía callado; ella guardó silencio durante un instante, y luego exclamó:

—¡Sin embargo, si yo quisiera, os obligaría a tener aspecto de contento!

—¿Qué? —preguntó Marius—. ¿Qué queréis decir?

—¡Ah!, ¡antes me hablabais de tú! —prosiguió la joven.

—Pues bién, ¿qué quieres decir?

Ella se mordió los labios; parecía dudar, como presa de un sordo combate interior. Por fin, pareció tomar su resolución.

—Tanto peor, es igual. Tenéis el aire triste, y yo quiero que estéis contento. Prometedme que reiréis. Quiero veros reír y decir: «¡Ah, bien!, está bien.» ¡Pobre

señor Marius! Me habíais prometido que me daríais todo lo que yo quisiera...

—¡Sí, pero habla de una vez!

Ella miró a Marius a los ojos y le dijo:

—Tengo las señas.

Marius palideció. Toda su sangre le afluyó al corazón.

—¿Qué señas?

—¡Las que me habíais pedido! —Y añadió como si realizara un esfuerzo—: Las señas..., ya sabéis.

—¡Sí! —tartamudeó Marius.

—¡Las de la señorita!

Pronunciada esta palabra, suspiró profundamente.

Marius saltó del parapeto donde se había sentado, y le tomó la mano.

—Entonces, ¡llévame!, ¡dime!, ¡pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venid conmigo —respondió la joven—. No sé muy bien la calle y el número; es al otro lado de aquí, pero conozco muy bien la casa; voy a conduciros allí.

Ella retiró su mano y prosiguió, con un tono que hubiera lastimado a un observador, pero que Marius ni siquiera captó, ebrio y trasportado.

—¡Oh!, ¡qué contento estáis!

Una nube atravesó la frente de Marius. Cogió a Éponine por el brazo.

—¡Júrame una cosa!

—¿Jurar? —replicó ella—. ¿Qué quiere decir eso? ¡Vaya! ¿Queréis que jure?

Y se rió.

—¡Tu padre!, prométeme, Éponine, júrame que no darás esas señas a tu padre.

Ella se volvió hacia el joven, con aire sorprendido:

—¡Éponine! ¿Cómo sabéis que me llamo Éponine?

—¡Prométeme lo que te pido!

Pero ella no parecía oírlo.

—¡Qué bonito es esto!, ¡me habéis llamado Éponine! Marius la cogió por los dos brazos a la vez.

—¡Respóndeme, en nombre del cielo!, presta atención a lo que te digo, ¡júrame que no dirás a tu padre las señas que sabes!

—¿Mi padre? —dijo—. ¡Ah, sí, mi padre! Tranquilizaos. Está a la sombra. ¡Por otra parte, no me ocupo de mi padre!

—¡Pero no me lo prometes! —exclamó Marius.

—¡Soltadme, pues! —dijo ella, estallando en carcajadas—. ¡Cómo me sacudís! ¡Sí!, ¡sí!, ¡os lo prometo!, ¡os lo juro!, ¿qué puede importarme esto?; no diré las señas a mi padre. ¡Ya está!, ¿es lo que deseáis, verdad?

—¿Ni a nadie? —dijo Marius.

—Ni a nadie.

—Ahora —continuó Marius—, llévame allí.

—¿Enseguida?

—Enseguida.

—Venid. ¡Oh, qué contento está! —dijo.

Tras haber dado unos pasos, se detuvo.

—Me seguís demasiado de cerca, señor Marius. Dejadme ir delante, y seguidme así, como si no lo pareciera. Es preciso que no se vea a un hombre de bien, como vos, detrás de una mujer como yo.

Ninguna lengua podría expresar todo lo que contenía la palabra mujer, pronunciada de aquella manera por una niña.

Dio unos diez pasos y volvió a detenerse; Marius se reunió con ella. Ella le dirigió la palabra de lado, sin volverse hacia él.

—A propósito, ¿sabéis que me habéis prometido una cosa?

Marius buscó en su bolsillo. No poseía en el mundo más que los cinco francos destinados al tío Thénardier. Los cogió, y los puso en la mano de Éponine.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo y, mirándolo con aire sombrío, dijo:

—No quiero vuestro dinero.

Libro tercero

La casa de la calle Plumet

I

La casa secreta

A mediados del siglo pasado, un presidente del parlamento de París, que tenía una amante y se escondía, pues en esa época los grandes señores mostraban a sus amantes, y los burgueses las escondían, hizo construir «una pequeña casa», en el barrio Saint-Germain, en la desierta calle de Blomet, que hoy se llama calle Plumet[1], no lejos del lugar al que denominaban entonces el Combate de los Animales.

La citada casa se componía de un pabellón con un solo piso, de dos salas en la planta baja y dos habitaciones en el primer piso; abajo, una cocina, y arriba, un tocador, bajo el techo un granero, y el conjunto precedido por un jardín con ancha verja que daba a la calle. Este jardín tenía aproximadamente una fanega. Esto era todo lo que los transeúntes podían entrever; pero detrás del pabellón había un patio estrecho, y al fondo del patio una vivienda de dos habitaciones sobre un sótano, especie de escon-

1. Hoy, calle Oudinot.

dite destinado a ocultar, en caso necesario, a un niño y una nodriza. Esta vivienda comunicaba por atrás, por medio de una puerta oculta, con un largo pasillo estrecho, pavimentado, sinuoso, a cielo abierto, bordeado de dos altos muros, el cual, escondido con un arte prodigioso, y como perdido entre los cercados de los jardines y huertos cuyos ángulos seguía, iba a desembocar a otra puerta igualmente secreta, que se abría a una media legua de allí, casi en otro barrio, en el extremo solitario de la calle Babylone.

El señor presidente, se introducía por allí, aunque las mismas personas que lo hubieran espiado y seguido, y que hubiesen observado que el señor presidente iba todos los días misteriosamente a alguna parte, no habrían podido sospechar que ir a la calle Babylone era ir a la calle Blomet. Gracias a unas hábiles compras de terrenos, el ingenioso magistrado había podido realizar este trabajo de vía secreta hacia su casa, sobre su propio terreno, y, por consiguiente, sin control. Más tarde, había revendido por parcelas, por jardines, por huertas, los lotes de tierra vecinos al corredor, y los propietarios de estos lotes de tierra creían tener ante los ojos un muro de separación, y no sospechaban la existencia de aquella larga cinta de empedrado que serpenteaba entre dos murallas, entre sus parterres y sus huertos. Solamente los pájaros veían tal curiosidad. Es probable que las currucas y los abejarrucos del siglo pasado habían picoteado mucho por cuenta del señor presidente.

El pabellón, construido en piedra conforme al gusto de Mansart, artesonado y amueblado al estilo de Watteau, rocalla en el interior, peluca en el exterior, rodeado de un triple cercado de flores, ofrecía un aspecto más bien discreto, coquetón y solemne, como corresponde a un capricho del amor y de la magistratura.

Tal casa y tal pasillo, que hoy han desaparecido, existían aún hace una quincena de años. En el 93, un calderero había comprado la casa para demolerla, pero no habiendo podido pagar el precio, la nación lo puso en quiebra. De modo que fue la casa la que demolió al calderero. Desde entonces, la casa permaneció deshabitada y cayó lentamente en ruinas, como toda casa a la que la presencia del hombre no comunica la vida. Había permanecido amueblada con sus viejos muebles, estando siempre en venta o para alquiler, y las diez o doce personas que anualmente pasaban por la calle Plumet eran advertidas de este detalle por medio de un escrito amarillo e ilegible colgado de la verja del jardín desde 1810.

Hacia fines de la restauración, esos mismos transeúntes pudieron advertir que el cartel había desaparecido y que incluso los postigos del primer piso se hallaban abiertos. La casa, en efecto, estaba ocupada. Las ventanas tenían «pequeñas cortinas», signo de que allí había una mujer.

En el mes de octubre de 1829, un hombre de cierta edad se había presentado y alquilado la casa tal como estaba, comprendido, por supuesto, el cuerpo trasero de la vivienda y el pasillo que iba a desembocar en la calle Babylone. Había hecho restaurar las dos puertas secretas de este pasaje. La casa, acabamos de indicarlo, estaba todavía amueblada con los viejos muebles del presidente; el nuevo inquilino había ordenado algunas reparaciones, añadido aquí y allá lo que faltaba, pavimentado de nuevo el patio, hecho poner ladrillos en los embaldosados, peldaños en la escalera, planchas en los parquets y cristales en las vidrieras, y, por último, había ido a instalarse allí con una joven y una sirvienta de edad, sin ruido, más bien como alguien que se desliza, que como alguien que

entra en su propia casa. Los vecinos no hablaron de ello, por la razón de que nó había vecinos.

Este inquilino era, en efecto, Jean Valjean y la joven era Cosette. La sirvienta era una mujer llamada Toussaint, a quien Jean Valjean había arrancado del hospital y de la miseria, la cual era vieja, provinciana y tartamuda, tres cualidades que habían determinado a Jean Valjean a tomarla consigo. Había alquilado lo que ha sido relatado anteriormente, sin duda que el lector ha tardado menos que Thénardier en reconocer a Jean Valjean.

¿Por qué Jean Valjean había abandonado el convento del Petit-Picpus? ¿Qué había sucedido?

No había sucedido nada.

Se recordará que Jean Valjean era feliz en el convento, tan feliz que su conciencia terminó por inquietarse. Veía a Cosette todos los días, sentía nacer y desarrollarse en él cada vez más la paternidad, guardaba en el alma a aquella niña, y se decía que le pertenecía, que nada podía quitársela, que sería así indefinidamente, que ciertamente ella se haría religiosa, pues cada día era dulcemente provocada a ello, que así el convento sería en adelante el universo, tanto para ella como para él, que él envejecería allí, y ella crecería, que ella envejecería, y que él moriría, en fin, maravillosa esperanza, que ninguna separación sería posible. Reflexionando sobre esto, se sumió en perplejidades. Se interrogó. Se preguntó si toda aquella felicidad era suya, si no se componía de la felicidad de otro, de la felicidad de aquella niña que él confiscaba, y la hurtaba; ¿no era esto un robo? Se decía que aquella niña tenía derecho a conocer la vida antes de renunciar a ella, que suprimirle de antemano, sin consultarla, todas las alegrías, con el pretexto de librarla de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, era desnaturalizar a una criatura

humana y mentir a Dios. ¿Y quién sabe si dándose un día cuenta de todo ello, y religiosa a la fuerza, Cosette no llegaría a odiarlo? Último pensamiento casi egoísta, y menos heroico que los demás, pero que le resultaba insoportable. Resolvió dejar el convento.

Lo resolvió; reconoció, desolado, que era preciso. En cuanto a las objeciones, no las tenía. Cinco años de estancia entre aquellas cuatro paredes y de desesperación, necesariamente habían destruido o dispersado los elementos de temor. Podía moverse entre los hombres tranquilamente. Había envejecido, y todo había cambiado. ¿Quién iba a reconocerlo ahora? Y luego, examinando lo peor, no había peligro más que para él mismo, y no tenía derecho a condenar a Cosette al claustro por la razón de que él hubiera sido condenado a prisión. Por otra parte, ¿qué importa el peligro ante el deber? Finalmente, nada le impedía ser prudente y tomar sus precauciones.

En cuanto a la educación de Cosette, estaba poco más o menos terminada y completada.

Una vez tomada su determinación, esperó la ocasión propicia. No tardó en presentarse. El tío Fauchelevent murió.

Jean Valjean pidió audiencia a la reverenda priora y le comunicó que habiendo recibido a la muerte de su hermano una pequeña herencia que le permitía vivir en adelante sin trabajar, dejaba el servicio del convento y se llevaba a su hija; pero que como no era justo que Cosette, no pronunciando sus votos, hubiera sido educada gratuitamente, suplicaba con humildad a la reverenda priora que aceptara como ofrenda a la comunidad, como indemnización de los cinco años que Cosette había permanecido allí, una suma de cinco mil francos.

Así fue como Jean Valjean salió del convento de la adoración perpetua.

Al abandonar el convento, tomó él mismo bajo su brazo, sin confiársela a nadie, la pequeña maleta cuya llave llevaba siempre encima. Esta maletita intrigaba a Cosette, a causa del olor de embalsamamiento que de ella se desprendía.

Digamos enseguida que, en adelante, no abandonó nunca tal maleta. La tenía siempre en su habitación. Era la primera, y, algunas veces, la única cosa que se llevaba cuando se mudaban. Cosette se reía de ello, y llamaba a aquella maleta «la inseparable», diciendo: «Estoy celosa de ella.»

Jean Valjean, por lo demás, no se reintegró al aire libre sin una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se escondió en ella. En adelante, adoptó el nombre de Ultime Fauchelevent.

Al mismo tiempo, alquiló otros dos apartamientos en París, con el fin de atraer menos la atención que si hubiera vivido siempre en el mismo barrio, de poder ausentarse si se sentía inquieto; y, en fin, de no encontrarse de improviso, como la noche en que había escapado a Javert tan milagrosamente. Estos dos apartamientos eran dos alojamientos muy mezquinos y de pobre apariencia, en dos barrios muy alejados uno de otro, el primero en la calle del Ouest, y el otro en la calle de l'Homme Armé[1].

De vez en cuando iba a la calle de l'Homme-Armé y en ocasiones a la calle Ouest a pasar un mes o seis semanas con Cosette, sin llevarse a Toussaint. Se hacía servir por los porteros y se hacía pasar por rentista de los alrededores, teniendo un apeadero en la ciudad. Tenía tres domicilios en París, con objeto de escapar a la policía.

1 Hoy, parte de la calle de Archives comprendida entre las calles Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie y de Blancs-Manteaux.

II

Jean Valjean, guardia nacional

Por lo demás, propiamente hablando, vivía en la calle Plumet y había organizado su existencia del siguiente modo:

Cosette, con su sirvienta, ocupaba el pabellón; tenía la gran habitación de los entrepaños pintados, el tocador de molduras doradas, el salón del presidente amueblado con tapices y amplios sillones; tenía el jardín. Jean Valjean había hecho poner en la habitación de Cosette un lecho con baldaquín de damasco antiguo de tres colores y un antiguo y hermoso tapiz de Persia, comprado en la calle Figuier-Saint-Paul [1], en casa de la tía Gaucher, y para atenuar la severidad de estas magníficas antigüedades, juntó con esta mezcla todos los pequeños muebles alegres y graciosos de las jóvenes: la estantería, la biblioteca, los libros dorados, una escribanía, la carpeta, la mesita de trabajo incrustada de nácar, el estuche de tocador de granate, y porcelana del Japón. Largos cortinajes

1. Hoy, calle Figuier.

de damasco de fondo rojo en tres colores, semejante al de la cama, colgaban de las ventanas del primer piso. En la planta baja había cortinas de tapicería. Durante todo el invierno, la casita de Cosette estaba calentada de arriba a abajo. Él vivía en una especie de vivienda de portero, se hallaba en el patio del fondo, con un colchón sobre un lecho de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de porcelana para el agua, algunos libros sobre una tabla, su querida maleta en un rincón, siempre sin calefacción. Comía con Cosette, y tenía un pan moreno para él en la mesa. Había dicho a Toussaint, al entrar ésta:

—Es la señorita quien es la dueña de la casa.

—¿Y usted, señor? —había replicado Toussaint.

—Yo, más que el dueño, soy el padre.

Cosette, en el convento, había sido instruida en los trabajos de la casa, y organizaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los días, Jean Valjean tomaba del brazo a Cosette y la llevaba a pasear. La acompañaba al Luxemburgo, por el paseo menos frecuentado, y todos los domingos a misa, siempre a Saint-Jacques-du-Haut-Pas, porque estaba muy lejos. Como es un barrio muy pobre, hacía muchas limosnas, y los desgraciados lo rodeaban en la iglesia, lo que le había valido el epíteto de los Thénardier: «El señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas». Llevaba a Cosette a visitar a los indigentes y a los enfermos. Ningún extraño entraba en la casa de la calle Plumet. Toussaint traía las provisiones, y Jean Valjean iba él mismo a buscar el agua a un grifo que había muy cerca, en el bulevar. Ponían la leña y el vino en una especie de hundimiento semisubterráneo tapizado de rocas, cercano a la calle de Babylone, y que antiguamente había servido de gruta al señor

presidente; pues en el tiempo de las Folies y de las Petites-Maisons no había amor sin gruta.

Había en la puerta de la calle de Babylone una de esas cajas destinadas a las cartas y a los periódicos; solamente que los tres habitantes del pabellón de la calle Plumet no recibían ni periódicos ni cartas, y toda la utilidad de la caja, antiguamente destinada a cartas amorosas y a confidente de un leguleyo lechuguino, estaba ahora limitada a las notas del cobrador de contribuciones y a las de guardia. Pues el señor Fauchelevent, rentista, era de la guardia nacional; no había podido escapar a las estrechas mallas del nuevo censo de 1831. Los informes municipales tomados en esa época se habían remontado hasta el convento del Petit-Picpus, especie de nube impenetrable y santa, de la que Jean Valjean había salido venerable a los de su alcaldía, y, por consiguiente, digno de ascender su guardia.

Tres o cuatro veces por año, Jean Valjean se endosaba su uniforme, y realizaba su servicio; de muy buena gana, por cierto, constituía para él un correcto disfraz que lo mezclaba a todo el mundo, dejándolo solitario. Jean Valjean acababa de cumplir sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; por lo demás, no experimentaba ningún deseo de sustraerse a su sargento mayor y de fastidiar al conde Lobau; no tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su identidad, ocultaba su edad, lo ocultaba todo; y, acabamos de decirlo, era un guardia nacional de buena voluntad. Parecerse al primer llegado que paga sus contribuciones, ésta era toda su ambición. Este hombre tenía por ideal, por dentro, al ángel, por fuera, al burgués.

Observemos, no obstante, un detalle. Cuando Jean salía con Cosette, se vestía como se ha visto, y adoptaba la actitud de un antiguo oficial. Cuando salía solo, y habitual-

mente era al anochecer, iba siempre vestido con una chaqueta y un pantalón de obrero, y tocado con un casquete que le ocultaba el rostro. ¿Era precaución o humildad? Las dos cosas a la vez. Cosette estaba acostumbrada al lado enigmático de su destino, y observaba apenas las singularidades de su padre. En cuanto a Toussaint, veneraba a Jean Valjean, y encontraba bien todo lo que éste hacía. Un día, el carnicero, que había visto a Jean Valjean, le dijo:

—Es un tipo gracioso.

—Es un santo —respondió Toussaint.

Ni Jean Valjean, ni Cosette ni Toussaint entraban y salían por otra parte que por la calle de Babylone. A menos de que se los viera a través de la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. La verja permanecía siempre cerrada. Jean Valjean mantenía el jardín en estado inculto, con el fin de que no llamara la atención.

En esto, tal vez se equivocaba.

III

Foliis ac frondibus[1]

Este jardín, abandonado de este modo a sí mismo desde hacía más de medio siglo, se había convertido en algo extraordinario y encantador. Los paseantes de hace cuarenta años se detenían en aquella calle para contemplarlo, sin sospechar los secretos que se ocultaban tras sus frescas y verdes espesuras. En aquella época, más de un soñador dejó muchas veces penetrar sus ojos y su pensamiento indiscretamente a través de los barrotes de la antigua verja encadenada, unida a dos pilares verdeados y musgosos, coronada extrañamente con un frontis de arabescos indescifrables.

Había un banco de piedra en un rincón, una o dos estatuas enmohecidas, y algunos enrejados desprendidos por el tiempo, se enmohecían sobre el muro; por lo demás, no quedaban paseos ni césped, había grama por todas partes. La jardinería lo había abandonado, y la naturaleza

1 «Hojas y ramajes»; reminiscencia de Lucrecio, *De rerum natura*, V. 971.

había regresado. Abundaban las malas hierbas, aventura admirable para un pobre rincón de tierra. La fiesta de los girasoles era espléndida. Nada en aquel jardín contrariaba el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; el crecimiento venerable se encontraba en su casa. Los árboles se habían inclinado hacia los espinos, y los espinos habían trepado por los árboles, la planta había trepado, la rama se había doblado, lo que se arrastra por el suelo había ido a encontrar lo que se abre en el aire, lo que flota al viento se había inclinado hacia lo que crece entre el musgo; troncos, ramas, hojas, fibras, matas, sarmientos y espinas se habían mezclado, atravesado, unido, confundido; la vegetación, en un abrazo estrecho y profundo, había celebrado y cumplido allí, bajo la satisfecha mirada del creador, en este cercado de trescientos pies cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquel jardín, ya no era un jardín, era una espesura colosal, es decir, algo impenetrable como una selva, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, oscura como una catedral, olorosa como un ramillete, solitaria como una tumba, viva como una multitud.

El floreal, esta enorme mata, libre detrás de su verja y de sus cuatro muros, entraba en celo en el sordo trabajo de la germinación universal, se estremecía al sol naciente casi como una bestia que aspira los efluvios del amor cósmico, y que siente la savia de abril subir y burbujear en sus venas y, sacudiendo al viento su prodigiosa cabellera verde, sembrada sobre la tierra húmeda, sobre las estatuas borradas, sobre la desplomada escalinata del pabellón, y hasta el empedrado de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. A mediodía, mil mariposas blancas se refugiaban allí, y era un espectácu-

lo divino de ver arremolinarse en copos, en la sombra, aquella nieve viva de verano. Allí, en aquellas alegres tinieblas de verdor, una multitud de voces inocentes hablaban dulcemente al alma, y lo que los susurros habían olvidado decir, los zumbidos lo completaban. Al atardecer, un vapor de ensueño se desprendía del jardín y lo envolvía; un sudario de bruma, una tristeza celeste y tranquila lo cubría; el embriagador aroma de las madreselvas y de las campanillas flotaba por doquier, como un veneno exquisito y sutil; se oían las últimas llamadas de los pájaros trepadores y de las pezpitas adormeciéndose bajo las enramadas; sentíase esa intimidad sagrada del pájaro y el árbol; durante el día, las alas alegran a las hojas, por la noche, las hojas protegen a las alas.

En invierno, la maleza era negra, mojada, erizada, temblorosa, y permitía ver un poco la casa. Se observaban en lugar de flores en las ramas, y de rocío en las flores, las largas cintas de plata de las babosas, sobre el frío y espeso tapiz de las hojas amarillas; pero de todos modos, bajo cualquier aspecto, y en cualquier estación, primavera, verano, otoño, invierno, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplación, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios; y la vieja verja enmohecida parecía decir: «Este jardín es mío.»

El empedrado de París estaba allí, alrededor, los hoteles clásicos y espléndidos de la calle de Varenne hallábanse a dos pasos, la cúpula de los Inválidos muy cerca, la cámara de los diputados, no demasiado lejos; las carrozas de la calle de la Bourgogne y de la calle Saint-Dominique circulaban majestuosamente por el vecindario, los ómnibus amarillos, blancos, rojos, se cruzaban en la esquina cercana, pero el desierto radicaba en la calle Plumet; la muerte de los antiguos propietarios, una revolución pasada, la caída de las antiguas fortunas, la

ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de viudez habían bastado para llevar a aquel lugar privilegiado, a los helechos, los gordolobos, la cicutas, las aquileas, las dedaleras, las altas hierbas, las grandes plantas estampadas a las anchas hojas de paño verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos inquietos y rápidos; para hacer salir de las profundidaes de la tierra, y reaparecer entre aquellos cuatro muros, no sé qué grandeza salvaje y feroz; y para que la naturaleza, que desconcierta las mezquinas organizaciones del hombre y que se extiende siempre entera allí donde se extiende, tanto en la hormiga como en el águila, vino a extenderse en un pequeño jardín parisiense, con tanta rudeza y majestad como en una selva virgen del nuevo mundo.

Nada es tan pequeño, en efecto; cualquiera que esté sujeto a las penetraciones profundas de la naturaleza, lo sabe. Aunque no sea dada satisfacción alguna a la filosofía, no más circunscribir la causa que limitar el efecto, el contemplador, cae en éxtasis sin fondo en razón a que todas estas descomposiciones de fuerza terminan en la unidad. Todo trabaja en pro de todo.

El álgebra se aplica a las nubes; la irradiación del astro aprovecha a la rosa; ningún pensador sè atrevería a decir que el perfume del espino blanco resulta inútil a las constelaciones. ¿Quién puede calcular el trayecto de una molécula? ¿Qué sabemos nosotros si las creaciones de los mundos no están determinadas por las caídas de granos de arena? ¿Quién conoce los flujos y reflujos de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el resonar de las causas en los principios del ser, y los aludes de la creación? Un cresa importa; lo pequeño es grande, lo grandes es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad; terrible visión para el espíritu.

Hay entre los seres y las cosas relaciones de prodigio; en este inagotable conjunto, de sol a pulgón, no se desprecian; tienen necesidad unos de otros. La luz no se lleva al firmamento los perfumes terrestres sin saber lo que hace de ellos; la noche hace distribuciones de esencia estelar a las flores dormidas. Todos los pájaros que vuelan tienen en la pata el hilo del infinito. La germinación se complica con la aparición de un meteoro, y de un picotazo de la golondrina rompiendo el huevo, y lleva de frente el nacimiento de un gusano de tierra[1] y el advenimiento de Sócrates. Donde termina el telescopio, empieza el microscopio. ¿Cuál de los dos tiene mejor vista? Escoged. Un enmohecimiento es una pléyade de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas. Igual promiscuidad, y más inaudita aún, de las cosas de la inteligencia y de los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de hacer concluir el mundo material y el mundo moral a la misma claridad. El fenómeno está perpetuamente en repliegue sobre sí mismo. En los vastos cambios cósmicos la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, rodando en el invisible misterio de los efluvios, empleándolo todo, no perdiendo ni un ensueño, ni un sueño, sembrando un animálculo aquí, desmenuzando un astro allí, oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza, y del pensamiento un elemento, diseminado o indivisible disolviéndolo todo, excepto este punto geométrico, el yo; llevándolo todo al alma átomo; desarrollándolo todo en Dios; enredando, desde la más alta a la más baja, todas las actividades en la oscuridad de un mecanismo verti-

1. Como el mismo Víctor Hugo. «La epopeya del gusano», en la *Leyenda de los siglos*.

ginoso, sujetando el vuelo de un insecto al movimiento de la tierra, subordinando, ¿quién sabe?, aunque no fuera más que por la identidad de la ley, la evolución del cometa en el firmamento al girar del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha espíritu. Engranaje enorme, cuyo primer motor es el insecto, y cuya última rueda es el zodíaco.

IV

Cambio de verja

Parecía que este jardín, creado antiguamente para ocultar los misterios libertinos, se hubiera trasformado y convertido precisamente para abrigar los misterios castos. Ya no había ni glorietas, ni cuadros de césped, ni cenadores, ni grutas, había una magnífica oscuridad desmelenada, cayendo como un velo de todas partes. Paphos [1] había vuelto a ser edén. Un no sé qué de arrepentimiento se había apoderado de aquel retiro. Esta florista ofrecía ahora sus flores al alma. Este coquetón jardín, antiguamente muy comprometido, había recobrado la virginidad y el pudor. Un presidente asistido por un jardinero, un buen hombre que se creía era un continuador de Lamoignon [2], y otro buen hombre que creía serlo de Le Nôtre, lo habían rodeado, cortado, descompuesto, emperifollado, adornado para la galantería; la naturaleza lo había reco-

1 Paphos, ciudad de Venus.

2 Se trata del presidente de Lamoignon. protector de Boileau.

brado, lo había llenado de sombra y lo había adornado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón que estaba dispuesto. El amor no tenía más que mostrarse; había allí un templo compuesto de verdura, de hierba, de musgo, de suspiros, de pájaros, de blandas tinieblas, de ramas agitadas, y un alma hecha de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusión.

Cosette había salido del convento siendo una niña casi; tenía algo más de catorce años, y estaba en la «edad ingrata»; ya lo hemos dicho, aparte los ojos, parecía más bien fea que bonita; sin embargo, ninguno de sus rasgos estaba deprovisto de gracia, pero era torpe, flaca, tímida y atrevida a la vez, una niña grande, en una palabra.

Su educación estaba terminada; es decir, le habían enseñado religión, y también y especialmente la devoción; luego «historia», esto es, la cosa que se llama así en el convento, geografía, gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, etcétera, pero del resto, lo ignoraba todo, lo cual es un encanto y un peligro. El alma de una joven no debe permanecer a oscuras; más tarde aparecen en ella espejismos demasiado bruscos y vivos como en una habitación oscura. Debe ser instruida dulce y discretamente, más bien con el reflejo de las realidades, que con su luz directa y dura. Media luz útil y graciosamente austera que disipa los miedos pueriles e impide las caídas. No hay más que el instinto maternal, intuición admirable en la que entran los recuerdos de la virgen y las experiencias de la mujer, que sepa cómo y de qué debe estar hecha esta media luz. Nada suple a este instinto. Para formar el alma de una joven, todas las religiones del mundo no valen lo que una madre.

Cosette no había tenido madre. Había tenido muchas madres en plural.

En cuanto a Jean Valjean, en él se juntaban todas las ternuras a la vez y todas las solicitudes; pero no era sino un viejo que no sabía nada de nada.

Así, en esta obra de la educación, en este grave aspecto de la preparación de una mujer a la vida, ¡cuánta ciencia hace falta para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia!

Nada prepara a una joven a las pasiones como un convento. El convento vuelve el pensamiento del lado de lo desconocido. El corazón, replegado sobre sí mismo, se hunde, no pudiendo esparcirse, y se profundiza, no pudiendo desarrollarse. De ahí las visiones, las suposiciones, las conjeturas, las novelas esbozadas, las aventuras deseadas, las construcciones fantásticas, los edificios enteros construidos en la oscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas mansiones donde las pasiones encuentran inmediatamente sitio donde alojarse cuando la verja abierta les permite entrar. El convento es una compresión que para triunfar sobre el corazón humano, debe durar toda la vida.

Al abandonar el convento, Cosette no podía encontrar nada tan dulce y tan peligroso como la casa de la calle Plumet. Era la continuación de la soledad, con el principio de la libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza acre, rica, voluptuosa y perfumada; los mismos sueños que en el convento, pero con jóvenes vislumbrados; una verja, pero abierta a la calle.

No obstante, lo repetimos, cuando llegó allí, no era aún mas que una niña. Jean Valjean le entregó aquel jardín inculto. «Haz todo lo que quieras», le decía. Esto divertía a Cosette; removía todas las matas y todas las piedras, buscaba «animalitos»; jugaba en él, mientras esperaba el momento de soñar en él; amaba aquel jardín por los insectos que encontraba bajo sus pies y a través

de la hierba, mientras esperaba el momento de amarlo por las estrellas que vislumbraría entre las ramas, por encima de su cabeza.

Y luego, amaba a su padre, es decir, a Jean Valjean, con toda su alma, con una ingenua pasión filial que convertía al buen hombre en un compañero deseado y encantador. Recordaremos que el señor Madeleine leía mucho, Jean Valjean continuó haciéndolo; había llegado a hablar bien; tenía la riqueza secreta y la elocuencia de una inteligencia humilde y verdadera, espontáneamente cultivada. Le había quedado justo la suficiente aspereza para sazonar su bondad; era un espíritu rudo y un corazón dulce. En el Luxemburgo, en sus frente a frente, daba largas explicaciones de todo, basándose en lo que había leído, y basándose asimismo en lo que había sufrido. Mientras lo escuchaba, los ojos de Cosette andaban vagamente errantes.

Aquel hombre sencillo, bastaba al pensamiento de Cosette, igual que aquel salvaje jardín a sus juegos. Cuando acababa de perseguir a las mariposas, llegaba a su lado jadeante y exclamaba: «¡Ah, cuánto he corrido!», él la besaba en la frente.

Cosette adoraba al buen hombre. Iba siempre pegada a sus talones. Allí donde estaba Jean Valjean, estaba el bienestar. Como Jean Valjean no habitaba ni el pabellón ni el jardín, ella se encontraba mejor en el patio empedrado que en el cercado lleno de flores, y en la pequeña vivienda amueblada con sillas de paja, que en el gran salón cubierto de tapices, donde se adosaban sillones acolchados. Jean Valjean le decía algunas veces, sonriéndose con la felicidad de ser importunado: «¡Pero vete a tu casa! ¡Déjame solo un poco!»

Ella le hacía esas cariñosas y tiernas carantoñas que tienen tanta gracia, viniendo de la hija al padre.

—Padre, tengo mucho frío en vuestra casa; ¿por qué no ponéis aquí una alfombra y una estufa?

—Querida niña, ¡hay tanta gente que vale más que yo, y que no tiene ni siquiera un techo sobre sus cabezas...!

—Entonces, ¿por qué yo tengo tanto fuego en mi casa, y cuanto necesito?

—Porque eres una mujer y una niña.

—¡Bah! ¿Es que los hombres deben tener frío y estar mal?

—Algunos sí.

—Está bien, vendré aquí muy a menudo, y os veréis obligado a encender el fuego.

Y le decía aún:

—Padre, ¿por qué coméis pan tan malo como éste?

—Porque sí, hija mía.

—Conforme, si vos lo coméis, ya también lo comeré.

Entonces, para que Cosette no comiera pan negro, Jean Valjean comía pan blanco.

Cosette se acordaba confusamente de su infancia. Rezaba mañana y noche por su madre, a la que no había conocido. Los Thénardier se le habían quedado grabados como dos figuras temibles, en estado de sueño. Recordaba que una vez había ido de noche a buscar agua a un bosque. Creía que era muy lejos de París. Le parecía que había empezado a vivir en un abismo, y que Jean Valjean la había sacado de él. Su infancia le hacía el efecto de un tiempo en el que no había a su alrededor más que ciempiés, arañas y serpientes. Cuando por la noche, antes de dormirse, pensaba, como no tenía una idea muy clara de ser la hija de Jean Valjean y que él fuera su padre, se imaginaba que el alma de su madre había pasado a aquel buen hombre, y había ido a vivir a su lado.

Cuando él estaba sentado, ella apoyaba su mejilla contra sus blancos cabellos, y dejaba silenciosamente caer una lágrima en ellos, diciéndose: «¡Tal vez este hombre es mi madre!»

Cosette, aunque esto resulte extraño, en la profunda ignorancia de la joven educada en el convento, siendo la maternidad absolutamente incompatible con la virginidad, había terminado por figurarse que ella había tenido tan poca madre como era posible. Ni siquiera sabía el nombre de esta madre. Todas las veces que se lo preguntaba a Jean Valjean, éste se callaba. Si repetía su pregunta, él respondía con una sonrisa. Una vez ella insistió; la sonrisa terminó con una lágrima.

Este silencio de Jean Valjean, cubría la noche de Fantine.

¿Era prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de confiar al azar de otra memoria ese nombre?

Mientras Cosette fue pequeña, Jean Valjean le había hablado de su madre voluntariamente; cuando fue joven, esto le resultó imposible. Le parecía que ya no se atrevía. ¿Era a causa de Cosette? ¿Era a causa de Fantine? Experimentaba una especie de horror religioso a hacer entrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y a poner a la muerta en terceros, en sus destinos. Cuanto más sagrada le resultaba aquella sombra, más temible le parecía. Pensaba en Fantine, y se sentía abrumado de silencio. Veía vagamente en las tinieblas algo que le parecía a un dedo posado sobre una boca. Todo aquel pudor que había residido en Fantine, y que durante su vida había salido violentamente de ella, ¿había vuelto después de su muerte a posarse sobre ella, velando indignado por la paz de aquella muerta, y, feroz, guardarla en su tumba? Jean Valjean, sin saberlo, ¿se veía

sometido a su presión? Nosotros que creemos en la muerte, no somos de los que rechazaríamos esta misteriosa explicación. De ahí la imposibilidad de pronunciar este nombre, incluso por Cosette: Fantine.

Un día Cosette le dijo:

—Padre, esta noche he visto a mi madre en sueños. Llevaba dos grandes alas. Mi madre, en la vida, debió de haber estado cerca de la santidad.

—Por el martirio —repuso Jean Valjean.

Por lo demás, Jean Valjean era feliz.

Cuando Cosette salía con él, ella se apoyaba sobre su brazo orgullosa, feliz, con el corazón rebosante. Jean Valjean, ante estas señales de una ternura tan exclusiva y satisfecha por él solo, sentía que su pensamiento se fundía en delicias. El pobre hombre se estremecía inundado de una alegría angélica; se afirmaba a sí mismo con trasporte, que aquello duraría toda la vida; se decía que verdaderamente no había sufrido lo bastante como para merecer una felicidad tan radiante, y agradecía a Dios, en las profundidades de su alma, por haber permitido que llegara a ser amado así, él, un miserable, por aquel ser inocente.

V

La rosa se da cuenta de que es una máquina de guerra

Un día, Cosette se miró por casualidad en su espejo y se dijo: «¡Vaya!» Casi le parecía que era hermosa. Esto la sumió en una turbación singular. Hasta aquel instante, nunca había pensado en su rostro. Se veía en su espejo, pero no se miraba en él. Y, además, a menudo le habían dicho que era fea; únicamente Jean Valjean decía: «¡No! ¡No!» Fuera como fuese, Cosette se había creído siempre fea, y había crecido con esta idea, con la resignación fácil de la infancia. Y he aquí que de repente su espejo le decía como Jean Valjean: «¡No!» No durmió en toda la noche. «¿Y si fuera bonita? —pensaba—. ¡Qué gracioso sería que fuera bonita! —Y recordaba a sus compañeras, cuya belleza hacía efecto en el convento, y se decía: «¡Cómo! ¡Sería como la señorita tal!»

Al día siguiente se miró, pero no por casualidad y dudó: «¿Dónde tenía la cabeza? —se dijo—. No soy fea.» Simplemente había dormido mal, tenía ojeras y estaba pálida. No se había sentido contenta la víspera al creer en su belleza, pero se sintió triste por dejar de creer en

ella. No volvió a mirarse, y durante más de quince días trató de peinarse de espaldas al espejo.

Por la noche, después de cenar, acostumbraba bordar en el salón, o hacer algún trabajo de convento, y Jean Valjean leía a su lado. Una vez levantó los ojos de su labor y se quedó sorprendida por la forma inquieta con que la miraba su padre.

En otra ocasión pasaba por la calle y le pareció que alguien, a quien no vio, decía tras de ella: «¡Hermosa mujer!, pero mal vestida.» «¡Bah! —pensó— no se trata de mí. Yo voy bien vestida, y soy fea.» Llevaba entonces su sombrero de peluche y su vestido de lana de merino.

Un día, al fin, estando en el jardín, oyó a la pobre vieja Toussaint que decía: «Señor, ved cómo la señorita se vuelve hermosa.» Cosette no oyó lo que su padre respondió, pues las palabras de Toussaint le produjeron una especie de conmoción. Corrió por el jardín, subió a su habitación, acercóse al espejo —hacía tres meses que no se había mirado— y lanzó un grito. Acababa de deslumbrarse a sí misma.

Era hermosa y bonita; no podía evitar ser de la opinión de Toussaint y de su espejo. Su cintura se había formado, su piel se había vuelto más blanca, sus cabellos brillaban, y un esplendor desconocido se había encendido en sus pupilas azules. La convicción de su belleza la invadió por completo, en un minuto, igual que el amanecer de un día luminoso; además, los demás lo observaban también; Toussaint lo decía, evidentemente era de ella de quien hablaban al pasar, no cabía la menor duda; bajó de nuevo al jardín, creyéndose reina, oyendo cantar a los pájaros, en invierno, viendo el cielo dorado, el sol en los árboles, flores en los matorrales, desatinada, loca, en un arrebato inexpresable.

Por su parte, Jean Valjean experimentaba una profunda e indefinible opresión en el corazón.

Y es que, en efecto, desde hacía algún tiempo contemplaba con terror aquella belleza que aparecía de día en día más radiante en el dulce rostro de Cosette. Alba riente para todos, lúgubre para él.

Cosette había sido hermosa mucho tiempo antes de darse cuenta de ello. Pero, desde el primer día, esta inesperada luz que se elevaba lentamente y envolvía poco a poco toda la persona de la joven, hirió la sombría pupila de Jean Valjean. Sintió que era un cambio en una vida feliz, tan feliz, que él no se atrevía a moverse en ella, con el temor de estropear algo. Aquel hombre que había pasado por todas las miserias, que estaba aún ensangrentado por las heridas de su destino, que había sido casi malvado, y se había convertido casi en un santo, que, después de haber arrastrado la cadena de la prisión, arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida, aquel hombre a quien la ley no había soltado, y que a cada instante podía ser capturado, y conducido de nuevo de la oscuridad de su virtud a la violenta luz del oprobio público, aquel hombre lo aceptaba todo, lo excusaba todo, lo perdonaba todo y lo bendecía todo, no pedía a la providencia, a los hombres, a las leyes, a la sociedad, a la naturaleza, al mundo, sino una cosa: ¡que Cosette lo amara!

¡Que Cosette continuara amándolo! ¡Que Dios no impidiera al corazón de aquella niña que se acercara a él y que permaneciera con él! Amado por Cosette, se sentía curado, descansado, tranquilizado, colmado, recompensado, coronado. Amado por Cosette, ¡se sentía bien! No pedía otra cosa. Si le hubieran dicho: «¿Quieres estar mejor?», hubiera dicho: «No.» Si Dios le hubiera

dicho: «¿Quieres el cielo?», hubiera respondido: «Perdería.»

Todo lo que podía rozar esta situación, aunque no fuera más que a la superficie, lo hacía estremecerse como el principio de otra cosa. No había sabido nunca lo que era la belleza de una mujer; pero, por instinto, comprendía que era algo terrible.

Aquella belleza que se abría cada vez más triunfante y soberbia a su lado, ante sus ojos, bajo la frente ingenua y temible de la niña, desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su reprobación, de su abatimiento, la miraba asustado.

Se decía: «¡Qué hermosa es! ¿Qué va a ser de mi?»

Ésta, por lo demás, era la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre. Lo que él veía con angustia, una madre lo hubiera visto con alegría.

Los primeros síntomas no tardaron en manifestarse.

Desde el día siguiente a aquel en que se había dicho: «¡Decididamente, soy hermosa!», Cosette prestó más atención al arreglo de su persona. Recordó las palabras del paseante: «Bonita, pero mal vestida», soplo de oráculo que había pasado por su lado y se había desvanecido tras haber dejado en su corazón uno de los dos gérmenes que llenan más tarde toda la vida de la mujer: la coquetería. El amor es el otro.

Con la fe en su belleza, toda el alma femenina se dilata en ella. Tuvo horror del vestido de lana de merino, y sintió vergüenza por el sombrero de peluche. Su padre no le había negado nunca nada. Asimiló inmediatamente toda la ciencia del sombrero, del vestido, del chal, del zapato, de la manga, de la tela que conviene, del color que armoniza, esta ciencia que hace de la mujer parisiense algo tan encantador, tan profundo y tan pe-

ligroso. La frase «mujer espirituosa», ha sido creada para la parisiense.

En menos de un mes, la pequeña Cosette fue en esta tebaida de la calle de Babylone, una de las mujeres, no solamente más bonitas, que ya es algo, sino «mejor vestida» de París, lo cual es mucho más. Hubiera querido encontrar a «su paseante» para ver lo qué diría, y para «¡que se enterara!» El hecho es que estaba deliciosa y que distinguía a maravilla un sombrero de Gérard de un sombrero de Herbaut[1].

Jean Valjean, consideraba tales estragos con ansiedad. Él, que sentía que nunca podría hacer más que arrastrarse, andar como máximo, veía alas en Cosette.

Por lo demás, sólo con la simple inspección del arreglo de Cosette, una mujer se hubiera dado cuenta de que ésta no tenía madre. Ciertas pequeñas decencias, ciertas convenciones especiales, no eran observadas por Cosette. Una madre, por ejemplo, le hubiera dicho que una joven no se viste nunca con damasco.

El primer día que Cosette salió con su vestido y su esclavina de damasco negro, y su sombrero de crepé blanco, fue a tomar del brazo a Jean Valjean, alegre, radiante, rosada, orgullosa, resplandeciente. «Padre —dijo—, ¿cómo me encontráis?» Jean Valjean respondió con una voz que parecía la amarga voz de un envidioso: «¡Encantadora!»

En su paseo, fue el de siempre. Al regresar, preguntó a Cosette:

—¿Es que no volverás a ponerte ese vestido y ese sombrero?

Esto sucedía en la habitación de Cosette. Cosette se volvió hacia la puerta del armario en donde estaban colgadas sus ropas de pensionista.

1 Herbeaut y Gérard, comerciantes de novedades parisienses.

—¡Este disfraz...! —exclamó—. Padre, ¿qué queréis que haga de ellos? ¡Oh, nunca volveré a ponerme estos horrores! Con este cachivache en la cabeza, tengo el aspecto de la señora Perroloco.

Jean Valjean suspiró profundamente.

A partir de aquel instante observó que Cosette, que antes siempre le pedía quedarse, diciendo: «Padre, me divierto más aquí con vos.» Ahora siempre solicitaba salir. En efecto. ¿De qué sirve tener una bonita figura y un traje delicioso si no se muestra?

Observó también que Cosette no tenía ya la misma afición por el patio trasero. Ahora, prefería estar en el jardín, y se paseaba sin desagrado ante la verja. Jean Valjean, huraño, no ponía los pies en el jardín. Se quedaba en el patio trasero, como el perro.

Cosette, al saberse hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita, pues la belleza realzada con la ingenuidad es inefable, y nada es tan adorable como una inocente deslumbradora que anda llevando de la mano, sin saberlo, la llave de un paraíso. Pero lo que perdió en gracia ingenua, lo volvió a ganar en encanto pensativo y serio. Toda su persona, penetrada de las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, respiraba una melancolía espléndida.

Fue en esta época cuando Marius, después de transcurridos seis meses, volvió a verla en el Luxemburgo.

VI

Empieza la batalla

Cosette estaba en su sombra, como Marius en la suya, dispuesta para el amor. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, acercaba lentamente uno a otro a estos dos seres cargados y languidecientes de las tempestuosas electricidades de la pasión, a estas dos almas que llevaban el amor, igual que dos nubes llevan el rayo, y que debían abordarse y mezclarse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se ha abusado tanto de la miradas en las novelas de amor, que se ha terminado por menospreciarla. Ahora apenas se atreve a decir que dos seres se han amado porque se han mirado. No obstante, es así como se ama, y únicamente así. El resto no es más que el resto y viene después. Nada es tan real como las grandes sacudidas que se dan dos almas al cambiarse esta chispa.

En aquella hora en que Cosette lanzó, sin saberlo, aquella mirada que turbó a Marius, Marius no sospechó que él también lanzó una mirada que turbó a Cosette.

Le produjo idéntico mal e idéntico bien.

Desde hacía ya largo tiempo, lo veía y lo examinaba como las jóvenes examinan y ven, mirando a otra parte. Marius encontraba aún fea a Cosette, cuando ya Cosette encontraba hermoso a Marius. Pero como él no le prestaba atención, aquel joven le resultaba indiferente.

Sin embargo, no podía dejar de decirse que él tenía hermosos cabellos, hermosos ojos, hermosos dientes, un tono de voz encantador, cuando lo oía charlar con sus camaradas, que andaba mal, si se quiere, pero con gracia propia, que no parecía en absoluto estúpido, que toda su persona era noble, dulce, sencilla y orgullosa, y, por último, que tenía el aspecto pobre, pero bueno.

El día en que sus ojos se encontraron, y se dijeron al fin, bruscamente, esas primeras cosas oscuras e inenarrables que la miraba balbucea, Cosette, al principio no comprendió. Regresó pensativa a la casa de la calle Ouest, donde Jean Valjean, según su costumbre, había ido a pasar seis semanas. Al día siguiente, al despertarse, pensó en aquel joven desconocido, indiferente y frío durante tanto tiempo, que ahora parecía prestarle atención, y le pareció que tal atención no le resultaba agradable. Más bien sentía un poco de cólera hacia aquel guapo desdeñoso. Un fondo de guerra se agitó en ella. Le pareció, y con ello experimentaba una alegría muy infantil, que, por fin, iba a vengarse.

Sabiéndose hermosa, sentía, aunque de un modo indistinto, que poseía un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con su cuchillo. Y se hieren con ella.

Se recordarán las dudas de Marius, sus palpitaciones, sus terrores. Permanecía en su banco, sin intentar acercarse. Esto despechaba a Cosette. Un día dijo a Jean Valjean: «Padre, paseémonos un poco por aquel lado.»

Viendo que Marius no iba a ella, ella se acercó a él. En semejantes casos, toda mujer se parece a Mahoma [1]. Y luego, cosa extraña, el primer síntoma de amor en un joven es la timidez, en una joven es el atrevimiento. Esto sorprende, y, sin embargo, nada es tan natural. Son los dos sexos que tienden a acercarse y que adquieren las cualidades uno del otro.

Aquel día, la mirada de Cosette volvió loco a Marius, y la mirada de Marius, hizo temblar a Cosette. Marius se fue confiado y Cosette inquieta. A partir de aquel día se adoraron.

La primera cosa que Cosette experimentó fue una tristeza confusa y profunda. Le parecía que de la noche a la mañana su alma se había vuelto negra. Ya no la reconocía. La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y de alegría, se parece a la nieve. Se funde al amor que es su sol.

Cosette ignoraba lo que era el amor. No había oído nunca pronunciar esta palabra en el sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento, amor estaba remplazado por tambor o clamor. Ello daba lugar a enigmas que adiestraban la imaginación de las mayores, quienes exclamaban: «¡Ah, qué hermoso es el tambor!», o bien: «¡La piedad no es un clamor!» Pero Cosette había salido del convento demasiado niña para preocuparse del «tambor». No supo, pues, qué nombre dar a lo que experimentaba ahora. ¿Se está menos enfermo si se ignora el nombre de la enfermedad?

Amaba con una pasión tanto mayor, cuando que amaba con ignorancia. No sabía si aquello era bueno o malo, útil o peligroso, necesario o mortal, eterno o pasajero, permitido o prohibido; amaba. La hubieran sorprendido

1. Quien no pudiendo hacer venir a una montaña, se dirigió a ella.

si le hubiesen dicho: «¿No dormís?, ¡pero si está prohibido! ¿No coméis?, ¡pero si está muy mal! ¿Sentís opresiones y latidos en el corazón?, ¡pero si esto no se hace! ¿Os ruborizáis y palidecéis si cierto joven aparece al extremo del paseo?, ¡pero si esto es abominable!» No habría comprendido, y hubiese respondido: «¿Cómo es posible que sea culpa mía una cosa contra la que nada puedo, y de la que nada sé?»

Sucedió que el amor que se presentó era precisamente el que más convenía a su estado de alma. Era una especie de adoración a distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido. Era la aparición de la adolescencia, a la adolescencia, el sueño de las noches, convertido en novela, y, siendo aun sueño, el fastasma deseado, realizado por fin, y hecho carne, pero no teniendo aún nombre, ni falta, ni mancha, ni exigencia, ni defecto; en una palabra: el amante lejano, que permanece en el ideal, una quimera que tiene forma. Todo encuentro más palpable y más cercano hubiera espantado a Cosette, en aquella época, sumergida aún como estaba en la bruma creciente del claustro. Tenía todos los temores de los niños y los de las religiosas mezclados. El espíritu del convento, del cual se había empapado durante cinco años, se evaporaba todavía lentamente de toda su persona, y hacía temblar todo a su alrededor. En esta situación, no era un amante lo que necesitaba, no era tampoco un enamorado, era una visión. Se puso a adorar a Marius como algo encantador, luminoso e imposible.

Como la extrema ingenuidad roza la extrema coquetería, le sonreía francamente.

Esperaba todos los días la hora de su paseo con gran impaciencia, encontraba a Marius, sentíase indeciblemente feliz, y creía con sinceridad que expresaba todo su pen-

samiento al decir a Jean Valjean: «¡Qué delicioso jardín es este Luxemburgo!»

Marius y Cosette yacían en la oscuridad el uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; se veían; y como los astros en el cielo, separados por millones de leguas, vivían sólo de mirarse.

De esta manera, Cosette se convertía poco a poco en una mujer y se desarrollaba, bella y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor. Coqueta por añadidura, por inocencia.

VII

Contra tristeza, tristeza y media

Todas las situaciones tienen sus instintos. La vieja y eterna madre naturaleza advertía sordamente a Jean Valjean la presencia de Marius. Jean Valjean se estremecía en lo más oscuro de su pensamiento. Jean Valjean no veía nada, no sabía nada y consideraba, no obstante, con una atención obstinada las tinieblas en que se hallaba, como si sintiera por un lado alguna cosa que se construía, y por otro alguna cosa que se desplomase. Marius, advertido también, y, lo que es la profunda ley del buen Dios, por esta misma naturaleza, hacía cuanto podía para sustraerse al padre. Sucedía, empero, que Jean Valjean lo veía algunas veces. Las trazas de Marius no resultaban del todo naturales. Tenía prudencias sospechosas, y temeridades torpes. Ya no se acercaba, como antes; se sentaba lejos y permanecía en éxtasis; tenía un libro, y aparentaba leer, ¿por qué lo aparentaba? Antes, iba con su traje viejo, y ahora se ponía todos los días su traje nuevo; no estaba muy seguro de no llevar arruga alguna, ponía ojos

muy graciosos, y usaba guantes; en una palabra: Jean Valjean, detestaba cordialmente a aquel joven.

Cosette no dejaba adivinar nada. Sin saber exactamente lo que le sucedía, experimentaba la sensación de que era algo, y era preciso ocultarlo.

Había entre el gusto de adornarse que se había despertado en Cosette, y la costumbre de usar el traje nuevo que había empujado a aquel desconocido, un paralelismo que molestaba a Jean Valjean. Era una casualidad tal vez, sin duda, seguramente, pero una casualidad amenazadora.

Nunca abría la boca para hablar a Cosette de aquel desconocido. Un día, no obstante, no pudo impedirlo, y con el vago desespero que arroja bruscamente la sonda en su desgracia, le dijo: «¡Ahí tienes a un joven de aspecto pedante!»

Un año antes, Cosette, jovencita indiferente, hubiera respondido: «No, pero si es encantador.» Diez años más tarde, con el amor de Marius en el corazón, hubiera respondido: «¡Pedante e insoportable! ¡Tenéis razón!» En el momento de la vida y del corazón en que se hallaba, se limitó a responder con una tranquilidad suprema:

—¿Aquel joven?

Como si lo mirara por primera vez en su vida.

«¡Qué estúpido soy! —pensó Jean Valjean—. Ella aún no lo había visto, y yo mismo se lo he descubierto.»

¡Oh, simplicidad de los viejos! ¡Profundidad de los niños!

Es todavía una ley de estos frescos años de sufrimiento y preocupación, de estas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos; la joven no se deja atrapar en ninguna trampa, y el joven cae en todas. Jean Valjean había iniciado contra Marius una sorda guerra, que Marius, con la estupidez suprema de la pasión y de

la edad, no adivinó. Jean Valjean le tendió una multitud de emboscadas; cambió de hora, cambió de banco, olvidó su pañuelo, fue solo al Luxemburgo; Marius cayó de cabeza en todas las trampas; y a todos los puntos de interrogación plantados en su camino por Jean Valjean, él respondió ingenuamente: «Sí.» Empero, Cosette se encerró en su aparente despreocupación y en su imperturbable tranquilidad. «Este bobo está locamente enamorado de Cosette, pero Cosette ni siquiera sabe que existe.»

No por ello tenía menos temblores dolorosos en el corazón. El minuto en que Cosette amara podía sonar de un instante a otro. ¿No empieza todo con la indiferencia?

Una sola vez, Cosette cometió una falta que la aterró. Él se levantó del banco para marcharse, después de tres horas de estancia, y ella dijo:

—¿Ya?

Jean Valjean no había interrumpido los paseos al Luxemburgo, pues no quería hacer nada singular, y por encima de todo temía dar la alerta a Cosette; pero durante aquellas horas tan dulces para los dos enamorados, mientras que Cosette enviaba su sonrisa a Marius, ebrio, que no observaba más que esto, y en el mundo no veía sino un radiante rostro dorado, Jean Valjean fijaba en Marius unos ojos centelleantes y terribles. Él, que había llegado a la conclusión de no creerse capaz de un sentimiento malévolo, había momentos en los que, cuando Marius estaba allí, creía volver a ser salvaje y feroz, y sentía que contra aquel joven se abrían y se levantaban las viejas profundidades de su alma, en las que había habido tanta cólera. Casi le parecía que en él volvían a formarse cráteres desconocidos.

¡Cómo! ¡Allí estaba aquel ser! ¿Qué venía a hacer? ¡Acababa de volver, mirar, examinar, probar! Acababa

de decir: ¿Y por qué no? Venía a merodear alrededor de su vida, en torno a él, ¡a Jean Valjean! ¡A merodear alrededor de su felicidad, para cogerla y llevársela!

Jean Valjean añadía: «¡Sí, es esto! ¿Qué viene a buscar una aventura? ¿Qué quiere, un amorío? ¡Un amorío! ¿Y yo? ¡Qué! Habré sido primero el más abominable de los hombres, y luego el más desgraciado, habré sufrido todo lo que se puede sufrir, habré envejecido sin haber sido joven, habré vivido sin familia, sin parientes, sin amigos, sin mujer, sin hijos, bajo todos los espinos, contra todos los límites, a lo largo de todos los muros, habré sido dulce aunque hayan sido duros para mí; y bueno, aunque hayan sido malos, me habré convertido en un hombre honesto a pesar de todo, me habrá arrepentido del mal que he hecho y habré perdonado el mal que me han hecho, y en el momento en que soy recompensado, en el momento final, en el momento en que alcanzo mi fin, en el momento en que tengo todo lo que quiero, es bueno, está bien, lo he pagado, lo he ganado, todo se irá, todo esto se desvanecerá y perderé a Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque se le habrá antojado a un bobo venir a deambular por el Luxemburgo.»

Entonces, sus pupilas se llenaban de una claridad lúgubre y extraordinaria. No era ya un hombre que mira a un hombre; no era un enemigo que mira a un enemigo. Era un dogo que contempla a un ladrón.

Conocemos ya el resto. Marius continuó siendo insensato. Un día siguió a Cosette a la calle Ouest. Otro día habló con el portero. El portero habló, a su vez, y dijo a Jean Valjean:

—Señor, un hombre curioso ha preguntado por vos.

Al día siguiente, Jean Valjean lanzó a Marius la mirada que éste advirtió al fin. Ocho días más tarde, Jean Valjean se había mudado. Se juró que no volvería a

poner los pies ni en el Luxemburgo ni en la calle Ouest. Regresó a la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no hizo preguntas, no trató de saber nada; se hallaba ya en el período en que se teme ser descubierto y traicionarse. Jean Valjean no tenía ninguna experiencia de estas miserias, las únicas que son encantadoras, y las únicas que él no conoció; aquello hizo que no comprendiera el grave significado del silencio de Cosette. Únicamente observó que se había entristecido, y él se ensombreció. Por una y otra parte, se trataba de inexperiencias en disputa.

Una vez, hizo una prueba. Preguntó a Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

—Sí —dijo.

Y allí fueron. Habían trascurrido tres meses. Marius ya no iba allí. Marius no estaba allí.

Al día siguiente, Jean Valjean preguntó a Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Ella respondió dulce y tristemente:

—No.

Jean Valjean quedó sorprendido por aquella tristeza, y afligido por aquella dulzura.

¿Qué sucedía en aquel espíritu tan joven y ya tan impenetrable? ¿Qué estaba produciéndose en él? ¿Qué pasaba en el alma de Cosette? Algunas veces, en lugar de acostarse, Jean Valjean se quedaba sentado cerca de su camastro con la cabeza entre las manos, y pasaba noches enteras preguntándose: «¿Qué hay en el pensamiento de Cosette?» Y reflexionando en las cosas en las cuales ella podía pensar.

¡Oh! En aquellos momentos qué miradas dolorosas dirigía hacia el claustro, aquel pináculo casto, aquel lugar de ángeles, aquel inaccesible glaciar de la virtud! ¡Cómo

contemplaba con un arrebato desesperado aquel jardín del convento, lleno de flores ignoradas y de vírgenes encerradas, en donde todos los perfumes y todas las almas suben directas al cielo! ¡Cuánto adoraba aquel edén cerrado para siempre, del que había salido voluntariamente! ¡Cómo sentía su abnegación y su demencia por haber llevado a Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y abatido por su mismo sacrificio! Y se preguntaba: «¿Qué he hecho yo?»

Por lo demás, nada de esto influía en Cosette. Ni humor ni brusquedad. Siempre la misma apariencia serena y buena. Las maneras de Jean Valjean eran más tiernas y más paternales que nunca. Si alguna cosa hubiera podido dejar adivinar menos alegría, era una mayor mansedumbre.

Por su lado, Cosette languidecía. Sufría por la ausencia de Marius, de idéntica manera que había gozado con su presencia, singularmente, sin saberlo. Cuando Jean Valjean dejó de llevarla a los paseos habituales, un instinto de mujer le había murmurado confusamente en el fondo del corazón que era preciso aparentar no tener apego al Luxemburgo, y que si aquello le resultaba indiferente, su padre volvería a llevarla. Pero se sucedieron los días, las semanas y los meses. Jean Valjean había aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Ella lo lamentó. Era demasiado tarde. El día en que regresó al Luxemburgo, Marius ya no estaba. Marius había desaparecido; todo había terminado, ¿qué hacer? ¿Volvería a encontrarlo alguna vez? Sintió una opresión en su corazón, que nada aliviaba, y que aumentaba día a día; no supo si era invierno o verano, si hacía sol o llovía, si los pájaros cantaban, si estaba junto a las dalias o junto a las margaritas, si el Luxemburgo era más encantador que las Tullerías, si la ropa que traía la lavandera

estaba poco o demasiado almidonada, si Toussaint había hecho la compra bien o mal, y quedó abatida, absorbida, atenta a un solo pensamiento, la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la oscuridad el lugar negro y profundo por donde se ha desvanecido una aparición.

Por lo demás, tampoco dejó entrever a Jean Valjean otra cosa que su palidez. Continuó teniendo su dulce rostro.

Aquella palidez bastaba para preocupar a Jean Valjean. Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?

Ella respondía:

—Nada.

Y después de un silencio, cuando ella también lo adivinaba triste, decía:

—¿Y vos, padre, acaso os sucede algo?

—¿A mí?, nada —respondía él.

Aquellos dos seres que se habían amado tan exclusivamente y con un amor tan conmovedor, que habían vivido durante tanto tiempo el uno para el otro, sufrían uno al lado del otro, uno por causa del otro, sin decírselo, sin reprochárselo, y sonriendo.

VIII

La cadena

El más desgraciado de los dos era Jean Valjean. La juventud, incluso en sus penas, tiene siempre una claridad propia.

En algunos momentos, Jean Valjean sufría tanto, que llegaba a ser pueril. Es propio del dolor hacer aparecer el lado infantil del hombre. Sentía invenciblemente que Cosette se le escapaba. Hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con algo exterior y resplandeciente. Estas ideas, pueriles, acabamos de decirlo, y al mismo tiempo seniles, le dieron, por su misma infantilidad, una noción bastante justa de la influencia de los galones sobre la imaginación de las jóvenes. Una vez le sucedió que vio pasar por la calle a un general a caballo, con un gran uniforme, el conde Coutard, comandante de París. Envidió a aquel hombre dorado, y se dijo que sería una dicha poder ponerse aquel traje, y que si Cosette lo veía así quedaría deslumbrada; que cuando diera el brazo a Cosette y pasara ante la verja de las Tullerías, le presen-

tarían armas, y esto bastaría a Cosette y le quitaría la idea de mirar a los jóvenes.

Una sacudida inesperada fue a mezclarse a estos tristes pensamientos.

En la vida aislada que llevaban, y desde que habían ido a alojarse a la calle Plumet, tenían una costumbre. Algunas veces iban a contemplar la salida del sol, género de alegría dulce que conviene, tanto a los que entran en la vida, como a los que salen de ella.

Pasearse muy de mañana, para quien ama la soledad, equivale a pasearse de noche, con la alegría de la naturaleza por añadidura. Las calles están desiertas y los pájaros cantan. Cosette, ella misma pájaro, se despertaba muy gustosa de mañana. Tales excursiones se preparaban la víspera. Él proponía, ella aceptaba. Aquello se organizaba como un complot, pues salían antes del amanecer, y eran otras tantas pequeñas alegrías para Cosette. Estas inocentes excentricidades gustan a la juventud.

Jean Valjean se inclinaba a ir, como ya sabemos, a los lugares poco frecuentados, a los rincones solitarios, a los lugares propicios al olvido. Había entonces en los alrededores de las barreras de París unos campos pobres, casi unidos a la ciudad, en los que crecía en verano un trigo flaco, y que en otoño, después de la recolección, no tenían aspecto de segados, sino de pelados. Jean Valjean los frecuentaba con predilección. Cosette no se aburría. Representaban la soledad para él, la libertad para ella. Allí, volvía a ser niña y podía correr y casi jugar; se quitaba el sombrero, lo dejaba sobre las rodillas de Jean Valjean, y cogía ramilletes. Contemplaba las mariposas en las flores, pero no las perseguía; las mansedumbres y las ternuras nacen con el amor, y la joven que lleva en sí un ideal tembloroso y frágil siente piedad por el ala de la mariposa. Trenzaba guirnaldas de amapolas que ponía en su cabeza,

y que atravesadas y penetradas de sol, enrojecidas hasta semejar un resplandor, formaban en torno a aquel fresco y rosado rostro una corona de brasas.

Incluso después de entristecerse su vida, habían conservado la costumbre de los paseos matinales.

Así, pues, una mañana de octubre, tentados por la serenidad perfecta del otoño de 1831, salieron y se encontraron al amanecer cerca de la barrera del Maine [1]. No era la aurora, era el alba; minuto arrebatador y feroz. Algunas constelaciones aquí y allá, en el azul pálido y profundo, la tierra negra, el cielo blanco, un temblor en las briznas de hierba, por todas partes el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo. Una alondra que parecía mezclada a las estrellas cantaba a una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que este himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad. A oriente el Val-de-Grâce, recortaba, sobre el horizonte claro con una claridad de acero, su masa oscura; Venus resplandeciente se elevaba por detrás de la cúpula y parecía un alma que se evade de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; no había nadie en la calzada; en los alrededores, algunos obreros, entrevistos apenas, dirigiéndose a su trabajo.

Jean Valjean se había sentado sobre unas maderas abandonadas junto a la puerta de una obra. Tenía el rostro vuelto hacia la carretera, y la espalda vuelta hacia la luz; olvidaba el sol que iba a aparecer; se había sumido en una de esas absorciones profundas en las que se concentra todo el espíritu, que aprisionan incluso la mirada y que equivalen a cuatro paredes. Hay meditaciones que podrían llamarse verticales; cuando se está en el fondo, se requiere un tiempo para volver a la superficie. Jean

1 Al extremo de la calzada del Maine (hoy, plaza Bienvenue).

Valjean había caído en una de esas meditaciones. Pensaba en Cosette, en la posible felicidad, si nada se interponía entre los dos, en aquella luz con que ella llenaba su vida, luz que era la respiración de su alma. Era casi feliz con aquel sueño. Cosette, en pie cerca de él, contemplaba las nubes que iban tornándose de color de rosa.

De repente, Cosette exclamó:

—Padre, se diría que por allí viene alguien.

Jean Valjean alzó los ojos.

Cosette tenía razón.

La calzada que lleva a la antigua barrera del Maine prolonga, como se sabe, la calle Sèvres [1], y está cortada en ángulo recto por el paseo interior. En la esquina de la calzada con el bulevar, en el lugar donde se forma la encrucijada, se oía un rumor difícil de explicar a semejante hora, y aparecía una especie de movimiento confuso. Algo informe, que procedía del bulevar, entraba en la calzada.

Crecía, parecía moverse con orden, no obstante era erizado y estremecido; parecía un coche, pero no podía distinguirse la carga. Había caballos, ruedas, gritos; restallaban látigos. Poco a poco, fueron determinándose los trazos, aunque ahogados por las tinieblas. Era un coche, en efecto, que acababa de volver la esquina del bulevar, y se dirgía hacia la barrera cerca de la cual se hallaba Jean Valjean, un segundo coche de idéntico aspecto, siguió al primero, luego un tercero, y un cuarto; siete coches aparecieron sucesivamente, con la cabeza de los caballos rozando la parte posterior de los coches. Unas siluetas se

1. En este capítulo, escrito en el exilio, Víctor Hugo se confunde: esta «calzada», que «prolonga... la calle de Sèvres», no puede llevar más que a la barrera de Sèvres. Se trata, no obstante, de la barrera del Maine. Véase p. 59: «...La Cadena... que tomaba el camino de Mans.» (Emplazamiento actual: ángulo de los bulevares Garibaldi y Pasteur.)

agitaban en los coches, se veían chispas en el crepúsculo, como si allí hubiera sables desnudos, oíase un tableteo que parecía remover de cadenas; aquella masa avanzaba, las voces aumentaban, era algo formidable, como salido de la caverna de los sueños.

Al acercarse, tomó forma, y se esbozó detrás de los árboles con la palidez de la aparición; la masa blanqueó; el día que se levantaba poco a poco fijaba una pálida luz sobre aquel hormigueo a la vez sepulcral y viviente, las cabezas de las siluetas se convirtieron en rostros de cadáveres, y esto es lo que eran:

Siete coches marchaban en fila por el camino. Los seis primeros tenían una estructura singular. Parecían carretones de toneleros; eran como unas largas escalas colocadas sobre dos ruedas y formando parihuelas en su extremidad anterior. Cada carretón, digámoslo mejor, cada escala, estaba uncida a cuatro caballos. Sobre ellas se hallaban extraños racimos de hombres. A la escasa luz del amanecer, aquellos hombres no se veían, se adivinaban. Veinticuatro sobre cada coche, doce por cada lado, adosados unos a otros, de cara a los transeúntes, con las piernas en el vacío, aquellos hombres andaban de este modo; y detrás de la espalda llevaban algo que sonaba, y que era una cadena, y en el cuello algo que brillaba, y era una argolla. Cada uno tenía su argolla, pero la cadena era para todos; de manera que aquellos veinticuatro hombres, si tenían que bajar del carretón y andar, estaban cogidos por una especie de unidad inexorable y debían serpentear sobre el suelo con la cadena por vértebra, igual que un ciempiés. Delante y detrás de cada carro, dos hombres, cargados con fusiles, estaban de pie, teniendo cada uno, uno de los extremos de la cadena bajo los pies. Las argollas eran cuadradas. El sétimo carro, vasto furgón de adrales, pero sin capota, tenía cuatro

ruedas e iba uncido a seis caballos, y conducía un sonoro montón de calderas de hierro, de marmitas de fundición, de hogares y de cadenas, donde había mezclados algunos hombres sujetos y tendidos cuan largos eran, que parecían enfermos. Aquel furgón, todo enrejado, llevaba zarzos gastados, que parecían haber sido empleados para antiguos suplicios.

Aquellos carros ocupaban la mitad del empedrado. A ambos lados marchaban en doble hilera unos guardianes de aspecto infame, tocados con tricornios como los soldados del directorio, llenos de manchas, de agujeros, sórdidos, vestidos ridículamente con uniformes de inválidos y pantalones de enterradores, mitad grises y mitad azules, casi en harapos, con charreteras rojas, bandoleras amarillas, fusiles y bastones; como soldados bribones. Aquellos esbirros parecían compuestos de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que parecía su jefe llevaba en la mano un látigo. Todos estos detalles, difuminados por el crepúsculo, se dibujaban cada vez con mayor claridad en el día naciente. A la cabeza y a la cola del convoy marchaban gendarmes a caballo, graves, con el sable en la mano.

Aquel cortejo era tan largo, que en el instante en que el primer carro llegaba junto a la barra, el último desembocaba del bulevar.

Una multitud salida no se sabe de dónde, y formada en un abrir y cerrar de ojos, como es frecuente en París, se apretaba a los lados de la calzada y miraba. En las callejuelas vecinas oíanse gritos de gentes que se llamaban, y los zuecos de los hortelanos que acudían también para mirar.

Los hombres, amontonados en los carretones se dejaban atormentar en silencio. Estaban lívidos por el estremecimiento matinal. Llevaban todos pantalones de tela,

y los pies desnudos metidos en zuecos. El resto de sus vestidos pertenecía a la fantasía de la miseria. Sus vestimentas eran terriblemente disparatadas; nada es tan fúnebre como el arlequín vestido de harapos. Fieltros destrozados, casquetes embreados, horribles gorros de lana, y el traje negro agujereado en los codos; varios de ellos, llevaban sombreros de mujer; otros iban tocados con un cesto; se veían pechos velludos y a través de los rasgados vestidos se descubrían tatuajes, templos de amor, corazones inflamados, cupidos. Se observaban también herpes y rojeces malsanas. Dos o tres tenían una cuerda de paja fijada a las traviesas del carretón, y suspendida por debajo de ellos como un estribo, que les sostenía los pies. Uno de ellos portaba en la mano y llevaba a la boca algo que tenía el aspecto de una piedra negra, y que parecía morder; era un pedazo de pan. Allí no había otra cosa que ojos secos, apagados o iluminados con un resplandor malvado. La tropa de escolta refunfuñaba; los encadenados no respiraban; de vez en cuando se oía el ruido de un bastonazo sobre los omoplatos o sobre las cabezas; algunos de aquellos hombres bostezaban; los harapos eran terribles; los pies colgaban, los hombros oscilaban; las cabezas se entrechocaban, los hierros tintineaban, las pupilas brillaban ferozmente, los puños se crispaban o se abrían inertes como manos de muertos; detrás del convoy, un grupo de niños estallaba en carcajadas.

Aquella hilera de carros, fuera lo que fuese, resultaba lúgubre. Era evidente que mañana, dentro de una hora, podía estallar un aguacero, que iría seguido de otro, y de otro, y que aquellas vestiduras deterioradas quedarían empapadas, que una vez mojados, aquellos hombres no se secarían ya, que una vez helados, ya no se calentarían, que sus pantalones de tela quedarían pegados a sus huesos, que el agua llenaría sus zuecos, que los lati-

gazos no podrían impedir el crujido de las mandíbulas, que la cadena continuaría sujetándolos por el cuello, que sus pies continuarían colgando; y resultaba imposible dejar de estremecerse al ver a aquellas criaturas humanas atadas de aquel modo, y pasivas bajo los fríos nubarrones de otoño, entregadas a la lluvia, al cierzo, a todas las furias del aire, como árboles y como piedras.

Los bastonazos no perdonaban a los enfermos, que yacían atados con cuerdas y privados de movimiento, sobre el sétimo carruaje, y que parecían haber sido arrojados allí como sacos llenos de miseria.

Bruscamente, el sol apareció; el inmenso rayo de oriente brotó, y hubiérase dicho que incendiaba todas aquellas cabezas salvajes. Las lenguas se desataron; un incendio de burlas, de juramentos y de canciones hizo explosión. La ancha luz horizontal cortó en dos toda la hilera, iluminando las cabezas y los torsos y dejando los pies y las ruedas en la oscuridad. Los pensamientos se reflejaron sobre los rostros; aquel momento fue espantoso; demonios visibles, con las máscaras caídas, almas feroces, desnudas. Aun iluminada, aquella multitud siguió siendo tenebrosa. Algunos de ellos, alegres, llevaban en la boca tubos de pluma, con los que escupían tiña sobre la multitud, escogiendo a las mujeres; la aurora acentuaba con la negrura de las sombras aquellos perfiles lamentables; no había ni uno de aquellos seres que no hubiera sido deformado a fuerza de miseria; y era tan monstruoso, que hubiérase dicho que caminaba la claridad del sol en resplandor de relámpago. El carruaje que abría el cortejo, había entonado, y salmodiaba a gritos, con una jovialidad hosca un *pot-pourri* de Désaugiers, entonces famoso, *La vestal* [1], los árboles se estremecían lúgubremente; en las calles laterales, rostros de burgueses escuchaban con

[1] *La vestal* había sido creada en 1807.

una beatitud idiota aquellas chocarrerías cantadas por espectros.

Todas las miserias se encontraban reunidas en aquel cortejo, como un caos; había allí el ángulo facial de todas las bestias, ancianos, adolescentes, cráneos desnudos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones hurañas, rictus salvajes, actitudes insensatas, hocicos tocados de casquetes, especies de cabezas de jovencitas con tirabuzones en las sienes, rostros infantiles, y por esa misma causa horribles, flacos rostros de esqueletos, a los que sólo les faltaba la muerte. En el primer coche veíase a un negro, que había sido tal vez esclavo y que podía compararse a las cadenas. El espantoso nivel inferior, la vergüenza, habían pasado sobre aquellas frentes; a tal grado de bajeza, que las últimas trasformaciones habían sido sufridas por todos en las últimas profundidades; y la ignorancia trasformada en embrutecimiento era el igual de la inteligencia, trasformado en desesperación. No había elección posible entre aquellos hombres que aparecían a las miradas como lo más escogido del barro. Resultaba obvio que el organizador de aquella procesión inmunda no los había clasificado. Aquellos seres habían sido atados y acoplados probablemente en el desorden alfabético, y cargados al azar sobre aquellos carretones. No obstante, los errores agrupados terminan siempre por dar una resultante; toda suma de desgraciados da un total; de cada cadena se desprendía un alma común, y cada carreta tenía su fisonomía. Al lado de la que cantaba había una que aullaba; una tercera mendigaba; una de ellas rechinaba los dientes; otra amenazaba a los transeúntes, otra blasfemaba de Dios, la última permanecía callada como una tumba. Dante hubiera creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha de las condenaciones hacia los suplicios, hecha siniestramente, no sobre el formidable carro fulgurante del *Apocalipsis,* sino, cosa más sombría aún, sobre la carreta de las gemonias.

Uno de los guardianes, que llevaba un gancho al extremo de su bastón, parecía remover de vez en cuando aquel montón de basura humana. Una vieja, desde la multitud, los señalaba con el dedo a un niño de cinco años, y le decía: «¡Canalla, así aprenderás!»

Como los cantos y las blasfemias aumentaban, el que parecía capitán de la escolta hizo restallar su látigo, y a esta señal, una terrible paliza, sorda y ciega, que hacía ruido de granizo, cayó sobre los siete carretones; muchos rugieron y echaron espuma; esto redobló la alegría de los pilluelos que habían acudido como moscas a las llagas.

La mirada de Jean Valjean se había vuelto terrible. Ya no era una pupila; era el vidrio profundo que remplaza a la mirada en algunos infortunados, que parece inconciente de la realidad, y en la que llamea el reverbero de los terrores y de las catástrofes. No miraba un espectáculo; sufría una visión. Quiso levantarse, huir, escapar; no pudo mover ni un pie. Algunas veces las cosas que se ven, sujetan y sostienen. Permaneció clavado, petrificado, estúpido, preguntándose, a través de una confusa angustia imposible de expresar, lo que significaba aquella persecución sepulcral, y de dónde salía aquel pandemónium que lo perseguía. De repente, llevóse la mano a la frente, gesto habitual de aquellos a quienes la memoria les vuelve súbitamente; recordó que aquel era, en efecto, el itinerario; que aquel era el rodeo acostumbrado para evitar los encuentros reales siempre posibles en el camino de Fontainebleau, y que treinta y cinco años antes él había pasado por aquella barrera.

Cosette, aterrada de otro modo, no lo estaba menos. No comprendía; le faltaba la respiración; lo que veía no le parecía posible; por fin exclamó:

—¡Padre! ¿Qué es lo que hay en esos carros?

Jean Valjean respondió:

—Presidiarios.

—¿Dónde van?

—A las galeras.

En aquel momento, la paliza, multiplicada por cien manos, mostró su celo, los sablazos se mezclaron, y fue como una lluvia de látigos y de bastones; los galeotes se doblaron, una obediencia repugnante se desprendió del suplicio, y todo se callaron mirando como lobos encadenados. Cosette temblaba de pies a cabeza, pero siguió preguntando:

—Padre, ¿es que son aún hombres?

—Algunas veces —repuso el miserable.

En efecto, era la cadena que, salida antes del amanecer de Bicêtre, tomaba el camino de Mans para evitar Fontainebleau, donde entonces se hallaba el rey. Aquel rodeo hacía durar el terrible viaje tres o cuatro días más, aunque para evitar a cualquier miembro real la visión de un suplicio, bien está prolongarlo.

Jean Valjean regresó abatido. Tales encuentros son como choques, y el recuerdo que dejan es semejante a una conmoción [1].

Empero, Jean Valjean, al volver con Cosette a la calle de Babylone, no reparó en que ella le hizo otras preguntas referentes a lo que acababan de ver; tal vez estaba demasiado absorbido en su abatimiento para darse cuenta de las preguntas y responder a ellas. Sólo por la noche,

1 Hugo había preparado, para la cámara de los pares, un discurso sobre la mejora de la suerte de los condenados, donde evocaba la cadena. *Actos y palabras* y *Antes del exilio.*

cuando Cosette lo dejaba para ir a acostarse, oyó que decía a media voz, como hablándose a sí misma:

—¡Creo que si encontrara en mi camino a uno de aquellos hombres, oh, Dios mío, moriría con sólo verle de cerca!

Felizmente la casualidad hizo que al día siguiente de aquella mañana trágica hubiese en París, a propósito de no sé qué solemnidad oficial, grandes fiestas, revista en el Campo de Marte, torneos en el Sena, teatro en los Campos Elíseos, fuegos de artificio en la plaza de L'Étoile e iluminaciones por todas partes. Jean Valjean, en contra de su costumbre, acompañó a Cosette a aquellas diversiones, con el fin de distraerla del recuerdo de la víspera y de borrar con el riente tumulto de todo París el abominable cortejo que había pasado ante ella. La revista, que sazonaba la fiesta hacía que fuese natural la circulación de los uniformes; Jean Valjean se puso su traje de guardia nacional con el vago sentimiento interior de un hombre que se refugia. Por lo demás, el objeto de aquel paso, pareció alcanzado. Cosette, para quien era una ley complacer a su padre, y para la que todo espectáculo resultaba nuevo, aceptó la distracción con la gracia fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo mueca alguna demasiado desdeñosa ante esa mezcla de alegría que constituye una fiesta pública; Jean Valjean creyó que había conseguido su objeto, y que no quedaba rastro de la horrible visión.

Algunos días más tarde, una mañana que hacía muy buen tiempo y estaban los dos sentados sobre la escalinata del jardín, otra infracción a las reglas que Jean Valjean parecía haberse impuesto, y a la costumbre de Cosette de quedarse en su habitación, que la tristeza le había hecho adquirir, Cosette, en peinador, estaba en pie, en el abandono de la primera hora que envuelve adorablemente a

las jóvenes, y que tiene el aire de una nube sobre el astro; y, con la cabeza en la luz, rosada por haber dormido bien, contemplada dulcemente por el buen hombre, enternecido, deshojaba una margarita. Cosette ignoraba la encantadora leyenda: «¿Me quiere, no me quiere?»; ¿quién hubiera podido enseñársela? Manejaba aquella flor por instinto, inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazón. Si hubiera una cuarta Gracia llamada la Melancolía, y sonriente, hubiera tenido el aspecto de esa Gracia. Jean Valjean estaba fascinado en la contemplación de aquellos deditos sobre la flor, olvidándolo todo en el resplandor que desprendía aquella niña. Un petirrojo cantaba en un matorral cercano. Unas nubecillas blancas atravesaban el cielo tan alegremente, que hubiérase dicho que acababan de ser puestas en libertad. Cosette continuaba deshojando la flor atentamente; parecía pensar en algo; en algo que debía de ser encantador; de repente, volvió la cabeza sobre su hombro, con la lentitud delicada del cisne, y dijo a Jean Valjean:

—Padre, ¿qué son las galeras?

Libro cuarto

Socorros de abajo que pueden ser socorros de arriba

I

Herida por fuera, curación por dentro

La vida de ambos se iba oscureciendo así por grados.

No les quedaba ya más que una distracción, que en otro tiempo había constituido su felicidad; era llevar pan a los que tenían hambre, y vestidos a los que tenían frío. En sus visitas a los pobres, en las que Cosette acompañaba a menudo a Jean Valjean, hallaban algún resto de su antigua expansión; y, a veces, cuando el día había sido bueno, cuando habían socorrido muchas miserias y reanimado y vuelto al calor a muchos pequeños, Cosette estaba un poco alegre por la noche. Fue en aquella época cuando visitaron la zahurda de Jondrette.

Al día siguiente de la citada visita, Jean Valjean apareció en el pabellón, tranquilo como siempre, pero con una gran herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy misteriosa, que parecía una quemadura, y que justificó de cualquier manera. Esta herida hizo que estuviera sin salir durante más de un mes de casa; no quiso ver a ningún médico, y cuando Cosette lo instaba le decía: «Llama al médico de los perros.»

Cosette le hacía la cura por la mañana y por la tarde, con un aire tan celestial y una felicidad tan angélica por serle útil, que Jean Valjean sentía renacer toda su antigua alegría y disiparse sus temores y ansiedades, y contemplaba a Cosette, diciendo: «¡Oh, bendita herida! ¡Oh, bendito mal!»

Cosette, viendo a su padre enfermo, había abandonado el pabellón, y le había vuelto a tomar gusto a la casita y al traspatio. Pasaba casi todo el día al lado de Jean Valjean y leía los libros que él quería. Generalmente, eran libros de viajes. Jean Valjean renacía; su felicidad revivía con rayos inefables; el Luxemburgo, el joven merodeador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se disipaban. Concluía por decirse: «Todo es ilusión mía. Soy un viejo loco.»

Su felicidad era tal, que el terrible encuentro con los Thénardier, en la zahurda de Jondrette, tan inesperado, había pasado por él como un soplo. Había conseguido escapar; su pista estaba perdida, ¡qué le importaba lo demás!, no pensaba en ello más que para compadecer a aquellos miserables. Estaban ya en prisión, y por lo tanto, imposibilitados de hacer daño, pensaba, pero, ¡qué lástima de familia en la desgracia!

En cuanto a la repugnante visión de la barrera del Maine, Cosette no volvió a hablar de ella.

En el convento, sor Santa Mechtilde había enseñado música a Cosette. Cosette tenía la voz de una avecilla con alma, y algunas veces por la noche, en la humilde morada del herido, cantaba melancólicas canciones que alegraban a Jean Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en esta estación, que Jean Valjean dijo a Cosette:

«No vas nunca: quiero que te pasees por él..» «Como queráis, padre», contestó Cosette.

Y para obedecer a su padre, remprendió sus paseos por el jardín, casi siempre sola, pues, como hemos indicado, Jean Valjean, que probablemente temía ser descubierto a través de la verja, no paseaba casi nunca por él.

La herida de Jean Valjean había constituido un entretenimiento.

Cuando Cosette vio que su padre sufría menos, que se iba curando y que parecía feliz, sintió una alegría de la que apenas se dio cuenta, tan dulce y naturalmente se presentó. Era el mes de marzo, los días crecían, desaparecía el invierno, que siempre se lleva consigo algo de nuestras tristezas; luego llegó abril, esa aurora de estío, fresca como todas las auroras, alegre como todas las infancias; llorosa alguna vez, como un niño recién nacido. La naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de atractivo, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de los prados y de las flores al corazón del hombre.

Cosette era aún muy joven para que esta alegría de abril, semejante a ella, no la inundase. Insensiblemente, y sin que ella lo sospechara, la noche fue desapareciendo de su espíritu. En primavera hay claridad en las almas tristes, así como a mediodía hay claridad en los sótanos. Cosette no estaba ya triste. Por lo demás era así, pero ella no se percataba de ello. Por la mañana, hacia las diez, después de desayunarse, cuando había conseguido llevar a su padre un cuarto de hora al jardín, y lo paseaba al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo enfermo, no se daba cuenta de que reía a cada instante y de que era feliz.

Jean Valjean, satisfecho, la veía volverse sonrosada y fresca.

«¡Oh, bendita herida!», repetía en su interior.

Y estaba agradecido a los Thénardier.

Una vez curada su herida, remprendió sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede pasear de este modo, sólo por las zonas menos habitadas de París, sin que salga al paso alguna aventura.

II

La tía Plutarque no encuentra dificultad para explicar un fenómeno

Una noche, el pequeño Gavroche no comió, y recordó que la noche anterior tampoco había cenado, lo cual resultaba ya muy enojoso. Tomó la resolución de buscar algún medio de cenar. Se fue a dar vueltas más allá de la Salpêtrière, por los sitios desiertos, donde se encuentran las gangas; donde no hay nadie y se encuentra siempre algo; y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecito de Austerlitz.

En una de sus anteriores excursiones había visto allí un viejo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y en aquel jardín un manzano regular. Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, desde donde se podía coger una manzana. Una manzana es una cena; una manzana es la vida. Lo que perdió a Adán podía salvar a Gavroche. El jardín daba a una callejuela solitaria sin pavimentar, bordeada de setos, que esperaban que se hiciesen casas; un seto lo separaba de la calle.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó a la frutera, y examinó el seto; un seto no es más que un salto. Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta, la hora era buena. Gavroche esbozó la escalada, y luego se detuvo de repente. Alguien hablaba en el jardín. Gavroche miró a través de una de las claraboyas del seto.

A dos pasos de donde se hallaba, al pie del seto, al otro lado, precisamente en el punto en que le hubiese hecho caer el salto que proyectaba, había una piedra tendida que servía de banco, y sobre tal banco estaba sentado el anciano del jardín, y delante, de pie, la vieja. Ésta refunfuñaba. Gavroche, poco discreto, escuchó.

—¡Señor Mabeuf! —decía la vieja.

«¡Mabeuf! —pensó Gavroche—; me choca este nombre.»

El anciano interpelado, no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El anciano, sin levantar la vista del suelo, se decidió a responder:

—¿Qué, tía Plutarque?

«¡Tía Plutarque! —pensó Gavroche—; otro nombre raro.»

La tía Plutarque volvió a hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversación:

—El propietario no está contento.

—¿Por qué?

—Se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará a la calle.

—Y me iré.

—La tendera quiere que se le pague; ya no fía leña. ¿Con qué os calentaréis este invierno? No tendremos lumbre.

—Hay sol.

—El carnicero se niega a vender a crédito y no quiere darnos carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—¿Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero exige que se le dé algo a cuenta, y dice que si no hay dinero no hay pan.

—Está bien.

—¿Y qué comeremos?

—Tenemos las manzanas del manzano.

—Pero, señor, no se puede vivir de este modo, sin dinero.

—¡No lo tengo!

La vieja se marchó, y el anciano se quedó solo. Se puso a meditar. Gavroche meditaba por el otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fue que en lugar de escalar el muro se acurrucó debajo de él. Las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza.

«¡Vaya! —exclamó interiormente Gavroche—, ¡una alcoba!», y se acurrucó en ella. Estaba casi pegado al banco del tío Mabeuf. Oía respirar al octogenario.

Y entonces, para cenar, trató de dormir.

Sueño de gato, sueño de un solo ojo. Mientras se adormecía, Gavroche vigilaba.

La blancura del cielo crepuscular blanqueaba la tierra, y la callejuela formaba una lívida línea entre las dos hileras de matorrales oscuros.

De repente, sobre aquella banda blanquecina, aparecieron dos siluetas. Una iba delante, la otra detrás, a alguna distancia.

—¡Dos personas! —murmuró Gavroche.

La primera silueta parecía la de algún viejo burgués encorvado y pensativo, vestido más que sencillamente, andando con lentitud a causa de la edad, y paseando de noche a la luz de las estrellas.

La segunda era erguida, firme, delgada. Acomodaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha, se percibía la flexibilidad y la agilidad. Esta silueta tenía algo de huraña y de inquietante, y el aspecto de lo que entonces se llamaba un elegante; el sombrero era de buena forma, la levita negra, bien cortada, y probablemente de buen paño, y de talle ceñido. La cabeza se erguía con una especie de gracia robusta, y bajo el sombrero se entrevía en el crepúsculo un pálido perfil de adolescente. Tal perfil tenía una rosa en la boca. Esta segunda silueta era bien conocida de Gavroche; se trataba de Montparnasse.

En cuanto al otro, nada hubiera podido decir, sino que era un viejo buen hombre.

Gavroche se puso al momento en observación.

Uno de aquellos dos paseantes tenía, evidentemente, sus proyectos sobre el otro. Gavroche se hallaba bien situado para ver el resultado. La alcoba se había convertido en un escondrijo.

Montparnasse de caza, a aquella hora, y en semejante lugar, era algo amenazador. Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima por el viejo.

¿Qué hacer? ¿Intervenir? ¡Una debilidad socorriendo a otra! Aquello sería dar motivo para que Montparnasse se riese. Gavroche no dejaba de reconocer que para aquel temible bandido de dieciocho años, primero el viejo, y luego el niño, constituían dos bocados.

Mientras Gavroche deliberaba se produjo el brusco y repugnante ataque. Ataque del tigre contra el asno, ataque de la araña a la mosca. De improviso, Montpar-

nasse tiró la rosa, saltó sobre el viejo, lo agarró por el cuello, lo acogotó, y se engarabitó sobre él, y Gavroche, apenas pudo contener un grito. Un momento después, uno de aquellos hombres yacía bajo el otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no había sucedido lo que Gavroche esperaba. El que estaba en el suelo era Montparnasse; y el que estaba encima era el buen hombre.

Toda la escena se desarrollaba a algunos pasos de Gavroche.

El anciano había recibido el golpe, y lo había devuelto de una forma tan terrible, que, en un abrir y cerrar de ojos, el asaltante y el asaltado habían cambiado los papeles.

«¡Vaya un viejo fuerte!», pensó Gavroche.

Y no pudo menos que palmotear. Pero fue un palmoteo perdido. No llegó hasta los dos combatientes, absorbidos, ensordecidos y mezclando sus alientos en la lucha.

Se hizo el silencio. Montparnasse cesó de debatirse. Gavroche tuvo este pensamiento: «¿Estará muerto?»

El buen hombre no había pronunciado una palabra, ni lanzado un solo grito. Se incorporó, y Gavroche oyó que le decía a Montparnasse:

—Levántate.

Montparnasse se levantó, pero el buen hombre lo tenía sujeto. Montparnasse ofrecía la actitud humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para duplicar sus ojos y sus oídos. Se divertía extraordinariamente.

Pero fue recompensado por su concienzuda ansiedad de espectador. Pudo cazar al vuelo este diálogo al que la oscuridad imprimía cierto sabor trágico. El buen hombre preguntaba. Montparnasse respondía.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años.

—Eres fuerte y de buena figura. ¿Por qué no trabajas?

—Porque me fastidia.

—¿Qué eres?

—Holgazán.

—Habla en serio. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué quieres ser?

—Ladrón.

Hubo un silencio. El anciano parecía profundamente pensativo. Estaba inmóvil y no soltaba a Montparnasse.

De vez en cuando, el joven ladrón, vigoroso y ágil, experimentaba los sobresaltos de la bestia cogida en la trampa. Daba una sacudida intentaba la zancadilla, retorcía sus miembros, trataba de escapar. El anciano no parecía darse cuenta de ello y le sujetaba los dos brazos con una sola mano, con la soberana indiferencia de una fuerza absoluta.

La meditación del anciano duró algún tiempo, después, mirando fijamente a Montparnasse, alzó con suavidad la voz. Y le dirigió en aquella sombra en la que se hallaban, una especie de alocución solemne, de la que Gavroche no perdió una sola sílaba:

—Hijo mío, entras por pereza en la más laboriosa de las existencias. ¡Ah, te declaras holgazán!, pues prepárate a trabajar. ¿Has visto, por casualidad, esa máquina terrible que se llama laminador? Es preciso tener mucho cuidado, porque es una cosa feroz; si te coge el faldón de la levita, te lleva todo el cuerpo. Esa máquina es la ociosidad. ¡Detente, ahora que aún es tiempo, y sálvate! De otra manera, todo se acabó; dentro de poco estarás entre las ruedas; y una vez cogido, no esperes nada. ¿Eres perezoso?, no descansarás. La mano de hie-

rro del trabajo implacable te ha cogido. Ganar tu vida, tener una tarea, cumplir con tu deber, ¿no quieres eso?, ¿te fastidia ser como los demás? ¡Pues bien, serás distinto! El trabajo es la ley; quien lo efectúa fastidiado, lo tiene por suplicio: no quieres ser obrero, serás esclavo. El trabajo sólo nos deja por un lado para cogernos por otro; no quieres ser su amigo, serás su negro. ¡Ah!, no has querido experimentar el honrado cansancio de los hombres, y tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás cantan, tu gruñirás. Verás de lejos trabajar a los demás hombres y te parecerás que descansan. El labrador, el segador, el marino y el herrero se te aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso. ¡Qué radiación vista desde el yunque! Guiar una carreta, atar las mieses, en un placer. La barca en libertad al viento, ¡qué alegría!, y tú, perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! Tira tu cabestro, bestia de carga, en el tiro del infierno. ¡Ah!, ¿no hacer nada es tu único objeto? Pues bien: no pasarás una semana, ni un día, ni una hora sin humillación. No podrás hacer nada sino con angustia. Todos los minutos que pasen harán crujir tus músculos. Lo que para los demás es una pluma, será para ti una roca. Las cosas más sencillas serán escarpadas para ti. La vida será un monstruo a tu alrededor. Ir, venir, respirar, otros tantos trabajos horribles. Tu pulmón te hará el efecto de un peso de cien libras. Ir allá o acullá te resultará un problema difícil de resolver. Todo el que quiere salir de su casa no tiene sino empujar la puerta y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared. Para ir a la calle, ¿qué es lo que hace todo el mundo? Baja la escalera; pero, tú, tú rasgarás tus sábanas, harás una cuerda brizna por brizna, luego, pasarás a través de la ventana y te colgarás de ese hilo, sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia,

en medio del huracán, y si la cuerda es corta, sólo encontrarás un medio para bajar: caer. Caer al azar, en el precipicio, de una altura cualquiera abajo, a lo desconocido; o bien te subirás por un cañón de la chimenea, con peligro de quemarte, o te deslizarás por el conducto de una letrina, con peligro de ahogarte. No te hablo de los agujeros que hay que tapar, de las piedras que es preciso quitar y poner de nuevo, veinte veces al día, ni de los pedazos de yeso que tienes que ocultar bajo el jergón. Se encuentra una cerradura; el hombre honrado lleva en el bolsillo una llave fabricada por un cerrajero. Tú, si quieres seguir adelante, estás condenado a hacer una obra maestra; tomarás un sueldo, lo cortarás en dos láminas; ¿con qué herramientas?, las inventarás. Eso te corresponde. Luego ahondarás el interior de esas dos láminas, cuidando de no tocar la superficie exterior, y practicarás a su alrededor la muesca de un tornillo, de modo que ambas láminas se ajusten perfectamente una a otra, como un fondo y una tapa. Atornilladas, no se sospechará nada. Para los vigilantes, porque estarás vigilado eso será sólo un sueldo; para ti será una caja. ¿Qué pondrás en esta caja? Un pedacito de acero. Un resorte de reloj al cual habrás hecho unos dientes, y que será una sierra... Con esa sierra, larga como una aguja y escondida en un sueldo, deberás cortar el pestillo de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el hierro de la ventana y el grillo de la pierna. Una vez realizada esa obra maestra, una vez cumplido ese prodigio, una vez ejecutados esos milagros de arte, de pericia de habilidad, de paciencia; si se llega a saber que eres tú el autor, ¿cuál será tu recompensa? El calabozo. Ése es tu porvenir. La pereza, el placer, ¡qué precipicios! No hacer nada es tomar un partido muy lúgubre, ¿lo sabes bien? ¡Vivir ocioso de la sustancia social! ¡Ser inútil, es

decir, ser perjudicial! Eso conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que quiere ser parásito! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás encima de una tabla, con una cadena rodeando tus miembros, y cuyo frío sentirás por la noche sobre tus carnes. Romperás esa cadena y huirás. Bien, pero te arrastrarás entre las matas y comerás hierba como los animales del monte. Y volverás a ser preso; y entonces pasarás los años en un profundo patio, cercado por una muralla, buscando a tientas el jarro para beber, mordiendo en un horrible pan negro que ni los perros querrían, y comiendo habas, que los gusanos habrán roído antes de tú. Serás una corredera en una cueva. ¡Ah, ten piedad de ti mismo, miserable niño, joven que mamabas hace diecisiete años y que sin duda tienes aún madre! Te lo suplico, escúchame. Quieres gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar perfumes en la cabeza, agradar a las jóvenes, ser elegante; pues bien: te cortarán el pelo al rape, te pondrán una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos, y tendrás una argolla en el cuello. Y si miras a una mujer, te apalearán. ¡Entrarás allí a los veinte años y saldrás a los cincuenta! ¡Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes y dientes blancos, hermosa cabellera, y saldrás cascado, encorvado, arrugado, sin dientes, horrible y con los cabellos blancos! ¡Ah, pobre niño!, te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robo. Créeme, no emprendas esa terrible tarea de ser un perezoso. Volverse ratero no resulta cómodo. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho. ¿Pero qué querías?, ¿mi bolsa? Ahí la tienes.

El anciano, soltando a Montparnasse, le puso su bolsa en la mano, bolsa que Montparnasse sostuvo un momento

en la mano, tomándola a peso; después de lo cual, con la misma precaución maquinal que si la hubiera robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su levita.

Hecho esto, el viejo volvió la espalda y prosiguió su paseo.

—¡Estúpido! —murmuró Montparnasse.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Estupefacto, Montparnasse miró cómo desaparecería en el crepúsculo. Tal contemplación, le resultó fatal.

Gavroche, con una mirada de reojo, se había asegurado de que el tío Mabeuf, dormido tal vez, seguía en el banco, y saliendo después de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnasse, que continuaba inmóvil. De esta manera llegó hasta él sin ser visto ni oído, metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de la levita de fino paño negro, cogió la bolsa, retiró la mano, y volviendo a rastras, hizo en la oscuridad una evasión de culebra. Montparnasse, que no tenía razón alguna para estar en guardia, y que se hallaba meditando por primera vez en su vida, no se dio cuenta de nada. Gavroche, cuando llegó de nuevo al sitio en que se encontraba el tío Mabeuf, arrojó la bolsa por encima del seto y huyó a todo correr.

La bolsa cayó a los pies del tío Mabeuf. El ruido lo despertó. Se inclinó y recogió la bolsa. No comprendió nada, y la abrió. Era una bolsa con dos compartimientos; en uno había algunas monedas; en el otro, había seis napoleones.

El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó a su ama.

—Esto nos viene del cielo —dijo la tía Plutarque.

Libro quinto

Cuyo fin no se parece al principio

I

La soledad y el cuartel combinados

El dolor de Cosette, tan punzante y vivo aún cuatro o cinco meses antes había entrado en la convalecencia. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor por su padre, la alegría de los pájaros y de las flores hacían filtrar poco a poco, día a día, gota a gota, en aquel alma tan virgen y tan joven, una cosa muy semejante al olvido. ¿Es que se apagaba completamente el fuego?, ¿o es que solamente se iban formando capas de ceniza? El hecho es que no sentía ya apenas nada doloroso y abrasador.

Un día pensó de repente en Marius: «¡Vaya! —se dijo—, ya no pienso en él.»

En la misma semana, al pasar por delante de la verja del jardín, se fijó en un guapo oficial de lanceros, con talle de avispa, bonito uniforme, mejillas de niña, sable bajo el brazo, bigotes retorcidos y chascás charolado. Por lo demás, cabellos rubios, ojos azules; cara redonda, fatua, insolente y linda; lo contrario de Marius. Un ciga-

rro en la boca. Cosette pensó en que aquel oficial era sin duda del regimiento acuartelado en la calle Babylone [1].

Al día siguiente lo vio pasar otra vez, y observó la hora.

A partir de aquel instante, ¿sería casualidad?, lo vio pasar todos los días.

Los compañeros del oficial observaron que en aquel jardín «mal vestido», detrás de aquella fea verja había una bonita criatura que estaba casi siempre allí cuando pasaba el bizarro teniente, que no es desconocido del lector, puesto que se llamaba Théodule Gillenormand.

—¡Vaya! —le decían—. Hay una joven que te mira, fíjate bien.

—¿Acaso tengo tiempo para mirar —repuso el lancero— a todas las jóvenes que me miran?

Esto sucedía precisamente en el momento en que Marius descendía a la agonía y se decía: «¡Si pudiese solamente verla antes de morir!» Si se hubiera realizado su deseo, si hubiese visto en aquel momento a Cosette mirando a un lancero, no habría podido pronunciar una palabra y hubiera expirado de dolor.

¿De quien habría sido la culpa? De nadie.

Marius tenía uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y moran en ella; Cosette, por el contrario, se sumergía, pero volvía a salir.

Además, Cosette atravesaba ese momento peligroso, fase fatal del ensueño infantil, abandonado a sí mismo, en que el corazón de una joven aislada, se asemeja a esos sarmientos de vid, que se enganchan por casualidad al capitel de una columna de mármol o al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, crítico para toda huérfana, ya sea pobre o rica, porque la riqueza no im-

1. Había, en efecto, un cuartel en la calle Babylone y otro en la calle Plumet.

pide una mala elección. Se realizan casamientos muy desiguales; la verdadera desigualdad de casamiento es la de las almas; y así como más de un joven desconocido, sin nombre, sin familia, sin fortuna, es un capitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, de igual modo, algún hombre de mundo, satisfecho y opulento, que lleva botas finas y emplea palabras almibaradas, si se le mira no al exterior, sino al interior, es decir, a lo que reserva a la mujer, no es otra cosa que una viga estúpida, oscuramente movida por pasiones violentas, inmundas y embriagadas; el poste de una taberna. ¿Qué tenía Cosette en el alma? Una pasión calmada o adormecida; amor en el estado flotante; algo que era límpido, brillante; turbio a cierta profundidad; oscuro más abajo. La imagen del guapo oficial se reflejaba en la superficie. ¿Había algún recuerdo en el fondo? Muy en el fondo tal vez; mas Cosette no lo sabía.

Pero se produjo un incidente singular.

II

Miedos de Cosette

En la primera quincena de abril, Jean Valjean efectuó un viaje. Esto sucedía, como sabe el lector, algunas veces, a largos intervalos, y estaba ausente uno o dos días a lo sumo. ¿Adónde iba? Nadie lo sabía, ni siquiera Cosette. Sólo una vez, en uno de sus viajes, lo había acompañado ésta en coche, hasta la esquina de un callejón sin salida, en cuyo ángulo había leído: Callejón de la Planchette. Allí había bajado, y el coche había llevado a Cosette a la calle de Babylone. Generalmente, Jean Valjean realizaba estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Jean Valjean estaba, pues, ausente. Había dicho: «Regresaré dentro de tres días.»

Por la noche, Cosette se hallaba sola en el salón. Para matar el fastidio, había abierto el piano y empezado a cantar, acompañándose ella misma, el coro de Euryanto[1]: *¡Cazadores perdidos en los bosques!* que es acaso

1 Euryanto, ópera de Castil-Blaze, música de Weber; había sido creada, en París, el año anterior (1831).

lo más bello de toda la música. Cuando hubo terminado, se quedó pensativa.

De repente le pareció oír pasos en el jardín.

No podía ser su padre, ya que estaba ausente; no podía ser Toussaint, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Se dirigió a la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó el oído.

Le pareció que eran los pasos de un hombre y que caminaba muy suavemente.

Subió rápidamente al primer piso, a su habitación, abrió una ventana que había en el postigo, y miró hacia el jardín. Había luna llena y se veía como si fuese de día.

No había nadie.

Abrió la ventana. El jardín estaba completamente tranquilo, y todo lo que se veía de la calle apareció desierto como siempre.

Cosette pensó que se había engañado; había creído oír aquel ruido, y todo era una alucinación producida por aquel sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que tiembla ante la mirada, como una selva vertiginosa, y en el que se oyen crujir las ramas muertas bajo el inquieto paso de los cazadores envueltos en el crepúsculo.

Y no volvió a pensar en ello.

Además, Cosette no era asustadiza por naturaleza. Había en sus venas sangre de la bohemia y de la aventurera que anda con los pies desnudos. Recuérdese que era más bien alondra que paloma, y tenía un fondo de valor y energía.

Al día siguiente, más temprano, a la caída de la noche, se paseaba por el jardín. En medio de los pensamientos confusos en que se hallaba sumergida, creyó oír, a inter-

valos, un ruido semejante al ruido de la víspera, como de alguien que anduviese en la oscuridad bajo los árboles, no lejos de ella, pero se decía que nada se asemeja tanto a un paso que anda en la hierba como el roce de dos ramas que se separan, y no hizo caso. Además, no oía nada.

Salió de «la maleza»; tenía que atravesar un espacio de césped para llegar a la escalera. La luna, que acababa de levantarse a su espalda proyectó su sombra delante de ella, sobre el césped.

Cosette se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna recortaba distintamente sobre el césped otra sombra singularmente espantosa y terrible, una sombra que llevaba un sombrero redondo.

Parecía la de un hombre que estuviese en pie al borde del macizo, a algunos pasos detrás de Cosette.

Permaneció un minuto sin poder hablar, ni gritar, ni moverse, ni volver la cabeza. Pero al fin, reuniendo todo su valor, se volvió resueltamente.

No había nadie.

Miró al suelo: la sombra había desaparecido.

Regresó a la maleza, registró audazmente los rincones, llegó hasta la verja y no encontró a nadie.

Quedóse helada. ¿Había sido aquello también una alucinación? ¡Cómo! ¿Dos días seguidos? Una alucinación, pase, pero, ¿dos alucinaciones? Lo que resultaba inquietante es que la sombra no era seguramente un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombreros redondos.

Al día siguiente regresó Jean Valjean. Cosette le refirió lo que había creído oír y ver. Esperaba que su padre la tranquilizaría y que, encogiéndose de hombros, le diría: «Eres una locuela.»

Jean Valjean se alarmó.

—Tal vez no sea nada —dijo.

La dejó con cualquier pretexto, y fue al jardín, y Cosette observó que examinaba la verja con mucha atención.

Por la noche se despertó: esta vez estaba segura de oír pasos cerca de la escalinata, al pie de su ventana. Corrió a su mirilla y la abrió. En efecto, había un hombre en el jardín, el cual llevaba un grueso bastón en la mano. En el instante en que iba a gritar, la luna iluminó el perfil de aquel hombre. Era su padre.

Volvió a acostarse, diciéndose: «¡Está muy alarmado!»

Jean Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardín, y Cosette lo observó por el ventanillo.

La tercera noche había luna menguante, y salía más tarde; sería la una de la madrugada, y Cosette oyó una carcajada, y la voz de su padre que la llamaba:

—¡Cosette!

Saltó de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre se hallaba, abajo, sobre el césped.

—Te despierto para tranquilizarte —dijo—. Mira. Aquí tienes a tu sombra con sombrero redondo.

Y le mostraba sobre el césped una sombra que producía la luna, y que, en realidad, parecía el espectro de un hombre con sombrero redondo. Era la silueta producida por el tubo de una chimenea de palastro con capitel, que se elevaba por encima de un tejado vecino.

Cosette se echó a reír también; se borraron todas sus lúgubres suposiciones, y al día siguiente, cuando se desayunaba con su padre, se burló del siniestro jardín visitado por las sombras de los tubos de chimeneas.

Jean Valjean se tranquilizó por completo; en cuanto a Cosette, no se detuvo a examinar si el tubo de la chi-

menea estaba en la dirección de la sombra que había visto o creído ver, y si la luna se encontraba en el mismo punto del cielo. No se fijó en la singularidad de un cañón de chimenea; que teme ser sorprendido en flagrante delito, y se retira cuando se descubre su sombra, pues la sombra se había borrado cuando Cosette se había vuelto, y Cosette creía estar segura de ello. La joven se tranquilizó por completo. La demostración le pareció evidente, y creyó que era un efecto de la imaginación, lo mismo que los pasos de alguien que caminase por el jardín, por la tarde o por la noche.

Pero algunos días después hubo un nuevo incidente.

III

Enriquecido con comentarios de Toussaint

En el jardín, cerca de la verja que daba a la calle, había un banco de piedra, defendido de las miradas de los curiosos, por un enrejado de cañas, pero hasta el cual podía llegar el brazo de un transeúnte a través de la verja y de la enramada.

Una tarde de ese mismo mes de abril, Jean Valjean había salido, y Cosette, después de puesto el sol, se había sentado en dicho banco. El viento penetraba a través de los árboles; Cosette meditaba; una tristeza sin objeto iba apoderándose poco a poco de ella; esa tristeza invencible que produce la tarde, y que proviene tal vez del misterio de la tumba entreabierta a esa hora.

Fantine se encontraba tal vez en aquella sombra.

Cosette se levantó, dio lentamente una vuelta al jardín, andando sobre la hierba inundada de rocío, y diciéndose a través de la especie de sonambulismo melancólico en que se hallaba sumergida: «Realmente, necesitaría zuecos para andar por el jardín a esta hora. Podría constiparme.»

Después volvió al banco.

En el momento en que iba a sentarse, observó en el sitio que había ocupado, una gran piedra que no estaba antes.

Cosette contempló aquella piedra, preguntándose qué significaría.

De repente, la idea de que aquella piedra no había ido sola al banco, de que alguien la había puesto allí, de que un brazo había pasado a través de la verja, esta idea, decimos, se le ocurrió y le dio miedo; un miedo verdadero esta vez. No había duda posible: la piedra estaba allí; no la tocó, escapó sin atreverse a mirar detrás de sí, se refugió en la casa, cerró enseguida con maderas, con barras y con cerrojos la puerta ventana de la escalinata, y preguntó a Toussaint:

—¿Ha vuelto mi padre?

—Aún no, señorita.

(De una vez para siempre, hemos dicho ya que Toussaint era tartamuda. Permítasenos no indicarlo en todas sus palabras; porque nos repugna la notación musical de una enfermedad.)

Jean Valjean, hombre pensativo y paseante nocturno, solía retirarse bastante tarde por la noche.

—Toussaint —preguntó Cosette—, ¿tendréis cuidado de cerrar bien por la noche las ventanas que dan al jardín, al menos con barras, y poner los candados en los anillos?

—¡Oh!, estad tranquila, señorita.

Toussaint no dejaba de hacerlo, y Cosette lo sabía muy bien, pero no pudo menos que añadir:

—¡Es que es tan desierto este sitio!

—Eso sí que es verdad —convino Toussaint—. La asesinarían a una sin tener tiempo de decir ¡uf! Con esto

de que el señor no duerme en casa... Pero no temáis nada, señorita, cierro las ventanas como si fueran una fortaleza. ¡Ah! ¡Mujeres solas! ¡Esto hace temblar! Figuraos ver que entran hombres en vuestra habitación por la noche, y os dicen: «¡Cállate!», y empiezan a cortaros el cuello. No es lo más temible la muerte, porque al fin muere una, y sabe demasiado que se ha de morir; pero es una cosa horrible sentir que os toca esa gente. ¡Y luego, sus cuchillos! ¡Oh, qué mal deben de cortar! ¡Ah, Dios mío!

—¡Callaos! —dijo Cosette—. Cerradlo todo bien.

Cosette, aterrorizada por el melodrama improvisado por Toussaint, y acaso también por el recuerdo de las apariciones de la semana anterior, no se atrevió a decirle: «¡Id a ver la piedra que han puesto sobre el banco!», por miedo a volver a abrir la puerta del jardín y de que entrasen «los hombres». Hizo cerrar cuidadosamente todas las puertas y ventanas, hizo que Toussaint registrase la casa entera, desde la cueva al granero; se encerró en su habitación, echó los cerrojos, miró bajo su cama, se acostó y durmió mal. Toda la noche vio la piedra, grande como una montaña, y llena de cavernas.

Cuando salió el sol —lo propio del sol naciente, es hacernos reír de todos nuestros terrores de la noche, y la risa que nos produce es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido—, Cosette se despertó, pensó en su espanto como una pesadilla, y se dijo: «¿Qué he estado soñando? Es como los pasos que creí oír la semana pasada por la noche, en el jardín. ¡Es como la sombra del cañón de la chimenea! ¿Voy a convertirme en una cobarde ahora?» El sol, que rutilaba a través de las rendijas de los postigos, coloreando de púrpura las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera, que todo se borró de su imaginación; hasta la piedra.

—No había piedra alguna en el banco, como no había ningún hombre con sombrero en el jardín; he soñado lo de la piedra, como lo demás.

Se vistió, bajó al jardín, corrió al banco, y sintió un sudor frío. La piedra estaba allí.

Pero no fue más que un momento. Lo que es terror de noche, es curiosidad de día.

—¡Bah! —se dijo—, veamos.

Levantó aquella piedra, que era bastante grande. Debajo había algo que parecía una carta.

Era un sobre de papel blanco. Cosette lo cogió y vio que no tenía ni dirección por un lado, ni sello por el otro. Sin embargo, el sobre, aunque abierto, no estaba vacío. En su interior veíanse algunos papeles.

Cosette buscó en su interior; ya no experimentaba miedo ni curiosidad, sino un principio de impaciencia.

Cosette sacó del sobre lo que éste contenía: un pequeño cuaderno de papel, de hojas numeradas, en cada una de las cuales había escritas unas líneas, con una escritura bastante bonita, pensó Cosette, y muy fina.

Cosette buscó un nombre; no lo había; una firma, que tampoco figuraba. ¿A quién iba dirigido aquello? A ella probablemente, puesto que una mano había colocado el paquete encima de su banco. ¿De quién venía aquello? Una fascinación irresistible se apoderó de ella, trató de apartar los ojos de aquellas hojas que temblaban en su mano, miró al cielo, a la calle, a las acacias inundadas de luz, a las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y luego su mirada se posó rápidamente sobre el manuscrito, y se dijo que debía leer lo que contenía.

He aquí lo que ella leyó:

IV

Un corazón bajo una piedra

La reducción del universo a un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios; esto es el amor.

El amor es la salutación de los ángeles a los astros.

¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor! ¡Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena él solo el mundo! ¡Oh! Cuán verdad es que el ser amado se convierte en Dios. Se comprendería que Dios estuviera celoso si el Padre de todo no hubiese hecho evidentemente la creación para el alma, y el alma para el amor.

Basta una sonrisa vislumbrada bajo un sombrero de crespón blanco con adornos de lilas, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Dios está detrás de todo; pero todo oculta a Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar a un ser es hacerlo trasparente.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que sea cual sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes separados, engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse, no pueden escribirse; encuentran una multitud de medios misteriosos para escribirse. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, las risas de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor. El amor es lo bastante poderoso como para dar sus mensajes a la naturaleza entera.

¡Oh primavera, eres una carta que yo le escribo!

El porvenir pertenece aún más a los corazones que a la inteligencia. Amar, he aquí la única cosa que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor participa del alma misma. Es de la misma naturaleza que ella. Como ella, es chispa divina, como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es un punto de fuego que está en nosotros, que es inmortal e infinito, que nada puede limitar, ni nada puede apagar. Se le siente arder hasta en la médula de los huesos y se le ve irradiar hasta el fondo del cielo.

¡Oh, amor!, ¡adoraciones!, voluptuosidades de dos espíritus que se comprenden y de dos miradas que se penetran. ¡Vendréis a mí!, ¿no es verdad, felicidades? ¡Paseos de dos solos en la soledad! ¡Días benditos y resplandecientes! Algunas veces he soñado que de vez en cuando se desprendían algunas horas de la vida de los ángeles, y venían aquí abajo a penetrar en el destino de los hombres.

Dios no puede añadir nada a la felicidad de los que se aman, más que la duración sin fin. Después de una vida de amor, una eternidad de amor, es un aumento, en efecto; pero acrecentar en su intensidad misma la feli-

cidad inefable que el amor da al alma desde este mundo, resulta imposible aun a Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Miráis a una estrella por dos motivos: porque es luminosa y porque es impenetrable; pues a vuestro lado tenéis una radiación más suave, y un misterio más grande: la mujer.

Todos, sin excepción, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire y nos ahogamos. Entonces morimos. Morir por falta de amor es terrible. ¡La asfixia del alma!

Cuando el amor ha fundido y mezclado a dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos seres han hallado el secreto de la vida; no son más que los dos términos de un mismo destino; no son más que las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, elevaos!

El día en que una mujer que pasa delante de ti desprende luz al andar, estás perdido, amas. Ya no tienes que hacer más que una cosa: pensar en ella tan fijamente como ella tenga que pensar en ti.

Lo que el amor empieza, no puede ser terminado más que por Dios.

El amor verdadero se desespera y se encanta por un guante perdido o por un pañuelo encontrado, y necesita la eternidad para su desinterés y para sus esperanzas. Se compone a la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si eres piedra, sé imán; si eres planta, sé sensitiva; si eres hombre, sé amor.

Nada basta al amor. Si se tiene felicidad, se desea el paraíso; si se tiene el paraíso, se desea el cielo.

¡Oh, tú que amas, todo está en el amor! Aprende a encontrarlo. El amor tiene, lo mismo que el cielo, la contemplación, y además el deleite.

«¿Viene aún al Luxemburgo?» «No, señor.» «En esta iglesia es donde oye misa, ¿no es verdad?» «No viene ya.» «¿Vive todavía en esta casa?» «Se ha mudado.» «¿Adónde ha ido a vivir?» «No lo ha dicho.»

¡Qué cosa tan sombría es no saber las señas de su amada!

El amor tiene cosas de niño, las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡Despreciemos las pasiones que empequeñecen al hombre! ¡Honremos las que lo hacen niño!

Me sucede una cosa extraña. ¿Sabéis cuál? Estoy en la noche. Hay un ser que, al irse, se ha llevado el cielo.

¡Oh! Estar echados juntos en la misma tumba, mano con mano, y, de vez en cuando, en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo; esto bastaría a mi eternidad.

Vosotros que sufrís, porque amáis, amad más aún. Morir de amor es vivir.

Amad. Una sombría trasfiguración estrellada está mezclada a este suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡Oh, alegría de los pájaros! Tenéis el canto porque tenéis nido.

El amor es una respiración celeste del aire del paraíso.

Corazones profundos, espíritus sabios, tomad la vida como Dios la ha hecho; la vida es una larga prueba, una preparación ininteligible al destino desconocido. Este destino, el verdadero, empieza para el hombre en el primer peldaño del interior de la tumba. Entonces se le aparece algo, y empieza a distinguir el definitivo. El definitivo, pensad en esta palabra. Los vivos en el infinito; lo definitivo no se deja ver más que por los muertos. Mientras tanto, amad y sufrid, esperad y contemplad. Desgraciado, ¡ay!, el que no haya amado más que los cuerpos, las formas, las apariencias. La muerte se lo arrebatará todo. Amad a las almas, y las volveréis a encontrar.

He encontrado en la calle a un joven muy pobre que amaba. Su sombrero era viejo, su traje gastado; tenía los codos agujereados; el agua pasaba a través de sus zapatos y los astros a través de su alma.

¡Qué gran cosa es ser amado! ¡Y qué cosa más grande aún es amar! El corazón se hace heroico a fuerza de pasión. Sólo se compone de lo más puro, sólo se apoya en lo más grande y elevado. Un pensamiento indigno no puede germinar en él, como una ortiga no puede germinar en un ventisquero. El alma elevada y serena, inaccesible a las pasiones y a las locuras, las mentiras, los odios, las vanidades, las miserias, habita en el azul del cielo y no siente ya sino las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

Si no hubiera quien amase, el sol se apagaría.

V

Cosette después de la carta

Durante esta lectura, Cosette iba cayendo poco a poco en meditación. En el momento en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el guapo oficial pasó triunfante ante la verja. Cosette lo encontró horrible.

Volvió a contemplar el cuaderno. Estaba escrito con una letra encantadora, pensaba Cosette; por la misma mano, pero con distintas tintas, ya muy negras, ya blanquecinas, como cuando se echa agua en el tintero, y, por consiguiente, en días diferentes. Era, pues, un pensamiento que se había derramado allí, suspiro a suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, al azar. Cosette no había leído jamás nada parecido. Aquel manuscrito, en el que veía más claridad que oscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de aquellas líneas misteriosas resplandecía a sus ojos, y le inundaba el corazón con una luz extraña. La educación que recibiera le había hablado siempre del alma y jamás del amor; como si se le hablase de la brasa sin hablar de la llama. Aquel manuscrito de quince pági-

nas le revelaba brusca y suavemente todo el amor, el dolor, el destino, la vida, la eternidad, el principio, el fin. Era como una mano que se hubiera abierto y le hubiese lanzado súbitamente un puñado de rayos. Percibía en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honesta, una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa, un corazón oprimido, un éxtasis manifestado. ¿Qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel y leído por una virgen, cita dada fuera de la tierra; billete amoroso, de un fantasma a una sombra. Era un alma ausente, tranquila, y oprimida, que parecía dispuesta a refugiarse en la muerte y que enviaba a otra alma ausente el secreto del destino, la llave de la vida, el amor. Aquello había sido escrito con los pies en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas, habían caído una a una sobre el papel, y era lo que podría llamarse gotas del alma.

Pero, ¿de quién podrían ser aquellas páginas? ¿Quién las había escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Un solo hombre.

¡Él!

La luz se había hecho en su espíritu. Todo había vuelto a aparecer. Experimentaba una alegría inaudita y una angustia profunda. ¡Era él! ¡Él, que estaba allí! ¡Él, cuyo brazo había pasado a través de la verja! ¡Mientras que ella lo olvidaba, él la había encontrado! ¿Pero acaso ella lo había olvidado? ¡No!, ¡nunca! Estaba loca por haber creído aquello un solo instante. Ella lo había amado siempre, y adorado. El fuego se había cubierto y había estado oculto durante algún tiempo; pero ella lo veía; no había

hecho más que ahondar un poco, y ya brillaba de nuevo, y la abrasaba entera. Aquel cuaderno era como una chispa caída del alma del otro en la suya. Sentía reavivar de nuevo el fuego; se penetraba de cada palabra del manuscrito. «Oh, sí! —decía—. ¡Cómo conozco todo esto! Es lo que he leído en sus ojos.»

Cuando acababa de leerla por tercera vez, el teniente Théodule volvió a pasar delante de la verja, haciendo sonar sus espuelas sobre el empedrado. Cosètte se vio obligada a levantar los ojos. Lo encontró soso, necio, tonto, presumido, desagradable, impertinente y muy feo. El oficial creyó que debía dirigirle una sonrisa; Cosette se volvió avergonzada e irritada. De buena gana le hubiera tirado algo a la cabeza.

Se marchó, entró en la casa y se encerró en su habitación para releer el manuscrito, para aprendérselo de memoria y para soñar. Cuando lo leyó, lo besó y lo ocultó en su corsé.

Era cosa hecha. Cosette había caído en el profundo amor seráfico. El abismo edén acababa de abrirse de nuevo.

Durante todo el día Cosette permaneció en una especie de aturdimiento. Pensaba apenas, y sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no conseguía reflexionar; esperaba a través del temblor, ¿qué? cosas vagas. No se atrevía a prometerse nada y no quería negarse nada. Cruzaban por su rostro palideces, y escalofríos por su cuerpo. En algunos momentos le parecía que penetraba en lo quimérico y se decía: «¿Esto es real?»; entonces tentaba el papel bienamado, bajo sus ropas, lo apretaba contra su corazón y sentía los dobleces sobre su carne, y si Jean Valjean la hubiera visto en aquel instante, se habría estremecido ante aquella alegría lumi-

nosa y desconocida que brotaba de sus ojos. «¡Oh, sí! —pensaba—. ¡Es él! ¡Esto es de él para mí!»

Y no dudaba de que una intervención de los ángeles, una casualidad celestial, se lo había devuelto.

¡Oh, trasfiguración del amor!, ¡oh, sueños!, esta casualidad celeste, esta intervención de los ángeles era aquella bola de pan lanzada por un ladrón a otro ladrón desde el patio Charlemagne hasta la fosa de los leones, por encima de los tejados de la Force.

VI

Los viejos están hechos para salir a propósito

Cuando llegó la noche, Jean Valjean salió; Cosette se vistió. Arregló sus cabellos del modo que le sentaban mejor, se puso un vestido cuyo cuerpo había recibido una tijeretada de más, y dejaba ver por esta escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, «un poco indecente». No era de ninguna manera indecente, pero sí más bonito que otro. Se vistió de este modo sin saber por qué.

¿Quería salir? No.

¿Esperaba visita? No.

Al anochecer bajó al jardín. Toussaint estaba ocupada en la cocina, que daba al traspatio.

Se puso a andar bajo las ramas, apartándolas de vez en cuando con la mano, porque las había muy bajas.

Llegó al banco.

La piedra yacía allí todavía.

Se sentó, y posó su suave y blanca mano sobre aquella piedra como si quisiera acariciarla y darle gracias.

De repente, tuvo la impresión indefinible que se experimenta, aun sin ver, cuando hay alguien detrás de uno.

Volvió la cabeza y se levantó.

Era él.

Llevaba la cabeza descubierta. Parecía pálido y enflaquecido. Apenas se distinguía su traje negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente y cubría sus ojos de tinieblas. Tenía, bajo un velo de incomparable dulzura, algo de la muerte y de la noche. Su rostro estaba iluminado por la claridad del día que muere, y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que no era un fantasma, pero que no era ya hombre.

Su sombrero yacía caído a algunos pasos, entre la maleza.

Cosette, a punto de desfallecer, no lanzó ni un grito. Retrocedía lentamente, pues se sentía atraída. Él no se movía. Ante aquel inefable y triste velo que lo rodeaba, ella sentía la mirada de sus ojos y no veía.

Al retroceder, Cosette encontró un árbol y se apoyó en él. Sin aquel árbol, se hubiera caído.

Entonces oyó su voz, aquella voz que nunca había oído, que apenas se elevaba por encima del estremecimiento de las hojas, y que murmuraba:

—Perdonadme, estoy aquí. Tengo el corazón lleno, no podía vivir como estaba, y he venido. ¿Habéis leído lo que dejé allí, sobre el banco? ¿Me reconocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirasteis? Era en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Y del día en que pasasteis cerca de mí? Eran el 16 de junio y el 2 de julio. Pronto hará un año. Desde hace mucho tiempo no os he visto. He preguntado a la alquiladora de las sillas y me ha dicho que

ya no os veía. Vivías en la calle Ouest, en el tercer piso, en una casa nueva; ya veis lo que sé. Yo os seguía. ¿Qué tenía que hacer? Después habéis desaparecido. Creí veros pasar una vez, cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odeón, y corrí; pero no. Era una persona que llevaba un sombrero como el vuestro. Por la noche, vengo aquí. No temáis, nadie me ve. Vengo a mirar de cerca vuestras ventanas. Ando muy suavemente para que no me oigáis, pues tal vez tendríais miedo. La otra noche estaba detrás de vos, os volvisteis y huí. Una vez os oí cantar. Me sentí feliz. ¿Os hace daño que os oiga cantar a través de las persianas? Esto no os molesta, ¿no es verdad? ¡Si supieseis...!, ¡os adoro! Perdonadme; os hablo y no sé lo que digo; os molesto tal vez, ¿os molesto?

—¡Oh, madre mía! —exclamó Cosette.

Se dobló sobre sí misma, como si se fuese a morir.

Él la cogió; Cosette se desmayaba; la tomó en sus brazos, la apretó estrechamente sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo temblando. Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veía relámpagos ante sus ojos; sus ideas se desvanecían; le parecía que realizaba un acto religioso, y que cometía una profanación. Por lo demás, no experimentaba deseo alguno hacia aquella mujer encantadora, cuya forma sentía contra su pecho. Estaba perdido de amor.

Ella le tomó una mano, y se la puso sobre su corazón. Sintió el papel que tenía allí, y balbució:

—¿Me amáis, pues?

Ella respondió con una voz tan débil, que no era más que un soplo apenas audible:

—¡Cállate! ¡Ya lo sabes!

Y escondió su rostro lleno de rubor en el pecho del joven orgulloso y embriagado.

Cayó sobre el banco, y ella a su lado. No tenían ya palabras. Las estrellas empezaban a brillar. ¿Cómo fue que sus labios se encontraron? ¿Por qué el pájaro canta, la nieve se funde, la rosa se abre, mayo extiende su fragancia y el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre temblorosa de las colinas?

Un beso; esto fue todo.

Ambos jóvenes se estremecieron y se miraron en la sombra con ojos brillantes. No sentían ni la noche fresca, ni la piedra fría, ni la tierra húmeda, ni la hierba mojada; se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos. Se habían cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba siquiera por dónde había entrado y cómo había penetrado en el jardín. ¡Le parecía ya tan sencillo que estuviera allí!

De vez en cuando, la rodilla de Marius rozaba la rodilla de Cosette y ambos se estremecían.

A intervalos, Cosette tartamudeaba una palabra. Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío sobre una flor.

Poco a poco se hablaron. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche era serena y espléndida por encima de sus cabezas. Aquellos dos seres puros como espíritus, se lo dijeron todo, sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habían adorado desde lejos, cómo se habían deseado, y su desesperación cuando cesaron de verse. Se entregaron a una intimidad ideal, que nada podía aumentar, descubriendo lo que tenían más oculto y misterioso. Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de infancia que tenían,

les hacía pensar. Aquellos dos corazones se vertieron uno en el otro, de modo que al cabo de una hora él tenía el alma de ella y ella el alma de él. Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando hubieron terminado, cuando se lo hubieron dicho todo, ella reposó su cabeza en el hombro de él y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Marius —dijo—. ¿Y vos?

—Yo me llamo Cosette.

Libro sexto

El pequeño Gavroche

I

Travesuras del viento

Desde 1823, mientras que la taberna de Montfermeil languidecía y desaparecía poco a poco, no en el abismo de una bancarrota, sino en la cloaca de las pequeñas deudas, los esposos Thénardier habían tenido otros dos niños, varones los dos. Con estos sumaban cinco; dos hembras y tres varones. Era mucho.

La Thénardier se había desembarazado de los dos últimos, cuando aún eran muy pequeños, con una fortuna singular.

Desembarazado, es la palabra. En aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza; fenómeno del que hay más de un ejemplo. Como la mariscala de La Mothe-Houdancourt [1], la Thénardier sólo era madre para sus hijas. Su maternidad terminaba allí. Su odio al género humano empezaba en sus hijos. Por el lado de sus hijos, su maldad estaba cortada a pico, y su corazón

[1] La mariscala de La Mothe-Houdancourt (1623-1709), gobernanta de los infantes de Francia, madre de las duquesas de Aumont, de Ventadour y de la Ferté.

tenía en este punto una lúgubre escarpadura. Como se ha visto ya, detestaba al mayor y execraba a los otros dos. ¿Por qué? Porque sí. El más terrible de los motivos y la más indiscutible de las respuestas: Porque sí. «No necesito una manada de hijos», decía aquella madre.

Expliquemos cómo los Thénardier habían llegado a librarse de sus dos últimos hijos, e incluso a sacar provecho de ellos.

Aquella Magnon, de quien hemos hablado en otro lugar, era la misma que había conseguido sacar una pensión al infeliz Gillenormand para los dos hijos que tenía. Vivía en el muelle de los Celestinos, en la esquina de la antigua calle del Petit-Musc, que ha hecho lo posible por cambiar por buen olor su mala fama[1]. Recordaremos la gran epidemia de garrotillo que devastó hace treinta y cinco años los barrios ribereños del Sena, en París, y de que la ciencia se aprovechó para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente remplazadas hoy por la tintura externa de yodo. En esta epidemia, la Magnon perdió el mismo día, uno por la mañana, y otro por la noche, a sus dos hijos, aún muy pequeños. Fue un gran golpe. Aquellos niños eran preciosos para su madre; representaban ochenta francos por mes. Aquellos ochenta francos eran pagados exactamente en nombre del señor Gillenormand, por su contador, el señor Barge, ujier retirado, calle del Roi-de-Sicile. Muertos los niños, la pensión quedaba sin efecto. La Magnon buscó un recurso. En la tenebrosa masonería del mal, de que formaba parte, se sabe todo, se guarda el secreto y se presta todo auxilio mutuamente. La Magnon necesitaba dos hijos; la Thénardier los tenía. Del

1 Esta calle se había llamado antes «Pute y musse» (c.a.d.: «P... se esconde en ella»), nombre que evocaba las ocupaciones de sus habitantes; de ahí la broma de Víctor Hugo.

mismo sexo y la misma edad. Buen arreglo para una y buena colocación para otra. Los hijos de Thénardier se convirtieron en los hijos de la Magnon. La Magnon abandonó el muelle de los Celestinos y fue a vivir a la calle Clocheperce. En París, la identidad que liga a un individuo consigo mismo, se rompe de una calle a otra.

El estado civil, al que no se le declaró el hecho, no reclamó, y la sustitución se hizo del modo más fácil del mundo. Sólo la Thénardier exigió por el préstamo de sus hijos diez francos al mes, que la Magnon prometió, y, desde luego, pagó. Huelga decir que el señor Gillenormand continuó pagando. Iba cada seis meses a visitar a los pequeños, y no se dio cuenta del cambio.

—Señor —le decía la Magnon—, ¡cómo se parecen a vos!

Thénardier, a quien resultaban fáciles los avatares, aprovechó esta ocasión para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas habían tenido tiempo para reparar en que tenían hermanos. En cierto grado de miseria, se apodera del alma una especie de indiferencia espectral, y se ven a los seres como larvas. Las personas más allegadas no son sino vagas sombras apenas distintas sobre el fondo nebuloso de la vida, y, fácilmente se confunden con lo invisible.

La noche del día en que hizo entrega de sus dos hijos a la Magnon, con la voluntad expresa de renunciar a ellos para siempre, la Thénardier tuvo, o aparentó tener, un escrúpulo. Había dicho a su marido:

—¡Pero esto es abandonar a los hijos!

Thénardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta sentencia:

—¡Jean-Jacques Rousseau hizo más!

Del escrúpulo, la madre había pasado a la inquietud:

—¿Y si la policía nos persiguiese? ¿Está permitido esto que hemos hecho, decidme, señor Thénardier?

Thénardier respondió:

—Todo está permitido. Nadie verá en esto más que una cosa clara como el agua. Por otra parte, no hay interés ninguno en cuidar niños que no tienen ni un sueldo.

La Magnon era una especie de elegante del crimen. Se cuidaba del aseo personal. Compartía su alojamiento, amueblado de un modo extraño y miserable, con una astuta ladrona inglesa afrancesada. Aquella inglesa, naturalizada parisiense, recomendable por sus ricas relaciones, íntimamente ligada con las medallas de la biblioteca y los diamantes de la señorita Mars, fue más tarde célebre en los sumarios judiciales. La llamaban la señorita Miss.

Los dos niños caídos en suerte a la Magnon no tuvieron de qué quejarse. Recomendados por los ochenta francos, estaban cuidados, como todo lo que es explotado; no iban mal vestidos, ni se les alimentaba mal; estaban tratados casi como «unos señoritos», mejor con su falsa que con su verdadera madre. La Magnon se hacía la señora; y no hablaba argot delante de ellos.

Así trascurrieron algunos años. Thénardier auguraba bien. Un día se le ocurrió decir a la Magnon, cuando ésta le entregaba los diez francos mensuales:

—Será preciso que el «padre» les dé educación.

De repente, aquellos dos pobres niños, bastante protegidos hasta entonces, aun por la mala suerte, fueron lanzados bruscamente a la vida y se vieron obligados a empezar a recorrerla.

Un arresto en masa de malhechores como la del tabuco de Jondrette, complicada necesariamente con pesquisas y requisitorias ulteriores, es un verdadero desastre para esta repugnante contra-sociedad oculta, que vive

bajo la sociedad pública; una aventura de este género arrastra tras sí toda clase de derrumbamientos en este mundo sombrío. La catástrofe de los Thénardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco tiempo después de que la Magnon entregara a Éponine la nota relativa a la calle Plumet, la calle Clocheperce recibió la repentina visita de la policía; la Magnon fue detenida, lo mismo que la señorita Miss, y toda la vecindad, que era sospechosa, tuvo que pasar por la red de la justicia. Los dos niños se hallaban jugando en aquel momento en un traspatio y no vieron nada de la redada. Cuando volvieron, hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un zapatero de un portal de enfrente los llamó y les entregó un papel que «su madre» había dejado para ellos. En el papel había unas señas: «Señor Barge, contador, calle del Roi-de-Sicile, número 8.» El hombre del portal les dijo:

—Ya no vivís aquí. Id allí. Esta casa está cerca. La primera calle a la izquierda. Preguntad el camino con este papel.

Los dos niños se fueron, llevando el mayor al menor, y sosteniendo en la mano el papel que debía guiarlos. Tenía frío; sus deditos hinchados se cerraban mal, y apenas sujetaban el papel. Al llegar a la esquina de la calle Clocheperce, una ráfaga de viento se lo llevó, y como caía la noche, el niño no pudo encontrarlo.

Pusiéronse, pues, a vagar por las calles.

II

Donde el pequeño Gavroche saca partido de Napoleón el Grande

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y duras que dejan a uno, no helado precisamente, pero sí aterido de frío; estas brisas entristecen los más hermosos días y causan el mismo efecto que esos soplos de aire frío que en un cuarto templado penetran por los huecos de las ventanas o de las puertas mal cerradas. Parece que la sombría puerta del invierno haya quedado entreabierta y que el viento se cuele por ahí. En la primavera de 1832, época en que estalló la primera gran epidemia de ese siglo, en Europa, tales brisas eran más ásperas y punzantes que nunca. Una puerta más glacial aún que la del invierno, se había entreabierto. Era la puerta del sepulcro. En aquellas brisas se olía el aliento del cólera[1].

[1] Sobre el cólera de 1832; véanse las notas análogas de Chateaubriand: «... un viento del norte, seco y frío, resecaba; el aire tenía un cierto sabor metálico que se agarraba a la garganta (...).»

Desde el punto de vista meteorológico, aquellos vientos fríos tenían la particularidad de que no excluían una fuerte tensión eléctrica. Frecuentes tormentas, acompañadas de relámpagos y truenos, estallaron en aquella época.

Una noche en que dichas brisas soplaban duramente, hasta el punto de que parecía haber vuelto el mes de enero, y los parisienses se habían vuelto a poner el abrigo, el pequeño Gavroche, temblando alegremente de frío bajo sus harapos, permanecía de pie y como en éxtasis delante de la tienda de un peluquero de los alrededores de Orme-Saint-Gervais [1]. Llevaba un pañuelo de lana, de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se había hecho un tapabocas. El pequeño Gavroche parecía que estaba admirando profundamente una figura de novia en cera, escotada y tocada con flores de naranjo, que giraba detrás del escaparate, mostrando su sonrisa a los transeúntes entre dos quinqués; pero, en realidad, observaba la tienda, con objeto de ver si podía «birlar» del escaparate una pastilla de jabón para ir a venderla enseguida por un sueldo, a un «peluquero» de las afueras. Muchos días almorzaba con el producto de una de esas pastillas. A este género de trabajo, para el que tenía talento, le llamaba «hacer la barba a los barberos».

Mientras contemplaba la figurilla de cera, mirando la pastilla, decía entre dientes: «Martes. No es martes. ¿Es martes? Tal vez es martes. Sí, es martes.»

Nunca se ha sabido a qué se refería con este monólogo.

[1] La encrucijada de la Orme, enfrente de la iglesia Saint-Gervais, llevaba el nombre de un olmo (orme), plantado en tiempo inmemorial en medio de esta plaza. Renovado de vez en cuando, había sido arrancado a principios de la revolución.

Si por casualidad se refería a la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero, en su tienda templada con una buena estufa, afeitaba a un parroquiano, y lanzaba de vez en cuando una mirada de reojo a aquel enemigo, a aquel pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos metidas en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente fuera del cuerpo.

Mientras que Gavroche examinaba la muñeca, el escaparate y el Windsor-soaps, dos niños de estatura desigual, vestidos con limpieza y menores que él, uno como de unos siete años, y el otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna tal vez, con un murmullo lastimero, que parecía más bien, un gemido que una súplica. Hablaban ambos a la vez, y sus palabras resultaban ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor y el frío hacía castañetear los dientes al mayor. El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujando al mayor con la mano izquierda y al menor con la rodilla, los empujó hacia la calle y cerró la puerta diciendo:

—¡Venir a enfriarnos para nada!

Los dos niños echaron a andar llorando. A todo esto había aparecido una nube; empezaba a llover. El pequeño Gavroche corrió tras ellos y los abordó:

—¿Qué tenéis, chiquillos?

—No sabemos dónde dormir —respondió el mayor.

—¿Y eso es todo? —dijo Gavroche—. ¡Vaya qué gran cosa! ¿Se llora acaso por tan poca cosa? ¡Sois unos necios!

Y tomando, a través de su superioridad algo chocarrera, un acento de autoridad y de dulce protección, añadió:

—Criaturas, venid conmigo.

—Sí, señor —dijo el mayor.

Y ambos niños lo siguieron, igual que hubieran seguido a un arzobispo, y cesaron de llorar.

Gavroche los hizo subir por la calle de Saint-Antoine en dirección a la Bastilla.

Gavroche, mientras se alejaba, dirigió una mirada indignada y retrospectiva a la peluquería.

—No tiene corazón ese bacalao —gruñó—; parece un inglés.

Una mozuela, al ver andar a los tres chicos en fila, soltó una sonora carcajada. Esta risa era una falta de respeto al grupo.

—Buenos días, señorita Ómnibus [1] —le dijo Gavroche.

Y un instante después, acordándose del peluquero, añadió:

—Me he engañado: no es un bacalao; es una serpiente. Peluquero, ya buscaré un herrero y te pondré un cascabel a la cola.

El peluquero lo había vuelto agresivo, y apostrofó, saltando un arroyo, a una portera barbuda y digna de encontrar a Fausto en el Brocken, que llevaba la escoba en la mano.

—Señora —le dijo—, ¿salís con vuestro caballo?

Y al mismo tiempo salpicó de lodo las botas barnizadas de un transeúnte.

—¡Bribón! —exclamó el transeúnte, furioso.

[1] Ómnibus, significa «para todos»; de ahí la burla de Gavroche.

Gavroche sacó la nariz del tapabocas.

—¿Se queja el señor?

—¡De ti! —replicó el transeúnte.

—Se ha cerrado el despacho —dijo Gavroche— y ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguían subiendo la calle, y descubrió bajo una puerta cochera a una pobrecita de trece o catorce años, helada y con un vestido tan corto que apenas le llegaba a la rodilla. La niña empezaba a ser ya demasiado alta para llevar aquel vestido. El desarrollo suele jugar estas malas partidas. La falda se hace corta precisamente en el momento en que la desnudez se torna indecente.

—¡Pobre niña! —dijo Gavroche—. No tiene ni aun pantalones. Toma esto siquiera.

Y quitándose el pañuelo de lana que llevaba alrededor del cuello, lo arrojó sobre los hombros delgados y amoratados de la mendiga, sobre la que el tapabocas se convirtió en chal.

La pequeña lo contempló con asombro, y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre, en su estupor, no llora ya su mal, y no agradece ya el bien.

—¡Brrr! —dijo Gavroche tras su acción, temblando más que san Martín, que al menos, había conservado la mitad de su capa.

Después de este «¡Brrr!», la lluvia redobló su fuerza. Esos malos cielos castigan las buenas acciones.

—¡Ah! —exclamó Gavroche—. ¿Qué significa esto? ¡Llueve otra vez! Dios mío, si esto sigue así, retiro mi abono.

Y prosiguió su camino.

—Es igual —dijo después, echando una mirada a la pobre que se arrebujaba en el chal—; ahí tenéis una magnífica manteleta.

Y mirando a la nube, gritó:

—¡Te has fastidiado!

Los dos niños acomodaban su paso tras el de Gavroche.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indicaban la tienda de un panadero, porque el pan se pone como el oro detrás de rejas de hierro, Gavroche se volvió y dijo:

—¡Eh, gorriones! ¿Habéis comido?

—Señor —respondió el mayor—, no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No tenéis, pues, ni padre ni madre? —preguntó majestuosamente Gavroche.

—Perdonad, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces, esto es mejor que saberlo —comentó Gavroche, que era todo un pensador.

—Ya hace dos horas —continuó el mayor—, que estamos andando; hemos buscado algo que comer por los rincones y no hemos encontrado nada.

—Lo sé —dijo Gavroche—. Los perros se lo comen todo.

Y continuó tras un silencio:

—¡Ah! Hemos perdido a los autores de nuestros días. No sabemos lo que hemos hecho de ellos. Esto no está bien, pilluelos. Es muy tonto perderse como personas de edad. ¡Ah! Sin embargo, es preciso lamer.

Por lo demás, no les hizo pregunta alguna. ¿No era una cosa tan sencilla no tener domicilio?

El mayor de los dos chicuelos, entregado ya casi por completo a la pronta indiferencia, hizo este comentario:

—No obstante, es gracioso. Mamá había dicho que nos llevaría a buscar romero bendito el domingo de ramos.

—¡Inocentes! —respondió Gavroche.

—Mamá —prosiguió el mayor— es una dama que vive con la señorita Miss.

—Necio —dijo Gavroche.

Entretanto, se había detenido, y desde hacía algunos instantes tanteaba y registraba todos los rincones que tenía en sus harapos.

Por fin alzó la cabeza con un aire que no quería ser más que satisfecho, pero que, en realidad, era triunfante.

—Calmémonos, monigotillos. Ya tenemos con que cenar los tres.

Y de uno de sus bolsillos sacó un sueldo.

Sin dar a los dos pequeños tiempo para alegrarse, los empujó delante de sí, hacia la tienda de un panadero, y puso el sueldo encima del mostrador, gritando:

—¡Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo! —continuó Gavroche, y añadió con dignidad—: Somos tres.

Al ver que el panadero, después de haber examinado a los tres comensales, había tomado un pan negro, hundió profundamente el dedo en la nariz, con una aspiración tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico, el Grande, y dirigió al rostro del panadero este indignado apóstrofe:

—¿Quéseso?

Los lectores que crean ver en esta interpelación de Gavroche al panadero una palabra rusa o polaca, o uno de esos gritos salvajes que los Yoways y los Bocotudos[1] se dirigen de una orilla a otra del río, a través de las soledades, deben saber que no es más que una frase que

[1] Tribus indias de América.

dicen todos los días (los lectores), y que quiere decir: ¿Qué es eso?

El panadero comprendió perfectamente y respondió:

—¡Pues pan! Es pan bueno de segunda calidad.

—Querréis decir pan de munición[1] —continuó Gavroche tranquila y fríamente desdeñoso—: ¡Pan blanco, mozo! Pan jabonado; yo convido.

El panadero no pudo menos que sonreír, y mientras cortaba el pan blanco, los contemplaba de una manera compasiva, que chocó a Gavroche.

—¡Ah, galopín! ¿Qué os pasa que nos miráis de esa manera?

Puestos los tres, uno encima de otro, apenas medirían una toesa.

Cuando el pan estuvo cortado, el panadero se guardó el sueldo, y Gavroche dijo a los dos niños:

—Jamad.

Los niños se miraron sorprendidos.

Gavroche se echó a reír.

—¡Ah, es verdad, no entienden aún, son tan pequeños...!

Y añadió:

—Comed.

Y al mismo tiempo les entregó a cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, a quien consideraba más digno de su conversación, merecía alguna distinción especial y debía perder todo temor para satisfacer su apetito, añadió dándole el pedazo más grande:

—Echa esto en el fusil.

Había un pedazo más pequeño que los otros dos; se quedó con él.

[1] Pan negro.

Los pobres niños estaban hambrientos, comprendió Gavroche.

Remprendieron la dirección de la Bastilla.

De vez en cuando, al pasar por delante de las tiendas iluminadas, el más pequeño se detenía para mirar la hora en un reloj de plomo que llevaba colgado al cuello por medio de un cordel.

—Es verdaderamente un canario —decía Gavroche.

Luego, pensativo, gruñía entre dientes:

—Es igual. Si yo tuviera monigotes, los educaría mejor.

Cuando ya estaban dando fin a su pedazo de pan, llegaban a la esquina de aquella lúgubre calle de Ballets [1], al fondo de la cual se descubre el postigo bajo y hostil de la Force:

—¡Vaya! ¿Eres tú, Gavroche? —dijo alguien.

—¡Vaya! ¿Eres tú, Montparnasse? —replicó Gavroche.

Era un hombre quien acababa de abordar al pilluelo, y aquel hombre no era otro que Montparnasse, disfrazado con anteojos azules, aunque no irreconocible para Gavroche.

—¡Diablo! —prosiguió Gavroche—, tienes una manteleta de color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos azules como un médico. Tienes estilo, palabra de hombre de honor.

—¡Chist! —dijo Montparnasse—. No hables tan alto.

Y arrastró vivamente a Gavroche fuera de la luz de las tiendas.

[1] Callejuela que unía la calle Saint-Antoine con la calle Roi-de-Sicile.

La actual calle de Malher está situada en el emplazamiento de la calle de Ballets y de la Force.

Los dos pequeños, seguían maquinalmente cogidos de la mano.

Cuando se hallaron bajo la oscura archivolta de una puerta cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, Montparnasse le preguntó:

—¿Sabes adónde voy?

—A la Abadía de Sube-a-regañadientes[1] —dijo Gavroche.

—¡Farsante! —Y Montparnasse continuó—: Voy a buscar a Babet.

—¡Ah! —dijo Gavroche—, ahora se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz:

—No ella, sino él.

—¡Ah! ¡Babet!

—Sí, Babet.

—Yo lo creía a la sombra.

—Se ha escapado —respondió Montparnasse.

Y contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana Babet había sido trasladado a la conserjería, y se había escapado tomando la izquierda en lugar de tomar la derecha en el «corredor de instrucción.»

Gavroche admiró tal habilidad.

—¡Qué sacamuelas! —exclamó.

Montparnasse añadió algunos detalles sobre la evasión de Babet, y terminó con un admirativo:

—¡Oh, esto no es todo!

Gavroche, mientras escuchaba, había agarrado un bastón que Montparnasse llevaba en la mano, y había tirado maquinalmente de la parte superior, apareciendo entonces la hoja de un puñal.

—¡Ah! —dijo rechazando violentamente el puñal—. Has traído tu gendarme disfrazado de ciudadano.

[1] Al cadalso.

Montparnasse guiñó el ojo.

—¡Caramba! —añadió Gavroche—. ¿Vas a agarrarte con los corchetes?

—No lo sé —respondió Montparnasse con indiferencia—. Bueno es siempre llevar consigo un alfiler.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Montparnasse adquirió de nuevo un tono grave y dijo, mascando las palabras:

—Negocios. ¡A propósito!

—¿Qué?

—Algo que me sucedió el otro día. Figúrate que me encuentro a un hombre. Me regala un sermón y su bolsa, la cual meto en el bolsillo. Un minuto después busco en mi bolsillo y ya no tenía nada.

—Sólo el sermón —añadió Gavroche.

—Pero y tú —dijo Montparnasse—, ¿adónde vas ahora?

Gavroche señaló a sus protegidos, y dijo:

—A acostar a estos niños.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Dónde está tu casa?

—En mi casa.

—¿Tienes, pues, casa?

—Sí, tengo casa.

—¿Y dónde vives?

—En el elefante —dicho Gavroche.

Montparnasse, aunque de naturaleza poco asustadiza, no pudo contener una exclamación:

—¡En el elefante!

—Pues, bien, sí, ¡en el elefante! —afirmó Gavroche—. ¿Quétieso?

Ésta es otra palabra del idioma que nadie escribe, y que todo el mundo habla. ¿Quétieso? significa: ¿Qué tiene eso?

La profunda observación del pilluelo, volvió a Montparnasse la calma y el juicio. Pareció experimentar mejores sentimientos respecto al alojamiento de Gavroche.

—¿De veras? —dijo—. En el elefante, ¿y se está bien allí?

—Muy bien —aseguró Gavroche—. Allí, verdaderamente, no hay vientos encallejonados como bajo los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay algún agujero? —preguntó Montparnasse.

—¡Pardiez! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los esbirros [1] no lo han visto.

—¿Y tú escalas? Ya lo comprendo.

—Un cambio de mano, cric, crac, y ya está: nadie lo ve.

Tras un silencio, Gavroche añadió:

—Para estos pequeños buscaré una escalera.

Montparnasse se puso a reír.

—¿De dónde diablos has sacado a estos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Entretanto, Montparnasse se había quedado pensativo.

—Me has reconocido fácilmente —murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran sino dos cañones de pluma envueltos en algodón, y se introdujo uno en cada fosa de la nariz, lo cual se la trasformaba.

1 Agentes de policía.

—Esto te desfigura —dijo Gavroche—. Así estás menos feo. Deberías llevarlos siempre.

Montparnasse era un guapo joven, pero Gavroche era un burlón.

—Sin reírte, ¿cómo me encuentras?

Había variado también el timbre de la voz. En un abrir y cerrar de ojos, Montparnasse se había hecho irreconocible.

—¡Oh! ¡Háznos el polichinela! —exclamó Gavroche.

Los dos pequeños, que hasta entonces nada habían oído, y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oír aquel nombre, y miraron a Montparnasse con un principio de alegría y admiración.

Desgraciadamente, Montparnasse estaba pensativo.

Puso las manos en el hombro de Gavroche, y le dijo, recargando las palabras:

—Escucha lo que voy a decirte, muchacho; si me encontrase en la plaza con mi dama, mi daga y mi dogo, y me prodigasen, digamos diez sueldos, me dignaría trabajar; pero no estamos en martes de carnaval.

Tan extraña frase produjo en el pilluelo un efecto singular. Se volvió vivamente, paseó con profunda atención sus pequeños ojos brillantes alrededor suyo y descubrió a algunos pasos a un agente de policía que les daba la espalda. Gavroche dejó escapar un:

—¡Ah, ya entiendo! —que reprimió enseguida, y dijo sacudiendo la mano de Montparnasse—: ¡Bien, buenas noches! Me voy a mi elefante con mis gorriones. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ve a buscarme allí. Vivo en el entresuelo; no hay portero. Preguntarás por el señor Gavroche.

—Está bien —asintió Montparnasse.

Y se separaron. Montparnasse se dirigió hacia la Grève, y Gavroche hacia la Bastilla. El pequeño de cinco

años, arrastrado por su hermano, que a su vez era arrastrado por Gavroche, volvió varias veces la cabeza hacia atrás para ver al «polichinela».

La enigmática frase con que Montparnasse había avisado a Gavroche de la presencia del agente de policía, no contenía más secreto que la asonancia *dig*, repetida cinco o seis veces de diverso modo. Esta sílaba *dig*, no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente en las palabras de una frase, significa: «Tengamos cuidado, porque no se puede hablar con libertad.» Había además en las palabras de Montparnasse una belleza literaria que escapó a lo observación de Gavroche; la frase «mi dama, mi daga, y mi dogo», locución del argot del Temple, que significa: «Mi perro, mi cuchillo y mi mujer», muy usada entre los pitres y los colas-rojas [1], del gran siglo en que escribía Molière y dibujaba Callot.

Hace veinte años veíase aún en la esquina sudoeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la ciudadela, un extraño monumento, que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecía haber dejado alguna huella, pues era una idea del «miembro del instituto, general en jefe del ejército de Egipto».

Decimos monumento, aunque no era más que una maqueta. Pero aun siendo una maqueta, era un pensamiento prodigioso, cadáver grandioso de una idea de Napoleón, al que dos o tres golpes de viento sucesivos habían empujado y llevado cada vez más lejos, que se había hecho ya histórico, y había tomado un carácter definitivo que contrastraba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta pies de altura, construido de madera y mampostería, y que llevaba sobre su lomo

1 »Colas-rojas». Payasos que llevaban una peluca, en cuyo extremo había anudado un lazo rojo.

una torre que parecía una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda cualquiera, y ahora pintado de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquella esquina desierta y descubierta de la plaza, la ancha frente del coloso, su trompa, sus defensas, su torre, su grupa enorme, sus cuatro patas, semejantes a columnas, formaban en la noche, bajo el cielo estrellado, una sorprendente y terrible silueta. No se sabía lo que significaba. Era una especie de símbolo de la fuerza popular. Era sombría, enigmática e inmensa. Era no sé qué fantasma poderoso, visible y en pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extraños visitaban ese edificio; ningún transeúnte lo miraba. Estaba ya ruinoso; en cada estación, los pedazos de yeso que le caían de los flancos le causaban llagas repugnantes. Los «ediles», como se dice en patuá elegante, lo habían olvidado desde 1814. Estaba allí en su rincón, triste, enfermo, rodeado de una empalizada podrida y manchada a cada instante por cocheros ebrios. Muchas grietas le serpenteaban en el vientre, de la cola le salía un madero, y entre sus piernas crecían altas hierbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacía alrededor de treinta años por este movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el suelo de las grandes ciudades, estaba en un hoyo, y parecía que la tierra se hundía bajo su peso. Era inmundo, olvidado, repugnante y soberbio; feo a los ojos del ciudadano, melancólico a los ojos del pensador. Tenía algo de la basura que se barre, y algo de la majestad que se va a decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche cambiaba de aspecto. La noche es el verdadero medio de todo lo que es sombra. Cuando caía el crepúsculo, el viejo elefante se trasfiguraba; adoptaba un aspecto tranquilo y temible en la formidable serenidad de las tinieblas. Como per-

tenecía al pasado, le convenía la noche; la oscuridad sentaba bien a su grandeza.

Este monumento, rudo, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero seguramente majestuoso y lleno de una especie de gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la especie de chimenea gigantesca, adornada con su cañón, que ha remplazado a la sombría fortaleza de nueve torres, así como la clase media remplaza al feudalismo. Es una cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita. Esta época pasará; va pasando ya: se empieza a comprender que si, puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder más que en un cerebro; en otros términos lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, son las ideas. Uncid las locomotoras a las ideas; está bien, pero no toméis al caballo por el jinete.

Sea lo que fuere, volviendo a la plaza de la Bastilla, el arquitecto del elefante había hecho con yeso una cosa grande; el arquitecto del cañón de chimenea ha conseguido hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañón de chimenea, que ha sido bautizado con el sonoro nombre de columna de julio, este monumento, hijo de una revolución abortada, estaba aún rodeado en 1832 por una inmensa camisa de madera, que echamos de menos, y de una vasta empalizada de tablas, que acaba de aislar al elefante.

Hacia este rincón de la plaza, iluminada apenas por el reflejo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los dos «gorriones».

Permítasenos interrumpirnos aquí y recordar que estamos en la realidad; que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron por delito de vagancia y de desperfectos a un monumento público, a un muchacho

que había sido sorprendido durmiendo en el interior mismo del elefante de la Bastilla[1].

Una vez consignado esto, continuemos.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Cominos! No tengáis miedo.

Luego entró por un hueco de la empalizada en el recinto del elefante y ayudó a los pequeños a saltar la brecha. Los dos niños, un poco asustados, seguían a Gavroche sin pronunciar palabra, y se confiaban a aquella pequeña providencia vestida de harapos que les había dado pan y les había prometido un abrigo.

Había en el suelo una escalera de mano, que durante el día era usada por los obreros de un taller vecino. Gavroche la levantó con un vigor singular y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante. Hacia el punto en que terminaba la escalera se distinguía una especie de agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche mostró la escalera y el agujero a sus huéspedes y les dijo:

—Subid y entrad.

Los niños se miraron aterrorizados.

—¡Tenéis miedo, pequeños! —exclamó Gavroche.

Y añadió:

—Vais a ver.

Se agarró al pie rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse emplear la escalera, llegó a la grieta. Entró por ella, como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció, y un momento después los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blan-

1 El elefante de la Bastilla desapareció en 1846.

quecina y pálida; era su cabeza que asomaba por el borde del agujero lleno de tinieblas.

—¡Eh! —gritó—, subid ahora, cominejos. ¡Ya veréis qué bien se está aquí! Sube —añadió, dirigiéndose al mayor—, te tiendo la mano.

Los pequeños se encogieron de hombros: el pilluelo les inspiraba miedo y confianza al mismo tiempo, y, además, llovía muy fuerte. El mayor se aventuró. El pequeño, al ver subir a su hermano y quedarse él solo entre las patas de aquel grueso animal, estuvo a punto de llorar, pero no se atrevió.

El mayor subía tambaleándose por los peldaños de la escalera; Gavroche, mientras tanto, le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas a sus discípulos o de un mulero a sus mulas:

—¡No tengas miedo!

—¡Esto es!

—¡Adelante!

—¡Pon ahí el pie!

—¡Aquí la mano!

—¡Valiente!

Y cuando estuvo a su alcance, lo cogió brusca y vigorosamente por el brazo y tiró de él.

—¡Colado! —dijo.

El niño había pasado el agujero.

—Ahora —dijo Gavroche—, espérame. Caballero, tened la bondad de sentaros.

Y saliendo del agujero como había entrado, se dejó deslizar con la agilidad de un tití por la pata del elefante, y cayó de pie sobre la hierba, cogió al pequeñuelo de cinco años por medio del cuerpo, y lo plantó en medio de la escalera. Después, empezó a subir detrás de él, gritando al mayor:

—Yo lo empujo: cógelo tú.

En un instante, el niño fue subido, empujado, arrastrado, metido por el agujero, sin que tuviese tiempo de ver nada; Gavroche, que entró detrás de él, dio una patada a la escalera, la cual cayó sobre la hierba, dio una palmada y gritó:

—¡Ya estamos aquí! ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta explosión añadió:

—Párvulos, estáis en mi casa.

Gavroche, en efecto, estaba en su casa.

¡Oh, utilidad increíble de lo inútil. ¡Caridad de las cosas grandes! ¡Bondad de los gigantes! Aquel desmesurado monumento que había contenido un pensamiento del emperador, se había convertido en la jaula de un pilluelo. El niño había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Los ciudadanos endomingados que pasaban delante del elefante de la Bastilla, decían, midiéndole con la vista al nivel de su cabeza, y con desprecio:

—¿Para qué sirve esto.?

Pues servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo, de la lluvia, para librar del aire de invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre, y del sueño en la nieve que produce la muerte, a un pequeño ser sin padre ni madre, sin pan, sin vestido y sin asilo. Aquello servía para disminuir la culpa pública. Era una cueva abierta para el que encontraba cerradas todas las puertas. Parecía que el viejo y miserable mastodonte, invadido por la carcoma y por el olvido, cubierto de verrugas, de putrefacción y de úlceras, tambaleándose, abandonado, condenado, especie de mendigo colosal que pedía en vano la limosna de una mirada compasiva en medio de aquella encrucijada, había tenido piedad de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba sin

zapatos en los pies, sin techo sobre su cabeza, soplándose los dedos, vestido de harapos, alimentado con desperdicios. He aquí de qué servía el elefante de la Bastilla. Aquella idea de Napoleón, desdeñada por los hombres, había sido acogida por Dios. Lo que no hubiera sido más que ilustre, se había convertido en augusto. El emperador hubiera necesitado para realizar lo que meditaba, el pórfido, el bronce, el hierro, el oro, el mármol; a Dios le bastaba aquel viejo amontonamiento de tablas, vigas y yeso. El emperador había tenido un pensamiento digno de un genio; en aquel elefante titánico, armado, prodigioso, alzando su trompa, llevando su torre, y haciendo brotar de todas partes en derredor suyo surtidores alegres y vivificantes, quería encarnar al pueblo; Dios había hecho de él una cosa más grande: alojaba allí a un niño.

El agujero por donde Gavroche había entrado, era una brecha apenas visible desde el exterior, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante, y tan estrecha, que sólo los gatos o aquellos niños, podían pasar a través de ella.

—Empecemos —habló Gavroche— por decir al portero que no estamos en casa.

Y penetrando en la oscuridad, con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió a la oscuridad. Los niños oyeron el chirrido de la cerilla sumergida en la botella fosfórica. La cerilla química no existía todavía; la piedra Fumade [1] representaba en aquella época el progreso.

Una súbita claridad les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas en resina que se llaman hachas de viento. El hacha, que

[1] El mechero inventado por Fumade encerraba ácido sulfúrico, en el cual sumergían «cerillas químicas».

despedía más humo que luz, hacía confusamente visible el interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron a su alrededor y experimentaron una cosa semejante a lo que experimentaría quien se viese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, o más bien lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Un esqueleto gigantesco se les ofrecía a la vista, rodeándolos. En lo alto, una gruesa viga en cintra, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y a uno y otro lado, grandes telas de araña hacían el efecto de polvorientos diafragmas. Aquí y allá veíanse en los rincones grandes manchas negruzcas que parecían dotadas de vida y que se movían rápidamente con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caídos del dorso del elefante sobre su vientre, habían llenado la concavidad, de modo que se podía andar por ellos como por un entablado.

El menor de los niños se arrimó a su hermano, y dijo a media voz:

—¡Qué oscuro está!

Esta exclamación llamó la atención de Gavroche. El aspecto petrificado de los dos pequeñuelos hacía necesaria una explosión.

—¿Qué decís? —exclamó—. ¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitáis, acaso, las Tullerías? ¿Seréis unos asnos? Decídmelo. Os prevengo que no soy del batallón de los tontos. ¡Qué! ¿Sois por ventura los cominos de la despensa de papá?

Para el miedo, es muy buena alguna aspereza porque tranquiliza. Los dos niños se acercaron a Gavroche.

Gavroche, enternecido paternalmente con tal confianza, pasó «de lo grave a lo suave», y se dirigió al más pequeño:

—Bestia —le dijo, acentuando la injuria con un matiz acariciador—, la calle sí que está oscura. Fuera llueve, y aquí no; fuera hace frío, y aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, y aquí no hay nadie; fuera no hay ni tan siquiera luna, y aquí hay una luz.

Los dos chiquillos empezaron a mirar aquella habitación con menos espanto; pero Gavroche no les dejó tiempo para gozar de la contemplación.

—Rápido —ordenó.

Y los empujó hacia lo que podemos llamar el fondo de la habitación.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche estaba completa. Es decir, que tenía un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una trenza de paja; la manta, un pedazo de vasto paño gris muy caliente y casi nueva. Ahora veamos lo que era la alcoba:

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo, es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, estaban reunidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide soportaba un enrejado de hilo metálico que se hallaba colocado detrás y artísticamente aplicado y sostenido por ataduras de alambre, de modo que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordón de gruesas piedras, colocadas alrededor de este enrejado, sujetándolo, de tal manera que nada podía pasar por allí. Aquel enrejado no era sino un trozo de esos enrejados de cobre con que se cubren las pajareras de los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado, como en una jaula. El conjunto parecía la tienda de un esquimal.

Este enrejado hacía las veces de cortinaje.

Gavroche apartó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante, y se separaron los dos paños, que caían el uno sobre el otro.

—¡Chiquillos, a cuatro patas! —dijo Gavroche.

Hizo entrar con precaución a sus huéspedes en la jaula, y luego entró tras ellos arrastrándose, volvió a colocar las piedras y cerró herméticamente la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Aunque eran muy pequeños, ninguno de los tres podía permanecer de pie en la alcoba. Gavroche seguía con la luz en la mano.

—Ahora —dijo—, ¡sornad! Voy a suprimir el candelabro.

—Señor —preguntó el mayor de los dos hermanos a Gavroche, señalándole el enrejado—, ¿qué es esto?

—¿Esto? —dijo Gavroche gravemente—. Es para las ratas. ¡Sornad!

No obstante, se creyó obligado a añadir alguna palabra para instruir a aquellos niños, y continuó:

—Éstas son cosas del jardín botánico. Sirve para los animales feroces. Allay (allí hay) un almacén lleno. Nay (no hay) más que subir una pared, saltar por una ventana y pasar por una puerta, y se tiene todo lo que se quiere.

Y mientras hablaba, arropaba con una punta de la manta al más pequeño, que murmuraba:

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡Qué caliente!

Gavroche posó una mirada satisfecha sobre la manta.

—También es del jardín botánico —dijo—. Se la he cogido a los monos.

Y mostrando al mayor la estera sobre la que yacía tendido, estera muy gruesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la jirafa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenían todo esto; y yo se lo he cogido. Y no se han enfadado. Les he dicho: Es para el elefante.

Tuvo un momento de silencio, y volvió a decir:

—Se salta la tapia y se burla uno del gobierno. Esto es.

Ambos niños contemplaban con un respeto temeroso y estupefacto a aquel ser intrépido e inventivo, vagabundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, que les parecía sobrenatural, y cuya fisonomía se componía de todas las muecas de un viejo saltimbanqui unidas a la más ingenua y encantadora sonrisa.

—Señor —dijo tímidamente el mayor—, ¿no tenéis miedo de los agentes de policía?

Gavroche se limitó a responder:

—¡Párvulo! No se dice agentes de policía, se dice ganchos.

El más pequeño tenía los ojos abiertos, pero no decía nada. Como estaba en el borde de la estera, y el mayor en medio, Gavroche los arropó con la manta, como lo hubiera hecho una madre, y alzó la estera bajo sus cabezas con unos harapos, con objeto de hacerles una almohada. Después se volvió hacia el mayor:

—¡Eh! ¡Se está muy bien aquí!

—¡Ah, sí! —respondió el mayor, mirando a Gavroche con la expresión de un ángel salvado.

Los dos pobres niños, que estaban muy mojados, empezaban a calentarse.

—¡Ah! —continuó Gavroche—. ¿Por qué llorabais?

Y señalando al pequeño, añadió, dirigiéndose al mayor:

—Un pequeñajo como éste, no digo que no, pero llorar uno grande como tú es una cosa fea; pareces un becerro.

—¡Caramba —replicó el niño—, no teníamos ningún sitio adonde ir!

—¡Comino! —respondió Gavroche—. No se dice sitio, se dice chiscón.

—Y además, teníamos miedo de estar solos así por la noche.

—No se dice la noche, sino la oscura.

—Gracias, señor —dijo el chiquillo.

—Escuchad —continuó Gavroche—, no debéis incomodaros por nada. Yo cuidaré de vosotros. Ya verás cómo nos divertimos. En verano, iremos a la Glacière con Navet, un camarada mío, nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar a las lavanderas, que gritan y vocean. ¡Si supiérais qué malas son! Iremos a ver al hombre del esqueleto, que todavía vive. A los Campos Elíseos; es muy blanco ese parroquiano. Y luego os llevaré al teatro a ver Frédérick-Lemaître. Tengo billetes; conozco a los actores, incluso una vez he representado una obra. Éramos todos pipiolos como éste y corríamos bajo una tela que era el mar [1]. Os contrataré en mi teatro. Iremos a ver a los salvajes; no es verdad que sean salvajes. Tienen unos mantos rosas que forman pliegues, y se les ven los codos zurcidos con hilo blanco. Después iremos a la ópera; entraremos con los romanos. La romanería en la ópera está muy bien dispuesta, pero no iría con ellos por el bulevar. Figúrate que en la ópera hay quien paga veinte sueldos, pero son estúpidos. Se los llama paganos. Y luego iremos a ver guillotinar. Os haré ver al verdugo. Vive en la calle de Marais. Se llama señor Sansón. Tiene un buzón para las cartas en la puerta. ¡Ah, nos divertiremos en grande!

1 Véase en los Momes (Theatre en liberté), II, la *Conversation des Flots* (en el teatro de la Porte-Saint-Martin).

En aquel momento cayó una gota de cera sobre el dedo de Gavroche y le recordó las realidades de la vida.

—¡Caramba! —exclamó—. Se está gastando la mecha. ¡Atención! No puedo gastar más de un sueldo por mes para alumbrarme. Cuando uno se acuesta tiene que dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas del señor Paul de Kock [1]. Además de que la luz podría pasar por las rendijas de la puerta-cochera, y los ganchos no tendrían que hacer más que mirar.

—Además —observó tímidamente el mayor, el único que se atrevía a conversar con Gavroche, y darle la réplica—, podría caer una chispa en la paja; hay que cuidar de no prender fuego a la casa.

—No se dice prender fuego a la casa —corrigió Gavroche—, se dice achicharrar los trapos.

La tormenta redoblaba. Oíase a través del redoble del trueno el turbión que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metidos, ¡que llueva! —exclamó Gavroche—. Es divertido ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal; pierde sus mercancías; pierde su trabajo porque no puede mojarnos, y esto hace gruñir al viejo aguador.

Esta alusión a la tormenta, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche, en su calidad de filósofo del siglo diecinueve, fue seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el trueno. Los dos pequeños lanzaron un grito y se incorporaran tan vivamente que casi separaron el enrejado,

[1] Paul de Kock (1794-1871), novelista extremadamente fecundo. *Mon voisin Raymond* (1822) había señalado el apogeo de su reputación, pero permaneció durante mucho tiempo, siendo popular en Francia y en el extranjero.

pero Gavroche volvió hacia ellos su rostro atrevido, y se aprovechó del trueno para soltar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Éste es un hermoso trueno; sea enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el buen Dios! Esto es casi tan bueno como el Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó suave a ambos niños hacia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien, y exclamó:

—Pues que Dios encienda su vela, yo puedo apagar la mía. Niños, es preciso dormir. Esto hace que se abra la boca. ¡Envolveos bien en la manta! Voy a apagar. ¿Estáis ya?

—Sí —murmuró el mayor—, estoy bien. Tengo la cabeza como sobre plumas.

—No se dice la cabeza; se dice el chichi —corrigió Gavroche.

Los dos chiquillos se apretaron uno contra otro. Gavroche acabó de arroparlos sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas y después les replicó por tercera vez la exclamación en lengua hierática:

—¡Sornad!

Y apagó la luz.

Apenas la luz se hubo apagado, un temblor extraño empezó a conmover el enrejado que cubrió a los tres chicos. Era una multitud de rozamientos sordos que producían un sonido metálico como si garras o dientes arañasen los hilos de cobre. Este ruido iba acompañado de pequeños, pero agudos gritos.

El niño de cinco años, al oír aquel ruido por encima de su cabeza y helado de espanto, empujó con el codo a su hermano mayor, pero el hermano «sornaba» ya, tal como Gavroche le había ordenado. Entonces el pequeño,

no pudiendo con el miedo, se atrevió a interpelar a Gavroche, pero en voz muy baja, y conteniendo el aliento:

—Señor.

—¿Eh? —dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es esto?

—Las ratas —respondió Gavroche.

Y volvió a echar la cabeza sobre la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban a millares en el esqueleto del elefante, y que eran aquellas manchas negras vivas de las que hemos hablado, se habían estado quietas ante la luz, mientras estuvo encendida, pero cuando aquella caverna, que era como su ciudad, tornó a la noche, oliendo lo que el narrador Perrault llama «carne fresca», se arrojaron sobre la tienda de Gavroche, treparon hasta el techo y mordieron las mallas como si tratasen de agujerear aquella armadura de nuevo género.

El niño no podía dormir:

—Señor —repitió—. ¿Qué son las ratas?

—Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Había visto algunos veces ratones blancos y no les tenía miedo. No obstante, volvió a alzar la voz:

—Señor.

—¿Eh? —repitió Gavroche.

—¿Por qué no tenéis un gato?

—He tenido uno —respondió Gavroche—; traje uno, pero se lo comieron.

Esta segunda explicación destruyó el efecto de la primera, y el pequeño empezó a temblar de nuevo. El diálogo entre él y Gavroche se inició por cuarta vez.

—Señor. ¿Quién fue el comido?

—El gato.

—¿Y quién se comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado al enterarse de que aquellos ratones se comían a los gatos, prosiguió:

—Señor, ¿nos comerán a nosotros estos ratones?

—¡Pardiez! —exclamó Gavroche.

El terror del chiquillo llegaba a su colmo. Pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. ¡Cállate y duerme!

Gavroche al mismo tiempo cogió la mano del pequeño por encima de su hermano. El niño apretó aquella mano y se tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas. El silencio se había hecho a su alrededor, y el ruido de las voces había atemorizado y ahuyentado a las ratas; y aunque poco después volvieron a roer el enrejado, los tres chicuelos, sumergidos en el sueño, no oyeron nada.

Pasaron las horas de la noche. La sombra cubría la inmensa plaza de la Bastilla; un viento de invierno, mezclado con la lluvia, soplaba con fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles de árboles, los cercados, los rincones oscuros, buscaban a los vagabundos nocturnos y pasaban delante del elefante; el monstruo, de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas para meditar como satisfecho de su buena acción, protegía contra el cielo y los hombres a los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que sigue, es preciso recordar que en esa época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y lo que sucedía cerca del elefante no podía ser visto ni oído por el centinela.

Hacia el final de esa hora que precede inmediatamente al alba, salió un hombre corriendo de la calle Saint-Antonie, atravesó la plaza, dio la vuelta al gran cercado de la columna de Julio, y se deslizó entre la empalizada hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Si una luz cualquiera hubiera alumbrado a aquel hombre, por el modo que estaba mojado se habría adivinado que había pasado la noche bajo la lluvia. Al llegar bajo el vientre del elefante, dio un grito extraño que no pertenece a ninguna lengua humana, que sólo podría reproducir un papagayo. Repitió dos veces aquel grito, cuya ortografía reproducimos con objeto de dar poco más o menos una idea:

—¡Quiriquiquiu!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y joven, respondió desde el interior del elefante:

—¡Sí!

Casi inmediatamente, la tabla que cerraba el agujero se separó y dejó paso a un niño que bajó a lo largo de la pata del elefante y fue a caer cerca del hombre. Era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

En cuanto a aquel grito, significaba sin duda la que el niño había querido decir con «preguntarás por Gavroche».

Al oírlo, se despertó sobresaltado, se arrastró fuera de su «alcoba», separando un poco el enrejado que acto seguido cerró de nuevo cuidadosamente, y luego abrió la trampa y bajó.

El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la noche; Montparnasse se limitó a decir:

—Tenemos necesidad de ti. Ven a echarnos una mano.

El pilluelo no pidió otra aclaración.

—Aquí me tienes —dijo.

Y los dos se dirigieron hacia la calle Saint-Antoine, por la cual había aparecido Montparnasse, serpenteando rápidamente a través de la larga fila de carretas de los hortelanos que bajan al mercado a aquella hora.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las lechugas y las legumbres, medio dormidos, hundidos hasta los ojos en sus mantas a causa de la lluvia que los azotaba, ni siquiera vieron a aquellos extraños transeúntes.

III

Las peripecias de la evasión

Veamos ahora lo que había pasado aquella misma noche en la Force.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Gueulemer y Thénardier, aunque Thénardier estaba incomunicado. Babet había dirigido el asunto, como se ha visto por las palabras de Montparnasse a Gavroche. Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, tuvo tiempo primeramente de tejer una cuerda y luego de madurar un plan. En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la prisión entrega al criminal a sí mismo, se componía de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un empavesado de losas, de un lecho de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro, y se llamaban calabozos; pero el calabozo ha sido juzgado como una cosa horrible; ahora se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de un lecho de campaña, de un empavesado de losas, de un techo de piedra y de cuatro

muros de piedra, y se llama cuarto de corrección. Hacia mediodía, hay un poco de luz en él. El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar a los seres a quienes se debería hacer trabajar.

Brujón, pues, había meditado y salido del cuarto de corrección con una cuerda. Como se le creía muy peligroso en el patio de Charlemagne, se le trasladó al Bâtiment-Neuf, y lo primero que encontró allí fue a Gueulemer, y lo segundo un clavo; Gueulemer, es decir, el crimen; un clavo, es decir, la libertad.

Brujón, de cuyo carácter es el momento de dar una idea completa, era, bajo la apariencia de una complexión delicada y de una laxitud profunda, un criminal inteligente y un ladrón que tenía la mirada acariciadora y la sonrisa atroz. Su mirada resultaba de su voluntad, y su sonrisa resultaba de su naturaleza. Sus primeros estudios en el arte se habían dirigido hacia los tejados; había realizado grandes progresos en la industria de los ladrones de plomo, que levantan los emplomados y abren las gateras por el procedimiento llamado entre ellos de doblegrasa.

Lo que en aquel momento hacía más favorable una tentativa de evasión es que los plomeros repasaban y componían parte del empizarrado de la cárcel. El patio Saint-Bernard ya no estaba absolutamente aislado del patio Charlemagne y del patio Saint-Louis. Había por la parte más alta andamios y escalas o, en otros términos, puentes y escaleras del lado de la libertad.

El Bâtiment-Neuf, que estaba de lo más agrietado y lo más decrépito que pueda imaginarse, era el punto débil de la cárcel. Las paredes estaban tan roídas por el salitre que había sido necesario cubrir con un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solían desprenderse

de ellos piedras que caían sobre los presos en la cama. A pesar de esta decrepitud, se cometía la falta de tener en el Bâtiment-Neuf a los acusados más peligrosos; de encerrar allí las «causas graves», como se dice en lenguaje carcelario.

El Bâtiment-Neuf tenía cuatro dormitorios superpuestos, y una mole encima que se llamaba Bel-Air. Un ancho tubo de chimenea, probablemente de alguna antigua cocina de los duques de la Force, partía de la planta baja, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos todos los dormitorios, donde figuraba una especie de pilar aplanado que pasaba al otro lado del techo.

Gueulemer y Brujón estaban en el mismo dormitorio Por precaución habían sido encerrados en el piso bajo. La casualidad hacía que la cabecera de sus camas estuviera apoyada sobre el tubo de la chimenea.

Thénardier se encontraba precisamente por encima de sus cabezas, en la mole llamada Bel-Air.

El transeúnte que se detiene en la calle Culture-Sainte-Catherine[1], más allá del cuartel de los bomberos, delante de la puerta cochera de la casa de baños, descubre un patio lleno de flores y de arbustos en cajas, al fondo del cual se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postigos verdes; el sueño bucólico de Jean-Jacques. No hace aún diez años, por encima de esa rotonda se alzaba un muro negro, enorme, terrible, desnudo, al cual estaba adosada. Era el muro del camino de ronda de la Force.

Aquel muro de detrás de la rotonda era Milton, visto por detrás de Berquin.

Por más alto que fuese el muro, aún lo excedía un tejado más negro aún, y situado por detrás. Era el tejado del Bâtiment-Neuf. Descubríanse cuatro buhardillas

1 Hoy, calle de Sévigné.

con reja; eran las ventanas del Bel-Air. Una chimenea atravesaba ese tejado; era la chimenea que atravesaba también los dormitorios.

El Bel-Air, aquella gran buhardilla del Bâtiment-Neuf, era una especie de patio abuhardillado, cerrado con triples rejas y puertas forradas de plancha, cubiertas de clavos desmesurados. Cuando se entraba en ella por la parte del norte, quedaban a la izquierda las cuatro buhardillas, y a la derecha, haciendo frente a las buhardillas, cuatro espacios cuadrados, bastante grandes, espaciados, separados por estrechos corredores de mampostería, y desde allí hasta el techo de barras de hierro.

Thénardier se hallaba incomunicado en uno de estos calabozos desde la noche del 3 de febrero. Nunca se ha podido descubrir de qué modo consiguió procurarse y esconder una botella de ese vino, inventado según se dice por Desrues[1], al cual va mezclado un narcótico, y que la banda de los adormecedores ha hecho tan célebre.

Hay en muchas cárceles empleados traidores, medio carceleros y medio ladrones, que ayudan en las evasiones.

Aquella misma noche, pues, en que el pequeño Gavroche había recogido a los dos niños perdidos, Brujón y Gueulemer, que sabían que Babet, evadido por la mañana, los esperaba en la calle con Montparnasse, se levantaron silenciosamente y se pusieron a agujerear con el clavo encontrado por Brujón el tubo de chimenea que estaba tocando a su cama. Los yesones caían sobre el lecho de Brujón, de modo que no producían ruido alguno. El turbión y el trueno conmovían las puertas sobre sus goznes y hacían en la prisión un estrépito horrible y útil. Algunos presos que se despertaron, aparentaron volverse a dormir y dejaron trabajar a Gueulemer y Brujón. Bru-

[1] Antoine-François Desruès (1745-1777), célebre envenenador.

jón era diestro; Gueulemer era vigoroso. Antes de que el menor ruido llegara a oídos del vigilante, acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, la pared estaba agujereada, la chimenea escalada, la reja de hierro que cerraba el orificio superior del conducto forzada, y los dos temibles bandidos en el tejado. La lluvia y el viento redoblaban, y el tejado estaba resbaladizo.

—¡Qué buena racha para una chalada! [1] —dijo Brujón.

Un abismo de seis pies de ancho y de ochenta pies de profundidad los separaba de la pared de ronda. Al fondo de este abismo veían brillar en la oscuridad el fusil de un centinela. Ataron por un lado, a los pedazos de las barras de la chimenea que acababan de retorcer, la cuerda que Brujón había tejido en su calabozo, lanzaron el otro extremo por encima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se agarraron al jabalón de la pared, lo saltaron, se deslizaron uno detrás de otro a lo largo de la cuerda, sobre un tejadillo que llegaba a la casa de los baños, lo atravesaron, empujaron el postigo del portero, a cuyo lado colgaba el cordón, tiraron de éste, abrieron la puerta cochera y se encontraron en la calle.

No hacía aún tres cuartos de hora que se habían puesto de pie sobre sus camas en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos más tarde se unieron a Babet y a Montparnasse, los cuales vagaban por los alrededores.

Al tirar de la cuerda la rompieron, y quedó un pedazo atado a la chimenea, sobre el tejado. No habían tenido más contratiempo que el de haberse despellejado casi enteramente las manos. Aquella noche, Thénardier estaba prevenido, sin que nadie pudiese decir de qué modo, y no dormía.

[1] ¡Qué buena noche para una evasión!

Hacia la una de la madrugada, en medio de la profunda oscuridad de la noche, vio pasar dos sombras por el tejado bajo la lluvia y el viento, y por delante del tragaluz que daba frente a su calabozo. Una de esas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada. Era Brujón. Thénardier lo reconoció, y comprendió. Aquello le bastó.

Thénardier, señalado como peligroso, y detenido bajo acusación de emboscada nocturna a mano armada, estaba vigilado por un centinela de vista, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado, por delante del calabozo. El Bel-Air estaba iluminado por una lámpara. El preso tenía en los pies unos grillos de cincuenta libras de peso. Todos los días, a las cuatro de la tarde, un guardián escoltado por dos perros de presa —porque esto se hacía aún en aquella época—, entraba en su celda, dejaba al lado de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla llena de un caldo bastante claro, en el que nadaban algunas habas; reconocía los grillos y golpeaba las rejas. Aquel hombre volvía dos veces por la noche con sus perros.

Thénardier había conseguido el permiso para conservar una especie de escarpia de hierro que usaba para clavar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, según decía, de «preservarlo de las ratas.» Como vigilaban constantemente a Thénardier, no se había hallado inconveniente alguno en dejarle la escarpia. No obstante, más tarde se recordó que un guardián había dicho.

—¡Más valdría dejarle una escarpia de madera!

A las dos de la madrugada fueron a relevar al centinela, que era un soldado viejo, y lo remplazaron por un quinto. Algunos momentos después, el carcelero con sus perros hizo su visita, y se retiró sin observar nada, excepto la extrema juventud y el aire de «paisano» del

«pistolo». Dos horas más tarde, a las cuatro, cuando fueron a relevar al quinto, lo encontraron dormido en el suelo, tirado como un madero, cerca del calabozo de Thénardier. En cuanto a Thénardier, ya no estaba allí. Sus grillos, rotos, yacían en el suelo. Había un agujero en el techo de su calabozo, y otro más arriba, en el tejado. De la cama, había sido arrancada una tabla, que había desaparecido. Encontróse también en la celda una botella medio vacía, que contenía el resto del vino con el que había sido narcotizado el soldado. La bayoneta de éste también había desaparecido.

En el momento en que fue descubierto todo esto, se creyó que Thénardier se hallaría ya fuera de alcance. La realidad era que, si bien no estaba ya en el Bâtiment-Neuf, se encontraba aún en gran peligro. Su evasión no estaba aún consumada.

Thénardier, al llegar al tejado del Bâtiment-Neuf, encontró el resto de la cuerda de Brujón, que colgaba de los barrotes de la reja superior de la chimenea, pero este pedazo roto era demasiado corto, y no había podido evadirse por encima del camino de ronda como lo habían hecho Brujón y Gueulemer.

Cuando se vuelve de la calle de Ballets a la de Roi-de-Sicile, se descubre casi de repente, a la derecha, una sórdida rinconada. Había allí, en el último siglo, una casa de la que no queda más que la pared del fondo, verdadera tapia de un caserón que se eleva hasta la altura de un tercer piso entre los edificios vecinos. Esta ruina se reconoce por dos grandes ventanas cuadradas todavía visibles; la del medio, la más cercana al remate angular de la derecha, está atravesada por una viga podrida, sujeta por otro madero. A través de esas ventanas se distinguía antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Force.

El vacío que la casa demolida ha dejado en la calle, está cubierto a medias por una empalizada de tablas podridas apuntaladas por cinco guardacantones de piedra. En aquel recinto se oculta una pequeña barraca, apoyada a la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta que, hace algunos años, estaba cerrada solamente con un picaporte.

A la cima de dicha pared era donde había conseguido llegar Thénardier después de las tres de la madrugada.

¿Cómo había llegado allí? Nunca se ha sabido, ni se ha podido explicar. Los relámpagos debían haberlo auxiliado y molestado al mismo tiempo. ¿Se había servido de las escaleras y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado a otro, de un cercado a otro, de una manzana a otra, de los edificios del patio de Charlemagne a los del patio de Saint-Louis, al muro de ronda y al caserón de la calle Roi-de-Sicile? En este trayecto había soluciones de continuidad que lo hacían parecer imposible. ¿Había usado la tabla de una cama a modo de puente desde el tejado del Bel-Air a la pared del camino de ronda, y se había arrastrado como una culebra alrededor de la cárcel hasta el caserón? La tapia del camino de ronda de la Force dibujaba una línea dentada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de bomberos y se elevaba hacia la casa de baños, estaba cortada por varios edificios y no tenía la misma altura por el hotel «Lamoignon» [1] que por la calle Pavée; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos; y, además, los centinelas habrían visto en este caso la oscura silueta del fugitivo; y aun así, el camino recorrido por Thénardier resulta casi inexplicable. La fuga era, pues, impo-

[1] El hotel de Lamoignon, construido en 1580, mansión del presidente de Lamoignon, protector de Boileau, existe aún en el número veinticuatro de la calle Pavée (esquina a la calle Francs-Bourgeois).

sible de ambas maneras. Thénardier sentíase iluminado por esa terrible sed de libertad que cambia los precipicios en fosas, las rejas de hierro en enrejados de mimbre, la debilidad en fuerza, a un gotoso en un gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia y la inteligencia en genio. ¿Había inventado Thénardier un tercer medio? Nunca se ha sabido.

No siempre es posible darse cuenta de las maravillas de una evasión. El hombre que se escapa, repitámoslo, es un inspirado; hay algo de la estrella y el relámpago, en la misteriosa claridad de la huida; el esfuerzo hacia la liberación no es menos sorprendente que el vuelo hacia lo sublime; y se pregunta de un ladrón evadido: «¿Cómo habrá escalado esta pared?», del mismo modo que se dice de Corneille: «¿Qué le habrá inspirado esta escena?»

Sea como fuere, goteando sudor, empapado por la lluvia, con los vestidos hechos harapos, las manos destrozadas, los codos sangrientos, las rodillas desolladas, Thénardier había conseguido llegar a lo que los niños, en lenguaje figurado, llaman el corte de la pared ruinosa, y allí, faltándole la fuerza, se había tendido cuan largo era. La altura vertical de un tercer piso lo separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era demasiado corta.

Allí esperaba, pálido, agotado, desesperado, cubierto por la oscuridad de la noche, pero diciéndose que pronto se haría de día; aterrorizado ante la idea de oír sonar dentro de algunos instantes las cuatro en el cercano reloj de Saint-Paul, hora en que irían a relevar al centinela, y en que lo encontrarían dormido bajo el tejado agujereado; mirando con estupor a aquella profundidad terrible a la luz de los faroles, el suelo mojado y negro, aquel suelo deseado y terrible, que era la muerte y la libertad.

Se preguntaba si su tres cómplices de evasión habrían salido bien librados, si lo habrían esperado y si acudirían en su auxilio, escuchaba: excepto una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que permanecía allí. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes, y de Bercy, que iban al mercado bajaban por la calle de Saint-Antoine.

Dieron las cuatro: Thénardier tembló. Pocos instantes después, el confuso rumor que sigue a una evasión descubierta estalló en la cárcel. El ruido de las puertas que se abren y que se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios que llegaban hasta él.

Algunas luces subían y bajaban a las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el último piso del edificio nuevo, los bomberos del cuartel próximo habían sido llamados. Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia por las antorchas, iban y venían por los tejados. Al mismo tiempo, Thénardier veía del lado de la Bastilla una claridad pálida que blanqueaba lúgubremente la parte baja del cielo.

Él estaba, pues, en lo alto de una pared de diez pulgadas de ancho, tendido sobre su cima, con dos abismos a derecha e izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible y del horror a una prisión segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una de estas ideas a la otra: «Muerto si caigo; preso si me quedo.»

En esta angustia, vio de pronto en la calle que estaba aún oscura a un hombre que se deslizaba a lo largo de la pared, y que venía del lado de la calle Pavée, quien se detuvo en la rinconada, encima de la cual se hallaba Thénardier como suspendido. Este hombre se unió a un

segundo que marchaba con la misma precaución, después llegó un tercero, y después un cuarto.

Cuando aquellos hombres estuvieron reunidos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada y entraron los cuatro en el recinto en el que se halla la barraca. Se encontraban precisamente debajo de Thénardier. Aquellos hombres habían escogido evidentemente aquel rincón para hablar sin ser vistos por los transeúntes ni del centinela que guarda el postigo de la Force a algunos pasos de allí. Es preciso decir también que el centinela, huyendo de la lluvia, se había metido en la garita. Thénardier, no pudiendo distinguir sus rostros, prestó oído a sus palabras con la desesperada atención de un miserable que se siente perdido.

Entonces vio pasar ante sus ojos algo semejante a la esperanza: aquellos hombres hablaban argot.

El primero decía en voz baja:

—Nagemonos. ¿Que querelamos icigo? [1]

El segundo respondió:

—Bisela hasta apagar el benguistano; los ganchos avillaran, y allí hay un jundo aplacerado a la coba, diquel nae esgabarren mangue icicaille? [2]

Estas dos palabras, *icigo* e *icicaille*, que pertenecen la primera al argot de las barreras, y la segunda al argot del Temple, fueron dos rayos de luz para Thénardier. En la primera conoció a Brujón, que era vago de las barreras, y en la segunda a Babet, que entre sus varias profesiones era prendero en el Temple.

El antiguo argot del gran siglo no se habla ya más que en el Temple, y Babet era el único que lo hablaba en toda su pureza. Sin icicaille, Thénardier no lo hubie-

1 Vámonos. ¿Qué hacemos aquí?

2 Llueve hasta apagar el infierno. Los polizontes vendrán, y allí hay un soldado de centinela: mira no nos prendan aquí.

ra reconocido, pues había desfigurado completamente la voz.

Mientras tanto, el tercero intervenía:

—Nada nos apremia; esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesita de nosotros?

En este lenguaje, que no era otra cosa que francés, Thénardier reconoció a Montparnasse, que empleaba su elegancia en comprender todos los géneros de argot y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, callaba, pero sus anchas espaldas lo denunciaban. Thénardier no dudó. Era Gueulemer.

Brujón replicó así impetuosamente, pero siempre en voz baja:

—¿Qué sinas garlando? O julai n'asti najarse. Na chanela mistos de chaneleria. Quebrar a talarosa, y riquelar as sabánas somia querelar yeque guindala, querelar chirroes andre as bundales, querelar papeles calabeosos, maestras, quebrar ciseles, luanar a guindala d'abri; sonajarse; vadearse; somia ocono ha a sinelar baró choré. O batu na terelara astis querelarlo. Na chanela traginar [1].

Babet añadió, hablando siempre en el argot clásico en que hablaban Poulailler y Cartouche, y que es el argot atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujón, lo que la lengua de Racine es la lengua de André Chénier:

—O julai amangue sina trincao. ¡Ha a sinelar baró choré!, y sina o yeque chavelo. Sinada jopnjabado por yeque chinel, pur na por yeque chaviro vadeado de baro batu. Montparnasse, ¿junelas ocolas gritadas? ¿Diquelas

1 ¿Qué estás hablando? El posadero no ha podido escaparse. No sabe bien el arte. Romper la ropa y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, hacer agujeros en las puertas, hacer falsos papeles y llaves falsas, romper los grillos, atar la cuerda por fuera, ocultarse, disfrazarse: para esto hay que ser muy largo. El viejo no habrá podido hacerlo. No sabe trabajar.

ocolas urdifielas andre o estaripiel? Ocono sina sos tirela esgabarrao. ¡Bah! Sinara apeao a tullosa. Menda na terelo dal; na sio mandrial; acana chanelamos lo sos sina; na estimos pirrel por o julai, y sinaremos esgabarraos. Na niquelas, andivela sat mangue a piyar de peñascaró [1].

—No se debe dejar a los amigos en peligro —dijo Montparnasse.

—Penelo sos sina trincao. A ocana o julai n'acombra yeque pasmano. Na sina astio querelar chi. Nagemonos. Pechabelo sos sinao esgabarrao por yeque chinel [2].

Montparnasse sólo hacía resistencia débilmente; el hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que tienen los bandidos para no abandonarse nunca mutuamente, habían estado rondando toda la noche alrededor de la Force, a pesar del peligro, con la esperanza de ver surgir por algún lado a Thénardier. Pero la noche, que para ellos resultaba muy hermosa, era un turbión que tenía todas las calles desiertas; el frío que los entumecía, sus ropas mojadas, su calzado roto, el ruido inquieto que había estallado en la cárcel, las horas que habían pasado, las patrullas que habían visto, la esperanza que iban perdiendo, el miedo que se iba apoderando de ellos; todo esto los impulsaba a retirarse. El mismo Montparnasse, que era un poco yerno de Thénardier, cedía ya. Un momento más, y se hubieran ido. Thénardier

[1] Tu posadero está cogido. ¡Es preciso ser muy largo!, y él es un aprendiz. Lo habrá engañado algún alguacil o tal vez un borrego que se habrá hecho su compadre. Montparnasse, ¿oyes esos gritos?, ¿ves esas luces en la cárcel? Eso es que ya está preso. ¡Bah! Será condenado a cadena. Yo no tengo miedo; no soy cobarde; ya sabemos lo que es; no podemos hacer nada por él, y seremos cogidos. No te incomodes, anda, ven con nosotros a beber aguardiente.

[2] Tu posadero está cogido. A estas horas, el posadero no vale un ochavo. No podemos hacer nada. Vámonos. Me figuro que me están cogiendo los corchetes.

estaba anhelante sobre la tapia, como los náufragos de la Medusa en su balsa viendo pasar el buque y desaparecer en el horizonte.

No se atrevía a llamarlos; un grito que se oyese podía perderlo todo; se le ocurrió una idea desesperada: un relámpago. Sacó del bolsillo el cabo de cuerda de Brujón, que había desatado de la chimenea del edificio nuevo, y lo arrojó al recinto de la empalizada.

La cuerda cayó a los pies de los ladrones.

—¡Una viuda! —gritó Babet[1].

—¡Mi guindala! —exclamó Brujón[2].

—Ahí está el posadero —dijo Montparnasse.

Alzaron los ojos. Thénardier adelantó un poco la cabeza.

—¡Rápido! —dijo Montparnasse—; ¿tienes el otro pedazo de cuerda, Brujón?

—Sí.

—Ata los dos cabos; le echaremos la cuerda; la sujetará a la pared, y tendrá suficiente para bajar.

Thénardier se aventuró a alzar la voz:

—Estoy transido.

—Ya te calentaremos.

—No púedo moverme.

—Te deslizarás, y nosotros te recogeremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda a la pared.

—¡No podré!

—Es preciso que uno de nosotros suba —dijo Montparnasse.

—¡Tres pisos! —exclamó Brujón.

1 Una cuerda.

2 Mi cuerda.

Un viejo conducto de yeso, que había servido para una chimenea que antiguamente se encendía en la barraca, subía por la pared y llegaba casi hasta el lugar donde se encontraba Thénardier. Este conducto, todo lleno de grietas, y agujereado, cayó más tarde, pero todavía se ven sus restos. Era muy estrecho.

—Podría subirse por ahí —dijo Montparnasse.

—¿Por este tubo? —exclamó Babet—; ¡un manú![1], ¡es imposible! Sólo podría hacerlo un chaval[2].

—Sólo un chaval —repitió Brujón.

—¿Dónde encontrarlo? —preguntó Gueulemer.

—Esperad —dijo Montparnasse—. Ya lo tengo.

Entreabió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que ningún transeúnte atravesaba la calle, salió con precaución, cerró la puerta tras sí y marchó corriendo en dirección a la Bastilla.

Trascurrieron siete u ocho minutos, ocho mil siglos para Thénardier, Babet, Brujón y Gueulemer no despegaban los labios; la puerta volvió a abrirse al fin, y apareció Montparnasse, sofocado, acompañado de Gavroche. La lluvia continuaba manteniendo aún la calle desierta.

El pequeño Gavroche entró en el recinto y miró los rostros de los bandidos con aire tranquilo. El agua le chorreaba por los cabellos. Gueulemer le dirigió la palabra:

—Chaval, ¿eres un hombre?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chaval sasta mande sina un manú, y manuces sasta sangue sinan chavales[3].

1 Un hombre.

2 Un niño.

3 Un niño como yo, es un hombre, y hombres como vosotros, son niños.

—Baró parla el chaval —dijo Babet[1].

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Gavroche.

Montparnasse respondió:

—Trepar por este tubo.

—Con esta viuda —dijo Babet[2].

—Y luar la guindala —continuó Brujón[3].

—A lo alto de la pared —volvió a decir Babet.

—A través de la ventana —añadió Brujón.

—¿Y luego? —dijo Gavroche.

—¡Nada más!

El pilluelo examinó la cuerda, la chimenea, la pared y las ventanas, e hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido con los labios, que significaba: «¿Y cuánto vale esto?»

—Allí arriba hay un hombre a quien salvarás.

—¿Quieres? —preguntó Brujón.

—¡Chaval! —exclamó el muchacho como si la pregunta le pareciese inesperada; y se sacó los zapatos.

Gueulemer cogió a Gavroche por un brazo, lo colocó sobre el tejado de la barraca, cuyas tablas carcomidas se doblaban bajo el peso del niño, y le entregó la cuerda que Brujón había atado durante la ausencia de Montparnasse.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el que era fácil penetrar a través de una ancha abertura que tenía cerca del tejado. En el momento en que iba a subir, Thénardier, que veía la salvación y la vida que se le acercaban, se inclinó sobre el borde de la pared: la primera claridad del día blanqueaba su frente inundada de sudor, sus lívidas mejillas, su nariz afilada y salvaje, su barba gris erizada, y Gavroche lo reconoció:

1 ¡Bien habla el chiquillo!

2 Esta cuerda.

3 Atar la cuerda.

—¡Vaya! —exclamó—, ¡pero si es mi padre...! ¡Oh!, no importa.

Y cogiendo la cuerda entre sus dientes, empezó resueltamente la subida.

Llegó a lo alto del paredón, montó en él como si fuera un caballo y ató sólidamente la cuerda en la traviesa superior de la ventana.

Un momento más tarde, Thénardier se encontraba en la calle.

Así que hubo puesto los pies sobre el empedrado, así que se vio fuera de peligro, ya no se sintió fatigado, ni transido, ni tembloroso; las cosas terribles por las que había pasado, se desvanecieron como el humo; toda su extraña y feroz inteligencia se despertó, y se encontró de pie y libre, dispuesto a marchar adelante. Véanse cuáles fueron las primeras palabras de aquel hombre:

—Y ahora, ¿a quién vamos a comer?

Es inútil explicar el significado de esta palabra terriblemente trasparente que significa a la vez matar, asesinar, y desvalijar. Comer, es decir: devorar.

—Chivaremos bien —dijo Brujón—. Acabemos en tres palabras, y nos separaremos enseguida. Había un buen asunto de buena cara en la calle Plumet; una calle desierta, una casa aislada, una verja podrida que da a un jardín, mujeres solas.

—Y bien, ¿por qué no? —preguntó Thénardier.

—Tu dugida [1], Éponine, ha ido a verlo —respondió Babet.

—Y ha dado un bizcocho a la Magnon —añadió Gueulemer—. No hay nada que maquilar [2] allí.

1 Tu hija.

2 No hay nada que hacer allí.

La dugida no es gili[1] —dijo Thénardier—. Sin embargo, bueno será verlo.

—Sí, sí —dijo Brujón—; lo veremos.

Mientras tanto, ninguno de estos hombres se acordaba de Gavroche, quien durante este coloquio se había sentado en uno de los guardacantones de la empalizada; esperó algunos instantes, tal vez a que su padre se volviese hacia él; después se puso los zapatos y dijo:

—¿Habéis terminado? ¿ya no tenéis necesidad de mí, hombres?; ya os he sacado del apuro. Me voy. Tengo que ir a cuidar a mis párvulos.

Y se marchó.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Cuando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle de Ballets, Babet se llevó a Thénardier aparte.

—¿Te has fijado en el chaval? —le preguntó.

—¿Qué chaval?

—El que ha escalado la pared y te ha llevado la cuerda.

—No mucho.

—Pues bien, no sé, pero me parece que es tu hijo.

—¡Bah! —dijo Thénardier—, ¿tú crees?

Y se marchó.

[1] Estúpida.

Libro sétimo

El argot

I

Origen[1]

Pigritia es una palabra terrible.

Engendra un mundo, la *pègre,* o sea, el robo; y un infierno, la *pégrenne,* o sea el hambre.

Es decir, que la pereza es una madre.

Tiene un hijo, el robo; y una hija, el hambre.

¿En dónde estamos en este momento? En el argot.

¿Y qué es el argot? Es todo a la vez: nación e idioma; es el robo bajo dos especies: pueblo y lengua.

[1] La explicación que el autor hace del argot en este libro se refiere al argot francés exclusivamente; por esta razón, algunas veces no pueden aplicarse al argot español las interpretaciones y el origen que el autor atribuye a ciertas palabras.

Sin embargo, como este lenguaje es en esencia el mismo en todos los pueblos y procede de un mismo tronco, la mayor parte, de sus palabras conservan idéntica significación, habiéndose modificado solamente en las terminaciones y en la estructura que ha dado a sus variaciones gramaticales el carácter de la lengua nacional.

Por estas razones, en los diálogos traducimos completamente en argot español el argot francés; pero en la explicación del origen y raíces de algunas palabras, nos vemos obligados a dejarlas en francés, porque esta explicación no sería aplicable al español.

Cuando hace treinta y cuatro años, el narrador de esta grave y sombría historia introducía un libro escrito con el mismo objeto que éste [1], un ladrón hablando en argot, produjo este asombro y clamoreó.

«—¡Cómo! Pero, ¿qué es eso? ¡Argot! ¡El argot es atroz! ¡Es la jerga de la chusma, del presidio, de la cárcel, de todo lo más abominable de la sociedad!, etcétera.»

Nunca hemos comprendido este género de objeciones.

Después, dos grandes novelistas, de los cuales uno es un profundo observador del corazón humano, y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugène Sue, han hecho hablar a los bandidos en su lengua natural, como como lo había hecho en 1828 el autor de *El último día de un condenado*, y se han suscitado las mismas reclamaciones. Se ha repetido: ¿Qué quieren los escritores con esa repugnante jerga? ¡El argot es horrible! ¡El argot hace estremecer! ¿Quién lo niega? Sin duda.

Cuando se trata de sondear una llaga, un abismo o una sociedad, ¿desde cuándo es una falta descender demasiado, ir al fondo? Muchas veces hemos pensado que esto era un acto de valor y por lo menos una acción inocente y útil, digna de la atención simpática que merece el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no se ha de explorar todo, y no se ha de estudiar? ¿Por qué se ha de detener uno en el camino? El detenerse corresponde a la sonda, no al que sondea.

Ciertamente que ir a buscar en la última capa del orden social, allí donde concluye la tierra y empieza el fango; registrar en aquellas aguas espesas; perseguir, coger y arrojar palpitante a la superficie este idioma abyecto que gotea lodo sacado a la luz, este vocabulario pustuloso, en que cada palabra parece un anillo inmundo de un mons-

1 *El último día de un condenado.*

truo del cieno y de las tinieblas no es ni una empresa cómoda, ni seductora.

Nada es más lúgubre que contemplar así desnudos a la luz del pensamiento el hormiguero terrible del argot. En efecto: parece que es una especie de horrible fiera, hecha para vivir en la noche, y que se ve arrancada de su cloaca. Se cree ver una horrible maleza viva y erizada que tiembla, se mueve, se agita, pide volver a la sombra, amenaza y mira. Tal palabra parece una garra; tal otra un ojo apagado y sangriento: tal frase parece moverse como la tenaza de una langosta. Todas viven con esa vida repugnante de las cosas que están organizadas en la desorganización.

Pero, ¿desde cuándo el horror excluye al estudio? ¿Desde cuándo la enfermedad rechaza al médico? ¿Qué se diría de un naturalista que se negase a estudiar la víbora, el murciélago, el escorpión, el ciempiés, la tarántula y que los rechazase a las tinieblas diciendo: «¡Oh, qué fealdad!» El pensador que se alejase del argot se parecería a un cirujano que se apartase de una úlcera o de una verruga: sería un filólogo dudando examinar un hecho de la lengua; un filósofo dudando analizar un hecho de la humanidad. Porque, y es preciso decirlo a los que lo ignoran, el argot es al mismo tiempo un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué es el argot propiamente dicho? El argot es la lengua de la miseria.

Aquí podría interrumpirse alguno; puede generalizarse el hecho; lo cual muchas veces es un medio de atenuarlo; puede decírsenos que todos los oficios, todas las profesiones, y casi podría añadirse, todos los accidentes de la jerarquía social, y todas las formas de la inteligencia tienen su argot especial: el comerciante, que dice: «Montpellier disponible; Marseille, buena calidad», el agente de cambio que dice: «cargo, prima, a la par»; el jugador que dice: «tercio y todo, fallo a espadas»; el ujier

de las islas normandas que dice: «el feudatario deteniéndose en su fundo no puede reclamar el fruto de este fundo durante el embargo hereditario de los inmuebles del renunciador»; el zarzuelista que dice: «han hecho bailar al oso»; el cómico que dice: «tengo un caballo blanco»; el filósofo que dice: «triplicida fenomenal»; el cazador que dice: «la res está encamada»; el frenólogo que dice: «amatividad, combatividad, socretividad»; el soldado de infantería que dice: «mi tambor»; el soldado de caballería que dice: «a media rienda»; el maestro de esgrima que dice: «tercera, cuarta, a fondo»; el impresor, que dice: «atanasia»; todos, impresor, maestro de esgrima, soldado de caballería o de infantería, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, zarzuelista, ujier, jugador, agente de cambio y comerciante, todos hablan en argot.

El pintor que dice «el ambiente del cuadro»; el escribano que dice: «dejado el crimen»; el peluquero que dice: «a media melena»; el zapatero que dice: «tapas»; hablan argot. En rigor, y si se quiere, absolutamente todos esos modos de decir la derecha y la izquierda; el marinero «a babor» y «a estribor»; el maquinista, «lado del patio» y «lado del jardín»; el perrero, «lado de la *Epístola*» y «lado del *Evangelio*», son argot. Hay argot de monas, como hay argot de sabidillas. El palacio de Rambouillet, es decir, la aristocracia y el lujo, confinaba con la Corte de los Milagros; es decir, con la pobreza y el vicio. Hay argot de duquesas, como demuestra la siguiente frase escrita en un billete amoroso por una gran señora de la restauración «hallaréis en esas chismerías una porción de razones para que yo me libertice». Las cifras diplomáticas son argot. La cancillería romana diciendo 26 por Roma, «grkztntgtzyal» por «envío» y «abfxustgrnogrkzutuXI» por «duque de Módena» habla argot. Los médicos de la edad media, que por decir zanahoria, rábanos y nabos decían: «opoponach, perfroschinum, reptitalmus, draca-

tholicum angelodum, postmegodum», hablaban argot. El fabricante de azúcar que dice: «moscabada, terciada, bastarda, común, tostada, clarificada»; este honrado industrial habla argot. Una escuela de crítica que decía hace veinte años: «La mitad de Shakespeare es un juego de palabras y de retruécanos», hablaba argot. El poeta y el artista que con profundo sentido calificaron al señor de Montmorency «un ciudadano» si no hubiese sido muy entendido en versos y estatuas, hablaron en argot. El académico clásico que llama a las flores *Flora;* a los frutos, *Pompona;* al mar *Neptuno;* al amor «los fuegos»; a la belleza, «los atractivos»; a un caballo, «un corcel»; a la escarapela blanca o tricolor, «la rosa de Belona»; al sombrero de tres picos, «el triángulo de Marte»; ese académico clásico habla argot. El álgebra, la medicina, la botánica tienen su argot. El lenguaje que se emplea a bordo, ese admirable lenguaje de la mar, tan completo y tan pintoresco, que han hablado Jean Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se mezcla con el silbido de las cuerdas, con el ruido de la bocina, con el choque de abordaje, con el vaivén, con el viento, con las ráfagas, con el cañón, es un argot heroico y brillante, que es al terrible argot de la miseria lo que el león al chacal.

Sin duda. Pero dígase lo que se quiera, este modo de comprender el argot tiene una extensión que no admitirá todo el mundo. En cuanto a nosotros conservamos a esta palabra su antigua acepción precisa, circunscripta y determinada, y limitamos el argot al argot. El argot verdadero, el argot por excelencia, si es que estas dos palabras pueden reunirse, el argot inmemorial, no es, lo repetimos, más que la lengua fea, inquieta, socarrona, traidora, venenosa, cruel, tortuosa, vil, profunda, fatal de la miseria.

Hay en el extremo del envilecimiento y del infortunio una última miseria que se rebela, y que se decide

a entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes; lucha horrible, que ora astuta, ora violenta, feroz y malsana a la vez, ataca el orden social a alfilerazos por medio del vicio y a estocadas por medio del crimen. Para las necesidades de esta lucha la miseria ha inventado una lengua de combate que es el argot.

Hacer sobrenadar y conservar sobre el olvido, sobre el abismo, aunque no sea más que un fragmento de una lengua cualquiera que ha hablado el hombre y que de otro modo se perdería; es decir uno de los elementos buenos o malos, de que se compone o que complica la civilización social, es auxiliar a la misma civilización. Este servicio lo ha hecho Plauto, queriéndolo o no, haciendo hablar el fenicio a los soldados cartagineses; este servicio lo ha hecho Molière, haciendo hablar el levantino y toda clase de patuá a muchos de sus personajes.

Aquí vuelven a suscitarse las objeciones; el fenicio ¡magnífico!, el levantino ¡bueno!, el patuá ¡pase!, son lenguas que han pertenecido a naciones o provincias; pero el argot ¿para qué queréis conservar el argot? ¿para qué «sobrenadar» el argot?

A esto sólo responderemos una cosa. Ciertamente; la lengua que ha hablado una nación o una provincia es digna de interés; pero es más digna aún de atención y estudio la lengua que ha hablado la miseria.

La lengua que ha hablado en Francia, por ejemplo, por más de cuatro siglos, no solamente una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana posible. Y, además, insistimos en ello; estudiar las enfermedades y las deformidades sociales y designarlas para curarlas, no es una necesidad en que se permita la elección. El historiador de las costumbres y de las ideas no tiene una misión menos austera que el historiador de los sucesos. Éste tiene en la

superficie de la civilización las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones a la luz del día, todo lo exterior; el otro historiador tiene el fondo, el pueblo que trabaja, que padece y espera, la mujer oprimida, y el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre a hombre, las ferocidades oscuras, las preocupaciones, las alarmas fingidas, los efectos indirectos y subterráneos de las leyes, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de la multitud, los pobres que mueren de hambre, los que andan con los pies desnudos, los desheredados, los huérfanos, los desgraciados y los infames; todas esas larvas que andan vagando en la oscuridad. Le es necesario descender con el corazón lleno de caridad y de severidad a un mismo tiempo, como un hermano, como un juez, hasta esas casamatas impenetrables, en que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren; los que lloran y los que maldicen; los que ayunan y los que devoran: los que sufren el mal y los que lo cometen. Estos historiadores de los corazones y de las almas, ¿tienen acaso deberes menos importantes que los historiadores de los hechos, exteriores? ¿Se cree que Dante tiene que decir menos que Maquiavelo? ¿Acaso lo inferior de la civilización, sólo porque es más sombrío y más profundo, es menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando no se conoce la caverna?

Pero consignemos aquí, antes de ir más adelante, que, a pesar de las palabras anteriores no puede inferirse que haya entre las dos clases de historiadores una diferencia, una barrera que no existe en nuestra mente. Nadie puede ser buen historiador de la vida patente, visible, alumbrada, pública y en cierta magnitud, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen

historiador de lo interior, si no sabe ser, siempre que sea necesario, historiador de lo exterior.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre, y se engendran mutuamente con frecuencia. Todas las líneas que la providencia traza en la superficie de una nación, tienen sus paralelas sombrías, pero claras, en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Como la verdadera historia se introduce en todo, el verdadero historiador tiene que introducirse en todo.

El hombre no es un círculo de un solo centro, es una elipse de dos focos: uno lo constituyen los hechos: otro, las ideas.

El argot no es más que un disfraz con que se cubre la lengua cuando va a hacer algo malo. Se reviste de palabras con máscaras y de metáforas con harapos.

Y así se hace horrible.

Cuesta trabajo conocerla. ¿Es la lengua francesa esa gran lengua humana? Ahí está dispuesta a entrar en escena, y a dar la réplica al crimen; propia para todos los empleos del repertorio del mal. No progresa, cojea; cojea con la muleta de la Corte de los Milagros, muleta que se metamorfosea en una maza; se llama *truhanería;* todos los espectros que son sus camareros la han estropeado; se arrastra y se levanta; lo cual constituye el doble movimiento del reptil. Es propia para todos los papeles; la ha hecho ambigua el falsario; verdegris el envenenador; está carbonizada por el hollín del incendiario: el asesino le presta el color rojo.

Cuando se escucha del lado de las personas honradas a la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que están fuera. Se oyen las preguntas y las respuestas. Se percibe sin comprenderlo, un murmullo re-

pugnante que suena casi como la voz humana, pero que se aproxima más al aullido que a la palabra. Es el argot. Las palabras son deformes, y están impregnadas de una especie de bestialidad fantástica. Parece que se oye hablar a hidras.

Este lenguaje es lo ininteligible en lo tenebroso; rechina y cuchichea, y completa el crepúsculo con el enigma. La noche mora en la desgracia, pero es aún más tenebrosa en el crimen. Estas dos negras sombras amalgamadas componen el argot. Oscuridad en la atmósfera, oscuridad en las acciones, oscuridad en las palabras. Espantosa lengua reptil, que va, viene, salta, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma oscura, compuesta de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno, mediodía de los miserables.

¡Compadezcamos a los castigados! ¡Ah! ¿Qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo en este momento? ¿Qué sois vosotros que me escucháis? ¿De dónde venimos? ¿Estamos seguros de no haber hecho nada antes de haber nacido? La tierra no deja de tener semejanza con un presidio. ¡Quién sabe si el hombre no es más que un sentenciado de la justicia divina!

Mirad la vida de cerca, y veréis que es tal, que en toda ella se encuentra el castigo.

¿Sois lo que se llama un ser feliz? Estáis tristes todos los días. Cada día tiene su disgusto y su pequeño cuidado. Ayer temblabais por una salud que os es querida, hoy teméis por la vuestra; mañana tendréis una inquietud por el dinero; pasado mañana os inquietará la diatriba de un calumniador; el otro, la desgracia de un amigo; después el tiempo que hace; después cualquier cosa que se rompa o se pierda; después un placer que la conciencia o la columna vertebral os hecha en cara; otra vez la marcha de los negocios públicos. Y esto

sin contar las penas del corazón, y así sucesivamente. Apenas se disipa una nube, se forma otra; apenas hay un día de sol y de alegría entre ciento. Y, sin embargo, sois del pequeño número que goza de la felicidad. En cuanto a los demás hombres, la eterna noche se cierne sobre ellos.

Los ánimos reflexivos usan muy poco esta alocución; los felices y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay seres felices. La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos: tal es el grande objetivo. Por esto gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! Aprender a leer es encender el fuego; toda la sílaba deletreada brilla.

Pero el que dice luz, no dice necesariamente goces. También se padece en la luz, porque el exceso quema. La llama es enemiga de las alas. Arder sin cesar de volar es el prodigio del genio. Cuando sepáis y améis, padeceréis aún. El día nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

II

Raíces

El argot es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en su más sombrías profundidades; la filosofía social se sumerge en las meditaciones más dolorosas en presencia de este enigmático dialecto, a un mismo tiempo humillado y rebelde.

Allí es donde se encuentra el castigo visible. Cada sílaba tiene una significación marcada.

Las palabras de la lengua vulgar se presentan en el argot como contraídas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo, y algunas veces parece que están humeando aún. Tal frase produce el mismo efecto que la marca de la flor de lis de un ladrón, a quien se desnuda de repente. La idea se opone siempre a dejarse expresar por estos sustantivos perseguidos por la justicia. La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla.

Por lo demás, y a pesar de todo esto, y aún a causa de todo esto, esa jerga extraña tiene de derecho su habitación en el gran estante imparcial, en que hay un

sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El argot, quiérase o no se quiera, tiene su sintaxis y su poesía; es una lengua; y si en la deformidad de ciertos vocablos se conoce que ha sido mascullada por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias se descubre que la ha hablado Villon.

El siguiente verso, tan exquisito y tan célebre:

¿Do están las nieves de antan?

Es un verso de argot. Antaño *ante annum* es una palabra de argot de Túnez, que significa el «año pasado», y por extensión «en otro tiempo». Hace treinta y cinco años aún podía leerse, en la época de la salida de la gran cadena en 1827, en uno de los calabozos de Bicêtre, esta máxima grabada con un clavo en la pared por un rey de Túnez, condenado a galeras: «Les dabs d'antan trimaient siempre pour la pierre du Coësre.» Lo que quiere decir: «Los reyes de otro tiempo iban siempre a hacerse consagrar.» Para aquel rey la consagración era el presidio.

La palabra *décarrade,* que significa la partida de un carruaje pesado al galope, se atribuye a Villon, y es digna de él. Esta palabra que echa fuego por las cuatro patas, resume en una onomatopeya magistral el admirable verso de La Fontaine:

Tiraban de un coche seis fuertes caballos.

Desde el punto de vista puramente literario, pocos estudiosos serán más curiosos y más fecundos que el del argot. Es una lengua dentro de la lengua común; una especie de excreciencia enfermiza; un injerto malsano que ha producido una vegetación; planta parásita que tiene sus raíces en el viejo tronco galo, y cuyo siniestro follaje se arrastra por un lado de la lengua. Esto es lo que podría llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar del argot. Mas para los que estudian la lengua como deben estudiarla, es decir, como los geólogos estudian

la tierra, el argot se presenta como un verdadero aluvión. Según se ahonda más o menos, se encuentra en el argot por bajo del antiguo francés popular, el provenzal, el español, el italiano, el levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo, el inglés y el alemán. El romance en sus tres variedades: el romance francés, el romance italiano, el romance romano, del latín, y, en fin, el vasco y el celta. Formación extraña y oscura. Edificio subterráneo construido en común por todos los miserables. Cada raza maldita ha formado una capa, cada padecimiento ha dejado caer una piedra, cada corazón ha dado un guijarro. Una multitud de almas criminales, bajas, e irritadas que han atravesado la vida, y se han ido a desvanecer en la eternidad, están allí casi completas y en cierto modo visibles, aun bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se quiere voces españolas? El antiguo argot gótico las tiene en abundancia. Ahí están *boffete*, que viene de *bofetón; vantane*, después *vanterne*, que viene de *ventana; gat*, que viene de *gato; acite*, que viene de *aceite*. ¿Se quieren voces italianas? *Spade*, que viene de *espada; carvel*, barco, que viene de *caravella*. ¿Se quieren inglesas? *Bichot, obispo*, que viene de *bishop; raille*, espía, que viene de *rascal, rascalion*, pillo; *pilche*, estuche, que viene de *pilcher*, vaina. ¿Se quieren alemanas *caleur*, mozo, de *Kellner; hers, amo*, que viene de *Herzog*, duque. ¿Se quieren latinas? *Frangir*, romper, de *frangere; affurer*, robar, de *fur; cadène*, cadena, de *catena*. Hay una palabra que reaparece en todas las leyendas del continente con una especie de poder y autoridad misteriosa, la palabra *magnus*. Escocia ha sacado de ella *mac*, conque designa al jefe del clan, Mac-Farlane, Mac-Callummore[1]; el gran Farlane, el gran Callummore; el argot

[1] Obsérvese que *mac* en celta significa hijo.

ha sacado *meck* y después *meg*, es decir, Dios. ¿Se quieren voces vascongadas? *Gahisto*, el diablo, que viene de *gaïztoa*, malo; *sorgabon*, buenas noches, que viene de *gabon*, buenas noches. ¿Se quieren celtas? *Blavin*, pañuelo, que viene de *blavet*, agua que corre; *ménesse*, mujer (en mal sentido) que viene de *moinec*, lleno de piedras; *barant*, arroyo, de *baranton*, fuente; *golfeur*, cerrajero de *goff*, herrero; o *guédouze*, muerte, de *guenn-duc*, blanco-negro. ¿Se quiere, en fin, la historia? El argot llama a los escudos *malteses*, en recuerdo de la moneda que corría en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acabamos de indicar, el argot tiene otras raíces, más naturales, y que salen, por decirlo así, del mismo espíritu del hombre.

En primer lugar, hay que notar la creación directa de las palabras que constituyen el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen figura, aunque no se sepa cómo ni por qué, es el fondo primitivo de toda lengua humana; es lo que podría llamarse el granito de su construcción. El argot abunda en palabras de este género, palabras inmediatas, hechas de una pieza, no se sabe cómo ni por qué, sin etimología, sin analogía, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, repugnantes algunas veces que tienen una singular fuerza de expresión, y que viven. El verdugo, *le taule;* el bosque, *le sabri;* el miedo, la fuga, *taf;* el lacayo, *le larbin;* el general, el prefecto, el ministro, *pharos;* el diablo, *le rabouin*. Nada es más extraño que estas palabras que disfrazan y presentan la idea. Algunas como *le rabouin*, son al mismo tiempo grotesca y terribles y producen el efecto de un gesto ciclópeo.

En segundo lugar, viene la metáfora, porque lo más propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo todo, es la abundancia de figuras. La metáfora es un enigma en que se refugian el ladrón que medita un golpe

y el preso que combina una evasión. No hay ningún idioma más metafórico que el argot. «Trincar por el tronco», agarrar por el cuello; «la nube», la capa; «hacinar a uno», juzgarlo: «un ratón», un ladrón de pan; «dardear», «picar», llover, figura antigua y asombrosa, que lleva su fecha en sí misma, y asimila las largas líneas oblicuas de la lluvia a las picas espesas e inclinadas de los *lansquenets,* y que contiene en una sola palabra la metonimia popular «llueven cruzos». Algunas veces, a medida que el argot pasa de la primera época a la segunda las palabras pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico. El diablo cesa de ser *rabouin,* y se convierte en el *boulanger* [1], el que anda en el horno. Esta significación es más ingeniosa pero menos grande, es como Racine después de Corneille; como Eurípides después de Esquilo.

Ciertas frases del argot que corresponden a las dos épocas, y tienen a la vez el carácter bárbaro y metafórico, parecen un efecto fantasmagórico. «Los murcios van a chorar queles a la luna.» [2] Esto pasa por la mente como un grupo de espectros: no se sabe lo que se ve.

En tercer lugar, tenemos la modificación. El argot vive de la lengua y la usa a su capricho; la emplea al acaso, y se limita, muchas veces, cuando tiene necesidad, a desnaturalizarla sumaria y gravemente. A veces con las palabras usuales así trasformadas, y complicadas con las palabras de argot puro, compone locuciones pintorescas, en que se descubre la mezcla de los dos elementos precedentes, la creación directa y la metáfora: «Le dab jaspine, je marronne que la roulette de Pantin trime dans le sabri.»

1 Panadero.

2 «Los ladrones van a robar burros por la noche.»

El *forio* es un *gilí*, la *foria* es *garlicha*, y la *dugida*, *juncal;* el ciudadano es tonto, la ciudadana es astuta, la hija es bonita.

Muchas veces, con objeto de hacer perder la pista a los que escuchan, el argot se limita a añadir indistintamente a todas las palabras de la lengua una especie de cola innoble, una terminación o una anteposición en *cuti*, o en *ti*. Por ejemplo: «¿Tite, tipatiretice tibuetino tiestite tiguitisatido?» «¿Te parece bueno este guisado?», frase dirigida por Cartouche a un carcelero para saber si le convenía la cantidad ofrecida por la evasión. Mas recientemente se ha añadido la terminación en *mar*.

El argot siendo el lenguaje de la corrupción se corrompe muy pronto; además como se trata siempre de ocultarse, así que se ve comprendido, se trasforma: Al contrario de lo que sucede en toda vegetación, en el argot, el rayo de luz mata lo que toca. Así, el argot va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar: trabajo rápido y oscuro que no se detiene nunca. El argot camina más en diez años, que la lengua en diez siglos.

Así el *larton*[1] se convierte en *lartif*, el *gail*[2] *en gaye*, la *fertanche*[3] en *fertille*, el *momignard* en el *momacque*, los *siques*[4] en *frusques*, la *chique*[5] en *egrugeoir*, el *colabre*[6] en *colas*.

El diablo es primero *gahisto*, después el *rabouin*, después el *boulanger;* el sacerdote es el *ratichon*, después el *jabalí;* el puñal es el *veintidós*, después el *surin*, después

1 Pan

2 Caballo

3 Paja

4 Vestidos

5 Iglesia

6 Cuello

el *lingre;* los polizontes son *railles,* después *roussins,* después *rousses,* después *comerciantes de lazos;* después *coqueurs,* después *cognes;* el verdugo es el *taule,* después el *buchi,* después el *cojuelo.* En el siglo XVII reñir es «darse para tabaco» en el XIX es «darse de mojadas». Veinte locuciones distintas han pasado entre estos dos extremos. Cartouche hablaría en griego para Lacenaire. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, y a causa de este mismo movimiento, reaparece el antiguo argot y se hace nuevo. Tiene sus capitales donde se conserva. El Temple conserva el argot del siglo XVIII; Bicêtre, cuando era cárcel conservaba el argot de Túnez; allí se oía la antigua terminación en *anche* de los antiguos tunecinos. «Bebeanches tú»; «bebes tu», «areyanches», cree. Pero no por eso es menos ley el movimiento perpetuo. Si el filólogo para observarla llega a fijar por un momento esta lengua, que se evapora sin cesar, cae en dolorosas y útiles meditaciones. Ningún estudio es más eficaz y más fecundo en enseñanzas. No hay una metáfora, ni una etimología del argot que no contenga una lección. Entre esos hombres «golpear» quiere decir «hender»; las astucias es su fuerza.

Para ellos, la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice la *sorgue,* el hombre *l'orgue.* El *hombre* es derivado de la noche. Se han acostumbrado a considerar la sociedad como una atmósfera que los mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad como hablarían de su salud. Un hombre preso es un «enfermo»; un hombre condenado es un «muerto». Lo más terrible para el encarcelado en las cuatro paredes de piedra que lo sepultan, es una especie de castidad glacial; al calabozo lo llama el «casto». En ese lugar fúnebre, la vida exterior se presenta siempre bajo el más

grato aspecto: el preso tiene grillos en los pies. ¿Creéis acaso que piensa en que se anda con los pies? No; piensa en que se baila con los pies, así, en el momento en que consigue limar los grillos, su primera idea es que puede bailar y llama a la lima «la bailadora». Un «hombre» es un «centro», profunda asimilación. El bandido tiene dos cabezas; la una que razona sus acciones y le guía toda su vida, la otra que tiene sobre sus hombros el día de su muerte: llama a la cabeza que le aconseja el crimen *la sorbonne,* y a la cabeza que expía *el troncho.* Cuando un hombre no tiene más que harapos sobre el cuerpo y vicios en el corazón; cuando ha llegado a esa doble degradación material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *miserable,* es lo más propio para el crimen; es como un cuchillo bien afilado: tiene dos filos, su miseria y su maldad; así el argot no dice *un miserable;* dice un *choré.* ¿Qué es el presidio? Un bracero de condenación, un infierno. El forzado se llama un *leño.* En fin, ¿que nombre dan los malhechores a la cárcel? el «colegio».

Todo un sistema penitenciario puede salir de esta palabra.

¿Se quiere saber de dónde han salido la mayor parte de las canciones del presidio, esos refranes llamados en el vocabulario especial las *lirlonfas?* Pues oíd.

Había en el Châtelet de París un subterráneo muy grande, que estaba a ocho pies más bajo que el nivel del Sena. No tenía ni ventanas, ni respiraderos: la única abertura era la puerta. Los hombres podían entrar allí, el aire no. Esta cueva tenía por techo una bóveda de piedra, y por suelo diez pulgadas de fango. Había sido enlosada; pero el enlosado se había podrido y abierto con el agua rezumada. A ocho pies por encima del suelo, una larga y gruesa viga atravesaba el subterráneo de parte a parte; y de esta viga caían, de distancia en dis-

tancia, cadenas de tres pies de longitud en cuyo extremo había una argolla. En aquella cueva se encerraba a los condenados a galera hasta que salían para Toulon.

Se los llevaba hasta ponerlos debajo de la viga, donde a cada uno, esperaba una cadena oscilando en las tinieblas. Las cadenas, es decir, los brazos colgando, y las argollas, es decir, las manos abiertas, cogían aquellos miserables por el cuello. Se remachaba el hierro, y se los dejaba allí. La cadena era demasiado corta, y no podían echarse; permanecían inmóviles en la cueva en aquella oscuridad, bajo aquella viga, casi colgados, haciendo esfuerzos inauditos para alcanzar el pan o el cántaro, con la bóveda sobre la cabeza y el lodo hasta media pierna, corriendo sus excrementos por sus muslos, rendidos de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, agarrándose con las manos a la cadena para descansar, sin poder dormir más que de pie, despertándose a cada instante porque los ahogaba la argolla: algunos no volvían a despertar. Para comer, subían con el talón, a lo largo de la pierna hasta la mano, el pan que se les arrojaba en el lodo. ¿Y cuánto tiempo estaban así? Un mes, dos meses, seis meses; uno estuvo un año. Aquélla era la antecámara de las galeras; y se entraba allí por haber robado una liebre al rey. ¿Y qué hacían en aquel sepulcro-infierno? Lo que se puede hacer en un sepulcro: agonizaban; y lo que se puede hacer en un infierno: cantaban; porque, cuando ya no queda esperanza, queda aún el canto. En las aguas de Malta, cuando una galera se aproximaba, oíase el canto antes de los remos. El pobre cazador furtivo Survincent, que había estado en el subterráneo del Châtelet, decía: «Las rimas me han sostenido.» Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? En aquel subterráneo nacieron casi todas las canciones del argot. Del calabozo del gran Châtelet de París salió el melancólico mote de la galera de Montgomery: «Tima-

loumisaine, timoulamison.» La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una es tierna:

> Aquí está el teatro
> del niño dardero.

Por más que se haga nunca se podrá borrar del corazón del hombre el amor. En ese mundo de acciones sombrías se guarda el secreto. El secreto es de todos; el secreto para esos miserables es la unidad que sirve de base a la unión. Romperlo, es arrancar de cada miembro de esta comunidad terrible alguna cosa de sí mismo. Denunciar en el enérgico lenguaje del argot es: «Comer el pedazo.» Como si el denunciador se llevase un poco de la sustancia de todos y se alimentase con un trozo de carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? la metáfora responde: «Es ver las estrellas.» Aquí interviene el argot y dice: candelillas, «humazo», y el lenguaje usual francés da al bofetón *(soufflet)* por sinónimo «humazo» *(camoufle)*. Así, por una especie de penetración de abajo a arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, hace subir al argot desde la caverna a la academia. Poulailler, diciendo: «Enciendo mi candela» *(camoufle)* hace escribir a Voltaire: «Langleviel La Beaumelle, merece cien bofetones» *(camouflets)*.

Las investigaciones del argot traen un descubrimiento profundo a cada paso. El estudio profundo de este extraño idioma nos lleva al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable, vosotros, yo, cualquiera que pasa; el *pantre (pan,* todo el mundo).

El argot es el verbo hecho presidiario.

Y realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser llevado tan bajo, y arrastrado y oprimido allí por las oscuras tiranías de la fatalidad; que puede estar sujeto por desconocidos vínculos en ese precipicio.

¡Oh, pobre pensamiento de los miserables!

¡Ah! ¿No acudirá nadie al socorro del alma humana que yace en esa sombra? ¿Será su destino esperar en ella para siempre el espíritu, el libertador, el inmenso jinete de los pegasos y de los hipogrifos, al soldado de color de aurora, que desciende del azul entre dos alas, el radiante caballero del porvenir? ¿Llamará siempre en vano en su auxilio la lanza de luz ideal? ¿Está condenada a oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al mal, y a entrever cada vez más cerca, bajo las aguas repugnantes esa cabeza de dragón, esa boca arrojando espuma, esa ondulación serpeante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que viva allí sin un resplandor, sin esperanza, entregado a esa aproximación formidable y vagamente sentida del monstruo, temblorosa, con el cabello suelto, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre a la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

III

Argot que ríe y argot que llora

Como hemos dicho, el argot completo, el argot de hace cuatrocientos años, como el argot de hoy, está penetrado en ese tenebroso espíritu simbólico, que da a todas las palabras, ya un aspecto dolorido, ya un aire amenazador. Se describe en ellas la antigua y terrible tristeza de los truhanes de la Corte de los Milagros, que jugaban a las cartas con naipes especiales, de los cuales se han conservado algunos. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho grandes hojas de trébol, especie de personificación fantástica del bosque. Al pie del árbol se veía una hoguera, en que tres liebres asaban a un cazador en el asador, y detrás, en otra hoguera una marmita humeante, de donde salía la cabeza de un perro. Nada más lúgubre que estas represalias en pintura y en una baraja, en presencia de las hogueras que quemaban a los contrabandistas, y de la caldera en que se cocían los monederos falsos. Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del argot, hasta la canción, hasta

la burla, hasta la amenaza, tenían este carácter impotente y humillado.

Todas las canciones cuya música se ha conservado alguna vez, eran humildes y lastimeras. El *pigre* se llamaba *pobre pigre*, y siempre es la liebre que se oculta, el ratón que se escapa, el pájaro que huye. Apenas reclama; se limita a suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros: «Mande na jabilio sasta Debel, o batu de menuces, asti traelar a desqueres chavorros y junelar desqueres bariches bari traelarse.» [1]

El miserable, siempre que tiene tiempo de pensar, se hace pequeño ante la ley, y despreciable ante la sociedad: se echa boca abajo, suplica, se vuelve hacia la piedad; se conoce que sabe sus faltas.

Hacia mediados del último siglo se verificó un cambio. Las canciones de la cárcel, los ritornelos de los ladrones tomaron, por decirlo así, un gesto insolente y jovial. El quejumbroso *maluré* fue remplazado por *larifla*. En el siglo XVIII vuelve a encontrarse en casi todas las canciones de las galeras y de los presidios una alegría diabólica y enigmática. Se oye este estribillo estridente que parece iluminado por una luz fosfórica, y arrojado en un bosque por un fuego fatuo, tocando el pífano:

Mirlababi surlababo,
Mirliton ribon ribette,
Surlababi mirlababo,
Mirliton ribon ribo.

Esto se cantaba mientras se degollaba a un hombre en una cueva o en un escondrijo del bosque.

[1] Yo no comprendo cómo Dios, el padre de los hombres, pueda atormentar a sus hijos y oír sus gemidos sin atormentarse a sí mismo.

Síntoma grave. En el siglo XVIII, la antigua melancolía de esas tristes clases se disipan: se echan a reír, se burlan del gran *Debel* y del gran *benguistano*. Desde el tiempo de Luis XV le llaman al rey de Francia «el marqués de París». Ya están casi alegres. Una especie de ligera luz sale de estos miserables como si la conciencia no les pesase nada. Esas lastimeras tribus de la sombra no tienen ya solamente la audacia desesperada de las acciones, sino también la osadía negligente del ingenio. Indicio de que pierden el sentimiento de su criminalidad, y de que encuentran hasta entre los pensadores y los utopistas un apoyo que desconocen ellos mismos; indicio de que el robo y el pillaje principian a infiltrarse hasta en las doctrinas y en los sofismas, de manera que pierden algo de su fealdad, prestando una gran parte de ella a los sofismas y a las doctrinas; indicio, en fin, si no se distrae esta corriente, de que se aproxima una explosión prodigiosa.

Detengámonos aquí un momento. ¿A quién acusamos? ¿Al siglo XVIII? ¿A su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot a la cabeza; los fisiócratas, con Turgot a la cabeza; los filósofos, con Voltaire a la cabeza; los utopistas, con Rousseau a la cabeza; son las cuatro legiones sagradas, a las cuales se debe el inmenso paso dado por la humanidad hacia la luz. Son las cuatro vanguardias del género humano, dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales del progreso. Diderot a lo bello, Turgot a lo útil. Voltaire hacia lo verdadero, Rousseau hacia lo justo.

Pero al lado y por debajo de los filósofos estaban los sofistas, vegetación venenosa mezclada con el progreso saludable, cicuta en un bosque virgen. Mientras que el verdugo quemaba en el atrio del palacio de justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores, hoy olvidados, publicaban, con privilegio del rey, ciertos escritos extrañamente desorganizadores, ávida-

mente leidos por los miserables. Algunas de estas publicaciones, patrocinadas, cosa singular, por un príncipe, se encuentran en la «biblioteca secreta». Estos hechos profundos, pero ignorados, no eran conocidos en la superficie. Algunas veces, la oscuridad de un hecho constituye su peligro; es oscuro, porque es subterráneo. De todos los escritores, el que quizá ahondó en las masas la galería más insalubre, fue Restif de la Bretonne.

Este trabajo, común a toda Europa hizo más estragos en Alemania que en ninguna parte. En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su famoso drama *Los bandidos*, el robo y el pillaje se erigían en protesta contra la propiedad y el trabajo; se asimilaban ciertas ideas elementales especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad; se envolvían en estas ideas, desaparecían en ellas en cierto modo: tomaban un nombre abstracto, y pasaban al estado de teoría; y de esta manera circulaban entre la multitud laboriosa, paciente y honrada, sin noticia de los mismos químicos imprudentes que habían preparado la mixtura sin saberlo las masas que la aceptaban. Siempre que se verifica un hecho de ese género es muy grave. El padecimiento engendra la cólera, y mientras que las clases prosperan, se ciegan o se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su antorcha a la luz de algún ánimo tétrico o contrahecho, que sueña en un rincón, y con ella se pone a examinar la sociedad. El examen del odio. ¡Cosa terrible!

De aquí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quieren, esas terribles conmociones que antes se llamaban *jacqueries*, a cuyo lado las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, que no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión del malestar contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las *jacqueries* son temblores del pueblo.

Este peligro, inminente quizás en Europa a fines del siglo XVIII, fue el que vino a detener la revolución francesa, ese acto inmenso de probidad.

La revolución francesa, que no es más que lo ideal armado de la espada, se levantó, y con el mismo movimiento brusco cerró la puerta del mal, y abrió la puerta del bien.

Desprendió la cuestión de todo lo que la oscurecía, promulgó la verdad, expulsó el miasma, sacrificó el siglo, y coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y beneficia su obra; y hoy la catástrofe social que hemos indicado hace poco, es simplemente imposible. Denunciarla es ceguedad: temerla, necedad. La revolución es la vacuna de la *jacquerie*.

Gracias a la revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfemedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre; ya no hay nada de la edad media en nuestra constitución. No estamos ya en aquellos tiempos en que horribles palpitaciones interiores hacían una irrupción, en que se oía bajo los pies el oscuro rumor de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización ciertos levantamientos de galerías secretas, en que el suelo se abría, en que se abrían las bóvedas de las cavernas, y se veían salir de repente de la tierra cabezas monstruosas. El sentido revolucionario es un sentido moral.

El sentimiento del derecho desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro según la admirable definición de Robespierre.

Desde 1789, el pueblo entero se dilata en el individuo realzado; no hay ningún pobre que, teniendo su derecho, no tenga su rayo de luz; el hambriento siente dentro de

sí mismo la honradez de Francia, la dignidad del ciudadano, es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso: el que vota, reina. De aquí proviene la incorruptibilidad, de aquí el aborto de esas ambiciones funestas, de aquí el que los ojos se bajen heroicamente ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un día de libertad, en un 14 de julio, en un 10 de agosto, no hay populacho. El primer grito de la multitud iluminada y engrandecida es: ¡Pena de muerte al ladrón! El progreso es honrado; lo ideal y lo absoluto no encubren nada. ¿Quién escoltó en 1848 los furgones que llevaban las riquezas de las Tullerías? Los traperos del arrabal de Saint-Antoine. El harapo hizo la guardia ante el tesoro; la virtud hizo resplandecientes a estos haraposos. En aquellos furgones estaba, en cajas apenas cerradas o entreabiertas, entre cien estuches brillantes, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, terminada por el carbúnculo de la monarquía, es decir, por el *regente*, que vale treinta millones de francos. Con los pies descalzos guardaban aquella corona.

Acabóse, pues, la *jacquerie*. Lo siento por los hábiles. Con ella se va el temor que ha causado su último efecto, y que no podrá ya ser empleado en política; se ha roto el resorte del espectro rojo; todo el mundo lo sabe: el espantajo no espanta ya; los pájaros se toman familiaridades con el espantapájaros; los gorriones se posan en él, los ciudadanos se ríen de él.

IV

Los dos deberes: velar y esperar

Siendo esto así, ¿se ha disipado todo peligro social? No. Ya no hay *jacquerie;* la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre a la cabeza, pero mediten el modo con que respira. La apoplejía no es de temer, pero sí la tisis. La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad: aminorar el peso de la carga individual, aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briarée cien manos que tender por todas partes a los débiles y a los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres a todos los brazos, escuelas a todas las aptitudes, y laboratorios a todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir el trabajo,

equilibrar el debe y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la sociedad a la necesidad, en una palabra, hacer despedir al aparato social más claridad y más bienestar en provecho de los que padecen y de los que ignoran; esto es, que las almas simpáticas no lo olviden, la primera de las obligaciones fraternales; ésta es, que los corazones egoístas lo sepan, la primera de las necesidades políticas.

Y, sin embargo, todo esto no es más que un principio. La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistamos más, porque no es éste el lugar de hacerlo.

Si la naturaleza se llama providencia, la sociedad debe llamarse previsión.

El crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material. La ciencia es un viático, el pensamiento es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo. Una razón sin ciencia y sin prudencia, se enflaquece. Compadezcamos lo mismo que a los estómagos, a los ánimos que no comen. Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que muere de hambre de luz.

El progreso tiende a la solución del problema. Llegará un día en que todo el mundo se asombre. El género humano, subiendo siempre, conseguirá que las capas más profundas salgan naturalmente de la zona de la desgracia. La desaparición de la miseria se hará por una simple elevación de nivel. Nadie puede dudar de esta gran solución.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida aún en la hora en que escribimos. Revive, y este rejuvenecimiento de un cadáver es una cosa sorprendente. Anda y se acerca, parece triunfante, es un muerto conquistador: llega con su legión, las supersticiones; con su espada el

despotismo; con su bandera; la ignorancia; en poco tiempo ha ganado diez batallas, avanza, amenaza, se ríe, y está a nuestras puertas. En cuanto a nosotros, no por eso desesperemos: vendamos el terreno donde está acampado Aníbal.

Nosotros, los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no lo hay en los ríos.

Pero reflexionen los que no quieren el porvenir diciendo no al progreso, no es al porvenir lo que condenan sino a sí mismos. Se crean una enfermedad sombría; se inoculan el mal de lo pasado. No hay más que una manera de negarse a ser. Mañana: morir.

Pero nosotros no queremos ninguna muerte: la del cuerpo lo más tarde posible. La del alma: nunca.

Sí; el enigma dirá su palabra; la esfinge hablará; el problema se resolverá. Sí: el pueblo, bosquejado por el siglo XVIII será perfeccionado por el siglo XIX. El que lo niegue, será un idiota. La perfección futura, el estado próximo del bienestar universal es un fenómeno divinamente fatal. Los hechos humanos están regidos por inmensos empujes simultáneos que los llevan a todos, y, en un tiempo dado, al estado lógico; es decir, al equilibrio y a la equidad. Una fuerza terrena y celestial resulta de la humanidad, y la gobierna; esta fuerza hace milagros; los desenlaces maravillosos no les son más difíciles que las peripecias extraordinarias. Auxiliada por la ciencia que viene del hombre, y por el suceso que viene de otra parte, se asusta poco de esas contradicciones en el enunciado de los problemas que parecen imposibilidades al vulgo. No es menos hábil para sacar una solución de la afinidad de ideas que una enseñanza de la afinidad de hechos, y todo se puede esperar de este misterioso poder del progreso, que el mejor día pone al oriente frente al occidente en el fondo de un sepulcro, y hace hablar a

las imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide. Mientras tanto, no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias. La filosofía social es esencialmente la ciencia de la paz: tiene por objeto y debe tener por resultado, disolver la cólera en el estudio del antagonismo; examina, escrudriña, analiza, y después recompone; procede por vía de reducción, separando siempre el odio.

Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre los hombres, lo hemos visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de pueblos y de imperios: costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el día menos pensado ante el huracán desconocido que pasa y lo arrastra. Las civilizaciones de la India, de Caldea, de Persia, de Asiria, de Egipto, una tras otra. ¿Por qué? Lo ignoramos. ¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos. ¿Habrían podido salvarse esas sociedades? ¿Fue suya la culpa? ¿Han alimentado algún vicio fatal que las ha perdido? ¿En qué cantidad entra el suicidio en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Estas cuestiones no tienen respuesta.

La sombra cubre las civilizaciones condenadas. Hacían agua, puesto que se han ido a fondo: no tenemos más que decir. Y miramos con cierta especie de asombro, en el fondo de ese mar que se llama pasado, detrás de esas olas colosales que se llaman siglos, zozobrar esos inmensos buques Babilonia, Nínive, Tarsis, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de tinieblas.

Pero estas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos luz. Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas; pero conocemos las enfermadades de la nuestra: En todas partes tenemos sobre ella el derecho de la luz; contemplamos sus deformidades. Donde tiene un dolor lo sondeanos; y consignado el padecimiento, el estudio de la causa nos lleva al descubrimiento del remedio. Nuestra

civilización, obra de veinte siglos, es a un tiempo un monstruo y un prodigio: y vale bien la pena de que la salvemos. Y será salvada. Consolarla, es ya mucho. Iluminarla es algo más. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben dirigirse hacia este punto. El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilización.

Lo repetimos: esta auscultación es un estímulo: y con esta insistencia en el estímulo queremos concluir estas páginas, entreacto austero de un drama doloroso. Bajo la mortalidad social se descubre la inmortalidad humana. Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres y esas herpes llamadas solfataras; porque haya un volcán que se abra y arroje su pus, el globo no muere. Los males del pueblo no matan al hombre.

Y, sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla a cada momento. Los más fuertes, como los más sensibles, como los más lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará el porvenir? Parece que casi es posible hacer esta pregunta cuando se descubren tantas sombras terribles, tan oscuras fases entre los egoístas y los miserables: en los egoístas, las preocupaciones, las tinieblas de una educación rica, el apetito aumentado por la embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que asombra, el temor de padecer, que en algunos llega hasta la aversión hacia los que padecen, una satisfacción implacable, el yo tan hinchado que cierra las puertas del alma: el odio que proviene de ver gozar a los demás, las profundas sacudidas de la fiera humana hacia la saciedad del apetito, corazones llenos de bruma, la tristeza, la fatalidad, la necesidad, la ignorancia simple e impura.

¿Debemos continuar elevando los ojos al cielo? ¿El punto luminoso que en él se distingue es de los que

se apagan? Es muy terrible ver así lo ideal perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero rodeado de todas esas grandes amenazas negras, monstruosamente amontonadas en su derredor. Sin embargo, no hay más peligro que el que corre una estrella en boca de una nube.

Libro octavo

Los encantos y las desolaciones

I

Plena luz

El lector habrá comprendido que Éponine, habiendo reconocido a través de la verja, al habitante de la calle Plumet, adonde la había enviado la Magnon, había empezado por separar a los bandidos de la calle Plumet, y luego había llevado allí a Marius, y después de varios días de éxtasis delante de esta verja, Marius, llevado por esta fuerza que arrastra al hierro hacia el imán, y al enamorado hacia las piedras de que está hecha la casa de la que ama, había acabado por entrar en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta. Pero le había sido más fácil que a Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared, y Marius no tuvo más que forzar un poco los barrotes de la verja decrépita que vacilaba en su alvéolo, enmohecido a la manera de los dientes de los viejos. Marius era delgado, y pasó por allí fácilmente.

Como no había nunca nadie en la calle, y además, Marius no penetraba en el jardín más que de noche, no se aventuró a ser visto.

A partir de esta hora bendita y santa, en que un beso unió dos almas, Marius fue allí todas las noches. Si en aquel momento de su vida Cosette se hubiera enamorado de un hombre poco escruploso y libertino, habría estado perdida; pues hay naturalezas generosas que se entregan, y Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es ceder. El amor, en esta altura en que es absoluto, se complica con una especie de celestial ceguedad del pudor. ¡Pero cuántos peligros corréis, almas nobles! A menudo, dais el corazón, pero nosotros tomamos el cuerpo. Vuestro corazón os queda, y lo miráis en la sombra temblando. El amor no tiene término medio; o pierde, o salva. Todo el destino humano está encerrado en este dilema. Este dilema, pérdida o salvación, no lo plantea tan inexorablemente ninguna fatalidad, como el amor. El amor es la vida, si no es la muerte. Cuna; féretro también. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano. De todas las cosas que Dios ha hecho, el corazón humano es el que desprende más luz, pero también más sombra.

Dios quiso que el amor que encontró Cosette, fuese uno de esos amores que salvan.

Mientras duró el mes de mayo de aquel año de 1832, hubo todas las noches, en aquel pobre jardín silvestre, bajo el follaje cada día más embalsamado y más espeso, dos seres compuestos de todas las castidades y de todas las inocencias, desbordando de todas las felicidades del cielo; más cercanos a los arcángeles que a los hombres, puros, honestos, embriagados, radiantes, que brillaban uno para el otro en las tinieblas. Pareciale a Cosette que Marius tenía una corona, y a Marius que Cosette tenía un nimbo. Se tocaban, se miraban, se tomaban las manos, se apretaban uno contra otro, pero había una distancia que no atravesaban; y no era que la respetasen, sino que la ignoraban.

Marius tenía una barrera, la pureza de Cosette, y Cosette tenía un apoyo, la lealtad de Marius. El primer beso había sido también el último. Marius, después, no había hecho más que rozar la mano con sus labios, o el vestido, o un bucle de los cabellos de Cosette. Cosette era para él un perfume, y no una mujer. La respiraba. Ella no negaba nunca, y él nada pedía. Cosette era feliz, y Marius estaba satisfecho. Vivían en este feliz estado que podría llamarse el deslumbramiento de un alma por otra alma. Era este inefable primer abrazo de dos virginidades en el ideal. Dos cisnes se encontraban en el Jungfrau [1].

En aquella hora del amor, hora en que el deleite se calla absolutamente bajo el poder del éxtasis, Marius, el puro y seráfico Marius, hubiese sido antes capaz de subir a una casa de prostitución, que de levantar la punta del vestido de Cosette a la altura del tobillo. Una vez, a la luz de la luna, Cosette se inclinó para recoger algo del suelo, su corpiño se entreabrió, y dejó al descubierto el nacimiento del cuello. Marius volvió los ojos.

¿Qué pasaba entre aquellos dos seres?

Nada. Se adoraban.

Por la noche, cuando estaban allí, el jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se abrían a su alrededor y les enviaban perfumes, y ellos abrían sus almas y las derramaban sobre las flores. La vegetación, lasciva y vigorosa, se estremecía llena de sabia y de alegría en torno a aquellos dos inocentes, y ellos se decían palabras de amor que hacían estremecer a los árboles.

¿Qué eran estas palabras? Soplos, nada más. Estos murmullos bastaban para turbar y conmover toda aquella naturaleza. Poder mágico que apenas se podría com-

[1] Montaña, cuyo nombre significa virgen.

prender si se leyesen en un libro estas conversaciones, nacidas para ser arrastradas y disipadas como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad a estos mumullos de dos amantes, esta melodía que sale del alma, y que los acompaña como una lira, y lo que queda no es más que sombra. Y decís: ¡Qué! ¡No es más que eso! Sí, niñerías, repeticiones, risas por nada, inutilidades, tonterías, todo lo que hay en el mundo de más sublime y profundo. ¡Las únicas cosas que merecen ser dichas y ser escuchadas!

Estas tonterías, estas pequeñeces, el hombre que no las ha escuchado nunca, el hombre que no las ha pronunciado jamás, es un imbécil y un mal hombre.

Cosette decía a Marius:

—¿Sabes. . .?

(A todo esto, y al través de la celeste virginidad, y sin que fuese posible ni a uno ni a otro decir cómo se trataban de tú.)

—¿Sabes? Me llamo Euphrasie.

—¿Euphrasie? No, te llamas Cosette.

—¡Oh! Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña. Pero mi verdadero nombre es Euphrasie. ¿No te gusta este nombre?

—Sí. . . Pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta más que Euphrasie?

—Pero. . . Sí.

—Entonces a mí también me gusta más. Es verdad, es bonito, Cosette. Llámame Cosette.

Y la sonrisa con que acompañaba estas palabras, hacía de este diálogo un idilio digno de un bosque que estuviera en el cielo.

Otra vez, ella lo miraba fijamente y exclamaba:

—Caballero, sois hermoso, muy guapo, tenéis talento, no sois tonto del todo, sois mucho más sabio que yo, pero os desafío con esta palabra, ¡te amo!

Y Marius, en medio de un placer celestial, creía oír una estrofa cantada por una estrella.

O bien ella le daba un golpecito porque tosía, y le decía:

—No tosáis, caballero. No quiero que en mi casa se tosa sin mi permiso. Es muy feo eso de toser e inquietarme. Quiero que estés bien, porque si estuvieras mal, yo sería muy desgraciada. ¿Qué quieres que hiciera?

Y aquello era algo divino.

Una vez Marius dijo a Cosette:

—Figúrate que una vez creí que te llamabas Úrsula.

Y esto los hizo reír toda la noche.

En medio de otra conversación, exclamó Marius:

—¡Oh! Un día en el Luxemburgo, tuve deseos de acabar de estropear a un inválido.

Pero se detuvo en seco, y no fue más allá. Hubiera sido precisar hablar a Cosette de la liga, y esto era imposible. Había entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la cual retrocedía con cierto temor sagrado aquel amor inocente.

Marius se figuraba que esto era vivir con Cosette, y que ya no había nada más en el mundo: ir todas las noches a la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto a ella en aquel banco, mirar a través de los árboles el centelleo del principio de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalón con la falda de Cosette, acariciarle la uña del pulgar, decirle tú, respirar uno después de otro, el perfume de la misma flor, por siempre, indefinidamente.

Pero mientras tanto, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Siempre que sopla el viento, arrastra más sueños del hombre, que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi esquivo, no rechazaba absolutamente la galantería. «Hacer cumplidos» a la que se ama es la primera manera de hacer caricias, en un ensayo de audacia. El cumplido es como un beso a través de un velo. La voluptuosidad envuelve en él su germen, ocultándose. Delante del deleite, el corazón retrocede para amar mejor. Las zalamerías de Marius, saturadas todas de quimera, eran por decirlo así, celestes. Los pájaros, cuando vuelan allí arriba al lado de los ángeles, deben oír muchas cosas de estas palabras. En ellas se mezclaba la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivismo de que Marius era capaz. Eran lo que se diría en la gruta, el preludio de lo que se diría en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las gentiles hipérboles del arrullo; todos los refinamientos de la adoración colocados en un ramillete y exhalando un sutil perfume celeste, un inefable murmullo de corazón a corazón.

—¡Oh! —murmuraba Marius—. ¡Qué hermosa eres! No me atrevo a mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asomas la punta del pie, me trastorna. ¡Y qué resplandor desprendes cuando se entreabre tu pensamiento! Siempre hablas con razón. A veces me parece que eres un sueño. Habla, te escucho, te admiro. ¡Oh, qué raro y encantador es todo esto! Sois adorable, señorita. Estudio tus pies con el microscopio, y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondía:

—Te amo un poquito más, por todo el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban sucediéndose en este diálogo, cayendo siempre de acuerdo sobre el amor, como los figurines de saúco sobre el clavo.

Toda la persona de Cosette era sencillez, ingenuidad, trasparencia, blancura, candor, luz. Podía decirse de Cosette que era clara. Causaba a quien la veía una sensación como el abril y la aurora. Había rocío en sus ojos. Cosette era la condensación de luz de la aurora en forma de mujer.

Era una cosa muy sencilla, que Marius, adorándola, la admirase. Pero la verdad es que aquella pequeña pensionista, tierna flor del convento, hablaba con una profunda penetración exquisita, y decía a veces toda clase de palabras verdaderas y delicadas. Su charla, era conversación: no se engañaba en ningún asunto, y veía siempre lo justo. La mujer, siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible. Nadie como una mujer, sabe decir cosas a la vez dulces y profundas. La dulzura y la profundidad constituyen la mujer; ahí está todo el cielo.

En esta plena felicidad, les asomaban a cada instante lágrimas a los ojos. Un insectillo aplastado, una pluma caída, una rama de árbol rota, los estremecía, y su éxtasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecía que no pedía más que llorar. El síntoma más grande del amor es un estremecimiento casi insoportable algunas veces.

Y después de esto, todas estas contradicciones son el juego de los relámpagos amorosos; se reían espontáneamente, y con gran libertad, tan familiarmente, que a veces parecían dos niños. Sin embargo, aun ignorándolo, en aquellos corazones que rebosaban castidad, la naturaleza inolvidable está siempre presente. Está presente con su objeto brutal y sublime, y cualquiera que sea la inocencia de las almas, siempre se siente en la conversación íntima

más púdica, el adorable y misterioso matiz que separa una pareja de amantes de un par de amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable, subsisten. Los amantes, se aman, se sonríen, se ríen, se hacen pequeñas muecas con los labios, entrelazan los dedos de la mano, se tutean, y todo esto no se opone a la eternidad. Dos amantes se esconden por la noche, en el crepúsculo, en el invisible, con los pájaros, con las rosas; se fascinan uno a otro en la sombra, con sus corazones que ponen en sus ojos; murmuran, cuchichean, y mientras tanto, el grandioso movimiento de los astros se realiza en el infinito.

II

El aturdimiento de la dicha completa

Existían vagamente asombrados de felicidad. No habían observado el cólera que diezmaba París precisamente en aquel mes. Se habían hecho todas las confidencias posibles, pero no habían pasado más allá de sus nombres. Marius había dicho a Cosette que era huérfano, que se llamaba Marius Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su difunto padre era coronel, que era un héroe, y que él, Marius, estaba reñido con su abuelo que era rico. Le había dicho también que era barón, pero esto no había causado efecto alguno en Cosette. ¿Marius, barón? No lo comprendía. No sabía lo que quería decir aquella palabra. Marius era Marius.

Ella por su parte, le había confiado que había sido educada en el convento del Petit-Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba mucha limosna a los pobres, pero que él mismo era pobre, y que se privaba de todo, no privándola a ella de nada.

Cosa extraña, en la especie de sinfonía en que vivía Marius, desde que veía a Cosette, lo pasado, aun lo más reciente, se había hecho para él tan confuso y lejano, qué lo que Cosette le contaba lo satisfizo plenamente. No pensó siquiera en hablarle de la aventura nocturna del caserón de los Thénardier, de la quemadura, ni la extraña actitud y singular huida de su padre. Marius había olvidado momentáneamente todo aquello; no sabía por la noche, ni lo que había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había hablado; tenía cantos en los oídos, que le hacían sordo para cualquier otro pensamiento, no existía más que en las horas en las que veía a Cosette. Entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Así viven estos sonámbulos que se llaman enamorados.

¡Ah! ¿Quien no ha pasado por estas cosas? ¿Por qué llega una hora en que se sale de este cielo, y por qué la vida continúa después?

Amar casi remplaza el pensar. El amor es un ardiente olvido del resto. No pidáis pues lógica a la pasión. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano, lo mismo que no hay figura geométrica perfecta en la mecánica celeste. Para Cosette y Marius, no existía nada más que Marius y Cosette. El universo, a su alrededor, había caído en un hoyo. Vivían en un minuto de oro. No tenían nada delante, ni nada detrás. Marius apenas pensaba en que Cosette tenía padre. En su cerebro había algo semejante a un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban, pues, aquellos amantes? Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes. Se lo habían dicho todo, excepto todo. El todo de los enamorados que es la nada. Pero, el padre, las realidades,

el chiribitil, los bandidos, aquella aventura, ¿qué importaban? ¿Estaban seguros de que había existido aquel sueño? Eran dos, se adoraban, y no había nada más que esto. Todo lo demás no existía. Es probable que este desvanecimiento del infierno detrás de nosotros, sea inherente a la llegada al paraíso. ¿Acaso se han visto los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha padecido? Ya no se sabe; todo esto lo cubre una nube rosada.

Así vivían pues aquellos dos seres, en una gran altura, con toda la inverosimilitud que hay en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el cenit, entre el hombre y el serafín, por encima del fango, debajo del éter, en la nube, apenas se descubría que eran carne y hueso; eran alma y éxtasis, desde los pies a la cabeza; pero aún con bastante humanidad para desaparecer en el azul, en suspensión, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia, fuera del destino; ignorando la miseria del ayer, hoy y mañana; maravillados, pasmados, flotantes; aligerados por momentos para la desaparición en el infinito, casi dispuestos a dar el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel arrullo. ¡Oh, letargo espléndido de lo real borrado por lo ideal!

Algunas veces, aunque Cosette fuera muy hermosa, Marius cerraba los ojos delante de ella. Con los ojos cerrados es como mejor se ve el alma.

Marius y Cosette no se preguntaban adónde irían a parar. Se miraban como en un encuentro. Es una extraña pretensión del hombre el querer que el amor lo lleve a alguna parte.

III

Principio de la sombra

Jean Valjean por su parte, no sospechaba nada.

Cosette, un poco menos soñadora que Marius, estaba alegre, y aquello bastaba a Jean Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas preocupaciones, la imagen de Marius que le llenaba el alma, no perjudicaban en nada a la pureza incomparable de su hermosa frente casta y sonriente. Se encontraba en la edad en que la virgen lleva su amor como el ángel la azucena. Jean Valjean, estaba pues, tranquilo. Y además, cuando dos amantes se entienden, todo va bien, y cualquier tercero que pudiera turbar su amor está en una perfecta ceguedad a causa de un pequeño número de precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados... Así, Cosette nunca hacía objeciones a Jean Valjean. ¿Quería pasear? Sí, padre mío. ¿Quería quedarse? Muy bien. ¿Deseaba pasar la velada al lado de Cosette? Ella lo celebraba. Como Jean Valjean se retiraba siempre a las diez de la noche, estas noches no iba Marius al jardín hasta después

de esta hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta-ventana de la escalinata. No hay que decir, que de día, Marius no aparecía por allí. Jean Valjean, no se acordaba ya ni de que existía tal hombre. Sólo una vez, una mañana, le dijo a Cosette:

—¡Vaya, cómo tienes la espalda de yeso!

La noche anterior, Marius en un momento de trasporte, había oprimido a Cosette contra la pared.

La vieja Toussaint, que se acostaba temprano, no pensaba más que en dormir. una vez terminada sus tareas, y lo ignoraba todo, como Jean Valjean.

Marius no ponía nunca los pies en la casa. Cuando estaba con Cosette, se ocultaba en una rinconada, cerca de la escalinata, con el fin de no ser vistos ni oídos desde la calle, y se sentaban allí, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, contemplando las ramas de los árboles. En aquellos instantes, aunque hubiera caído un rayo a treinta pasos de ellos, ni lo habrían sospechado: de tal modo absorbía cada uno el profundo pensamiento del otro.

¡Pureza límpida! Horas diáfanas, casi todas iguales. Esta clase de amor, es una colección de hojas de azucena y de plumas de paloma.

Toda la anchura del jardín les separaba de la calle. Cada vez que Marius entraba y salía, ajustaba cuidadosamente el barrote de la verja, con el fin de que no se notara nada.

Se iba habitualmente hacia medianoche, y regresaba a casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía a Bahorel:

—¿Lo creerás? Marius se retira ahora a la una de la madrugada.

Bahorel respondía:

—¿Y qué quieres? Siempre hay un petardo en un seminarista.

Algunas veces, Courfeyrac cruzaba los brazos, y poniéndose serio, decía a Marius:

—¡Perdido estáis, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos ojos este reflejo de un paraíso invisible en Marius; conocía muy poco las pasiones inéditas, se impacientaba, y hacía frecuentes reflexiones a Marius para que volviese a lo real. Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, creo que vives en el reino de la luna, reino de ensueño, provincia de ilusión, capital pompa de jabón. Veamos, sé buen chico, ¿cómo se llama ella?

Pero nada podía «hacer hablar» a Marius. Antes le hubieran arrancado las uñas, que una de las tres sílabas sagradas que componían el inefable nombre de Cosette. El amor verdadero, es luminoso como la aurora, y silencioso como la tumba. Courfeyrac sólo había notado en Marius, que tenía una taciturnidad esplendente.

Durante aquel suave mes de mayo, Marius y Cosette conocieron estas dos inmensas dichas:

Enfadarse y llamarse de vos, sólo para llamarse después de tú con más placer.

Hablar largamente, y con los más minuciosos detalles, de gentes que no les interesaban en absoluto; nueva prueba de que en esta seductora ópera que se llama amor, el libreto no es casi nada.

Para Marius, oír a Cosette hablar de trapos.

Para Cosette, escuchar a Marius hablar de política.

Oír, con las rodillas juntas, el ruido de los coches que pasaban por la calle de Babylone.

Contemplar el mismo planeta en el cielo, o el mismo gusano de luz en la tierra.

Callarse a un tiempo; placer mayor aún que el de hablar.

Etcétera, etcétera.

Sin embargo, se aproximaban diversas complicaciones.

Una noche que Marius iba a la cita por el bulevar de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como de costumbre, al volver la esquina de la calle Plumet, oyó decir a su lado:

—Buenas noches, señor Marius.

Alzó la cabeza y reconoció a Éponine.

Aquello le produjo un efecto singular. No había vuelto a pensar ni una sola vez en aquella muchacha, desde el día en que lo había acompañado a la calle Plumet; no la había vuelto a ver, y se había borrado por completo de su memoria. No tenía más que motivos de agradecimiento para con ella, y le debía su felicidad presente, y sin embargo, le resultaba molesto encontrarla.

Es un error creer que la pasión, cuando es feliz es pura, y conduce al hombre a un estado de perfección; simplemente lo lleva, como hemos dicho, a un estado de olvido. En esta situación, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida también de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales e importunos se desvanecen. En cualquier otro tiempo, Marius habría sido distinto para Éponine. Absorbido por Cosette ni siquiera se había hecho cargo claramente que aquella Éponine, se llamaba Éponine Thénardier, y que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre, por el que se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes. Mostramos a Marius tal como era. Hasta el nombre de su padre desaparecía de su alma, bajo el esplendor de su amor.

Respondió con algún embarazo:

—¡Ah! ¿Sois vos, Éponine?

—¿Por qué me habláis de vos? ¿Os he hecho algo?

—No —respondió el joven.

Es cierto, nada tenía contra ella. Todo lo contrario. Pero sentía que no podía obrar de otro modo. Llamando de tú a Cosette, debía tratar de vos a Éponine.

Como Marius callaba, ella exclamó:

—Decid, pues...

Y se detuvo. Parecía que le faltaban palabras a aquella criatura que había sido tan despreocupada y tan atrevida. Trató de sonreír y no pudo.

—Y, ¿qué...?

Luego se calló y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Marius —dijo bruscamente, y se fue.

IV

Cab: rueda en inglés y ladra en argot

El día siguiente, era el 3 de junio, el 3 de junio de 1832, fecha que es preciso consignar, a causa de los acontecimientos graves que estaban suspendidos sobre el horizonte de París, en estado de nubes cargadas. Marius, al caer la noche, seguía el mismo camino que la víspera, con los mismos pensamientos placenteros en el corazón, cuando vio entre los árboles del bulevar, a Éponine, que se dirigía hacia él. Dos días seguidos de encuentro, eran demasiados. Se volvió rápidamente, salió del bulevar, cambió de camino, y se fué a la calle Plumet, por la calle de Monsieur.

Éponine lo siguió hasta la calle Plumet, cosa que aún no había hecho. Se había contentado hasta entonces, con verlo al pasar por el bulevar, sin tratar de encontrarlo. Solamente la víspera le había hablado.

Éponine lo siguió pues, sin que él lo sospechara. Lo vio apartar el barrote de la verja, y deslizarse hacia el jardín.

«¡Vaya! —se dijo—. ¡Entra en la casa!»

Se aproximó a la verja, tanteó los hierros uno tras otro, y reconoció al fin fácilmente el que Marius había apartado.

Entonces murmuró a media voz con acento lúgubre:

—¡Nada de esto, Lisette!

Se sentó en el estribo de la verja, al lado del barrote, como si lo vigilara. Era precisamente el punto donde el extremo de la verja, tocaba la pared vecina. Había allí un ángulo oscuro, en el que Éponine desaparecía enteramente.

Permaneció así más de una hora, sin moverse ni respirar, entregada a sus ideas.

Hacia las diez de la noche, una de las dos o tres personas que paseaban por la calle Plumet, un viejo burgués que se había retrasado, y pasaba apresuradamente por aquel sitio desierto y de mala fama, costeando la verja del jardín, al llegar al ángulo que ésta formaba con la pared, oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

—¡No me sorprende que vengan todas las noches!

El transeúnte miró a su alrededor, no vio a nadie, no se atrevió a mirar a aquel oscuro rincón, y sintió miedo. Redobló el paso.

Aquel hombre hizo bien en marcharse, pues pocos momentos después, seis más que andaban separados y a corta distancia unos de otros a lo largo de la pared, y que hubieran podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó junto a la verja del jardín, se detuvo y esperó a los demás; un segundo más tarde, estaban los seis reunidos.

Aquellos hombres se pusieron a hablar en voz baja.

—Es aquí —dijo uno de ellos.

—¿Hay algún cab[1] en el jardín? —preguntó otro.

[1] Perro. (N. del A.).

—No lo sé. En todo caso, he acabelado[1] una bolita que le haremos jamelar[2].

—¿Tienes pasta, para romper la clariosa? [3]

—Sí.

—La verja es vieja —dijo el quinto, que tenía voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor —dijo el segundo que había hablado—. No goleará[4], bajo la sorda[5], y no costará tanto ciselarla[6].

El sexto, que no había abierto aún la boca, se puso a examinar la verja como había hecho Eponine una hora antes, empuñando sucesivamente cada barra, y moviéndolas con precaución. Así llegó al hierro que Marius solía apartar. Cuando iba a cogerlo, una mano que salió bruscamente de la sombra, le agarró el brazo; al mismo tiempo se sintió rechazado por medio del pecho, y oyó una voz que decía sin gritar:

—Hay un cab.

Al mismo tiempo, vio a una joven pálida, en pie delante de él.

El hombre sintió esa conmoción que produce siempre lo inesparado. Quedóse horriblemente estupefacto; no hay nada más horrible que las fieras inquietas, su aspecto atemorizado, es temible. Retrocedió y murmuró:

—¿Quién es esta pícara?

—Vuestra hija.

1 Traído. (N. del A.)

2 Comer. (N. del A.)

3 Ventana. Para romper los vidrios, usan los ladrones una pasta que se extiende sobre el cristal, y retiene los pedazos, evitando el ruido.

4 Chillará. (N. del A.)

5 Lima. (N. del A.).

6 Cortarla. (N. del A.)

En efecto, era Éponine que hablaba a Thénardier.

A la aparición de Éponine, los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujón, se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la lentitud propia de aquellos hombres noctunos.

Se les distinguían algunos repugnantes útiles en la mano. Gueulemer tenía una de estas pinzas cortas, que los vagos llaman tenaza.

—¡Ah! ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de nosotros? ¿Estás loca? —exclamó Thénardier, gritando todo lo que se puede chillar en voz baja—. ¿Quieres impedirnos acaso trabajar?

Éponine se echó a reír, y saltó a su cuello.

—Estoy aquí, padrecito mío, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme sobre las piedras ahora? Vos sois el que no habéis de estar aquí. ¿Qué venís a hacer si esto es un bizcocho? [1] Ya se lo dije a la Magnon. No hay nada que hacer aquí. ¡Pero abrazadme, mi querido padre! ¡Cuánto tiempo hace que no os había visto! ¿Estáis ya fuera?

Thénardier trató de librarse de los brazos de Éponine, y murmuró:

—Está bien. Tú me has abrazado ya. Sí, estoy fuera. No estoy dentro. Ahora vete.

Pero Éponine no lo soltaba, y redoblaba sus caricias.

—Padrecito, ¿cómo lo habéis hecho? Es preciso que tengáis mucho ingenio, si habéis salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mi mamá.

Thénardier respondió:

—Está bien, no sé, déjame, te digo que te vayas.

[1] Cosa imposible.

—No quiero irme ahora —dijo Éponine con un mimo de niña mimada—. Me despedís, cuando hace cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió a echar los brazos al cuello de su padre.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Es estúpida! —dijo Babet.

—¡Apresurémonos! —dijo Gueulemer—. Pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo, midió estos versos:

Ya no hay nadie que diga
papá ni mamá...

Éponine se volvió hacia los cinco bandidos:

—¡Vaya!, el señor Brujón. Buenos días, señor Babet. Buenos días, señor Claquesous. ¿No me reconocéis, señor Gueulemer? ¿Cómo estáis, Montparnasse?

—Sí, se acuerdan de ti —dijo Thénardier—. Pero, buenos días, buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

—Es la hora de los lobos, y no la de las gallinas —dijo Montparnasse.

—Ya ves que tenemos que maquilar [1] aquí.

Éponine, le cogió la mano a Montparnasse.

—¡Ten cuidado! —dijo éste—. Te vas a cortar; tengo un churi [2] abierto.

—Mi querido Montparnasse —respondió Éponine dulcemente—, es preciso tener confianza en las personas. Yo soy la hija de mi padre. Señor Babet, señor Gueulemer, yo me he encargado de hacer a la luz este negocio.

[1] Trabajar.

[2] Navaja. (N. del A.)

Es de notar que Éponine no hablaba en argot. Desde que conocía a Marius, aquella terrible lengua se le había hecho imposible.

Apretó con su pequeña mano huesuda y débil, como la mano de un esqueleto, los gruesos dedos de Gueulemer, y continuó:

—Ya sabéis que no soy tonta. Casi siempre me creéis; os he prestado servicios algunas veces. Pues bien, me he informado, y os expondréis inútilmente. Ya veis. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

—Sólo hay mujeres —dijo Gueulemer.

—No. Los inquilinos se han mudado.

—¡Las luces no se han mudado! dijo Babet.

Y señaló a Éponine, a través de la copa de los árboles, una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellón. Era Toussaint, que había vuelto para poner la ropa blanca a secar.

Éponine tentó una último recurso:

—Pues bien —dijo—, esta gente es muy pobre; sólo tienen una barraca donde no hay un sueldo.

—¡Vete al diablo! —exclamó Thénardier—. Cuando hayamos registrado la casa, y puesto la cueva arriba, y el granero abajo, te diremos lo que hay dentro, y si son calés, lúas o duqueles [1].

Y la empujó para entrar.

—Mi buen amigo señor Montparnasse —dijo Éponine—. Os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entréis.

—Ten cuidado, que te vas a cortar —replicó Montparnasse.

Thénardier continuó con su acento resuelto:

—Lárgate, mujer, y deja que los hombres hagan sus negocios.

[1] Cuartos, pesetas o doblones.

Éponine soltó la mano de Montparnasse, que había vuelto a coger, y dijo:

—¿Así pues queréis entrar en esta casa?

—Algo hay de esto —dijo el ventrílocuo burlándose.

Entonces ella se apoyó en la verja, hizo frente a los seis bandidos armados hasta los dientes y a quienes la oscuridad prestaba rostro de demonios, y dijo con una voz firme y baja:

—Pues bien, yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrílocuo no obstante, acabó su burla. Ella continuó:

—¡Amigos, escuchadme bien! Esto no lo haréis. Ahora hablo yo. Si entráis en este jardín, si tocáis esta verja, grito, llamo a las puertas, despierto a todo el mundo, y os hago prender a los seis, llamando a los agentes de policía.

—Y lo haría —dijo Thénardier en voz baja a Brujón, y al ventrílocuo.

Ella sacudió la cabeza, y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thénardier se acercó:

—¡No tan cerca, buen hombre! —dijo Éponine.

Él retrocedió, murmurando entre dientes:

—Pero, ¿qué es lo que tiene? —Y añadió—: ¡Perra!

Ella se puso a reír de un modo terrible.

—Como queráis, pero no entraréis. No soy la hija de un perro, puesto que soy hija de lobo. Sois seis, ¿y qué me importa? Sois hombres. Pues bien, yo soy una mujer. No me dais miedo. Os digo que no entraréis en esta casa, porque no quiero. Si os acercáis, ladro. Os lo he dicho, el cab soy yo. ¡Me estáis fastidiando! ¡Id donde queráis, pero no vengáis aquí, os lo prohibo! Vosotros a puñaladas, y yo a zapatazos; es una lucha igual. Avanzad, pues.

Y dio un paso hacia los bandidos; estaba espantosa y se echó a reír.

—¡Pardiez! No tengo miedo. Este verano, pasaré hambre, y este invierno, tendré frío. ¡Serán brutos estos hombres, al creer que inspiran miedo a una mujer! ¿De qué? ¿Miedo? ¡Ah, sí, vaya! ¿Porque tenéis ladronas por queridas, que se esconden debajo de la cama cuando ahuecáis la voz? ¿Por eso? ¡Yo no tengo miedo de nada! —Y mirando fijamente a Thénardier, añadió—: ¡Ni aun de vos, padre!

Luego prosiguió, paseando sobre los bandidos sus sangrientos ojos de espectro:

—¡Qué me importa que me recojan mañana del suelo de la calle Plumet, asesinada a puñaladas por mi padre, o que me encuentren dentro de un año entre las redes de Saint-Cloud, o en la isla de los Cisnes, en medio de viejos tapones de corcho podridos, y de perros ahogados.

Le fue preciso interrumpirse; la acometió una tos seca; su aliento salía como un estertor de su débil y estrecho pecho.

Luego prosiguió:

—No tengo que hacer más que gritar, y vienen, y atrás. Vosotros sois seis. Yo soy todo el mundo.

Thénardier hizo un movimiento hacia ella.

—¡No os acerquéis! —dijo ella.

Thénardier se detuvo, y le dijo con dulzura:

—Pues bien, no, no me acercaré, pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres impedirnos trabajar? Es preciso que nos ganemos la vida. ¿Es que no tienes ya cariño a tu padre?

—Me fastidiáis —dijo Éponine.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos...

—Reventad.

Y diciendo esto, se sentó en el estribo de la verja, canturreando:

Mi brazo fornido,
mi pierna bien hecha,
y el tiempo perdido [1].

Se puso el codo en la rodilla, y la barbilla en la mano, y empezó a mover el pie con indiferencia. Su vestido agujereado, dejaba ver sus clavículas flacas. El farol próximo, iluminaba su perfil y su actitud. No podía verse nadie tan resuelto y tan sorprendente.

Los seis bandidos, admirados y disgustados de verse detenidos por una muchacha, se retiraron a la sombra, y celebraron consejo con movimientos de hombro, humillados y furiosos.

Ella mientras tanto los miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo le pasa —dijo Babet—. Debe haber una razón. ¿Estará enamorada del cab? Es una lástima que lo dejemos. Dos mujeres, un viejo que vive en un traspatio, cortinas buenas en las viviendas. El viejo debe ser un guinal [2]. Creo que era un buen asunto.

—Pues bien, entrad vosotros —dijo Montparnasse—. Haced el negocio. Yo me quedaré con la muchacha y si chista...

E hizo relucir a la luz del farol, la navaja que tenía abierta en la manga.

Thénardier no decía una palabra, y parecía dispuesto a todo.

Brujón, que tenía algo de oráculo, y que como ya hemos dicho era el que había preparado «el golpe», no

1 Refrán de Beranger: «Cuanto encuentro a faltar...»

2 Un judío. (N. del A.).

había hablado aún. Parecía pensativo. Pasaba por no retroceder ante nada, y se sabía que había robado, sólo por una bravata, un cuerpo de guardia de la policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba una gran autoridad.

Babet le preguntó:

—¿No dices nada, Brujón?

Éste permaneció un instante silencioso, luego movió la cabeza de varios modos distintos, y por fin se decidió a alzar la voz:

—Veamos: he encontrado esta mañana dos gorriones dándose picotazos; esta noche tropiezo con una mujer que riñe. Todo esto es mal presagio. Vámonos.

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnasse murmuró:

—Si hubiesen querido, yo le hubiera dado el golpe de gracia.

Babet le respondió:

—Yo no, porque no zurro a las señoras.

Al llegar a la esquina, se detuvieron, y cambiaron entre sí con voz sorda, este diálogo enigmático:

—¿Adónde iremos a dormir esta noche?

—Bajo Pantín[1].

—¿Tienes la llave de la verja, Thénardier?

—¡Vaya!

Éponine, que no apartaba de ellos los ojos, los vio tomar el camino por donde habían venido. Se levantó y se arrastró detrás de ellos arrimada a las paredes y a las casas. Los siguió de este modo, hasta el bulevar. Allí se separaron, y vio a aquellos seis hombres perderse en la oscuridad, como si se fundieran en ella.

1 Pantín, París. (N. del A.).

V

Cosas de la noche

Después de la partida los bandidos, la calle Plumet, recobró su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de suceder en esta calle, no hubiera asombrado a nadie en una selva. El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas entrecruzadas ásperamente, las altas hierbas existen de una manera sombría; el hormigueo salvaje descubre allí las súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por debajo del hombre, distingue a través de la bruma lo que está por encima del hombre, y las cosas ignoradas de nosotros, los vivos, se confunden en la noche. La naturaleza erizada y salvaje, se asusta con la aproximación de ciertas cosas, en las que cree sentir lo sobrenatural. Las fuerzas del hombre se conocen, y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras, temen lo incaptable. La bestialidad bebedora de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de presa, los instintos armados de uñas y mandíbulas que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro, va-

gando bajo un sudario, de pie, envuelto en su tembloroso vestido, que les parece vivir con una vida muerta y terrible. Estas brutalidades, que no son más que materia, tienen confusamente la inmensa oscuridad condensada en un ser desconocido. Una figura negra, que les impide el paso, detiene a una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta a lo que sale del antro; lo feroz, tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca.

VI

Marius vuelve a la realidad hasta el punto de dar sus señas a Cosette

Mientras que aquella perra con figura humana, montaba la guardia en la verja, y los seis bandidos retrocedían ante una muchacha, Marius estaba al lado de Cosette.

Nunca el cielo había estado tan estrellado y tan hermoso, los árboles tan temblorosos, ni las hierbas tan embalsamadas; jamás los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca las armonías de la serenidad universal habían respondido mejor a las músicas interiores del amor; ni nunca Marius había estado tan prendado, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste a Cosette. Cosette había llorado. Tenía los ojos enrojecidos.

Aquella era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Marius habían sido:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después se sentó en el banco cerca de la escalinata, y mientras él se sentaba a su lado, tembloroso, continuó:

—Mi padre me ha dicho esta mañana que estuviese dispuesta, porque tenía negocios, y tal vez íbamos a partir.

Marius se estremeció desde los pies a la cabeza.

Al final de la vida, morir es partir; pero al principio, partir es morir.

Desde hace seis semanas, Marius, poco a poco, lentamente, por grados, tomaba cada día posesión de Cosette. Posesión enteramente ideal, pero profunda. Como ya hemos explicado, en el primer amor, se toma el alma mucho antes que el cuerpo; más tarde, se toma el cuerpo mucho antes que el alma, y algunas veces, no se toma el alma en absoluto; los Faublas [1], y los Prudhomme añaden: «Porque no existe»; pero este sarcasmo es por fortuna una blasfemia. Marius, pues, poseía a Cosette, como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma y la poseía celosamente con una increíble convicción. Poseía su sonrisa, su aliento, su perfume, el brillo profundo de sus pupilas azules, la suavidad de su piel, cuando le tocaba la mano; la encantadora señal que tenía en el cuello, todos sus pensamientos. Se habían prometido no dormir nunca sin soñar cada uno con el otro, y habían mantenido su palabra. Así pues, él poseía todos los sueños de Cosette. La miraba sin cesar; movía algunas veces con su aliento, los cabellos cortos que Cosette tenía en la nuca, y se decía que no había ni uno solo de aquellos cabellos que no le perteneciese. Contemplaba y adoraba todo lo que ella se ponía, su cinta de seda, sus guantes, sus manguitos, sus botitas, como objetos sagrados que eran suyos. Pensaba que era el señor de aquellos bonitos peines de concha que se ponía en la cabeza, y aún se decía, por un sordo y confuso murmullo del deleite que

1 Faublas, héroe de la novela de Louvet de Couvray, *Amores del caballero de Faublas* (1787-1790).

sentía, que no había ni un solo hilo de su vestido, ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corpiño, que no fuera suyo. Al lado de Cosette, se sentía cerca de su bien, junto de su felicidad, cerca de su déspota y de su esclava. Parecía que habían mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver a tomar cada uno la suya, les habría sido imposible reconocerlas. «Ésta es la mía.» «No, es la mía.» «Te aseguro que te equivocas. Ése soy yo.» «Lo que tomas por tuyo, es mío.» Marius era algo que formaba parte de Cosette, y Cosette era algo que formaba parte de Marius. Marius sentía que Cosette vivía en él. Tener a Cosette, poseerla, no era para él distinto de respirar.

Fue en medio de esta fe, de esta embriaguez, de esta posesión virginal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, donde cayeron estas palabras: «Vamos a partir.» La brusca voz de la realidad le gritó: «¡Cosette no es tuya!»

Marius se despertó. Desde hacía seis semanas, Marius vivía, como hemos dicho, fuera de la vida. Esta palabra ¡partir!, lo hizo entrar en ella dolorosamente.

No halló una palabra que responder. Cosette sintió solamente que su mano estaba helada, y le dijo a su vez:

—¿Qué tienes?

Él respondió tan bajo, que apenas lo oyó Cosette.

—No comprendo lo que has dicho.

Ella repitió:

—Esta mañana mi padre me ha dicho que preparara todas mis cosas y estuviese dispuesta, que me daría sus ropas para ponerlas en una maleta, que se veía obligado a hacer un viaje, que íbamos a partir, que necesitábamos una maleta grande para mí, y una pequeña para él, y que lo preparase todo en una semana, porque iríamos tal vez a Inglaterra.

—¡Pero esto es monstruoso! —exclamó Marius.

Y ciertamente, en aquel momento, en el ánimo de Marius, ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación del más atroz tirano, ninguna acción de Busiris, de Tiberio o de Enrique VIII, habría igualado en ferocidad a ésta: El señor Fauchelevent se llevaba a su hija a Inglaterra porque tiene allí negocios.

Preguntó, pues, con voz débil:

—¿Y cuándo partirás?

—No me ha dicho cuándo.

—¿Y cuándo regresarás?

—No me ha dicho cuándo.

Marius se levantó, y dijo fríamente:

—Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos llenos de angustia, y respondió con acento extraviado.

—¿Adónde?

—A Inglaterra, ¿iréis?

—¿Por qué me hablas de vos?

—Os pregunto si iréis.

—¿Qué queréis que haga? —dijo, juntando las manos.

—¿Así, pues, iréis?

—¡Si mi padre se va!

—¿Así, pues, iréis?

Cosette tomó la mano de Marius, y la apretó sin responder.

—Está bien —dijo Marius—. Entonces, yo me iré a otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió, el significado de esta frase; se puso pálida, de modo que su rostro apareció blanco en la oscuridad, y balbuceó:

—¿Qué quieres decir?

Marius la miró, luego alzó lentamente sus ojos hacia el cielo, y respondió:

—Nada.

Cuando sus pupilas se bajaron, vio a Cosette que le sonreía. La sonrisa de la mujer amada, tiene una claridad que disipa las tinieblas.

—¡Qué estúpidos somos! Marius, tengo una idea.

—¿Qué?

—¡Parte, si nosotros partimos! ¡Te diré adónde vamos! Ven a buscarme donde esté.

Marius era entonces un hombre completamente despierto. Había vuelto a la realidad, y dijo a Cosette:

—¡Partir con vosotros! ¿Estás loca? Para esto es preciso dinero, y yo no lo tengo. ¿Ir a Inglaterra? Ahora debo más de diez luises a Courfeyrac, uno de mis amigos a quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, un traje sin botones por delante, mi camisa está rota; tengo los codos agujereados, mis botas se calan; desde hace seis semanas no pienso en nada y no te lo he dicho. Cosette, soy un miserable. Tú no me ves más que de noche, y me das tu amor; si me vieras de día, me darías limosna. ¡Ir a Inglaterra! ¡Y no tengo con qué pagar el pasaporte!

Se recostó contra un árbol que había allí, de pie, con los brazos por encima de la cabeza, con la frente en la corteza, sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil, y próximo a caer al suelo como la estatua de la desesperación.

Permaneció así largo rato. En estos abismos se podría permanecer una eternidad. Por fin se volvió, y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era Cosette que sollozaba.

Lloraba desde hacía dos horas al lado de Marius, que meditaba.

Marius se acercó a ella, cayó de rodillas, y prosternándose lentamente cogió la punta del pie que aparecía bajo su vestido, y lo besó.

Ella lo dejó hacer en silencio. Hay momentos en que la mujer acepta, como una diosa sombría y resignada, la religión del amor.

—No llores —dijo él.

Ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy a marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:

—¿Me amas?

Cosette le contestó, sollozando, esta frase del paraíso que nunca es tan encantadora como a través de las lágrimas:

—Te adoro.

Marius continuó con una voz que era una caricia:

—No llores. ¿Quieres hacerlo por mí?

—¿Me amas tú? —dijo ella.

Él le tomó la mano.

—Cosette, nunca he dado mi palabra de honor nadie, porque el hacerlo me da miedo. Siento que al darla, mi padre está a mi lado. Pues bien, te doy mi palabra de honor más sagrada, de que si te vas moriré.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Cosette tembló. Sintió este frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera; la impresión le hizo cesar de llorar.

—Ahora, escucha —dijo Marius—. No me esperes mañana.

—¿Por qué?

—No me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! ¡Pero esto es imposible!

—Sacrifiquemos un día, para tener tal vez toda la vida.

Y Marius añadió a media voz y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus hábitos, y no recibe a nadie más que por la noche.

—¿De qué hombre hablas? —preguntó Cosette.

—¿Yo? No he dicho nada.

—¿Qué esperas, pues?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette, entonces, le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de los pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Marius continuó:

—Pienso que es preciso que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder, vivo en la casa de un amigo llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó de él un cuchillo, con la hoja, escribió en el yeso de la pared:

Calle de la Verrerie, 16.

Cosette, entretanto, había vuelto a contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Marius; tienes una idea. Dímela. ¡Oh! ¡Dímela para que pueda pasar una buena noche!

—Mi pensamiento es éste: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Qué voy a hacer hasta entonces? —dijo Cosette—. Tú estás libre, vas, vienes. ¡Oh, qué felices son los hombres! Yo voy a quedarme sola. ¡Oh, qué triste voy a estar! ¿Qué es lo que harás mañana por la noche, di?

—Voy a hacer una tentativa.

—Entonces rogaré a Dios, y pensaré en ti hasta entonces para que lo consigas. No te pregunto más, puesto que no quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche de mañana cantando esta música de Euryanto que te gusta, y que un día viniste a oír detrás de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré esa noche a las nueve en punto, te lo advierto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo oyes? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen a dos amantes en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor, cayeron uno en brazos del otro, sin darse cuenta de que sus labios se habían unido mientras que sus ojos alzados, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando Marius salió, la calle estaba desierta. Era el momento en que Éponine seguía a los bandidos hasta el bulevar.

Mientras que Marius meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea, ¡ah!, que él mismo tenía por insensata e imposible. Había tomado un partido violento.

VII

El corazón joven y el corazón viejo frente a frente

El señor Gillenormand, tenía entonces noventa y un años cumplidos. Vivía, como siempre, con la señorita Gillenormand, en la calle Filles-du-Calvaire, número 6, en aquella vieja casa que era suya. Era, como se recordará, uno de estos viejos rancios que esperan la muerte a pie firme, que cargan con los años sin doblegarse, y no se encorvan ni aun con los pesares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo, su hija se decía: «Mi padre va decayendo.» Ya no abofetea a las criadas; no golpeaba con el bastón y con acompañamiento de voces la puerta de la escalera, cuando Basque tardaba en abrirle. La revolución de julio apenas lo había exasperado por espacio de seis meses. Había visto casi con tranquilidad en el *Monitor*, esta reunión de palabras: El señor Humblot-Conté[1], par de Francia. El hecho es que el anciano estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, porque esto era imposible, así en su naturaleza

1 Arnould Humblot-Conté, diputado desde 1821, fue nombrado par de Francia en 1832.

física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacía cuatro años que esperaba a Marius a pie firme, ésta es la frase, con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado, llamaría un día u otro a su puerta; ahora, en algunos momentos tristes, llegaba a decirse que por poco que Marius tardase en venir... Y no era la muerte lo que temía, era la idea de que tal vez no volvería a ver a Marius. No volver a ver a Marius era un triste y nuevo temor que no se le había presentado nunca hasta ahora; esta idea que empezaba a aparecer en su cerebro, lo dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre en los sentimientos naturales y verdaderos, sólo había conseguido aumentar su cariño de abuelo hacia el hijo ingrato que se había marchado con tanta indiferencia. En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol. El señor Gillenormand, estaba o lo creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto. «Antes moriré», decía. No encontraba en sus hechos ninguna culpa, pero sólo pensaba en Marius con un enternecimiento profundo y el mudo desespero de un viejo que anda en las tinieblas.

Empezó a perder los dientes, lo cual aumentó su tristeza.

El señor Gillenormand, sin confesárselo a sí mismo, lo cual lo hubiera enfurecido y avergonzado, no había amado a ninguna querida tanto como a Marius.

Había hecho colocar en su habitación, cerca de la cabecera de la cama, como la primera cosa que quisiera ver al despertar un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando tenía dieciocho años. Contemplaba sin cesar aquel retrato. Un día dijo mirándolo:

—Encuentro que él se le parece.

—¿A mi hermana? —dijo la señorita Gillenormand—. Sí, se le parece.

El anciano añadió:

—Y a él también.

Una vez, estando sentado con las rodillas juntas y los ojos casi cerrados, en una actitud de abatimiento, su hija se atrevió a decirle:

—Padre, ¿seguís tan enfadado con él?

Y se detuvo, no atreviéndose a seguir más lejos.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con este pobre Marius.

El señor Gillenormand alzó su vieja cabeza, puso su puño delgado y arrugado sobre la mesa, y gritó con su acento más vibrante e irritado:

—¡Pobre Marius, decís! Este señor es un pillo, un mal pillo, un mal pícaro, un pequeño vanidoso ingrato, sin corazón, sin alma, orgulloso; un mal hombre.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que tenía en los ojos.

Tres días después, rompió un silencio que duraba desde hacía cuatro horas, para decirle a su hija a quemarropa:

—Había tenido el honor de rogar a la señorita Gillenormand, que no me hablase nunca más de él.

La tía Gillenormand renunció a toda tentativa y se hizo este diagnóstico profundo: «Mi padre no ha querido nunca a mi hermana después de su estupidez. Es claro que detesta a Marius.»

«Desde su estupidez», significaba: desde que se había casado con el coronel.

Por lo demás, como se habrá podido conjeturar, la señorita Gillenormand había fracasado en su tentativa de sustituir a Marius con su favorito, el oficial de lanceros. El sustituto, Théodule, no había cuajado. El señor Gillenormand no había aceptado el *quid pro quo.* El vacío del corazón no se acomoda a un alma cualquiera. Théodule, a su vez, aunque deseando la herencia, repugnaba la servidumbre de agradar. El viejo fastidiaba al lancero, y el lancero chocaba al viejo. El teniente Theódule era alegre, sin duda, pero charlatán; frívolo, pero vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía queridas, es verdad, y hablaba mucho de ellas, también lo es, pero hablaba mal. Todas sus cualidades, tenían un defecto.

El señor Gillenormand cometía un exceso, oyéndole hablar contra los «buenos partidos» que vivían alrededor de su cuartel de la calle de Babylone. Además, el teniente Gillenormand venía alguna vez de uniforme, con la escarapela tricolor. Todo esto le hacía sencillamente imposible. El señor Gillenormand, había acabado por decir a su hija:

—Ya estoy cansado de Théodule. Recíbele tú si quieres. Me gustan poco las gentes de guerra en tiempos de paz. No sé si preferir los acuchilladores, a los que andan arrastrando el sable. El crujido de las espadas en la batalla, es menos miserable que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, acicalarse como matasiete, apretarse el talle como una chiquilla y gastar corsé debajo de la coraza, es ser dos veces ridículo. El que es hombre verdaderamente está a igual distancia de la fanfarronada que de la puerilidad. Ni Fierabrás, ni tierno corazón. Guárdate tu Théodule.

Su hija le contestó:

—Sin embargo, es vuestro sobrino.

Pero se descubrió que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta la punta de los dedos, no era enteramente tío.

Una noche, era el 4 de junio, cosa que no impedía que el tío Gillenormand tuviera un buen fuego en la chimenea, había despedido a su hija que cosía en la habitación próxima. Estaba solo en su habitación de pinturas pastoriles, con los pies en los morillos, medio rodeado por su ancho biombo de coromandel de nueve hojas, recostado en la mesa, sobre la cual había dos bujías con pantalla verde, sumergido en su sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leerlo. Iba vestido según la moda y parecía un antiguo retrato de Garat [1]. Si hubiera salido con aquel traje, lo hubieran seguido en la calle, pero su hija lo cubría, siempre que salía, con una gran bata episcopal que ocultaba sus ropas. En su casa, excepto para levantarse y acostarse, no usaba nunca bata. «Esto lo hace a uno parecer viejo», decía.

El tío Gillenormand pensaba en Marius y amargamente, y como de ordinario, dominaba su amargura. Su ternura dolorida, concluía por convertirse en indignación. Se encontraba en esta situación en que se trata de tomar un partido, y en aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto a decirse que no había razón para que Marius volviese, pues si hubiera tenido que volver, lo hubiese hecho ya, y que, por consiguiente, era preciso renunciar a verlo. Trataba de habituarse a la idea de que todo había terminado, y que moriría sin ver a «aquel caballero».

[1] Garat (1749-1833), ministro de justicia cuando la ejecución de Luis XVI, más tarde uno de los «ideólogos», de quienes desconfiaba Napoleón; senador y conde. El directorio había sido la época de este tipo de hombre. De ahí la referencia hecha por Hugo.

Pero toda su naturaleza se rebelaba, y su vieja paternidad no podía consentirlo. «¡Qué! —decía—. ¡No vendrá!», y ésta era su muletilla. Su cabeza calva había caído sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza del hogar una mirada lamentable e irritada.

En lo más profundo de esta meditación, su antiguo criado Basque, entró y preguntó:

—Señor, ¿podéis recibir al señor Marius?

El anciano se incorporó en su asiento, pálido y semejante a un cadáver que se alza bajo una sacudida galvánica. Toda su sangre había refluido a su corazón. Murmuró.

—¿Qué señor Marius?

—No lo sé —respondió Basque intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo—. No lo he visto. Nicolette es quien acaba de decírmelo. «Ahí está un joven, dice que es el señor Marius.»

El tío Gillenormand, balbució en voz baja:

—Hacedlo entrar.

Permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa, y la mirada fija en la puerta. Abrióse ésta y entró un joven. Era Marius.

Marius se detuvo en la puerta como esperando que le dijesen que entrase.

Su traje miserable no se veía apenas en la oscuridad que formaba la pantalla. No se distinguía más que su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste.

El tío Gillenormand, sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos instantes sin ver otra cosa que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba a punto de desfallecer; veía a Marius a través de un deslumbramiento. ¡Era él, sí, era Marius!

¡Por fin! ¡Después de cuatro años! Se apoderó de él, por decirlo así, de repente, con un solo golpe de vista. Lo encontró hermoso, noble, distinguido, hombre hecho, la actitud conveniente, con aire simpático. Tuvo deseos de abrir sus brazos, de llamarlo, de precipitarse, oprimióse su corazón de alegría; lo ahogaban y se desbordaban de su pecho palabras afectuosas. Toda esta ternura se abrió paso y llegó a sus labios, pero por contraste con lo que era el fondo de su naturaleza, salió de ellos la dureza, y dijo bruscamente:

—¿Qué venís a hacer aquí?

Marius respondió con embarazo:

—Señor...

El señor Gillenormand, hubiera querido que Marius se arrojara a sus brazos. Estuvo descontento de Marius y de sí mismo. Diose cuenta de que él era brusco, y Marius era frío. Para el buen hombre era una insoportable e irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en el interior, y ser tan duro exteriormente. Volvió a su amargura, e interrumpió a Marius con aspereza:

—¿Entonces, a qué venís?

Este «entonces», significaba: Si no venís a abrazarme. Marius miró a su abuelo, que con su palidez parecía un busto de mármol.

—Señor...

El viejo dijo con voz severa:

—¿Venís a pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestros errores?

Creía con esto poner a Marius en camino para que el «niño», le pidiera perdón. Marius tembló; le exigía que se opusiese a su padre; bajó los ojos y respondió:

—No, señor.

—¡Entonces! —exclamó, impetuosamente el anciano con un dolor punzante y lleno de cólera—. ¿Qué queréis de mí?

Marius juntó las manos, dio un paso, y dijo con una voz débil y temblorosa:

—Señor, tened compasión de mí.

Esta palabra conmovió al señor Gillenormand. Un momento antes, lo hubiera enternecido, pero era demasiado tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante, pero su alta estatura dominaba a Marius, que estaba inclinado.

—¡Compasión de vos, caballero! ¡Un adolescente que pide compasión a un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida y yo salgo de ella; vos vais al teatro, a los bailes, al café, al billar, tenéis talento, agradáis a las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo en medio del verano en la lumbre; sois rico con las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobrezas que dan la vejez, la debilidad, el aislamiento. Tenéis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo siquiera cabellos blancos, he perdido mis dientes, flaquean mis piernas, pierdo la memoria; hay tres calles cuyos nombres confundo siempre: la calle Charlot, la calle de Chaume, y la calle Saint-Claude[1]: así me veo. Vos tenéis delante un porvenir lleno de luz, y yo empiezo a no ver ni gota, tanto voy avanzando en la oscuridad; vos estáis enamorado, eso no hay que decirlo, y a mí no me ama nadie en el mundo. ¡Y venís a pedirme compasión! Caramba, Molière ha olvidado esta escena. Si

[1] Tres calles de Marais.

es así como litigáis en el tribunal los abogados, os felicito cordialmente. Sois unos pícaros.

Y el octogenario continuó con voz airada y grave:

—Pero veamos, ¿qué es lo que queréis de mí?

—Señor, sé que mi presencia os enoja, pero vengo solamente a pediros una cosa; después me iré enseguida.

—¡Sois un necio! —dijo el anciano—. ¿Quién os dice que os vayáis?

Era la traducción de aquella frase tierna que tenía en el fondo del corazón: «¡Pídeme perdón! ¡Arrójate a mi cuello!» El señor Gillenormand, se daba cuenta de que Marius iba a abandonarlo dentro de algunos instantes, que su mala acogida lo entibiaba, que su dureza lo rechazaba; se decía todo esto, y su dolor aumentaba; pero como éste se cambiaba en cólera, iba aumentando su ira.

Hubiera querido que Marius lo comprendiese, pero Marius no lo comprendía; esto ponía furioso al buen hombre. Y continuó:

—¡Cómo! ¿Me habéis faltado a mí, a vuestro abuelo?; habéis abandonado mi casa para ir quién sabe dónde, habéis dejado desolada a vuestra tía; habéis querido, porque esto se adivina, es más cómodo, llevar la vida de joven, hacer el currucato, volver a casa a cualquier hora, divertiros; no habéis dado señales de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague; habréis roto vidrios y os habréis hecho camorrista, y al cabo de cuatro años venís a mi casa... ¿y no tenéis que decirme más que esto?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura sólo produjo el silencio de Marius. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso y apostrofó a Marius amargamente:

—Concluyamos. ¿Venís a pedirme algo? Decidlo. ¿Qué queréis? ¿Qué es? Hablad.

—Señor —dijo Marius con la mirada de un hombre que se da cuenta de que va a caer en un precipicio—. Vengo a pediros permiso para casarme.

El señor Gillenormand llamó. Basque entreabrió la puerta.

—Haced venir a mi hija.

Un segundo más tarde, la puerta volvió a abrirse, y la señorita Gillenormand no entró, mas se dejó ver. Marius estaba de pie, mudo, con los brazos caídos, con el aspecto de un culpable.

El señor Gillenormand iba y venía a lo largo y a lo ancho de la habitación. Se volvió hacia su hija y le dijo:

—Nada. Es el señor Marius. Decidle buenos días. El señor quiere casarse. Esto es todo. Idos.

El sonido de voz breve y ronco del anciano anunciaba una extraña plenitud de ira. La tía contempló a Marius con aire asustado, apenas pareció reconocerlo, no dejó escapar ni un gesto ni una sílaba, y desapareció ante la voz de su padre más pronto que una paja empujada por el huracán.

Mientras tanto el señor Gillenormand se había recostado en la chimenea.

—¡Casaros! ¡A los veintiún años! ¡Lo habéis arreglado así! ¡No tenéis que hacer más que pedirme permiso! Una formalidad. Sentaos, caballero. Habéis pasado por una revolución desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debéis estar muy contento. ¿No sois republicano, desde que sois barón? Vos conciliáis esto. La república es una salsa de la baronía. ¿Tenéis acaso la condecoración de julio? ¿Habéis tenido

alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle de Saint-Antoine, frente a la calle de Nonnains-d'Hyères una bala incrustada en la pared en el tercer piso de una casa con esta inscripción: 28 de julio de 1830. Id a verlo: produce un buen efecto. ¡Ah! ¡Vuestros amigos hacen cosas muy lindas! Y a propósito: ¿No van a hacer una fuente en lugar del monumento del duque de Berry? [1] ¿Conque queréis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero antes de que Marius tuviese tiempo de responder, añadió con violencia:

—¡Ah! ¿Tenéis posición? ¿Habéis hecho fortuna? ¿Cuánto ganáis en vuestro oficio de abogado?

—Nada —dijo Marius con una especie de firmeza y resolución casi feroz.

—¿Nada? ¿No tenéis para vivir más que los mil doscientos francos que os envío?

Marius no respondió, y el señor Gillenormand continuó:

—Entonces ya comprendo. ¿Es rica la joven?

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No.

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama?

1 Plaza Richelieu (hoy, square de Louvois), donde el duque de Berry había sido asesinado delante de la ópera; la restauración había alzado allí un monumento expiatorio. Éste debía ser remplazado, efectivamente, por la fuente de Visconti, pero en 1844, Víctor Hugo pone en boca del señor Gillenormand, propósitos poco verosímiles.

—La señorita Fauchelevent.

—¿Fauche... qué?

—Fauchelevent.

—Pst —dijo el viejo.

—¡Señor! —exclamó Marius.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla a sí mismo:

—Eso es, veintiún años, sin posición, mil doscientos francos al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá a comprar dos sueldos de perejil a casa de la frutera.

—Señor —repitió Marius con la angustia de la última esperanza que se desvanece—. ¡Os lo suplico! Os lo suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me pongo a vuestros pies; ¡permitidme que me case!

El anciano lanzó una carcajada estridente y lúgubre, a través de la cual tosía y hablaba.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Os habéis dicho: ¡Pardiez! ¡Voy a buscar a este viejo pelucón, a este absurdo bodoque! ¡Qué lástima que yo no tenga veinticinco años! ¡Cómo le pasaría una respetuosa papeleta! ¡Cómo me las arreglaría sin él! Pero es lo mismo. Le diré: Viejo cretino, eres muy dichoso en verme; tengo ganas de casarme, quiero casarme con la señorita Fulana, hija del señor Zutano, yo no tengo zapatos, ella no tiene camisa; pero quiero echar a un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria, con una mujer al cuello; éste es mi pensamiento, y es preciso que consientas, y el viejo fósil consentirá. Anda, hijo mío, como tú quieras, átate, cásate con tu Pousselevent, tu Coupelevent... ¡Nunca, caballero, nunca!

—¡Padre mío!

—¡Nunca!

Marius perdió toda esperanza al oír el acento con que fue pronunciado este «nunca».

Atravesó el cuarto lentamente, con la cabeza inclinada, temblando, y más semejante al que se muere que al que se va. El señor Gillenormand lo seguía con los ojos, y en el momento en que la puerta se abría y Marius iba a salir, dio cuatro pasos con esta vivacidad senil de los ancianos imperiosos y mimados, cogió a Marius por el cuello, lo volvió a la habitación, lo arrojó en un sillón y dijo:

—¡Cuéntame esto!

Sólo estas palabras, «padre mío», que se habían escapado a Marius, habían causado esta revolución.

Marius lo miró asustado. El rostro móvil del señor Gillenormand no expresaba más que una ruda e inefable buena fe. El abuelo se había convertido en padre.

—Vamos a ver, habla, cuéntame tus amores y dímelo en secreto, dímelo todo. ¡Caramba! ¡Qué tontos son los jóvenes!

—¡Padre mío! —repitió Marius.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

—Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Había en estas frases algo tan hermoso, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Marius pasó repentinamente del desánimo a la esperanza, y quedó como aturdido y confuso. Estaba sentado cerca de la mesa; la luz de las velas hacía muy visible la miseria de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Y bien, padre mío —dijo Marius.

—¡Ah! —dijo el señor Gillenormand—. No tienes ni un sueldo. Estás vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa que puso sobre la mesa:

—Toma, aquí tienes cien luises, cómprate un sombrero.

—Padre mío —prosiguió Marius—, mi buen padre, ¡si supieseis!, la amo. No podéis figuraros. La primera vez que la vi, era en el Luxemburgo, adonde ella iba a pasear; al principio no le presté atención, pero luego, no sé cómo fue y me he enamorado. ¡Oh, qué desgraciado me ha hecho esto! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa, su padre no lo sabe. Figuraos que van a partir; nos vemos en el jardín por la noche; su padre quiere irse a Inglaterra, y entonces yo me dije: Voy a ir a mi abuelo y se lo explicaré todo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case con ella, pues de lo contrario me volvería loco. Ésta es toda la verdad; creo que no he olvidado nada. Ella vive en un jardín en el que hay una verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand, se había sentado alegremente al lado de Marius. Mientras lo escuchaba y gozaba con el sonido de su voz, saboreaba al mismo tiempo un polvo de tabaco. A esta palabra, calle Plumet, interrumpió su aspiración, y dejó caer el resto del tabaco sobre las rodillas.

—¡Calle Plumet! ¿La calle Plumet, dices? ¡Veamos! ¿No hay un cuartel por allí cerca? Sí, esto es. Tu primo Théodule me ha hablado de ello. El lancero, el oficial. ¡Una jovencita, mi jovencita, mi buen amigo, una jovencita! ¡Pardiez! Sí, en la calle Plumet, la que antes se llamaba calle Blomet. Ahora me acuerdo. He oído hablar de esta jovencita de la verja de la calle Plumet. En un jardín. Una Pamela. No tiene mal gusto. Es muy aseadita. Entre nosotros, creo que este tonto de lancero le ha hecho la corte. No sé hasta dónde habrá llegado. En fin, no importa. Por otra parte, no hay que creerle. Se enva-

nece. ¡Marius! Me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado. Es propio de tu edad. Prefiero que estés prendado de unas faldas, ¡caramba!, de veinte faldas, antes que del señor Robespierre. Por mi parte, en materia de *sanscoulottes* no me gustan más que las mujeres. ¡Las chicas bonitas, son las chicas bonitas!, ¡qué diablos!, y a esto no puede hacerse objeción alguna. En cuanto a la pequeña, te recibe a espaldas de papá. Esto está muy puesto en el orden. A mí me han ocurrido también historias de este género, y más de una. ¿Sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad; no se precipita uno en lo trágico, no se concluye por un casamiento, y por ir a casa del alcalde a verle con su faja. Es preciso ser un muchacho de genio; es necesario tener sentido común. Tropezad, mortales, pero no os caséis. Cuando llega un caso como éste, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luises en el cajón, y se le dice: Abuelo, esto me pasa. Y el abuelo, dice: Es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven y tú serás viejo. Anda, hijo mío, que ya dirás esto mismo a tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. Diviértete. ¡Caramba! ¡Nada mejor! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno, pero esto no impide..., ¿me comprendes?

Marius, petrificado y sin poder pronunciar ni una sola palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo, se echó a reír, guiñó el ojo, le dio un golpecito en la rodilla, lo miró entre ambos ojos con aire misterioso, y le dijo, alzando amistosamente los hombros:

—¡Tonto! ¡Tómala por querida!

Marius se puso pálido. No había comprendido nada de todo lo que acababa de decir el abuelo. Aquella con-

fusión de la calle Blomet, de Pamela, del cuartel, del lancero, había pasado ante Marius como algo fantasmagórico. Nada de todo aquello podía relacionarse con Cosette, que era un lirio. El buen hombre divagaba. Pero esta divagación había concluido en una palabra que Marius había comprendido, y que era una mortal injuria a Cosette. Aquella frase: «Tómala por querida», había entrado en su corazón como una espada.

Se levantó, recogió su sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hacia la puerta con paso seguro y firme. Allí se volvió, se inclinó profundamente delante de su abuelo, levantó luego la cabeza, y dijo:

—Hace cinco años insultasteis a mi padre; hoy insultáis a mi mujer. Ya no os pido nada, señor. Adiós.

El señor Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, tendió los brazos, trató de levantarse, pero antes de que hubiera tenido tiempo de pronunciar ninguna palabra, la puerta se había cerrado y Marius había desaparecido.

El anciano permaneció inmóvil durante algunos instantes, sin poder hablar ni respirar, como si un puño cerrado le apretara la garganta. Por fin, se levantó de su sillón, corrió hacia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr a los noventa y un años, la abrió y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Apareció su hija, y después los criados. Les dijo con angustioso aliento:

—¡Corred tras de él! ¡Cogedlo! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío! ¡Esta vez no volverá!

Se dirigió a la ventana que daba a la calle, la abrió con sus viejas manos arrugadas, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras que Basque y Nicolette lo sujetaban por detrás y gritó:

—¡Marius! ¡Marius! ¡Marius! ¡Marius!

Pero Marius ya no podía oírle, pues en aquel preciso instante, doblaba la esquina de la calle Saint-Louis [1].

El octogenario se llevó dos o tres veces las manos a las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza y agitando los labios con aire estúpido, sin tener en los ojos y en el corazón más que una cosa triste y profunda como la noche.

[1] Hoy, calle de Turenne.

Libro noveno

¿Adónde van?

I

Jean Valjean

Aquel mismo día, hacia las cuatro de la tarde, Jean Valjean estaba sentado solo en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia, ya por afán de recogimiento, deseo que sigue a los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco a poco en todas las existencias, ahora salía poco con Cosette.

Llevaba su traje de obrero y un pantalón gris; la ancha visera de su gorro le ocultaba el rostro. Estaba ahora tranquilo y feliz respecto de Cosette; lo que le había asustado y turbado durante algún tiempo, se había disipado; pero desde hacía una o dos semanas, lo perseguía una ansiedad de otra naturaleza. Un día, paseándose por el bulevar, había visto a Thénardier. Gracias a su disfraz, Thénardier no lo había reconocido; pero desde entonces, Jean Valjean lo había vuelto a ver varias veces, y ahora tenía la certeza de que Thénardier merodeaba por su barrio. Aquello había bastado para hacerlo tomar una decisión. Estando allí Thénardier, estaban presentes todos los peligros a un tiempo.

Además, París no se hallaba tranquilo; las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente, para todo el que tuviera que ocultar algo en su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que tratando de despistar a un hombre como Pepin o Morey [1], podía muy bien descubrir a un hombre como Jean Valjean.

Todas estas cosas lo inquietaban.

Por último, un hecho inexplicable que acababa de sorprenderlo, y que le tenía aún impresionado, había aumentado su inquietud. Aquel mismo día por la mañana se había levantado temprano, y se paseaba por el jardín, antes de que Cosette hubiera abierto su ventana, y había descubierto de repente esta línea grabada en la pared, probablemente con un clavo:

«Calle de la Verrerie, 16»

La escritura era muy reciente, las muescas estaban blancas en la antigua argamasa ennegrecida, y una mata de ortigas que había al pie de la pared, estaba cubierta de polvillo y yeso. Aquello había sido escrito probablemente durante la noche. Pero, ¿qué era? ¿Una dirección? ¿Una señal para alguien? ¿Una advertencia para él? ¿En cualquier caso, resultaba evidente que el jardín había sido violado, y que había penetrado algún desconocido. Entonces recordó los incomprensibles incidentes que habían alarmado ya a la casa, meditó sobre aquel letrero, y se

1 Pepin, tendero del «faubourg» Saint-Antoine, de quien la policía sospechaba cuando el entierro del general Lamarque (5 de junio de 1832), participó, en 1835, en el atentado de Fieschi. Capturado por fin, fue condenado a muerte, y ejecutado el 15 de enero de 1836.

Morey, guarnicionero, antiguo combatiente de julio, cómplice de Fieschi, fue condenado y ejecutado al mismo tiempo que Pepin.

Ni uno ni otro podían, pues, ser buscados en 1832.

guardó muy bien de hablar de él a Cosette, por miedo a asustarla.

Una vez considerado y medido todo aquello, se había decidido a abandonar París, e incluso Francia, y pasar a Inglaterra. Había prevenido a Cosette. Antes de ocho días quería partir. Estaba sentado sobre la cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro a toda clase de pensamientos, Thénardier, la policía, el viaje, la extraña línea escrita en la pared, y la dificultad de procurarse un pasaporte.

En medio de estos pensamientos, se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguien que acababa de detenerse sobre la cresta de la cuestecilla, inmediatamente detrás de él. Iba a volverse cuando un papel doblado en cuatro cayó sobre sus rodillas, como si una mano lo hubiese dejado caer sobre su cabeza. Cogió el papel, lo desdobló, y leyó esta palabra, escrita en gruesos caracteres con lápiz: «MUDAOS.»

Jean Valjean se levantó vivamente, pero no había nadie en la cuesta. Miró por todas partes, y descubrió un ser más grande que un niño, pero más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalones de pana de color polvo, que saltaba el parapeto y desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Jean Valjean se volvió enseguida a su casa, pensativo.

II

Marius

Marius había salido desolado de casa del señor Gillenormand. Había entrado allí con una esperanza muy pequeña, y salía con una inmensa desesperación.

Por lo demás, y los que han observado el corazón humano lo comprenderán, el lancero, el oficial, el bobo, el primo Théodule, no habían dejado sombra alguna en su espíritu. Ni la más pequeña nube. El poeta dramático, podría aparentemente esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha a quemarropa por el abuelo al nieto. Pero lo que el drama ganaría, lo perdería la verdad. Marius se hallaba en la edad en que no se cree en nada malo; después viene la edad en que se cree todo. Las sospechas no son otra cosa que arrugas, y la primera juventud no las tiene. Lo que trastorna a Otelo, resbala sobre Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera cometido Marius mil crímenes.

Se puso a andar por las calles, recurso de todos los que sufren. No pensó en nada que pudiese acordarse. A las dos de la madrugada, regresó a casa de Courfeyrac, y se echó vestido en su colchón. El sol estaba ya alto cuando se durmió con este terrible sueño pesado que

deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó vio de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir y muy afanosos a Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió algún tiempo después de ellos. Puso en su bolsillo las pistolas que Javert le había confiado cuando la aventura del 3 de febrero, y que se habían quedado en su poder. Estas pistolas estaban aún cargadas. Sería difícil decir qué pensamiento sombrío tenía en la mente al llevárselas.

Durante todo el día estuvo vagando sin saber por dónde iba; llovía a intervalos, pero él no se daba cuenta; para comer compró un bollo de un sueldo en un puesto de pan, lo guardó en su bolsillo y se olvidó. Parece también que se bañó en el Sena, sin saber lo que hacía. Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Marius estaba en uno de estos instantes. Ya no esperaba nada, ya no temía nada; había dado este paso desde la víspera. Esperaba la noche con impaciencia febril, no tenía más que una idea clara: Que a las nueve vería a Cosette. Esta última dicha, era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra. A intervalos, paseando por los bulevares más desiertos, le parecía oír en París ruidos extraños, y saliendo de su meditación, se decía: «¿Es que pelean?»

Al caer la noche, a las nueve en punto, tal como había prometido a Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando se aproximó a la verja, lo olvidó todo. Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto a Cosette; iba a verla y todas las demás ideas se borraron, y sólo sintió una profunda alegría. Esos minutos en que se viven siglos, tie-

nen en sí una cosa soberana y admirable; en el momento en que pasan, llenan por completo el corazón.

Marius abrió la verja, y se precipitó al jardín. Cosette no estaba en el sitio donde lo esperaba siempre. Atravesó la espesura, y llegó a la rinconada cerca de la escalinata. «Me espera allí», se dijo. Cosette no estaba. Alzó los ojos, y vio que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dio la vuelta al jardín, y vio que estaba desierto. Entonces volvió a la casa, y loco de amor, extraviado, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa a mala hora, llamó a la ventana. Llamó y volvió a llamar, expuesto a ver abrirse la ventana, y asomar por ella la sombría cabeza del padre y oír que le preguntaba: «¿Qué queréis?» Esto no era nada al lado de lo que sospechaba. Cuando hubo llamado, alzó la voz y llamó a Cosette:

—¡Cosette! —gritó—. ¡Cosette! —repitió imperiosamente.

Nadie respondió. Todo había acabado. No había nadie en el jardín, nadie en la casa.

Marius fijó sus ojos desesperados sobre aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa y tan vacía como una tumba. Miró el banco de piedra, donde había pasado horas tan adorables cerca de Cosette. Entonces se sentó sobre los peldaños de la escalinata, con el corazón lleno de dulzura y resolución, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo que puesto que Cosette había partido, ya no le quedaba más que morir.

De repente, oyó una voz que parecía venir de la calle, y que gritaba entre los árboles:

—¡Señor Marius!

Se levantó.

—¿Eh? —dijo.

—¿Señor Marius, estáis ahí?

—Sí.

—Señor Marius —continuó la voz—, vuestros amigos os esperan en la calle de Chanvrerie [1].

Aquella voz no le resultaba desconocida por completo. Se parecía a la voz tomada y ruda de Éponine. Marius corrió a la verja, apartó el barrote móvil, pasó la cabeza, y vio una figura, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en la oscuridad.

[1] Uniendo la calle de Saint-Denis y la calle Mondetour. Desaparecida más tarde, al abrirse la calle Rambuteau, como lo explicará Víctor Hugo en el capítulo primero del *Libro XII*.

III

El señor Mabeuf

La bolsa de Jean Valjean, había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella pudiese convertirse en luises de oro. No había adivinado que lo que le caía del cielo, procedía de Gavroche. Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto por el que lo había hallado, a disposición del que lo reclamase. La bolsa, en efecto, se perdió. No hay que decir que nadie la reclamó, sin que socorriera al señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo a menos.

Las experiencias sobre el índigo no habían dado mejor resultado en el jardín botánico que en su jardín de Austerlitz. El año anterior, debía el salario a su ama, y ahora, debía, como hemos visto, el alquiler de la casa. El monte de piedad, después de trascurridos trece meses, había vendido las planchas de su *Flora*, y algún calderero había hecho de ellas cacerolas. Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabalados de

su *Flora* que poseía aún, había cedido a bajo precio a un librero chalán, planchas y texto como desperfectos. Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó a comerse el dinero de estos ejemplares. Cuando vio que aquel miserable recurso se agotaba, renunció a su jardín y lo dejó sin cultivo. Antes, mucho tiempo antes, había renunciado a los dos huevos y al pedazo de buey que comía de vez en cuando. Cenaba con pan y patatas. Había vendido sus últimos muebles, luego todo lo que tenía de repuesto en materia de ropa de cama, vestidos, mantas, después sus herbarios y sus estampas; pero tenía sus libros más preciosos, entre los cuales había varios muy raros, como los *Cuadros históricos de la Biblia* [1], edición de 1560; *La concordancia de las Biblias,* de Pierre de Besse [2]; *Las margaritas de la Margarita,* de Jean de la Haye [3], con dedicatoria a la reina de Navarra; el libro de *El cargo y la dignidad de embajador,* por el señor de Villiers-Hotman [4]; un *Florilegium rabbinicum* de 1644, un *Tibulle* del año 1657, con esta espléndida inscripción: «*Venettis, in aedibus Manutianis*» [5]; y un *Diogène Laërce* [6],

1 *«Quadrains historiques de la Bible»*, traducción de los *Cuadros históricos de la Biblia,* León de Francia, 1553.

2 Publicado en 1610-1611, en París.

3 *Marguerites de la Marguerite des Princesses,* publicados en Lyon por Symon Silvius, llamado de la Haye, en casa de Jean de Tournes, en 1547. Hugo ha confundido comentarista y editor.

4 *De la charge et dignité de l'ambassadeur,* de Jean Hotman, señor de Villiers, París, 1603-1604.

5 La inscripción es espléndida, porque significa «En Venecia, en casa de Manuce». Los Manuce, llamados también los Alde, son una familia de impresores célebres venecianos del siglo XV y XVI.

6 Este Diogène Laërce, de 1644, es desconocido, Hugo lo confunde, tal vez, con las ediciones de este autor aparecidas en Lyon en casa de Gryphe, en 1546, y en casa Vincent, en 1561.

impreso en Lyon en 1644, en el que se encontraban las famosas variantes del manuscrito 411, siglo XII del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Henri Estienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que no se encuentran más que en el célebre manuscrito del siglo XII de la biblioteca de Nápoles. El señor Mabeuf, no encendía nunca fuego en la habitación, y se acostaba con el día para no encender la luz. Parecía que no tuviese vecinos, porque evitaban su encuentro cuando salían; él se daba cuenta. La miseria de un niño, interesa a una madre; la miseria de un joven, interesa a una joven; la miseria de un anciano no le importa a nadie. De todos las miserias es la más fría. Sin embargo, el tío Mabeuf, no había perdido por completo su serenidad de niño. Su pupila adquiría cierta vivacidad cuando se fijaba sobre los libros, y sonreía cuando contemplaba el *Diogène Laërce,* que era un ejemplar único. Su armario de vidriera, era el único mueble que había conservado, aparte de lo indispensable.

Un día, la tía Plutarque le dijo:

—No tengo con qué comprar la cena.

Lo que ella llamaba cena era un pan y cuatro o cinco patatas.

—Fiado —dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabéis bien que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, contempló largo tiempo sus libros uno tras otro, como un padre obligado a diezmar a sus hijos, los contemplaría antes de escoger, luego tomó vivamente uno de ellos, lo puso bajo el brazo, y salió. Regresó al cabo de dos horas, sin nada debajo del brazo, y dejó treinta sueldos encima de la mesa, diciendo:

—Traeréis para comer.

A partir de aquel instante, la tía Plutarque vio cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío.

El día siguiente, el otro, y todos los demás días, fue preciso hacer lo mismo. El señor Mabeuf salía con un libro, y regresaba con una moneda de plata. Como los libreros chalanes lo veían obligado a vender, le compraban por veinte sueldos los libros que le habían costado veinte francos. Algunas veces, comprados a los mismos libreros. Tomo a tomo, así concluyó su biblioteca. En algunos instantes se decía: «Sin embargo, tengo ochenta años», como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros. Su tristeza iba en aumento; pero una vez tuvo una alegría. Salió con un Robert Estienne, que vendió en treinta y cinco sueldos en el muelle Malaquais, y regresó con un Alde [1], que había comprado por cuarenta sueldos en la calle Grès [2].

—Debo cinco sueldos —decía radiante a la tía Plutarque. Aquel día no comieron.

Era de la sociedad de horticultura, donde se sabía de su pobreza. El presidente de esta sociedad, lo fue a ver, le prometió hablar de él al ministro de agricultura y comercio, y lo hizo.

—¿Cómo? —exclamó el ministro—. ¡Ya lo creo! ¡Un docto anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Es preciso que haga algo por él!

Al día siguiente, el señor Mabeuf recibió una invitación para comer en casa del señor ministro. Enseñó la carta, temblando de alegría, a la tía Plutarque.

—¡Estamos salvados! —exclamó.

[1] Alde, abreviación de Theobalde, nombre del fundador de la dinastía de los Manuce.

[2] La calle de Grès (hoy calle Cajas) unía la calle Saint-Jacques y la calle de la Harpe.

El día fijado, fue a casa del ministro. Observó que su corbata arrugada, su viejo frac cuadrado y sus zapatos abrillantados con huevo, asombraban a los ujieres. Nadie le habló, ni tan siquiera el ministro. Hacia las diez de la noche, como estaba todavía esperando que le dijeran una palabra, oyó a la mujer del ministro, hermosa dama descotada a quien él no se había atrevido a acercarse, que preguntaba:

—¿Quién es este caballero anciano?

Volvió a su casa a pie, a medianoche, con una fuerte lluvia. Había vendido un *Elzéver* para pagar el coche al ir.

Todas las noches, antes de acostarse, tenía la costumbre de leer algunas páginas de su *Diogène Laërce*. Sabía bastante griego para gozar de las particularidades del texto que poseía. Ya no tenía otra alegría. Trascurrieron algunas semanas. De repente la tía Plutarque cayó enferma. Es algo muy triste no tener con qué comprar pan en casa del panadero, ni tener con qué comprar drogas en casa del boticario. Una noche, el médico había recetado una poción muy cara. Además, la enferma se agravaba, y necesitaba una persona que la cuidara. El señor Mabeuf abrió la biblioteca, pero ya no había nada en ella. El último volumen había sido vendido. No le quedaba más que el *Diogène Laërce*.

Puso el ejemplar único bajo su brazo y salió; era el 4 de junio de 1832; fue a la Porte-Saint-Jacques [1], a casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Dejó la pila de napoleones sobre la mesita de noche de la vieja sirvienta y volvió a su habitación sin decir una palabra.

Al día siguiente, desde que amaneció, se sentó en el guardacantón que había en el jardín, y pudo vérsele por encima del seto toda la mañana inmóvil, con la frente

1 Ver tomo III, p. 202.

baja, la mirada fija vagamente sobre los parterres marchitos. Llovía a intervalos, pero el viejo no lo notaba. A mediodía estalló en París un ruido extraordinario; parecía que se oían tiros de fusil y clamores populares.

El tío Mabeuf levantó la cabeza. Observó un jardinero que pasaba y le preguntó:

—¿Qué sucede?

El jardinero, con su azadón al hombro, respondió con el acento más tranquilo:

—Un motín.

—¡Cómo! ¿Un motín?

—Sí, están combatiendo.

—¿Por qué combaten?

—¡Ah! ¡Diablo! —exclamó el jardinero.

—¿Hacia qué lado? —preguntó el señor Mabeuf.

—Hacia el arsenal.

El tío Mabeuf regresó a su casa, cogió su sombrero, buscó maquinalmente un libro para ponérselo debajo del brazo, y al no encontrarlo, se dijo: «¡Ah! ¡Es verdad!», y se marchó con aire extraviado.

Libro décimo

El 5 de junio de 1832

I

La superficie de la cuestión

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que piensan, cerebros que sueñan, almas que sufren, pasiones que arden, miserias que se lamentan, y las arrastra.

¿Adónde?

A la ventura. A través del estado, a través de las leyes, a través de la prosperidad y la insolencia de los demás.

Las convicciones irritadas, los entusiasmos frustrados, las indignaciones conmovidas, los instintos de guerra comprimidos, los jóvenes valores exaltados, las ceguedades generosas, la curiosidad, el placer de la variación, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y el oír en el teatro el silbido del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, todo cuanto hace creer que el destino ha fracasado; el malestar, los

pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos; todo el que espera de un derrumbamiento una salida; y, en fin, en lo más bajo, en la turba, este lodo que se convierte en fuego; tales son los elementos del motín.

Lo más grande y lo más ínfimo; los seres que vagan separados de todo esperando una ocasión, gitanos, gente sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen de noche en un desierto de casas sin otro techo que las frías nubes del cielo; los que piden cada día su pan al azar y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen al motín.

Todo el que tiene en el alma una rebelión secreta contra un hecho cualquiera del estado, de la vida o de la muerte, tiene afinidad con el motín, y desde que se presenta, empieza a temblar y a sentirse conmovido por el torbellino.

El motín es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arrastrando consigo los ánimos grandes y los pequeños, el hombre fuerte y el espíritu débil, el tronco de árbol y la brizna de paja.

¡Desgraciado aquel a quien arrastra, lo mismo que aquel con quien choca! Los estrella uno contra otro.

Comunica a los que coge, un poder extraordinario. Arrastra al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos; y hace de todo proyectiles. Convierte una piedra en bala, y un arenero en un general.

Si se ha de creer a ciertos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder, un motín es una cosa deseable. Para ellos es un axioma que el motín

afirma a los gobiernos si no los destruye, porque pone a prueba al ejército, concentra a la burguesía, estira los músculos de la policía, constata la fuerza del esqueleto social. Es una gimnasia; casi una higiene. El poder se siente mejor después de un motín, como el hombre después de una fricción.

El motín, hace treinta años, se consideraba además desde otros puntos de vista.

Hay para todo una teoría que se llama a sí misma «del sentido común»; Filinto contra Alcestes; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso; explicación, admonición, atenuación un poco altiva que, porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree la sabiduría, y no es más que la pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio, ha salido de aquí. Entre el agua fría y el agua caliente, hay el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad enteramente superficial, que diseca los efectos sin remontarse a las causas, censura desde lo alto de una semiciencia, las agitaciones de la plaza pública.

Según esta escuela, «los motines que complicaron la revolución de 1830, quitaron a este gran acontecimiento una parte de su pureza. La revolución de julio había sido un hermoso huracán popular, bruscamente seguido de la calma; pero los motines volvieron a nublar el cielo. Hicieron degenerar en querella esta revolución que en principio fue notable por su unanimidad. En la revolución de julio, como en todo progreso que se realiza a sacudidas, había habido fracturas secretas, el motín las hizo insensibles. Pudo decirse: ¡Ah, esto está roto! Después de la revolución de julio, sólo se sentía la libertad; después de los motines, se conoció la catástrofe.

»Todo motín cierra las tiendas, hace bajar los fondos, disminuye la bolsa, suspende el comercio, entorpece

los negocios, precipita las quiebras; se retira el dinero, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada, los capitales retroceden, el trabajo se paga menos, y en todas partes reina el miedo, la reacción se produce en todas las ciudades. De aquí salen los precipicios. Se ha calculado que el primer día de motín, cuesta a Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Un motín de tres días cuesta ciento veinte millones, es decir, viendo sólo el resultado financiero, equivale a un desastre, naufragio o batalla perdida, que aniquilaría a una flota de sesenta navíos de línea.

»Históricamente, los motines tienen sin duda su belleza; la guerra de las calles no es menos grandiosa ni menos poética que la guerra del campo; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazón de las ciudades; la una tiene a Jean Chouan, y la otra a Jeanne. Los motines iluminaron de rojo, pero espléndidamente, todos los rasgos más originales del carácter parisiense, la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa; probando los estudiantes que la bravura es parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, el desprecio de la muerte en los transeúntes. Escuelas y legiones se encuentran. Después de todo, entre los combatientes, no había más que una diferencia: la edad; es la misma raza, son los mismos hombres estoicos que mueren a los veinte años por sus ideas, y a los cuarenta por sus familias. El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponía la prudencia a la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifestaron la intrepidez popular, educaron el valor del ciudadano.

»Pero, ¿vale todo esto la sangre que se ha derramado? Y añádase a la sangre derramada, el porvenir en-

sombrecido, el progreso comprometido, la inquietud entre los mejores, los liberales honrados desesperando ya, el absolutismo extranjero viendo con placer estas heridas hechas a la revolución por sí misma, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: "¡Ya lo habíamos dicho!" Añadase a esto, que París tal vez puede engrandecerse con un motín, pero que Francia se empequeñece; y, por último, pues todo debe decirse, los asesinatos que deshonran con frecuencia la victoria del orden feroz sobre la libertad enloquecida. En suma, todos los motines han sido funestos.»

Así habla esta casi sabiduría con la que la clase de los pequeños propietarios egoístas, que es casi un pueblo, se contenta gustosa.

En cuanto a nosotros, rechazamos esta palabra tan incómoda: los motines. Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distinción. No nos preguntaron si un motín cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué como una batalla? Aquí se presenta la cuestión de la guerra. ¿Acaso la guerra es un azote menos sensible que la calamidad de un motín? Además, ¿es que son calamidades todos los motines? ¿Y qué, aunque el 14 de julio costase ciento veinte millones? La instalación de Felipe V en España ha costado a Francia dos mil millones. Pues por el mismo precio, preferimos el 14 de julio. Por otra parte, rechazamos estas cifras que parecen razones, y que no son otra cosa que palabras. Dado un motín, lo examinamos en sí mismo. En todo lo que dice la objeción doctrinaria expuesta más arriba, sólo se trata del efecto; nosotros buscamos la causa.

II

El fondo de la cuestión

Hay motines y hay insurrecciones; son dos clases de cólera; una equivocada, otra con derecho. En los estados democráticos, los únicos que están fundados sobre la justicia, sucede algunas veces que una fracción usurpa; entonces el todo se alza, y la necesaria reivindicación de su derecho puede llegar hasta tomar las armas. En todas las cuestiones que atañen a la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción, es la insurrección; el ataque de la fracción contra el todo, es el motín; según que las Tullerías estén habitadas por el rey o por la convención, son justa o injustamente atacadas.

El mismo cañón asestado contra la multitud, no tiene razón el 10 de agosto, y la tiene el 14 de vendimiario [1]. Apariencia semejante, y fondo diferente; los suizos defienden la falso, Bonaparte defiende lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho por su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

[1] Lapsus de Víctor Hugo, para el 13 de vendimiario del año IV, cuando las tropas de la convención, desfilaron bajo las órdenes de Bonaparte, a los seccionarios insurgentes.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede mañana estar turbado. La misma furia es legítima contra Terray y absurda contra Turgot[1]. La destrucción de máquinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de los raíles, las demoliciones de los docks, los falsos caminos de la multitud, el desafío de la justicia del pueblo al progreso; Ramus[2], asesinado por escolares; Rousseau expulsado de Suiza a pedradas[3], son motines. Israel contra Moisés, Atenas contra Foción, Roma contra Escipión, son motines; París contra la Bastilla es una insurrección. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra contra Cristóbal Colón, es la misma rebelión; rebelión impía. Y ¿por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada, lo que Colón por América con la brújula; Alejandro, como Colón, encuentra un mundo. Estos dones de un mundo a la civilización, son tales aumentos de luz, que toda resistencia es criminal. Algunas veces el pueblo se miente fidelidad a sí mismo. La multitud es traidora al pueblo. ¿Hay, por ejemplo, nada tan extraño como esta larga y sangrienta protesta de los falsos saulniers, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora de la victoria popular se alza con el trono, se hacen vendeana, y de insurrección en contra, se vuelve motín en favor? ¡Obra sombría de

[1] Terray, controlador general de finanzas, de 1769 a 1774, fue remplazado en sus funciones por Turgot, que no las ocupó más que de 1774 al 76. El pensamiento de Víctor Hugo es claro: Terray es el mantenedor de los privilegios; Turgot, la reforma lúcida de los abusos.

[2] El humanista Ramus, 1513-1563, fue asesinado en su colegio, sito entonces en Saint-Barthelemy.

[3] Alusión a la lapidación de Motiers, que no expulsó a Rousseau de Suiza, sino únicamente del valle de Travers (1765), desde donde ganó la isla de Saint-Pierre.

la ignorancia! El falso saulnier huye de los poderes reales y, con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. ¡Muerte a las gabelas, y preparación de viva el rey! Asesinos de la noche de San Bartolomé, degolladores de setiembre, verdugos de Avignon, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, miquelets, verdets, cadenettes, compañeros de Jéhu, caballeros de brassard; ése es el motín [1]. La Vendée es un gran motín católico.

El rumor del derecho en movimiento se conoce, y no sale siempre del temblor de las masas turbulentas; hay furores locos, como hay campanas rajadas; no todos los somatenes suenan a bronce. El estremecimiento de la pasión y de la ignorancia es otra sacudida del progreso. Levantaos, sí, pero para engrandeceros, decidme hacia qué lado vais. No hay insurrección más que hacia adelante. Cualquier otro levantamiento es malo. Cualquier

[1] En esta enumeración, los tres primeros términos son ampliados por los tres siguientes, que recuerdan las más ilustres víctimas de cada una de estas matanzas: Saint-Barthélemy, Coligny; setiembre, señora Lamballe; Avignon, el mariscal Brune.

Miquelets: bandidos, después soldados españoles. Napoleón organizó unos miquelets franceses para luchar contra los guerrilleros españoles.

Verdets: bandas realistas, con casaca verde, que, sirvieron en el sur, después del 9 de termidor, y al principio de la segunda restauración (terror blanco).

Cadenettes (originariamente, trenzas de cabellos que llevaban granaderos y húsares) se convirtieron en moda después de termidor, entre los muscadins.

Compañeros de Jéhu: grupos contrarrevolucionarios que operaron especialmente en el sur, durante la reacción del termidor.

Caballeros de brassard (brazalete): en 1814, en la entrada del duque de Angoulème en Burdeos, los gentilhombres de su guardia de honor llevaban, en el brazo izquierdo, un brazalete verde. Más tarde, en recuerdo de estas jornadas, enarbolaban un medallón que parecía la insignia de una nueva orden, a la que Víctor Hugo llama irónicamente «los caballeros del brazalete».

paso violento hacia atrás es motín; retroceder es una vía de hecho contra el género humano. La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que mueve la insurrección echan la chispa del derecho. Estos adoquines solo dejan su lado al motín. Dantón contra Luis XVI, es la insurrección; Hébert contra Dantón, es el motín.

De aquí proviene que si la insurrección, en los casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes [1], el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad colérica, la insurrección es a menudo volcán, el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, según hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un amotinador; Camille Desmoulins es un gobernante.

La solución de todo por el sufragio universal, es un hecho absolutamente moderno, y siendo toda la historia anterior a este hecho, desde hace cuatro mil años, la violación del derecho y el sufrimiento de los pueblos, cada época de la historia trae consigo la protesta que le es posible. Bajo los Césares, no había insurrección, pero había un Juvenal [2].

El *facit indignatio* remplaza a los Gracos.

1 Reminiscencia del principio inscrito en la constitución del año I (1793): «...cuando el gobernador viola los derechos del pueblo, la insurrección es para el pueblo y para cada parte del pueblo, el más sagrado de los derechos, y el más indispensable de los deberes». La declaración de los derechos del hombre, en 1789, no hablaba más que de «resistencia a la opresión».

2 Es Juvenal quien ha dicho: «Si natura negat, facit indignatio versum» (A falta de don natural, es la indignación quien hace el verbo).
Juvenal fue exiliado a Svène (Egipto), según una dudosa tradición, a la cual es fiel Víctor Hugo.

En tiempo de los Césares hay un desterrado de Syène; hay también un autor de los *Anales* [1].

Y no hablemos del gran desterrado de Patmos [2], que también condena el mundo real en una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la visión una sátira enorme, y arroja sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la resplandeciente reverberación del *Apocalipsis*.

Juan sobre su roca, es la esfinge sobre su pedestal; no es posible comprenderla; es un judío, es el pueblo hebreo; pero el hombre que escribe los *Anales* es un latino; digamos mejor: es un romano [3].

Como los Nerones reinan a la manera negra, deben ser pintados del mismo modo. El trabajo del buril sólo sería pálido; es preciso verter en los blancos una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran para algo en la mente de los pensadores: palabra encadenada, palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un señor impone silencio al pueblo. De este silencio nace cierta plenitud misteriosa que se filtra y se solidifica duramente en el pensamiento. La comprensión en la historia produce la concisión en el historiador. La solidez granítica de alguna prosa célebre no es más que una condensación hecha por el tirano.

1 Es en vano que Nerón prospera, Tácito ya ha nacido en el imperio. (Artículo de 1807, citado en las *Memorias de ultratumba*, XVI, 10.)

2 San Juan, que escribía, en Patmos, *El apocalipsis*. Hugo, en Jersey, y después en Guernesey, se compara gustosamente con el Apóstol: ¿No escribe también *El apocalipsis*?

3 Gracioso giro; pero *El apocalipsis* fue escrito en griego, como todo el *Nuevo Testamento*, a excepción, sin duda, del Evangelio de san Mateo.

La tiranía obliga al escritor a contracciones de diámetro, que son acrecentamientos de fuerza. El período ciceroniano, apenas suficiente para Verrès, se embotaría en tiempo de Calígula. Cuanto menor sea la extensión de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con inmensa fuerza.

La honradez de un gran corazón condensada en justicia y en verdad, fulmina.

Digamos de paso que es muy notable que Tácito no sea superior, históricamente hablando, a César; a aquél están reservados los Tiberios.

César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por el que al sacar los siglos a la escena, arregla las entradas y las salidas. César es grande; Tácito es grande; Dios dirige estas dos grandezas para que no choquen una contra otra [1]. El justiciero hiriendo a César, podría herir demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere. Las grandes guerras de África y de España, los piratas de Sicilia destruidos, la civilización introducida en la Galia, en Bretaña, en Germania; toda esta gloria cubre el Rubicón. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, dudando en dejar caer sobre el usurpador ilustre, el ilustre historiador formidable, haciendo a César gracia de Tiberio, y concediendo circunstancias atenuantes al genio.

Cierto que el despotismo es siempre despotismo, aun bajo el déspota del genio. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres; pero la pérdida moral es más repugnante aún bajo los tiranos infames. En estos reinados, nada vela la vergüenza, y los hacedores de ejemplos, Tácito

[1] Hugo piensa aquí en Napoleón I (César), y en sí mismo. Él es el Tácito de Napoleón III, este Tiberio moderno.

como Juvenal, abofetean más útilmente, en presencia del género humano, a esa ignominia sin réplica.

Roma despide peores miasmas en el tiempo de Vitelio que en la época de Sila. Con Claudio y Domiciano, hay una deformidad de bajeza correspondiente a la fealdad del tirano; la miseria de los esclavos es un producto directo del déspota; de estas conciencias encogidas se exhalan los miasmas en que se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones pequeños, las conciencias planas, las almas son repugnantes como un chinche; así sucede con Caracalla, así con Cómodo, así con Heliogábalo; mientras que del senado romano, en tiempo de César, no sale más que el olor de estiércol propio de los nidos de águila.

De aquí proviene la aparición tardía, sólo en apariencia, de los Tácitos y Juvenales; el demostrador sólo aparece en la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, lo mismo que Dante en la edad media, son el hombre; el motín y la insurrección son la multitud, que tan pronto tiene razón como no la tiene.

En la generalidad de los casos, el motín sale de un hecho material; la insurrección son la multitud, que tan pronto tiene razón como no la tiene.

En la generalidad de los casos, el motín sale de un hecho material; la insurrección es siempre un fenómeno moral. El motín es Masaniello[1]; la insurrección es Espartaco. La insurrección confina con la inteligencia; el motín con el estómago. Gaster se irrita; pero Gaster no siempre tiene razón. En las cuestiones de hambre, el

[1] Masaniello (Tomaso Aniello), jefe de la insurrección napolitana de 1647. Entre sus lugartenientes, se cuenta a Salvatore Rosa, que pintó su retrato.

motín, Buzançais [1], por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Y, sin embargo, es un motín. ¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, no la tiene en la forma. Terrible, aun teniendo derecho; violento, aunque fuerte, hiere al acaso; marcha como el elefante ciego, rompiéndolo todo; deja detrás de sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; vierte sin saber por qué la sangre de los seres inofensivos e inocentes. Alimentar al pueblo, es un buen fin; pero matarlo es un mal medio.

Todas las protestas armadas, incluso la más legítima, incluso el 10 de agosto, incluso el 14 de julio, empiezan por la misma agitación. Antes que el derecho se desprenda, hay tumulto y espuma. Al principio, la insurrección es motín, así como el río es torrente. Ordinariamente desemboca en este océano: revolución. Algunas veces, no obstante, viniendo de estas altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la prudencia, la razón, el derecho, formada de la más pura nieve de lo ideal, después de una larga caída de roca en roca, después de haber reflejado el cielo en su trasparencia, y de haber crecido con cien afluentes en el majestuoso camino del triunfo, la insurrección se pierde de repente en alguna hendidura popular, como el Rhin en un pantano.

Todo esto se refiere a lo pasado; en lo porvenir será otra cosa. El sufragio universal tiene de admirable que disuelve el motín en su principio, y dando el voto a la insurrección, le quita las armas. La desaparición de las guerras, de la guerra de las calles, como de la guerra de las fronteras, es el progreso inevitable. La paz, cualquier cosa que sea hoy, es mañana.

[1] Buzançais (Indre), había sido, en enero de 1847, el teatro de un episodio sangriento de la crisis de las subsistencias.

Por lo demás, insurrección, motín, diferencia entre una y otra, todo esto apenas existe para el ciudadano. Para él, todo es sedición, rebelión pura y simple, rebelión del perro contra el amo; especie de mordedura que venga la cadena y el bozal; ladrido, hasta el día en que la cabeza del perro, que va creciendo, se bosqueja vagamente en la sombra como una cabeza de león.

Entonces el ciudadano grita: «¡Viva el pueblo!»

Dada esta explicación; ¿qué es para la historia el movimiento del 5 de julio de 1832? ¿Es un motín? ¿Es una insurrección?

Es una insurrección.

Podrá sucedernos, al traer a escena un acontecimiento terrible que le llamemos alguna vez motín, pero sólo para calificar los hechos de la superficie, haciendo siempre la distinción necesaria entre la forma o motín, y el fondo o insurrección.

Este movimiento de 1832, ha tenido, en su explosión rápida y en su extinción lúgubre, tanta grandeza, que aun aquellos que no ven en él más que un motín, hablan de él con respeto. Para éstos, es como un resto de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen, no se tranquilizan en un día. Una revolución no se corta a pico. Tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de regresar al estado de paz, como una montaña que baja hacia la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama «la época de los motines», es seguramente una hora característica entre las horas tempestuosas de este siglo.

Una última palabra antes de continuar el relato.

Los hechos que van a relatarse pertenecen a esta realidad dramática y viva que el historiador desprecia mu-

chas veces por falta de tiempo y de espacio. En ella, sin embargo, insistimos, en ella está la vida, la palpitación, el estremecimiento humano. Los pequeños detalles, creemos que lo hemos dicho, son, por así decirlo, el follaje de los grandes sucesos y se pierden en la lejanía de la historia.

La época llamada de los motines abunda en detalles de este género. Las instrucciones judiciales, por otras razones distintas de la historia, no lo han revelado todo, ni tal vez han profundizado mucho. Vamos, pues, a sacar a la luz, entre las particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos, y la muerte de otros.

La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; al día siguiente se callaban; pero podemos decir de lo que contamos: Lo hemos visto.- Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia, pero pintaremos cosas verdaderas. En las condiciones del libro que escribimos, no mostraremos más que un solo lado y un solo episodio, y, seguramente, el menos conocido, de las jornadas de los días 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector descubra, bajo el sombrío velo que vamos a levantar, la figura real de esta terrible aventura pública.

III

Un entierro. Ocasión de renacer

En la primavera de 1832, aunque hacía tres meses que el cólera tenía helados los espíritus, y había echado sobre la agitación una lúgubre tranquilidad, París estaba hacía tiempo dispuesto para una conmoción. Lo hemos dicho ya, la gran ciudad parece un cañón; cuando está cargado, basta una chispa que cae, y el disparo sale. En junio del año 1832, la chispa fue la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de renombre y de acción [1]. Había tenido sucesivamente las dos clases de valor necesarias en las dos épocas: el valor de los campos de batalla, y el valor de las tribunas. Era tan elocuente, como bravo; su palabra parecía una espada. Como Foy, su antecesor, después de haber mantenido a gran altura el mando militar, mantuvo a gran altura la libertad.

1 Maximiliano Lamarque (1770-1832), general del imperio, gobernador militar de París durante los cien días, proscrito de 1815 a 1818, diputado liberal de Landes desde 1828 hasta su muerte.

Se sentaba entre la izquierda y la extrema izquierda; era querido del pueblo, porque aceptaba el porvenir, y amado por la multitud, porque había servido bien al emperador. Era, con el conde Gérard, uno de los mariscales «in petto» [1] de Napoleón.

Los traidores de 1815 lo miraban como una ofensa personal. Odiaba a Wellington con un odio directo que agradaba a la multitud, y hacía diecisiete años que guardaba majestuosamente la tristeza de Waterloo, atento apenas a los sucesos intermedios. En su agonía, en su última hora, había apretado contra su pecho una espada que le habían dedicado los oficiales de los cien días. Naponeón murió pronunciando la palabra ejército; Lamarque pronunciando la palabra patria.

Su muerte prevista, era considerada por el pueblo como una pérdida, y por el gobierno como una ocasión [2]. Aquella muerte fue un duelo que, como todo lo que es amargo, puede cambiarse en una revuelta. Esto fue lo que sucedió.

[1] «In petto» (del italiano: en el corazón). En Roma se llama cardenales «in petto» a los futuros príncipes de la iglesia, de los cuales el papa, habiendo tomado su decisión, se reserva el anunciar la elevación más tarde; de ahí, por analogía la expresión de Víctor Hugo. Gérard y Drouet d'Erlon, fueron nombrados mariscales por Luis Felipe.

[2] Casimir Perier, presidente del consejo, había muerto de cólera, el 16 de mayo de 1832. Los partidos de oposición habían esperado que su desaparición señalaría el principio de una flojedad política. Su esperanza quedó fallida, y ciento treinta y cuatro diputados de izquierda enviaron a sus electores un manifiesto amenazador para el régimen: «La restauración y la revolución están presentes. La vieja lucha que creíamos terminada, empieza de nuevo.» Desde entonces las sociedades secretas buscaron una ocasión para obrar, que les fue suministrada por la muerte del general Lamarque. Legitimistas, bonapartistas y republicanos se unieron para sublevar al pueblo con motivo de estas exequias. Aquí vemos, pues, que la atmósfera evocada en las páginas que siguen, por Víctor Hugo, es, en conjunto, fiel a la verdad histórica.

La víspera y la mañana del 5 de junio, día fijado para el entierro del general Lamarque, el faubourg Saint-Antoine, por el cual debía pasar el cortejo fúnebre, tomó un aspecto temible. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Armábanse como podían. Los carpinteros llevaban las tablas de sus establecimientos para «echar abajo las puertas.» Uno de ellos se había hecho un puñal con unos ganchos de zapatero, rompiendo el gancho y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre de «atacar», dormía vestido hacía tres días. Un carpintero, llamado Lombier, encontró a un compañero que le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Pst. No tengo armas.

—Pues, ¿y entonces?

—Me voy a mi taller a coger un compás.

—¿Para qué?

—No lo sé —decía Lombier.

Otro, llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba a los obreros que pasaban, y les decía:

—¡Ven!

Les pagaba un cuartillo de vino, y añadía:

—¿Tienes trabajo?

—No.

—Ve a casa de Filspierre, entre la barrera de Montreuil y la de Charonne [1], y hallarás trabajo.

En casa de Filspierre se encontraban cartuchos y armas. Ciertos jefes conocidos corrían la posta, es decir, iban de una a otra parte para reunir a la gente. En casa de Barthélemy, cerca de la barrera del Trône [2], en casa

[1] Emplazamientos actuales respectivos: cruce calle Montreuil-bulevar de Charonne; calle de Charonne-bulevar de Charonne.

[2] En el extremo de la plaza de Trône (hoy, de la Nación). Desde la revolución, se llamaba «barrera de Vicennes».

de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se les oía decir:

—¿Dónde tienes tu pistola?

—Debajo de la camisa. ¿Y tú?

—Debajo de la camisa.

En la calle Traversière, delante del taller Roland, y en la plaza de la Maison-Brûlée, delante del taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíanse entre ellos a un tal Mavot que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros lo despedían «porque tenían disputas con él todos los días.» Mavot fue muerto al día siguiente en la barricada de la calle Ménilmontant. Pretot, que murió también en la lucha, secundaba a Mavot, y a esta pregunta: «¿Cuál es tu objeto?», respondía: «La insurrección.» Algunos obreros reunidos en la esquina de la calle Bercy esperaban a un tal Lemarin, agente revolucionario por el faubourg Saint-Marceau. Las órdenes se cambiaban casi públicamente.

El 5 de junio, pues, en un día en que se mezclaban la lluvia y el sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, aumentada un poco con las precauciones. Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles a la funerala, diez mil guardias nacionales con el sable al lado, las baterías de artillería y de la guardia nacional escoltaban el féretro. El carro fúnebre era llevado por jóvenes. Los oficiales de los Inválidos lo seguían inmediatamente, llevando ramos de laurel. Después venía una multitud innumerable, agitada, extraña, los seccionarios de los amigos del pueblo, la escuela de derecho, la de medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, impresores que se distinguían por sus go-

rros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, algunos sables, sin orden, y a pesar de esto, con un solo pensamiento, semejantes ya a una confusión, ya a una columna.

Algunos pelotones habían elegido un jefe; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecía pasar revista a otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso. En los paseos, en los bulevares, en las ramas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban cabezas, hombres, mujeres, niños, con la ansiedad en sus ojos. Pasaba una multitud armada; otra multitud asustada miraba.

El gobierno, por su parte, miraba; observaba con la mano en el pomo de la espada. Podían verse dispuestos a marchar cartucheras llenas, fusiles y carabinas cargados; en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros, montados y con los clarines a la cabeza; en el barrio Latino y en el jardín botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el mercado de los vinos, un escuadrón de dragones; en la plaza de Grève, una mitad del 12º ligero y la otra mitad en la Bastilla; el 6º de dragones en los Celestins; y la artillería llenando en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París. El poder, inquieto, tenía suspendidos sobre la multitud amenazadora, veinticuatro mil soldados en la ciudad, y treinta mil hombres en las afueras.

En el acompañamiento circulaban diversos rumores. Se hablaba de intenciones legitimistas; se hablaba del duque de Reichstadt, a quien Dios señalaba para la muerte [1] en el momento mismo en que la multitud lo designaba para el imperio. Una persona desconocida anunciaba que a una hora fijada contramaestres ganados,

[1] Debía morir algunas semanas más tarde, el 22 de julio de 1832.

abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En todas las frentes descubiertas de la multitud de espectadores dominaba un entusiasmo mezclado con abatimiento. Veíanse también aquí y allá, en aquella multitud, presa de tantas emociones violentas pero nobles, verdaderos rostros de malhechores, y bocas innobles que decían: «¡Robemos!» Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos, y que hacen subir a la superficie del agua nubes de cieno. Fenómeno que no extraña a la policía «bien montada».

El acompañamiento fue con lentitud febril desde casa mortuoria, por los bulevares, hasta la Bastilla. Llovía de vez en cuando; pero la lluvia no incomodaba a aquella multitud. En el tránsito habían ocurrido varios incidentes: el ataúd había sido paseado alrededor de la columna Vendôme[1]; había sido apedreado el duque de Fitz-James[2], que estaba en un balcón con el sombrero puesto; el gallo de los galos[3], había sido arrancado de una bandera popular, y arrastrado por el lodo; un agente de policía había sido herido de un sablazo en la puerta Saint-Martin; un oficial del 12º ligero decía en alta voz: «Soy republicano»; la escuela de politécnica había dado después de su consigna forzada[4], los gritos: «¡Viva la escuela politécnica! ¡Viva la república!» Todos estos hechos marcaron el paso del convoy fúnebre. En la Bastilla, las grandes filas de curiosos que descendían del fau-

1 Detalle auténtico.

2 Par de Francia ultrarrealista.

3 Emblema de la monarquía de julio.

4 Unos sesenta politécnicos, forzando la consigna de la escuela, se unieron al cortejo hasta la Bastilla. Por haber participado en este movimiento, Lucien Leuwen, el héroe de Stendhal, fue expulsado de la escuela.

bourg Saint-Antoine se unieron con el acompañamiento y empezó a levantarse cierto murmullo terrible.

Oyóse a un hombre que decía a otro:

—¿Ves bien a aquel de la perilla roja? Pues éste dirá cuando hemos de tirar.

Parece que aquella misma perilla roja se encontró después haciendo lo mismo en otro motín: el de Quénisset[1].

El féretro pasó por la Bastilla, siguió por el canal, atravesó el puente pequeño y llegó hasta la explanada del puente de Austerlitz. Allí se detuvo. En aquel momento, la multitud vista a vuelo de pájaro, ofrecía el aspecto de un cometa, cuya cabeza estuviese en la explanada, y cuya cola desarrollada por el muelle Bourdon, cubriera la Bastilla, y se prolongara por el bulevar hasta la puerta Saint-Martin. Trazóse un círculo alrededor del carro fúnebre; el acompañamiento guardó silencio. Lafayette habló y dijo adiós a Lamarque. Fue un instante conmovedor y augusto, todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones latían. De repente, un hombre a caballo, vestido de negro apareció en medio del grupo con una bandera roja[2] y según otros, con una pica terminada con un gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Exelmans[3], abandonó el cortejo.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de estos terribles rumores que parece una marejada de la multitud, corrió desde el bulevar de Bourdon, hasta el puente de Austerlitz; oyéronse gritos prodigiosos:

1 En 1884, cometió un atentado fallido contra los duques de Orleáns y de Aumale.

2 Detalle auténtico.

3 General del imperio, que en 1832 ocupaba un sitio en la cámara de los pares.

«¡Lamarque al Panthéon! ¡Lafayette al hotel de Ville!» Al oír estas exclamaciones de la multitud, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz, y a Lafayette en un coche, por el muelle Morland.

En la multitud que rodeaba y aclamaba a Lafayette, se distinguía y era señalado un alemán llamado Ludwig Snyder, que murió centenario, que había hecho la guerra de 1776, y había peleado en Trenton a las órdenes de Washington, y en Brandywine a las de Lafayette.

Mientras tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponía en movimiento y venía a ocupar el puente; por la orilla derecha, los dragones salían de los Celestins, y se desplegaban a lo largo del muelle Morland. El pueblo que arrastraba a Lafayette los vio repentinamente en la esquina del muelle, y gritó: «¡Los dragones!, ¡los dragones!»

Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en su funda, con un aire sombrío de espera.

A doscientos pasos del puente, hicieron alto. El coche en que iba Lafayette, llegó hasta ellos; abrieron sus filas, lo dejaron pasar, y volvieron a cerrarse. En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud: las mujeres huyeron con terror.

¿Qué sucedió en este minuto fatal? Nadie sabría decirlo. Fue el momento tenebroso en que chocan dos nubes. Unos dicen que en el lado del arsenal se oyó una trompeta que tocaba a ataque, otros que un muchacho dio una puñalada a un dragón. El hecho es que se oyeron tres tiros; el primero mató al jefe del escuadrón, Cholet; el segundo mató a una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle Contrescarpe[1]; el tercero quemó

1 Unía la plaza de Mazas con la plaza de la Bastilla.

la charretera de un oficial. Una mujer gritó: «¡Empezamos demasiado pronto!», y de repente se vio por el lado del muelle Morland un escuadrón de dragones, que se había quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle de Bassompierre y el bulevar Bourdon, y barrer todo lo que se les ponía delante.

Todo concluye entonces; desencadénase la tempestad, llueven las piedras, estalla el fuego; unos se precipitan por los ribazos y pasan el estrecho brazo del Sena, hoy cegado; las canteras de la isla Louviers [1], vasta ciudadela natural, se erizan de combatientes, se arrancan las estacas, se disparan pistoletazos, se bosqueja una barricada; los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el féretro a paso de carga, y atacan a la guardia municipal; acuden los carabineros, los dragones acuchillan, la multitud se dispersa en todas direcciones, un rumor de guerra sale de los cuatro extremos de París. Se grita: «¡A las armas!», corren, tropiezan, huyen, resisten. La cólera impulsa el motín, como el viento aumenta las llamas.

1 La isla de Louviers, o de Amour, unida al lado derecho en 1843, se extendía en el emplazamiento comprendido actualmente entre el bulevar Morland (entonces muelle Morland), el canal y el muelle Henri IV.

IV

El fervor de otro tiempo

Nada es tan extraordinario como las primeras agitaciones de un motín. Todo estalla en todas partes a un tiempo. ¿Estaba previsto? Sí. ¿Estaba preparado? No. ¿De dónde sale todo esto? De las piedras. ¿De dónde cae todo esto? De las nubes. La insurrección tiene aquí el carácter de un complot; allí el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto con que se mezcla una alegría formidable. Empieza por los clamores, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates de los almacenes; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, se oyen los culatazos en las puertas-cocheras; las criadas ríen en los patios de las casas y dicen: «¡Va a haber jarana!»

No había pasado un cuarto de hora cuando en veinte puntos de París pasaba lo que vamos a referir.

En la calle Sainte-Cro-de-la-Bretonnière, una veintena de jóvenes con barba y cabellos largos, entraban en una taberna, y salían un momento después, llevando una ban-

dera tricolor horizontal, cubierta con un crespón; a la cabeza iban tres hombres armados, uno con un sable, otro con un fusil, y el tercero con una pica.

En la calle Nonnais-d'Hyères, un burgués bien vestido, que tenía barriga, con voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra y uno de estos bigotes rudos que no pueden bajarse, ofrecía públicamente cartuchos a los que pasaban.

En la calle Saint-Pierre-Montmartre [1], hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra en la que se leían estas palabras en letras blancas: «República o muerte.» En la calle de los Jeûneurs, en la calle Cadran [2], en la calle Montorgueil, en la calle Mandar, aparecían grupos agitando banderas en las cuales se distinguían en letras de oro la palabra «sección», con un número. Una de estas banderas era roja y azul, con un imperceptible entredós blanco.

En el bulevar Saint-Martin se saqueaba una fábrica de armas, y otras tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michel-le-Comte, y la otra en la calle del Temple. En algunos minutos, las mil manos de la multitud se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables, de ochenta y seis pistolas. Para armarse más pronto, uno cogía el fusil y el otro la bayoneta.

En frente del muelle de la Grève, algunos jóvenes armados de mosquetes se instalaban en la casa de las mujeres para tirar. Uno de ellos tenía un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponían a hacer cartuchos. Una

1 Parte de la actual calle Paul-Lelong, comprendida entre las calles Montmartre y Notre-Dame-des-Victoires.

2 Hoy, calle Leopold-Bellant.

de estas mujeres ha dicho: «Yo no sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo ha dicho.»

Un grupo entraba en una tienda de la calle de Vieilles-Haudriettes [1], y allí se armaban de yataganes y de armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacía en la calle de la Perle.

Además, en la orilla izquierda, en la derecha, en los muelles, en los bulevares, en el barrio Latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes, seccionarios, leían proclamas, y gritaban: «¡A las armas!» Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas, hacían barricadas.

Obligaban a los ciudadanos a ayudarlos: entraban en casa de las mujeres, y les hacían entregar el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con tiza en la puerta: «Están entregadas las armas.»

Algunos firmaban «con sus nombres», recibos de fusil y de sable, y decían: «Enviad por ellos mañana en la alcaldía.» Desarmaban en la calle a los centinelas aislados; los guardias nacionales, se dirigían a su punto de reunión. Se arrancaban las charreteras a los oficiales.

En la calle de Cimetière-Saint-Nicolas [2], un oficial de la guardia nacional, perseguido por una tropa armada de bastones y de floretes, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche, y disfrazado.

1 Hoy, calle de Haudriettes.

2 Esta calle unía la calle Transnonain (hoy, Beaubourg), con la calle Saint-Martin. Ahora forma parte de la calle Chapon.

En el barrio de Saint-Jacques, los estudiantes salían en grupos de sus casas, y subían por la calle Saint-Hyacinthe al café del Progreso o bajaban al café de los Sept-Billards, en la calle de los Mathurins[1]. Allí delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guardacantones distribuían armas.

La carpintería de la calle Transnonain fue saqueada para hacer barricadas. En un solo punto hacían ya resistencia los paisanos, en la esquina de las calles Sainte-Avoye[2], y Simon-le-Franc donde destruían ellos mismos la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada empezada en la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales desgarraron la bandera, y llevaron los pedazos en la punta de las bayonetas.

Todo lo que referimos aquí, lenta y sucesivamente, se verificaba a un tiempo en todos los puntos de la ciudad, en medio de un inmenso tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo trueno.

En menos de una hora, veintisiete barricadas salieron de tierra, solamente en el barrio de los Mercados. En el centro estaba aquella famosa casa nº 50, que fue la fortaleza de Jeanne[3] y sus seiscientos compañeros,

[1] Calle Mathurins-Saint-Jacques.

[2] Convertida, hoy día, en parte de la calle del Temple, comprendida entre la calle Sainte-Croix-de-la-Bretonniére, y la calle Haudriettes. En el número sesenta y dos de la calle Temple, se abre aún un pasaje Sainte-Avoye.

[3] Obrero que mandaba la barricada elevada en la esquina de las calles Saint-Martin y Saint-Merry.

y que, flanqueada por un lado por la barricada de Saint-Merry, y por el otro por una barricada en la calle Maubuée[1], domina tres calles, la calle de Arcis[2], la calle Saint-Martin, y la de Aubry-le-Boucher, a que daba frente.

Dos barricadas en ángulo recto, la una por la calle Montorgueil, por la Grande-Truanderie, y la otra por la calle de Geoffroy-Langevin por la calle Sainte-Avoye. Sin contar las innumerables barricadas en otros veinte barrios de París, en Marais, en la montaña de Sainte-Geneviève; una en la calle Ménilmontant, donde se veía una puerta cochera arrancada de cuajo; otra cerca del puentecillo del Hôtel-Dieu, hecha con una diligencia desenganchada y tumbada a trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle Ménétriers[3], un hombre bien vestido distribuía dinero a los trabajadores. En la calle Greneta, un jinete se presentó y entregó al que hacía de jefe de la barricada un papel que parecía un cartucho de dinero. «Toma —le dijo—, para pagar los gastos, el vino, etc.» Un joven rubio, sin corbata iba de una barricada a otra comunicando órdenes. Otro, con un sable en la mano y una gorra azul de polizonte, ponía centinelas.

En el interior, más allá de las barricadas, las tabernas y las porterías estaban convertidas en cuerpos de guardia. Por lo demás, el motín estaba dirigido, según la más ingeniosa táctica militar: Las calles estrechas, desiguales, torcidas, llenas de ángulos y recodos, habían

1 Convertida hoy día, en parte de la calle Simon-le-Franc, comprendida entre la calle Brisemiche y la calle Saint-Martin.

2 Hoy, parte de la calle Saint-Martin, comprendida entre la calle Lombards y la calle Rivoli.

3 Unía la calle Saint-Martin, a la calle Beaubourg. Ensanchada en 1840, pasó a formar parte de la calle Rambuteau.

sido elegidas con acierto; y los alrededores de los Mercados, en particular, laberinto de calles más embrollado que un bosque. La sociedad de los amigos del pueblo, había tomado la dirección, se decía, del barrio de Sainte-Avoye. A un hombre muerto, en la calle de Ponceau, que había sido registrado, se le había encontrado un plano de París.

La dirección del motín, en realidad, pertenecía a una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurrección habia constituido las barricadas con una mano, y con la otra se había apoderado de todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas, como un reguero de pólvora que se inflama, los insurgentes habían invadido y ocupado la orilla derecha del Sena, el arsenal, la alcaldía de la plaza Royale, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Château-d'Eau, todas las calles cercanas a los Mercados; en la orilla izquierda, el cuartel de Vétérans, Sainte-Pélagie, la plaza Maubert, el polvorín de Deux-Moulins, y todas las barreras. A las cinco de la tarde se habían apoderado de la Bastilla, de la Lingerie, de Blanc-Manteaux; sus balas llegaban a la plaza de las Victoires, y amenazaban la Banca, el cuartel de Petit-Pères, y la casa de Postas. Una tercera parte de París, estaba ocupada por los amotinados.

La lucha se había empeñado gigantescamente en todos los puntos; y había sido resultado de los desarmamientos, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros saqueadas, que la lucha, que había empezado a pedradas, continuaba a tiros.

Hacia las seis de la tarde, el pasaje de Saumon[1], se convertía en campo de batalla. El motín estaba en un

[1] El pasaje de Saumon había sido reconstruido de 1825 a 1830. Recuerdo personal. *Víctor Hugo, contado por un testigo de su vida*, VII, «El rey se divierte».

extremo, y la tropa en el extremo opuesto. Se tiroteaban de una verja a otra. Un observador, un soñador, el autor de este libro, que había ido a ver de cerca, se encontró en el pasaje, entre dos fuegos. Para guarecerse de las balas no tenía más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas; y estuvo en esta peligrosa situación, más de media hora.

Mientras tanto el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestían y armaban apresuradamente, las legiones salían de las alcaldías, los regimientos salían de los cuarteles. En frente del pasaje de Ancre, un tambor recibía una puñalada. En la calle del Cygne, otro era asaltado por un grupo de jóvenes que rompían la caja y le quitaban el sable. Otro yacía muerto en la calle Grenier-Saint-Lazare. En la calle Michel-le-Comte, tres oficiales caían muertos, uno detrás de otro. Varios guardias heridos en la calle de Lombards, retrocedían.

Delante de la Cour-Batave[1], un destacamento de guardias nacionales encontraba una bandera roja con esta inscripción: «Revolución republicana, nº 127.» ¿Era aquélla una revolución en efecto?

La insurrección había hecho del centro de París, una especie de ciudadela inextricable y tortuosa, colosal.

Allí estaba el foco; allí estaba evidentemente la cuestión. Lo demás eran sólo escaramuzas. La prueba de que todo había de decidirse allí, era que aún no había empezado la lucha.

En algunos regimientos, los soldados estaban dudosos, lo cual aumentaba la confusión terrible de la crisis. Recordaban la ovación popular que había acogido en julio de 1830, la neutralidad del regimiento 33º de línea.

[1] La Cour-Batave, así nombrada en 1795, en honor de la joven república batava, iba de la calle Saint-Denis al pasaje de Venecia.

Dos hombres intrépidos, probados en las grandes guerras, el mariscal Lobau [1], y el general Bugeaud, mandaban las tropas, Bugeaud, a las órdenes de Lobau. Grandes patrullas, compuestas de batallones de línea, rodeadas completamente de compañías enteras de guardias nacionales, y precedidas de un comisario de policía con banda, iban reconociendo las calles sublevadas.

Los insurgentes, por su parte, ponían vigías en las esquinas de las encrucijadas, y enviaban audazmente patrullas fuera de las barricadas. Observábanse por ambos lados. El gobierno con un ejército en la mano, dudaba; iba a llegar la noche y se empezaba a oír el toque de rebato en Saint-Merry. El ministro de la guerra, que era el mariscal Soult, el que había estado en Austerlitz, miraba el motín con aire sombrío.

Aquellos viejos marinos, acostumbrados a las maniobras correctas, sin más recurso ni más guía que la táctica, que es la brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de esta inmensa espuma, que se llama cólera pública. El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de los alrededores acudían apresuradamente y en desorden. Un batallón del 12º ligero venía a paso de carga desde Saint-Denis; el 14º de línea, llegaba a Courbevoie; las baterías de la escuela militar habían tomado posiciones en el Carrousel; la artillería pesada, bajaba de Vincennes.

En las Tullerías, reinaba la soledad. Luis Felipe estaba muy sereno.

[1] Georges Mouton, conde Lobau, mariscal de Francia (1770-1838).

V

Originalidad de París

Desde hacía dos años, según hemos dicho, París había visto más de una insurrección. Fuera de los barrios sublevados, nada es de ordinario, más extrañamente tranquilo que la fisonomía de París durante un motín. París se acostumbra muy de prisa a todo —un motín no es más que un motín— y París tiene tantos negocios que no se ocupa de una cosa tan pequeña. Sólo estas ciudades colosales pueden ofrecer tales espectáculos; sólo estos inmensos centros de población, pueden contener en su recinto a un mismo tiempo la guerra civil y una extraña tranquilidad.

Por costumbre, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada, la generala, el tendero se limita a decir:

—Parece que hay jarana en la calle Saint-Martin.

O:

—En el faubourg Saint-Antoine.

Y algunas veces, añade con indiferencia:

—Por ahí, en alguna parte.

Después, cuando se oye el estrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va recrudeciendo! ¡Calla! ¡Se va calentando la cosa!

Un momento después, si se aproxima el motín, cierra apresuradamente su tienda, y se pone enseguida el uniforme; es decir, pone en seguridad sus mercancías, y en peligro su persona.

Mientras se fusila en un encrucijada, en un pasaje, en un callejón; mientras se toman y se pierden barricadas, y corre la sangre, y la metralla acribilla a todas las fachadas de las casas, las balas matan a los vecinos en sus dormitorios, y los cadáveres se amontonan en las calles, también se oye el choque de las bolas de un billar a algunos pasos.

Los teatros abren sus puertas, y representan vodeviles; los curiosos hablan y ríen a dos pasos de estas calles en las que reina la guerra; los coches hacen sus viajes normales; los vecinos se van a comer en el campo; y algunas veces, esto sucede en el mismo barrio en que se lucha. En 1831, se detuvo una descarga para dejar pasar una boda.

Cuando la insurrección de mayo de 1839[1], en la calle Saint-Martin, un viejo achacoso que llevaba un carretón con un trapo tricolor y lleno de garrafas de un líquido cualquiera, iba y venía de una barricada a la tropa, y de la tropa a la barricada, ofreciendo indistintamente refrescos a la anarquía y al gobierno.

No hay nada más extraño; pero esto es el carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en

[1] Sobre este motín organizado por la Societé des Saisons, los recuerdos de Víctor Hugo, en *Cosas vistas*, «Diario de un transeúnte durante el motín del 12 de mayo».

ninguna otra capital. Porque para eso, son precisas dos cosas: la grandeza y la alegría de París. Es necesario que sea la ciudad de Voltaire y de Napoleón.

Esta vez, sin embargo, en la alarma del 5 de junio de 1832, la gran urbe sintió algo que era tal vez más fuerte que ella. Tuvo miedo. Viose en todas partes, en los barrios más alejados, y en los más indiferentes, que las puertas y ventanas permanecían cerradas en pleno día. Los valientes se armaron y los cobardes se ocultaron. El transeúnte indiferente u ocupado, desapareció; muchas calles estaban desiertas como a las cuatro de la madrugada. Referíanse en todas partes rumores alarmantes, noticias fatales: Que ellos se habían apoderado de la Banca; que sólo en el claustro de Saint-Merry, había seiscientos retirados y parapetados en la iglesia; que la tropa de línea no inspiraba confianza; que Armand Carrel había ido a ver al mariscal Clauzel [1], y que el mariscal le había dicho: «Contad primero con un regimiento»; que Lafayette estaba enfermo, pero que sin embargo les había dicho: «Soy vuestro: Os seguiré a todas partes, mientras haya sitio para una silla»; que era necesario estar apercibido, porque por la noche habría gente que saquearía las casas aisladas en los extremos de París (en esto se descubría la imaginación de la policía, esa Anne Radcliffe que se mezcla en el gobierno); que se había establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, y que a medianoche o al rayar el día, lo más tarde, marcharían a un tiempo cuatro columnas contra el centro del motín, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta Saint-Martin, la tercera desde la plaza de la

[1] El que sostenía uno de los extremos del paño mortuorio en los funerales de Lamarque. En cuanto a Carrel, director del *National*, no había aprobado la insurrección.

Grève, y la cuarta desde los mercados; que quizá también las tropas evacuarían París, y se retirarían al campo de Mars; que no se sabía lo que sucedería, pero que sería algo muy grave. Discurrían mucho sobre las vacilaciones del mariscal Soult. ¿Por qué no atacaba enseguida? Era evidente que estaba muy pensativo: El viejo león parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche: los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con aire irritado; se registraba a los transeúntes; se detenía a los sospechosos. A las ocho, había más de ochocientas personas presas; la prefectura estaba llena; la Conciergerie atestada; la Force, rebosante. En la Conciergerie en particular, el gran subterráneo, que se llama la calle de París, estaba cubierto de sacos de paja, sobre los cuales yacían un montón de prisioneros a quienes el hombre de Lyon, Lagrange[1], arengaba con valor. Aquella paja, movida por los presos, semejaba un aguacero. En otras partes los presos estaban al aire en los patios, unos sobre otros. En otros sitios, reinaba la ansiedad y el temor del día de mañana.

Se fortificaban las casas: las mujeres y las madres estaban inquietas; no se oía más que esto: «¡Dios mío, aún no ha vuelto!» Sólo a lo lejos, se oía rodar algún coche. Se oían, al pasar por las puertas, rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas: «Debe ser la caballería»; o bien: «Son los furgones que galopan»; los clarines, los tambores, la fusilería, y sobre todo el

[1] Charles Lagrange (1804-1857), que dirigía en la Societé du Progrès (reconstitución de la antigua Charbonnerie, debía tomar parte activa en el levantamiento lyonés de 1834. Pero, en 1832, es prematuro llamarlo «el hombre de Lyon». Hugo ha debido mezclar los recuerdos de los levantamientos de 1831 y 1834.

toque a rebato de Saint-Merry. Oíase el cañón. Los hombres salían por detrás de una esquina, y desaparecían gritando: «¡Meteos en casa!» Y todos se apresuraban a echar los cerrojos en las puertas. Algunos preguntaban: «¿En qué acabará todo esto?» Por momentos, a medida que la noche iba cayendo, París parecía colorearse más lúgubremente con el formidable fulgor del motín.

Libro undécimo

El átomo fraterniza con el huracán

I

Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico sobre esta poesía

En el momento en que la insurrección, surgiendo del choque del pueblo y de la tropa delante del arsenal, determinó un movimiento de retroceso en la multitud que seguía al féretro y que en toda la longitud de los bulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, hubo un terrible reflujo. La columna se deshizo, las filas se rompieron, todos echaron a correr, partieron, huyeron, unos dando gritos de ataque, otros con la palidez del miedo. El gran gentío que cubría los bulevares se dividió en un abrir y cerrar de ojos, se desbordó á derecha e izquierda, y se derramó en torrentes en doscientas calles a la vez, con la impetuosidad de una esclusa abierta.

En aquel momento un niño harapiento que bajaba por la calle de Ménilmontant, llevando de la mano una rama de ébano en flor, que acababa de coger en las alturas de Belleville, descubrió en el escaparate de una prendería, una vieja pistola de arzón. Arrojó la rama florida sobre el empedrado, y exclamó:

—Tía Fulana, os tomo prestada esta máquina.

Y echó a correr con la pistola.

Diez minutos más tarde, una ola de paisanos asustados que huían por la calle Amelot y la calle Basse, encontró al muchacho que blandía su pistola y cantaba:

Nada se ve de noche,
y se anda a troche y moche.
De día se ve claro,
y el tropezar es raro

Era Gavroche que se iba a la guerra.

En el bulevar, se dio cuenta de que la pistola no tenía perrillo.

¿De quién era la estrofa que le servía para marcar el paso, y todas las demás canciones que cantaba cuando era ocasión? Lo ignoramos. ¿Quién sabe? Tal vez eran suyas. Gavroche por otra parte, estaba al corriente de todos los cantares populares en circulación, y en ellos mezcla su propia inspiración. Duende y galopín, hacía un *pot-pourri* de las voces de la naturaleza, y de las voces de París. Combinaba el canto de los pájaros, con el repertorio de los talleres. Conocía a los aprendices, tribu contigua a la suya. Según parece, había sido durante tres meses aprendiz de impresor. Un día, había hecho una comisión para el señor Baour-Lormian [1], de la academia. Gavroche, era un pilluelo letrado.

Por lo demás, Gavroche no sospechaba que en aquella mala noche lluviosa en que había ofrecido hospitalidad en su elefante a dos niños, había representado el papel de la providencia para sus dos hermanos. La noche ha-

[1] Baour-Lormian (1770-1854), traductor de Tasso e imitador de Ossian.

bía sido, primero para sus hermanos, y la madrugada para su padre. Al dejar la calle de Ballets, al amanecer, había regresado apresuradamente al elefante, había extraído de él artísticamente a los dos pequeños, había compartido con ellos un almuerzo cualquiera que había inventado, y luego se había ido confiándolos a la calle, esta buena madre, que casi lo había criado a él. Al dejarlos, les había dado una cita para la noche en el mismo sitio, y se había despedido con este discurso: «Rompo una caña, o de otro modo dicho, me escurro, o como se dice en la corte, desfilo. Pipiolos, si no encontráis a papá y a mamá, volved aquí a la noche. Os daré de cenar y os acostaré.»

Los dos niños, recogidos por algún agente de policía y llevados al depósito, o robados por algún saltimbanqui, o simplemente perdidos en el inmenso laberinto de las calles de París, no volvieron. Los bajos fondos del mundo social en la actualidad abundan en estas huellas perdidas. Gavroche no los había vuelto a ver. Habían trascurrido diez o doce semanas desde aquella noche. Más de una vez se había acordado de aquellos pobres niños, y rascándose la cabeza se había dicho: «¿Dónde diablos estarán mis niños?»

Entretanto, había llegado con su pistola en la mano, a la calle de Pont-aux-Choux. Observó que en aquella calle no había más que una tienda abierta, y, cosa digna de reflexión, una tienda de bollos. Era una ocasión providencial para comer un pastelillo de manzanas antes de entrar en lo desconocido. Gavroche se detuvo, se tentó los costados, registró los bolsillos, los volvió del revés, no encontró nada en ellos, ni un sueldo, y se puso a gritar: «¡Socorro, socorro!»

Es muy duro, el carecer del bocado supremo.

Gavroche no por esto se detuvo en su camino.

Dos minutos más tarde había llegado a la calle Saint-Louis [1]. Al atravesar la calle de Parc-Royal, sintió la necesidad de desquitarse del pastelillo de manzanas imposible, y gozó del inmenso placer de rasgar en pleno día los carteles de los espectáculos.

Un poco más lejos, al ver pasar a un grupo de personas bien puestas que le parecieron propietarios, alzó los hombros, y escupió al azar, delante de él, esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Estos rentistas, qué gordos están! ¡Cómo gozan de las buenas comidas! Preguntadles lo que hacen con su dinero. No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! Todo se lo lleva el vientre.

[1] Hoy, calle de Turenne.

II

Gavroche en marcha

La agitación producida por una pistola sin perrillo que se lleva en la mano a mediodía, es una función pública tal, que Gavroche, sintiendo crecer su verbosidad a cada paso, iba gritando entre algunos fragmentos de la *Marsellesa* que cantaba:

—Todo va bien. Sufro mucho de la pata izquierda; me he curado mi reumatismo, estoy contento, ciudadanos. Los paisanos no tienen qué hacer; voy a echarles unos versos subversivos. Vengo del bulevar, amigos míos, y se va calentando la cosa, ya cuece un poco, ya hierve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante los hombres!, ¡que la sangre impura inunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria, y ya no volveré a ver a mi concubina, no, no, todo acabó. ¡Me es igual, viva la alegría! ¡Luchemos, caramba! Estoy cansado de este despotismo.

En aquel instante, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba a su lado, cayó al suelo. Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al hombre, y después ayudó a levantar al caballo. Después recogió su pistola, y continuó su camino.

En la calle Thorigny, todo era paz y silencio. Esta apatía, propia del barrio de Marais, formaba contraste con el vasto rumor que lo rodeaba. Cuatro comadres charlaban en una puerta. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres; y el «tú serás rey», sería tan lúgubre dicho a Bonaparte en la encrucijada Baudoyer como a Macbeth en la selva de Armuyr. Sería, sobre poco más o menos, el mismo graznido.

Las comadres de la calle Thorigny sólo se cuidaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con su cesto y su gancho.

De pie como estaban, parecían las cuatro esquinas de la vejez, que son: la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En este mundo al aire libre, la trapera saluda y la portera protege. Esto depende de la basura, según quieran las porteras que sea aprovechable o inútil, según la fantasía del que hace el montón. Hasta en la escoba puede haber bondad.

Esta trapera era un cesto agradecido, y sonreía, ¡con qué sonrisa!, a las tres porteras. Se decían cosas como éstas:

—¡Ah! ¿Vuestro gato, sigue siendo tan malo?

—Dios mío, ya sabéis lo que son los gatos, naturalmente enemigos de los perros; y los perros son los que se quejan.

—Y el mundo también.

—Y sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan a las personas.

—Y además, los perros son peligrosos. Me acuerdo de un año en que había tantos perros, que lo pusieron en los periódicos. Era cuando había en las Tullerías unos

borregos grandes que arrastraban el cochecito del rey de Roma. ¿Os acordáis del rey de Roma?

—Yo quería más al duque de Bordeaux.

—Pues yo he conocido a Luis XVII, y lo prefiero.

—Lo que está caro es la carne, señá Patagon.

—¡Ah!, no me habléis de esto, es una cosa horrible la carnicería. Un horror enorme.

En esto intervino la trapera.

—Señoras —dijo—, el comercio está paralizado. Los montones de basuras están ya siendo rebuscados. No se tira nada; todo se come.

—Los hay más pobres que vos, Vargoulême.

—Sí, esto es verdad —respondía la trapera con deferencia—, yo tengo una profesión.

Hubo una pausa, y la trapera, cediendo a esta necesidad de hablar que reside en la misma naturaleza de la persona, añadió:

—Al volver a mi casa por la mañana, arreglo la cesta, hago mi lección (elección, quería decir). Formo unos montones en mi cuarto. Meto los trapos en una cesta, los tronchos en un barreño, los pedazos de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincón de la ventana, lo que se puede comer en una cazuela, los pedazos de vidrio en mi chimenea, los zapatos detrás de la puerta, y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se había parado detrás, estaba escuchando.

—Viejas —dijo—, ¡tenéis que hablar de política!

El pilluelo recibió por contestación una andanada de un sofión cuádruple.

—¡Vaya un malvado!

—¿Qué lleva en la mano? ¡Una pistola!

—¡Mirad qué maldito pícaro!

—Éstos no están tranquilos si no derriban la autoridad.

Gavroche despreciándolas, se limitó por toda respuesta a levantar la punta de la nariz con el dedo pulgar, abriendo enteramente la mano.

La trapera gritó:

—¡Anda, bribón descalzo!

La que respondía al nombre de señá Patagon, dio una palmada escandalizada.

—Va a haber desgracias, os lo aseguro. El galopín de al lado, que tiene perilla, sale todos los días del brazo con una joven que lleva gorro de color de rosa, hoy le he visto pasar llevando al brazo un fusil. La señá Bacheux, dice que la semana pasada hubo una revolución en... en... en... ¡de dónde viene el becerro! En Pontoise. Y ahora veis a este horrible tunante con su pistola. Parece que hay gran cantidad de cañones en los Celestins. ¿Qué queréis que haga el gobierno con estos tunos, que no saben qué inventar para revolver a la gente, cuando empezaba a estar un poco tranquila después de todas las desgracias que ha habido, señor Dios? ¡Yo que me acuerdo de aquella pobre reina a quien vi pasar en una carreta! ¡Y todo esto, por supuesto, va a ser la causa de que se encarezca el tabaco! ¡Es una infamia! ¡Y ciertamente, iré a verte guillotinar, galopín!

—Se te cae el moco, mi buena vieja —dijo Gavroche—. Suénate el promontorio.

Y pasó adelante.

Cuando estaba ya en la calle Pavée, se acordó de la trapera, y empezó este soliloquio:

—Te equivocas al insultar a los revolucionarios, tía Estercolera. Esta pistola te protege. Sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente, oyó un ruido detrás de sí; era la portera Patagon que lo había seguido, y que, desde lejos, le mostraba el puño, gritando:

—¡No eres más que un bastardo!

—¡Bah! —dijo Gavroche—. Me río de esto a carcajadas.

Poco después pasaba delante del hotel Lamoignon. Allí, hizo este llamamiento:

—¡En marcha para la batalla!

Y quedó preso de un acceso de melancolía. Contempló su pistola con aire de reproche que parecía destinado a enternecerla, y dijo:

—Yo salgo, pero tú no sales.

Un perro, puede hacer olvidar otro. Un caniche muy flaco pasó por allí. Gavroche se apiadó de él.

—Mi pobre tutú —le dijo—, se te ven las costillas.

Luego se dirigió hacia Orme-Saint-Gervais.

III

Justa indignación de un peluquero

El digno peluquero que había arrojado de su casa a los dos pequeños, a quienes Gavroche había abierto el intestino paternal del elefante, estaba en aquel momento en su tienda, ocupado en afeitar a un viejo soldado legionario, que había servido en tiempos del imperio. Charlaban. El peluquero, había hablado naturalmente al soldado del motín, luego del general Lamarque, y de éste habían pasado a hablar del emperador. De esto resultó una conversación de barbero a soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente, habría enriquecido con arabescos, y habría titulado: «Diálogo de la navaja y el sable.»

—Caballero —decía el barbero—. ¿Cómo montaba el emperador a caballo?

—Mal. No sabía caer. Así es que no se cayó nunca.

—¿Tenía buenos caballos? ¿Debía tener buenos caballos?

—El día en que me dio la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, blanca enteramente.

Tenía las orejas muy separadas, la silla profunda, una fina cabeza señalada con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco más de quince palmos de alta.

—Hermoso caballo —dijo el peluquero.

—Era el caballo de su majestad.

El peluquero creyó que después de aquella frase, era conveniente un poco de silencio; convino en ello, y luego continuó:

—El emperador no fue herido más que una vez, ¿no es verdad, caballero?

El viejo soldado respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talón, en Ratisbonne. Nunca le vi mejor puesto que aquel día; estaba reluciente como un sueldo.

—Y vos, señor veterano, ¿habéis sido herido muy a menudo?

—¿Yo? —dijo el soldado—. ¡Ah, no gran cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca, una bala en el brazo derecho en Austerlitz, otra en la cadera izquierda en Iéna, en Friedland, un bayonetazo —aquí—; en Moscú siete u ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un estallido de obús, que me aplastó un dedo... ¡Ah!, y luego en Waterloo, un balazo de cañón en el muslo. Esto es todo.

—¡Qué hermoso es esto! —exclamó el peluquero con acento pindárico—, ¡esto de morir en el campo de batalla! ¡Yo, palabra de honor, antes que reventar en mi cama, de enfermedad, lentamente, un poco cada día, con las drogas, las cataplasmas, la jeringa y el médico, preferiría recibir en el vientre una bala de cañón!

—No tenéis mal gusto —dijo el soldado.

Apenas había acabado de pronunciar esta frase, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito. Un vidrio del escaparate acababa de romperse violentamente.

El peluquero se puso pálido.

—¡Ah, Dios mío! —gritó—, ¡aquí tenemos una!

—¿El qué?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí —agregó el soldado.

Recogió una cosa que rodaba por el suelo. Era un guijarro.

El peluquero corrió hacia el vidrio roto, y vio a Gavroche que huía a todo correr hacia el mercado Saint-Jean. Al pasar delante de la tienda del peluquero, Gavroche, que llevaba en la memoria a los dos niños, no había podido resistir el deseo de saludarlo, y le había arrojado una piedra al escaparate.

—¡Pero veis! —dijo el peluquero, que de pálido había pasado a azul—. Éste hace mal sólo por hacer mal. ¿Qué le he hecho yo a este pilluelo?

IV

El niño se admira del viejo

Entretanto, Gavroche en el mercado Saint-Jean[1], cuyo cuerpo de guardia había sido ya desarmado, acababa de hacer su incorporación a un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban poco más o menos armados. Bahorel y Jean Prouvaire los habían encontrado, y aumentaban el grupo. Enjolras tenía un fusil de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de la guardia nacional con el número de la legión, y en su cinturón dos pistolas que se le veían bajo su levita desabotonada; Jean Prouvaire un viejo mosquetón de caballería; Bahorel una carabina, y Courfeyrac agitaba un estoque. Feuilly, con un sable desnudo, marchaba delante gritando: «¡Viva Polonia!»

Venían del muelle Morland, sin corbata, sin sombrero, jadeantes, mojados por la lluvia, y con el fuego en los ojos. Gavroche los abordó con calma:

—¿Adónde vamos?

—Ven —dijo Courfeyrac.

[1] En la plaza del mismo nombre, entre la plaza Baudoyer y la calle de la Verrerie.

Detrás de Feuilly marchaba, o mejor dicho saltaba, Bahorel, pez en el agua del motín. Llevaba un chaleco carmesí, y decía palabras de esas que lo destruyen todo. Su chaleco trastornó a un transeúnte que exclamó asustado:

—¡Ya están aquí los rojos!

—¡El rojo, los rojos! —replicó Bahorel—. Pícaro miedo, ciudadano. En cuanto a mí, no tiemblo delante de una amapola; Caperucita Roja no me inspira temor alguno. Ciudadanos, creedme, dejemos el miedo a lo rojo, a los animales cornudos.

Descubrió un rincón de pared, donde estaba pegada la hoja de papel más pacífica del mundo, un permiso para comer huevos, un mandamiento de cuaresma dirigido por el arzobispo de París a sus feligreses.

Bahorel arrancó el mandamiento del muro. Esto conquistó a Gavroche. A partir de aquel instante, Gavroche se puso a estudiar a Bahorel.

—Bahorel —observó Enjolras—, te equivocas. Hubieras debido dejar tranquilo ese mandamiento, no tenemos que habérnoslas con él; gastas inútilmente tu cólera. Guarda tu provisión. No se hace fuego, fuera de las filas, ni con el alma, ni con el fusil.

—A cada uno su gusto —repuso Bahorel—. Esta prosa de obispo me choca, yo quiero comer huevos, sin que me lo permitan. Tú eres del género frío ardiente; yo me divierto. Además, no me gasto, tomo aliento y si he rasgado ese mandamiento, es para que me entre el apetito, ¡Hercle!

Esta palabra, Hercle[1], chocó a Gavroche. Buscaba cualquier ocasión para instruirse, y aquel destrozón de carteles, tenía su estima. Le preguntó:

—¿Qué quiere decir Hercle?

1 «Por Hércules» (Juramento latino).

—Quiere decir, maldito nombre de perro, en latín.

Bahorel vio entonces, en una ventana, a un joven pálido con barba negra que los estaba viendo pasar, probablemente un amigo del ABC. Le gritó:

—¡Pronto, cartuchos! *para bellum*[1].

—¡Bello hombre! es verdad —dijo Gavroche que ahora entendía el latín[2].

Un cortejo tumultuoso los acompañaba; estudiantes, artistas, jóvenes afiliados a la Cougourde d'Aix, obreros, gentes del puerto armados de palos y bayonetas, algunos como Combeferre, con pistolas metidas en sus pantalones. Un anciano que parecía muy viejo, iba también en aquel grupo. No llevaba armas, y se apresuraba para no quedarse atrás, aunque tenía un aire pensativo. Gavroche lo descubrió:

—¿Quéseso? (¿Qué es esto?) —dijo a Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

[1] «Prepara la guerra», final del adagio «Si vis pacem, para bellum» («Si quieres la paz, prepara la guerra»).

[2] La palabra latina «bellum», la pronuncian los franceses lo mismo que «bel-homme», de ahí la equivocación de Gavroche.

V

El anciano

Digamos ahora lo que había pasado.

Enjolras y sus amigos estaban en el bulevar Bourdon, cerca de los graneros en el momento en que los dragones dieron la carga. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran de los que habían tomado la calle Bassompierre exclamando: «¡A las barricadas!» En la calle Lesdiguières, habían encontrado un anciano que caminaba.

Lo que había llamado su atención, es que el buen hombre andaba en zigzag como si estuviera ebrio. Además llevaba su sombrero en la mano, aunque había llovido toda la mañana, y llovía con bastante fuerza en aquel mismo instante.

Courfeyrac había reconocido al tío Mabeuf. Lo conocía porque había acompañado muchas veces a Marius hasta su puerta. Conociendo sus costumbres apacibles y más que tímidas del viejo mayordomo librero, y extrañado de verlo en medio de aquel tumulto, a dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio de un tiroteo, con la cabeza descubierta bajo la lluvia, y paseando por

entre las balas, se había acercado a él, y el amotinado de veinticinco años y el octogenario habían cambiado este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos a casa.

—¿Por qué?

—Va a haber jarana.

—Eso es bueno.

—Sablazos, tiros, señor Mabeuf.

—Eso es bueno.

—Cañonazos.

—Eso es bueno. ¿Adónde vais vosotros?

—Vamos a echar abajo el gobierno.

—Eso es bueno.

Y los había seguido, sin volver a pronunciar una palabra. Su paso se había ido fortaleciendo de repente, unos obreros le habían ofrecido el brazo, y él se había negado con un movimiento de cabeza. Avanzaba casi en primera fila de la columna, aparentando a un tiempo el movimiento de un hombre que anda, y el rostro de un hombre que duerme.

—¡Qué hombre tan templado! —murmuraban los estudiantes. En el grupo corría el rumor de que era un anciano convencional, un viejo regicida. Mientras tanto el tumulto se dirigía por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando a grito pelado, y haciendo las veces de clarín[1].

Pues ya ha salido la luna,
¿cuándo nos vamos de tuna?
Dijo Carloto a Carlota:
  Tú, tú, tú.
  vamos a Chatú.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

[1] Véase dos canciones de Gavroche en *Toute la Lyre*, VII, piezas 18 y 19.

Por comer dos cañamones,
se embriagaron dos gorriones,
al pie de una encina rota.
Sí, sí, sí.
Vamos a Passy.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Un tigre que vio a estos lobos,
convertidos en dos bobos,
dijo con cara devota:
Don, don, don.
Vamos a Meudon.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Y pues que sale la luna,
¿cuándo nos vamos de tuna?
Dijo Carloto a Carlota:
Tin, tin, tin.
Vamos a Pantin (París)
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Y se dirigieron a Saint-Merry.

VI

Reclutas

El grupo aumentaba a cada instante. Hacia la calle de Billettes[1], un hombre de elevada estatura, que empezaba a encanecer, y cuyo rostro rudo y atrevido notaron Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, pero a quien nadie conocía, se unió al grupo. Gavroche, distraído en cantar, silbar, zumbar, ir el primero, y en llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin perrillo, no se fijó en aquel hombre.

Al ir por la calle de la Verrerie, pasaron delante de la puerta de la casa de Courfeyrac.

—Me alegro, porque me he olvidado el dinero, y he perdido el sombrero —dijo Courfeyrac. Abandonó la tropa, y subió las escaleras de cuatro en cuatro; cogió un viejo sombrero y su bolsa. Tomó también un gran cofre cuadrado de las dimensiones de una maleta gran-

[1] Uniendo la calle de la Verrerie, a la calle Sainte-Croix de la Bretonnière. Emplazamiento actual: primeros números de la calle de los Archives.

de que estaba oculto en la ropa sucia. Al bajar las escaleras le gritó la portera:

—¡Señor Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamáis? —respondió Courfeyrac.

La portera se quedó parada.

—Ya lo sabéis, soy la portera, y me llamo la tía Veuvain.

—Pues, bien, si seguís llamándome señor Courfeyrac, yo os llamaré la tía Veuvain. Ahora hablad, ¿qué hay?, ¿qué queréis?

—Hay alguien que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Al diablo! —dijo Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando hace más de una hora a que volváis! —dijo la portera.

Y al mismo tiempo un jovencito vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, cubierto con una blusa agujereada y un pantalón de terciopelo remendado, que tenía más bien facha de una muchacha vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería y dijo a Courfeyrac, con una voz que no era por cierto de mujer:

—¿El señor Marius, por favor?

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—No sé nada. —Y Courfeyrac añadió—: En cuanto a mí, no regresaré.

El joven lo miró fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué?

Porque no.

—¿Adónde vais?

—¿Y qué te importa esto?

—¿Queréis que os lleve vuestro cofre?

—Voy a las barricadas.

—¿Queréis que vaya con vos?

—¡Si quieres! —respondió Courfeyrac—. La calle es libre, el empedrado es de todo el mundo.

Y se escapó corriendo para reunirse con sus amigos. Cuando los hubo alcanzado, dio el cofre a uno de ellos. Fue un cuarto de hora después cuando descubrió que el joven, efectivamente, los había seguido.

Un grupo de ese género, no va precisamente adonde quiere. Hemos explicado ya que el viento les arrastra. Pasaron por Saint-Merry, y se encontraron sin saber cómo en la calle Saint-Denis.

Libro duodécimo

Corinthe

I

Historia de Corinthe desde su fundación

Los parisienses que hoy, al entrar en la calle Rambuteau por el lado del Mercado, observan a su derecha, en frente de la calle Mondétour, una tienda de cestería, que por enseña, tiene un canastillo con forma de Napoleón el Grande, con esta inscripción: «Napoleón hecho de mimbres», no sospechaban quizá las escenas terribles que se verificaron en aquel lugar, hace treinta años.

Allí estaba la calle de la Chanvrerie[1], que en las antiguas lápidas se escribía Chanverrerie, y la célebre taberna llamada Corinthe.

El lector recordará todo lo que hemos dicho sobre la barricada construida en este sitio, y eclipsada después por la de Saint-Merry. A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es a la que vamos a dar un poco de luz.

Permítasenos antes recurrir, para mayor claridad del relato, al medio sencillo que empleamos ya al hablar de

1 Une la calle Saint-Denis con la calle Mondétour. Desaparecida más tarde, al abrirse la calle Rambuteau.

Waterloo. Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que se elevaban en esta época cerca de la punta Saint-Eustache, en el ángulo nordeste de los Mercados de París, donde se halla hoy la embocadura de la calle Rambuteau, no tienen más que figurarse, tocando a la calle de Saint-Denis por el vértice y por la base, a los Mercados una N, cuyos dos palos serían la calle de la Grande-Truanderie y la calle de la Chanvrerie y cuya unión trasversal sería la calle de la Petite-Truanderie. La vieja calle Mondétour cortaba los tres trazos, formando los ángulos más tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles formaba, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle Saint-Denis, por una parte, y la calle de Cygne y la calle de Prêcheurs por otra, siete manzanas de casas caprichosamente cortadas, de distinta magnitud, colocadas a través, como al azar, y apenas separadas, como los trozos de piedra de una cantera, por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, y no podemos dar una idea más justa de aquellas callejuelas oscuras, apretadas, angulosas, flanqueadas de caserones de ocho pisos. Estos caserones estaban tan decrépitos, que en las calles de la Chanvrerie y de la Petite-Truanderie, las fachadas se apuntaban con vigas que iban de una casa a otra. La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeúnte andaba siempre sobre un suelo mojado, costeando tiendas semejantes a cuevas, gruesos guardacantones rodeados de un círculo de hierro, montones gigantescos de basuras, puertas armadas de enormes verjas seculares. La calle Rambuteau, devastó todo esto.

Este nombre, Mondétour, pinta a maravilla las sinuosidades de aquellas calles. Un poco más lejos, estaban

aún mejor expresadas por la calle Pirouette, que se perdía en la calle Mondétour.

El transeúnte que desde la calle Saint-Denis, pasaba a la calle de la Chanvrerie, la veía estrecharse poco a poco delante de sí, como si hubiese entrado en un gran embudo alargado. Al extremo de la calle, que era muy corta, encontraba el paso cortado del lado de los Mercados, por una alta hilera de casas, y creería hallarse en un callejón sin salida, si no hubiera descubierto a derecha e izquierda dos bocas oscuras por donde podía salir. Éstas formaban la calle Mondétour, la cual iba a encontrar, por un lado, la calle de Prêcheurs, y por el otro, la calle de Cygne, y la Petite-Truanderie. Al fondo de esta especie de callejón sin salida, en la esquina de la boca de la derecha se observaba una casa menos alta que las demás, y formando una especie de cabo sobre la calle.

En esta casa, de dos pisos solamente, estaba alegremente instalada, desde hacía trescientos años, una taberna ilustre. Esta taberna hacía un ruido alegre, en el lugar mismo que el viejo Théophile señaló en estos dos versos:

> Allí se mece el esqueleto horrible
> De un pobre amante que se ahorcó [1].

El sitio era bueno, y los taberneros se sucedían de padres a hijos.

[1] Estos versos no son de Théophile, sino de Saint-Amant:

> «Seus un chevron de bois maudit
> Y branle le squelette horrible
> d'un pauvre amant qui se pendit
> Pour une bergère insensible...» *La solitude,*
> [85-88.)

Y no evocan la taberna de Corinthe, sino Belle-Île, y precisamente, «la decadencia» de «viejos castillos ruinosos».

En tiempos de Mathurin Régnier, la taberna se llamaba «Pot-aux-Roses», y como los jeroglíficos estaban de moda, tenía por muestra un poste pintado de color de rosa [1]. En el último siglo, el digno Natoire [2], uno de los maestros caprichosos despreciados hoy por la escuela rígida, se había achispado varias veces en esta taberna, en la misma mesa en que se había también embriagado Régnier, había pintado en señal de agradecimiento, un racimo de uvas de Corinto sobre el poste de color de rosa. El tabernero, lleno de alegría, había cambiado su enseña, y había hecho pintar en letras doradas, debajo del racimo de uvas, estas palabras: «A las uvas de Corinto.» De ahí este nombre. Nada es más propio de los borrachos, como las elipsis. La elipsis es el zigzag de las frases. «Corinthe» había destronado poco a poco el «Pot-aux-Roses»). El último tabernero de la dinastía, el tío Hucheloup, ignorante de la tradición, había hecho pintar el poste de azul.

Una sala baja, donde estaba el mostrador; otra sala en el primer piso, donde estaba el billar: una escalera de madera en espiral que atravesaba el techo, vino en las mesas, humo en las paredes, velas en pleno día, esto era la taberna. En la sala baja había una escalera de trampa, que bajaba a la cueva. En el segundo piso estaba la habitación de los Hucheloup. Se subía a ella por una escalera, o más bien escala; y tenía por toda entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado había dos graneros abuhardillados, que

1 «Pot-aux-roses», tiesto de rosas, y «poteau-rose», poste rosa, se pronuncian, lo mismo, en francés; por esto, el poste pintado de rosa era el jeroglífico del tiesto de rosas.

2 Charles-Joseph Natoire (1700-1777), pintor más conocido por su severidad que por sus costumbres báquicas.

eran los nidos de las criadas. La cocina dividía el entresuelo con la sala del mostrador.

El tío Hucheloup había nacido quizá químico; el hecho es que era cocinero; en su taberna no sólo se bebía, se comía también. Hucheloup había inventado una cosa excelente, que sólo se comía en su casa, y eran las carpas rellenas, que él llamaba *carpes au gras*. Se comían a la luz de un vela de sebo, o de un quinqué de tiempos de Luis XVI, en unas mesas que tenían, a guisa de mantel, un hule clavado. Desde muy lejos acudían allí. Houcheloup, una mañana, había creído conveniente advertir a los transeúntes de su «especialidad»; había mojado un pincel en un bote de pintura negra, y como tenía una ortografía propia, igual que una cocina propia, había improvisado sobre la pared esta notable inscripción:

«CARPES HO GRAS»

Un invierno, la lluvia y los chaparrones habían tenido el capricho de borrar la S con que terminaba la primera palabra, y la G con que empezaba la tercera, y había quedado esto:

«CARPE HO RAS» [1]

Con la colaboración del tiempo y la lluvia, un humilde anuncio gastronómico, se había convertido en un consejo profundo.

De tal modo, el tío Hucheloup se había encontrado que, no sabiendo francés, sabía latín; que había hecho salir de la cocina la filosofía, y que, queriendo simplemente eclipsar a Carême, había igualado a Horacio. Y

[1] «Recoge las horas», Horacio: *Carpie diem (Odas)*.

lo más notable era que también esto quería decir: «Entrad en mi taberna.»

Nada de esto existe hoy. El dédalo Mondétour fue abierto en 1847, y probablemente no existe ya en este momento; la calle de la Chanvrerie, y la de Corinthe han desaparecido bajo el empedrado de la calle Rambuteau.

Como hemos dicho, Corinthe era uno de los lugares de reunión, ya que no el cuartel general, de Courfeyrac y sus amigos. Fue Grantaire el que había descubierto Corinthe. Había entrado en la taberna a causa del «Carpe Horas», y había regresado debido a las *carpes au gras*. Allí se bebía, se comía, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, o no se pagaba, y siempre se encontraba buen recibimiento. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, un buen hombre, como acabamos de decir, era una figura con bigotes, variedad divertida. Tenía siempre aspecto de mal humor, parecía querer intimidar a sus parroquianos, refunfuñaba a los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más indicado para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa. Y sin embargo, repetimos, todos eran bien recibidos. Su capricho había acreditado su establecimiento, y acudían a él los jóvenes, diciendo: «Ven, vamos a oír gruñir al tío Hucheloup. Había sido maestro de armas; se reía a carcajadas y de repente; tenía voz gruesa; era un buen diablo. Tenía un fondo cómico, y apariencia trágica; no quería más que causar miedo, así como esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es el estornudo.

Su mujer, la tía Hucheloup, era un ser barbudo y muy feo.

Hacia 1830, murió el tío Hucheloup. Con él desapareció el secreto de las carpas con manteca. Su viuda, poco consolable, continuó con la taberna. Pero la cocina degeneró y llegó a ser execrable; el vino, que siempre había sido malo, llegó a ser pésimo. Courfeyrac y sus amigos, continuaron, no obstante, yendo a Corinthe «por piedad», decía Bossuet.

La viuda de Hucheloup era una mujer colorada y deforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación de las palabras con que los evocaba. Tenía un modo de decir las cosas, que sazonaba sus reminiscencias primaverales y de aldea. Decía que en otro tiempo, había sido su gran placer oír «cantar al ruin-señor en la serva».

La sala del primer piso donde estaba «el comedor», era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, y de un viejo billar cojo. Se llegaba a él por la escalera de caracol que daba al ángulo de la sala, por un agujero cuadrado, semejante a la escotilla de un navío.

Aquella sala, iluminada por una única ventana estrecha y un solo quinqué encendido, parecía una buhardilla. Todos los muebles de cuatro patas, se comportaban como si sólo tuvieran tres. Las paredes blanqueadas con cal no tenían otro adorno que este cuarteto en honor de la tía Hucheloup:

A diez pasos, admira, a dos, espanta,
Una verruga habita en su nariz de giganta.
Esa nariz que veis desmesurada,
Hará, cuando se suene, una que sea sonada [1]

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

[1] Véase el retrato de la dueña, en *Ruy Blas*, IV, 7.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día, con una perfecta tranquilidad. Dos sirvientas llamadas Matelote y Gibelotte, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban a la tía Hucheloup a poner en las mesas los jarros de vino, y los platos variados que se servían a los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la tía Hucheloup. Gibelotte era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse lasitud crónica; se levantaba la primera y se acostaba la última, servía a todo el mundo, incluso a la otra criada, en silencio y con dulzura, sonriendo bajo la fatiga con una especie de vaga sonrisa adormecida.

Había un espejo encima del mostrador.

Antes de entrar en la sala-restaurante, se leía sobre la puerta este verso, escrito con tiza por Courfeyrac:

Regálate, si puedes, y come, si te atreves.

II

Alegría preparatoria

Laigle de Meaux, como se sabe, vivía más en casa de Joly que en otra parte. Tenía una casa como el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos, y dormían juntos. Todo les era común, incluso Musichetta: eran lo que los hermanos Chapeaux llaman un «bini»[1]. La mañana del 5 de junio se fueron a almorzar a Corinthe. Joly, constipado, tenía una fuerte coriza, de la cual empezaba a participar Laigle. La levita de Laigle estaba raída, pero Joly iba bien vestido.

Eran cerca de las nueve de la mañana, cuando abrieron la puerta de Corinthe.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelotte, los recibieron.

—Ostras, queso y jamón —dijo Laigle.

Y se sentaron a una mesa.

La taberna estaba vacía; estaban solos.

Gibelotte, al reconocer a Joly y Laigle, puso una botella de vino sobre la mesa.

[1] Bini: «dos a dos».

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y una voz dijo:

—Pasaba, y desde la calle sentí un delicioso olor a queso de Brie, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó a la mesa.

Gibelotte, al ver a Grantaire, puso dos botellas de vino sobre la mesa.

De modo que ya eran tres.

—¿Vas a beberte estas dos botellas? —preguntó Laigle a Grantaire.

Éste respondió:

—Todos son ingeniosos, tú, sólo eres ingenuo. Dos botellas no han asustado nunca a un hombre.

Los demás habían comenzado a comer; Grantaire empezó por beber. Se tragó enseguida media botella.

—¿Tienes un agujero en el estómago? —dijo Laigle.

—Tú tienes uno en el codo —respondió Grantaire.

Y tras haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah! Laigle, el de las oraciones fúnebres, tu levita está muy vieja.

—Lo creo —respondió Laigle—. Esto hace que hagamos buenas migas mi levita y yo; ella ha tomado la forma de todos mis pliegues, y no me incomoda nada; se ha amoldado sobre mis deformidades, y se presta complaciente a todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los amigos antiguos.

—¡Es verdad! —exclamó Joly entrando en el diálogo—. Una levita vieja es un abrigo viejo.

—Sobre todo —dijo Grantaire—, en la boca de un hombre constipado.

—Grantaire —preguntó Laigle—. ¿Vienes del bulevar?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del cortejo.

—Es un espectáculo maravilloso —dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle! —exclamó Laigle—. ¿Quién sospecharía aquí que París está tan agitado? ¡Cómo se conoce que antiguamente todo esto eran conventos! Du Breul y Sauval, y el abate Lebeuf[1] tienen la lista de los que había. Los había en todo alrededor, aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, agustinos, viejos agustinos... Pululaban.

—No hablemos de monjes —interrumpió Grantaire—. Me entran ganas de rascarme.

Luego exclamó:

—¡Uf! Acabo de tragarme una ostra mala. Ya me acomete de nuevo la hipocondría. Las otras están podridas, y las criadas son feas. Odio a la especie humana. He pasado hace poco por la calle de Richelieu, por delante de la gran librería pública[2]; aquel montón de valvas de ostras que se llama una biblioteca, me quita las ganas de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos! ¡Todo esto se ha escrito! ¿Quién ha sido el necio que ha dicho que el hombre es un bípedo sin pluma? Después he encontrado a una joven que me conocía, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y entu-

1 Du Breul, *El teatro de las antigüedades de la ciudad de París* (reditado varias veces en el siglo XVII). Sauval, *Historia de las antigüedades de la ciudad de París* (1724). Lebeuf. *Historia de la diócesis de París* (1754-1758). Du Breul y Sauval están entre los orígenes documentarios de Notre-Dame de París.

2 La biblioteca real, hoy, nacional.

siasmada; alegre, feliz como un ángel, la miserable, porque ayer, un espantoso banquero picado de viruelas, se ha dignado solicilitarla. ¡Ay! La mujer acecha al negociante lo mismo que al pollo; las gatas cazan lo mismo a los ratones que a los pájaros. Esta doncella, no hace aún dos meses, era honesta en su buhardilla; ajustaba círculitos de cobre a los agujeros de un corsé, ¿cómo llamáis a esto? Cosía, tenía una cama de tijera; vivía al lado de un tiesto de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera: esta trasformación se ha hecho esta noche. Por la mañana he encontrado a esta víctima muy alegre. Lo que es más horrible es que esta pícara está hoy tan bonita como ayer. Su financiero no se traslucía en su rostro. Las rosas tienen esta propiedad, de más o de menos, comparadas con las mujeres; las huellas que les causan los insectos son visibles. ¡Ah! No hay ya moral sobre la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor, al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, este estúpido símbolo de la paz; al manzano, que supo perder a Adán con su fruto, y a la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho, ¿queréis saber lo que es el derecho? Los galos codician a Clusio; Roma protege a Clusio, y les pregunta: «¿Qué mal os ha hecho Clusio?» Breno responde: «El mal que nos ha hecho Alba, el mal que nos ha hecho Fidena, el mal que nos han hecho los equos, los volscos y los sabinos que eran vuestros vecinos. Los clusianos son los nuestros; nosotros entendemos la vecindad como vosotros. Vosotros habéis robado a Alba; nosotros tomamos a Clusio.» Roma dice: «Pues no tomaréis a Clusa.» Breno tomó a Roma; y después gritó: «*Voe victis.*» [1] Esto es el derecho. ¡Ah! En este mundo no hay más que aves de rapiña, ¡águilas!, ¡águilas! Yo tengo carne de gallina.

1 «¡Desgracia a los vencidos!» Reminiscencia de Tito Livio, *Historia romana*, V. 48.

Tendió su vaso a Joly, el cual lo llenó, luego bebió, y prosiguió, sin haberse interrumpido casi con aquel vaso de vino en quien nadie se fijó, ni aun él mismo:

—Breno, tomando a Roma es un águila; el banquero que toma una griseta es un águila. No hay más pudor aquí que allá. No creemos, pues, en nada: no hay más que una realidad: beber. Cualquiera que sea vuestra opinión, ya estéis por el gallo flaco como el cantón del Uri, o por el gallo gordo, como el cantón de Glaris, poco importa, bebed. Me habláis del bulevar, del cortejo, etc. ¡Qué! ¿Va a haber una revolución? Esta indigencia de medio me sorprende por parte del buen Dios. Es preciso que en todo momento siga la marcha de los acontecimientos.

»Lo que vosotros llamáis progreso, marcha con dos motores: los hombres y los sucesos. Pero, ¡cosa triste! De vez en cuando, lo excepcional es necesario. Para los sucesos, como para los hombres, la tropa ordinaria no basta; es preciso que haya genios entre los hombres, y revoluciones entre los sucesos. Los grandes accidentes son la ley: el orden de las cosas no puede pasarse sin ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto a creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores en representación. En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto hace morir a César. Bruto le da una puñalada y la estrella un cometazo[1]. Crac. Ahí está la aurora boreal, una revolución, un gran hombre: 1793, escrito en gruesos caracteres; Napoleón al acecho, el cometa de 1811[2], en lo alto del cartel. ¡Ah!

[1] Alusión al cometa cuya aparición, en el cielo de Roma, precedió al asesinato de César por Bruto.

[2] *Los cantos del crepúsculo,* V. Napoleón II.

¡Ese hermoso cartel azul, tachonado de repentinas exhalaciones! ¡Bom! ¡Bom! Espectáculo extraordinario. Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado; el astro lo mismo que el drama. Al ver el destino humano gastado ya, y aun el destino real que enseña la rama, como lo demuestra el príncipe de Condé ahorcado [1]; al ver el infierno, que no es más que un rasgón en el cielo, por donde sopla el viento; al ver tantos harapos, aún en la púrpura nueva de la mañana en el vértice de una colina; al ver las gotas de rocío, esas perlas falsas; al ver la humanidad descosida y los sucesos recomendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al contemplar tanta miseria en todas partes, pienso que el universo no es rico. Hay apariencia de riqueza, es verdad, pero yo descubro la pequeñez. Se da una revolución como un negociante, cuya caja está vacía, da un baile, y no se debe juzgar a las cosas por las apariencias. Bajo el oro del cielo descubro un universo pobre; la creación está en quiebra; por esto estoy descontento. Mirad, hoy es el 5 de junio, y está el día como si fuera de noche; desde esta mañana estoy esperando que llegue el día y aún no ha aparecido, y apuesto a que no llegará: esto es como la inexactitud de un dependiente mal pagado. Sí, todo está mal arreglado, nada se ajusta bien; este viejo mundo está deshecho; me coloco en la oposición. Todo marcha al revés; el universo va tropezando; sucede lo que con los niños, los que los desean no los tienen; los que no los quieren, los tienen. Total: esto es una pepitoria. Además Laigle de Meaux, ese calvo, me entristece cuando lo miro, me humilla al pensar que soy de la misma edad que esta rodilla. Yo critico, pero no insulto;

[1] Louis-Henri-Joseph, duque de Borbón, luego príncipe de Condé, padre del duque de Enghien, fue encontrado ahorcado en una ventana del castillo de Saint-Leu, el 27 de agosto de 1830.

el universo es lo que es; hablo aquí sin mala intención, según lo que me dicta mi conciencia. ¡Ah! Por todos los santos del olimpo, y por todos los dioses del paraíso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos al montón de los revoltosos. Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el día a las gracias orientales en los bailes de Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto; o aldeano beauceron, o gentilhombre veneciano, rodeado de gentiles hembras; o principillo alemán contribuyendo con medio soldado a la confederación germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en un seto; es decir, en su frontera. Para una de estas cosas he nacido yo. Sí, he dicho turco, y no me desdigo. No comprendo que se hable mal de los turcos habitualmente. Mahoma tiene cosas buenas. ¡Respeto al inventor de serrallos y huríes, y de los paraísos de odaliscas! No insultemos al mahometano, única religión que está dotada de un gallinero! Insisto sobre esto para beber. La tierra es una gran tontuna. Y parece que van a pelear todos estos imbéciles, a romperse las narices, a matarse en pleno verano; en el mes de junio, cuando podrían irse con una joven criatura del brazo, a respirar en los campos, la inmensa taza de té del heno segado. En verdad que se hacen muchas necedades. Una vieja linterna rota que acabo de ver en una prendería me sugiere una reflexión: Ya es tiempo de iluminar al género humano. Sí, y ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra, y encontrarse con una revolución! Me vuelvo lúgubre. ¡Oh! ¡Horrible mundo! En él todos se esfuerzan, se destituyen, se prostituyen, se matan, se acostumbran!

Y Grantaire, después de este trozo de elocuencia, tuvo otro golpe de tos merecido.

—A propósito de la revolución —dijo Joly—, parece que Marius está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién? —preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—¡No, te digo!

—¡Los amores de Marius! —exclamó Grantaire—. Los veo desde aquí. Marius es una niebla y habrá encontrado un vapor: es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. Timbraeus Apollo[1]. Marius y su Marie, o su María, o su Mariette, o su Marion, deben ser unos pícaros amantes. Me doy cuenta de lo que es este amor: un éxtasis en el que se olvida el beso; castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito. Son almas que tienen sentidos: duermen juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su segunda arenga, cuando se presentó un nuevo ser en la escotilla de la escalera. Era un muchacho de menos de diez años, harapiento, muy pequeño, amarillo, boca grande, ojos vivos, enormemente cabelludo, mojado por la lluvia, con aire alegre.

Este niño, eligiendo sin duda entre los tres, aunque evidentemente no conocía a ninguno, se dirigió a Laigle de Meaux.

—¿Sois el señor Bossuet? —le preguntó.

—Éste es mi sobrenombre —respondió Laigle—. ¿Qué quieres?

—Esto. Un rubio me ha dicho en el bulevar: «¿Conoces a la tía Hucheloup?» Y yo he dicho: «Sí, en la calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo.» Y me ha dicho: «Pues ve: allí encontrarás al señor Bossuet; y le dirás

[1] Juego de palabras de Grantaire, sobre uno de los sobrenombres de Apolo: Thymbraues Apollo (*Geórgicas*, IV, 323): «Apollon de Tymbra» (región troyana donde el dios tenía una capilla).

de mi parte: ABC.» Es una burla, ¿no es verdad? Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos —dijo Laigle, y volviéndose hacia Grantaire—: Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual hizo veinte sueldos, que Laigle dio al muchacho.

—Gracias, señor —dijo éste.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Laigle.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros —dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros —agregó Grantaire.

El niño respondió:

—No puedo, soy del cortejo, soy yo quien grita: «¡Abajo Polignac!»

Y sacando el pie todo lo que podía por detrás de sí, que es el saludo más respetuoso, se fue.

Cuando se marchó el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Éste es el pilluelo puro. Hay muchas variedades en el género de pilluelo. El pilluelo escribano, se llama salta-arroyos; el pilluelo cocinero, se llama marmitón; el pilluelo panadero, se llama mitrón; el pilluelo lacayo, se llama groom; el pilluelo soldado, se llama granuja; el pilluelo pintor, se llama aprendiz; el pilluelo negociante, se llama hortera; el pilluelo cortesano, se llama menino.

Mientras tanto Laigle estaba meditando:

—ABC, es decir, entierro de Lamarque.

—El muy rubio —dijo Grantaire—. Es Enjolras quien te llama.

—¿Iremos? —preguntó Bossuet.

—Llueve —dijo Joly—, y yo he jurado ir al fuego, y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo me quedo aquí —aclaró Grantaire—. Prefiero un almuerzo a un entierro.

—Conclusión: que nos quedamos —añadió Laigle—. Bien, bebamos entonces: puede faltarse al entierro, sin faltar al motín.

—¡Ah! ¡Al motín no faltaré yo! —exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos a retocar la revolución de 1830. La verdad es que oprime al pueblo en las articulaciones.

—Nada me importa vuestra revolución —dijo Grantaire—. Yo no execro a este gobierno; es la corona atemperada por el gorro de algodón. Es un cetro terminado en paraguas; pienso en eso hoy, por el tiempo que hace; Luis Felipe podrá utilizar su realismo con dos fines: dirigir un extremo del cetro contra el pueblo, y abrir el extremo del paraguas contra el cielo.

La sala estaba oscura; gruesas nubes habían acabado de suprimir la luz. No había nadie en la taberna, ni en la calle; todo el mundo había ido a ver «los sucesos».

—¿Es mediodía o medianoche? —exclamó Bossuet—. No se ve gota. Gibelotte, ¡una luz!

Grantaire, entristecido, bebía.

—Enjolras me desdeña —murmuró—. Enjolras ha pensado: Joly está enfermo, y Grantaire está bebido, y ha enviado a Navet para que busque a Bossuet. Si hubiera venido a buscarme, lo hubiera seguido. ¡Tanto peor para Enjolras! No iré a su entierro.

Tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Hacia las dos del mediodía, la mesa a que estaban sentados, estaba cubierta de botellas vacías. Ardían sobre ella dos velas, una en un candelero de cobre completamente verde, y la otra en el cuello de una botella rota. Grantaire había arrastrado a Joly y a Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habían hecho ponerse alegre a Grantaire.

En cuanto a éste, desde el mediodía, había pasado más allá el vino, pobre origen de ensueños. El vino, en los borrachos serios, es siempre alegre. En la embriaguez hay la magia blanca y la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños. Las tinieblas de una embriaguez terrible, entreabierta delante de él, lejos de detenerlo, lo atraían; había dejado las botellas y tomado el chope; el chope es el abismo: no teniendo a mano ni opio ni haschisch, y queriendo llenar el cerebro de oscuridad, había recurrido a esta horrible mezcla de aguardiente, de cerveza y de ajenjo, que produce letargos tan terribles. De estos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajenjo, se hace el plomo del alma: son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y se forman en un humo membranoso, vagamente condensado en alas de murciélago, tres furias mudas, el delirio, la noche y la muerte, revoloteando por encima del espíritu adormecido.

Grantaire no había llegado aún a esta fase lúgubre; lejos de esto. Estaba prodigiosamente alegre, y Bossuet y Joly le daban la réplica. Todos brindaban. Grantaire añadía a la pronunciación excéntrica de las palabras y de las ideas, la divagación del gesto, apoyaba con dignidad su puño izquierdo sobre su rodilla, doblando el brazo en ángulo recto, con la corbata deshecha, a caballo sobre un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía a la gruesa criada Matelote, estas solemnes palabras:

—¡Que se abran las puertas de palacio! ¡Que todo el mundo sea de la academia francesa, que se tenga el derecho de abrazar a la tía Hucheloup! ¡Bebamos!

Y volviéndose hacia la tía Hucheloup, añadía:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate, que yo te contemplo!

Joly gritaba:

—¡Matelote y Gibelotte, no deis más vino a Grantaire! ¡Se está comiendo locamente el dinero. Desde esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos!

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet que estaba muy borracho, había conservado su calma. Se había sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda mientras contemplaba a sus amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de «¡A las armas!» Se volvió, y descubrió en la calle Saint-Denis, en la esquina de la calle de la Chanvrerie, a Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, a Gavroche con su pistola, a Feuilly con su sable, a Courfeyrac con su espada, a Jean Prouvaire con su mosquete, a Combeferre con su fusil, a Bahorel con su carabina, y todo el grupo armado y tumultuoso que los seguía.

La calle de la Chanvrerie apenas tenía el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus dos manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh!

Courfeyrac oyó la llamada, descubrió a Bossuet, y dio algunos pasos por la calle de la Chanvrerie, gritando un:

—¿Qué quieres?

Que se cruzó con un:

—¿Adónde vas?

—A hacer una barricada —respondió Courfeyrac.

—Pues bien: este sitio es magnífico, ¡hazla aquí!

—Es verdad, Laigle —dijo Courfeyrac.

Y a una señal de Courfeyrac, la tropa se precipitó a la calle de la Chanvrerie.

III

La noche empieza a dominar a Grantaire

El sitio estaba en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho, y en forma de callejón sin salida; Corinthe figurando un embudo; la calle Mondétour fácil de cerrar a derecha e izquierda, ninguna posibilidad de ataque sino por la calle Saint-Denis, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

Al hacer su irrupción el grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeúntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, a derecha e izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado. Una vieja, llena de miedo, había fijado un colchón delante de su ventana, colgado de una cuerda que servía para tender la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería. La taberna únicamente permanecía abierta, y esto sólo por razón de que allí se había instalado el grupo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —decía suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado a recibir a Courfeyrac.

Joly se había asomado a la ventana, y gritaba:

—Courfeyrac, hubieras debido coger un paraguas. Vas a constiparte.

Mientras tanto, en algunos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna, y habían sido despedradas diez toesas de calle; Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cales, llamado Anceau, el cual contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados sobre pilas de adoquines; Enjolras había levantado la trampa de la cueva, y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup habían ido a juntarse con los de la cal; Feuilly, con sus dedos acostumbrados a iluminar delicados paisajes en abanicos, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de guijarros; guijarros improvisados como todo lo demás, y cogidos sin saber dónde. Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima, y se habían echado sobre los toneles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre. No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se hace demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habían mezclado con los trabajadores. Gibelotte iba y venía cargada de maderos; su lasitud se empleaba en la barricada, y cargaba adoquines como hubiera cargado vino; adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle.

Bossuet saltó por encima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar a los viajeros, dio la mano

«a las señoras», despidió al conductor, y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus —dijo— no pasan por delante de Corinthe, *«Non lincet omnibus adire Corinthum.»*[1]

Un instante después, los caballos desenganchados, se iban al azar por la calle de Mondétour, y el ómnibus volcado, completaba la barricada de la calle.

La tía Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía la mirada vaga; miraba sin ver, hablando por lo bajo. Sus gritos de susto no se atrevían a salir de la garganta.

—Esto es el fin del mundo —murmuraba.

Joly daba un beso en el grueso cuello rojo y arrugado de la tía Hucheloup, y decía a Grantaire:

—Querido, siempre he considerado el cuello de una mujer, como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire había llegado a la más alta región del ditirambo. Matelote había subido al primer piso. Grantaire la había cogido por el talle, y daba, asomado a la ventana, grandes carcajadas.

—¡Matelote es fea! —gritaba—. Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Voy a descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmalión godo que hacía mascarones de catedrales, se enamoró un día de uno de ellos, del más horrible y suplicó al amor que lo animase, y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! ¡Tiene los cabellos de color de cromato de plomo, como la querida de Ticiano, pero es una buena muchacha. Os aseguro que peleará bien; en toda buena muchacha hay un héroe.

[1] Bossuet, como Gavroche, juega sobre el sentido de ómnibus (en latín: de todos): «No está permitido a los ómnibus (a todos) abordar Corinthe.» Reminiscencia de un proverbio latino, traducido del griego, y citado por Horacio: «Non cuivis homini contignit adire Corinthum *(Epireas,* I, 17, 36).

En cuanto a la tía Hucheloup es una valiente vieja. ¡Mirad qué bigotes tiene! Los ha heredado de su marido. ¡Es un húsar! ¡Bah! ¡Peleará también! Dos como ella aterrarían a la comarca. ¡Compañeros, derribaremos al gobierno! Tan cierto como hay quince ácidos intermedios entre el ácido mergárico, y el ácido fórmico; por lo demás, a mí lo mismo me da. Caballeros, mi padre me ha odiado siempre, porque no podía entender las matemáticas; yo no comprendo más que el amor y la libertad; soy Grantaire, el buen muchacho. Como nunca he tenido dinero, no tengo el hábito de tenerlo, lo cual quiere decir que nunca me ha hecho falta, pero si hubiera sido rico, no habría habido pobres. ¡Y hubierais visto! ¡Oh! ¡Si los buenos corazones tuviesen grandes bolsillos! ¡Cuánto mejor no iría todo! ¡Cuánto bien haría yo! ¡Matelote! ¡Abrázame! Eres voluptuosa y tímida. Tienes unas mejillas que solicitan el beso de una hermana, y labios que reclaman el beso de un amante.

—¡Cállate, tonel! —dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—Soy capitular y maestro de juegos florales.

Enjolras, que estaba de pie encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó su hermoso y austero rostro. Enjolras, como ya sabemos, tenía algo del espartano y del puritano. Hubiera muerto en las Termópilas, con Leónidas, y hubiera quemado a Drogheda con Cromwell[1].

—¡Grantaire! —exclamó—. Vete a dormir la mona fuera de aquí. Éste es el lugar de la embriaguez del entusiasmo, no el de la embriaguez del vino. ¡No deshónres la barricada!

[1] Drogheda, uno de los conjurados realistas evocado por Víctor Hugo en su *Cromwell*.

Estas palabras irritadas produjeron en Grantaire un efecto singular, como si le hubiesen arrojado un vaso de agua fría al rostro. Pareció que había vuelto en sí. Se sentó, apoyó los codos en la mesa cerca de la ventana, miró a Enjolras con indecible dulzura y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete a dormir a otra parte.

Pero Grantaire, fijando de nuevo en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

—Déjame dormir aquí hasta que muera.

Enjolras lo miró con desprecio, y le dijo:

—Grantaire, eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y morir.

Grantaire replicó con voz grave:

—Ya verás.

Murmuró aún algunas palabras ininteligibles, dejó caer su cabeza pesadamente sobre la mesa, y por un efecto bastante habitual en el segundo período de la embriaguez en que Enjolras le había precipitado rudamente, se quedó dormido un instante después.

IV

Courfeyrac trata de consolar a la tía Hucheloup

Bahorel, extasiado al ver la barricada, exclamó:

—¡Ya está la calle cortada! ¡Qué bien está!

Courfeyrac, al mismo tiempo que demolía la taberna, trataba de consolar a la viuda tabernera:

—Tía Hucheloup, ¿no os quejabais el otro día de que os habían llamado a juicio y declarado delincuente, porque Gibelotte había sacudido una manta por la ventana?

—Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Vais a poner también esta mesa en la barricada? Y no sólo por la manta, sino también por un tiesto que se cayó desde la buhardilla a la calle, el gobierno me ha sacado cien francos de multa. ¿No es una abominación?

—Pues bien, tía Hucheloup, nosotros os vengaremos.

Quedaba satisfecha a la manera de aquella mujer árabe, que habiendo recibido un bofetón de su marido, fue a ver a su padre pidiendo venganza, y diciendo: «Padre, debes a mi marido afrenta por afrenta.» El padre preguntó: «¿En qué mejilla has recibido el bofetón?»

«En la izquierda.» El padre le dio un bofetón en la derecha y dijo: «Ya estás satisfecha. Ve a decir a tu marido que si él ha abofeteado a mi hija, yo he abofeteado a su mujer.»

La lluvia había cesado. Iban llegando reclutas; los obreros habían llevado bajo las blusas un barril de pólvora, una cesta de botellas de vitriolo, dos o tres hachas de viento, y un canasto lleno de lamparillas, «restos de la fiesta del rey», que se había celebrado el 1o. de mayo. Se decía que enviaba estas municiones un droguero del faubourg Saint-Antoine llamado Pépin. Se rompía el único farol de la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle Saint-Denis, y todas las demás de las calles próximas de Mondétour, de Cygne, de Prêcheurs, y de la Grande y Petite-Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigían todo. Entretanto, se construían dos barricadas más, que se apoyaban en la misma casa de Corinthe, formando ángulo recto; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie, y la otra la calle de Mondétour por el lado de la calle de Cygne. Esta última barricada, muy estrecha, estaba construida solamente con toneles y guijarros. Había allí unos cincuenta trabajadores; una treintena de ellos con fusiles, porque al pasar, habían saqueado la tienda de un armero.

Nada más extraño y abigarrado que aquella tropa.

Uno llevaba levita, un sable de caballería, y dos pistolas de arzón; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo, y una bolsa de pólvora colgada al lado; un tercero estaba cubierto con un peto hecho con nueve hojas de papel, y armado con una aguja de enjalmar. Había uno que gritaba:

—¡Exterminemos hasta el último, y muramos en la punta de nuestra bayoneta!

El que decía esto no tenía bayoneta. Otro mostraba encima de su levita, unas correas y una cartuchera de guardia nacional con la funda adornada con esta inscripción en lana roja: «Orden público.» Portafusiles con el número de las legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas; todas las edades, todas las fisonomías, jovencillos pálidos, obreros ennegrecidos. Todos se apresuraban, y al mismo tiempo que trabajaban, hablaban de los sucesos posibles, «que se reciban socorros a las tres de la mañana, que se contaba seguramente con un regimiento, que París se levantaría». Suposiciones terribles, con las cuales se mezclaba una especie de cordial alegría. Parecían hermanos, y ninguno sabía el nombre de los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar a los desconocidos.

En la cocina se había encendido lumbre, y se fundían en un balinero, cucharas, tenedores, toda la vajilla de estaño de la taberna; al mismo tiempo se bebía. Los pistones y las postas, andaban revueltos en las mesas con los vasos de vino. En la sala de billar la señora Hucheloup, Matelote y Gibelotte, diversamente afectadas por el terror, una atontada, otra sofocada y otra excitada, rompían rodillas viejas, y hacían hilas; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes cabelludos, barbudos y bigotudos, que deshilaban la tela con los dedos de lencero, y las hacían temblar.

El hombre de alta estatura que había llamado la atención de Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, en el instante en que se unía al grupo en la esquina de la calle Billettes, trabajaba en la pequeña barricada y era útil. Gavroche trabajaba en la grande. En cuanto al joven que había esperado a Courfeyrac en su casa, y le había

preguntado por Marius, había desaparecido poco después del momento en que había sido detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado y radiante, se había encargado de todo. Iba y venía, subía, bajaba, metía ruido, brillaba; parecía que estaba allí para animarlos a todos... ¿Tenía algún aguijón? Sí, ciertamente: su miseria. ¿Tenía alas? Sí, ciertamente, su alegría. Gavroche era un torbellino. Se le veía sin cesar; se le oía continuamente; llenaba todo el espacio, encontrándose en todas partes a la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no había nada que pudiese detenerlo; la enorme barricada sentía su acción. Molestaba a los transeúntes, excitaba a los perezosos, reanimaba a los fatigados, impacientaba a los pensativos, alegraba a unos, esperanzaba a otros, encolerizaba a algunos y ponía en movimiento a todos; pinchaba a un estudiante, mordía a un obrero, se paraba, volvía enseguida a su trabajo, volaba por encima del tumulto y del esfuerzo, saludaba a éstos y aquéllos, murmuraba, zumbaba y hostigaba a toda aquella multitud inmensa.

Con sus pequeños brazos, dominaba el movimiento perpetuo, y de sus pequeños pulmones salía el clamor perpetuo:

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡Más toneles! ¡Unos maderos! ¿Dónde hay? Una mano de yeso para cubrir este agujero. Es muy pequeña esta barricada, es preciso que suba más. Ponedlo todo, metedlo todo, colocadlo todo. Demoled la casa. Una barricada es un magnífico té. Tomad, ahí tenéis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar a los trabajadores:

—¿Una puerta vidriera? ¿Qué quieres que hagamos con una puerta vidriera, tubérculo?

—¡Tubérculos vosotros! —exclamó Gavroche—. Una puerta vidriera en una barricada es una cosa excelente:

no impide el ataque, pero es un obstáculo para tomarla. ¿Es que no habéis birlado nunca manzanas por encima de una valla erizada de vidrios? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieran subir a la barricada. ¡Pardiez! ¡El vidrio es muy traidor! ¡Ah, no tenéis imaginación libre, camaradas!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin gatillo; iba de uno a otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¿Por qué no se me da un fusil!

—¿Un fusil a ti? —inquirió Combeferre.

—¡Toma! —replicó Gavroche—. ¿Por qué no? ¡Tuve uno en 1830, cuando se luchaba contra Carlos X!

Enjolras se encogió de hombros.

—Cuando los haya para los hombres, se darán a los niños [1].

Gavroche se volvió tímidamente, y le respondió:

—Si te matan antes que a mí, cogeré el tuyo.

—¡Pilluelo! —dijo Enjolras.

—¡Blanquillo! —respondió Gavroche.

Un elegante extraviado que paseaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

Gavroche le gritó:

—¡Venid con nosotros, joven! ¿Pues qué, no se ha de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante huyó.

[1] Véase un episodio análogo, observado por Víctor Hugo, el «Cuaderno complementario de la historia de un crimen» (citado en *E. I. N.*, II, 610).

V

Los preparativos

Los periódicos de aquel tiempo, que han dicho que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella construcción casi inexpugnable, como la llamaban, llegaba al nivel del piso primero, se han equivocado. No pasaba de una altura de seis o siete pies, por término medio. Estaba hecha de manera que los combatientes podían, a voluntad, ocultarse detrás, o dominar el paso, y aun subirse encima por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos, y colocados a guisa de escalera por la parte interior. Por fuera, el frente de la barricada, compuesta de adoquines y de toneles, sujetos por vigas y tablas que se enchufaban en las ruedas del carro de Anceau y del ómnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado e inextricable. Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba un espacio entre el extremo de la barricada más alejado de la taberna y las casas; de modo que era posible hacer una salida. La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente, y a ella, atada con cuerdas, una bandera roja que

flotaba sobre la barricada. La pequeña barricada Mondétour, oculta detrás del edificio de la taberna, no se veía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto. Enjolras y Courfeyrac no habían juzgado a propósito hacer otra barricada en el otro extremo de la calle Mondétour, que abre por la calle Prêcheurs una salida sobre los Mercados, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicación con el exterior, y temiendo muy poco un ataque por la peligrosa y difícil callejuela de los Prêcheurs.

Con esta salida libre, que constituía lo que Folard[1], en su estilo estratégico hubiera llamado un ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle Chanvrerie, el interior de la barricada, donde la taberna formaba un ángulo saliente, presentaba la forma de un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes. Había una veintena de pasos de intervalo entre la barricada y las casas que formaba el fondo de la calle, de modo que podía decirse que la barriada estaba adosada a estas casas, todas habitadas, pero cerradas de arriba abajo.

Todo este trabajo se hizo sin impedimentos, en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese surgir una gorra de pelo ni una bayoneta. Los pocos burgueses que se atrevían a pasar en aquel momento del motín por la calle Saint-Denis, lanzaban una ojeada a la calle de la Chanvrerie, descubrían la barricada y redoblaban el paso.

Una vez finalizadas las dos barricadas, se enarboló la bandera, se sacó una mesa fuera de la taberna, y se subió en ella a Courfeyrac. Enjolras trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos. Courfeyrac lo abrió.

[1] Folard (1669-1752), escrito militar, autor de una *Disertación sobre Polybe* (1726), y de un *Tratado de la defensa de las plazas*.

Cuando se descubrieron los cartuchos, temblaron los más valientes, y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos. Muchos tenían pólvora y se pusieron a hacer más con las balas que se fundían en la taberna. En cuanto al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte, cerca de la puerta, y lo reservaron.

El toque de llamada que recorría todo París no cesaba, pero había terminado por no ser más que un ruido monótono al que no prestaban atención alguna. Este ruido, tan pronto se alejaba, como se acercaba, con ondulaciones lúgubres.

Cargaron los fusiles y las carabinas, todos juntos, sin precipitación, con una gravedad solemne. Enjolras fue a colocar tres centinelas fuera de las barricadas, uno en la calle de la Chanvrerie, el segundo en la calle Prêcheurs, y el tercero en la esquina de la calle Truanderie.

Después, una vez construidas las barricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, puestos los centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas y como muertas, en las que no palpitaba ningún movimiento humano, rodeados de las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba, en medio de aquella oscuridad y aquel silencio en el que se sentía avanzar alguna cosa, y que tenía un no sé qué de trágico y terrorífico, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron.

VI

Esperando

En estas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es precsiso que lo digamos, puesto que pertenece a la historia.

Mientras que los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas; en tanto que una gruesa cacerola, llena de estaño y de plomo fundido destinados a moldear balas, humeaba sobre una estufa encendida; mientras que los centinelas velaban con el arma en mano, sobre la barricada; entretanto que Enjolras, a quien nadie podía distraer, velaba sobre los centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Jean Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel, y algunos otros, se buscaron y se reunieron, como en los más apacibles días de sus charlas de escolares, y en un rincón de la taberna, convertido en casamata, a dos pasos del reducto que habían construido, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de la silla, aquellos jóvenes, tan cercanos a una hora suprema, se pusieron a cantar versos de amor.

¿Qué versos? Los siguientes:

¿Recuerdas aquel tiempo de alegría,
de nuestra juventud en los albores;
cuando un solo deseo nos movía,
el de nuestros amores?

Añadidos tus años a mis años,
cuarenta y dos apenas se contaban,
y libres nuestras almas se encontraban,
de amargos desengaños.

Orgulloso era Foy, Manuel prudente;
París santos banquetes celebraba,
y un alfiler en tu corsé saliente
a veces me pinchaba.

Al verte hermosa entre las más hermosas,
de todos envidiada era mi suerte,
y al pasar por el prado hasta las rosas,
se volvían para verte.

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban a brillar en el cielo, el reposo fúnebre de aquellas cálles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un encanto patético a estos versos, murmurados a media voz en el crepúsculo por Jean Prouvaire, que, según hemos dicho ya, era un tierno poeta.

Entretanto, se había encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de estas hachas que el martes de carnaval se encuentran precediendo a los coches cargados de máscaras que van a la Courtille. Estas antorchas, como hemos dicho, venían del arrabal Saint-Antoine.

La antorcha había sido colocada en una jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrigarla del vien-

to, y dispuesta de modo que toda la luz caía sobre la bandera. La calle y la barricada quedaban en la oscuridad, y no se veía más que la bandera roja formidablemente iluminada como una linterna sorda.

Esta luz extendía sobre la escarlata de la bandera un tinte de púrpura terrible.

VII

El hombre reclutado en la calle de Billettes

La noche había caído ya completamente, y nadie se acercaba. No se oían más que rumores confusos, y por instantes, descargas de fusilería, pero raras, pocos nutridas, y lejanas. Esta relativa calma, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas. Aquellos ciento cincuenta hombres, esperaban sesenta mil.

Enjolras se sintió poseído de esta impaciencia que alcanza a las almas fuertes en el umbral de acontecimientos temibles. Fue a encontrar a Gavroche, que se había puesto a fabricar cartuchos en la sala baja, a la claridad dudosa de dos velas, colocadas sobre el mostrador por precaución, a causa de la pólvora extendida sobre las mesas. Aquellas dos velas, no arrojaban luz alguna hacia el exterior. Los insurgentes, además, tenían cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja, y había ido a sentarse a la mesa menos iluminada. Estaba provisto de un fusil de munición del mayor modelo, que mantenía entre sus piernas. Gavro-

che, hasta aquel instante, distraído con cien cosas «divertidas», ni siquiera había visto a aquel hombre.

Cuando entró, Gavroche lo siguió maquinalmente con los ojos, admirando su fusil, y luego, bruscamente, cuando el hombre se sentó, el niño se levantó. Los que hubieran observado a aquel hombre hasta aquel momento, lo habrían visto espiarlo todo en la barricada, y en la banda de insurgentes con una atención singular, pero desde que había entrado en la sala, se había sumergido en el recogimiento, y parecía no ver nada de lo que sucedía. El pilluelo se acercó a aquel personaje pensativo, y se puso a dar vueltas a su alrededor sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar a alguien.

Al mismo tiempo, sobre un rostro infantil, a la vez tan descarado y serio, tan despreocupado y profundo, tan alegre y entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos estos gestos de viejo que significaban: ¡Ah! ¡Bah! ¡No es posible! ¡Delirio! ¿Sería él. . . ? ¡No, no lo es! Pero sí. ¡Pero no! Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus puños en los bolsillos, movía el cuello como un pájaro, y empleaba con un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior. Estaba estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, trastornado. Tenía la fisonomía de un jefe de eunucos en el mercado de esclavas, al descubrir una Venus entre feas; de un aficionado y entendido en pintura, examinando una obra de Rafael entre un montón de cuadros viejos. En él trabajaban a un tiempo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Era evidente que se acercaba un acontecimiento para Gavroche.

En lo más profundo de esta preocupación, Enjolras lo abordó:

—Tú eres pequeño, y no serás visto. Sal de las barricadas, deslízate a lo largo de las casas, explora un poco las calles y vuelve a decirme lo que pasa.

Gavroche se enderezó al oír esto.

—¡Los pequeños sirven, pues, para algo! ¡Es una felicidad! ¡Ya voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños, desconfiad de los grandes... —Y alzando la cabeza y bajando la voz, añadió, señalando al hombre de la calle de Billettes—: ¿Veis a este grande?

—Sí. ¿Y qué?

—¡Es un espía!

—¿Estás seguro?

—Aún no hace quince días que me bajó por las orejas de la cornisa de Pont-Royal, donde estaba tomando el fresco.

Enjolras abandonó vivamente el pilluelo y murmuró algunas palabras en voz muy baja a un obrero del puesto que estaba allí. El obrero salió de la sala, y regresó casi inmediatamente acompañado de otros tres. Aquellos cuatro hombres, cuatro mozos de grandes espaldas, fueron a colocarse detrás de la mesa en que estaba el hombre de la calle de Billettes. Estaban visiblemente dispuestos a arrojarse sobre él.

Entonces, Enjolras se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Quién sois?

Ante esta pregunta brusca, el hombre tuvo un sobresalto.

Sumergió su mirada hasta el fondo de la pupila cándida de Enjolras, y pareció que adivinaba su pensamiento. Mostró entonces una sonrisa, la más desdeñosa, la más enérgica, y la más resuelta del mundo, y respondió con altiva gravedad:

—¡Veo que es esto...! ¡Pues bien, sí!

—¿Sois espía?

—Soy agente de la autoridad.

—¿Os llamáis?

—Javert.

Enjolras hizo una señal a los cuatro hombres. En un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert hubiera tenido tiempo de volverse, fue cogido por el cuello, derribado y registrado.

Se le encontró encima una pequeña tarjeta redonda pegada entre dos vidrios, la cual tenía por un lado las armas de Francia grabadas con esta leyenda: «Seguridad y vigilancia», y en la otra, esta mención: «Javert, inspector de policía, edad, cincuenta y dos años», y la firma del prefecto de policía de entonces, el señor Gisquet.

Además tenía su reloj y su bolsillo que contenía algunas monedas de oro. Le dejaron el bolsillo y el reloj. Detrás del reloj, en el fondo del bolsillo, descubrieron por el tacto, un papel hecho con cuatro dobleces, que desdobló Enjolras, y leyó estas cuatro líneas, escritas a mano del prefecto de policía:

«El inspector Javert, así que haya cumplido su misión política, se asegurará por medio de una vigilancia especial, de si es verdad que algunos malhechores andan vagando por las cuestas de la orilla derecha, cerca del puente de Iéna.»

Terminado el registro, levantaron a Javert, le ataron los brazos detrás de la espalda, y lo sujetaron en medio de la sala baja, a aquel célebre poste que había dado antiguamente nombre a la taberna.

Gavroche que había asistido a toda la escena, y lo había aprobado todo con un movimiento silencioso de cabeza, se acercó a Javert y le dijo:

—Amigo, el ratón ha cogido al gato.

Todo había sido ejecutado con tanta rapidez, que ya estaba concluido cuando empezaron a notarlo en la taberna. Javert no había lanzado ni un grito. Al ver a

Javert sujeto al poste, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los hombres dispersos por las dos barricadas, acudieron presurosamente.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podía hacer ni un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía —dijo Enjolras. Y volviéndose hacia Javert—: Seréis fusilado dos minutos antes que tomen la barricada [1].

Javert replicó con su más imperioso acento:

—¿Y por qué no inmediatamente?

—Economizamos pólvora.

—Entonces matadme de una puñalada.

—Espía —dijo Enjolras—, somos jueces; no asesinos. —Luego llamó a Gavroche—: ¡Tú!, ¡ve a tu asunto! Haz lo que te he dicho.

—Voy —dijo Gavroche, Y deteniéndose en el momento de partir, añadió—: A propósito, ¡me daréis su fusil! Os dejo al músico y me llevo el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar y saltó alegremente por la cortadura de la gran barricada.

[1] Véase un episodio análogo observado por Víctor Hugo, en el «Cuaderno complementario de la historia de un crimen» (citado en *E. I. N.*, II, 610).

VIII

Varios puntos de interrogación a propósito de un tal Le Cabuc, que probablemente no se llamaba Le Cabuc

La pintura trágica que hemos emprendido, no sería completa, y el lector no vería en su relieve exacto y real estos grandes minutos del drama social y del desarrollo revolucionario, en que la convulsión se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en este bosquejo, un incidente lleno de un horror épico y terrible, que sobrevino apenas se marchó Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y aglomeran al rodar un montón de hombres tumultuosos, que no se preguntan de dónde vienen. Entre los transeúntes que se habían unido al grupo dirigido por Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, había uno que llevaba una chaqueta de espartillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba, y tenía el aspecto de una especie de ebrio salvaje. Aquel hombre, llamado o apodado Le Cabuc, y desconocido completamente por aquellos que pretendían conocerlo, muy entusiasta o aparentando serlo, se había sentado junto a algunos otros a una mesa

que habían sacado fuera de la taberna. Este Le Cabuc, mientras que hacía beber a sus compañeros de conversación, parecía contemplar con reflexión la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle, y daban frente a la de Saint-Denis. De repente exclamó:

—Compañeros, mirad, desde esta casa es desde donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ni el diablo entra en la calle!

—Sí, pero la casa está cerrada —dijo uno de los bebedores.

—¡Llamemos!

—No abrirán.

—¡Echemos abajo la puerta!

Le Cabuc corrió a la puerta que tenía un llamador muy pesado, y llamó; pero la puerta no se abrió. Llamó una segunda vez, y nadie respondió. Dio un tercer golpe: el mismo silencio.

—¿Hay alguien aquí? —exclamó Le Cabuc.

Nadie respondió.

Entonces cogió un fusil, y empezó a dar culatazos en la puerta. Era una puerta vieja, pequeña, cintrada, baja, estrecha, sólida, toda de madera de encina, forrada en el interior con una plancha de palastro y una armadura de hierro, una verdadera poterna de una fortaleza. Los golpes de culata hacían temblar la casa, pero no movían la puerta.

Sin embargo, es probable que los vecinos se hubieran conmovido, pues por fin se vio iluminarse y abrirse una pequeña ventanuca cuadrada en el tercer piso, y aparecer en ella una vela, y la cara pálida y atemorizada de un buen hombre de cabellos grises que era el portero.

El hombre que llamaba se interrumpió.

—¿Señores —preguntó el portero—, qué deseáis?

—¡Abre! —dijo Le Cabuc.

—Señores, esto no es posible.

—¡Abre enseguida!

—¡Es imposible, señores!

Le Cabuc tomó su fusil y apuntó al portero; pero estaba debajo, y era de noche, y el portero no lo vio.

—¿Quieres abrir, sí o no?

—¡No, señores!

—¿Dices que no?

—Digo que no, buenos...

El portero no terminó la frase. Salió el tiro; la bala le entró por debajo de la barbilla, y le salió por la nuca, después de haberle atravesado la yugular. El pobre hombre cayó sin dar ni un suspiro. La vela cayó al suelo y se apagó, y no se vio más que una cabeza inmóvil, recostada en el dintel del ventanuco, y un poco de humo blanquecino que subía hacia el tejado.

—¡Ya está! —dijo Le Cabuc, dejando caer sobre el empedrado la culata de su fusil.

Apenas había pronunciado esta palabra, cuando sintió una mano que caía sobre su hombro con la pesadez de una garra de águila, y oyó una voz que le decía:

—De rodillas.

El asesino se volvió, y vio ante él el rostro blanco y frío de Enjolras. Enjolras llevaba una pistola en la mano.

Había acudido al oír la detonación.

Con la mano izquierda había cogido el cuello, la blusa, la camisa y el tirante de Le Cabuc.

—De rodillas —repitió.

Y con un movimiento enérgico, el delicado joven de veinticinco años dobló como una caña al ganapán robusto y lo arrodilló en el lodo. Le Cabuc trató de resistirse, pero parecía que estaba sujeto por un puño sobrehumano.

Pálido, con el cuello desnudo, los cabellos esparcidos, Enjolras, con su rostro de mujer, tenía en aquel momento un no sé qué de la Temis antigua. Sus ojos bajos daban a su implacable perfil griego, esta expresión de cólera y este viso de castidad, que desde el punto de vista del mundo antiguo conviene a la justicia.

Todos los de la barricada habían acudido, y luego todos se habían alineado en círculo a alguna distancia, sintiendo que era imposible pronunciar una palabra, ante lo que iban a ver.

Le Cabuc, vencido, no trataba ya de debatirse y temblaba de pies a cabeza. Enjolras lo soltó, y sacó su reloj.

—Recógete —dijo—. Reza o piensa. Tienes un minuto.

—¡Gracia! —murmuró el asesino; luego bajó la cabeza y murmuró algunos juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó los ojos del reloj; dejó trascurrir el minuto, luego volvió a poner el reloj en su bolsillo. Una vez hecho esto, cogió los cabellos de Le Cabuc que se revolvía entre sus rodillas gritando, y le puso en la sien el cañón de la pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que habían entrado con tanta tranquilidad en la más terrible de las aventuras, volvieron la cabeza.

Se oyó la explosión; el asesino cayó sobre el empedrado boca abajo. Enjolras se enderezó, y paseó en derredor su mirada serena y severa.

Después empujó el cadáver con el pie, y dijo:

—Quitad esto de ahí.

Tres hombres levantaron el cuerpo del miserable que se agitaba en las últimas convulsiones maquinales de la vida, y lo arrojaron por encima de la barricada pequeña, a la callejuela de Mondétour.

Enjolras se había quedado pensativo. Su sereno rostro se iba cubriendo de pesadumbre. De repente alzó la voz. Se hizo el silencio.

—Ciudadanos —dijo Enjolras—, lo que este hombre ha hecho es espantoso; lo que yo he hecho es horrible. Él ha matado, y por esto yo lo he matado a él . He debido hacerlo, pues la insurrección debe tener su disciplina. El asesinato es un crimen, más aún aquí que en otra parte; estamos bajo la mirada de la revolución, somos los sacerdotes de la república, somos ejemplos del deber, y es preciso que nadie pueda calumniar nuestro combate. Así pues he juzgado y he condenado a muerte a este hombre. En cuanto a mí, obligado a hacer lo que he hecho, pero aborreciéndolo, me he juzgado a mí mismo, y pronto veréis a qué me he condenado.

Los que lo escuchaban, temblaron.

—Nosotros compartiremos tu suerte —exclamó Combeferre.

—Sea —respondió Enjolras—. Pero oíd aún una palabra. Al ejecutar a este hombre, he obedecido a la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo; la necesidad se llama fatalidad. La ley del progreso es que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, y que la fatalidad se desvanezca ante la fraternidad. Es un mal momento para pronunciar la palabra amor. No importa, yo la pronuncio y la glorifico. Amor, tuyo es el porvenir. Muerte, me sirvo de ti, pero de odio. Ciudadanos, no habrá en el porvenir ni tinieblas, ni rayos,

ni ignorancia feroz, ni talión sangriento. Como no existirá Satanás [1], tampoco existirá Miguel [2]. En el porvenir, nadie matará a nadie, la tierra resplandecerá, el género humano amará. Llegará, ciudadanos, el día en que todo será concordia, armonía, luz, alegría y vida. Y para que llegue este día nosotros debemos morir.

Enjolras se calló. Sus labios de místico se cerraron; y permaneció en pie algunos instantes, en el lugar sobre el que había vertido sangre, en una inmovilidad de mármol. Su mirada fija, hacía que se hablase en voz baja a su alrededor.

Jean Prouvaire y Combeferre se apretaban la mano silenciosamente y apoyados uno en el otro, en el otro ángulo de la barricada, consideraban con una admiración en la que había algo de compasión, a aquel joven, verdugo y sacerdote, limpio como el cristal y duro como la roca.

Digamos ahora, que más tarde, después de la acción, cuando los cadáveres fueron llevados al depósito y registrados, se encontró sobre Le Cabuc una tarjeta de agente de policía. El autor de este libro, ha tenido entre sus manos, en 1848, el informe especial realizado con este motivo, para el prefecto de policía de 1832.

Añadamos que, si hay que creer una tradición de policía, extraña, pero probablemente fundada, Le Cabuc era Claquesous. El hecho es que a partir de la muerte de Le Cabuc, ya no volvió a hablarse de Claquesous. Claquesous, no dejó huella alguna de su desaparición; parece que se amalgamó con lo invisible. Su vida había sido tinieblas; su fin fue la noche.

1 Tema caro a Víctor Hugo: véase *El final de Satanás.*

2 Miguel, jefe de los ángeles fieles.

Todo el grupo insurrecto, estaba aún bajo los efectos de la emoción de aquel proceso trágico instruido con tanta rapidez, y con tanta premura terminado, cuando Courfeyrac volvió a ver en la barricada al joven que por la mañana había preguntado por Marius.

Aquel muchacho, que tenía el aspecto atrevido e indiferente, había venido por la noche a reunirse con los insurrectos.

Libro décimotercero

Marius entra en la sombra

I

Desde la calle Plumet al barrio Saint-Denis

Aquella voz que a través del crepúsculo había llamado a Marius a la barricada de la calle de la Chanvrerie, le había hecho el efecto de la voz del destino. Quería morir, y la ocasión se le ofrecía; llamaba a la puerta de la tumba, y una mano desde la sombra, le tendía la llave. Aquellas lúgubres aberturas que se hacen en las tinieblas ante la desesperación, son tentadoras. Marius apartó la verja, que tantas veces le había dejado pasar, salió del jardín, y dijo: «¡Vamos!»

Loco de dolor, no sentía ya nada fijo y sólido en el cerebro. Incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, abatido a la vez por todas las meditaciones de la desesperación, tenía un único deseo; acabar cuanto antes.

Se puso a andar rápidamente. Precisamente iba armado, pues llevaba encima las dos pistolas de Javert.

El joven que había creído ver, se había perdido en la oscuridad de las calles.

Marius, que había salido de la calle Plumet por el bulevar, atravesó la Esplanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza Luis XV[1], y llegó a la calle de Rivoli. Los almacenes estaban abiertos, el gas ardía bajo las arcadas, las mujeres compraban en las tiendas, se servían helados en el café Laiter y se comían pastelillos en la dulcería inglesa. Únicamente algunas sillas de posta partían al galope del hotel de Princes, o del hotel Meurice.

Marius entró por el pasaje Delorme[2], a la calle Saint-Honoré. Las tiendas estaban cerradas, y los comerciantes charlaban delante de sus puertas entreabiertas; los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como de ordinario. En la plaza de Palais-Royal, había caballería.

Marius siguió la calle Saint-Honoré. A medida que se alejaba del Palais-Royal, había menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas, nadie charlaba en los umbrales, la calle se oscurecía, y al mismo tiempo la multitud se espesaba, porque los transeúntes eran ya multitud. Nadie hablaba en aquella muchedumbre; y sin embargo salía de ella un murmullo sordo y profundo.

Hacia la fuente de Arbre-Sec[3], había grupos inmóviles y sombríos que estaban entre los que iban y venían como piedras en medio del agua corriente.

1 La plaza Luis XV, convertida en plaza de la Revolución, en 1792; plaza de la Concordia, en 1795, otra vez, de Luis XV, en 1814; luego, de Luis XVI, en 1823, y nuevamente, plaza de de la Concordia, en 1830. Pero el antiguo nombre era el usual.

2 Unía la calle de Rivoli con la calle Saint-Honoré, entre las calles de l'Échelle y de Pyramides.

3 Es la fuente de Trahoir (calle Saint-Honoré, 111).

A la entrada de la calle de Prouvaires, la multitud ya no andaba. Era un grupo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de personas amontonadas, que hablaban en voz baja. Apenas había levitas negras sin sombreros redondos; chaquetones, blusas, casquetes, cabezas erizadas y terrosas. Aquella multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna. Su murmullo tenía el acento ronco de un estremecimiento. Aunque ninguna andaba, se sentía un continuo pisoteo en el lodo. Más allá de aquella espesa multitud, en la calle Roule, en la calle de Prouvaires, y en la prolongación de la calle Saint-Honoré, no había ni un cristal en el que brillara una vela. Veíanse perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de los faroles. Los faroles de aquel tiempo parecían gruesas estrellas rojas, colgadas de cuerdas, y proyectaban sobre el pavimento una sombra que tenía la forma de una gran araña. Aquellas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movían, y tropas que vivaqueaban. Ningún curioso pasaba de aquel límite. Allí cesaba la circulación. Allí comenzaba el ejército y terminaba la multitud.

Marius iba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza: lo habían llamado, y era preciso ir. Encontró medio de atravesar la multitud y las tropas, se ocultó a las patrullas, y evitó a los centinelas. Dio un rodeo, llegó a la calle de Béthisy [1], y se dirigió hacia los Mercados. En la esquina de la calle de Bourdonnais ya no había faroles.

Después de haber franqueado la zona de la multitud, había pasado el límite de las tropas; se veía envuelto en algo terrible: no encontraba ya ni un transeúnte ni un soldado, ni una luz; nada. El silencio, la soledad, la noche,

[1] Esta calle unía la calle de Bourdonnais, a la calle Monnaie.

un frío que sobrecogía. Entrar en una calle era adentrarse en una cueva.

Continuó avanzando.

Dio algunos pasos. Alguien pasó cerca de él corriendo. ¿Era un hombre? ¿Una mujer? ¿Eran varios? No hubiera podido decirlo. Alguien había pasado y se había desvanecido.

Así, caminando, llegó a una callejuela, que juzgó sería la calle de la Poterie; hacia la mitad de aquella callejuela, chocó con un obstáculo. Extendió las manos. Era una carreta volcada; su pie reconoció charcos de agua, lodazales, adoquines amontonados y esparcidos. Allí había una barricada empezada y abandonada. Escaló los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo. Andaba muy cerca de los guardacantones, y se guiaba por las fachadas de las casas. Un poco más allá de la barricada, le pareció entrever delante de sí una cosa blanca. Se cercó, y vio una forma. Eran dos caballos blancos; los caballos del ómnibus desenganchados por Bossuet aquella mañana, que habían andado errantes de calle en calle durante todo el día, y habían terminado por detenerse allí, con la paciencia agotada de los brutos que no comprenden ya los actos de los hombres, lo mismo que los hombres no entienden los designios de la providencia.

Marius dejó los caballos detrás de sí. Cuando llegaba a la calle que supuso que sería la calle de Contrat-Social[1], un disparo de fusil, procedente de no se sabe dónde, y que atravesaba la oscuridad al azar, pasó silbando cerca de su oído, y la bala fue a dar por encima de su cabeza, en una bacía colgada a la puerta de una barbería.

1 La calle de Contrat-Social, iba de la calle de Tonnellerie, a la calle de Prouvaires. Ha sido absorbida por la calle Berger.

Aún en 1846, se veía en la calle de Contrat-Social, en el extremo de los pilares de los Mercados, esta bacía agujereada.

Este disparo de fusil, era vida aún. A partir de este instante, no encontró ya nada.

Aquel itinerario, parecía una bajada por una escalera de sombrías gradas.

Pero no por esto Marius dejó de avanzar.

II

París a vuelo de búho [1]

Un ser que hubiera planeado sobre París en aquel instante, con las alas del murciélago o del mochuelo, hubiera tenido ante sus ojos un espectáculo lúgubre.

Todo el viejo barrio de los Mercados, que es como una ciudad en la ciudad, que atraviesa las calles Saint-Denis y Saint-Martin, en el que se cruzan mil callejuelas, y del que los insurgentes habían hecho su reducto y su plaza de armas, se le habría aparecido como un inmenso agujero sombrío practicado en el centro de París. Allí la mirada caía sobre un abismo. Gracias a los faroles rotos, y a las ventanas cerradas, allí cesaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La policía invisible del motín, velaba en todas partes, y mantenía el orden, es decir, la oscuridad; porque ahogar el pequeño número en una vasta oscuridad, multiplicar cada combatiente por las posibilidades que esa oscuridad contiene, es la táctica necesaria de la insurrección. Al caer el día, todas las ventanas en que había luz, habrían recibido alguna bala que apagaba la luz, y alguna vez

1 *Notre-Dame de París*, II, 2, «París a vuelo de pájaro».

también que acababa con la vida del vecino. Así pues, nada se movía. No había nada más que temor, tristeza y estupor en las casas; y en las calles una especie de horror sagrado. Ni siquiera se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, los cañones de las chimeneas, los tejados, los vagos reflejos que aparecen siempre en el empedrado lleno de agua y de lodo. El ojo que hubiera mirado desde lo alto este conjunto de sombras, hubiera entrevisto tal vez aquí y allá, de distancia en distancia, claridades indistintas que permitían ver líneas quebradas y extrañas, perfiles de construcciones singulares, algo semejante a resplandores que iban y venían entre los ruinas; allí estaban las barricadas. El resto era un lago oscuro, brumoso, pesado, fúnebre, por encima del cual se enderezaban las siluetas inmóviles y lúgubres de la torre de Saint-Jacques, la iglesia de Saint-Merry, y otros dos o tres grandes edificios de estos que son gigantes hechos por los hombres, y fantasmas producidos por la noche.

Alrededor de aquel laberinto desierto e inquietante, en los barrios en los que la circulación parisiense no había quedado aniquilada, y en los que brillaba algún farol, el observador aéreo hubiera podido distinguir el centelleo metálico de los sables y las bayonetas, el rodamiento sordo de la artillería, y el hormigueo de los batallones silenciosos aumentando de minuto en minuto; cinturón formidable que se apretaba y se cerraba lentamente alrededor del motín.

El barrio de la insurrección, no era más que una especie de monstruosa caverna; todo en él, parecía dormido o inmóvil, y como acabamos de ver, cada una de sus calles no ofrecía nada más que sombras.

Sombra salvaje, repleta de trampas, llena de choques desconocidos y temibles, en la que era terrible penetrar

y espantoso permanecer, en donde los que aguardaban temblaban ante los que iban a venir, y los que en ella entraban, se estremecían ante los que les esperaban. Combatientes invisibles ocultos en las esquinas; las bocas del sepulcro cubiertas por la espesura de la noche. Allí no podía esperarse más claridad que la del relámpago de los fusiles, ni más aparición que la brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? No se sabía, pero era cierto e inevitable. Allí, en aquel lugar señalado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la guardia nacional y las sociedades populares, la burguesía y el motín, iban a abordarse a tientas. Para los unos, igual que para los otros, la necesidad era la misma. Salir de allí muertos o vencedores; ésta era la única salida posible a partir de entonces. La situación era tan extrema, la oscuridad tan impenetrable, que los más tímidos se sentían llenos de resolución y los más atrevidos, de terror.

Por lo demás, había en ambos lados, la misma furia, igual encarnizamiento, igual determinación. Para unos, avanzar, era morir, y nadie pensaba en retroceder; para otros, permanecer era morir, y ninguno pensaba en huir.

Era necesario que al día siguiente todo hubiese terminado, que el triunfo estuviese aquí o allá, que la insurrección fuese una revolución o un chispazo apagado. El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano. De aquí nacía una idea de angustia que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio, donde todo iba a decidirse; de aquí surgía un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio de donde iba a salir una catástrofe. No se oía más que un ruido, ruido doloroso como un gemido, amenazador como una maldición, el toque a rebato de Saint-Merry. Nada tan glacial como el clamor de aquella cam-

pana perdida y desesperada, lamentándose en los tinieblas.

Como sucede muchas veces, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con lo que los hombres iban a hacer. Nada rompía las funestas armonías de aquel conjunto. Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes llenaban todo el horizonte con sus pliegues melancólicos. Había un cielo negro sobre aquellas calles muertas, como si un inmenso sudario se desplegara encima de aquella inmensa tumba.

Mientras que se preparaba una batalla, aún política, en aquel mismo sitio que había visto ya tantos sucesos revolucionarios; mientras que la juventud, las asociaciones secretas, las escuelas, en nombre de los principios, y la clase media en nombre de los intereses, se aproximaban para chocar, para luchar y para derribarse; mientras que cada uno se apresuraba y llamaba a la hora postrera y decisiva de la crisis, fuera de este barrio fatal, a lo lejos, en lo más profundo de las cavidades insondables de aquel viejo París miserable que desaparecía bajo el esplendor del París dichoso y opulento, se oía rugir sordamente la sombría voz del pueblo.

Voz terrible y sagrada que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios; que aterroriza a los débiles y que advierte a los sabios; que viene siempre de abajo, como el rugido del león, y de arriba como el retumbar del trueno.

III

El borde extremo

Marius había llegado a los Mercados.

Allí todo estaba más tranquilo, más oscuro y más inmóvil aún que en las calles vecinas. Hubiérase dicho que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra, y se había extendido por el cielo.

Una claridad rojiza recortaba sobre aquel fondo negro, las altas techumbres de las casas que cierran la calle de la Chanvrerie, por el lado de Saint-Eustache. Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinthe. Marius se había dirigido hacia aquella claridad. Lo había llevado al Marché-aux-Poirées [1], y entreveía ahora la embocadura tenebrosa de la calle de Prêcheurs. Penetró en ella. El centinela de los insurgentes, que vigilaba en el otro extremo, no lo vio. Sentía muy cerca de sí, aquello que había ido a buscar, y andaba de puntillas. Llegó así al recodo de aquel tramo corto de la calle Mondétour, que era, como se sabe, la única co-

1 Mercado que se hallaba en la calle del mismo nombre, entre el mercado de los Inocentes y la calle de Cossonnerie.

municación con el exterior conservada por Enjolras. En la esquina de la última casa, a su izquierda, adelantó la cabeza y miró en este trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina negra de la callejuela con la calle de la Chanvrerie, que producía una larga sombra en la que él estaba metido, descubrió un resplandor sobre el empedrado, que era la entrada de la taberna, una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y los hombres acurrucados con fusiles en las rodillas. Todo esto estaba a una distancia de seis toesas. Era el interior de la barricada.

Las casas que bordeaban la callejuela por la derecha, le ocultaban el resto de la taberna, la barricada grande, y la bandera.

Marius no tenía que dar más que un paso.

Entonces el desgraciado joven se sentó en un guardacantón, cruzó los brazos, y pensó en su padre.

Pensó en aquel heroico coronel Pontmercy que había sido un soldado tan valeroso, que en tiempos de la república había defendido las fronteras de Francia, y en tiempos del emperador había llegado a las fronteras de Asia, que había estado en Génova, en Alejandría, en Milán, en Turín, en Madrid, en Viena, en Dresde, en Berlín, en Moscú, que había dejado sobre los campos de batalla de toda Europa, gotas de aquella misma sangre que Marius tenía en las venas, que había encanecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, las charreteras cayéndole sobre el pecho, la escarapela ennegrecida por la pólvora, la frente arrugada por el casco, bajo la tienda, en el campamento, en el vivac, en las ambulancias, y que al cabo de veinte años había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, el rostro sonriente,

sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo por Francia, y nada en contra de ella.

Se dijo que ya le había llegado su día, que su hora había sonado al fin, que después de su padre, también él iba a ser valiente, intrépido, atrevido; iba a correr el peligro de las balas, ofrecer su pecho a las bayonetas, verter su sangre, acechar al enemigo, buscar la muerte, que iba a hacer la guerra a su vez, y acudir al campo de batalla, y que este campo de batalla al que él iba a descender, era la calle, y que esta guerra que iba a hacer era la guerra civil.

Vio la guerra civil abierta como un abismo delante de sí, y era allí, donde iba a caer.

Entonces se estremeció.

Pensó en aquella espada de su padre, que su abuelo había vendido a un prendero, y que él había echado de menos con tanto sentimiento. Se dijo que había hecho muy bien aquella valiente y noble espada en haber huido de sus manos, de haberse perdido irritada en las tinieblas; que si había huido así, es porque era inteligente y predecía el porvenir; es que presentía el motín, la guerra de los arroyos, la guerra de los empedrados, los disparos de fusil por los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por detrás; porque viniendo de Marengo y de Friedland, no quería ir a la calle de la Chanvrerie, porque después de haber hecho lo que hizo con su padre, no quería hacer lo mismo con el hijo. Se dijo que si aquella espada estuviera allí, que si habiéndola recibido en la cabecera de su padre muerto, se hubiera atrevido a empuñarla en aquel combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le quemaría las manos y se pondría a llamear delante de él como la espada del ángel. Se dijo que era afortunado al no llevarla consigo, y que hubiera desaparecido; porque así estaba bien, y esto era lo justo;

que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que valía más que la espada del coronel hubiera sido subastada en una almoneda, vendida a un prendero, arrojada entre hierro viejo, que empleada en herir y ensangrentar el flanco de la patria.

Y luego se puso a llorar amargamente.

Aquello era horrible. Pero, ¿qué hacer? Vivir sin Cosette, no podía. Puesto que ella había partido, era preciso que él muriera. ¿No le había dado su palabra de honor de que moriría? Ella se había marchado sabiendo esto; por lo tanto era señal de que le complacía que Marius muriera. Además, era evidente que ella no lo amaba, puesto que se había marchado de aquel modo, sin advertirle, sin una palabra, sin una carta, ¡y ella sabía sus señas! ¿Para qué, pues, vivir ya? Además, ¡haber ido hasta allí, y retroceder!, ¡haberse acercado al peligro, y huir! ¡Haber ido a ver la barricada, y alejarse de ella! Alejarse temblando y diciendo: «¡He hecho bastante, he visto y esto me basta; esto es la guerra civil, y me voy!» ¡Abandonar a sus amigos que lo esperaban y quizá lo necesitaban, que eran un puñado contra un ejército! ¡Faltar a la vez, al amor, a la amistad, a su palabra! ¡Dar a su cobardía el pretexto del patriotismo! Aquello era imposible; y si el fantasma de su padre estuviera allí en la sombra y lo viera retroceder, le azotaría la espalda con la espada en plano, y le gritaría: «¡Anda, cobarde!»

Dominado por el tumulto de estos pensamientos, agachó la cabeza.

De repente, se levantó. Una especie de rectificación espléndida acababa de verificarse en su espíritu. Hay una dilatación del pensamiento, propia de la proximidad de la tumba; al acercarse la muerte, se ve la verdad. La visión de la acción en la cual se veía quizá próximo a

entrar, se le presentaba, no ya lamentable, sino soberbia. La guerra de las calles se trasfiguró súbitamente, por una desconocida modificación anímica, ante el ojo de su inteligencia. Todos los tumultuosos puntos de interrogación de su meditación, se le aparecieron en conjunto, pero sin turbarlo. No dejó ninguno de ellos sin respuesta.

Veamos, ¿por qué iba a indignarse su padre? ¿Acaso no hay circunstancias en las que la insurrección asciende a la dignidad de deber? ¿Qué habría pues de empequeñecimiento para el hijo del coronel Pontmercy, en el combate que se va a empeñar? Esto no es ya Montmirail, ni Champaubert; es otra cosa. No se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se queja, bien; pero la humanidad aplaude. ¿Pero es verdad que la patria se queja? Francia sangra, pero la libertad sonríe; y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida su herida. Y además, viendo las cosas desde un punto más elevado, ¿quién hablaría de guerra civil?

¡La guerra civil! ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso hay guerras extranjeras? ¿Acaso toda guerra entre hombres, no es lucha entre hermanos? La guerra no se califica más que por su fin. No hay ni guerra extranjera, ni guerra civil; no hay más que la guerra injusta y la guerra justa. Hasta el día en que se logre el gran concordato humano, la guerra, al menos la que representa el esfuerzo del porvenir que se apresura contra el pasado que se retrasa, puede ser necesaria. ¿Qué hay que reprocharle a esta guerra? La guerra no se convierte en vergüenza, y la espada no se torna en puñal hasta que asesina al derecho, el progreso, la razón, la civilización, la verdad. Entonces, tanto si es guerra civil o guerra extranjera, es inicua; se llama crimen. Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camile Desmoulins?

Leónidas contra el extranjero, Timoleón[1] contra el tirano, ¿cuál de los dos es más grande? Uno es el defensor, y el otro es el libertador. ¿Será malo, sin pensar en el fin, todo armamento en el interior de la ciudad? Entonces infamad a Bruto, a Marcel, a Arnould de Blankenheim, a Coligny[2]. ¿Guerra de los campos? ¿Guerra de las calles? ¿Por qué no? Ésta era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Pelayo[3]. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Artevelde contra Francia, Marnix contra España. Pelayo contra los moros; la opresión, es el extranjero; el derecho divino, es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano, o expulsar al inglés; en los dos casos es recobrar el territorio. Llega una hora en la que no basta con protestar; tras la filosofía, es preciso la acción; la viva fuerza, termina lo que el ideal bosqueja; Prometeo encadenado empieza, y Aristogitón[4], termina. La enciclopedia ilumina las almas, y el 10 de agosto las electriza. Des-

[1] Leónidas, el héroe de las Termópilas. Timoleón, al cual Plutarco ha consagrado una de sus *Vidas* más edificantes, no dudó en hacer matar a su hermano mayor, Timofanes, «tirano» de su patria.

[2] Bruto, uno de los asesinos de César. Étienne Marcel, preboste, quien luchó contra el delfín Carlos, futuro Carlos V. Arnould, ¿se trata de Arnold de Winckelierd, héroe de la independencia suiza?

Coligny, uno de los jefes de los hugonotes.

[3] Ambiorix, jefe galo que luchó contra los romanos. Jacques de Artevelde, regidor de Gante, dirigió la revuelta de los flamencos contra Francia en el siglo XIV. Felipe de Marnix (1538-1598), uno de los jefes de la insurrección de los Países Bajos, contra el rey de España. Pelayo, rey de Asturias, en el siglo VII, defendió a su país contra los invasores árabes.

[4] Mató a Hiparco, en el curso de la procesión de las panateneas, disimulando su cuchillo, bajo ramos de mirto.

pués de Esquilo, viene Trasibulo[1]; después de Diderot, Danton. Las multitudes tienen tendencia a aceptar un amo. Su masa produce la apatía. Una multitud se totaliza fácilmente en obediencia. Es necesario removerla, empujarla, animar a los hombres con el beneficio de su libertad, herirles los ojos con la verdad, arrojarles la luz a puñados. Es preciso que se vean ellos mismos un poco deslumbrados para su propia salvación; porque este deslumbramiento los despierta.

De ahí la necesidad de los motines y las guerras. Es preciso que se alcen grandes combatientes, que iluminen a las naciones con su audacia, y sacudan a esta triste humanidad, que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable, y las majestades absolutas; legión estúpidamente ocupada en contemplar, en su esplendor crepuscular, los sombríos triunfos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¿Pero qué? ¿De quién habláis? ¿Llamáis tirano a Luis Felipe? No. Ni tampoco a Luis XVI. Son los dos, lo que la historia acostumbra a llamar unos buenos reyes; pero los principios no se dividen; la lógica de lo verdadero es rectilínea; lo propio de la verdad es la falta de complacencias; no hay pues concesión; toda compasión hacia el hombre debe reprimirse; hay el derecho divino en Luis XVI; lo hay por su familia en Luis Felipe; ambos representan en una cierta medida, la confiscación del derecho, y para derribar la usurpación universal, es preciso combatirlos; es preciso, y Francia como siempre, empieza a hacerlo. Cuando el jefe cae en Francia, cae en todas partes.

1 Trasibulo, restaurador de la democracia ateniense, después de la tiranía de Trente (fin del siglo v a. de J. C.). Si Trasibulo viene, efectivamente, «después de Esquilo» (525-465), no puede decirse lo mismo de Aristogitón, cuya gesta es anterior al Prometeo encadenado.

En suma, restablecer la verdad social, retornar su trono a la libertad, devolver el pueblo al pueblo, devolver al hombre la soberanía, remplazar la púrpura en la cabeza de Francia, restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo el germen de antagonismo, restituyendo cada uno a sí mismo; aniquilar el obstáculo que la realeza hace a la inmensa concordia universal, poner al género humano a nivel con el derecho, ¡qué causa más justa, y por consiguiente, qué guerra más grande! Estas guerras constituyen la paz. Una enorme fortaleza de prejuicios, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se descubre aún de pie sobre el mundo con sus torres de odio. Es preciso derribarla. Es necesario derrumbar esta masa monstruosa. Vencer en Austerlitz es grande, tomar la Bastilla es inmenso.

No hay nadie que no haya observado en sí mismo lo que vamos a decir: El alma, esa maravilla de unidad complicada con ubicuidad, tiene la rara aptitud de razonar casi fríamente en los extremos más violentos, y sucede a menudo que la pasión desolada y la desesperación profunda, en la agonía misma de sus más negros monólogos, tratan de ciertos asuntos, y discuten tesis. La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota sin romperse en la tormenta lúgubre del pensamiento. Ésta era la situación del espíritu de Marius.

Mientras así pensaba, abatido, pero resuelto, dudando, sin embargo, y en suma, estremeciéndose ante lo que iba a hacer, su mirada erraba por el interior de la barricada. Los insurgentes charlaban a media voz, sin moverse, y se sentía este casi silencio que señala la última fase de la espera. Por encima de ellos, en una ventana de un tercer piso, Marius distinguía una especie de

espectador o testigo que parecía singularmente atento. Era el portero muerto por Le Cabuc. Desde abajo, a la luz de la antorcha metida entre adoquines, se descubría vagamente su cabeza. Nada más extraño, en aquella claridad sombría e incierta, que aquella faz lívida, inmóvil, asombrada, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta, inclinada hacia la calle en actitud de curiosidad. Hubiérase dicho que el que estaba muerto, contemplaba a los que iban a morir. Un largo rastro de sangre, que había salido de aquella cabeza, corría en hilos rojizos desde la ventana hasta la altura del primer piso, donde desaparecía.

Libro décimocuarto

Las grandezas de la desesperación

I

La bandera: Acto primero

Aún no venía nadie. Habían dado las diez en Saint-Merry. Enjolras y Combeferre se habían ido a sentar, con la carabina en la mano, cerca de la cobertura de la barricada grande. No hablaban; escuchaban, trataban de oír aún el ruido de la marcha cada vez más sorda y más lejana.

Súbitamente, en medio de aquella tranquilidad lúgubre, una voz clara, alegre, joven, que parecía proceder de la calle Saint-Denis, se alzó, y se puso a cantar distintamente, sobre el tono de la canción popular: «*Al claro de luna*», esta poesía terminada por una especie de grito semejante al canto del gallo:

Mi nariz destila lágrimas.
Préstame, amigo Bugeaud,
la de uno de tus gendarmes,
que sea de lo mejor.
Con ella podré a la calle
salir luciendo este talle.
Que envidia a los mozos da,
quiriquiquí caracacá.

Ellos se apretaron las manos.

—Es Gavroche —dijo Enjolras.

—Nos advierte —agregó Combeferre.

Una carrera precipitada turbó la calle desierta; vieron a un ser más ágil que un *clown*, trepar por encima del ómnibus, y Gavroche saltó a la barricada jadeante, diciendo:

—¿Y mi fusil? Ahí están.

Un temblor eléctrico recorrió toda la barricada, y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina? —dijo Enjolras al pilluelo.

—Quiero el fusil grande —respondió Gavroche.

Y tomó el fusil de Javert.

Dos centinelas se habían replegado, y habían regresado casi al mismo tiempo que Gavroche. Eran los que había en el extremo de la calle, y el de la calle Petite-Truanderie. El centinela de la calle Prêcheurs, había permanecido en su puesto, lo que indicaba, que no venía nadie por el lado de los puentes y de los Mercados.

La calle de la Chanvrerie, en la que apenas se distinguían algunos adoquines al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecía a los insurgentes el aspecto de un gran pórtico abierto a una humareda.

Cada uno se había colocado en su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurgentes, entre los cuales estaban Courfeyrac, Combeferre, Enjolras, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, estaban arrodillados en la barricada grande, con las cabezas a flor de la cresta del parapeto, y los cañones, los fusiles y las carabinas apuntando a los guijarros como a asesinos, atentos, mudos y dispuestos a hacer fuego. Seis de ellos, mandados por Feuilly, se habían instalado, con el fusil apuntando, en las ventanas de los dos pisos de Corinthe.

Trascurrieron aún algunos instantes; luego un ruido de pasos, mesurado, pesado, numeroso, se dejó oír distintamente por el lado de Saint-Leu. Este ruido, al principio, débil, luego preciso, más tarde pesado y sonoro, se acercaba lentamente, sin hacer un alto, sin interrupción, con una continuidad tranquila y terrible. No se oía ninguna otra cosa. Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estatua del Comendador, pero este paso de piedra tenía algo de sordo y de múltiple, que despertaba la idea de una multitud, al mismo tiempo que la idea de un espectro.

Parecía oírse marchar la terrible estatua Legión. Los pasos, se acercaban, se acercaron aún, y se detuvieron. Al extremo de la calle, pareció oírse el aliento de muchos hombres. Sin embargo no se veía nada; solamente se distinguía en el fondo, en aquella espesa oscuridad, una multitud de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban, semejantes a estos indescriptibles fulgores fosfóricos que se descubren en el momento de dormirse, bajo los párpados cerrados, en las primeras brumas del sueño. Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles, confusamente iluminados por la reverberación lejana de la antorcha.

Hubo aún una pausa, como si esperasen por ambos lados. De repente, en el fondo de aquella sombra una voz, tanto más siniestra cuanto que no se veía a nadie, y como si fuese la oscuridad misma la que hablase, exclamó:

—¿Quién vive?

Al mismo tiempo se oyeren los clics de los fusiles que caen sobre las manos.

Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

—Revolución francesa.

—¡Fuego! —dijo la voz.

Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle, como si se hubiese abierto y cerrado bruscamente la puerta de un horno.

Una terrible detonación estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que había cortado el asta, es decir, la punta misma del timón del ómnibus. Algunas balas que habían rebotado sobre las cornisas de las casas, penetraron en la barricada, e hirieron a varios hombres.

La impresión de esta primera descarga fue glacial. El ataque era violento, y de tal naturaleza que hizo pensar a los más atrevidos. Era evidente que tenían que habérselas con un regimiento entero al menos.

—Camaradas —exclamó Courfeyrac—, no desperdiciemos pólvora. Esperemos a que entren en la calle para contestarles.

—Antes de todo —dijo Enjolras—, icemos de nuevo la bandera.

Recogió la bandera, que había caído precisamente a sus pies.

Oíase por fuera el ruido de las baquetas de los fusiles; la tropa cargaba las armas.

Enjolras añadió:

—¿Quién tiene corazón aquí? ¿Quién se atreve a clavar la bandera sobre la barricada?

Nadie respondió. Subirse a una barricada, en el momento en que la están apuntando de nuevo era sencillamente la muerte. El más valeroso duda en condenarse. El mismo Enjolras temblaba, y repitió:

—¿Nadie se atreve?

II

La bandera: Acto segundo

Desde que los insurgentes habían llegado a Corinthe, y habían empezado a construir la barricada, nadie había prestado atención al señor Mabeuf. Sin embargo el señor Mabeuf no había abandonado el grupo. Estaba en la sala baja de la taberna, y se había sentado detrás del mostrador. Allí estaba, por decirlo así, aniquilado a sí mismo.

Parecía que no veía ni pensaba. Courfeyrac y algunos otros se habían acercado a él, advirtiéndole del peligro, instándole a que se retirase, sin que él pareciera oírles. Cuando no le hablaban, sus labios se movían como si respondiese a alguien, pero si le dirigían la palabra, sus labios se quedaban inmóviles, y sus ojos parecían muertos. Algunas horas antes de que fuera atacada la barricada, había tomado una postura que no había abandonado, con ambas manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia adelante, como si mirara a un precipicio. Nada había podido sacarlo de esta actitud; no parecía que su espíritu estuviese en la barricada. Cuando todos

habían ido a ocupar sus puestos de combate, no quedaron en la sala baja más que Javert, atado al poste, un insurgente con el sable desnudo custodiándolo, y el señor Mabeuf. En el momento del ataque, de la detonación, lo conmovió una sacudida física, y como si despertase se levantó bruscamente, atravesó la sala, y en el instante en que Enjolras repetía su llamada: «¿Nadie se atreve?», vieron al anciano aparecer en el umbral de la taberna.

Su presencia causó una especie de conmoción en el grupo. Se alzó un grito:

—¡Es el votante!, ¡es el convencional!, ¡es el representante del pueblo!

Es muy probable que él no lo oyera.

Se dirigió hacia Enjolras; los insurgentes se apartaban a su paso con un temor religioso; cogió la bandera de manos de Enjolras que retrocedió petrificado, y entonces, sin que nadie se atreviese a detenerlo ni a ayudarlo, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza vacilante, el pie firme, empezó a subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. Era aquel acto tan sombrío y tan grande, que todos gritaron a su alrededor: «¡Abajo los sombreros!» A cada escalón que subía, era dramático; sus cabellos blancos, su faz decrépita, su gran frente calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, sus viejos brazos alzando la bandera roja, surgían de la sombra, y se engrandecían en la claridad sangrienta de la antorcha; parecía el espectro de 1793, saliendo de tierra, con la bandera del terror en la mano.

Cuando llegó a lo alto del último peldaño, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible, en pie sobre aquel montón de escombros, en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se alzó frente a la muerte, como si fuese

más fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

Se hizo este silencio que sólo producen en su derredor los prodigios.

En medio de este silencio, el anciano agitó la bandera roja y exclamó:

—¡Viva la revolución! ¡Viva la república! ¡Fraternidad!, ¡igualdad!, y ¡muerte!

Se oyó desde la barricada un murmullo bajo y rápido, semejante al bisbiseo de un sacerdote que apresurara una oración. Era probablemente el comisario de policía que hacía las intimaciones legales desde el otro extremo de la calle.

Luego, la misma voz vibrante que había dicho: «¿Quién vive?», exclamó:

—¡Retiraos!

El señor Mabeuf, lívido, con los ojos extraviados, las pupilas iluminadas con las lúgubres llamas del delirio, levantó la bandera por encima de su frente, y repitió:

—¡Viva la república!

—¡Fuego! —dijo la voz.

Una segunda descarga, semejante a una metralla, se abatió sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, luego se alzó de nuevo, dejó escapar la bandera, y cayó hacia atrás sobre el suelo, inerte, a todo lo largo, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su vieja cabeza, pálida y triste, parecía contemplar el cielo.

Una de estas emociones superiores al hombre, que hacen que olvide incluso defenderse, sobrecogió a los insurgentes, y se acercaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué hombres son estos regicidas! —dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolras:

—No lo digo por ti, y no quiero disminuir tu entusiasmo, pero éste no fue nunca un regicida. Yo lo conocía. Se llamaba Mabeuf. No sé lo que tenía hoy. Pero era un soberbio estúpido; mira su cabeza.

—Cabeza de tonto, y corazón de Bruto —respondió Enjolras. Luego alzó la voz—: ¡Ciudadanos!, éste es el ejemplo que los viejos dan a los jóvenes. Nosotros dudábamos, ¡y él se ha presentado! Nosotros retrocedíamos, ¡y él ha avanzado! ¡Los que tiemblan a causa de la vejez, enseñan a los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto a los ojos de la patria. ¡Ha tenido una larga vida y una magnífica muerte! Ahora retiremos el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda a este anciano muerto, como defendería a su padre vivo, y que su presencia entre nosotros, haga la barricada impenetrable.

Un murmullo de adhesión triste y enérgico, siguió a estas palabras.

Enjolras se encorvó; levantó la cabeza del anciano y lo besó con solemnidad en la frente; luego, separándole los brazos, y manejándolo con tierna precaución, como si hubiera temido hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros, y dijo:

—¡Ésta será ahora nuestra bandera!

III

Gavroche habría hecho mejor aceptando la carabina de Enjolras

Cubrieron al señor Mabeuf, con un viejo chal negro de la viuda Hucheloup. Seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla, colocaron en ella al cadáver, y lo llevaron, con las cabezas desnudas, y una lentitud solemne, a la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, comprometidos en la sagrada y grave revolución que estaban realizando, no pensaban ya en su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó ante Javert, siempre impasible, Enjolras dijo al espía:

—¡Y tú, enseguida!

Entretanto, el pequeño Gavroche, único que no había abandonado su puesto y se había quedado en observación, creía ver algunos hombres que se aproximaban como lobos a la barricada. De repente gritó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Jean Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel, Bossuet, todos salieron en tumulto de la taberna. Apenas si aún era tiempo. Descubríase un cen-

telleante espesor de bayonetas, ondulando por encima de la barricada. Guardias municipales de elevada estatura penetraban en ella, unos saltando por encima del ómnibus, y otros por la cortadura, empujando al pilluelo que retrocedía sin huir.

El momento era crítico. Era como el primer minuto terrible de la inundación, cuando el río se levanta al nivel de sus barreras y el agua empieza a infiltrarse por las fisuras de los diques. Un segundo más tarde, y la barricada estaba tomada.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia y lo mató de un tiro a quemarropa con su carabina; el segundo mató a Bahorel de un bayonetazo. Otro había derribado ya a Courfeyrac, que gritaba: «¡A mí!» El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigía hacia Gavroche con la bayoneta calada. El pilluelo tomó en sus pequeños brazos el fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante y disparó. Pero el tiro no salió. Javert no había cargado su fusil. El guardia municipal estalló en carcajadas, y alzó la bayoneta sobre el niño.

Antes de que la bayoneta hubiera tocado a Gavroche, el fusil se escapó de las manos del soldado; una bala había atravesado la frente del guardia municipal, y cayó de espaldas. Una segunda bala daba en medio del pecho del otro guardia, que había derribado a Courfeyrac, y lo lanzó al suelo.

Era Marius que acababa de entrar en la barricada.

IV

El barril de pólvora

Marius, oculto en el recodo de la calle Mondétour, había asistido a la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo no había podido resistir por mucho tiempo a este vértigo misterioso y fantástico que podríamos llamar la atracción del abismo. Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando: «¡A mí!», ante aquel niño amenazado, ante sus amigos a quienes debía socorrer o vengar, se desvaneció toda vacilación, y se mezcló en la pelea con sus dos pistolas en la mano. Del primer tiro salvó a Gavroche, y del segundo a Courfeyrac.

A los tiros y a los gritos de los guardias heridos, los asaltantes habían subido al parapeto, en cuya cumbre se les veía alzarse de medio cuerpo y en tumulto, guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las cercanías con el fusil en la mano. Cubrían ya más de dos tercios de la barricada, pero no saltaban al interior del recinto, cual si dudasen, temiendo algún lazo. Obser-

vaban la barricada oscura, como mirarían a una cueva de leones. El resplandor de la antorcha, no iluminaba más que las bayonetas, los gorros de pelo y lo alto de los rostros inquietos e irritados.

Marius no tenía ya armas. Había tirado sus pistolas descargadas, pero había descubierto el barril de pólvora en la sala baja, cerca de la puerta.

Al volverse un poco mirando hacia este lado, lo apuntó un soldado. Pero en aquel momento, una mano se colocó en el extremo del cañón del fusil, y lo obstruyó. Era uno que se había lanzado, el joven obrero del pantalón de pana. Salió el tiro, atravesó la mano, y tal vez también el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase a Marius. Todo esto sucedió en medio del humo, y fue más bien vislumbrado que visto. Marius, que iba a entrar en la sala baja, apenas lo notó. Sin embargo, había distinguido confusamente el cañón del fusil dirigido hacia él, y la mano que lo había tapado, y había oído el tiro. Pero en instantes como aquellos, las cosas que se ven, oscilan y se precipitan, y nada nos detiene. Uno se siente oscuramente impulsado hacia otra sombra mayor, y todo es nube.

Los insurgentes, sorprendidos, pero no asustados, se habían reorganizado. Enjolras había gritado: «¡Esperad! ¡No disparéis al azar!» En la primera confusión, efectivamente, podían herirse los unos a los otros. La mayor parte había subido a la ventana del primer piso, y a las buhardillas, desde donde dominaban a los asaltantes. Los más determinados, con Enjolras, Courfeyrac, Jean Prouvaire y Combeferre, se habían adosado fieramente en las casas del fondo, a descubierto, y hacían frente a las filas de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se hizo sin precipitación, con esta gravedad extraña y amenazadora que precede al combate. Por ambas partes se apuntaban a quemarropa, y estaban tan cerca que podían hablarse sin alzar la voz. Cuando llegó este momento en que va a saltar una chispa, un oficial con gola y grandes charreteras, extendió su espada y dijo:

—¡Rendid las armas!

—¡Fuego! —gritó Enjolras.

Las dos descargas partieron al mismo tiempo, y todo desapareció en una nube de humo.

Humo acre y sofocante en que se arrastraban con gemidos débiles y sordos, heridos y moribundos.

Cuando el humo se disipó, se vio por ambos lados a los combatientes, en el mismo sitio, cargando las armas en silencio.

De repente se oyó una voz atronadora que gritaba:

—¡Retiraos o hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el sitio de donde salía la voz.

Marius había entrado en la sala y había cogido el barril de pólvora; luego se había aprovechado del humo y de la especie de niebla oscura que llenaba el recinto, para deslizarse a lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines donde estaba fijada la antorcha. Coger la antorcha, poner el barril de pólvora, empujar el montón de adoquines bajo el barril, cuya tapa se había abierto, con una especie de obediencia terrible, todo esto había sido para Marius como bajarse y levantarse; y ahora todos, guardias nacionales, guardias municipales, oficiales, soldados, apelotonados en el otro extremo de la barricada, lo miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su orgulloso rostro iluminado con una expresión fatal, inclinando la llama de la antorcha, hacia el montón terrible en el que se

distinguía el barril de pólvora roto, y lanzando este grito aterrador:

—¡Retiraos o hago volar la barricada!

Marius en aquella barricada, después del octogenario, era la visión de la juventud revolucionaria, después de la aparición de la vejez revolucionaria.

—¡Saltar la barricada! —dijo un sargento—. ¡Tú saltarás también!

Marius respondió:

—Y yo también.

Y acercó la antorcha al barril de pólvora.

Pero no había ya nadie en la barricada. Los asaltantes, dejando a sus muertos y a sus heridos, se retiraban atropelladamente hacia el extremo de la calle, y se perdían de nuevo en la noche. Fué un sálvese-quien-pueda.

La barricada estaba libre.

V

Fin de los versos de Jean Prouvaire

Todos rodearon a Marius. Courfeyrac lo abrazó.

—¡Tú aquí!

—¡Qué felicidad! —dijo Combeferre.

—¡Has venido a tiempo! —agregó Bossuet.

—¡Sin ti, hubiera muerto! —añadió Courfeyrac.

—¡Sin vos me hubieran comido! —dijo Gavroche.

Marius preguntó:

—¿Dónde está el jefe?

—Eres tú —dijo Enjolras.

Marius había tenido todo el día un volcán en el cerebro, ahora tenía un torbellino, que le producía el mismo efecto que si estuviese fuera de él, y lo arrastrase. Le parecía que se hallaba ya a una distancia inmensa de la vida. Sus luminosos meses de alegría y amor, terminaban bruscamente en aquel terrible precipicio. Cosette perdida para él, la barricada, el señor Mabeuf dando su vida por la república, él mismo, jefe de los insurgentes; todas estas cosas le parecían una pesadilla monstruosa. Estaba obligado a hacer un esfuerzo para recordar que

todo lo que le rodeaba era real. Marius había vivido demasiado poco, para saber que no hay nada tan inminente como lo imposible, y que siempre hay que prever lo imprevisto. Asistía a su propio drama, como a una obra que no se comprende.

En aquella bruma en que estaba su pensamiento, no reconoció a Javert, quien, atado al poste, no había hecho ni un solo movimiento mientras duró el ataque a la barricada, y que contemplaba la revuelta agitándose a su alrededor, con la resignación de un mártir, y la majestad de un juez. Marius ni siquiera lo vio.

Entretanto, los asaltantes ya no se movían; se los oía andar y hormiguear al extremo de la calle, pero no se aventuraban, ya fuera porque esperasen órdenes, bien porque antes de atacar de nuevo aquel reducto inaccesible, esperasen refuerzos. Los insurgentes habían puesto centinelas, y algunos de ellos, que eran estudiantes de medicina, se habían puesto a vendar a los heridos.

Habían sacado todas las mesas fuera de la taberna, a excepción de las dos reservadas para las hilas y los cartuchos, y de la mesa en la que yacía el tío Mabeuf; las habían añadido a la barricada, y las habían remplazado en la sala baja por colchones de las camas de la viuda Hucheloup y sus sirvientas. En aquellos colchones, habían tendido a los heridos. En cuanto a las tres pobres criaturas que habitaban en Corinthe, nadie sabía lo que había sido de ellas. Al fin acabaron por encontrarlas, escondidas en la cueva.

Una emoción profunda vino a ensombrecer la alegría de la barricada recobrada.

Pasóse lista. Uno de los insurgentes, no estaba. ¿Quién? Uno de los más queridos, uno de los más valientes. Jean Prouvaire. Lo buscaron entre los heridos, y

no estaba. Lo buscaron entre los muertos, y no lo hallaron. Evidentemente, se hallaba prisionero.

Combeferre dijo a Enjolras:

—Ellos tienen a nuestro amigo, pero nosotros tenemos a su agente. ¿Quieres la muerte de un espía?

—Sí —respondió Enjolras—, pero menos que la vida de Jean Prouvaire.

Esto sucedía en la sala baja, cerca del poste de Javert.

—Pues bien —dijo Combeferre—, voy a atar el pañuelo a mi bastón e ir a parlamentar, ofreciéndoles el canje de su hombre por el nuestro.

—Escucha —dijo Enjolras apoyando la mano en el brazo de Combeferre.

Al extremo de la calle, se oía un crujido de armas significativo.

Después oyóse una voz vigorosa que gritó:

—¡Viva Francia! ¡Viva el porvenir!

Reconocieron la voz de Prouvaire.

Pasó un relámpago, y sonó una detonación.

Se hizo de nuevo el silencio.

—¡Le han matado! —exclamó Combeferre.

Enjolras contempló a Javert, y le dijo:

—Tus amigos acaban de fusilarte.

VI

La agonía de la muerte después de la agonía de la vida

Una particularidad de este género de guerras, es que el ataque de las barricadas se hace casi siempre de frente, y que en general los asaltantes se abstienen de rodear las posiciones, ya sea porque temen las emboscadas, ya porque evitan meterse en calles tortuosas. Toda la atención de los insurgentes estaba fija en la enorme barricada que era evidentemente el punto siempre amenazado, y donde debía empezar infaliblemente una nueva lucha. Marius, no obstante, pensó en la barricada pequeña, y allí se dirigió. Estaba desierta, guardada sólo por el farolillo que temblaba entre los adoquines. La calle Mondétour, y los ramales de la Petite-Truanderie, y Cygne, estaban profundamente tranquilas.

Cuando Marius, una vez realizada la inspección, iba a retirarse, oyó su nombre pronunciado débilmente en la oscuridad:

—¡Señor Marius!

Se estremeció, pues había reconocido la voz que le había llamado dos horas antes, a través de la verja de la calle Plumet.

Sólo que ahora esta voz, parecía un soplo.

Miró a su alrededor y no vio a nadie.

Marius creyó haberse engañado, y que era una alucinación añadida por su imaginación a las realidades extraordinarias que sucedían a su alrededor. Dio un paso para salir del profundo recodo en el que se hallaba la barricada.

—¡Señor Marius! —repitió la voz.

Esta vez no podía dudar; había distinguido claramente una voz; miró y no vio nada.

—A vuestros pies —dijo la voz.

Se inclinó, y vio en la sombra una forma que se arrastraba hacia él. Era quien hablaba.

El farolillo permitía distinguir una camisa, un pantalón de gruesa pana roto, unos pies desnudos, y algo que parecía un mar de sangre. Marius entrevió un rostro pálido que se alzaba hacia él, y que le decía:

—¿No me conocéis?

—No.

—Éponine.

Marius se bajó rápidamente. Era, en efecto, aquella desgraciada niña. Iba vestida de hombre.

—¿Cómo estáis aquí? ¿Qué hacéis ahí?

—Me muero —dijo ella.

Hay palabras e incidentes, que despiertan a los seres abatidos. Marius exclamó sobresaltado:

—¡Estáis herida! Esperad, voy a llevaros a la sala. Allí os curarán. ¿Es grave? ¿Cómo debo cogeros, para no haceros daño? ¿Dónde os duele? ¡Socorro! ¡Dios mío! ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Trató de pasar su brazo por debajo de ella, para incorporarla.

Al levantarla, encontró su mano.

Ella lanzó un débil grito.

—¿Os he hecho daño? —preguntó Marius.

—Un poco.

—Pero si sólo he tocado vuestra mano.

Éponine acercó la mano a los ojos de Marius, y él, en medio de aquella mano, vio un agujero negro.

—¿Qué tenéis en la mano? —dijo él.

—La tengo atravesada.

—¿Atravesada?

—Sí.

—¿De qué?

—De una bala.

—¿Cómo?

—¿No habéis visto un fusil que os apuntaba?

—Sí, y una mano que lo tapó.

—Era la mía.

Marius tuvo un estremecimiento.

—¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero tanto mejor, si sólo es esto, no es nada. Dejadme llevaros a una cama. Os curarán; nadie muere de una mano atravesada.

Ella murmuró:

—La bala ha atravesado la mano, pero ha salido por la espalda. Es inútil que me mováis de aquí. Voy a deciros de qué modo podéis curarme, mejor que un cirujano. Sentaos a mi lado, en esta piedra.

Él obedeció; la muchacha apoyó la cabeza sobre las rodillas de Marius, y sin mirarlo dijo:

—¡Oh, qué placer! ¡Qué bien estoy! ¡Ya no sufro!

Permaneció un momento en silencio, luego volvió su rostro con esfuerzo, y miró a Marius.

—¿Sabéis, señor Marius? Me incomodaba que entraseis en aquel jardín; era estúpido, puesto que fui yo misma quien os mostró la casa, y, además, debía saber que un joven como vos...

Se interrumpió y, flanqueando las sombrías transiciones que estaban sin duda en su pensamiento, continuó con una sonrisa desgarradora:

—¿Me encontrabais fea, no es verdad?

Y continuó:

—¡Ya veis, estáis perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. He sido yo quien os ha traído hasta aquí. Vais a morir. Cuento con esto. Y, sin embargo, cuando he visto que os apuntaban, he puesto la mano delante de la boca del cañón del fusil. ¡Qué maldad! Pero yo quería morir antes que vos. Cuando he recibido el balazo, me he arrastrado hasta aquí; nadie me ha visto ni me ha recogido. Os esperaba, y me decía: «¿Es que no va a venir?» ¡Oh, si supierais! Mordía la blusa, ¡sufría tanto! Ahora estoy bien. ¿Os acordáis del día en que entré en vuestra habitación, y me miré en vuestro espejo, y del día en que os encontré en el bulevar, cerca de las mujeres trabajando? ¡Cómo cantaban los pájaros! Me disteis cien sueldos, y yo os dije: «No quiero vuestro dinero.» ¿Habéis recogido al menos la moneda? No sois rico. No pensé en deciros que la recogierais. Hacía sol y no hacía frío. ¿Os acordáis, señor Marius? ¡Oh, soy feliz! Todo el mundo va a morir.

Tenía un aspecto decaído, grave y extraviado. Su blusa desgarrada, mostraba su cuello desnudo. Mientras hablaba, apoyaba la mano herida sobre su pecho, donde había otro agujero, y del que salía a intervalos una ola de sangre como el chorro de vino de un tonel abierto.

Marius contemplaba a aquella criatura infortunada con una profunda compasión.

—¡Oh! —dijo la joven de repente—. ¡Ya vuelve! ¡Me ahogo!

Cogió su blusa, y la mordió, y sus piernas se pusieron rígidas sobre el empedrado.

En aquel instante la voz de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El niño había subido a una mesa, para cargar su fusil, y cantaba alegremente la canción entonces tan popular:

Al ver a Lafayette,
Repite el gendarme:
¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡Huyamos¡

Éponine se incorporó, y escuchó; luego murmuró:

—Es él.

Y volviéndose hacia Marius:

—Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaría.

—¿Vuestro hermano? —preguntó Marius, que estaba pensando entre los dolores más amargos, en los deberes que su padre le había legado respecto de los Thénardier—. ¿Quién es vuestro hermano?

—Este pequeño.

—¿El que canta?

Marius hizo un movimiento.

—¡Oh, no os vayáis! ¡Ya no durará esto mucho!

Estaba casi sentada, pero su voz era muy débil y cortada por el hipo. A intervalos, el estertor la interrumpía. Acercaba cuanto podía su rostro al de Marius. Añadió con una expresión extraña:

—Escuchad: no quiero engañarnos. En el bolsillo tengo una carta para vos. Desde ayer. Me rogaron que la echara al correo. Y yo la guardé. No quería que llegara a vuestro poder. Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco. ¡Porque los muertos se vuelven a ver! ¿No es cierto? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Marius con su mano atravesada, pero parecía no sentir el sufrimiento.

Puso la mano de Marius en el bolsillo de su blusa. Marius, en efecto, notó un papel dentro de ella.

—Tomadla —dijo ella.

Marius cogió la carta. Entonces Éponine hizo un gesto de satisfacción y de alegría.

—Ahora, prometedme por mis dolores...

Y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Marius.

—¡Prometedme!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando haya muerto. Lo sentiré.

Dejó caer la cabeza sobre las rodillas de Marius y sus párpados se cerraron. Marius creyó que su pobre alma había partido. Éponine estaba inmóvil; de repente, en el instante en que Marius la creía dormida para siempre, abrió lentamente los ojos en los que aparecía la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento, cuya dulzura parecía proceder ya de otro mundo:

—Sabéis, señor Marius, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreír aún, y expiró.

VII

Gavroche, profundo calculador de las distancias

Marius cumplió su promesa. Dio un beso sobre aquella frente lívida, perlada por un sudor glacial. No era una infidelidad a Cosette; era un adiós pensativo y dulce, a una alma desgraciada.

No había podido coger, sin estremecerse, la carta que Éponine le había dado. Inmediatamente había presentido un acontecimiento. Estaba impaciente por leerla. El corazón del hombre es así; apenas la infortunada niña había cerrado los ojos, cuando ya Marius pensó sólo en desdoblar aquel papel. Dejó a Éponine suavemente en el suelo, y se marchó. Algo le decía que no podía leer aquella carta en presencia de aquel cadáver.

Se acercó a una vela en la sala baja. Era una pequeña nota, doblada y cerrada, con este esmero elegante de las mujeres. Las señas, con escritura de mujer, eran éstas:

«Al señor Marius Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, nº 16.»

Abrió el sobre, y leyó:

«Mi bien amado, ¡ay!, mi padre quiere que marchemos enseguida. Esta noche estaremos en la calle l'Homme-Armé, nº 7. Dentro de ocho días estaremos en Inglaterra. *Cosette.* 4 de junio.»

Tal era la inocencia de aquellos amores, que Marius ni siquiera conocía la escritura de Cosette.

Lo que había sucedido, puede ser explicado en pocas palabras. Todo había sido obra de Éponine. Desde la noche del 3 de junio, había tenido un doble proyecto: hacer fracasar el golpe que intentaba dar su padre y los bandidos en la calle Plumet, y separar a Marius de Cosette. Había cambiado sus harapos con el primer pilluelo que encontró, al cual le pareció divertido vestirse de mujer, mientras que Éponine se disfrazaba de hombre. Era ella la que en el Campo de Marte había dado a Jean Valjean la expresiva advertencia: «MUDAOS.» Jean Valjean, había regresado a casa, y había dicho a Cosette: «Nos vamos esta noche a la calle de l'Homme-Armé, con Toussaint. La semana próxima estaremos en Londres.» Cosette, aterrada por aquel golpe inesperado, había escrito apresuradamente dos líneas a Marius. Pero, ¿cómo llevar la carta al correo? Ella nunca salía sola, y Toussaint, sorprendida de seguro con aquel encargo, habría entregado la carta al señor Fauchelevent. En aquella ansiedad, Cosette había descubierto a Éponine, a través de la verja, con ropas de hombre, merodeando sin cesar alrededor del jardín. Cosette había llamado a «aquel joven obrero», y le había entregado cinco francos y la carta, diciéndole: «Llevad esta carta inmediatamente a esta dirección.». Éponine había guardado la carta en el bolsillo. Al día siguiente, 5 de junio, había ido a casa de

Courfeyrac a preguntar por Marius, no para entregarle la carta, sino «para ver», acción que cualquier alma celosa y amante, comprenderá. Allí había esperado a Marius o a Courfeyrac —sólo para ver—. Cuando Courfeyrac le dijo: «Vamos a las barricadas», una idea le había atravesado el pensamiento. Lanzarse a aquella muerte, como había buscado cualquier otra, y arrastrar consigo a Marius. Había seguido a Courfeyrac, se había asegurado del lugar donde estaban construyendo la barricada, y estando segura, puesto que Marius no había interceptado la carta, de que al caer la noche, iría al lugar de la cita, como todas las noches, había ido a la calle Plumet, había esperado a Marius, y le había enviado, en nombre de sus amigos, aquella llamada, que suponía, iba a llevarlo a la barricada. Contaba con la desesperación de Marius al no encontrar a Cosette; no se engañaba. A su vez, había regresado a la calle de la Chanvrerie. Acabamos de ver lo que allá había hecho. Había muerto con la alegría trágica de los corazones celosos, que arrastran al ser amado a la muerte, y que se dicen: «¡Nadie lo poseerá!»

Marius cubrió de besos la carta de Cosette. ¡Así, pues, lo amaba! Por un momento, tuvo la idea de que no debía morir. Luego se dijo: «Se marcha; su padre la lleva a Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme. Nada ha cambiado en la fatalidad.» Los soñadores como Marius tienen estos abatimientos supremos, de los que surgen decisiones desesperadas. La fatiga de vivir es insoportable; la muerte llega antes.

Así, pues, pensó que le quedaban dos deberes que cumplir: informar a Cosette de su muerte, y enviarle un supremo adiós, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba, a aquel pobre niño, hermano de Éponine, e hijo de Thénardier.

Tenía allí una cartera; la misma que había contenido el cuaderno en el que había escrito tantos pensamientos amorosos para Cosette. Arrancó una hoja, y escribió con lápiz, estas pocas líneas:

«Nuestro casamiento es imposible. He hablado a mi abuelo, y se opone; no tengo fortuna, y tú tampoco. He acudido a tu casa, y no te he encontrado: ya sabes la palabra que te di; la cumplo. Moriré. Te quiero. Cuando leas esto, mi alma estará cerca de ti, y te sonreirá.»

No teniendo nada con que sellar la carta, se limitó a doblar el papel en cuatro, y puso en él esta dirección:

«A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle de l'Homme-Armé, nº 7.»

Doblada la carta, permaneció un momento pensativo; volvió a coger su cartera, la abrió, y escribió con el mismo lápiz en la primera página, estas pocas líneas:

«Me llamo Marius Pontmercy. Lleven mi cadáver a casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, en la calle Fillis-du-Calvaire, nº 6, en Marais.»

Guardó la cartera en el bolsillo de su levita, luego llamó a Gavroche. El pilluelo, al oír la voz de Marius, acudió con su rostro alegre y decidido.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Todo —dijo Gavroche—. ¡Dios mío! Si no hubiera sido por vos, me habrían cocido.

—¿Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal de la barricada al momento (Gavroche inquieto empezó a rascarse la oreja), y mañana por la mañana, la entregarás a esta dirección, a la señorita Cosette en casa del señor Fauchelevent, en la calle de l'Homme-Armé, nº 1.

—Ah, bien, pero mientras tomarán la barricada, y yo no estaré.

—La barricada no volverá a ser atacada hasta el amanecer, según todas las apariencias, y no será tomada antes de mañana al mediodía.

El nuevo plazo que los asaltantes concedían a los ocupantes de la barricada, se prolongaba efectivamente. Era una de estas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, que siempre van seguidas de un redoblado encarnizamiento.

—¿Y si llevase la carta mañana por la mañana?

—Sería demasiado tarde. La barricada estará probablemente bloqueada, todas las calles estarán guardadas, y no podrás salir. Ve inmediatamente.

Gavroche no encontró nada que replicar, y se quedó allí, indeciso, rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de aquellos movimientos suyos de pájaro, tomó la carta.

—Está bien —dijo.

Y partió, corriendo, por la calle Mondétour.

Gavroche había tenido una idea que lo había determinado, pero que no había dicho, por miedo a que Marius hiciera alguna objeción.

Esta idea, era la siguiente:

«Apenas es medianoche, la calle de l'Homme-Armé, no está lejos; voy a llevar la carta inmediatamente, y estaré de regreso a tiempo.»

Libro décimoquinto

La calle de l'Homme-Armé

I

Carta canta

¿Qué son las convulsiones de una ciudad, al lado de los motines del alma? El hombre tiene aún más profundidad que el pueblo. Jean Valjean en aquel mismo momento, sentía en su interior una conmoción violenta. Todos los abismos se habían vuelto a abrir para él. También él se estremecía, como París, en el umbral de una revolución formidable y oscura. Algunas horas habían bastado. Su destino y su conciencia, se habían cubierto bruscamente de sombra. De él también, así como de París, podía decirse: los dos principios se encuentran frente a frente. El ángel blanco y el ángel negro van a luchar cuerpo a cuerpo al borde mismo del abismo. ¿Cuál de los dos, precipitará al otro? ¿Quién vencerá?

La víspera de aquel mismo día, 5 de junio, Jean Valjean, acompañado de Toussaint y de Cosette, se había instalado en la calle de l'Homme-Armé. Una peripecia lo esperaba allí.

Cosette no había abandonado la calle Plumet sin una cierta resistencia. Por primera vez desde que vivían jun-

tos, la voluntad de Cosette y la de Jean Valjean no sólo se habían contradicho, sino opuesto; había habido, objeciones por un lado, e inflexibidad por otro. La seca orden de «mudaos», dada por un desconocido a Jean Valjean, lo había alarmado hasta el punto de hacerlo absoluto; se creía ya descubierto y perseguido. Cosette había tenido que ceder.

Los dos habían llegado a la calle de l'Homme-Armé, sin despegar los labios, sin hablar una palabra, absortos cada uno en su preocupación personal; Jean Valjean tan inquieto, que no veía la tristeza de Cosette, y Cosette tan triste, que no veía la inquietud de Jean Valjean.

Jean Valjean había llevado consigo a Toussaint, cosa que nunca había hecho en sus ausencias precedentes. Entreveía que tal vez no regresaría a la calle Plumet, y no podía ni dejar a Toussaint detrás de sí, ni decirle su secreto. Además, presentía que era fiel y segura. Desde la criada a la señora, la traición empieza por la curiosidad. Mas Toussaint, como si hubiese estado predestinada a servir a Jean Valjean, no era curiosa. Se decía en medio de su tartamudeo, en su hablar de campesina de Barneville: «Soy así; yo hago mis cosas; lo demás no es cuestión mía.»

En esta partida de la calle Plumet, que había sido casi una huida, Jean Valjean no había llevado consigo otra cosa que su pequeña maleta, bautizada por Cosette con el nombre de «inseparable». Maletas llenas habrían exigidos mozos, y los mozos son testigos; había mandado ir un coche a la puerta de la calle Babylone, y en él se habían trasladado.

Solamente con muchos obstáculos, Toussaint consiguió el permiso para empaquetar alguna ropa blanca, vestidos y varios objetos de tocador. Cosette no había llevado consigo más que su papelera y su cartapacio.

Jean Valjean, para aumentar la soledad y la sombra de esta desaparición, se las había arreglado para no abandonar el pabellón de la calle Plumet hasta la caída de la noche, lo que había dado tiempo a Cosette para escribir la carta de Marius.

Habían llegado a la calle de l'Homme-Armé, cuando ya era noche cerrada. Se habían acostado silenciosamente.

El alojamiento de la calle de l'Homme-Armé estaba situado en un patio interior, en un segundo piso, y estaba compuesto de dos habitaciones, un comedor, y una cocina al lado del comedor, con un camarachón en el que había una cama de tijera, que destinó a Toussaint. El comedor era al mismo tiempo la antecámara, y separaba las dos alcobas. El apartamiento estaba provisto de todos los utensilios necesarios.

La confianza se apodera de nosotros, con la misma facilidad que la inquietud; así es la naturaleza humana. Apenas llegó Jean Valjean a la calle de l'Homme-Armé, que ya su ansiedad disminuyó y se fue disipando por grados. Hay sitios tranquilos que obran como un sedante sobre el alma. Calle oscura, habitantes apacibles. Jean Valjean sintió una especie de contagio de tranquilidad en aquella calle del viejo París, tan estrecha que estaba cerrada a los coches por una viga trasversal sostenida por dos postes, muda y sorda en medio del rumor de la ciudad, con luz crepuscular en pleno día, y por decirlo así, incapaz de emociones entre sus dos hileras de casas centenarias que se callan como ancianos. Hay en esta calle un olvido silencioso. Jean Valjean respiró. ¿Cómo habían de encontrarlo allí?

Su primer cuidado fue poner la «inseparable» a su lado.

Durmió bien. La noche aconseja, y podemos añadir: la noche apacigua. Al día siguiente por la mañana,

se levantó casi alegre. Encontró encantador el comedor que era feo, y estaba amueblado con una vieja mesa redonda, un aparador bajo con un espejo inclinado encima, un sofá apolillado, y algunas sillas en las que estaban los paquetes que había hecho Toussaint. En uno de aquellos paquetes, se descubría por una abertura, el uniforme de guardia nacional de Jean Valjean.

En cuanto a Cosette, había mandado a Toussaint que le llevara un caldo a su habitación, y no había aparecido hasta por la tarde.

Hacia las cinco de la tarde, Toussaint que iba y venía muy ocupada en el pequeño alojamiento, había puesto sobre la mesa del comedor un ave fiambre, que Cosette, por deferencia hacia su padre, consintió en mirar.

Hecho esto, Cosette, pretextando una jaqueca persistente, había dado las buenas noches a Jean Valjean y se había encerrado en su habitación. Jean Valjean había comido un ala con apetito. y con los codos apoyados sobre la mesa, serenándose poco a poco, recobraba su seguridad.

Mientras que hacía esta sobria comida, había oído dos o tres veces el tartamudeo de Toussaint, que le decía:

—Señor, hay jarana, están combatiendo en las calles de París.

Pero absorto en una multitud de pensamientos interiores, no le había prestado atención, o, mejor dicho, no la había oído.

Se levantó y empezó a andar de la ventana a la puerta, y de la puerta a la ventana, cada vez más apaciguado.

Con la tranquilidad, Cosette, su preocupación única, iba volviendo a su imaginación. No porque le inquietase aquella jaqueca, pequeña crisis de nervios, disgusto de jovencita, nube de un momento que duraría sólo dos o

tres días, sino porque pensaba en el porvenir, y como siempre, meditaba en ello con dulzura. Después de todo, no veía ningún obstáculo para que la vida feliz no siguiese su curso. A ciertas horas, todo parece imposible; en otras todo se muestra fácil; Jean Valjean atravesaba una de estas horas buenas. Vienen ordinariamente después de las malas, igual que el día después de la noche, por esta ley de sucesión y de contraste que es el fondo mismo de la naturaleza, y que los espíritus superficiales llaman antítesis. En esta apacible calle donde se refugiaba, Jean Valjean se había desprendido de todo lo que había turbado su espíritu durante algún tiempo. Por lo mismo que había visto muchas tinieblas, empezaba a descubrir un poco de cielo azul. Haber abandonado la calle Plumet sin complicaciones y sin incidentes, era ya, de hecho, un buen paso.

Tal vez sería conveniente desplazarse, aunque no fuera más que por algunos meses, e ir a Londres. Pues bien, irían. Estar en Francia o estar en Inglaterra, ¿qué importaba, mientras estuviera cerca de Cosette? Cosette era su patria. Cosette bastaba para su felicidad; la idea que tal vez él no bastaba para la felicidad de Cosette, idea que en otro tiempo había sido causa de fiebre y de insomnio, no se presentaba ya a su espíritu. Se hallaba en el colapso de todos sus dolores pasados, y en pleno optimismo. Estando Cosette a su lado, le parecía ser él mismo, efecto de óptica, que todo el mundo experimentaba. Arreglaba con toda suerte de facilidades la partida a Inglaterra con Cosette, y veía reconstruirse su felicidad, no importa dónde, en las perspectivas de su pensamiento.

Mientras se paseaba de un lado a otro lentamente, su mirada se fijó en una cosa extraña.

La descubrió delante de él, y mediante el espejo inclinado que estaba encima del aparador, leyó claramente estas cuatro líneas:

«Mi bien amado, ¡ay!, mi padre quiere que marchemos enseguida. Estaremos esta noche en la calle de l'Homme-Armé nº 7. Dentro de ocho días estaremos en Inglaterra. *Cosette.* 4 de junio.»

Jean Valjean se detuvo aturdido.

Cosette, al llegar, había dejado su cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en toda su dolorosa angustia, lo había olvidado allí, sin darse cuenta de que lo dejaba abierto, y abierto precisamente en la página sobre la cual había apoyado, para que se secaran, las cuatro líneas escritas por ella. La escritura estaba impresa sobre el cartapacio.

El espejo reflejaba la escritura.

Resultaba lo que en geometría se llama la imagen simétrica; de tal suerte, que la escritura invertida sobre el cartapacio, se ofrecía al derecho en el espejo, y presentaba su sentido natural; y Jean Valjean tenía ante los ojos la carta escrita la víspera por Cosette a Marius.

Era sencillo y terrible.

Jean Valjean se dirigió al espejo. Releyó las cuatro líneas, pero no lo creyó. Le parecía que se le presentaban en el resplandor de su delirio. Era una alucinación. Aquello era imposible. No existía.

Poco a poco su percepción se hizo más precisa; contempló el cartapacio de Cosette, y adquirió el sentimiento de la realidad. Tomó el cartapacio y dijo: «Aquí está la causa.» Examinó febrilmente las cuatro líneas impresas sobre el cartapacio, pero las letras escritas al revés formaban unos garabatos confusos, y no pudo leerlas. Entonces se dijo: «Esto no significa nada, no hay nada escrito aquí.» Y respiró profundamente con un alivio

inexplicable. ¿Quién no ha tenido estas necias alegrías, en momentos terribles? El alma no se entrega a la desesperación, sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Tenía el cartapacio en la mano y lo contemplaba, estúpidamente feliz, casi a punto de reírse de la alucinación de que había sido víctima. De repente, sus ojos cayeron sobre el espejo, y volvió a ver la visión. Las cuatro líneas se dibujaban con una claridad inexorable.

Esta vez no era un espejismo. La reincidencia de una visión es ya una realidad, era palpable, era la escritura reflejada en el espejo. Comprendió.

Jean Valjean vaciló, dejó escapar el cartapacio, y se recostó en el viejo sofá al lado del aparador, con la cabeza caída, la mirada vidriosa, extraviada. Se dijo que aquello era evidente, y que la luz del mundo quedaba eclipsada para siempre, y que Cosette había escrito aquello a alguien. Entonces oyó a su alma, que en medio de las tinieblas lanzaba un sordo rugido. ¡Id a quitar al león el perro que tiene en su jaula!

¡Cosa extraña! En aquel momento Marius no había recibido aún la carta de Cosette; la casualidad la había entregado traidoramente a Jean Valjean antes que a Marius.

Jean Valjean no había sido vencido hasta entonces por ninguna de las pruebas pasadas. Había estado sometido a pruebas horribles; la desgracia había sido pródiga con él; la ferocidad del destino armado con todas las venganzas, y con todos los desprecios sociales, le había hecho su víctima encarnizándose con él... No había retrocedido, ni decaído ante nada. Había aceptado, cuando había sido preciso, todas las ferocidades; había sacrificado su inviolabilidad de hombre reconquistado, entregado su libertad, arriesgado su cabeza, lo había perdido todo, lo había sufrido todo, y había permanecido desin-

teresado y estoico, hasta el punto de que a veces, hubiera podido creérsele ausente de sí mismo como un mártir. Su conciencia avezada a todos los asaltos posibles de la adversidad, parecía inaccesible para siempre. Pues bien, si alguien hubiera visto su fuero interior, se hubiera visto obligado a confesar que en aquel momento decaía.

Y es que de todas las torturas que había padecido en aquel largo sufrimiento a que lo sometía el destino, ésta era la más terrible. Nunca una angustia semejante lo había atenazado. Sentía el remover misterioso de todas las sensibilidades latentes. Sentía el pinchazo de la fibra desconocida. ¡Ay! La prueba suprema, mejor dicho, la prueba única, que es la pérdida del ser amado.

El pobre anciano Jean Valjean, no amaba ciertamente a Cosette de otro modo que como un padre; pero, ya lo hemos observado más arriba, en aquella paternidad había introducido todos los amores de la soledad de su vida. Amaba a Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no había tenido nunca ni amante ni esposa, como la naturaleza es un acreedor que no acepta ningún protesto, también este sentimiento, el más necesario de todos, se había mezclado a los demás, vago, ignorante, puro con la pureza de la ceguera, inconciente, celeste, angélico, divino; menos como un sentimiento que como un instinto; menos como un instinto que como un atractivo, imperceptible e invisible, pero real; y el amor propiamente dicho, estaba en su ternura enorme para Cosette, como el filón de oro está en la montaña, oculto y virgen.

Recuérdese la pintura que hemos hecho aquí de esta situación del corazón. Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aun de las almas; y sin embargo, es cierto que sus destinos se habían unido. Excepto Cosette, es decir, excepto una niña, Jean Valjean no tenía en su

larga vida, nada de lo que se puede amar. Las pasiones y los amores que se suceden, no habían dejado en su vida estos matices sucesivos del verde, ya claros, ya sombríos, que se notan en las hojas que han pasado el invierno, y en los hombres que han pasado de la cincuentena. En suma, y hemos insistido en ello una vez, toda esa fusión interior, todo este conjunto, cuyo resultante era una gran virtud, concluía por hacer de Jean Valjean un padre para Cosette. Padre extraño, nacido del abuelo, el hijo, el hermano y el marido que había en Jean Valjean; padre en el que había incluso una madre; padre que amaba a Cosette y que la adoraba, y que tenía a esta niña por luz, por familia, por patria, por paraíso.

Cuando vio que todo estaba terminado, que ella se le escapaba, que se le deslizaba de entre las manos, que se perdía, que era nube, que era agua, cuando tuvo delante de los ojos esta evidencia aplastante: hay otro que es el objeto de su corazón, otro que es el deseo de su vida; está el bien amado, ya no soy más que el padre; yo no existo ya; cuando no pudo dudar más, cuando se dijo: «¡Ella se va de mi lado!», el dolor que experimentó, sobrepasó todo lo posible. ¡Haber hecho todo lo que había hecho, para llegar hasta aquí! ¡A no ser nada! Entonces, como acabamos de decir, sintió, de la cabeza a los pies, un estremecimiento de rebeldía. Notó hasta la raíz de sus cabellos el inmenso despertar del egoísmo, y el yo, rugió en el interior de aquel hombre.

El dolor, cuando llega a este punto, es un sálvese-quien-pueda a todas las fuerzas de la conciencia. Entonces se producen crisis fatales. Pocos salen de ellas semejantes a sí mismo, y firmes en el deber. Cuando el límite del sufrimiento se desborda, la virtud más imperturbable se desconcierta. Jean Valjean cogió el cartapacio, y volvió a convencerse; permaneció inclinado, como petri-

ficado sobre las cuatro líneas irrecusables, con la vista fija; en su interior se formó una perturbación tal, que hubiera podido creerse que toda la fuerza de aquella alma se derrumbaba.

Examinó aquella revelación, a través del aumento ofrecido por el delirio, con una tranquilidad aparente y terrible; porque es una cosa terrible cuando la tranquilidad del hombre llega a la frialdad de la estatua.

Midió el paso enorme que su destino había dado sin que lo sospechara; recordó los temores del verano anterior, disipados tan locamente; reconoció el precipicio; era siempre el mismo; pero Jean Valjean, no estaba en el umbral del mismo, sino en el fondo.

Cosa inaudita y punzante, había caído sin darse cuenta. Toda la luz de su vida se había ido, cuando él creía ver aún el sol.

Su instinto no dudó un instante. Fue agrupando algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo: «Es él.» La adivinación de la desesperación, es una especie de arco misterioso que nunca yerra el golpe. Desde la primera conjetura, encontróse con Marius. No sabía su nombre, pero encontró inmediatamente al hombre. Descubrió claramente, en el fondo de la implacable evocación del recuerdo, el merodeador desconocido del Luxemburgo, aquel miserable buscador de amoríos, aquel vagabundo de novela, aquel imbécil, aquel cobarde, pues es una cobardía ir a poner ojos dulces a las jóvenes que tienen a su lado un padre que las ama.

Después que se hubo convencido de que en el fondo de la situación se encontraba aquel joven, y que todo procedía de allí, él, Jean Valjean, el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, el

hombre que había hecho tantos esfuerzos para resolver toda la vida, toda la miseria y toda la desgracia en amor, contempló el interior de sí mismo, y vio allí un espectro, el odio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el abatimiento. Desaniman. El hombre en quien penetran, siente retirarse alguna cosa. En la juventud su visita es lúgubre; más tarde es siniestra. ¡Ay! Cuando la sangre está caliente cuando los cabellos son negros, cuando la cabeza está erguida sobre el cuerpo, como la llama sobre la antorcha; cuando la rueda del destino tiene aún casi todo su espesor, cuando el corazón, lleno de amor, tiene aún latidos que pueden renacer; cuando se tiene ante sí tiempo para reparar, cuando aún existen para él todas las mujeres, y todas las sonrisas, y todo el porvenir, y todo el horizonte; cuando la fuerza de la vida está completa, si entonces la desesperación es una cosa terrible, ¿qué no será en la vejez, cuando los años se precipitan cada vez más pálidos, en esta hora crepuscular en la que empiezan a verse las estrellas de la tumba?

Mientras estaba pensando, entró Toussaint; Jean Valjean se levantó, y le preguntó:

—¿De qué lado es esto? ¿Lo sabéis?

Toussaint, estupefacta, sólo pudo responderle:

—¿Os gusta?

Jean Valjean continuó:

—¿No me habéis dicho hace poco, que estaban combatiendo?

—¡Ah, sí, señor! —respondió Toussaint—. Por el lado de Saint-Merry.

Hay movimientos maquinales que provienen, a pesar nuestro del pensamiento más profundo. Sin duda a im-

tuvo conciencia, Jean Valjean salió a la calle, cinco minutos más tarde.

Llevaba la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa, y se puso a escuchar.

Había llegado la noche.

II

El pilluelo enemigo de las luces

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuáles fueron los flujos y reflujos de aquella meditación trágica? ¿Se reanimó? ¿Permaneció abatido? ¿Había sido encorvado por el dolor, hasta sentirse roto? ¿Podía levantarse aún, y hacer pies sobre alguna cosa sólida en su conciencia? Ni él mismo hubiera podido, probablemente, decirlo.

La calle estaba desierta. Algunos ciudadanos inquietos, que regresaban a sus casas apresuradamente, apenas repararon en él. Cada uno miraba sólo para sí, en los momentos de peligro. El farolero llegó, como de costumbre, para encender el farol, que estaba precisamente delante de la puerta No. 7, y se marchó. Jean Valjean, al que lo hubiese examinado en aquella sombra, no lo hubiera creído vivo. Estaba sentado allí, sobre el escalón de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo. Hay congelaciones en la desesperación. Se oía el toque de rebato, y algunos rumores tempestuosos. En medio de todas estas convulsiones de la campana, mezclados con el motín, el reloj de Saint-Paul, dio las once gravemente,

sin apresurarse, porque el toque de rebato es el hombre; la hora es Dios. El sonido del reloj no causó efecto alguno en Jean Valjean; Jean Valjean no se movió. No obstante, poco más o menos en aquel instante, una brusca detonación se oyó, procedente del lado de los Mercados; le siguió una segunda detonación, más violenta aún que la primera; probablemente era el ataque a la barricada de la calle de la Chanvrerie, que como acabamos de ver, fue rechazada por Marius. Ante esta doble descarga, cuya furia parecía aumentada por el estupor de la noche, Jean Valjean se estremeció; levantóse mirando hacia el sitio de donde procedía el ruido; luego volvió a caer sobre el escalón, cruzó los brazos, y su cabeza cayó lentamente sobre su pecho.

Entonces continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente, alzó los ojos; alguien estaba andando por la calle; oía los pasos cerca de sí, y a la luz del farol, miró por el lado de la calle que va a los Archivos; descubrió una figura lívida, joven y expectante.

Gavroche acababa de llegar a la calle de l'Homme-Armé.

Gavroche miraba hacia arriba, y parecía buscar algo. Veía perfectamente a Jean Valjean, pero no le prestaba atención alguna.

Gavroche, después de haber observado hacia arriba, miraba hacia abajo; se alzaba sobre la punta de los pies, y tanteaba todas las puertas y ventanas del piso bajo; todas estaban cerradas, con barra y cerrojo. Después de haber reconocido cinco o seis puertas cerradas de este modo, el pilluelo se encogió de hombros, y dijo:

—¡Pardiez!

Luego volvió a mirar hacia arriba.

Jean Valjean, que un instante antes, en la situación de ánimo en que se hallaba no hubiera ni siquiera res-

pondido a nadie, se sintió empujado irresistiblemente a dirigir la palabra al niño:

—Pequeño, ¿qué es lo que tienes?

—Tengo que tengo hambre —respondió Gavroche secamente. Y añadió—: El pequeño seréis vos.

Jean Valjean hurgó en su bolsillo y sacó de él una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que era el colmo de la frescura, y que pasaba con rapidez de un gesto a otro, acababa de recoger una piedra. Había descubierto el farol.

—Vaya. Todavía tenéis aquí faroles; estáis muy atrasados, amigos. Esto es un desorden. Rompedme este farol.

Y arrojó la piedra, cayendo los vidrios con tal estrépito, que los vecinos, ocultos detrás de las cortinas de la casa de enfrente, gritaron:

—¡Ya está aquí el Noventa y tres!

El farol osciló violentamente, y se apagó. La calle se quedó bruscamente a oscuras.

—Esto es, vieja calle —dijo Gavroche—, ponte el gorro de dormir.

Y volviéndose hacia Jean Valjean:

—¿Cómo llamáis a este monumento gigantesco que tenéis al final de la calle? ¿Los Archivos, no es verdad? Me harían falta algunos pedazos de estas columnas bestiales, para hacer una barricada.

Jean Valjean se acercó a Gavroche.

—Pobrecillo —dijo a media voz, hablándose consigo mismo.

Y le puso la moneda de cien sueldos en la mano.

Gavroche alzó la nariz, sorprendido de aquella moneda; la contempló en la oscuridad, y su blancura lo deslumbró. Conocía las monedas de cinco francos de oídas, y su reputación le resultaba agradable; quedó encantado al ver una de ellas desde tan cerca. Dijo:

—Contemplemos al tigre.

La miró durante algunos instantes con éxtasis; luego, volviéndose hacia Jean Valjean le tendió la moneda, y le dijo majestuosamente:

—Ciudadano: prefiero romper los faroles. Recobrad vuestra bestia feroz. A mí no se me compra. Esto tiene cinco garras, pero a mí no me araña.

—¿Tienes madre? —preguntó Jean Valjean.

Gavroche respondió:

—Tal vez más que vos.

—Pues bien —continuó Jean Valjean—, guarda este dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además, había observado que el hombre que le hablaba no llevaba sombrero, y estó le inspiró confianza.

—¿De veras no es esto para que no rompa los faroles?

—Rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre —dijo Gavroche.

Guardó la moneda de cinco francos en uno de sus bolsillos.

Aumentándose poco a poco su confianza, añadió:

—¿Sois de esta calle?

—¿Sí, por qué?

—¿Podríais indicarme el número siete?

—¿Para qué queréis encontrar el número siete?

El niño se detuvo entonces, temió haber dicho demasiado, y metiéndose los dedos por entre los cabellos, limitóse a contestar:

—Para saberlo.

Una idea atravesó la mente de Jean Valjean. La angustia tiene estas lucideces. Dijo al niño:

—¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

—¿Vos? —dijo Gavroche—. Vos no sois una mujer.

—La carta es para la señorita Cosette, ¿verdad?

—¿Cosette? —gruñó Gavroche—. Sí, creo que es este endiablado nombre.

—Pues bien —continuó Jean Valjean—, soy yo quien debe recibir la carta. Dámela.

—En este caso, debéis saber que vengo de la barricada.

—Sin duda alguna —dijo Jean Valjean.

Gavroche metió la mano en otro de sus bolsillos, y sacó de él un papel doblado en cuatro.

Luego hizo el saludo militar.

—Respecto al despacho —dijo—. Viene del gobierno provisional.

—Dame —indicó Jean Valjean.

Gavroche tenía el papel en la mano, por encima de su cabeza.

—No os imaginéis que es una nota amorosa. Es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos el sexo. No somos como el gran mundo, donde hay leones que envían gallinas a los camellos.

—Dame.

—De verdad —dijo Gavroche—, que me parecéis un buen hombre.

—Dámela pronto.

Y entregó el papel a Jean Valjean.

—Y despachaos, señor Chose, puesto que la señorita Chosette está esperando.

Gavroche se quedó muy satisfecho, después de haber inventado este juego de palabras.

Jean Valjean continuó:

—¿Es a Saint-Merry, adonde hay que llevar la respuesta?

—¡Haríais un pan como unas hostias! —exclamó Gavroche—. Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto, Gavroche se marchó, o mejor dicho, regresó como un pájaro escapado, hacia el sitio de donde había volado. Se sumergió en la oscuridad como si hiciese en ella un gran agujero, con la rapidez rígida de un proyectil; la calle de l'Homme-Armé, quedó silenciosa y solitaria; en un abrir y cerrar de ojos, aquel extraño niño, que tenía sombra y sueño en sí mismo, se había metido en la bruma, entre aquellas hileras de casas negras, y se había perdido como el humo en las tinieblas; se le hubiera podido creer disipado y desvanecido, si algunos minutos después de su desaparición, el ruido de un vidrio roto, y el estruendo de un farol cayendo al suelo, no hubiesen despertado bruscamente a los indignados vecinos. Era Gavroche que pasaba por la calle Chaume [1].

1 La calle de Chaume, correspondía a la parte de la actual calle de los Archives, comprendida entre la calle Haudriettes y la calle de Blancs-Manteaux.

III

Mientras que Cosette y Toussaint duermen

Jean Valjean entró en la casa, con la carta de Marius.

Subió la escalera a tientas, satisfecho de las tinieblas como el búho que lleva su presa, abrió y volvió a cerrar suavemente la puerta, escuchó si se oía algún ruido, se aseguró de que, según todas las apariencias, Cosette y Toussaint dormían, consumió tres o cuatro pajuelas, antes de poder encender la luz, ¡tanto le temblaba la mano!; porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin, pudo encender la vela, se sentó a la mesa, desdobló el papel, y leyó.

En las emociones violentas, no se lee, se atropella, por decirlo así, el papel, se le oprime como una víctima, se le estruja, se le clavan las uñas de la cólera o de la alegría; se corre hacia el fin, se salta el principio; la atención es febril; se comprende en conjunto, sobre poco más o menos, lo esencial se apodera de un punto, y todo

lo demás desaparece. En la carta de Marius a Cosette, Jean Valjean no vio más que esto:

«... Muero... Cuando leas esto, mi alma estará cerca de ti...»

En presencia de estas dos líneas, sintió un deslumbramiento horrible, se quedó un momento como pasmado del cambio de emoción que se verificaba en él; miraba la carta de Marius con una especie de asombro embriagador, tenía delante de los ojos algo como un esplendor: la muerte del ser odiado.

Lanzó un terrible grito de alegría interior. Así pues, todo estaba ya concluido. El desenlace había llegado mucho antes de lo que se hubiera atrevido a esperar. El ser que obstaculizaba su destino, desaparecía. Se iba por sí mismo, libremente, de buena voluntad. Sin que él, Jean Valjean, hiciera nada, sin que él tuviera culpa alguna, «aquel hombre», iba a morir. Tal vez había muerto ya. Aquí empezó nuevamente a reflexionar su fiebre: «No. No ha muerto todavía. La carta estaba escrita visiblemente para ser leída por Cosette al día siguiente; después de estas dos descargas que he oído entre las once y las doce, no ha habido nada; la barricada no será seriamente atacada hasta mañana al amanecer; pero no importa, desde el momento en que "este hombre" está mezclado en esta guerra, está perdido, está apresado en el engranaje».

Jean Valjean se sentía liberado. Iba a encontrarse de nuevo solo con Cosette. La competencia cesaba; el porvenir brillaba otra vez. No tenía más que guardarse el papel en su bolsillo. Cosette no sabría nunca lo que había sido de «aquel hombre».

«No hay más que dejar que las cosas se cumplan. Este hombre no puede escapar. Si aún no ha muerto, de seguro que va a morir. ¡Qué felicidad!»

Después de decirse todo esto para sí mismo, se puso sombrío.

Bajó y despertó al portero.

Alrededor de una hora más tarde, Jean Valjean salía vestido de guardia nacional y armado. El portero le había encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su traje. Llevaba un fusil cargado, y una cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hacia los Mercados.

IV

El exceso de celo de Gavroche

Mientras tanto, había sucedido una aventura a Gavroche.

Gavroche, después de haber destrozado concienzudamente el farol de la calle de Chaume, llegó a la de Vieilles-Haudriettes, y al no ver «ni un gato», encontró buena la ocasión para entonar una de sus canciones. Su marcha, lejos de retardarse por la canción, se aceleraba. Empezó, pues, a cantar, mientras seguía la fila de casas dormidas o aterrorizadas, los siguientes versos:

Murmura un pajarillo,
que ayer Atala,
se marchó con un ruso
por la mañana.
  Y por la noche,
diz que el ruso a su casa
la llevó en coche.

Tus ojos hechiceros,
tienen un tósigo
capaz de dar a Orfila [1]
veinte soponcios.

[1] Mathieu Orfila (1787-1853), toxicólogo.

Aunque es persona
que en toxicología
no hay quien le tosa.

Al mirar las mantillas
de Inés y Petra,
el alma desolada
se enredó en ellas.
¡Vaya unos pliegues!
Cuéntalos, alma mía,
si es que te atreves.

Cuando el amor reluce
entre la sombra,
la cara de Dolores
pinta de rosa.
Yo ser espero,
del jardín de esas rosas,
el jardinero.

Mi corazón, volando,
se escapó un día,
mientras Juana al espejo
se componía.
¿Dónde se alberga?
Pienso que será Juana
la que lo tenga.

Una serena noche
miré a una estrella,
la comparé contigo,
dije: —¡Qué fea!
Porque eres, Ana,
Más linda que la estrella
de la mañana.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima. El gesto es punto de apoyo de la canción. Su rostro, inagotable repertorio de máscaras, hacía mue-

cas más convulsivas y más fantásticas que los trozos de un lienzo roto en un gran viento. Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era ni visto ni visible. Hay muchas de estas riquezas perdidas.

De repente se detuvo en seco.

«Interrumpamos el romance», se dijo.

Su pupila felina acababa de distinguir en el hueco de una puerta cochera, lo que en pintura se llama un conjunto: es decir, un ser y una cosa; la cosa era una carreta de mano, y el ser un auvernés que dormía dentro.

Los brazos de la carreta se apoyaban sobre el pavimento, y la cabeza del auvernés sobre la tabla del carretón. Su cuerpo se encogía en aquel plano inclinado, y sus pies tocaban el suelo.

Gavroche, con su experiencia de las cosas de este mundo, reconoció que era un borracho.

Era sin duda algún mozo de esquina que había bebido mucho, y que dormía demasiado.

—Ahí se ve —monologó Gavroche— para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carretón. Pues yo cojo el carretón para la república, y dejo al auvernés a la monarquía.

Habíase iluminado de repente su espíritu con esta idea:

«El carretón irá muy bien en nuestra barricada.»

El auvernés roncaba.

Gavroche sacó suavemente el carretón por detrás, y al auvernés por delante, es decir, por los pies; y al cabo de un minuto, el auvernés, imperturbable, descansaba tendido en el suelo.

El carretón estaba libre.

Gavroche, acostumbrado a hacer frente por todos lados a lo imprevisto, llevaba siempre todo consigo:

metió la mano en un bolsillo, y sacó un pedazo de papel, y una punta de lápiz rojo, birlado a algún carpintero, y escribió:

«República Francesa. Recibido tu carretón. *Gavroche.*»

Hecha la firma, puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que seguía roncando, cogió el carretón, y partió hacia los Mercados, empujando delante de sí el carretón al galope, con un glorioso aire de triunfo.

Esto era peligroso. Había un cuerpo de guardia en la imprenta real[1]. Gavroche no pensó en ello. Aquella guardia, la montaban nacionales de las cercanías, que empezaban a despertar y a levantar la cabeza de sus camas de campaña. Dos reverberos rotos a pedradas, y aquella canción cantada a grito pelado, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas, que desean acostarse al ponerse el sol, y que apagan la luz muy temprano. Hacía una hora que el pilluelo metía en el barrio el mismo ruido que un moscardón en una botella. El jefe de guardia lo escuchaba, y esperaba: era un hombre prudente.

El estrépito del carretón al rodar, colmó la medida de la expectación, y determinó al sargento a hacer un reconocimiento.

—¡Viene toda una partida! —dijo—. Vayamos con tiento.

Era claro que la Hidra de la Anarquía había salido de su agujero, y se paseaba por el barrio.

[1] Instalada en el hotel de Rohan, anexado después a los archivos nacionales. Éstos, en 1832, ocupaban ya el hotel de Soubise.

El sargento se aventuró a salir fuera del cuerpo de guardia sin hacer ruido alguno.

De repente, Gavroche, empujando su carretón en el momento en que iba a desembocar de la calle de Vieilles-Haudriettes, se encontró frente a frente con el uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se detuvo por segunda vez.

—¡Vaya! —dijo—. Es él. Buenos días, orden público.

Los asombros de Gavroche eran muy breves, y se le pasaban enseguida.

—¿Adónde vas, pícaro? —gritó el sargento.

—Ciudadano —dijo Gavroche—. Aún no os he llamado propietario. ¿Por qué me insultáis?

—¿Adónde vas, tunante?

—Caballero, ayer tal vez érais un hombre de talento, pero habéis sido destituido esta mañana.

—Te pregunto adónde vas, pillete.

Gavroche respondió:

—Habláis perfectamente. Cierto que nadie diría la edad que tenéis. Deberíais vender vuestros cabellos a cien francos por pieza. Tendríais quinientos francos.

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¿Adónde vas, bandido?

Gavroche continuó:

—¡Vaya unas palabras feas! La próxima vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento caló la bayoneta.

—Mi general —dijo Gavroche—, voy a buscar al médico para mi esposa, que está de parto.

—¡A las armas! —exclamó el sargento.

Salvarse por medio de lo que ha sido causa de vuestra perdición, es la obra de los hombres fuertes; Gavroche midió la situación de una ojeada. Era el carretón lo que

lo había comprometido, y le tocaba al carretón protegerlo.

En el momento en que el sargento iba a caer sobre Gavroche, la carreta, convertida en proyectil y lanzada con fuerza, caía sobre él con furia, y el sargento, alcanzado en pleno vientre, caía boca arriba al arroyo, mientras que su fusil se disparaba al aire.

Al grito del sargento, los hombres de la guardia habían salido atropelladamente; el disparo de fusil, determinó una descarga general al azar, después de la cual, cargaron los fusiles y empezaron de nuevo el fuego.

Duró el fogueo al aire un buen cuarto de hora, y destrozó algunos cristales.

Mientras tanto, Gavroche, que había retrocedido corriendo, se detuvo cinco o seis calles más allá, y se sentó sofocado en el bordillo de la esquina de Enfants-Rouges [1].

Allí aguzó el oído.

Después de haber descansado algunos momentos, se volvió hacia el sitio donde se oía el fuego, levantó la mano izquierda a la altura de la nariz y la separó tres veces hacia adelante, dándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en el que los pilluelos parisienses han condensado la ironía francesa, y que es verdaderamente eficaz, porque ha durado medio siglo.

Esta alegría quedó turbada por una reflexión amarga:

—Sí —se dijo—, me muero de risa, reviento de placer, pero pierdo mi camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal de que llegue a tiempo a la barricada!

Entonces prosiguió su carrera.

Y mientras corría:

—¡Ah! ¿Dónde estaba yo? —se dijo.

[1] La calle de Enfants-Rouges, correspondía a la parte de la calle de Archives, comprendida entre las calles Pastourelle y Portefoin.

Y volvió a entonar su canción, pasando rápidamente por las calles, y estos versos se perdieron en las tinieblas:

Pero como hay Bastillas
y otros presidios,
conviene ahora ocuparse
de destruirlos.
¡Que viva el pueblo!
Y húndase el viejo mundo.
ruinoso y feo.

Carlos Diez se ha marchado,
al ver la risa
de este pueblo que, unánime,
le dio la silba.
Sirva de ejemplo,
y hágase nuestro gusto
cuando silbemos.

La alarma del cuerpo de guardia, no dejó de tener un resultado. La carreta fue conquistada, y el borracho hecho prisionero. La primera fue puesta en una leñera, y el segundo fue más tarde perseguido ante un consejo de guerra como cómplice. El ministerio público de entonces dio pruebas en estas circunstancias de su infatigable celo por la defensa de la sociedad.

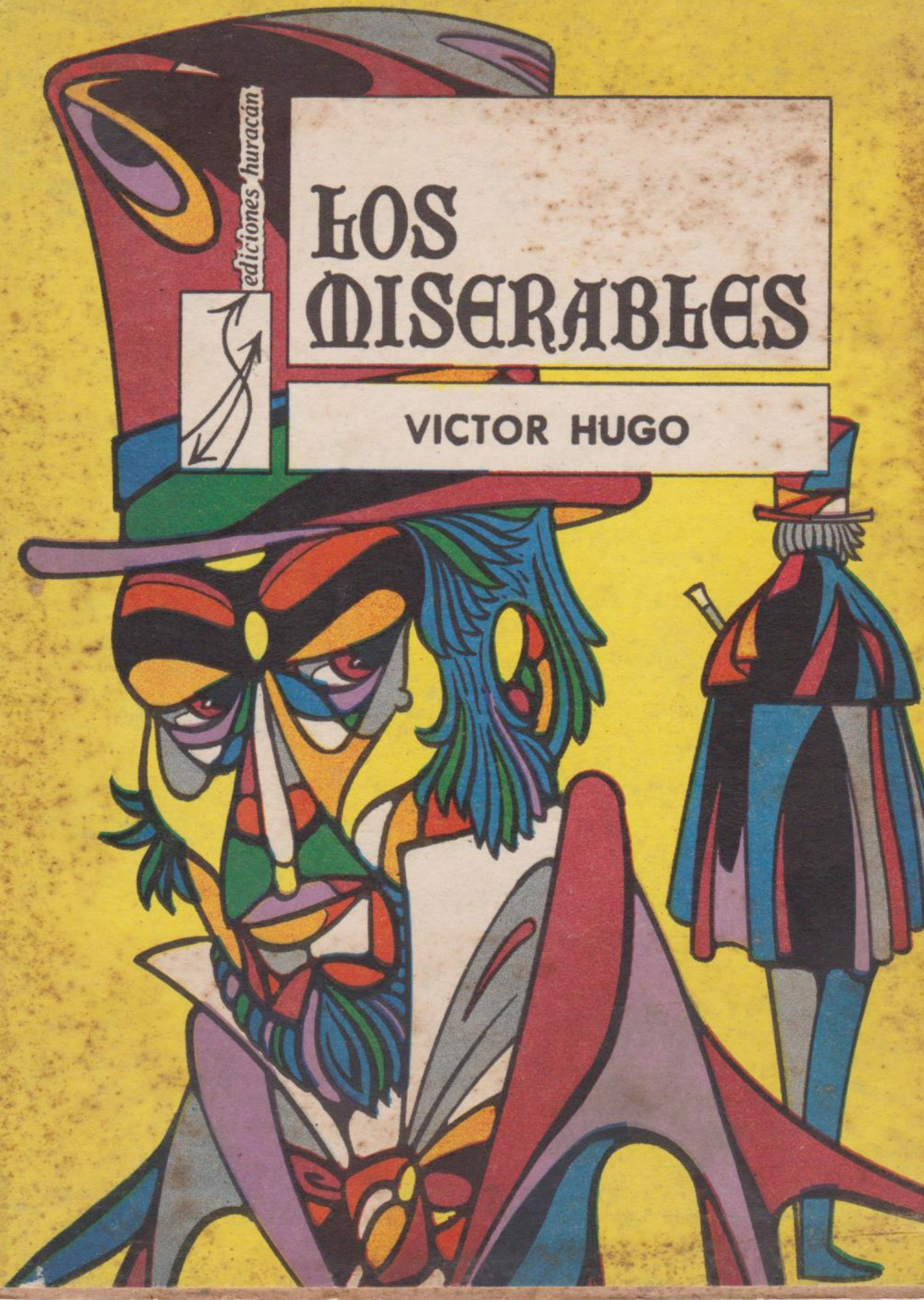
La aventura de Gavroche, que vive en la tradición del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria: «Ataque nocturno al cuerpo de guardia de la imprenta real.»

FIN DEL TOMO IV

ediciones huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO



LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

ediciones huracán

LOS MISERABLES

VICTOR HUGO

JEAN VALJEAN

INSTITUTO DEL LIBRO. LA HABANA, 1970

Título del original francés:

Les miserables

Traducción: Aurora Alemany

Edición: Marietta Suárez

Cubierta: Del Toro

Ediciones Huracán, Instituto del Libro, calle 19 No. 1002,
Vedado, La Habana.

Libro primero

La guerra entre cuatro paredes

I

Caribdis del faubourg Saint-Antoine y Scyla del faubourg del Temple

Las dos barricadas más memorables que el observador de las enfermedades sociales pueda mencionar, no pertenecen al período en el que trascurre la acción de este libro. Estas dos barricadas, símbolos ambas, bajo dos aspectos distintos, de una situación temible, surgieron cuando la fatal insurrección de junio de 1848, la guerra callejera más grande que haya visto la historia.

Sucede a veces que, incluso contra los principios, incluso contra la libertad, la igualdad y la fraternidad, incluso contra el sufragio universal, incluso en el gobierno de todos para todos, desde el fondo de su angustia, de su desaliento, de su miseria, de sus fiebres, de sus apuros, de sus miasmas, de su ignorancia, de sus tinieblas, la chusma, esta gran desesperada, protesta, y el populacho libra batalla con el pueblo.

Los indigentes atacan al derecho común; la oclocracia se amotina contra los demonios.

Son éstas, jornadas lúgubres; pues hay siempre una cierta cantidad de derecho, incluso en esta demencia, hay algo de suicidio en este duelo; y estas palabras que quieren ser injurias, indigentes, chusma, oclocracia, populacho, demuestran ¡ay! antes la culpa de los que reinan, que la de los que sufren; antes la culpa de los privilegiados, que la de los desheredados.

En cuanto a nosotros, nunca pronunciamos estas palabras sin dolor y sin respeto, pues, cuando la filosofía sondea los hechos a los que corresponden, encuentra a menudo muchas grandezas al lado de las miserias. Atenas era una oclocracia; los indigentes han hecho Holanda; el populacho ha salvado a Roma más de una vez; y la chusma seguía a Jesucristo.

No existe pensador que no haya contemplado algunas veces las magnificencias de abajo.

Sin duda, san Jerónimo pensaba en esta chusma, y en todas estas pobres gentes, y en todos estos vagabundos, y en todos estos miserables de donde salieron los apóstoles y los mártires, cuando decía esta misteriosa frase: *Fex urbis, lex orbis* [1].

La exasperación de esta multitud que sufre y que sangra, sus violencias en contrasentido con los principios que son su vida, sus vías de hecho contra el derecho, son golpes de estado populares y deben ser reprimidos. El hombre probo se consagra a ello, y, por amor mismo hacia esta multitud, la combate.

Pero, ¡cuán excusable le parece, a pesar de combatirla! ¡Cómo la venera aun resistiéndola! Es éste uno

[1] «Hez de la ciudad, ley del mundo.»

de los raros momentos en que, obrando como debe obrarse, se siente algo que desconcierta, y que casi disuade de seguir adelante. Es preciso insistir; pero la conciencia satisfecha es triste, y el cumplimiento del deber se complica con la angustia del corazón.

Lo que sucedió en junio de 1848 fue, apresurémonos a decirlo, un hecho aparte, y casi imposible de clasificar en la filosofía de la historia [1]. Todas las palabras que acabamos de pronunciar, deben quedar aparte, cuando se trata de este motín extraordinario, en el que la santa ansiedad del trabajo reclamó sus derechos. Fue preciso combatirlo, y era un deber, pues atacaba a la república, pero en el fondo, ¿qué fue junio de 1848? Una rebelión del pueblo contra sí mismo.

Mientras no se pierda de vista el asunto, no hay digresión; que nos sea permitido, pues, detener un momento la atención del lector sobre las dos barricadas, únicas en su clase, de las que acabamos de hablar, y que caracterizan esta insurrección.

Una cerraba la entrada del faubourg Saint-Antoine; otra impedía acercarse al faubourg del Temple; las personas, ante cuyas casas surgieron, bajo un hermoso cielo azul de junio, aquellas dos terribles obras maestras de la guerra civil, no las olvidarán jamás.

La barricada de Saint-Antoine, era monstruosa. Tenía una altura de tres pisos, y una anchura de setecientos pies. Cerraba de uno a otro ángulo, la vasta embocadura del barrio, es decir, tres calles; abarrancada, dentellada, cortada en pedazos, con una inmensa grieta por almena, con sus puntales a guisa de baluartes, con sus salientes acá y allá, fuertemente apoyada en los dos grandes pro-

[1] Sobre las jornadas de junio, véase *Cosas vistas*, nueva serie.

montorios de casas del arrabal, elevábase como una calzada ciclópea en el fondo de la terrible plaza que ha visto el 14 de julio. Dicinueve barricadas se sucedían en la profundidad de las calles, detrás de esta barricada madre. Con sólo verla, sentíase en el arrabal el inmenso sufrimiento agonizante, de cuando ha llegado ese momento de apuro en que la desesperación quiere convertirse en catástrofe. ¿De qué estaba hecha aquella barricada? De los escombros de tres casas de seis pisos, demolidas expresamente, decían unos. Del prodigio de todas las cóleras, decían otros. Tenía el aspecto lamentable de todas las construcciones del odio: la ruina. Podía decirse: ¿Quién ha construido esto? Y también podría decirse: ¿Quién ha destruido esto? Era la improvisación de la fermentación: «¡Aquí! ¡Esta puerta! ¡Esa reja! ¡Aquel alero! ¡Ese dintel! ¡Ese escalfador roto! ¡Aquella marmita cascada! ¡Dádnoslo todo! ¡Arrojadlo todo! ¡Echad a rodar, tirad, cavad, desmantelad, derribad, demoledlo todo!» Era la cooperación del empedrado, del morrillo de la viga, de la barra de hierro, del trapo viejo, del piso hundido, de la silla desfondada, del troncho de col, del harapo, de la maldición. Era una mezcla de lo grande y lo pequeño. Era el abismo parodiado por el barullo. La masa junto al átomo; el lienzo de pared arrancado, y la escudilla rota; la fraternidad amenazadora de todos los escombros; Sísifo había arrojado allí su peñasco, y Job su teja. Era, en suma, terrible. Era la acrópolis de los descamisados.

Carretas volcadas accidentaban el declive. Un inmenso carromato estaba allí expuesto, de un lado a otro, con el eje hacia arriba, y parecía una cuchillada en aquel frontispicio tumultuoso. Un ómnibus, subido alegremente a fuerza de brazos a la cima de aquel hacinamiento

de cosas como si los arquitectos de tan horrible construcción, hubiesen querido añadir la burla al espanto, ofrecía su lanza a no sabemos qué caballos del aire.

Aquella masa gigantesca, aluvión del motín, se antojaba al espíritu el Osa sobre Pélion de todas las revoluciones; 93 sobre 89, el 9 de termidor, sobre el 10 de agosto; el 18 de brumario sobre el 21 de enero; vendimiario sobre pradial; 1848, sobre 1830. El sitio valía la pena, y semejante barricada era digna de aparecer en el punto mismo en donde había desaparecido la Bastilla. Si el océano construyese diques, serían por este estilo. La furia de la ola estaba impresa en aquel inmenso parapeto. Aquí la ola era la muchedumbre. Creíase ver el tumulto petrificado. Creíase oír zumbar, por encima de la barricada, como sobre una colmena, a las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era aquello un conjunto de malezas? ¿Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? El vértigo parecía haberla construido con sus alas. Notábase algo de cloaca en aquel reducto, y algo de olímpico en aquel desorden. Percibíase, en una mezcolanza llena de desesperación, caballetes de tejados, pedazos de buhardillas con su papel pintado, vidrieras enteras esperando el cañón sobre los escombros, chimeneas, armarios, mesas, bancos, ¡desbarajuste horrible!; estas mil cosas, que desecha hasta el mendigo, y que contienen al mismo tiempo el furor y la nada. Habríase dicho que era el harapo de un pueblo; harapo de madera, de hierro, de bronce, de piedra; y que el barrio Saint-Antoine, lo había lanzado a su puerta de un colosal escobazo, haciendo de su miseria su barricada. Pedruscos parecidos a tajos, cadenas dislocadas, armazones de vigas en forma de horcas, ruedas horizontales saliendo de los escombros, amalgamaban al edificio de la anarquía, la

sombría figura de los antiguos suplicios sufridos por el pueblo.

La barricada de Saint-Antoine, echaba mano de todo; todo lo que la guerra civil puede arrojar a la sociedad salía de ella. No era un combate, sino un paroxismo; las carabinas que defendían aquel reducto, entre las cuales había algunos trabucos, enviaban pedazos de loza, huesecillos, botones, hasta aldabillas de las mesillas de noche: proyectiles peligrosos a causa del cobre.

La barricada estaba furiosa; atronaba los aires con un clamor indecible; en algunos momentos, provocando al ejército, se cubría de gente y tempestad, coronada por una barahúnda de flameantes cabezas; un hormiguero hervía dentro; tenía una cresta espinosa de fusiles, sables, palos, hachas, picas y bayonetas; una ancha bandera roja cubría a impulsos del viento; se oían los gritos de mando, las canciones de ataque, el redoble de los tambores, sollozos de mujeres y el tenebroso estallido de risa de los mendigos. Era desmesurada y viva; y como del lomo de un animal eléctrico, salía de ella un chisporroteo de rayos. El espíritu de revolución cubría, con su nube, aquella cima donde rugía la voz del pueblo, semejante a la de Dios; una majestad extraordinaria se desprende de aquella titánica banasta de escombros. Era un montón de basuras, y a la vez era el monte Sinaí.

Como hemos dicho antes, atacaba en nombre de la revolución, ¿a qué?, a la revolución. Aquella barricada, la casualidad, el desorden, el azoramiento, el error, lo desconocido, tenía frente a sí la asamblea constituyente, la soberanía del pueblo, el sufragio universal, la nación, la república; era la *Carmagnole*, desafiando a la *Marsellesa*.

Desafío insensato, pero heroico, porque este antiguo arrabal es un héroe.

El arrabal y el reducto, se auxiliaban mutuamente. El reducto, servía de respaldo al arrabal, y el arrabal de arrimo al reducto. La vasta barricada se extendía como un acantilado a donde iba a romperse la estrategia de los generales de África. Sus cavernas, sus excrecencias, sus verrugas, sus gibas, gesteaban, digámoslo así, y se reían con mofa bajo el humo. La metralla se perdía en lo deforme; los obuses se sumergían y se engolfaban allí; las balas no hacían más que ensanchar los agujeros. ¿De qué servía disparar contra el caos? Y los regimientos, habituados a las más salvajes visiones de la guerra, contemplaban con ojos inquietos aquella especie de reducto, bestia feroz, jabalí por lo erizado, y montaña por su enormidad.

A un cuarto de legua de allí, en la esquina de la calle del Temple, que desemboca en el bulevar, cerca de Château-d'Eau, si se sacaba atrevidamente la cabeza fuera de la punta formada por la delantera del almacén Dallemagne, se percibía a lo lejos, más allá del canal, en la calle que sube las rampas de Belleville, al fin de la calzada, una pared extraña que llegaba al segundo piso de las fachadas de las casas, especie de guión entre las casas de la izquierda y las casas de la derecha, como si la calle hubiese doblado por sí misma su pared más alta, para cerrarse bruscamente. Esta pared estaba construida de adoquines. Era recta, perpendicular, nivelada con la escuadra, tirada a cordel. Faltábale sin duda el cimiento; pero como en ciertas paredes romanas, esto no perjudicaba a su rígida arquitectura. Adivinábase la profundidad, viendo la elevación. La cornisa era matemáticamente paralela a la base. Distinguíase de trecho en tre-

cho, sobre la parda superficie troneras casi invisibles, que parecían hilos negros. Estas troneras estaban separadas unas de otras por intervalos iguales. La calle estaba desierta hasta donde alcanzaba la vista. Todas las ventanas y todas las puertas estaban cerradas. Al fondo se alzaba esta barrera, que trasformaba la calle en callejón sin salida; pared inmóvil y tranquila; no se veía a nadie, ni se oía nada; ni un grito, ni un ruido, ni un soplo. Un sepulcro.

El resplandeciente sol de junio inundaba de luz aquel objeto terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Desde que llegaban a aquel sitio y lo veían, aún los más atrevidos, no podían por menos de ponerse pensativos ante aquella aparición misteriosa. Era una cosa bien proporcionada; las partes ajustaban y encajaban perfectamente; el todo era rectilíneo, simétrico y fúnebre. Había allí ciencia y tinieblas. Podía intuirse que el jefe de aquella barricada era un geómetra o un espectro. Mirábase aquello, y se hablaba en voz baja.

De vez en cuando, si algún soldado, oficial, o representante del pueblo, se aventuraba a atravesar la calzada solitaria, se oía un silbido agudo y débil, y el transeúnte caía herido o muerto; si escapaba, veíase la bala penetrar en algún postigo cerrado, en el hueco entre dos piedras, o en el yeso de la pared. A veces era una bala de cañón. Pues los hombres de la barricada, habían hecho de dos trozos de tubo de bronce de los de gas, tapados en un extremo con estopa y ceniza, pequeños cañones. No había gasto inútil de pólvora. Casi todos los disparos daban en el blanco. Había algunos cadáveres esparcidos aquí y allá, y charcos de sangre en el empedrado. Recuerdo

una mariposa blanca que volaba de un lado a otro. El verano no abdica jamás.

En las cercanías, el piso de las puertas cocheras estaba lleno de heridos.

Sentíase que allí uno era blanco de algún fusil invisible, y se comprendía que la calle estaba, en toda su longitud, bajo la puntería de todas las bocas de fuego.

Los soldados de la columna de ataque, amontonados detrás de la especie de lomo de asno que forma la entrada del arrabal del Temple, el puente cintrado del canal, observaban, graves, y recogidos, aquel lúgubre reducto, aquel objeto inmóvil e impasible, de donde salía la muerte. Algunos se arrastraban boca abajo, hasta lo alto de la curva del puente, cuidando de que sus chacos no asomaran.

El valiente coronel Monteynard admiraba aquella barricada con un estremecimiento. «¡Qué bien construida está! —decía uno a un representante—. No hay un solo adoquín que salga más que otro. Parece porcelana.» En aquel momento, una bala le rompió la cruz que llevaba sobre el pecho, y cayó.

«¡Cobardes! —se oía decir—. ¡Que se dejen ver!, ¡que los veamos!, ¡no se atreven!, ¡se ocultan!» La barricada del arrabal del Temple, defendida por ochenta hombres y atacada por diez mil, resistió durante tres días. Al cuarto se hizo como en Zaacha y en Constantine [1], se agujerearon las casas, se entró en ellas por los techos, y la barricada fue tomada. Ni uno de los ochenta cobardes pensó en huir; todos sucumbieron, excepto el jefe, Barthélemy, de quien hablaremos luego.

[1] Anacronismo. Constantine había sido tomada en 1837, pero el oasis de Zaatcha no lo fue hasta 1849.

La barricada del arrabal Saint-Antoine, era el tumulto de las tempestades; la barricada del Temple, era el silencio. Había entre estos dos reductos, la diferencia de lo formidable a lo siniestro. Uno parecía una garganta de fiera, el otro una máscara.

Admitiendo que la gigantesca y tenebrosa insurrección de junio estuviera compuesta de una cólera y de un enigma, sentiríase en la primera barricada al cañón, y en la segunda a la esfinge.

Aquellas dos fortalezas habían sido construidas por dos hombres llamados Cournet y Barthélemy [1]. Cournet había construido la barricada de Saint-Antoine; Barthélemy la barricada del Temple. Cada una de ellas era la imagen de quien la había construido.

Cournet era un hombre de elevada estatura; tenía los hombros anchos, la cara roja, el puño aplastante, el corazón atrevido, el alma leal, la mirada siniestra y terrible. Intrépido, enérgico, irascible, tempestuoso; el más cordial de los hombres, el más temible de los combatientes. La guerra, la lucha, la pelea, eran el aire que respiraba, y lo ponían de buen humor. Había sido oficial de marina, y por sus gestos y su voz, se adivinaba que salía del océano y que venía de la tempestad; continuaba el huracán en la batalla. Sin tener en cuenta el genio, había en Cournet algo de Danton; así como prescindiendo de la divinidad, había en Danton algo de Hércules.

Barthélemy, delgado, de pobre apariencia, pálido, taciturno, era una especie de pilluelo trágico que, abofe-

[1] Frederic Cournet (1808-1852), oficial de marina, librado del cargo en junio de 1847, como consecuencia de la hostilidad de uno de sus jefes. Refugiado en Londres, después del 2 de diciembre, fue muerto en duelo por Barthélemy. Éste, antiguo presidiario, cometió en Inglaterra un doble asesinato, y fue ahorcado en 1854.

teado por un sargento municipal, lo espió, lo aguardó, y lo mató, habiendo ido a presidio a los diecisiete años. Salió e hizo esta barricada.

Más tarde, por una complicación fatal, en Londres, proscritos los dos, Barthélemy mató a Cournet. Fue un duelo fúnebre. Algún tiempo después, preso en el engranaje de una de estas misteriosas aventuras en las que la pasión se halla mezclada, catástrofes en las que la justicia francesa ve circunstancias atenuantes, y en las que la justicia inglesa no ve más que la muerte, Barthélemy fue ahorcado. La sombría construcción social está hecha de tal modo, que gracias a las privaciones materiales, gracias a la oscuridad moral, aquel desgraciado ser que contenía de seguro una inteligencia firme, quizás grande, empezó por el presidio en Francia, y acabó por la horca en Inglaterra. Barthélemy, en las ocasiones solemnes, no enarbolaba más que una bandera; la bandera negra.

II

¿Qué otra cosa puede hacerse en el abismo, sino hablar?[1]

Diecisiete años cuentan en la subterránea educación del motín, y junio de 1848, sabía más que junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie, no era más que un esbozo, un embrión tan sólo, comparada con las dos barricadas colosales que acabamos de describir; pero para su época era algo formidable.

Los insurrectos, bajo la inspección de Enjolras, pues Marius no veía ya nada, habían aprovechado la noche. La barricada había sido no sólo reparada, sino aumentada. Habían levantado dos pies más. Algunas barras de hierro plantadas entre los adoquines, parecían lanzas en ristre. Toda suerte de escombros, traídos de todos lados y añadidos, complicaban el armazón exterior. El reducto

1 Título inspirado de La Fontaine: ¿Qué otra cosa puede hacerse en un albergue, sino pensar? *(Fábulas,* II, 14. «La liebre y las ranas».)

había sido hábilmente restaurado, por dentro como pared, y por fuera como maleza.

Habían recompuesto la escalera de adoquines, que permitía subir a él como al muro de una ciudadela.

Se había hecho el arreglo de la barricada; la sala baja estaba libre de escombros, la cocina convertida en hospital, la cura de los heridos terminada; se había recogido la pólvora esparcida por el suelo y en las mesas, fundido las balas, fabricado cartuchos, aprontado hilas, distribuido las armas caídas, limpiado el interior del reducto, quitado los escombros, y alejados los cadáveres.

Depositaron a los muertos en la calle Mondétour, de la que los insurrectos continuaban siendo los dueños. El empedrado quedó teñido de rojo durante mucho tiempo en aquel lugar. Entre los muertos había cuatro guardias nacionales de las afueras, cuyos uniformes mandó recoger Enjolras.

Enjolras había aconsejado dos horas de sueño. Un consejo de Enjolras era una consigna. No obstante, sólo se aprovecharon de él tres o cuatro. Feuilly empleó aquellas dos horas en grabar esta inscripción en la pared que daba frente a la taberna:

«¡VIVAN LOS PUEBLOS!»

Estas tres palabras, escritas en la piedra con un clavo, se leían aún en aquella pared, en 1848.

Las tres mujeres se habían aprovechado de la noche para desaparecer definitivamente, y de este modo los insurrectos respiraban a sus anchas.

Habían encontrado medio de refugiarse en alguna casa vecina.

La mayor parte de los heridos, podían y querían aún combatir. En la cocina, que se convirtió en ambulancia,

y sobre una litera formada por colchones y haces de paja, yacían cinco hombres gravemente heridos, entre ellos dos guardias municipales. Los guardias municipales fueron curados los primeros.

En la sala baja no quedó nadie más que Mabeuf, bajo un paño negro, y Javert, atado al poste.

—Ésta es la sala de los muertos —dijo Enjolras.

En el interior de aquella sala, apenas iluminada por una vela, hacia el fondo, hallándose la mesa mortuoria detrás del poste como una barra horizontal, Javert y Mabeuf, el uno en pie y el otro tendido, formaban una especie de cruz grande y algo vaga.

El timón del ómnibus, aunque roto por los disparos de fusilería, estaba aún en posición de poder colgar en él una bandera.

Enjolras, que tenía la cualidad, propia de un jefe, de ejecutar siempre lo que decía, ató a aquélla el vestido agujereado y ensangrentado del viejo muerto.

No era posible preparar comida alguna. No había pan ni carne. Los cincuenta hombres de la barricada, después de las dieciséis horas que llevaban allí, habían consumido las pocas provisiones de la taberna. En un instante dado, toda la barricada que resiste, se convierte inevitablemente en la balsa de la Medusa. Fue preciso resignarse a tener hambre. Eran las primeras horas de aquella jornada espartana del 6 de junio en la que Jeanne [1], en la barricada de Saint-Merry, rodeado de insurgentes que pedían pan, respondía a todos aquellos combatientes: «¿Para qué comer?, son las tres. A las cuatro habremos muerto.»

Como no podían comer, Enjolras prohibió beber. Prohibió el vino, y racionó el aguardiente.

[1] Obrero que mandaba la barricada levantada en la esquina de las calles Saint-Martin y Saint-Merry.

En la bodega habían encontrado una quincena de botellas llenas, herméticamente cerradas. Enjolras y Combeferre las examinaron. Combeferre dijo mientras subían:

—Son efectos viejos del tío Hucheloup, que empezó por ser droguero.

—Esto tiene trazas de verdadero vino —observó Bossuet—. Es una suerte que Grantaire duerma, pues si estuviera en pie, tendríamos trabajo en salvar estas botellas.

Enjolras, a pesar de las murmuraciones, puso su veto a las quince botellas, y con el fin de que nadie las tocara, y que se consideraran como sagradas, las hizo colocar debajo de la mesa donde yacía el tío Mabeuf.

Hacia las dos de la madrugada, se contaron los combatientes. Resultó que aún quedaban treinta y siete.

El día empezaba a despuntar. Acababan de apagar la antorcha, que había sido colocada de nuevo en su alvéolo de adoquines. El interior de la barricada, esta especie de patio usurpado a la calle, estaba anegado de tinieblas, y parecía, a través del vago horror crepuscular, el puente de un buque abandonado. Los combatientes que iban y venían, se movían en él como formas negras. Por encima de aquel terrible nido de sombra, los pisos de las casas mudas se esbozaban lívidamente, y en lo alto, las chimeneas palidecían. El cielo tenía este matiz indeciso que tal vez es el blanco y tal vez es el azul. Los pájaros volaban, cantando alegremente. La casa alta que formaba el fondo de la barricada, vuelta hacia levante, tenía sobre su tejado un reflejo rosado. En el ventanillo del tercer piso, el viento de la mañana agitaba los cabellos grises en la cabeza del hombre muerto.

—Me alegro de que hayan apagado la antorcha —decía Courfeyrac a Feuilly—. Esta antorcha doblada a impulsos del viento, me molestaba. Parecía tener miedo. La luz de las antorchas, se parece a la prudencia de los cobardes; ilumina mal porque tiembla.

El alba despierta los ánimos, como despierta a los pájaros; todos hablaban.

Joly, viendo a un gato merodeando en el canalón de un tejado, prorrumpió en este arranque filosófico:

—¿Qué es el gato? —exclamaba—. En un correctivo. El buen Dios, al hacer al ratón, dijo: «Vaya, he hecho una estupidez.» E hizo el gato. El gato es la errata del ratón. El ratón, más el gato, es la prueba revisada y corregida de la creación.

Combeferre, rodeado de estudiantes y obreros, hablaba de los muertos, de Jean Prouvaire, de Bahorel, de Mabeuf, y también de Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras, y decía:

—Harmodio y Aristogitón [1], Bruto, Quereas [2], Stephanus [3], Cromwell, Charlote Corday, Sand [4], todos han tenido después de dar el golpe, su momento de angustia. Nuestro corazón es tan propenso a estremecerse, y la vida humana es un misterio tal, que incluso en un asesinato cívico, incluso en un asesinato liberador, si lo hay, el remordimiento de haber herido a un hombre excede a la alegría de haber servido al género humano.

1 Harmodio y Aristogitón mataron a Hiparque, disimulando los cuchillos bajo ramos de mirto.

2 Quereas, uno de los asesinos de Calígula.

3 Stephanus. Tal vez san Esteban.

4 Ludwig Sand (1795-1820), patriota alemán que asesinó, en 1819, a Kotzebue.

Y un minuto después, como acontece de ordinario en las conversaciones, por una transición a que dieron margen los versos de Jean Prouvaire, Combeferre comparaba a los traductores de las *Geórgicas,* a Raux con Cournand, y a Cournand con Delille, indicando algunos pasajes traducidos por Malfilâtre [1], particularmente los prodigios de la muerte de César; el nombre de César, los condujo a hablar de Bruto.

—César —dijo Combeferre— cayó justamente. Cicerón ha sido severo para con César, y tenía razón. Esta severidad no era diatriba. Cuando Zoilo insulta a Homero [2], cuando Mevio insulta a Virgilio [3], cuando Visé insulta a Molière [4], cuando Pope insulta a Shakespeare, cuando Freron insulta a Voltaire, se ejecuta una antigua ley de envidia y odio; los genios atraen la injuria, los grandes hombres son siempre más o menos zaheridos. Pero Zoilo y Cicerón son dos entidades distintas. Cicerón es un justiciero con el pensamiento, así como Bruto es un justiciero con la espada. En cuanto a mí, abomino de esta última justicia; pero la antigüedad la admitía. César, violador del Rubicón, confiriendo, como procedentes de sí mismo, las dignidades que procedían del pueblo, no levantándose a la entrada del senado, hacía, como dice Eutro-

1 Esprit Raux, publicó en 1802, una traducción en verso de las *Geórgicas*. Antoine de Cournand, autor de una traducción en verso aparecida en 1805. La traducción del abate Delille, data de 1770. Malfilâtre ha dado algunas traducciones parciales en su *Genio de Virgilio* (1810).

2 Zoilo, sofista griego del siglo IV a. de J. C., a quien llamaban sus críticos encarnizados y mezquinos, con el sobrenombre de «El azote de Homero».

3 Mevius, el poeta a quien Horacio desea el naufragio, y Virgilio ataca en la *II Bucólica.*

4 Donneau de Visé (1638-1710), autor de *Zelinde,* o la verdadera crítica de la *Escuela de las mujeres* (1663).

pe, cosas de rey, y casi de tirano, *regia ac poene, tyrannica*[1]. Era un gran hombre; tanto peor o tanto mejor; la lección es más elevada. Sus veintitrés heridas, me conmueven menos que la saliva escupida a la frente de Jesucristo. César es apuñalado por los senadores; Cristo es abofeteado por los sirvientes. Donde mayor es el ultraje, se siente a Dios.

Bossuet, dominando a los que hablaban, desde lo alto de un montón de adoquines, exclamó, carabina en mano:

—¡Oh, Cidateneo! ¡Oh, Mirrino! ¡Oh, Probalinto! ¡Oh, gracias de la Eantide! ¡Oh! ¿Quién hará que pronuncie los versos de Homero como un griego de Laurio o de Edapteon?

1 Eutropo. Victor Hugo ha traducido él mismo estas palabras latinas.

III

Aclaración y oscurecimiento

Enjolras había ido a hacer un reconocimiento. Había salido por la callejuela Mondétour, serpenteando a lo largo de las casas.

Los insurgentes, digámoslo así, estaban llenos de esperanza. La manera como habían rechazado el ataque de la noche, los hacía casi desdeñar de antemano el ataque del amanecer. Lo aguardaban y sonreían. Ya no dudaban ni del éxito, ni de la causa. Por otra parte, iba a llegarles evidentemente un socorro, y contaban con él. Con esta facilidad de profecía triunfante, que es una de las fuerzas del francés en la lucha, dividían en tres fases seguras, el día próximo a clarear: a las seis de la mañana, la unión de un regimiento que estaba ganando, a mediodía, la insurrección de todo París; al ponerse el sol, la revolución.

Oíase, el toque de rebato de Saint-Merry, que no había cesado de sonar desde la víspera, prueba de que la otra barricada, la grande, la de Jeanne, seguía resistiendo.

Todas estas esperanzas se comunicaban de uno a otro grupo en una especie de murmullo alegre y formidable, que se parecía al zumbido belicoso de una colmena.

Enjolras apareció de nuevo. Regresaba de su sombrío paseo de águila en la oscuridad exterior. Escuchó un instante la expresión de aquella alegría con los brazos cruzados, y una mano en la boca. Luego, fresco y sonrosado en medio de la blancura creciente de la mañana, dijo:

—Todo el ejército de París está en armas. Un tercio de este ejército pesa sobre la barricada que defendéis, además de la guardia nacional. He distinguido los chacos del quinto de línea, y las banderas de la sexta legión. Dentro de una hora seréis atacados. En cuanto al pueblo, ayer mostró cierta efervescencia, pero hoy no se mueve. No hay nada que esperar. Ni un arrabal, ni un regimiento. Estáis abandonados.

Estas palabras cayeron sobre el zumbido de los grupos, causando el mismo efecto que la primera gota de la tempestad cayendo sobre un enjambre. Todos quedaron mudos. Hubo un momento de inexplicable angustia, en el que se hubiera oído volar a la muerte.

Este momento fue corto.

Una voz, desde el fondo más oscuro de los grupos, gritó a Enjolras:

—Sea. Levantemos la barricada hasta una altura de veinte pies, y quedémonos aquí. Ciudadanos, hagamos la protesta de los cadáveres. Demostremos que, si el pueblo abandona a los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Esta frase desprendía de la penosa nube de las ansiedades individuales, el pensamiento de todos. Una aclamación entusiasta la acogió.

Nunca se ha sabido el nombre del hombre que había hablado así; era álguien ignorado, un desconocido, un olvidado, un héroe del momento, este gran anónimo siempre mezclado en las crisis humanas y en los génesis sociales que, en un momento dado, dice de un modo supremo la palabra decisiva, y que se desvanece en las tinieblas después de haber representado por un minuto, a la claridad de un relámpago, al pueblo y a Dios.

Esta resolución inexorable era tan unánime entre los sublevados del 6 de junio de 1832, que, casi a la misma hora, en la barricada de Saint-Merry, los insurgentes lanzaban este grito conservado en la historia, y del cual hace mención el proceso:

—¡Vengan o no a socorrernos, qué importa! ¡Muramos aquí, hasta el último!

Como se ve, las dos barricadas, aunque materialmente aisladas, se comunicaban entre sí.

IV

Cinco menos, uno más

Después de que el desconocido, que decretaba «la protesta de los cadáveres» hubo hablado y dado la fórmula del alma común, de todas las bocas salió un grito extrañamente satisfecho y terrible, fúnebre por el sentido, y triunfal por el acento:

—¡Viva la muerte! Quedémonos todos aquí.

—¿Por qué todos? —preguntó Enjolras.

—¡Todos! ¡Todos!

Enjolras continuó:

—La posición es buena, la barricada es excelente. Treinta hombres bastan. ¿Por qué sacrificar cuarenta?

Todos replicaron:

—Porque ninguno querrá marcharse.

—Ciudadanos —exclamó Enjolras, y tenía en la voz una vibración casi irritada—, la república no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si para algunos, el deber es marcharse, hay que cumplirlo como otro deber cualquiera.

Enjolras, el hombre-principio, tenía sobre sus correligionarios esta especie de omnipotencia, que se desprende de lo absoluto. No obstante, empezaron a oírse murmuraciones.

Jefe hasta en la punta de los dedos, Enjolras, viendo que había quien murmuraba, insistió. Continuó con elevado tono:

—Que los que teman no ser más que treinta, lo digan.

Las murmuraciones aumentaron.

—Además —observó una voz en un grupo—, marcharse es fácil de decir. La barricada está cercada.

—No por el lado de los Mercados —dijo Enjolras—. La calle Mondétour está libre, y por la calle de Prêcheurs, se puede llegar al mercado de los Innocents.

—Y allí —añadió otra voz del grupo— no habrá medio de escapar. Se tropezará con alguna patrulla de tropa de línea, o de las afueras. Verán pasar a un hombre con blusa y gorra. ¿De dónde vienes? ¿De la barricada, tal vez? Y examinando las manos, olerán la pólvora. Lo fusilarán.

Enjolras, sin responder, tocó el hombro de Combeferre, y los dos entraron en la sala baja.

Salieron un momento después. Enjolras llevaba en sus brazos extendidos, los cuatro uniformes que había hecho reservar. Combeferre le seguía llevando las correas y los chacos.

—Con este uniforme —dijo Enjolras— es fácil mezclarse en las filas y huir. Hay para cuatro personas.

Y arrojó sobre el suelo del empedrado, los cuatro uniformes.

Nada se movió en aquel estoico auditorio.

Combeferre tomó la palabra:

—Entonces, es preciso tener un poco de piedad. ¿Sabéis de qué se trata aquí? Se trata de las mujeres.

Veamos. ¿Hay esposas, sí o no? ¿Hay niños, sí o no? ¿Hay o no madres que mecen la cuna con sus pies, y que tienen montones de pequeños a su alrededor? Aquel de entre vosotros que no haya visto nunca el seno materno, que levante la mano. ¡Ah! Vosotros queréis haceros matar, yo que así os hablo, también lo quiero, pero no quiero sentir los fantasmas de las esposas que se retuercen los brazos de desesperación. Morid, sea, pero no causéis la muerte. Suicidios como el que van a verificarse aquí, son sublimes, pero el suicidio es estrecho, y no quiere extensión; y cuando se extiende a los parientes, el suicidio se llama asesinato. Pensad en las cabecitas rubias, y pensad en los cabellos blancos. Escuchad. Enjolras acaba de decirme que ha visto en la esquina de la calle de Cygne, una ventana de un quinto piso alumbrado, y a través de los vidrios la vacilante sombra de una cabeza de anciana, que parecía haber pasado la noche esperando. Tal vez sea la madre de alguno de vosotros. Pues bien: ése que se marche; que se dé prisa para ir en busca de su madre, y le diga: «¡Madre, aquí estoy!» Y que vaya tranquilo, pues no dejaremos por esto de cumplir con nuestro deber. Cuando se sostiene a los parientes con el trabajo, no hay derecho a sacrificarse, porque equivale a desertar de la familia. ¡Y los que tienen hijas, y los que tienen hermanas! ¿Pensáis en esto? Os hacéis matar, está bien, pero, ¿y mañana? Ahí quedan estas jóvenes que no tienen pan, y esto es terrible. El hombre mendiga, la mujer vende. ¡Ah! Esos seres encantadores, tan llenos de gracia y dulzura, que se adornan la cabeza con gorros de flores, que cantan, que llenan la casa de castidad, que son como un perfume vivo, que prueban la existencia de los ángeles en el cielo por la pureza de las vírgenes en la tierra, esta Jeanne, esta Lise, esta Mimi, estas adorables y honestas criaturas que son vuestra ben-

dición y vuestro orgullo, ¡ah, Dios mío, van a tener hambre! ¿Qué queréis que os diga? ¡Hay un mercado de carne humana, y no es con vuestras manos de sombras, temblando a su alrededor, como les impediréis entrar en él! Pensad en la calle, pensad en el pavimento lleno de transeúntes, pensad en las tiendas ante las cuales las mujeres van y vienen descotadas y sumidas en el fango. También esas mujeres han sido puras. Pensad en vuestras hermanas, los que las tenéis. La miseria, la prostitución, los municipales, Saint-Lazare, he aquí donde van a caer estas jóvenes delicadas, estas frágiles maravillas de pudor, de gentileza y de hermosura, más frescas que las lilas del mes de mayo. ¡Ah! ¡Os habéis hecho matar! ¡Ah! ¡Habéis desaparecido! Está bien; habéis querido sustraer el pueblo a la realeza, y dais vuestras hijas a la policía. Amigos, tened cuidado, tened compasión. Se pienza de ordinario tan poco en las infelices mujeres. Se fía en que no han recibido la misma educación que los hombres; se les impide leer, se les impide pensar, se les impide ocuparse de la política, ¿no les impediréis que vayan esta noche a la morgue, a reconocer vuestros cadáveres? Veamos, es preciso que los que tengan familias sean buenos muchachos, nos den un apretón de manos y se marchen, dejándonos aquí solos con nuestra obra. Sé muy bien que es preciso valor para marcharse; es difícil, pero cuanto más difícil, más meritorio es. Se dice: Tengo un fusil, estoy en la barricada y me quedo. Son cosas que se dicen pronto; pero amigos míos, hay un mañana, y este mañana no amanecerá para vosotros, y sí para vuestras familias. ¡Y cuántos sufrimientos! ¿Sabéis lo que es de un lindo niño, con mejillas de rosa que picotea y retoza y ríe y exhala dulce frescor al besarle, en cuanto se le abandona? He visto uno que apenas levantaba del suelo. Su padre había muerto, y unas pobres

gentes lo habían recogido por caridad. Pero es el caso que no tenían pan para sí, y el niño estaba siempre con hambre. Era en invierno. No lloraba. Veíasele arrimarse a la estufa donde jamás había lumbre, y cuyo tubo, como sabéis, se pega con tierra amarilla. El niño arrancaba con sus deditos pedazos de aquella tierra y se los comía. Tenía la respiración ronca, la cara lívida, las piernas flojas, el vientre abultado. No decía nada. Le hablaban, y no respondía. Ha muerto. Lo llevaron a morir al hospicio Necker, donde lo vi. Estaba interno en este hospicio. Ahora, si hay padres entre vosotros, padres cuya felicidad consiste en ir a pasearse el domingo, llevando en su gruesa y robusta mano, la manita de su hijo, que cada uno de estos padres se imagine que este niño es el suyo. Me parece aún verlo, cuando estaba desnudo en la mesa de disección; sus costillas formaban salientes en su piel como las fosas bajo la hierba de un cementerio. Le encontraron una especie de fango en el estómago. Tenía ceniza en los dientes. ¡Vamos!, probemos a consultar nuestra conciencia y nuestro corazón. Las estadísticas demuestran que la mortalidad de los niños abandonados es del cincuenta y dos por ciento. Lo repito, se trata de las esposas, se trata de las madres, se trata de las jóvenes, se trata de los niños. ¿Se os habla acaso de vuestras personas? Harto se sabe lo que valéis; harto se sabe que sois todos muy valientes, ¡pardiez!, que os alegráis y envanecéis de dar la vida por la santa causa; que os sentís elegidos para morir útil y magníficamente, y que todos vosotros queréis participar del triunfo. Enhorabuena, pero no estáis solos en el mundo. Hay otros en quienes es preciso pensar. No debéis ser egoístas.

Todos bajaron la cabeza con aire sombrío.

¡Extrañas contradicciones del corazón humano, en los momentos más sublimes! Combeferre, que así hablaba, no era huérfano. Se acordaba de las madres de los demás, y olvidaba la suya. Iba a morir. Era «egoísta».

Marius, en ayunas, enfebrecido, sucesivamente burlado en todas sus esperanzas, encallado en el dolor, el más sombrío de los naufragios, saturado de emociones violentas, y sintiendo aproximarse el fin, estaba cada vez más sumido en ese visionario estupor que precede siempre a la hora fatal, voluntariamente aceptada.

Un sicólogo hubiera podido estudiar en él los síntomas crecientes de esta absorción febril conocida y clasificada por la ciencia, y que es al sufrimiento, lo que la voluptuosidad es al placer. La desesperación también tiene su éxtasis. Marius estaba en ese estado de ánimo. Asistía a todo, como si lo contemplase desde fuera; tal como hemos dicho, las cosas que sucedían ante él parecían lejanas; distinguía el conjunto, pero no veía los detalles. Veía a los que iban y venían, como a través de un inmenso resplandor. Oía las voces, como si saliesen del fondo de un abismo.

Esto, sin embargo, lo conmovió. Había en esta escena algo que penetró hasta él, y lo despertó. No tenía más que una idea: morir, y no quería distraerse; pero pensó, en su sonambulismo fúnebre, que por el mero hecho de perderse, no está vedado salvar a alguno:

Alzó la voz:

—Enjolras y Combeferre tienen razón —dijo—; nada de sacrificios inútiles. Opino como ellos, y hay que darse prisa. Combeferre os ha dicho las cosas decisivas. Los hay entre vosotros, que tienen familias, madres, hermanas, esposas, hijos. Que salgan pues de las filas.

Nadie se movió.

—¡Los hombres casados, y los que son el sostén de sus familias, que salgan de las filas! —repitió Marius.

Su autoridad era grande. Enjolras era el jefe de la barricada, pero Marius era su salvador.

—¡Lo ordeno! —gritó Enjolras.

—Os lo ruego —gritó Marius.

Entonces, conmovidos por el discurso de Combeferre, por la orden de Enjolras, por la súplica de Marius, aquellos hombres heroicos empezaron a denunciarse unos a otros.

—Es verdad —decía un joven a un hombre ya formado—. Tú eres padre de familia. Márchate.

—A ti es a quien toca irse —respondía el hombre—, pues mantienes a tus dos hermanas.

Y estalló una lucha inaudita, no queriendo ninguno dejarse poner a la puerta del sepulcro.

—Apresurémonos —dijo Courfeyrac—, dentro de un cuarto de hora no habrá ya tiempo.

—Ciudadanos —prosiguió Enjolras—, ésta es la república, y reina en ella el sufragio universal. Designad vosotros mismos a los que deben irse.

Obedecieron. Al cabo de cinco minutos, cinco habían sido designados unánimemente, y salían de las filas.

—¡Son cinco! —exclamó Marius.

No había más que cuatro uniformes.

—Pues bien —dijeron los cinco—, es preciso que se quede uno.

Y empezó de nuevo el generoso certamen, buscando cada cual razones para no marcharse, y para convencer a los demás de que debían hacerlo:

—Tú tienes una mujer que te quiere.

—Tú tienes a tu anciana madre.

—Tú no tienes ni padre ni madre, ¿qué va a ser de tus tres hermanitos?

—Tú eres padre de cinco hijos.

—Tú tienes derecho a vivir, pues sólo cuentas diecisiete años, y es demasiado pronto para morir.

Estas grandes barricadas revolucionarias, eran centros de heroísmo. Lo inverosímil parecía allí sencillo. Aquellos hombres no se sorprendían unos de otros.

—Rápido —dijo Courfeyrac.

Desde los grupos, gritaron a Marius:

—Designad al que debe quedarse.

—Sí —dijeron los cinco—, escoged. Os obedeceremos.

Marius no se creía ya capaz de experimentar emoción alguna, y sin embargo, ante la idea de elegir a un hombre para la muerte, toda su sangre afluyó a su corazón. Hubiera palidecido, si hubiera sido posible aún palidecer.

Avanzó hacia los cinco que le sonreían, y cada uno de ellos, brillando en sus ojos esta llamarada que se ve en el fondo de la historia en las Termópilas, le gritaba:

—¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!

Y Marius, estúpidamente, los contó: ¡seguían siendo cinco! Luego, su mirada se inclinó hacia los cuatro uniformes. En aquel instante cayó como desde el cielo, uno nuevo sobre los otros cuatro.

El quinto hombre estaba salvado.

Marius alzó los ojos y reconoció al señor Fauchelevent.

Jean Valjean acababa de entrar en la barricada.

Ya sea en virtud del aviso recibido, ya sea por instinto, o debido a la casualidad, llegaba por la callejuela Mondétour, y gracias a su uniforme de guardia nacional, había pasado con facilidad.

El centinela que los insurrectos apostaron en la calle de Mondétour no creyó deber dar la señal de alarma, tratándose de un guardia nacional solo. Lo había dejado internarse en la calle, diciéndose para sí: «Probablemente es un refuerzo, y cuando corra, un prisionero.» El momento era demasiado peligroso para que el centinela pudiera distraerse de su deber y de su puesto de observación.

Cuando Jean Valjean entró en el reducto, nadie lo vio, porque todas las miradas estaban fijas en los cinco escogidos y en los cuatro uniformes. Jean Valjean, lo había visto y oído todo, y silenciosamente, se había despojado de su uniforme, y silenciosamente también lo había lanzado junto a los demás.

La emoción fue indescriptible.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Bossuet.

—Es un hombre que salva a los demás —respondió Combeferre.

Marius añadió con voz grave:

—Yo lo conozco.

Esta fianza, bastaba a todos.

Enjolras se volvió hacia Jean Valjean.

—Ciudadano —dijo—, sed bienvenido. —Y añadió—: Sabréis que vamos a morir.

Jean Valjean, sin responder, ayudó al insurgente que había salvado a vestirse el uniforme.

V

El horizonte que se descubre desde lo alto de la barricada

La situación de todos en aquella hora fatal, y en aquel lugar inexorable, tenía como resultante y como vértice, la melancolía suprema de Enjolras.

Enjolras llevaba en sí la plenitud de la revolución; estaba no obstante incompleto, tanto como puede serlo el absoluto; tenía demasiado de san Justo, y no lo suficiente de Anacharsis Cloots [1]. Sin embargo, su espíritu, en la sociedad de los amigos del ABC, había acabado por experimentar la influencia de las ideas de Combeferre; desde hacía algún tiempo, salía poco a poco de la forma estrecha del dogma, y se dejaba llevar por el empuje del progreso; había acabado por aceptar, como evolución definitiva y magnífica, la trasformación de la gran república francesa, en inmensa república humana. En cuanto

1 Anacharsis Cloots, está citado aquí, sin duda, como el «orador del género humano». Este prusiano exaltado (1755-1794) fue guillotinado con los «hebertistas».

a los medios inmediatos, dada una situación violenta, los quería violentos; en esto no variaba; y permanecía fiel a la escuela épica y formidable, que se resume en esta palabra: Noventa y tres.

Enjolras estaba de pie en la escalera de adoquines, con un codo apoyado sobre el cañón de su carabina. Meditaba, y de vez en cuando se estremecía, como si sintiese pasar un hálito misterioso. En los parajes que visita la muerte, suelen notarse estos efectos de trípodes. De sus pupilas, que reflejaban la mirada interior, salían como una especie de llamas comprimidas. De repente alzó la cabeza, sus cabellos rubios cayeron hacia atrás, como los del ángel sobre el carro sombrío hecho de estrellas, y semejantes a la melena de un león, erizada en forma de aureola resplandeciente, Enjolras habló así:

—Ciudadanos, ¿os representáis el porvenir? Las calles de las ciudades inundadas de luz, ramas verdes en los umbrales, las naciones hermanas, los hombres justos, los ancianos bendiciendo a los niños, lo pasado amando a lo presente, los pensamientos en plena libertad, los creyentes en plena igualdad, por religión el cielo, Dios, sacerdote directo, la conciencia humana convertida en altar, extinguido el odio, la fraternidad del taller y de la escuela, por penalidad y por recompensa, la notoriedad, para todos trabajo, para todos derecho, y sobre todos la paz; no más sangre vertida, no más guerras, ¡las madres dichosas! Sojuzgar a la materia es el primer paso; realizar el ideal es el segundo. Reflexionad en lo que ha hecho ya el progreso. En otro tiempo las primeras razas humanas veían con terror pasar ante sus ojos la hidra que soplaba sobre las aguas, el dragón que vomitaba fuego, el grifo, monstruo del aire, que volaba con las alas de un águila y las garras de un tigre; espantosas

fieras, colocadas por encima del hombre, sin embargo, el hombre ha tendido sus redes, las redes sagradas de la inteligencia, y ha terminado por coger en ellas a los monstruos.

»Hemos domado a la hidra, y le hemos dado el nombre de vapor; hemos domado al dragón, y le hemos dado el nombre de locomotora; estamos a punto de domar al grifo, pues ya ha caído en nuestras manos, y hemos cambiado su nombre por el de globo. El día en que esta obra de Prometeo concluya, unciendo el hombre definitivamente al carro de la triple Quimera antigua, la hidra, el dragón y el grifo, ese día será dueño del agua, del fuego y del aire, y vendrá a ser para el resto de la creación animada, lo que los antiguos dioses eran en otro tiempo para él. Valor, y adelante, ciudadanos. ¿Adónde vamos? A la ciencia convertida en gobierno; a la fuerza de las cosas erigida en única fuerza pública; a la ley natural con su sanción y su penalidad en sí misma, promulgada por la evidencia, a una alborada de versos que corresponda al nacer del día. Vamos a la unión de los pueblos; vamos a la unidad del hombre. Basta de ficciones; basta de parásitos. Lo real gobernado por lo cierto, tal es el fin. La civilización celebrará sus audiencias en medio de Europa, y más tarde en el centro de los continentes, en un gran parlamento de inteligencia. Se ha visto ya algo semejante. Los anfictiones tenían dos juntas al año, una en Delfos, lugar de los dioses, la otra en las Termópilas, lugar de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones; el globo tendrá sus anfictiones. Francia lleva este porvenir sublime dentro de sí. Es la gestación del siglo diecinueve. Lo que había esbozado Grecia; es digno de ser acabado por Francia. Escúchame Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombres de los pue-

blos. Te venceré. Te venero. Sí, tú ves con claridad los tiempos futuros, sí, tú tienes razón. No tenías ni padre ni madre, Feuilly; has adoptado por madre la humanidad, y por padre el derecho. Vas a morir aquí, es decir, vas a triunfar. Ciudadanos, suceda hoy lo que sea, venzamos o seamos vencidos, vamos a hacer una revolución. Así como los incendios iluminan toda la ciudad, las revoluciones iluminan todo el género humano. ¿Y qué revolución vamos a hacer? Acabo de decirlo, la revolución de la verdad. Desde el punto de vista político, no hay más que un solo principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía del yo sobre el yo, se llama libertad. Allí donde dos o varias de estas soberanías se asocian, empieza el estado. Pero en esta asociación, no hay ninguna abdicación. Cada soberanía concede una cierta cantidad de sí misma para formar el derecho común. Esta cantidad es la misma para todos. Esta identidad de concesión que cada uno hace a todos se llama igualdad. El derecho común no es otra cosa que la protección de todos sobre el derecho de cada uno. Esta protección de todos sobre cada uno se llama fraternidad. El punto de intersección de todas estas soberanías que se agregan, se llama sociedad. Siendo esta intersección una unión, este punto es un nudo. De ahí que se llame vínculo social. Algunos dicen contrato social; lo que es lo mismo, por cuanto la palabra contrato se forma etimológicamente con la idea del vínculo [1]. Entendámonos acerca de la igualdad; pues al paso que la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no significa toda la civilización a nivel; una sociedad de matas grandes, y de encinas pequeñas; un conjunto de envidiosos hostilizándose; es, evidentemente, el camino abierto por un

[1] Contrato, viene del latín «contractus», acción de contraer, de apretar.

igual a todas las aptitudes; políticamente, el mismo peso para todos los votos; religiosamente, el mismo derecho para todas las conciencias. La igualdad tiene un órgano, y este órgano es la instrucción gratuita y obligatoria. El derecho al alfabeto; por ahí se debe empezar. La escuela primaria impuesta a todos; la escuela secundaria ofrecida a todos; tal es la ley. De la escuela idéntica, sale la sociedad igual. ¡Sí! ¡Enseñanza! ¡Luz! ¡Luz! De la luz emana todo, y todo vuelve a ella. ¡Ciudadanos, el siglo diecinueve es grande, pero el siglo veinte será feliz. Entonces no habrá nada que se parezca a la antigua historia; no habrá que temer, como hoy, una conquista, una invasión, una usurpación, una rivalidad de naciones a mano armada, una interrupción de civilización por un casamiento de reyes, un nacimiento en las tiranías hereditarias, un reparto de pueblos acordado en congresos, una desmembración por hundimiento de dinastía, un combate de dos religiones encontrándose frente a frente, como dos sombras sobre el puente del infinito; no habrá que temer al hambre, la explotación, la prostitución por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, la cuchilla, las batallas, y todos estos latrocinios del azar en la selva de los acontecimientos. Casi pudiera decirse que no habrá ya acontecimientos. Reinará la dicha. El género humano cumplirá su ley, como el alma y el astro. El alma gravitará alrededor de la verdad, como el astro alrededor de la luz. Amigos, la hora en que nos encontramos, y en que os hablo, es una hora sombría; pero tales son las terribles condiciones para la compra del porvenir. Una revolución es un peaje. ¡Oh!, el género humano será libertado, sacado de su postración y consolado. Nosotros lo afirmamos desde esta barricada. ¿De dónde saldrá el grito de amor, sino de lo alto del sacrificio? Oh, herma-

nos míos, éste es el lugar de unión de los que piensan y de los que sufren; esta barricada no está hecha ni de adoquines ni de vigas ni de hierro viejo; está hecha de dos montones, uno de ideas y otro de dolores. La miseria encuentra en ella al ideal. El día se abraza con la noche y le dice: «Voy a morir contigo, y tú vas a renacer conmigo.» Del estrecho abrazo de todas las aflicciones, brota la fe. Los sufrimientos traen aquí su agonía, y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van a mezclarse y a componer nuestra muerte. Hermanos, el que muere aquí, muere en la irradiación del porvenir, y nosotros entramos en una tumba penetrada de aurora.

Enjolras se interrumpió más que se calló; sus labios se movían silenciosamente como si continuara hablando consigo mismo, lo que hizo que sus compañeros, atentos, y como para tratar aún de oír, lo miraran. No hubo aplausos; pero se habló en voz baja mucho tiempo.

La palabra es soplo, y el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

VI

Marius esquivo, Javert lacónico

Digamos lo que pasaba en el pensamiento de Marius.

Recuérdese el estado de su alma. Como acabamos de decir, para él todo estaba reducido a visiones. Su apreciación estaba turbada. Marius, insistamos en ello, estaba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas abiertas sobre los agonizantes. Sentía que había penetrado en la tumba, y le parecía que se hallaba ya al otro lado de la pared, y no veía los rostros de los vivos, sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo estaba allí el señor Fauchelevent? ¿Por qué? ¿Qué iba a hacer en la barricada? Marius no trató de hacerse estas preguntas. Además, siendo propio de nuestra desesperación, extenderse a cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen a morir a aquel sitio..

No obstante, pensó en Cosette con una indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló, no lo miró, ni siquiera pareció haberlo oído cuando Marius alzó la voz para decir: «Lo conozco.»

En cuanto a Marius, la actitud del señor Fauchelevent lo aliviaba, y si pudiéramos emplear una palabra tal, para estas impresiones, diríamos que le agradaba. Habíase sentido siempre incapaz de dirigir la palabra a aquel hombre enigmático que era a la vez equívoco e imponente. Además, hacía ya mucho tiempo que no lo había visto, lo que debido a la naturaleza tímida y reservada de Marius, aumentaba aún más su retraimiento.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela Mondétour, perfectamente disfrazados de guardias nacionales. Uno de ellos se marchó llorando. Antes de partir, abrazaron a los que se quedaban.

Cuando los cinco hombres devueltos a la vida, hubieron partido, Enjolras pensó en el condenado a muerte. Entró en la sala baja. Javert, atado al poste, meditaba.

—¿Quieres algo? —le preguntó Enjolras.

Javert respondió:

—¿Cuándo me mataréis?

—Espera. Necesitamos todos los cartuchos.

—Entonces dadme de beber —dijo Javert.

Enjolras le presentó él mismo un vaso de agua, y como Javert estaba atado, le ayudó a beber.

—¿Queréis algo más?

—Estoy mal en este poste —respondió Javert—. ¡Habéis tenido alma para dejarme pasar aquí la noche! Atadme como os plazca, pero podríais tenderme sobre una mesa, como al otro.

Y con un movimiento de cabeza designaba al cadáver del señor Mabeuf.

Se recordará que en el fondo de la sala, había una mesa grande donde se habían fundido las balas y hecho cartuchos. Empleada toda la pólvora y hechos todos los cartuchos, aquella mesa estaba libre.

Por orden de Enjolras, cuatro insurgentes desataron a Javert del poste. Mientras lo hacían, un quinto, mantenía una bayoneta apoyada sobre su pecho. Le dejaron las manos atadas detrás de la espalda, le pusieron en los pies una cuerda delgada pero fuerte, que le permitía hacer pasos de quince pulgadas, como se hace con los que van a subir al cadalso, y le hicieron andar hasta la mesa del fondo de la sala, donde le tendieron, estrechamente atado por la mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, por medio de una cuerda fijada al cuello, se añadió al sistema de ligaduras que le ponía en la imposibilidad de evadirse, esta especie de lazo, llamado en las cárceles «camarra», que parte de la nuca, se bifurca sobre el estómago, y llega a las manos después de haber pasado por entre las piernas.

Mientras amarraban a Javert, un hombre, en el umbral de la puerta, lo contemplaba con una atención singular. La sombra que formaba aquel hombre, hizo volver la cabeza a Javert. Alzó la mirada y reconoció a Jean Valjean. Sin estremecerse siquiera, bajó los párpados con altivez, y se limitó a decir:

—Es natural.

VII

La situación se agrava

El día adelantaba rápidamente. Pero no se abría ni una ventana, ni una puerta se entreabría; era la aurora, no el despertar. El extremo de la calle de la Chanvrerie, opuesto a la barricada, había sido evacuado por las tropas, como hemos dicho; parecía libre, y se abría a los transeúntes con una tranquilidad siniestra. La calle de Saint-Denis estaba muda, como la avenida de las Esfinges en Tebas. No había ni un ser viviente en las encrucijadas, iluminadas por un reflejo de sol. Nada es tan lúgubre como esta claridad de las calles desiertas.

Aunque no se divisaba a nadie, en cambio se oía. A una cierta distancia, observábase un movimiento misterioso. Era evidente que el instante crítico se aproximaba. Como la víspera por la noche, los centinelas se replegaron; pero esta vez todos.

La barricada estaba más fuerte que en el primer ataque. Desde la partida de los cinco, la habían levantado más aún.

Por aviso del centinela que había observado la zona de los Mercados, Enjolras, temeroso de ser sorprendido por detrás, tomó una grave resolución. Hizo levantar una barricada en la pequeña bocacalle de la de Mondétour, que había permanecido libre hasta entonces. Para esto fue preciso desempedrar un trecho más de calle. De este modo, la barricada, tapiada entre calles, la de la Chanvrerie por delante, la del Cygne y la Petite-Truanderie, por la izquierda, y la de Mondétour a la derecha, era casi inexpugnable, aunque en verdad, constituía una fatal encerrona. Tenía tres frentes, pero no tenía salida.

—Fortaleza, pero ratonera —dijo Courfeyrac riendo.

Enjolras hizo amontonar cerca de la puerta de la taberna, una treintena de adoquines «arrancados de más», decía Bossuet.

El silencio era ahora tan profundo, del lado de donde debía llegar el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase de nuevo su respectivo puesto de combate.

Distribuyóse a todos una ración de aguardiente.

Nada hay más curioso que una barricada que se prepara para un asalto. Cada uno escoge su lugar como en un espectáculo. Se recuesta, se apoyan los codos, se respaldan, y hasta algunos forman sillones con los adoquines. Si la esquina de una pared molesta, todos se alejan de ella, si sobresale un ángulo protector, a él se acogen. Los zurdos hacen buen servicio, pues ocupan los sitios que molestan a los demás. Muchos se disponen a combatir sentados, queriendo estar cómodos para matar y morir.

En la funesta guerra de junio de 1848, un insurgente que tenía una puntería terrible, y que hacía fuego desde

una azotea, había dispuesto que le llevasen un sillón Voltaire; murió de un casco de metralla.

En cuanto el jefe manda el zafarrancho de combate, todos los movimientos desordenados cesan. No más empellones, no más corrillos, no más apartes; todo lo que bulle en los ánimos, converge y se cambia en ansiedad, esperando la embestida. Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro, es la disciplina. Del peligro nace el orden.

Desde el momento en que Enjolras tomó su carabina de dos cañones, y se colocó en una especie de almena que se había reservado, todos callaron. Oyóse un ruido de golpes secos resonar confusamente en toda la extensión de la barricada. Era que se montaban los fusiles.

Por lo demás, reinaba allí más grandeza de ánimo, y más confianza que nunca; el exceso de sacrificio, fortalece; ya no tenían esperanza, pero les quedaba la desesperación. La desesperación, última arma que a veces da la victoria; Virgilio lo ha dicho [1]. Los recursos supremos emanan de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte, suele ser a veces el medio de evitar el naufragio, y la tapa del ataúd se convierte en este caso en tabla de salvación.

Como la víspera por la noche, la atención de todos se dirigía y casi pudiera decirse que se apoyaba, en la extremidad de la calle, ahora iluminada y visible.

La espera no fue larga. El movimiento empezó a oírse distintamente por el lado de Saint-Leu, aunque no se parecía al del primer ataque. Un crujido de cadenas, el inquietante rumor de una masa, la trepidación del bronce al saltar sobre el empedrado, y una especie de ruido

1 «Virgilio lo ha dicho.» Eneas concluye de este modo su exhortación a los troyanos: «Una salus victis, nullam sperare salutem.»

solemne, anunciaron que se aproximaba alguna siniestra armazón de hierro. Hubo un estremecimiento en las entrañas de aquellas calles apacibles, abiertas y construidas para la fecunda circulación de los intereses y de las ideas, y que no están hechas para rodar por ellas con monstruoso estrépito, las ruedas de la guerra.

La fijeza de las pupilas de todos los combatientes, sobre el extremo de la calle, se hizo feroz.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros empujaban la pieza, colocada ya sobre las muñoneras y sin el tren delantero; dos de ellos sostenían el afuste, otros seguían con el arcón. Veíase humear la mecha encendida.

—¡Fuego! —gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, y la detonación fue terrible; una avalancha de humo cubrió y oscureció la pieza de artillería y los hombres; después de algunos segundos la nube se disipó, y el cañón y los hombres reaparecieron; los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada, lentamente, correctamente, sin apresurarse. Ni uno había sido alcanzado. Luego, el jefe, apoyándose en la culata para elevar el tiro se puso a apuntar el cañón con la gravedad de un astrónomo que asesta el anteojo.

—¡Bravo por los artilleros! —exclamó Bossuet.

Y toda la barricada aplaudió.

Un momento más tarde, la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos a caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería. Abríase ante la barricada una formidable boca.

—¡Bien! ¡Bien! —dijo Courfeyrac—. Aquí viene lo gordo. Después del papirotazo, la puñada. El ejército extiende su garra hacia nosotros. La barricada va a ser

sacudida seriamente. Los fusiles no hacen más que tantear, el cañón coge.

—Es una pieza de ocho, del modelo nuevo, de bronce —añadió Combeferre—. Este tipo de piezas, por poco que se exceda de la proporción de diez partes de estaño en ciento de cobre, están expuestas a reventar. El exceso de estaño las ablanda demasiado. Entonces sucede que se forman escarabajos en el cido. Para evitar esto, y poder forzar la carga, tal vez convendría volver al procedimiento del siglo XIV, y circuir exteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta los muñones. Entretanto, se remedia este defecto del mejor medio posible. Para conocer dónde están los agujeros en el oído de un cañón, se hace uso de la sonda. Pero hay un medio mejor, es la estrella móvil de Gribeauval[1].

—En el siglo XVI —observó Bossuet—, se rayaban los cañones.

—Sí —respondió Combeferre—, esto aumenta la potencia balística, pero disminuye la precisión del tiro. Además, en el tiro a cierta distancia, la trayectoria no tiene la tensión debida, y exagerándose la parábola, el camino del proyectil no es lo bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, a pesar de ser una necesidad de combate, cuya importancia crece con la cercanía del enemigo y la precipitación de los disparos. Esta falta de tensión de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo XVI, consistía en lo escaso de la carga; las cargas pequeñas, en las máquinas de que hablamos, son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservación de los

1 Gribeauval (1715-1790), director de la artillería, especialista de las minas, hizo adoptar la «estrella móvil», instrumento destinado a medir el diámetro interior de las bocas de fuego.

afustes. En suma, el cañón, este déspota, no puede todo lo que quiere; la fuerza en una gran debilidad. Una bala de cañón, no hace más que seiscientas leguas por hora; la luz, recorre setenta mil en un segundo. Tal es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleón.

—Volved a cargar —dijo Enjolras.

¿Cómo iba a recibir el armazón de la barricada, el embate de la artillería? ¿Abrirían brecha las balas? Ésta era la cuestión.

Mientras que los insurgentes volvían a cargar los fusiles, los artilleros cargaban el cañón.

La ansiedad era profunda en el reducto.

Salió el disparo, y sonó la detonación.

—¡Presente! —exclamó una voz alegre.

Y al mismo tiempo que la bala dio contra la barricada, viose a Gavroche lanzarse dentro.

Llegaba del lado de la calle de Cygne, y había andado listo saltando la barricada accesoria, que hacía frente al dédalo de la Petite-Truanderie.

Gavroche hizo más efecto en el interior de la barricada que la propia bala.

La bala se había perdido en los montones de escombros, logrando a lo sumo romper una rueda del ómnibus, y acabar con la vieja carreta Anceau. Los de la barricada, al ver esto, se echaron a reír.

—¡Continuad! —gritó Bossuet a los artilleros.

VIII

Los artilleros hacen que se les tome en serio

Rodearon a Gavroche.

Pero no hubo tiempo para contar nada. Marius, estremeciéndose le tomó aparte.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—¡Toma! —exclamó el pilluelo—. ¿Y vos?

Y miró fijamente a Marius con su épico descaro. Sus dos ojos se agrandaban por efecto de la arrogante lucidez que despedían las órbitas.

Marius continuó, en tono severo.

—Quién te ha dicho que volvieras? ¿Has entregado al menos la carta a su dirección?

Gavroche tenía algunos remordimientos por aquella carta. En su apresuramiento por volver a la barricada, se había deshecho de ella, más bien que entregarla. Se veía forzado a confesarse a sí mismo, que había confiado con cierta ligereza en aquel desconocido,

cuyo rostro no pudo siquiera distinguir. Es cierto que aquel hombre llevaba la cabeza descubierta, pero aquello no bastaba. En suma, se reprendía interiormente por aquel motivo, y temía los reproches de Marius. Para salir del apuro, eligió el medio más sencillo: mintió abominablemente.

—Ciudadano, entregué la carta al portero. La dama dormía. Tendrá la carta al despertarse.

Marius, al enviar aquella carta, tenía dos propósitos, decir adiós a Cosette, y salvar a Gavroche. Debió contentarse con la mitad de lo que había pretendido.

El envío de la carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada, ofrecían cierta relación, que se presentó a su espíritu, y dijo a Gavroche mostrándole a aquél:

—¿Conoces a este hombre?

—No —dijo Gavroche.

Gavroche, en efecto, tal como acabamos de decir, no había visto a Jean Valjean sino de noche.

Las confusas y débiles conjeturas que se habían esbozado en el pensamiento de Marius, se disiparon. ¿Acaso conocía él las opiniones del señor Fauchelevent? Tal vez era republicano. De ahí su presencia en el lugar del combate.

Entretanto, Gavroche había ido al otro lado de la barricada, gritando:

—¡Mi fusil!

Courfeyrac ordenó que se lo entregaran.

Gavroche previno a «los camaradas» —como los llamaba—, que la barricada estaba bloqueada. Le había costado mucho llegar hasta allí. Un batallón de línea, cuyos pabellones estaban en el Petite-Truanderie, obser-

vaba el lado de la calle de Cygne. Por el lado opuesto, la guardia municipal ocupaba la calle de los Prêcheurs. En frente, tenían el grueso del ejército.

Cuando hubo dado este informe, Gavroche añadió:

—Os autorizo a que les zurréis de lo lindo.

Entretanto, Enjolras, desde su almena, con el oído atento, espiaba.

Los asaltantes, poco contentos sin duda del disparo de su cañón, no lo habían repetido.

Una compañía de infantería de línea, había ido a ocupar el extremo de la calle, detrás de la pieza de artillería. Los soldados desempedraban la calzada, y construían con los adoquines una pequeña pared baja, especie de parapeto, que apenas excedía de dieciocho pulgadas de altura, y daba frente a la barricada. En el ángulo de la izquierda de este parapeto, se veía la cabeza de un batallón de las afueras, formando columna cerrada, en la calle de Saint-Denis.

Enjolras, desde su atalaya, creyó percibir el ruido particular que se produce cuando se sacan del arcón las cajas de metralla, y vio al jefe de la pieza cambiar de puntería e inclinar ligeramente la boca del cañón a la izquierda. Luego, los cañoneros se pusieron a cargar la pieza. El jefe de la misma, cogió él mismo el botafuego, y lo acercó a la boca del cañón.

—¡Bajad la cabeza! —gritó Enjolras—. ¡Todos de rodillas en la barricada!

Los insurgentes, esparcidos delante de la taberna, y que habían dejado su puesto de combate a la llegada de Gavroche, corrieron en pelotón a la barricada; pero aún no se había ejecutado la orden de Enjolras, cuando se oyó el tiro con este ronquido terrible de las cargas de metralla. Lo era efectivamente.

La carga había sido dirigida sobre la hendidura del reducto, y había rebotado contra la pared; y de este espantoso rebote resultaron dos muertos, y tres heridos.

Si aquello continuaba, la barricada sería pronto destruida. La metralla se abría camino.

Hubo un murmullo de consternación.

—Impidamos al menos el segundo disparo —dijo Enjolras.

Y bajando su carabina, apuntó al jefe que en aquel momento se inclinaba sobre la culata del cañón, rectificaba, y fijaba definitivamente la puntería.

El jefe de la pieza era un guapo sargento de artillería, joven rubio de rostro dulce, y el aspecto inteligente, propio del arma predestinada y tremenda, que a fuerza de perfeccionarse en el horror, debe concluir por matar en la guerra.

Combeferre, de pie detrás de Enjolras, contemplaba a aquel joven.

—¡Qué pena! —dijo—. ¡Qué horrible cosa son esas carnicerías! Por fin, cuando no haya ya reyes, no habrá guerras. Enjolras, tú apuntas a este sargento, pero no lo mires. Imagínate que es un hermoso joven, es intrépido, no cabe duda; se ve que piensa. Son muy instruidos estos artilleros. Tendrá padre, madre, familia; amará, probablemente. Tiene a lo sumo veinticinco años, podría ser tu hermano.

—Lo es —dijo Enjolras.

—Sí —prosiguió Combeferre—, y el mío también. No lo matemos, pues.

—Déjame. Lo que es preciso, es preciso.

Y una lágrima rodó lentamente sobre la mejilla de mármol de Enjolras.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de su carabina.

Brotó un relámpago. El artillero giró dos veces sobre sí mismo, con los brazos tendidos delante de él, y la cabeza levantada como para aspirar el aire; luego cayó de costado, y quedó inmóvil. Salía de la espalda una oleada de sangre. La bala le había atravesado de parte a parte. Estaba muerto.

Fue preciso llevárselo, y poner a otro en su lugar. En efecto, se ganaban algunos minutos.

IX

Empleo del talento de cazador furtivo y del disparo infalible que influyó sobre la condena de 1796

Cruzábanse los avisos en la barricada. La pieza de artillería iba a empezar a disparar de nuevo. Con aquella metralla, todo habría concluido en un cuarto de hora. Era absolutamente necesario amortiguar los tiros.

Enjolras lanzó esta orden:

—Es preciso poner ahí un colchón.

—No hay ninguno —respondió Combeferre—, los ocupan los heridos.

Jean Valjean, sentado aparte sobre un guardacantón, en la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no había tomado parte hasta entonces en nada de lo que sucedía. Parecía no oír cómo los combatientes decían, aludiendo a él: «Un fusil inútil.»

A la orden dada por Enjolras, se levantó.

Recordaremos que a la llegada del tropel a la calle de la Chanvrerie, una vieja, por miedo a las balas, había

colgado un colchón de su ventana. Esta ventana, ventana de buhardilla, estaba en el tejado de una casa de seis pisos situada un poco fuera de la barricada. El colchón, puesto al través, y apoyado por debajo en dos varas de tender, estaba sostenido por arriba por dos cuerdas que, desde lejos, parecían dos hilos y atadas a unos clavos fijos en el dintel de la buhardilla. Veíanse destacarse claramente aquellas dos cuerdas, como si fueran dos cabellos.

—¿Hay quien me preste una carabina de dos cañones? —inquirió Jean Valjean.

Enjolras, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la entregó.

Jean Valjean apuntó a la buhardilla y disparó.

Una de las dos cuerdas del colchón, estaba rota.

El colchón no pendía ya más que de un hilo.

Jean Valjean disparó el segundo tiro. La segunda cuerda golpeó los vidrios de la buhardilla. El colchón resbaló por entre las dos varas, y cayó a la calle.

La barricada aplaudió.

Todas las voces exclamaron:

—¡Un colchón!

—Sí —dijo Combeferre—, pero ¿quién irá a buscarlo?

El colchón, en efecto, había caído fuera de la barricada, entre los asaltados y los asaltantes. La muerte del sargento de artillería había exasperado a la tropa, y los soldados, desde hacía algunos instantes, se habían tendido boca abajo detrás de la línea de adoquines que habían levantado, y para suplir el forzoso silencio de la plaza, que callaba esperando que su servicio se reorganizara, habían roto el fuego contra la barricada.

Los insurgentes no respondían a aquella descarga de fusiles, para ahorrar las municiones. La descarga se estrellaba en la barricada; pero llenaba de balas la calle, que tenía un aspecto terrible.

Jean Valjean salió por la hendidura, entró en la calle, atravesó aquel huracán de balas, se dirigió al colchón, lo recogió, lo cargó sobre sus espaldas, y regresó a la barricada.

Él mismo metió el colchón en la cortadura, fijándolo contra la pared, de modo que no lo viesen los artilleros.

Ejecutado esto, aguardó la descarga de metralla.

No se hizo esperar.

El cañón vomitó con un rugido su carga. Pero no hubo rebote.

La metralla abortó en el colchón. El efecto previsto había sido logrado. La barricada se había salvado.

—Ciudadano —dijo Enjolras a Jean Valjean—, la república os da las gracias.

Bossuet admiraba y reía. Exclamó:

—¡Es inmoral que un colchón posea tanto poder! Es el triunfo de la debilidad sobre la fuerza. Pero de todos modos, ¡gloria al colchón que anula al cañón!

X

Aurora

En aquel momento, Cosette se despertaba.

Su habitación era estrecha, limpia, discreta, con una gran ventana orientada hacia levante, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabía nada de lo que sucedía en París. No estaba allí la víspera, y ya se había retirado a su habitación cuando Toussaint dijo: «Parece que hay alboroto.»

Cosette había dormido pocas horas, pero bien. Había tenido dulces sueños, a los que tal vez contribuyó la blancura de su camita. Alguien que era Marius se le había aparecido inundado de luz. Se despertó con el sol en los ojos, lo que le hizo pensar que seguía soñando.

Su primera sensación cuando salió de aquel sueño, fue de alegría. Cosette se sintió tranquila. Experimentaba, como Jean Valjean algunas horas antes, esta reacción del alma que no quiere bajo concepto alguno la

desgracia. Se puso a esperar con todas sus fuerzas, sin saber por qué. Luego le asaltó una angustia indecible. Hacía ya tres días que no había visto a Marius. Pero se dijo que habría recibido ya su carta, que sabía donde ella estaba, y que tenía tanto ingenio, que encontraría el modo de llegar hasta ella. Y tal vez hoy mismo, tal vez esta misma mañana. Era ya día claro, pero como el rayo de luz era horizontal, pensó que era muy temprano; no obstante, era preciso levantarse para recibir a Marius.

Sentía que no podía vivir sin Marius, y que, por consiguiente, esto bastaba, y que Marius vendría. No había nada que objetar. Todo esto era cierto. Era ya bastante monstruoso haber sufrido durante tres días. ¡Tres días sin ver a Marius, era horrible! Ahora esta cruel burla de lo alto era una prueba ya atravesada. Marius iba a llegar, y traería una buena noticia. Así es la juventud; se seca rápidamente las lágrimas, encuentra inútil el dolor y no lo acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir delante de un desconocido que es él mismo. Le resulta natural ser feliz. Parece que su respiración esté hecha de esperanza.

Por lo demás, Cosette no podía recordar lo que Marius le había dicho a propósito de aquella ausencia, que sólo debía durar un día ni cómo se la había explicado. Todos habrán advertido la habilidad de una moneda que cae al suelo para ocultarse, y atormentar al que la busca. Hay pensamientos que se divierten de igual modo a nuestra costa, escondiéndose en una celdilla del cerebro. En vano corremos tras él; la memoria no consigue apoderarse del fugitivo.

Cosette no dejaba de sentir cierto despecho, al notar que el recuerdo le era rebelde. Se decía que era culpa

de ella, haber olvidado las palabras pronunciadas por Marius.

Salió del lecho, e hizo las dos abluciones del alma y del cuerpo, su oración y el tocador.

Se puede, en rigor, introducir al lector en una alcoba nupcial, pero no en una alcoba virginal. Apenas lo osaría el verso. La prosa no debe intentarlo siquiera.

Es el interior de una flor aún cerrada, es una blancura en la sombra, es la célula íntima de un lirio cerrado, que no debe mirar el hombre mientras no lo haya mirado el sol. La mujer, en capullo, es sagrada. Este lecho inocente que se descubre, la adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, el blanco pie que se refugia en una chinela, la garganta que se vela delante de un espejo, como si este espejo fuera una pupila, la camisa que se apresura a subir y ocultar los hombros al menor ruido de un mueble que cruje, o de un carruaje que pasa, las cintas atadas, los corchetes abrochados, los cordones atados, el estremecimiento del frío y del pudor, la especie de susto que denotan todos los movimientos, la inquietud casi alada donde nada hay que temer, las fases sucesivas del vestido tan bellas como las nubes de la aurora; todas estas cosas no conviene describirlas, y ya es demasiado indicarlas.

La mirada del hombre debe mostrarse aún más religiosa ante una joven que sale del lecho, que ante una estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzar, debe convertirse en aumento de respeto. La pelusa del melocotón, el polvillo de la ciruela, el cristal radiante de la nieve, el ala de la mariposa empolvada de plumas, son objetos groseros, si se comparan con esta castidad que ni siquiera sabe que es casta. La joven no es más que un resplandor de sueño, y no es aún una

estatua. Su alcoba está oculta en la parte sombría del ideal. El indiscreto tacto de la mirada, materializa esta vaga penumbra. Contemplar, en este caso, es profanar.

No mostremos, pues, ninguno de estos suaves cuidados femeninos del despertar de Cosette.

Un cuento oriental dice que Dios había hecho la rosa blanca, pero que habiéndola mirado Adán en el momento de entreabrirse, sintió vergüenza, y se volvió rosa. Somos de los que se sienten sobrecogidos delante de las jóvenes y de las flores, por juzgarlas dignas de veneración.

Cosette se vistió rápidamente, se peinó, lo cual era muy sencillo en aquel tiempo, pues entonces las mujeres no se ahuecaban el pelo con almohadillas, ni se ponían crinolinas en sus cabellos. Después abrió la ventana y paseó los ojos a su alrededor, esperando descubrir algún trozo de calle, una esquina de casa o de empedrado, y divisar en él a Marius. Pero no se veía nada del exterior. El patio interior se hallaba rodeado de paredes bastante altas, y no tenía más salida que unos jardines. Cosette declaró que aquellos jardines eran horrorosos, por primera vez en su vida, encontró flores feas. Le hubiera gustado mucho más ver el menor pedazo de arroyo. Tomó el partido de mirar al cielo, como si pensara que Marius podía venir también de allí.

Súbitamente, estalló en sollozos. No era efecto de la movilidad de su alma, sino consecuencia de las esperanzas agotadas, resultado de su situación. Sentía confusamente un no sé qué de horrible, de estas visiones que lleva el aire dentro de sí; se dijo que no estaba segura de nada, que perderse de vista, era perderse de cualquier modo; y la idea de que Marius podía venir hacia ella del cielo, se le presentó, no ya con colores agradables, sino lúgubres.

Luego, tales son estas nubecillas pasajeras, recobró la calma y la esperanza, y apareció en su rostro una especie de sonrisa inconciente, pero que confiaba en Dios.

Todos dormían aún en la casa. Reinaba un silencio de provincia. No se había abierto ningún postigo. La portería estaba cerrada. Toussaint no se había levantado, y Cosette pensó, naturalmente, que su padre dormía. Preciso era todo lo que había padecido, y lo que entonces padecía, para calificar en su interior a éste de malo, por haberla traído aquí; pero contaba con Marius, pues el eclipse de esta luz era imposible de todo punto. Percibía de vez en cuando, a cierta distancia, como sacudidas sordas, y se decía: «Es raro que abran y cierren las puertas tan temprano.»

Eran los disparos del cañón contra la barricada.

Unos pocos pies más abajo de la ventana de Cosette, en la antigua cornisa negra de la pared, había un nido de golondrinas; este nido formaba un saliente en la cornisa, de modo que desde lo alto, se podía ver el interior de aquel pequeño paraíso. La madre estaba allí, cubriendo con sus alas en forma de abanico, a sus hijuelos; el padre revoloteaba, iba y venía, trayendo en el pico comida y besos. El naciente día doraba aquel dichoso nido; la gran ley, multiplicaos, se veía allí sonriente y augusta, bañando la gloria de la mañana el dulce misterio. Cosette, con los cabellos al sol, y el alma en las quimeras, iluminada interiormente por el amor, y exteriormente por la aurora, se inclinó maquinalmente, y sin atreverse casi a confesar que pensaba al mismo tiempo en Marius, se puso a contemplar aquellos pájaros, aquella familia, el macho y la hembra, la madre y los pequeñuelos, con la profunda turbación que un nido causa en una virgen.

XI

El disparo que no falla y que no mata a nadie

El fuego de los asaltantes continuaba. La fusilería y la metralla se alternaban, sin gran daño, en verdad. Sólo sufría la parte alta de la fachada de Corinthe; la ventana del primer piso, y las buhardillas del tejado, iban perdiendo su forma poco a poco, acribilladas de cascos de metralla y de balas. Los combatientes que se habían apostado allí, tuvieron que marcharse.

Por lo demás, ésta es la táctica que se observa en el ataque a las barricadas, disparar durante mucho tiempo, con el fin de agotar las municiones de los insurgentes, si cometen la falta de contestar. Cuando se conoce, por la disminución de estos disparos, que no tienen ya balas ni pólvora, se da el asalto. Enjolras no había caído en el lazo; la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche se ahuecaba el carrillo con la lengua, señal de gran desdén.

—Bueno —decía—, rasgad el lienzo, pues necesitamos hilas.

Courfeyrac interpelaba a la metralla por el poco efecto que producía, y decía al cañón:

—Te vuelves difuso, pobre hombre.

En la batalla hay misterios, como en un baile de máscaras. Es probable que el silencio del reducto empezara a inquietar a los asaltantes, y a hacerles temer algún incidente inesperado, y sintieron la necesidad de ver claro a través de aquel montón de adoquines, y de saber lo que sucedía detrás de aquella muralla impasible, que recibía los disparos sin responder. Los insurgentes descubrieron súbitamente un casco que brillaba al sol en un tejado vecino. Era un bombero apoyado en una chimenea, que parecía estar allí de centinela, dominando con su vista toda la barricada.

—Es un testigo incómodo —dijo Enjolras.

Jean Valjean había devuelto la carabina a Enjolras, pero tenía su fusil.

Sin decir una palabra, apuntó al bombero, y un segundo más tarde el casco, herido por la bala, caía estrepitosamente en la calle. El bombero, asustado, se apresuró a desaparecer.

Le sucedió un segundo observador. Éste era un oficial. Jean Valjean, que había cargado de nuevo su fusil, apuntó al recién llegado, y envió el casco del oficial a reunirse con el casco del soldado. El oficial no insistió, y se retiró rápidamente.

Esta vez se comprendió la advertencia, y nadie reapareció en el tejado. Se había renunciado a espiar la barricada.

—¿Por qué no habéis matado a esos hombres? —preguntó Bossuet a Jean Valjean.

Jean Valjean no respondió.

XII

El desorden, partidario del orden

Bossuet murmuró al oído de Combeferre:

—No ha contestado a mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien a tiros —observó Combeferre.

Los que conservan algún recuerdo de esta época ya lejana, saben que la guardia nacional de las afueras combatió con valor contra las insurrecciones. Fue particularmente encarnizada e intrépida en las jornadas de junio de 1832. Cualquier buen tabernero de Pantin, de Vertus, o de la Cunette[1], cuyos establecimientos dejaba el motín sin parroquia, se ponían furiosos ante el espectáculo de su sala de baile desierta, y se hacían matar, para salvar el orden representado por el figón. En aquel tiempo, a la vez burgués y heroico, en presencia de las ideas que

[1] Les Vertus: Aubervilliers, se llamaba antiguamente Notre-Dame-des-Vertus. La Cunette, barrera de París, en la orilla izquierda, a la altura del actual puente de Passy.

tenían sus caballeros, los intereses tenían sus paladines. El prosaísmo del móvil no quitaba nada a la bravura del movimiento. La disminución de una pila de escudos, hacía cantar *la Marsellesa* a los banqueros. Se vertía líricamente la sangre en favor del mostrador, y se defendía con entusiasmo lacedemónico la tienda, este inmenso diminutivo de patria.

En el fondo, justo es decirlo, todo era grave allí. Los elementos sociales entraban en la lucha, mientras esperaban el día de entrar en equilibrio.

Otra señal de aquel tiempo, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto). Defendíase el orden con la disciplina. El tambor tocaba a llamada inopinadamente, por antojo de tal o cual coronel de la guardia nacional; el capitán Fulano marchaba al combate por inspiración; el guardia nacional Mengano, salía al campo en favor de su idea, y peleaba por su cuenta. En los momentos de crisis, en las jornadas, se seguía menos el consejo de los jefes que el de los instintos. Había en el ejército del orden, verdaderos guerrilleros; los unos de espada, como Fanicot; los otros de pluma, como Henri Fonfrède[1].

La civilización, desgraciadamente representada en esta época más bien por un conglomerado de intereses, que por un grupo de principios, estaba, o se creía, en peligro, y lanzaba el grito de alarma. Todos, constituyéndose en centro, la defendían, le prestaban auxilio y protección, y el primero que llegaba se imponía la obligación de salvar la sociedad.

A veces, el celo iba hasta el exterminio. Un piquete de guardia nacional se constituía en autoridad privada, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco

[1] Fonfrède, periodista bordelés (1778-1841), partidario de la monarquía de julio.

minutos a los insurrectos que caían prisioneros. Un tribunal improvisado de esta clase, juzgó y condenó a Jean Prouvaire. Feroz ley de Lynch, que ningún partido tiene derecho a echar en cara a los demás, pues tanto se aplica por la república en América, como por la monarquía en Europa. Esta ley de Lynch se complicaba con equivocaciones.

Cierto día de motín, un joven poeta, llamado Paul-Aimé Garnier [1], fue perseguido en la plaza Royal por un soldado con bayoneta calada, y no pudo evitar la muerte, sino refugiándose en la puerta-cochera del número 6. Oíase gritar:

—¡A éste, que es sansimoniano! —y querían matarlo.

Ahora bien: la causa de todo aquello era que llevaba bajo el brazo un tomo de las *Memorias del duque de Saint-Simón;* un guardia nacional había leído en el dorso de aquel libro, *Saint-Simón,* y había gritado:

—¡A muerte!

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, mandada por el capitán Fannicot, mencionado más arriba, se hizo diezmar por puro capricho y placer, en la calle de la Chanvrerie. El hecho, aunque raro, consta en la instrucción judicial formada a consecuencia de la insurrección de 1832.

El capitán Fannicot, ciudadano impaciente y atrevido, especie de condottiero del orden, de estos que acabamos de caracterizar, fanático e indómito partidario del

1 Paul-Aimé Garnier (1820-1846), autor de una parodia de los *Burgraves. Los barbudos graves* (1843). En *Cosas vistas,* Víctor Hugo relata: «Me acuerdo que en la época de los motines de abril de 1834, pasé delante de un puesto de la guardia nacional, llevando un volumen de las obras del duque de Saint-Simón. Fui señalado como sansimoniano, y por poco me matan.» («Diario de un transeúnte durante el motín del 12 de mayo»). Él atribuye pues, aquí, a P. A. Garnier, una aventura personal, que sitúa por otra parte, delante de su propia casa (el número 6 de la Place Royal, hoy Plaza de los Vosgues).

gobierno, no pudo resistir al gusto de hacer fuego antes de la hora fijada, y a la ambición de tomar la barricada él solo, esto es, con su compañía.

Exasperado por la aparición sucesiva de la bandera roja y de la levita del anciano, que tomó por la bandera negra, criticó en voz alta a los jefes de los cuerpos, quienes, reunidos en consejo, no creían aún llegado el momento del asalto decisivo, y dejaba, según la célebre frase de uno de ellos, «guisarse la insurrección con su propia salsa». En cuanto a él, parecíale la barricada ya en sazón, y como lo que está maduro debe caer, quiso probar.

Mandaba a sus hombres, tan resueltos como él, con el grito de «furiosos», según un testigo. Su compañía, la misma que había fusilado al poeta Jean Prouvaire, era la primera del batallón situado en la esquina de la calle. En el momento en que menos lo esperaban, el capitán lanzó a su gente contra la barricada. Este movimiento, ejecutado con mejor deseo que estrategia, costó caro a la compañía de Fannicot [1]. Antes de que llegase a los dos tercios de la calle, una descarga general de la barricada, lo recibió, y cuatro de los hombres más audaces que iban a la cabeza, fueron muertos a boca de jarro, al pie mismo del reducto. Entonces, aquel pelotón de guardias nacionales valientes, pero sin tenacidad militar, tuvo que replegarse, después de alguna vacilación, dejando tras de sí quince cadáveres.

Aquel instante de vacilación dio a los insurrectos tiempo para volver a cargar las armas, y otra descarga, muy mortífera, alcanzó a la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo. Un momento, se vio cogida entre dos metrallas, y recibió

[1] Fannicot, es nombrado, en efecto, en el sumario de la instrucción judicial del asunto del 5-6 de junio de 1832.

el fuego del cañón, que no teniendo orden en contrario, seguía con sus disparos. El intrépido e imprudente Fannicot, fue una de las víctimas de esta metralla. Matóle el cañón, esto es, el orden.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó a Enjolras.

—¡Imbéciles! —dijo—. Envían a su gente a morir, y nos hacen gastar las municiones para nada.

Enjolras hablaba como un verdadero general de motín. La insurrección y la represión no luchan con armas iguales. La insurrección, que se agota pronto, no tiene sino un número limitado de tiros y de combatientes. Imposible es remplazar una cartuchera que se vacía, o un hombre que sucumbe. La represión, como cuenta con el ejército, no se preocupa por los hombres, y como tiene el parque de Vincennes, poco le importa desperdiciar balas. La represión dispone de tantos regimientos, como defensores hay en la barricada, y tantos arsenales, como cartucheras tiene la barricada. De este modo, estas luchas son de uno contra ciento. Y acaban siempre con la destrucción de la barricada; a menos que la revolución, surgiendo bruscamente, no venga a arrojar en la balanza su flamígera espada de arcángel. Esto, a veces, sucede; y entonces el levantamiento es general, los empedrados entran en efervescencia, pululan los reductos populares, París se estremece soberanamente, se desprende el *quid divinum* [1], hay en el aire un 10 de agosto, un 29 de julio, aparece una prodigiosa luz, la boca abierta de la fuerza retrocede, y el ejército, este león, ve entre sí, de pie, y tranquilo, a este profeta: Francia.

1 «Algo divino.»

XIII

Resplandores pasajeros

En el caos de sentimientos y de pasiones que defienden una barricada, hay de todo: hay bravura, juventud, pundonor, entusiasmo, ideales, convicción, encarnizamiento de jugador, y sobre todo, intermitencias de esperanzas.

Una de estas intermitencias, uno de estos vagos estremecimientos de esperanza atravesó súbitamente, en el momento más inesperado, la barricada de la Chanvreire.

—Escuchad —exclamó bruscamente Enjolras, siempre en su atalaya— me parece que París se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de junio, la insurrección tuvo durante una o dos horas, cierto recrudecimiento. La obstinación del toque de rebato de Saint-Merry, reanimó algunas ilusiones. En las calles de Poirier [1], y Gravilliers, se empezaron a levantar barricadas. Delante de Porte-Saint-Martin, un joven, armado con una carabina, atacó solo a un escuadrón de caballería.

[1] Correspondía a la parte actual de la calle Brisemiche, situada entre la calle Saint-Merry y la calle Simon-le-Franc.

A descubierto, en pleno bulevar, hincó la rodilla en tierra, apuntó, disparó y mató al jefe del escuadrón, y se volvió diciendo:

—Otro más que no nos hará ya más daño.

Fue acuchillado.

En la calle Saint-Denis, una mujer, situada detrás de una celosía corrida, hacía fuego contra la guardia municipal; a cada tiro, se veían temblar las hojas de la celosía. Un niño de catorce años fue detenido en la calle de la Cossonnerie, con los bolsillos llenos de cartuchos. Varios cuerpos de guardia fueron atacados. A la entrada de la calle Bertin-Poirée, una descarga de fusilería muy viva e inesperada, acogió a un regimiento de coraceros, a la cabeza del cual marchaba el general Cavaignac de Baragne [1]. En la calle Planche-Mibray, lanzaron desde los tejados sobre la tropa, viejos tiestos de loza y utensilios de cocina; mala señal; tanto que cuando dieron cuenta de este hecho al mariscal Soult, el viejo lugarteniente de Napoleón se puso pensativo, recordando la frase de Suchet [2], en Zaragoza: «Estamos perdidos, cuando las viejas nos vierten sus vasos de noche sobre la cabeza.»

Estos síntomas generales que se manifestan en el momento en que se creía localizado el motín, esta fiebre de cólera que volvía a tomar fuerza, estas chispas que volaban acá y allá, por encima de las masas profundas de combustible, llamadas los arrabales de París, todo este conjunto alarmó a los jefes militares, quienes se dieron prisa por apagar aquellos principios de incendio. Aplazóse para después de que estas chispas

[1] Jacques-Marie de Cavaignac de Baragne, hermano del convencional, tío de Godefroy Cavaignac y del general Cavaignac de 1848.

[2] El mariscal Suchet, duque de Albufera (1772-1826), había cubierto el sitio de Zaragoza (1808-1809).

se hubieran extinguido, el ataque a las barricadas de Maubuée, Chanvrerie, y Saint-Merry, con el fin de tener que habérselas con ellas solas, y de concluir de una vez con todo. Lanzáronse columnas a las calles donde había fermentación, barriendo las grandes, registrando las pequeñas, a derecha e izquierda, ya con precaución y lentitud, ya a paso de carga.

La tropa hundía las puertas de las casas desde donde se había hecho fuego, y al mismo tiempo las maniobras de la caballería dispersaban a los grupos de los bulevares. No se verificó esta represión sin ruido, y sin este estrépito tumultuoso propio de los choques del ejército con el pueblo. Esto era lo que percibía Enjolras, en los intervalos de la fusilería y la metralla. Había visto, además, pasar por la esquina de la calle heridos en parihuelas, y decía a Courfeyrac:

—Estos heridos no son de aquí.

La esperanza duró poco; el resplandor se eclipsó de prisa. En menos de media hora, lo que había en el aire se desvaneció, y fue como un rayo sin trueno, y los insurrectos sintieron volver a caer sobre ellos esta especie de chapa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir, ya abandonados.

El movimiento general que parecía haberse dibujado vagamente, había abortado; y la atención del ministro de la guerra y la estrategia de los generales, podía concentrarse ahora sobre las tres o cuatro barricadas que habían quedado en pie.

El sol se alzaba en el horizonte.

Un insurrecto llamó a Enjolras:

—Tenemos hambre. ¿Es que de verdad vamos a morir sin comer?

Enjolras, que seguía apoyado en su almena, sin apartar los ojos del extremo de la calle, hizo un signo de cabeza afirmativo.

XIV

Donde se leerá el nombre de la querida de Enjolras

Courfeyrac, sentado en un adoquín, al lado de Enjolras, continuaba insultando al cañón, y cada vez que pasaba, con su ruido monstruoso, esa sombría nube de proyectiles que se llama metralla, la acogía con una bocanada de sarcasmos.

—Echa los bofes, infeliz animal; me das lástima; te desgañitas en vano. Esto no es trueno, sino tos.

Y todos a su alrededor reían.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo buen humor aumentaba con el peligro, remplazaban, como la señora Scarron, el alimento por la broma, y puesto que faltaba el vino, escanciaban a todos alegría.

—Admiro a Enjolras —decía Bossuet—. Su temeridad impasible me maravilla. Vive solo, lo que quizá le hace ser algo triste; Enjolras se queja de su grandeza, que lo obliga a permanecer viudo. Nosotros, al menos, tenemos más o menos queridas, que nos vuelven locos,

esto es, valientes. Cuando se está enamorado como un tigre, no es extraño que se pelee como un león. Es un modo de vengarnos de las malas pasadas que nos juegan las señoras grisetas. Orlando se hizo matar para dar un disgusto a Angélica[1]. Todos nuestros heroísmos, vienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer, es una pistola sin piedra; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien, Enjolras no tiene mujer; no está enamorado, y sin embargo, encuentra el medio de ser intrépido. Es una cosa inaudita, poder ser frío como la nieve y atrevido como el fuego.

Enjolras parecía no escuchar, pero alguien que hubiera estado a su lado, lo habría oído murmurar: «Patria.»

Bossuet reía aún cuando Courfeyrac, exclamó:

—¡Novedad! —Y con la voz de un ujier en el acto de anunciar, añadió—: Me llamo Moneda de Ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa en entrar en escena.

Era una segunda boca de fuego.

Los artilleros hicieron rápidamente la maniobra y pusieron esta segunda pieza en batería al lado de la primera.

Con esto, empezaba ya a bosquejarse el desenlace.

Algunos instantes más tarde, las dos piezas, perfectamente servidas, disparaban de frente contra el reducto; los fuegos del pelotón de la línea y de las afueras, sostenían a la artillería.

Se oían también cañonazos a alguna distancia. Al mismo tiempo que las dos piezas se encarnizaban sobre el reducto de la calle de la Chanvrerie, otras dos bocas

[1] En el *Orlando furioso*, de Ariosto.

de fuego, una en la calle Saint-Denis, y otra en la calle Aubry-le-Boucher, acribillaban la barricada de Saint-Merry. Los cuatro cañones se hacían eco lúgubremente.

Los ladridos de los sombríos perros de la guerra, se respondían.

De las dos piezas que batían ahora la barricada de la calle de la Chanvrerie, una tiraba con metralla, y la otra con balas.

La pieza que disparaba con balas, estaba apuntada un poco más alta y el tiro estaba calculado de manera que la bala diera en el borde extremo de la arista superior de la barricada, la derribase, y arrojase pedazos de adoquines sobre los insurrectos, como si fuesen cascos de metralla.

Esta dirección del tiro, tenía por objeto alejar a los combatientes de la cima del reducto, y obligarlos a agruparse en el interior, es decir, anunciaba el asalto.

Una vez los combatientes hubieran sido ahuyentados de lo alto de la barricada por las balas, y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podrían aventurarse en la calle sin ser divisadas, tal vez incluso sin ser descubiertas, escalar bruscamente el reducto, como la víspera por la noche, y, ¿quién sabe?, tomarla por sorpresa.

—Es preciso disminuir la incomodidad de estas piezas —dijo Enjolras, y gritó—: ¡Fuego sobre los artilleros!

Todos estaban preparados. La barricada, que por tanto tiempo se había mantenido silenciosa, hizo fuego desesperadamente, sucediéndose siete u ocho descargas, con una especie de rabia y alegría; la calle se llenó de humo cegador, y al cabo de algunos minutos, a través de aquella bruma rayada de llamaradas, pudieron distinguirse confusamente los dos tercios de los artilleros tendidos bajo las ruedas de los cañones. Los que habían permane-

cido de pie, continuaban en el servicio de las piezas con una severa tranquilidad; pero el fuego se había amortiguado.

—Vamos bien —dijo Bossuet a Enjolras—. ¡Victoria!

Enjolras movió la cabeza y respondió:

—Con un cuarto de hora más de esta victoria, no se encontrarán más de diez cartuchos en la barricada.

Parece que Gavroche oyó esta frase.

XV

Gavroche fuera de la barricada

Courfeyrac, de repente, vio a alguien al pie de la barricada, fuera de la calle, bajo las balas.

Gavroche había cogido de la taberna una cesta para poner botellas, había salido por la hendidura, y estaba ocupado tranquilamente en vaciar en su cesta las cartucheras de los guardias nacionales muertos en el declive del reducto.

—¿Qué haces ahí? —dijo Courfeyrac.

Gavroche levantó la cabeza.

—Ciudadano, lleno mi cesta.

—¿No ves la metralla?

Gavroche respondió:

—Es igual, está lloviendo. ¿Qué más?

Courfeyrac exclamó:

—¡Entra!

—Al instante —dijo Gavroche.

Y de un salto, se internó en la calle.

Recordaremos que la compañía de Fannicot, al retirarse, había dejado detrás un rastro de cadáveres.

Una veintena de estos muertos, yacían aquí y allá, en toda la longitud de la calle, sobre el empedrado. Una veintena de cartucheras para Gavroche. Una provisión de cartuchos para la barricada.

El humo formaba en la calle como una niebla. Cualquiera que haya visto una nube en una garganta de montañas, entre dos alturas perpendiculares, puede figurarse aquel humo encerrado, y como condensado por dos sombrías líneas de casas. Subía lentamente, y se renovaba sin cesar, dando como resultado una oscuridad gradual que empañaba la luz del sol en pleno día. Los combatientes se distinguían apenas a uno y otro extremo de la calle, no obstante lo corta que ésta era.

Aquel oscurecimiento, probablemente previsto y calculado por los jefes que debían dirigir el asalto a la barricada, resultó útil a Gavroche.

Bajo los pliegues de aquel velo de humo, y gracias a su pequeñez, pudo avanzar hasta bastante lejos en la calle, sin ser visto. Desocupó las siete u ocho primeras cartucheras sin gran peligro.

Se arrastraba boca abajo, galopaba a cuatro patas, tomaba su cesto con los dientes, se retorcía, se deslizaba, ondulaba, serpenteaba de un muerto al otro, y vaciaba las cartucheras igual que un mono abriría una nuez.

Desde la barricada, de la que estaba aún bastante cerca, no se atrevían a gritarle que volviese, por miedo de llamar la atención sobre él.

En un cadáver que era un cabo, encontró un frasco de pólvora.

—Para la sed —dijo guardándosela.

A fuerza de seguir avanzando, llegó hasta donde la niebla de la fusilada se hacía trasparente.

Tanto, que los tiradores de la línea, apostados detrás del parapeto de adoquines, y los tiradores de las afueras agrupados en la esquina de la calle, descubrieron algo que se movía entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento que yacía cerca de un guardacantón, una bala se hundió en el cadáver.

—¡Diantre! —dijo Gavroche—. Me matan a mis muertos.

Una segunda bala hizo saltar chispas del empedrado junto a él. La tercera voló su cesto.

Gavroche miró, y vio que el fuego procedía de los guardias de las afueras.

Se puso en pie, con los cabellos al viento, las manos en las caderas, y la mirada fija sobre los guardias naconales que disparaban, y cantó:

Si uno es feo en Nanterre,
es por culpa de Voltaire:
Si es bruto en Palaiseau,
la culpa es de Rouseau.

Luego recogió su cesto, y volvió a poner en él sin perder ni uno, los cartuchos que habían caído, y adelantándose hacia el lugar de donde procedían los tiros, marchó a desocupar otra cartuchera. Allí la cuarta bala tampoco lo acertó. Gavroche cantó:

Notario no voy a ser
por culpa de Voltaire.
Y si pajarito soy
es por culpa de Rousseau.

La quinta bala no produjo otro efecto, que el de inspirarle la tercera copla:

La alegría es mi ser,
por culpa de Voltaire.
Y si tan mísero soy,
es por culpa de Rousseau.

Así continuó durante algún tiempo.

El espectáculo era espantoso y encantador al mismo tiempo. Gavroche, blanco de las balas, se burlaba de los fusiles. Parecía divertirse mucho. Era el gorrión picoteando a los cazadores. A cada descarga, respondía con una copla. Lo apuntaban sin cesar, y no le acertaban nunca. Los guardias nacionales y los soldados, se reían al apuntarle. Él se echaba al suelo, luego volvía a levantarse, se escondía en el ángulo de una puerta, luego saltaba, desaparecía, volvía a aparecer, escapaba, regresaba, respondía a la metralla, poniéndose el pulgar en la nariz, y mientras tanto, iba recogiendo los cartuchos, vaciaba las cartucheras, y llenaba su cesto. Los insurgentes, sin atreverse a respirar, lo seguían con la vista. La barricada temblaba, y él cantaba. No era un niño, no era un hombre, era una hada en forma de pilluelo. Diríase el enano invulnerable de la pelea. Las balas corrían tras de él, y él era más listo que las balas. Jugaba una especie de terrible juego del escondite con la muerte; cada vez que el espectro acercaba su faz desnuda, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala mejor dirigida, o más traidora que las demás, acabó por alcanzar al niño, fuego fatuo. Vieron vacilar a Gavroche, y luego caer. Toda la barricada lanzó un grito; pero había algo de Anteo en aquel pigmeo; para el pilluelo, tocar el empedrado es como para el gigante tocar la tierra; Gavroche no

había caído sino para volverse a levantar; permaneció incorporado, mientras un hilo de sangre le rayaba el rostro, alzó sus dos brazos al aire, miró hacia el punto de donde había salido el tiro, y se puso a cantar:

Si acabo de caer,
la culpa es de Voltaire
Si la bala me dio
la culpa es de... [1].

No pudo acabar. Una segunda bala del mismo tirador cortó la frase. Esta vez, se abatió con el rostro contra el suelo, y no se movió más. Aquella pequeña gran alma, acababa de volar.

1 En 1817, un poeta suizo. Jean-François Chaponnière, había compuesto ya una canción sobre el refrán «La culpa es de Voltaire. La culpa es de Rousseau».

XVI

Como el hermano se convierte en padre

Había en aquel mismo instante, en el jardín de Luxemburgo —pues la mirada del drama debe estar presente en todas partes— dos niños cogidos de la mano. Uno podía tener siete años, el otro cinco. Mojados por la lluvia, habían elegido los paseos por donde daba el sol; el mayor llevaba al pequeño; iban vestidos de harapos, y estaban pálidos; parecían pajaritos salvajes. El más pequeño, decía:

—Tengo hambre.

El mayor, ya un poco protector, llevaba a su hermano de la mano izquierda, y en la derecha, tenía una varita.

Estaban solos en el jardín. El jardín estaba desierto, y las verjas estaban cerradas por orden de la policía, a causa de la insurrección. Las tropas que habían pasado la noche allí, habían salido hacia el combate.

¿Cómo estaban allí aquellos niños? Tal vez se habían evadido de algún cuerpo de guardia entreabierto; tal vez

en los alrededores de la barrera de Enfer, en la explanada del Observatoire, o en la encrucijada vecina, dominada por el frontispicio en el que se lee: «*Invenerunt parvulum, pannis involutum*»[1], había alguna barraca de saltimbanquis de la que habían escapado; tal vez la noche anterior, habían burlado la vigilancia de los guardas del jardín al tiempo de cerrar la verja, y habían pasado la noche en alguna de estas garitas donde se leen los periódicos. El hecho es que andaban errantes por allí, y parecían libres. Andar errante, y parecer libre, es estar perdido. Aquellos pequeñuelos, lo estaban, en efecto.

Aquellos dos niños eran los mismos que habían inspirado lástima a Gavroche, y que el lector recordará. Hijos de Thénardier, viviendo en casa de la Magnon, atribuidos al señor Gillenormand, y ahora hojas caídas de todas aquellas ramas sin raíces, y arrastradas en el suelo por el viento.

Sus vestidos, propios del tiempo de la Magnon, y que le servían de prospecto para con el señor Gillenormand, se habían convertido en harapos.

Aquellos seres pertenecían ya a las estadísticas de los «niños abandonados», que la policía registra, recoge, extravía, y vuelve a encontrar en las calles de París.

Era preciso un día de confusión tal, para que aquellos pequeños miserables se encontrasen en el jardín. Si los vigilantes los hubieran visto, habrían arrojado de

1 «Encontraron a un niño pequeño envuelto en pañales.» Contaminación de dos textos de san Lucas: «Invenietis infantem pannis involutum» (II, 12); «... et invenerunt Mariam et Joseph et infantem...» (II, 16). Fue encima del frontispicio de la capilla de la antigua «casa de institución» del oratorio, hoy, hospicio de los niños asistidos (72, Av. D'Enfer-Rocherau), donde Víctor Hugo había podido leer el primero de estos textos evangélicos, que cita aquí de memoria. Había, y hay, una especie de encrucijada formada por la unión de la calle de Enfer, y la calle Cassini.

allí a semejantes harapos. Los niños pobres, no entran en los jardines públicos; no obstante, debería pensarse, que como niños que son, tienen derecho a las flores.

Éstos se encontraban allí, gracias a haberse mandado cerrar las verjas. Estaban de contrabando. Se habían deslizado al jardín, y se habían quedado dentro. Los guardas no dejan de vigilar, aunque se cierre la verja; se supone que continúan vigilando, pero la atención es menor, y hasta nula; y los guardas, conmovidos también por la ansiedad pública, y más ocupados en lo exterior que en el interior, no se ocupaban del jardín, y no habían visto a los dos delincuentes.

La víspera había llovido, y un poco también por la mañana. Pero en junio, los chaparrones no calan. Apenas se conoce, una hora después de la tormenta, que tan hermoso y dorado día, ha llorado. La tierra en verano, se seca tan pronto como las mejillas de un niño.

En este instante de solsticio, la luz del mediodía es, digámoslo así, punzante. Se apodera de todo. Se aplica y se superpone a la tierra con una especie de succión. Se diría que el sol tiene sed. Un chaparrón es un vaso de agua; la lluvia, es absorbida inmediatamente. Por la mañana, todos son arroyos, por la tarde, polvo que se levanta.

Nada hay tan admirable como el verdor que la lluvia lava, y el sol seca; es la frescura cálida. Los jardines y las praderas, con el agua en sus raíces, y el sol en sus flores, se convierten en braserillos de incienso, y exhalan a un tiempo todos sus perfumes. Todo ríe, canta y se ofrece. Se siente uno dulcemente embriagado. La primavera es un paraíso provisional; el sol ayuda al hombre a tener paciencia.

Hay seres que no piden más; seres vivientes, que teniendo el azul del cielo, dicen: «¡Ya es bantante!» Pensadores absorbidos por el prodigio, sacando de la

idolatría de la naturaleza, la indiferencia del bien y del mal, contempladores del cosmos, que en medio de tanta magnificencia, se olvidan de sus semejantes, y no comprenden que haya quienes fijen la atención en el hambre de unos, en la sed de otros, en la desnudez del pobre en invierno, en la curvatura linfática de una pequeña espina dorsal, en el jergón, en la buhardilla, en el calabozo, en los harapos de las jóvenes que tiritan de frío, cuando se puede meditar a la sombra de los árboles; espíritus apacibles y terribles, implacablemente satisfechos. ¡Cosa rara!, el infinito les basta. Esta gran necesidad del hombre, lo finito, que admite el enlace, lo ignoran. No piensan en lo finito, que admite el sublime trabajo del progreso. Lo indefinido, que nace de la combinación humana y divina de lo finito y lo infinito, les escapa. Con tal de estar frente a frente con la inmensidad, sonríen. Para ellos no hay nunca alegría, y siempre éxtasis. Abismarse, tal es su vida. La historia de la humanidad para ellos no es más que un plan parcelario; el todo no se halla en ella; el verdadero todo, permanece fuera; ¿para qué ocuparse de este detalle, el hombre? El hombre sufre, es posible, pero, ¡mirad cómo se alza Aldebarán![1] La madre ya no tiene leche. El recién nacido muere: no sé una palabra, pero considerad esta rosácea maravillosa que forma la albura del abeto, examinada con el microscopio. ¡Comparad a esto el más rico encaje! Estos pensadores, se olvidan de amar. El zodíaco influye en ellos hasta el punto de impedirles ver al niño que llora. Dios les eclipsa el alma. Es una familia de inteligencias, a la vez pequeñas y grandes. Horacio se contaba entre ellas, Goethe también y La Fontaine tal vez, magníficos egoístas del infinito, espectadores tranquilos del dolor, que no ven a Nerón si hace buen tiempo, a quienes el sol oculta la

1 Estrella de la constelación de Tauro.

hoguera, que mirarían guillotinar, buscando un efecto de luz, que no oyen ni el grito ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque de rebato, para los cuales todo está bien, puesto que existe el mes de mayo, y mientras haya nubes de púrpura y oro por encima de sus cabezas, se declaran contentos, y que están determinados a ser felices hasta el agotamiento del brillo de los astros, y del canto de los pájaros.

Son radiantes tenebrosos. No sospechan que son dignos de lástima. Ciertamente, lo son. El que no llora, no ve. Es preciso admirarlos y compadecerlos, como se compadecería y como se admiraría a un ser que fuera a la vez noche y día, que no tuviese ojos bajo las cejas, y que tuviese un astro en medio de la frente.

La indiferencia de estos pensadores, es, según algunos, una filosofía superior. Sea; pero en esta superioridad, hay imperfección. Se puede ser inmortal, y cojo; ejemplo, Vulcano. Se puede ser más que hombre, y menos que hombre. Lo incompleto inmenso está en la naturaleza. ¿Quién sabe si el sol no es un ciego?

Pero entonces, ¡qué!, ¿de quién fiarse? *Solem quis dicere falsum audeat*[1]. ¿Cómo han de engañarse ciertos genios, ciertos altísimos humanos, ciertos hombres-astros? ¿Cómo lo que está a tan gran altura, en la cima, en la cúspide, en el cenit, lo que envía a tierra tanta claridad, ha de ver poco, ha de ver mal, no ha de ver? ¿No es esto desesperante? No. ¿Qué hay pues, por encima del sol? Dios.

El 6 de junio de 1832, hacia las once de la mañana, el Luxemburgo solitario, despoblado, estaba encantador. Los arriates y los parterres se enviaban en medio de la luz, perfumes y resplandores. Las ramas, locas a la cla-

[1] «¿Quién se atrevería a acusar al sol de mentiroso?» (Virgilio, *Geórgicas*, I, 463-464).

ridad del mediodía, parecían querer abrazarse. Había en los sicomoros una batahola de currucas; los gorriones celebraban su triunfo, otros pajarillos trepaban por los castaños, picoteando en los agujeros de las cortezas. Los arriates aceptaban la realeza legítima de los lirios; el más augusto de los perfumes es el que brota de la blancura. Se respiraba el olor aromático de los claveles. Las viejas cornejas de María de Medici, sentían el amor en los grandes árboles. El sol doraba, teñía de púrpura y encendía los tulipanes, que no son otra cosa que todas las variedades de llama, convertidas en flor. Alrededor de los bancos de tulipanes, remolineaban las abejas, chispas de aquellas flores-llamas. Todo era gracia y alegría, incluso la próxima lluvia; ésta, reincidente, y de la que debían aprovecharse los muguets, y las madreselvas, no tenían nada de alarmante; las golondrinas hacían la encantadora amenaza de volar bajo. El que estaba allí, respiraba felicidad; la vida olía bien; toda aquella naturaleza exhalaba candor, socorro, asistencia, paternidad, caricia, aurora. Los pensamientos que caían del cielo, eran suaves, como una manecita de niño que se besa.

Las estatuas bajo los árboles, desnudas y blancas, tenían vestidos de sombra agujereados de luz; aquellas diosas llevaban harapos de sol; les colgaban rayos por todos los lados. Alrededor del gran estanque, la tierra estaba ya tan seca, que casi se quemaba. Se movía bastante viento, para levantar aquí y allá, pequeños remolinos de polvo. Algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguían alegremente, y parecían pilluelos en sus juegos.

La abundancia de la claridad, tenía un no sé qué de tranquilizador. Vida, savia, calor, efluvios, se desbordaban; se sentía bajo la creación, la enormidad del manantial; en todos aquellos soplos penetrados de amor, en este vaivén de reverberaciones y de reflejos, en este prodi-

gioso dispendio de rayos, en este verter indefinido de oro fluido, se sentía la prodigalidad de lo inagotable; y detrás de este esplendor, como detrás de una cortina de llamas, se entreveía a Dios, este millonario de estrellas.

Gracias a la arena, no había ni una mancha de barro; gracias a la lluvia, no había ni una mota de ceniza. Los ramilletes acababan de lavarse; todos los terciopelos, todo el raso, todos los barnices, todo el oro que sale de la tierra en forma de flores, estaba irreprochable. Esta magnificencia estaba limpia. El gran silencio de la naturaleza feliz, llenaba el jardín. Silencio celeste, compatible con mil músicas, arrullos de los nidos, zumbido de enjambres, palpitaciones del viento. Toda la armonía de la estación, se cumplía en un gracioso conjunto; las entradas y las salidas de la primavera, tenían lugar en un regular orden: concluían las lilas, y empezaban los jazmines; algunas flores se habían retrasado, y algunos insectos se habían adelantado; la vanguardia de las mariposas blancas de mayo. Los plátanos formaban piel nueva. La brisa formaba ondulaciones en la enormidad magnífica de los castaños. Era espléndido. Un veterano del cuartel próximo, que miraba a través de la verja, decía:

—Ahí está la primavera vestida de todas las armas, y con su uniforme de gala.

Toda la naturaleza se desayunaba; la creación estaba a la mesa; era la hora; el gran mantel azul estaba tendido en el cielo, y el gran mantel verde en la tierra; el sol alumbraba *a giorno*. Dios servía el banquete universal. Cada astro tenía su alimento o su pastel. La paloma zurita encontraba cañamones; el pinzón, mijo; el jilguero, anagalida; el petirrojo, gusanos; la abeja, flores; la mosca, infusorios; el chotacabra, moscas. Comíanse también de vez en cuando los unos a los otros; tal es el misterio del mal, mezclado con el bien; pero ni un solo animal tenía el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habían llegado cerca del estanque grande, y, un poco turbados por toda aquella luz, trataban de esconderse, instinto del pobre y del débil ante la magnificencia, incluso impersonal; y se pusieron detrás de la cabaña de los cisnes.

Por intervalos, cuando corría el viento, se oían confusamente gritos, un ruido, especie de estertor tumultuoso que eran las descargas de fusilería, y golpes sordos, que eran los disparos de cañón. Había humo por encima de los tejados, en el lado de los Mercados. Una campana que parecía llamar, sonaba a lo lejos.

Aquellos niños no parecían darse cuenta del ruido. El más pequeño, repetía de vez en cuando a media voz: «Tengo hambre.»

Casi a la par que los dos niños, otra pareja se acercaba al estanque grande. Era un hombre de cincuenta años, que conducía de la mano a otro hombre de seis años. Sin duda el padre con su hijo. El hombre de seis años, llevaba un enorme bollo.

En aquella época, ciertas casas ribereñas, en la calle Madame y en la Enfer, tenían una llave del Luxemburgo, del que disfrutaban los inquilinos cuando las verjas estaban cerradas, tolerancia que más tarde se suprimió. Este padre y este hijo, venían sin duda alguna de aquellas casas.

Los dos pobrecillos, vieron venir a aquel «señor» y se escondieron aún más.

Era éste un burgués. Tal vez el mismo que un día, Marius, en su fiebre de amor, le había oído decir, cerca de este estanque, aconsejando a su hijo, «que evitara los excesos». Tenía el aire afable y altanero, y una boca que, no cerrándose jamás, sonreía siempre. Esta sonrisa mecánica, producida por demasiada mandíbula y poca piel, mostraba los dientes más bien que el alma. El niño,

con su bollo mordido, sin seguir comiéndolo, parecía disgustado. Iba vestido de guardia nacional, por el motín, y el padre, seguía vestido de burgués, por la prudencia.

El padre y el hijo se habían detenido cerca del estanque en el que se refocilaban los dos cisnes. Aquel burgués parecía sentir por los cisnes una admiración especial. Se parecía a ellos en su modo de andar.

En aquel momento, los cisnes nadaban, lo que constituye su gracia principal, y estaban soberbios.

Si los dos pobrecitos hubiesen escuchado, y hubiesen estado en edad de comprender, hubieran podido recoger las palabras de un hombre grave. El padre decía al hijo:

—El sabio se contenta con poco. Toma ejemplo de mí, hijo mío. No me gusta el fausto. Jamás se me ve con vestidos recamados de oro y de piedras; dejo este falso brillo a las almas mal organizadas.

En este instante, los gritos profundos que procedían del lado de los Mercados, estallaron con un redoble de campanas y de rumor.

—¿Qué es esto? —preguntó el niño.

El padre respondió:

—Son saturnales. . . .

De repente descubrió a los dos pequeños harapientos, inmóviles detrás de la casita verde de los cisnes.

—Éste es el principio —dijo.

Y tras un silencio, añadió:

—La anarquía entra en el jardín.

Entretanto, el niño mordió el bollo, escupió el pedazo y, bruscamente, empezó a llorar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el padre.

—Ya no tengo hambre —dijo el niño.

La sonrisa del padre se acentuó.

—No es preciso tener hambre para comer un pastel.

—Mi bollo me repugna. Está duro.

—¿No lo quieres?

El padre le señaló a los cisnes.

—Arrójalo a los palmípedos.

El niño dudó. Aunque no se quiera un bollo, no es razón suficiente para darlo.

El padre prosiguió:

—Sé humano. Es preciso tener piedad de los animales.

Y tomando el bollo de manos de su hijo, lo arrojó al estanque.

El pastel cayó cerca del borde.

Los cisnes estaban lejos, en el centro del estanque, y ocupados con alguna presa. No habían visto ni al burgués ni al bollo.

El burgués, creyendo que el pastel corría peligro de perderse, y pesaroso de aquel naufragio inútil, se entregó a una agitación telegráfica que terminó por atraer la atención de los cisnes.

Divisaron algo que flotaba, viraron de bordo, como navíos que son, y se dirigieron hacia el bollo lentamente, con la majestad beata que conviene a animales blancos.

—Los cisnes comprenden las señales —dijo el ciudadano, muy satisfecho con esta muestra de su ingenio[1].

En aquel momento, el tumulto lejano de la ciudad, se aumentó repentinamente. Esta vez fue siniestro. Hay soplos de viento, que hablan con más claridad que otros. El que soplaba en aquel instante, trajo claramente redobles de tambor, clamores, fuegos de pelotón, y réplicas lúgubres del toque del rebato o el cañón. Aquello coincidió con una nube negra que ocultó bruscamente el sol.

Los cisnes no habían llegado aún hasta el bollo.

1 El juego de palabras del original, es intraducible. Dice así: «Les cygnes comprennent les signes.»

—Volvamos —dijo el padre—; atacan las Tullerías.

Tomó de nuevo la mano de su hijo. Después prosiguió:

—Desde las Tullerías hasta el Luxemburgo, no hay más distancia que la que separa la dignidad de rey, de la dignidad de par; no es grande. Los fusileros van a llover.

Contempló la nube.

—Tal vez llueva agua; el cielo se mezcla; la rama segunda está condenada. Regresemos de prisa.

—Quisiera ver a los cisnes comiendo el bollo —dijo el niño.

El padre respondió:

—Sería una imprudencia.

Y llevóse a su pequeño ciudadano.

El niño, sintiendo dejar los cisnes, volvió la cabeza hacia el estanque, hasta que un grupo de árboles se lo ocultó.

Sin embargo, al mismo tiempo que los cisnes, los dos pequeños errantes se habían acercado al bollo. Flotaba en el agua. El menor miraba al pastel, y el mayor miraba al burgués.

El padre y el hijo entraron en el laberinto de avenidas que lleva a la gran escalera de árboles del lado de la calle Madame.

En cuanto se perdieron de vista, el mayor se tendió vivamente boca abajo sobre el borde redondeado del estanque, y cogiéndose con la mano izquierda, se inclinó sobre el agua, casi expuesto a caerse, y extendió su mano derecha con la vara, hacia el bollo.

Los cisnes, al ver al enemigo, se apresuraron, y al apresurarse, produjeron un efecto de pecho, útil al pequeño pescador; el agua refluyó delante de los cisnes, y una de aquellas blandas ondulaciones concéntricas empujó

suavemente el bollo hacia la varita del niño. Cuando llegaban los cisnes, la varita rozó el brioche. El niño dio un golpe vivo, acercó el bollo, asustó a los cisnes, cogió el bollo, y se puso en pie. El bollo estaba mojado; pero tenían hambre y sed. El mayor hizo dos partes del bollo, una grande y una pequeña; quedóse con la pequeña, y le dio la grande a su hermanito, diciéndole:

—Échate esto al coleto.

XVII

Mortuus pater filium moriturum expectat [1]

Marius se había lanzado fuera de la barricada. Combeferre lo había seguido. Pero era demasiado tarde. Gavroche había muerto. Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos; Marius cogió al niño.

¡Ay! Pensaba lo que el padre había hecho por su padre, él se lo devolvía al hijo; sólo que Thénardier había llevado el cuerpo de su padre vivo; y él llevaba al niño muerto.

Cuando Marius entró en el reducto, con Gavroche en sus brazos, tenía, como el niño, el rostro inundado de sangre.

En el instante en que se había inclinado, para recoger el cuerpo de Gavroche, una bala le había rozado el cráneo; no se había dado cuenta de ello.

Courfeyrac deshizo su corbata, y vendó la frente de Marius.

1 «El padre muerto, espera a su hijo que va a morir.»

Pusieron a Gavroche en la misma mesa que Mabeuf, y extendieron sobre los dos cuerpos, el chal negro. Hubo suficiente para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto que había traído.

Esto suministraba a cada hombre quince tiros más.

Jean Valjean seguía en el mismo lugar, inmóvil sobre el guardacantón. Cuando Combeferre le ofreció sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

—¡Vaya un raro excéntrico! —dijo Combeferre por lo bajo a Enjolras—. Encuentra medio de no combatir en esta barricada.

—Lo que no le impide defenderla —respondió Enjolras.

—El heroísmo tiene sus originalidades —dijo Combeferre.

Y Courfeyrac, que había oído, añadió:

—Es un género distinto del tío Mabeuf.

Es preciso notar, que el fuego que batía la barricada, apenas turbaba los ánimos en el interior. Los que nunca han atravesado el torbellino de esta clase de guerras, no pueden hacerse ninguna idea de los singulares momentos de tranquilidad mezclados con estas convulsiones. Se va, se viene, se charla, se bromea, se pasa el tiempo. Una persona a quien conocemos, oyó decir a un combatiente en medio de la metralla: «Estamos aquí, como en una comida de amigos.» El reducto de la calle de la Chanvrerie, lo repetimos, parecía por dentro muy tranquilo. Todas las peripecias y todas las fases, habían sido o iban a ser agotadas. La posición, de crítica, había pasado a amenazadora, y de amenazadora, iba, probablemente, a pasar a desesperada. A medida que la situación se oscurecía, el resplandor heroico, teñía de púrpura más y más la barricada. Enjolras, grave, la dominaba, en la actitud

de un joven espartano, consagrando su espada desnuda al sombrío genio Epidotas.

Combeferre, con el mandil atado a la cintura, curaba a los heridos. Bossuet y Feuilly, hacían cartuchos con la pólvora del frasco que Gavroche encontró sobre el cabo muerto, y Bossuet decía a Feuilly:

—Pronto vamos a tomar la diligencia para otro planeta.

Courfeyrac, sobre los pocos adoquines que se había reservado al lado de Enjolras, disponía y arreglaba todo su arsenal, su bastón de estoque, su fusil, dos pistolas de arzón, y sus puños, con el cuidado de una joven que pone orden en sus atavíos de tocador.

Jean Valjean, mudo, contemplaba la pared que tenía enfrente. Un obrero se ajustaba sobre la cabeza, con una cuerda, un ancho sombrero de paja de la tía Huchеloup, por miedo a la insolación. Los jóvenes de la Cougourde d'Aix, departían alegremente unos con otros, como si tuvieran prisa de hablar «patois» por última vez. Joly, que había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup, se examinaba la lengua. Algunos combatientes, habiendo descubierto cortezas de pan, más o menos enmohecidas, se las comían ávidamente. Marius estaba inquieto pensando en lo que su padre le iba a decir.

XVIII

El buitre convertido en presa

Insistamos sobre el hecho sicológico propio de las barricadas. No debemos omitir nada de lo que caracteriza a esta sorprendente guerra de las calles.

Cualquiera que sea esta extraña tranquilidad interior de la que acabamos de hablar, la barricada, para los que están dentro, sigue siendo como una visión.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil, todas las brumas de lo desconocido se mezclan con estos salvajes resplandores, las revoluciones son esfinges, y quien quiera que haya atravesado una barricada, cree haber atravesado un sueño.

Lo que se siente en tales sitios, es lo que ya hemos indicado a propósito de Marius, y veremos luego las consecuencias.

Ya fuera de una barricada, no se sabe lo que se ha presenciado allí. Ha sido terrible, y se ignora. Ha estado uno rodeado de ideas que combatían, que tenían rostros humanos; se ha tenido la cabeza en la luz del porvenir. Había cadáveres tendidos, y fantasmas en pie. Las horas

eran colosales, y parecían horas de eternidad. Se ha vivido en la muerte. Han pasado sombras. ¿Qué era esto? Se han visto manos en las que había sangre; había un ensordecimiento terrible, y también un terrible silencio. Había bocas abiertas que gritaban, y otras bocas abiertas que no decían nada; se estaba en medio del humo, de la noche, quizá. Créese haber tocado el siniestro borde de las profundidades desconocidas, y se mira uno las uñas, donde aparecen manchas encarnadas. Se ha olvidado todo.

Volvamos a la calle de la Chanvrerie.

De repente, entre dos descargas, se oyó el sonido lejano de una campana al dar la hora.

—Es mediodía —dijo Combeferre.

Aún no habían acabado de sonar las doce campanadas, cuando ya Enjolras se había puesto de pie, y lanzando desde lo alto de la barricada este clamor tonante:

—Subid adoquines a la casa. Colocadlos en el borde de la ventana y de las buhardillas. La mitad de los hombres a los fusiles y la otra mitad a los adoquines. No hay que perder un minuto.

Un pelotón de zapadores bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer en orden de batalla en el extremo de la calle.

Aquello no podía ser otra cosa que la cabeza de una columna; ¿de qué columna?, de la de ataque, evidentemente; los zapadores bomberos encargados de demoler la barricada, deben preceder siempre a los soldados que han de escalarla.

No cabía duda de que iba a llegar ya el instante, denominado en 1822 por el señor de Clermont-Tonnerre, «coup de collier» [1].

[1] En 1822, el señor de Clermont-Tonnerre entró en el ministerio Villèle como ministro de marina. Recibió entonces, en diversas ocasiones, al joven Víctor Hugo.

La orden de Enjolras fue ejecutada con el apresuramiento propio de los navíos y de las barricadas, los dos únicos lugares de combate de donde la evasión es imposible. En menos de un minuto, las dos terceras partes de adoquines que Enjolras había hecho amontonar a la puerta de Corinthe, fueron subidos al primer piso y al granero, y antes de que hubiera trascurrido el segundo minuto, aquellos adoquines, artísticamente colocados uno sobre otro, tapiaban hasta media altura, la ventana del primero, y los tragaluces de las buhardillas. Algunos intersticios, dispuestos cuidadosamente por Feuilly, principal constructor, podían dejar pasar los cañones de los fusiles. Este parapeto en las ventanas pudo hacerse tanto más fácilmente, cuanto que la metralla había cesado. Las dos piezas disparaban ahora con balas al centro del reducto, a fin de abrir un agujero, y si era posible, una brecha para el asalto.

Cuando los adoquines destinados a la defensa suprema, estuvieron en su sitio, Enjolras mandó llevar al primer piso las botellas que había colocado debajo de la mesa donde estaba Mabeuf.

—¿Quién beberá esto? —le preguntó Bossuet.

—Ellos —respondió Enjolras.

Luego tapiaron la ventana del piso bajo, y se prepararon las traviesas de hierro que servían para cerrar de noche por dentro la puerta de la taberna.

La fortaleza estaba completa. La barricada era la muralla, y la taberna el torreón.

Con los adoquines que quedaban, taparon la hendidura.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados a economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con una especie de calma irritante, exponiéndose al fuego antes de la hora, aunque más en apariencia que en realidad, y tomándose todo el

tiempo que necesiten. Los preparativos del ataque se hacen siempre con cierta lentitud metódica; después viene el rayo.

Esa lentitud permitió a Enjolras revisarlo y perfeccionarlo todo. Se daba cuenta de que, puesto que aquellos hombres iban a morir, su muerte debía ser una obra maestra.

Dijo a Marius:

—Somos los dos jefes. Voy a dar las últimas órdenes adentro; quédate fuera tú y observa.

Marius apostóse de vigía en la cresta de la barricada.

Enjolras hizo clavar la puerta de la cocina, que como se recordará servía de ambulancia.

—Que no lleguen las salpicaduras a los heridos —dijo.

Dio las últimas instrucciones en la sala baja, con voz breve, pero profundamente tranquila; Feuilly escuchaba y respondía en nombre de todos.

—En el primer piso, aprontad las hachas para cortar las escaleras. ¿Las hay?

—Sí —dijo Feuilly.

—¿Cuántas?

—Dos hachas y un merlín.

—Está bien. Somos veintiséis combatientes en pie. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran ocho. Tened a mano estos ocho fusiles cargados como los demás. En el cinto los sables y las pistolas. Veinte hombres en la barricada. Seis emboscados en las buhardillas y la ventana del primero para hacer fuego sobre los asaltantes a través de los huecos de los adoquines. Que no quede aquí ni un solo trabajador inútil. Luego, cuando el tambor toque a carga, que los veinte de abajo se precipiten a la barricada. Los primeros en llegar serán los que se colocarán mejor.

Hechas estas disposiciones, se volvió hacia Javert y le dijo:

—No te olvido.

Y dejando una pistola sobre la mesa, añadió:

—El último que salga de aquí, levantará la tapa de los sesos a este espía.

—¿Aquí mismo? —preguntó una voz.

—No; no mezclemos este cadáver con los nuestros. Se puede saltar la pequeña barricada de la callejuela Mondétour. No tiene más que cuatro pies de alto. El hombre está bien amarrado. Se le conducirá y se le ejecutará allí.

En aquel momento, había alguien más impasible que Enjolras: era Javert.

Entonces apareció Jean Valjean.

Estaba confundido entre el grupo de insurrectos. Salió y dijo a Enjolras:

—¿Sois el comandante?

—Sí.

—Me habéis dado las gracias hace poco.

—En nombre de la república. La barricada tiene dos salvadores: Marius Pontmercy y vos.

—¿Créeis que merezco una recompensa?

—Ciertamente.

—Pues bien, os pido una.

—¿Cuál?

—Levantar yo mismo la tapa de los sesos a este hombre.

Javert alzó la cabeza, vio a Jean Valjean, hizo un movimiento imperceptible, y dijo:

—Es justo.

En cuanto a Enjolras, se había puesto a recargar su carabina; paseó los ojos a su alrededor:

—¿Hay alguna reclamación?

Y se volvió hacia Jean Valjean, añadiendo:

—Os entrego al polizonte.

Jean Valjean, en efecto, se apoderó de Javert sentándose al extremo de la mesa. Cogió la pistola, y un débil ruido seco, anunció que acababa de cargarla.

Casi en el mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

—¡Alerta! —gritó Marius desde lo alto de la barricada.

Javert se puso a reír con esta risa sin ruido que le era peculiar, y mirando fijamente a los insurgentes les dijo:

—No gozáis de mejor salud que yo.

—¡Todos afuera! —gritó Enjolras.

Los insurgentes se lanzaron en tumulto, y al salir, recibieron por la espalda (permítasenos la expresión), esta frase de Javert:

—Hasta luego.

XIX

Jean Valjean se venga

Cuando Jean Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por el medio del cuerpo, y cuyo nudo estaba debajo de la mesa. Después de lo cual, le indicó que se levantase.

Javert obedeció, con esta sonrisa indefinible en la que se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Jean Valjean tomó a Javert de la gamarra, como se tomaría a una acémila de la rienda, y arrastrándole en pos de sí, salió de la taberna con lentitud, pues Javert, con las piernas trabadas, no podía dar sino pasos muy cortos.

Jean Valjean llevaba la pistola en la mano.

Franquearon de este modo el trapecio interior de la barricada. Los insurgentes, todos atentos al ataque que iba a sobrevenir, estaban vueltos de espaldas.

Sólo Marius, ladeado en la extremidad izquierda del parapeto, los vio pasar. El grupo del paciente y el verdugo, se iluminó con el resplandor sepulcral de su alma.

Jean Valjean hizo escalar a Javert atado, pero sin soltarlo un solo instante, la pequeña trinchera de la callejuela Mondétour, lo cual consiguieron con cierta dificultad.

Cuando hubieron pasado este parapeto, se encontraron solos los dos en la callejuela. Nadie los veía ya. El ángulo que formaban las casas, los ocultaba a los insurrectos. Los cadáveres retirados de la barricada estaban hacinados a algunos pasos de allí.

Entre el montón de los muertos se distinguía una faz lívida, una cabellera suelta, una mano agujereada, y un pecho de mujer medio desnudo. Era Éponine.

Javert contempló oblicuamente aquella muerta, profundamente tranquilo, dijo a media voz:

—Creo que conozco a esta muchacha.

Luego, se volvió hacia Jean Valjean.

Jean Valjean se puso la pistola bajo el brazo, y fijó sobre Javert una mirada que no tenía necesidad de palabras, para decir:

—Javert, soy yo.

—Tómate el desquite.

Jean Valjean sacó un cuchillo de su bolsillo y lo abrió.

—¡Una sangría! Tienes razón. Te conviene más.

Jean Valjean cortó la martingala qué Javert llevaba al cuello, luego cortó las cuerdas de las muñecas, y luego, inclinándose, cortó la cuerda que le sujetaba los pies; y alzándose, le dijo:

—Sois libre.

Javert no era hombre que se asombrara fácilmente. Sin embargo, a pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo sustraerse a la conmoción. Se quedó boquiabierto e inmóvil.

Jean Valjean prosiguió:

—No creo que salga de aquí. Sin embargo, si por casualidad saliera, vivo con el nombre de Fauchelevent, en la calle de l'Homme Armé, número siete.

Javert experimentó una sacudida de tigre, que le hizo entreabrir los labios y murmurar entre dientes:

—Ten cuidado.

—Idos —le dijo Jean Valjean.

Javert repuso:

—¿Has dicho Fauchelevent, en la calle de l'Homme-Armé?

—Número siete.

Javert repitió a media voz:

—Número siete.

Abrochóse la levita, tomó cierta actitud militar, dio media vuelta, cruzó los brazos, sosteniendo el mentón con una de sus manos, y se puso a andar en dirección a los Mercados. Jean Valjean lo seguía con los ojos. Después de algunos pasos, Javert se volvió y gritó a Jean Valjean:

—Me fastidiáis. Mejor es que me matéis.

Javert, sin advertirlo, no tuteaba ya a Jean Valjean.

—Idos —dijo Jean Valjean.

Javert se alejó con paso lento. Un momento después, dobló la esquina de la calle de Prêcheurs.

Cuando Javert desapareció, Jean Valjean descargó la pistola al aire.

Luego volvió a la barricada y dijo:

—Ya está hecho.

Entretanto, veamos lo que había pasado.

Marius, más ocupado en lo de afuera que en lo de dentro, no había mirado hasta entonces con atención al espía amarrado en el fondo oscuro de la sala baja.

Cuando lo vio a la luz del día, atravesando la barricada para ir a morir, lo reconoció. Un recuerdo súbito lo asaltó. Recordó al inspector de la calle de Pontoise, y las dos pis-

tolas que le había entregado, y de las que se había servido en esta misma barricada, y no solamente recordó su rostro, sino que recordó su nombre.

Sin embargo, era un recuerdo nebuloso y confuso, como sus ideas. No fue una afirmación, sino una pregunta que se dirigió a sí mismo: «¿No es éste el inspector de policía que me dijo llamarse Javert?»

Tal vez había aún tiempo de intervenir en favor de aquel hombre. Pero antes era preciso saber si realmente era Javert.

Marius interpeló a Enjolras, que acababa de colocarse al otro extremo de la barricada:

—¡Enjolras!

—¿Qué?

—¿Cómo se llama este hombre?

—¿Qué hombre?

—El agente de policía. ¿Sabes su nombre?

—Sin duda. Nos lo ha dicho.

—¿Cómo se llama?

—Javert.

Marius se levantó.

En aquel instante se oyó el disparo.

Jean Valjean reapareció y exclamó:

—Ya está hecho.

Un frío glacial penetró en el corazón de Marius.

XX

Los muertos tienen razón y los vivos no se equivocan

La agonía de la barricada iba a empezar.

Todo contribuía a aumentar la majestad trágica de aquel instante supremo; mil ruidos misteriosos en el aire, el soplo de las masas armadas en movimiento por las calles que no se veían, el galopar intermitente de la caballería, las pesadas sacudidas de las piezas de artillería en marcha, los fuegos de pelotón, y los cañonazos cruzándose en el dédalo de París, el humo dorado de la batalla subiendo por encima de los tejados, no sé qué gritos lejanos vagamente terribles, relámpagos amenazadores por todas partes, el toque de rebato de Saint-Merry que ahora tenía el acento de un sollozo, la dulzura de la estación, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la belleza del día, y el terrible silencio de las casas.

Porque, desde la víspera, las dos hileras de casas de la calle de la Chanvrerie se habían convertido en dos murallas salvajes. Puertas cerradas, ventanas cerradas, postigos cerrados.

En aquellos tiempos, tan distintos de los actuales, cuando había llegado la hora en que el pueblo quería terminar con una situación que había durado demasiado, con una carta otorgada, o con un país legal, cuando la cólera universal estaba difusa en la atmósfera, cuando la ciudad consentía en la sublevación de sus adoquines, cuando la insurrección hacía sonreír a la burguesía, murmurándole su santo y seña al oído, entonces el habitante, penetrado, digámoslo así, de motín, era el auxiliar del combatiente, y la casa fraternizaba con la fortaleza improvisada que se apoyaba sobre ella. Cuando la situación no estaba aún madura, cuando la insurrección no era consentida decididamente, cuando la masa rechazaba al movimiento, ¡ay de los combatientes!, la ciudad se convertía en desierto alrededor de la revuelta, las almas se helaban, los asilos se cerraban, y la calle se convertía en desfiladero para ayudar al ejército a tomar la barricada.

No se hace andar a un pueblo por sorpresa más aprisa de lo que él quiere. ¡Desgraciado el que trata de acudir a medios violentos! Un pueblo no se deja manejar. Entonces abandona la insurrección a sí misma. Los insurgentes se convierten en apestados. Una casa es una escarpa, una puerta es una repulsa, una fachada, es un muro. Este muro ve, oye, y se hace el sordo. Podría entreabrirse y salvaros. No. Este muro es un juez. Os mira y os condena. ¡Qué cosa tan sombría estas casas cerradas! Parecen muertas, y están vivas. La vida, que se encuentra allí como en suspensión, persiste. Nadie ha salido de allí desde hace veinticuatro horas, pero tampoco falta nadie. En el interior de esta roca, van, vienen, se acuestan, se levantan, viven en familia, beben, comen, tienen miedo, ¡cosa terrible! El miedo excusa esta inhospitalidad; y el susto unido a él, es una circunstancia atenuante.

A veces, se han visto ejemplos de ello; el miedo puede convertirse en furia, así como la prudencia en rabia. De ahí estas palabras tan profundas: esos rabiosos moderados. Hay resplandores de espanto supremo, de lo que sale, como un humo lúgubre, la cólera. ¿Qué quieren estas gentes? Nunca están contentas. Comprometen a los hombres pacíficos. ¡Como si no tuviésemos ya revoluciones de sobra! ¿Qué han venido a hacer aquí? Que se apañen. Tanto peor para ellos. Es culpa suya. No tienen más que lo que se merecen. Esto no nos concierne. Ahí está nuestra pobre calle acribillada de balas. Son un atajo de perdices. Sobre todo, no abráis la puerta. Y la casa toma el aspecto de una tumba. El insurgente agoniza delante de esta puerta; ve llegar la metralla y los sables desnudos; si grita, sabe que lo escuchan, pero que no vendrán a abrirle; hay paredes que podrían protegerlo, hay hombres que podrían salvarlo, y estas paredes tienen orejas de carne, y estos hombres tienen entrañas de piedra.

¿A quién acusar?

A nadie y a todo el mundo.

A los tiempos incompletos en que vivimos.

La utopía se trasforma siempre por su cuenta y riesgo en insurrección, y se hace de protesta filosófica a protesta armada, y de Minerva, Pallas[1]. La utopía que se impacienta y se convierte en motín, sabe lo que le espera; casi siempre llega demasiado pronto. Entonces se resigna, y acepta estoicamente en lugar del triunfo, la catástrofe. Sirve sin quejarse, e incluso disculpándolos, a aquellos que reniegan de ella, y su magnanimidad en con-

[1] «...y de Minerva, Palas». Fórmula imposible de traducir, pues Minerva era confundida, en Roma, con Atenea. Observemos, no obstante, que Palas es un epíteto dado a Atenea, vista como divinidad guerrera.

sentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo, e indulgente para con la ingratitud.

¿Y es, en efecto, ingratitud?

Sí, desde el punto de vista del género humano.

No, desde el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo de desenvolverse del hombre. La vida general del género humano se llama progreso; el paso colectivo del género humano se llama progreso. El progreso marcha; hace el gran viaje humano y terrestre hacia lo celeste y lo divino; tiene sus momentos de reposo, en que reúne el rebaño que se había retardado; tiene sus estaciones donde medita, en presencia de alguna espléndida tierra de Canaán, que descubre de improviso su horizonte, tiene sus noches en que duerme; y usa de las más dolorosas ansiedades del pensador, es ver la sombra en el alma humana, y tantear en las tinieblas, sin poder despertarlo, al progreso dormido.

«¿Dios está tal vez muerto?», decía un día Gérard de Nerval al que escribe estas líneas, confundiendo el progreso con Dios, y tomando la interrupción del movimiento por la muerte del Ser.

El que se desespera hace mal. El progreso se despierta infaliblemente, y en suma, podría decirse que marcha incluso durmiendo, a causa de su desarrollo. Cuando se le vuelve a ver en pie, se le encuentra más alto. Estar siempre sereno, no depende del río ni del progreso; no alcéis ninguna barrera, no arrojéis ninguna roca, porque el obstáculo hace espumear el agua y hervir la humanidad. De ahí los disturbios; pero después de estos disturbios, se reconoce el camino que se ha andado. Hasta que el orden, que no es otra cosa que la paz universal, se haya restablecido, hasta que la armonía y la unidad no reinen, el progreso tendrá por etapas las revoluciones.

¿Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo. La vida permanente de los pueblos.

Sucede a veces, que la vida momentánea de los individuos opone resistencia a la vida eterna del género humano.

Confesémoslo sin amargura, el individuo tiene un interés distinto, y puede, sin crimen estimular en favor de este interés, y defenderlo; el presente tiene su cantidad excusable de egoísmo; la vida momentánea tiene su derecho, y no está obligada a sacrificarse sin cesar por el porvenir. La generación que actualmente está dando la vuelta al mundo, no está obligada a abreviarla, por otras generaciones, que, después de todo, son iguales a ella, y cuyo turno llegará más adelante. «Existo», murmura este alguien que se llama todos. «Soy joven, y estoy enamorado, soy viejo, y quiero descansar, soy padre de familia, trabajo, prospero, hago buenos negocios, tengo casas de alquiler, tengo dinero del estado, soy feliz, tengo mujer e hijos, amo todas estas cosas, deseo vivir, dejadme tranquilo.» De ahí, en ciertas horas, esa profunda indiferencia hacia las magnánimas vanguardias del género humano.

La utopía, por otra parte, es preciso convenir en ello, sale de su esfera radial, al hacer la guerra. Ella, siendo la verdad de mañana, toma prestada a la mentira de ayer su regla de conducta: la batalla. Siendo porvenir, obra como el pasado. Siendo idea pura, se convierte en vía de hecho. Complica su heroísmo con una violencia de que es justo que responda; violencia de ocasión y de recursos, contraria a los principios, y por la que es castigada fatalmente.

La utopía, una vez hecha insurrección, combate llevando en la mano el antiguo código militar; fusila a los espías, ejecuta a los traidores, suprime a seres vivos, y los arroja a las tinieblas desconocidas. Se sirve de la muerte, cosa siempre grave. Parece que la utopía haya perdido la fe en la irradiación, que es su fuerza irresistible

e incorruptible. Golpea con la espada; como toda espada, tiene dos filos; quien hiere con uno, se hiere con el otro.

Una vez hecha esta reserva, y hecha con toda seguridad, nos resulta imposible dejar de admirar, triunfen o no, a los gloriosos combatientes del porvenir, los confesores de la utopía. Incluso cuando abortan, son venerables, y tal vez su majestad es mayor, en este último caso. La victoria, en el sentido del progreso, merece el aplauso de los pueblos; pero una derrota heroica merece su simpatía. Una es magnífica, la otra es sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, John Brown es más grande que Washington, y Pisacane, más grande que Garibaldi [1].

Es preciso que alguien esté por los vencidos.

El mundo es injusto con estos grandes ensayadores del porvenir, cuando abortan.

Se acusa a las revoluciones de sembrar el miedo. Toda barricada parece un atentado. Se recriminan sus teorías, se recela de su objeto, se teme su segunda intención, se renuncia su conciencia. Se les reprocha que elevan, construyen y acumulan contra el hecho social reinante un montón de miserias, de dolores, de iniquidades, de agravios, de desesperación, y que arrancan de las hondonadas pedruscos de tinieblas para formar parapetos y combatir desde ellos. Se les grita: ¡Desempedráis el infierno! Ellos podrían responder: Por esto nuestra barricada está hecha de buenas intenciones.

Lo mejor, ciertamente, es la solución pacífica. En suma, convengamos en ello; cuando se ve el empedrado,

[1] John Brown (1800-1859), trató de sublevar a los esclavos negros en Estados Unidos. Fue condenado a muerte y ahorcado, a pesar de un cierto número de protestas, entre ellas la de Victor Hugo.

Carlo Pisacane (1818-1857), patriota italiano muerto en una expedición contra el reino de Nápoles, al que quería sublevar.

se piensa en el oso. Y es una buena voluntad de la que la sociedad se asusta. Pero depende de la sociedad, el salvarse a sí misma, y a su propia buena voluntad apelamos nosotros. No es necesario ningún remedio violento. Estudiar el mal amigablemente, hacerlo constar, y luego curarlo. A esto la invitamos.

Comoquiera que sea, aún caídos, sobre todo caídos, son augustos estos hombres que, en todos los puntos del universo, con la vista fija en Francia, luchan por la gran obra con la lógica inflexible del ideal; dan su vida gratuitamente por el progreso, cumplen la voluntad de la providencia, hacen un acto religioso. A la hora señalada, con tanto desinterés como un actor a quien le llega su turno, obedeciendo al maestro de escena divino, entran en la tumba. Y aceptan este combate sin esperanza, y esta desaparición estoica, para conducir a sus espléndidas y supremas consecuencias universales, el magnífico movimiento humano empezado irresistiblemente el 14 de julio de 1789. Estos soldados son sacerdotes. La revolución francesa es un gesto de Dios.

Por lo demás, existen (conviene añadir esta distinción, a las distinciones ya indicadas en otro capítulo) las insurrecciones aceptadas que se llaman revoluciones; y las insurrecciones rechazadas que se llaman motines. Una insurrección que estalla, es una idea que se examina ante el pueblo. Si el pueblo deja caer su bola negra, la idea es un fruto seco, y la insurrección es una planta agostada.

La entrada en guerra a cada intimidación, y cada vez que la utopía lo desee, no es propio de los pueblos. Las naciones no tienen siempre y a todas horas el temperamento de los héroes y de los mártires.

Son positivas. *A priori,* la insurrección les repugna; primeramente porque tiene a menudo por resultado una

catástrofe, y segundo, porque tiene siempre por punto de partida una abstracción.

Pues siempre, y esto es hermoso, los que se sacrifican lo hacen por el ideal, y sólo por el ideal. Una insurrección es un entusiasmo. El entusiasmo puede montar en cólera; de ahí que se eche mano a las armas. Pero toda insurrección que apunta a un gobierno, o a un régimen, pone su mira más alta. Así, por ejemplo, insistamos en ello, lo que combatían los jefes de la insurrección en 1832, y en particular los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrerie, no era precisamente a Luis Felipe. La mayor parte, hablando con toda franqueza, hacían justicia a las cualidades de aquel rey, punto medio entre la monarquía y la revolución; ninguno lo odiaba. Pero atacaban la rama segunda del derecho divino en Luis Felipe, como habían atacado la rama primera en Carlos X; y lo que querían derribar, al derribar el trono en Francia, era la usurpación del hombre por el hombre, y del privilegio sobre el derecho en el universo entero, como hemos dicho ya. París sin rey, es el mundo sin déspotas. De este modo razonaban. Su objeto era lejano, sin duda, vago tal vez, y retrocediendo ante el esfuerzo; pero grande.

Así es, en efecto. Y se sacrifican por estos fantasmas, que para los sacrificados, son ilusiones casi siempre; pero ilusiones a las que, en suma, se mezcla toda la certidumbre humana. El insurrecto poetiza y dora la insurección. Lánzase en estos trágicos acontecimientos, embriagándose con lo que va a hacerse. ¿Quién sabe? Tal vez triunfarán. Son los menos; tienen contra sí todo un ejército; pero se defiende el derecho, la ley natural, la soberanía de cada uno sobre sí mismo, que no tiene abdicación posible, la justicia, la verdad, y si es inocente, morirán, como los trescientos espartanos. No se piensa en un Don Quijote, sino en Leónidas. Y siguen

adelante, y una vez comprometidos, no retroceden. Se precipitan de cabeza, siendo su esperanza una victoria inaudita, la revolución consumada, el progreso libre, el engrandecimiento del género humano, la emancipación universal; y en último caso, las Termópilas.

Estos combates en favor del progreso se frustran con frecuencia al impulso de los paladines. Estas pesadas masas, las multitudes, frágiles a causa de su misma pesadez, temen las aventuras; y hay aventuras en el ideal.

Por otra parte, no debe olvidarse que los intereses, poco amigos de lo ideal y lo sentimental, entran también en juego. Algunas veces, el estómago paraliza el corazón.

La grandeza y hermosura de Francia, consiste en que cría menos vientre que los demás pueblos; se sujeta más fácilmente el cinturón. Es la primera que se despierta, y la última en dormirse. Marcha hacia adelante. Gusta de descubrir.

Esto significa que es artista.

El ideal no es otra cosa que el punto culminante de la lógica, así como la belleza no es más que la cima de la verdad. Los pueblos artistas, son también los pueblos consecuentes. Amar la belleza es querer la luz. Por esto la antorcha de Europa, es decir, la civilización, fue llevada primero por Grecia, que la traspasó a Italia, y ésta, a su vez, hizo lo mismo con Francia [1]. ¡Divinos pueblos radiantes de luz! *Vitae lampada tradunt* [2].

Cosa admirable, la poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilización se mide por la cantidad de imaginación. Pero un posible civili-

1 *Actos y palabras:* «Grecia, Italia y Francia han llevado alternativamente la antorcha...»

2 «Se trasmiten la antorcha de la vida.» Final de un verso célebre de Lucrecio *(De rerum natura)*.

zador, debe conservarse varonil. Corinto sí, Sibaris, no. El que se afemina se envilece. Ni *dilettante*, ni virtuoso; pero es preciso ser artista. En materia de civilización, no ha de buscarse el refinamiento, sino lo sublime. Con esta condición, se da al género humano el patrón del ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte, y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se realizará esta visión augusta de los poetas: la belleza social. Se reconstruirá Edén con A + B. Al punto a que ha llegado la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el órgano científico no sólo sirve, sino que complementa el sentido artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es el conquistador, debe tener por punto de apoyo la ciencia, que es quien marcha. La solidez de la montura importa. El espíritu moderno, es el genio de la India. Alejandro sobre el elefante.

Las razas petrificadas en el dogma, o desmoralizadas por el lucro, son impropias a la conducta de la civilización. La genuflexión delante del ídolo o delante del escudo, atrofia el músculo que anda, y la voluntad que va. La absorción hierática o comercial aminora la irradiación de un pueblo, baja su horizonte al bajar su nivel, y le retira el conocimiento, a la vez humano y divino, del fin universal, que constituye las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideal; Cartago no tiene ideal. Atenas y Roma, tienen y conservan, incluso a través de todo el espesor nocturno de los siglos, aureolas de civilización.

Francia es un pueblo con las mismas cualidades que Grecia e Italia. Es ateniense por amor a lo bello, y romana por el amor a lo grande. Además, es buena. Se da. Está pronta para la abnegación y el sacrificio con mucha más frecuencia que los otros pueblos. Pero esta facultad, tan pronto como la coge, la deja. Y de ahí el

gran peligro para los que corren cuando ella no quiere sino andar, o para los que andan, cuando desea estarse quieta. Francia tiene sus recaídas de materialismo, y en ciertos instantes, las ideas que obstruyen este cerebro, no muestran nada que recuerde las grandeza francesa, y son de las dimensiones de un Missouri, o un Carolina del Sur. ¡Qué remedio! El gigante representa el papel del enano. La inmensa Francia tiene sus caprichos de pequeñez. A esto se reduce todo.

No hay nada que decir. Los pueblos, como los astros, tienen el derecho al eclipse. Y todo está bien, con tal de que vuelva la luz, y el eclipse no degenere en noche. Alba y resurrección son sinónimos. La reaparición de la luz, es idéntica a la persistencia del yo.

Hagamos constar estos hechos con calma. La muerte en la barricada o la tumba en el exilio, es una necesidad aceptable para el sacrificio. El verdadero nombre del sacrificio es desinterés. Que los abandonados se dejen abandonar, que los exiliados se dejen exiliar, y limitémonos a suplicar a los grandes pueblos que no vayan demasiado lejos cuando retrocedan. No se debe, so pretexto de volver a la razón, avanzar demasiado en el descenso.

La materia existe, y el minuto y los intereses y el vientre existen; pero no se deben oír los consejos del vientre. La vida momentánea tiene su derecho, lo admitimos, pero la vida permanente tiene el suyo. ¡Ay! El haber subido, no impide caer. Ejemplos de esto, más de los que se quisieran, se encuentran en la historia. Una nación es ilustre; toma gusto al ideal; y luego muerde en el fango, y lo sabe bien; y si se le pregunta, cómo es que deja Sócrates por Falstaff, responde: «Porque me gustan más los hombres de estado.»

Unas palabras más antes de volver a la pelea.

Una batalla como la que referimos en este momento, no es otra cosa que una convulsión hacia lo ideal. El

progreso con trabas, es enfermizo y padece esta clase de de epilepsias trágicas. Esta enfermedad del progreso, la guerra civil, hemos debido encontrarla a nuestro paso. Ésta es una de las fases fatales, a la vez acto y entreacto, de este drama cuyo pivote es un condenado social, y cuyo título verdadero es: el progreso.

¡El progreso!

Este grito que lanzamos a menudo, es todo nuestro pensamiento; y en el punto del drama a que hemos llegado, teniendo que experimentar aún más de una prueba la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, al menos dejar entrever claramente la luz.

El libro que el lector tiene ante los ojos en este instante, en su conjunto y en sus pormenores, cualquiera que sean las intermitencias, las excepciones o las debilidades, la marcha del mal al bien, de lo injusto a lo justo, de lo falso a lo verdadero, de la noche al día, del apetito a la conciencia, de la podredumbre a la vida, de la bestialidad al deber, del infierno al cielo, de la nada a Dios. Punto de partida: la materia; punto de llegada: el alma. La hidra, el principio, el ángel, al fin.

XXI

Los héroes

De repente, el tambor dio la señal de ataque.

El ataque fue el huracán. La víspera, en la oscuridad, los sitiadores se habían aproximado a la barricada silenciosamente, como una boa. Ahora, en pleno día, en aquella calle ancha, la sorpresa era de todo punto imposible; además, la viva fuerza estaba desenmascarada; el cañón había empezado a rugir, y el ejército se precipitó sobre el reducto. A la hora presente, la furia era habilidad. Una poderosa columna de infantería de línea, cortada a intervalos iguales por guardia nacional y municipal a pie, y apoyada en masas profundas a las que se oía sin verlas, desembocó en la calle a paso de carga, tocando tambores y clarines, con las bayonetas caladas y los zapadores a la cabeza; e imperturbable bajo los proyectiles, cayó sobre la barricada con el peso de una viga de bronce sobre un muro.

El muro se mantuvo firme.

Los insurgentes hicieron fuego impetuosamente. La barricada escalada, ostentó una crin de relámpagos. El asalto fue tan furibundo, que por un momento se vio la barricada llena de sitiadores; pero sacudió a los soldados, como el león a los perros, y no se cubrió de combatientes, sino como el arrecife de espuma, para reaparecer luego escarpada, negra, formidable.

La columna, obligada a replegarse, permaneció formada en la calle, al descubierto, pero terrible, y respondió al reducto por medio de una espantosa descarga de fusilería. Todo el que ha visto fuegos artificiales, recordará la manga de cohetes voladores, que se denomina canastillo. Represéntese el lector este canastillo, no vertical, sino horizontal, con una bala, una posta o un casco de metralla en la punta de cada uno de estos chorros de fuego, y lanzando la muerte al deshacerse sus racimos de rayos. La barricada estaba debajo.

De ambas partes había igual resolución. La bravura era casi bárbara, y se complicaba con una especie de ferocidad heroica que empezaba por el sacrificio de sí mismo. Era la época en que un guardia nacional combatía como un zuavo. La tropa quería acabar pronto; la insurrección quería luchar. La aceptación de la agonía en plena juventud y en plena salud, convierte la intrepidez en frenesí. Cada cual tenía allí el engrandecimiento de la hora suprema. La calle se cubrió de cadáveres.

La barricada tenía en uno de sus extremos a Enjolras, y en el otro a Marius. Enjolras, que llevaba toda la barricada dentro de su cabeza, se reservaba y se ponía al abrigo de las balas, tres soldados cayeron uno tras otro al pie de su almena, sin haberlo visto siquiera. Marius combatía al descubierto, constituyéndose en blanco de los fusiles enemigos. Más de la mitad de su cuerpo sobresalía por encima del reducto. No hay mayor prodigio que un avaro que se entrega al despilfarro; y no

hay nadie más terrible en la pelea, que el hombre soñador. Marius era formidable y pensativo. Estaba en la batalla como en un sueño. Hubiérase dicho un fantasma disparando tiros.

Los cartuchos de los sitiadores se agotaban; pero no sus sarcasmos. En aquel torbellino de sepulcro en el que se hallaban, se reían.

Courfeyrac tenía la cabeza descubierta.

—¿Qué has hecho de tu sombrero? —preguntó Bossuet.

Courfeyrac respondió:

—Han logrado quitármelo a cañonazos.

O bien decían cosas de índole más elevada.

—¡Cómo comprender —gritaba Feuilly con amargura—, a estos hombres —y citaba los nombres, nombres conocidos, célebres incluso, algunos del antiguo ejército— que habían prometido unírsenos, y habían jurado ayudarnos; que se habían comprometido bajo su palabra; que son nuestros generales, y que nos abandonan!

Combeferre se limitaba a contestar con una grave sonrisa:

—Hay personas que observan las reglas del honor, como se observan las estrellas, desde muy lejos.

El interior de la barricada, estaba sembrado de tal modo de cartuchos rotos, que parecía haber nevado.

Los asaltantes tenían la ventaja del número; los insurgentes la ventaja de la posición. Estaban en lo alto de una muralla, y hacían fuego a boca de jarro contra los soldados, quienes tropezaban con los muertos y heridos, enredándose en la escarpa. Aquella barricada, construida como estaba, y admirablemente apuntalada, era, en verdad, una de estas posiciones donde un puñado de hombres resisten a una legión. No obstante, la columna de ataque reclutada sin cesar, y agrandándose

bajo la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente; y ahora el ejército, poco a poco, paso a paso, pero con seguridad, estrechaba la barricada como el husillo de una prensa del lagar.

Los asaltos se sucedieron. El horror iba en aumento.

Entonces empezó en aquel montón de adoquines, en aquella calle de la Chanvrerie, una lucha digna de una muralla de Troya. Aquellos hombres macilentos, harapientos, cansados, que no habían comido desde hacía veinticuatro horas, que no habían dormido, que sólo contaban con unos pocos tiros más, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, casi todos heridos, vendada la cabeza o el brazo con un lienzo mohoso y negruzco, de cuyos calzones agujereados brotaba la sangre, armados con malos fusiles y viejos sables mellados, se convirtieron en titanes. La barricada fue abordada diez veces, y asaltada, y escalada, y en ninguna ocasión se consiguió tomarla.

Para hacerse una idea de esta lucha, sería preciso imaginarse una terrible hoguera, un espantoso incendio. No era un combate, sino el interior de un horno; las bocas respiraban llamas; los rostros tenían algo de extraordinario. La forma humana parecía allí imposible; los combatientes resplandecían, y era monstruoso ver ir y venir por entre el humo rojizo, a aquellas salamandras de la pelea.

No es posible describir las escenas sucesivas y simultáneas de esta matanza grandiosa. Únicamente una epopeya tiene derecho a llenar doce mil versos con una batalla.

Hubiérase dicho que era el infierno del brahmanismo, el más formidable de los dicisiete abismos, que Veda llama la selva de espadas.

Se luchaba cuerpo a cuerpo, palmo a palmo, a pistoletazos, a sablazos, de lejos, de cerca, de arriba, de abajo,

desde todas partes, de los tejados de la casa, de las ventanas de la taberna, de los respiraderos de las bodegas donde algunos se habían retirado. Eran uno contra sesenta. La fachada de Corinthe, a medio demoler, estaba horrible. La ventana, tatuada de metralla, había perdido los vidrios y los marcos, y no era más que un enorme agujero, precipitadamente tapado con adoquines. Bossuet fue muerto; Feuilly fue muerto; Courfeyrac fue muerto; Joly fue muerto; Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos, en el momento en que relevaba a un soldado herido, no tuvo tiempo más que para mirar al cielo, y expiró.

Marius, combatiendo siempre, estaba tan acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, que su rostro desaparecía bajo la sangre, y se hubiera dicho que lo llevaba cubierto con un pañuelo encarnado.

Enjolras era el único que no había sido alcanzado. Cuando no tenía arma, extendía la mano a derecha e izquierda, y un insurrecto le daba una cualquiera. No le quedaba sino un pedazo de cuatro espadas, una más que Francisco I, en Marignan.

Homero dice: «Diomedes degüella a Axilio, hijo de Teutranide, que habitaba en la feliz Arisba; Eurialo, hijo de Mecisteo, extermina a Dresos, y Ofeltios, a Esepo y a Pedaso, el que la náyade Abarbarea concibió del irreprensible Bucolionte; Ulises derriba a Pidites de Perco; Antiloco a Ablero; Polipetes a Astialo; Polidamas a Otos de Cilene, y Teucro a Aretaonte, Megancio muere atravesado por la pica de Euripiles. Agamenón, rey de los héroes, arroja en tierra a Elatos, oriundo de la escarpada ciudad que baña el sonoro río Satnois.»[1]

1 Resumen bastante libre de *La Ilíada*, con algunos errores: traducido por el «hijo de Teuthranis»; Melancio convertido en Megancio, a causa, sin duda, del gusto de Victor Hugo por la raíz Meg. La alusión de Polidamas matando a Otos en una reminiscencia de *La Ilíada*.

En nuestros viejos poemas de gestas, Esplandian[1], ataca con un hacha de fuego al gigante marqués de Swantibore, el cual se defiende lapidando al caballero, con tórres que arranca de raíz. Nuestros antiguos frescos murales nos muestran a los duques de Bretaña y Borbón, armados, con sus escudos de guerra, a caballo, y abordándose uno a otro, empuñada el hacha de combate, con máscaras de hierro, botas de hierro, guantes de hierro, uno con coraza de armiño, y el otro de azul; Bretaña con su león entre los dos cuernos de su corona, y Borbón, con un casco de visera que figuraba una monstruosa flor de lis. Pero para ser soberbio no es necesario llevar como Ivon, el morrión ducal, ni tener en la mano como Esplandian, una llama viva, o como Files, padre de Polidamas, haber traído de Epiro una buena armadura, regalo del rey de los hombres Eufetes[2]. Basta dar la vida por una convicción, o por una lealtad. Este soldado sencillo, ayer campesino en Beauce o Limousin, que ronda con el machete al costado alrededor de las niñeras del Luxemburgo, o este estudiante pálido inclinado sobre un estuche de anatomía, o sobre un libro, rubio adolescente que corta su barba con tijeras; tomadlos a ambos, inspiradles el soplo del deber, metedles frente a frente en la encrucijada de Boucherat, o en la callejuela sin salida de Planche-Mibray, que uno combata por su bandera, y otro por su ideal; que imaginen los dos que combaten por la patria; la lucha será colosal; y la sombra que harán en el gran campo épico donde lucha la humanidad, ese currutaco y este estudiantillo, igualará a la sombra que proyecta Megarion, rey de la Licia llena de tigres, luchando cuerpo a cuerpo con el inmenso Ajax, igual a los dioses.

1 Esplandian, héroe de una novela española de caballería.

2 Polidamas era hijo de Panthoos. Eufete era rey de Efire, antiguo nombre de Corinto.

XXII

Palmo a palmo

Cuando no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Marius, en los extremos de la barricada, el centro, que habían sostenido tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió.

El cañón, sin abrir una brecha practicable, había ensanchado bastante la parte media del reducto; allí, la parte alta de la muralla había desaparecido, a impulsos de las balas; y los escombros, que caían ya hacia el interior, ya hacia el extérior, acabaron por formar, amontonándose a ambos lados, dos declives; uno dentro y otro fuera. El declive exterior ofrecía a los sitiadores un plano inclinado.

Intentóse por allí un supremo asalto, y este asalto tuvo éxito. La masa erizada de bayonetas y lanzada al paso gimnástico llegó con irresistible empuje, y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció en el humo en lo alto de la escarpa. Esta vez todo había

terminado. El grupo de insurgentes que defendía el centro, retrocedió en desorden.

Entonces despertóse en algunos el sombrío amor a la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querían ya morir. Es un minuto en el que el instinto de conservación lanza alaridos, y en el que la bestia reaparece en el hombre. Estaban arrimados a la casa de seis pisos que servía de fondo al reducto. Aquella casa podía ser la salvación. Hallábase barrada, y como cerrada de arriba a abajo. Antes de que la tropa de línea estuviera en el interior del reducto, tenía tiempo para abrirse y cerrarse una puerta, la duración de un relámpago bastaba para esto, y la puerta de aquella casa, entreabierta bruscamente, y cerrada enseguida, era la vida para aquellos desesperados. Detrás de aquella casa, estaban las calles, la huida posible, el espacio. Se pusieron a llamar a aquella puerta a golpes de fusil y a patadas, llamando, gritando, suplicando, uniendo las manos. Nadie abrió. Desde el ventanuco del tercer piso la cabeza muerta les miraba.

Pero Enjolras y Marius, y siete u otro más que los seguían, corrieron a protegerlos. Enjolras había gritado a los soldados: «¡Deteneos!», y como un oficial no obedeciese, Enjolras lo había matado. Estaba ahora en el pequeño patio interior del reducto, respaldado en la casa de Corinthe, con la espada en una mano, la carabina en la otra, manteniendo abierta la puerta de la taberna, que impedía traspasar a los sitiadores. Gritó a los desesperados: «No hay más que una puerta abierta. Ésta.» Y cubriéndola con su cuerpo, hacía él sólo frente a un batallón, y los hizo pasar detrás de él. Todos se precipitaron dentro. Enjolras, ejecutando con su carabina, de la que ahora se servía como de un bastón, lo que los peritos llaman molinete, paró los golpes de los bayonetazos alrededor y delante de así, y entró el último;

hubo un instante horrible, cuando los soldados querían penetrar y los insurrectos querían cerrar. La puerta fue cerrada con una violencia tal, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel, los cinco dedos de un soldado que se había asido a ella.

Marius se había quedado fuera. Un disparo acababa de romperle la clavícula; sintió que se desvanecía y caía. En aquel momento, con los ojos ya cerrados experimentó la conmoción de una vigorosa mano que le cogía, y su desvanecimiento, en el que se perdió, le permitió apenas este pensamiento en que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette: «Soy hecho prisionero. Me fusilarán.»

Enjolras, al no ver a Marius entre los refugiados de la taberna, tuvo la misma idea. Pero se hallaban en el instante en el que no se tiene tiempo de pensar más que en la propia muerte. Enjolras sujetó la barra de la puerta, echó el cerrojo, dio dos vueltas a la llave, ejecutó lo mismo con el candado, mientras que por la parte de afuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles, y los zapadores con sus hachas. Los asaltantes se habían agrupado ante aquella puerta. Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados, preciso es decirlo, estaban ciegos de cólera.

La muerte del sargento de artillería los había irritado, y además, cosa aún más funesta, durante el transcurso de las horas anteriores al ataque, había circulado entre ellos la noticia de que los insurrectos mutilaban a los prisioneros, y que se veía en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza. Este género de rumores fatales, es el acompañamiento corriente de las guerras civiles, y fue un rumor de esta especie, el que causó más tarde la catástrofe de la calle Transnonain.

Cuando la puerta quedó atrancada, Enjolras dijo a los suyos:

—Vendámonos caro.

Luego se acercó a la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Veíanse bajo el paño negro, dos formas derechas y rígidas, una grande y otra pequeña, y los dos rostros se dibujaban vagamente bajo los pliegues fríos del sudario. Una mano salía por debajo del lienzo, y colgaba hacia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, igual que la víspera había besado la frente.

Eran los dos únicos besos que había dado en su vida.

Abreviemos. La barricada había luchado como una puerta de Tebas, y la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Semejantes resistencias son feroces. No hay cuartel, no hay capitulación posible. Se quiere morir con tal de matar. Cuando Suchet dijo: «Capitulad», Palafox[1], responde: «Después de la guerra del cañón, la de cuchillo.» Nada faltó a la toma por asalto de la taberna Hucheloup; ni los adoquines lloviendo desde la ventana y el tejado sobre los asaltantes, exasperando a los soldados con aplastamientos horribles; ni los disparos desde las cuevas y las buhardillas; ni el furor del ataque; ni la rabia de la defensa; ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia de la exterminación. Los asaltantes, al precipitarse dentro de la taberna con los pies enredados en los tableros de la puerta rota y derribada, no encontraron ni un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada a hachazos, yacía en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de expirar; los que no estaban muertos estaban en el piso principal, y allí, por el agujero del techo que había servido de entrada a la escalera, empezó un espantoso fuego. Eran los últimos cartuchos.

1 Palafox, defensor de Zaragoza en 1808-1809.

Cuando estuvieron quemados, sin pólvora ya, ni balas para aquellos formidables agonizantes, cada uno tomó en la mano dos de las botellas reservadas por Enjólras y de las que hemos hablado ya, e hicieron frente al enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de aguafuerte. Referimos los hechos lúgubres de la matanza, tales cuales son. El sitiado, ¡ay!, echa mano de todo. El fuego griego no ha deshonrado a Arquímedes, ni la pez hirviente a Bayard. La guerra es todo espanto y no hay en ella nada que elegir. La fusilería de los sitiadores, aunque con la molestia de tener que dirigirse de abajo hacia arriba, era mortífera. El reborde del agujero del techo vióse pronto rodeado de cabezas muertas de donde corría la sangre en rojos y humeantes hilos. El ruido era indecible; un humo espeso y ardiente, esparcía casi la noche sobre aquel combate. Faltan las palabras para describir el horror, cuando llega hasta un grado tal. Ya no quedaban hombres en aquella lucha ahora infernal. No eran más que gigantes contra colosos. Parecíase más aquello a Milton y a Dante, que a Homero. Demonios atacaban, y espectros resistían.

Era el heroísmo monstruo.

XXIII

Orestes en ayunas y Pílades ebrio

En fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, asiéndose al techo, acuchillando al borde mismo de la trampa a los últimos que resitían, unos veinte de los sitiadores, soldados, guardias nacionales, guardias municipales, desfigurados la mayor parte por las heridas recibidas en el rostro al verificar aquella terrible ascensión, cegados por la sangre, furiosos, salvajes, se precipitaron en la sala del primer piso. No quedaba en pie más que un solo hombre: Enjolras. Sin cartuchos, sin espada, no le quedaba en la mano más que el cañón de su carabina, cuya culata había roto sobre la cabeza de los que entraban. Había puesto la mesa de billar entre los asaltantes y él; había retrocedido hasta el ángulo de la sala, y allí, con la mirada altiva, la cabeza alta, y aquel trozo de arma en la mano, inspiraba aún bastante inquietud para que nadie se atreviese a acercarse. Se oyó un grito:

—Es el jefe. Es el que ha matado al artillero. Puesto que se ha puesto ahí, está perfectamente. Que se quede. Fusilémosle en este mismo sitio.

—Fusiladme —dijo Enjolras.

Y arrojando el cañón de su carabina y cruzando los brazos, presentó el pecho.

La audacia de una muerte heroica, conmueve siempre a los hombres. En cuanto Enjolras cruzó los brazos, aceptando el fin, el ensordecimiento de la lucha cesó en la sala, y aquel caos se apaciguó súbitamente convirtiéndose en una especie de solemnidad sepulcral. Parecía que la majestad amenazadora de Enjolras, desarmado e inmóvil, pesara sobre aquel tumulto, y que aunque no fuera más que por la autoridad de su mirada tranquila, aquel joven, el único que no había sido herido, soberbio, ensangrentado, encantador, indiferente como un invulnerable, obligó a aquella siniestra gente a matarlo con respeto. Su belleza, aumentada en aquel momento por su altivez, despedía un vivísimo brillo, y como si el cansancio, lo mismo que las heridas, no tuviera poder sobre él, después de las horribles veinticuatro horas que acababan de trascurrir, estaba fresco y sonrosado. Quizá se refiriese a él, el testigo que dijo luego ante el consejo de guerra:

—Había un insurrecto a quien oí llamar Apolo.

Un guardia nacional que apuntaba a Enjolras bajó su arma, diciendo:

—Me parece como si fuera a fusilar a una flor.

Doce hombres se formaron en pelotón en el ángulo opuesto a Enjolras, y cargaron sus fusiles en silencio.

Luego, un sargento, exclamó:

—¡Apunten!

Intervino un oficial.

—Esperad. —Y añadió dirigiéndose a Enjolras—: ¿Queréis que os venden los ojos?

—No.

—¿Sois vos en efecto, quien mató al sargento de artillería?

—Sí.

Hacía un instante que se había despertado Grantaire.

Grantaire, como recordará el lector, dormía desde la víspera en la sala alta de la taberna, sentado en una silla y recostado sobre una mesa.

Realizaba en toda su extensión la antigua metáfora, «difunto de taberna». El horrible filtro de aguardiente, cerveza, ajenjo, lo había aletargado. Su mesa era pequeña, y no podía servir para la barricada; se la dejaron. Seguía en la misma postura, con el pecho doblado y la cabeza apoyada sobre los brazos, rodeado de vasos, chopes y botellas. Dormía con este sueño profundo del oso entorpecido o de la sanguijuela ya harta. Ni el fuego de los fusiles, ni el del cañón, ni la metralla que penetraba por la ventana de la sala donde estaba, ni la prodigiosa baraúnda del asalto, lo despertaron. Sólo de vez en cuando, respondía al cañón con un ronquido. Parecía esperar allí a que una bala le ahorrase el trabajo de abrir los ojos. Varios cadáveres yacían a su alrededor; y a primera vista, nada le diferenciaba de los que estaban entregados al profundo sueño de la muerte.

El ruido no despierta a un borracho, pero sí el silencio. Esta singularidad ha sido observada más de una vez. La caída de todo a su alrededor, aumentaba el letargo de Grantaire; el derrumbamiento lo arrullaba. La especie de alto que hizo el tumulto delante de Enjolras, fue una sacudida para aquel pesado sueño. Es el efecto de un coche al galope que se detiene en seco. Los que estaban dormidos, se despiertan. Grantaire se incorporó sobre-

saltado, extendió los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó, y comprendió.

La embriaguez que concluye, se asemeja a una cortina que se desgarra. Se ve en conjunto y de una sola vez, todo lo que ocultaba. Todo se ofrece súbitamente a la memoria; y el borracho que no sabe nada de lo que ha pasado hace veinticuatro horas, no ha acabado aún de abrir los párpados, cuando ya está al cabo de todo. Las ideas le vuelven con súbita lucidez; la opacidad de la embriaguez, especie de vaho que cegaba el cerebro, se disipa, y da lugar a la clara y distinta percepción de la realidad.

Relegado como estaba en un rincón y como protegido detrás del billar, los soldados, con la vista fija en Enjolras, no habían advertido siquiera la presencia de Grantaire, y el sargento se preparaba para repetir la orden: «¡Apunten!», cuando de repente oyeron una fuerte voz, exclamando a su lado:

—¡Viva la república! Aquí estoy yo.

Grantaire se había levantado.

El inmenso resplandor del combate, a que él no había asistido, apareció en la brillante mirada del borracho trasfigurado.

Repitió: «¡Viva la república!», atravesó la sala con paso firme, y fue a colocarse delante de los fusiles, en pie, junto a Enjolras.

—Matad a dos de un golpe —dijo. Y volviéndose hacia Enjolras con dulzura, le dijo—: ¿Lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriendo.

Aún no había acabado de sonreír, cuando estalló la detonación.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, quedó apoyado en la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo más que inclinar la cabeza.

Grantaire, como herido por el rayo, cayó a sus pies.

Algunos instantes después, los soldados desalojaban a los últimos insurrectos que se habían refugiado en lo alto de la casa. Tiraban dentro de las buhardillas, a través de un enrejado de madera. Se luchaba en el tejado. Se echaban cuerpos por las ventanas, algunos aún vivos. Dos cazadores, que intentaban poner en pie el ómnibus hecho pedazos, fueron muertos por dos disparos de carabina desde la buhardilla. Un hombre de blusa, a quien precipitaron desde aquella altura, traspasado el vientre de un bayonetazo, se revolcaba en el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caían fuertemente y ferozmente abrazados. Lucha semejante en la cueva. Gritos, disparos, pataleo espantoso. Luego, el silencio. La barricada había sido tomada.

Los soldados empezaron el registro de las casas vecinas, y la persecución de los fugitivos.

XXIV

Prisionero

Marius estaba prisionero, en efecto. Prisionero de Jean Valjean.

La mano que lo había asido por detrás en el momento de caer, y cuya presión había sentido al desvanecerse, era la de Jean Valjean.

Jean Valjean no había tomado en el combate más parte que la de exponer su vida. Sin él, en aquella fase suprema de la agonía, nadie hubiera pensado en los heridos. Gracias a él, presente como una providencia en todos lados durante la matanza, los que caían eran levantados, trasladados a la sala baja y curados. En los intervalos, reparaba la barricada. Pero nada que pudiera parecerse a un golpe, a un ataque, ni siquiera a una defensa personal, salió de sus manos. Se callaba y socorría. Por lo demás, apenas tenía algunos rasguños. Las balas lo habían respetado. Si el suicidio formaba parte en el plan que se había forjado al dirigirse a aquel se-

pulcro, por este lado el éxito no le había favorecido. Pero dudamos de que hubiera pensado en el suicidio, acto irreligioso.

Jean Valjean, en medio de la densa niebla del combate, no aparentaba ver a Marius, cuando, sin embargo, no le perdía de vista ni un solo instante. Cuando un balazo derribó a Marius, Jean Valjean saltó con la agilidad de un tigre, se abatió sobre él como sobre una presa, y se lo llevó.

El torbellino del ataque, estaba en aquel momento concentrado de tal modo sobre Enjolras y sobre la puerta de la taberna, que nadie vio a Jean Valjean, sosteniendo en sus brazos a Marius desvanecido, atravesar el campo desempedrado de la barricada, y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinthe.

El lector recordará este ángulo, que formaba una especie de cabo en la calle; protegía contra las balas y la metralla, y también de las miradas, algunos pies cuadrados de terreno. Hay a veces en los incendios, una habitación que no arde, y en los mares más furiosos, detrás de un promontorio, o al final de una serie de escollos, un rincón tranquilo. En esta especie de repliegue del trapecio interior de la barricada, había agonizado Éponine.

Allí, Jean Valjean se detuvo, dejó en el suelo a Marius, se apoyó contra la pared, y miró a su alrededor.

La situación era terrible.

Por el momento, tal vez durante dos o tres minutos, aquel lienzo de pared era un abrigo; pero, ¿cómo salir de aquella matanza? Recordaba la angustia que había experimentado en la calle Polonceau, ocho años antes, y de qué manera había conseguido salir del apuro; entonces era difícil, hoy resultaba imposible. Tenía delante de él, aquella sorda e implacable casa de seis pisos que

parecía habitada sólo por el hombre muerto inclinado en la ventana; a su derecha tenía la barricada bastante baja, que cerraba la Petite-Truanderie; saltar aquel obstáculo parecía fácil, pero por encima del parapeto se distinguía una hilera de puntas de bayonetas. Era la tropa de línea, apostada al otro lado de la barricada, y en acecho. Era evidente que franquear la barricada era buscar un fuego de pelotón, y que cualquier cabeza que se aventurara a atravesar la muralla de adoquines, serviría de blanco a sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo de batalla. La muerte estaba detrás del ángulo de la pared.

¿Qué hacer?

Sólo un pájaro hubiera podido salir de allí.

Y era preciso decidirse en un instante, hallar un recurso, adoptar una resolución. A algunos pasos de aquel sitio, se combatía aún, y por fortuna, todos se encarnizaban en un solo punto, en la puerta de la taberna; pero si a un soldado, a uno solo, se le ocurría dar la vuelta a la casa, o atacarla por el flanco, todo habría concluido.

Jean Valjean miró la casa de enfrente, luego la barricada de la derecha, y por último, el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado, y como si hubiese querido abrir un agujero con los ojos.

A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó a adquirir forma una cosa vagamente perceptible en tal agonía, como si la vista tuviera el poder de hacer brotar el objeto pedido. Descubrió a pocos pasos de él, y al pie del parapeto con tanto rigor custodiado y vigilado desde fuera, bajo un hundimiento de adoquines que la ocultaban en parte, una reja de hierro colocada plana al nivel del piso. Esta reja, hecha de fuertes barrotes trasversales, tenía unos dos pies cuadrados aproximadamente. El marco de adoquines que la sostenían había sido arrancado, y estaba como

desencajada. A través de los barrotes se advertía una abertura oscura, algo semejante al conducto de una chimenea, o al cilindro de una cisterna. Jean Valjean se abalanzó. Su vieja ciencia de evasión, le subió al cerebro como una luz. Separar los adoquines, levantar la reja, cargar sobre sus hombros a Marius, inerte como un cuerpo muerto, descender con aquel fardo sobre los riñones, ayudándose con los codos y las rodillas, en aquella especie de foso, felizmente poco profundo, dejar caer por encima de su cabeza la pesada trampa de hierro, sobre la cual los adoquines, derrumbándose, cubrieron de nuevo, y tomar pie sobre una superficie embaldosada, a tres metros por debajo del suelo, fue ejecutado como lo que se hace en el delirio, con una fuerza gigante y una rapidez de águila; apenas duró algunos minutos.

Jean Valjean se encontró con Marius que seguía desvanecido, en una especie de largo corredor subterráneo.

Allí reinaba una paz profunda, un silencio absoluto, la noche.

La impresión que había experimentado en otra ocasión, cuando saltó de la calle al convento, se le vino a la mente. Solo que ahora, no llevaba consigo a Cosette, sino a Marius.

Ahora apenas oía por encima de su cabeza, algo semejante a un vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

Libro segundo

El intestino de Leviatán[1]

1 Hugo extrae la documentación de este libro, de una *Estadística de las alcantarillas de París,* publicada en los años 40.

I

La tierra empobrecida por el mar[1]

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y no hablamos en metáfora. ¿Cómo y de qué manera?: día y noche. ¿Con qué objeto?: sin ningún objeto. ¿Con qué idea?: sin pensarlo. ¿Para qué?: para nada. ¿Por medio de qué órgano?: por medio de su intestino. ¿Cuál es su intestino?: la alcàntarilla.

Veinticinco millones es la más moderada de las cifras aproximadas que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, después de haber andado a tientas durante mucho tiempo, sabe hoy que el más fecundo y eficaz de los abonos es el abono humano. Los chinos,. digámoslo para nuestra vergüenza, lo sabían antes que nosotros. Ningún labrador chino (lo ha dicho Eckeberg), vuelve de la ciudad sin traer en los dos extremos de su bambú, dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias.

1 La idea de este capitulo, está tomada de un catálogo de Pierre Leroux, «A los estados de Jersey, sobre un medio de quintiplicar por no decir más, la producción agrícola del país», publicado en Londres y Jersey en 1853.

Gracias al abono humano, la tierra en China, está aún tan joven como en los tiempos de Abraham. El trigo chino da hasta ciento veintiocho granos por semilla. No hay grano comparable en fertilidad, al detritus de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Emplear la ciudad en abonar la llanura, sería asegurarse un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio, nuestro estiércol es oro.

¿Qué se hace con ese oro-estiércol? Se le arroja al abismo.

Se envían convoyes de buques, que ocasionan grandes gastos, para recoger en el polo austral el excremento de los petrelos y pingüinos, y el incalculable elemento de opulencia que se tiene al alcance de la mano, se tira al mar. Todo el abono humano y animal que el mundo pierde, devuelto a la tierra en lugar de ser arrojado al mar, bastaría para alimentar al mundo.

Estos montones de inmundicias de las esquinas y bordillos, estos carros de basura que se zangolotean por la noche en las calles, esos horribles toneles del muladar, estos fétidos arroyos de fango que el empedrado oculta, ¿sabéis lo que son? Son la pradera en flor, la hierba verde, el serpol, el tomillo, la salvia; son la caza, el ganado, el mugido de satisfacción de los bueyes por la tarde; son heno oloroso, trigo dorado, pan en vuestra mesa, sangre caliente en vuestras venas; son salud, alegría, vida. Así lo quiere esta creación misteriosa que es la trasformación sobre la tierra y la trasfiguración en el cielo.

Devolved todo esto al gran crisol, y saldrá de él vuestra abundancia. La nutrición de las llanuras, forma el alimento de los hombres.

Dueños sois de perder esta riqueza, y de juzgarme además ridículo. Será la obra maestra de vuestra ignorancia.

Las estadísticas han calculado que Francia por sí sola vierte todos los años en el Atlántico por boca de sus ríos, quinientos millones. Con estos quinientos millones, se pagaría la cuarta parte de los gastos del presupuesto; y, sin embargo, la habilidad de los hombres es tal, que prefiere desprenderse de ellos, regalándolos al arroyo. La sustancia misma del pueblo, aquí gota a gota, allá a oleadas, se las lleva tras de sí ese miserable derramamiento de nuestras alcantarillas en los ríos, y este gigantesco vómito de nuestros ríos en el océano. Cada hipo de nuestras cloacas, nos cuesta mil francos. Dos son sus resultados: la tierra empobrecida y el agua apestada. El hambre saliendo del surco, y la enfermedad del río.

Es notorio, por ejemplo, que hoy, el Támesis envenena a Londres.

En cuanto a París, ha sido preciso en estos últimos tiempos hacer que la mayor parte de las alcantarillas río abajo, desemboquen por el último puente.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y exclusas aspirante e impelente, un sistema de drenaje elemental, sencillo como el pulmón del hombre, y que está en pleno funcionamiento en varias comunas de Inglaterra, bastaría para traer a nuestras ciudades el agua pura de los campos, y para enviar a nuestros campos, el agua rica de las ciudades, y por este sistema, el más sencillo del mundo, aprovecharíamos los quinientos millones arrojados fuera. Se piensa en otras cosas.

El procedimiento actual hace el mal, queriendo hacer el bien. La intención es buena, el resultado es triste. Se cree expurgar la ciudad, y se enferma a la población. Una alcantarilla es un malentendido. Cuando en todas partes el drenaje, con su doble función, restituyendo lo que toma, haya remplazado a la alcantarilla, simple lavado empobrecedor, entonces, combinándose esto con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra

será duplicado, y el problema de la miseria será singularmente atenuado. Añádase la supresión de los parasitismos, y quedará resuelto.

Entretanto, la riqueza pública se marcha al río, y la merma sigue. Merma, sí, ésta es la palabra. Europa se arruina por consunción.

En cuanto a Francia, acabamos de mencionar su cifra. Ahora bien, como París contiene la vigésima quinta parte de la población francesa total, y el guano parisiense es el más rico de todos, no se llega todavía al guarismo verdadero al evaluar en veinticinco millones la parte de pérdida de París en los quinientos millones que Francia desecha anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en asistencia y goces, doblarían el esplendor de París. La ciudad los gasta en cloacas. De manera que puede decirse que la gran prodigalidad de París, su fiesta maravillosa, su Folie-Beaujon [1], su orgía, su fortuna derramada a manos llenas, su fasto, su lujo, su magnificencia, es su alcantarilla.

De esta suerte, en la ceguera de una mala economía política, se ahoga y se deja arrastrar por la corriente, y perderse en los abismos, el bienestar de todos. Convendría que hubiese redes en Saint-Cloud, para la fortuna pública.

Económicamente, el hecho puede resumirse así: París, manirroto.

París, esta ciudad modelo, este patrón de capitales bien construidas, y de la que cada pueblo procura tener una copia, metrópoli de lo ideal, augusta patria de la iniciativa, del impulso y del ensayo, centro y mansión

[1] Casa construida cerca de la Estrella, por el financiero Nicolás Beaujon (1708-1786). Hugo la toma aquí por símbolo del lujo. Ha evocado, en otra parte de este libro, las diversiones instaladas, hasta 1824, en el antiguo parque de Beaujon: baile, montañas rusas, etcétera.

de las inteligencias, ciudad-nación, colmena del porvenir, admirable mezcla de Babilonia y de Corinto, hace, desde el punto de vista que acabamos de considerar, encogerse de hombros a un labrador de Fo-Kien.

Imitad a París y os arruinaréis.

Por lo demás, en este despilfarro insensato, el mismo París imita.

Estas sorprendentes ineptitudes no son nuevas; la necedad en el presente caso, viene de muy atrás. Los antiguos obraban como los modernos. «Las cloacas de Roma —dice Liebig [1]—, han absorbido todo el bienestar del labrador romano.» Cuando la campiña de Roma, fue arruinada por la alcantarilla romana, Roma agotó los recursos de Italia, y cuando hubo vaciado a Italia en su cloaca, ejecutó lo propio con Sicilia, luego Cerdeña, y luego África. La alcantarilla de Roma se ha tragado el mundo. Esta cloaca ofrecía sus tragaderas a la ciudad y al universo. *Urbi et orbi* [2]. Villa eterna, alcantarilla insondable.

En estas cosas, como en otras, Roma da el ejemplo.

París, sigue este ejemplo, con toda la estupidez propia de las ciudades de talento.

Para las necesidades de la operación de que hemos hablado, París tiene debajo de sí otro París. Un París de alcantarillas, con sus calles, sus encrucijadas, sus plazas, sus callejuelas sin salida, sus arterias, y su circulación, que es fango, faltando sólo la figura humana.

Porque no debe adularse a nadie, ni siquiera a un gran pueblo. Donde hay de todo, se encuentra la ignominia al lado de la sublimidad; y si París contiene a Ate-

1 Justus von Liebig (1803-1873), químico alemán. Su *Química orgánica en sus aplicaciones a la agricultura* (1840), fue editada siete veces en cinco años.

2 Hugo acaba de traducir estas tres palabras, utilizadas, como se sabe, en una fórmula de bendición papal.

nas, la ciudad de las luces, a Tiro, la ciudad del poder, a Esparta, la ciudad de la virtud, a Nínive, la ciudad del prodigio, contiene también a Lutecia, la ciudad del cieno [1].

Por otra parte, el sello de su poder está también presente y la titánica sentina de París ostenta, entre sus monumentos, este ideal extraño realizado en la humanidad por algunos hombres tales como Maquiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

El subsuelo de París, si la vista pudiera penetrar su superficie, presentaría el aspecto de una madrépora colosal. Una esponja no tiene más boquetes y pasillos que el pedazo de tierra, de seis leguas de circuito, donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una cueva aparte, sin hablar del confuso enverjado de las cañerías del gas, sin contar con el vasto sistema tubular de la distribución de agua corriente a las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman, en las dos riberas, una prodigiosa red subterránea; laberinto cuyo hilo es la pendiente.

Allí, aparece, en la bruma húmeda, la rata, que parece el producto del parto de París.

[1] «Lutum», en latín significa barro, y Víctor Hugo piensa, sin duda, en una etimologia hecha para complacerle.

II

La historia antigua de la alcantarilla

Si imaginamos a París, levantado como una tapadera, la red subterránea de las alcantarillas, vista a vuelo de pájaro, dibujará en las dos orillas una especie de rama gruesa injertada al río. En la orilla derecha, la alcantarilla del centro será el tronco de esta rama, y los conductos secundarios serán las ramas, y los callejones sin salida las ramitas.

Esta imagen está hecha a grandes rasgos, y no es del todo exacta; pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas es muy raro en la vegetación.

Nos formaremos una imagen más adecuada de este extraño plano geométrico, figurándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, algún extraño alfabeto oriental, en desorden, y cuyas letras diformes estuviesen soldadas unas con otras, como a la ventura, ora por sus ángulos, ora por sus extremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la edad media, y en el bajo imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos, y los déspotas iban allí a morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benarés no era menos vertiginoso que el de los leones de Babilonia. Teglat-Falasar [1], según los libros bíblicos, juraba por la sentina del Nínive. Del albañal de Munster, Jean de Leyde [2], hacía salir su falsa luna, y del poso-cloaca de Kekhscheb, su menecmo oriental, Mokanna, el profeta velado del Korasán, hacía salir su falso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonías eran las fastos de Roma. La alcantarilla de París, ha sido una antigualla formidable. Ha sido sepulcro, y ha sido asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen o han perseguido, se ha ocultado en este agujero; los maillotins [3], en el siglo XIV, los capeadores en el siglo XV, los hugonotes en el siglo XVI, los iluminados de Morin [4], en el siglo XVII, los chauffeurs [5], en el siglo XVIII.

1 Hubo dos soberanos asirios de este nombre.

2 Jean de Leyde (1510-1536), que, en Munster, se proclamó rey de Sión. Este anabaptista, disoluto y místico, hacía imperar, a la vez, las costumbres licenciosas y la persecución religiosa.

3 Nombre que se dio a los hombres del pueblo de París, que, para oponerse al pago de los impuestos, en 1831, se armaron de mazas y asesinaron a los encargados de cobrar las contribuciones.

4 Simón Morin (1623-1663) «visionario», denunciado por D. de Saint-Sorlin, y quemado vivo. Se llamaba a sí mismo «el hijo del hombre».

5 Nombre de unos ladrones que quemaban los pies de sus víctimas para obligarles a confesar dónde tenían el dinero.

Hace cien años, de allí salía la puñalada nocturna, y por allí se deslizaba el ratero para librarse del peligro. El bosque tenía la caverna, y París la alcantarilla. La truhanería, estos pilluelos galos, aceptaba la alcantarilla, como sucursal de la corte de los milagros, y por la noche, ruin y feroz, entraba en el vomitorio Maubuée como en una alcoba.

Era muy sencillo que los que tenían por lugar de trabajo cotidiano el callejón Vide-Gousset, o la calle Coupe-Gorge [1], tuvieran por domicilio nocturno el puentecillo de Chemin-Vert [2], o la huronera Hurepoix [3]. De aquí provienen una multitud de recuerdos. Fantasmas de todas clases frecuentaban esos largos corredores solitarios; en todas partes, la podredumbre y el miasma; acá y allá un respiradero, en donde Villon, desde dentro, habla con Rabelais, situado fuera.

La alcantarilla, en el viejo París, es la cita de todos los aniquilamientos y de todos los ensayos. La economía política ve en ella un detritus, y la filosofía social un resultado.

La alcantarilla es la conciencia de la población. Todo converge en ella, y en ella se confronta. En este lugar lívido, hay tinieblas pero no hay ya secretos. Cada cosa

[1] La calle Coupe-Gorge (o Coupe-Gueule), estaba situada entre las paredes del recinto de Philippe-Auguste (calle Saint-Hyacinte) y el jardín de los Dominicains de la calle Saint-Jacques. Ya no existía en el siglo XIX.

[2] El pequeño puente del Chemin-Vert, franqueaba la gran alcantarilla que iba a lo largo de la calle Verte, llamada del «Chemin-Vert», a mediados del siglo XVIII. Esta calle unía la calle del faubourg Saint-Honoré con la calle de la Ville-l'Evêque.

[3] La calle de Hurepoix iba de la calle Git-le-Coeur al puente Saint-Michel. Se observará que Victor Hugo no relaciona al azar nombres de calles y nombres de alcantarillas (Vide-Gousset y Chemin-Vert, Coupe-Gorge y Hurepoix, correspondían a proximidades reales).

tiene su forma verdadera, o al menos su forma definitiva. El montón de basuras, puede alegar en su favor que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí. En él se encuentra la máscara de Basilio, pero se ve el cartón y el bramante, lo interior y lo exterior, está realzado con un honrado cieno. Cerca está la falsa nariz de Scapin. Todas las porquerías de la civilización, cuando ya no sirven, caen en ese foso de verdad adonde va a parar el inmenso derrame social. Se sumergen en él, pero se ponen al mismo tiempo de manifiesto. Aquella mezcla es una confesión. No más falsas apariencias; ya no hay afeite ni disfraz posibles; la basura se quita la camisa; desnudez absoluta, disipación de ilusiones; lo que es, nada más que lo que es, con la siniestra figura de lo que acaba. Realidad y desaparición. Allí una botella rota confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta refiere los lances del servicio doméstico; el corazón de manzana que ha tenido opiniones literarias, vuelve a ser el corazón de manzana; la efigie del cuarto, se cubre francamente de herrumbre; el salivazo de Caifás, se encuentra con el vómito de Falstaff; el luis de oro que sale del garito, choca con el clavo de donde cuelga el extremo de cuerda del suicidio, el feto lívido, rueda con las lentejuelas que bailaron el último martes de carnaval en la ópera; el bonete que ha juzgado a los hombres, se revuelca del harapo que fue la falda de la mujer galante; pasa de fraternidad, es ya tuteo. Todo lo que se acicalaba, ahora se empuerca. El último velo se ha arrancado. Una alcantarilla es un cínico. Lo dice todo.

Esta sinceridad de la inmundicia, tiene algo de bueno y alivia el alma. Cuando se ha vivido teniendo que soportar el espectáculo de la grande importancia que se arrogan en la tierra la razón de estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de situación, las togas incorrup-

tibles, consuela entrar en una alcantarilla y ver el fango a que se ha reducido todo esto.

Además, enseña. Acabamos de decirlo, la historia pasa por la alcantarilla. Las matanzas, como la de la noche de Saint-Barthélemy, filtran gota a gota por entre los adoquines. Los grandes asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas, atraviesan ese subterráneo de la civilización, y arrojan en él sus cadáveres. Para el pensador, todos los asesinos políticos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubremente con una esponja las manchas de sus crímenes. Luis XI está allí en compañía de Tristán, Francisco I, y Duprat [1], Carlos IX y su madre, Richelieu con Luis XIII, Louvois, Letellier, Hébert y Maillard [2], arañando las piedras por si consiguen que desaparezca la huella de sus acciones. Se oye bajo estas bóvedas la escoba de los espectros. Se respira la fetidez enorme de las catástrofes sociales. Se ven en las esquinas reflejos rojizos. Corre allí un agua terrible, donde se han lavado las manos ensangrentadas.

El observador social debe entrar en estas sombras. Forman parte de su laboratorio. La filosofía en el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se le escapa. Tergiversar es inútil. ¿Qué lado es el que se muestra al tergiversar?, el de la vergüenza. La filosofía persigue al mal con su mirada fiel, y no le permite evadirse en la nada. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el empequeñecimiento de las cosas que se desvanecen, todo lo conoce. Reconstruye la púrpura por el girón, y la mujer por el harapo. Con la cloaca rehace

1 Tristán l'Hermite, preboste de los mariscales en tiempos de Luis XI. Antoine Duprat (1463-1535), canciller de Francia en tiempos de Francisco I.

2 François-Stanislas Maillard (1763-1794), famoso setembrista.

la ciudad; con el barro, rehace las costumbres. Del tiesto, concluye el ánfora o el cántaro. Reconoce por la huella de la una uña sobre el pergamino, la diferencia que separa la judería de la Judengasse, y la judería del Ghetto. Encuentra en lo que es, lo que ha sido, el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borrón de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones, las orgías vomitadas, el pliegue que han hecho los caracteres al bajarse, la huella de la prostitución en las almas groseras, y en el traje de los mozos de cuerda de Roma, la señal del codazo de Mesalina.

III

Bruneseau

La alcantarilla de París, era legendaria en la edad media. En el siglo XVI, Enrique II, intentó un sondeo, que abortó. No hace aún cien años, la cloaca, según testifica Mercier[1], quedó abandonada a sí misma, y llegó a ser lo que buenamente pudo.

El antiguo París estaba entregado a las disputas, a las indecisiones y a los ensayos. Fue por mucho tiempo bastante torpe. Después vino 89 a mostrar cómo el talento vuelve a las ciudades. Pero, en los viejos tiempos, la capital tenía poca cabeza; no sabía desempeñar sus asuntos, ni moral ni materialmente, y lo mismo ignoraba cómo había de barrer las inmundicias, que cómo había de extirpar los abusos. Todo eran obstáculos; de todas partes surgían disputas. Por ejemplo, la alcantarilla era refractaria de todo itinerario. No llegaba a orientarse

[1] Louis-Sebastien-Mercier (1740-1814), autor de un notable *Cuadro de París*.

mejor en el muladar que a entenderse en la ciudad: arriba lo ininteligible, abajo lo intrincado; la confusión de las lenguas sobre la confusión de los subterráneos. Babel sobre Dédalo.

Algunas veces, a la alcantarilla de París se le ocurría desbordarse, como si ese Nilo desconocido montase de repente en cólera. Había, cosa infame, inundaciones de alcantarilla. Por momentos, este estómago de la civilización digería mal, la cloaca refluía a la garganta de la ciudad, y París tenía el regusto de su barro. Estas semejanzas de la alcantarilla con el remordimiento, eran buenas, en cuanto eran otros tantos avisos; pero se recibían mal, pues la ciudad se indignaba de que su cieno mostrase tal audacia, y no se avenía con aquel sabor a basura. El remedio era digerirla mejor.

La inundación de 1802 es uno de los recuerdos actuales de los parisienses de ochenta años. El fango se derramó por la plaza de la Victoires, donde está la estatua de Luis XIV; entró en la calle Saint-Honoré por las dos bocas de alcantarilla de los Campos Elíseos, en la calle Saint-Florentin, por la alcantarilla Saint-Florentin, en la calle Pierre-à-Poisson [1], por la alcantarilla de la Sonnerie, en la calle Popincourt, por la alcantarilla de Chemin-Vert, en la calle de la Roquette por la alcantarilla de la calle de Lappe, cubrió los adoquines de la calle de los Campos Elíseos, hasta una altura de treinta y cinco centímetros; y al mediodía, por el vomitorio del Sena, que hacía su función en sentido inverso, penetró en la calle Mazarine, en la calle l'Échaudé, y en la calle de Marais [2], donde se detuvo a una distancia de ciento nueve metros, precisamente a pocos pasos de la casa que había habitado Racine, respetando

[1] Esta calle iba de la plaza del Chatelet a la calle de la Saunnerie (emplazamiento actual del teatro del Châtelet).

[2] Calle de Marais-Saint-Germain, entre la calle Seine y la calle de Petits-Agustins. Hoy, calle Visconti.

en el siglo XVII, al poeta más que al rey. Alcanzó su profundidad máxima en la calle Saint-Pierre[1], donde subió hasta tres pisos por encima de las baldosas de la exclusa, y su extensión máxima en la calle Saint-Sabin, donde se extendió en una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

A principios de este siglo, la alcantarilla de París era aún un lugar misterioso. El barro nunca puede gozar de buena reputación; pero aquí, la mala fama llegaba hasta el pavor. París sabía confusamente que había debajo de él, una cueva terrible. Se hablaba de ella, como de este monstruoso charco de Tebas, donde pululaban escolopendras de quince pies de longitud, y que hubiera podido servir de bañera a Béhémoth. Las gruesas botas de los alcantarilleros, no se aventuraban nunca más allá de ciertos puntos desconocidos. Estaban aún muy próximos a los tiempos en que los carros de basura, de lo alto de los cuales Sainte-Foix fraternizaba con el marqués de Créqui, se vaciaban simplemente en la alcantarilla. En cuanto a la limpieza, se confiaba esta función a los chaparrones, que en vez de barrer acumulaban más basura. Roma, por lo menos, dejaba alguna poesía a su cloaca, dándole el nombre de gemonías; París insultaba a la suya, llamándola el agujero hediondo. La ciencia y la superstición, estaban de acuerdo para el horror. El agujero hediondo no repugnaba menos a la higiene que a la leyenda. El fantasma, el coco, surgía bajo el fétido arco de la alcantarilla Mouffetard; los cadáveres de los Mar-

[1] La calle Saint-Pierre de la que se trata aquí es, sin duda, la calle Saint-Pierre-Pont-aux-Choux, que iba de la calle Saint-Sebastien a la calle de Ménilmontant. La calle Saint-Sabin (después Petite-rue-Saint-Pierre) iba de la calle de Aval a la calle de Chemin-Vert. La calle Saint-Pierre forma, hoy, día, parte de la calle Amelot. La calle Saint-Sabin ha recobrado su nombre de origen.

mousets, habían sido arrojados en la alcantarilla de la Barillerie; Fagon había atribuido la terrible fiebre maligna de 1685, a la gran hendidura de la alcantarilla del Marais, que permaneció abierta hasta 1833 en la calle Saint-Louis [1], casi enfrente a la muestra del Messager Galant. La boca de la alcantarilla de la calle de la Mortellerie [2], era célebre por las pestes que de allí salían; con su reja de hierro con puntas que simulaban una hilera de dientes, era, en esta calle fatal, como la boca de un dragón soplando el infierno sobre los hombres. La imaginación popular sazonaba el sombrío vertedero parisiense, con cierta horrible mezcla de infinito. La alcantarilla carecía de fondo. Era el báratro. La idea de explorar estas regiones leprosas no se le ocurría ni siquiera a la policía. Tantear aquel desconocido, arrojar la sonda en aquella sombra, ir a explorar semejante abismo, ¿a quién iba a ocurrírsele? Era espantoso. Presentóse sin embargo, una persona. La cloaca tuvo su Cristóbal Colón.

Un día, en 1805, en una de estas extrañas apariciones que el emperador hacía en París, el ministro del Interior, un Decrès, o un Crétet [3] cualquiera, fue a verlo. Oíase en el Carrousel, el ruido de los sables de todos aquellos soldados extraordinarios de la gran república, y del grande imperio; había un agolpamiento de héroes a la puerta de Napoleón; hombres del Rhin, del Escalda, del Adige y del Nilo; compañeros de Joubert, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kléber; aeróstatas de Fleurus, granaderos de Maguncia, pontoneros de Génova, húsares

1 Antiguo nombre de la calle de Turenne. Se había llamado también calle de l'Egout y calle del Egout-Couvert.

2 Entre la calle Figuier y la plaza de l'Hôtel-de-Ville.

3 Decrès fue, en tiempos del imperio, ministro de marina y de las colonias. Emmanuel Crétet (1747-1809) fue nombrado ministro del interior, el 9 de agosto de 1807. En 1805, el ministro del interior era Champigny.

a quienes habían visto las pirámides, artilleros a quienes habían salpicado las balas de Junot, coraceros, de los que tomaron por asalto la escuadra fondeada en el Zuyderzée; unos habían seguido a Bonaparte al puente de Lodi; otros habían acompañado a Murat a la trinchera de Mantua, y los demás habían precedido a Lannes en el barranco de Montebello. Todo el ejército de entonces, se hallaba allí, en el patio de las Tullerías, representado por una escuadra o un pelotón, y custodiando a Napoleón que descansaba. Era la época espléndida en que el gran ejército tenía tras de sí a Marengo, y delante a Austerlitz.

—Sire —dijo el ministro del interior a Napoleón—, ayer vi al hombre más intrépido de vuestro imperio.

—¿Quién es este hombre? —preguntó bruscamente el emperador—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, sire.

—¿Qué cosa?

—Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existía y se llamaba Bruneseau.

IV

Detalles ignorados

La visita tuvo lugar. Fue una formidable campaña; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia. Fue al mismo tiempo un viaje de exploración. Uno de los supervivientes de esta exploración, obrero inteligente, entonces muy joven, relataba aún hace algunos años los curiosos detalles que Bruneseau creyó un deber emitir en su informe al jefe de policía, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos de desinfección eran muy rudimentarios en esta época. Apenas Bruneseau hubo franqueado las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando de los veinte trabajadores, ocho se negaron a seguir adelante. La operación era complicada; la visita, implicaba la limpieza; era preciso, pues, limpiar, y al mismo tiempo fijar cada punto; anotar las entradas de agua, contar las rejas y las bocas, detallar las ramificaciones, indicar las corrientes en los puntos de división, reconocer las circunscripciones respectivas de los varios

depósitos, sondar las pequeñas alcantarillas injertadas a la alcantarilla principal, medir la altura de cada corredor, y el ancho, lo mismo en el arranque que en la bóveda, que en el zampeado; determinar, en fin, las ordenanzas de la nivelación de cada desagüe, ya sea desde el zampeado de la alcantarilla, o desde el piso de la calle.

Adelantaban penosamente. No era raro que las escalerillas de descenso se sumergieran en tres pies de fango. Las linternas agonizaban en los miasmas. De vez en cuando, había que llevarse a un alcantarillero desvanecido. En algunos sitios, tropezábase con precipicios, y era que el suelo se había hundido, trasformándose la alcantarilla en un pozo con el fondo perdido. No se encontraba el punto sólido; un hombre desapareció bruscamente, y costó mucho trabajo sacarlo. Por consejo de Fourcroy[1], se encendían de trecho en trecho, en los lugares suficientemente saneados, grandes cajas llenas de estopa embebida en resina. La muralla, de vez en cuando, estaba cubierta de excrecencias deformes, que parecían tumores; la misma piedra parecía enferma en aquel lugar irrespirable.

Bruneseau, en su exploración, procedió de arriba a abajo. En el punto divisorio de los dos conductos de agua del Grand-Hurleur[2], consiguió leer en una piedra saliente, esta fecha: 1550; aquella piedra señalaba el límite hasta donde había llegado Philibert Delorme, encargado por Enrique II de visitar los caminos subterráneos de París. Esta piedra era la señal del siglo XVI, en la alcantarilla. Bruneseau encontró la mano de obra del siglo XVII, en el conducto de Ponceau, y en el conducto de la calle Vieille-du-Temple, cuyas bóvedas se habían construido entre

1 Fourcroy, célebre químico (1755-1809).

2 La calle de Grand-Hurleur unía la calle Saint-Martin con la calle Bourg-l'Abbe.

1600 y 1650, y la mano de obra del siglo XVII, en la sección oeste del canal colector, encajado y abovedado en 1740. Estas dos bóvedas, especialmente la más reciente, la de 1740, estaban más agrietadas y más decrépitas que la mampostería de la alcantarilla del centro, construida en 1412, época en que el arroyo de agua de Ménilmontant fue elevado a la dignidad de gran alcantarillado de París, ascenso análogo al de un campesino que se hubiera convertido en primer ayuda de cámara del rey; algo así como Gros-Jean, trasformado en Lebel.

Creyóse reconocer aquí y allá, en particular bajo el palacio de justicia, alvéolos de antiguos calabozos practicados en la alcantarilla misma. Horribles *in pace*. Una argolla de hierro colgaba en una de las celdas. Las tapiaron todas. Algunos descubrimientos eran rarísimos; entre otros, el esqueleto de un orangután desaparecido del Jardin des Plantes en 1800, desaparición probablemente relacionada con la famosa e incontestable aparición del diablo en la calle de los Bernardins en el último año del siglo XVIII. El pobre diablo había acabado por ahogarse en la alcantarilla.

Debajo del largo pasillo cintrado, que conduce a Arche-Marion[1], se encontró una canasta de trapero, perfectamente conservada, que dejó admirados a los descubridores. Por todas partes, el cieno, que los alcantarilleros habían ido a manejar con singular arrojo, abundaba en objetos preciosos, en alhajas de oro y plata, en pedrerías y monedas. Un gigante que hubiera filtrado la cloaca, hubiera encontrado en su tamiz, la riqueza de los siglos. En el punto de división de los dos empalmes de la calle de Temple, y de la calle Saint-Avoye, se recogió una singular medalla hugonote en cobre, que

[1] La calle de l'Arche-Marion, iba del muelle de la Mégisserie a la calle Saint-Germain-l'Auxerrois.

tenía en una cara un cerdo con birrete de cardenal, y en la otra un lobo con tiara en la cabeza.

El hallazgo más sorprendente tuvo lugar a la entrada de la gran alcantarilla. Esta entrada había estado cerrada en otro tiempo con una reja; de la que sólo quedaban los goznes. De uno de estos goznes pendía una especie de harapo informe y sucio, que sin duda, detenido allí al caer, flotaba en la sombra, y acababa de hacerse trizas. Bruneseau acercó su linterna y examinó aquel girón. Era de batista muy fina, y en una de las puntas, menos agostada que las demás, se distinguía una corona heráldica, con estas siete letras bordadas encima: LAVBESP. La corona era la de un marqués, y las letras significaban Laubespine. Se vino en conocimiento de que se tenía ante los ojos un pedazo del sudario de Marat.

Marat, en su juventud, había tenido amores. Era cuando formaba parte de la casa del conde de Artois en calidad de veterinario. De estos amores con una gran dama, históricamente comprobados, le había quedado aquella sábana; si en calidad de desperdicio o de recuerdo, lo ignoramos. Cuando murió, como fue el único lienzo fino que había en su casa, se le enterró envuelto en él. Las viejas amortajaron para la tumba, en aquel lienzo, teatro un día de voluptuosidades, al trágico amigo del pueblo.

Bruneseau pasó adelante. Dejóse el harapo donde estaba, sin tocarlo siquiera. ¿Fue por desprecio, o por respeto? Marat merecía ambas cosas. Y además, el destino había impreso allí suficientemente su sello, y no debía mezclarse ninguna mano extraña. Por otra parte, es preciso dejar a las cosas del sepulcro en el lugar que ellas mismas escogen. En suma, la reliquia era singular. Una marquesa había dormido en ella; Marat se había

podrido en ella; había atravesado el Panteón para ir a servir de pasto a las ratas de alcantarilla. Aquel andrajo de alcoba, cuyos pliegues había dibujado alegremente Watteau en otro tiempo, había acabado por ser digno de la mirada fija de Dante.

La visita total del muladar de inmundicias subterráneo de París, duró siete años, desde 1805 a 1812. Mientras andaba, Bruneseau designaba, dirigía, y ponía fin a los trabajos considerables; en 1808 bajó el zampeado de Ponceau, y creando en todas partes nuevas líneas, hizo avanzar la alcantarilla en 1809, bajo la calle Saint-Denis, hasta la fuente de los Innocents; en 1810, bajo la calle de Froidmanteau [1], y bajo la Salpêtrière; en 1811, bajo la calle Neuve-des-Petits-Pères [2]. bajo la calle del Mail, bajo la calle de l'Echarpe [3], bajo la plaza Royale; en 1812, bajo la calle de la Paix, y bajo la calzada de Antin. Al mismo tiempo, hacía desinfectar y sanear toda la red. Desde el segundo año, Bruneseau se proporcionó un auxiliar en su yerno Nargaud.

De este modo, la vieja sociedad limpió a principios de este siglo su fondo interior, y vistió de gala su alcantarilla. El aseo ganó en ello.

Tortuoso, lleno de grietas, desempedrado, cuarteado, cortado en hondonadas, zangoloteado por codos extraños, subiendo y bajando sin lógica, fétido, salvaje, feroz, sumido en oscuridad, con cicatrices sobre sus baldosas y cuchilladas en sus paredes, espantoso; tal era, vista retrospectivamente, la antigua alcantarilla de París. Ramificaciones en todos los sentidos, cruzamientos de zanjas, empalmes, patas de ganso, estrellas, como en las

[1] Hoy, calle Fromentel.

[2] Hoy, calle de Petits-Pères.

[3] Hoy, parte de la calle de Pas-de-la-Meule.

zapas, callejones sin salida, bóvedas salitrosas, sumideros infectos, rezumos cayendo de los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de esta antigua cripta exutoria, aparato digestivo de Babilonia, antro, foso, abismo atravesado de calles, ratonera titánica donde el espíritu creía ver vagar, en medio de la sombra, entre inmundicias que fueron esplendor, a ese enorme topo ciego: lo pasado.

Ésta, lo repetimos, era la alcantarilla de otro tiempo.

V

Progreso actual

Hoy, la alcantarilla es limpia, fría; sus líneas son rectas, su estilo correcto. Casi realiza el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por la palabra «respetable». No se aparta de las reglas, es de color grisáceo, está tirada a cordel; íbamos a decir que va de veintiún botones. Aseméjase a un proveedor convertido en consejero de estado. Se ve en ella casi claro. El fango se porta con decencia.

A primera vista, se la tomaría por uno de esos corredores subterráneos tan comunes antiguamente y tan útiles para las fugas de los monarcas y de los príncipes, en aquel buen tiempo «en que el pueblo amaba a sus reyes».

La alcantarilla actual es una hermosa alcantarilla; reina en ella el estilo puro; el alejandrino claso rectilíneo, que, expulsado de la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura, como si quisiera mezclarse en todas las piedras de esta larga bóveda tenebrosa y blancuzca; cada abismo es una arcada; la calle de Rivoli es artística hasta en la cloaca.

Por lo demás, en ninguna parte está más en su lugar la línea geométrica que en la zanja que recibe el estiércol de una gran ciudad. Allí, todo debe subordinarse al camino más corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La misma policía, en sus informes, no le falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo, son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa, se llama hoy galería; lo que antes llevaba el nombre de agujero, hoy lleva el de atabe. Villon no conocería ya su antigua morada *in extremis*. Esa red de subterráneos tiene siempre, se supone, su inmemorial población de roedores, más numerosa que nunca; de vez en cuando una rata vieja asoma la cabeza por la alcantarilla, y examina a los parisienses; pero aun esa inmundicia se domestica, encontrándose satisfecha de su abovedado palacio.

No queda nada de la primitiva ferocidad de la cloaca. La lluvia, que emporcaba el albañal antiguo, lava el moderno. Sin embargo, no hay que fiarse demasiado. Los miasmas la habitan aún. Es antes hipócrita que irreprensible. Por más que se empeñe la prefectura de policía y la junta de sanidad, a pesar de todos los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorcillo vago y sospechoso, como Tartufo después de la confesión.

Convengamos, no obstante, en que, como la limpieza es un homenaje que el albañal tributa a la civilización, y como, desde este punto de vista, la conciencia de Tartufo es un progreso, si se compara con el establo de Augias, la alcantarilla de París ha mejorado.

Es más que progreso, es una trasformación. Entre la antigua alcantarilla y la actual, media una revolución. ¿Quién ha hecho esta revolución?

El hombre que todo el mundo olvida, y a quien hemos llamado Bruneseau.

VI

Progreso futuro

La construcción de la alcantarilla de París, no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla, como tampoco han podido acabar París. La alcantarilla sigue paso a paso el desarrollo de París. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que crece debajo al mismo tiempo que la ciudad crece encima. Siempre que la ciudad abre una nueva calle, el albañal alarga el brazo. La vieja monarquía no había construido sino veintitrés mil trescientos metros de alcantarilla; a ese punto había llegado París el 1º de enero de 1806.

Partiendo de esta época, de la que volveremos a hablar luego, la obra ha sido útil y enérgicamente continuada y reformada. Napoleón ha construido (los guarismos no dejan de ser curiosos) cuatro mil ochocientos treinta y seis metros; Luis XVIII, cinco mil setecientos nueve; Carlos V, mil ochocientos treinta y seis;

Luis Felipe, ochenta y nueve mil veinte; la república de 1848, veintitrés mil trescientos ochenta y uno; el régimen actual, setenta mil quinientos; total, hasta el presente, doscientos veintiséis mil seiscientos diez metros. Setenta leguas de alcantarillas; entrañas enormes de París. Ramificación oscura, siempre trabajando; construcción ignorada e inmensa.

Como se ve, el dédalo subterráneo de París es hoy más que el décuplo de lo que era al principio del siglo. Da pena figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido menester para conducir esta cloaca al punto de relativa perfección en que se encuentra ahora. Con ímprobo trabajo había pedido el viejo prebostazgo monárquico, y en los últimos diez años del siglo XVIII, el corregimiento revolucionario, llegar a construir las cinco leguas de alcantarillado que existían antes de 1806. Obstáculos de todo género trabaron esta operación, unos propios a la naturaleza del suelo, y otros inherentes a los prejuicios mismos de la población laboriosa de París. París está construido sobre un terreno extrañamente rebelde al pico, al hacha, a la sonda, al manejo humano. Nada tan difícil como perforar y penetrar la formación geológica, a la cual se supone la maravillosa formación histórica llamada París. En cuanto la mano de obra, bajo una forma cualquiera, se empeña y aventura en este terreno de aluvión, las resistencias subterráneas abundan. Son arcillas líquidas; son manantiales vivos, dura roca, légamo blando y profundo que la ciencia especial designa con el nombre de mostaza. El pico avanza laboriosamente en las capas calcáreas alternadas con hilos de greda muy delgados y capas muy esquitosas de hojas incrustradas de conchas de ostras, contemporáneas de los océanos preadamitas.

Ya es un arroyo que hace reventar de improviso una bóveda comenzada, e inunda a los trabajadores; ya es

una irrupción de marga que se abre camino y se precipita con la furia de una catarata, rompiendo como vidrio los más fuertes maderos. Recientemente, en Villette, cuando fue preciso, sin interrumpir la navegación, ni variar el cauce, hacer pasar la alcantarilla colectora por debajo del canal Saint-Martin, se abrió una grieta en el depósito principal, cayendo de repente el agua en el subterráneo, sin que bastasen las bombas para detener la inundación. Hubo que apelar a un buzo, el cual, con mucho trabajo, logró, al fin, tapar la grieta que estaba en el mismo boquete del depósito.

Cerca del Sena, y también bastante lejos de este río, como, por ejemplo, en Belleville, en la calle Grande y el pasaje Lunière, hay arenas sin fondo, donde un hombre puede deslizarse y desaparecer a ojos vistas. Añádase a esto la asfixia causada por los miasmas, los derrumbamientos que sepultan en vida y los hundimientos repentinos. Agréguese también el tifus, del que los trabajadores se impregnan lentamente.

En nuestros días, después de haber abierto la galería de Clichy, con banqueta para recibir una cañería del Ourcq, trabajo ejecutado en zanja, a diez metros de profundidad; después de haber formado la bóveda de la Bièvre, desde el bulevar de L'Hôpital, hasta el Sena, a pesar de los apuntalamientos, y con ayuda de las excavaciones, muchas veces pútridas, y de los apuntamientos, con objeto de libertar a París de las aguas torrenciales de Montmartre, y dar salida a esta charca fluvial de nueve hectáreas que se corrompía junto a la barrera de los Martyrs [1] construida la línea de la alcantarilla de la barrera Blanche [2], al camino de Aubervilliers [3], en cuatro

1 Emplazamiento actual: intersección de la calle de Martyrs y del bulevar Rochechouart.

2 Emplazamiento actual: plaza Blanche.

3 Hoy, calle de Aubervilliers.

meses, día y noche, a la profunidad de once metros; después de, cosa no vista hasta entonces, haber hecho subterráneamente una alcantarilla en la Barre-du-Bec[1], sin zanja, a seis metros por debajo del suelo, el conductor Monnot murió. Después de haber abovedado tres mil metros de alcantarillado en todos los puntos de la ciudad, desde la calle Travesière-Saint-Antoine[2], a la calle Lourcine, después de por medio del empalme de la Arbalète, haber descargado las inundaciones pluviales de la encrucijada Censier-Mouffetard, después de haber construido la alcantarilla Saint-Georges, sobre cimientos de rocas y con hormigón en arenas movedizas; después de haber dirigido el temible descenso de zampeado del ramal de Notre-Dame-de-Nazareth, el ingeniero Duleau murió. No hay boletines para estos actos de bravura, más útiles, sin embargo, que la brutal carnicería de los campos de batalla.

Las alcantarillas de París, en 1832, estaban lejos de ser lo que son hoy. Bruneseau había dado el impulso, pero fue preciso el cólera para determinar la vasta reconstrucción que tuvo lugar más tarde. Es sorprendente oír decir, por ejemplo, que en 1821, una parte de la alcantarilla del centro, llamada Grand-Canal, como en Venecia, se corrompía incluso al aire libre, en la calle de las Gourdes[3]. No fue hasta 1823, cuando la ciudad de París encontró en sus bolsillos los doscientos setenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos, necesarios para cubrir semejante inmundicia. Los tres pozos absorbentes de Combat, de la Cunette, y de Saint-Mandé,

[1] La calle Barre-du-Bec unía la calle de la Verrerie con la calle Sainte-Croix-de-la-Brétonnerie. Hoy, calle de Temple.

[2] Hoy, calle de Traversière.

[3] Entre las calle de Blanchissseuses y la avenida de Neuilly (hoy, avenida de la Grande-Armée).

con sus abismos, sus aparatos, sus pozos perdidos y ramales depuratorios, no alcanzaban más que a 1836. El muladar de París ha sido hecho de nuevo, y como hemos dicho ya, se ha decuplicado con mucho, de veinticinco años a esta parte.

Hace treinta años, en la época de la insurrección del 5 y 6 de junio, estaba aún en bastantes sitios, casi como la alcantarilla antigua. Muchas calles que hoy forman comba, eran entonces calzadas con grietas. A menudo se veía en el punto donde iban a parar las vertientes de una calle o encrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barrotes, cuyo hierro lucía bruñido por los pasos de la multitud, peligrosos y resbaladizos para las caballerías de los carruajes.

En 1832, la antigua cloaca gótica mostraba aún cínicamente sus bocas en muchas calles: calle de L'Étoile[1], calle Saint-Louis, calle Temple, calle Vieille-du-Temple, calle Notre-Dame-de-Nazareth, calle Folie-Méricourt, muelle de las Fleurs, calle de Petit-Musc, calle de Normandie, calle Pont-aux-Biches, calle de los Marais[2], calle Notre-Dame-des-Victoires, faubourg Saint-Martin, faubourg Montmartre, calle Grange-Batelière, calle Jacob, calle Tournon, Champs Élysées. Eran enormes aberturas de piedra, a veces rodeadas de guardacantones, con una imprudencia monumental.

París, en 1806, tenía casi las mismas alcantarillas que en mayo de 1663: cinco mil trescientas veintiocho toesas. Después de Bruneseau, el 1º de enero de 1832,

1 La calle de L'Étoile unía el muelle de los Ormes a la calle de la Mortellerie. Hoy, forma parte de la calle Geoffrey-l'Asnier.

2 Calle de Marais-faubourg-du-Temple, entre la calle de faubourg-du-Temple y la calle de faubourg-Saint-Martin. Más larga que la actual calle de Marais.

tenía cuatro mil trescientos metros. De 1806 a 1831, se había construido anualmente, una media de setecientos cincuenta metros; desde entonces se han construido todos los años, ocho e incluso diez mil metros de galerías, todo de mampostería, con baño de cal hidráulica y cimientos de hormigón. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarillas del París actual, representan cuarenta y ocho millones.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, asócianse graves problemas de higiene pública a esta inmensa cuestión: las alcantarillas de París.

París está entre dos capas, una capa de agua y una capa de aire. La capa de agua, extendida a una profundidad bastante grande, pero que ha sido sondeada ya dos veces, proviene de la capa de asperón verde situado entre la creta y la calcárea jurásica; esta capa puede representarse por un disco, cuyo radio mida veinticinco leguas. Multitud de ríos y de riachuelos se rezuman allí; en un vaso de agua del pozo de Grenelle, se bebe el Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loire. La capa de agua es salubre, primero viene del cielo, y luego de la tierra; la capa de aire es malsana, procede de las alcantarillas. Todos los miasmas de cloaca se mezclan al aire respirable de la ciudad; de ahí este mal aliento. El aire que se respira junto a un estercolero, y esto ha sido establecido científicamente, es más puro que el aire que se respira en París. En un tiempo dado, con la ayuda del progreso, después que se perfeccione el mecanismo, y que la luz se difunda, se empleará la capa de agua para purificar la capa de aire. Es decir, para lavar la alcantarilla. Se sabe que por lavado de alcantarilla, entendemos, restitución del fango a la tierra; restituir el estiércol al suelo, el abono a los campos. Se conseguirá por este solo hecho, para toda la comunidad

social, la disminución de la miseria, y el aumento de la salud. Hoy, la irradiación de las enfermedades de París se extiende a cincuenta leguas en derredor del Louvre, tomando éste como centro del círculo contagioso.

Podría decirse que, desde hace diez siglos, la cloaca es la enfermedad de París. La alcantarilla es el vicio que la ciudad lleva en la sangre. El instinto popular no se ha engañado nunca. El oficio de alcantarillero, era en otro tiempo casi tan peligroso y tan repugnante, como el oficio de descuartizador, reputado tan horrible durante mucho tiempo, y que se dejaba al verdugo. Necesitábase el incentivo de una paga crecida para que el albañil se decidiese a bajar a este fétido abismo; ponía la escalera de mala gana, y era corriente el dicho: «Bajar a la alcantarilla es como entrar en la fosa.» Leyendas de todas clases, según llevamos relatado, cubrían de espanto este vertedero colosal; temible sentina donde aparece la huella, tanto de las revoluciones del globo, como de las revoluciones de los hombres, y en la cual se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas, hasta el harapo de Marat.

Libro tercero

El lodo, pero también el alma

I

La cloaca y sus sorpresas

Era en la alcantarilla de París, donde se encontraba Jean Valjean.

Otra semejanza de París con el mar. Como en el océano, el buzo puede desaparecer allí.

La transición era inaudita. En el centro mismo de la ciudad, Jean Valjean había salido de ella; y, en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo de levantar una tapa, y de volverla a colocar, había pasado de la plena luz a la oscuridad completa, de mediodía a medianoche, del ruido al silencio, del torbellino de los truenos, al estancamiento de la tumba, y, por una peripecia aún más prodigiosa que la de la calle Polonceau, del mayor peligro a la seguridad más absoluta.

Caída brusca en una cueva; desaparición en los calabozos de París. Dejar aquella calle, donde en todas partes se hallaba la muerte, por una especie de sepulcro, donde se hallaba la vida; fue un instante extraño. Permaneció

aturdido durante algunos instantes; escuchando, estupefacto. La trampa de salvación, se había abierto súbitamente bajo sus pies. La bondad celeste lo había cogido, digámoslo así, por traición. Adorables emboscadas de la providencia.

Entretanto, el herido no se movía, y Jean Valjean no sabía si lo que había traído consigo a aquella fosa, era un vivo o un muerto.

Su primera sensación fue de ceguera. Bruscamente, no vio nada. Le pareció también que en un minuto se había vuelto sordo. Ya no oía nada. El frenético huracán de la matanza que se desencadenaba a algunos pies por encima de él, no le llegaba, ya lo hemos dicho, gracias al espesor de tierra que lo separaba, sino apagado e indistinto, y como un rumor en una profundidad. Lo único que conoció fue que pisaba algo sólido; esto era todo; pero bastaba. Extendió un brazo, luego el otro, y tocó el muro por ambos lados, descubriendo que el corredor era estrecho; resbaló; y descubrió que el embaldosado estaba mojado. Adelantó un pie con precaución, temiendo hallar un agujero, un pozo, algún abismo; descubrió que el pavimento continuaba. Una bocanada de fetidez le advirtió del lugar donde se hallaba.

Al cabo de algunos instantes, ya no estaba ciego. Un poco de luz entraba por el ventanuco por el que se había deslizado, y su mirada se había habituado a aquella cueva. Empezó a distinguir alguna cosa. El corredor donde se había soterrado (no hay otra palabra que exprese mejor la situación), estaba cerrado con pared a su espalda. Era uno de estos callejones sin salida, que el lenguaje especializado llama empalmes. Delante de él, había otra pared, una pared de tinieblas. La claridad del ventanuco expiraba a diez o doce pasos del punto en el que se hallaba Jean Valjean, y apenas reflejaba una blancura pálida a algunos metros de la húmeda pared de la

alcantarilla. Más allá, la opacidad era maçiza; penetrar en ella parecía horrible, y la entrada semejaba una inmersión.

Sin embargo, podía sumergirse en aquella muralla de bruma, y era preciso que lo hiciera. Jean Valjean pensó que la reja que él había descubierto bajo los adoquines, podía serlo por los soldados, y que todo estaba sujeto a este azar. Podían también ellos bajar al pozo y registrar. No había un minuto que perder. Había dejado a Marius en el suelo; lo recogió, ésta es también la palabra justa, lo cargó sobre sus espaldas y se puso en marcha. Entró resueltamente en aquella oscuridad.

La realidad es que estaban menos a salvo de lo que Jean Valjean creía. Peligros de otro género, y no menores, les aguardaban tal vez. Después del torbellino fulgurante del combate, la caverna de los miasmas y las trampas; después del caos, la cloaca. Jean Valjean había caído de un círculo del infierno a otro.

Cuando hubo dado cincuenta pasos, tuvo que detenerse. Le surgió una duda. El corredor desembocaba en otro ramal con el que tropezaba trasversalmente. Allí se le ofrecían dos caminos. ¿Cuál de ellos escoger? ¿Era preciso doblar a la derecha, o a la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? Este laberinto, tal como hemos indicado, tiene un hilo; es su pendiente. Seguir la pendiente es ir al río.

Jean Valjean lo comprendió inmediatamente.

Pensó que se hallaba probablemente en la alcantarilla de los Mercados; que si escogía el corredor de la izquierda, y seguía la pendiente, llegaría antes de un cuarto de hora, a alguna embocadura en el Sena, entre el Pont-au-Change, y el Pont-Neuf, es decir, que aparecería en pleno día en el punto más concurrido de París. Tal vez en una encrucijada. Los transeúntes, al ver salir

a dos hombres ensangrentados, de la tierra, bajo sus pies, se asustarían. Acudirían los municipales, luego los soldados del cuerpo de guardia vecino. Y antes de que salieran, se les habría echado ya mano. Era preferible internarse en el dédalo, fiarse de la oscuridad, y encomendarse a la providencia para la salida.

Subió la pendiente, y tomó por la derecha.

Cuando hubo doblado el ángulo de la galería, la lejana claridad del respiradero desapareció, la cortina de oscuridad cayó de nuevo sobre él, y quedóse nuevamente ciego. No por ello dejó de avanzar, y tan rápidamente como podía. Los dos brazos de Marius rodeaban su cuello, y sus pies colgaban a su espalda. Sujetábale los dos brazos con una mano, y tanteaba la pared con la otra. La mejilla de Marius rozaba con la suya, y se pegaba a ella, a causa de la sangre. Sentía correr por encima de él, y penetrar sus vestidos, un arroyo tibio que procedía de Marius. Sin embargo, un calor húmedo en su oreja, que rozaba con la boca del herido, indicaba que respiraba, y por consiguiente que vivía. El corredor por el que andaba ahora Jean Valjean, era bastante menos estrecho que el primero. Andaba penosamente. Las lluvias del día anterior no se habían desaguado, y formaban un pequeño torrente en el centro del zampeado, de suerte que le era preciso arrimarse a la pared, para no tener los pies en el agua. Así andaba, tenebrosamente. Se parecía a los seres nocturnos que marchan a tientas en lo invisible, perdidos subterráneamente en las venas de la sombra.

No obstante, poco a poco, ya sea porque otros respiraderos enviaban un poco de claridad flotante a aquella oscuridad opaca, o porque sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, empezó a entrever algo confusamente: era la pared a que iba arrimado, y la bóveda por debajo de la cual pasaba.

La pupila se dilata en las tinieblas, y acaba por percibir claridad, del mismo modo que el alma se dilata en la desgracia, y acaba por encontrar en ella a Dios.

Era difícil dirigir el rumbo.

El trazado de las alcantarillas, refleja, digámoslo así, el de las calles superpuestas. En el París de entonces había dos mil doscientas calles. Imagínese debajo esta selva de ramas tenebrosas que se denomina alcantarilla. El sistema de alcantarillado existente en aquella época, colocado punta con punta, hubiera dado una longitud de once leguas. Hemos dicho antes que la red actual, gracias a la actividad especial de los treinta últimos años, no cuenta menos de sesenta leguas.

Jean Valjean empezó por engañarse. Creyó estar debajo de la calle Saint-Denis, y no era así, por desgracia. Existe bajo la calle Saint-Denis una vieja alcantarilla de piedra, que data de Luis XIII, y que va derecha a la alcantarilla colectora, llamada Grand-Égout, con un solo codo, a la derecha, a la altura de la antigua Cour des Miracles, y un solo ramal, la alcantarilla de Saint-Martin, cuyos cuatro brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de la Petite-Truanderie, cuya entrada estaba cerca de la taberna Corinthe, no ha comunicado nunca con el subterráneo de la calle Saint-Denis; desemboca en la alcantarilla Montmartre, que era donde se había internado Jean Valjean. Allí abundaban las ocasiones para perderse. La alcantarilla Montmartre es una de las más laberínticas de la vieja red. Felizmente, Jean Valjean había dejado tras de sí la alcantarilla de los Mercados, cuyo plano geométrico presenta una multitud de masteleros de juanete entretejidos; pero tenía ante él más de un encuentro embarazoso, y más de una esquina de calle (porque son calles, en efecto), ofreciéndose en la oscuridad como un punto de interrogación: primeramente, a su izquierda, la vasta alcantarilla Platière, especie de

rompecabezas chino, que conduce o enreda su caos de T y de Z, por debajo de la casa de Postas, y de la rotonda del mercado de granos, hasta el Sena, en donde se termina en Y; en segundo lugar, a su derecha, el corredor en línea curva de la calle de Cadran [1], con sus tres dientes que son otros tantos callejones sin salida. En tercero, a su izquierda, el empalme del Mail, complicado casi a la entrada, por una especie de horquilla, y yendo a desembocar en zigzag a la gran cripta exutoria del Louvre, partida y ramificada en todos los sentidos; por fin, a la derecha, el corredor sin salida de la calle de Jeûneurs, sin contar los pequeños retratos acá y allá, antes de llegar a la alcantarilla del centro, que era la única capaz de conducirlo a alguna salida bastante lejana, para considerarse segura.

Si Jean Valjean hubiera tenido alguna noción de lo que indicamos aquí, se hubiera dado cuenta enseguida, sólo tanteando la pared, de que no se hallaba en la galería subterránea de Saint-Denis. En lugar de la vieja piedra de talla, en lugar de la antigua arquitectura, altiva y real hasta la alcantarilla, con zampeado y cimientos de granito, y con mortero de cal gorda, la cual costaba ochocientas libras la toesa, hubiera sentido bajo su mano la baratura contemporánea, el expediente económico, la piedra de molino con baño de mortero hidráulico sobre una capa de hormigón, que cuesta doscientos francos el metro, la mampostería plebeya, denominada de «pequeños materiales»; pero él no sabía nada de todo esto.

Seguía adelante, con ansiedad, pero con calma, no viendo nada ni sabiendo nada, sumergido en el azar, es decir, en manos de la providencia.

Gradualmente, confesémoslo, cierto horror se apoderaba de él. La sombra que lo envolvía, penetraba en su

[1] Hoy, calle Leopold Bellant.

espíritu. Andaba en un enigma. El acueducto de la cloaca es temible; se entrecruza vertiginosamente. Tiene algo de lúgubre verse sumido en este París de tinieblas. Jean Valjean estaba obligado a encontrar y casi a inventar su camino, sin verlo. En aquel paraje desconocido, cada paso que aventuraba podía ser el último. ¿Cómo saldría de allí? ¿Encontraría una salida? ¿La encontraría a tiempo? Aquella colosal esponja subterránea, con alvéolos de piedra, ¿se dejaría penetrar y agujerear? ¿Encontraría algún nudo inesperado de oscuridad? ¿Llegaría a lo inextricable y a lo infranqueable? ¿Moriría Marius a causa de la hemorragia, y por el hambre? ¿Acabarían por perderse los dos, y por convertirse en dos esqueletos en un rincón de aquella oscuridad? Lo ignoraba. Se preguntaba todo esto, y no podía responderse. El intestino de París es un precipicio. Como el profeta, estaba en el vientre del monstruo.

Bruscamente, tuvo una sorpresa. En el instante más inesperado, y sin cesar de andar en línea recta, se dio cuenta de que ya no subía; el agua del arroyo le daba en los talones, y no en la punta de los pies. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Por qué? ¿Iba, pues, a llegar de improviso al Sena? Aquel peligro era grande, pero el peligro de retroceder, era aún mayor. Continuó avanzando.

No se dirigía hacia el Sena. La albardilla que forma el suelo de París, en la orilla derecha, vacía una de sus vertientes en el Sena, y la otra en el Gran-Égout. La cresta de esta albardilla, que determina la división de las aguas, dibuja una línea muy caprichosa. El punto culminante, que es el lugar de división de los desagües, está en la alcantarilla Saint-Avoye, más allá de la calle Michel-le-Comte, en la alcantarilla del Louvre, cerca de los bulevares, y en la alcantarilla de Montmartre, cerca de los Mercados. Jean Valjean había llegado a este

punto culminante. Se dirigía hacia la alcantarilla del centro, y estaba en el buen camino. Pero no lo sabía.

Cada vez que encontraba un ramal, buscaba a tientas los ángulos, y si la abertura que se ofrecía ante él era menos ancha que el corredor en que se hallaba, seguía su camino, juzgando con razón, que toda senda más estrecha, lo llevaría a un callejón sin salida, lo que equivaldría a alejarlo del objeto principal, que era salir de la alcantarilla. Evitó así el cuádruple lazo que tendían en la oscuridad los cuatro laberintos mencionados.

En determinado momento, descubrió que se apartaba del París petrificado por el motín, en el que las barricadas habían suprimido la circulación, y que regresaba al París vivo y normal. Oyó súbitamente por encima de su cabeza, como un ruido de trueno lejano, pero continuó. Eran los carruajes que circulaban.

Andaba desde hacía aproximadamente media hora, al menos según el cálculo que había hecho, y aún no había pensado en descansar, sólo había cambiado la mano que sostenía a Marius. La oscuridad era más profunda que nunca, pero aquella profundidad lo tranquilizaba.

De repente, vio su sombra delante de él. Se recortaba sobre un débil resplandor rojizo, que teñía vagamente el zampeado y la bóveda, y que resbalaba a derecha e izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor. Se volvió, asombrado.

Tras él, en la parte del corredor que acababa de traspasar, a una distancia que le pareció inmensa, resplandecía, rayando el espesor oscuro, una especie de astro horrible que parecía mirarlo.

Era la sombría estrella de la policía que se alzaba en la alcantarilla.

Detrás de aquella estrella, se movían confusamente ocho o diez formas negras, rectas, vagas, y horribles.

II

Explicación

El día 6 de junio, se dispuso una batida de las alcantarillas. Temíase que fuesen tomadas como refugio por los vencidos, y el prefecto Gisquet[1] tuvo que registrar el París oculto, mientras que el general Bugeaud barría el París público; doble operación que exigió una doble estrategia de la fuerza pública, representada arriba por el ejército, y abajo por la policía. Tres pelotones de agentes y alcantarilleros, exploraron el muladar subterráneo de París; el primero, la orilla derecha; el segundo, la orilla izquierda, y el tercero, la Cité.

Los agentes iban armados con carabinas, mecanas, espadas, y puñales.

Lo que en aquel momento reflejaba la luz sobre Jean Valjean, era la linterna de la ronda de la orilla derecha.

[1] Henri-Joseph Gisquet (1792-1866), prefecto de policía de 1831 a 1836.

Esta rama acababa de visitar la galería curva y los tres callejones sin salida que se encuentran debajo de la calle de Cadran. Mientras la ronda registraba estos callejones, Jean Valjean había encontrado en su camino la entrada de la galería, y viendo que era más estrecha que el pasillo principal, no había penetrado en ella. Había seguido adelante. Los hombres de la policía, al salir de la galería del Cadran, habían creído oír un ruido en la dirección de la alcantarilla del centro. Eran, en efecto, los pasos de Jean Valjean. El sargento jefe de la ronda había alzado su linterna, y la patrulla se había puesto a mirar en la bruma, hacia el lado de donde procedía el ruido.

Fue para Jean Valjean, un minuto indecible.

Felizmente, si él veía bien la linterna, la linterna lo veía mal a él. Ella era la luz, y él era la sombra. Estaba muy lejos, y confundido en el fondo oscuro del subterráneo. Se arrimó a la pared, y se detuvo.

Por lo demás, no se daba cuenta de lo que se movía detrás de él. El insomnio, la falta de alimento, las emociones, lo habían hecho pasar a él también al estado de visionario. Veía un resplandor, y junto a este resplandor, larvas. ¿Qué significaba aquello? No lo comprendía.

Al detenerse Jean Valjean, había cesado el ruido.

Los hombres de la ronda escuchaban, y no oían, miraban y no veían. Se consultaron.

En aquella época, había en aquel punto de la alcantarilla Montmartre una especie de encrucijada llamada «de servicio», que se ha suprimido, a causa del pequeño lago interior que se formaba en ella, por las aguas pluviales en las recias tormentas. La ronda pudo agruparse en esta encrucijada.

Jean Valjean vio aquella especie de larvas, que formaban como un semicírculo. Aquellas cabezas de dogos, se acercaban, y cuchicheaban.

El resultado de este consejo celebrado por los perros de guardia, fue que se habían engañado, que no había habido ruido, que allí no había nadie, que era inútil internarse en la alcantarilla del centro y que sería perder el tiempo, ya que era preciso apresurarse hacia Saint-Merry, pues si había algo que hacer, y algún «bousingot» (republicano) que rastrear, era en aquel barrio.

De vez en cuando, los partidos echan nuevas suelas a sus antiguas injurias. En 1832, la palabra «bousingot», era el punto intermedio entre la palabra jacobino, ya olvidada, y la palabra demagogo, casi inusitada entonces, y que después ha prestado un servicio tan excelente.

El sargento dio la orden de doblar a la izquierda, hacia la vertiente del Sena. Si se les hubiera ocurrido dividir en dos las patrulla, y marchar en sentidos opuestos, Jean Valjean habría caído en sus manos. Esto pendió de un hilo. Es probable que las instrucciones de la prefectura, previendo el caso de un combate, y suponiendo a los insurgentes en gran número, prohibiesen a la ronda fraccionarse. La ronda se puso de nuevo en marcha, dejando tras de sí a Jean Valjean. De todo este movimiento, Jean Valjean no percibió más que el eclipse de la linterna, que se ocultó repentinamente.

Antes de marcharse, el sargento, para tranquilidad de su conciencia de policía, descargó su carabina del lado que abandonaban, en dirección a Jean Valjean. La detonación rodó de eco en eco en la cripta como el borborigmo de aquella tripa titánica. Un pedazo de yeso que cayó en el arroyo, e hizo chapotear el agua a algunos pasos de Jean Valjean, lo advirtió de que la bala había dado en la bóveda situada por encima de su cabeza.

Pisadas medidas y lentas, resonaron por algún tiempo en el zampeado, cada vez más amortiguadas a medida que se aumentaba la distancia; enseguida, el grupo de formas negras se perdió en la sombra; una luz osciló,

bosquejando en la bóveda un arco rojizo que decreció, y luego desapareció. El silencio volvió a ser profundo, la oscuridad completa, la ceguera y la sordera se posesionaron otra vez de las tinieblas, y Jean Valjean, sin atreverse aún a moverse, permaneció largo tiempo arrimado a la pared, con el oído tenso y las pupilas dilatadas, mirando alejarse aquella patrulla de fantasmas.

III

El hombre perseguido

Es necesario decir, en justicia, que la policía de aquel tiempo, aún en las circunstancias públicas más graves, cumplía imperturbablemente su deber de inspección y vigilancia. Un motín era, a sus ojos, un pretexto para aflojar la rienda a los malhechores y para descuidar la sociedad por la razón de que el gobierno estaba en peligro. El servicio ordinario se hacía correctamente a través del servicio extraordinario, y sin resentirse lo más mínimo. En medio de un incalculable acontecimiento político, ya empezado, bajo la presión de una posible revolución, no distraído por la insurrección ni la barricada, el agente seguía la pista del ladrón.

Precisamente algo parecido a esto sucedía en la tarde del 6 de junio a orillas del Sena, en la ribera izquierda, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Hoy ya no hay allí ribera. El aspecto de aquellos parajes ha cambiado.

En este ribazo, dos hombres, separados por cierta distancia, parecían observarse, evitándose mutuamente. El que iba delante, trataba de alejarse, y el que iba detrás, trataba de aproximarse.

Era como una partida de ajedrez que se jugaba desde lejos y silenciosamente. Ninguno de los dos parecía apresurarse, y andaban ambos lentamente, como si cada cual temiese, apresurándose demasiado, que su compañero avivase el paso.

Hubiérase dicho un apetito tras una presa, sin mostrar intención deliberada. La presa era socarrona, y estaba sobre aviso.

Eran observadas las proporciones debidas entre la garduña perseguida, y el perro perseguidor. El que procuraba eclipsarse tenía mala traza, y una figura raquítica; y el que quería echarle el guante, gallardo, de elevada estatura, y duro aspecto, denotaba ser sumamente huraño.

El primero, sintiéndose más débil, evitaba al segundo; pero lo evitaba de un modo profundamente furioso; los que hubieran podido observarlo de cerca, habrían visto en sus ojos la sombría hostilidad de la fuga y la amenaza del miedo.

El ribazo se encontraba desierto; nadie pasaba por allí; ni siquiera el barquero, o el descargador de las chalanas amarradas acá y allá.

No se podía distinguir bien a aquellos hombres, sino desde el muelle de enfrente, y para quien los hubiera examinado a esta distancia, el hombre que iba delante, hubiera aparecido como un ser erizado, harapiento y oblicuo, inquieto y tiritando bajo una blusa remendada, y el otro como un personaje clásico y oficial, con la levita de la autoridad, abrochada hasta la barba.

El lector reconocerá a estos dos hombres si les viera más de cerca.

¿Cuál era el objeto del último?

Probablemente suministrar al primero ropa de abrigo.

Cuando un hombre vestido por el estado, persigue a un hombre vestido de harapos, es con el objeto de convertirle en hombre vestido también por el estado. Sólo que la cuestión está en el color. Ir vestido de azul, es glorioso; ir vestido de rojo, es desagradable.

Hay una púrpura que procede de abajo.

Sin duda, algún disgusto y alguna púrpura de este género es lo que el primero deseaba esquivar.

Si el otro le permitía ir delante, y no se apoderaba de él, según todas las apariencias, era con la esperanza de verlo dirigirse a alguna cita significativa y hacia algún grupo que fuese buena presa. A esta operación delicada, se la llama «la persecución».

Lo que hace posible esta conjetura, es que el hombre de la levita abrochada, divisando desde el ribazo un coche de alquiler que iba vacío, hizo señas al cochero; el cochero comprendió, y conociendo evidentemente con quién se las había, cambió de dirección, y se puso a seguir poco a poco, desde lo alto del muelle, a aquellos dos hombres. De esto no se apercibió el personaje de mala traza que caminaba delante.

El coche iba junto a los árboles de los Champs-Élysées. Por encima del parapeto, se veía pasar el busto del cochero, con la fusta en la mano.

Una de las instrucciones secretas de la policía, a los agentes, contiene este artículo: «Tener siempre al alcance, un carruaje de alquiler, por si se necesita.»

Maniobrando cada cual por su parte, con una estrategia irreprensible, acercábanse aquellos dos individuos a una rampa del muelle que descendía hasta el ribazo, y permitía a los cocheros, a su vuelta de Passy, llevar al río los caballos para que bebiesen. Esta rampa se ha

suprimido después por exigirlo la simetría; los caballos revientan de sed, pero se recrea la vista.

Era de suponer que el hombre de la blusa, subiría por la rampa, con el fin de intentar evadirse en los Champs-Élysées, lugar provisto de árboles, pero en revancha, muy frecuentado por agentes de policía, y donde el otro hallaría fácilmente quien lo ayudase.

Este punto del muelle, dista muy poco de la casa traída de Moret a París, en 1824, por el coronel Brack, y llamada casa de Francisco I[1]. Un cuerpo de guardia está muy cerca de allí.

Con gran sorpresa del que lo observaba, aquel hombre no tomó por la rampa del abrevadero. Continuó avanzando por el ribazo junto al muelle.

Evidentemente, su posición se iba poniendo muy crítica.

A menos que se arrojase al Sena, ¿qué iba a hacer?

Ya no había forma de volver a subir al muelle; ni rampa, ni escaleras; y estaban muy próximos al lugar señalado por el ángulo del río hacia el puente Iéna, en donde el ribazo, cada vez más estrecho, acababa en lengua delgada, y se perdía debajo del agua. Allí iba a encontrarse inevitablemente bloqueado entre la pared cortada a pico a su derecha, el río a la izquierda enfrente, y la autoridad tras sus talones.

Es cierto que el final del ribazo, estaba oculto a la vista por un montón de escombros de seis a siete pies de altura, producto de no se sabe qué demolición. Pero, ¿esperaba aquel hombre poderse ocultar en un sitio,

[1] Esta casa, llamada de Francisco I, aunque no fue construida hasta 1572, existe aún, en la esquina de la calle Bayard y del Cours Albert I. Vendida por el gobierno del coronel Brack, fue redificada en 1823 en el Cours-la-Reine, según deseos de la señorita Mars. El plano es nuevo, pero las partes antiguas, y las esculturas (atribuidas equivocadamente, sin duda, a Jean Goujon), proceden del pabellón de caza de Moret.

donde, para descubrirle, bastaba dar la vuelta al montón? El medio hubiera sido pueril. Ni podía pensar en ello, pues la conciencia de los ladrones no llega a tanto.

Aquella aglomeración de ruinas, formaba al borde del agua una especie de eminencia que se prolongaba en promontorio hasta la muralla del muelle.

El hombre perseguido, llegó a esta pequeña colina, y la dobló, de manera que dejó de ser visto por el otro.

Este último, al no ver, no era visto; aprovechó el momento para dejar a un lado todo disimulo, y se puso a caminar con rapidez. Pronto estuvo junto a los escombros, y dio la vuelta al montón. Allí se detuvo estupefacto. El hombre a quien perseguía, no estaba allí.

Eclipse total del hombre de la blusa.

El ribazo apenas contaba, desde el montón de escombros, unos treinta pasos; sumergíase luego en el agua que se estrellaba contra la muralla del muelle.

El fugitivo no hubiera podido arrojarse al Sena, ni escalar el muro, sin que lo viese su perseguidor. ¿Qué había hecho, pues?

El hombre de la levita abrochada, avanzó hasta el extremo del ribazo, y permaneció un momento pensativo, con los puños apretados, y registrándolo todo con los ojos. De repente, se golpeó la frente. Acababa de descubrir, en el punto en que terminaba la tierra y empezaba el agua, una reja de hierro ancha y baja, cintrada, y provista de una enorme cerradura, y de tres goznes macizos. Esta reja, especie de puerta practicada en la parte inferior del muelle, daba al río, lo mismo que al ribazo. Un arroyo negruzco pasaba por debajo. Aquel arroyo, desaguaba en el Sena.

Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes, se distinguía una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre cruzó los brazos, y contempló la reja con aire de reproche.

Como no bastaba mirar, trató de empujarla, la sacudió y la reja resistió tenazmente. Era probable que acabasen de abrirla, aunque no se hubiese oído ruido alguno, cosa rara, tratándose de una reja tan llena de herrumbre; en todo caso, no quedaba duda de que la habían vuelto a cerrar; y esto probaba que la persona ante quien había girado aquella puerta, tenía, no una ganzúa, sino una llave.

Esta evidencia asaltó el espíritu del hombre que se esforzaba en violentar la reja, pues prorrumpió indignado en el siguiente epíteto:

—¡Esto pasa de la raya! ¡Una llave del gobierno!

Luego, tranquilizándose inmediatamente, expresó todo un mundo interior de ideas, con esta bocanada de palabras, pronunciadas casi irónicamente:

—¡Vaya!, ¡vaya!, ¡vaya!, ¡vaya!

Luego, esperando no se sabe si ver salir al de la blusa, o entrar otros, se puso en acecho detrás del montón de ruinas, con la paciente rabia del perro de presa.

Por su parte, el carruaje de alquiler, que seguía todas sus evoluciones, se paró junto al parapeto. El cochero, previendo que no sería cosa de uno ni de dos minutos, ató el saco de avena al hocico de sus caballos; ese saco, es muy conocido por los parisienses, a quienes los gobiernos, sea dicho de paso, suelen ponérselo. Las pocas personas que atravesaban el puente de Iéna, volvían la cabeza para mirar un momento aquellos dos aditamentos inmóviles del paisaje, el hombre en el ribazo, y el coche en el muelle.

IV

También él lleva su cruz

Jean Valjean emprendió de nuevo su marcha, y ya no volvió a detenerse.

Esta marcha era cada vez más laboriosa. El nivel de las bóvedas varía; la elevación media es de unos cinco pies y seis pulgadas, y ha sido calculada para la estatura de un hombre. Jean Valjean se veía obligado a doblarse para que Marius no diese contra la bóveda; a cada instante era preciso bajarse, luego enderezarse, y tantear sin cesar el muro. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado, eran malos puntos de apoyo, tanto para la mano como para el pie. Tropezaba en el horrible estercolero de la ciudad. Los reflejos intermitentes de los respiraderos no aparecían sino a muy largos intervalos, y tan pálidos, que el sol en todo su esplendor, se tomaba por la luna. Lo demás era niebla, miasma, opacidad.

Jean Valjean tenía hambre y sed; sed sobre todo; y allí como en el mar, había abundancia de agua, que no

se puede beber. Su fuerza, que era prodigiosa, como se sabe, y muy poco disminuida con la edad, gracias a su vida casta y sobria, empezaba sin embargo, a flaquear. Le sobrevenía la fatiga, y a medida que perdía su vigor, aumentaba el peso de la carga. Marius, muerto tal vez, pesaba como pesan los cuerpos inertes. Jean Valjean lo sostenía de modo que su pecho quedase holgado, y que la respiración pudiese pasar lo mejor posible. Sentía entre sus piernas, el rápido deslizar de las ratas. Una de ellas se asustó hasta el punto de querer morderlo. De vez en cuando, llegaban hasta él ráfagas de aire fresco, procedentes de las bocas de la alcantarilla, que le infundían nuevos ánimos.

Podrían ser las tres de la tarde, cuando llegó a la alcantarilla del centro.

Al principio, se sorprendió por aquel ensanchamiento súbito. Se encontró bruscamente en una galería, cuyas paredes no podía tocar con las manos extendidas, y bajo una bóveda a la que no llegaba su cabeza. El Grand-Égout (gran alcantarilla), tiene, en efecto, ocho pies de ancho y siete de altura.

En el punto en que la alcantarilla Montmartre se une con Grand-Égout, otras dos galerías subterráneas, la de la calle Provence y la de Abattoir [1], forman una encrucijada. Entre estas cuatro vías, uno menos sagaz hubiera vacilado. Jean Valjean tomó la más ancha, es decir, la alcantarilla del centro. Pero aquí se le planteaba de nuevo la pregunta: ¿subir o bajar? Pensó que la situación apremiaba, que era preciso, a todo trance, ganar el Sena. En otros términos, bajar. Dobló a la izquierda.

Fue una suerte para él. Pues sería un error creer que la alcantarilla del centro tiene dos salidas, una hacia Bercy, y otra hacia Passy, y que es, como indica su nom-

[1] El matadero Montmartre, construído en tiempo del imperio, en lo alto de la calle Rochechouart.

bre, el centro subterráneo del París de la orilla derecha. El Grand-Égout, que no es, preciso es recordarlo, otra cosa que el antiguo arroyo Ménilmontant, desemboca, si se le remonta, en un callejón sin salida, es decir, en su antiguo punto de partida, que fue su origen, al pie del cerrillo de Ménilmontan. No tiene comunicación directa con el ramal que recoge las aguas de París, a partir del barrio Popincourt, y que desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot, más arriba de la antigua isla de Louviers. Este ramal que completa la alcantarilla colectora, se halla separado de ella, bajo la misma calle Ménilmontant, por su macizo, que indica el punto de división de las aguas río abajo y río arriba. Si Jean Valjean hubiera remontado la galería, hubiera llegado después de mil esfuerzos, agotado de fatiga, a las tinieblas, a una pared. Estaría perdido.

En rigor, retrocediendo un poco, internándose en el pasillo de Filles-du-Calvaire, con la condición de no titubear en la pata de ganso subterránea de la encrucijada Boucherat, y tomando el corredor Saint-Louis, luego volviendo a la derecha y evitando la galería Saint-Sébastien, hubiera podido ganar la alcantarilla Amelot, y de ahí, con tal de no extraviarse en la especie de F que hay debajo de la Bastilla, salir al Sena, junto al Arsenal. Pero para ello, hubiera sido preciso conocer a fondo, en todas sus ramificaciones y aberturas, la enorme madrépora de la alcantarilla. Ahora bien, debemos insistir en ello, no sabía nada de este laberinto terrible en que se encontraba; y si le hubieran preguntado dónde se hallaba hubiera respondido que en la noche.

Su instinto lo guió perfectamente. Bajar, era, en efecto, la única salvación posible.

Dejó a su derecha los dos corredores que se ramifican en forma de garra bajo la calle Laffitte y Saint-Georges, y el largo corredor bifurcado de la calzada de Antin.

Un poco más allá de un afluente que era, al parecer el ramal de la Madeleine, se detuvo. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho, probablemente el de la calle de Anjou, daba una luz casi viva. Jean Valjean, con la suavidad de movimientos que tendría un hermano para con su hermano herido, dejó a Marius sobre la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del joven, apareció a la luz pálida del respiradero como si estuviera en el fondo de una tumba. Tenía los ojos cerrados, los cabellos pegados a las sienes, como pinceles secos de color rojo, las manos colgantes y muertas, los miembros fríos, la sangre coagulada en las comisuras de los labios. Un coágulo de sangre se había formado en el nudo de la corbata; la camisa se introducía en las heridas, y el paño del vestido, rozaba las cortaduras de la carne viva. Jean Valjean, rasgó su camisa, vendó las heridas tan bien como pudo, y detuvo la sangre que manaba; luego, inclinándose en aquella media luz sobre Marius que seguía sin conocimiento y casi sin respiración, lo miró a la dudosa claridad con un odio indecible.

Al desabrochar los vestidos de Marius, encontró en los bolsillos dos cosas, el pan que había olvidado desde la víspera, y la cartera de Marius. Se comió el pan, y abrió la cartera. En la primera página, encontró las cuatro líneas escritas por Marius. Como se recordará decían:

«Me llamo Marius Pontmercy. Lleven mi cadáver a casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, en la calle Filles-du-Calvaire, n. 6, en Marais.»

Jean Valjean leyó a la luz del respiradero, aquellas cuatro líneas, y permaneció un momento como absorbido en sí mismo, repitiendo a media voz: «Calle Filles-du-Calvaire, número seis, señor Gillenormand.» Guardó la

cartera en el bolsillo de Marius. Como había comido, había recuperado sus fuerzas; volvió a cargar a Marius sobre sus hombros, le apoyó cuidadosamente la cabeza sobre su hombro derecho, y remprendió su bajada por la alcantarilla.

La alcantarilla grande, dirigida según el *thalweg* del valle de Ménilmontant, tiene cerca de dos leguas de longitud. Está pavimentada en la mayor parte de su trayecto.

La antorcha del nombre de las calles de París, con que mostramos al lector la marcha subterránea de Jean Valjean, no la poseía éste. No sabía ni la zona que atravesaba, ni el camino que había andado. Sólo por la palidez creciente de los rayos de luz que de tanto en tanto lo alumbraban, veía que el sol se retiraba del empedrado, y que el día no tardaría en declinar; y el rodar de los coches por encima de su cabeza que se había convertido de continuo en intermitente, y luego había cesado, le indicó que no estaba ya bajo el centro de París, y que se acercaba a alguna zona solitaria, cerca de los bulevares exteriores o de los muelles extremos.

Donde hay menos casas y calles, la alcantarilla tiene menos respiraderos. La oscuridad se iba condensando alrededor de Jean Valjean. No por ello dejó de avanzar, a tientas en la sombra.

Aquella sombra tomó bruscamente un carácter terrible.

V

En la arena, como en la mujer, hay cierta finura que es pérfida

Sintió que entraba en el agua, y que tenía debajo de los pies, no baldosas, sino cieno.

Sucede, a veces, en ciertas costas de Bretaña o de Escocia, que un hombre, viajero o pescador, caminando durante la marea baja por el arenal, a alguna distancia de la orilla, se da cuenta súbitamente que desde hace algunos minutos, camina penosamente. La playa está como resinosa bajo sus pies; se pega a ella la suela de los zapatos; no parece arena, sino liga. La arena está perfectamente seca, pero a cada paso, desde que ha levantado el pie, el hueco que deja se llena de agua. La vista, por lo demás, no ha observado cambio alguno. La inmensa playa está tranquila, toda la arena tiene el mismo aspecto, nada diferencia el suelo que es sólido, del suelo que no lo es; la alegre nubecilla de los pulgones de mar,

continúa saltando tumultuosamente sobre los pies del paseante. El hombre sigue su ruta, siempre hacia adelante, pisando con fuerza, y procurando acercarse a la costa. No está inquieto. ¿Por qué había de estarlo? Sólo siente como si a cada paso aumentara la pesadez de sus pies. Bruscamente, se hunde. Se hunde dos o tres pulgadas. Decididamente no va por el buen camino; se detiene para orientarse. De repente mira hacia sus pies. Sus pies han desaparecido. La arena los cubre. Retira sus pies de la arena, quiere volver sobre sus pasos, retrocede, y se hunda más. La arena le llega al tobillo. Con un esfuerzo se arranca, y se lanza hacia la derecha, la arena le llega hasta media pierna, se lanza a la izquierda, y la arena le llega a las corvas. Entonces se da cuenta con indecible terror que está atrapado en las arenas movedizas, en este medio espantoso, donde no puede caminar el hombre, ni nadar el pez. Arroja su fardo, si lo lleva, se aligera, como un navío a punto de zozobrar, pero ya no llega a tiempo, la arena le alcanza ya la rodilla.

Llama, agita su sombrero o su pañuelo, la arena sube cada vez más; si el arenal está desierto, si la tierra está demasiada lejana, si el banco de arena con su mala fama ahuyenta a los transeúntes, todo ha terminado, y está condenado a sepultarse en la arena. Está condenado a este terrible hundimiento largo, infalible, implacable, imposible de retrasar ni de adelantar, que dura horas, que no termina; que lo coge de pie, libre, en plena salud, y tira de él hacia abajo, que, a cada esfuerzo que hace, a cada grito que lanza, lo atrae hacia sí un poco más, que parece castigar su resistencia, aumentando la presión; que lo introduce lentamente en la tierra, dejándole tiempo sobrado para mirar al horizonte, a los árboles, a la verde campiña, al humo de las aldeas en la llanura, a las velas de los navíos en el mar, a los pájaros que vuelan y cantan, al sol, al cielo. Este hundimiento es el

sepulcro que se hace marea, y sube desde el fondo de la tierra hacia un ser viviente. Cada minuto es una sepultura inexorable. El miserable trata de sentarse, de tenderse, de arrastrarse; todos los movimientos que hace, lo entierran, se incorpora, se hunde; se siente tragado; grita, implora, clama a las nubes, se retuerce los brazos, se desespera. Helo ahí, con la arena hasta el vientre, la arena alcanza ya el pecho; ya no es más que un busto. Alza los brazos, lanza gemidos furiosos, crispa sus uñas sobre la arena, quiere asirse a aquella ceniza, se apoya sobre los codos para arrancarse de aquel estuche resbaladizo, solloza frenéticamente; la arena sube. La arena alcanza los hombros, la arena alcanza el cuello; sólo la cara queda visible ahora. La boca grita, la arena la llena; silencio. Los ojos miran aún, la arena los cierra; oscuridad. Luego la frente se sumerge, la cabellera se estremece sobre la arena; sale una mano, agujerea la superficie de la sábana de arena, se mueve, se agita, y desaparece. Siniestro eclipse de un hombre.

Algunas veces el caballero se hunde con su caballo, algunas veces el carretero se hunde con la carreta; todo zozobra en la arena. Es el naufragio fuera del agua. Es la tierra que ahoga al hombre. La tierra penetrada del océano, se convierte en trampa. Se ofrece como una llanura, y se abre como una ola. El abismo tiene estas traiciones.

Esta fúnebre aventura, siempre posible en tal o cual playa del mar, lo era también, hace treinta años, en la alcantarilla de París.

Antes de los primeros trabajos importantes, empezados en 1833, el laberinto subterráneo de París, estaba sujeto a hundimientos imprevistos.

El agua se infiltraba en ciertos terrenos subyacentes, en sumo grado desmoronables; el zampeado, fuese de baldosa, como en las alcantarillas antiguas, o de cal

hidráulica y hormigón, como en las nuevas galerías, careciendo ya de punto de apoyo, cedía. Y en un piso de esta clase, ceder es rajarse, es hundirse. El zampeado desaparecía en cierta extensión. La grieta que se formaba, boca de un abismo de cieno, tenía en lenguaje técnico el nombre de fontis. ¿Qué viene a ser un fontis? Es la arena movediza de las orillas del mar que se encuentra de repente bajo tierra; es el arenal del monte Saint-Michel, en una alcantarilla. El suelo humedecido, está como en fusión; todas sus moléculas están en suspensión en un medio blando; no es tierra ni es agua. La profundidad algunas veces es muy grande. No hay nada tan terrible como semejante encuentro. Si el agua domina, la muerte es rápida, a causa de la inmersión; si la tierra domina, la muerte es lenta, verificándose por hundimiento.

¿Concíbese el horror de una muerte por el estilo?; si el desaparecer es espantoso en la arena del mar, ¿qué no será en la cloaca? En lugar del aire libre, de la claridad del día, del brillante horizonte, del ruido, de esas nubes que esparcen vida, de estos barcos que se ven de lejos, de la esperanza bajo todas las formas, de los probables transeúntes, del socorro posible hasta el postrer minuto; en lugar de todo esto, la sordera, la ceguedad, una bóveda negra, en una fosa ya abierta, la muerte en el fango bajo una tapa, la sofocación lenta por la inmundicia, una caja de piedra en donde la asfixia abre su garra en el fango, y os coge por la garganta; la fetidez unida al estertor; el fango en lugar de la arena, el hidrógeno sulfurado, en lugar del huracán, la basura en lugar del océano. ¡Y el tormento de llamar, de rechinar los dientes, de retorcerse, de agitarse, de agonizar, con esta enorme ciudad encima, ajena a todo!

¡No cabe horror que supere el de morir así! La muerte halla a veces la compensación de su atrocidad en cierta

dignidad terrible. Se puede ser grande en la hoguera y en el naufragio; es posible una actitud sublime, tanto en medio de las llamas, como en medio de las olas; allí, al abismarse, hay trasfiguración. Pero aquí no. La muerte es sucia. Es humillante expirar. Las supremas visiones flotantes son abyectas. Barro es sinónimo de vergüenza. Es pequeño, feo, infame. Morir en un tonel de malvasía, como Clarence[1], está bien; en la fosa del pocero, como Escoubleau[2], es horrible.

Debatirse allí dentro, es asqueroso; al mismo tiempo que se agoniza, se chapotea. No hay bastantes tinieblas para que esto sea el infierno, ni bastante fango para que sea un lodazal, y el moribundo no sabe si va a convertirse en espectro, o si va a convertirse en sapo.

En todas partes, el sepulcro es siniestro; aquí es deforme.

La profundidad de los fontis, variaba, y también su longitud y su densidad, en razón de la mejor o peor calidad del subsuelo. A veces un fontis tenía una profundidad de tres o cuatro pies, y otras veces de ocho a diez; en algunas ocasiones, no se encontraba el fondo. El barro es aquí casi sólido, y allá casi líquido. En el fontis Lunière, un hombre hubiera tardado un día en desaparecer, mientras que hubiera sido devorado en cinco minutos por el lodazal de Phélippeaux[3]. El fango sostiene más o menos, según es más o menos denso. Un niño se salva, o un hombre se pierde. La primera ley de salvación es despojarse de toda clase de carga. Arrojar el saco con herramientas, o la banasta, o el cubo, era lo primero

[1] El duque de Clarence (1449-1478), condenado a muerte, solicitó morir ahogado «en un tonel de malvasía», como dice Víctor Hugo.

[2] Sobre Escoubleau, ver final del capítulo.

[3] La calle Phélippeaux, entre la calle Temple y la calle Frepillón, ha sido absorbida por la calle Réaumur.

que hacía el alcantarillero cuando sentía que el suelo cedía bajo sus pies.

Los fontis procedían de diferentes causas: enfriamiento del suelo; algún derrumbamiento a una profundidad fuera del alcance del hombre; los violentos chaparrones de verano; la oleada incesante del invierno; la lluvia menuda y continua. A veces el peso de las casas de los alrededores sobre un terreno margoso o arenoso hacía ladearse las bóvedas de las galerías subterráneas; o bien sucedía que el zampeado estallaba y se abría con el terrible empuje. De este modo, el aplanamiento del Panthéon, destruyó hace un siglo, parte de las bóvedas de las cuevas de la montaña Sainte-Geneviève.

Cuando una alcantarilla se hundía bajo la presión de las casas, el desorden, en ciertas ocasiones, se traducía en la calle por una especie de grietas, como dientes de sierra entre los adoquines; estas grietas formaban una línea serpenteante en toda la longitud de la bóveda hendida, y entonces, al quedar visible el mal, podía remediarse pronto. Sucedía también que el destrozo interior, no se revelaba por ninguna hendidura en el exterior. En este caso, ¡pobres alcantarilleros! Al entrar sin precaución en la alcantarilla, podían perderse en ella. Los antiguos registros hacen mención de algunas desapariciones de esta clase, y hasta citan los nombres de las víctimas; entre otros, el de un alcantarillero que desapareció en el hundimiento debajo de la calle de Carême-Prenant [1], llamado Blaise Poutrain; este Blaise Poutrain era hermano de Nicolás Poutrain que fue el último sepulturero del cementerio llamado Osario de los Inocentes en 1785, época en que este cementerio tuvo fin.

Sucedió una cosa análoga al joven y elegante vizconde de Escoubleau, del cual acabamos de hablar, que fue uno de los héroes del sitio de Lérida, donde se dio al asalto

1 Hoy, calle Bichat.

con medias de seda y una banda de violines a la cabeza. Escoubleau, sorprendido una noche en casa de su prima, la duquesa de Sourdis, se ahogó en el hundimiento de la alcantarilla Beautreillis, en donde se había refugiado para escapar al duque. La duquesa de Sourdis, cuando le contaron esta muerte, pidió su pomo, y se olvidó de llorar a fuerza de respirar sales. En tales casos, no hay amor que resista al aliento de la cloaca. Hero se niega a lavar el cadáver de Leandro. Tisbe se tapa la nariz delante de Príamo, y dice: «¡Puá!»

VI

El cenagal

Jean Valjean se encontraba en presencia de un abismo de cieno.

Este tipo de derrumbamientos, era entonces frecuente en el subsuelo de los Champs-Élysées, difícilmente manejable a los trabajos hidráulicos, y poco conservador de las construcciones subterráneas a causa de su excesiva fluidez. Esta fluidez sobrepasa la inconsistencia de las arenas mismas del barrio Saint-Georges, que para ser vencidas han necesitado cimientos de roca sobre hormigón, y capas gredosas infectadas por el gas del barrio de Martyrs, tan líquidas, que no hubiera podido pasarse por debajo de la galería del mismo nombre, sino mediante un tubo de fundición. Cuando en 1836 se demolió en el faubourg Saint-Honoré, para reconstruirlo, el viejo alcantarillado de piedra, donde vemos ahora a Jean Valjean, la arena movediza que constituye el suelo interior de los Champs-Élysées, hasta el Sena, se opuso, e hizo durar la operación seis meses, con gran escándalo de los

ribereños, sobre todo de los ribereños que tienen palacios y carruajes. Las obras, además de difíciles, fueron peligrosas. Aunque es verdad que hubo cuatro meses y medio de lluvia, y tres crecidas del Sena.

El cenagal que encontró Jean Valjean provenía del chaparrón de la víspera. El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, había producido un estancamiento de agua fluvial. Siguió la infiltración, y luego el derrumbamiento. El zampeado, dislocado, se había sumergido en el cieno. ¿Hasta qué longitud? Era imposible decirlo. La oscuridad era allí más espesa que en cualquier otra parte. Era un agujero de lodo, en una caverna de noche.

Jean Valjean sintió que el empedrado desaparecía bajo sus pies. Entró en aquel fango. Había agua en la superficie, y légamo en el fondo. Era preciso pasar. Volver sobre sus pasos, resultaba imposible. Marius estaba expirante, y Jean Valjean extenuado. ¿Dónde ir? Jean Valjean siguió adelante. Tanto más, cuanto que el hoyo parecía poco profundo en los primeros pasos. Pero a medida que iba avanzando, sus pies se hundían cada vez más. Pronto el cieno le llegó a media pierna, y el agua por encima de las rodillas. Andaba, y con los brazos levantados, sostenía a Marius sobre el agua. El cieno le llegaba ahora a las corvas, y el agua a la cintura. Ya no podía retroceder. Hundíase cada vez más, y aquel fango, bastante denso para el peso de un hombre, no podía sostener dos. Trabajo habría costado a Marius y a Jean Valjean salir de allí, aun aisladamente. Jean Valjean continuó avanzando, con aquel moribundo, que tal vez era un cadáver, a cuestas.

El agua le llegaba a las axilas; sentía que iba a zozobrar; apenas podía moverse en el hoyo de cieno donde estaba. La densidad, que era el sostén, era también el obstáculo. Seguía sosteniendo a Marius por encima del

agua, y con esfuerzos inauditos continuaba adelante; pero no sin sumergirse más, hasta no quedar visibles sino la cabeza y los brazos que sostenían al joven. En los antiguos cuadros del diluvio, hay una madre que sostiene así a su hijo.

Todavía se hundió un poco más; para librarse del agua, y poder respirar, echaba hacia atrás la cara. Quien le hubiese visto en aquella oscuridad, habría creído ver una máscara flotante en la sombra. Divisaba vagamente por encima de él, la cabeza colgando y el rostro lívido de Marius; hizo un esfuerzo desesperado, y lanzó el pie hacia adelante. El pie tropezó con una cosa sólida. Un punto de apoyo; ya era hora.

Se incorporó y se enraizó con una especie de furia sobre aquel punto de apoyo. Esto le produjo el efecto del primer peldaño de una escalera para subir de nuevo a la vida.

Este punto de apoyo, que el fango le ofreció en el momento supremo, era el principio de la otra vertiente del zampeado, que había cedido sin romperse, y se había doblado sobre el agua como una tabla de una sola pieza. Los enlosados bien construidos forman una bóveda, y tienen esta clase de firmeza. Este fragmento de zampeado, sumergido en parte, pero sólido, era una verdadera rampa, y una vez en aquella rampa, estaría salvado. Jean Valjean subió por aquel plano inclinado, y llegó al otro lado del cenagal.

Al salir del agua, tropezó en una piedra, y cayó de rodillas. Pensó que aquello era justo, y permaneció allí algún tiempo con el alma abismada en una oración a Dios.

Se incorporó tiritando, helado, infecto, doblado bajo el peso del moribundo que llevaba a hombros, chorreando fango, y con el alma inundada de una extraña claridad.

VII

Algunas veces se naufraga a punto de desembarcar

Púsose otra vez en camino.

Por lo demás, aunque no dejó la vida en el cenagal, parecía haber dejado su fuerza. Aquel supremo esfuerzo, lo había agotado. Su cansancio era ahora tal, que cada tres o cuatro pasos tenía que detenerse para tomar aliento, apoyándose en la pared. Una vez, tuvo que sentarse en la banqueta, para cambiar la posición de Marius, y creyó que iba a quedarse allí. Pero si el vigor había muerto en él, no así su energía. Se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa; anduvo de este modo unos cien pasos, sin alzar la cabeza, sin respirar casi, y de repente tropezó con la pared. Había llegado a un ángulo de la alcantarilla con la cabeza baja, y de ahí el choque. Alzó los ojos, y en el extremo del subterráneo, delante de él, lejos, muy lejos, percibió una

claridad. Esta vez no era la claridad terrible; era la claridad buena y blanca. Era el día.

Jean Valjean veía la salida.

Un alma condenada, que en medio de las llamas divisase de repente la salida del infierno, experimentaría lo que experimentó Jean Valjean. Volaría desatinadamente con sus quemadas alas, hacia la puerta. Jean Valjean no sintió ya la fatiga, no sintió ya el peso de Marius, recobró sus piernas de acero, y se puso a correr más bien que a caminar. A medida que se acercaba, la salida se dibujaba cada vez más claramente. Era un arco cintrado, menos alto que la bóveda que iba decreciendo gradualmente, y menos ancha que la galería, que se estrechaba al mismo tiempo que la bóveda baja. El túnel concluía en forma de embudo; estrechamiento vicioso, imitado de las prisiones, ilógico en una alcantarilla, y que luego ha sido corregido.

Jean Valjean llegó a la salida.

Allí se detuvo.

Era la salida, pero no podía salir.

El arco estaba cerrado por una especie de reja, y la reja, que según las apariencias giraba pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una cerradura gruesa, la cual, llena de herrumbre, parecía un enorme ladrillo. Se veía el orificio de la llave, y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro. La cerradura estaba visiblemente cerrada con dos vueltas. Era una de las cerraduras de las bastillas, que el viejo París prodigaba muy a menudo.

Al otro lado de la reja, el aire libre, el río, el día, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para marcharse, los muelles lejanos, París, este abismo donde es tan fácil esconderse, el vasto horizonte, la libertad. Se distinguía

a la derecha, río abajo, el puente de Iéna, y a la izquierda, río arriba, el puente de los Inválidos; el lugar hubiera sido propicio para esperar la noche y evadirse. Era uno de los puntos más solitarios de París; el ribazo enfrente del Gros-Caillou. Las moscas entraban y salían a través de los barrotes de la reja.

Deberían ser las ocho y media de la tarde. El día iba a desaparecer.

Jean Valjean colocó a Marius junto a la pared, en la parte seca del zampeado, luego se acercó a la verja, y crispó sus dos puños sobre los barrotes; la sacudida fue frenética, pero la conmoción nula. La reja no se movió. Jean Valjean fue probando los barrotes, uno tras otro, esperando poder arrancar el menos sólido y hacer de él una palanca para levantar la puerta, o para romper la cerradura. Pero ningún barrote se movió. Los dientes de un tigre, no están tan sólidos en sus alvéolos. El obstáculo era invencible. No había medio alguno de abrir la puerta.

¿Todo debía terminar allí? ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? En cuanto a retroceder, en cuanto a desandar el trayecto terrible que había recorrido ya, no se sentía con fuerzas para ello. Por otra parte, ¿cómo atravesar de nuevo aquel lodazal, del que había escapado por milagro? Y pasado el cenagal, ¿no estaba allí la ronda de la policía, de la cual no podría librarse por segunda vez? Además, ¿adónde iría?, ¿qué dirección tomaría? Seguir la pendiente, no era llegar al fin propuesto. Llegaría a otra salida, y la encontraría obstruida con otra reja. Todas las salidas estaban indudablemente cerradas de aquel modo. La casualidad había abierto la reja por la cual había entrado, pero evidentemente, todas las demás bocas de la alcantarilla estaban cerradas. Sólo había logrado evadirse hacia una prisión.

Todo había terminado. Todo lo que había hecho Jean Valjean era inútil. Dios se lo negaba.

Estaban cogidos ambos en la sombría e inmensa tela de la muerte, y Jean Valjean sentía correr por sus negros hilos, estremeciéndose en las tinieblas, la espantosa araña.

Volvió la espalda a la reja, y cayó sobre el suelo, cerca de Marius que seguía inmóvil. Hundió luego la cabeza entre las rodillas. No había medio de salir. Era la última gota de la angustia.

¿En qué pensaba en aquel profundo abatimiento? Ni en sí mismo ni en Marius, pensaba en Cosette.

VIII

El faldón de la levita, roto

En medio de esta postración, una mano se posó sobre su hombro, y una voz que hablaba bajo, le dijo:

—Partamos.

¿Quién podía ser, en aquella oscuridad? Nada se parece tanto al sueño, como la desesperación. Jean Valjean creyó soñar. No había oído pasos. ¿Sería posible? Alzó los ojos. Un hombre estaba delante de él.

Aquel hombre iba vestido con una blusa; llevaba los pies desnudos, y los zapatos en su mano izquierda; evidentemente se los había quitado para poder llegar hasta Jean Valjean sin ser oído.

Jean Valjean no dudó ni un solo instante. A pesar de ser el encuentro tan imprevisto, reconoció a aquel hombre. Era Thénardier.

Aunque despertase, digámoslo así, sobresaltado, Jean Valjean, acostumbrado a vivir alerta, y práctico en los golpes imprevistos que es preciso parar pronto, recobró

al instante toda su presencia de ánimo. Además, la situación no podía empeorar, pues hay un cierto grado de angustia que no es capaz de aumentar, y el mismo Thénardier no podía añadir nada a la lobreguez de aquella tenebrosa noche.

Hubo un instante de espera.

Thénardier, alzando su mano derecha a la altura de la frente, en forma de pantalla, acercó las cejas, y guiñó los ojos, lo cual, acompañado de un ligero fruncimiento de boca, caracteriza la atención sagaz de un hombre que trata de reconocer a otro. No lo consiguió. Jean Valjean, tal como acabamos de decirlo, estaba de espaldas a la luz, y estaba, además, tan desfigurado, tan lleno de sangre y de fango, que en pleno día, hubiese estado irreconocible. Por el contrario, iluminado de frente por la luz que entraba por la reja, claridad de cueva, es cierto, lívida, pero precisa en su lividez, Thénardier, como dice la enérgica metáfora banal, saltó inmediatamente a los ojos de Jean Valjean. Esta desigualdad de condiciones bastaba para asegurar alguna ventaja a Jean Valjean en este misterioso duelo que iba a empeñarse entre las dos situaciones y los dos hombres. El encuentro tenía lugar entre Jean Valjean con disfraz, y Thénardier sin él.

Jean Valjean se dio cuenta inmediatamente, de que Thénardier no lo había reconocido.

Se consideraron por un instante en aquella penumbra, como si tratasen de medirse. Thénardier rompió el primero el silencio:

—¿Cómo te las arreglarás para salir?

Jean Valjean no respondió.

Thénardier continuó:

—Es imposible abrir la puerta. Y sin embargo, es preciso que salgas de aquí.

—Es cierto —dijo Jean Valjean.

—Pues bien, partamos.

—¿Qué quieres decir?

—Tú has matado a este hombre; bueno. Yo tengo la llave. —Thénardier, señalaba a Marius con el dedo. Prosiguió—: No te conozco, pero quiero ayudarte. Debes ser un amigo.

Jean Valjean empezó a comprender. Thénardier lo tomaba por un asesino.

Thénardier continuó:

—Escucha, camarada. Tú no has matado a este hombre, sin mirar lo que llevaba en los bolsillos. Dame la mitad, y te abriré la puerta.

Y sacando a medias una gruesa llave, que llevaba debajo de su blusa agujereada, añadió:

—¿Quieres ver lo que ha de proporcionarte la salida? Pues míralo.

Jean Valjean se quedó atónito, no atreviéndose a creer en la realidad de lo que veía. Era la providencia con formas horribles, y el ángel bueno surgiendo de la tierra bajo la forma de Thénardier.

Thénardier metió la mano en el ancho bolsillo que llevaba oculto bajo la blusa sacó una cuerda, y se la tendió a Jean Valjean.

—Toma, te doy la cuerda, además.

—¿Y para qué la necesito?

—Necesitas también una piedra, pero la encontrarás afuera. Las hay de sobra.

—¿Para qué necesito una piedra?

—Imbécil, si arrojas el cadáver al río sin atarle una cuerda con una piedra, flotaría sobre el agua.

Jean Valjean tomó la cuerda. Cualquiera habría hecho lo mismo en su caso.

Thénardier hizo chasquear sus dedos, como si lo hubiese asaltado una súbita idea.

—¡Ah!, camarada, ¿cómo te las has arreglado para salir del cenagal?, yo no me he atrevido a arriesgarme. ¡Puf!, hueles mal. —Después de una pausa, añadió—: Te hago preguntas, y tú haces bien en no contestarme. Es un aprendizaje para cuando comparezcas ante el juez de instrucción. Y además, el que calla, no se arriesga a hablar demasiado alto. Es igual, aunque porque yo no veo tu cara, y porque no sé tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo que quieres. Claro. Has estropeado un poco a este caballero; ahora quisieras ocultarle en algún sitio. Por ejemplo, en el río, que es el gran escóndelo-todo. Voy a sacarte del apuro. Me gusta ayudar a la gente de bien.

Al mismo tiempo que aprobaba el silencio de Jean Valjean, trataba visiblemente de hacerlo hablar. Empujóle por el hombro, de suerte que ladeándose, pudiera verle de perfil, y exclamó sin cambiar el tono de media voz:

—A propósito del cenagal, eres un animal. ¿Por qué no arrojaste allí a este hombre?

Jean Valjean guardó silencio.

Thénardier continuó, levantando hasta la nuez de Adán, el harapo que le servía de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre grave:

—Bien, puede que obrases cuerdamente. Los obreros, que mañana irán a tapar el hueco, habrían tropezado con el cadáver, e hilo por hilo y hebra por hebra, tal vez llegaran hasta ti. Alguien ha pasado por la alcantarilla. ¿Quién? ¿Por dónde ha salido? ¿Se le ha visto salir? La policía tiene mucho talento. La alcantarilla es traicionera, y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza, y llama la atención; pocas personas se valen de la alcantarilla para sus negocios, mientras que el río es de todos. El río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se

pesca al hombre con las redes de Saint-Cloud. Y bien, ¿qué importa esto? Está hecho una lástima. ¿Quién ha matado a este hombre? París. Y la justicia ni siquiera interviene. Has hecho bien.

Cuanto más locuaz era Thénardier, más mudo se volvía Jean Valjean. Thénardier lo sacudió de nuevo por el hombro.

—Ahora concluyamos el asunto. Partamos. Tú ya has visto la llave. Enséñame ahora el dinero.

Thénardier estaba huraño, feroz, con un aire un tanto amenazador, y sin embargo, amistoso.

Notábase una cosa extraña. Los modales de Thénardier no tenían nada de sencillos. Estaba como violento. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo, y de vez en cuando, ponía el dedo en la boca, diciendo: «¡Chitón!» Era difícil adivinar la razón. No había nadie más que ellos dos. Jean Valjean pensó que tal vez había otros bandidos ocultos en algún recodo, no muy lejos, y Thénardier no quería repartir el botín con ellos.

—Acabemos. ¿Cuánto dinero tenía este mozo en los bolsillos?

Jean Valjean registró sus bolsillos.

Tenía por costumbre, tal como recordaremos, llevar siempre algo de dinero encima. La sombría vida de recursos imprevistos, a la cual se veía condenado, se lo exigía. Esta vez, no obstante, lo cogió desprevenido. Al ponerse, la víspera por la noche, su uniforme de guardia nacional, había olvidado, sumido como estaba en lúgubres pensamientos, coger la cartera. No llevaba más que algunas monedas en el bolsillo de su chaleco. Sumaban en total, unos treinta francos. Dio la vuelta a sus bolsillos, empapados de barro, y extendió sobre la banqueta del zampeado un luis de oro, dos napoleones, y cinco o seis sueldos.

Thénardier alargó el labio inferior con una contorsión de pescuezo significativa.

—Lo has matado casi de balde —dijo.

Se puso a palpar con toda familiaridad los bolsillos de Jean Valjean y los bolsillos de Marius. Jean Valjean, preocupado especialmente, en estar de espaldas a la luz, lo dejaba hacer. Mientras andaba sobre el vestido de Marius, Thénardier, con una destreza de escamoteador, encontró medios de arrancar, sin que Jean Valjean lo notase, un pedazo, y ocultarlo debajo de la blusa, pensando probablemente que aquel pedazo de tela, podría servirle más tarde para reconocer al hombre asesinado y al asesino. Por lo demás, no encontró otra cosa.

—Es verdad —dijo—, esto es todo.

Y olvidando sus palabras de introducción: «¡Partamos!», se lo guardó todo.

Dudó un poco al llegar a los sueldos; pero después de reflexionar, los tomó también refunfuñando estas palabras:

—¡No importa! Es despachar demasiado barato a la gente.

Enseguida, sacó de nuevo la llave de debajo de su blusa.

—Ahora, amigo, es preciso que salgas. Aquí, como en la feria, se paga la salida. Tú ya has pagado, sal.

Y se puso a reír.

Que al proporcionar a un desconocido el auxilio de aquella llave, y al abrirle la reja, lo guiase la intención pura y desinteresada de salvar a un asesino, hay más de un motivo para dudarlo.

Thénardier ayudó a Jean Valjean a cargar a Marius sobre sus hombros, luego se dirigió de puntillas hacia la reja, haciendo señas a Jean Valjean de que lo siguiese, miró hacia fuera, se puso un dedo en la boca, y perma-

neció algunos minutos en suspenso; realizada la inspección, puso la llave en la cerradura. El pestillo se deslizó, y la puerta giró. No hubo el menor ruido ni rechinamiento. Era visible que aquella reja y aquellos goznes, engrasados con cuidado, se abrían más a menudo de lo que podía pensarse. Aquella suavidad era siniestra; se presentían en ella las idas y venidas furtivas, las entradas y las salidas silenciosas de los hombres nocturnos, y los pasos de lobo del crimen. La alcantarilla era evidentemente cómplice de alguna banda misteriosa. Aquella reja taciturna, era una encubridora.

Thénardier entreabrió la puerta, dejó el paso suficiente para que pasara Jean Valjean, volvió a cerrar la reja, dio dos vueltas a la llave en la cerradura, y se sumergió otra vez en la oscuridad, sin hacer más ruido que un soplo. Parecía andar con las patas afelpadas de un tigre. Un momento después, aquella odiosa providencia, desaparecía en lo invisible.

Jean Valjean se encontró fuera.

IX

Marius parece muerto a una persona que entiende

Colocó a Marius en el suelo.

¡Estaba fuera!

Los miasmas, la oscuridad, el horror, estaban ya detrás de él. El aire salubre, puro, vivo, alegre, libremente respirable, lo inundaba. En derredor, el silencio, pero el silencio apacible del sol oculto en el azul del horizonte. La hora del crepúsculo había pasado ya; se acercaba la noche, la gran libertadora, la amiga de todos los que necesitan de un abrigo de sombra para salir de una angustia. El cielo se ofrecía por todas partes con una calma enorme. El río llegaba a sus pies con el rumor de un beso. Se oía el diálogo aéreo de los pájaros en sus nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Champs-Élysées. Algunas estrellas salpicaban débilmente el azul pálido del cenit, y visibles sólo a la medi-

tación, formaban en la inmensidad cortos e imperceptibles resplandores. La noche desplegada sobre la cabeza de Jean Valjean, todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y exquisita que no dice ni sí, ni no. Había ya bastante oscuridad para poder eclipsarse a cierta distancia, y aún bastante luz como para conocerse de cerca.

Jean Valjean se sintió vencido irresistiblemente durante algunos segundos, por toda aquella serenidad augusta y acariciadora. Hay ciertos minutos de olvido; en ellos el padecimiento cesa de oprimir al miserable; todo queda eclipsado en el pensamiento; la paz cubre al soñador como una noche, y bajo el crepúsculo que irradia, y a imitación del cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas.

Jean Valjean no pudo menos de contemplar la sombra inmensa y vaga, que por encima de él se extendía; y pensativo, tomaba en el majestuoso silencio del eterno cielo, un baño de éxtasis y de oración. Después, vivamente, como si el sentimiento del deber lo asaltase, se inclinó hacia Marius, y cogiendo agua en el hueco de la mano, le salpicó el rostro con algunas gotas. Los párpados de Marius no se movieron, y sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Jean Valjean iba a introducir de nuevo la mano en el río, cuando de improviso sintió este embarazo que se siente al tener detrás de sí a alguna persona a la que no vemos.

En otra parte hemos indicado ya esta impresión, conocida de todos.

Se volvió.

Como poco antes, había, en efecto, una persona detrás de Jean Valjean.

Un hombre de elevada estatura, envuelto con una larga levita con los brazos cruzados, y llevando en su

mano derecha una porra con puño de plomo, estaba de pie a pocos pasos de Jean Valjean, agachado sobre Marius.

Era, con el auxilio de la sombra, como una especie de aparición. Un hombre sencillo, se hubiera asustado a causa del crepúsculo, y un hombre reflexivo, a causa de la porra.

Jean Valjean reconoció a Javert.

El lector habrá adivinado sin duda, que el perseguidor de Thénardier no era otro que Javert. Javert, después de su inesperada salida de la barricada, había ido a la prefectura de policía, había dado cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona, en una corta audiencia, y luego había continuado su servicio, que implicaba, según la nota que se le encontró, cierta inspección del ribazo de la orilla derecha, en los Champs-Élysées, la cual, desde hacía algún tiempo, despertaba la atención de la policía. Allí, había descubierto a Thénardier, y lo había seguido. Sabemos ya el resto.

Se comprende también que el abrir tan obsequiosamente la puerta a Jean Valjean, era una treta de Thénardier. Thénardier sentía que Javert seguía allí; el hombre perseguido, tiene un olfato que no lo engaña; era preciso arrojar un hueso a aquel sabueso. Un asesino, ¡qué hallazgo! No conviene desaprovechar tales fortunas. Thénardier, al echar fuera a Jean Valjean en su lugar, daba una presa a la policía, lo hacía soltar su pista, se hacía olvidar ante un asunto de mayor importancia, recompensaba a Javert de su espera, lo que halaga siempre a un espía, ganaba treinta francos, y contaba con escaparse mediante la ayuda de esta diversión.

Jean Valjean había pasado de un escollo a otro.

Aquellos dos encuentros seguidos, caer de manos de Thénardier a manos de Javert, era duro en verdad.

Javert no reconoció a Jean Valjean quien, como hemos dicho, no se parecía a sí mismo. Sin separar los brazos, aseguró mejor su porra, con un movimiento imperceptible, y dijo con voz breve y tranquila:

—¿Quién sois?

—Yo.

—¿Quién?

—Jean Valjean.

Javert cogió la porra entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, colocó en los hombros de Jean Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como si fuesen dos tornillos, lo examinó y lo reconoció. Sus rostros casi se tocaban. La mirada de Javert era terrible.

Jean Valjean permaneció inerte bajo la presión de Javert, como un león que consintiese la garra de un lince.

—Inspector Javert, estoy en vuestras manos. Por otra parte, desde esta mañana me juzgo prisionero vuestro. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Apoderaos de mí. Pero concededme una cosa.

Javert parecía no escuchar. Tenía clavadas en Jean Valjean sus pupilas. La barba fruncida, empujaba los labios hacia la nariz, señal de meditación feroz. Por fin, soltó a Jean Valjean, se levantó de golpe, cogió de nuevo la porra, y como en un sueño, murmuró más que pronunció, esta pregunta:

—¿Qué hacéis aquí?, ¿quién es este hombre?

Seguía sin tutear ya a Jean Valjean.

Jean Valjean contestó, y el tono de su voz pareció despertar a Javert:

—Precisamente de él quería hablaros. Disponed de mí como os plazca; pero antes ayudadme a llevarlo a su casa. Es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como sucedía siempre que alguien parecíale capaz de una concesión. Sin embargo, no respondió negativamente.

Se inclinó nuevamente, sacó de su bolsillo un pañuelo que mojó en el agua, y secó la frente ensangrentada de Marius.

—Este hombre estaba en la barricada —dijo a media voz, y como si hablara consigo mismo—. Es al que llamaban Marius.

Espía de primera calidad, que lo había observado todo, lo había escuchado todo, lo había oído todo, creyendo morir; que espiaba incluso en la agonía, y que con el pie en la primera grada del sepulcro, había tomado notas.

Cogió la mano de Marius, buscando el pulso.

—Es un herido —dijo Jean Valjean.

—Es un muerto —dijo Javert.

Jean Valjean respondió:

—No, todavía no.

—¿Lo habéis traído, pues, aquí, desde la barricada? —observó Javert.

Era preciso que su preocupación fuera profunda, para que no insistiese en aquella fuga a través de la alcantarilla, y ni siquiera notara el silencio de Jean Valjean después de su pregunta.

Jean Valjean, por su parte, parecía no tener más que un pensamiento. Continuó:

—Vive en el Marais, en la calle Filles-du-Calvaire, en casa de su abuelo... No recuerdo su nombre.

Jean Valjean registró en la levita de Marius, sacó de él la cartera, la abrió en la página escrita por Marius, y la tendió a Javert.

Había aún en el aire la suficiente claridad como para que fuese posible leer. Javert, además, tenía en la mirada

la fosforescencia felina de los pájaros nocturnos. Descifró las pocas líneas escritas por Marius, y murmuró:

—Gillenormand, calle Filles-du-Calvaire, número seis. —Luego gritó—: ¡Cochero!

No se habrá olvidado el carruaje de alquiler, que esperaba para un caso de necesidad.

Javert guardó la cartera de Marius.

Un momento después, el coche, que había bajado por la rampa del abrevadero, estaba en el ribazo; Marius fue colocado en el asiento del fondo, y Javert se sentaba al lado de Jean Valjean, en la banqueta delantera.

Una vez cerrada la portezuela, el coche se alejó rápidamente, remontando los muelles, en dirección de la Bastilla.

Abandonaron los muelles, y entraron en las calles. El cochero, perfil negro en el pescante, arreaba a sus escuálidos caballos. Silencio glacial en el coche. Marius, inmóvil, con el cuerpo apoyado en el rincón del fondo, la cabeza caída sobre su pecho, los brazos colgantes, las piernas rígidas, parecía no esperar otra cosa que un féretro; Jean Valjean parecía hecho de sombra, y Javert de piedra; y en aquel coche lleno de oscuridad, cuyo interior, cada vez que pasaba delante de un farol, se teñía de una luz lívida, cual si proviniera de un relámpago intermitente, la casualidad había reunido y como situado una frente a otra lúgubremente, las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

X

Regreso del hijo pródigo de su vida

A cada vaivén del carruaje, una gota de sangre caía de los cabellos de Marius.

Era ya noche cerrada, cuando el coche llegó al número seis de la calle Filles-du-Calvaire.

Javert puso pie en tierra el primero, se cercioró con una mirada, de que era el número que buscaban, y alzando el pesado aldabón de hierro, que figuraba según el estilo antiguo, un macho cabrío y un sátiro frente a frente, lo dejó caer con fuerza. Entreabrióse apenas la puerta, y Javert la empujó. El portero apareció a medias, bostezando entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormían en la casa. En el Marais, se acuestan temprano, especialmente en los días de motín. Aquel viejo barrio, asustado por la revolución, se refugia en el sueño, así como los niños, cuando oyen que viene el Coco, se cubren la cabeza con las sábanas de la cama.

Jean Valjean y el cochero, sacaron a Marius del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos, y el segundo por las corvas.

Mientras así lo conducían, Jean Valjean introdujo la mano bajo los vestidos rotos del joven, le tocó el pecho, y se cercioró de que el corazón latía aún, y hasta de que latía con algo menos de debilidad, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovación de la vida.

Javert interpeló al portero, con el tono propio de los funcionarios del gobierno, tratándose del portero de un faccioso.

—¿Vive aquí alguien que se llama Gillenormand?

—Sí, aquí vive. ¿Para qué lo queréis?

—Le traemos a su hijo.

—¿A su hijo? —dijo el portero atónito.

—Está muerto.

Jean Valjean, que llegaba detrás de Javert, harapiento y sucio, y a quien el portero miraba con algún horror, le indicó que no con la cabeza.

El portero pareció no comprender ni la frase de Javert, ni la seña de Jean Valjean.

Javert continuó:

—Fue a la barricada, y ahí lo tenéis.

—¿A la barricada? —exclamó el portero.

—Se dejó matar. Id a despertar al padre.

El portero no se movió.

—¡Id de una vez! —dijo Javert. Y añadió—: Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert, los incidentes habituales de la vida pública estaban clasificados categóricamente, lo cual es el principio de la previsión y de la vigilancia, y cada eventualidad tenía su compartimiento; los hechos posibles, estaban en cierto modo en los cajones, de los que salían,

llegado el caso, en cantidades variables; en la calle había: ruido, motín, carnaval, entierro.

El portero se limitó a despertar a Basque. Basque, despertó a Nicolette; Nicolette despertó a la tía Gillenormand. En cuanto al abuelo, le dejaron dormir, pensando que sabría harto pronto aquella desgracia.

Subieron a Marius al primer piso, sin que nadie se enterase de ello en las demás partes de la casa, y se le colocó en un canapé viejo de la antecámara del señor Gillenormand. Mientras Basque iba a buscar a un médico, y Nicolette abría los armarios de la ropa blanca, Jean Valjean sintió que Javert lo tocaba el hombro. Comprendió y bajó, seguido del inspector de policía.

El portero los vio partir como los había visto llegar, con una somnolencia aterrorizada.

Entraron en el coche, y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert —dijo Jean Valjean—, concededme aún una cosa.

—¿Cuál? —preguntó rudamente Javert.

—Dejadme entrar un instante en mi casa. Luego haréis de mí lo que queráis.

Javert permaneció algunos segundos en silencio, con la barba hundida en el cuello de la levita; luego corrió el cristal de delante, y dijo:

—¡Cochero! Calle de l'Homme-Armé, número siete.

XI

Conmoción en lo absoluto

No despegaron los labios en todo el trayecto.

¿Qué quería Jean Valjean? Acabar lo que había empezado; advertir a Cosette, decirle dónde estaba Marius, darle tal vez alguna otra indicación útil, tomar, si podía, ciertas disposiciones supremas. En cuanto a sí mismo, en cuanto a lo que le concernía personalmente, era asunto concluido; habíalo cogido Javert, y no se resistía; otro cualquiera, en semejante situación, hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thénardier, y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo sucedido con el obispo, había en Jean Valjean ante cualquier atentado, aun siendo contra sí mismo, bueno es repetirlo, una profunda vacilación religiosa.

El suicidio, esta misteriosa vía de hecho sobre lo desconocido, que puede contener, hasta cierto punto, la muerte del alma, era imposible en Jean Valjean.

A la entrada de la calle de l'Homme-Armé, el coche se detuvo, pues la calle era demasiado estrecha para que

los coches pudiesen penetrar en ella. Javert y Jean Valjean descendieron.

El cochero dijo humildemente al «señor inspector», que el terciopelo de Utrecht de su coche, estaba manchado por la sangre del hombre asesinado, y por el barro del asesino. Esto era lo único que había comprendido. Añadió que le debían un indemnización. Al mismo tiempo, sacando un cuaderno de su bolsillo, rogó al señor inspector que tuviera la bondad de escribirle en él unas cuantas palabras laudatorias.

Javert rechazó el cuaderno que le alargaba el cochero, y le dijo:

—¿Cuánto te debo, contando el tiempo de parada y la carrera?

—Han sido siete horas y cuarto, y el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro napoleones y despidió al cochero.

Jean Valjean pensó que la intención de Javert era llevarlo a pie al cuerpo de guardia de los Blancs-Manteux, o al de los Archives, que están cerca.

Entraron en la calle. Como de costumbre estaba desierta. Javert seguía a Jean Valjean. Llegaron al número siete. Jean Valjean llamó. La puerta se abrió.

—Está bien —dijo Javert—; subid. —Y añadió con una extraña expresión, y como si le costase esfuerzo hablar así—: Os espero aquí.

Jean Valjean miró a Javert. Este modo de obrar desdecía de las costumbres de Javert. Pero resuelto como se mostraba Jean Valjean a entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderlo mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta confianza altiva, la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra. Empujó la puerta, entró en la casa, gritó al portero que es-

taba acostado, y que había tirado del cordón desde su cama: «¡Soy yo!», y subió las escaleras.

Al llegar al primer piso, hizo una pausa. Todas las vías dolorosas tienen estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenía vistas a la calle. El farol de la calle, situado precisamente enfrente, arrojaba alguna luz sobre los peldaños, lo que equivalía a una economía de alumbrado.

Jean Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana. Se inclinó hacia la calle que era corta, y que recibía la luz del farol de un extremo al otro. Jean Valjean se quedó atónito; no había nadie.

Javert se había marchado.

XII

El abuelo

Basque y el portero habían trasportado al salón a Marius, que seguía tendido e inmóvil en el canapé donde se le colocó a su llegada. El médico, a quien habían ido a llamar, estaba ya allí. La tía Gillenormand se había levantado.

La tía Gillenormand iba y venía asustada, uniendo las manos, e incapaz de hacer otra cosa que decir: «¡Es posible, Dios mío!» De vez en cuando añadía: «¡Todo se va a manchar de sangre!» Cuando pasó el primer horror, cierta filosofía de la situación se abrió camino hasta su espíritu, revelándose en la exclamación: «¡Esto tenía que acabar así!» No llegó a decir, sin embargo: «¡Ya lo había dicho yo!», que es costumbre en estas ocasiones.

Por orden del médico, habían instalado un lecho de tijera cerca del canapé. El médico examinó a Marius, y después de haber comprobado que el pulso persistía, que el herido no tenía en el pecho ninguna herida profunda, y que la sangre de las comisuras de los labios

procedía de las fosas nasales, lo hizo colocar plano sobre la cama, sin almohada, la cabeza en el mismo plano que el cuerpo, e incluso un poco más baja, y el pecho desnudo, con el fin de facilitar la respiración. La señorita Gillenormand, al ver que desnudaban a Marius se retiró. Se puso a rezar el rosario en su habitación.

El cuerpo no había recibido ninguna lesión interior; una bala, amortiguada por la cartera, se había desviado, y corriéndose por las costillas, había abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad, y por consiguiente, sin peligro. El largo paseo subterráneo había acabado de dislocar la clavícula rota, y esto presentaba serias complicaciones. Tenía los brazos acuchillados; pero ningún tajo desfiguraba su rostro. Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas. ¿Serían peligrosas estas heridas? ¿Se detendrían en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? No se podía decir aún. Era un síntoma grave el que se hubiera producido un desmayo, y no siempre se despierta de los desmayos de esta clase. Por otra parte, la hemorragia había debilitado al herido. De la cintura para abajo, habíalo protegido la barricada.

Basque y Nicolette, se ocupaban en rasgar lienzo y preparar vendajes; Nicolette los cosía, y Basque los enrollaba. Como no había hilas, el médico había restañado provisionalmente la sangre de las heridas, con algodón en rama. Sobre una mesa, al lado de la cama, había tres velas encendidas, y el estuche de cirugía estaba allí abierto. El médico lavó el rostro y los cabellos de Marius con agua fría. En un instante, el cubo quedó teñido de rojo. El portero, con la vela en la mano, alumbraba.

El médico parecía meditar tristemente. De vez en cuando, hacía con la cabeza un signo negativo, como si respondiese a alguna pregunta que se hiciese interiormente. Mala señal para el enfermo, eran estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo.

En el momento en que éste secaba el rostro de Marius y rozaba ligeramente con el dedo los párpados que seguían cerrados, una puerta se abrió al fondo del salón, y una figura alta y pálida, apareció en el umbral.

Era el abuelo.

El motín, hacía dos días que traía muy agitado, indignado y preocupado al señor Gillenormand. No había podido dormir la noche anterior, y en todo el día no se había visto libre de fiebre. Por la noche se acostó temprano, recomendando que se echase el cerrojo en toda la casa, y abrumado de fatiga, concluyó por quedarse dormido.

Los ancianos tienen el sueño frágil; la habitación del señor Gillenormand, era contigua al salón, y a pesar de las precauciones que habían sido tomadas, el ruido lo despertó. Sorprendido por la rendija de luz, que veía bajo su puerta, había salido de su cama y se había dirigido a tientas al salón.

Estaba en el umbral, con la mano apoyada en la puerta entreabierta, la cabeza inclinada hacia adelante y el cuerpo envuelto en una bata blanca, recta y sin pliegues, como un sudario, atónito, tenía el aspecto de un fantasma mirando el interior de un sepulcro.

Advirtió la cama, y sobre el colchón aquel joven ensangrentado, blanco con una blancura de cera, los ojos cerrados, la boca abierta, los labios pálidos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas rojas, inmóvil, iluminado vivamente.

El abuelo sintió de los pies a la cabeza el estremecimiento que son capaces de experimentar unos miembros osificados; sus ojos, cuya córnea era amarilla a causa de la avanzada edad, se velaron con una especie de reflejo vítreo; todo su rostro tomó en un instante las for-

mas terrosas de una cabeza de esqueleto, sus brazos cayeron como si les hubiese faltado el resorte que los mantenía suspendidos, y su estupor se tradujo en la separación de los dedos de sus trémulas manos, y sus rodillas formaron un ángulo hacia delante, dejando ver por la abertura de la bata, las pobres piernas desnudas, erizadas de blanco vello, y murmuró:

—¡Marius!

—Señor —dijo Basque—, acaban de traer al señor. Estaba en la barricada y...

—¡Ha muerto! —gritó el anciano con voz terrible—. ¡Ah! ¡El bandido!

Entonces, una especie de trasfiguración sepulcral enderezó a aquel centenario, con la firme apostura de un joven.

—Caballero —dijo—, sois médico. Empezad por decirme una cosa. ¿Está muerto, verdad?

El médico, en el colmo de la ansiedad, guardó silencio.

El señor Gillenormand se retorció las manos, prorrumpiendo en una carcajada espantosa.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas! ¡Por odio a mí! ¡Por vengarse de mí ha hecho esto! ¡Ah, sanguinario! ¡Ved cómo vuelve a casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! ¡Está muerto!

Se acercó a la ventana, la abrió de par en par, como si se ahogara, y en pie delante de la sombra, se puso a hablar hacia la calle con la noche [1].

—¡Traspasado, acuchillado, degollado, exterminado, cortado en pedazos! ¿No lo veis? ¡Tunante! ¡Sabía que lo esperaba, que había hecho arreglar su cuarto y colgar a la cabecera de mi cama su retrato de cuando era

[1] Se pueden comparar estas lamentaciones del abuelo, con las de la pobre abuela, en *Recuerdo de la noche del 4*.

niño! ¡Él sabía que no tenía más que volver, y que no he cesado de llamarlo en tantos años, y que todas las noches me sentaba a la lumbre, con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me había convertido en un imbécil! Sabías que con sólo entrar y decir: soy yo, eras el amo de la casa, y que yo iba a obedecerte, y dispondrías a tu antojo del bobalicón de tu abuelo! Lo sabías, y has dicho: ¡No, es un realista, y no iré! ¡Y te has marchado a las barricadas, y te has dejado matar por maldad! ¡Para vengarte de lo que te dije a propósito del señor duque de Berry! ¡Es una conducta infame! ¡Y luego acuéstese uno y duerma tranquilo para encontrarse al despertar con que su nieto ha muerto!

El médico, que empezaba a alarmarse por los dos, dejó un momento a Marius, y se acercó al señor Gillenormand, tomándolo del brazo. El abuelo se volvió, lo miró con ojos que parecían agrandarse y despedir sangre, y le dijo con calma:

—Caballero, os doy las gracias. Estoy tranquilo, soy un hombre, he visto la muerte de Luis XVI, y sé sobrellevar las desgracias. Hay algo que para mí es terrible; es pensar que son vuestros periódicos los que tienen la culpa de todo. Poseéis escritorzuelos, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, luces, derecho del hombre, de la libertad de prensa, y ved cómo os traerán a casa a vuestros hijos. ¡Ah! ¡Marius! ¡Es abominable! ¡Matado! ¡Muerto antes que yo! ¡Una barricada! ¡Ah!, ¡el bandido! Doctor, vivís en mi barrio, me parece. ¡Oh! Os conozco bien. Desde mi ventana veo pasar vuestro coche. Oíd. Haríais mal en creer que estoy irritado. Nadie se irrita contra un muerto. Sería estúpido. Es un niño al que he criado. Yo era ya entrado en años, cuando él todavía era pequeñito. Jugaba en las Tullerías con su pala y su sillita, y para que los inspectores no gruñesen, iba yo tapando con mi bastón los agujeros que él hacía en la

tierra. Un día gritó: ¡Abajo Luis XVIII!, y se fue. No es culpa mía. Era sonrosado y rubio. Su madre ha muerto. ¿Habéis observado que todos los niñitos son rubios? ¿En qué consistirá esto? Es el hijo de uno de estos bandidos del Loire. Pero los niños son inocentes de los crímenes de sus padres. Me acuerdo cuando era así de chiquitín. No podía conseguir pronunciar la d. Tenía un acento tan dulce y apagado, que se le hubiera creído un pájaro. Me acuerdo que una vez, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarlo, ¡tan hermoso era! Tenía una cabeza como las que se admiran en los cuadros. Yo engrosaba la voz, y le daba miedo con el bastón, pero él sabía que no estaba enfadado de verdad. Por la mañana, cuando entraba en mi habitación, yo refunfuñaba, pero su presencia me hacía el efecto del sol. No hay defensa contra estos mocosos. Una vez que os han cogido, ya no os vuelven a soltar. La verdad es que no había otra cosa tan querida como este niño. ¡Venidme ahora a hablar de vuestro Lafayette, vuestro Benjamín Constant, y vuestro Tirecuir de Corcelles que me lo matan! Esto no puede quedar así.

Se acercó a Marius, que seguía pálido y sin movimiento, a cuyo lado había vuelto el médico, y empezó de nuevo a retorcerse los brazos. Los labios blancos del anciano se movían maquinalmente, y de ellos salían, a modo de soplos en el estertor, palabras casi tan indistintas, que apenas se oían:

—¡Ah! ¡Desalmado! ¡Ah! ¡Clubista! ¡Ah! ¡Setembrista! —Reproches en voz baja, de un agonizante a un cadáver.

Poco a poco, como sucede siempre en todas las tempestades interiores, el encadenamiento de frases se restableció, pero el abuelo no tenía ya fuerzas para pronunciarlas, y su voz estaba tan sorda y apagada como si viniese del fondo de un abismo:

—¡Me es indiferente, pues yo también voy a morir! Y cuando pienso que no hay en París ni una mujer que no se hubiese alegrado de hacer la felicidad de este miserable... ¡Un cretino, que en lugar de divertirse y de disfrutar de la vida, ha ido a combatir, y se ha dejado ametrallar como un bruto! ¿Y por qué? ¿Para qué? En lugar de ir a bailar a la Chaumière[1], como deben hacer los jóvenes..., ¡para mucho le ha valido tener veinte años! ¡La república, tejido de necedades! ¡Pobres madres, parid, pues, hermosos chicos! Vaya, ya está muerto. Serán dos entierros en la puerta cochera. ¡Te has dejado poner de este modo, por amor al general Lamarque! ¿Qué favores te había dispensado a ti el general Lamarque? ¡Un matachín! ¡Un charlatán! ¡Hacerse matar por un muerto! ¡Es para volverse loco! ¡Comprender esto! ¡A los veinte años! ¡Y sin volver la cabeza para mirar si dejaba a alguien detrás de él! ¡Ahora los pobres viejos habrán de morirse solos! ¡Revienta en tu rincón, búho! Pues, bien, tanto mejor; lo esperaba, voy a morir sin remedio. Soy demasiado viejo, tengo cien años, mil años, hace tiempo que tengo derecho a estar muerto. Con este golpe, todo acabó. ¡Todo ha acabado, qué dicha! ¿Por qué hacerle respirar amoníaco, y todo este montón de drogas? ¡Perdéis vuestro tiempo, médico imbécil! Idos, está muerto, y bien muerto. Lo digo yo, que también estoy muerto. No ha hecho las cosas a medias. ¡Sí, la época actual es infame, infame, infame y así pienso de vosotros, de vuestras ideas, de vuestros sistemas, de vuestros maestros, de vuestros oráculos, de vuestros doctores, de vuestros escritorzuelos, de vuestros filosofastros, y de todas las revoluciones que espantan de sesenta años a esta parte a las nubes de cuervos de las Tullerías! ¡Y puesto que tú no has tenido piedad,

[1] Baile público del bulevar Montparnasse, que frecuentaban estudiantes y grisetas.

dejándote matar así, yo no tendré siquiera disgusto por tu muerte, ¿lo entiendes, asesino?

En aquel momento, Marius abrió lentamente los ojos, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se detuvo en el señor Gillenormand.

—¡Marius! —exclamó el anciano—. ¡Marius! ¡Mi pequeño Marius. ¡Mi niño! ¡Mi hijo bien amado! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo, gracias!

Y cayó desvanecido.

Libro cuarto

Javert desorientado

I

Javert desorientado

Javert se alejó lentamente de la calle de l'Homme-Armé.

Andaba con la cabeza baja, por vez primera en su vida, y también por vez primera en su vida, con las manos en la espalda.

Hasta aquel día, Javert había solamente tomado, de las dos actitudes de Napoleón, la que expresa resolución, con los brazos cruzados sobre el pecho; la que expresa incertidumbre, con las manos a la espalda, le era desconocida. Ahora, se había realizado un cambio; toda su persona, lenta y sombría, llevaba el sello de la ansiedad.

Se internó en las calles silenciosas. Sin embargo, seguía una dirección.

Tomó por el camino más corto hacia el Sena, ganó el muelle de Ormes, costeó el muelle, dejó tras de sí la Grève, y se detuvo, a alguna distancia del cuerpo de guardia de la plaza del Châtelet, en la esquina del puente Notre-Dame. El Sena forma allí, entre el puente Notre-Dame y el puente de Change por una parte, y por otra entre el muelle de la Mégisserie, y el muelle de las Fleurs, una especie de lago cuadrado, que atraviesa un remolino.

Este punto del Sena, es muy temido por los marineros. Nada hay tan peligroso como este remolino, aumentada su furia en aquella época, e irritado por los pilotos del molino del puente, hoy demolido. Los dos puentes, tan cercanos uno de otro, aumentan el peligro; el agua se precipita formidablemente bajo los arcos. Forma gruesos pliegues terribles, se acumula y se amontona; la ola forcejea contra los pilares de los puentes, como si quisiera arrancarlos de cuajo, con gruesas cuerdas líquidas. Los hombres que caen, ya no vuelven a aparecer; los mejores nadadores, perecen ahogados.

Javert apoyó sus dos codos sobre el parapeto, la barbilla en las manos, y mientras que sus uñas se crispaban maquinalmente en el espesor de sus patillas, se puso a meditar.

Una novedad, una devolución, una catástrofe, acababa de producirse en el fondo de sí mismo; tenía materia para entregarse a un examen.

Javert sufría terriblemente.

Desde hacía algunas horas, Javert había cesado de ser sencillo. Estaba turbado; aquel cerebro, tan límpido en su ceguedad, había perdido la trasparencia; había una nube en aquel cristal. Javert sentía en su conciencia que su deber era mostrarse al descubierto, y no podía disimularlo. Cuando encontró de un modo tan inopinado a Jean Valjean en el ribazo del Sena, había sentido algo de lo que siente el lobo al apoderarse de nuevo de su presa, y del perro que vuelve a hallar a su amo.

Veía ante él dos caminos igualmente rectos, pero eran dos; y esto lo aterrorizaba a él, que en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y, para colmo de angustia, aquellos dos caminos eran contrarios. Uno de ellos excluía al otro.

¿Cuál de ellos excluía al otro?

Su situación era inexplicable.

Deber la vida a un malhechor, aceptar esta deuda, y rembolsarla, estar, a despecho de sí mismo, en un mismo plano que un perseguido de la justicia, y pagarle un servicio con otro servicio; dejarse decir: Vete, y decir a su vez: Sé libre; sacrificar a motivos personales, el deber, esta obligación general, y sentir en estos motivos personales, algo de general también, y quizá algo de superior; traicionar a la sociedad para permanecer fiel a su conciencia; lo aterraba que todos estos absurdos se realizasen, y vinieran a acumularse sobre sí mismo.

Una cosa lo había sorprendido, y era que Jean Valjean lo perdonase, y una cosa lo petrificaba, y era que él, Javert, hubiese concedido gracia a Jean Valjean.

¿Adónde había llegado? Se buscaba, y no se encontraba.

¿Qué hacer ahora? Entregar a Jean Valjean no estaría bien; dejar a Jean Valjean libre, no estaba bien. En el primer caso, el hombre de la autoridad caía más bajo que el hombre del presidio; en el segundo, un forzado subía más alto que la ley, y le ponía los pies encima. En ambos casos, había deshonor para sí mismo. En cualquiera de los partidos que pudiese tomar, había caída. El destino tiene ciertos extremos cortados a pico sobre lo imposible, y más allá de los cuales, la vida tan sólo es un precipicio. Javert había llegado a uno de estos extremos.

Una de sus ansiedades, consistía en estar obligado a pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias lo obligaba a ello. El pensamiento era cosa inusitada para él, y singularmente dolorosa.

Hay siempre en el pensamiento, una cierta cantidad de rebelión interior; y él se irritaba por tener aquello en sí.

El pensamiento, sobre cualquier asunto fuera del círculo estrecho de sus funciones, hubiera sido para él, en todos los casos, una inutilidad y una fatiga; pero el pensamiento sobre la jornada que acababa de trascurrir, era una tortura. Era preciso, no obstante, mirar a su conciencia después de tales sacudidas, y dar cuenta de sí mismo a sí mismo.

Lo que acababa de hacer, le producía estremecimiento. Él, Javert, había decidido, contra todos los reglamentos de policía, contra toda la organización social y judicial, contra el código entero, poner en libertad a un hombre; aquello le había convenido: había preferido sus propios asuntos, a los asuntos públicos; ¿no era esto incalificable? Cada vez que se ponía delante de la acción sin nombre que había cometido, temblaba de los pies a la cabeza. ¿Cómo resolverse? Sólo le quedaba un recurso; volver apresuradamente a la calle de l'Homme-Armé, y prender a Jean Valjean. Estaba seguro de que era aquello lo que debía hacerse. Pero él no podía.

Algo le obstruía el camino por aquel lado.

¿Qué cosa? ¿El qué? ¿Es que hay en el mundo algo más que los tribunales, las sentencias ejecutorias, la policía y la autoridad? Javert estaba trastornado.

¡Un presidario sagrado! ¡Un forzado impenetrable a la justicia! ¡Y por causa de Javert!

¿No era terrible que Javert y Jean Valjean, el hombre hecho para castigar, y el hombre hecho para sufrir, que estos dos hombres, que eran uno y otro sujetos de la ley, hubiesen llegado al punto de sobreponerse a la ley?

¡Cómo! ¡Sucedían atrocidades de esta índole, y nadie era castigado! Jean Valjean, más fuerte que todo el orden social, se vería libre, y él, Javert, continuaría comiendo el pan del gobierno!

Su meditación se iba haciendo terrible.

A través de esta meditación, hubiera podido aún hacerse reproches, con motivo del insurrecto conducido a la calle Filles-du-Calvaire; pero no pensaba en ello. La falta menor, se perdía en la mayor. Además, aquel insurrecto era evidentemente un hombre muerto, y con la muerte, concluye la persecución.

Jean Valjean; éste era el peso que tenía sobre su conciencia.

Jean Valjean lo desconcertaba. Todos los axiomas que habían sido los puntos de apoyo de toda su vida, se desplomaban ante aquel hombre. La generosidad de Jean Valjean hacia él, lo agobiaba. Recordaba otros hechos, que en otro tiempo habían sido tratados de mentiras y de locuras, y ahora le parecían realidades. El señor Madeleine reaparecía detrás de Jean Valjean, y las dos figuras se sobreponían de manera que formaban una sola, que era venerable. Javert sentía que en su alma penetraba algo horrible, la admiración por un forzado. ¿Es posible el respeto por un presidiario? Se estremecía ante tal pensamiento, y no podía sustraerse a él. Era inútil debatirse, estaba reducido a confesarse, en su fuero interno la sublimidad de este miserable. Esto era odioso.

Un malhechor benefactor, un presidiario compasivo, dulce, clemente, devolviendo el bien por el mal, devolviendo el perdón por el odio, prefiriendo la piedad a la venganza, prefiriendo perderse a perder a su enemigo, salvando al que le había herido, arrodillado en la cumbre de la virtud, más cercano al ángel que al hombre. Javert se veía obligado a confesar que este monstruo existía. Aquello no podía continuar de aquel modo.

Ciertamente, preciso es que insistamos en ello, no se había rendido sin resistencia a este monstruo, a este ángel, a este héroe odioso, que le causaba tanta indig-

nación como asombro. Veinte veces, cuando iba en el coche con Jean Valjean, el tigre de la ley había rugido en él. Veinte veces había intentado abalanzarse sobre Jean Valjean, cogerlo y devorarlo, es decir, detenerlo. ¿Había algo más sencillo? Con gritar delante del primer puesto de guardia que cruzasen: «¡Un presidiario se ha fugado!»; o llamar a los gendarmes y decirles: «¡Os entrego a este hombre!», y luego irse, dejar a aquel condenado, ignorar el resto, y no mezclarse en nada más, todo estaba concluido. Aquel hombre sería para siempre prisionero de la ley; y la ley haría de él lo que querría. ¿Qué cosa más justa? Javert había pensado todo esto; había querido ponerlo en práctica, obrar, prender a aquel hombre, y entonces, como ahora, no había podido; y cada vez que su mano se alzaba convulsivamente hacia el cuello de Jean Valjean, aquella mano, como si sostuviese un peso enorme, había vuelto a caer, y él había oído en el fondo de su pensamiento, una voz, una extraña voz que le gritaba: «¡Está bien! Deja libre a tu salvador. Luego hazte traer la cubeta de Poncio Pilatos, y lávate las garras.»

Luego, en su reflexión, se examinaba a sí mismo, y al lado de Jean Valjean ennoblecido, se veía a sí mismo degradado.

¡Un presidiario era su benefactor!

Pero ¿por qué había permitido a aquel hombre que lo dejase vivir? Tenía derecho a morir en aquella barricada. Hubiera debido usar de este derecho. Llamar a los otros insurgentes en su auxilio contra Jean Valjean, hacerse fusilar por la fuerza; valía más así.

Su suprema angustia era la desaparición de la certidumbre. Se sentía desenraizado. El código no era ya más que un papel mojado en su mano. Tenía que habérselas con escrúpulos de una especie desconocida. Se pro-

ducía en él una revelación sentimental enteramente distinta de la afirmación legal, su única medida hasta entonces. Permanecer en la honradez antigua, no bastaba ya. Todo un orden de hechos inesperados surgía y lo subyugaba. Todo un mundo nuevo aparecía en su alma: el beneficio aceptado y devuelto, la abnegación, la misericordia, la indulgencia, las violencias hechas por la piedad a la austeridad, la aceptación de las personas; no más condenas definitivas, no más sentencias, la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; cierta justicia según Dios, contraria a la justicia según los hombres. Descubría en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido; había en él horror y deslumbramiento. Búho obligado a miradas de águila.

Se decía que era cierto, que habían excepciones, que la autoridad podía desconcertarse, que la regla podía retroceder delante de un hecho, que todo cabía en el texto de la ley, que lo imprevisto se hacía obedecer, que la virtud de un presidiario podía tender una trampa a la virtud de un funcionario, que lo monstruoso podía resultar divino, que el destino tenía esta clase de emboscadas, y pensaba con desesperación, que él mismo no estaba al abrigo de una sorpresa.

Estaba obligado a reconocer que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno. Y él mismo, cosa inaudita, acababa de ser bueno. Así, pues, se iba depravando.

Se creía cobarde. Tenía horror de sí mismo.

Lo ideal, para Javert, no era ser humano, ser grande, ser sublime; era ser irreprochable.

Y acababa de faltar.

¿Cómo había llegado a ello? ¿De qué modo había sucedido aquello? No hubiera podido decírselo ni a sí mismo. Cogíase la cabeza con sus dos manos, pero a pesar de sus esfuerzos, no conseguía explicárselo.

Ciertamente, siempre había tenido la intención de devolver a Jean Valjean a la ley, de la cual, Jean Valjean estaba cautivo, y de la que Javert era esclavo. No se le había ocurrido ni un solo instante, mientras que lo tenía en sus manos, el dejarlo ir. Su mano se había abierto, y lo había soltado y en cierto modo contra su voluntad.

Toda suerte de enigmáticas novedades, se entreabrían ante sus ojos. Se formulaba algunas preguntas, y luego se respondía a sí mismo; y sus respuestas lo asustaban. Se preguntaba: «Este presidiario, este desesperado, a quien he perseguido sin cesar, que me ha tenido bajo sus pies, que podía vengarse, que debía hacerlo tanto por rencor como por seguridad, dejándome la vida, perdonándome, ¿qué es lo que ha hecho? Su deber. No. Algo más. Y yo, al perdonarlo, a mi vez, ¿qué he hecho yo? Mi deber. No. Algo más. ¿Existe, pues, algo más que el deber?» Al llegar a este punto, se asustaba; su balanza se dislocaba; uno de los platillos caía en el abismo, y el otro se iba al cielo; y Javert no temía menos al que subía que al que bajaba. Sin ser en absoluto lo que se llama volteriano, o filósofo, o incrédulo, por el contrario, respetuoso, por instinto, con la iglesia establecida, no la conocía más que como un fragmento augusto del conjunto social; el orden era su dogma, y le bastaba; desde que tenía edad de hombre, y empezó a desempeñar su cargo, cifró en la policía casi toda su religión, siendo, y aquí empleamos las palabras sin la menor ironía y en su acepción más seria, siendo, repetimos, espía como se es sacerdote. Tenía un superior, el señor Gisquet; y hasta entonces no había pensado en este otro superior, Dios.

Sentía inopinadamente a este nuevo jefe, Dios, y experimentaba turbación.

Estaba desorientado por aquella presencia inesperada; no sabía qué hacer de aquel superior, él, que no ignoraba que el subordinado está obligado a inclinarse siempre, que

no debe ni desobedecer, ni censurar, ni discutir, y que delante de un superior, el inferior no tiene otro recurso que su dimisión.

Pero, ¿de qué modo arreglárselas para entregar a Dios su dimisión?

Fuera como fuese, siempre volvía a este punto, y el hecho predominante era que acababa de cometer una espantosa infracción. Acababa de cerrar los ojos delante de un condenado reincidente, escapado de presidio. Acababa de libertar a un presidiario. Acababa de robar a las leyes, un hombre que les pertenecía.

Había hecho esto. No comprendía nada más. No estaba seguro de sí mismo. Las razones mismas de su acto, escapaban a su percepción, y le producían vértigo. Había vivido hasta este instante, con la fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Esta fe lo abandonaba, y la probidad, por consiguiente, le faltaba. Todo lo que había creído, se disipaba. Verdades que no quería escuchar, lo asediaban inexorablemente. En adelante, era preciso ser otro hombre. Sufría los extraños dolores de una conciencia bruscamente operada de cataratas. Veía lo que le repugnaba ver. Se sentía vacío, inútil, dislocado de su vida pasada, destituido. La autoridad había muerto en él. No tenía ya razón de ser.

¡Qué terrible situación la de sentirse conmovido!

¡Ser de granito, y dudar! ¡Ser la estatua del castigo, fundida de una pieza en el molde de la ley, y descubrir súbitamente que bajo el pecho de bronce hay algo absurdo y rebelde, que se asemeja casi a un corazón! Llegar a devolver el bien por el bien, aunque hasta aquel día se hubiese creido que aquel bien era el mal! ¡Ser el perro guardián, y lamer! ¡Ser el hielo, y fundirse! ¡Ser la tenaza, y convertirse en la mano! ¡Sentir de repente que los dedos se abren! ¡Soltar la presa! ¡Horrible situación!

¡El hombre proyectil, no sabiendo ya su camino y retrocediendo!

Estaba obligado a confesarse esto: la infalibilidad no es infalible, puede haber error en el dogma; no todo ha sido dicho, después que ha hablado un código; la sociedad no es perfecta; la autoridad está llena de vacilación; es posible un crujido en lo inmutable; los jueces son hombres; la ley puede equivocarse, y los tribunales pueden errar. ¡Es como ver una grieta en la inmensa bóveda del firmamento!

Lo que le sucedía a Javert era el Fampoux [1], de una conciencia rectilínea, el descarrilamiento de un alma, el aplastamiento de una probidad irresistiblemente lanzada en línea recta, que se rompe en Dios. Ciertamente, todo esto resultaba extraño. ¡Que el chofer del orden, que el mecánico de la autoridad, subido al ciego caballo de hierro, pueda ser desmontado por un golpe de luz! ¡Que lo inconmutable, lo directo, lo correcto, lo geométrico, lo pasivo, lo perfecto, pueda vacilar! ¡Qué exista para la locomotora un camino de Damasco!

Dios, siempre interior en el hombre, y refractario, Él que es la verdadera conciencia, a la falsa, prohíbe a la chispa apagarse, ordena al rayo que se acuerde del ser, manda al alma a reconocer el verdadero absoluto, cuando se confronta con el absoluto ficticio, la humanidad imperdible, el corazón humano inadmisible, este fenómeno espléndido, tal vez el más hermoso de los prodigios interiores, ¿lo comprendía Javert? ¿Lo penetraba Javert? ¿Se daba cuenta Javert? Evidentemente, no. Pero bajo la presión de este hecho incomprensible que no admitía discusión, sentía que su cráneo se entreabría.

[1] En Fampoux, en la línea del norte, se produjo, el 8 de julio de 1846, un descarrilamiento que produjo en el público una emoción tanto más intensa, cuanto que sucedía menos de un mes después de la inauguración de la línea.

Era menos el trasfigurado que la víctima de este prodigio. Lo sufría, exasperado. No veía en todo aquello, más que una inmensa dificultad de ser. Le parecía que en adelante, su respiración sería dificultosa para siempre.

No estaba acostumbrado a tener lo desconocido sobre su cabeza.

Hasta entonces, todo lo que tenía por encima de sí, había sido para su mirada una superficie neta, simple, límpida; no había nada ignorado ni oscuro; nada que no fuera definido, coordinado, encadenado, preciso, exacto, circunscrito, limitado, cerrado; todo estaba previsto; la autoridad era una cosa llana; no había ninguna caída en ella, ningún vértigo delante de ella. Javert no había visto jamás lo desconocido, más que desde abajo. Lo irregular, lo inesperado, la apertura desordenada del caos, el posible resbalar en un precipicio, era el hecho de las regiones inferiores, de los rebeldes, de los males, de los miserables. Ahora Javert se echaba atrás, y se asustaba bruscamente por esta aparición inaudita: un abismo en lo alto.

¡Cómo! ¡El defecto de la coraza de la sociedad, podía ser encontrado por un miserable magnánimo! ¡Cómo! ¡Un honrado servidor de la ley, podía verse de repente cogido entre dos crímenes, el crimen de dejar escapar a un hombre, y el crimen de detenerlo! ¡No todo era cierto en la consigna dada por el estado al funcionario! ¡Podían surgir dificultades en el deber! ¡Cómo! ¡Era real todo esto! ¿Era cierto que un antiguo bandido, doblado por las cadenas, pudiera alzarse al fin, y acabar por tener razón? ¿Era creíble? ¡Así, pues, había casos en los que la ley debía retirarse ante el crimen trasfigurado en balbuceo de excusas!

¡Sí, era posible! ¡Y Javert lo veía! Y no solamente no podía negarlo, sino que tomaba parte en ello. Eran reali-

dades. Era abominable que los hechos reales pudiesen llegar a una deformidad tal.

Si los hechos cumpliesen con su deber, se limitarían a ser las pruebas de la ley; los hechos los envía Dios. ¿Es que ahora la anarquía iba a bajar de lo alto?

Así —y en el aumento de la angustia, y en la ilusión óptica de la consternación, todo lo que hubiera podido corregir y restringir su impresión, se borraba, y la sociedad, y el género humano, y el universo, se resumían en adelante ante sus ojos en una alineación simple y repugnante—, la penalidad, la cosa juzgada, la fuerza debida a la legislación, las detenciones de los tribunales, la magistratura, el gobierno, la prevención y la represión, la sabiduría oficial, la infabilidad legal, el principio de autoridad, todos los dogmas sobre los que descansa la seguridad política y civil, la soberanía, la justicia, la lógica que brota del código, lo absoluto social, la verdad pública, todo esto, no era más que escombro, montón, caos; él mismo Javert, el vigilante del orden, la incorruptibilidad al servicio de la policía, la providencia-dogo de la sociedad, vencido y derribado; y sobre toda esta ruina un hombre en pie, con el gorro verde en la cabeza, y la aureola en la frente; a este trastorno había llegado; en el alma tenía esta visión espantosa.

¿Era aquello soportable? No.

No había sino dos modos de salir de tan violento estado. La primera, ir resueltamente a casa de Jean Valjean, y prender al reo. Y la otra...

Javert abandonó el parapeto, y, con la cabeza alta esta vez, se dirigió con paso firme hacia el cuerpo de guardia indicado por un farol en una de las esquinas de la plaza de Châtelet.

Al llegar allí, descubrió a través del cristal a un guardia municipal, y entró. Sólo en el modo cómo se empuja una puerta de un cuerpo de guardia, se reconocen

entre sí los hombres de la policía. Javert se dio a conocer, mostró su tarjeta al sargento, y se sentó a una mesa en la que ardía una vela. Sobre la mesa había una pluma, un tintero de plomo, y papel por si se ofrecía hacer un sumario, y también los partes de las rondas nocturnas.

La mesa del cuerpo de guardia, completada siempre por su silla de paja, es todo una institución; existe en todos los puestos de la policía; está dotada invariablemente de un platillo de boj, lleno de aserrín, y una caja de cartón con obleas encarnadas, y es el piso bajo del estilo oficial. Por ella empieza la literatura del estado.

Javert tomó la pluma y una hoja de papel, y se puso a escribir. Esto fue lo que escribió:

«ALGUNAS OBSERVACIONES PARA EL BIEN DEL SERVICIO.

»Primero: Ruego al señor prefecto que lea estas líneas.

»Segundo: Los detenidos que vienen de la audiencia, se quitan los zapatos y permanecen con los pies desnudos sobre el piso, mientras se les registra. Varios de ellos tosen al regresar al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

»Tercero: Es bueno seguir la pista, con relevos de agentes a intervalos, pero convendría que en las ocasiones importantes, dos agentes, por lo menos, no se perdieran de vista, con objeto de que, si por una causa cualquiera, un agente aflojara en el servicio, el otro lo vigilaría y lo supliría.

»Cuarto: No se explica por qué el reglamento especial de la prisión de las Madelonnettes prohíbe al prisionero tener una silla, incluso pagándola.

»Quinto: En las Madelonnettes, no hay más que dos barrotes en la cantina, lo que permite a la cantinera dejarse tocar la mano por los detenidos.

»Sexto: Los detenidos, llamados ladradores, que llaman a los otros detenidos al locutorio, exigen dos sueldos de cada preso, por pregonar su nombre con voz clara. Es un robo.

»Sétimo: Por un hilo corredizo, se retienen diez sueldos al preso en el taller de los tejedores; es un abuso del contratista, puesto que el lienzo no es menos bueno sin esto.

»Octavo: Es molesto que los visitantes de la Force tengan que atravesar el patio de los raterillos para ir al locutorio de Sainte-Marie-l'Egyptienne.

»Noveno: Es cierto que diariamente se oye a los gendarmes referir en el patio de la prefectura los interrogatorios de los detenidos. En un gendarme, esto, que debería ser sagrado, es una grave falta.

«Décimo: La señora Henry, es una mujer honrada; su cantina es muy limpia; pero no es conveniente que una mujer ocupe la ventanilla de la ratonera. Esto no es digno de la conserjería de una gran civilización.»

Javert escribió estas líneas con escritura correcta y tranquila, sin omitir una coma, y haciendo crujir el papel bajo su pluma. Al pie de la carta, firmó:

«Javert.

»*Inspector de primera clase.*

»En el cuerpo de guardia de la plaza de Châtelet.

»7 de junio de 1832, a eso de la una de la madrugada.»

Javert secó la tinta fresca, dobló el papel como una carta, la selló y escribió encima:

«Nota para la administración.»

Atravesó de nuevo diagonalmente la plaza del Châtelet, volvió al muelle, y llegó con una precisión automática al punto mismo que había abandonado un cuarto de hora antes; apoyó los codos en el parapeto, y se encontró en la misma actitud. Parecía no haberse movido.

La oscuridad era completa. Era el momento sepulcral que sigue a la medianoche. Un techo de nubes ocultaba las estrellas. El cielo era un espesor siniestro. La casas de la Cité no ofrecían ninguna luz; no pasaba nadie; todo lo que alcanzaba la vista, de las calles y de los muelles, estaba desierto; Notre-Dame y las torres del palacio de justicia parecían trozos de la noche. Un farol teñía de luz rojiza el pretil del muelle. Las siluetas de los puentes se deformaban en la bruma, unos detrás de otros. Las lluvias habían ocasionado una crecida del río.

El lugar en el que se había apoyado Javert, estaba, como se recordará, situado precisamente por encima del remolino del Sena, perpendicularmente sobre aquella formidable espiral de torbellinos que se desatan y vuelven a atar como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No se distinguía nada. Se oía un rumor de espuma; pero no se veía el río. A intervalos, aparecía en aquella profundidad vertiginosa, una luz que serpenteaba vagamente; el agua tiene la virtud, en la noche más cerrada,

de coger la luz no se sabe de dónde, y convertirla en culebra. El resplandor se desvanecía, y todo volvía a quedar indistinto. La inmensidad parecía abierta allí. Lo que había debajo, no era agua, era un abismo. La pared del muelle, abrupta, confusa, mezclada con el vapor, y ocultándose enseguida, producía el efecto de una escarpada del infinito.

No se veía nada, pero se sentía la frialdad hostil del agua y el olor especial de las piedras mojadas. Un hálito salvaje subía de aquel abismo. La crecida del río, que se adivinaba más que se percibía, el trágico murmullo de la ola, la enormidad lúgubre de los arcos del puente, la caída imaginable en aquel vacío oscuro, toda aquella sombra estaba llena de horror.

Javert permaneció inmóvil durante algunos instantes, contemplando aquella abertura de tinieblas; consideraba lo invisible con una fijeza que parecía atención. El único ruido era el del agua. De repente, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la barandilla del muelle. Un momento después, una figura alta y negra, que desde lejos algún transeúnte retrasado hubiera podido tomar por un fantasma, apareció de pie sobre el parapeto, se inclinó hacia el Sena, después volvió a enderezarse, y cayó luego a plomo en las tinieblas; hubo un chapoteo sordo; y solamente la sombra estuvo en el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura desaparecida bajo el agua.

Libro quinto

El nieto y el abuelo

I

En donde se vuelve a ver el árbol con el parche de zinc

Algún tiempo después de los acontecimientos que acabamos de relatar, el señor Boulatruelle experimentó una viva emoción.

El señor Boulatruelle es aquel peón caminero de Montfermeil, que ya ha sido entrevisto en las partes tenebrosas de este libro.

Boulatruelle, como tal vez recordará el lector, era un hombre ocupado en cosas turbias y diferentes. Rompía las piedras, y desvalijaba a los viajeros en el camino real. Picapedrero y ladrón, tenía un sueño: creía en los tesoros ocultos en el bosque de Montfermeil. Esperaba encontrar algún día dinero en la tierra, al pie de un árbol; mientras tanto, lo buscaba en el bolsillo de los transeúntes.

Sin embargo, por el momento, era prudente. Acababa de escaparse de una buena. Había sido cogido, el lector lo sabrá, en la buhardilla Jondrette, junto con los demás

bandidos. Utilidad de un vicio: su borrachera lo había salvado. Nunca pudo averiguarse si estaba allí como ladrón o como robado. Una orden de «no ha lugar», fundada sobre su estado de borrachera, bien notorio, en la noche de la emboscada, le había dado la libertad. Había recobrado la llave de los bosques. Había regresado a su camino de Gagny a Lagny, para ocuparse, bajo vigilancia administrativa, de echar piedra por cuenta del estado, y se hallaba abatido, muy pensativo, un poco disgustado por el robo, que estuvo a punto de perderlo, y se había vuelto con más cariño hacia el vino que acababa de salvarlo.

En cuanto a la viva emoción que experimentó poco después de su vuelta a su choza de peón caminero, es la siguiente:

Una mañana, Boulatruelle, que se dirigía como de costumbre a su trabajo, y al sitio donde tal vez acechaba, un poco antes de despuntar el día, distinguió entre las ramas a un hombre del cual no vio más que la espalda, pero cuyo aspecto, por lo que pudo juzgar desde lejos y en el crepúsculo, no le era del todo desconocido. Boulatruelle, aunque borracho, tenía una memoria correcta y lúcida, arma defensiva indispensable a todo el que se pone en contra del orden legal.

—¿En dónde diablos he visto algo parecido a este hombre? —se preguntó.

Pero no pudo responderse a su pregunta de otro modo que diciendo que se asemejaba a una persona cuya imagen medio confusa tenía en la mente.

Por lo demás, Boulatruelle, prescindiendo de la identidad que no consiguió fijar, hizo comparaciones y formó cálculos. Aquel hombre no era del país. Acababa de llegar. A pie, evidentemente. Ningún coche público pasa a estas horas por Montfermeil. Había andado durante

toda la noche. ¿De dónde venía? No debía venir de lejos. No llevaba ni hatillo y mochila. De París, sin duda. ¿Por qué estaba en aquel bosque? ¿Por qué a semejante hora?, ¿qué iba a hacer allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de hurgar en su memoria, recordó vagamente haber tenido ya, muchos años antes, aviso semejante con motivo de un hombre que le hizo el efecto de que muy bien podría ser aquel hombre.

Mientras meditaba, había bajado la cabeza, bajo el mismo peso de su meditación, cosa natural, pero poco hábil. Cuando la alzó de nuevo, ya no había nadie. El hombre se había internado en el bosque y en el crepúsculo.

—¡Diantre! —dijo Boulatruelle—, volveré a encontrarlo. Descubriré la parroquia de este feligrés. Ya sabré yo qué viene a buscar aquí este paseante de Patron-Minette. En mi bosque no hay ningún secreto sin que yo esté mezclado en él.

Tomó su pico que era muy puntiagudo.

—Hay aquí —murmuró entre dientes—, con qué registrar la tierra y a ese hombre.

Y como por el hilo se saca el ovillo, estudió lo mejor que pudo el itinerario que el hombre habría seguido, y se puso en marcha a través de los árboles.

Cuando hubo dado un centenar de pasos, el día, que empezaba a clarear, lo ayudó. Pisadas impresas aquí y allá, hierbas tronchadas, matorrales rotos, tiernas ramas dobladas y que volvían a enderezarse con una graciosa lentitud, como los brazos de una linda mujer que se despereza al despertar, le indicaron una pista. La siguió, y luego la perdió. El tiempo trascurría. Se internó aún más en el bosque y llegó a una especie de eminencia. Un cazador matutino que pasaba a lo lejos por el sendero, silbando el aire de Guillery, le inspiró la idea de

trepar a un árbol[1]. Aunque era ya viejo, se conservaba ágil. Había allí una corpulenta haya, digna de Tityre[2], de Boulatruelle. Boulatruelle se encaramó a la haya hasta el lugar más alto que le fue posible.

La idea era buena. Explorando la soledad del lugar, por el sitio donde el bosque es más espeso y bravío, Boulatruelle descubrió de pronto al hombre.

Apenas lo hubo divisado, lo perdió de vista.

El hombre entró, o mejor dicho, se deslizó por un claro bastante alejado, oculto por grandes árboles, pero que Boulatruelle conocía muy bien, por haber descubierto allí, cerca de un gran montón de piedras de molino, un castaño enfermo, curado con una placa de zinc, adherida a su corteza. Este claro es el que antiguamente se llamaba el predio Blaru. El montón de piedras, destinadas a un empleo que ignoramos, y que estaba allí hace treinta años, seguirá aún allí, sin duda. Nada iguala a la longevidad de un montón de piedras, a no ser la de una empalizada de tablas. Está allí provisionalmente. ¡Qué mejor razón para durar!

Boulatruelle, con la rapidez que da la alegría, se dejó caer mejor que bajó del árbol. Había encontrado la guarida, y sólo se trataba ahora de apoderarse de la fiera. Aquel famoso tesoro soñado, estaría probablemente allí.

No era trabajo fácil llegar a aquel claro. Por los senderos trillados, que hacen mil zigzags, se necesitaba un cuarto de hora largo. En línea recta, por el monte, que es allí singularmente espeso, muy espinoso y agresivo, había que emplear una buena media hora. Boula-

1 Como el «pequeño hombre», en la canción *Compère Guillery*.

2 El primer verso de la primera bucólica de Virgilio, habla de Tityre tendido bajo una haya.

truelle no lo comprendió. Creyó en la línea recta; ilusión óptica respetable, pero que pierde a muchos hombres. El monte, por erizado que fuese, le pareció el mejor camino.

—Tomemos por la calle de Rivoli de los lobos —dijo.

Boulatruelle, acostumbrado a caminar siempre torcido, cometió esta vez la falta de ir derecho.

Se lanzó resueltamente entre las malezas.

Tuvo que habérselas con acenos, ortigas, espinos, escaramujos, cardos y zarzas muy irascibles. Quedó lleno de arañazos.

Llegó, por fin, al claro Blaru, al cabo de cuarenta minutos, sudando, mojado, jadeante, arañado, feroz.

Al pie del barranco, había agua, que le fue preciso atravesar.

No había nadie.

Boulatrelle corrió al montón de piedras. Estaba en su lugar. Nadie se lo había llevado.

En cuanto al hombre, se había esfumado en el bosque. Se había evadido. ¿Dónde?, ¿por qué lado? Era imposible adivinarlo.

Lo más doloroso era que, detrás del montón de piedras, delante del árbol de la placa de zinc, la tierra estaba removida y había un pico olvidado y abandonado, y un agujero.

El agujero estaba vacío.

—¡Ladrón! —exclamó Boulatruelle, levantando y apretando los puños.

II

Al salir Marius de la guerra civil, se dispone para la guerra doméstica

Marius permaneció mucho tiempo entre la vida y la muerte. Durante varias semanas, tuvo una fiebre acompañada de delirio, y síntomas bastante graves en el cerebro, causados más bien por la conmoción de las heridas en la cabeza, que por las mismas heridas.

Repitió el nombre de Cosette durante noches enteras, en la lúgubre locuacidad de la fiebre, y con la sombría obstinación de la agonía. La importancia de ciertas lesiones fue un serio peligro, pues la supuración de las heridas podía siempre reabsorberse y matar al enfermo, existiendo ciertas influencias atmosféricas; a cada cambio de tiempo, al menor indicio de tormenta, el médico se inquietaba.

—Sobre todo que el herido no experimente emoción alguna —repetía.

Los vendajes eran complicados y difíciles, pues en aquella época, no había sido aún inventada la fijación de las gasas y vendas por medio del esparadrapo. Nico-

lette gastó en hilas una sábana, «grande como el techo», decía. Trabajo costó para que las lociones cloruradas y el nitrato de plata impidiesen la gangrena. Mientras existió el peligro, el señor Gillenormand, a la cabecera del lecho de su nieto, estuvo como Marius; ni muerto ni vivo.

Todos los días, y en algunas ocasiones dos veces por día, un caballero de pelo blanco y decentemente vestido (tales eran las señales dadas por el portero), venía a saber noticias del enfermo y dejaba para las curas un gran paquete de hilas.

Por fin, el 7 de setiembre, cuatro meses, día por día [1], después de la dolorosa noche en que lo habían traído moribundo a casa de su abuelo, el médico declaró que respondía de Marius. Empezó la convalecencia. Marius debió, no obstante, permanecer aún más de dos meses tendido sobre un diván, a causa de las lesiones producidas por la fractura de la clavícula. Hay siempre una herida, la última, que no quiere cerrarse y eterniza los vendajes, con gran fastidio del enfermo.

Por lo demás, la larga enfermedad, y la larga convalecencia le salvaron de las pesquisas. En Francia, no hay cólera, aún siendo pública, que no se extinga al cabo de seis meses. Los motines, en el estado actual de la sociedad, surgen por culpa de todos, y por ello, todos sienten la necesidad de cerrar los ojos.

Añadamos que el incalificable edicto de Gisquet, ordenando a los médicos que denunciasen a los heridos, indignó de tal modo a la opinión, y no sólo a la opinión, sino al rey el primero, que los heridos se encontraron a cubierto y protegidos por esta indignación, y con excepción de los que habían sido hecho prisioneros en el combate flagrante, los consejos de guerra no se atrevieron a molestar a ninguno. Dejaron, pues, tranquilo a Marius.

[1] Lapsus de Víctor Hugo: en realidad. eran tres meses desde la noche del 6 al 7 de junio.

El señor Gillenormand, sufrió al principio todas las angustias, y luego experimentó todos los éxtasis. Costó mucho trabajo impedirle que pasara todas las noches al lado del herido; ordenó que colocaran su gran sillón al lado del lecho de Marius; exigió que su hija cogiera el mejor lienzo de la casa, para hacer compresas y vendas. La señorita Gillenormand, obrando como persona prudente y ya mayor, halló medio de economizar el lienzo fino, dejando al abuelo en la creencia de que era obedecido. El señor Gillenormand no permitió que le explicaran por qué para hacer hilas, la batista no vale tanto como el lienzo burdo, ni el usado, lo que el nuevo. Asistía a todas las curas, que el pudor vedaba a la señorita Gillenormand presenciar. Cuando cortaban las carnes muertas con las tijeras, exclamaba «¡ay, ay!» Nada había tan conmovedor como verle tender al herido una taza de tisana con su suave temblor senil. Abrumaba con preguntas al médico. Y no se daba cuenta de que siempre repetía las mismas.

El día en que el médico le anunció que Marius estaba ya fuera de peligro, el buen hombre casi se volvió loco. Dio tres luises de gratificación al portero. Por la noche, al entrar en su habitación, bailó una gavota, imitando las castañuelas con los dedos pulgar e índice, y cantó esta canción:

Jeanne nació en Fougère,
el nido de una pastora.
Yo adoro sus enaguas.
        Enaguas.
Amor, vives en ella,
Pues en su pupila,
Donde tú pones tu aljaba.
        Aljaba.

Yo la canto, y te amo
más que la misma Diana
Juana y sus duros pechos.
Pechos [1].

Luego se arrodilló sobre una silla, y Basque, que lo observaba a través de la puerta entreabierta, creyó estar seguro de que rezaba.

Hasta entonces no había creído verdaderamente en Dios.

A cada nueva fase de mejoría, que iba notándose cada vez más, el abuelo extraviaba. Hacía un montón de cosas por la mañana llenas de alegría, subía y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, muy bonita por cierto, se quedó muy sorprendida al recibir una mañana un bonito ramo de flores; era el señor Gillenormand quien se lo enviaba. El marido le hizo una escena de celos. El señor Gillenormand se empeñó en sentar a Nicolette sobre sus rodillas. Llamaba a Marius el señor barón. Y gritaba: «¡Viva la república!»

A cada momento preguntábale al médico: «¿No es verdad que no hay ya peligro?» Contemplaba a Marius con ojos de abuela. Cuando Marius comía, lo miraba embobado. No se conocía, no contaba consigo mismo para nada. Marius era el dueño de la casa; había abdicación en su alegría, y era el nieto de su nieto.

En el estado en que se hallaba, era el más venerable de los niños. Por miedo a fatigar o a importunar al convaleciente, se ponía detrás de él para sonreírle. Estaba contento, alegre, gozoso, se sentía joven. Sus cabellos blancos añadían una suave majestad a la alegre luz que

[1] Reminiscencia de Juliette Drouet, si hay que dar crédito a H. Guillemin.

emanaba de su rostro. Hay un especie de aurora en las expansiones de la vejez.

En cuanto a Marius, mientras se dejaba curar y cuidar, no tenía más que una idea fija: Cosette.

Desde que la fiebre y el delirio habían desaparecido, no pronunciaba ya este nombre, y se hubiera podido creer que no pensaba ya en él. Se callaba, precisamente porque su alma estaba en él.

No sabía lo que había sido de Cosette, y todos los sucesos de la calle de la Chanvrerie eran como una nube en su memoria; sombras casi indistintas flotaban en su espíritu. Éponine, Gavroche, Mabeuf, los Thénardier, todos sus amigos, estaban mezclados lúgubremente con el humo de la barricada; la extraña aparición del señor Fauchelevent en aquella aventura sangrienta le hacía el efecto de un enigma en una tempestad; no comprendía nada de su propia vida, y no sabía cómo ni por quién había sido salvado, lo que tampoco sabían las personas que lo rodeaban; todo lo que habían podido decirle era que le habían traído de noche en un coche de alquiler, a la calle Filles-du-Calvaire. Pasado, presente y porvenir no eran para él más que la bruma de una idea vaga; pero había en aquella bruma un punto inmóvil, algo neto y preciso, algo que era de granito, una resolución, y una voluntad: encontrar a Cosette. Para él la idea de la vida no era distinta de la idea de Cosette; había decretado en su corazón que no aceptaría la una sin la otra, y estaba decidido inquebrantablemente a exigir de quien quisiera obligarlo a vivir, de su abuelo, de la suerte, o del infierno, la restitución de su paraíso desaparecido.

No ignoraba los obstáculos.

Subrayemos aquí un detalle: todas las solicitudes y todas las atenciones del abuelo, no lo habían ganado, y apenas lo habían enternecido. En primer lugar, no estaba en el secreto de todas; y luego, en sus sueños de enfermo,

tal vez aún calenturientos, desconfiaba de aquellas ternuras como de una cosa extraña y nueva, cuyo objeto era domeñarlo. Manteníase frío. El abuelo desperdiciaba su pobre y vieja sonrisa. Marius se decía que el anciano seguiría tan complaciente mientras él no hablase, y le dejaba hacer; pero cuando se tratara de Cosette, encontraría otro rostro, y la verdadera actitud del abuelo quedaría desenmascarada. Entonces se mostraría duro; recrudescencia de las cuestiones de familia, confrontación de las posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones a la vez, Fauchelevent, Coupelevent, la fortuna, la pobreza, la miseria, el postrer apuro, el porvenir. Resistencia violenta: conclusión, la negativa. Marius se parapetaba de antemano.

Y luego, a medida que iba volviendo a la vida, renacían sus antiguos agravios, volvían a abrirse las viejas úlceras de su memoria, pensaba de nuevo en el pasado, el coronel Pontmercy volvía a interponerse entre el señor Gillenormand, y él, y se decía que no podía esperar bondad alguna de aquel que había sido tan injusto y tan duro para con su padre. Y con la salud, recobraba una especie de aspereza contra su abuelo. El anciano sufría sin despegar los labios.

El señor Gillenormand, sin que por otra parte nada lo testimoniase, observaba que Marius, desde que lo habían traído y había recobrado el conocimiento, no lo había llamado padre ni una sola vez. No decía tampoco, señor, es cierto; pero encontraba medios de no decir ni una cosa ni otra, dando un giro especial a las frases.

Evidentemente, se acercaba una crisis.

Como sucede casi siempre en semejantes casos, Marius, a fin de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de librar la batalla. Esto se llama tantear el terreno. Una mañana aconteció que el señor Gillenormand, a propósito de un periódico que le había caído

en las manos, habló con ligereza de la convención, y soltó un epifonema realista sobre Danton, Saint-Just y Robespierre. «Los hombres del 93 eran gigantes», dijo Marius con severidad.

El anciano se calló, y no volvió a decir palabra en todo el día.

Marius, que tenía siempre presente en el espíritu al inflexible abuelo de sus primeros años, vio en aquel silencio una profunda concentración de cólera, auguró una lucha encarnizada, y aumentó en lo recóndito de su pensamiento, los preparativos para el combate.

Llegó a la conclusión de que en caso de negativa, se arrancaría los aparatos, dislocaría su clavícula, dejaría al descubierto las llagas que le quedaban, y se negaría a tomar alimento. Sus heridas eran sus armas. Cosette o la muerte.

Esperó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos.

Este momento llegó.

III

Marius ataca

Un día el señor Gillenormand, mientras que su hija ordenaba los frascos y las tazas sobre el mármol de la cómoda, inclinado sobre Marius, le decía con su más tierno acento:

—Mira, querido Marius, en tu lugar comería ahora carne en lugar de pescado. Un lenguado frito es excelente para empezar una convalecencia, pero para poner al enfermo de pie, es preciso una buena chuleta.

Marius, que había recobrado ya casi todas sus fuerzas, las reunió, se incorporó, apoyó sus dos puños crispados sobre las sábanas de su cama, contempló a su abuelo de frente, tomó un aire terrible, y dijo:

—Esto me lleva a deciros una cosa.

—¿Cuál?

—Que quiero casarme.

—Lo había previsto —dijo el abuelo. Y estalló en carcajadas.

—¿Cómo previsto?

—Sí, previsto. Tendrás tu chiquilla.

Marius, estupefacto y abatido, tembló de pies a cabeza.

El señor Gillenormand continuó:

—Sí, tendrás a esa preciosa niña. Viene todos los días bajo la forma de un señor ya anciano, a saber noticias tuyas. Desde que estás herido, pasa el tiempo llorando y haciendo hilas. Me he informado. Vive en la calle de l'Homme-Armé, número siete. ¡Ah! ¿Con que la quieres» Pues bien, la tendrás. Esto destruye tus planes. Te habías formado tu pequeño complot, diciéndote: «Voy a decirle esto con claridad, sin andarme con rodeos, a este abuelo, a esta momia de la regencia y del directorio, a este antiguo pisaverde, a este Dorante convertido en Geronte; también él ha tenido sus ligerezas, sus amoríos, sus grisetas y sus Cosettes. También él ha arrullado y arrullado el ala, y comido el pan de los veinte años, será preciso que se acuerde. Vamos a ver. Batalla.» ¡Ah!, te has llevado un chasco y bien merecido. Te ofrezco una costilla, y me respondes: «A propósito, quiero casarme.» Golpe de efecto. ¡Ah!, contabas de seguro con que iba a haber escándalo. ¿Qué dices a esto? Bizqueas. Encuentras a tu abuelo aún más estúpido que tú, y no lo esperabas; pierde el discurso que tenía preparado, señor abogado; esto es para desesperarse. Pues bien, tanto peor, rabia. He seguido la corriente de tu deseo, ¡imbécil! Escucha. He tomado informes, pues también yo soy socarrón; es encantadora y formal. Lo del lancero es pura invención; ha hecho montones de hilas, es una joya y te adora. Si hubieras muerto, hubiéramos sido tres; su ataúd habría acompañado al mío. Desde que te vi mejor, se me ocurrió la idea de traértela aquí, a la cabecera de tu lecho; pero sólo en las novelas se introduce de este modo a las jóvenes, cerca del lecho de sus galanes heridos. Esto no se hace. ¿Qué hubiera dicho la tía?

La mayor parte del tiempo estabas desnudo, amigo mío. Pregunta a Nicolette que no te ha dejado ni un instante, si era posible que una mujer se acercase. Además, ¿qué habría dicho el médico? Una joven bonita, no es el mejor remedio contra la fiebre. En fin, no hablemos más de esto. Está dicho y hecho, tómala. Ésta es toda mi ferocidad. Ya ves, me di cuenta de que no me querías, y me dije. «¿Qué podría hacer para que este animal me quisiese? Tengo a Cosette a mano y voy a dársela, y entonces será preciso que me quiera algo.» ¡Ah!, creías que el viejo iba a enfadarse, a dar voces, a gritar que no, y a alzar el bastón contra toda esta aurora. Nada de esto. Caballero, tomaos la molestia de casaros. ¡Sé dichoso, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano prorrumpió en sollozos.

Cogió la cabeza de Marius, la apretó entre sus brazos contra su viejo pecho, y ambos se pusieron a llorar. Ésta es una de las formas de la suprema felicidad.

—¡Padre mío! —exclamó Marius.

—¡Ah!, ¡así pues, me amas! —dijo el anciano.

Hubo un momento inefable. Se ahogaban y no podían hablar.

Por fin el anciano tartamudeó:

—¡Vaya!, ya está desenojado. Me ha dicho: Padre mío.

Marius separó la cabeza de los brazos de su abuelo, y dijo suavemente:

—Pero padre mío, ahora que ya estoy mejor, creo que podría verla.

—También está previsto, la verás mañana.

—¡Padre mío!

—¿Qué?

—¿Y por qué no hoy?

—Pues bien, hoy. Concedido. Me has dicho tres veces «padre mío», y esto lo vale. Voy a ocuparme de esto. Te

la traerán. Lo tenía previsto. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del *Enfermo*[1], de André Chénier, del André Chénier que fue degollado por los malv... por los gigantes del 93.

El señor Gillenormand creyó ver un ligero fruncimiento de cejas en Marius, quien, a decir verdad, ya no le escuchaba, pues estaba arrebatado en el éxtasis, y pensando mucho más en Cosette que en 1793. El abuelo, tembloroso de haber introducido tan fuera de lugar a André Chénier, continuó precipitadamente:

—Degollado no es la palabra exacta. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malos, esto es indiscutible, que eran héroes, ¡pardiez!, encontraban que André Chénier les molestaba un poco y le hicieron guillot..., es decir, que estos grandes hombres, el 7 de termidor, en interés del bien público, rogaron a André Chénier que se dejase...

El señor Gillenormand, cogido, como quien dice, por su propia frase, no pudo continuar. No acertando a concluir, ni a retractarse, trastornado por tantas emociones, mientras su hija arreglaba la almohada de Marius, el anciano se lanzó fuera de la habitación con la rapidez que le permitía su edad, cerró la puerta tras de sí y encendido el rostro, sofocado, echando espuma por la boca, se encontró de cara con el honrado Basque que limpiaba las botas en la antecámara. Cogió a Basque por el cuello, y le gritó en pleno rostro y con furor:

—¡Por los cien mil diablos del infierno, estos malvados le asesinaron!

—¿A quién, señor?

—¡A André Chénier!

—Sí, señor —dijo Basque aterrado.

[1] Título de la XXIV bucólica de André Chénier. en la edición Becq de Fouquières (1862). El título exacto es *El enfermo*.

IV

La señorita Gillenormand acaba por conformarse con que el señor Fauchelevent entrase llevando un bulto bajo el brazo

Cosette y Marius volvieron a verse.

Renunciamos a describir la entrevista. Hay cosas que no hay que tratar de pintar, el sol es una de ellas.

Toda la familia, comprendidos Basque y Nicolette, estaba reunida en la habitación de Marius en el momento en que Cosette entró.

Apareció en el umbral; parecía hallarse rodeada de un nimbo.

Precisamente en aquel instante, el abuelo iba a sonarse; se quedó parado, cogida la nariz en el pañuelo y mirando a Cosette por encima.

—¡Adorable! —exclamó.

Luego se sonó ruidosamente.

Cosette estaba embriagada, medio asustada, en el cielo. Estaba tan azorada como puede estarse por causa de la felicidad. Balbuceaba ya pálida, ya encendida, queriendo arrojarse a los brazos de Marius, y sin atreverse

a ello. Vergonzosa de amar delante de tanta gente. No hay piedad para los amantes felices; se está junto a ellos, cuando más desearían estar solos. Y no tienen necesidad alguna de todas estas personas.

Junto con Cosette y detrás de ella, había entrado un hombre de cabellos blancos, grave, y sin embargo, sonriente, aunque su sonrisa tenía cierto tinte vago y doloroso. Era el «señor Fauchelevent»; era Jean Valjean.

Estaba muy bien vestido, como había dicho el portero, de negro y de nuevo, con corbata blanca.

El portero estaba a mil leguas de reconocer en aquel ciudadano correcto, en aquel probable notario, al terrible individuo que había surgido en su puerta, en la noche del 7 de junio, harapiento, lleno de fango, huraño, con antifaz de sangre y cieno, sosteniendo en sus brazos a Marius desvanecido; sin embargo, su olfato de portero estaba excitado. Cuando el señor Fauchelevent llegó con Cosette, el portero no pudo menos que decir por lo bajo a su mujer:

—No sé por qué, pero se me figura que he visto ya este rostro.

El señor Fauchelevent, en la habitación de Marius, permanecía como aparte, y junto a la puerta. Bajo el brazo llevaba un paquete bastante parecido a un volumen in-octavo, envuelto en papel. El papel del envoltorio era verdoso, y parecía algo enmohecido.

—¿Llevará siempre este caballero libros bajo el brazo? —preguntó en voz baja la señorita Gillenormand a Nicolette, ella que era poco amiga de los libros.

—¡Y qué! —respondió en el mismo tono el señor Gillenormand que la había oído—; será algún sabio. ¿Qué tiene esto de raro? ¿Es culpa suya? El señor Boulard, a quien conocí, no salía nunca sin un libraco contra su corazón. —Y saludando, dijo en voz alta—: Señor Tranchelevent...

El señor Gillenormand, no lo hizo adrede, pero la poca atención a los nombres propios era en él, una manera aristocrática.

—Señor Tranchelevent, tengo el honor de pediros para mi nieto, el señor barón Marius Pontmercy, la mano de esta señorita.

El «señor Tranchelevent» se inclinó.

—Ya está dicho —dijo el abuelo. Y volviéndose hacia Marius y Cosette, con los brazos extendidos en actitud de bendecir, les dijo—: Tenéis permiso para adoraros.

No se lo hicieron decir dos veces. ¡Tanto peor!, enseguida empezó el susurro. Se hablaba en voz baja, Marius recostado en el diván y Cosette de pie a su lado.

—¡Oh, Dios mío! —murmuraba Cosette—, os vuelvo a ver, ¡eres tú!, ¡sois vos! ¡Ir a luchar de este modo! ¿Pero por qué? Es horrible. Durante cuatro meses he estado muerta. ¡Oh, qué maldad haber tomado parte en esta batalla! ¿Qué os había hecho yo? Os perdono, pero no volváis a hacerlo. Ahora mismo, cuando se nos avisó que viniésemos, creí otra vez que iba a morir, pero era de alegría. ¡Estaba tan triste! No me he tomado tiempo para vestirme, y debo dar miedo. ¿Qué dirán vuestros parientes al reparar que traigo el cuello tan arrugado? ¡Hablad! Me dejáis hablar sola. Seguimos viviendo en la calle de l'Homme-Armé. ¡Parece que la herida de vuestro hombro era horrible! Me han dicho que se podían poner los dedos dentro. Y luego, parece ser que cortaban la carne con tijeras. Esto es lo terrible. He llorado mucho, y ya no me quedan lágrimas. ¡No comprendo cómo es posible sufrir tanto! ¡Vuestro abuelo parece muy bueno! No os mováis, no os apoyéis sobre el codo, cuidado, vais a haceros daño. ¡Oh, qué feliz soy! ¡Se ha terminado ya la desgracia! Soy tonta. Quería deciros cosas pero no sé.

¿Me amáis aún? Vivimos en la calle de l'Homme-Armé. No hay jardín. He estado haciendo hilas durante todo el tiempo; ved, caballero, mirad, por culpa vuestra tengo una dureza en los dedos.

—¡Ángel! —exclamó Marius.

Ángel es la única palabra del idioma que no puede gastarse. Ninguna otra palabra resistiría al empleo incesante que hacen de ella los enamorados.

Después, como había gente delante, se interrumpieron y no volvieron a decir ni una sola palabra, limitándose a estrecharse suavemente la mano.

El señor Gillenormand se volvió hacia todos los que estaban en la habitación y exclamó:

—Vamos, hablad alto. Haced ruido. Vamos, un poco de ruido, ¡qué diablos!, para que los niños puedan charlar a gusto. —Y acercándose a Marius y Cosette, les dijo en voz baja—: Tuteaos. No os sintáis violentos.

La tía Gillenormand asistía con estupor a aquella irrupción de luz en su interior de solterona. Aquel estupor no tenía nada de agresivo; no era por nada del mundo la mirada escandalizada y envidiosa de una vieja zorra a dos pollitos; era la mirada estúpida de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida fallida, contemplando el triunfo del amor.

—Señorita Gillenormand —le decía su padre—, ya te había dicho que iba a sucederte esto. —Permaneció silencioso un instante y añadió—: Contempla la felicidad de los demás. —Luego, volviéndose hacia Cosette—: ¡Es preciosa!, ¡es preciosa! Es un Greuze. ¡Y vas a tener este tesoro para ti solo, pilluelo! ¡Ah!, bribón. De buena te has librado. Si yo tuviera quince años menos, nos batiríamos a espada por ella. ¡Vaya! Estoy enamorado de vos, señorita. No tiene nada de extraño. Es vuestro derecho. ¡Ah, qué preciosa boda vamos a celebrar! Nuestra

parroquia es Saint-Denis-du-Saint-Sacrament[1], pero conseguiré una dispensa para que podáis casaros en Saint-Paul. La iglesia es mejor. La construyeron los jesuitas[2]. Es más coqueta. Está delante de la fuente del cardenal Birague. La obra maestra de la arquitectura jesuita está en Namur. Se llama Saint-Loup. Será preciso ir a verla cuando estéis casados. El viaje vale la pena[3]. Señorita, estoy por entero con vos, quiero que las jóvenes se casen, que para esto están. Hay una cierta santa Catalina que quisiera ver sin toca. Permanecer doncella es hermoso, pero es frío. La *Biblia* dice: Multiplicaos. Para salvar al pueblo se necesita de Juana de Arco; pero para hacer al pueblo, se necesita de la tía Antonia. Así pues, casaos, hermosas. ¿De qué sirve realmente permanecer solteras? Sé muy bien que se tiene una capilla aparte en la iglesia, y que todos se inclinan ante la cofradía de la Virgen; pero, ¡caramba!, un buen marido, guapo muchacho, y al cabo de un año un rollizo chiquitín rubio, que mame gallardamente, y que tenga buenos pliegues en los muslos, y que juegue con los piececitos rosados en el seno, riendo como la aurora, esto vale más que llevar un cirio a la iglesia, y cantar *Turris eburnea*[4].

El abuelo hizo una pirueta sobre sus talones de noventa años y continuó hablando, como movido por un resorte:

1 Empezada en 1826, esta iglesia de estilo clásico no fue terminada hasta 1835, tres años después de la escena que describe Víctor Hugo.

2 Por los padres Martellange y Derrand, de 1627 a 1641.

3 Véase en *El Rhin* (1838), carta VI, estas observaciones sobre Namur: «En cuanto a la ciudad en sí (...), no tiene nada de notable (...). Sin arquitectura, sin monumentos, sin edificios, sin casas antiguas, dotada de cuatro o cinco feas iglesias rococó...»

4 «Torre de marfil», una de las invocaciones de las letanías de la Virgen.

Así limitando el curso de tus cavilaciones tantas,
Alcipo no cabe duda, de que dentro de poco te casas [1].

—¡A propósito! —añadió.

—¿Qué, padre mío?

—¿No tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—¿Qué ha sido de él?

—Ha muerto.

—Más vale así.

Se sentó cerca de ellos, hizo sentar a Cosette, y tomó sus cuatro manos en sus viejas manos arrugadas.

—Es exquisita esta picarona. Es una obra maestra esta Cosette. Muy niña, y muy señora. No será más que una baronesa, y es lástima porque ha nacido marquesa. ¡Qué pestañas! Hijos míos, convenceos de que es verdad lo que pasa a vuestro alrededor. Amaos hasta estupidizaros. El amor es la estupidez del hombre y el ingenio de Dios. ¡Adoraos! Pero —añadió poniéndose serio repentinamente—, ¡qué desgracia!, ahora caigo en ello. Más de la mitad de mis rentas, son vitalicias; mientras yo viva, todo marchará bien, pero después de mi muerte, dentro de veinte años, ¡ah!, mis pobres niños, ¡no tendréis ni un sueldo! Vuestras hermosas manos blancas, señora baronesa, harán al diablo el honor de tirarle de la cola.

Entonces se oyó una voz grave y tranquila que decía:

—La señorita Euphrasie Fauchelevent, tiene seiscientos mil francos [1].

Era la voz de Jean Valjean.

[1] Imitación del principio de una sátira de Boileau sobre las mujeres.

[2] O sea, alrededor de unos ciento veinte millones de francos antiguos (un millón doscientos mil NF).

No había pronunciado aún palabra alguna, ni siquiera nadie parecía darse cuenta de que estaba allí, y seguía en pie e inmóvil, detrás de todos aquellos seres felices.

—¿Quién es esta señorita Euphrasie? —preguntó el abuelo como asustado.

—Soy yo —dijo Cosette.

—¡Seiscientos mil francos! —respondió el señor Gillenormand..

—Menos unos catorce o quince mil francos —dijo Jean Valjean.

Y dejó sobre al mesa el paquete que la tía Gillenormand había tomado por un libro.

Jean Valjean abrió por sí mismo el paquete; era un fajo de billetes de banco. Lo hojeó y los contó. Había quinientos billetes de mil francos, y ciento sesenta y ocho de quinientos. En total, quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—¡Buen libro! —dijo el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! —murmuró la tía.

—Esto allana muchas cosas, ¿no es cierto, señorita Gillenormand? —dijo el abuelo—. Este diablo de Marius, ¡ha ido a tropezar con el árbol de los sueños, con una griseta millonaria! ¡Fiaos ahora de los amoríos de los jóvenes! Los estudiantes encuentran a las estudiantas de seiscientos mil francos. Querubín trabaja mejor que Rothschild.

—Quinientos ochenta y cuatro mil francos —repetía a media voz la señorita Gillenormand—. ¡Quinientos ochenta y cuatro mil, o casi seiscientos mil francos!

En cuanto a Marius y Cosette estaban mirándose durante todo el rato; apenas prestaron atención a este detalle.

V

Es más seguro depositar el dinero en ciertos bosques, que en manos de ciertos notarios

El lector habrá comprendido sin duda, sin que sea necesario explicarlo detalladamente, que Jean Valjean, después del asunto Champmathieu pudo, gracias a su primera evasión que duró algunos días, ir a París, y retirar a tiempo de casa de Lafitte la suma que había ganado, con el nombre del señor Madeleine, en Montreuil-sur-Mer; y que, temiendo ser detenido, lo que sucedió efectivamente poco tiempo después, había ocultado aquella suma en el bosque de Montfermeil en el lugar llamado el predio Blaru. La suma, seiscientos treinta mil francos, en billetes de banco, era poco voluminosa y cabía en una caja; únicamente, para preservar la caja de la humedad, la había colocado en un cofre de madera de encina, lleno de virutas de madera de castaño. En el mismo cofre, había colocado su otro tesoro, los candelabros del obispo. El lector recordará que se había llevado los candelabros, al evadirse de Montreuil-sur-Mer. El

hombre que vio una noche por vez primera Boulatruelle, era Jean Valjean. Más tarde, cada vez que Jean Valjean tenía necesidad de dinero, iba a buscarlo al claro Blaru. De ahí las ausencias de las que hemos hablado. Tenía un azadón oculto entre los matorrales, en un lugar que sólo él conocía. Cuando vio a Marius convaleciente, viendo que se acercaba la hora en que aquel dinero podría ser útil, había ido a buscarlo; y era él una vez más, a quien Boulatruelle había visto en el bosque, pero esta vez por la mañana y no por la noche. Boulatruelle heredó el azadón.

La suma real era de quinientos ochenta y cuatro mil quinientos francos. Jean Valjean retiró para sí los quinientos francos. «Después ya veremos», pensó.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos retirados de casa de Lafitte, representaba el gasto de diez años, desde 1823 a 1833. Los cinco años de estancia en el convento, no habían costado más que cinco mil francos.

Jean Valjean colocó los dos candelabros de plata, sobre la chimenea, donde los contemplaba con gran admiración la tía Toussaint.

Por lo demás, Jean Valjean se había librado de Javert. Habían contado delante de él, y más tarde lo verificó en el *Moniteur*, que lo había publicado, que un inspector de policía llamado Javert había sido encontrado ahogado bajo un barco de lavanderas, entre Pont-au-Change y el Pont-Neuf, y que una nota dejada por aquel hombre, que por otra parte era irreprochable y muy estimado de sus jefes, hacía creer en un acceso de alienación mental y en un suicidio. «En efecto —pensó Jean Valjean—, para que al tenerme en su poder me dejase en libertad, era preciso que estuviera ya loco.»

VI

Los dos ancianos hacen todo lo posible, cada uno a su manera, para que Cosette sea feliz

Se dispuso todo para la boda. Consultado el médico, declaró que ésta podría tener lugar en febrero. Estaban en diciembre. Trascurrieron algunas semanas de felicidad perfecta.

El abuelo no era el menos feliz. Empleaba sus buenos cuartos de hora, contemplando a Cosette.

—¡Qué admirable jovencita! —exclamaba—. ¡Tiene un aire tan dulce y tan bueno! En toda mi vida he visto a una joven tan encantadora. Más tarde, poseerá virtudes con olor a violeta. ¡Es una Gracia, vaya! No es posible vivir de otro modo que noblemente con una criatura así. Marius, hijo mío, eres barón, eres rico, déjate de defender pleitos, te lo suplico.

Cosette y Marius habían pasado bruscamente del sepulcro al paraíso. La transición había sido muy inesperada, y sólo el deslumbramiento les impidió aturdirse.

—¿Comprendes algo de todo esto? —decía Marius a Cosette.

—No —respondía Cosette—, pero me parece que Dios nos está mirando.

Jean Valjean hizo, facilitó, concilió y allanó todo. Apresuraba la dicha a Cosette con tanta solicitud, y en apariencia tanta alegría como la misma Cosette.

Como había sido alcalde, supo resolver un problema delicado, cuyo secreto le pertenecía a él solo: el estado civil de Cosette. Decir crudamente su origen, ¿quién sabe?, tal vez hubiera impedido la boda. Allanó a Cosette todas las dificultades. Regaló a Cosette una familia de personas ya difuntas, medio seguro de no incurrir en reclamación alguna. Cosette era lo que quedaba de una familia extinguida. Cosette no era su hija, sino la hija de otro Fauchelevent. Dos hermanos Fauchelevent habían sido jardineros en el convento del Petit-Picpus. Fueron a aquel convento; abundaron los mejores informes y los más respetables testimonios; las buenas religiosas, poco aptas y poco inclinadas a sondear las cuestiones de paternidad y no entendiendo de malicia, no habían sabido nunca de cuál de los dos Fauchelevent era hija la pequeña Cosette. Dijeron lo que se quiso, y lo dijeron con celo. Fue extendida un acta ante notario. Cosette se convirtió ante la ley en la señorita Euphrasie Fauchelevent. Fue declarada huérfana de padre y madre. Jean Valjean se las arregló para ser nombrado, con el nombre de Fauchelevent, tutor de Cosette, con el señor Gillenormand en calidad de tutor subrogado.

En cuanto a los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado hecho a Cosette por una persona muerta que deseaba permanecer en el anonimato. El legado primitivo había sido de quinientos noventa y cuatro mil francos, pero se habían gastado diez mil francos en la educación de la señorita Euphrasie, de los cuales cinco mil fueron pagados al mismo convento. Este legado, depositado en manos de un tercero, debía ser entregado

a Cosette, cuando cumpliera su mayoría de edad, o en la época de su casamiento. Todo este conjunto era muy aceptable, como se ve, especialmente con el apoyo de más de medio millón. Existían algunas singularidades, pero no fueron vistas; uno de los interesados, tenía los ojos vendados por el amor, y los otros por los seiscientos mil francos.

Cosette supo que no era hija de aquel anciano a quien había llamado padre durante tanto tiempo; otro Fauchelevent, era su padre verdadero. En otro momento, esto la hubiese lastimado. Pero en la hora inefable en la que se hallaba, fue sólo una sombra, un oscurecimiento, y ella sentía tanta alegría, que aquella nube se extinguió pronto. Tenía a Marius. Llegaba el joven, y se borraba el viejo; la vida es así.

Además, Cosette estaba acostumbrada desde hacía largos años, a ver enigmas a su alrededor; todo ser que ha tenido una infancia misteriosa se halla siempre dispuesto a ciertas renuncias.

No obstante, continuó llamando a Jean Valjean: Padre.

Cosette, en el cielo, estaba entusiasmada con el abuelo Gillenormand. Es cierto que éste la colmaba de regalos y madrigales. Mientras que Jean Valjean construía para Cosette una situación normal en la sociedad y una posesión de estado intachable, el señor Gillenormand cuidaba el canastillo de bodas. Nada lo divertía tanto como ser magnífico. Había dado a Cosette un vestido de guipure de Binche que había llevado su propia abuela.

—Estas modas antiguas, vuelven a usarse —decía—, las antigualllas hacen furor, y las mujeres de mi vejez, se visten como las mujeres de mi infancia.

Desvalijaba sus respetables cómodas de laca de Coromandel que no habían sido abiertas desde hacía muchos años.

—Confesemos a estas centenarias —exclamaba—; veamos lo que tienen en la tripa.

Violaba ruidosamente cajones ventrudos llenos de trajes y adornos de todas sus mujeres y de todas sus amantes, y de todas sus abuelas. Pequines, damascos, lutrines, moirés pintados, vestidos de gros-de-Tours flameado, pañuelos de las Indias bordados con un oro lavable, delfinas sin revés, en piezas, puntillas de Génova y Alençon, joyas de vieja orfebrería, bomboneras de marfil adornadas con dibujos microscópicos de batallas, cintas, lazos, todo lo prodigaba a Cosette. Cosette, maravillada, perdida de amor por Marius y confundida de reconocimiento por el señor Gillenormand, soñaba con una felicidad sin límites, vestida de satén y terciopelo. Su canastilla de bodas se le parecía sostenida por serafines. Su alma volaba al cielo con las alas de encaje de Malinas.

La embriaguez de los enamorados no era igualada más que por el éxtasis del abuelo. Había una especie de fanfarria en la calle Filles-du-Calvaire.

Cada mañana, nueva ofrenda del abuelo a Cosette. Todos los falbalás imaginables, se extendían con esplendidez a su alrededor.

Un día, Marius, que hablaba con gusto gravemente, a través de su felicidad, dijo a propósito de no sé qué incidente:

—Los hombres de la revolución son tan grandes, que tienen ya el prestigio de los siglos, como Catón y como Focion, y cada uno de ellos, parece una antigua memoria[1].

—Moiré-antic —exclamó el abuelo—. Gracias, Marius, precisamente es la idea que andaba buscando.

[1] Juego de palabras imposible de traducir:
Antigua memoria: une mémoire antique.
Moire antiguo: moiré antique.

Y al día siguiente, un magnífico vestido de moiré-antic, color de té, se añadía al canastillo de Cosette.

El abuelo deducía reflexiones de aquel ajuar.

—El amor es bueno, pero con todo esto. En la felicidad se precisa de lo inútil. La felicidad no es más que lo necesario, y hay que sazonarla con lo superfluo. Un palacio y su corazón. Su corazón y el Louvre. Su corazón y los grandes surtidores de Versailles. Dadme a mi pastora y procurad que sea duquesa. Traedme a Filis coronada de flores, y dotada con cien mil libras de renta. Una bucólica, bien, pero con columnas de mármol. La felicidad a secas, se parece al pan seco. Se come, pero basta. Yo quiero lo superfluo, lo inútil, lo extravagante, lo demasiado, lo que no sirve de nada. Recuerdo haber visto en la catedral de Strasbourg un reloj alto como una casa de tres pisos, que señalaba la hora, que tenía la bondad de señalar la hora, pero que no parecía haber sido hecho para esto; y que después de haber dado las doce del día o de la noche, esto es la hora del sol y la del amor, o la que os plazca, mostraba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, los pájaros y los peces, Febo y Febe, y una caterva de cosas que salían de un nicho, y los doce apóstoles, y el emperador Carlos V, y Éponine y Sabinas, y un montón de hombrecillos dorados tocando la trompeta. Sin contar las innumerables campanadas que echaba al vuelo a cada instante, sin saberse por qué. ¡Qué vale en comparación con tantas maravillas, un mal reloj sólo capaz de dar las horas! Yo soy de la opinión del gran reloj de Strasbourg, y lo prefiero al cuco de la Selva Negra.

El señor Gillenormand desbarraba a propósito de la boda, y todos los entrepaños del siglo dieciocho cabían en sus ditirambos.

—Ignoráis el arte de las fiestas. No sabéis pasar un día de alegría en estos tiempos. Vuestro siglo XIX es

liviano. Le faltan excesos. Ignora al rico, ignora al noble. Está raso en todo. Vuestra clase media es insípida, incolora, inodora e informe. Sueños de personas vulgares que se establecen, como dicen; un bonito gabinete con adornos aún frescos de madera pintada e indiana. ¡Plaza!, ¡plaza!, el señor Grigou, se casa con la señorita Grippesou. ¡Suntuosidad y esplendor! Un luis de oro pegado a un cirio. Ésta es la época. Yo pido escapar más allá de los sármatas. ¡Ah!, desde 1787, predije que todo estaba perdido; fue el día en que vi al duque de Rohan, príncipe de León, duque de Chabot, duque de Montbazon, marqués de Soubise, vizconde de Thouars, par de Francia, ir a Longchamp en una carraca. Esto ha dado sus frutos. En este siglo, se hacen negocios, se juega a la bolsa, se gana dinero, y se es miserable. Se cuida y pule la superficie; la gente se pone de veintiún botones, se lava, se enjabona, se afeita, se peina, se alisa, se frota, se cepilla, limpia el exterior, y queda irreprochable, brillante como un guijarro, discreto, limpio, y al mismo tiempo, ¡mal pecado!, hay en el fondo de la conciencia, estercoleros y cloacas como para hacer retroceder a una vaquera que se suena con los dedos. Otorgo a estos tiempos la siguiente divisa: Limpieza sucia. Marius, no te enfades, dame permiso para hablar, no te hablo mal del pueblo, ya ves, tengo la boca llena de tu pueblo, pero en cuanto a la clase media, déjame sacudirle el polvo un poquito. El que bien ama, mejor zurra. Lo digo y lo repito; hoy la gente se casa, pero no sabe casarse. ¡Ah!, es cierto, siento nostalgia de la gentileza de las antiguas costumbres. Siento nostalgia de todo. De aquella elegancia, de aquella caballerosidad, de aquellas maneras corteses y graciosas, del lujo de todo; la música formando parte de la boda, sinfonía en lo alto, tamboril abajo, los bailes, los alegres rostros, los madrigales alambicados, las canciones, los fuegos de artificio, las risas francas, el diablo y su tren,

los grandes lazos de cintas. Siento nostalgia de la liga de la novia. La liga de la novia es prima del ceñidor de Venus. ¿Sobre qué gira la guerra de Troya? ¡Pardiez!, sobre la liga de Helena. ¿Por qué se lucha; por qué Diómedes, el divino, rompe en la cabeza de Merioneo [1], el gran casco de bronce de diez puntas; por qué Aquiles y Héctor cruzan sus picas? Porque Helena ha dejado que Paris le tomara la liga. Con la liga de Cosette, Homero escribiría la *Ilíada*. Pondría en su poema a un viejo charlatán como yo y lo llamaría Néstor. Amigos míos, en otro tiempo, en este amable otro tiempo se casaban sabiamente; primero, un buen contrato y luego una suculenta comida. Así que salía Cuyacio [2], entraba Gamache. Porque ¡diantre!, el estómago es un animal agradable que pide lo que le pertenece, y que quiere también tener su boda. Se cenaba bien, y en la mesa, había una mujer hermosa sin griñón, y descotada. ¡Oh! ¡Qué bocas tan bonitas y risueñas! ¡Qué alegría reinaba en mis tiempos! La juventud era un ramillete; todo joven se terminaba por un ramo de lilas, o por un ramillete de rosas. El guerrero se convertía en pastor, y si era casualmente capitán de dragones, encontraba medio de llamarse Florián. Había empeño en estar hermoso. Abundaban los bordados y el colorete. Un simple ciudadano, parecía una flor, y un marqués una piedra preciosa. No se usaban botas. Y así, rozagantes y lustrosos, presumidos y pisaverdes, llevaban espada al costado. El colibrí tiene pico y uñas. Era el tiempo de las *Indias galantes* [3]. Uno de los lados del

1 Diómedes es uno de los héroes más famosos de Homero. Merioneo es, sin duda, un lapsus de Víctor Hugo.

2 Cuyacio, tomado como símbolo de las formalidades jurídicas. Gamache simboliza la buena mesa. (Comida de bodas pantagruélica del campesino de este nombre, en *Don Quijote*.)

3 Las *Indias galantes* (1735), son anteriores a la época evocada por el señor Gillenormand, pero éste, como Víctor Hugo toma el siglo dieciocho como un todo.

siglo era el delicado, el otro era el magnífico. ¡Y voto al diablo, nos divertíamos! Hoy la gente es seria. El ciudadano es avaro, la ciudadanía es gazmoña; vuestro siglo es infortunado. Se expulsaría de él a las Gracias por demasiado escotadas. ¡Ah!, se oculta la hermosura como si fuera una fealdad. Desde la revolución, todos usan pantalones, hasta las bailarinas. Las alumnas de Terpsícore, deben ser graves; vuestros rigodones son doctrinarios. Hay que ser majestuoso. El tono es llevar la barba metida dentro de la corbata. El ideal de un galopín de veinte años que se casa, es parecerse al señor Royer-Collard. ¿Y sabéis adónde se llega con esta majestad?, a ser pequeño. Aprended esto: la alegría no es solamente alegre, sino grande. Pero al menos, sed amantes alegremente, ¡qué diablos!, casaos, y cuando os caséis, que sea con la fiebre, el atolondramiento y el bullicio de la felicidad. De la gravedad a la iglesia, sea. Pero una vez terminada la misa, ¡voto a brío!, será preciso envolver en un sueño a la desposada. Un casamiento debe ser real y quimérico; debe pasear su ceremonia desde la catedral de Reims a la pagoda de Chanteloup[1]. Me horroriza una boda prosaica. ¡Pardiez!, subid al olimpo al menos este día. Convertíos en dioses. ¡Ah!, podríais ser silfos, juegos y risas, argiraspidas, ¡y sois simples horteras! Amigos míos, todo recién casado debe ser el príncipe Aldobrandini[2]. Aprovechad este minuto de la vida, para volar al empíreo con los cisnes y las águilas, aunque hayáis de volver a caer al día siguiente en la burguesía de las ranas. No economicéis en el himeneo, ni le escatiméis esplendores; no escatiméis nada el día en que estáis radiantes. La boda no es el manejo de la casa. ¡Oh! Si yo obrase

[1] Construida por Choiseul en sus dominios. cerca de Amboise.

[2] El príncipe Aldobrandini, de la familia del papa Clemente VIII (1592-1605).

a mi fantasía, ésta sería magnífica. Se oirían violines por entre los árboles. Éste es mi programa: azul cielo y plata. Mezclaría a la fiesta las divinidades agrestes, convocaría a las dríadas y a las nereidas. Las bodas de Anfitrite, una nube rosada, ninfas muy adornadas y desnudas, un carro arrastrado por monstruos marinos.

>»Tritón trotaba delante, y sacaba de su caracola
>sonidos tan hermosos, que a todos enamoran.

»Si esto no es un programa de fiesta, confieso que no lo entiendo.

Mientras que el abuelo, en plena efusión lírica, se escuchaba a sí mismo Cosette y Marius se embriagaban contemplándose con entera libertad.

La tía Gillenormand consideraba toda aquella escena, con su placidez imperturbable. No había cesado, desde hacía cinco o seis meses, de recibir emociones; Marius de vuelta, Marius cubierto de sangre, Marius traído de una barricada, Marius muerto, y luego vivo; Marius reconciliado, Marius casándose con una pobre, Marius casándose con una millonaria. Aquellos seiscientos mil francos habían sido su última sorpresa. Luego había recobrado su indiferencia de primera comulgante. Iba regularmente a los oficios, desgranaba su rosario, leía su eucólogo, murmuraba en un rincón de la casa Ave Marías, mientras que en otro rincón murmurábase *I love you*, y vagamente veía a Marius y Cosette como dos sombras. La sombra era ella.

Existe un cierto grado de ascetismo inerte, en el que el alma, neutralizada por el entorpecimiento, extraña a lo que podría llamarse la tarea de vivir, no percibe, a excepción de los temblores de tierra y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones agradables, ni las impresiones penosas. «Esta devoción

—decía el abuelo Gillenormand a su hija—, corresponde al resfriado del cerebro. No se siente nada de la vida. Ni mal olor, ni bueno».

Por lo demás, los seiscientos mil francos habían fijado las indecisiones de la solterona. Su padre había tomado la costumbre de tenerla tan poco en cuenta, que no la había consultado sobre el consentimiento para la boda de Marius. Había obrado impetuosamente como hacía siempre, no teniendo, convertido de déspota en esclavo, más que un solo pensamiento, satisfacer a Marius. En cuanto a la tía, que ésta existiera y tuviese una opinión, no se había acordado para nada, y aun siendo como era indiferente, esto no dejó de lastimarla. Un poco ofendida en su fuero interno, pero exteriormente impasible, se había dicho: «Mi padre resuelve la cuestión del casamiento sin mí, yo resolveré la cuestión de la herencia sin él.» Ella era rica, efectivamente, y el padre no lo era. Se reservó, pues, para sí su decisión. Es probable que si el casamiento hubiera sido pobre, pobre lo hubiera dejado. «¡Tanto peor para mi señor sobrino! Se casa con una pordiosera; pues que sea pordiosero.» Pero el medio millón de Cosette complació a la tía, y cambió su situación interna respecto a aquel par de enamorados. Se debe consideración a seiscientos mil francos, y era evidente que ella no podía hacer otra cosa que dejar su fortuna a aquellos jóvenes, puesto que ellos ya no la necesitaban.

Se dispuso que los esposos vivirían en casa del abuelo. El señor Gillenormand quiso absolutamente cederles su habitación, la más hermosa de la casa. «Esto me rejuvenecerá —declaraba—. Es un viejo proyecto. Yo siempre había tenido la idea de convertir mi habitación en cámara nupcial.» Amuebló la habitación con un montón de viejos bibelotes galantes. La hizo techar y alfombrar con una tela de extraordinario mérito, que conservaba en pieza y que creía era de Utrecht; tenía el fondo de raso, y por

adorno flores de terciopelo. «De esta tela —decía— era el cobertor de la duquesa de Anville a La Roche-Guyón.» Puso sobre la chimenea una figurilla de Sajonia, que tenía un manguito sobre el vientre desnudo.

La biblioteca del señor Gillenormand, se convirtió en el gabinete de abogado que necesitaba Marius; tal como el lector recordará, el consejo de orden exigía un gabinete.

VII

Efectos del sueño mezclados con la felicidad

Los enamorados se veían todos los días. Cosette iba a casa del señor Gillenormand, con el señor Fauchelevent. «Es la inversión de las cosas —decía la señorita Gillenormand—, la futura esposa viene a domicilio a hacerse la corte.» Pero la convalecencia de Marius lo había exigido así, y los sillones de la calle Filles-du-Calvaire, mejores para las entrevistas que las sillas de paja de la calle de l'Homme-Armé, habían hecho arraigar la costumbre. Marius y el señor Fauchelevent, se veían pero no se hablaban. Parecía que hubiesen convenido en ello. Toda joven necesita de una carabina. Cosette no hubiera podido ir allí sin el señor Fauchelevent. Para Marius, el señor Fauchelevent era la condición de Cosette. Lo aceptaba. Al poner en tela de juicio, vagamente y sin precisar, las materias de la política, desde el punto de vista de la mejoría general de la suerte de todos, apenas llegaban a decirse algo más que sí y no. Una vez, con motivo de la enseñanza, que Marius quería que fuese gratuita y obligatoria, multi-

plicada bajo todas las formas, prodigada a todos como el aire y el sol, en una palabra, al pueblo entero, fueron de la misma opinión y casi entablaron una conversación. Marius observó entonces que el señor Fauchelevent hablaba bien, e incluso con una cierta elevación de lenguaje. Faltábale, sin embargo, un no se sabe qué. El señor Fauchelevent tenía alguna cosa de menos que el hombre de mundo, y alguna cosa de más.

Marius, interiormente y en el fondo de su pensamiento, dirigía toda suerte de preguntas mudas al señor Fauchelevent, que para él era simplemente benévolo y frío. A veces se le ocurrían dudas sobre sus propios recuerdos. Tenía un agujero en su memoria, un agujero negro, un abismo abierto por cuatro meses de agonía. En él se habían perdido muchas cosas. Llegaba a preguntarse si realmente había visto al señor Fauchelevent, a un hombre tan grave y tan sereno, en la barricada.

No era éste el único estupor que las apariciones y las desapariciones del pasado le habían dejado en el espíritu. No debe creerse que estuviese libre de estas insistencias de la memoria, que nos obligan, aun siendo felices, aun estando satisfechos, a mirar melancólicamente hacia atrás. La cabeza que no se vuelve hacia los horizontes desvanecidos, no contiene ni pensamiento ni amor. A veces, Marius se cogía la cara entre las manos, y el pasado tumultuoso y vago atravesaba el crepúsculo que tenía en el cerebro. Volvía a ver a Mabeuf, oía a Gavroche cantar bajo la metralla, sentía bajo sus labios el frío de la frente de Éponine; Enjolras, Courfeyrac, Jean Prouvaire, Combeferre, Bossuet, Grantaire, todos sus amigos se alzaban ante él y luego se disipaban. Todos aquellos seres queridos, dolorosos, valientes, encantadores o trágicos ¿eran sólo sueños? ¿habían existido, en efecto?

El motín lo había envuelto todo en humo. Las grandes fiebres, tienen grandes sueños. Interrogábase, palpábase; sentía vértigo por todas aquellas realidades desvanecidas. ¿Dónde estaban, pues, aquellos seres?, ¿era cierto que todos habían muerto? Una caída en las tinieblas se lo había llevado todo excepto a él. Le parecía que todo aquello había desaparecido como detrás de un telón de teatro. En la vida existen estas cortinas que caen. Dios pasa al acto siguiente.

Y en cuanto a él, ¿era todavía el mismo hombre? Él, el pobre, era rico. Marius abandonado, y tenía una familia; Marius desesperado, se casaba con Cosette. Le parecía que había atravesado una tumba, que había entrado en ella negro, y que había salido de ella blanco. Los otros se habían quedado en aquella tumba. En ciertos momentos, todos los seres del pasado, aparecían, formaban un círculo a su alrededor y lo oscurecían; entonces pensaba en Cosette, y se serenaba.

El señor Fauchelevent ocupaba casi un lugar entre aquellos seres desvanecidos. Marius dudaba en creer que el Fauchelevent de la barricada, fuera el mismo que este Fauchelevent en carne y hueso, sentado tan gravemente al lado de Cosette. El primero era probablemente una de estas pesadillas que traen y llevan las horas de delirio. Por lo demás, sus dos naturalezas eran tan distintas, que no era posible que Marius hiciera ninguna pregunta al señor Fauchelevent. Ni siquiera se le había ocurrido la idea. Hemos señalado ya este detalle característico.

Dos hombres que poseen un secreto común, y por una especie de acuerdo tácito no cambian ni una palabra en este sentido, es un hecho menos raro de lo que se supone.

Solamente una vez Marius intentó una prueba. Hizo aparecer en la conversación la calle de la Chanvrerie, y volviéndose hacia el señor Fauchelevent, le dijo:

—¿Conocéis esta calle?

—¿Qué calle?

—La calle de la Chanvrerie.

—No tengo ni la más remota idea del nombre de esta calle —respondió el señor Fauchelevent con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que se refería al nombre de la calle, y no a la calle en sí, pareció a Marius más concluyente de lo que era.

«Decididamente —pensó—, he soñado. He tenido una alucinación. Sería alguien que se le parecía. El señor Fauchelevent no estaba allí.»

VIII

Dos hombres a los que es imposible encontrar

Por grande que fuera el encanto, no borró del espíritu de Marius otras preocupaciones.

Mientras que se disponía el casamiento, y esperaba la fecha señalada, se dedicó a hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenía contraídas deudas de reconocimiento por varios lados; en nombre de su padre,-y en nombre suyo.

Estaba Thénardier; y estaba el desconocido que lo había llevado a casa del señor Gillenormand.

Marius deseaba encontrar a aquellos dos hombres, pues no conciliaba la idea de casarse, con la de ser feliz y olvidarles, y temía que aquellas deudas de reconocimiento no pagadas harían sombra en su vida, que tan luminosa debía ser en adelante. Le resultaba imposible dejar tras de sí tales partidas en descubierto, y quería, antes de entrar alegremente en el porvenir, liquidar el pasado.

El que Thénardier fuese un bribón, no quitaba nada al hecho de que había salvado al coronel Pontmercy. Thénardier era un bandido para todo el mundo, excepto para Marius.

Y Marius, ignoraba la verdadera escena del campo de batalla de Waterloo, y no sabía, por lo tanto que su padre, aunque debía la vida a Thénardier, en aquella situación extraña no le debía reconocimiento.

Ninguno de los diversos agentes que empleó Marius consiguió encontrar la pista de Thénardier. Parecía absoluta la desaparición de aquel individuo. La Thénardier había muerto en la prisión, durante la instrucción del proceso. Thénardier y su hija Azelma, los únicos que quedaban de aquella lamentable familia, se habían sumergido de nuevo en la sombra. El abismo de lo desconocido se había cerrado silenciosamente sobre aquellos dos seres. Ni siquiera se veía en la superficie este estremecimiento, este temblor, estos oscuros círculos concéntricos que anuncian que allí ha caído algo, y que se puede echar la sonda.

La muerte de la Thénardier, la absolución de Boulatruelle, la desaparición de Claquesous, y la fuga de prisión de los principales acusados, habían hecho abortar el proceso de la emboscada en el caserón Gorbeau. El asunto quedó envuelto en cierta oscuridad. El tribunal había tenido que contentarse con dos subalternos. Panchaud, alias Printanier, alias Brigenaille, y Demi-Liard, alias Deux-Milliards, que habían sido condenados contradictoriamente a diez años de galeras. Los trabajos forzados a perpetuidad habían sido pronunciados contra sus cómplices evadidos y contumaces, Thénardier, jefe y autor de la trama, había sido, por contumacia, igualmente, condenado a muerte. Esta condena era lo único que quedaba

acerca de Thénardier, esparciendo sobre aquel nombre oculto su siniestra claridad, como una vela al lado de un ataúd.

Por lo demás, esta condena, al rechazar a Thénardier hacia las últimas profundidades por temor a ser detenido, añadía a la espesura tenebrosa aún más oscuridad.

En cuanto al otro, en cuanto al hombre ignorado que había salvado a Marius, las indagaciones tuvieron en principio algún resultado, y luego cesaron. Se consiguió encontrar el coche que había llevado a Marius a la calle Filles-du-Calvaire en la noche del 6 de junio. El cochero declaró que el 6 de junio, por orden de un agente de policía, había estado «estacionado» desde las tres de la tarde hasta la noche, en el muelle de los Champs Élysées, por encima de la salida de la alcantarilla; que hacia las nueve de la noche, se abrió la reja de la alcantarilla que da sobre el ribazo del río; que un hombre había salido de ella, llevando sobre sus hombros a otro hombre, que parecía muerto; que el agente, que estaba en observación en aquel puente, había detenido al hombre vivo y había cogido al muerto; que por orden del agente, él, había recibido en su coche a «toda aquella gente»; que habían ido primero a la calle Filles-du-Calvaire; que habían dejado allí al hombre muerto: que el hombre muerto era el señor Marius, y que el cochero, lo reconoció, aunque estuviese vivo «esta vez»; que luego habían vuelto a subir a su coche, y a pocos pasos de la puerta de los Archivos le había mandado parar, y que allí, en la calle, le habían pagado y despedido, y que el agente se había llevado consigo al otro hombre; que no sabía nada más; que la noche era muy oscura.

Marius, lo hemos dicho ya, no se acordaba de nada. Recordaba únicamente que lo habían cogido por detrás con una mano enérgica, en el momento en que caía derri-

bado en la barricada; luego todo se borraba para él. No había recobrado el conocimiento hasta hallarse en la casa del señor Gillenormand.

Se perdía en conjeturas.

No creía dudar de su identidad. ¿Cómo se comprendía, sin embargo, que habiendo caído en la calle de la Chanvrerie, hubiera sido recogido por el agente de policía sobre el ribazo del Sena cerca del puente de los Inválidos? Alguien lo había llevado desde el barrio de los Mercados hasta los Champs Élysées. ¿Y cómo? Por la alcantarilla. ¡Inaudita abnegación!

¿Alguien? ¿Y quién era?

Éste era el hombre que Marius buscaba.

De aquel hombre, que era su salvador, no había ninguna huella; ni el menor indicio.

Marius, aunque obligado por aquel lado a una gran reserva, acudió en sus indagaciones hasta la prefectura de policía. Allí, como en todas partes, los datos que se recogieron no aportaron ninguna aclaración. La prefectura sabía menos que el cochero. No se tenían noticias de ninguna detención efectuada el 6 de junio en la reja de la gran alcantarilla; no se había recibido ningún informe sobre aquel hecho que, en la prefectura, era considerado como una fábula. Se atribuía la invención de aquella fábula al cochero. Un cochero que busca una propina es capaz de todo, incluso de tener imaginación. El hecho, no obtante, era cierto, y Marius no podía dudar de él, a menos de dudar de su propia identidad, como acabamos de decir.

Todo resultaba inexplicable en aquel extraño enigma.

¿Qué había sido de aquel hombre misterioso, que el cochero había visto saliendo de la reja de la gran alcantarilla, llevando a Marius desvanecido sobre sus hombros,

y que el agente de policía en acecho había detenido en flagrante delito de salvación de un insurgente? ¿Qué había sido también del agente? ¿Por qué el agente guardaba silencio? ¿Habría conseguido el hombre, escapar? ¿Habría corrompido al agente? ¿Por qué aquel hombre no daba señal alguna de vida a Marius, que se lo debía todo? El desinterés no era menos prodigioso que la abnegación. ¿Por qué no aparecía aquel hombre? Tal vez estaba por encima de la recompensa, pero nadie está por encima del reconocimiento. ¿Habría muerto? ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué rostro tenía? Nadie podía decirlo. El cochero respondía: «La noche era muy oscura.» Basque y Nicolette, en su azoramiento, no habían fijado la vista sino en el señorito cubierto de sangre. El portero, cuya vela había alumbrado la trágica llegada de Marius, se había fijado en el hombre en cuestión, y éstas eran las señas que daba: «Aquel hombre era espantoso.»

Con la esperanza de sacar partido para sus investigaciones, Marius conservó los vestidos ensangrentados que llevaba encima, cuando lo llevaron a casa de su abuelo. Al examinar el frac, observó que uno de los faldones estaba extrañamente desgarrado. Faltaba un pedazo.

Una noche, Marius hablaba delante de Cosette y de Jean Valjean, de toda aquella aventura singular, de los innumerables informes que había recibido, y de la inutilidad de sus esfuerzos. El rostro frío del «señor Fauchelevent», lo impacientaba. Exclamó con una viveza que tenía casi la vibración de la cólera:

—Sí, aquel hombre, sea quien fuese, estuvo sublime. ¿Sabéis lo que hizo, caballero? Intervino como el arcángel. Fue preciso que se arrojase en medio del combate, que me arrebatase de allí, que abriera la alcantarilla, que bajase a ella conmigo. Tuvo que andar más de

una legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado, en medio de las tinieblas, a través de las cloacas. ¡Más de una legua y media, caballero, y con un cadáver a cuestas! ¿Y con qué objeto? Con el único objeto de salvar este cadáver. Y este cadáver era yo. Se diría probablemente para sí: Tal vez hay aún un aliento de vida; voy a arriesgar mi existencia, por esta miserable chispa. ¡Y no arriesgó su vida una, sino veinte veces! Y cada paso era un peligro. La prueba es que al salir de la alcantarilla fue detenido. ¿Sabéis que aquel hombre hizo todo esto? Y no esperaba ninguna recompensa. ¿Quién era yo? Un insurgente. ¿Quién era yo? Un vencido. ¡Oh, si los seiscientos mil francos de Cosette me pertenecieran. . .!

—Os pertenecen —interrumpió Jean Valjean.

—Pues bien —continuó Marius—, los daría para encontrar a ese hombre.

Jean Valjean guardó silencio.

Libro sexto

La noche en vela

I

El 16 de febrero de 1833

La noche del 16 al 17 de febrero de 1833[1], fue la noche bendita. Sobre sus tinieblas estaba el cielo abierto. Fue la noche de bodas de Marius y Cosette.

La jornada había sido adorable.

No había sido la fiesta imaginada por el abuelo Gillenormànd, una hechicería con una confusión de querubines y cupidos por encima de las cabezas de los novios, una boda digna de figurar en la muestra de una puerta; pero había sido un día apacible y risueño.

La moda de los casamientos, no era en 1833, la misma que hoy. Francia no había heredado aún de Inglaterra la exquisita delicadeza de raptar a su mujer, de huir al salir de la iglesia, y de ocultarse con vergüenza de la felicidad, equiparando la conducta del que ha hecho ban-

[1] Víctor Hugo coloca, voluntariamente, la noche nupcial de Marius y Cosette en la fecha misma en que Juliette Drouet se convirtió en su amante.

carrota con las delicias de *El cantar de los cantares*. No se había comprendido aún todo lo que hay de casto, de exquisito y decente en traquetear el paraíso en una silla de posta, en entrecortar su misterio con clics clacs, en tomar por lecho nupcial un lecho de posada, y en dejar tras de sí, en una alcoba banal a tanto por noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida, confundido con la conversación del conductor de la diligencia o con la sirvienta de la posada.

En esta segunda mitad del siglo diecinueve en que nos hallamos, el alcalde y su banda, el sacerdote y su casulla, la ley y Dios, no bastaban; era preciso completarlos con el postillón de Longjumeau, chaqueta azul con vueltas encarnadas, y botones de cascabel con brazaletas de cuero, pantalón de piel verde, galones falsos, sombrero acharolado, pelo largo y cubierto de polvo, látigo enorme y gruesas botas. Francia no lleva aún la elegancia hasta arrojar, como la *nobility* inglesa, sobre la silla de posta de los novios, una granizada de chinelas rotas y zapatos viejos, en recuerdo de Churchill, desde el tiempo en que Marlborough o Malbrouck se vio atacado el día de su casamiento por la cólera de una tía, a cuyo ataque debió la felicidad. Los zapatos y las chinelas no forman parte aún de nuestras celebraciones nupciales; pero paciencia, yendo en aumento el buen gusto, este progreso no tardará en realizarse.

En 1833, hace cien años, no se practicaban los casamientos al trote.

En aquella época se creía, cosa extraña, que una boda es una fiesta íntima y social, que un banquete patriarcal no echa a perder una solemnidad doméstica, que la alegría, aun siendo excesiva, y con tal de que sea honesta, no hace daño alguno a la felicidad, y que, por último, es venerable y bueno que la fusión de dos destinos de donde

ha de salir una familia empiece en la casa, y que la pareja tenga en adelante por testigo la cámara nupcial.

Se cometía, pues, el impudor de casarse en la propia casa.

El matrimonio se celebró siguiendo la moda ya caduca, en casa del señor Gillenormand.

Por natural y corriente que sea esto de casarse, las amonestaciones, el arreglo de papeles, la alcaldía y la iglesia, ofrecen siempre alguna complicación. No pudo estar todo dispuesto antes del 16 de febrero.

Ahora bien, consignamos este detalle por pura satisfacción de ser exactos, sucedió que el 16 era un martes de carnaval[1]. Vacilaciones, escrúpulos, particularmente por parte de la tía Gillenormand.

—¡Un martes de carnaval!—exclamó el abuelo—. Hay un proverbio que dice: «Si en martes de carnaval te casas, no habrá hijos ingratos en tu casa.» No importa. ¡Va por el 16! ¿Es que quieres retrasar la fecha, Marius?

—¡Ciertamente que no! —respondió el enamorado.

—Casémonos —dijo el abuelo.

El casamiento se efectuó, pues, el 16, a pesar de la alegría pública. Llovía aquel día, pero hay siempre en el cielo un pequeño rincón azul, al servicio de la felicidad, que ven los amantes, incluso cuando el resto de la creación se oculta bajo un paraguas.

La víspera, Jean Valjean había entregado a Marius, en presencia del señor Gillenormad, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Habiéndose verificado el casamiento bajo el régimen de la municipalidad, los actos habían sido sencillos.

Toussaint era en adelante inútil a Jean Valjean; Cosette la había heredado, y la había promovido al grado de doncella suya.

[1] En realidad, era el sábado precedente al martes de carnaval.

En cuanto a Jean Valjean, tenía en la casa Gillenormand una hermosa habitación amueblada expresamente para él, y Cosette le había dicho con un acento irresistible: «Padre, os lo ruego», que lo había hecho casi prometer que iría a habitarla.

Algunos días antes del fijado para la boda, sucedió a Jean Valjean un accidente; se había lastimado el dedo pulgar de la mano derecha. Aquello no era grave, y él no había permitido a nadie que se ocupara de ello, lo curara, ni siquiera viera su mal. Se había visto obligado a envolverse la mano en un lienzo y llevar el brazo en cabestrillo, lo que le impidió firmar. El señor Gillermand, como tutor subrogado de Cosette, lo había hecho en su lugar.

No llevaremos al lector ni a la alcaldía ni a la iglesia. No se sigue hasta aquí a los enamorados, y la costumbre es volver la espalda al drama desde que se adorna con el ramo del novio. Nos limitaremos a destacar un incidente que, sin advertirlo la comitiva nupcial, señaló el trayecto desde la calle Filles-du-Calvaire a la iglesia Saint-Paul.

Reparábase en aquella época el extremo norte de la calle Saint-Louis, y estaba interceptada a partir de la calle Parc-Royal. A los coches, por lo tanto, les resultaba imposible ir directamente a la iglesia. Obligados como estaban a cambiar el itinerario, lo más sencillo era doblar por el bulevar[1]. Uno de los invitados advirtió que, siendo martes de carnaval, habría allí una acumulación de coches.

—¿Por qué? —preguntó el señor Gillenormand.

—Por causa de las máscaras.

—Perfectamente —dijo el abuelo—. Vayamos por allí. Estos jóvenes van a casarse; entrarán en la parte

1 Es decir, el bulevar de Filles-du-Calvaire.

seria de la vida, y bueno es que se preparen viendo un poco de la mascarada.

Siguieron por el bulevar. La primera de las berlinas de la comitiva llevaba a Cosette y a la tía Gillenormad, al señor Gillenormand y a Jean Valjean. Marius, separado aún de su prometida, según la costumbre, iba en la segunda. El cortejo nupcial, al salir de la calle Filles-du-Calvaire, entró a formar parte de la larga procesión de coches que formaba una interminable cadena desde la Madeleine a la Bastille, y de la Bastille a la Madeleine.

Abundaban las mascaradas en el bulevar. No obstante, llovía a intervalos. Con el buen humor de aquel invierno de 1833, París se había disfrazado de Venecia. Hoy ya no se ven aquellos martes de carnaval. Como el carnaval se ha extendido, ya no hay carnaval.

Las travesías estaban llenas de gente, y las ventanas de curiosos. Las terrazas que coronan los peristilos de los teatros, estaba bordeadas de espectadores. Además de las máscaras, se miraba aquel desfile, propio del martes de carnaval como en Longchamp, vehículos de todas clases más o menos lujosos, flacres, que iban en riguroso orden, uno tras otro, como insertos en los raíles, obedeciendo a los reglamentos de la policía. Todo el que está en aquellos vehículos es a la vez espectador y espectáculo. Algunos guardias municipales, colocados en los extremos del bulevar, mantenían las dos interminables filas paralelas sin interrupción y vigilaban para que nada entorpeciese aquella doble corriente, aquellos dos arroyos de coches, de los cuales uno corría hacia arriba y otro hacia abajo, uno hacia la calzada de Antin y el otro hacia el faubourg Saint-Antoine.

Los coches con escudos de armas, pertenecientes a los pares de Francia y a los embajadores, caminaban por el centro de la calzada, yendo y viniendo libremente. Algunos cortejos magníficos y alegres, especialmente el del

buey gordo, tenía igual privilegio. En aquella alegría de París, Inglaterra hacía restallar su látigo; la silla de posta de lord Seymour [1], hostigada por los apodos del populacho, pasaba ruidosamente.

En la doble fila, a lo largo de la cual los guardias municipales galopaban como perros, honradas berlinas familiares, llenas de tías y de abuelas, mostraban graciosos grupos de niños disfrazados, pierrots de siete años, colombinas de seis, pequeños seres encantadores, que sentían que formaban parte de la alegría pública, penetrados de la dignidad de su arlequinada y con gravedad de funcionarios.

De vez en cuando sobrevenía un obstáculo en la procesión de vehículos, y una u otra de las dos filas laterales se detenía, hasta que se desenredaba el nudo; el embarazo de un solo coche, bastaba para paralizar toda la hilera. Luego se volvía a poner en marcha.

Las carrozas del cortejo nupcial estaban en la hilera que iba hacia la Bastille, por el lado derecho del bulevar. A la altura de la calle Pont-aux-Choux, hubo una parada. Casi al mismo instante en el otro extremo, la otra fila que iba hacia la Madeleine se detuvo también. Había en aquel punto de las filas, un coche de máscaras.

Estos coches, o mejor dicho, estos carruajes, son bien conocidos de los parisienses. Si se suprimieran en un martes de carnaval o a la mitad de la cuaresma, se entraría en sospechas y se diría: «Aquí hay gato encerrado. Probablemente, va a cambiar el ministro.» Una multitud de Casandras, de Arlequines, de Colombinas, todos los géneros grotescos posibles, desde el turco hasta el salvaje, hércules sosteniendo marquesas, rabaneras que obligarían a Rabelais a taparse los oídos, así como las bacantes hacían bajar los ojos a Aristófanes, pelucas de lino, fajas

1 Lord Seymour, llamado «milord L'Arsouille».

rosadas, sombreros de ala larga, anteojos encubridores, tricornios, gritos lanzados a los peatones, brazos en jarras, posturas atrevidas, hombros desnudos, rostros enmascarados, imprudencias desbocadas; un caos de desvergüenzas conducido por un cochero tocado de flores; ésta es la institución.

Grecia necesitaba del carro de Tespis, y Francia necesita del *fiacre de Vadé*[1].

Todo puede ser parodiado, incluso la parodia. La saturnal, esta mueca de la belleza antigua, llega de aumento en aumento, al martes de carnaval; y la bacanal, antiguamente coronada de pámpanos, inundada de sol, mostrando los pechos de mármol en una semidesnudez divina, envuelta hoy en los harapos húmedos del norte, ha acabado por convertirse en careta.

La tradición de los coches de máscaras se remonta a los viejos tiempos de la monarquía. Las cuentas de Luis XI, asignan al baile del palacio, «veinte sueldos torneses para tres coches de mascaradas». En nuestros días, esta multitud ruidosa de criaturas se hace arrastrar habitualmente por algún antiguo vehículo, en cuya imperial se colocan preferentemente o abruman con su tumultuoso grupo un landó del estado, con las capotas abatidas. Son veinte en un coche de seis. Hay gente sobre los asientos, sobre la bigotera y sobre la lanza. Éstos de pie, echados, con las piernas cruzadas, o colgando por fuera del coche. Las mujeres ocupan las rodillas de los hombres. Se ven de lejos, por encima de innumerables cabezas, estas pirámides de furiosos; montañas de alegría en medio de la barahúnda. Collé, Panard y Piron, brotan de ellas, enriquecidos de argot[2]. Se escupe desde

[1] Vadé (1720-1757), creador del género «poissard».

[2] Collé, Panard y Piron, poetas del siglo XVIII, agrupados aquí a causa de su gusto común por las sátiras y las canciones más o menos licenciosas.

arriba al pueblo el catecismo de las rabaneras. El coche, convertido en algo desmesurado a causa de su carga, tiene un aire de conquista. En él se vocifera, se ladra, se patalea en el colmo de la dicha; la alegría ruge, el sarcasmo llamea, la jovialidad se extiende como una púrpura; dos matalones tiran de la comparsa convertida en apoteosis; es el carro de triunfo de la risa.

Risa demasiado cínica para ser franca. En efecto, esta risa es sospechosa. Esta risa tiene una misión. Está encargada de probar a los parisienses la verdad del carnaval.

Estos coches de gentes impúdicas, en los que se presienten no sé qué tinieblas, hacen pensar al filósofo. Dentro se percibe algo semejante al gobierno. Se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Es triste pensar que de tantas torpezas resulte un total de alegría, que, escalonando la ignominia sobre el oprobio, se engolosine a un pueblo; que el espionaje sirviendo de cariátide a la prostitución, divierta a la chusma, afrentándola; que la multitud guste de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un coche, este monstruoso grupo viviente, mitad oropel, mitad harapo, brillo y basura, que ladra y que canta; aplaudiendo un espectáculo, una gloria compuesta de todas las vergüenzas; es triste pensar que no hay fiesta para la muchedumbre si la policía no saca a relucir esta especie de hidras de alegría con veinte cabezas. Pero ¿qué remedio? Estos carros de fango, adornados con cintas y flores con insultados y amnistiados por la risa pública. La risa de todos, es cómplice de la degradación universal. Ciertas fiestas malsanas degradan al pueblo, y hacen de él populacho. Y al populacho, como al tirano, le hacen falta bufones. El rey

tiene a Roquelaure [1], y el pueblo a payaso. París es la gran ciudad loca, las veces que no es la gran ciudad sublime. El carnaval forma parte de la política. París, preciso es confesarlo, consiente que lo divierten, aunque los medios sean infames. No pide a sus señores —cuando los tiene—, más que una cosa: pintadme el fango. Roma era de la misma opinión. Amaba a Nerón. Nerón era un descargador titánico.

La casualidad quiso, como acabamos de decir, que uno de estos disformes grupos de mujeres y de hombres enmascarados, llevado en una gran calesa, se detuviera a la izquierda del bulevar, cuando el cortejo nupcial se detenía a la derecha. Desde un lado del bulevar, el coche en el que iban las máscaras, veía al otro lado el coche en que iba la novia.

—¡Tate! —dijo una máscara—. Una boda.

—Una boda fingida —dijo otra—. En nuestro coche va la verdadera.

Y hallándose demasiado lejos para poder interpelar a los novios, temiendo por otra parte despertar la atención de los municipales, las dos máscaras miraron hacia otro lado.

Toda la comparsa, tuvo buen trabajo al cabo de un instante, pues la multitud empezó a perseguirla con rechiflas, lo que viene a ser la caricia de la multitud; y las dos máscaras que acababan de hablar, tuvieron que hacer frente a todo el mundo con sus camaradas, y todos los proyectiles del repertorio de los Mercados, no bastó para responder a los enormes golpes de palabra, dado por el pueblo. Se formó entre las máscaras y la multitud, un terrible cambio de metáforas.

Este diálogo se perdía en medio del tumulto. La lluvia había mojado el coche; y el viento de febrero no es

[1] Roquelaure, cortesano de Luis XIV, celebrado por sus palabras.

cálido; mientras respondía al español, la joven, escotada, tiritaba, reía y tosía.

Éste era el diálogo:

—Dime.

—¿Qué, daron?[1]

—¿Ves a ese viejo?

—¿Qué viejo?

—El que va en el primer coche de la comitiva, a este lado.

—¿El que lleva el brazo colgando de una corbata negra?

—Sí.

—¿Y qué?

—Estoy seguro que lo conozco.

—¡Ah!

—Que me ahorquen si no lo conozco. ¿Puedes ver a la novia, inclinándote un poco?

—No.

—¿Y al novio?

—No va en este coche.

—¡Bah!

—A menos que no sea el otro viejo.

—Procura ver a la novia, inclinándote más.

—No puedo.

—Me da igual. Te digo que conozco a ese viejo del brazo en cabestrillo. Estoy seguro.

—¿Y de qué te sirve conocerlo?

—No lo sé. ¡Quién sabe!

—Poco me importan a mí los viejos.

—¡Lo conozco!

—Bien, como quieras.

—¿Cómo diablos asiste a la boda?

[1] Daron, padre. (N. del A.)

—También nosotros asistimos.
—¿De dónde viene esta boda?
—¿Y yo qué sé?
—Escucha.
—¿Qué?
—Deberías hacer una cosa.
—¿Qué?
—Bajar del coche, y seguir esa boda.
—¿Para qué?
—Para saber dónde va y lo que es. Apresúrate a bajar, corre, hija mía, tú que eres joven.
—No puedo abandonar el coche.
—¿Por qué?
—Porque estoy alquilada.
—¡Ah! ¡diantre!
—Debo un día de verdulera a la prefectura.
—Es verdad.
—Si dejo el coche, el primer guardia que me vea, me coge. Ya lo sabes.
—Sí, lo sé.
—Hoy me paga el gobierno.
—De todos modos, el viejo me molesta.
—¿Los viejos te molestan? Pero si tú no eres precisamente un niño...
—Va en el primer coche.
—¿Y qué?
—En el coche de la novia.
—¿Y qué más?
—Por lo tanto, es su padre.
—¿Y qué me importa eso a mí?
—Te digo que es el padre.
—¿Es que es el único padre?
—Escucha.
—¿Qué?

—Yo no puedo salir si no es con máscara. Aquí estoy escondido, nadie sabe quién soy. Pero mañana ya no hay máscaras. Es miércoles de ceniza. Corro peligro de que me echen el guante. Es preciso que vuelva a mi agujero. Pero tú, estás libre.

—No del todo.

—Más que yo al menos.

—Bien, ¿y luego?

—Es preciso que averigües adónde ha ido esta boda.

—¿Adónde va, pues?

—Sí.

—Lo sé ya.

—¿Adónde va, pues?

—Al Cadran Bleu.

—No es éste el camino.

—¡Pues bien! A la Râpée.

—O a otra parte.

—Es libre. Las bodas son libres.

—Esto no es todo. Te digo que es preciso que procures enterarte de qué boda es ésta, y dónde viven los novios.

—¡Qué divertido! Es fácil encontrar, ocho días después, una boda que ha circulado por París el martes de carnaval. ¡Es buscar una aguja en un pajar! ¿Es que esto es posible?

—No importa, habrá que probar. ¿Oyes, Azelma?

Las dos filas continuaron de nuevo a los dos lados del bulevar su movimiento en sentido inverso, y el coche de las máscaras perdió de vista al coche de la novia.

II

Jean Valjean continua con su brazo en cabestrillo

¿A quién le es dado realizar su sueño? En el cielo, deben haber elecciones para esto; todos somos candidatos sin saberlo; los ángeles votan. Cosette y Marius habían sido elegidos.

Cosette, en la alcaldía y en la iglesia estaba radiante y conmovedora. Fue Toussaint, ayudada por Nicolette, quien la había vestido.

Cosette llevaba sobre una saya de tafetán blanco, su vestido de guipure de Binche, un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas, y una corona de flores de azahar; todo èra blanco, y ella irradiaba entre aquella blancura. Era un candor exquisito, dilatándose y trasfigurándose en la claridad. Hubiérase dicho que era una virgen próxima a convertirse en diosa.

Los hermosos cabellos de Marius estaban abrillantados y perfumados; entreveíase de vez en cuando, bajo

el espesor de los bucles, líneas pálidas que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo, soberbio, con la cabeza alta, amalgamando más que nunca en su traje y en sus maneras, todas las elegancias del tiempo de Barras, llevaba a Cosette. Remplazaba a Jean Valjean, que a causa de su brazo en cabestrillo, no podía dar la mano a la novia.

Jean Valjean, vestido de negro, los seguía sonriendo.

—Señor Fauchelevent —decía el abuelo—, ved qué día tan hermoso. Voto por el fin de las aflicciones y de los pesares. Es preciso que en lo sucesivo, no haya tristeza en ningún lado. ¡Pardiez! ¡Decreto de alegría! El mal no tiene derecho de existir. El que haya hombres desgraciados, es, en verdad, una vergüenza para el azul del cielo. El mal no viene del hombre, que en el fondo es bueno. Todas las miserias humanas tienen por guardia el infierno, o dicho de otro modo, las Tullerías del diablo. Ya veis que hoy prodigo las frases demagógicas. En cuanto a mí, ya no tengo opinión política; ahora me limito a desear que todos los hombres sean ricos, es decir, felices.

Cuando al finalizar las ceremonias, después de haber pronunciado delante del alcalde y delante del sacerdote, todos los sí posibles, después de haber firmado en los registros de la municipalidad y en la sacristía, después de haber cambiado los anillos, después de haber estado de rodillas, codo con codo bajo el yugo del moiré blanco entre nubes de incienso, llegaron cogidos de la mano, admirados y envidiados de todos, Marius de negro y Cosette de blanco, precedidos del pertiguero con charreteras de coronel, que golpeaba las baldosas con su alabarda, entre las filas de personas maravilladas, a las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, preparados para subir al coche; la joven apenas se atrevía a creer en la realidad de su dicha. Contemplaba a Marius, con-

templaba a la multitud, contemplaba el cielo; parecía que tuviera miedo de despertar. Su aire sorprendido e inquieto, añadía a su aspecto un tono encantador.

A la vuelta, entraron juntos en el mismo coche. Marius al lado de Cosette; y enfrente, el señor Gillenormand y Jean Valjean. La tía Gillenormand había retrocedido un puesto, e iba en el segundo coche.

—¡Hijos míos! —decía al abuelo—. Sois ya el señor barón y la señora baronesa, con treinta mil libras de renta.

Y Cosette, acercándose a Marius, le acariciaba el oído con este murmullo angélico:

—Entonces, es verdad. Llevo tu nombre. Soy tuya.

Aquellos dos seres resplandecían. Estaban en el minuto irrevocable y único, en el deslumbrante punto de intersección de toda la juventud y de toda la alegría. Hacían realidad los versos de Jean Prouvaire [1]; entre los dos no sumaban cuarenta años. Era el casamiento sublime; aquellos dos niños, eran dos lirios. No se veían, se contemplaban. Cosette veía a Marius en una aureola; Marius veía a Cosette en un altar; y en aquel altar y en aquella aurora, mezclándose las dos apoteosis en el fondo, no se sabe cómo, detrás de una nube para Cosette, y en un resplandor para Marius, estaba lo ideal, lo verdadero, la cita del beso y el sueño, el tálamo nupcial.

Todos los tormentos que habían experimentado, se convertían para ellos en embriaguez. Parecíales que las penas, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los terrores, la desesperación, convirtiéndose en caricias y rayos de luz, hacían aún más encantadora la hora que se aproximaba; y que las tristezas eran otras tantas sirvientas que adornaban a la alegría. ¡Qué bueno es haber

1 Entre los dos, no contábamos cuarenta años.

sufrido! Su desgracia, aureolaba su felicidad. La larga agonía de su amor, tenía por término una ascensión.

Había en aquellas dos almas el mismo encanto, matizado de voluptuosidad en Marius, y de pudor en Cosette. Se decían bajito:

—Volveremos a nuestro jardincillo de la calle Plumet.

Los pliegues del vestido de Cosette estaban sobre Marius.

Un día semejante es una mezcla inefable de sueño y de certidumbre. Se posee y se supone. Hay bastante tiempo para adivinar. Es una indecible emoción en este día, estar a mediodía, y soñar con estar a medianoche. Las delicias de aquellos dos seres, desbordaban sobre la multitud y comunicaban alegría a los transeúntes.

La gente se detenía en la calle Saint-Antoine, delante de la iglesia de Saint-Paul, para ver a través del cristal del coche, temblar las flores de azahar sobre la cabeza de Cosette.

Luego volvieron a la calle Filles-du-Calvaire, a su casa. Marius, al lado de Cosette, subió triunfante y radiante, por aquella misma escalera por donde lo habían llevado moribundo. Los pobres, agrupados delante de la puerta y repartiéndose las limosnas, los bendecían. Por todos lados había flores. La casa no estaba menos perfumada que la iglesia; después del incienso, las rosas. Creían oír voces cantando en el infinito; tenían a Dios en el corazón; el destino se les aparecía como un techo de estrellas; por encima de sus cabezas veía el resplandor del sol naciente. De repente, el reloj dio la hora. Marius contempló el encantador brazo desnudo de Cosette y su rosada garganta que se vislumbraba vagamente a través de las puntillas de su corpiño, y Cosette, viendo la mirada de Marius, enrojeció hasta la raíz del cabello.

Buen número de antiguos amigos de la familia Gillenormand habían sido invitados; todos se agolpaban alrededor de Cosette. La llamaban señora baronesa.

El oficial Théodule Gillenormand, ahora capitán, había venido de Chartres, donde se hallaba de guarnición, para asistir al casamiento de su primo Pontmercy. Cosette no lo reconoció.

Él a su vez, acostumbrado a que las mujeres lo encontrasen hermoso, tampoco se acordó de Cosette.

—¡Cuánta razón tuve al no creer en esta historia del lancero! —decía para sí el abuelo Gillenormand.

Cosette no se había mostrado nunca tan cariñosa con Jean Valjean. Iba al unísono con el señor Gillenormand; mientras que él expresaba su alegría por medio de aforismos y máximas, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. La felicidad quiere que todos sean felices.

Encontraba para hablar a Jean Valjean, inflexiones de voz de los tiempos en que era niña. Lo acariciaba con su sonrisa.

En el comedor se había preparado un banquete.

Un alumbrado *a giorno*, es la razón necesaria para una gran alegría. La bruma y la oscuridad no son aceptadas por los que se sienten felices. No consienten en estar negros. La noche, sí; las tinieblas no. Si no hay sol, es preciso fabricar uno.

El comedor era una hoguera de cosas alegres. En el centro, encima de la mesa blanca y resplandeciente, una araña de Venecia con toda clase de pájaros de colores, azules, violetas, rojos, verdes, posados en medio de las bujías. Alrededor de la araña, guirnaldas en la pared, espejos, apliques de tres y cinco brazos; cristalería, vajilla, porcelana, loza, orfebrería y platería, todo deslumbraba y alegraba. Los huecos entre los candelabros es-

taban cubiertos con ramos, de modo que allí donde no había luz, había flores.

En la antecámara, tres violines y una flauta, tocaban con sordina, cuartetos de Haydn.

Jean Valjean se había sentado en una silla del salón, detrás de la puerta, cuyo batiente se replegaba sobre él, de modo que casi le ocultaba. Algunos momentos antes de ponerse a la mesa, Cosette, le hizo un gran saludo, cogiendo entre los dedos su vestido de novia, y con una tierna mirada le preguntó:

—Padre, ¿estáis contento?

—Sí —dijo Jean Valjean—, estoy contento.

—Pues, bien, reíros.

Jean Valjean se puso a reír.

Algunos instantes más tarde, Basque anunció que la cena estaba servida.

Los comensales, precedidos del señor Gillenormand, quien daba el brazo a Cosette, entraron en el comedor, y se fueron colocando en torno a la mesa, según el orden previsto.

Dos grandes sillones, figuraban a derecha y a izquierda de la novia, el primero para el señor Gillenormand, el segundo para Jean Valjean. El señor Gillenormand se sentó. El otro sillón permaneció vacío.

Buscaron con la mirada al «señor Fauchelevent».

No estaba ya allí.

El señor Gillenormand interpeló a Basque.

—¿Sabes dónde está el señor Fauchelevent?

—Señor —respondió Basque—, precisamente el señor Fauchelevent me ha rogado que dijera al señor que sufría un poco a causa de su mano enferma, y que no podría comer con el señor barón y la señora baronesa. Que rogaba que le dispensasen. Que vendría mañana por la mañana. Acaba de salir.

Aquel sillón vacío enfrió por un momento la efusión del banquete de bodas. Pero, aunque el señor Faucheleven estaba ausente, allí estaba el señor Gillenormand, y el abuelo estaba radiante por los dos. Afirmó que el señor Fauchelevent hacía bien acostándose temprano, si sufría, y que no valía la pena afligirse. Esta declaración bastó. Además, ¿qué es un ángulo oscuro, en medio de una irradiación tal de alegría? Cosette y Marius se hallaban en uno de estos momentos egoístas y benditos, en los que no se posee otra facultad que la de percibir la felicidad. Y, además, el señor Gillenormand tuvo una idea:

—¡Pardiez! Este sillón está vacío. Ven, Marius, siéntate en él. Tu tía, aunque tenga derecho a tenerte a su lado, te lo permitirá. Este sillón es para tí. Es legal y gentil. Fortunato al lado de Fortunata.

Aplausos alrededor de la mesa, Marius ocupó al lado de Cosette el lugar de Jean Valjean; y las cosas se arreglaron de tal forma, que Cosette, al principio triste por la ausencia de Jean Valjean, acabó por estar contenta. Desde el momento en que Marius era su suplente, Cosette no hubiera sentido nostalgia ni del mismo Dios. Puso su lindo pie, calzado de raso blanco, sobre el pie de Marius.

Una vez ocupado el sillón, el señor Fauchelevent se perdió en el olvido; y nada faltó. A los cinco minutos, la mesa entera reía de un extremo a otro con todo el verbo del olvido.

A los postres, el señor Gillenormand se puso en pie, con una copa de champaña en las manos, medio llena para que el temblor de sus noventa y dos años no la hiciese desbordar, y brindó por los novios:

—No os libraréis de dos sermones —afirmó—. Por la mañana habéis oído el del cura, por la noche, tendréis el del abuelo. Escuchadme: Voy a daros un consejo: ado-

raos. Yo no me ando con rodeos, sino que iré directo al grano: ¡sed dichosos! No hay en la creación otros sabios que las tórtolas. Los filósofos dicen: Moderad vuestras alegrías. Y yo digo: Soltad la rienda a vuestra alegría. Prendaos el uno del otro como diablos. Los filósofos desbarran. Quisiera hacerles tragar su filosofía... ¿Acaso en la vida pueden sobrar los perfumes, los pétalos de rosa entreabiertos, los ruiseñores cantando, las hojas verdes y la aurora? ¿Es que es posible amarse demasiado? ¿Es que no es bueno agradarse mutuamente demasiado? ¡Cuidado, Estelle, eres demasiado linda! ¡Cuidado, Nemorín[1], que eres demasiado hermoso! Modera la alegría, ¡que disparate! ¡Abajo los filósofos! La sabiduría consiste en divertirse. Divirtámonos, divirtámonos. ¿Somos felices porque somos buenos, o somos buenos porque somos felices? ¿El Sancy se llama así porque perteneció a Harlay de Sancy[2], o porque pesa quinientos quilates? No lo sé; la vida está llena de esta clase de problemas; lo importante es poseer el Sancy, y la felicidad. Seamos felices sin meternos en cuestiones. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué es el sol? Es el amor. Quien dice amor, dice mujer. ¡Ah! ¡Ah! La mujer es omnipotente. Preguntad a este demagogo de Marius si no es el esclavo de esta pequeña tirana de Cosette. ¡Y de buen grado, el pícaro! ¡La mujer! No hay ningún Robespierre capaz de resistirle. La mujer reina. Hoy ya sólo soy realista de esta clase de realeza. ¿Qué es Adán? El reino de Eva. No hay 89 para Eva. Había el cetro real coronado por una flor de lis, había el cetro imperial, coronado de un globo, había el cetro de hierro de Carlo-

[1] Nemorín, amante de Estelle en la novela de Florian: *Estelle*.

[2] Harlay de Sancy, compró el famoso diamante en 1580, al rey de Portugal. Desde finales del siglo XVII, hasta 1835, formó parte de las joyas de la corona de Francia.

magno, había el cetro de Luis el Grande, en oro; la revolución los hizo pedazos, como si fuesen de paja; todo se acabó, todo rodó por el suelo, ya no hay cetros. ¡Pero haced revoluciones contra este pañolito bordado que huele a pachulí! ¡Ahí quisiera veros! Intentadlo. ¿Por qué es sólido? Porque es un pedazo de trapo. ¡Ah! ¡Sois el siglo XIX! ¿Y qué? ¡Nosotros éramos el XVIII! Y éramos tan imbéciles como vosotros. No imaginéis que habéis cambiado mucho al universo, porque vuestro matagentes se llame cólera morbo, y porque vuestro baile se llame la cachucha. En el fondo, siempre habrá que amar a las mujeres. Os desafío a que salgáis de esto. Estas diablesas son nuestros ángeles.

»Sí, el amor, la mujer, el beso, es un círculo del que os desafío a salir; en cuanto a mí, ya quisiera yo volver a entrar en él. ¿Cuál de vosotros ha visto alzarse en el infinito, apaciguándolo todo a sus pies, contemplando las olas como una mujer, la estrella de Venus, la gran coqueta del abismo, la Celimenea del océano? ¡El océano! ¡Terrible Alcestes! Pues bien, en vano se alborota. Venus aparece y tiene que sonreír. Esta bestia bruta se somete. Todos somos así. Cólera, tempestad, rayos, espuma hasta el techo. Una mujer entra en escena, brilla una estrella en el horizonte; ¡todos se postran! Marius combatía hace seis meses; y hoy se casa. Bien hecho. Sí, Marius, sí, Cosette, tenéis razón. Existid el uno para el ctro, acariciaos, hacednos reventar de rabia por no poder hacer lo mismo, idolatraos. Tomad en vuestros picos todas las briznas de felicidad que hay sobre la tierra, y preparad con ellos un nido para toda la vida. ¡Pardiez!, amar, ser amado, ¡qué hermoso milagro cuando se es joven! No os figuréis que esto lo habéis inventado vosotros. También yo he soñado, he meditado, he suspirado; y también yo he tenido un alma inundada de luz. El amor es un niño de seis mil años. El amor tiene derecho a una

larga barba blanca. Matusalén es un niño, al lado de Cupido. Desde hace dieciséis siglos, el hombre y la mujer salen del paso amándose. El diablo, que es maligno, se ha puesto a odiar al hombre; el hombre, que es aún más maligno se ha puesto a amar a la mujer. De esta manera se ha procurado un bien mayor que el mal que le ha proporcionado el diablo. Este amor, se ha encontrado ya en el paraíso terrenal. Amigos míos, la invención es vieja, pero conserva toda su novedad. Aprovechaos. Sed Dafnis y Cloe, mientras llega el momento de que seáis Filemón y Baucis. Haced de manera que cuando estéis el uno con el otro, no os falte nada más, y que Cosette sea el sol para Marius, y Marius el universo para Cosette. Cosette, que el buen tiempo sea la sonrisa de vuestro marido; Marius, que la lluvia sean las lágrimas de tu mujer. Y que no llueva jamás en vuestro hogar. Habéis robado a la lotería el buen número, el amor en el sacramento; tenéis el premio gordo, guardadlo bien, bajo llave, no lo desperdiciéis, adoraos, y no os preocupéis de lo demás. Creed en lo que os digo. Lo dice el buen juicio. Y el buen juicio no puede mentir. Sed una religión el uno para el otro. Cada uno tiene su manera de adorar a Dios. ¡Pardiez! La mejor manera de amar a Dios es amar a la esposa. ¡Te amo!, éste es mi catecismo. Quien ama es ortodoxo. El juramento de Enrique IV, pone la santidad entre la francachela y la embriaguez. La mujer no se menciona. Esto me scrprende, por parte del juramento de Enrique IV. Amigos míos, ¡viva la mujer!, soy viejo según dicen; es sorprendente de qué modo me siento convertir en joven. Quisiera ir a oír las zampoñas en los bosques. Me casaría de buena gana si alguien quisiera. Es imposible imaginar que Dios nos haya hecho para otra cosa que no sea esto: idolatrar, arrullar, galantear, ser palomo, ser gallo, picotear a la amada desde la mañana hasta la noche, mirarse en

su mujercita, estar orgulloso y triunfal; éste es el objeto de la vida. Esto es lo que pensábamos nosotros, y no os moleste, en los tiempos en que éramos jóvenes. ¡Ah!, ¡qué preciosas mujeres había en aquella época!, ¡qué palmitos!, ¡qué pimpollitos! Ea pues, amaos. Si los jóvenes no se amasen, no sé de qué serviría la primavera; por mi parte, rogaría a Dios que encerrase todas las maravillas que nos muestra, que nos privase de verlas, que devolviese a su caja de flores, los pájaros y las muchachas bonitas. Hijos míos, recibid la bendición de este anciano.

La velada fue alegre y amable. El soberano buen humor del abuelo, dio el tono a la fiesta, y todos trataron de corresponder a aquella cordialidad casi centenaria. Bailaron un poco, y rieron mucho; fue una boda a la antigua. Hubieran podido evitar al buen hombre Jadis[1]. Por lo demás, estaba allí, en la persona del abuelo Gillenormand.

Hubo tumulto, y luego silencio.

Los recién casados desaparecieron.

Un minuto más tarde, la casa Gillenormand se convertía en un templo.

Aquí nos detenemos. En el umbral de la noche de bodas, hay un ángel de pie, sonriendo, con un dedo sobre los labios.

El alma cae en la contemplación, ante este santuario donde se celebra la fiesta del amor.

Debe haber resplandores encima de estas casas. La alegría que contienen, debe escaparse a través de las piedras de las paredes, en forma de claridad, e irradiar vagamente en las tinieblas.

Es imposible que esta fiesta sagrada y fatal, no envíe un reflejo celeste al infinito. El amor es el crisol sublime

[1] Héroe de una novela de Murger, de la que fue extraída una comedia, representada por la Comédie-Française, en 1882.

en el que se funde el hombre y la mujer; de él sale el ser uno, el ser triple, el ser final, la trinidad humana. Este nacimiento de dos almas en una, debe causar una emoción a la sombra. El amante es sacerdote; la virgen arrebatada, se asusta. Una parte de esta alegría, va a Dios. Allí donde hay realmente casamiento, es decir, donde hay amor, el ideal se une. Un lecho nupcial forma en las tinieblas un rincón de aurora. Si fuera dado a la pupila de carne, percibir las visiones terribles y encantadoras de la vida superior, es probable que viera las formas de la noche, los desconocidos alados, los viajeros azules del invisible, inclinándose satisfechos sobre la casa luminosa, mostrándose unos a otros a la virginal esposa dulcemente atemorizada, y reflejado en sus rostros divinos, la felicidad humana. Si en esta hora suprema, los esposos deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirían en su habitación un confuso batir de alas. La felicidad perfecta implica la solidaridad de los ángeles. Esta pequeña alcoba oscura, tiene el cielo por techo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se acercan para crear, es imposible que no responda a este beso inefable, un dulce estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas felicidades son las verdaderas. No hay otra alegría fuera de estas alegrías. El amor, éste es el único éxtasis. Todo lo demás llora.

Amar o haber amado, esto basta. No pidáis nada luego. No es posible encontrar otra perla en los pliegues tenebrosos de la vida. Amar es una consumación.

III

La inseparable

¿Qué había sido de Jean Valjean?

Inmediatamente después de haber reído, cediendo a la gentil invitación de Cosette, y aprovechando un momento en que nadie le prestaba atención, Jean Valjean se había levantado, y sin ser visto, ganó la antecámara. Era la misma sala en que ocho meses antes, había entrado negro de barro, de sangre y de pólvora, llevando el nieto a casa del abuelo. Los antiguos palazones estaban adornados con guirnaldas de hojas y de flores; los músicos estaban sentados en el diván sobre el que habían colocado a Marius. Basque, vestido de negro, con calzón corto, medias y guantes blancos, disponía coronas de rosas alrededor de cada uno de los platos que iban a servir. Jean Valjean le había mostrado su brazo en cabestrillo, lo había encargado de explicar su ausencia, y había salido.

Las ventanas del comedor, daban a la calle. Jean Valjean permaneció en pie algunos minutos, inmóvil en

la oscuridad bajo aquellas ventanas radiantes. Escuchaba. El rumor confuso del banquete llegaba a sus oídos. Oía la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y vasos, las carcajadas, y en medio de aquel rumor alegre, distinguía la dulce voz de Cosette.

Dejó la calle Filles-du-Calvaire, y regresó a la calle de l'Homme-Armé.

Tomó por la calle Saint-Louis, la calle Culture Sainte-Catherine, y los Blancs-Manteaux; era un itinerario un poco largo, pero era el camino que tomaba, desde hacía tres meses, para ir todos los días desde la calle de l'Homme-Armé, a la calle Filles-du-Calvaire con Cosette, evitando los escombros y el lodo de la calle Vieille-du-Temple.

Este camino, por el que Cosette había pasado, excluía para él cualquier otro itinerario.

Jean Valjean entró en su casa. Encendió la vela y subió. El apartamiento estaba vacío. Hasta faltaba Toussaint. El paso de Jean Valjean, hacía en las habitaciones más ruido que de costumbre. Todos los armarios estaban abiertos. Penetró en la habitación de Cosette. No había sábanas en la cama. La almohada de cutí, sin funda y sin puntillas, estaba colocada sobre los cobertores doblados al pie del colchón, que mostraban su tela, y en el que nadie volvería a acostarse. Todos los pequeños objetos femeninos, que apreciaba Cosette, habían sido llevados; no quedaban más que los grandes muebles, y las cuatro paredes. La cama de Toussaint estaba también deshecha. Un sólo lecho estaba preparado, y parecía esperar a alguien; era el de Jean Valjean.

Jean Valjean contempló las paredes, cerró algunas puertas de armarios, y se paseó de una a otra habitación.

Luego se encontró en la suya, y dejó la vela sobre una mesa.

Había sacado su brazo del pañuelo, y se servía de la mano derecha como si no lo hiciese sufrir.

Se acercó a su cama, y sus ojos se detuvieron, no sabemos si por casualidad o intencionadamente, sobre «la inseparable», de la que Cosette había sentido celos, sobre la pequeña maleta de la que no se separaba jamás. El 4 de junio, al llegar a la calle de l'Homme-Armé, la había colocado en su velador, junto a su cabecera. Se aproximó al velador con una especie de vivacidad, buscó una llave en su bolsillo, y abrió la maleta.

Sacó de ella lentamente, los vestidos con los cuales, diez años antes, Cosette había abandonado Montfermeil; primero el pequeño vestido negro, luego el chal negro, luego los zapatones de niña que Cosette se los podría casi poner ahora; tan pequeño tenía el pie, luego el justillo de bobmasi, las enaguas de punto, luego el delantal de bolsillos, y luego las medias de lana. Estas medias en las que estaban aún graciosamente marcada la forma de una piernecita, no eran mucho más largas que la mano de Jean Valjean. Todo aquello era de color negro. Era él quien le había llevado aquellos vestidos a Montfermeil. A medida que los sacaba de la maleta, los iba dejando sobre la cama. Pensaba. Recordaba. Era en invierno, un frío mes de diciembre, y ella tiritaba medio desnuda por los harapos, y sus pobres piececitos estaban enrojecidos dentro de los zuecos. Él, Jean Valjean, le había hecho quitar aquellos harapos para ponerle vestidos de luto. La madre debió alegrarse en la tumba, al ver a su hija de luto por ella, y sobre todo, por ver que iba vestida y abrigada. Pensaba en el bosque de Montfermeil; Cosette y él lo habían atravesado juntos; pensaba en el tiempo que hacía, en los árboles sin hojas, en las ramas sin pájaros, en el cielo sin sol; así y todo había sido encantador. Ordenó las pequeñas prendas sobre la cama, el chal al lado de la

saya, las medias al lado de los zapatos, el justillo al lado del vestido, y las contempló una tras otra. No era más alta que esto; tenía su muñeca en los brazos, había guardado su luis de oro en el bolsillo de este delantal, reía, andaban los dos cogidos de la mano; no lo tenía más que a él en el mundo.

Entonces su venerable cabeza blanca cayó sobre la cama, aquel viejo corazón estoico se rompió, su faz se abismó por decirlo así sobre los vestidos de Cosette, y si alguien hubiese andado por la escalera, hubiera oído unos sollozos terribles.

IV

Inmortale jecur [1]

La antigua lucha formidable, de la que hemos visto ya varias fases, empezó de nuevo.

Jacob no luchó con el ángel más que una noche. ¡Ay, cuántas veces hemos visto a Jean Valjean luchando cuerpo a cuerpo en las tinieblas con su conciencia, y luchando también contra ella!

¡Lucha inaudita! En ciertos momentos, el pie se desliza; en ciertos instantes, el suelo se hunde. ¡Cuántas veces la conciencia, precipitándole al bien, lo había comprimido y abrumado! ¡Cuántas veces la verdad inexorable, le había puesto la rodilla sobre el pecho! ¡Cuántas veces derribado por la luz, había implorado de ella el perdón! ¡Cuántas veces esta luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, lo había deslumbrado por la fuerza, cuando él deseaba estar ciego! ¡Cuántas veces

1 «Hígado inmortal». Principio de un verso de Virgilio (*Eneida*), en un pasaje en que el poeta evoca el suplicio de Tytes, condenado a los infiernos, y a que le fuera comido el hígado, sin cesar, por un «monstruoso halcón».

Recordemos que para los antiguos, el hígado, como el corazón ahora, era la sede de las pasiones. Puede traducirse pues, por: «Corazón inmortal».

se había vuelto a levantar en el combate, asiéndose a la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, ya señor, ya esclavo de esta conciencia! ¡Cuántas veces después de un equívoco, después de un razonamiento traidor del egoísmo, había oído a su conciencia irritada gritándole al oído: «¡Zancadilla! ¡Miserable!» ¡Cuántas veces su pensamiento refractario se había agitado convulsivamente bajo la evidencia del deber! Resistencia a Dios. Sudores fúnebres. ¡Qué de heridas secretas que él solo sentía sangrar! ¡Qué de llagas en su lamentable existencia! ¡Cuántas veces se había erguido sangriento, magullado, destrozado, iluminado, con la desesperación en el corazón y la serenidad en el alma!, e incluso vencido, se sentía vencedor. Y después de haberle dislocado, atenazado y roto, su conciencia, de pie por encima de él, temible, luminosa y tranquila, le decía: «¡Ahora ve en paz!»

Pero al salir de una lucha tan sombría, ¡ay!, qué paz tan lúgubre.

Aquella noche, sin embargo, Jean Valjean sintió que libraba su postrer combate.

Presentábase una cuestión dolorosa.

Las predestinaciones no van siempre derechas; no se desarrollan en línea recta ante el predestinado; tienen callejones sin salida, travesías oscuras, encrucijadas inquietantes ofreciendo varios caminos. Jean Valjean se había detenido en la más peligrosa de aquellas encrucijadas.

Había llegado al supremo cruce del bien y del mal. Tenía esta tenebrosa intersección ante los ojos. Una vez más, como le había sucedido ya en otras peripecias dolorosas, dos caminos se abrían ante él; uno tentador, y el otro aterrador. ¿Cuál de los dos tomar?

Lo que lo asustaba estaba aconsejado por el misterioso dedo indicador que todos descubrimos cada vez que fijamos nuestros ojos en la sombra.

Jean Valjean tenía que escoger, una vez más, entre el puerto terrible, y la emboscada sonriente.

¿Era, pues, cierto?, el alma puede curar; la suerte no. ¡Qué cosa tan terrible, un destino incurable!

Ésta era la cuestión que se le presentaba:

¿De qué modo iba a comportarse Jean Valjean, ante la dicha de Cosette y Marius? Era él quien la había querido, él quien la había hecho, y él mismo se la había clavado en las entrañas; y en este momento, contemplándola, podría tener la satisfacción que tendría un armero al reconocer su marca de fábrica en un cuchillo, retirándolo humeante del pecho.

Cosette tenía a Marius, y Marius poseía a Cosette. Lo tenían todo, incluso la riqueza. Era su obra.

Pero, ¿qué iba a hacer Jean Valjean de esta felicidad, ahora que ya existía? ¿La trataría como si le perteneciese? Sin duda Cosette era de otro; pero él, Jean Valjean, ¿retendría a Cosette todo lo que le era posible retenerla? ¿Seguiría siendo la especie de padre vislumbrado, pero respetado, que había sido hasta entonces? ¿Se introduciría tranquilamente en la casa de Cosette? ¿Aportaría, sin decir palabra, su pasado a este porvenir? ¿Se presentaría allí como si tuviera derecho, e iría a sentarse, velado, en aquel luminoso hogar? ¿Tomaría sonriendo, las manos de aquellos inocentes, en sus manos trágicas? ¿Pondría a calentar sus pies, en la apacible chimenea del salón Gillenormand, aquellos pies que arrastraban tras de sí la infamante sombra de la ley? ¿Entraría a participar de la suerte de Cosette y Marius? ¿Esperaría la oscuridad sobre su frente y la nube sobre la de ellos? ¿Intercalaría su catástrofe entre aquellas dos felicidades? ¿Continuaría callando? En una palabra: ¿sería, al lado de estos dos seres felices, el siniestro mudo del destino?

Es preciso estar habituado a la fatalidad y a sus golpes, para atreverse a alzar los ojos cuando ciertas cuestiones se nos aparecen en su deznudez horrible. El bien y el mal están detrás de este severo punto de interrogación. ¿Qué vas a hacer?, pregunta la esfinge.

Jean Valjean estaba acostumbrado a la prueba. Miró fijamente a la esfinge.

Examinó el implacable problema por todos lados.

Cosette, aquella existencia encantadora, era la tabla de salvación de aquel náufrago. ¿Qué iba a hacer? ¿Agarrarse a ella, o soltarla?

Si se sujetaba, salía del desastre, volvía al sol, dejaba gotear de sus vestidos y de sus cabellos, el agua amarga, estaba salvado, vivía.

¿Iba a soltarla?

Entonces vendría el abismo.

Así celebraba dolorosamente consejo con su pensamiento. O mejor dicho, luchaba; combatía furioso dentro de sí mismo, tan pronto contra su voluntad, como contra su convicción.

Fue una suerte para Jean Valjean, haber podido llorar. Esto tal vez lo iluminó. No obstante, el principio fue horrible. Una tempestad más furiosa que la que en otro tiempo lo había empujado hacia atrás, se desencadenó en él. El pasado se le aparecía con la mirada del presente; comparaba y sollozaba. Una vez abierta la esclusa de las lágrimas, el desesperado lloraba sin cesar.

Se sentía detenido.

¡Ay!, en el pugilato sin tregua, entre nuestro egoísmo y nuestro deber, cuando retrocedemos así paso a paso delante de nuestro ideal inconmutable, extraviados, encarnizados, exasperados por tener que ceder, disputando el terreno, esperando una posible huida, buscando una salida, ¡qué brusca y siniestra resistencia, la del pie de la pared!

¡Sentir la sombra sagrada que opone un obstáculo! ¡Qué obsesión, el invisible inexorable!

Pero con la conciencia nunca se acaba. Adopta el partido que quieras, Bruto; adóptala tú también, Catón. Siendo como es Dios, la conciencia no tiene fondo. Se arroja en este pozo el trabajo de toda la vida, se arroja la fortuna, se arroja la riqueza, se arroja el éxito, se arroja la libertad o la patria, se arroja el bienestar, se arroja el descanso, se arroja la alegría. ¡Es poco aún, es poco aún! ¡Vaciad el vaso! ¡Verted la urna! Es preciso acabar arrojando el corazón.

En la bruma de los viejos infiernos, existe un tonel parecido a este pozo.

¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe? ¿Es que lo inagotable puede tener un derecho? ¿Es que las cadenas sin fin, no están por encima de las fuerzas humanas? ¿Quién vituperaría que Sísifo y Jean Valjean dijeran: «¡Ya basta!»

La obediencia de la materia está limitada por el frotamiento; ¿es que hay un límite a la obediencia del alma? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿es exigible la abnegación perpetua?

El primer paso no es nada, es el segundo el que es difícil. ¿Qué era el asunto Champmathieu, al lado del casamiento de Cosette y lo que éste implicaba? ¿Qué es esto: regresar a presidio, al lado de este otro: entrar en la nada?

¡Oh, primer peldaño, qué oscuro eres! ¡Oh, segundo peldaño, que negro eres!

¿Cómo no volver la cabeza esta vez?

El martirio es una sublimación, sublimación corrosiva. Es una tortura que santifica. Puede consentirse en él al principio; sentarse en el trono de hierro candente, ceñir en el frente la corona de hierro candente, pero queda aún por vestir el manto de llamas, y, ¿no llega un

momento en que la carne miserable se revuelve, y en el que se abdica del suplicio? Por fin, Jean Valjean entró en la tranquilidad del abatimiento.

Pesó, meditó, consideró las alternativas de luz y de sombra.

Imponer su presidio a aquellos dos niños resplandecientes, o consumar por sí mismo su irremediable anonadamiento. Por un lado el sacrificio de Cosette, por otro, el suyo propio.

¿En qué solución se detuvo? ¿Qué determinación tomó? ¿Cuál fue, en su fuero interno, su respuesta definitiva al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió a abrir? ¿Qué lado de su vida, tomó el partido de cerrar y condenar? Entre todos aquellos abismos insondables que lo rodeaban, ¿cuál fue su elección? ¿Qué extremo aceptó? ¿A cuál de los abismos hizo un movimiento de cabeza?

Su meditación vertiginosa, duró toda la noche.

Permaneció hasta el alba, en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo la enormidad de la suerte, aplastado tal vez, con los puños crispados, los brazos extendidos en ángulo recto como un crucificado desclavado, a quien hubieran arrojado de cara al suelo. Permaneció así doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, helado, sin alzar la cabeza y sin pronunciar una palabra. Estaba inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo y volaba, tan pronto como la hidra, tan pronto como el águila. Al verlo de aquel modo, sin movimiento, hubiérase dicho que era un muerto; de improviso, se estremeció convulsivamente y su boca, pegada a los vestidos de Cosette, los besaba; entonces era señal de que vivía.

¿Quién, puesto que Jean Valjean estaba solo, y no había nadie allí?

El ser que está en las tinieblas.

Libro sétimo

La última gota del cáliz

I

El sétimo círculo y el octavo cielo

Los días que siguen a las noches de bodas, son solitarios. Se respeta el recogimiento de los novios. Y también un poco su sueño retardado. La baraúnda de las visitas y de las felicitaciones, no empieza hasta más tarde. La mañana del 17 de febrero, un poco después de las doce, Basque, con el paño y el plumero bajo el brazo, ocupado en «hacer la antecámara», oyó un ligero golpe en la puerta. No habían llamado, lo cual es lo indicado por la discreción en semejante día. Basque abrió, y vio al señor Fauchelevent. Lo introdujo en el salón, aún revuelto, y que tenía el aspecto de un campo de batalla debido a las alegrías de la víspera.

—¡Diantre, señor! —observó Basque—, nos hemos despertado tarde.

—¿Está levantado vuestro amo? —preguntó Jean Valjean.

—¿Cómo está el brazo del señor? —respondió Basque.

—Mejor. ¿Está levantado vuestro amo?

—¿Cuál? ¿El antiguo o el nuevo?

—El señor Pontmercy.

—¿El señor barón? —dijo Basque enderezándose.

Los criados gustan de servir a los títulos. Recogen algo para sí; tienen lo que un filósofo llamaría las salpicaduras del título, y esto los adula. Marius, sea dicho de paso, republicano militante, según lo había probado, era ahora barón a pesar suyo. Una pequeña revolución se había operado en la familia acerca de aquel título; era ahora el señor Gillenormand quien se interesaba en él, y Marius quien lo despreciaba. Pero el coronel Pontmercy había escrito: «Mi hijo llevará mi título.» Marius obedecía. Y además, Cosette, en quien la mujer empezaba a apuntar, estaba encantada de ser baronesa.

—¿El señor barón? —repitió Basque—. Voy a ver. Voy a decirle que el señor Fauchelevent lo está esperando.

—No. No le digáis que soy yo. Decidle que alguien solicita hablarle particularmente, y no le deis ningún nombre.

—¡Ah! dijo Basque.

—Quiero darle una sorpresa.

—¡Ah! —dijo Basque, respondiéndose a sí mismo su segundo «¡Ah!», como explicación del primero.

Y salió.

Jean Valjean se quedó solo.

El salón, como acabamos de decir, estaba muy desordenado. Parecía que aguzando el oído, hubiérase podido oír aún el vago rumor de la boda. Sobre el parquet había toda clase de flores caídas de las guirnaldas y de los tocados. Las velas, quemadas hasta el candelabro, añadían a los cristales de las arañas, estalactitas de cera. Ni un solo mueble estaba en su lugar. En los rincones, tres o cuatro sillones reunidos, formaban círculo, y parecían sostener una conversación. El conjunto era alegre.

Hay aún una cierta gracia en una fiesta muerta. La alegría había reinado allí. Sobre las sillas en desorden, entre las flores que se marchitan, bajo estas luces apagadas, se han pensado cosas alegres. El sol sucedía a la luz de la araña, y penetraba alegremente en el salón.

Trascurrieron algunos minutos. Jean Valjean seguía inmóvil en el lugar donde lo había dejado Basque. Estaba muy pálido. Sus ojos estaban hundidos y tan enrojecidos a causa del insomnio que casi desaparecían bajo las órbitas. Su frac negro tenía los pliegues fatigados de una vestidura que ha pasado la noche. Los codos estaban blanqueados a causa de la pelusa blanca que se adhiere al paño con el roce del lienzo. Jean Valjean miraba a sus pies la ventana que el sol dibujaba sobre el parquet.

Se oyó un ruido en la puerta y él alzo los ojos.

Marius entró con la cabeza alta, los labios sonrientes, una extraña luz iluminando su rostro, la frente despejada, la mirada triunfante. Tampoco él había dormido.

—¡Es usted, padre! —exclamó al descubrir a Jean Valjean—; ¡este imbécil de Basque, con su aire tan misterioso! Pero venís muy temprano. Sólo son las doce y media. Cosette está durmiendo.

Esta palabra: Padre, dicha al señor Fauchelevent por Marius, significaba: Felicidad suprema. Siempre había existido entre ambos como se sabe, frialdad y embarazo, hilo que debía ser roto o fundido. Marius había llegado a un punto tal de embriaguez, que el hielo se disolvía, y el señor Fauchelevent era para él, como para Cosette, un padre.

Continuó; las palabras le desbordaban, lo cual es propio a estos divinos paroxismos de la alegría:

—¡Qué contento estoy de veros! ¡Si supieseis cuánto os echamos de menos ayer! Buenos días, padre. ¿Cómo va esa mano? Mejor, ¿verdad? —Y satisfecho de la buena respuesta que se daba a sí mismo, prosiguió—: Hemos

hablado los dos mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! No olvidéis que tenéis una habitación para vos aquí. No queremos saber nada más de la calle de l'Homme-Armé. Basta. ¿Cómo pudisteis ir a vivir en una calle como ésta, tan vieja y tan fea, con una barrera, donde hace frío y donde no se puede entrar? Vendréis a instalaros aquí. Y desde hoy mismo. O tendréis que habéroslas con Cosette. Ella se propone llevarnos a todos por la oreja, os lo prevengo. Ya habéis visto vuestra habitación; está junto a la nuestra; da a los jardines; ha sido arreglada la cerradura, la cama está preparada, y no tenéis más que instalaros. Cosette ha puesto al lado de vuestra cama una vieja butaca forrada de terciopelo de Utrecht, a la que ha dicho: «Tiéndele los brazos.» Todas las primaveras, un ruiseñor anida en el macizo de acacias que está delante de vuestras ventanas. Allí lo tendréis dentro de dos meses. Tendréis su nido a la izquierda, y el nuestro a la derecha. Por la noche el ruiseñor cantará y durante el día, Cosette hablará. Vuestra habitación está en pleno mediodía. Cosette colocará allí vuestros libros, vuestro *Viaje* del capitán Cook, y el otro, el de Vancouver, y todos los demás efectos. Creo que hay una pequeña maleta que apreciáis mucho, y he dispuesto un lugar de honor para ella. Habéis conquistado a mi abuelo. Le agradáis mucho. Viviremos juntos. ¿Sabéis jugar al whist? Halagaréis mucho a mi abuelo si sabéis jugar al whist. Vos sacaréis de paseo a Cosette los días que yo vaya al palacio de justicia, y le daréis el brazo como hacíais en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos decididos a ser felices. Y vos formaréis parte de nuestra felicidad, ¿oís, padre? Ah, ¿supongo que hoy comeréis con nosotros?

—Señor —dijo Jean Valjean—. Tengo algo que deciros. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles, puede estar igual fuera del alcance del espíritu que del oído.

Estas palabras: «Soy un antiguo presidiario», saliendo de la boca del señor Fauchelevent, y entrando en el oído de Marius, iban más allá de lo posible. Marius no oyó. Le pareció que acababan de decirle algo; pero no supo qué. Permaneció con la boca abierta.

Se dio cuenta entonces de que el hombre que le hablaba estaba espantoso. En su feliz deslumbramiento, no había notado hasta entonces aquella palidez terrible.

Jean Valjean desató la corbata negra que le sostenía el brazo derecho, deshizo la venda que le cubría la mano, descubrió su dedo pulgar, y lo mostró a Marius.

—No tengo nada en la mano —dijo.

Marius miró el dedo.

—No he tenido nunca nada —prosiguió Jean Valjean.

En efecto, no había ninguna señal de herida.

Jean Valjean prosiguió:

—Convenía que estuviese ausente de vuestro casamiento. Me he ausentado lo más que he podido. He fingido esta herida para evitar una falsedad, para no introducir nulidad en los actos del matrimonio, para estar dispensado de firmar.

Marius tartamudeó:

—¿Qué quiere decir todo esto?

—Esto quiere decir —respondió Jean Valjean—, que he estado en las galeras.

—¡Vais a volverme loco! —exclamó Marius aterrado.

—Señor Pontmercy —dijo Jean Valjean—, he estado diecinueve años en presidio por robo. Luego he sido condenado a perpetuidad. Por robo. Como reincidente. A estas horas soy prófugo.

Marius no pudo menos que retroceder ante la realidad, imposible negar los hechos, resistir a las evidencias, era preciso ceder ante ellas. Empezó a comprender, y como sucede siempre en semejantes casos, comprendió más

aún. Sintió el estremecimiento de un horrible relámpago interior; una idea que lo hizo temblar, le atravesó el pensamiento. Entrevió en el porvenir, para sí mismo, un horrible destino.

—¡Decidlo todo, decidlo todo! —exclamó—. ¡Sois el padre de Cosette!

Dio dos pasos hacia atrás con un movimiento de indecible horror.

Jean Valjean alzó la cabeza con una majestad tal, que pareció crecer hasta llegar al techo.

—Es necesario que me creáis, señor; aunque nuestro juramento no esté hecho en justicia...

Aquí hizo una pausa, y luego, con una especie de autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente y apoyándose en cada sílaba:

—...Me creeréis. ¡Padre de Cosette, yo!, delante de Dios no. Señor barón de Pontmercy, soy un campesino de Faverolles. Ganaba mi pan podando árboles. No me llamo Fauchelevent, me llamo Jean Valjean. No tengo ningún parentesco con Cosette. Tranquilizaos.

Marius balbució:

—¿Y quién me prueba...?

—Yo. Yo, puesto que lo digo.

Marius contempló a aquel hombre. Aparecía lúgubre y tranquilo. Ninguna mentira podía salir de semejante calma. Lo que está frío, es sincero. Se sentía la verdad en aquella frialdad de tumba.

—Os creo —dijo Marius.

Jean Valjean inclinó la cabeza como para consignar acta, y continuó:

—¿Qué soy para Cosette?, un extraño. Hace diez años no sabía que existía. La quiero, es cierto. Cuando uno ya viejo, ha conocido a una niña así, de pequeña, preciso es que la quiera. Cuando se es viejo, uno se siente abuelo de todos los niños. Podéis, al menos me lo parece,

suponer que tengo algo parecido a un corazón. Ella era huérfana. No tenía padre ni madre. Necesitaba de mí. Ésta es la razón por la que empecé a quererla. Son tan débiles los pequeños, que el primer recién llegado, incluso un hombre como yo, puede ser su protector. He cumplido este deber con Cosette. No creo que pueda llamarse a tan poca cosa una buena acción, pero si lo es... pues bien, yo la he hecho. Observad esta circunstancia atenuante. Hoy Cosette deja mi vida, nuestros dos caminos se separan. En adelante no puedo hacer nada más por ella. Es la señora Pontmercy. Su suerte ha cambiado. Y Cosette gana en el cambio. Todo está bien. En cuanto a los seiscientos mil francos, aunque no me habléis de ellos, me anticipo a vuestro pensamiento, son un depósito. ¿Cómo ha llegado a mis manos este depósito? ¿Qué importa? Yo lo devuelvo. Y no tiene nada más que exigirme. Completa la restitución, diciendo mi verdadero nombre. Así me conviene. Deseo que sepáis quién soy.

Y Jean Valjean miró a Marius de frente.

Todo lo que experimentaba Marius era tumultuoso e incoherente. Ciertos golpes de viento del destino, forman esas olas en nuestra alma.

Todos hemos pasado por estos momentos de turbación, en los cuales todo se dispensa en nosotros; decimos lo primero que se nos ocurre, y a veces no es precisamente lo que habría que decir. Existen revelaciones súbitas que no se pueden resistir, y que embriagan como un vino funesto. Marius estaba estupefacto por causa de la nueva situación que se le presentaba, hasta el punto de hablar con aquel hombre como si se tratase de alguien que estuviese impulsado por el odio para hacer aquella confesión.

—Pero en fin —exclamó—, ¿por qué me decís todo esto? ¿Qué os obliga a ello? Podríais guardar el secreto para vos. No os han denunciado, ni sois perseguido.

Debéis tener una razón para hacer esta revelación. Acabad. Aquí hay algo más. ¿Con qué propósito me habéis hecho esta confesión? ¿Por qué motivo?

—¿Por qué motivo? —respondió Jean Valjean, con una voz tan baja y tan sorda, que hubiérase dicho que era para sí mismo para quién hablaba y no para Marius—. ¿Por qué motivo, efectivamente, este presidiario viene a decir: soy un presidiario? Pues bien, sí, el motivo es extraño. Es por honradez. Mi mayor desgracia es, sabedlo, un hilo que tengo en el corazón y que me sujeta muy fuerte. Cuando uno es viejo es cuando estos hilos son más sólidos. Toda la vida se quiebra alrededor; y ellos resisten. Si hubiera podido arrancar este hilo, romperlo, desatar el nudo o cortarlo, irme muy lejos, estaría salvado, y no tendría más que partir; hay diligencias en la calle de Bouloi; tenéis suerte, me voy. He tratado de romper el hilo, he tirado con fuerza y ha resistido, no se ha roto, y me arrancaría el corazón al mismo tiempo si hubiese insistido. Entonces me he dicho: «No puedo vivir lejos. Es preciso que me quede.» Pues bien, sí, pero tenéis razón, soy un imbécil, ¿por qué no quedarme y nada más? Me ofrecéis una habitación en la casa, la señora Pontmercy me quiere, ha dicho a este sillón: «Tiéndele los brazos», vuestro abuelo no pide otra cosa sino mi compañía, habitaremos todos bajo el mismo techo, comidas en común, yo dando el brazo a Cosette. . ., a la señora Pontmercy, perdón, es la costumbre, no tendremos más que un solo techo, una sola mesa, un solo fuego, el mismo rincón de chimenea en el invierno, el mismo paseo en verano, ¡esto es la felicidad!, ¡esto es la dicha!- Viviremos en familia, ¡en familia!

Al pronunciar esta palabra, Jean Valjean tomó un aspecto feroz. Cruzó los brazos, contempló el suelo a sus pies como si quisiera practicar un abismo, y su voz resonó de repente como un trueno:

—¡En familia!, no. Yo no tengo familia. No pertenezco a la vuestra. No pertenezco a la familia de los hombres. En las casas donde se vive en común, yo estoy de más. Hay familias, pero no son para mí. Yo soy el desgraciado; yo estoy fuera. ¿He tenido yo un padre y una madre?, casi lo dudo. El día en que casé a esta niña, todo terminó: la he visto feliz, y que estaba con el hombre que ama, que había un buen anciano, una pareja de ángeles, todas las alegrías en esta casa, y me he dicho a mí mismo: «Tú, no entres.» Podía mentir, es cierto, podía engañar a todos, podía seguir siendo el señor Fauchelevent. Mientras ha sido para bien de ella, he podido mentir; pero ahora sería por mi bien y no puedo, no debo. Bastaba con que callase, es cierto, y todo hubiera seguido igual. ¿Me preguntáis qué es lo que me obliga a hablar?, una cosa graciosa, mi conciencia. Sin embargo, era muy fácil callar. He pasado la noche tratando de convencerme de ello; vos me confesáis, y lo que acabo de deciros es tan extraordinario, que tenéis el derecho; pues bien, sí, he pasado la noche buscando razones, y las he encontrado muy buenas, he hecho lo que he podido, vaya. Pero hay dos cosas que no he podido conseguir: ni romper el hilo que me sujeta el corazón, ni hacer callar a alguien que me habla en voz baja cuando estoy solo. Por esto he venido esta mañana a confesároslo todo. Todo, o casi todo. Hay lo que resulta inútil decir, lo que sólo a mí me concierne; y me lo guardo para mí. Lo esencial lo sabéis ya. Así pues, he tomado mi secreto, y os lo he traído. Y he revelado mi secreto a vuestros ojos. No era una resolución fácil. Me he debatido durante toda la noche. ¡Ah!, ¿creéis que no me he dicho que no se trataba ahora de otro asunto Champmathieu, que el nombre de Fauchelevent me había sido dado por el mismo Fauchelevent, en reconocimiento de un servicio que le presté, y que podía muy bien guardármelo, y que

iba a ser muy feliz en esta habitación que me ofrecéis, que no molestaría a nadie, que me quedaría en mi rincón, y que mientras que vos teníais a Cosette, yo tendría el pensamiento de que vivo en la misma casa que ella? Cada cual tendría su felicidad proporcionada. Con seguir siendo el señor Fauchelevent, todo quedaba arreglado. Sí, todo excepto mi alma. Habría alegría en todas las partes de mi cuerpo, salvo en mi alma. No basta con ser feliz, hay que estar contento. Así, habría seguido siendo el señor Fauchelevent, hubiera ocultado mi verdadero rostro, así, en presencia de vuestra dicha, habría poseído un enigma, de este modo, en medio de vuestra luz, habría poseído tinieblas, y sin gritar el aviso, habría introducido el presidio en vuestro hogar, me habría sentado en vuestra mesa con el pensamiento de que si supierais quién soy, me arrojaríais de vuestro lado, me habría dejado servir por criados, que si hubieran sabido, habrían dicho: «¡Qué horror!» ¡Os habría rozado con mi codo, lo cual tenéis derecho a no desear, y os habría hurtado vuestros apretones de mano! ¡En vuestra casa se hubiera repartido el respeto entre unos cabellos blancos venerables y unos cabellos blancos manchados! ¡En vuestras horas más íntimas, cuando todos los corazones se creerían abiertos hasta el fondo, unos para otros, cuando hubiéramos estado los cuatro juntos, vuestro abuelo, vosotros dos y yo, hubiera estado presente un desconocido! Yo habría estado viviendo al lado de vuestra existencia, y mi único cuidado sería no levantar jamás la tapa de mi pozo terrible. De este modo, yo, un muerto, me habría impuesto a vos, que estáis vivo. Y a ella la habría condenado a mi perpetuidad. Vos, Cosette, y yo, habríamos sido tres cabezas con un gorro verde. ¿Es que no tembláis? Así no soy yo sino el más infeliz de los hombres, y del otro modo, hubiera sido el más monstruoso. Y este crimen, lo hubiera cometido todos los días. Y esta mentira, la habría dicho todos

los días. Y esta faz de noche, la habría tenido sobre mi rostro todos los días. Y mi afrenta la habría compartido con vosotros todos los días, ¡todos los días!, ¡a vosotros, mis queridos, mis inocentes niños! ¿No es nada callar? ¿Es posible guardar silencio? No, no es sencillo. Hay un silencio que miente. Y mi mentira, y mi fraude y mi indignidad y mi cobardía, y mi traición y mi crimen, lo habría bebido gota gota, lo habría escupido, y luego vuelto a beber, habría terminado a medianoche, y empezado de nuevo al mediodía, y mis saludos hubieran mentido, y habría dormido con aquello, y lo habría comido con mi pan, y habría mirado a Cosette de frente, y habría respondido a la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado. ¿Para qué?, para ser feliz. ¡Para ser feliz yo! ¿Y es que tengo yo derecho a ser feliz? Estoy fuera de esta vida, señor.

Jean Valjean se detuvo. Marius escuchaba. Tales encadenamientos de ideas y de angustias no pueden interrumpirse. Jean Valjean bajó la voz de nuevo, pero no era ya la voz sorda, era la voz siniestra:

—¿Me habéis preguntado por qué hablo?, nadie me persigue ni me ha denunciado, decís. ¡Sí! ¡Me han denunciado! ¡Sí! ¡Me persiguen! ¿Quién? Yo mismo. Soy yo quien me he cerrado el paso a mí mismo, y me arrastro a mí mismo y me empujo, y me detengo, y me ejecuto, y cuando uno se detiene a sí mismo, está muy bien sujeto. —Y cogiendo su levita entre las manos, continuó—: Mirad esta mano. ¿No os parece capaz de sujetarme fuertemente por el cuello, sin que haya medio de que lo suelte? ¡Pues bien, se trata de otra mano!, ¡la conciencia! Si se quiere ser feliz, señor, es preciso no comprender nunca el deber; pues cuando se le ha comprendido, es implacable. Se diría que castiga al que le comprende; pero no; recompensa; pues le pone en un infierno, donde se siente al lado de Dios. La paz interior no llega hasta que se des-

garran las entrañas. —Y con un acento doloroso, añadió—: Señor Pontmercy, esto no tiene sentido común; soy un hombre honrado. Al degradarme ante vuestros ojos, me elevo ante los míos. Esto me sucedió ya una vez, pero fue menos doloroso; no era nada. Sí, un hombre honrado. No lo sería, si por mi culpa hubierais seguido estimándome; lo soy ahora que me despreciáis. Yo tengo sobre mí la fatalidad de que, al no poder tener nunca la consideración, a no ser robada, esta consideración me abate y me humilla interiormente, y para que yo me respete, es preciso que me desprecien. Entonces me levanto. Soy un presidiario que obedece a su conciencia. Yo sé bien que esto es muy raro, pero es así. He contraído compromisos conmigo mismo; y los mantengo. Hay encuentros que nos atan, y hay casualidades que nos arrastran a los deberes. Como veis, señor Pontmercy, me han sucedido muchas de estas cosas en mi vida.

Jean Valjean hizo otra pasua, tragó saliva con esfuerzo, como si las palabras tuvieran un regusto amargo, y prosiguió:

—Cuando se lleva sobre sí semejante horror, no se tiene el derecho de compartirlo con los demás, sin que éstos lo sepan, de comunicarles la peste, de hacerles caer en el propio precipicio sin que se den cuenta de ello, de dejar caer su casaca roja sobre ellos, no se tiene el derecho de turbar solapadamente con su miseria la felicidad del prójimo. Acercarse a los que están sanos, y tocarlos en la sombra con la úlcera invisible, es horroroso. Fauchelevent me prestó en vano su nombre, yo no tengo derecho a servirme de él; él ha podido dármelo, y yo no he podido tomarlo. Un nombre es un yo. Ya veis, señor, yo he pensado un poco, he leído un poco aunque sea un campesino; y me doy cuenta de las cosas. Ya veis que me expreso convenientemente. Me he procurado una educación propia. Pues bien, sí, sustraer un nombre y ponér-

selo encima, es deshonroso. Robar las letras del alfabeto, es un delito tan grande como robar una bolsa o un reloj. Ser una firma falsa en carne y hueso, ser una falsa llave viva, entrar en casa de las personas honradas forzando la cerradura, no mirar nunca sino de reojo, encontrarme infame en mi interior, ¡no!, ¡no!, ¡no!, ¡no! Es mejor sufrir, sangrar, llorar, arrancarse la piel con las manos, pasar las noches retorciéndose en las convulsiones de las angustias, roer el vientre y el alma. He aquí por qué vengo a contaros todo esto. De propósito, como decís. —Respiró penosamente, y pronunció esta última frase—: En otro tiempo, para vivir, robé un pan; hoy, para vivir, no quiero robar un nombre.

—¡Para vivir! —interrumpió Marius—. ¿Acaso necesitáis de este nombre para vivir?

—¡Ah!, yo me entiendo —respondió Jean Valjean, alzando e inclinando la cabeza lentamente varias veces seguidas.

Hubo un silencio. Ambos se callaban, cada uno abismado en su precipio de pensamientos. Marius estaba sentado al lado de una mesa, y apoyaba la comisura de sus labios sobre uno de sus dedos doblado. Jean Valjean iba y venía. Se detuvo delante de un espejo, y permaneció sin movimiento. Luego, como si se respondiera a un razonamiento interior, dijo contemplando aquel espejo en el que no se veía:

—¡Mientras que ahora, me siento aliviado!

Se puso de nuevo a andar, y llegó hasta el otro extremo del salón. En el instante de volverse, se dio cuenta de que Marius lo miraba andar. Entonces le dijo con un acento indecible:

—Arrastro un poco la pierna. Ya comprenderéis ahora por qué. —Luego se volvió del todo hacia Marius—. Y ahora, señor, figuraos esto: No os he dicho nada, sigo

siendo el señor Fauchelevent, he ocupado mi lugar en vuestra casa, soy de los vuestros, estoy en mi habitación, acabo de desayunarme, llevo zapatillas, por la noche vamos los tres a un espectáculo, yo acompaño a la señora Pontmercy a las Tullerías y a la plaza Royale, estamos juntos, me créeis vuestro semejante; un buen día estamos juntos, charlamos, reímos, y de repente, oís una voz que grita este nombre: «¡Jean Valjean!», y he aquí que esta mano terrible, la policía, sale de la sombra y me arranca mi máscara bruscamente.

Callóse de nuevo. Marius se había levantado con un estremecimiento. Jean Valjean continuó:

—¿Qué decís a esto?

El silencio de Marius le daba la respuesta.

Jean Valjean continuó:

—Ya veis que tengo razón al no callar. Sed dichosos, vivid en el cielo, sed el ángel de un ángel, y contentaos con esto, y no os inquietéis por el modo con que un pobre condenado ha elegido para abrirse el pecho y cumplir con su deber; tenéis a un hombre miserable ante vos, señor.

Marius atravesó lentamente el salón, y cuando estuvo cerca de Jean Valjean le tendió la mano.

Pero Marius tuvo que coger él la mano que no se le ofrecía. Jean Valjean lo dejó obrar, y a Marius le pareció que estrechaba una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene amigos —dijo Marius—; yo os conseguiré el perdón.

—Es inútil —respondió Jean Valjean—. Se me cree muerto, y esto basta. Los muertos no están sometidos a la vigilancia de la policía. Se les deja pudrirse tranquilamente. La muerte es lo mismo que el perdón.

Y retirando la mano que Marius sujetaba, añadió con una especie de dignidad inexorable:

—Además de que no he de acudir a otro amigo que al cumplimiento de mi deber. No necesito más que un perdón: el de mi conciencia.

En aquel instante, al otro extremo del salón, la puerta se entreabrió suavemente, y apareció la cabeza de Cosette. Sólo se percibía su cándido semblante; estaba admirablemente despeinada, y tenía los párpados hinchados aún por el sueño. Hizo el movimiento de un pajarito que saca la cabeza fuera de su nido, miró primero a su marido, luego a Jean Valjean, y les gritó riendo:

—¡Apostaría a que habláis de política! ¡Qué estupidez! ¡En lugar de estar conmigo!

Era una sonrisa en el fondo de una rosa. Jean Valjean se estremeció.

—¡Cosette...! —balbució Marius. Y se detuvo. Parecían dos culpables.

Cosette, radiante, seguía mirándolos. Había en sus ojos como una emanación del paraíso.

—Os cojo en flagrante delito —dijo Cosette—. Acabo de oír a través de la puerta a mi padre Fauchelevent, que decía: «La conciencia... Cumplir con el deber...» Esto es política. Y yo no quiero. No se debe hablar de política al día siguiente de la boda. No es justo.

—Te equivocas, Cosette —respondió Marius—. Estábamos hablando de negocios. Estamos hablando del mejor medio de colocar tus seiscientos mil francos...

—Si no es más que esto —interrumpió Cosette—, aquí me tenéis. ¿Me admitís?

Y cruzando resueltamente el umbral de la puerta, entró en el salón. Iba vestida con un gran peinador blanco, de mil pliegues, con mangas anchas, y que partiendo del cuello, le caía hasta los pies. En los cielos de oro de los antiguos cuadros góticos, hay ángeles así vestidos.

Se contempló de pies a cabeza en un gran espejo, y luego exclamó en una explosión de éxtasis inefable:

—Érase una vez un rey y una reina. ¡Oh!, ¡qué contenta estoy! —dicho esto, hizo una reverencia a Marius y a Jean Valjean—. Ya veis —continuó—, voy a instalarme cerca de vosotros, en un sillón. Almorzaremos dentro de media hora; hablaréis cuanto queráis, ya sé yo que los hombres tienen que hablar; seré prudente.

Marius le tomó del brazo y le dijo amorosamente:

—Hablamos de negocios.

—A propósito —respondió Cosette—, he abierto mi ventana, y acaba de llegar al jardín una banda de gorriones. ¿Creéis que iba a decir máscaras? No, hoy es miércoles de ceniza; pero no para los pájaros.

—Te digo que estamos hablando de negocios; vamos, mi pequeña Cosette, déjanos un instante. Estamos hablando de cifras. Esto te aburriría.

—¡Qué bonita corbata te has puesto hoy, Marius! Sois muy presumido, monseñor. No, no me aburriré.

—Te aseguro que te aburrirás.

—No, puesto que sois vosotros. No os comprenderé, pero os escucharé. Cuando se oyen las voces que se aman, no se tiene necesidad de comprender las palabras que dicen. Estar juntos, es todo lo que quiero. ¡Me quedo con vosotros!

—¡Mi querida Cosette, es imposible!

—¿Imposible?

—Sí.

—Está bien —respondió Cosette—. Os habría contado las noticias. Por ejemplo, que el abuelo duerme aún, que vuestra tía está en misa, que la chimenea de la habitación de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolette ha hecho venir al deshonillador, que Toussaint y Nicolette ya se han peleado, que Nicolette se burla del tartamudeo de Toussaint. ¡Pues bien, no sabréis nada! ¡Ah!, ¿es imposible? También yo a mi vez gritaré: ¡Es

imposible! ¿Quién perderá? Te lo ruego, mi querido Marius, deja que me quede con vosotros.

—Te juro que es preciso que estemos solos.

—¿Pero es que yo soy alguien?

Jean Valjean no pronunciaba palabra. Cosette se volvió hacia él.

—Lo primero que quiero, padre, es que me deis un abrazo. ¿Qué hacéis ahí sin decir nada, en lugar de tomar mi defensa? ¿Quién me habrá dado un padre así? Ya veis que soy muy desgraciada en mi matrimonio. Mi marido me pega. Vamos, abrazadme inmediatamente.

Jean Valjean se acercó:

Cosette se volvió hacia Marius:

—A vos, esta mueca.

Luego ofreció su frente a Jean Valjean.

Jean Valjean dio un paso hacia ella.

Cosette retrocedió:

—Padre, estáis pálido. ¿Es que os duele el brazo?

—Ya está curado —dijo Jean Valjean.

—¿Es que habéis dormido mal?

—No.

—¿Es que estáis triste?

—No.

—Abrazadme. Si os sentís bien, si habéis dormido bien, y si estáis contento, no os reñiré.

Y de nuevo le ofreció la frente.

Jean Valjean depositó un beso en aquella frente, donde brillaba un celeste reflejo.

—Sonreíd.

Jean Valjean obedeció. Fue la sonrisa de un espectro.

—Y ahora, defendedme contra mi marido.

—Cosette... —dijo Marius.

—Enfadaos, padre. Decidle que es preciso que me quede. Bien podéis hablar delante de mí. Me creéis tonta.

¡Es muy sorprendente lo que decís!, negocios, colocar el dinero en un banco, vaya gran cosa. Los hombres hacen misterios de nada. Quiero quedarme. Estoy muy bonita esta mañana; mírame, Marius.

Y con un movimiento de hombros adorable, y un cierto aire exquisito, contempló a Marius. Hubo como un relámpago entre aquellos dos seres. Poco importaba que hubiera alguien allí.

—¡Te amo! —dijo Marius.

—¡Te adoro! —dijo Cosette.

Y cayeron irresistiblemente uno en brazos de otro.

—Ahora— dijo Cosette, arreglando un pliegue de su peinador, con un aire de triunfo—, me quedo.

—Eso no —respondió Marius en tono de súplica—. Tenemos que terminar cierto asunto.

—¿Aún hoy?

Marius tomó una inflexión de voz grave:

—Te lo aseguro. Cosette. Es imposible.

—¡Ah! Me habláis con ese acento, caballero. Está bien, me voy. Vos, padre, no me habéis apoyado. Señor marido, señor papá, sois unos tiranos. Voy a decírselo al abuelo. Si creéis que volveré a deciros simplezas, os equivocáis. Soy orgullosa. Os espero. Ya veréis lo que vais a aburriros sin mí. Me voy, y hago muy bien.

Y salió.

Dos segundos después, la puerta volvió a abrirse, su fresca y encendida cabeza asomó una vez más entre los dos batientes, y les gritó:

—Estoy furiosa.

La puerta se cerró de nuevo, y todo quedó otra vez en tinieblas.

Fue como un rayo de sol extraviado, que sin sospecharlo, hubiera atravesado bruscamente la noche.

Marius se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada.

—¡Pobre Cosette! —murmuró—. Cuando sepa...

Al oír estas palabras, Jean Valjean se estremeció de pies a cabeza. Fijó en Marius una mirada extraviada.

—¡Cosette! Ah, sí, es verdad, vais a decir todo esto a Cosette. Es justo. Vaya, no había pensado en ello. Se tienen fuerzas para una cosa, y faltan para otra. Os lo suplico, señor, dadme vuestra palabra más sagrada, no le digáis nada. ¿Es que no basta que vos lo sepáis? He podido decirlo yo mismo, sin estar obligado a ello; lo habría dicho al universo, a todo el mundo, no me importaba. Pero ella ignora estas cosas, se asustaría. ¡Un presidiario! Habría que explicárselo, habría que decirle: Es un hombre que ha estado en las galeras. Ella vio pasar un día la cadena. ¡Oh, Dios mío!

Se dejó caer en un sillón, y ocultó el rostro entre las dos manos. No se le oía, pero por el movimiento de sus hombros se veía que estaba llorando. Lágrimas silenciosas; lágrimas terribles.

En el sollozo hay algo de ahogo. Fue presa de un movimiento convulsivo, y se apoyó en el respaldo del sillón como para respirar, dejando los brazos colgando y dejando ver a Marius su faz inundada de lágrimas; Marius le oyó murmurar tan bajo, que su voz parecía venir de una profundidad sin fondo:

—¡Oh, quisiera morir!

—Serenaos —dijo Marius—, guardaré vuestro secreto para mí solo.

Y menos enternecido tal vez de lo que hubiera debido estar, pero obligado desde hacía una hora a familiarizarse con aquella inesperada revelación, viendo gradualmente convertirse al señor Fauchelevent en un forzado, ganado poco a poco por aquella realidad lúgubre, y con-

ducido por la pendiente natural de la situación a comprobar el abismo que acababa de formarse entre aquel hombre y él, Marius añadió:

—Me es imposible deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente me habéis entregado. Es un acto de propiedad. Es justo que recibáis una recompensa. Fijad la suma vos mismo, y os será entregada. No temáis que sea demasiada alta.

—Os lo agradezco, señor —respondió Jean Valjean con dulzura.

Se quedó un momento pensativo, pasando maquinalmente el extremo de su índice sobre la uña del dedo pulgar, y luego alzó la voz:

—Todo ha concluido, o casi. Me queda una última cosa. . .

—¿Cuál?

Jean Valjean experimentó una suprema vacilación, y casi sin voz, casi sin aliento, balbuceó más que dijo:

—Ahora que lo sabéis todo, ¿creéis, señor, vos que sois su dueño, que no debo volver a ver a Cosette?

—Creo que sería lo mejor —respondió fríamente Marius.

—No volveré a verla —murmuró Jean Valjean.

Y se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano sobre el picaporte, el pestillo cedió, la puerta se entreabrió, Jean Valjean la abrió lo suficiente como para poder pasar, permaneció un instante inmóvil, luego volvió a cerrar la puerta y se encaró con Marius.

Ya no estaba pálido, estaba lívido. Ya no había lágrimas en sus ojos, sino una especie de llama trágica. Su voz se había vuelto extrañamente tranquila.

—Si lo permitís, señor; vendré a verla. Os aseguro que lo deseo muchísimo. Si no hubiera deseado ver a

Cosette, no os habría hecho esta confesión, y me habría ido; pero queriendo permanecer en el mismo lugar donde vive Cosette, y continuar viéndola, he creído que tenía que confesároslo todo honradamente. ¿me comprendéis, no es cierto? Es razonable lo que digo. Hace nueve años que no nos separamos. Vivimos primero en aquel caserón del bulevar, luego en el convento, luego cerca del Luxemburgo. Allí la visteis por primera vez. ¿Recordáis su sombrero de felpa azul? Luego vivimos en el barrio de los Inválidos, donde había una reja y un jardín, en la calle Plumet. Yo habitaba en una habitación del traspatio, y desde allí la oía tocar el piano. Ésta ha sido mi vida. No nos separábamos nunca. Y esto ha durado nueve años y algunos meses. Yo era como su padre, y ella era mi hija. No sé si me comprenderéis, señor Pontmercy, pero irme ahora, no volver a verla, no volver a hablar con ella, no tener ya nada, resultaría difícil. Si no os pareciera mal, vendría a ver de vez en cuando a Cosette. No vendría muy a menudo. Diréis que me reciba en la salita de la planta baja. Entraría por la puerta cochera, que es la de los criados, pero esto tal vez los sorprendería. Creo que es mejor que entre por la puerta de todo el mundo. Señor, realmente, yo quisiera ver aún alguna vez a Cosette, tan pocas veces como queráis. Poneos en mi lugar, no tengo más que a ella. Y luego, es preciso ir con cuidado. Si no viniera nunca, haría mal efecto, y lo encontrarían extraño. Por ejemplo, lo que puedo hacer es venir por la tarde, cuando empieza a anochecer.

—Vendréis todas las tardes —dijo Marius—, y Cosette os esperará.

—Sois bueno, señor— dijo Jean Valjean.

Marius saludó a Jean Valjean, la felicidad acompañó hasta la puerta a la desesperación, y aquellos dos hombres se separaron.

II

Las oscuridades que puede contener una revelación

Marius estaba trastornado.

La especie de antipatía que había sentido siempre hacia el hombre a cuyo lado estaba Cosette, estaba ya explicada. Había en aquel personaje un no sé qué de enigmático de que lo advertía su instinto. Este enigma era la peor de las vergüenzas: el presidio. Este señor Fauchelevent, era el presidiario Jean Valjean.

Hallar de improviso semejante secreto, en medio de su dicha, equivalía a descubrir un escorpión en un nido de tórtolas.

¿Estaba la felicidad de Marius y Cosette, condenada en adelante a aquella presencia? ¿Era un hecho consumado? ¿Formaba parte la aceptación del hombre del matrimonio consumado? ¿No había ya nada que hacer?

¿Se había casado Marius, también con el forzado?

Por más que se corone uno de luz y de alegría, por más que se saboree la hora más feliz de la existencia, el

amor feliz, las sacudidas de esta índole obligarían incluso al arcángel en su éxtasis, incluso al semidiós en su gloria, al estremecimiento.

Como sucede siempre con los cambios de situación de esta especie, Marius se preguntaba si no tenía algún reproche que hacerse a sí mismo. ¿Le había faltado el don de la adivinación? ¿Le había faltado la prudencia? ¿Se había aturdido involuntariamente? Un poco, tal vez. ¿Se había comprometido, sin suficientes precauciones como para aclarar las circunstancias, en aquella aventura de amor que había terminado en su casamiento con Cosette? Descubría que es así, mediante una serie de descubrimientos sucesivos que hacemos sobre nosotros mismos, como la vida nos conduce poco a poco a descubrir el lado quimérico y visionario de su naturaleza, especie de nube interior propicia a muchas organizaciones, y que, en los paroxismos de la pasión y el dolor, se dilata, al cambiar la temperatura del alma, e invade al hombre por entero, hasta el punto de hacer de él una conciencia bañada por la bruma. Más de una vez hemos indicado este elemento característico de la individualidad de Marius. Recordaba que en la embriaguez de su amor, en la calle Plumet, durante aquellas seis o siete semanas estáticas, ni siquiera había hablado a Cosette del drama enigmático del caserón Gorbeau, donde la víctima guardó tan extraño silencio, en medio de la lucha, fugándose luego. ¿Cómo fue que no habló de ello a Cosette? ¡Era, no obstante, tan próximo y tan terrible! ¿Cómo era posible que no le hubiera hablado a Cosette de los Thénardier, y particularmente del día en que encontró a Éponine? Casi le costaba explicar su silencio de entonces. Sin embargo, se daba cuenta. Recordaba su aturdimiento. su embriaguez de Cosette, el amor absorbiéndolo todo, aquel arrobamiento mutuo en lo ideal, y tal vez también cómo la cantidad impercep-

tible de razón unida a aquel estado violento, aunque agradable, del alma, un vago y sordo instinto de ocultar y de abolir en su memoria aquella aventura terrible, cuyo contacto temía, en la que le repugnaba representar ningún papel, y de la cual no podía ser narrador ni testigo, sin ser acusador. Por otra parte, aquellas pocas semanas habían pasado como un relámpago; no habían tenido tiempo para nada más que para quererse. En fin, considerado y pesado todo, resultaba que aún en el caso de haber referido la emboscada Gorbeau a Cosette, de haberle nombrado a los Thénardier, fueran las que fuesen las consecuencias, y hasta de haber descubierto que Jean Valjean era un presidiario, ¿hubiera bastado para que Marius cambiase? ¿Para que cambiase Cosette? ¿Hubiera él retrocedido? ¿La hubiera adorado menos? ¿Hubiera desistido de casarse con ella? No. ¿Hubiera cambiado algo todo aquello? No. No tenía, pues, nada que lamentar, nada que reprocharse. Todo estaba bien. Hay un dios para estos beodos a los que llaman enamorados. Ciego, Marius había seguido el mismo camino que hubiera elegido con la vista. El amor le había vendado los ojos para llevarlo, ¿adónde? Al paraíso.

Pero aquel paraíso estaba rodeado en adelante por un resplandor infernal.

A la antigua antipatía de Marius hacia el señor Fauchelevent, convertido en Jean Valjean, se había mezclado ahora el horror.

En aquel horror, digámoslo, había algo de piedad, e incluso una cierta sorpresa.

Aquel ladrón, aquel ladrón reincidente, había restituido un depósito. ¿Y qué depósito? Seiscientos mil francos. Sólo él estaba en el secreto del depósito. Hubiera podido guardarlo todo, y lo había devuelto todo.

Además, él mismo había revelado su situación. Nada lo obligaba a ello. Si se sabía quién era, era por él mismo. En aquella confesión, había más humillación que aceptación, había la aceptación del peligro. Para un condenado, una máscara no es una máscara, es un refugio. Había renunciado a aquel refugio. Un falso nombre, es la seguridad; había rechazado aquel nombre falso. Él, un presidiario, podía ocultarse para siempre entre una familia honrada; había resistido a aquella tentación. ¿Por qué motivo? Por un escrúpulo de conciencia. Lo había explicado él mismo, con el irresistible acento de la verdad. En suma, fuese quién fuese aquel Jean Valjean, era incontestablemente una conciencia que se despertaba. Había en él cierta misteriosa rehabilitación en sus principios, y según todas las apariencias, desde hacía ya tiempo, el escrúpulo era dueño de aquel hombre. Semejantes accesos de lo justo y lo bueno, no son propios a las naturalezas vulgares. El despertar de la conciencia es la grandeza del alma.

Jean Valjean era sincero. Esta sinceridad, visible, palpable, innegable, evidente incluso por el dolor que le causaba, hacía inútiles las informaciones y confería autoridad a todo lo que decía aquel hombre. Inversión extraña de situaciones para Marius. ¿Qué brotaba de él respecto al señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Qué se desprendía de Jean Valjean? La confianza.

En el misterioso balance de aquel individuo que Marius formaba mentalmente, comparaba el activo con el pasivo, y procuraba llegar a obtener un equilibrio entre los dos. Pero todo estaba envuelto en un torbellino. Marius, esforzándose en formarse una idea clara de aquel hombre, y persiguiendo, por decirlo así, a Jean Valjean en el fondo de su pensamiento, lo perdía y lo encontraba envuelto en una bruma fatal.

El depósito devuelto honestamente, la probidad de la confesión, eran actos buenos. Formaban una especie de claro entre las nubes, y luego éstas volvían a ser negras.

Aunque los recuerdos de Marius eran confusos, explicábase ahora algo antes oscuro.

¿Qué significaba la aventura del desván Jondrette? ¿Por qué al llegar la policía, aquel hombre en lugar de querellarse, se había evadido? Ahora, Marius tenía la respuesta. Porque aquel hombre era un perseguido de la justicia, escapado de presidio.

Otra pregunta: ¿Por qué había ido aquel hombre a la barricada? Pues ahora Marius veía claramente aparecer este recuerdo al impulso de sus emociones, como la tinta simpática cuando se acerca al fuego. Aquel hombre estaba en la barricada. No luchaba. ¿Qué había ido a hacer allí? Ante esta pregunta, surgía un espectro que daba la respuesta: Javert. Marius recordaba perfectamente la fúnebre visión de Jean Valjean arrastrando fuera de la barricada a Javert, atado, y oía aún detrás de la esquina de la callejuela Mondétour el terrible disparo. Verosímilmente existía odio entre aquel espía y el presidiario. El uno molestaba al otro. Jean Valjean había ido a la barricada para vengarse. Había llegado tarde. Probablemente sabía que Javert estaba prisionero. La venganza corsa ha penetrado en ciertos bajos fondos, y reina allí; es tan sencilla, que no sorprende a las almas convertidas al bien a medias; y tal es la índole de esta clase de gentes, que un criminal, en vías de arrepentirse, puede tener escrúpulos de robar y no de vengarse. Jean Valjean había matado a Javert. Al menos, esto parecía evidente.

Última pregunta; pero a la que no hallaba respuesta. Marius sentía esta pregunta como una tenaza. ¿Cómo sucedió que la existencia de Jean Valjean había corrido unida tanto tiempo a la de Cosette? ¿Cuál era el som-

brío juego de la providencia que había puesto a aquella niña en contacto con aquel hombre? ¿Se forjan en el cielo cadenas dobles, y Dios se complace en juntar el ángel con el demonio? ¿Pueden ser camaradas un crimen y una inocente, en la misteriosa prisión de las miserias? ¿Pueden, en el desfiladero de los condenados, que se llama el destino humano, pasar tocándose dos frentes, una cándida y la otra formidable, una bañada de blancuras divinas, y otra siempre pálida por el resplandor de un relámpago eterno? ¿Quién había podido determinar aquella unión inexplicable? ¿De qué manera, como consecuencia de qué prodigio, la comunidad de la vida había podido establecerse entre aquella niña celestial, y aquel viejo condenado? ¿Quién había podido unir el cordero al lobo? Y más incomprensible aún: ¿atar el lobo al cordero? Pues el lobo, amaba al cordero, pues el ser fiero adoraba al ser débil, pues, durante nueve años, el ángel no había tenido otro apoyo que el monstruo. La infancia y adolescencia de Cosette, su virginal desarrollo hacia la vida y la luz, habían sido abrigados por aquella abnegación deforme. Aquí las cuestiones se exfoliaban, por decirlo así, en innumerables enigmas, los abismos se abrían al fondo de los abismos, y Marius no podía inclinarse sobre Jean Valjean sin sentir vértigos. ¿Qué era, pues, aquel hombre precipicio?

Los viejos símbolos del *Génesis* son eternos; en la sociedad humana, tal como hoy existe, hasta el día en que una claridad mayor la altere, habrá siempre dos clases de hombres, uno superior y otro subterráneo; el que camina en el bien, es Abel; el que camina en el mal, es Caín. ¿Quién era aquel Caín sensible? ¿Quién era aquel bandido, absorbido religiosamente en la adoración de una virgen, velando por ella, educándola, guardándola, dignificándola, y protegiéndola, él, impuro, carente de pureza? ¿Qué era aquella cloaca, que había venerado a

la inocencia hasta el punto de no dejarle ni una mancha? ¿Quién era aquel Jean Valjean que había educado a Cosette? ¿Quién era aquella figura de tinieblas, cuyo único cuidado había sido preservar de toda sombra y de toda nube, el brillo de un astro?

Éste era el secreto de Jean Valjean; y éste era también el secreto de Dios.

Ante este doble secreto, Marius retrocedía. En cierta manera uno lo tranquilizaba acerca del otro. Dios estaba en aquella aventura, tan visible como Jean Valjean. Dios tiene sus instrumentos. Se sirve de la herramienta que desea. No es responsable ante los hombres. ¿Sabemos nosotros cómo Dios se las arregla? Jean Valjean había forjado a Cosette. Había hecho un poco aquella alma. Esto era indiscutible. Bien, ¿y después? El obrero era horrible, pero la obra era admirable. Dios produce sus milagros como le parece. Había construido a la encantadora Cosette, y se había servido de Jean Valjean le había complacido elegir aquel extraño colaborador. ¿Qué cuentas podemos pedirle? ¿Es la primera vez que el estercolero ayuda a la primavera para hacer la rosa?

Marius se hacía estas respuestas, y se declaraba a sí mismo que eran buenas. Sobre los puntos que acabamos de indicar, no se había atrevido a insistir con Jean Valjean sin confesarse a sí mismo que no se atrevía. Adoraba a Cosette, poseía a Cosette, Cosette era espléndidamente pura. Esto le bastaba. ¿Qué otra aclaración necesitaba? Cosette era una luz. ¿Tiene la luz necesidad de ser aclarada? Lo tenía todo, ¿qué podía desear? ¿Acaso todo no es bastante? Los asuntos personales de Jean Valjean no le concernían. Inclinándose sobre la sombra fatal de aquel hombre, se aferraba a esta declaración solemne del miserable: No soy nada de Cosette. Hace diez años, no sabía siquiera que ella existía.

Jean Valjean era sólo un transeúnte. Lo había dicho él mismo. Pues bien, pasaba. Fuese quien fuese, su papel había terminado. En adelante estaba Marius para hacer las funciones de la providencia cerca de Cosette. Cosette había encontrado en el azul, a su semejante, a su amante, a su esposo, a su celestial compañero. Al remontarse volando a las alturas. Cosette, alada y trasfigurada, dejaba detrás de sí, en tierra, vacía y horrible, a su crisálida: Jean Valjean.

En cualquier círculo de ideas que girase Marius, siempre se reproducía un cierto horror hacia Jean Valjean. Horror sagrado, tal vez, pues tal como acabamos de indicar, sentía un *quid divinum* en aquel hombre. Sin embargo, por más atenuantes que buscase, preciso le era acabar siempre en aquello de: es presidiario; es decir, el ser que no tiene un lugar en la escala social, al estar por debajo del último peldaño. Después del último de los hombres, viene el presidiario. El presidiario ya no es, por decirlo así, el semejante de los seres vivientes. La ley lo ha destituido de toda la cantidad de humanidad que puede quitar a un hombre. Marius, en las cuestiones penales, admitía, aunque demócrata, el sistema inexorable, y tenía acerca de los que la ley hiere, todas las ideas de la ley. No había hecho aún, preciso es decirlo, todos los progresos. No era aún capaz de distinguir entre lo que está escrito por el hombre y lo que está escrito por Dios, entre la ley y el derecho. No había aún examinado y pesado el derecho que se arroga el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. No le irritaba la palabra *vindicta*. Encontraba natural que ciertas infracciones de la ley escrita, fuesen seguidas de penas eternas, y aceptaba, como procedimiento de civilización, la condena social. Lo cual no indicaba que más adelante dejase de avanzar infaliblemente, pues su natu-

raleza era buena, y en el fondo estaba compuesta de un progreso latente.

Con las ideas que entonces profesaba, Jean Valjean se le aparecía deforme y repugnante. Era el réprobo. Era el presidiario. Esta palabra era para él como el sonido de la trompeta del juicio; y después de haber considerado a Jean Valjean durante mucho tiempo, su último gesto fue el de volver la cabeza. *Vade retro*[1].

Marius, preciso es reconocerlo e incluso insistir en ello, aunque interrogase a Jean Valjean hasta el punto de decirle éste: «Me confesáis.» No le había hecho sino dos o tres preguntas decisivas. Y no porque no se le hubiesen ocurrido otras, sino porque le inspiraba miedo. ¿El desván Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe dónde habrían llegado las revelaciones? Jean Valjean no parecía hombre capaz de retroceder, y ¿quién sabe si Marius, después de haberlo empujado, no habría deseado retenerlo? En ciertas conjeturas supremas, ¿no nos ha sucedido a todos, después de haber hecho una pregunta, el taparnos los oídos para no oír la respuesta? Sobre todo, cuando se ama, se tienen estas cobardías. No es prudente llegar hasta el final en las situaciones siniestras, especialmente cuando la parte indisoluble de nuestra propia vida se encuentra fatalmente mezclada en ellas. De las explicaciones desesperadas de Jean Valjean, podría brotar alguna luz horrible, y ¿quién sabe si esta espantosa claridad no se hubiera extendido a Cosette? ¿Quién sabe si no hubiera quedado una especie de resplandor infernal sobre la frente del aquel ángel? La fatalidad tiene estas solidaridades, en las que la misma inocencia se mancha de crimen, por la sombría ley de los reflejos colorantes. Las figuras más puras, pueden

[1] Principio de las palabras de Jesús al demonio que le tentaba: «*Vade retro me, Satana*» («Retírate de mí, Satanás», *San Marcos*, VIII 33.

conservar para siempre la reverberación de una vecindad horrible. Con razón o sin ella, Marius había tenido miedo. Sabía ya demasiado. Trataba más bien de aturdirse que de informarse. Desesperado, llevaba a Cosette en sus brazos, cerrando los ojos para no ver a Jean Valjean.

Aquel hombre era la oscuridad, la oscuridad viva y terrible. ¿Cómo atreverse a buscar el fondo? Es atroz preguntar a la sombra. ¿Quién sabe si va a responder? El alba podría perder para siempre su blancura.

En aquel estado de ánimo, resultaba para Marius una dolorosa perplejidad el pensar que aquel hombre tendría en adelante un contacto, aunque ligero, con Cosette. Reprochábase ahora el de no haber hecho aquellas temibles preguntas, ante las cuales había retrocedido, y de las que hubiera podido salir una decisión implacable y definitiva. Esta debilidad lo había arrastrado a una concesión imprudente. Se había dejado conmover. Suya era la culpa. Hubiera debido, pura y simplemente, alejar de su casa a Jean Valjean. Estaba indignado contra sí mismo, contra la brusquedad de aquel torbellino de emociones que lo habían aturdido, cegado y arrastrado. Estaba descontento de sí mismo.

¿Qué hacer ahora? Las visitas de Jean Valjean le repugnaban profundamente. ¿Qué significaba aquel hombre en su casa? ¿Qué venía a hacer? Aquí se asustaba; no quería profundizar, no quería abismarse,. no quería sondearse a sí mismo. Había hecho una promesa, se había dejado arrastrar a hacer una promesa; Jean Valjean tenía su promesa, y es preciso cumplir la palabra que se da, incluso a un forzado. Sin embargo, su principal deber era hacia Cosette. En suma, le agitaba una repulsión que lo dominaba todo.

Marius revolvía confusamente todo aquel conjunto de ideas en su cerebro, pasando de una a otra, y conmo-

vido por todas. De donde resultaba una agitación profunda. No le fue fácil ocultar aquella turbación a Cosette, pero el amor nos da talento, y Marius lo consiguió.

Por lo demás, hizo, sin objeto aparente, algunas preguntas a Cosette, la cual, cándida como una paloma blanca, y sin sospechar nada; le habló de su infancia, de su juventud, y se convenció cada vez más de que todo lo que un hombre puede poseer de bueno, paternal y respetable, lo había poseído el presidiario para Cosette. Todo lo que Marius había entrevisto y supuesto era real. Aquella ortiga siniestra, había amado y protegido a este lirio.

Libro octavo

El crepúsculo vespertino

I

La habitación de la planta baja

Al día siguiente, al caer la noche, Jean Valjean llamaba a la puerta cochera de la casa Gillenormand. Fue Basque quien lo recibió. Basque se encontraba en el patio como a propósito, y como si recibiera órdenes. Sucede a veces que se dice a un criado: «Esperaréis a fulano.»

Basque, sin esperar que Jean Valjean se le acercara, le dirigió la palabra:

—El señor barón me ha encargado que preguntara al señor si desea subir, o quedarse aquí abajo.

—Quedarme aquí abajo —respondió Jean Valjean.

Basque, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala de la planta baja y dijo:

—Voy a avisar a la señora.

La habitación en la que Jean Valjean se hallaba, era una planta abovedada y húmeda, que a veces servía de bodega, y que daba a la calle, con el suelo de ladrillos rojos, y mal iluminada por una ventana de barrotes de hierro.

Esta habitación no era de las que son molestadas por el plumero y la escoba. El polvo yacía allí tranquilo. La persecución de las arañas no estaba organizada. Una hermosa tela, desplegada ampliamente, muy negra, y adornada con moscas negras, giraba alrededor de uno de los vidrios de la ventana. La habitación, pequeña y de techo bajo, estaba amueblada con un montón de botellas vacías amontonadas en un rincón. La pared revocada de ocre amarillo, se iba descascarillando a toda prisa. Al fondo, había una chimenea de madera pintada de negro. Estaba encendido el fuego, lo cual indicaba que habían contado con que Jean Valjean respondería: «Quedarme aquí abajo.»

Había dos sillones colocados en los dos extremos de la chimenea. Entre los sillones, estaba extendida, a guisa de alfombra, una manta de cama vieja, mostrando más hebra que lana.

La habitación estaba iluminada por el fuego de la chimenea, y la luz crepuscular que entraba a través de la ventana.

Jean Valjean estaba cansado. Desde hacía varios días no comía ni dormía. Se dejó caer en uno de los sillones.

Basque regresó, dejó sobre la chimenea una vela encendida, y se retiró. Jean Valjean, con la cabeza inclinada, y la barbilla sobre el pecho, no vio a Basque ni a la vela.

De repente se levantó como sobresaltado. Cosette estaba detrás de él.

No la había visto entrar, pero había sentido que entraba. Se volvió. La contempló. Estaba adorablemente hermosa. Pero lo que él miraba con aquella profunda mirada, no era la hermosura, era el alma.

—¡Ah! Está bien —exclamó Cosette—. ¡Vaya una idea! Padre, yo sabía que erais extraño, pero no me hubiera figurado que llegaseis a tanto. Marius me ha

dicho que sois vos quien os habéis empeñado en que os reciba aquí.

—Sí, soy yo.

—Esperaba esta respuesta. Está bien. Os prevengo que voy a hacer una escena. Empecemos por el principio. Padre, abrazadme.

Y le presentó la mejilla.

Jean Valjean permaneció inmóvil.

—No os movéis. Lo declaro. Actitud de culpable. Pero no importa, os perdono. Jesucristo dijo: «Presentad la otra mejilla.» Aquí la tenéis.

Y le presentó la otra mejilla.

Jean Valjean no se movió. Parecía que tuviera los pies clavados en el suelo.

—Eso se pone serio —dijo Cosette—. ¿Qué os he hecho yo? Me declaro ofendida. Me debéis una satisfación. Cenaréis con nosotros.

—Ya he cenado.

—No es verdad. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están hechos para reñir a los padres. Vamos. Subid conmigo al salón. Inmediatamente.

—Imposible.

Cosette, al llegar aquí, perdió algún terreno. Cesó de ordenar y pasó a las preguntas:

—Pero, ¿por qué? Y escogéis para verme, la habitación más fea de la casa. Es horrible.

—Sabes...

Jean Valjean se contuvo.

—Sabéis, señora, que soy raro, y tengo mis caprichos.

Cosette dio una palmada.

—¡Señora...! ¡Sabéis...! ¡Cuántas cosas nuevas! ¿Qué quiere decir todo esto?

Jean Valjean la miró con la sonrisa dolorosa a que recurría de vez en cuando.

—Habéis querido ser señora. Lo sois ya.

—Para vos no, padre.

—No me llaméis padre.

—¿Cómo?

—Llamadme señor Jean. Jean, si gustáis.

—¡No soy yo padre, ni soy yo Cosette! ¿Señor Jean? ¿Qué significa esto? ¡Esto es una revolución! ¿Qué ha pasado? Miradme a la cara. ¡No queréis vivir con nosotros! ¡No aceptáis una habitación! ¿Qué os he hecho yo? ¿Qué os he hecho yo? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada.

—Bien, ¿pues entonces?

—Todo sigue lo mismo.

—¿Por qué cambiáis de nombre?

—También vos habéis cambiado el vuestro.

Sonrió una vez más, y añadió:

—Puesto que vos sois la señora Pontmercy, yo puedo muy bien ser el señor Jean.

—No comprendo nada. Todo esto es idiota. Pediré permiso a mi marido para que seáis el señor Jean. Espero que él no lo consentirá. Me causáis mucha pena. Se pueden tener caprichos, pero no causar penas a su Cosette. Esto está mal. No tenéis derecho a ser malo; vos que sois tan bueno.

Jean Valjean no respondió.

Ella le tomó vivamente las manos, y con un movimiento irresistible, levantándolas hacia su rostro, las estrechó contra su cuello, por debajo del mentón, lo que es una profunda señal de cariño.

—¡Oh! —dijo—. ¡Sed bueno!

Y prosiguió:

—Ved lo que yo llamo ser bueno: Ser amable,venir a vivir aquí, seguir dando nuestros paseos, aquí hay pájaros, como en la calle Plumet, vivir con nosotros, dejar este agujero de la calle de l'Homme-Armé, no decirme charadas para que las adivine, ser como todo el mundo, cenar con nosotros, ser mi padre.

Él retiró las manos.

—Ya no necesitáis padre, tenéis un marido.

Cosette se enfadó:

—¡Que ya no necesito padre! ¡Verdaderamente, no sé responder a cosas como éstas, que no tienen sentido común!

—Si Toussaint estuviese aquí —respondió Jean Valjean, como el que busca testigos porque tiene que asirse a todas las ramas—, sería la primera en convenir que es verdad, que siempre he tenido mis rarezas. No hay nada nuevo. Siempre me ha gustado mi negro rincón.

—¡Pero aquí hace frío! Apenas se ve. Es abominable esto de querer ser el señor Jean. No quiero que me tratéis de vos.

—Cuando venía —respondió Jean Valjean—, he visto en la calle Saint-Louis un mueble. En casa de un ebanista. Si fuera una hermosa dama me compraría este mueble. Un tocador a la moda de lo que llamáis palo de rosa, creo. Está incrustado. Tiene un espejo bastante grande, y cajones. Es muy bonito.

—!Uf! ¡Qué ruindad! —replicó Cosette.

Y con una gentileza suprema, apretando los dientes y separando los labios, sopló contra Jean Valjean. Era una gracia imitando a un gato.

—Estoy furiosa —continuó—. Desde ayer me hacéis todos rabiar. No comprendo una palabra. No me defendéis

contra Marius. Marius no me sostiene contra vos. Estoy sola. Preparo una habitación con todo cariño. Si hubiera podido poner en ella a Dios, lo hubiese puesto. Me dejáis desairada. Mi inquilino me hace bancarrota. Encargo a Nicolette una buena cena, y me responde que no se acepta. Y mi padre Fauchelevent quiere que lo llame señor Jean, y que lo reciba en una terrible y vieja cueva enmohecida, cuyas paredes tienen barbas, y donde en vez de cristales hay botellas vacías, y en vez de cortinas telarañas. Sois extraño, consiento en ello, sois así, pero se concede una tregua a los que se casan. Vos no deberíais seguir siendo extraño inmediatamente. Vais, pues, a vivir muy contento en vuestra abominable calle de l'Homme-Armé. ¡Yo estuve muy desesperada en ella! ¿Qué tenéis en contra mía? Me causáis mucha pena.

Y súbitamente seria, contempló fijamente a Jean Valjean y añadió:

—¿Es que os pesa que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra a veces en lo más hondo. Esta pregunta simple para Cosette, era profunda para Jean Valjean. Cosette quería arañar; y destrozaba.

Jean Valjean palideció. Permaneció un instante sin responder, y luego, con un acento indecible, y hablándose a sí mismo, murmuró:

—Tu felicidad era el objeto de mi vida. Ahora, Dios puede firmarme mi salida. Cosette, eres feliz; mi misión ha terminado.

—¡Ah! ¡Me habéis llamado de tú! —exclamó Cosette.

Y le saltó al cuello.

Jean Valjean, perdidamente, la estrechó contra su pecho con extravío. Le pareció casi que la recobraba.

—¡Gracias, padre! —le dijo Cosette.

El abrazo iba a hacerse doloroso para Jean Valjean. Se retiró con dulzura de los brazos de Cosette y cogió su sombrero.

—¿Y bien? —inquirió Cosette.

Jean Valjean, respondió:

—Me retiro, señora; os esperan.

Y desde el umbral de la puerta, añadió:

—Os he tuteado. Decid a vuestro marido que no volverá a suceder. Perdonadme.

Jean Valjean salió, dejando a Cosette atónita con aquel adiós enigmático.

II

Otros pasos hacia atrás

Al día siguiente, a la misma hora, volvió Jean Valjean.

Cosette no le hizo preguntas, no volvió a sorprenderse, no volvió a exclamar que tenía frío, y no volvió a hablar del salón, evitó decir padre y señor Jean. Se dejó tratar de vos. Se dejó llamar señora. Solamente que tenía menos alegría. Hubiera estado triste, si le hubiera sido posible estarlo.

Es probable que había tenido con Marius una de estas conversaciones en las que el hombre amado, dice lo que quiere, no explica nada, y satisface a la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no va más allá de su amor.

La sala baja estaba algo más ordenada. Basque había suprimido las botellas, y Nicolette las arañas.

Los días siguientes, trajeron a Jean Valjean a la misma hora. Vino todos los días, no sintiéndose con fuerzas para tomar las palabras de Marius de otro modo que al

pie de la letra. Marius se las arregló para estar ausente en las horas en que iba Jean Valjean. La casa se acostumbró a la nueva manera de ser del señor Fauchelevent.

Toussaint ayudó a ello:

—El señor ha sido siempre así —repetía.

El abuelo decretó esto:

—Es un extravagante.

Esto bastó. Además, a los noventa años, no son ya posibles las relaciones amistosas; todo es yuxtaposición; un recién llegado es una molestia. No hay sitio para él; todas las costumbres están adoptadas. El señor Gillenormand se alegró de verse libre del señor Fauchelevent, del señor Tranchelevent, y añadió:

—Nada es tan común como estos extravagantes. Hacen toda clase de rarezas. Y sin motivo. El marqués de Canaples era peor. Compró un palacio para vivir en el granero. Son apariencias fantásticas de ciertas gentes.

Nadie adivinó la siniestra realidad. ¿Y quién había de adivinar semejante cosa? Hay pantanos de este tipo en la India; el agua parece extraordinaria, inexplicable, estremeciéndose sin que haya viento, agitada allí donde debería estar tranquila. Se mira su superficie, y no se descubre la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen también un monstruo secreto, un mal que alimentan, un dragón que los roe, una desesperación que habita en su noche. Este hombre se asemeja a los demás, va y viene. Nadie sabe que lleva en sí un terrible dolor parásito de mil dientes, el cual vive en este miserable, y lo deja muerto. No se sabe que este hombre es un abismo. El agua está estancada, pero es profunda. De vez en cuando, se forma en su superficie una especie de conmoción. Se forma una onda misteriosa, luego se desvanece y reaparece. Es poca cosa, y es terrible. Es la respiración de la bestia desconocida.

Algunas costumbres extrañas, como llegar a la hora en que se marchan los demás, ocultarse cuando los demás se muestran, guardar en todas las ocasiones lo que podría llamarse el abrigo color de pared, buscar los paseos solitarios, preferir la calle desierta, no unirse a las conversaciones, evitar las multitudes y las fiestas, vivir brevemente, tener, aunque rico, la llave de su casa en el bolsillo y la vela en la portería, entrar por la puerta falsa, subir por la escalera secreta; todas estas singularidades insignificantes, ondas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, procederá a menudo de un fondo formidable.

Trascurrieron así varias semanas. Una nueva vida se apoderó poco a poco de Cosette, las relaciones que crea el matrimonio, las visitas, el cuidado de la casa, los placeres, estos grandes e importantes asuntos. Los placeres de Cosette no eran costosos; consistían en uno solo: estar con Marius. Salir con él, quedarse con él, era la gran ocupación de su vida. Para ellos era una alegría siempre nueva, salir cogidos del brazo, a la luz del sol, a la vista de todos, en plena calle, sin ocultarse, los dos solos. Cosette experimentó una contrariedad. Tousaint no pudo entenderse con Nicolette, pues era imposible el entendimiento entre dos viejas, y se marchó. El abuelo se encontraba bien, Marius defendía de vez en cuando, algunas causas; la señorita Gillenormand llevaba apaciblemente junto a la nueva familia una vida marginal que le bastaba. Jean Valjean acudía todos los días.

Desaparecido el tuteo; el vos, el señora, el señor Jean, hacían que Cosette lo encontrara distinto. El empeño que él mismo había tomado en apartarla de sí, le salía bien, pues Cosette se mostraba cada vez más alegre y menos cariñosa. Sin embargo, la seguía queriendo mucho, y él lo notaba. Un día le dijo de repente:

—Erais mi padre y no lo sois ya; erais mi tío, y no lo sois ya, erais el señor Fauchelevent, y sois el señor Jean. ¿Quién sois? No me gustan estas cosas. Si no os conociese, os tendría miedo.

Continuaba viviendo en la calle de l'Homme-Armé, y no podía decidirse a alejarse del barrio donde vivía Cosette.

Al principio, permanecía al lado de Cosette sólo algunos minutos, y luego se marchaba.

Poco a poco se fue acostumbrando a alargar sus visitas. Hubiérase dicho que se aprovechaba de la autorización de los días, que también se alargaban; llegaba antes, y se iba más tarde.

Un día se le escapó a Cosette decirle:

—Padre. —Un relámpago de alegría iluminó el viejo rostro sombrío de Jean Valjean.

La reprendió:

—Llamadme Jean.

—¡Ah, es verdad! —respondió Cosette riéndose—. Señor Jean.

—Eso es —replicó. Y se volvió para que ella no lo viera enjugarse los ojos.

III

Se acuerdan del jardín de la calle Plumet

Fue la última vez. A partir de esta última claridad, se hizo la extinción completa. No más familiaridad, no más buenos días con un beso, nunca más esta palabra tan profundamente dulce: «¡Padre mío!» Habiéndolo pedido él mismo y por su propia voluntad, estaba sucesivamente despojado de todas sus felicidades, y su mayor miseria consistía en que después de haber perdido a Cosette por entero en un día, le era preciso perderla detalle por detalle.

La mirada acaba por acostumbrarse a la oscuridad. En suma, la aparición de Cosette todos los días, le bastaba. Toda su vida se concentraba en aquellos momentos. Se sentaba a su lado, la miraba en silencio, o le hablaba de los años pasados, de su infancia, del convento, y de sus amiguitas de entonces.

Una tarde, era uno de los primeros días de abril, ya calurosa, pero aún fresca, el momento en que el sol desplegaba toda su pompa, los jardines que rodeaban las

ventanas de Marius y Cosette tenían la emoción del despertar, despuntaba el majuelo, los alelíes adornaban las viejas paredes, las bocas de lobo rosas sonreían en las hendiduras de las piedras, empezaban a asomar entre las hierbas las belloritas y los ranúculos, las mariposas blancas del año salían a escena, y el viento, este trovador de la eterna bola, ensayaba en los árboles el preludio de la gran sinfonía matinal que se llama primavera.

Marius dijo a Cosette:

—Hemos dicho que iríamos a ver nuestro jardín de la calle Plumet. Vamos, pues. No debemos ser ingratos.

Y volaron como dos golondrinas en busca de la primavera. El jardín de la calle Plumet, les causaba el mismo efecto que el alba. Tenía ya detrás de sí algo que era como la primavera de su amor. La casa de la calle Plumet, pertenecía aún a Cosette por no haber concluido el plazo del alquiler. Fueron a aquel jardín y a aquella casa. Allí se encontraron a sí mismos, y se olvidaron de sí mismos. Por la noche, a la hora de costumbre, Jean Valjean fue a la calle Filles-du-Calvaire.

—La señora ha salido con el señor y no han regresado aún —le dijo Basque.

Se sentó en silencio y esperó una hora.

Cosette no regresó.

Jean Valjean inclinó la cabeza y se marchó.

Cosette estaba tan embriagada con aquel paseo a «su jardín» y tan contenta de haber «vivido un día en el pasado», que al día siguiente no habló de otra cosa. No se dio cuenta siquiera de que no había visto a Jean Valjean.

—¿Cómo fuisteis allí? —preguntó éste.

—A pie.

—¿Y cómo volvisteis?

—En coche.

Desde hacía algún tiempo, Jean Valjean observaba la estrechez con que vivían los jóvenes. Esto le producía

cavilaciones. La economía de Marius era severa, y esta palabra, para Jean Valjean, tenía un sentido absoluto. Aventuró una pregunta:

—¿Por qué no tenéis coche propio? Un bonito cupé no os costaría más de quinientos francos al mes. Sois ricos.

—No lo sé —respondió Cosette.

—Lo mismo ha sucedido con Toussaint —continuó Jean Valjean—. Se ha marchado, y no la habéis remplazado. ¿Por qué?

—Basta con Nicolette.

—Pero precisáis de una doncella.

—¿No tengo a Marius?

—Deberíais tener una casa propia, criados, un coche, palco en la ópera. Nada es demasiado hermoso para vos. ¿Por qué no sacáis provecho de la riqueza? La riqueza aumenta la dicha.

Cosette no respondió.

Las visitas de Jean Valjean no se abreviaban. Antes por el contrario. Cuando es el corazón el que se desliza, nada detiene al hombre en la pendiente.

Cuando Jean Valjean quería prolongar la visita y hacer olvidar la hora, hacía elogios de Marius; lo encontraba hermoso, noble, valiente, inteligente, bueno. Cosette encarecía, y Jean Valjean volvía a empezar. No agotaba el tema. Marius, esta palabra, era inagotable; había volúmenes enteros en estas seis letras. De este modo, Jean Valjean lograba quedarse durante mucho rato. Ver a Cosette, y olvidarlo todo a su lado, ¡le era tan dulce! Era la medicina para su llaga. Sucedió varias veces que Basque fue a decir por dos veces:

—El señor Gillenormand me envía para que recuerde a la señora baronesa que la cena está servida.

Cuando esto sucedía, Jean Valjean volvía a su casa pensativo.

¿Había, pues, algo de verdad en la comparación de la crisálida que se le ocurrió a Marius? Jean Valjean era, en efecto, una crisálida que persistía en ver a su mariposa.

Un día se quedó más tiempo que de costumbre. Al día siguiente observó que no había fuego en la chimenea.

«¡Vaya! —pensó—. No hay fuego. —Y se dio a sí mismo esta explicación—: Es muy sencillo. Estamos en abril. Ya no hace frío.»

—¡Dios mío! ¡Qué frío hace aquí! —exclamó Cosette al entrar.

—¡No! —dijo Jean Valjean.

—¿Sois vos quien ha dicho a Basque que no encendiera el fuego?

—Sí. Estamos casi en mayo.

—Pero el fuego se enciende hasta el mes de junio. En esta cueva es preciso encenderlo todo el año.

—He pensado que el fuego era inútil.

—¡Una más de vuestras rarezas! —dijo Cosette.

Al día siguiente había fuego. Pero los dos sillones estaban colocados al otro extremo de la habitación, cerca de la puerta.

«¿Qué significa esto?», pensó Jean Valjean.

Fue a buscar los sillones, y los volvió a colocar en su lugar de costumbre, al lado de la chimenea.

Se animó un poco al ver de nuevo el fuego encendido. Y prolongó la visita más de lo regular. Cuando se levantaba para irse, Cosette le dijo:

—Mi marido me dijo ayer una cosa extraña.

—¿Y qué os dijo?

—Me dijo: «Cosette, tenemos treinta mil francos de renta. Veintisiete mil tuyos, y tres mil que me ha designado mi abuelo.» Yo le respondí: «En total, treinta.» Él siguió diciendo: «¿Tendrías valor para vivir con sólo

tres mil?» Y yo respondí: «Sí, y con nada también, con tal de que sea contigo.» Y luego le pregunté «¿Por qué me dices esto?» Y me respondió: «Para saberlo.»

Jean Valjean no pronunció una palabra. Cosette esperaba probablemente alguna contestación; pero él la oyó sumido en un triste silencio. Se volvió a la calle de l'Homme-Armé; estaba tan profundamente absorbido que se equivocó de puerta, y entró en la casa vecina. No se dio cuenta hasta que hubo subido dos pisos.

Su mente estaba repleta de conjeturas. Era evidente que Marius tenía sus dudas sobre el origen de aquellos seiscientos mil francos, que temía tuvieran una procedencia no demasiado pura. ¿Quién sabe? Tal vez hubiese descubierto que provenían de él, de Jean Valjean, y le repugnase aceptar una riqueza sospechosa; prefiriendo vivir pobres a disfrutar de una riqueza que suponía mal adquirida.

Además, Jean Valjean empezaba a sentirse vagamente despedido.

Al día siguiente, al penetrar en la sala baja, experimentó como una sacudida. Los sillones habían desaparecido. Ni siquiera había una silla.

—¡Ah! —exclamó Cosette al entrar—. ¡No hay sillones! ¿Dónde están, pues, los sillones?

—Ya no están —respondió Jean Valjean.

—¡Eso pasa de raya!

Jean Valjean tartamudeó:

—Yo he dicho a Basque que se los llevara.

—¿Por qué razón?

—Hoy no me quedo aquí más que unos minutos.

—No es razón para quedarnos en pie.

—Creo que Basque necesitaba los sillones para el salón.

—¿Por qué?

—Sin duda, tendréis gente esta noche.

—A nadie.

Jean Valjean no pudo decir ni una palabra más.

Cosette se encogió de hombros.

—¡Hacer quitar los sillones! ¡El otro día hicisteis apagar el fuego! ¡Qué raro sois!

—Adiós —murmuró Jean Valjean.

No dijo: «Adiós, Cosette.» Pero no tuvo fuerzas para decir: «Adiós, señora.»

Salió abatido.

Esta vez había comprendido.

Al día siguiente no volvió.

Cosette no se dio cuenta hasta la noche.

—Vaya —dijo—, el señor Jean no ha venido hoy.

Sintió como una ligera opresión de corazón, pero apenas se dio cuenta, pues se distrajo enseguida con un beso de Marius.

Al día siguiente tampoco acudió.

Cosette apenas se dio cuenta, pasó la velada, y durmió por la noche como de costumbre; sólo lo pensó al levantarse. ¡Era tan feliz! Envió rápidamente a Nicolette a casa del señor Jean, para saber si estaba enfermo, y por qué no había venido la víspera. Nicolette trajo la respuesta del señor Jean. No estaba enfermo. Estaba ocupado. Volvería pronto. Tan pronto como le fuera posible. Además, iba a realizar un pequeño viaje. La señora debía recordar que tenía por costumbre hacer algún viaje de cuando en cuando. Que no se inquietara. Que no pensara más en él.

Nicolette, al entrar en casa del señor Jean le había repetido las propias palabras de su ama. Que la señora la enviaba para saber si estaba enfermo, y «porque el señor Jean no había ido a visitarla la víspera».

—Hace dos días que no he ido —dijo Jean Valjean con dulzura.

Pero la observación de Jean Valjean no fue comprendida por Nicolette, quien nada dijo a su señora.

IV

La atracción y la extinción

En los últimos meses de la primavera y los primeros meses del verano de 1833, los contados transeúntes del Marais, los tenderos y los ociosos que se paran en las puertas, observaban a un anciano vestido de negro, que todos los días, aproximadamente a la misma hora, al caer la noche, salía de la calle de l'Homme-Armé, por el lado de la calle Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, pasaba delante de los Blancs-Manteaux, ganaba la calle Culture-Sainte Catherine, y al llegar a la calle del Écharpe, doblaba hacia la izquierda y entraba en la calle Saint-Louis.

Andaba a pasos lentos, con la cabeza hacia delante, sin ver nada, sin oír nada, con la mirada inmutablemente fija siempre en el mismo punto, que parecía para él estrellado, y que no era otro que la esquina de la calle, más brillo había en sus ojos, una especie de alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior; tenía cierto aire fascinado y enternecido, sus labios hacían frecuentes movimientos, como si hablase con alguien a quien no veía,

sonreía vagamente, y andaba muy despacio. Hubiérase dicho que aun deseando llegar, temía el momento en que se hallara cerca. Cuando no quedaban más que unas pocas casas entre él y aquella calle que parecía atraerlo, su paso se hacía más lento, hasta el punto que, por instantes, podía creerse que ya no andaba. La vacilación de su cabeza, y la fijeza de su pupila, hacían pensar en la aguja que busca el polo. Por más que se empeñase en retardar la llegada, le era preciso llegar; alcanzaba la calle Filles-du-Calvaire; entonces se detenía, temblaba, adelantaba la cabeza con una especie de sombría timidez, más allá de la esquina de la última casa, y miraba hacia aquella calle; había en aquella mirada algo parecido al deslumbramiento de lo imposible, a la reverberación de un paraíso cerrado. Luego, una lágrima que se había acumulado en el ángulo de sus párpados, bastante pesada ya para caer, resbalaba por su mejilla, y se detenía algunas veces en la boca. El anciano gustaba su amargo sabor. Permanecía así algunos instantes como si hubiese sido de piedra; y luego se volvía por el mismo camino, con el mismo paso, y a medida que se iba alejando, su mirada se apagaba.

Poco a poco, aquel anciano cesó de llegar hasta la esquina de la calle Saint-Louis. Un día se quedó en la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine, y contempló la calle Filles-du-Calvaire desde lejos. Luego movió silenciosamente la cabeza de derecha a izquierda, como si respondiera negativamente a alguna pregunta, y volvió sobre sus pasos.

Pronto no se atrevió a llegar hasta la calle Saint-Louis. Llegaba hasta la calle Pavée, movía la frente, y se volvía; luego, no pasó de la calle Trois-Pavillons, y más tarde los Blancs-Manteaux. Hubiérase dicho que era un péndulo, cuyas oscilaciones se van acortando hasta que, al fin, se paran, por falta de cuerda.

Todos los días salía de su casa a la misma hora, emprendía el mismo trayecto, pero no llegaba hasta el final, y tal vez sin que tuviera conciencia de ello, lo acortaba sin cesar. Todo su rostro expresaba esta idea única: ¿Para qué? La pupila estaba apagada; ya no tenía brillo. También la lágrima estaba agotada; ya no se acumulaba en el ángulo de los párpados; aquella mirada pensativa estaba seca. La cabeza del anciano seguía siempre hacia adelante; la barba se movía a veces, los pliegues de su cuello enflaquecido daban pena. Algunas veces cuando el tiempo era malo, llevaba un paraguas bajo el brazo; pero no lo abría. Las comadres del barrio decían: «Es un inocente.» Los niños lo seguían y se reían.

Libro noveno

Suprema sombra, suprema aurora

I

Piedad para los desgraciados, e indulgencia para los dichosos

¡Qué terrible cosa es la felicidad! En medio de sus goces, en medio de la satisfacción que produce la posesión de este falso objeto de la vida: la felicidad, se olvida el objeto principal, ¡el deber!

Preciso es decir, sin embargo, que se haría mal en acusar a Marius.

Marius, lo hemos explicado ya, antes de su boda no había hecho ninguna pregunta al señor Fauchelevent, y después temía hacer alguna a Jean Valjean. Había lamentado la promesa a que se dejó arrastrar. Se había dicho muchas veces que había hecho mal haciendo aquella concesión a la desesperación. Se había limitado a alejar poco a poco a Jean Valjean de su casa, y a borrarlo cuanto fuera posible de la mente de Cosette. En cierto modo, se colocó entre Cosette y Jean Valjean, seguro de que de este modo la joven no se daría cuenta y cesaría de pensar en él. Más que la extinción era el eclipse.

Marius obraba según lo juzgaba necesario y justo. Creía poseer, para apartar a Jean Valjean, sin dureza, pero sin debilidad, razones serias, algunas de las cuales ya se han visto, y otras aún que se verán más tarde. La casualidad, lo puso en contacto, durante un proceso, con un antiguo empleado de la casa Laffitte, y había adquirido, sin buscarlas, misteriosas noticias, que si bien en verdad, no pudo profundizar, por consideración al secreto que había prometido guardar, y a la peligrosa situación de la persona interesada, le constituían, según su criterio, en el indispensable deber de restituir los seiscientos mil francos a alguien a quien buscaba con la mayor discreción posible. Entretanto, se abstenía de tocar aquel dinero.

En cuanto a Cosette no estaba en ninguno de estos secretos; pero sería duro condenarla también a ella.

Había entre Marius y ella, un poderoso magnetismo, que la hacía ejecutar, como por instinto y casi maquinalmente, lo que Marius deseaba. Sentía, en la parte relativa al «señor Jean», una voluntad de Marius; y se conformaba. Su marido no necesitaba decirle nada; ella sufría la presión vaga, pero clara, de sus tácitas intenciones, y obedecía ciegamente. Su obediencia consistía en este caso, en no recordar lo que Marius olvidaba. No tenía que hacer esfuerzo alguno para ello. Sin que ella misma supiera por qué, y sin que haya por qué acusarla. Su alma se había convertido de tal modo en la de su marido, que lo que se cubría de sombra en el pensamiento de Marius, se oscurecía en el suyc.

Sin embargo, no vayamos demasiado lejos; en lo referente a Jean Valjean, este olvido y esta extinción no eran más que superficiales. Estaba más aturdida que otra cosa. En el fondo quería mucho a aquel a quien había llamado padre durante tanto tiempo. Pero quería aún

más a su marido. Esto era lo que había falseado algo la balanza de aquel corazón, inclinándola de un solo lado.

Si sucedía que Cosette hablaba de Jean Valjean como admirándose, entonces, Marius la tranquilizaba, diciéndole:

—Está ausente; supongo. ¿No avisó que iba a salir de viaje?

«Es cierto —pensaba Cosette—. Tenía siempre la costumbre de desaparecer. Pero nunca por mucho tiempo.»

En dos o tres ocasiones, envió a Nicolette a la calle de l'Homme-Armé, para informarse si el señor Jean había regresado de su viaje. Jean Valjean dio órdenes de que se le contestara que no.

Cosette no preguntó más, pues para ella, en la tierra, no había ahora otra necesidad que Marius.

Digamos aún que a su vez, Marius y Cosette habían estado ausentes. Habían ido a Vernon. Marius había llevado a Cosette a la tumba de su padre.

Marius había apartado poco a poco a Cosette de Jean Valjean. Cosette no había opuesto resistencia.

Por lo demás, lo que se llama con demasiada dureza en ciertos casos, ingratitud de los hijos, no es siempre tan reprochable como se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, ya lo hemos dicho, «mira hacia delante». La naturaleza divide a los seres vivos en seres que vienen y en seres que se van. Los seres que se van, dirigen la vista hacia la sombra, y los seres que vienen, la dirigen hacia la luz. De ahí el desvío, que para los viejos es fatal, y para los jóvenes involuntario. Este desvío, primero insondable, aumenta lentamente como toda separación de ramas. Las ramas, sin despren-

derse del tronco, se alejan. No es culpa suya. La juventud va hacia donde se halla la alegría, a las fiestas, a los parajes luminosos, a los amores; la vejez va hacia el final. No se pierden de vista, pero no existe ya un lazo tan estrecho. Los jóvenes sienten el enfriamiento de la vida; los ancianos el de la tumba. No acusemos a los jóvenes.

II

Últimas palpitaciones de la lámpara sin aceite

Un día, Jean Valjean bajó la escalera, dio tres pasos por la calle, se sentó en un guardacantón, en el mismo en que Gavroche, la noche del 5 al 6 de junio lo había encontrado meditabundo; se detuvo allí unos cortos minutos, y luego volvió a subir. Fue la última oscilación del péndulo. Al día siguiente no salió de casa. Al otro, no se levantó de la cama.

Su portera, que le preparaba su parco alimento, algunas coles o unas patatas con un poco de tocino, miró al plato de loza oscura y exclamó:

—¡Pero si no habéis comido ayer; buen hombre!

—Sí he comido —dijo Jean Valjean.

—El plato está lleno.

—Mirad el jarro de agua. Está vacío.

—Esto prueba que habéis bebido; pero no que hayáis comido.

—Bien —dijo Jean Valjean—, ¿y si no he tenido ganas más que de agua?

—Esto se llama sed, y cuando al mismo tiempo no se come, es señal de fiebre.

—Comeré mañana.

—O el año que viene. ¿Por qué no hoy? ¿A qué dejarlo para mañana? ¡Dejar el plato sin tocarlo! ¡Con lo buenas que estaban mis patatas!

Jean Valjean tomó la mano de la vieja:

—Os prometo comerlas —le dijo con su voz bondadosa.

—Estoy descontenta de vos —respondió la portera.

Jean Valjean no veía casi otra criatura humana que aquella buena mujer. En París hay calles por las que nadie pasa, y casas adonde nadie va. Así era aquella calle, y así aquella casa.

En el tiempo en que aún salía, había comprado a un calderero por unos pocos sueldos, un pequeño crucifijo de cobre, que había colgado de un clavo delante de su cama. Esta visión es siempre un alivio.

Trascurrió una semana sin que Jean Valjean diera ni un paso por la habitación. Permanecía acostado de continuo: La portera decía a su marido:

—El buen hombre del piso de arriba, no se levanta, ni come, no irá lejos. Está muy apenado. No se me quitará de la cabeza que su hija se ha casado mal.

El portero le replicó, con el acento de la soberanía matrimonial:

—Si es rico, que llame a un médico. Si no lo es, que no lo llame. Si no tiene médico, se morirá.

—¿Y si lo tiene?

—También morirá —dijo el portero.

La portera se puso a rascar con un viejo cuchillo, la hierba que crecía en lo que ella llamaba su empedrado, y entretanto se la oía murmurar:

—Es una pena. ¡Un anciano tan limpio! Está flaco como un pollo.

Divisó en el extremo de la calle a un médico del barrio que pasaba; acudió a él, suplicándole que subiese.

—Es en el segundo piso —le dijo—. No tenéis más que entrar. Como el buen hombre no se mueve de la cama, la llave está siempre en la puerta.

El médico vio a Jean Valjean y le habló.

Cuando bajó, la portera le preguntó:

—¿Qué hay, doctor?

—Todo y nada. Es un hombre que, según todas las apariencias, ha perdido a una persona querida. Algunos mueren de esto.

—¿Qué os ha dicho?

—Que se encontraba bien.

—¿Volveréis, doctor?

—Sí —respondió el médico—. Pero sería preciso que volviera otra persona y no yo.

III

Una pluma que pesa a quien levantó la carreta de Fauchelevent

Un día, a Jean Valjean le costó trabajo apoyarse sobre el codo; se tomó la mano y no encontró el pulso; su respiración era corta, y se interrumpía a cada momento; se dio cuenta de que estaba más débil que nunca. Entonces, sin duda por la presión de una preocupación suprema, hizo un esfuerzo, se incorporó y se vistió. Se puso su viejo traje de obrero. No saliendo ya, lo prefería a los otros. Debió interrumpir su tarea varias veces, antes de introducir los brazos, tuvo que sudar mucho.

Desde que estaba solo, había colocado su cama en la antesala, para habitar lo menos posible aquel apartamiento desierto.

Abrió la maleta y sacó de ella el ajuar de Cosette.

Lo extendió sobre la mesa.

Los candelabros del obispo estaban en su sitio, sobre la chimenea. Cogió de un cajón dos velas de cera, y las puso en los candelabros. Luego, aunque no hubiese oscu-

recido aún, pues era verano, las encendió. De este modo se ven algunas veces candelabros encendidos en pleno día en las habitaciones de los muertos.

A cada paso que daba para ir de un mueble a otro, se extenuaba de tal modo que se veía obligado a sentarse. No era la fatiga normal, que consume fuerzas para renovarlas; era el resto de sus posibles movimientos, era la vida agotada, que se consume en abrumadores esfuerzos que no podrán reproducirse.

Una de las sillas donde se dejó caer, estaba situada delante del espejo tan fatal para él, y tan providencial para Marius, en donde había leído sobre el cartapacio, la escritura invertida de Cosette. Se miró en aquel espejo y no se reconoció. Tenía ochenta años; antes del casamiento de Marius apenas le hubieran calculado cincuenta; el último año había contado por treinta. Lo que tenía sobre la frente, no era ya las arrugas de la edad, era la señal misteriosa de la muerte. Se sentía sobre ella la cavidad de la uña implacable. Sus mejillas estaban fláccidas; la piel de su rostro tenía el color terroso que anunciaba ya la proximidad de la fosa; las comisuras de sus labios caían hacia abajo, como en la máscara que los antiguos esculpían sobre las tumbas; miraban al vacío con aire de reproche; hubiérase dicho que era uno de estos grandes seres trágicos víctimas de lo inexorable.

Se hallaba en esta situación, en la última fase del abatimiento, en la que el dolor ya no se mueve, sino que está, por decirlo así, coagulado; hay en el alma un cuajarón de desesperación.

Había cerrado la noche. Arrastró trabajosamente una mesa y el viejo sillón hasta la chimenea, y dejó sobre la mesa una pluma, tinta y papel.

Hecho esto sufrió un desvanecimiento. Cuando recobró el conocimiento, tenía sed, y no pudiendo levan-

tar el jarro, lo inclinó penosamente hacia su boca, y bebió un sorbo.

Luego se volvió a la cama, y siempre sentado, porque no podía permanecer en pie, contempló el vestido negro, y todos aquellos objetos que le eran tan queridos.

Estas contemplaciones duran horas, que parecen minutos. De repente se estremeció, y sintió frío; apoyó los codos sobre la mesa, iluminada por los candelabros del obispo, y tomó la pluma.

Como la pluma y la tinta no se habían usado desde hacía mucho tiempo, los puntos de la primera estaban doblados, y la tinta estaba seca, y tuvo que levantarse y echar unas gotas de agua en la tinta, lo cual no pudo hacer sin detenerse y sentarse dos o tres veces, se vio obligado, además, a escribir con la pluma al revés.

Su mano temblaba. Escribió lentamente algunas líneas. Helas aquí:

«Cosette, te bendigo. Voy a explicarte. Tu marido ha tenido razón en darme a entender que debía irme; no obstante se ha equivocado en lo que ha creído tener razón. Es excelente. Síguele queriendo mucho cuando yo haya muerto. Señor Pontmercy, amad siempre a mi querida niña. Cosette, este papel será encontrado, y en él verás las cifras, si tengo fuerzas para recordarlas. Eschúchame bien, ese dinero es bien tuyo. Voy a explicarte: El azabache blanco viene de Noruega, y el negro de Inglaterra; los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, más precioso y más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita un pequeño yunque de dos pulgadas cuadradas y una lamparilla de alcohol para ablandar la cera. La cera, antiguamente se hacía con resina y negro de humo, y costaba a cuatro francos la libra. Se me ocurrió hacerla con goma laca y trementina. Así no cuesta más que treinta suel-

dos, y es mucho mejor. Las hebillas se hacen con un vidrio violeta que se pega con esta cera sobre una planchita de hierro negro. El vidrio debe ser violeta para las joyas de hierro, y negro para las de oro. España compra mucho. Es el país del azabache...»

Al llegar aquí se interrumpió, la pluma resbaló de sus dedos y le acometió uno de estos sollozos desesperados que subían por instantes desde lo más hondo de su pecho, el pobre hombre se cogió la cabeza entre las manos y se sumergió en la meditación.

¡Oh! —exclamó para sus adentros (gritos y lamentos, que sólo Dios oía)—, todo ha terminado. No volveré a verla. Es una sonrisa que ha pasado sobre mí. Voy a entrar en la noche, sin ni siquiera volver a verla. ¡Oh!, ¡un minuto, un instante, oír su voz, tocar su ropa, mirarla, a ella, a mi ángel!, ¡y luego morir! No es morir lo terrible, es morir sin verla. Me sonreiría, me diría una palabra... ¿Haría esto daño a alguien? No, ha terminado para siempre. Estoy solo. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, no volveré a verla.

En aquel momento llamaron a la puerta.

IV

Botella de tinta que no es buena sino para quitar las manchas

Aquel mismo día, o mejor dicho, aquella misma noche, cuando Marius dejaba la mesa, e iba a retirarse a su gabinete para estudiar un caso, Basque le había entregado una carta diciéndole: «La persona que ha escrito esta carta está en la antecámara.»

Cosette había tomado al abuelo del brazo, y daba una vuelta por el jardín.

Una carta, como un hombre, puede tener mala catadura. Papel grueso, pliegue grosero, sólo con verlas, ciertas misivas repugnan. La carta que había traído Basque era de esta especie.

Marius la cogió. Olía a tabaco. Nada hay que despierte tanto los recuerdos como un olor. Marius reconoció el tabaco. Miró el sobre: «Al señor Pontmercy. En su casa.» Reconocido el tabaco, le fue fácil reconocer la escritura. Hubiérase podido decir que del asombro se desprenden a veces relámpagos. Marius quedó iluminado por uno de estos relámpagos.

El olfato, este misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Era el mismo papel, la propia manera de doblarlo, el color pálido de la tinta, la conocida letra; sobre todo era el tabaco. La buhardilla de los Jondrette se le aparecía.

Así ¡extraña casualidad! una de las dos pistas que había buscado tanto, aquella por la que últimamente había hecho tantos esfuerzos y que creía perdida para siempre, acababa de ofrecérsele.

Abrió ávidamente la carta y leyó:

«Señor barón:

»Si el ser supremo me hubiese dado talento, hubiera podido ser el barón Thénard[1], miembro del instituto (academia de ciencias), pero no lo soy. Llevo únicamente el mismo nombre que él, feliz, si este recuerdo me recomienda a la excelencia de vuestras bondades. Estoy en posesión de un secreto que concierne a un individuo. Y este individuo os concierne. Tengo el secreto a vuestra disposición, y deseo tener el honor de seros útil. Os ofreceré el medio simple de expulsar de vuestra honorable familia a este individuo que no tiene derecho a estar en ella, pues la señora baronesa pertenece a una clase elevada. El santuario de la virtud no puede cohabitar más tiempo con el crimen, sin mancharse.

»Espero en la antesala las órdenes del señor barón.

»Con el mayor respeto.»

La carta estaba firmada «Thénard».

Esta firma no era falsa. Estaba únicamente abreviada.

[1] El bartón Thénard (1777-1857), químico, miembro de la academia de ciencias desde 1810.

Por lo demás el estilo y la ortografía completaban la la revelación. El certificado de origen estaba completo, No cabía duda alguna.

La emoción de Marius fue profunda. Después del primer movimiento de sorpresa, experimentó un movimiento de felicidad. Si lograba encontrar al otro hombre que buscaba, a quien le había salvado la vida, no desearía nada más.

Abrió un cajón de su secreter, cogió algunos billetes de banco, se los puso en el bolsillo, volvió a cerrar el cajón, y llamó. Basque entreabrió la puerta.

—Haced que pase —dijo Marius.

Basque anunció:

El señor Thénard.

Entró un hombre.

Nueva sorpresa para Marius. El hombre que entró, le resultaba completamente desconocido.

El personaje introducido por Basque, de edad avanzada, tenía una gran nariz, la barbilla sumida en la corbata, anteojos verdes y dobles, el pelo alisado y aplanado sobre la frente hasta las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de *high life*. Sus cabellos eran grises. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies: un negro bastante gastado, pero limpio; del bolsillo salían unas cuantas baratijas, que hacían suponer un reloj. Andaba encorvado, y la curvatura de su espalda aumentaba en la profundidad de su saludo.

Lo que sorprendía al principio, es que el traje de aquel personaje, demasiado amplio aunque cuidadosamente abrochado, no parecía hecho para él.

En este punto es necesaria una breve digresión.

Había en París en aquella época, en una vieja casa de la calle Beautreillis, cerca del Arsenal, un judío ingenioso

cuya profesión era convertir a un pícaro en hombre honrado. No por mucho tiempo, pues hubiera resultado molesto para el pícaro. El cambio se hacía durante un día o dos, a razón de treinta sueldos por día, por medio de un traje que se pareciese lo más posible a la honradez de todo el mundo. Este alquilador de ropas, era llamado «el cambista», nombre que le habían dado los arteros parisienses, no conociéndole por otro. Tenía un vestuario bastante completo. Poseía todas las especialidades y las categorías; de cada clavo de su almacén colgaba, gastada y ajada una condición social; aquí el vestido de magistrado; allí el de cura, más allá el de banquero, en un rincón, el uniforme de militar retirado, y más lejos el traje de hombre de letras, y detrás el del hombre de estado. Aquel individuo era el guardarropa del inmenso drama que los pícaros representan en París. Su casa era la decoración por donde salía el robo, o entraba la estafa. Un bribón harapiento llegaba a aquel vestuario, dejaba treinta sueldos, y escogía, según el papel que deseaba representar aquel día, el traje que le convenía y al bajar la escalera, el bribón era alguien. Al día siguiente devolvía la ropa, y el cambista, que confiaba todo a los ladrones, no era robado jamás. Estos vestidos tenían un inconveniente, no «encajaban» no estando hechos para quienes los llevaban, eran demasiado estrechos para unos, demasiado anchos para otros, y no iban bien a nadie. Todo tunante que sobrepasaba la medida humana de estatura, se sentía incómodo con las ropas del «cambista». Era preciso no estar ni demasiado gordo ni demasiado flaco. El «cambista» se había propuesto complacer a los hombres ordinarios. Había tomado la medida de la especie en la del primer pícaro que le vino a mano, el cual no era ni grueso ni delgado, ni alto ni bajo. De ahí las dificultades para adaptar los trajes, de las que el «cambista» se las apañaba como podía. ¡Tanto peor para las excep-

ciones! El traje de hombre de estado, por ejemplo, negro de arriba a abajo, hubiese sido demasiado ancho para Pitt, y demasiado estrecho para Castelcicala [1]. El traje de hombre de estado, estaba designado como sigue, en el catálogo del «cambista»; copiamos su texto: «Una levita de paño negro, un pantalón de lanilla negra, un chaleco de seda, botas, y ropa blanca.» Al margen había escrito: «Antiguo embajador», y una nota que copiamos igualmente: «En una caja aparte, una peluca convenientemente rizada, anteojos verdes, sellos de reloj, y dos pequeños cañones de pluma de una pulgada de longitud, envueltos en algodón.» Todo esto pertenecía al hombre de estado, antiguo embajador. Todo este traje estaba, si es posible hablar así, extenuado, las costuras blanqueaban; por uno de los codos, quería asomar ya el forro; además, faltaba un botón en la levita, sobre el pecho; esto era poco importante, pues la mano del hombre de estado, que debe siempre estar colocada sobre el corazón, tenía por función ocultar el botón ausente.

Si Marius hubiera estado familiarizado con las instituciones ocultas de París, hubiera reconocido inmediatamente, sobre el personaje que acababa de entrar, el traje de hombre de estado del almacén del «cambista».

El disgusto de Marius al ver entrar a otro hombre distinto del que esperaba, recayó sobre el recién llegado. Le examinó de pies a cabeza, mientras que el personaje se inclinaba desmesuradamente y le preguntaba en tono breve:

—¿Qué queréis?

1 Fabricio Ruffe, príncipe de Castelcicala, embajador de Nápoles en Londres, y, luego, en París. En 1829 fue denunciado como antiguo terrorista (había presidido, en Nápoles, de 1795 a 1798, un tribunal político). Murió en París víctima del cólera, en 1832.

El hombre respondió con un rictus amable, del cual daría alguna idea la sonrisa acariciadora de un cocodrilo:

—Me parece imposible que no haya tenido antes de ahora el honor de conocer al señor barón. Creo que lo encontré hace algunos años en casa de la señora princesa Bagration [1], y en los salones de su señoría el vizconde Dambray [2], par de Francia.

Es una buena táctica de los pícaros, el aparentar reconocer a alguien a quien no se conoce.

Marius estaba atento a la manera de hablar de aquel hombre. Espiaba el acento y el gesto, pero su disgusto aumentaba; era una pronunciación nasal, absolutamente distinta del sonido de voz agrio y seco, que esperaba. Estaba completamente desorientado.

—No conozco —dijo— ni a la señora Bagration, ni al señor Dambray. En mi vida he puesto los pies en casa de uno ni de otro.

La respuesta era contundente; sin embargo el personaje, sonriendo de nuevo, insistió:

—Entonces fue en casa de Chateaubriand. Conozco mucho a Chateaubriand. Es muy afable. Me dice algunas veces: «Thénard, amigo mío..., ¿no queréis beber una copa conmigo?»

La frente de Marius se iba poniendo cada vez más severa:

—No he tenido nunca el honor de ser recibido en casa del señor Chateaubriand. Abreviemos. ¿Qué queréis?

El personaje, ante la voz más dura, se inclinó más profundamente.

1 La princesa Bagration, viuda del general ruso muerto en Moscú.

2 El vizconde Dambray (1785-1868) par de Francia, que en 1830 le negó el juramento a Luis Felipe.

—Señor barón, dignaos oírme. Hay en América, en un país que está al lado de Panamá, un pueblo llamado Joya. Este pueblo se compone de una sola casa. Una gran casa cuadrada de tres pisos, construida con ladrillos cocidos al sol; cada costado tiene una longitud de quinientos pies, y cada piso se retira del inferior doce pies, con el fin de dejar ante sí una terraza que da la vuelta al edificio; en el centro hay un patio interior donde están las provisiones y las municiones; no hay ventanas, sino troneras, y no hay puerta, sino escalas para subir del suelo a la primera terraza, y de la primera a la segunda, y de la segunda a la tercera, y escalas para bajar al patio interior; en las habitaciones no hay puertas, sino trampas, y no hay escaleras en las habitaciones sino escalas; por la noche se cierran las trampas, se retiran las escalas, y las bocas de las carabinas asoman por las troneras; no hay medio de entrar allí; de día una casa, y de noche una ciudadela. Ochocientos habitantes, éste es el pueblo. ¿Por qué tantas precauciones?, porque el país es peligroso; está lleno de antropófagos. Entonces, ¿por qué van allí?, porque es un país maravilloso donde se encuentra oro.

—¿Dónde queréis ir a parar? —interrumpió Marius que del disgusto pasaba a la impaciencia.

—A esto, señor barón. Soy un viejo diplomático fatigado. Estoy harto de la civilización y quiero probar a vivir entre salvajes.

—¿Y luego?

—Señor barón, el egoísmo es la ley del mundo. La campesina proletaria que trabaja durante el día, se vuelve cuando pasa la diligencia; la campesina propietaria que trabaja en su propio campo, no regresa. El perro del pobre ladra al lado del rico, el perro del rico ladra al lado del pobre. Cada uno para sí. El interés, éste es el único objetivo del hombre. El oro, éste es el imán.

—¿Y qué más? Concluid.

—Quisiera ir a establecerme en Joya. Somos tres. Tengo esposa e hija; una hija muy linda. El viaje es demasiado caro. Necesito un poco de dinero.

—¿Y qué me importa esto? —preguntó Marius.

El desconocido sacó el pescuezo fuera de la cabeza, ademán propio del buitre, y replicó sonriendo otra vez:

—¿Es que el señor barón no ha leído mi carta?

Había algo de verdad en esto. El hecho es que el contenido de la carta había resbalado sobre Marius. Más que haber leído la carta, había visto la escritura. Apenas la recordaba. Hacía un momento una alerta le había sido dada. Había notado este detalle. «Mi esposa e hija.» Clavó en el individuo una mirada penetrante. Un juez de instrucción no hubiera mirado mejor. Limitóse a responder:

—Precisad.

El desconocido metió las manos en los bolsillos, alzó la cabeza sin enderezar su espina dorsal, pero escrutando a su vez a Marius con la mirada verde de sus anteojos.

—Sea, señor barón. Voy a precisar. Tengo un secreto que venderos.

—¿Un secreto?

—Un secreto.

—¿Que me concierne?

—Un poco.

—¿Cuál es este secreto?

Marius no cesaba de examinar al hombre, mientras lo escuchaba.

—Empiezo gratis —dijo el desconocido—. Vais a ver que soy interesante.

—Hablad.

—Señor barón, tenéis en vuestra casa un ladrón y un asesino.

Marius se estremeció.

—¿En mi casa?, no —dijo.

El desconocido, imperturbable, cepilló su sombrero con el codo y prosiguió.

—Asesino y ladrón. Tened en cuenta, señor barón, que no hablo de hechos pasados, caducos, que pueden borrarse por la prescripción de la ley, y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de hechos recientes, de hechos actuales, de hechos ignorados aún ahora por la justicia. Continúo. Este hombre se ha introducido en vuestra confianza, y casi en vuestra familia, con un nombre falso. Voy a deciros su verdadero nombre. Y os lo diré de balde.

—Escucho.

—Se llama Jean Valjean.

—Lo sé.

—Igualmente de balde os diré quién es.

—Decid.

—Un antiguo presidiario.

—Lo sé.

—Lo sabéis desde que he tenido el honor de decíroslo.

—No. Lo sabía ya antes.

El tono frío de Marius, la doble replica de «lo sé», su laconismo refractario al diálogo, despertaron en el desconocido una cólera sorda. Asestó a Marius, a hurtadillas, una mirada furiosa, que sólo duró un instante. Por rápida que fuera aquella mirada, era de éstas que se conocen inmediatamente en cuanto se han visto una vez, no se le escapó a Marius. Ciertos resplandores no pueden brotar sino de ciertas almas; la pupila, esta ventana del pensamiento, los refleja; los anteojos no ocultan nada; sería como poner un vidrio delante del infierno.

El desconocido continó, sonriendo:

—No me permito desmentir al señor barón. En todo caso, debéis reconocer que estoy informado. Ahora, lo

que voy a relataros sólo lo sé yo. Interesa a la fortuna de la señora baronesa. Es un secreto extraordinario. Está en venta. A vos os lo ofrezco antes que a nadie. Y barato. Veinte mil francos.

—Sé este secreto, igual que los otros —dijo Marius.

El personaje sintió la necesidad de bajar un poco el precio:

—Señor barón, dadme diez mil francos y hablo.

—Os repito que no tenéis nada nuevo que contarme. Ya sé lo que queréis decirme.

Hubo un nuevo relámpago en la mirada del hombre. Exclamó:

—Es preciso no obstante, que yo coma hoy. Os repito que es un secreto extraordinario. Señor barón, voy a hablar. Hablo. Dadme veinte francos.

Marius lo miró fijamente:

—Conozco vuestro extraordinario secreto, así como sabía ya el nombre de Jean Valjean, y así como sé vuestro nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí.

—Esto no es difícil, señor barón. He tenido el honor de escribirlo y decíroslo. Thénard.

—Dier.

—¿Cómo?

—Thénardier.

—¿Quién os ha...?

En el peligro, el puerco espín se eriza, el escarabajo se finge muerto, la guardia veterana forma el cuadro; aquel hombre se echó a reír.

Luego sacudió de un capirotazo un grano de polvo de la manga de su levita.

Marius prosiguió:

—Sois también el obrero Jondrette, el comediante Fabantou, el poeta Genflot, el español don Álvarez, y la tía Balizard.

—¿La tía qué?

—Y habéis tenido un figón en Montfermeil.

—¿Un figón?, nunca.

—Y os digo que sois Thénardier.

—Lo niego.

—Y que sois un bribón. Tomad.

Y Marius sacando del bolsillo un billete de banco, se lo arrojó a la cara.

—¡Gracias!, ¡perdón!, ¡quinientos francos!, ¡señor barón!

Y aquel hombre trastornado, saludando, cogió el billete y lo examinó.

—¡Quinientos francos! —repitió absorto. Y dijo a media voz—: ¡No está mal! —Y añadió bruscamente—: Pues bien, sea. Fuera disfraz.

Y con una presteza de mono, echándose atrás los cabellos, arrancándose los anteojos, sacando de la nariz y escamoteando los dos cañones de pluma, nombrados hace poco y que se han visto figurar en otra página de este libro, se quitó el rostro, como otro se quitaría el sombrero.

La mirada se iluminó; la frente desigual, agrietada, con protuberancias en varios sitios, horriblemente arrugada en la parte superior, se manifestó por entero; la nariz volvió a ser aguda como un pico; el perfil feroz y sagaz del hombre de presa reapareció.

—El señor barón es infalible —dijo con una voz clara de la que había desaparecido el tono nasal—, soy Thénardier.

Y enderezó su espalda curvada.

Thénardier, pues realmente era él, estaba extrañamente sorprendido; se hubiera turbado si hubiera sido

capaz de ello. Había ido a llevar la sorpresa, y era él quien la recibía. Aquella humillación se la pagaban con quinientos francos, y en último caso, aceptaba; pero no por esto estaba menos aturdido.

Veía por vez primera al barón Pontmercy, y, a pesar de su disfraz, aquel barón Pontmercy lo reconocía y lo reconocía a fondo. Y no solamente este barón estaba al corriente de su historia, sino que, según parecía de la de Jean Valjean. ¿Quién era aquel joven casi imberbe, tan glacial y generoso, que sabía los nombres de la gente, que sabía todos sus nombres, y que les abría su bolsillo, que trataba a los bribones como un juez, y que les pagaba como una víctima?

Thénardier, como recordaría el lector, aunque en otro tiempo vecino de Marius, no lo había visto nunca, lo cual es frecuente en París. Había oído hablar a sus hijas vagamente de un joven muy pobre, llamado Marius que vivía en la casa. Le había escrito sin conocerlo, la carta que sabe el lector. Ninguna relación podía existir para él, entre el Marius de aquella época, y este señor barón de Pontmercy.

En cuanto al nombre de Pontmercy, el lector recordará que en el campo de batalla de Waterloo no había oído más que las dos últimas sílabas, para las cuales había tenido siempre el legítimo desdén que se debe a lo que no es más que un agradecimiento.

Por lo demás, por su hija Azelma, a la que había puesto sobre la pista de los novios el 16 de febrero, y por sus investigaciones personales, había llegado a saber muchas cosas, y, desde el fondo de sus tinieblas, había logrado coger más de un hilo misterioso. Había conseguido, a fuerza de ingenio, o al menos, a fuerza de indicios, adivinar quién era el hombre al que había encontrado cierto día en la alcantarilla grande. Del hombre, le costó poco llegar al nombre. Sabía que la baronesa

de Pontmercy era Cosette. Pero por este lado, se proponía ser discreto. ¿Quién era Cosette? Él mismo no lo sabía. Entreveía algún nacimiento bastardo, pues la historia de Fantine le había parecido siempre ambigua, pero, ¿para qué hablar de ello? ¿Para hacerse pagar su silencio? Creía tener algo mejor para vender. Y según las apariencias, ir a hacer, sin pruebas, esta revelación al barón de Pontmercy: «Vuestra esposa es bastarda», no hubiera logrado más que atraerse la cólera del marido, traducida en puntapiés sobre sus riñones.

En la mente de Thénardier, la conversación con Marius no había empezado aún. Había tenido que retroceder, modificar su estrategia, abandonar su posición, cambiar de frente; pero no había aún comprometido nada esencial, y tenía ya quinientos francos en su bolsillo. Además, tenía que decir algo decisivo, e incluso contra aquel barón Pontmercy, tan informado y tan bien armado, se sentía fuerte. Para los hombres de la naturaleza de Thénardier, todo diálogo es un combate. En el que se iba a entablar, ¿cuál era su situación? No sabía con quién hablaba, pero sabía de quién hablaba. Pasó rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y después de haber dicho: «Soy Thénardier», esperó.

Marius se había quedado pensativo. Por fin tenía a Thénardier. Aquel hombre a quien había deseado tanto encontrar, estaba allí. Podría pues por fin hacer honor a la recomendación del coronel Pontmercy. Estaba humillado porque aquel héroe debiera algo a aquel bandido, y que la letra de cambio girada desde el fondo de la tumba por su padre contra él, estuviese aún en descubierto. Le parecía también, en la compleja situación en que se hallaba su espíritu, frente a Thénardier, que tenía ocasión de vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por un individuo tan vil. De cualquier modo estaba contento. Iba por fin a liberar de aquel acreedor

indigno la sombra del coronel, y le parecía que iba a retirar de la cárcel por deudas, la memoria de su padre.

Al lado de este deber, tenía otro, esclarecer, si podía, el origen de la fortuna de Cosette. La ocasión parecía propicia. Thénardier sabía tal vez alguna cosa. Podía resultar útil conocer el fondo de aquel hombre. Empezó por esto.

Thénardier había hecho desaparecer el billete en su bolsillo, y miraba a Marius con una dulzura casi tierna.

Marius rompió el silencio:

—Thénardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, ¿queréis que os diga el secreto que pretendíais descubrirme? Yo también me he informado. Vais a ver que sé aún más que vos. Jean Valjean, como habéis dicho, es un asesino y un ladrón. Un ladrón porque robó a un rico fabricante del cual causó la ruina, el señor Madeleine. Un asesino, porque asesinó al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor barón —dijo Thénardier.

—Voy a hacerme comprender. Escuchad. Había en el distrito del Pas-de-Calais, hacia 1822, un hombre que había tenido un antiguo choque con la justicia, y que con el nombre de señor Madeleine, se había corregido y rehabilitado. Este hombre se había convertido con toda la fuerza de la expresión, en un justo. Con una industria, la fábrica de abalorios negros, había hecho la fortuna de toda una ciudad. En cuanto a su fortuna personal, también la había hecho, pero en orden secundario, y en alguna forma, por casualidad. Era el padre de los pobres. Fundaba hospitales, abría escuelas, visitaba a los enfermos, dotaba a las jóvenes, sostenía a las viudas, adoptaba a los huérfanos; era como el tutor del país. (No aceptó una condecoración; fue nombrado alcalde.) Un presidiario liberado, conocía el secreto de una pena en que había incurrido en otro tiempo aquel hombre; lo denunció y lo hizo arrestar, y se aprovechó de su detención para venir

a París, logró que el banquero Laffitte, lo sé de boca del mismo cajero, le entregase, en virtud de una firma falsa, una suma de más de medio millón que pertenecía al señor Madeleine. Este presidiario que robó al señor Madeleine es Jean Valjean. En cuanto al otro hecho, tampoco tenéis nada que descubrirme. Jean Valjean mató al agente Javert; lo mató de un disparo de pistola. Yo, que os hablo, estaba presente.

Thénardier miró a Marius con el ademán soberano de un hombre derrotado que se repone y gana en un minuto todo el terreno que había perdido. Pero no tardó en sonreír nuevamente; el inferior delante del superior, sabe disimular el triunfo, y Thénardier se limitó a decir a Marius:

—Señor barón, equivocamos el camino.

Y subrayó esta frase haciendo girar de manera expresiva las baratijas que le salían del bolsillo.

—¿Cómo? —dijo Marius—, ¿negáis esto? Son hechos.

—Son quimeras. La confianza con que me honra el señor barón, me impone el deber de decírselo. Ante todo la verdad y la justicia. No me gusta ver cómo acusan a la gente injustamente. Señor barón, Jean Valjean no ha robado al señor Madeleine, y no ha matado a Javert.

—¡Esto sí que es bueno! ¿En qué fundáis esta afirmación?

—En dos razones.

—¿Cuáles? Hablad.

—He aquí la primera: no ha robado al señor Madeleine, puesto que el señor Madeleine es el mismo Jean Valjean.

—¡Qué decís!

—Y he aquí la segunda: no ha asesinado a Javert, puesto que quien ha matado a Javert, es el mismo Javert.

—¿Qué queréis decir?

—Que Javert se suicidó.

—¡Probadlo! ¡Probadlo! —exclamó Marius fuera de sí.

Thénardier repuso, recitando la frase a la manera de un alejandrino antiguo:

El a-gen-te de po-li-cía Ja-vert ha si-do en-con-tra-do a-ho-ga-do de-ba-jo de una bar-ca del Pont-au-Chan-ge.

—¡Probadlo!

Thénardier sacó de su bolsillo lateral, un gran sobre de papel gris que parecía contener hojas dobladas de diversas medidas.

—Tengo mi legajo —dijo con calma. Y añadió—: Señor barón, en interés vuestro, he querido conocer a fondo a mi Jean Valjean. Os digo que Jean Valjean y Madeleine son el mismo hombre, y digo que Javert no ha tenido otro asesino que el propio Javert, y cuando hablo es que tengo pruebas. No pruebas manuscritas, pues la escritura es sospechosa, sino pruebas impresas.

Mientras hablaba, Thénardier iba extrayendo del sobre dos números de periódicos amarillentos, estrujados, y fuertemente saturados de olor de tabaco. Uno de aquellos periódicos, roto por los dobleces, y casi deshaciéndose en jirones cuadrados, parecía mucho más antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas —dijo Thénardier. Y tendió a Marius los dos periódicos desdoblados.

El lector conoce ya estos dos periódicos. Uno, el más antiguo, un número del *Drapeau Blanc* del 25 de julio de 1823, del que se ha podido leer el texto en el tomo tercero de este libro, donde se establece la identidad del señor Madeleine como Jean Valjean. El otro, un *Monitor* del 15 de julio de 1832, informaba del suicidio de Javert, añadiendo que resultaba de un informe verbal del agente al prefecto, que hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, debía la vida a la mag-

nanimidad de un insurgente, quien, teniéndole apuntado con su pistola, en lugar de levantarle la tapa de los sesos, había disparado al aire.

Marius leyó. Era evidente, fecha correcta, prueba irrefutable, de que aquellos periódicos no habían sido impresos a propósito para apoyar las informaciones de Thénardier, la nota publicada en el *Monitor,* estaba comunicada administrativamente por la prefectura de policía. Marius no podía dudar. Los informes del cajero, eran falsos y él mismo estaba equivocado. Jean Valjean engrandeciéndose repentinamente, salía de la nube. Marius no pudo retener un grito de alegría:

—¡Entonces este desgraciado es un hombre admirable!, ¡toda esta fortuna era realmente suya!, ¡es Madeleine, la providencia de todo el país!, ¡es Jean Valjean, el salvador de Javert!, ¡es un héroe!, ¡es un santo!

—No es un santo ni un héroe —dijo Thénardier—. Es un asesino y ladrón. —Y añadió con el tono de un hombre que empieza a sentir que posee alguna autoridad—: Tranquilicémonos.

Ladrón, asesino, estas palabras que Marius creía desaparecidas, y que entraban de nuevo en escena, cayeron sobre él como un témpano de hielo.

—¡Todavía! —dijo.

—Siempre —contestó Thénardier—. Jean Valjean no ha robado al señor Madeleine, pero es un ladrón. No ha matado a Javert, pero es un asesino.

—¿Queréis hablar —repuso Marius— de este miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de vuestros periódicos mismos, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

—He dicho asesinato y robo, señor barón. Y repito que hablo de hechos actuales. Lo que tengo que revelaros es absolutamente desconocido. El algo inédito. Y tal vez encontraréis el origen de la fortuna ofrecida hábilmente

por Jean Valjean a la señora baronesa. Digo hábilmente, pues, por medio de una donación de este tipo, pensaba introducirse en una familia honrada con la que compartir las comodidades, y al mismo tiempo ocultar su crimen, gozar de lo robado, ocultar su nombre y crearse una familia, no sería un acto muy torpe.

—Podría interrumpiros aquí —observó Marius—, pero continuad.

—Señor barón, voy a contároslo todo, dejando la recompensa a vuestra generosidad. Este secreto vale oro macizo. Me diréis: «¿Por qué no te has dirigido a Jean Valjean?» Por una razón muy sencilla: sé que él se ha desapropiado en vuestro favor, y la combinación me parece ingeniosa; pero así y todo no tiene ni un sueldo, y me mostraría sus manos vacías; puesto que yo tengo necesidad de dinero para mi viaje a Joya, os prefiero a vos, que lo tenéis todo, a él que no tiene nada. Estoy un poco cansado. Permitidme tomar una silla.

Marius se sentó y le hizo ademán de que se sentara.

Thénardier se sentó en una silla acolchada, cogió los dos periódicos, los metió en el sobre, y murmuró refiriéndose al *Drapeau Blanc:*

—Éste me ha costado trabajo hallarlo.

Dicho esto, cruzó las piernas, y apoyóse sobre el respaldo de la silla, actitud propia de las personas seguras de lo que dicen: luego entró en materia gravemente, y acentuando las palabras:

—Señor barón, el 6 de junio de 1832, hace aproximadamente un año, el día del motín, había un hombre en la alcantarilla grande de París, en el punto en que esta alcantarilla, allí donde desemboca al Sena, entre el puente de los Inválidos y el puente de Iéna.

Marius acercó bruscamente su silla a la de Thénardier. Thénardier observó aquel movimiento y continuó

con la lentitud de un orador que es dueño de su interlocutor, y que siente la palpitación de su adversario por sus palabras:

—Este hombre, obligado a ocultarse por razones ajenas a la política, había tomado la alcantarilla por domicilio y poseía una llave. Era, repito, el 6 de junio; serían las ocho de la noche. El hombre oyó un ruido en la alcantarilla. Sorprendido, se ocultó y esperó. Era un ruido de pasos; alguien andaba en la sombra, y se dirigía hacia él. Cosa extraña, en la alcantarilla había alguien más que él. La reja de salida de la alcantarilla no estaba lejos. Un poco de luz que entraba por ella, le permitió reconocer al recién llegado y ver que aquel hombre llevaba algo sobre sus hombros. El hombre que andaba curvado, era un antiguo presidiario, y lo que llevaba sobre los hombros era un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si lo hubo. En cuanto al robo, es cosa corriente; no se mata a un hombre gratis. El presidiario iba a arrojar el cadáver al río. Hay que destacar un hecho, y es que antes de llegar a la reja de salida, el presidiario, que venía de un punto lejano de la alcantarilla, debió necesariamente tropezar con un cenagal espantoso, donde parece que pudo haber dejado el cadáver; pero al día siguiente los alcantarilleros, trabajando en el cenagal, habrían descubierto al hombre asesinado, lo cual no deseaba sin duda el asesino. Prefirió atravesar el pantano, con su carga, y sus esfuerzos debieron ser terribles, es imposible arriesgar más la vida; no comprendo cómo salió vivo de allí.

La silla de Marius se acercó aún más. Thénardier aprovechó para respirar largamente. Prosiguió:

—Señor barón, una alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí falta de todo, hasta sitio. Cuando dos hombres están allí, es preciso que se encuentren. Y es lo que sucedió. El domiciliado y el transeúnte, se vieron obligados

a saludarse, a pesar suyo. El transeúnte dijo al domiciliado: «Ves lo que llevo a cuestas, es preciso que salga de aquí, tú tienes la llave, dámela.» Este presidiario era un hombre de una fuerza terrible. No había medio de negarse. Sin embargo el que poseía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó a aquel muerto, pero no pudo ver nada, sino que era joven, bien vestido, con aire de rico, y desfigurado por la sangre. Mientras hablaban, encontró medio de desgarrar y arrancar por detrás, sin que el asesino lo advirtiera, un pedazo del traje del hombre asesinado. Pieza de convicción, como comprenderéis; medio de descubrir la huella de las cosas, y de probar el crimen al criminal. Se guardó la prueba en el bolsillo. Después de lo cual abrió la reja, dejó salir al hombre con su carga a la espalda, volvió a cerrar la reja y escapó, sin importarle el desenlace de la aventura, y sobre todo, no queriendo estar allí cuando el asesino arrojara el cadáver al río. Ahora comprenderéis. El que llevaba el cadáver era Jean Valjean; el que tenía la llave, os está hablando en este instante; y el pedazo del traje...

Thénardier acabó la frase sacando de su bolsillo y sosteniendo a la altura de los ojos, cogido entre los dos pulgares y los dos índices, un jirón de lienzo negro, lleno de manchas oscuras.

Marius se había levantado, pálido, respirando apenas, con la mirada fija sobre el pedazo de lienzo negro y sin pronunciar ni una palabra, sin apartar la mirada de aquel jirón, retrocediendo hacia la pared, y con su mano derecha extendida hacia atrás, buscaba a tientas sobre la pared, una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto a la chimenea. Encontró la llave, abrió la alacena e introdujo su brazo sin mirar, y sin que su pupila extraviada se apartara del trapo que Thénardier sostenía desplegado.

Entretanto Thénardier continuaba:

—Señor barón, tengo muchas razones para creer que el joven asesinado era un opulento extranjero, cogido por Jean Valjean en una trampa, y portador de una suma enorme.

—¡El joven era yo, y aquí tenéis el traje! —exclamó Marius, y arrojó sobre el parquet un viejo frac negro ensangrentado.

Luego, arrancando el pedazo de manos de Thénardier, se agachó junto al frac, y acercó al faldón roto, el pedazo arrancado. Se adaptaba perfectamente, y el jirón completaba la levita.

Thénardier estaba petrificado. Pensó esto: «Me he lucido.»

Marius se levantó tembloroso, desesperado, radiante.

Metió la mano en el bolsillo, y se dirigió furioso hacia Thénardier, ofreciéndole, y casi apoyándole en el rostro su mano llena de billetes de quinientos francos y de mil francos.

—¡Sois un infame!, ¡sois un mentiroso, un calumniador, un malvado! Veníais a acusar a este hombre, y lo habéis justificado; queríais perderlo, y no habéis logrado más que glorificarlo. ¡Sois vos el ladrón! ¡Y sois vos el asesino! Yo os vi, Thénardier Jondrette, en el desván del bulevar del Hôpital. Sé lo bastante de vos como para enviaros a presidio, y más lejos aún si quisiera. Tomad, aquí tenéis mil francos, bribón. —Y arrojó a Thénardier un billete de mil francos—. ¡Ah, Jondrette Thénardier, vil e indigno!, ¡que esto os sirva de lección, chalán de secretos, mercachifle de misterios, desenterrador de tinieblas, miserable! ¡Tomad estos quinientos francos y salid de aquí! Waterloo os protege...

—¡Waterloo! —gruñó Thénardier, embolsándose los quinientos francos junto con los otros mil.

—Sí, asesino, allí salvasteis la vida a un coronel...

—A un general —dijo Thénardier alzando la cabeza.

—¡A un coronel! —repitió Marius furioso—. No daría ni un ochavo por un general. ¡Y venís aquí a hacer infamias! Os digo que habéis cometido todos los crímenes. Partid, ¡despareced! Sed dichoso, es cuanto deseo. ¡Ah!, ¡monstruo! Aquí tenéis tres mil francos más. Tomadlos. Partiréis mañana mismo a América con vuestra hija, pues vuestra mujer está muerta, ¡mentiroso abominable! Me cuidaré de vuestra marcha, bandido, y en el momento de marchar os daré veinte mil francos. ¡Id, a que os ahorquen a otra parte!

—Señor barón —respondió Thénardier, inclinándose hacia el suelo—, reconocimiento eterno.

Y Thénardier salió, sin comprender nada, estupefacto y contento de verse aplastado dulcemente bajo sacos de oro y de aquella granizada de billetes de banco sobre la cabeza.

Herido por el rayo, pero contento; hubiera sentido mucho estar provisto de pararrayos contra semejantes chispas.

Acabemos inmediatamente con este hombre. Dos días después de los acontecimientos que relatamos en este momento, partía, merced a Marius, para América, bajo nombre falso, con su hija Azelma, provisto de un cheque de veinte mil francos sobre un banco de Nueva York. La miseria moral de Thénardier, era irremediable; fue en América, lo que había sido en Europa. El contacto de un hombre malo, basta a veces para pudrir una buena acción, y para sacar de ella una cosa mala. Con el dinero de Marius, Thénardier se hizo negrero.

Cuando Thénardier se hubo marchado, Marius corrió al jardín donde Cosette estaba aún paseando.

—¡Cosette! ¡Cosette! —gritó—. ¡Ven! Ven enseguida. Marchemos. ¡Basque, un coche! Cosette, ven. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Era él quien me salvó la vida! ¡No perdamos ni un minuto! Ponte el chal.

Cosette lo creyó loco y obedeció.

Marius no respiraba, y ponía la mano sobre su corazón para comprimir los latidos. Iba y venía a grandes pasos, y abrazaba a Cosette.

—¡Ah, Cosette, qué desgraciado soy! —decía.

Marius estaba aterrado. Empezaba a entrever en Jean Valjean, una elevada y sombría figura. Una virtud inaudita se le aparecía suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se trasfiguraba en Cristo. Marius estaba deslumbrado por aquel prodigio. No sabía precisamente lo que veía, pero sí que era grandioso.

En un instante, un coche llegó delante de la puerta.

Marius hizo subir a Cosette, y subió él.

—Cochero —dijo—, a la calle de l'Homme-Armé, número siete.

El coche partió.

—¡Ah, qué felicidad! —dijo Cosette—, a la calle de l'Homme-Armé. Yo no me atrevía a hablarte de ella. Vamos a ver al señor Jean.

—¡A tu padre, Cosette!, tu padre más que nunca. Cosette, ahora adivino. Me dijiste que no habían recibido la carta que te había enviado por medio de Gavroche. Sin duda cayó en sus manos. Cosette, fue a la barricada para salvarme. Como su misión es ser un ángel, de paso, salvó a otros; salvó a Javert. Me sacó de aquel abismo para entregarme a ti. Me llevó sobre sus hombros por aquella horrible alcantarilla. ¡Ah!, soy un monstruo ingrato. Cosette, después de haber sido tu providencia, ha sido la mía. Figúrate que había allí un cenagal espantoso donde ahogarse cien veces, donde ahogarse en lodo,

Cosette, y lo atravesó conmigo a cuestas. Yo estaba desvanecido; no veía nada, no oía nada, no podía saber nada de mi propia aventura. Vamos a buscarlo, a llevarlo con nosotros, y lo quiera o no, no nos abandonará jamás. ¡Con tal de que esté en su casa! ¡Con tal de que lo encontremos! Pasaré el resto de mi vida venerándolo. Sí, debe ser esto, ¿no es verdad, Cosette? Gavroche le entregaría mi carta. Todo se explica. ¿Comprendes?

Cosette no comprendía ni una palabra.

—Tienes razón —le dijo.

Entretanto, el coche avanzaba.

V

Noche, tras la cual se encuentra el día

Oyendo llamar a la puerta, Jean Valjean se volvió.

—Entrad —dijo débilmente.

La puerta se abrió, y aparecieron Cosette y Marius. Cosette se precipitó dentro de la habitación.

Marius se quedó de pie en el umbral, apoyado contra el dintel de la puerta.

—¡Cosette! —exclamó Jean Valjean, y se incorporó con los brazos abiertos y temblorosos, lívido, siniestro, con una inmensa alegría en los ojos.

Cosette, ahogada por la emoción, cayó sobre el pecho de Jean Valjean.

—¡Padre! —dijo.

Jean Valjean, trastornado, tartamudeaba:

—¡Cosette! ¡Es ella! ¡Sois vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mío! —Y estrechado en brazos de Cosette, exclamó—: ¡Eres tú! ¡Tú estás aquí! ¡Me perdonas pues!

Marius, bajando los párpados, para impedir que le cayeran las lágrimas, dio un paso y murmuró entre sus

labios contraídos convulsivamente para detener los sollozos:

—¡Padre mío!

—¡También vos me perdonáis! —dijo Jean Valjean.

Marius no halló una respuesta, y Jean Valjean añadió:

—¡Gracias!

Cosette se quitó el chal y el sombrero, arrojando ambas cosas sobre la cama.

—Me molestan —dijo.

Y sentándose en las rodillas del anciano, apartó los cabellos blancos con un movimiento adorable y le besó la frente.

Jean Valjean se dejaba hacer extasiado.

Cosette, que no comprendía sino muy confusamente, redoblaba sus caricias, como si quisiera pagar la deuda de Marius.

Jean Valjean balbucía:

—¡Qué estúpidos somos! Creía que no la vería más. Figuraos, señor Pontmercy, que en el momento en que entrabais, me estaba diciendo: «Todo acabó. He aquí su vestidito, soy un miserable, no volveré a ver más a Cosette», y decía estas palabras en el momento en que estabais subiendo las escaleras, ¿no es verdad que me había vuelto idiota? ¡Hasta qué punto es uno estúpido! Se cuenta sin la bondad infinita de Dios. Dios dijo: «¡Crees que te van a abandonar, tonto! No, esto no puede ser. Vamos, hay un pobre viejo que necesita de un ángel.» Y el ángel vino y he vuelto a ver a mi Cosette, a mi querida Cosette. ¡Ah, qué desgraciado era! —Estuvo un instante sin poder hablar, y luego prosiguió—: En verdad necesitaba ver a Cosette un rato de vez en cuando. Un corazón necesita un hueso que roer. Sin embargo, ya no me daba cuenta que estaba de sobra, y decía para mis adentros: «No han menester de ti, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho a eternizarse.» ¡Ah, Dios bendito, la

vuelvo a ver! ¿Sabes Cosette, que tu marido es muy guapo? ¡Ah! Llevas un bonito cuello bordado. Me gusta este dibujo, lo ha escogido tu marido, ¿verdad? Tendrás que comprarte chales de Cachemira. Señor Pontmercy, permitidme que la tutee. No será por mucho tiempo.

Y Cosette dijo:

—¡Qué ruindad habernos dejado de este modo! ¿Dónde fuisteis? ¿Por qué habéis estado ausente durante tanto tiempo? Antes, vuestros viajes apenas duraban tres o cuatro días. He enviado a Nicolette, y le respondían siempre: «Está ausente.» ¿Cuándo habéis regresado? ¿Por qué no nos lo habéis hecho saber? ¿Sabéis que estáis muy cambiado? ¡Ah! ¡Mal padre! ¡Ha estado enfermo y no lo hemos sabido! ¡Mira, Marius, toca su mano y verás qué fría está!

—¡Así habéis venido! ¿Me perdonáis, señor Pontmercy? —repitió Jean Valjean.

Al oír esta palabra, que Jean Valjean acababa de repetir, todos los sentimientos que se agolpaban en el corazón de Marius encontraron una salida, y exclamó:

—Cosette, ¿no lo oyes? ¿No lo oyes pedirme perdón? ¿Sabes lo qué ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Y ha hecho más. Te ha entregado a mí. Y después de haberme salvado y haberte entregado a mí, Cosette, ¿qué ha hecho más? Se ha sacrificado. Tal es su conducta. Y a mí, que he sido ingrato, olvidadizo, cruel, y hasta culpable, me dice: ¡Gracias! Cosette, aunque pase toda mi vida a los pies de este hombre, no será bastante. La barricada, la alcantarilla, ese horno, esa cloaca, lo ha atravesado todo por mí y por ti, Cosette. Me ha llevado a través de todas las muertes que apartaba de mí, y que aceptaba para sí. Todo el valor, toda la virtud, todo el heroísmo, toda la santidad, se encuentran en él. ¡Cosette, este hombre es un ángel!

—Schis, schis —dijo bajito Jean Valjean—. ¿Por qué decís todo esto?

—¡Pero vos! —exclamó Marius con cierta cólera en la que había veneración—, ¿por qué no lo dijisteis vos? Es culpa vuestra también. Salváis la vida a la gente, y se lo ocultáis. Y aún hacéis más, con el pretexto de desenmascararos, os calumniáis. Es terrible.

—He dicho la verdad —respondió Jean Valjean.

—No —repuso Marius—, la verdad es toda la verdad; y vos no la habéis dicho. ¿Por qué no dijisteis que erais el señor Madeleine? ¿Por qué no dijisteis que salvasteis a Javert? ¿Por qué no dijisteis que os debía mi vida?

—Porque pensaba como vos, y me daba cuenta de que teníais razón, que era preciso que me fuese. Si hubieseis sabido lo de la alcantarilla, me hubierais hecho quedar a vuestro lado. Tenía que callar. Si hubiera hablado, todo se contrariaba.

—¡Contrariado el qué! ¡Contrariado quién! —contestó Marius—. ¿Es que creéis que vais a quedaros aquí? Os llevamos con nosotros. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que me he enterado de todo esto por casualidad! Os llevamos con nosotros. Formáis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mío. No pasaréis un día más en esta terrible casa. No os figuréis que mañana seguiréis aquí.

—Mañana —dijo Jean Valjean—, no estaré aquí, pero tampoco estaré en vuestra casa.

—¿Qué queréis decir? —replicó Marius—. Ah, no, se acabaron los viajes. No nos abandonaréis más. Nos pertenecéis. Os rapto. Si es preciso, emplearé la fuerza.

—Esta vez es de buen grado —añadió Cosette—. Tenemos un coche abajo.

Y riéndose, hizo ademán de levantar al anciano en sus brazos.

—Vuestro cuarto está como estaba —prosiguió—. Si supieseis qué bonito está el jardín en este tiempo. Las azaleas florecen muy bien. Los paseos están cubiertos de arena de río; y hay pequeñas conchas de color violeta. Comeréis mis fresas. Yo misma las riego. Y basta de señora y basta de señor Jean, viviremos en república, y todo el mundo se llamará de tú, ¿no es verdad, Marius? El programa ha cambiado. Si supierais, padre, qué disgusto tan grande he tenido; un petirrojo había hecho su nido en un agujero de la pared, y un horrible gato se lo comió. ¡Mi pobrecito petirrojo, que sacaba la cabeza por su ventana y me miraba! Lloré. ¡Y hubiera matado al gato! Pero ahora nadie llora ya. Todo el mundo ríe, y todo el mundo se siente feliz. Vais a venir con nosotros. ¡Que contento se pondrá el abuelo! Tendréis una parcela en el jardín, y la cultivaréis, y veremos si vuestras fresas serán tan hermosas como las mías. Además, yo haré todo lo que vos queráis y vos, me obedeceréis a mí.

Jean Valjean la escuchaba sin oírla. Oía la música de su voz más que sus palabras; una de estas gruesas lágrimas, que son las sombrías perlas del alma, se formaba lentamente en sus ojos.

Murmuró:

—La prueba de que Dios es bueno es que ella está aquí.

—¡Padre mío! —dijo Cosette.

Jean Valjean prosiguió:

—Es verdad que sería muy hermoso vivir juntos.

—Tenéis árboles llenos de pájaros. Me pasearía con Cosette. Es hermoso pasar la vida en compañía de personas a las que se quiere, darles los buenos días, oírse llamar en el jardín. Desde por la mañana se disfruta de su presencia. Cultivaríamos cada uno un pequeño rincón.

Ella me haría comer sus fresas, y yo le haría cortar mis rosas. Sería hermoso. Pero...

Se interrumpió y dijo dulcemente:

—Es una pena.

La lágrima no cayó, sino que se adentró, y Jean Valjean la remplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano en las suyas.

—¡Dios mío! —dijo—. Vuestras manos están aún más frías. ¿Es que estáis enfermo? ¿Sufrís?

—¿Yo? No —respondió Jean Valjean—, estoy muy bien. Sólo que...

Se detuvo.

—¿Sólo qué...?

—Voy a morir enseguida.

Cosette y Marius se estremecieron.

—¡Morir! —exclamó Marius.

—Sí, pero no importa —repuso Jean Valjean.

Respiró, sonrió, y continuó:

—Cosette, me estabas hablando, continúa, sigue hablando. Así, pues, tu petirrojo murió... ¡Habla, quiero oír su voz!

Marius, petrificado, contemplaba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre! ¡Padre mío! ¡Vivís! ¡Sí, viviréis! ¡Yo quiero que viváis! ¿Oís?

Jean Valjean alzó la mirada hacia ella con adoración.

—Oh, sí, prohíbeme que muera. ¿Quién sabe? Tal vez te obedezca. Estaba a punto de morir cuando llegasteis. Y la muerte se detuvo; me pareció que renacía.

—Estáis lleno de fuerza y de vida —afirmó Marius—. ¿Es que imagináis que se muere tan fácilmente? Habéis tenido disgustos y no volveréis a tenerlos. ¡Soy yo quien os pide perdón, y de rodillas! Vais a vivir, a vivir con nosotros, y por mucho tiempo. Os recobramos. ¡Somos

dos personas cuyo único pensamiento en adelante será hacer vuestra felicidad!

—Ya veis —dijo Cosette, deshecha en lágrimas—, Marius asegura que no moriréis.

Jean Valjean seguía sonriendo.

—Aunque me recobraseis, señor Pontmercy, ¿impediría esto que fuese lo que soy? No, Dios ha pensado como vos y como yo, y él no cambia de opinión. Debo irme. La muerte es un buen arreglo. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que vosotros seáis felices, que el señor Pontmercy posea a Cosette, que la juventud se despose con la mañana, y que haya a vuestro alrededor, hijos míos, lilas y ruiseñores, que vuestra vida sea un hermoso césped soleado, que todos los encantos del cielo os llenen el alma, y ahora yo, que no soy bueno para nada, que muera, y él está seguro de obrar bien. Veamos, seamos razonables, ahora ya no existe ninguna posibilidad, siento que todo ha terminado. Hace una hora, tuve un desvanecimiento. Y luego, la noche pasada, bebí todo este jarro que está allí. ¡Qué bueno es tu marido, Cosette! Estás mejor con él que conmigo.

En la puerta sonó un ruido. Era el médico que entraba.

—Buenos días y adiós, doctor —dijo Jean Valjean—. Ved a mis pobres niños.

Marius se aproximó al médico. Le dirigió esta única palabra:

—Caballero... —pero en el modo de pronunciarla había una pregunta completa.

El médico respondió a la pregunta con una mirada expresiva.

—Porque las cosas desagraden —dijo Jean Valjean—, no es razón para que seamos injustos con Dios.

Hubo un silencio. Todos los pechos estaban oprimidos.

Jean Valjean se volvió hacia Cosette, y se puso a contemplarla como si quisiera recordarla durante toda

la eternidad. En la profunda sombra donde ya había descendido, aún le era posible el éxtasis mirando a Cosette. La reverberación de aquel dulce rostro, iluminaba su pálida faz. El sepulcro puede poseer su deslumbramiento.

El médico le tomó el pulso.

—¡Ah! ¡Os necesitaba a vosotros! —murmuró, mirando a Cosette y a Marius.

E inclinándose al oído de Marius, añadió, en voz baja:

—Es demasiado tarde.

Jean Valjean, sin casi apartar la mirada de Cosette, contempló al médico y a Marius con serenidad. Se oyó salir de su boca esta frase apenas articulada:

—No importa morir; lo terrible es no vivir.

De repente se levantó. Estas renovaciones de fuerza, son a veces una señal de la agonía. Anduvo con paso firme, hacia la pared, apartó a Marius y al médico que querían ayudarlo, descolgó de la pared el pequeño crucifijo de cobre que estaba colgado, y volvió a sentarse con la libertad de movimientos de una persona que goza de salud; dijo en voz alta, y dejando el crucifijo sobre la mesa:

—He aquí el gran mártir.

Luego, su pecho se abatió; sintió que le vacilaba la cabeza, como si se apoderara de él la embriaguez de la tumba, y con las dos manos apoyadas en las rodillas, se puso a rascar con las uñas el paño del pantalón.

Cosette le sostenía los hombros, y sollozaba, procurando hablarle sin poder conseguirlo. Distinguíase entre las palabras, mezcladas con esta saliva lúgubre que acompaña a las lágrimas, frases como estas:

—¡Padre! No nos abandonéis. ¿Es posible que no nos hayamos encontrado, sino para volveros a perder?

Pudiera decirse que la agonía serpentea. Va y viene, se adelanta hacia el sepulcro, y vuelve a la vida. Hay algo de titubeo en el acto de morir.

Jean Valjean, después de aquel semisíncope, se serenó, sacudió la frente como para disipar las tinieblas, y recobró casi la lucidez completa. Tomó la manga del vestido de Cosette y la besó.

—¡Vuelve en sí! ¡Doctor, vuelve en sí! —exclamó Marius.

—Sois muy buenos los dos —dijo Jean Valjean—. Voy a deciros lo que me ha causado gran pena. Lo que me ha causado gran pena, señor Pontmercy, es que no hayáis querido tocar el dinero. Este dinero es de vuestra mujer. Voy a explicaros algo, hijos míos, ésta es una de las razones por las que me he alegrado de veros. El azabache negro viene de Inglaterra, y el blanco de Noruega. Todo está escrito en este papel, ya lo leeréis. Para los brazaletes, inventé sustituir los colgantes de plancha soldada, por los de plancha enlazada. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprendéis que se puede ganar mucho dinero con esto. La fortuna de Cosette es, pues, bien suya. Os doy estos detalles, para que os tranquilicéis.

La portera había subido, y miraba a través de la puerta entreabierta. El médico la despidió, pero no pudo impedir que antes de desaparecer, la buena mujer gritara al moribundo:

—¿Queréis un sacerdote?

—Ya tengo uno —respondió Jean Valjean.

Y con el dedo, pareció señalar un punto por encima de su cabeza, donde hubiérase dicho que veía a alguien.

Es probable, en efecto, que el obispo asistiera a esta agonía.

Cosette, suavemente, le puso una almohada bajo el cuerpo.

Jean Valjean continuó:

—Señor Pontmercy, no temáis nada, os lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. ¡Habría per-

dido mi vida si no disfrutaseis de ellos! Habíamos llegado a fabricar con mucha perfección, estos abalorios, Rivalizábamos con lo que se llama las alhajas de Berlín. Una gruesa, que contiene mil doscientos granos muy bien tallados, no cuesta más que tres francos.

Cuando un ser querido va a morir, lo miramos con una mirada que se fija en él, como si quisiera retenerlo. Los dos jóvenes, mudos de angustia, sin saber qué decirle a la muerte, desesperados y temblorosos, estaban de pie ante él, Cosette cogida de la mano de Marius.

Jean Valjean declinaba por instantes. Descendía, y se aproximaba al horizonte sombrío. Su respiración se había vuelto intermitente; un ligero estertor la entrecortaba. Le costaba trabajo desplazar su antebrazo, sus pies habían perdido todo movimiento, y al mismo tiempo que aumentaba la miseria de los miembros y el abatimiento del cuerpo, crecía toda la majestad del alma, y se desplegaba sobre su frente. La luz del mundo desconocido, era ya visible en sus pupilas.

Su rostro se ponía pálido, pero al mismo tiempo sonreía. No era ya la vida, sino otra cosa. El aliento decaía, y la mirada se sublimaba. Era un cadáver en el que se veían alas.

Hizo señas a Cosette de que se acercara, y luego a Marius; evidentemente había llegado el postrer minuto de la última hora, y se puso a hablarles con una voz tan débil que parecía venir de muy lejos, como si en aquel momento hubiese ya una pared divisoria entre ellos y él.

—Acercaos, acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Oh, qué placer morir así! También tú me quieres, Cosette. Yo sabía que te quedaba aún cariño por tu viejo. ¡Qué buena eres al haberme puesto el almohadón! Me llorarás, ¿verdad? No mucho. No quiero que sientas penas verdaderas. Divertíos mucho, hijos míos. He olvidado decir

que con las hebillas sin clavillos, se ganaba aún más que con todo lo demás. La gruesa, las doce docenas, salía a diez francos, y se vendía a sesenta. Realmente era un buen negocio. No debéis pues sorprenderos de los seiscientos mil francos, señor Pontmercy. Es dinero honrado. Podéis ser ricos con tranquilidad. Será preciso que compréis un coche, que vayáis de vez en cuando a los teatros. Cosette, para ti, bonitos vestidos de baile, y para vuestros amigos, buenas comidas. Hace poco estaba escribiendo a Cosette; ya encontrará mi carta. A ella lego mis dos candelabros que están en la chimenea. Son de plata, pero para mí como si fueran de oro, o de diamantes; las velas que se ponen en ellos, se convierten en cirios. No sé si el que me las dio está contento de mí allá arriba. He hecho lo que he podido. Hijos míos, no olvidéis que soy pobre, y os encargo que me hagáis enterrar en el primer rincón de tierra que haya a mano, bajo una piedra para señalar el lugar. Ésta es mi voluntad. No pongais ningún nombre sobre la piedra. Si Cosette quiere ir a verme alguna vez, se lo agradeceré. A vos también, señor Pontmercy. Tengo que confesaros que no siempre os he querido; os pido perdón por ello. Ahora, ella y vos, no sois más que una persona para mí. Os estoy muy agradecido. Veo que hacéis feliz a Cosette. Si supierais, señor Pontmercy, sus hermosas mejillas rosadas eran mi alegría; cuando la veía un poco pálida, me ponía triste. En la cómoda hay un billete de quinientos francos. Es para los pobres. Cosette, ¿ves tu trajecito allí sobre la cama? ¿Lo reconoces? No hace más que diez años de esto. ¡Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy felices. Hijos míos, no lloréis, no me voy muy lejos. Os veré desde allí. No tendréis más que mirar cuando sea de noche, y me veréis sonreír. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Tú estabas en el bosque y tenías miedo; ¿te acuerdas cuando yo tomé el asa del cubo? Era la pri-

mera vez que tocaba tu pobre manita. ¡Estaba tan fría! ¡Ah, entonces teníais las manos muy enrojecidas, señorita! ¡Y blancas las tenéis ahora! ¡Y la muñeca!, ¿te acuerdas? La llamabas «Catherine». ¡Sentías no habértela llevado al convento! ¡Cómo me hiciste reír a veces, ángel mío! Cuando había llovido, echabas al arroyo pedacitos de paja, y los mirabas correr. Un día te di una raqueta de mimbre, y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. Tú lo has olvidado ya. ¡Eras tan traviesa de pequeña! Jugabas, y te ponías cerezas en las orejas. Éstas son cosas del pasado. Los bosques que uno ha atravesado con su amada niña, los árboles bajo los que se ha paseado, los conventos en donde se ha resguardado, los ojos, las risas infantiles; todo no es más que sombra. Había imaginado que todo esto me pertenecía. Ésta fue mi estupidez. Los Thénardier fueron malos, pero hay que perdonarles. Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantine. Recuerda este nombre: Fantine. Ponte de rodillas cada vez que lo pronuncies. Ella sufrió mucho y te quiso mucho. Su desgracia fue tan grande como grande es tu felicidad. Dios lo dispuso así. Él está allí arriba, nos ve a todos, y sabe lo que hace en medio de sus grandes estrellas. Me voy pues, mis queridos niños. Amaos siempre mucho. En el mundo casi no hay otra cosa que hacer. Pensaréis algunas veces en el pobre viejo que ha muerto aquí. ¡Oh, mi Cosette!, no tengo yo la culpa de no haberte visto durante tanto tiempo. El corazón se me desgarraba; iba hasta la esquina de la calle; sin que me importase el juicio que de mí formasen las gentes que me veían pasar; estaba como loco; una vez me fui sin sombrero. Hijos míos, empiezo a no ver claro, tenía aún muchas cosas que deciros, pero no importa. Pensad un poco en mí. Sois seres benditos. No sé lo que siento, pero veo una luz. Acercaos más. Muero feliz. Dadme vuestras

cabezas amadas, muy amadas, para poner encima mis manos.

Cosette y Marius cayeron de rodillas desesperados, ahogados por el llanto, cada uno sobre una de las manos de Jean Valjean. Aquellas manos augustas habían cesado de moverse.

Estaba inclinado hacia atrás, y la luz de los dos candelabros lo iluminaban; su blanca faz miraba al cielo, y dejaba a Cosette y a Marius que cubriera de besos sus manos; estaba muerto.

La noche era profundamente oscura y sin estrellas. Sin duda en la sombra, algún ángel inmenso estaba de pie y con las alas desplegadas, esperando el alma.

VI

La hierba oculta y la lluvia borra

Hay en el cementerio del Père-Lachaise, en las cercanías de la fosa común, lejos del barrio elegante de la ciudad de los sepulcros, lejos de todas aquellas tumbas de fantasía, que despliegan en presencia de la eternidad las repugnantes modas de la muerte, en un rincón desierto, al pie de una antigua pared, bajo un gran tejo por el cual trepan las enredaderas, en medio de la grama y el musgo, una piedra. Esta piedra no está menos exenta que las demás de las lepras del tiempo, de la humedad, del liquem, y de las inmundicias de los pájaros. El agua la verdece, y el aire la ennegrece. No está próxima a ningún sendero, ni agrada ir por aquel lado a causa de la altura de la hierba, y porque se mojan enseguida los pies. Cuando sale el sol, se suben a ella los lagartos. A su alrededor se estremecen las balluecas, agitadas por el viento. En primavera, las currucas cantan en el árbol.

Esta piedra está desnuda. Al cortarla, únicamente se pensó en las necesidades de la tumba, y no se tomó otra

precaución que la de hacer aquella piedra lo bastante larga y ancha como para cubrir a un hombre.

En ella no se lee nombre alguno.

Solamente, hace ya muchos años, una mano escribió con lápiz cuatro versos que poco a poco se fueron volviendo ilegibles bajo la lluvia y el polvo, y que probablemente hoy ya estarán borrados:

Duerme. Aunque la suerte no le fue propicia.
Vivía. Y murió cuando perdió su ángel.
La muerte le llegó sencillamente.
Como llega la noche cuando el día muere.

FIN DE «LOS MISERABLES»

Cronología de «Los miserables»

1739 Nacimiento de monseñor Bienvenu Myriel.
1740 Nacimiento de Luc-Esprit Gillenormand.
1752 Nacimiento del señor Mabeuf.
1768 Fin de año: Nacimiento de Jean Valjean. Hacia la misma época, nacimiento del coronel Pontmercy.
1773 Nacimiento de Thénardier.
1775 Nacimiento de la señorita Gillenormand, la mayor.
1780 Nacimiento de Javert.
1785 Nacimiento de la señorita Gillenormand, la pequeña, que se casará con Georges Pontmercy.
1787 Nacimiento de Felix Tholomyès, amante de Fantine, y padre de Cosette.
1788 Nacimiento de la Thénardier.
1795 Jean Valjean roba un pan en una panadería.
1796 Nacimiento de Fantine.
Jean Valjean condenado a cinco años de prisión.
22 de abril: Jean Valjean es encadenado.
19 de mayo: Jean Valjean llega al presidio de Tolón, y se convierte en el número 24 601.

1806 Monseñor Bienvenu es nombrado obispo de Digne.

1810 Nacimiento de Marius Pontmercy.

1815 18 de junio: Waterloo. Thénardier roba y salva al coronel Pontmercy.

Principios de octubre: Jean Valjean abandona el presidio, y es acogido en casa de monseñor Bienvenu.

Después de Waterloo, muerte de la señora Pontmercy, madre de Marius.

Últimos meses del año: Nacimiento de Cosette y de Éponine Thénardier.

Fin del año: Jean Valjean llega a Montreuil-sur-Mer.

1816 Fin de año: Nacimiento de Azelma Thénardier.

1817 Julio: «Una broma»; Tholomyès abandona a Fantine y a Cosette.

1818 Primavera: Fantine confía Cosette a los Thénardier, y luego llega a Montreuil-sur-Mer.

1819 Llegada de Javert a Montreuil-sur-Mer.

El señor Madeleine salva la vida al tío Fauchelevent, quien parte hacia el convenio del Petit-Picpus.

1820 El señor Madeleine es nombrado alcalde de Montreuil-sur-Mer.

Finales de año: Fantine es expulsada de la fábrica.

Finales de año: Nacimiento de Gavroche.

1821 Primeros de año: Muerte de monseñor Bienvenu.

1823 Primero de enero: El señor Matamabois se divierte a expensas de Fantine.

Primeros de marzo: Proceso en Arras; muerte de Fantine; arresto, evasión y nuevo arresto de Jean Valjean.

Hacia 20 de julio: Condena de Jean Valjean en el tribunal del Var. Vuelve al presidio de Tolón con el número 9 430.

16 de noviembre: Jean Valjean salva la vida de un marinero y se evade de presidio.

24 de diciembre: Jean Valjean alquila un alojamiento en el caserón Gorbeau, y llega a Montfermeil.

25 de diciembre: Jean Valjean se lleva a Cosette a París.

1824 Hacia el 15 ó 20 de marzo: Persecución del caserón Gorbeau hasta el Petit-Picpus. Cosette y Jean Valjean se establecen en el convento.

1827 Muerte del coronel Pontmercy.

1828 Marius abandona la casa del señor Gillenormand.

1829. Muerte del tío Fauchelevent.

Octubre: Jean Valjean y Cosette abandonan el Petit-Picpus.

Jean Valjean alquila la casa de la calle Plumet.

1831 16 de junio: Cosette ve a Marius en el Luxemburgo.

2 de junio: Cosette pasa delante de Marius.

Hacia mediados de año: Primer socorro de Marius a los Jondrette.

Octubre: «La cadena».

1832 2 de febrero: Marius descubre las múltiples identidades de Jondrette.

3 de febrero: La emboscada en casa de Jondrette. Arresto de los Thénardier.

4 de febrero: Marius abandona el caserón Gorbeau.

Primavera: Gavroche alberga a sus hermanitos en «El elefante».

Evasión de Thénardier.

Abril (primera quincena): Marius penetra en el jardín de la calle Plumet.

Fines de abril - 3 de junio: Las citas en la calle Plumet. El cólera.

3 de junio: Tentativa de robo en la calle de Plumet, detenida por Éponine.

4 de junio: Visita vana de Marius al señor Gillenormand.

Jean Valjean se instala en la calle de l'Homme-Armé.

5 de junio: Exequias del general Lamarque. La barricada. Muerte del señor Mabeuf y de Éponine.

6 de junio: Muerte de Gavroche. Marius herido, trasportado por las alcantarillas por Jean Valjean, es llevado a casa de su abuelo.

7 de junio: Suicidio de Javert.

7 de setiembre. Marius fuera de peligro.

Fin de noviembre (o principios de diciembre): el señor Gillenormand pide para Marius la mano de Cosette.

1833 16 de febrero: Casamiento de Cosette y Marius.

Principios de abril: Peregrinaje de Cosette y Marius a la calle Plumet.

Fines de abril: Última visita de Jean Valjean a Cosette.

Mediados de verano: Visita de Thénardier a Marius, y el mismo día muerte de Jean Valjean.

FIN

Índice general

TOMO PRIMERO

Libro segundo. La caída

Libro tercero. En el año 1817

Libro cuarto. Confiar es, a veces, entregar

Libro octavo. Reacción

TOMO SEGUNDO

Segunda parte

Cosette

Libro primero. Waterloo

TOMO TERCERO

Tercera parte

Marius

Libro primero. París estudiado en su átomo

TOMO CUARTO

Cuarta parte

El idilio de la calle Plumet y La epopeya de la calle Saint-Denis

Libro primero. Algunas páginas de la historia

Libro segundo. Éponine

Libro tercero. La casa de la calle Plumet

Libro cuarto. Socorros de abajo que pueden ser socorros de arriba

Libro quinto. Cuyo fin no se parece al principio

Libro sexto. El pequeño Gavroche

Libro duodécimo. Corinthe.

Libro décimotercero. Marius entra en la sombra

Libro décimocuarto. Las grandezas de la desesperación

Libro décimoquinto. La calle de l'Homme-Armé

TOMO QUINTO

Quinta parte

Jean Valjean

Libro primero. La guerra entre cuatro paredes

Libro cuarto. Javert desorientado

Libro quinto. El nieto y el abuelo

Libro sexto. La noche en vela

Impreso en la
UNIDAD PRODUCTORA 10
Instituto del Libro,
Junio de 1970.
La Habana, Cuba.
Edición de 80 000 ejemplares.

Víctor Hugo (1802-1885) es la figura más representativa del romanticismo francés y europeo del siglo XIX. Ningún otro escritor romántico logra la unidad y la armonía que él consiguió dar a toda su obra.

Los miserables (1862) es la obra más conocida y quizás, la mejor novela de Víctor Hugo. *Los miserables* es todo un universo de pobres seres que la ciudad rechaza después de haberlos empujado al crimen.

ediciones huracán

LOS MISERABLES



Víctor Hugo logró pintar la sociedad y la moral de su época. Una de las características del autor en esta obra es su capacidad creadora de personajes, que alcanzan el rasgo de arquetipos. No se puede negar la talla de un Jean Valjean, símbolo de una justicia mal hecha, que lo hace víctima; de Thérnadier, retrato del estafador; y de Gravroche, pariente parisiense del Lazarillo, etc.

Los miserables sigue siendo hoy, como desde su publicación, una obra que logra despertar el interés del lector porque es el retrato de la sociedad francesa de los comienzos del siglo XIX.